HISTORIA DE LA MAFIA

JOHN DICKIE

AUTOR DE 'COSA NOSTRA'

13

COSA NOSTRA 'NDRANGHETA CAMORRA

DE 1860 AL PRESENTE

La Mafia siciliana, la Cosa Nostra, no es la única sociedad criminal peligrosa de Italia. El país alberga otras dos mafias importantes: la Camorra napolitana y, en la pobre y aislada región de Calabria, la misteriosa 'Ndrangheta, que se ha convertido en la más poderosa de la actualidad.

Desde que aparecieron, las tres mafias han corrompido las instituciones italianas, recortado las opciones vitales de sus conciudadanos, eludido la justicia y establecido su rentable intermediación como alternativa a los tribunales. Pero cada una de estas hermandades tiene sus propios métodos, sus rituales salvajes y su brutalidad característica. Cada una está perfectamente adaptada para corromper y explotar su propio entorno, a la vez que colabora, aprende y lucha con las otras mafias. La sombra del crimen organizado oscurece todo un país consumido por la deuda, la parálisis política y la corrupción rampante.

Historia de la mafia busca los orígenes de esta enfermedad en las raíces de la unificación italiana y muestra cómo la violencia política incubó grupúsculos criminales entre los limosneros de Palermo, los hediondos arrabales de Nápoles y las inhóspitas aldeas de montaña calabresas. Esta es una obra de ambición asombrosa, que cuenta por primera vez la historia entrecruzada de las tres mafias desde sus orígenes hasta la actualidad.

John Dickie es una autoridad internacional en la historia del crimen organizado. En este libro combina la investigación en archivos con una narración apasionante y un lúcido análisis para explicar un ecosistema criminal único, y conseguir la obra definitiva sobre la mafia en toda su extensión.

John Dickie

Historia de la mafia: Cosa Nostra, Camorra y N’dranghetta desde sus orígenes hasta la actualidad

Título original: *Blood Brotherhoods & Mafia Republic*
John Dickie, 2011, 2013
Traducción: Jaime Collyer, 2016

(AG)

_____

Revisión: 1.0

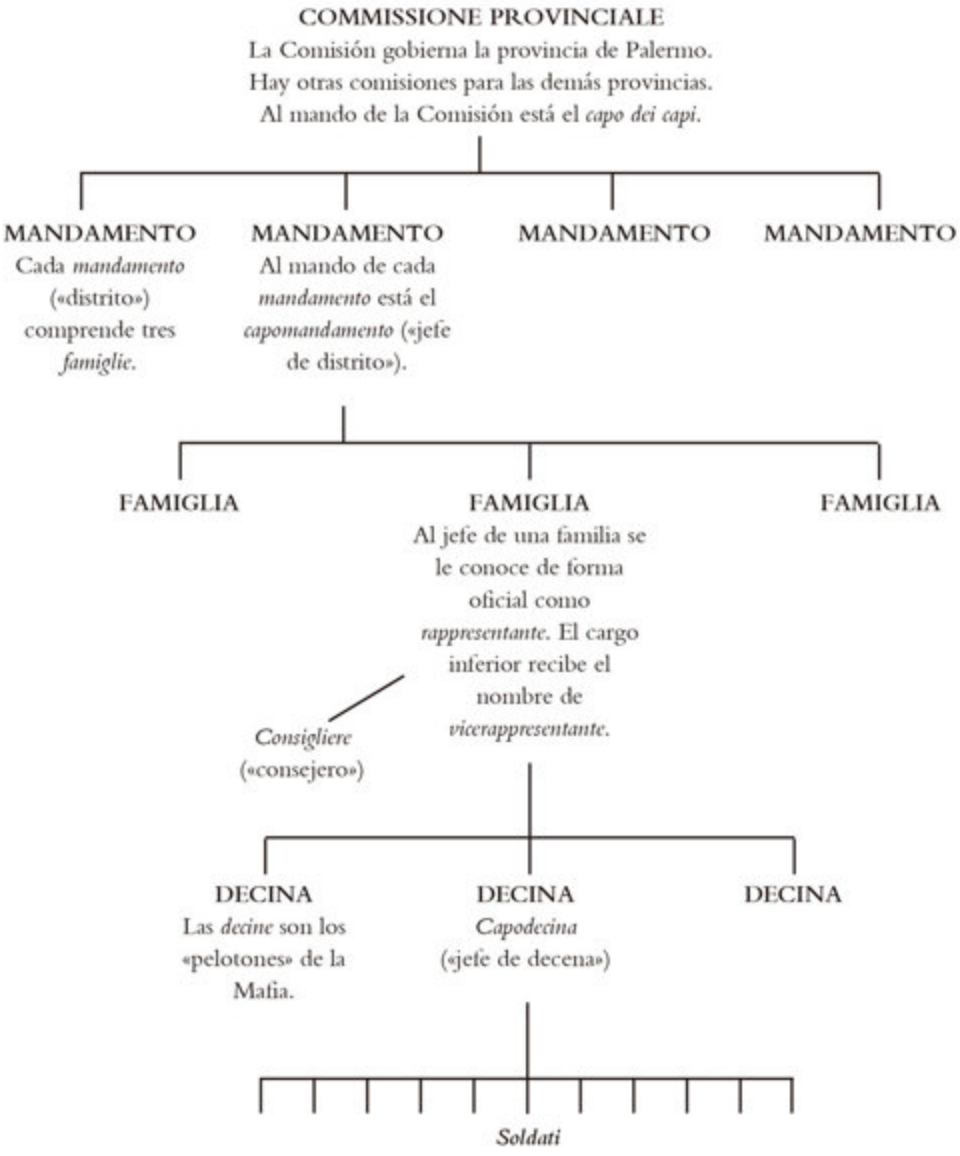
A la memoria de Gilbert Dickie (1922-2011)

La forma más negra de desesperanza que a veces se adueña de una comunidad es el temor de sus gentes a que vivir de forma honesta sea un gesto vano.

CORRADO ALVARO

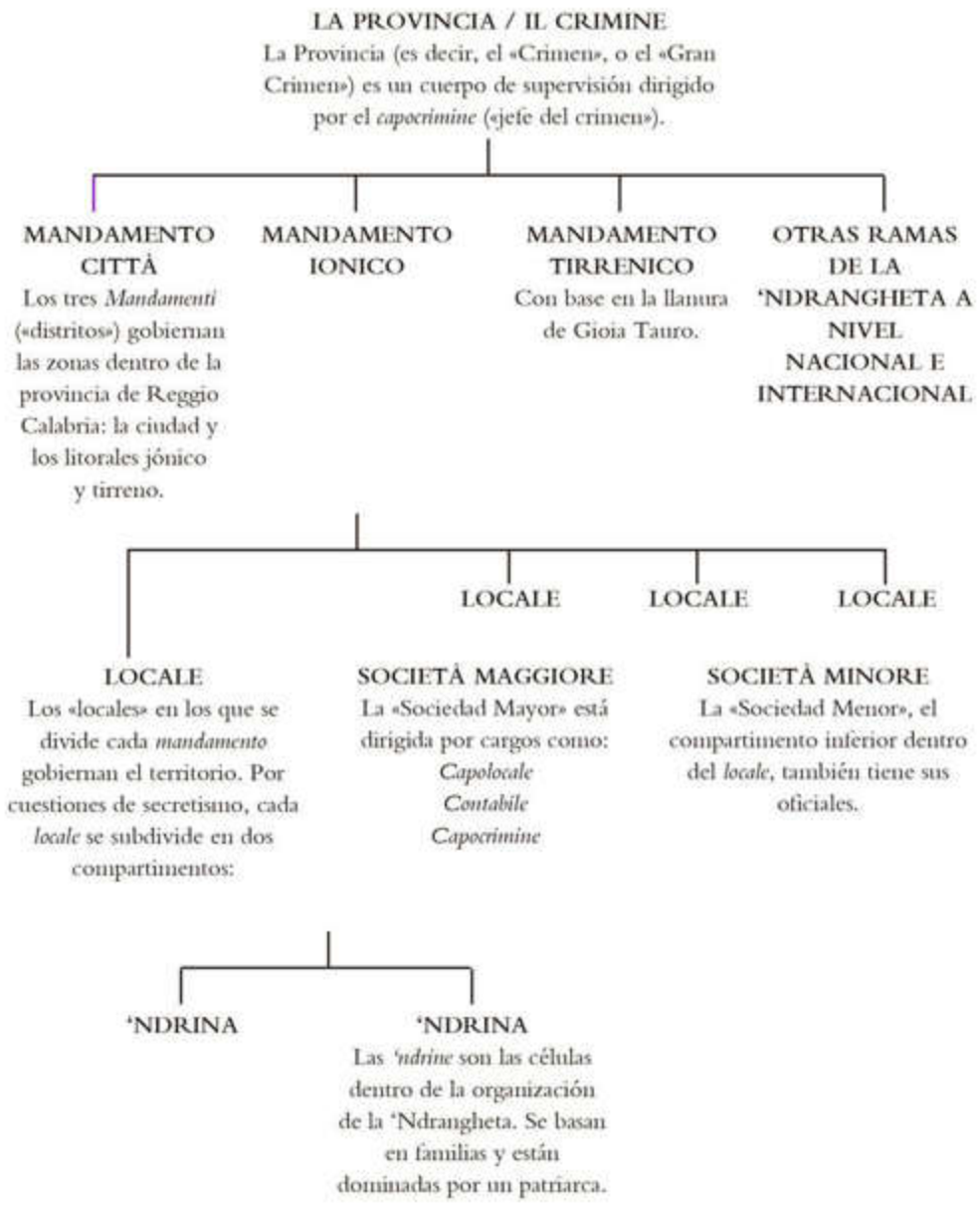
Nota del editor

Este libro apareció originalmente en dos volúmenes en el Reino Unido, *Blood Brotherhoods* (2011), sobre el período hasta 1946, y *Mafia Republic* (2013), que cubría desde 1946 hasta la actualidad. La mayoría de las ediciones internacionales han unificado el libro en un solo volumen, tal como aparece en esta edición, pues presentan una evidente continuidad. Algunas de las peculiaridades que detectará el lector, como el prólogo a la segunda parte o el apartado doble de agradecimientos, se deben a eso.



LA ESTRUCTURA DE LA COSA NOSTRA

(Fuente: «Operazione Crimine», verano de 2010.)



LA ESTRUCTURA DE LA N'DRANGHETA

(Fuente: «Operazione Crimine», verano de 2010.)

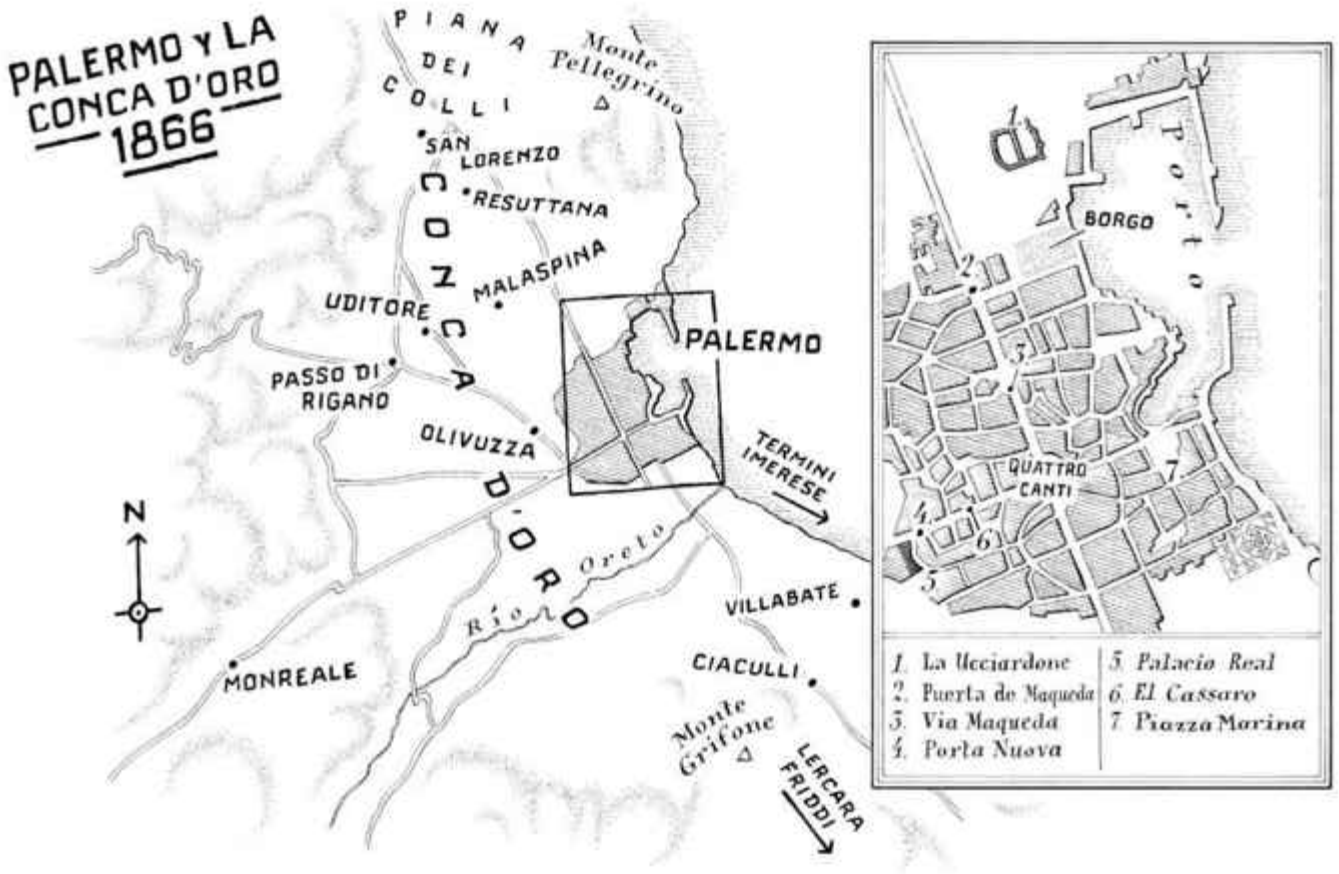
DOTI Los «dones» (o rangos) que marcan el estatus de un ‘*ndranghetista*. También reciben el nombre de *fiori* («flores»)	***Padrino***	Los miembros de la ‘Ndrangheta deben obtener estas «flores» para optar a los cargos superiores dentro de la organización.
	Quartino	
	Trequartino	
	Vangelista	Los ‘*ndranghetisti* tienen que obtener los dones para pasar a ser dirigentes de la «sociedad Mayor».
	Santista	
	Camorrista di sgarro («camorrista para peleas», *sgarrista*)	Los ‘*ndranghetisti* de estos rangos pertenecen a la Sociedad Menor.
	Camorrista	
	Picciotto («chaval»)	
	Giovane d’onore («joven honorable»)	Los *giovani d’onore* aún se están preparando para entrar en la organización.

RANGOS DENTRO DE LA ‘NDRANGHETA

PRIMERA PARTE
HERMANDADES DE SANGRE

ITALIA
MERIDIONAL
N
Mazzoni
MONDRAGONE
SANTA MARIA
CAPUA VETERE
CASERTA
AVERSA
NÁPOLES
NOLA
Volcan Vesubio
SARNO
SALERNO
PUGLIA
Procida
TORRE DEL GRECO
Capri
CASTELLAMMARE
CAMPANIA
LECCE
MAR
TIRRENO
COSENZA
CALABRIA
Ustica
Islas
Eólicas
CATANZARO
Favignana
PALERMO
MESSINA
MILAZZO
TRAPANI
REGGIO CALABRIA
MARSALA
SICILIA
Volcan Etna
Estrecho de
Messina
MAR
JÓNICO
BURGIO
CALTANISSETTA
SICULIANA
CANICATTÌ
FAVARA
AGRIGENTO
SIRACUSA
0 Millas 100
0 Kilómetros 160
Lampedusa

NÁPOLES
c.1860
N
La Imbrecciata
TEATRO SAN FERDINANDO
PORTA CAPUANA
VICARIA
PALAZZO DELLA VICARIA
(TRIBUNAL Y CARCEL)
Via Forcella
MERCATO
PENDINO
Via Toledo
Via Medina
PORTO
CASTELLO DEL CARMINE
Porto
TEATRO SAN CARLO
SAN FRANCESCO DI PAOLA
Piazza del Plebiscito
BAHIA DE NAPOLES
BAGNOLI


PALERMO Y LA CONCA D'ORO 1866
PIANA DEI COLLI
Monte Pellegrino
SAN LORENZO
RESUTTANA
MALASPINA
CONCA D'ORO
UDITORE
PASSO DI RIGANO
OLIVUZZA
PALERMO
TERMINI IMERESE
N
Oreto
Río
MONREALE
VILLABATE
CIACULLI
Monte Grifone
LERCARA FRIDDI
Porto
BORGO
QUATTRO CANTI
1. La Ucciardone
2. Puerta de Maqueda
3. Via Maqueda
4. Porta Nuova
5. Palacio Real
6. El Cassaro
7. Piazza Marina

LOS DOMINIOS
DE LA 'NDRANGHETA
N
0 Millas 15
0 Kilómetros 25
NICASTRO
VIBO VALENTIA
NICOTERA
ROSARNO
GIOIA TAURO
POLISTENA
TAURIANOVA*
CITTANOVA
GROTTERIA
PALMI
Estrecho de Messina
ANTONIMINA
GERACE
SIDERNO
CIRELLA
LOCRI
PLATI
PORTIGLIOLA
SANTO STEFANO
ARDORE
Aspromonte
Santuari de la Madonna de Polsi
BOVALINO
SAN LUCA
VILLA SAN GIOVANNI
REGGIO CALABRIA
AFRICO
ROCCAFORTE DEL GRECO
ROGHUDI
BOVA
STAITI
MAR TIRRENO
MAR JONICO
Calabria
Sicilia
Volcan Etna
*TAURIANOVA NACIÓ EN 1928, CUANDO SE FUSIONARON RADICENA Y IATRINOLI

Prólogo

Hace mucho tiempo, tres caballeros españoles desembarcaron en la isla de Favignana, ubicada justo delante del extremo occidental de Sicilia. Se llamaban Osso, Mastrosso y Carcagnosso y los tres eran prófugos de la justicia. Una de sus hermanas había sido violada por un altivo miembro de la nobleza local y habían tenido que huir de España después de haber limpiado la afrenta con la sangre del violador.

En algún resquicio entre las muchas cuevas y grutas de Favignana, Osso, Mastrosso y Carcagnosso encontraron refugio. Asimismo, encontraron un lugar donde encauzar su sentido de la justicia, dando pie a un nuevo código de conducta y una nueva forma de hermandad. Durante los siguientes veintinueve años, crearon y refinaron las reglas de la «honorable sociedad». Entonces asumieron al fin la misión que les estaba encomendada en el resto del mundo.

Osso se hizo devoto de san Jorge y cruzó a la cercana Sicilia, donde fundó la rama de la sociedad que llegaría a ser conocida como la Mafia.

Mastrosso escogió a la Madonna como su guía y navegó hacia Nápoles, donde fundó otra rama: la Camorra.

Carcagnosso se hizo devoto del arcángel Miguel y cruzó el estrecho que separa Sicilia de la Italia continental para llegar a Calabria. Allí fundó la 'Ndrangheta.

Hermandades de sangre, la primera parte de este volumen, es la historia de los orígenes y el desarrollo temprano de las tres organizaciones criminales, o mafias, más temidas de Italia, aunque ningún historiador debiera ufanarse

de ser el primero en haberse sentido atraído por el enigma de cómo se originaron la Mafia siciliana, la Camorra napolitana y la ‘Ndrangheta calabresa. Los primeros en relatar esos orígenes fueron los propios *mafiosi*, y cada una de las principales cofradías del inframundo italiano cuenta con su propio mito fundacional. Por ejemplo, la historia de Osso, Mastrosso y Carcagnosso (nombres que vendrían a significar algo así como «hueso», «hueso maestro» y «hueso del talón») es el relato oficial que la ‘Ndrangheta da sobre su propio nacimiento: una historia contada a los nuevos reclutas calabreses cuando se preparan para unirse al clan local y embarcarse en una vida de asesinatos, extorsión y contrabando.

En cuanto a su valor histórico, los tres caballeros españoles tienen tanta solidez como los tres ositos del cuento. Es una leyenda. Pero a la vez es algo serio, una leyenda de índole sacramental. El estudio de los nacionalismos proporciona ejemplos suficientes al respecto: se puede cometer un sinnúmero de atrocidades en nombre de las fábulas sobre el pasado de una comunidad.

El mero hecho de que las mafias valoren tanto su propia historia delata la magnitud escandalosa de sus ambiciones. Como contrapartida, los gángsteres habituales no tienen esas pretensiones. En el curso de los últimos ciento cincuenta años, las hermandades delictivas a menudo han oscurecido la verdad, imponiendo su propia narrativa de los hechos: con demasiada frecuencia, la versión oficial de la historia resulta ser la versión de las mafias.

La historia de las mafias está llena de otras cuestiones escandalosas. Los principales cabecillas de Sicilia, Nápoles y Calabria gozan de riqueza, estatus e influencia. Son, además, hombres proclives a una violencia inmutable, y lo han sido desde el principio. Pero a la vez son mucho más que brutales delincuentes. El verdadero escándalo de las mafias italianas no es la cifra incontable de vidas humanas que han sido cruelmente segadas por su culpa; entre ellas, con suma frecuencia las de los propios *mafiosi*. Ni lo son tampoco las vías de sustento arrasadas, los recursos dilapidados, los paisajes de incalculable valor asolados. El verdadero escándalo estriba en que los mafiosos forman una clase gobernante paralela en la Italia meridional. Las mafias se infiltran en la policía, la judicatura, los concejos

locales, los ministerios y la economía. También disfrutan de cierto apoyo público. Desde que Italia se creara a mediados del siglo XIX, el crimen organizado cada vez ha ocupado más porciones del territorio que el Estado italiano reclama, en teoría, como suyo. Se hace necesaria una explicación histórica de este escándalo, una explicación enraizada en los hechos.

Escribir la historia de la mafia es un campo reciente dentro de la investigación académica y una herencia de la ferocidad exhibida por la mafia en los años ochenta y comienzos de los noventa del siglo pasado, cuando los investigadores italianos comenzaron a canalizar su propia sensación de escándalo en estudios pacientes y rigurosos. Por abrumadora mayoría, tales historiadores, cuyo número ha ido creciendo de forma sostenida, provienen de las mismas regiones de la Italia meridional más aquejadas por la irrupción permanente del crimen en el país: regiones en las que la historia de la mafia aún se está forjando. Algunos de esos estudiosos tienen la suerte de detentar cargos en alguna universidad, otros son magistrados y funcionarios encargados de imponer la ley, algunos son ciudadanos comunes y corrientes. Pero todos ellos están abocados a desentrañar pruebas sólidas y abrir un debate contrario a los embustes y la mitomanía de la mafia, bastante más insidiosos que lo que la historieta sentimentaloide de los tres caballeros españoles sugiere en principio. Hay pocas ramas de la historia en las que el rigor aplicado a entender el pasado pueda ofrecer una contribución tan directa a la construcción de un futuro mejor. Para derrotar a las mafias, uno ha de saber lo que son; y ellas son lo que su historia nos enseña, nada más y nada menos que eso. Gracias a la labor de innumerables historiadores, estamos hoy en posición de proyectar una luz en mitad de la oscuridad que reinaba en torno a la época temprana del crimen organizado, dejando en evidencia una narrativa que es a la par perturbadora y perturbadoramente relevante para el presente.

Hermandades de sangre surge de mi convicción de que tales hallazgos, dentro de ese volumen creciente de investigaciones, son demasiado importantes para quedar restringidos a los especialistas. El libro reúne la documentación conocida y la mejor investigación realizada hasta el momento, para generar eso que los propios italianos denominan una obra «coral»: un libro en el que muchas voces cuentan una única historia. Mi

propia voz es una más dentro de ese coro, en la medida en que incorpora también nuevos y sustanciales hallazgos que vienen a complementar y corregir el relato que ha surgido de la fascinante labor desarrollada actualmente en Italia.

En 2004 publiqué *Cosa Nostra: A History of the Sicilian Mafia*,* obra en la cual sinteticé los mejores estudios italianos acerca de la más infame de las cofradías criminales de Italia. *Hermandades de sangre* no es una continuación de *Cosa Nostra*; aspira a sostenerse o a desplomarse por sí mismo. Pero los lectores de *Cosa Nostra* comprobarán que vuelvo a relatar uno o dos episodios de ese libro precedente, por lo cual merecen saber, antes de empezar, la razón por la que la Mafia siciliana forma parte de nuevo de mis preocupaciones en este libro. Hay dos razones que lo justifican: la primera, porque en los últimos tres o cuatro años se han publicado nuevos estudios que han modificado de manera radical nuestra visión de ciertos momentos claves en la historia del crimen organizado; la segunda, porque hay mucho que aprender acerca de la Mafia siciliana al compararla con la Camorra y la ‘Ndrangheta. Y una de las cosas que nos enseña esa comparación es que la fama siniestra de que gozan los *mafiosi* sicilianos es ampliamente merecida.

Sicilia dio al mundo el término «mafia», y el simple hecho de que el término haya sido incorporado al uso cotidiano, no solo en Italia sino en el resto del mundo, es en sí mismo un síntoma del influjo omnipresente del crimen organizado con base en Sicilia. En el dialecto de Palermo, que es la capital de la isla, la voz «mafia» denotaba belleza, simpatía y seguridad en uno mismo. En la década de 1860, justo después de que la conflictiva isla de Sicilia pasara a formar parte del nuevo Estado unificado de Italia, «mafia» comenzó a circular como un rótulo útil para una organización cuya silueta aparecía cada tanto en mitad de la niebla, una bruma de violencia y corrupción. La Mafia (que pronto desaparecería nuevamente en la niebla) llevaba para entonces algún tiempo con vida y había alcanzado ya un poderío y una riqueza a los que los delincuentes de la Italia continental solo podían aspirar. Ese poder y riqueza explican por qué la palabra siciliana «mafia» acabó transformándose en una suerte de paraguas bajo el cual se guarnecieron todas las hermandades de sangre del inframundo italiano,

incluidas la Camorra y la ‘Ndrangheta. En el curso de un siglo o poco más —el arco temporal cubierto por estas páginas— es posible trazar la suerte de las otras dos mafias de la península Itálica frente a las cotas de poder que alcanzaron los sicilianos desde un principio.

En nuestros días se conoce a la Mafia siciliana como la *Cosa Nostra*, un apodo que tanto los *mafiosi* de Estados Unidos como de Sicilia adoptaron en la década de 1960. El nombre ‘Ndrangheta le fue adosado a la mafia calabresa a mediados de los años cincuenta (significa «virilidad» o «valor»). En ambos casos, los nuevos términos se incorporaron porque la opinión pública de posguerra y la aplicación de la ley se volvieron más tenaces a la hora de rastrear y enfocar una imagen que había permanecido hasta entonces borrosa, durante un siglo completo de confusión, negligencia y absoluta connivencia. Por ende, *Hermandades de sangre*, que concluye con la caída del fascismo y la liberación de Italia por los aliados, es una historia de regímenes de los bajos fondos que permanecieron en cuanto tales, si no anónimos, ciertamente ignorados o sumidos en el misterio, rodeados de silencio (en el caso de la ‘Ndrangheta) o de disputas interminables e inconducentes (en el caso de la Mafia siciliana).

La relación de la Camorra con su propia denominación ha sido distinta. En tanto el poder criminal estructurado ha crecido y decaído alternativamente en la historia napolitana, la Camorra siempre se ha llamado la Camorra. Puede que la honorable sociedad de Nápoles fuera una secta secreta de gángsteres jurados, pero, por extraño que parezca, tenía muy pocos secretos. En Nápoles «todo el mundo» estaba al corriente de sus actividades, razón por la cual su historia exhibe una trayectoria radicalmente distinta a la de las honorables sociedades de Sicilia y Calabria.

Los estudios comparados en la historia de las mafias son aún infrecuentes, y quizá sea esto algo comprensible. En los primeros tiempos, las cofradías delictivas de Sicilia, Nápoles y Calabria diferían entre sí bastante más de lo que esa etiqueta abarcadora de «mafia» podría hacernos pensar. Cada una evolucionó para adecuarse a los rasgos característicos del territorio que la nutría. Aun así, estudiar de manera aislada, y por sus singularidades, a las organizaciones del inframundo italiano puede equivaler, en ocasiones, al intento de inferir la dinámica de la selección

natural observando a los escarabajos pinchados con un alfiler en una vitrina polvorienta e inerte. Los organismos criminales de Italia no son únicos ni estáticos; más bien se trata de un rico ecosistema del inframundo que sigue engendrando nuevas formas de vida hasta nuestros días.

Las mafias nunca han existido de manera aislada. Lo que comparten es casi tan relevante como los muchos aspectos que las distinguen. A través de su historia, las tres se han comunicado entre sí y han aprendido la una de la otra. Los rasgos de esa historia común son visibles en un lenguaje compartido. La palabra *omertà*, o *umiltà* («humildad»), si consideramos su forma originaria, es un ejemplo de ello. A lo largo y ancho de la Italia meridional y de Sicilia, *omertà-umiltà* ha denotado siempre un código de silencio y sumisión a la autoridad criminal. La noción de «honor» es otro ejemplo parecido: las tres asociaciones invocan un código de honor, y se autodenominan honorables sociedades.

Pero los nexos entre estas honorables sociedades van mucho más allá del lenguaje común y son una de las razones del éxito y la longevidad de las mafias. Así, las ventajas que supone la comparación y lectura en paralelo de las historias de la Mafia, la Camorra y la ‘Ndrangheta, son quizá las únicas lecciones que la fábula de Osso, Mastrosso y Carcagnosso nos deja en cuanto a metodología histórica. (El mito fundacional de la ‘Ndrangheta contiene, de hecho, otra pizca de veracidad, como quedará claro más adelante: Farvignana, la isla en la que se sitúa la fábula, fue alguna vez una colonia penal y, como tal, uno de los lugares en los que ciertamente se incubaron las honorables sociedades.

Desde un enfoque comparativo, *Hermandades de sangre* brindará respuesta a algunas de las preguntas más repetidas. ¿Cómo se iniciaron las asociaciones criminales secretas de Italia? ¿Cómo se descubrieron en primera instancia? ¿Por qué no solo sobrevivieron al hecho de ser descubiertas, sino que aumentaron su poder? Las peores respuestas a estos interrogantes reciclan leyendas sin fundamento que responsabilizan a los invasores árabes de Sicilia y a los gobernantes españoles de Nápoles. Tales historias se hallan próximas a los relatos urdidos por las mismas honorables sociedades, sospechosamente próximas, diríamos. No mucho mejores son las respuestas que evocan abstracciones como «la cultura», «la mentalidad»

o «la familia de la Italia meridional».

Muchos textos académicos dan respuestas que suenan un poco más sofisticadas: hablan de la frágil legitimidad del Estado, de la desconfianza de la ciudadanía ante las instituciones gubernamentales, del predominio del clientelismo y el compadreo en la política y la administración del Estado, y así sucesivamente. Como profesor de historia italiana, yo mismo he recitado frases como estas en el pasado y sé muy bien que rara vez hacen a alguien más ducho en el tema. Pese a todo, hay una verdad esencial debajo de toda esta palabrería: la historia del crimen organizado en Italia pasa tanto por la debilidad de Italia como por la fuerza de las mafias. La *omertà* nos lleva al corazón del problema: a menudo se la caracteriza como un código férreo de silencio, una espantosa elección entre conspiración o muerte. En algunos casos, es ciertamente una ley tan severa como sugiere su reputación. Así y todo, las fuentes históricas demuestran que, bajo el tipo adecuado de presión, la *omertà* se ha quebrantado una y otra vez. Esta es una de las razones por las que aún quedan en los archivos muchos de los más oscuros secretos del inframundo por desenterrar. Y una razón por la que la historia de la Mafia alude, a menudo, más a la desinformación y la intriga que a la violencia y la muerte.

La mejor forma de divulgar esos secretos, de reconstruir esas intrigas y, por esa vía, de proveernos de respuestas más satisfactorias a las preguntas que rodean los orígenes de las mafias, consiste simplemente en comenzar a revelar historias. Historias documentadas que perfilan a hombres y mujeres reales, elecciones reales hechas en tiempos y lugares específicos, delitos reales. Los mejores historiadores del crimen organizado en Italia reconstruyen tales historias a partir de fuentes fragmentarias rastreables en los archivos, y de los relatos de personas (principalmente criminales) que con frecuencia poseen muy buenos motivos para distorsionar lo que dicen. No resulta banal comparar esta clase de indagación histórica con el trabajo detectivesco. Los detectives se empeñan en configurar una acusación consistente por la vía de relacionar las pruebas materiales con lo que los testigos y los sospechosos les dicen. En ambos casos —el del historiador y el del detective—, la verdad aflora tanto de los vacíos e inconsistencias detectables en los testimonios disponibles, como de los hechos que esos

testimonios contienen.

Pero la pregunta que guía la investigación de la prolongada y tensa relación de Italia con estas cofradías siniestras no es solo la de quién cometió qué crímenes. La pregunta es, a la vez, quién tenía conocimiento de ello. En el último siglo y medio, la policía, los jueces, los políticos, los creadores de opinión y hasta el público en general han tenido acceso a una cantidad sorprendente de información en torno al problema de la mafia, gracias en parte a la fragilidad de la *omertà*. Los italianos han quedado, repetidas veces, impactados y, a la vez, enfurecidos por la violencia de la mafia y por la complicidad de algunos policías, jueces y políticos con los cabecillas criminales. Como fruto de ello, el drama de la mafia ha sido escenificado de manera muy visible: como una confrontación política de alto vuelo, como un acontecimiento mediático. Así y todo, Italia también ha demostrado un gran ingenio cuando se trata de hacer la vista gorda ante el fenómeno. De modo que la historia de las mafias en Italia no es solo una cuestión de «¿quién lo hizo?», sino también de «¿quién lo sabía?» y, lo más importante de todo, de «¿por qué diablos no hicieron nada al respecto?».

Introducción
Hermanos de sangre

Eran las primeras horas del 15 de agosto de 2007 en Duisburg, un pueblecito alemán dedicado a la siderurgia, cuando seis hombres jóvenes de procedencia italiana abordaron un automóvil y una furgoneta aparcados a pocos metros del restaurante donde habían estado celebrando un cumpleaños. Uno de ellos acababa de cumplir dieciocho años (el cumpleaños era el suyo) y otro apenas dieciséis. Como el resto del grupo, los dos chicos murieron rápidamente en el asiento que ocupaban dentro del vehículo. Dos sicarios les dispararon cuarenta y cuatro tiros en total, e incluso se detuvieron a recargar sus revólveres del calibre 9 mm y asestaron un *coup de grâce* a cada uno de los seis individuos.

Fue el peor baño de sangre provocado hasta entonces por la mafia fuera de Italia y Estados Unidos; un equivalente, en la Europa septentrional, a la matanza del día de San Valentín, ocurrida en Chicago en 1929. Al desvelarse el trasfondo de los crímenes —una disputa originada en una región poco conocida de la Italia del sur—, la prensa de todo el mundo comenzó a lidiar con lo que el *New York Times* calificó como un «nombre impronunciable»: la ‘Ndrangheta.

Para el caso, la correcta pronunciación del mismo es: «en-dran-gueta». La ‘Ndrangheta se originó en Calabria (la punta de la bota italiana) y es la entidad más antigua y sólida en la provincia de Reggio Calabria, donde la península casi entra en contacto con Sicilia. Calabria es la región más pobre de Italia, pero su mafia se ha convertido hoy en la más rica y poderosa del país. En los años noventa, los *‘ndranghetisti* (como se conoce a los «hombres de honor» calabreses) alcanzaron una posición dominante en el

mercado europeo de la cocaína, al tratar directamente con los cárteles productores de Sudamérica. Los calabreses se ciñen al régimen más severo de *omertà*, de silencio y secretismo a ultranza. Muy pocos informantes abandonan alguna vez las filas de la organización para convertirse en testigos de cargo del Estado. En años recientes, la mafia calabresa ha sido a la vez la más exitosa de las tres principales organizaciones en lo de establecer células fuera de su territorio de origen. Cuenta con ramas en el centro y norte de Italia y también fuera del país: la existencia de colonias de la ‘Ndrangheta ha sido confirmada en seis ciudades alemanas diferentes, al igual que en Suiza, Canadá y Australia. En conformidad con un informe reciente de la Comisión Parlamentaria de Investigación de los delitos de las mafias en Italia, la ‘Ndrangheta está también presente en Bélgica, Holanda, Gran Bretaña, Portugal, España, Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Marruecos, Turquía, Venezuela y EE.UU. De las tres mafias de la Italia meridional, la ‘Ndrangheta es la más joven y la que ha llegado más lejos en su éxito y notoriedad recientes, y ha aprendido más que cualquier otro grupo criminal italiano. Mi investigación sugiere que esta organización absorbió las lecciones relevantes mucho antes de que el mundo tuviese noticia de su existencia.

La matanza de Duisburg demostró con espantosa nitidez que Italia, y las numerosas partes del mundo en que hay colonias de las mafias, viven aún las consecuencias de la historia que se cuenta en estas páginas. Por ende, antes de ahondar en el pasado es esencial presentar a sus protagonistas en el presente, esbozar tres perfiles que ilustran de manera sucinta lo que es la historia de la mafia. Porque, incluso después de Duisburg, el mundo no acaba de hacerse a la idea de que hay más de una mafia en Italia. Y, además, se tiene una idea muy vaga de la forma como están organizadas la Camorra y la ‘Ndrangheta en particular.

La sangre rezuma de las páginas que refieren la historia de las mafias. Con sus múltiples significados, esa misma sangre puede servir para presentar el oscuro mundo del crimen organizado en la Italia actual. La sangre es, tal vez, el símbolo más antiguo y más básico de la humanidad y los *mafiosi* aún explotan cada una de sus facetas. La sangre como indicio de la violencia. La sangre como nacimiento y muerte. La sangre como signo de

virilidad y coraje. La sangre como emblema de parentesco y de la familia. Cada una de las tres mafias es una categoría en sí misma —con su propio grupo sanguíneo, por así decirlo—, distinta de las otras dos pero a la vez relacionada con ellas tanto en sus rituales como en su organización.

Primero los rituales: al hacer pactos de sangre, al convertirse en hermanos de sangre, los gángsteres italianos crean un vínculo entre ellos, un lazo forjado en y para la violencia, que solo se acaba al término de sus vidas. Dicho nexo es, casi siempre, exclusivamente entre varones. Con todo, el acto del casamiento —simbolizado por el derramamiento de la sangre virginal— es también un ritual clave en la vida de las mafias. Por esta razón, uno de los temas recurrentes de este libro serán las mujeres y su relación con los *mafiosi*.

Y luego la organización: cada una de las mafias ha desarrollado su propia estructura. El fin principal de esa estructura es imponer disciplina, porque la disciplina puede representar una ventaja competitiva enorme en el torbellino del inframundo. Pero esa estructura sirve también a otros fines, sobre todo a la explotación de lealtades consanguíneas y dentro de las familias.

Una cuestión que la ‘Ndrangheta en particular ha comprendido desde sus inicios es la magia del ritual. Y el ritual comienza a operar a menudo desde el inicio mismo de la vida del *‘ndranghetista*, como bien sabemos gracias a una de las pocas autobiografías escritas por un miembro de la mafia calabresa (un asesino múltiple), que se convirtió en testigo de cargo (después de que su autor desarrollase una fobia tan aguda a la sangre, que no soportaba ni siquiera ver un filete medio crudo).

La carrera de Antonio Zagari dentro del crimen organizado comenzó a los dos minutos de sobrevenir el 1 de enero de 1954. Esto es, comenzó en el mismo instante en que abandonó el útero materno. Fue un primogénito, así que su llegada fue recibida con singular alegría; su padre, de nombre Giacomo, cogió una pesada ametralladora de guerra y disparó una ráfaga de balas hacia el cielo estrellado, sobre el golfo de Gioia Tauro. La ráfaga dejó apenas tiempo a la comadrona de limpiar la sangre que cubría el cuerpecito del bebé antes de que su padre se lo llevase para presentarlo a los miembros del clan, que se habían reunido en la casa. Depositaron al bebé con

delicadeza delante de ellos y dejaron un cuchillo y una llave enorme al alcance de sus débiles manoteos. Su destino quedaría decidido por el elemento que tocara en primer lugar. Si escogía la llave, símbolo del confinamiento, se convertiría en un *sbirro*: un policía, un esclavo de la ley. Pero si escogía el cuchillo, viviría y moriría según el código de honor.

Escogió el cuchillo, con lo que obtuvo la aprobación de todos (aun cuando, la verdad sea dicha, un solícito dedo adulto empujó la hoja de metal bajo la pequeña manita).

Encantado de la audaz elección de su vástago, Giacomo Zagari alzó al bebé en el aire, le separó las nalgas y escupió ostentosamente en su culito para brindarle suerte. Sería bautizado como Antonio. Era el nombre de su abuelo, un salvaje criminal que observaba complacido la escena detrás de su bigote de morsa, que se había ido tornando amarillo a causa del cigarro que siempre llevaba entre los dientes. El bebé Antonio estaba ahora «mitad dentro, mitad afuera», como lo expresaban los hombres involucrados en la honorable sociedad. No era todavía un miembro de pleno derecho de la misma: antes habría que entrenarlo, evaluarlo y observarlo. Pero el camino hacia una vida criminal más horrenda de lo habitual ya estaba trazado.

Zagari no creció en Calabria, sino en las cercanías de Varese, en la frontera italiana con Suiza, donde su padre lideraba las células locales de la ‘Ndrangheta. Siendo aún joven, durante las ocasionales estancias de su padre en la cárcel, Antonio se iba a trabajar con sus tíos, que eran comerciantes de cítricos en la rica meseta agrícola de Gioia Tauro, en la costa calabresa que da al mar Tirreno. Allí llegó a sentir gran admiración por los parientes y amigos de su padre, en virtud del respeto que imponían en la localidad, e incluso por la finura de su lenguaje. Antes de emitir cualquier palabra ordinaria, como «pies», «baño» o «calzones», pedían que se los excusara: «Dicho sea con el debido respeto…», «disculpe la frase…». Y cuando no tenían otra alternativa que vocalizar auténticas blasfemias como «policía», «magistrado» o «tribunal», su frase quedaba sumergida bajo infinidad de disculpas de carácter preventivo: «He de decir, con el debido respeto y pidiendo disculpas de antemano para no ofender a ninguno de los presentes ni perturbar el elegante y honorable rostro de ninguno de nuestros buenos amigos, que cuando los carabineros…».

Como hijo de un jefe, la formación criminal de Antonio Zagari fue breve. Llevó algunos mensajes secretos al interior de una cárcel y ocultó algunas armas, y muy pronto, a los diecisiete años, estuvo listo para convertirse en un miembro más.

Un día sus «amigos», como aludía a ellos, le entregaron copia de varias páginas de las *Reglas y prescripciones sociales*, que debía aprender de memoria para iniciarse. Eso fue todo, como recordaría después, igual que el catecismo que los niños deben memorizar antes de hacer la confirmación y la primera comunión.

El singular «catecismo» incluía lecciones sobre la historia de la ‘Ndrangheta. Y, tras haber memorizado las hazañas de Osso, Mastrosso y Carcagnosso, se consideró que Zagari estaba listo para someterse al rito de iniciación más complejo de cuantos utiliza cualquier mafia. Lo introdujeron en un cuarto oscuro y aislado donde le presentaron a los miembros más antiguos allí presentes, todos desplegados en círculo. Durante el tiempo que durase el asunto, él debía permanecer en silencio, excluido del grupo.

—¿Estáis cómodos, mis muy queridos camaradas? —comenzó el líder.

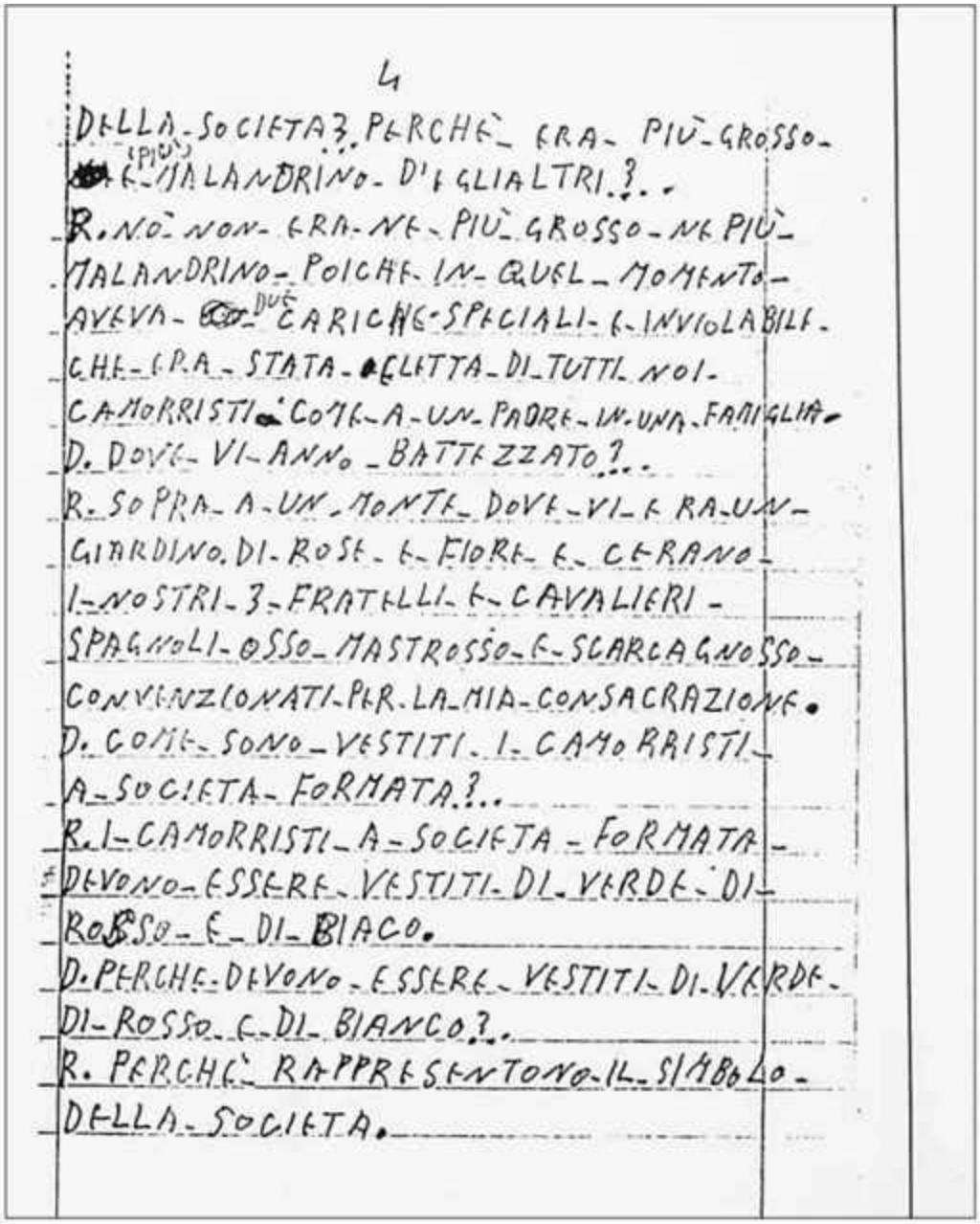
—*Muy cómodos. ¿Respecto a qué?*

—A las reglas sociales.

—*Muy cómodos*.

—Entonces, en nombre de la fiel sociedad organizada, bautizo este lugar como lo hicieron nuestros ancestros Osso, Mastrosso y Carcagnosso, que lo bautizaron con hierro y cadenas.

El líder se paseó entonces por todo el cuarto, liberando a cada *‘ndranghetista* de las herramientas que usaba en su negocio y pronunciando la misma fórmula en cada parada:



4

DELLA SOCIETA'? PERCHÈ ERA PIÙ GROSSO
E (PIÙ) MALANDRINO DEGLI ALTRI?..
R. NO' NON ERA NE PIÙ GROSSO NE PIÙ
MALANDRINO POICHE IN QUEL MOMENTO
AVEVA DUE CARICHE SPECIALI E INVIOLABILI
CHE ERA STATA ELETTA DI TUTTI NOI
CAMORRISTI COME A UN PADRE IN UNA FAMIGLIA
D. DOVE VI ANNO BATTEZZATO?..
R. SOPRA A UN MONTE DOVE VI ERA UN
GIARDINO DI ROSE E FIORI E C'ERANO
I NOSTRI 3 FRATELLI E CAVALIERI
SPAGNOLI OSSO MASTROSSO E SCARCAGNOSSO
CONVENZIONATI PER LA MIA CONSACRAZIONE.
D. COME SONO VESTITI I CAMORRISTI
A SOCIETA FORMATA?..
R. I CAMORRISTI A SOCIETA FORMATA
DEVONO ESSERE VESTITI DI VERDE DI
ROSSO E DI BIACO.
D. PERCHE DEVONO ESSERE VESTITI DI VERDE
DI ROSSO E DI BIANCO?..
R. PERCHE' RAPPRESENTONO IL SIMBOLO
DELLA SOCIETA.

Colecciones privadas

Las «reglas sociales». Una de las muchas páginas con instrucciones para los rituales de iniciación de la ‘Ndrangheta que se encontraron en junio de 1987 en el escondrijo de Giuseppe Chilà. En ellas se menciona a Osso, Mastrosso y Carcagnosso, los tres caballeros españoles que, según la leyenda criminal, fueron los fundadores de la Mafia, la Camorra y la ‘Ndrangheta.

—En nombre de nuestro muy severo arcángel san Miguel, que llevaba una serie de balanzas en una mano y una espada en la otra, confisco sus armas.

La escena estaba ahora preparada y el denominado *capobastone* («capo de la porra») pudo al fin entonar su preámbulo a la ceremonia en propiedad:

—La sociedad es una bola que va rodando por el mundo, fría como el hielo, caliente como el fuego y tan fina como la seda. Juremos, bellos camaradas, que cualquiera que traicione a la sociedad lo pagará con cinco o seis puñaladas en el pecho, como lo establecen las reglas sociales. Cáliz de plata, hostia consagrada, con humildes palabras doy forma a la sociedad.

Tras ello se escuchó otro «gracias», al tiempo que los *'ndranghetisti* se acercaban unos a otros y unían sus brazos.

Entonces el líder preguntó en tres ocasiones a sus camaradas si Zagari estaba listo para ser aceptado en la honorable sociedad. Tras recibir tres veces la misma respuesta afirmativa, el círculo se abrió y se hizo un espacio para que el nuevo miembro se situara inmediatamente a la diestra del líder. Este cogió entonces un cuchillo e hizo con él una cruz en el pulgar izquierdo del iniciado, para que su sangre goteara desde la herida a un naipe con la imagen del arcángel Miguel. Enseguida, el líder rasgó la imagen, quedándose con la cabeza del arcángel, y quemó la otra porción en una vela, simbolizando con ello la total aniquilación de todos los traidores.

Solo entonces pudo Zagari abrir su boca para prestar el juramento a la 'Ndrangheta:

—Juro ante la fiel sociedad aquí organizada, representada por nuestro honorable y sabio líder y todos sus miembros, llevar a cabo todos los deberes de los que soy responsable y todos aquellos que me sean impuestos, incluso con mi sangre si fuera necesario.

Entonces el líder besó al nuevo miembro en ambas mejillas y le expuso las reglas de honor, a lo cual siguió otro conjuro surrealista para concluir la ceremonia:

—¡Ah, bella humildad! Tú que me has cubierto de rosas y flores y llevado a la isla de Favignana, para enseñarme allí los primeros pasos. Italia, Alemania y Sicilia libraron una vez una gran guerra. Se derramó una gran cantidad de sangre en honor a la sociedad. Y esta sangre, reunida en

una bola, va rodando por el mundo, fría como el hielo, caliente como el fuego y tan fina como la seda.

Los *'ndranghetisti* pudieron al fin recoger sus armas —en nombre de Osso, Mastrosso, Carcagnosso y el arcángel Miguel— y reasumir su rutina diaria de actividades criminales.

Estos solemnes desvaríos hacen parecer a la 'Ndrangheta una versión de los chicos «exploradores», la categoría ideada por los niños en *El señor de las moscas*, mezclada a la ligera con *Monty Python y el Santo Grial*. Todo esto rayaría en lo cómico si el fruto no fuese al final tanta muerte y tanta desgracia. Con todo, no parece haber ninguna incompatibilidad entre el escalofriante mundo de fantasía en el que discurre el rito de la 'Ndrangheta y la realidad brutal de los asesinatos y el tráfico de cocaína.

Para la 'Ndrangheta, los ritos de iniciación son incluso más importantes que la historia de Osso, Mastrosso y Carcagnosso, que sirve para brindarle un aura de arcaicismo y nobleza. Cualesquiera que sean las etapas de la vida en que se realizan esos rituales de la mafia, estos son un *bautismo*, para emplear el término de Antonio Zagari. Como tal bautismo, esas ceremonias representan un cambio de identidad; dibujan una línea de sangre entre un estado y otro. No es de extrañar, pues, que en virtud de los ritos a los que se someten, los *'ndranghetisti* se consideren a sí mismos una raza aparte. La iniciación de un mafioso calabrés es, sin duda, un día especial para él.

El 15 de agosto de 2007, en Duisburg, era uno de esos días especiales. A la mañana siguiente de la matanza, la policía alemana examinó los cuerpos mutilados de las víctimas en busca de alguna clave. Encontró una imagen parcialmente quemada del arcángel Miguel en el bolsillo del chico de dieciocho años que había estado celebrando su cumpleaños.

La Mafia de Sicilia, hoy conocida como la Cosa Nostra, tiene a su vez sus mitos y ceremonias. Por ejemplo, muchos *mafiosi* sustentan (o, cuando menos, sustentaban hasta fecha reciente) la engañosa creencia de que su organización comenzó como una hermandad medieval de vengadores con bonete llamados los *Beati Paoli*. La Mafia siciliana se vale de un rito de iniciación que despliega el simbolismo de la sangre de una manera similar, aunque más simple, a como lo hace la 'Ndrangheta. El mismo cuarto a oscuras. La misma asamblea de miembros, normalmente sentados a una

mesa con un revólver y una daga en el centro. El «padrino» del aspirante le explica las reglas y luego le pincha el dedo índice para derramar una pizca de su sangre sobre una imagen santa: normalmente, sobre la Virgen de la Anunciación. La imagen se quema en las manos del neófito mientras presta el juramento: «Si llego a traicionar a la Cosa Nostra, que mi carne arda como la de esta santa mujer». Una vez derramada, la sangre no puede ser restituida. Una vez quemada, la materia nunca puede ser reparada. Cuando uno ingresa en la Mafia siciliana, formará parte de ella el resto de su vida.

Al tiempo que son una parte vital de la vida interna de las mafias calabresa y siciliana, los ritos de iniciación son un testimonio histórico de gran relevancia. Las primeras referencias a los rituales de la ‘Ndrangheta datan de finales del siglo XIX. La versión equivalente de la Mafia siciliana es más antigua: la primera prueba documental surgió en 1876. Los rituales afloraban una y otra vez en la documentación, dejando huellas digitales sangrientas en el curso de la historia, exponiendo el ADN del crimen organizado en Italia. También nos decían, muy claramente, qué sucedía con esa prueba cuando caía en manos de las autoridades italianas: era repetidamente ignorada, subestimada y eliminada.

Los rituales son también prueba de la evolución histórica. La ceremonia de admisión más antigua de todas es la de la Camorra napolitana. Hubo una época en que la Camorra señalaba también el estatus del joven integrante derramando su sangre. En la década de 1850, un recluta nuevo prestaba juramento habitualmente sobre dos dagas cruzadas y luego debía librar un duelo a cuchillos, ya fuera con un camorrista, o bien con otro aspirante. A menudo, la hoja de la daga estaría envuelta con firmeza en trapos o cuerdas, dejando a la vista solo la punta; si había demasiada sangre, el duelo corría el riesgo de no ser ya un ejercicio simbólico de vinculación masculina para convertirse en una batalla de verdad. Cuando uno de los dos daba la primera estocada, la pelea se declaraba concluida y el nuevo afiliado recibía tanto los abrazos de los restantes *camorristi* como el rango más joven dentro de la jerarquía de la honorable sociedad.

Los cabecillas de la actual Camorra no someten a los nuevos reclutas a ceremonias formales de iniciación o pactos, y las tradiciones al respecto han desaparecido. La Camorra napolitana ya no es una secta bajo juramento, es

decir, una honorable sociedad. De hecho, como veremos más adelante, la honorable sociedad de Nápoles desapareció en 1912 bajo circunstancias extrañas y profundamente napolitanas.

La Camorra que emergió a partir de 1912 no es una organización única. En lugar de ello, es un universo pululante y amplio de bandas que se forman, separan, descienden a perversas disputas y reaparecen en nuevas alianzas, solo para ser aniquiladas en alguna guerra de exterminio mutuo o en redadas policiales. El inframundo napolitano es pavorosamente inestable. Mientras que un *capo* siciliano tiene una probabilidad decente de ver a sus nietos embarcarse en su propia carrera criminal, un camorrista experimentado tiene suerte si vive hasta los cuarenta.

La ausencia de una estructura formal y ceremonial dentro de la Camorra no ha impedido a sus clanes más exitosos controlar vastas porciones del territorio de Campania, transformar manzanas enteras de la ciudad en zonas fortificadas donde la policía no entra y en hipermercados de la droga, ganar millones con el contrabando de DVD y bolsos de imitación. Ni les ha impedido devastar el paisaje de Campania con su lucrativo tráfico de desechos transportados al lugar. O infiltrar a la industria nacional de la construcción en el comercio internacional de narcóticos y armas.

Sin embargo, los clanes de la Camorra están organizados; juntos forman «el sistema», como lo llaman los que están dentro. En el centro del mismo, en cada área de la ciudad y su territorio, hay un líder carismático que protege y castiga, todo a la vez. Por debajo de él hay otros rangos y funciones especializadas (como los de encargados de zona, asesinos, traficantes de droga al por mayor), todos elegidos y nombrados por el líder y que, casi invariablemente, habrán de vivir y morir con él. Como las otras mafias, los clanes de la Camorra redistribuyen algunos de los beneficios de sus delitos, a menudo pagan un salario a sus bandas y apartan fondos para los presos.

La sangre, en el sentido del parentesco, es ahora el adhesivo que mantiene unidos a los clanes más temibles de la Camorra. Pero hay una tendencia de los clanes individuales a eludir el liderazgo de un «gran anciano». El núcleo de cada grupo de la Camorra es normalmente un racimo de parientes —hermanos, primos, cuñados—, todos más o menos de

la misma edad. Alrededor de ellos están los amigos, vecinos y más parientes.

Así, el crimen organizado napolitano ha visto grandes cambios desde los días en que la Camorra era una honorable sociedad, aunque las venas de la tradición nunca han sido del todo seccionadas. Por una parte, los *camorristi* tienen una debilidad perdurable por la ornamentación propia de un gángster. Los accesorios de oro y camisas caras han estado en circulación desde el siglo XIX. Ahora, además, hay automóviles de lujo y motocicletas ostentosas. La motocicleta preferida de los cabecillas napolitanos era hasta hace poco la Honda Dominator. El objeto de todo este consumo suntuoso ha sido siempre, entonces y ahora, la exhibición de poder: proclamar el dominio territorial y ser un símbolo del éxito ante los parásitos.

Los líderes de la Cosa Nostra, en general, son poco elegantes comparados con los cabecillas de la Camorra de Nápoles y gastan mucho más tiempo en la clase de formalidades organizacionales que pueden tener un significado letal en su mundo.

Cada uno de los cabecillas (o, en sentido estricto, «representantes») de la Mafia siciliana preside una célula conocida como «familia», aunque sus integrantes no tienen por qué estar emparentados. De hecho, la Cosa Nostra invoca a menudo una regla diseñada para evitar que grupos de parientes cobren demasiada influencia dentro de una «familia»: solo podrán hacerse miembros dos hermanos, para que el cabecilla no puede llenar el clan de sus propios parientes.

La estructura de cada «familia» es simple (véase el esquema de la p. 17). El representante está flanqueado por un subjefe y un *consigliere* o consejero. Los miembros normales, conocidos como soldados, están organizados en grupos de diez. Cada uno de estos grupos rinde informes a un *capodecina* (un «jefe de decena»), el cual informa a su vez al jefe.

Sobre esa base de las «familias», la Cosa Nostra está modelada como una pirámide. En territorios adyacentes, tres «familias» de la Mafia forman otro nivel dentro de la estructura, el *mandamento* («distrito»), presidido por un *capomandamento* («jefe de distrito»). Este jefe de distrito cuenta con un asiento en la «Comisión», que reúne las funciones de un parlamento, un alto

tribunal y una cámara de comercio de la Cosa Nostra en cada una de las cuatro provincias mayormente infestadas por la Mafia. Presidiendo todo ello, en la cúspide de la pirámide mafiosa, hay un *capo di tutti i capi*, el «jefe de los jefes». El *capo di tutti i capi* es, invariablemente, de la provincia de Palermo, la capital de la isla, porque aproximadamente la mitad de los recursos humanos de la Cosa Nostra, y alrededor de la mitad de sus «familias», tienen su base en el área de Palermo.

Eso por lo que respecta al diagrama. Pero en el inframundo, más que en el mundo abierto y habitado por ciudadanos respetuosos de la ley, el poder radica en la gente y no en las placas con nombre propio que hay en la puerta de las oficinas. Las comparaciones entre un líder mafioso y el gerente general de una empresa capitalista son no solo banales sino que fracasan por completo cuando se trata de captar el mundo en extremo reservado y político en el que operan los *mafiosi*.

La Cosa Nostra ha pasado por fases de mayor y menor coordinación; los distintos líderes han tenido estilos de liderazgo distintos y se han visto sujetos a toda clase de limitaciones externas de su poder. La confusión, los tratos dobles, las suspicacias mutuas y la guerra fratricida han sido las constantes dentro de la Mafia desde un principio. El elenco de caracteres es vasto. Sin duda, hay líderes partidistas, administradores políticos, reformadores y legisladores pícaros, pero también una buena cuota de rebeldes, eminencias grises, magnates impacientes, jóvenes alborotadores, y aislacionistas. Y, por supuesto, «todo» el mundo dentro de la Mafia es a la vez un conspirador y un teórico de la conspiración próximo a la paranoia. Todos estos personajes pueden elegir torcer los precedentes, las tradiciones y las reglas de la Mafia; pueden incluso pisotearlos y mofarse de ellos, pero ningún cabecilla, por poderoso que sea, puede hacerlo sin valorar el coste político que tendrá.

Uno de los grandes temas en la historia de la Mafia siciliana es el de cuán vieja es con exactitud la estructura piramidal de la organización. Algunas de las investigaciones más inquietantes y recientes han demostrado que es bastante más antigua de lo que pensábamos hasta hace solo un par de años. La Mafia no sería la Mafia sin su impulso innato de formalizar y coordinar sus actividades. En el momento en que redacto estas líneas, y

hasta donde sabemos, la Comisión Palermo de la Cosa Nostra no se ha reunido desde 1993, hecho sintomático de la peor crisis habida en el siglo y medio de historia de la organización. Saber si esta crisis actual va a derivar a un declive terminal depende en parte de cómo aprenda Italia las lecciones que enseña la historia de la Mafia, lecciones que demuestran la capacidad asombrosa de la Mafia siciliana para regenerarse a sí misma.

En Calabria, igual que en Sicilia, hay una tensión permanente entre las normas que rigen el mundo del crimen y la conveniencia derivada del caos puro y simple de la vida delictiva.

Cuando comencé a escribir este libro, había consenso en los tribunales y los libros de criminología en cuanto a que la estructura de la ‘Ndrangheta era muy distinta a la de la Cosa Nostra. La ‘Ndrangheta es una organización *federal*, se decía, una hermandad flexible de las bandas locales.

Luego, en julio de 2010, la policía y los carabineros arrestaron a más de trescientos individuos, entre ellos a Domenico Oppedisano, que tenía a la sazón ochenta años y, según los investigadores, había sido elegido para el más alto cargo dentro de la ‘Ndrangheta en agosto de 2009. Desde su arresto, Oppedisano y la mayoría de sus camaradas se han amparado en su derecho a guardar silencio, de modo que no podemos saber cuál será la defensa que idearán contra los cargos. Tampoco sabemos si los tribunales resolverán que esos cargos tienen fundamento. La «Operación Crimen», como se denomina a la investigación, está aún en su fase embrionaria, pero constituye, cualquiera que sea su resultado final, una lección de humildad para quien se proponga escribir acerca del secreto mundo del gangsterismo italiano. En cualquier momento, las certezas históricas podrían quedar descartadas por la nueva labor policial o por los hallazgos que se produzcan en los muchos archivos que quedan por examinar.

Los magistrados que dirigen la Operación Crimen sostienen que el título oficial de Oppedisano es *capocrimine*, o «jefe del crimen». Se piensa que el «Crimen» o «Gran Crimen», al que los *‘ndranghetisti* aluden a la vez como la «Provincia», es el núcleo supremo de coordinación de la ‘Ndrangheta. Está subdividido en tres *mandamenti* o distritos, los que cubren las tres zonas de la provincia de Reggio Calabria.

Muchos periódicos de Italia y el extranjero que cubrían la Operación

Crimen caracterizaban al «Gran Crimen» como la versión, dentro de la ‘Ndrangheta, de lo que en la Mafia siciliana es la Comisión, y a Domenico Oppedisano como el *capo di tutti i capi* calabrés: la cúspide de la pirámide dentro de la ‘Ndrangheta, para más detalle. Pero esa imagen no se corresponde con lo que los jueces alegan. En su lugar, los magistrados brindan un retrato de Oppedisano como una suerte de maestro de ceremonias, como el portavoz de una asamblea, como un juez viejo y sabio cuya labor consiste en interpretar las reglas. Como el hombre encargado de velar por las responsabilidades criminales en lo relativo a los procedimientos y a la política, no a los negocios.

Solo que los procedimientos y la política pueden tener fácilmente consecuencias fatales en el mundo de las pandillas italianas. El «Gran Crimen» goza de un poder real: puede que tenga su base de operaciones en la provincia de Reggio Calabria, pero los *‘ndranghetisti* de todo el mundo deben responder ante él, según indica la investigación de los magistrados. En la primavera de 2008, el jefe o «patrón general» de las colonias de la ‘Ndrangheta en la región de Lombardía (el corazón septentrional de la economía italiana) decidió proclamar su independencia del «Gran Crimen». En julio de ese año, la policía pinchó una conversación en la que un antiguo cabecilla informaba a sus hombres de que el «Gran Crimen» había decidido «despedir» a ese patrón general insubordinado. Pocos días después, el despido se llevó a cabo, cuando dos hombres con chaqueta de motoristas dispararon cuatro veces al cabecilla de Lombardía, justo cuando se levantaba de su mesa habitual en el bar de un pequeño pueblo cercano a Milán. Al poco tiempo, los carabineros filmaron en secreto una reunión en la que los cabecillas de Lombardía alzaban la mano en un gesto de aprobación unánime hacia su nuevo patrón general; no hace falta decir que este era el designado por el «Gran Crimen».

Según parece, será preciso reescribir los libros en torno a la ‘Ndrangheta, y los historiadores deberán adoptar un nuevo ritmo en sus indagaciones. Mis propios hallazgos sugieren que los lazos —procedimentales, políticos *y* de negocios— entre las células locales de la ‘Ndrangheta han existido desde sus orígenes.

Pese a la novedosa información hoy disponible acerca del «Gran

Crimen», buena parte de lo que sabíamos sobre los niveles más bajos de la ‘Ndrangheta sigue siendo válido (véase el esquema de la p. 18). La ‘Ndrangheta actual está construida en torno a la familia, en la medida en que cada grupo de parentesco forma la columna vertebral en cada unidad, o *‘ndrina*. (Bien puede ser que el término *‘ndrina* derive de *malandrina*, palabra que solía aludir a la celda especial de las cárceles reservada a los gángsteres). El cabecilla de una *‘ndrina*, a menudo llamado *capobastone* («capo de la porra»), suele ser un padre con una cantidad considerable de hijos varones. A diferencia de sus homólogos de la Cosa Nostra, el «capo de la porra» puede incorporar a la ‘Ndrangheta a tantos hijos como sea capaz de engendrar. Arracimadas en torno al cabecilla y sus parientes hay otras familias, a menudo incorporadas por consanguinidad y/o matrimonio. En conformidad con ello, cada *‘ndrina* adopta como nombre el apellido o apellidos de la dinastía o dinastías líderes dentro de ella, como los Pelle-Vottari y los Strangio-Nirta —respectivamente, las víctimas y los perpetradores de la matanza en Duisburg.

Una o más *‘ndrine* rinden cuentas ante un *locale* o «local», cuyo encargado es conocido como *capolocale* y es ayudado por dos funcionarios mayores. El *contabile* («contable») gestiona el fondo común de la banda, o lo que los *‘ndranghetisti* denominan la *valigetta* («valija»). El *capocrimine* («jefe del crimen») está a cargo de la vigilancia y la actividad delictiva diaria. Llegado el caso, el jefe del crimen opera a la vez como ministro de guerra del clan. Para mayor seguridad, el «local» se divide en dos secciones compartimentadas entre sí: los *‘ndranghetisti* de menor rango se agrupan en la «Sociedad Menor», y los de rango superior en la «Sociedad Mayor».

Hasta aquí, todo (relativamente) claro. Pero en este punto la particular afición de la ‘Ndrangheta por las reglas y los procedimientos arcaicos entra de nuevo en escena. En la Cosa Nostra, detentar un cargo es la única medida oficial del estatus de un «hombre de honor». En la ‘Ndrangheta, para que un miembro detente una posición oficial de poder en un «local», un «distrito» o en el «Gran Crimen» ha de haber llegado a cierto grado de antigüedad. La antigüedad se mide en *doti*, que significa «cualidades» o «dones» y equivale a los rangos de los miembros en la jerarquía de la organización. A veces, más poéticamente, se denomina a los rangos *fiori*

(«flores»). Los cargos en el «local» son nombramientos temporales, mientras que las flores son signos permanentes de estatus. A medida que roba, extorsiona y asesina, un *'ndranghetista* obtiene nuevas flores. Cada nueva flor implica otra prolongada ceremonia de iniciación y, tras ella, una mayor participación en el poder y los secretos de la organización. El joven iniciado comienza en la base como un *picciotto d'onore* («chaval honorífico») y asciende a través de una serie de otras flores como camorrista y *camorrista di sgarro* (que significa algo así como «camorrista con ganas de pelea») y luego a las flores de mayor antigüedad, como *santista, vangelista* y *padrino* (o santista, evangelista y padrino).

Como si esto no fuera suficientemente complicado, los *'ndranghetisti* no concuerdan en el número de flores existentes y los derechos y responsabilidades que traen consigo. En años recientes parece haber habido, además, una inflación floral: inventar nuevos distintivos de estatus es una forma barata de resolver disputas. Por ejemplo, la condición de evangelista (así llamado porque el ritual de iniciación para esta flor implica jurar sobre una Biblia) parece haber sido creada hace poco.

Nada de esto es una etiqueta inofensiva. Los rituales y las estructuras organizativas son un aparato litúrgico pensado para transformar a hombres jóvenes en delincuentes profesionales y convertir una simple vida como delincuente en una vocación por la barbarie. Una vocación que, pese a los orígenes antiguos de que se jactan sus miembros, tiene solo un siglo y medio de antigüedad. Es decir, que solo es igual de vieja que la propia Italia.

1
¡Viva la patria!
La Camorra
1851-1861

Cómo extraer oro de las pulgas

Don Sigismondo Castromediano, duque de Morciano y marqués de Caballino, señor de siete baronías, se sentó en el suelo con la pantorrilla derecha apoyada en un yunque. Alto, delgado y de ojos azules, parecía de una categoría por completo distinta a la de los carceleros napolitanos que tenía delante, bajo un cobertizo, y que jugueteaban con su quincallería de hierro. Junto al duque, su compatriota Nicola Schiavoni se sentó en la misma postura indigna, con la misma mirada de pavor en su rostro.

Uno de los carceleros cogió el pie del duque y lo rodeó con un grillete de metal con forma de estribo. Entonces inmovilizó por completo el tobillo al introducir un remache por dos pequeños orificios a cada lado del grillete; entre ellos estaba el último eslabón de una pesada cadena. Cantando y riendo, el carcelero martilleó fuertemente el lado plano del remache con golpes que hubiesen podido astillarle los huesos a cualquiera.

El duque se encogió de miedo repetidas veces, doblegado ante las ovaciones burlonas de los carceleros: «¡Dales un poco más! Son enemigos del rey, querían hacerse con nuestras mujeres y con nuestras propiedades».

Cuando los obligaron a levantarse, Castromediano y Schiavoni alzaron por primera vez sus grilletes: unos diez kilos de cadenas distribuidos en tres metros y medio de eslabones oblongos. Para ambos, este momento marcaba el inicio de una sentencia a treinta años de cárcel, encadenados por conspirar contra el gobierno del reino de Nápoles, uno de los muchos estados en que estaba dividida la península Itálica. Los dos prisioneros se abrazaron antes de desplegar una pantomima de su fe inquebrantable en la sagrada causa de Italia: «Besamos aquellas cadenas con afecto», escribió el duque luego, «como si hubieran sido nuestras respectivas novias».

Los guardias quedaron pasmados un instante, retomando enseguida el ceremonial que marcaba el ingreso al Castello del Carmine, una de las peores prisiones del reino de Nápoles. Las ropas civiles fueron reemplazadas por sendos uniformes, consistentes en calzones marrones y una túnica roja, ambos confeccionados de la misma tela áspera. Después les raparon la cabeza con una hoja en forma de hoz, que le dejó la cabeza ensangrentada. A cada uno le fue arrojado un jergón lleno de harapos, una manta hecha con piel de asno y una escudilla.

Era ya el atardecer cuando el duque y su compañero fueron conducidos a través del patio de la prisión y empujados al interior de la mazmorra.

Lo que vieron en el interior fue, según recordaría Castromediano, un panorama capaz de «aniquilar al espíritu más generoso y al corazón más firme». Bien podría haber sido simple y llanamente una cloaca: una estancia alargada y de techo bajo, con el suelo de piedras filosas, ventanucos con barrotes muy elevados y con barrotes, el aire viciado y rancio. Un hedor como de carne podrida emanaba de la basura diseminada por todos los rincones y de las figuras miserables que acechaban en la penumbra.

Cuando los recién llegados buscaban nerviosamente un espacio donde tender el jergón, otra pareja de individuos engrillados surgió de entre los que allí estaban. Uno era alto y bien parecido, y se pavoneaba al andar. Vestía pantalones de felpa negra con una hilera de botones lustrosos a cada lado de las piernas y un cinturón reluciente; del chaleco a juego asomaba un reloj con cadenilla. En exquisita muestra de civismo, se dirigió a los dos patriotas:

> ¡Muy bien, caballeros! La fortuna os ha sonreído. Todos por aquí hemos estado aguardándoos para rendiros honores. ¡Larga vida a Italia! ¡Viva la libertad! Nosotros, los *camorristi*, que compartimos vuestro triste y honorable destino, os eximimos por este expediente de cualquier obligación impuesta por la Camorra… ¡Animaos, caballeros! Os juro por Dios que nadie en este lugar os tocará ni un pelo. Soy el jefe de la Camorra aquí y, así, el único al mando. Absolutamente todos están a mi disposición, incluidos el comandante y sus carceleros.

Al cabo de una hora, los nuevos prisioneros habían aprendido dos escuetas lecciones: que el cabecilla de la Camorra no hacía ostentación en vano de su poder y que su promesa de eximirlos de cualquier «obligación

impuesta por la Camorra» carecía de todo valor. El camorrista consiguió en efecto que les devolvieran sus respectivas carteras, que les habían confiscado a su llegada a prisión, pero esa cortesía era desde luego interesada: tan solo significaba que podría manipular al perplejo duque para que pagara una suma exorbitante a cambio de una comida repulsiva.

Esa primera forma de exacción le resultó desoladora. Castromediano vislumbró su futuro como un calvario interminable de extorsiones a cambio de protección. Y se sorprendió considerando la posibilidad de suicidarse.

El duque de Castromediano fue encarcelado y condenado a los grilletes el 4 de junio de 1851. La escena descrita es real, pero es imposible no verla como una metáfora, ya que fue en las cárceles de mediados del siglo XIX donde Italia quedó por primera vez encadenada a los matones que habrían de entorpecer cada uno de sus pasos desde entonces.

La Camorra nació en las prisiones. Por la época en que el duque de Castromediano entró al Castello del Carmine, el reinado de las pandillas entre rejas era un hecho conocido desde hacía siglos en la Italia meridional. Bajo el *ancien régime* era más fácil y barato delegar el control diario de las prisiones a los internos más rudos. Fue entonces, a mediados del siglo XIX, cuando los chantajistas de las prisiones se constituyeron en una sociedad secreta y bajo juramento, y pusieron un pie en el universo exterior a las mazmorras. La historia de cómo sucedió está llena de intrigas, pero básicamente consiste en recuperar cada matiz e ironía apreciables en el encuentro inicial del duque de Castromediano con el camorrista. Por ahora, esa historia puede resumirse en una sola palabra: Italia.

En 1851, lo que ahora denominamos Italia era solo un «concepto geográfico» más que un Estado, dividido entre una potencia extranjera (Austria), dos ducados, un gran ducado, dos reinos y un Estado papal. El mayor de esos territorios era a la vez el más meridional: el Reino de Nápoles, o Reino de las Dos Sicilias, para emplear su denominación oficial.

Desde la capital del reino, en Nápoles, un rey de la dinastía borbónica regía sobre todo el territorio de la Italia meridional y la isla de Sicilia. Igual

que la mayoría de los príncipes de Italia, los borbones de Nápoles vivían obsesionados con el recuerdo de lo que les había ocurrido en los años que siguieron a la Revolución francesa de 1789. En 1805, Napoleón depuso a los borbones y colocó a sus propios candidatos en el trono. El dominio galo trajo consigo una serie completa de innovaciones en la forma de conducir el reino. Fuera quedó el feudalismo y en su lugar llegó la propiedad privada. Fuera quedó una confusa asamblea en que se mezclaban las tradiciones locales, las jurisdicciones eclesiásticas y de los grandes barones y las ordenanzas públicas; en sustitución de ella se creo un nuevo código de derecho civil y los rudimentos de una fuerza policial. La región meridional de la península Itálica comenzó a parecerse por primera vez a un Estado moderno y centralizado.

En 1815, Napoleón fue finalmente derrotado. Cuando los borbones retornaron al poder, se adhirieron a las grandes ventajas que las reformas al estilo francés podían tener para garantizar su propia autoridad. Pero era difícil conciliar la teoría y la práctica de la administración moderna. El trono del Reino de las Dos Sicilias era aún muy inestable y había una oposición generalizada al nuevo sistema, con un mayor grado de centralización. Además, la Revolución francesa no solo había introducido nuevas formas de administrar un Estado en la Europa continental, sino que también había difundido ideas muy volátiles acerca del gobierno constitucional, la nación y hasta la democracia.

El duque de Castromediano pertenecía a una generación de hombres jóvenes que dedicaron sus empeños a edificar una *patria* italiana, una madre patria que encarnara los valores del gobierno constitucional, la libertad y el imperio de la ley. Después de intentar convertir esos valores en una realidad política durante las revueltas de 1848-1849 y fallar en el intento, muchos patriotas como Castromediano pagaron por sus creencias siendo arrojados al reino de los *camorristi* en las mazmorras.

Ese trato de prisioneros políticos, de «caballeros» hechos prisioneros, se convirtió muy pronto en un escándalo. En 1850, un miembro muy exaltado del Parlamento británico, William Ewart Gladstone —el futuro «gran anciano» de la institución—, inició una prolongada estancia en Nápoles para contribuir a la salud de su hija. Gladstone se involucró en los asuntos

locales por las súplicas de hombres como Castromediano. A comienzos de 1851, las autoridades napolitanas permitieron, de manera poco astuta, que Gladstone visitara algunas de las cárceles de la ciudad. El visitante quedó horrorizado por la «inmundicia bestial» que presenció, donde detenidos políticos y delincuentes comunes de la peor ralea se mezclaban de forma indiscriminada y sin ninguna clase de vigilancia. Los mismos prisioneros administraban el lugar: «Son una comunidad autogobernada, siendo la principal autoridad la de los *gamorristi* [sic] los hombres más célebres entre ellos por sus audaces fechorías».

El error ortográfico no alteraba la verdad de lo que Gladstone escribió. O, al menos, la fuerza polémica de su argumentación: tan pronto como emergió de las prisiones napolitanas despachó dos cartas abiertas condenando al gobierno del rey borbón como «la negación de Dios, erigida en sistema de gobierno». Los *camorristi* eran ahora un garrote diplomático con el cual asestarle a los borbones. Cualquier gobierno que confiase la gestión de sus prisiones a unos matones violentos no merecía seguir en pie. Por cortesía de Gladstone, las bandas del crimen organizado de Italia se convirtieron en lo que nunca más han dejado de ser a contar desde entonces: un detonante de la controversia política.

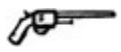
La solidaridad internacional con los mártires patriotas encarcelados pasó a jugar un papel relevante en la secuencia casi milagrosa de acontecimientos que convirtieron finalmente a Italia en una *patria*, o algo parecido. En 1858, el primer ministro del reino itálico de Piamonte-Cerdeña, al norte del país, firmó un pacto secreto con Francia para expulsar a Austria por la fuerza del norte de Italia. Al año siguiente, tras una horrenda orgía de sangre en las batallas de Magenta y Solferino, Piamonte-Cerdeña absorbió el antiguo dominio austríaco de Lombardía. El éxito militar del Piamonte desencadenó levantamientos más al sur, en los distintos ducados centrales, así como algunos de los territorios papales. Buena parte del norte de la península se había convertido ahora en Italia. Europa contenía el aliento y esperaba el siguiente movimiento.

Entonces, en mayo de 1860, Giuseppe Garibaldi realizó una de las mayores hazañas nunca vistas del idealismo humano cuando desembarcó en Marsala, la costa al extremo oeste de Sicilia, con poco más de mil

voluntarios patriotas con sus camisas rojas. Después de sus primeras y dudosas victorias, la revolución comenzó a cobrar fuerza a la zaga de la expedición liderada por Garibaldi. Pronto había conquistado la capital siciliana de Palermo, tras lo cual dirigió su ejército, cada vez más numeroso, hacia el este para invadir la Italia continental. A principios de septiembre entró en Nápoles. Italia sería en lo sucesivo, por primera vez en su historia, un solo país.

Con Italia unificada, los patriotas encarcelados del Reino de las Dos Sicilias pudieron transformar sus prolongados padecimientos en credibilidad política. Y viajaron al norte, a la capital piamontesa de Turín, al pie de los Alpes, para sumarse a la primera élite nacional del nuevo país.

Hemos escuchado infinidad de veces la historia del *Risorgimento*, de cómo se unificó Italia. Mucho menos conocida es la subtrama siniestra que rodea dicha unificación: la irrupción de la Camorra. La mayor parte de los múltiples hilos de esa subtrama fueron activados en las mazmorras donde los patriotas se toparon con los *camorristi*. De manera que los prisioneros patriotas son nuestros principales testigos de la historia temprana de la Camorra. No solo eso: algunos de ellos se involucraron personalmente en la histórica refriega, como héroes y a la vez como villanos.



Una Italia unificada era aún un sueño vago cuando el duque Sigismondo Castromediano fue encarcelado en 1851. Pero, cuando esas primeras horas traumáticas en prisión se convirtieron en días, meses y años, encontró fuentes adicionales para resistir, sumándolas a sus sueños políticos: la camaradería de sus compañeros de degradación, pero también una voluntad de comprender a su adversario. Para el duque de Castromediano, darle un sentido a la Camorra era un asunto de vida o muerte.

Podemos hacer nuestros sus hallazgos, ya que siguen siendo válidos hasta hoy. En prisión, Castromediano pudo observar a la Camorra temprana en condiciones de laboratorio, cuando esta perfeccionaba una metodología criminal destinada a infiltrarse y subvertir la misma nación que el duque se había esforzado por crear.

Castromediano inició su estudio de la Camorra de la manera más concreta imaginable: siguiendo la huella del dinero. Y lo que más le impresionó de lo que él mismo denominaba los «impuestos» de la Camorra fue que estos se recaudaban en todas y cada una de las facetas de la vida del encarcelado, incluidos el último mendrugo de pan y el jirón más miserable de su vestimenta.

En un rincón de la mayoría de las mazmorras del reino había un pequeño altar dedicado a la Virgen. El primer impuesto que se cobraba a los recién llegados era a menudo justificado como un pago por «el petróleo para la lámpara de la Virgen», una lámpara que rara vez estaba encendida, por no decir nunca. Los convictos debían incluso alquilar el trozo de suelo en el que dormían. En el argot de la prisión, ese lugar para dormir se denominaba un *pizzo*. No por coincidencia, quizá, la misma palabra equivale hoy a un soborno o un pago por protección. Cualquiera que se mostrara renuente a pagar el *pizzo* era sometido a castigos que iban desde insultos, pasando por palizas y cortes con navaja, hasta el asesinato.

Castromediano fue testigo de un episodio que ilustra cómo el sistema de financiación de la Camorra en las cárceles implicaba algo bastante más profundo que el robo a secas, y algo mucho más siniestro que la mera exacción de impuestos. En cierta ocasión, un camorrista que acababa de ingerir «una sopa suculenta y un buen trozo de asado», arrojó un nabo a la cara de un hombre cuya magra ración de pan y caldo había confiscado en lugar del soborno. Con el vegetal arrojado venían incluidos los insultos: «Aquí tienes, ¡un nabo! Eso debiera bastar para mantenerte con vida… Al menos por hoy. Mañana será cosa del diablo lo que haga contigo».

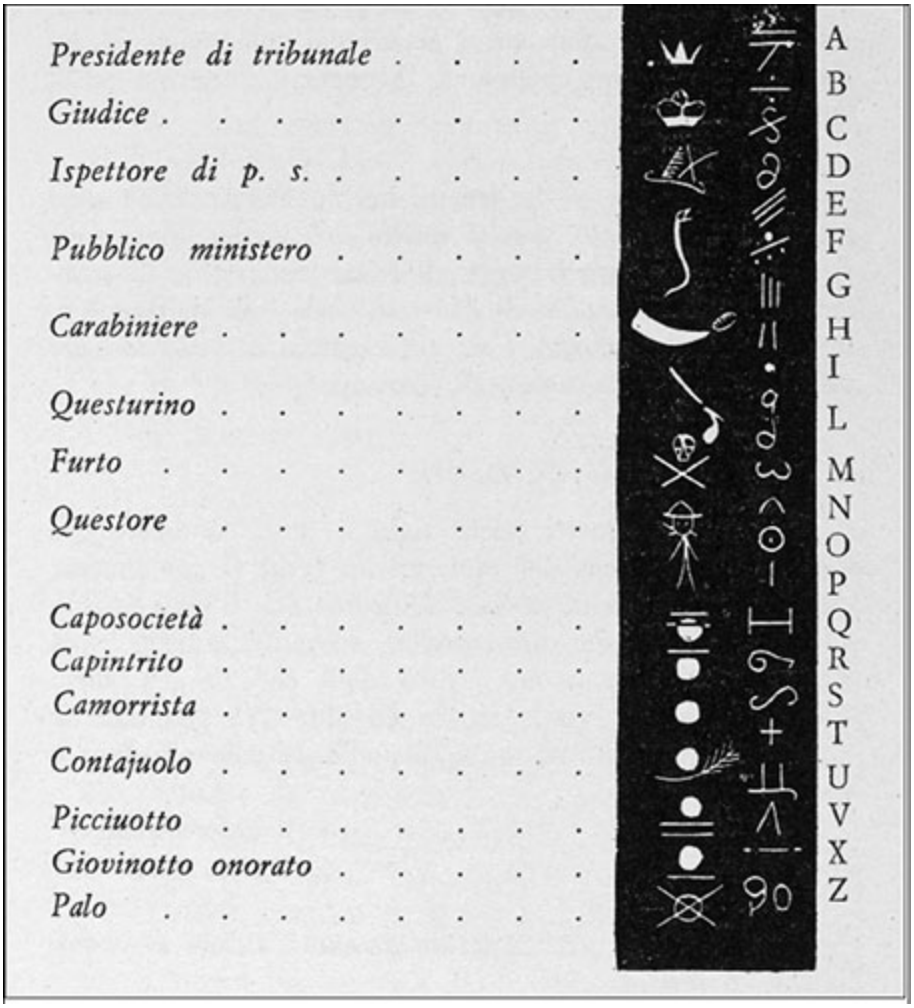
La Camorra convertía las necesidades y derechos de sus compañeros de prisión (como su pan o su *pizzo*) en favores. Favores por los que tenían que pagar de una u otra forma. El sistema de la Camorra se basaba en su poder de conceder o retirar tales favores. O incluso de arrojárselos a la cara a los demás. La auténtica crueldad del episodio del nabo arrojado es que el camorrista estaba concediendo un favor, el cual podría haber negado con la misma facilidad.

El duque de Castromediano tenía un sentido muy agudo para percibir episodios que hacían más dramáticas las estructuras subyacentes al poder de

la Camorra en las prisiones. Una vez escuchó a dos presos discutiendo acerca de una deuda. Solo había unos cuantos centavos en juego, pero no pasó mucho tiempo hasta que un camorrista intervino: «¿Qué derecho tenéis a discutir, a menos que la Camorra lo haya autorizado?». Dicho esto, se apropió de las monedas en disputa.

Todo recluso que hiciera valer un derecho básico —como librar una discusión o respirar tranquilo su propio aire— estaba ofendiendo la autoridad de la Camorra. Y todo recluso que intentara siquiera reclamar justicia a una autoridad externa a la prisión estaba cometiendo traición. El duque conoció a un hombre a quien le habían introducido las manos en agua hirviendo por osar escribir al gobierno y mencionar las condiciones en prisión.

Mucho de lo que Castromediano aprendió acerca de la Camorra fue durante su estancia en una prisión de Procida, una de las islas que, como Capri e Ischia, sus bellas hermanas, está situada en la boca de la bahía de Nápoles. Cuando rememoraba tiempo después su época en Procida, afloró en su discurso una ira no digerida: «La mayor cárcel en las provincias meridionales. La reina de las cárceles, la dulce colmena de la Camorra y el comedero para cebar a los guardias a cargo y a cualquiera que contribuya a apoyar a la Camorra; la gran letrina donde, por la fuerza de la naturaleza, se filtra la escoria más abominable de la sociedad».



Abele de Blasio, *Usi e Costumi dei Camorristi*, 1897

Código de la Camorra. Presuntamente confiscado a un camorrista de prisiones que lo mantenía oculto en su ano, este glosario secreto explica los símbolos que los *camorristi* empleaban en los mensajes que se dejaban dentro y fuera de la prisión. Tomado de un estudio del siglo XIX acerca de la honorable sociedad de Nápoles.

Fue en la letrina de la cárcel de Procida, que desembocaba directamente al mar, donde el duque tuvo contacto con otra faceta crucial del sistema de la Camorra. Cierto día reparó en dos figuras humanas bosquejadas con un trozo de carbón en un muro. Una de ellas tenía los ojos desorbitados y de su boca torcida emanaba un aullido silencioso. Con su diestra hundía una daga en el vientre de la otra, que se retorcía de dolor y estaba a punto de desplomarse. Sobre cada una de las figuras estaban sus iniciales. Al pie de

la escena estaba escrito: «Juzgado por la “sociedad”», expresión seguida de la misma fecha en la que el duque se topó con ella.

Castromediano ya sabía que la «sociedad» u «honorable sociedad» era el nombre que la Camorra se daba a sí misma. Pero el garabato en la pared era opaco en su significado. «¿Qué significa esto?», preguntó, con su candor habitual, al primero que pasó. «Significa que hoy es el día para hacer justicia con un traidor. O bien la víctima dibujada aquí está ya en la capilla exhalando su último aliento, o dentro de unas pocas horas la colonia penal de Procida tendrá un interno menos, y el infierno uno más».

El prisionero le explicó cómo era que la «sociedad» había llegado a una decisión, cómo sus líderes habían dado una orden y cómo todos los miembros excepto la víctima habían sido informados de lo que estaba por ocurrir. Nadie, por supuesto, había divulgado este secreto a voces.

Entonces, justo cuando el hombre advertía al duque que guardara silencio, del pasillo vecino les llegó una maldición en voz alta, seguida de un alarido prolongado y angustioso que fue gradualmente sofocado, seguido a su vez de un resonar de cadenas y el rumor de unos pasos que corrían.

«El asesinato se ha consumado», fue todo cuanto dijo el otro prisionero.

Invadido por el pánico, el duque huyó precipitadamente a su propia celda, pero nada más doblar la primera esquina del corredor se tropezó con la víctima, herida con tres puñaladas en el corazón. El único allí presente era el hombre al que la víctima estaba encadenado. La actitud de ese hombre quedaría grabada a fuego en la memoria de Castromediano. Quizá fuera él mismo el asesino. Cuando menos, era un testigo presencial. Así y todo, contemplaba el cadáver a sus pies con «una combinación indescriptible de estulticia y ferocidad», mientras esperaba en calma a que los guardias trajeran el martillo y el yunque para separarlo de su compañero muerto.

Castromediano llamaba a lo que había presenciado un «simulacro» de justicia; esto es, un asesinato con la fachada de una pena capital. La Camorra no solo asesinaba al traidor. Lo más relevante era que se empeñaba en que el asesinato pareciera algo legítimo, «legal». Había un juicio y un juez de por medio, testigos de cargo y abogados de la fiscalía y la defensa. El veredicto y la sentencia emanados del tribunal se hacían públicos,

aunque en los muros de una letrina en lugar de un edicto judicial. La Camorra también se empeñaba en una torcida forma de aprobación democrática para sus fallos judiciales, asegurándose de que todos evitaran que la víctima supiera lo que iba a ocurrir.

Los tribunales de la Camorra no llegaban a un fallo en nombre de la justicia. Más bien, el valor que los regía era el «honor». El honor, en el sentido que la «sociedad» lo entendía (un sentido que Castromediano designa como una «aberración de la mente humana»), implicaba que un afiliado debía resguardar a sus camaradas a cualquier costo y compartir sus infortunios con ellos. Las disputas debían resolverse de la manera aprobada, habitualmente en un duelo a cuchillos; los juramentos y pactos tenían que respetarse, las órdenes obedecerse y el castigo aceptarse cuando fuera debido.

Pese a toda esa jerga relativa al honor, la realidad de la existencia de la Camorra distaba con mucho de ser armoniosa, como bien lo recuerda Castromediano: «Las relaciones entre esos individuos maldecidos hervían en discusiones, odios y envidias. Los asesinatos repentinos y horribles actos de venganza eran perpetrados a diario». Un asesinato cometido por venganza apuntaba a defender el honor personal y, como tal, podía quedar fácilmente sancionado por el sombrío sistema judicial de la Camorra. Si una venganza era legítima o no dependía en parte de las reglas y precedentes legales de la «sociedad», que eran transmitidos oralmente de una generación de criminales a otra. Y lo que es más importante: su legitimidad dependía de si la venganza era cometida por un camorrista suficientemente temible como para imponer su voluntad. En la Camorra de prisiones, más que en ningún otro sitio, las reglas eran el instrumento de los ricos y poderosos. El honor era ley de todos aquellos que estaban por encima de la ley.

Los «impuestos» de la Camorra. La «justicia» de la Camorra. Castromediano habla a su vez de la «jurisdicción» de la Camorra, de sus «emblemas de los cargos» y de su «administración». La terminología que emplea es impactante, consistente y adecuada: es el léxico asociado al poder estatal. Lo que describe es un sistema de autoridad criminal que imita las labores de un Estado moderno, aunque sea en las tinieblas sepulcrales de

una mazmorra.

Ahora bien, si es efectivo que la Camorra de las prisiones era una suerte de Estado en las sombras, su idea de cómo tenía que ser el Estado era ciertamente intervencionista. El duque de Castromediano vio a los *camorristi* promover el juego de apuestas y el alcohol por su plena conciencia de que tales actividades podían quedar sujetas a impuestos. (De hecho, la práctica de aceptar sobornos de los apostadores estaba tan asociada a los gángsteres, que dio pie a una teoría muy popular acerca de cómo la Camorra obtuvo su denominación. *Morra* era uno de los juegos que se practicaban, y el *capo della morra* era un hombre que supervisaba a los jugadores. Se sostenía que este título quedó abreviado en cierto momento a *ca-morra*. La teoría es, con toda probabilidad, apócrifa: en Nápoles, *camorra* significaba «soborno» o «extorsión» mucho antes de que nadie pensara en aplicar el término a una sociedad secreta.)

Los juegos de cartas y las botellas de vino generaban otras oportunidades de ganar dinero: la Camorra proveía de la única fuente de crédito a los apostadores desafortunados, y controlaba la taberna fétida e infestada de ratas que había en prisión. Además, cada objeto que la Camorra confiscaba a un prisionero incapaz de afrontar el pago de sus intereses, su botella o sus sobornos, podía ser subastado a un alto precio fijado a discreción. En los calabozos resonaban los gritos con que los vendedores ambulantes anunciaban prendas de ropa grasientas y trozos de pan rancio. La explotación de los encarcelados en todo momento daba origen a una economía escuálida. Como establecía precisamente un viejo dicho de la Camorra, *facimmo caccia' l'oro de' piducchie*: «Extraemos oro de las pulgas».

El sistema de la Camorra incluía también a los altos cargos de la prisión. Obviamente, muchos de los guardias estaban en nómina. Esta forma de corrupción no solo brindaba a la Camorra la libertad que requería para operar, sino que además ponía en circulación algunos favores adicionales. Por un precio determinado, los prisioneros podían usar sus propias vestimentas, dormir en celdas separadas, gozar de mejores alimentos y tener acceso a medicamentos, cartas, libros y velas. Al gestionar el tráfico de mercancías que entraban y salían de la prisión, la Camorra inventó, a la vez

que monopolizaba, un mercado completo de productos de contrabando.

De modo que la Camorra de las prisiones contaba con un negocio dual, pensado para extraer oro de las pulgas: por una parte, los «impuestos», fruto de la extorsión, y por otra, el negocio de contrabando. La Camorra actual opera exactamente sobre los mismos principios. Lo único que ha cambiado es que las «pulgas» se han vuelto más grandes. Los sobornos antes cobrados por un espacio para tender el jergón son ahora tajadas de grandes contratos de obras públicas. Las velas y alimentos de contrabando que se introducían en prisión son ahora remesas de narcóticos que se introducen en el país.

El duque de Castromediano pasó sus años de preso político en varias cárceles, pero dondequiera que estuvo comprobó que la Camorra estaba al mando. De modo que su historia personal no está solo asociada a los orígenes de lo que hoy se conoce como la Camorra *napolitana*. Prisioneros de distintas regiones se mezclaban en cárceles por todo lo largo y ancho de la región meridional de la península Itálica, en Sicilia y en muchas islas menores. Todos ellos se referían a sí mismos como *camorristi*.

El duque advirtió, eso sí, diferencias en el código de vestuario adoptado por los *camorristi* de distintas regiones. Los sicilianos tendían a preferir la felpa negra (el camorrista que se presentó al duque en su primer día en el Castello del Carmine era siciliano). No hace mucho, los napolitanos vestían igual, pero de un tiempo a esta parte han comenzado a preferir, como signos de su estatus, la ropa de cualquier color mientras sea de calidad y se le puedan adherir múltiples accesorios dorados: relojes y cadenas de oro, pendientes de oro, macizos anillos de oro, todo ello coronado por un fez ornamentado con infinidad de galones, bordados y una borla dorada.

Había sólidas lealtades y rivalidades entre los *camorristi* de distintas regiones. Según la experiencia del duque de Castromediano, los napolitanos alimentaban una «antipatía inveterada» hacia los calabreses. Cuando esa antipatía estallaba en abiertas hostilidades, los *camorristi* de todas partes tendían a alinearse de una manera ya conocida: a los napolitanos se unían los hombres del campo cercano a Nápoles y a los de Puglia; todos los demás optaban por los calabreses. A los sicilianos, por su parte, «les encantaba mantenerse al margen», según decía Castromediano, «pero si se ponían a favor de uno u otro bando, ¡oh!, ¡las *vendettas* eran brutales!». En

los peores casos, «decenas de cadáveres abarrotaban el cementerio de la prisión».

Pese a sus cruentas rivalidades y sus muchas cualidades distintivas, los *mafiosi* sicilianos, al igual que los *camorristi* napolitanos y los *‘ndranghetisti*, aludían todos a sí mismos como miembros de la honorable sociedad. Su léxico compartido es un indicio de su origen también compartido en el sistema de prisiones del Reino de las Dos Sicilias. De hecho, todo lo que Castromediano descubrió en prisión acerca de la Camorra es no solo válido hasta hoy; sigue siendo válido para la Mafia siciliana y la ‘Ndrangheta calabresa. Las organizaciones criminales de Italia se hallan involucradas en el tráfico ilegal y operan a la vez como un Estado en la sombra, que mezcla los «impuestos» por extorsión y sistemas judiciales y políticos alternativos. Si se las dejara hacer, las honorables sociedades italianas transformarían el mundo entero en una gigantesca prisión, administrada por medio de sus reglas tan simples como brutalmente efectivas.

Siete años y medio después de que Sigismondo Castromediano ingresara en el Castello del Carmine, la presión diplomática en contra del régimen borbónico terminó por dar frutos para los presos políticos; igual que otros, el duque vio conmutada su sentencia por el exilio permanente. Para entonces, su pelo había encanecido completamente. Una de las pocas cosas que hizo antes de que lo liberaran fue sobornar al carcelero para que le dejara quedarse con dos tristes souvenirs: sus grilletes y su túnica roja. Las humillaciones de sus años de prisión lo acompañarían durante el resto de su vida.

El duque pasó poco más de un año en el destierro. Entonces irrumpió Garibaldi, el Estado borbónico se desplomó y su territorio se convirtió en parte de Italia. En Turín, el 17 de marzo de 1861, Castromediano estaba en el Parlamento para ver a Víctor Manuel II, el rey de Piamonte-Cerdeña, al ser nombrado monarca heredero del nuevo reino. El ideal por el cual tanto había sufrido era ahora una realidad oficial.

Muy pronto perdió la posición parlamentaria que su martirio en prisión le había granjeado. Retornó a su localidad ancestral en Puglia, la región en el talón de la bota itálica. Mientras estaba en la cárcel, su castillo cercano a la ciudad de Lecce había sufrido un serio deterioro, pero él mismo había sido succionado hasta la miseria por la sanguijuela de la Camorra y nunca más dispondría del dinero para renovarlo. Los visitantes ocasionales del duque en el curso de los años tenían la impresión de que el castillo era un escenario apropiado para un hombre que había soportado tantas penurias por la causa patriótica: se había convertido en una ruina a medias, parecida a esas de las novelas románticas que habían inflamado el patriotismo del propio duque en su juventud. En una esquina de la capilla dentro del castillo, en permanente exposición, estaban lo que él llamaba sus «ornamentos»: la cadena y la túnica de prisión. La Camorra se había infiltrado en el alma del duque, infectándolo de una melancolía recurrente: «la prole del infierno», la llamaba él, «una de las sectas más inmorales y devastadoras que la infamia humana ha podido concebir».

A los pocos días de su liberación, comenzó a redactar unas memorias de su época en cautiverio, que estaban inconclusas, pese a todo, cuando falleció en su castillo treinta y seis años después. Su texto, *Political Prisons and Jails* («Prisiones y cárceles políticas»), se lee como la obra de un individuo aún sumido en la batalla por reconciliarse con su pasado. Su narración es ocasionalmente embrollada y reiterativa, pero en sus mejores momentos resulta un vívido relato de cómo iniciaron su andadura las mafias italianas.

Lo que el propio Castromediano no podía apreciar estando en la cárcel era que la Camorra había dado ya sus primeros pasos fuera de las mazmorras y había salido a la calle.

La gestión conjunta del delito

Nápoles era un hervidero humano. En la década de 1850, en sus calles había una cifra algo inferior a quinientos mil habitantes, lo que convertía la capital del Reino de las Dos Sicilias en la mayor ciudad de Italia. Siendo la ciudad con la mayor densidad de población de Europa, albergaba mayor miseria por cada metro cuadrado que cualquier otro núcleo urbano del continente. Cada gruta y cada sótano, cada escondrijo y cada portal tenían su cuota de ciudadanos demacrados y harapientos.

Los barrios de Porto, Pendino, Mercato y Vicaria detentaban la mayor concentración de indigentes, conformando lo que se denominaba la «ciudad baja». Algunos de sus callejones eran tan angostos que resultaba imposible abrir en ellos un paraguas. Muchos de los más pobres vivían en casas de varias viviendas conocidas como *fondaci* («pozos»), en las que se hacinaban familias enteras y sus animales en una única habitación sin ventanas. Los parásitos eran endémicos y el hedor infernal: las cloacas desbordaban los antiguos pozos y derramaban su contenido en los callejones. En la década de 1840, cerca de un treinta por ciento de los infantes de la ciudad baja morían antes de cumplir el primer año. Ninguno de esos cuatro barrios tenía una expectativa de vida superior a los veinticinco años.

Pero, a diferencia de Londres, Nápoles no ocultaba a sus pobres. Bajo el sol meridional, en cada calle y *piazza*, los comerciantes y vendedores ambulantes de cualquier quincalla imaginable hacían su representación diaria. Los habitantes de los barrios más pobres se ganaban la vida como podían juntando harapos, trenzando la paja o cantando en las calles, vendiendo caracoles y porciones de pizza, recogiendo colillas de cigarrillos

o cargando alguna caja.

En ningún otro punto de la ciudad era más evidente que en la via Toledo, que era la avenida principal y «la calle más ruidosa de Europa», la enorme variedad de esta economía de subsistencia. Allí, la vida urbana rezumaba a diario de los tugurios y *palazzi*, se volcaba en las calles laterales y convergía en la avenida para constituir un agitado aluvión de gente. Pobres y ricos, el pilluelo huidizo y el paseante burgués, todos sin excepción debían esquivar los carruajes en la via Toledo. El estrépito del regateo era inmenso. Y, por si fuera poco, todos ellos, desde los vendedores de embutidos con sus braseros hasta los que ofrecían agua helada en sus pagodas grandiosamente decoradas, tenían un grito distintivo y muy sonoro.

Había, con todo, un lado menos pintoresco en la industria de la pobreza napolitana. Los turistas solían sufrir los incordios de multitudes de mendigos que enarbolaban sus miembros mutilados ante cualquiera que pareciese dispuesto a otorgarles una moneda. Los viajeros avezados consideraban que los chiquillos carteristas de Nápoles habían establecido un estándar internacional en cuanto a destreza. El hurto, la estafa y la prostitución eran estrategias de supervivencia decisivas para muchos de los sectores más desposeídos. La ciudad baja en particular vivía casi enteramente fuera de la ley.

Ni la policía más severa y honesta del mundo hubiera podido imponer orden en este enjambre. De manera que, en la ciudad de Nápoles, la nueva ciencia de los servicios policiales, que era el orgullo del siglo XIX, se convirtió rápidamente en una modesta rutina que consistía en minimizar las molestias ocasionadas por la plebe. Visto que la propia Nápoles era tan extensa y pobre, la policía aprendió que la mejor forma de contener esas molestias era colaborando con los matones más rudos dentro de esa misma plebe.

En 1857, Antonio Scialoja escribió un panfleto que proseguía la ofensiva propagandística patriota contra el Reino de las Dos Sicilias. Scialoja era un brillante economista napolitano que vivía en el exilio político en Turín. Dado que era él mismo un veterano de las cárceles borbónicas, la Camorra de prisiones era una pieza crucial de su polémica. Alegaba que «la “sociedad” de los *camorristi*» era tan poderosa que podía

ejecutar sentencias de muerte en cualquier prisión del reino. La «sociedad» hacía a otros convictos pagar por todo, informaba Scialoja, incluso para rehuir lo que delicadamente designaba como «vilezas» por parte de sus compañeros detenidos, se refería a las violaciones.

Pero el diagnóstico de Scialoja en torno al malestar dominante en Nápoles llegaba mucho más allá de los muros de las cárceles. Valiéndose de sus aptitudes para el cálculo, identificó un fondo secreto que no aparecía en el presupuesto oficial de la policía. Enseguida demostró cómo algo de ese dinero contante y sonante se gastaba en contratar a rufianes y espías. La corrupción no terminaba ahí. Durante décadas, los borbones habían reclutado a su policía de entre los criminales más temidos de la ciudad. La gente corriente de Nápoles se refería a ellos como los *feroci*, los «feroces». Había ciento ochenta y un *feroci* en total por la época en que escribía Scialoja. Y aun cuando se les pagaba su escaso salario con el presupuesto oficial de la policía, normalmente complementaban sus ingresos con los sobornos que cobraban.

Los italianos tienen una expresión muy útil en su léxico para describir esta clase de acuerdos: hablan de «gestión conjunta» del delito. Y si los *feroci* que gestionaban el delito conjuntamente con la policía comenzaban a parecerse a los *camorristi* que gestionaban el sistema penitenciario conjuntamente con los guardias, eso era porque no pocas veces eran una misma cosa. Pero patrullar las calles con la cooperación de los más duros delincuentes era siempre un asunto espinoso. Algunos *camorristi* resultaban más leales a sus camaradas dentro del crimen que a sus patrones de la policía, mientras que otros suscitaban intensas suspicacias y odios en el inframundo. Así y todo, gracias a la gestión conjunta, los líderes que habían estado al mando de las mazmorras durante siglos gozaban ahora del permiso gubernamental para convertirse en un poder en las calles. A comienzos de la década de 1850, los *camorristi*, engalanados con el último y más reciente uniforme de gángster, con el pelo engominado, la chaqueta de terciopelo y pantalones bombachos, eran una porción tan conspicua de la vida de Nápoles como podían serlo los vendedores ambulantes de pizza y los comediantes.

Una vez que se le concedió a la Camorra de prisiones la opción de

poner los pies en el mundo exterior, comenzó a hacer aquello que se le daba mejor: extraer oro de las pulgas. Igual que en las cárceles, la extorsión era la base de su poder. Las actividades ilegales o semilegales eran singularmente vulnerables. Los *camorristi* exigían una tajada de cualquier botín y alcanzaron una posición destacada en el mundo de la prostitución. El juego de apuestas fue otro de sus trapicheos lucrativos.

Amplias ramas de la economía «legal» se convirtieron también en objeto de extorsión. Los visitantes de la ciudad se topaban a menudo con los *camorristi* en acción, sin entender verdaderamente lo que estaban viendo. Cuando alguno de esos turistas descendía de un bote alquilado, un individuo vestido con colores llamativos, a menudo sobrecargado de joyas varias, se aproximaba al remero y esperaba en silencio a recibir una oferta. Cuando el visitante llegaba a su hotel, el portero deslizaba con discreción una moneda en manos de un extraño rechoncho. Y cuando el visitante subía a un coche de alquiler, el conductor debía pagarle algo a otro gorila que rondaba por allí.

Los *camorristi* exigían sus impuestos en los puntos sensibles de la economía urbana: en los muelles, donde desembarcaban la carga, el pescado y los pasajeros; en las puertas de la ciudad, donde llegaban los productos del campo; en los mercados, donde se los distribuía. Los remeros y estibadores, funcionarios de aduana y cocheros, vendedores al por mayor y ambulantes, todos estaban obligados a pagar de la misma forma que, desde hacía mucho tiempo, era tan familiar a los presos.

El corazón de la Camorra de Nápoles era el barrio de La Vicaria, situado en lo que era por entonces el límite oriental de la ciudad. Los suburbios miserables de La Vicaria eran el espacio en que se superponía la esfera de influencia de cada delincuente, como la zona de intersección marcada en un diagrama de Venn. El barrio recibía su nombre del Pallazzo della Vicaria, una manzana originaria de la Edad Media donde se hallaban los tribunales y, en el sótano, una afamada mazmorra. Los muros de la cárcel de La Vicaria parecían sólidos a la vista pero eran, en realidad, una membrana a través de la cual se filtraban constantemente mensajes, alimentos y armas desde los barrios adyacentes a la prisión.

Cerca de la cárcel se alzaba la Porta Capuana, un arco de piedra

ornamentado con frisos y relieves, a través del cual muchos de los productos provenientes del interior del país llegaban para someterse a los «impuestos» respectivos. Pero el epicentro de la actividad criminal en La Vicaria era lo que es ahora un tramo de la via Martiri d'Otranto, el cual, unido a los callejones aledaños, era conocido como la Imbrecciata. La Imbrecciata era una *kasbah* donde proliferaban los placeres carnales baratos y la práctica totalidad de sus habitantes estaban involucrados en la prostitución y los espectáculos de sexo en vivo. La notoriedad del sector era tal, que las autoridades intentaron varias veces cercarlo construyendo muros en sus vías de salida.

Con todas estas oportunidades al alcance de la mano de conseguir ingresos ilegales en La Vicaria, no debe sorprendernos que los primeros cabecillas supremos de la honorable sociedad el mundo exterior provinieran de allí.

La «gestión conjunta» del delito en Nápoles era ciertamente escandalosa, pero lo que enfurecía particularmente a Antonio Scialoja, el economista exiliado, era que las autoridades borbónicas dieran rienda suelta a sus espías, *feroci* y *camorristi*, para que acosaran y chantajearan a los patriotas liberales. En rigor, esos policías tan rudos y prestos no respetaban las filiaciones políticas: hasta los monárquicos afines a los borbones debían desembolsar cada tanto sumas para rehuir lo que los *feroci* denominaban con una sonrisa las «complicaciones judiciales». De este modo fue que, en la incertidumbre reinante en la década de 1850, con la monarquía borbónica vulnerable y recelosa, la Camorra tuvo por primera vez la posibilidad de entrometerse en la vida política del país.

Scialoja concluía su panfleto con una historia muy ilustrativa, tomada de sus recuerdos como prisionero político a comienzos de la década de 1850. Recordaba que los delincuentes comunes en prisión aludían a los patriotas cautivos como «los caballeros», considerando que sus líderes eran hombres educados y de buena posición como lo era él mismo. Solo que todo el que se involucraba en política no era un caballero en ningún caso.

Algunos eran artesanos poco refinados. Un caso en particular fue el de Giuseppe D'Alessandro, conocido como *Peppe l'aversano*, «Pepe de Aversa», una localidad agrícola no muy alejada al norte de Nápoles. Pepe de Aversa fue encarcelado por su participación en los acontecimientos revolucionarios de 1848. Al toparse en prisión con la Camorra, decidió rápidamente que unirse a las filas de los extorsionadores era preferible a sufrir con los caballeros mártires. Así, fue iniciado en la honorable sociedad y muy pronto anduvo pavoneándose en los pasillos de prisión con sus baratijas.

En primavera de 1851, por la época en que Gladstone tronaba contra los *gamorristi* ante sus lectores británicos, una rama singularmente fanática de la policía napolitana concibió un plan para asesinar a algunos de los patriotas encarcelados. Pero ni siquiera la policía podía llevar a cabo un proyecto semejante sin la ayuda de la administración de prisiones: la Camorra. Y encontró en Pepe de Aversa al hombre perfecto para el trabajo; en rigor, ni siquiera hubieron de pagarle, puesto que estaba aún condenado a muerte por traición y se mostró contento por el mero hecho de verse liberado de su cita con el verdugo.

En dos ocasiones intentó cumplir su misión, con una pandilla de *camorristi* siempre listos para responder a su orden de atacar, pero en ambas oportunidades los caballeros se las arreglaron para mantenerse juntos y enfrentar a sus futuros asesinos.

Entonces los prisioneros políticos escribieron a las autoridades policiales para recordarles el escándalo diplomático que sería si cualquiera de ellos era despedazado por una multitud. El recordatorio funcionó. Pepe de Aversa fue trasladado a otro sitio, luego lo liberaron y finalmente le concedieron la oportunidad de intercambiar su chaqueta de terciopelo por un uniforme de policía; así concluía su metamorfosis, en el breve espacio de un par de años, de patriota traidor, pasando por camorrista, a agente de policía.

Para Scialoja, la historia de Pepe de Aversa ilustraba todo lo que andaba mal en el gobierno borbónico, en su hábito de gestionar el delito de manera conjunta con los pandilleros. La *patria* italiana se erguía en un brillante contraste contra esa sordidez. La nueva nación de Italia, cuando fuera que

ella sobreviniese, al fin traería consigo el buen gobierno a esa metrópolis sumida en la ignorancia, a la sombra del volcán Vesubio.

Solo que, siendo Nápoles la que era, la formación de la *patria* resultó un asunto mucho más extraño y oscuro de lo que nadie hubiera imaginado.

La redención de la Camorra

La expedición de Garibaldi tuvo lugar en verano de 1860, cuando los prodigios del heroísmo patriótico hicieron al fin del Reino de las Dos Sicilias parte del Reino de Italia. En Nápoles, la historia se estaba haciendo a tal velocidad que los periodistas tenían escaso tiempo para explayarse en torno a lo que veían y escuchaban. Fue un momento en que lo inconcebible parecía posible y, por lo mismo, un tiempo propicio a una narrativa acorde. Las explicaciones en sí deberían aún esperar su turno.

La ciudad quedó consternada cuando irrumpió la noticia de que Garibaldi y sus mil patriotas italianos de camisa roja habían invadido Sicilia. El 11 de mayo de 1860, el diario oficial anunciaba que los «filibusteros» de Garibaldi, como los denominaba el mismo periódico, habían desembarcado en Marsala. A finales de mes se confirmó que las fuerzas insurgentes habían tomado el control de Palermo, la capital siciliana.

El muy inoperante y joven monarca Francesco II alcanzó a reinar escasamente un año. Al tiempo que los *garibaldini* consolidaban su tenaza sobre Sicilia y se preparaban para invadir la Italia continental marchando hacia el norte, Francesco vacilaba en Nápoles y sus ministros discutían entre sí y conspiraban.

Solo el 26 de junio supieron al fin los napolitanos cómo planeaba responder a la crisis la monarquía borbónica. A temprana hora de esa mañana, se fijaron carteles en las principales arterias de la ciudad que proclamaban el «Acta Soberana». En ella, el rey Francesco decretaba que el Reino de las Dos Sicilias dejaba de ser una monarquía absoluta y abrazaba a partir de entonces la política del constitucionalismo. Acababa de formarse

ya un gobierno que incluía a los patriotas liberales. Habría, además, una amnistía para todos los prisioneros políticos. Y la bandera nacional habría de incluir a partir de entonces el emblema tricolor italiano del blanco, rojo y verde, coronado por el escudo de armas de la dinastía borbónica.

Los madrugadores que llegaron a leer el Acta Soberana el 26 de junio temían que los vieran leyéndola: siempre había la posibilidad de que fuera solo una provocación para forzar a los liberales a asomar la cabeza y convertirlos de ese modo en blancos fáciles para los *feroci*. Pero al cabo de unas pocas horas los napolitanos habían terminado de comprender lo que esos carteles significaban verdaderamente: el Acta Soberana era un débil y desesperado intento de la monarquía de aferrarse al poder. El ímpetu creciente de la expedición de Garibaldi había dejado a Francesco en una posición desesperada y el Estado borbónico se tambaleaba.

El día que fue publicada el Acta Soberana resultó un mal día para ser agente de policía en Nápoles. Durante años, la policía había sido temida y despreciada como un instrumento corrupto de represión. Ahora se la acababa de dejar políticamente expuesta, cuando se sabía casi con certeza que se iba a desatar una batalla por el control de las calles.

Al atardecer de ese día, grupos de gentes de los callejones más pobres de la ciudad acudieron a la via Toledo para abuchear y silbar a la policía. Los tenderos bajaron las persianas y esperaron lo peor. Tenían buenas razones para estar temerosos. Los desórdenes masivos invadían Nápoles con lo que parecía una regularidad estacional, y venían inevitablemente acompañados del pillaje.

Los problemas más serios comenzaron al día siguiente por la tarde. Dos facciones proletarias rivales se preparaban para una confrontación: los monárquicos gritando «¡Que viva el rey!» y los patriotas marchando a la consigna de «¡Viva Garibaldi!». Un personaje llamativo que difícilmente pasaba inadvertido en la refriega era Marianna De Crescenzo, conocida por su apodo de *la Sangiovannara*. Un testimonio la describió «yendo decorada como un bandolero», engalanada de cintas y banderas. Atentas a sus órdenes a gritos había una pandilla de mujeres ataviadas de igual modo, blandiendo pistolas y cuchillos. Los leales a la causa borbónica sospechaban que *la Sangiovannara* había contribuido a exacerbar los

ánimos distribuyendo la bebida de bajo precio de su taberna, junto con propaganda subversiva italiana.

En la via Toledo, dos escuadrones de la policía se vieron atrapados entre dos facciones y, cuando un inspector dio la orden imposible de desarmar a la multitud, estalló la refriega. Algunos de los que miraban desde arriba oyeron disparos. Después de una reñida batalla, la policía se vio obligada a retirarse. Tan solo la llegada de una unidad de caballería impidió que la situación degenerara a mayores.

Hubo, eso sí, dos bajas notables a causa de la confrontación. La primera fue el embajador francés, que pasaba por la via Toledo en su carruaje cuando fue asaltado y aporreado. A pesar de que sobrevivió a la paliza, nadie pudo nunca descubrir quién había sido el responsable del ataque.

La segunda víctima fue Pepe de Aversa, el patriota que se había vuelto camorrista, sicario borbónico y agente de policía, que fue apuñalado en la manifestación y luego rematado a hachazos cuando lo trasladaban al hospital en camilla. El asesinato fue claramente planificado de antemano, aunque una vez más los responsables quedaron en las sombras.

Todo el mundo pensó que estos acontecimientos eran solo el comienzo del terror que se avecinaba. Temiendo lo peor, muchos policías escaparon para salvar su vida y no quedó nadie para resistir al empuje de la muchedumbre. Las pandillas armadas con mosquetones, garrotes, dagas y pistolas visitaron cada uno de los doce cuarteles de policía por turnos, irrumpieron en el interior, arrojaron los archivos y los muebles por las ventanas y encendieron con ellos grandes hogueras en las calles.

Sencillamente, la fuerza de policía napolitana había dejado de existir.

Así y todo, por la tarde, una calma peculiar descendió sobre la ciudad. El corresponsal del *Times* se sintió lo suficientemente seguro para ir a examinar la derruida estación de policía del barrio de Montecalvario y allí descubrió las palabras ¡MUERTE A LA POLI! y ¡CERRADO POR MUERTE! garabateadas a ambos lados de la entrada. Estos eslóganes espeluznantes no se correspondían, en todo caso, con lo que verdaderamente había ocurrido. Testigo tras testigo le relataron cuán inesperadamente apacibles, ordenadas y hasta lúdicas habían sido las escenas de destrucción. La multitud dio, en efecto, una paliza a los pocos polis que logró atrapar, pero en lugar de

lincharlos, los traspasó al ejército. El reportero del *London Daily News*, presente en la escena, escribió que, aun cuando los rumores sugerían que muchos agentes de policía habían sido asesinados, él mismo no fue capaz de verificar ni un solo caso fatal. En torno a las hogueras encendidas con la parafernalia policial hubo algarabía, risas y bailes, y los chicos de la calle recortaban los uniformes de la policía y los hacían circular como souvenirs. Todo fue más una pieza de teatro callejero que un motín.

Lo más inesperado de todo fue que no hubo pillaje. En cada ocasión previa en que había habido algún levantamiento político en Nápoles, de los barrios bajos de la ciudad se había alzado una turba predadora. Esta vez, en cambio, de manera extraña, los amotinados de los mismos barrios miserables se encargaron de traspasar el efectivo y los objetos valiosos que encontraron a su paso a los oficiales del ejército o a los curas parroquiales. Desplazándose de un objetivo a otro por las calles, daban a voces garantías a los comerciantes acobardados tras sus persianas: «¿Por qué cerráis vuestros negocios? No os vamos a robar, solo queríamos deshacernos de la policía». Según el corresponsal del *Times*, un hombre recogió varios relojes de entre las ruinas de un cuartel de policía, pero, en lugar de guardárselos, los arrojó a la hoguera que había en el exterior. «Nadie podrá decir que los he robado», proclamó.

ATTO SOVRANO

Desiderando di dare ai Nostri amatissimi sudditi un attestato della Nostra Sovrana benevolenza, Ci siamo determinati di concedere gli Ordini costituzionali e rappsesentativi nel Regno in armonia co' principii italiani e nazionali in modo da garentire la sicurezza e prosperità in avvenire e da stringere sempre più i legami che Ci uniscono a'popoli che la Provvidenza Ci ha chiamati a governare.

A quest'oggetto siamo venuti nelle seguenti determinazioni:

1. Accordiamo una generale amnistia per tutt' i reati politici fine a questo giorno.

2 Abbiamo incaricato il Commendatore D. Antonio Sbinelli della formazione d' un nuovo Ministro, il quale compilerà nel più breve termine possibile gli articoli dello Statuto sulle base delle istituzioni rappresentativi italiane e nazionali.

3. Sarà stabilito con S. M. il Re di Sardegna un accordo per gl' interessi comuni delle due Corone in Italia.

4. La Nostra bandiera sarà d'ora innanzi fregiata de'colori Nazionali Italiani in tre fasce verticali, conservando sempre nel mezzo le Armi della Nostra Dinastia.

5. In quanto alla Sicilia, accorderemo analoghe istituzioni rappresentative che possono soddisfare i bisogni dell' Isola ; ed uno de' Principi della Nostra Real Casa ne sarà il nostro Vicerè.

Portici 25 Giugno 1860.

FRANCESCO.

Alfredo Comandini, L'Italia nei centro anni del secolo XIX (1801-1900) Volumen 3

La Camorra napolitana incita a tomar las calles. En una reacción desesperada, el 25 de junio de 1860, Francesco II, monarca del Reino de las Dos Sicilias, emitió el *Atto Sovrano* (Acta Soberana).

Eran días extraños y estaban a un paso de volverse incluso más extraños. Al atardecer de la jornada anterior a que los cuarteles policiales

fueran asaltados en esa vena tan carnavalesca, el rey Francesco II nombró nuevo prefecto de policía a un abogado de nombre Liborio Romano.

Igual que el duque Sigismondo Castromediano y el economista Antonio Scialoja, Liborio Romano había entrado en prisión a comienzos de la década de 1850 por sus creencias liberales y patrióticas, pero como tenía ya cerca de sesenta años y sufría de un doloroso caso de gota, fue liberado a principios de 1852, y en 1854 obtuvo la autorización para volver a Nápoles tras firmar un pacto de lealtad al trono. Romano tenía, pues, una deuda de honor con la monarquía borbónica. En junio de 1860, cuando el rey Francesco andaba en busca de patriotas dóciles para que asumieran cargos en el gabinete anunciado por el Acta Soberana, la obligación contraída por Romano parecía hacer de él el candidato ideal. Así que lo pusieron al mando de la policía, el cargo más duro de todos.

A las pocas horas de haberlo asumido, Romano lanzó una de las iniciativas más audaces que se recuerdan dentro de la historia de la policía: ofreció a la Camorra la posibilidad de «rehabilitarse» (eran sus términos) por la vía de sustituir precisamente a la policía. Los cabecillas de la honorable sociedad aceptaron la oferta con presteza y muy pronto los *camorristi*, engalanados con la escarapela blanca, roja y verde de la bandera italiana, se encargaron de patrullar las calles. Como fruto de ello, Nápoles siguió en calma y Liborio Romano se convirtió en un héroe. El embajador piamontés dijo en un arrebato de emoción que «es profundamente querido por la gente y exhibe sentires muy italianos». El *Times* calificó a Romano como un estadista «que se ha granjeado la confianza de todos por su habilidad y firmeza», y señalaba que, de no ser por él, la ciudad estaría sumida en el caos. El 23 de julio, día de su santo, fue distinguido con luminarias en la vía pública y un desfile de farolas. De hecho, la política de Romano resultó tan exitosa que muchos *camorristi* fueron consecuentemente reclutados para la nueva Guardia Nacional. El peligroso verano que se avecinaba, entre el desplome del régimen borbónico y la llegada de Garibaldi, transcurrió más pacíficamente de lo que nadie hubiese esperado.

El papel extraordinario de la Camorra en el drama de Nápoles fue noticia en Turín, la nueva capital de Italia. Un semanario incluso destacó la

ocasión publicando fotos muy favorecedoras de tres cabecillas de la Camorra. Uno de ellos, Salvatore De Crescenzo, es digno de un examen más detallado.

En un grabado de 1860, De Crescenzo aparece ostentando una roseta tricolor, con su mano derecha oculta dentro del abrigo, el cabello peinado con pulcritud con la raya en el medio y su rostro serio enmarcado por una barba ensortijada y restringida al mentón. La ficha policial de De Crescenzo nos permite añadir ciertos hechos a esta imagen, que nos indica que fue un industrial zapatero, probablemente nacido en 1822. Era, muy claramente, un hombre violento y fue a la cárcel por primera vez en 1849 por herir de seriedad a un marinero, y ese mismo año fue considerado sospechoso de haber asesinado a un compañero de reclusión. Pasó la década de 1850 entrando y saliendo de la cárcel, y su último arresto antes de que su imagen apareciera en la prensa fue en noviembre de 1859. Pese a este aterrador currículum vítae, aquel semanario de Turín declaraba que De Crescenzo y los otros *camorristi* eran ahora «hombres honestos y tenidos en alta estima por el partido nacional y la gente».

En el sur, Garibaldi hacía milagros conquistando un reino entero con un puñado de voluntarios. En Nápoles, según algunos observadores, parecía estar ocurriendo un milagro antes de que llegara Garibaldi. La Camorra había sido redimida, convertida en el nombre sagrado de la *patria*.

Solo que, en las sombras, allí donde la política, la violencia de las pandillas y el crimen organizado se superponían, no había ocurrido ningún milagro ni ninguna redención de la Camorra. La verdad —o al menos ciertos fragmentos de ella— solo habría de aflorar tiempo después. Algunos de esos fragmentos están en posesión de uno de los personajes más afables dentro de la historia del crimen organizado en Italia, un hotelero suizo barbudo y miope llamado Marc Monnier.

Monnier nunca estuvo en la cárcel ni ejerció cargo político alguno, pese a lo cual sabía tanto de la Camorra como todo el mundo en Nápoles, gracias a su ocupación: administraba el Hôtel de Genève, que se levantaba en mitad del bullicio de la via Medina. El hotel acogía principalmente a visitantes en viaje de negocios; Herman Melville, el autor de *Moby Dick*, fue uno de sus pocos huéspedes notables. El negocio familiar ponía a Monnier en contacto

diario con el control territorial ejercido por la Camorra: con los porteros, cocheros, verduleros y carniceros que pagaban sobornos a la mafia local. Desde las mismas ventanas del Hôtel de Genève, Monnier podía observar a los matones cuando cobraban su tajada del diez por ciento en los juegos de cartas callejeros.

El negocio hotelero le brindó a Marc Monnier un conocimiento inapreciable de cómo funcionaba la ciudad, al igual que una fuente fiable de ingresos. Fiable pero aburrida. Su verdadera pasión era la escritura, particularmente el drama. A mediados de la década de 1850, se había convertido a la causa patriótica y asumido, por ese motivo, una misión periodística: explicar Italia al resto del mundo. La historia en desarrollo de la unificación italiana era a ratos inspiradora y a ratos confusa para los observadores extranjeros… Por no hablar de los propios italianos. Siendo a la vez un lugareño y un visitante, Monnier tenía una perspectiva en la que italianos y extranjeros podían confiar por igual.

El libro *La Camorra*, del propio Monnier, fue publicado en 1862 y nunca ha sido superado como guía de la honorable sociedad napolitana del siglo XIX. Uno de los testimonios claves dentro del libro es el de un patriota, uno de los muchos que habían vuelto a Nápoles para conspirar en secreto a favor de la caída de la monarquía borbónica. Muchos de estos conspiradores se unieron a un grupo clandestino conocido como el «Comité de Orden» (nombre escogido para encubrir las intenciones reales de los revolucionarios). Monnier conocía bien a los conspiradores porque el Comité de Orden solía celebrar algunas de sus reuniones en el Hôtel de Genève. Y lo que Monnier supo por sus contactos fue que existía un pacto secreto entre el movimiento para la unificación de Italia y la Camorra, el cual se remontaba hasta mediados de la década de 1850.

He aquí, pues, nuestra primera lección en política napolitana: mientras que algunos patriotas eran perseguidos por la Camorra en la cárcel y otros la denunciaban desde el exilio como la peor lacra del sórdido despotismo de los borbones, en Nápoles había otros que intentaban hacer un pacto con los cabecillas del hampa.

Pero ¿por qué razón podía querer el Comité de Orden entablar amistad con los gángsteres de la Camorra? Pues porque habían aprendido las

lecciones que brinda la historia napolitana. En repetidas ocasiones, la monarquía borbónica había reclutado a los sectores urbanos más pobres para que la resguardaran del cambio: a los demagogos los compraban con dinero y los convencían de dirigir a las masas contra sus enemigos políticos. Cualquier revolución política fracasaría una vez más si no era capaz de controlar las calles. La Camorra era organizada, violenta y estaba arraigada en los mismos callejones que generaban esas masas tan afamadas. Con la Camorra de su lado —o, cuando menos, una parte sustancial de la Camorra —, Italia podría conquistar Nápoles y con él, la totalidad del sur del país. El Comité de Orden se creó para competir con la policía borbónica por la amistad de la Camorra.

Ahora bien, no todos los líderes patriotas estaban de acuerdo con esta táctica maquiavélica. Y de ninguna manera todos los *camorristi* concordaban con ella. Pero la posibilidad de un acuerdo entre los patriotas y el hampa hizo surgir un verdadero temor entre las autoridades borbónicas. En octubre de 1853, la policía (estando ella misma plagada de *camorristi*) informó de que «los liberales están empeñados en reclutar gente de entre una perniciosa clase de individuos surgidos de la plebe, a los que se conoce como *camorristi*». En el listado de *camorristi* políticamente sospechosos estaba Salvatore De Crescenzo, el cabecilla cuya redención ocuparía los titulares siete años después.

Marc Monnier supo del pacto entre el Comité de Orden y la honorable sociedad por una fuente a la que alude solo como el «caballero napolitano». Este caballero napolitano le contó que, en algún momento a mediados de la década de 1850, él mismo había hecho arreglos para encontrarse con los cabecillas *camorristi* en las afueras del lado norte de la ciudad. Allí los vio llegar uno por uno, cada cual con un sombrero cuya ala le cubría a medias el rostro, cada uno anunciándose con la misma señal: un ruido hecho con los labios que sonaba parecido a un beso.

El caballero napolitano contó que su primer encuentro con los líderes de la honorable sociedad comenzó mal, y que muy pronto fue a peor. Los *camorristi* partieron regañándolo: él y sus amigos tan bien vestidos y muy bien educados habían ignorado las necesidades de los pobres. La «sagrada chusma», le advirtieron, no tenía intenciones de permitir que la gente como

él, que ya era muy rica, cosechara los frutos de la revolución. Después de este ataque verbal inicial, los *camorristi* se pusieron a hacer negocios. Se necesitaría dinero para provocar una revuelta patriótica contra la monarquía borbónica. Mucho dinero. Para comenzar, exigían un botín de diez mil ducados cada uno. Al cambio del año 2010, en una estimación aproximada, estaban pidiendo la minucia de ciento veinticinco mil euros o ciento cinco mil libras esterlinas por cabeza para contribuir al derrocamiento del Estado borbónico.

El caballero napolitano balbuceó un ruego para que los *camorristi* adoptaran una perspectiva algo menos materialista del asunto, pero su protesta fue en vano. Los patriotas acordaron pagarle a la Camorra. A partir de entonces, cada cabecilla del inframundo recibió sumas regulares de dinero proporcionales al número de hombres bajo su mando.

Tal y como resultaron las cosas, los preparativos de la Camorra para la inminente revolución distaron con mucho de ser incondicionales. Confirieron rangos a sus seguidores, como si hubieran sido parte de un ejército, y los engalanaron con grandes emblemas en que se leía el santo y seña de los patriotas: ORDEN. Aun así, nunca dieron del todo el salto de la fase de preparar una revuelta a la de iniciar una de hecho. En rigor, estaban más interesados en chantajear a los conspiradores patriotas amenazándolos con contar todo a la policía borbónica a menos que les dieran más dinero.

Las cosas pintaban bastante mal para los patriotas de Nápoles cuando, de repente, en 1859, la situación cambió, al completarse la primera fase de la unificación italiana en el norte. En el sur, el Reino de las Dos Sicilias parecía de pronto muy vulnerable. En este nuevo clima de temor, la relación entre la policía borbónica y los matones callejeros se quebró. En noviembre de ese año, el gobierno ordenó una gran redada contra los *camorristi* y el traslado de muchos de ellos, incluido Salvatore De Crescenzo, a prisiones isleñas lejos de la costa italiana.

Los líderes de la Camorra —o al menos algunos de ellos— se dieron cuenta de que una alianza con el Comité de Orden podía resultar, de hecho, muy útil y no puramente lucrativa.

La invasión de Sicilia por Garibaldi en mayo del año siguiente y el giro desesperado del gobierno hacia la opción política constitucionalista llevaron

la situación a su clímax. Despidieron al jefe de la policía que había organizado la redada de noviembre contra los gángsteres y liberaron a los prisioneros políticos, al igual que a muchos *camorristi*, todos ellos echando pestes contra la policía borbónica. Entonces el gobierno emitió el Acta Soberana y comenzó el teatro callejero.

La razón de que la muchedumbre armada que atacó los cuarteles de policía diera muestras de tan notoria autocontención era que muchos de los que la integraban eran *camorristi* aliados con los patriotas, que deseaban quitar de en medio a la policía borbónica pero no que la ciudad se sumiera en la anarquía. Mariana De Crescenzo, la tabernera conocida como *la Sangiovannara* que se engalanó con cintas y estandartes para liderar a la multitud patriótica, fue en esto una figura clave. Se rumoreaba que había ayudado a los prisioneros patriotas a pasar de contrabando mensajes desde el interior de las cárceles borbónicas. Pero lo más relevante es que era la prima de Salvatore De Crescenzo, el jefe de la Camorra. Como dijo de ella Marc Monnier, nuestro hotelero suizo: «Sin estar afiliada a la "sociedad", conocía a todos sus miembros y los reunía en su casa para que mantuvieran conversaciones secretas de alto riesgo». Las conversaciones entre los patriotas y la Camorra entraron en una nueva fase una vez que la fuerza de policía napolitana se diluyó y Liborio Romano se hizo cargo de imponer el orden en la ciudad. ¿Por qué pidió Romano a la Camorra que hiciera de policía en Nápoles? Varias y muy diversas teorías circularon a raíz de este hecho. Marc Monnier, como el espíritu generoso que era, da una explicación muy caritativa. Romano, como su padre antes que él, era masón, igual que lo eran otros líderes patriotas, e igual que lo era el propio Garibaldi. El cóctel típicamente masón de camaradería, altos ideales y farsa ritualista calzaba estupendamente con el proyecto en apariencia imposible de crear una *patria* común con los fragmentos dislocados de Italia. La conquista por Garibaldi del Reino de las Dos Sicilias parecía a punto de convertir esos ideales en realidad. Tal vez, sostenía Monnier, Liborio Romano veía a la honorable sociedad como una versión primitiva de su propia secta y tenía la esperanza de que ella pudiera convertirse a los mismos fines humanitarios. Tal vez.

Cronistas menos generosos y más realistas afirmaban sencillamente que

la Camorra amenazó a Romano con desencadenar la anarquía en las calles a menos que sus miembros fueran reclutados para integrar la policía. También se rumoreó que la Camorra amenazó con matar al propio Romano. Otras voces, todas partidarias resentidas de los borbones, hay que decirlo, postulaban que Romano no había sido en absoluto amenazado y que él y otros patriotas eran voluntariosos compañeros de ruta de la Camorra.

Durante muchos años, Romano se revolvió en su propio mutismo mientras otros intentaban darle un sentido a lo que había hecho. Con el tiempo, su imagen pública de salvador de Nápoles fue revertida y la mayoría de quienes conformaban la opinión pública llegaron a considerarlo un individuo cínico, corrupto y engreído; había consenso en que Romano había estado en todo momento confabulado con la Camorra. Finalmente, varios años después, el mismo Romano hizo el intento de contar su parte del asunto y magnificar su papel como constructor de la historia con mayúsculas en aquel verano turbulento de 1860. Pero su relato, con una mezcla de dramatismo autorreferente y evasiva jactancia, sirvió únicamente para alimentar las peores sospechas, ya que daba a entender, como mínimo, que tenía mucho que esconder.

La explicación de Romano acerca de cómo persuadió a la Camorra para que sustituyera a la policía borbónica es tan sinuosa y falaz que llega a ser cómica. Dice que él en persona solicitó al *capo* más famoso de la honorable sociedad que se reuniera con él en su despacho de la prefectura. Cara a cara con el infame maleante, Romano abrió la conversación con un discurso emocionante, explicando que el régimen anterior había denegado todas las vías para mejorar su situación a gente que trabajaba duramente pero no tenía un patrimonio (aquí deberá perdonarse al camorrista que se sonrojara de solo imaginar que esta frase aludía a él). Romano siguió adelante: se daría a los hombres de la honorable sociedad la opción de correr un tupido velo sobre su pasado vergonzante y de «rehabilitarse ellos mismos». Los mejores de entre ellos serían reclutados para integrar una fuerza de policía renovada, que no estaría ya más maniatada por «perversos matones y viles chivatos, sino por gente honesta».

Romano nos cuenta que el cabecilla mafioso se conmovió hasta las lágrimas con la visión de este nuevo amanecer. Una leyenda de la Camorra

sostiene que ese líder no era otro que Salvatore De Crescenzo.

La historia es tan improbable que podría convertirse en la trama de una ópera. En rigor, toda la evocación se lee mejor precisamente así: como una adaptación, escrita para brindar una unidad de tiempo, lugar y acción, por no hablar de un aura sentimental, a la realidad bastante más siniestra del papel que Liborio Romano y la Camorra jugaron en el nacimiento de Italia como una nación unificada. La probabilidad más creíble es que Romano y la honorable sociedad se entendieran muy íntimamente desde un principio.

En última instancia, los detalles precisos del acuerdo que sin duda hubo entre los gángsteres y los patriotas no tiene importancia. Como muy pronto demostrarían los acontecimientos en Nápoles, un pacto con el diablo es un pacto con el diablo, independientemente de lo que establezca la letra pequeña.

Cosas del tío Peppe:
la Camorra pasa la cuenta

El último rey borbón de Nápoles abandonó la capital del reino el 6 de septiembre de 1860.

Al día siguiente, la población de la ciudad se desbordó en las calles y acudió a la estación de trenes para aclamar la llegada de Giuseppe Garibaldi. Las bandas tocaban, las banderas ondeaban. Las damas de alta alcurnia se mezclaban con los plebeyos más malolientes, todo el mundo gritando «¡Viva Garibaldi!» hasta que solo les salía un graznido. Marc Monnier dejó temprano su hotel para unirse a la multitud. «Nunca imaginé que el entusiasmo nacional pudiese hacer tanto ruido», escribió luego. Por una brecha ínfima entre la gente eufórica, divisó a Garibaldi a distancia suficiente de donde se hallaba como para apreciar una sonrisa de cansada felicidad en su rostro. Pero no tuvo que esforzarse para ver a *la Sangiovannara*, con su estela enorme de mujeres en armas. O, por cierto, a los *camorristi* que se erguían sobre la multitud en sus coches, agitando sus armas en el aire.

Liborio Romano compartió la gloria de Garibaldi. El gran amigo de la Camorra había sido el primero en estrechar la mano del revolucionario en el andén de la estación napolitana; los dos subieron entonces al mismo carruaje y pasaron juntos por entre la muchedumbre incontenible.

El triunfo napolitano de Garibaldi fue también el desencadenante para que los cabecillas «redimidos» de la Camorra, como Salvatore De Crescenzo, hicieran valer el poder que habían conseguido y convirtieran sus escarapelas tricolor en una licencia para extorsionar. Después de que Garibaldi llegara a Nápoles, se estableció en la ciudad una autoridad

provisional para que rigiera en su nombre mientras se organizaba la incorporación del sur al Reino de Italia. El breve período de gobierno garibaldista permitió apreciar la verdadera, e irredenta, esencia de la Camorra. Como Marc Monnier lo hace notar con ironía: «Al convertirse en policías, dejaron de ser *camorristi* por un rato. Entonces volvieron a ser *camorristi*, pero no dejaron de ser policías». Los *camorristi* se toparon entonces con que la extorsión y el contrabando eran más fáciles y rentables que nunca. El contrabando marítimo era la especialidad particular de Salvatore De Crescenzo: era el «*generalissimo* de los marineros», según Monnier. Se dice que, mientras sus bandas armadas intimidaban a los funcionarios de aduanas, él importó suficiente ropa liberada del paso por la aduana como para vestir entera a la ciudad. Un *camorrista* menos conocido pero no menos poderoso, Pasquale Merolle, llegó a controlar todo el comercio ilegal proveniente de los territorios agrícolas aledaños a la ciudad. A medida que cualquier cargamento de vino, carne o leche se aproximaba a la oficina de aduanas, los hombres de Merolle formaban un ruidoso círculo a su alrededor gritando «*È roba d'o si Peppe*» («Estas cosas son del tío Peppe. Dejadlas pasar»). El tío Pepe no era otro que Giuseppe Garibaldi. La Camorra estableció una tenaza sobre el trasiego comercial con aterradora rapidez, y los ingresos arancelarios del gobierno se desplomaron. Cierto día, solo fueron recaudados veinticinco *soldi*, apenas suficientes para comprar unas pocas pizzas.

La Camorra descubrió frentes enteramente nuevos para ejercer su influencia. Ya desde los festejos públicos por la llegada de Garibaldi, se difundió en la ciudad un sentimiento generalizado de inseguridad. Nápoles no era una metrópolis desbordada solo por la plebe miserable, además estaba llena de oportunistas y parásitos, abogados desempleados y empleadillos que debían sus puestos a los favores dispensados por los poderosos. Buena parte del sustento tan precario de Nápoles dependía significativamente de beneficios indirectos que emanaban de la corte borbónica y del gobierno. Si la ciudad perdía su estatus de capital del país, perdería a la vez buena parte de su *raison d'être* económica. Muy pronto, la gente comenzó a preguntarse si sus empleos estarían asegurados. Una purga, o tan solo una oleada de oportunistas ávidos de dar un cargo a sus

amistades, podían traer consigo el desempleo a miles de personas. Pero, si bien ningún trabajo parecía seguro, ninguno parecía a la vez fuera del alcance. Lo único sensato era hacer tanto ruido como fuera posible y acosar de manera pertinaz a cualquier autoridad. De esa forma, tenía uno menos probabilidades de quedar olvidado o relegado cuando fuera el momento de repartir cargos, contratos y pensiones.

En las semanas que siguieron a la entrada triunfal de Garibaldi, los ministros y administradores que intentaban dirigir la ciudad en su nombre tuvieron que abrirse paso a codazos por entre una muchedumbre de suplicantes para acceder a sus despachos. Los *camorristi* solían ser los primeros de la fila. Antonio Scialoja, el economista que había escrito un ensayo tan incisivo acerca de la Camorra en 1857, volvió a Nápoles en 1860 y asistió al caos creado bajo el breve gobierno de Garibaldi: «El actual gobierno se ha hundido en el lodo y está ahora recubierto de él. Todos los ministros distribuyen cargos en un santiamén a quienquiera que se lo ruegue en voz lo bastante alta. Algunos de tales ministros se han reducido a conceder audiencias, rodeados de esos canallas que imponen su cacicazgo al pueblo y a los que aquí se alude como *camorristi*». Lo de «algunos ministros» incluía, por cierto, a Liborio Romano. Ni siquiera bajo los desacreditados borbones habían gozado los *camorristi* de semejantes oportunidades para manejar los hilos y obtener influencia y ganancias.

El «españolismo»: la primera batalla contra la Camorra

El 21 de octubre de 1860, un domingo otoñal bendecido por un sol radiante y un cielo azul y claro, la gran mayoría de los varones de Nápoles votaron por la incorporación al Reino de Italia. Las escenas en la mayor plaza de la ciudad, más adelante rebautizada como piazza del Plebiscito en recuerdo de esa jornada, fueron inolvidables. La basílica de San Francesco di Paola parecía extender su vasta columnata semicircular para envolver a la multitud. Bajo el pórtico se desplegaba entre sus columnas un lienzo con la consigna «Asambleas Populares». Y debajo del mismo había dos grandes cestas con las palabras «Sí» y «No» rotuladas.

En una cifra incalculable, formando una hilera armada por igual de paciencia y buen humor, los más pobres de entre los napolitanos esperaban su turno para subir los escalones de mármol y votar. Había ancianos harapientos demasiado inestables para caminar por sí solos, sollozando de alegría, a los que transportaban para que pudieran depositar su papeleta en la cesta del «Sí». La tabernera, soporte de las fuerzas patriotas y agente de la Camorra a la que todos conocían como *la Sangiovannara*, se hacía notar de nuevo entre los demás. Incluso se le permitió votar —la única mujer a la que le fue conferido ese honor— por sus servicios a la causa nacional. Bocetos de sus firmes rasgos faciales fueron publicados además en la prensa; era «el modelo de la belleza greconapolitana», según decía un observador.

Poco después del plebiscito, Garibaldi renunció a su dictadura transitoria y traspasó el caos horrendo que Liborio Romano había creado a una autoridad interina encargada de gestionar la integración de Nápoles al

Reino de Italia. En los meses siguientes, la Camorra se enfrentaría al primer empeño resuelto de quebrar su dominio. Nápoles fue el escenario de una lucha para dirimir quién controlaba verdaderamente las calles.

El hombre a quien se encomendó la labor de poner atajo a la crisis policial de Nápoles era otro patriota del sur, otro veterano de las cárceles borbónicas: Silvio Spaventa. Pero Spaventa era un político muy distinto a Liborio Romano, su antecesor. Un individuo achaparrado, con su negra barba suspendida bajo unas mejillas fofas, Spaventa aplicaba rígidamente ciertos estándares morales a su propia conducta y la de los demás. En tanto Romano se desvivía por complacer a la multitud, Spaventa era un modelo de autocontención, con una intensa aversión al despliegue de sus cualidades. En una ocasión, en 1848, había asistido a una cena política organizada en un teatro. El clímax de la velada sobrevino cuando el propio Spaventa tuvo que cruzar todo el escenario y, mitad fastidiado, mitad nervioso, no advirtió la concha del apuntador y cayó dentro de ella.

Spaventa reaccionó a las inclemencias de la cárcel obligándose a estudiar minuciosamente las corrientes filosóficas de Hegel y Spinoza. Igual que el duque de Castromediano, no fue liberado hasta 1859. Cuando el rey de Nápoles proclamó el Acta Soberana, volvió a Nápoles para trabajar de forma clandestina en el Comité de Orden, pero, siendo el incorruptible que era, no tendría nada que ver en ningún trato con los *camorristi*. Para eludir a la policía borbónica, dormía en una cama distinta cada noche; el Hôtel de Genève, propiedad de su amigo Marc Monnier, fue uno de sus refugios. Después, la caída del Reino de las Dos Sicilias le brindó la oportunidad que tanto había esperado de implementar la elevada idea de la función ética que el Estado debía asumir y que había aprendido en sus estudios de la cárcel. Spaventa era no solo un intelecto formidable, sino también un asiduo tejedor de redes, consciente de lo mucho que la lealtad personal podía contar para forjar una base de poder. Ahora bien, su carácter, sus principios y sus habilidades en la configuración de redes serían todos puestos a prueba hasta el límite de sus posibilidades, cuando se convirtió en el primer político italiano que se enfrentó a la Camorra. Mientras que Liborio Romano se había convertido en el político más querido de Nápoles por su acogida al crimen organizado, la enérgica

campaña de Silvio Spaventa le granjeó solo rechazo.

No tardó mucho, él mismo, en darse cuenta de cuán ardua iba a ser su tarea. El 28 de octubre de 1860 escribió a su hermano:

> Contamina mis sentidos el hedor y el caos putrefacto de por aquí. Simplemente no puedes imaginarte lo que está sucediendo, lo que pretenden. Dondequiera que vuelves la mirada, hay gente mendigando y cogiendo cuanto les es posible. En todos lados pululan los comerciantes sin escrúpulos, la intriga y el robo. No veo manera real de que este país vuelva a una situación razonable. Parece como si el orden moral hubiera sido descoyuntado… El reino está plagado de asesinos, ladrones y toda clase de desórdenes.

El sur de Italia se deslizaba claramente hacia la anarquía. Los precios subieron violentamente cuando se implementó la nueva política de libre mercado. La crisis económica agudizó conflictos latentes entre los campesinos y terratenientes. Los restos de dos ejércitos, el de Garibaldi y el del rey Francesco II, merodeaban por los campos. Muchos *garibaldini* se desplazaban hacia Nápoles, generando otra fuente de problemas. El grueso del ejército de Garibaldi estaba crispado por el hecho de haber conquistado el sur de Italia solo para perderlo en las maniobras políticas furtivas de un gobierno conservador con sede en la remota Turín. Entreverado con ellos, había un sinfín de parásitos a la espera de ponerse una camisa roja para que esta les ayudara a conseguir trabajo o al menos a ganar unas monedas. El nuevo gobierno italiano intentó crear empleos en obras públicas para absorber parte del fondo existente de fuerza laboral hambrienta, pero al caer el valor de los bonos fiscales se vio que era imposible reunir la financiación requerida.

Dada la desalentadora confusión existente, Silvio Spaventa merece un crédito enorme por haber combatido a la Camorra con tanto brío. Los primeros arrestos en masa ocurrieron el 16 de noviembre de 1860 y permitieron recuperar grandes cantidades de armas y uniformes policiales. Salvatore De Crescenzo, el cacique «redimido» de la Camorra y *generalissimo* del contrabando marítimo, regresó a la cárcel, donde habría de proseguir su ascenso a la cima. Casi dos años después, la mañana del 3 de octubre de 1862, en el umbral mismo de la cárcel de La Vicaria, consiguió que mataran a puñaladas a su principal adversario dentro de la honorable sociedad. Con ello se convirtió en el primer *capo* supremo de la

«sociedad» que no provenía del barrio de La Vicaria.

Pero, aun con De Crescenzo en prisión, la Camorra estaba lejos de comenzar a combarse bajo la arremetida de Spaventa. La noche del 21 de noviembre de 1860, los *camorristi* atacaron la prefectura con la esperanza de liberar a sus cabecillas de sus celdas.

Spaventa continuó presionándolos durante el Año Nuevo, purgando a la policía y despidiendo a muchos de los carceleros corruptos que había en las prisiones. Su rigor lo transformó rápidamente en foco de la frustración de los napolitanos. Aunque era un hombre del sur, parecía exactamente la clase de político arrogante que temían que les impusieran desde Turín. El periódico *The Times* informó que era ampliamente considerado «odioso». En enero de 1861 hubo una manifestación callejera en su contra. Muchos de los que gritaban «¡Abajo Spaventa!» eran *camorristi* con uniformes de la Guardia Nacional. A ello le siguió una petición con varios miles de firmas pidiendo su destitución. Ajeno a su propia impopularidad, Spaventa respondió con más arrestos.

En abril de 1861, al fragor de la batalla entre el nuevo Estado italiano y la Camorra napolitana, Silvio Spaventa recibió de Turín la orden de llevar a cabo una investigación para determinar cómo operaba la Camorra. Todo el mundo sabía que había empezado por las prisiones, pero aún había muchas preguntas sin responder. ¿Cómo se había convertido en una sociedad secreta, una secta? ¿Cuándo fue fundada? En busca de respuestas, los funcionarios bajo la égida de Spaventa comenzaron a hurgar en los archivos napolitanos y a hablar con cierto número de fuentes confidenciales.

Toda esta investigación redundó en dos breves informes muy destacados: el primer retrato-robot de la Camorra del que dispuso el gobierno italiano. Deseoso de generar alguna publicidad en torno a la lucha que libraba, Spaventa le traspasó luego muchos de los documentos reunidos a Marc Monnier. El hotelero agregó sus propios materiales por la vía de entrevistar a todo el que pudo, incluidos Liborio Romano y varios *camorristi*.

Spaventa descubrió que la Camorra tenía en Nápoles diversas secciones, una para cada uno de los doce barrios de la ciudad. Así y todo, su poder se concentraba fuertemente en los cuatro barrios de la parte baja de la ciudad. El *capo camorrista* de cada sección era elegido por sus iguales. Junto al *capo* estaba el cargo de *contarulo* o contable, responsable de la labor en extremo delicada de reunir y redistribuir el dinero de la «sociedad».

Cualquiera que aspirase a ser miembro de la Camorra debía demostrar que cumplía con los criterios de la «sociedad»: había, por ejemplo, una prohibición relativa a los homosexuales pasivos y a todo hombre cuya esposa o hermana fuera prostituta (aunque esto, más que ninguna otra cláusula del manual del inframundo, era honrado casi por completo en sentido inverso). Los candidatos a la membresía habían de ser puestos a prueba y observados a su vez por sus superiores dentro de la «sociedad». Podía requerírseles que cometieran un asesinato o que hicieran un corte con navaja que le deformara el rostro a uno de los enemigos de la «sociedad». Estos navajazos se utilizaban como un castigo tanto para la gente de fuera como para los miembros que habían roto las reglas y pasaban a convertirse en una marca de fábrica horriblemente visible del poder de la Camorra en los barrios pobres de Nápoles.

Una vez que se consideraba que un nuevo afiliado estaba listo, este debía prestar juramento sobre dos dagas cruzadas y batirse en un duelo a cuchillo contra un camorrista elegido a suertes. Si el nuevo recluta demostraba su coraje, se convertía en un *picciotto di sgarro* (que significa, o bien «un chaval con ganas de pelea», o bien «un chaval que te frota de mala manera»).

Las peleas a navaja eran tan importantes para la «sociedad» que sus miembros pasaban mucho tiempo practicando sus destrezas; algunos *camorristi* hasta se convertían en maestros especializados en ese arte. Los duelos a muerte eran relativamente escasos. Más a menudo, la refriega adquiría un valor ritual y se decía a los participantes que atendieran solo al arma del contrario. Una suerte de competencia de esgrima con dagas marcaba a la vez el ascenso de cada delincuente al rango superior de la «sociedad»: el de camorrista en propiedad. Convertirse en camorrista implicaba granjearse el acceso a la toma de decisiones dentro de la

«sociedad» y una mayor participación en las utilidades del crimen.

Marc Monnier añadió otros elementos muy importantes a este esquema de organización, aclarando que los distintos rangos eran de naturaleza flexible: «Los miembros de la secta no saben leer, así que no tienen leyes escritas. Transmiten oralmente sus costumbres y reglamentos, modificándolos según el momento y el lugar, y según la voluntad de los cabecillas y las decisiones que se tomen en sus cónclaves». A las jerarquías dentro de la Camorra subyace, con todo, un único principio: la explotación. Los *camorristi* explotan de manera inmisericorde a sus subalternos, los *picciotti di sgarro*. Monnier describe la vida de un «chaval dispuesto a la riña» como una mezcla de «trabajo infatigable, humillación y riesgo», todo ello tolerado con la esperanza de ser ascendido alguna vez a camorrista. Una prueba habitual para probar el temple de un *picciotto di sgarro* era que asumiera la culpa por alguna felonía cometida por un miembro de rango superior dentro de la «sociedad». Diez años en la cárcel era un precio digno de pagar por la oportunidad de convertirse en camorrista por propio derecho.

¿Y qué se sabía acerca de los orígenes de la secta? Los funcionarios gubernamentales siguieron escarbando en los archivos, pero no encontraron nada al respecto. Spaventa estaba intrigado: «La policía napolitana emprendió muchas veces acciones contra los *camorristi*. Pese a ello, y de manera extraña aunque cierta, nunca dejaron tras de sí ni un solo documento relevante que permita deducir los orígenes de esta plaga social». Spaventa no sabía que en 1857, por razones desconocidas, las autoridades borbónicas habían quemado los archivos policiales que le hubieran indicado a él, y a nosotros, bastante más acerca de cómo llegó al mundo esta «plaga social». Los vacíos en los registros históricos dejaron espacio únicamente a la sospecha. Y la sospecha, para Spaventa y sus funcionarios, se centraba en España.

Monnier y Spaventa acuñaron juntos una teoría según la cual la Camorra llegó a Nápoles en algún momento durante los siglos XVI y XVII, cuando el Reino de Nápoles, incluida Sicilia, era parte del Imperio español y estaba regido por virreyes nombrados en Madrid. La misma teoría ha estado en circulación desde entonces, aun cuando la evidencia que Monnier

y Spaventa hallaron para sustentarla es muy débil, restringiéndose a cuatro puntos que difícilmente resisten cualquier escrutinio.

Primero, que el término *camorra* es español y significa «riña» o «pelea», cosa que, de hecho, es cierta. Pero a pesar de todo, el origen del término español es italiano, lo cual nos devuelve al punto de partida: Nápoles.

Segundo, que Miguel de Cervantes, el autor de *Don Quijote*, publicó en 1613 una novela breve con el título de *Rinconete y Cortadillo*, cuya trama se sitúa en Sevilla y alude a una cofradía criminal que se parece mucho a la Camorra. El problema evidente aquí es que la historia de Cervantes es ficción, y aunque estuviera en efecto inspirada en la realidad, eso difícilmente constituye una prueba de algún nexo con la Camorra dos siglos después.

Tercero, que en España había una sociedad criminal llamada la Garduña, surgida a principios del siglo XV. Pero estudios recientes han demostrado que la Garduña también era ficción, un engañabobos intelectual. No hay referencia alguna a esta secta presuntamente medieval antes de 1845, cuando aparece de ninguna parte en un folletín galo muy exitoso sobre el terror de la Inquisición en España. La novelita fue traducida al italiano en 1847 y, al parecer, su autor tomó la idea del *Rinconete y Cortadillo* cervantino.

Y, por último, que el dominio español era proverbialmente corrupto, que es el más débil de todos los puntos. Para nuestro gusto contemporáneo, bien pudiera ser que el dominio español en Italia fuese arrogante, ostentoso y perverso. De hecho, «España» se convirtió en un término que definía por antonomasia a un gobierno desdeñoso de la gente sobre la cual regía. *Spagnolismo* («españolismo») era un insulto político italiano que evocaba lujosos despliegues de poder unidos a maniobras fatales entre bastidores. Pero el control español sobre Nápoles acabó en 1707. No hay absolutamente ningún rastro de la Camorra antes del siglo XIX, bastante más de cien años después. La influencia española tendría que haber sido muy, muy perversa para haber engendrado a la Camorra.

La historia de los orígenes españoles de la Camorra no tiene sentido. Con toda probabilidad, es un absurdo cultivado por la academia carcelaria

de la historia, un relato puesto en circulación por los propios *camorristi*. Más bien, al igual que la historia de los caballeros españoles Osso, Mastrosso y Carcagnosso, que ya nos topamos en el cuento oficial de la ‘Ndrangheta acerca de sus propias raíces, el relato de la Garduña y todo lo demás es solo un mito fundacional del propio crimen, posiblemente acuñado a mediados del siglo XIX, por la época en que la Camorra comenzaba precisamente a afirmarse fuera del sistema carcelario.

Ahora bien, si la historia de los orígenes españoles de la Camorra es en efecto un mito fundacional, ¿cómo puede ser que engañara a gente inteligente como Silvio Spaventa, Marc Monnier y muchos otros después de ellos? Puede ser que, sencillamente, Spaventa bajase la guardia de su formidable capacidad intelectual, y que esta pieza fantasiosa se le filtrara sin un mayor análisis. Pero hay una teoría alternativa: todas esas alusiones a España eran una forma muy conveniente de encubrimiento, y los orígenes reales de la Camorra, algo demasiado cercano, capaz de incomodar a los patriotas italianos.

Como testigo histórico, el hotelero suizo Marc Monnier tenía la ventaja de ser un forastero, que podía asombrarse con todo lo que veía, a la vez que estaba próximo a muchos de los protagonistas fundamentales. Sin embargo, hay momentos en que se les aproxima un poco demasiado para resultar por completo desapasionado. Monnier era el portavoz de Spaventa y, como tal, repetía y elaboraba obedientemente lo que había averiguado en los informes oficiales acerca de los inicios de la Camorra. En su favor cabe decir que aporta indicios de una teoría mucho más convincente y harto más perturbadora. Como si supiera de manera inconsciente la verdad, pero no se permitiese decirla en voz alta, compara algunos de los rituales de la Camorra con una «pseudofantasmagoría masónica», sin desarrollar más su opinión. Esto es mucho más que una comparación casual: las reglas y los ritos de la honorable sociedad se derivaron casi con certeza, no de la mítica Garduña, sino de la francmasonería y otras sectas de estilo masónico.

Las organizaciones masónicas eran parte integral de la forma de hacer política a comienzos del siglo XIX. Cuando los franceses asumieron el control de Nápoles, se esforzaron por reclutar a sus gestores de élite entre los masones, como una forma de halagarlos y controlarlos. Pero los grupos

masónicos acabaron transformándose en un foco de resistencia a la dominación francesa y se prohibieron en 1813. Cuando los borbones recuperaron el trono, se mostraron altamente suspicaces con las sociedades secretas, y por buenas razones. Una secta masónica de patriotas llamada los *Carbonari* («carboneros») se infiltró en el ejército e instigó una revolución fallida en Nápoles en 1820. Al fracasar el intento revolucionario, muchos carboneros terminaron en la cárcel, donde tomaron contacto con los *camorristi*. Curiosamente, Liborio Romano había sido carbonero.

Así, aunque nunca sabremos exactamente cuándo y cómo fue que la Camorra comenzó a imitar, dentro del sistema carcelario, a las sectas patrióticas del *Risorgimento*, parece claro que lo hizo. En suma, Italia y sus problemas endémicos con el crimen organizado estuvieron profundamente imbricados desde su nacimiento como nación. En 1860, el momento preciso en que la Camorra adoptó los ritos al estilo masónico estaba suficientemente cerca como para que la verdad rezumara entre los términos aún empleados por los *camorristi*. Las divisiones locales de la Camorra a veces se denominaban «logias», por ejemplo, y los *camorristi* aludían a los miembros de su «sociedad» como la *patria*; en otras palabras, la Camorra se percibía a sí misma como una «nación» de delincuentes de élite.

En la década de 1850, esta *patria* criminal hasta tenía su propio himno nacional, una canción que resumía bien el espíritu con que la «sociedad» veía todo el asunto de la unificación italiana. Decía algo así:

> *Los carboneros son unos travestis;*
> *Los borbónicos una gran farsa.*
> *¡Nosotros somos los camorristi!*
> *Y a los dos por culo les damos.*

Los *camorristi* estuvieron en connivencia con los borbones en contra de los patriotas, y luego con los patriotas en contra de los borbones. Con ello jugaron un papel clave en hacer de Nápoles parte de la nueva Italia, pero a través de esos tratos diversos y oscuros, se mantuvieron fieles a los métodos que el duque Sigismondo Castromediano había observado en la cárcel. Su objetivo era la extorsión y el contrabando, «extraer oro de las pulgas». La política, incluso la inspiradora política del *Risorgimento* y el heroísmo de

Garibaldi, era solo un medio para alcanzar ese sórdido fin.

Mientras sus funcionarios rastreaban los secretos del pasado de la Camorra, el incorruptible Silvio Spaventa proseguía con sus esfuerzos para recortar su poder. Una de sus medidas irritó más que ninguna otra a los *camorristi*: ordenó que la Guardia Nacional dejara de usar su uniforme cuando no estuviese de servicio. Para los matones que se habían infiltrado en la Guardia Nacional, la prohibición significaba que ya no podrían utilizar el uniforme como cobertura para sus operaciones de extorsión.

La venganza llegó prontamente. El 26 de abril de 1861, una muchedumbre enfurecida en la que había muchos *camorristi* invadió el edificio del ministerio. Esta vez la consigna no era «¡Abajo Spaventa!», sino «¡Muerte a Spaventa!». La turba sobrepasó a la fuerza a la guardia del edificio y llegó hasta su despacho, pero sus leales secretarios se las ingeniaron para ganar tiempo mientras él escapaba por una escalinata secreta. Los amotinados lo siguieron entonces hasta su casa e irrumpieron en ella. Los espectadores en la calle vieron aparecer a un hombre en el balcón blandiendo un cuchillo y proclamando: «¡Esta es la hoja con la que lo he matado, y esta su sangre!».

En realidad, Spaventa había escapado una vez más, pero el ataque le pareció tan chocante que lo hizo renunciar, de ahí en adelante, a su hondamente arraigado rechazo a acaparar la atención del público. Al día siguiente desplegó una pantomima probatoria de su propio coraje yendo a comer al Caffè d’Europa. Al atardecer de ese mismo día ocupó su lugar en el palco para el estreno de una nueva producción de Bellino, *Norma*, en el Teatro San Carlo, el teatro en el que los gobernantes de Nápoles habían convertido en tradición mostrarse al público que les parecía relevante. Spaventa incluso abandonó el lugar por la escalera principal, bajo la mirada estupefacta de la multitud. Había aprendido la dura lección de que Nápoles no podía ser gobernado sin una cuota de «españolismo», una pizca de ostentación.

Tres meses después se hizo evidente que al mismo tiempo había

aprendido otras lecciones. En julio de 1861, en una ajetreada calle a pocos pasos del hogar de Spaventa, un oficial superior de policía, llamado Ferdinando Mele, fue apuñalado detrás de la oreja a plena luz del día y murió al cabo de pocas horas. Mele encarnaba todas las paradojas de su época y lugar: como *camorrista* que se había aliado con los patriotas, fue uno de los sospechosos de haber asesinado a Pepe de Aversa; posteriormente, Liborio Romano lo reclutó para la policía en junio de 1860 y lo pusieron a cargo de la ley y el orden en un barrio entero de la ciudad.

Pronto capturaron al asesino de Mele y lo arrastraron por las calles para finalmente encerrarlo. Su nombre era De Mata; había asesinado a Mele por venganza, pues el propio Mele había arrestado a su hermano, tan violento como él. De Mata encarnaba a su vez algunas paradojas extrañas. Aunque no era miembro de la honorable sociedad, sí que era un extorsionista que había huido de la prisión. Aun con todo, gracias a uno de sus amigos poderosos, este individuo tan peligroso había encontrado un trabajo de bajo perfil en la oficina de correos.

Ese amigo poderoso resultó ser Silvio Spaventa. Los dos hermanos De Mata eran miembros de la escolta personal del político. Había incluso rumores de que Spaventa utilizaba a los De Mata y su pandilla para clausurar periódicos que constituían un riesgo y aporrear a periodistas díscolos. De manera que, al parecer, incluso el incorruptible Spaventa había terminado «gestionando» Nápoles «de manera conjunta» con los criminales.

Spaventa renunció a causa del escándalo, aunque el gobierno inventó un cuento para encubrir la verdadera razón por la que había dejado el cargo. El diario *The Times* comentó con tristeza todo el asunto para sus perplejos lectores de Londres:

> Nada pasa el examen en Nápoles. Bajo la apariencia más benigna, uno solo se encuentra con podredumbre; y todo hombre que espere en esta provincia orden y paz para la próxima generación, es que debe de tener ciertamente un conocimiento muy superficial del país y su gente.

La historia de Spaventa fue, en efecto, el preludio a un sombrío futuro en Nápoles para la ley y el orden. Aunque nunca más volvería a ocurrir que las autoridades pidieran a la Camorra que mantuviese el orden como había

hecho Liborio Romano, el péndulo de la actividad policial seguiría experimentando las mismas oscilaciones monocordes en los próximos años: primero hacia el lado de la represión, con detenciones masivas acompañadas de una poderosa retórica anticamorrista; luego, de vuelta a la «gestión conjunta», a medida que sus cabecillas retomaban el control en la parte baja de la ciudad. La unificación italiana de Nápoles había sido un asunto caótico e impredecible, pero de todas formas había contribuido a establecer un patrón muy simple y duradero para la historia futura de la Camorra.

Los sucesos de 1860-1861 anunciaban a su vez un futuro de trazos aún más inquietantes. Marc Monnier, nuestro hotelero suizo, vio la evidencia con sus propios ojos durante la caída de Spaventa:

> Puedo contarlo todo: cada camorrista que se arrestaba podía acudir a sus influyentes ángeles guardianes para que emitieran certificados de su buena conducta. En el preciso momento en que un miembro de la secta era conducido a la cárcel de La Vicaria, el jefe de policía recibía con toda seguridad veinte cartas distintas defendiendo al «pobre hombre». ¡Y las cartas vendrían todas firmadas por gente respetable!

Los políticos eran prominentes entre esa «gente respetable» que había hecho amistad con la Camorra:

> En tiempos de elecciones, los *camorristi* impedían a ciertos candidatos presentarse y, si cualquier elector objetaba esto apelando a su consciencia o a su religión, lo apaciguaban con sus porras. Es más: los *camorristi* no se conformaban con enviar a algún diputado al Parlamento y luego vigilar a distancia su comportamiento. Mantenían ojo atento a todo cuanto hacía y le exigían que les leyera sus discursos en voz alta, dado que ellos mismos no podían leerlos. Si no estaban contentos con lo que habían oído, acudirían a recibir a su «parlamentario» a su vuelta de Turín con un coro bestial de silbidos y alaridos que irrumpirían sin previo aviso bajo las ventanas de su casa.

Claramente, la honorable sociedad había aprendido una lección muy relevante de todo lo que había sucedido durante la crisis del régimen borbónico y la fundación de la Italia unificada: una lección de las ventajas que traía unir su propio oportunismo al oportunismo de los políticos más despiadados.

Alguna vez había merodeado como una cucaracha por los resquicios del Reino de las Dos Sicilias; ahora comenzaba a trepar por las fisuras de la

estructura social e infestar las instituciones representativas del Reino de Italia. Al término de todas las intrigas habidas durante la unificación italiana, la Camorra ya no era un problema en lugares donde no alcanzaba el Estado, sino un problema dentro del mismo Estado.

En 1864, Marc Monnier, que tanto había hecho para explicar lo que era la Camorra a los lectores de toda Italia, fue declarado ciudadano honorario por recomendación de un amigo y un héroe patriota, Gennaro Sambiase Sanseverino, duque de San Donato. San Donato había conocido la cárcel y el exilio en la década de 1850. Había llegado a coronel de la Guardia Nacional bajo Liborio Romano, en 1860. Tras el plebiscito, durante la campaña de Silvio Spaventa contra la Camorra, San Donato quedó a cargo de los teatros de la ciudad; cuando cumplía sus labores, un camorrista lo apuñaló una vez por la espalda en las inmediaciones del Teatro San Carlo. Se desconoce por qué motivo la Camorra intentó matar a San Donato, pero es posible adivinarla, teniendo en cuenta quién era el duque: el «caballero napolitano» y conspirador patriota que refirió a Monnier su encuentro secreto con los cabecillas de la Camorra en la década de 1850. Fue uno de los cerebros que cerró el trato de los patriotas con la honorable sociedad. San Donato seguiría adelante hasta convertirse en alcalde de Nápoles de 1876 a 1878, y fue una figura clave dentro de la sórdida maquinaria política de la ciudad hasta finales de siglo. La Camorra era parte de su red de apoyos. San Donato se convirtió en lo que Liborio Romano, el redentor de la Camorra, podría haber llegado a ser si no hubiera muerto en 1867.

Marc Monnier había vivido las intrigas de la década de 1850 y principios de la siguiente con la serenidad de una partícula inerte en una violenta reacción química. Después de recibir la ciudadanía honoraria, hubo poco más de lo que pudiera escribir sobre Italia, así que vendió el Hôtel de Genève y regresó a Suiza con su familia. Vio así realizada finalmente su ambición de ser un autor ginebrino en lugar de un hotelero napolitano. Siguió desarrollando una cuota sustancial de periodismo (por dinero) y escribió decenas de obras teatrales (por la inmortalidad literaria), pero ninguna de sus obras ha disfrutado de nada parecido al éxito de su libro sobre la Camorra.

Entre 1860 y 1876, gobernó en Italia una coalición pasajera conocida como «la derecha». Los líderes de esta derecha eran típicamente terratenientes, libremercadistas conservadores; propiciaban el rigor en las finanzas y la aplicación de la ley; sentían admiración por Gran Bretaña y creían que el voto no era un derecho universal, sino una responsabilidad asociada, en un mismo paquete, con la propiedad de bienes. (En conformidad con ello, hasta 1882 solo un dos por ciento aproximadamente de la población italiana tuvo derecho a estampar su voto).

Los hombres de la derecha procedían, en su mayoría, del norte del país. El problema al que se enfrentaron en el sur mientras ocupaban el poder fue que había muy pocos sureños como Silvio Spaventa. En otras palabras, muy pocos individuos que compartieran los valores que detentaba la derecha.

La batalla de la derecha contra la Camorra napolitana no terminó con la indigna marcha de Spaventa de la ciudad en el verano de 1861. En 1862 hubo más y mayores redadas contra los *camorristi*. Más adelante, ese mismo año, el propio Spaventa se convirtió en representante del Ministerio del Interior en Turín y comenzó a reunir una vez más información sobre la honorable sociedad. Mientras que *La Camorra*, el libro de Marc Monnier, mantuvo la atención del público enfocada en el tema, Spaventa se aseguró de que la Camorra se incluyera en los términos de referencia de una nueva comisión de investigación parlamentaria en torno al llamado «gran bandolerismo», una oleada de campesinos descontentos y pillaje que abarcó buena parte del sector rural en la Italia meridional. El fruto del trabajo desarrollado por esta comisión fue una ley ostensiblemente draconiana aprobada en agosto de 1863: una ley que anunciaba la ironía histórica más duradera dentro de la cruzada personal de Silvio Spaventa contra el crimen organizado, y del período en el que la derecha estuvo en el poder. El nombre de esa ironía fue «residencia forzosa».

La nueva ley de agosto de 1863 dio a pequeños comités de funcionarios gubernamentales y magistrados el poder de castigar a cierta categoría de sospechosos sin necesidad de juicio previo. El castigo que podían imponerles era la residencia forzosa, lo cual significaba el exilio interior a

una colonia penal o alguno de los promontorios isleños a cierta distancia de la costa italiana. Por obra de Spaventa, se incluyó a los *camorristi* en el listado de gente que podía ser arbitrariamente privada de su libertad de esta forma.

La residencia forzosa fue diseñada para lidiar con los *camorristi*, visto que era muy difícil procesarlos por las vías normales, y también por su habilidad para intimidar testigos y porque solían convocar a sus benefactores de la élite dentro de la sociedad napolitana. Solo que, una vez trasladados a su isla penitenciaria, esos mismos *camorristi* tenían todas las oportunidades imaginables de proseguir con sus negocios de siempre y, además, convertir a los reclusos más jóvenes en delincuentes más recios. En 1876, un médico del ejército pasó tres meses trabajando en una típica colonia penal del mar Adriático:

> Entre los residentes forzosos hay hombres que exigen respeto y una veneración ilimitada por parte del resto. Cada día compran, venden y trajinan sin provocar ningún odio o rivalidad. Su palabra es habitualmente la ley y cada gesto suyo, una orden. Son los llamados *camorristi*. Tienen sus propios estatutos, sus ritos y jefes. Son promocionados en conformidad con la perversidad de sus hazañas. Cada uno de ellos tiene el deber primordial de guardar silencio acerca de cualquier crimen que se cometa, y de responder con ciega obediencia a las órdenes superiores.

La residencia forzosa se transformó en el arma principal de la policía contra los gángsteres sospechosos de algo, pero lejos de ser una solución a la irrupción del crimen organizado en Italia, como esperaba Silvio Spaventa que ocurriera, terminó siendo una forma de perpetuarlo.

En 1865, antes de que esta ironía comenzara a desplegarse, llegaron a oídos de los dirigentes de la derecha rumores acerca de otra secta criminal: la «así llamada *Maffia*» de Sicilia. La Mafia habría de permear muy pronto las nuevas instituciones gubernamentales y de manera bastante más a fondo de la que lo había hecho la Camorra en Nápoles. Tan a fondo como para hacer imposible determinar dónde terminaba la secta y dónde comenzaba el Estado.

2
Conocer a la Mafia siciliana 1865-1877

Rebeldes con pantalones de pana

Como la Camorra, la Mafia siciliana cristalizó a partir de la corruptela política derivada de la unificación italiana.

Antes de que Garibaldi conquistara Sicilia en 1860 y la traspasara al nuevo Reino de Italia, la isla era gobernada desde Nápoles como parte del Reino de las Dos Sicilias. En Sicilia, como en Nápoles, las prisiones de principios del siglo XIX eran inmundas, estaban superpobladas, mal administradas y gestionadas desde el interior por los *camorristi*. Los revolucionarios con cierto nivel de educación se unían a sectas masónicas secretas como los carboneros. Cuando los integrantes de la secta eran encarcelados, forjaban lazos con los gángsteres de la prisión y los reclutaban como fuerza insurreccional. Muy pronto, esos gángsteres aprendieron las ventajas de organizarse al estilo masónico y, con seguridad, las autoridades borbónicas descubrieron que era muy difícil seguir gobernando sin entenderse con los maleantes. En Sicilia, igual que en Nápoles, los patriotas italianos se encargarían de derrocar al antiguo régimen solo para descubrirse repitiendo, ellos mismos, algunos de los tratos nefastos de ese régimen depuesto con el crimen organizado.

Pero la Mafia siciliana fue, desde un comienzo, bastante más poderosa que la Camorra napolitana, estaba imbricada más profundamente con el poder político y era bastante más feroz en su estrategia de atenazar la economía. ¿Por qué? La respuesta en breve es que la Mafia se desarrolló en una isla que no solo era un paraje sin dios ni ley; era, además, un instituto de investigación de grandes dimensiones en el cual perfeccionar los modelos de negocios criminales.

Las dificultades comenzaron antes de la unificación italiana, cuando

Sicilia pertenecía aún al Reino de las Dos Sicilias. La autoridad del Estado borbónico era más frágil en Sicilia que en ningún otro sitio. La isla tenía una reputación absolutamente justificada de crisol de la revolución. Además de una media docena de revueltas menores, hubo grandes insurrecciones en 1820, 1848 y, por supuesto, en mayo de 1860, cuando la invasión de los camisas rojas de Giuseppe Garibaldi provocó el fin del dominio borbónico sobre la isla. Sicilia quedó dando tumbos entre la revolución y la restauración del orden.

Bajo los borbones, Nápoles fracasó por completo en imponer orden a los sicilianos, y los sicilianos demostraron estar demasiado divididos políticamente para imponerse orden ellos mismos. Hubo una época, antes de la invención de la policía, en que milicias privadas que respondían ante los propietarios de tierras mantenían la paz en buena parte de la isla. A principios del siglo XIX, pese al empeño de introducir una fuerza policial centralizada y moderna, la situación comenzó a degenerar. Con demasiada frecuencia, en lugar de aplicar la ley de manera imparcial, los nuevos policías eran solo una más entre las muchas fuerzas que rivalizaban por el poder: meros chantajistas de uniforme. De forma paralela a la policía había ejércitos privados, grupos de bandoleros, bandas armadas de padres e hijos, facciones políticas locales, ladrones de ganado; todos ellos asesinaban, robaban, extorsionaban y manipulaban la letra de la ley según sus propios intereses.

Para empeorar aún más las cosas, Sicilia además atravesaba el torbellino que trajo consigo la transición de un régimen feudal a un sistema capitalista de propiedad de la tierra. La propiedad ya no se heredaría del padre noble al primogénito. Ahora podía comprarse y venderse en el mercado abierto. La riqueza se estaba tornando más dinámica y móvil que nunca. Al oeste de Sicilia había menos terratenientes que en el este, y el mercado de adquisición de tierras, y particularmente de su arriendo y administración, era más fluido. Aquí, volverse un hombre con recursos era más fácil, siempre y cuando uno fuera ducho con un arma y tuviera la capacidad de comprar buenos contactos en la esfera judicial y política.

En torno a la década de 1830, hubo ya indicios de cuál sería el modelo de negocios criminal que acabaría haciéndose con la victoria. En Nápoles,

los miembros de las sectas patriotas hicieron un pacto con los duros callejeros de la Camorra, pero en la Sicilia carente de dios y ley, la documentación encontrada aquí y allá nos dice que fueron las propias sectas revolucionarias las que, muchas veces, optaron por el delito. Un informe oficial de 1830 habla de una secta llamada «de los carboneros», que se abría paso a la fuerza para participar en los contratos del gobierno local. En 1838, un juez investigador del régimen borbónico envió un informe desde Trapani con noticias de lo que él denominaba «uniones o hermandades, sectas de algún tipo»; estas uniones formaban «pequeños gobiernos dentro del gobierno», eran una conspiración en proceso contra la administración eficiente del aparato económico estatal. ¿Serían estas uniones la Mafia, o al menos las precursoras de la Mafia? Puede que sí. Pero la documentación es demasiado fragmentaria y sesgada para que estemos seguros de ello.

La condición de Sicilia pareció empeorar tras pasar a formar parte de Italia en 1860. Aquí, los gobiernos de la derecha hicieron frente a problemas incluso más graves, para imponer el orden, que los que tuvieron en el resto del sur. Un porcentaje elevado de la clase política siciliana propiciaba la autonomía dentro del Reino de Italia, pero la derecha era muy reticente a conceder esa autonomía. ¿Cómo podía Sicilia gobernar sus propios asuntos, razonaba la derecha, en un escenario político desbordante de sus propios demonios telúricos? Un clero reaccionario y nostálgico de los reyes borbónicos; revolucionarios que anhelaban crear una república y estaban dispuestos a aliarse con los forajidos para lograrlo; camarillas políticas locales que robaban, asesinaban y secuestraban para acceder al poder. Pese a ello, la única alternativa de la derecha frente a la autonomía era la ley marcial. De modo que gobernó Sicilia con puño de hierro y el dedo índice alzado en el aire. Por esta vía, solo consiguió hacerse odiar.

En 1865 llegó la primera noticia de «la así llamada *Maffia* o asociación criminal». La Mafia era poderosa, y estaba poderosamente entreverada con la política siciliana, o eso decía el informe de un enviado gubernamental. Cualquiera que fuese el significado de este nuevo término *Maffia* o *Mafia* (y la incerteza al deletrearlo era sintomática de toda clase de misteriosos enigmas alrededor del concepto), brindaba una muy buena excusa para otra campaña de medidas enérgicas; a ello siguieron redadas masivas de

desertores, y llamadas a filas de los tunantes y sospechosos de ser *mafiosi*.

Entonces, el domingo 16 de septiembre de 1866, la derecha pagó el precio por el odio que inspiraba en Sicilia. Esa mañana, Italia —y, con ella, la historia— tuvo su primera imagen clara de lo que es, hoy por hoy, la banda criminal más conocida del mundo.

Palermo en 1866. Casi toda la ciudad estaba dividida en cuatro barrios por dos avenidas rectilíneas, cada una bordeada de mugrientos y enormes palacetes e iglesias, y cada una susceptible de ser recorrida a pie en, digamos, un cuarto de hora entre las puertas en un extremo y otro de la arteria. Al centro de la ciudad, en el punto de intersección de sus dos ejes, estaba la *piazza* conocida como de los Quattro Canti. La via Maqueda discurría de norte a oeste a partir de aquí, apuntando a la única brecha apreciable en el cordón de montañas alrededor de la ciudad. El único suburbio auténtico de Palermo, el Borgo, corría a lo largo del borde de la costa septentrional, partiendo de la cercana puerta de Maqueda. El Borgo conectaba la ciudad con su puerto y con los lúgubres bastiones amurallados de la Ucciardone: la gran prisión local.

La otra vía principal de Palermo, el Cassaro, corría en línea recta hacia el interior desde un punto cercano a la bahía, a través de los Quattro Canti, y dejaba atrás la ciudad por su acceso sudoccidental, aledaño a la mole del Palacio Real. A medio camino trepaba por el flanco del Monte Caputo hacia Monreale, ciudad conocida por su bóveda dorada y con incrustaciones de mosaicos, dominada por la figura de Cristo Pantocrátor, el que gobierna el universo en toda su bondadosa omnipotencia.

La magnífica vista del interior de la catedral de Monreale era complementada por la del exterior: desde esta altura, el ojo podía recorrer la extensión de campo abierto que separaba Palermo de las montañas. Enmarcado por el azul de la bahía, el verde intenso de los bosquecillos de naranjos aparecía salpicado del tono gris de los olivos; pequeñas chozas de una planta hacían ostentación de sus ángulos blancos en mitad del follaje y las torres de almacenamiento de agua se erguían hacia los cielos. Esto era la Conca d’Oro («cuenca de oro»).

Más que ningún otro aspecto del bello emplazamiento de Palermo, era la Conca d’Oro lo que granjeó a la ciudad su apodo de *la felice* («la feliz» o

«la afortunada»). Pese a todo, cualquier visitante lo suficientemente torpe como para aventurarse a dar un paseo por los senderos de la Conca d'Oro hubiese detectado muy pronto que algo andaba decididamente mal detrás de esa edénica fachada. En múltiples puntos a lo largo de las murallas que rodean los naranjales, algún crucifijo acompañado de una inscripción allí garabateada proclamaba el lugar exacto en que alguien había sido asesinado por informar de un crimen a las autoridades. La Conca d'Oro era el sector más ilegal de la muy ilegal isla de Sicilia; fue, en rigor, el lugar donde nació la Mafia siciliana.

De manera que a nadie le sorprendió demasiado el que, al irrumpir los líos en Palermo la mañana del 16 de septiembre de 1866, estos provinieran de la Conca d'Oro. Más específicamente, provenían del extenso, recto y polvoriento camino de Monreale, que discurre a través de los limonares, y sigue más allá del Palacio Real. La vanguardia de la revuelta fue un pelotón del propio Monreale, compuesto de unos trescientos hombres, la mayoría de ellos armados y vestidos con ropa de pana gastada, tan habitual entre los granjeros y trabajadores del campo. Pelotones similares marcharon hacia Palermo desde las aldeas satélites de la Conca d'Oro y los pueblecitos de las montañas a sus espaldas. Algunos ostentaban bonetes, pañoletas y banderas con el rojo republicano, o portaban estandartes con la imagen de la patrona de la ciudad, santa Rosalía.

A las siete de la mañana, hasta los más dormilones, en los rincones más alejados de Palermo, se habían despertado con el bullicio de la mosquetería y los gritos. Había gran confusión, pero las masas urbanas advirtieron pronto la oportunidad que se les presentaba de descargar sus frustraciones.

Siete días y medio transcurrieron antes de que las tropas pudiesen restaurar el orden. Siete días y medio en que las barricadas florecieron en las calles, se saquearon arsenales y edificios oficiales, se asaltaron cuarteles policiales y tribunales, y se quemaron los archivos criminales, y los ciudadanos respetables fueron víctimas de robos a punta de pistola en sus propias casas o se vieron obligados a aportar algo para apoyar la insurrección.

La revuelta de septiembre de 1866 sobrevino en un momento terrible para la moral de toda Italia. Una de las razones del éxito inicial de los

rebeldes fue que la guarnición de Palermo era muy ligera. Todas las fuerzas militares disponibles habían sido enviadas a la frontera nororiental, donde los austríacos les infligieron sendas humillaciones por tierra y por mar en las batallas de Custoza y Lissa. La anarquía suscitada en la región occidental de Sicilia fue una puñalada en la espalda.

Pero las cosas podrían haber sido mucho peores. Uno de los objetivos principales de la revuelta fue la Ucciardone, donde había dos mil quinientos reclusos, muchos de los cuales podían engrosar las filas de los escuadrones rebeldes en acción. Los rebeldes rodearon la cárcel e intentaron abrir una brecha en los muros, pero la mañana del 18 de septiembre, el *Tancredi*, una corbeta a vapor, hizo su arribo para descargar una lluvia de metralla y granadas sobre los sitiadores. Uno de los primeros en caer bajo este bombardeo, con las piernas grotescamente mutiladas por la metralla, fue Turi Miceli, líder de la banda de Monreale, quien a sus cincuenta y tres años había encabezado la rebelión; tardó horas en morir a causa de las heridas y lo hizo sin haber exhalado ni la más leve queja.

Turi Miceli era un mafioso. Una figura imponente y de gran altura, con el rostro atravesado por una distintiva y gran cicatriz. La violencia era su forma de vida. Su sola imagen, con su arcabuz en bandolera, había sembrado el terror en los campos aledaños a Palermo, aunque al morir era también un hombre de fortuna y propiedades, uno de los más ricos en Monreale.

La Camorra fue, en sus inicios, una asociación criminal proletaria incubada entre la escoria de las cárceles y los barrios miserables de Nápoles. Los *mafiosi* como Turi Miceli eran, por contra, «villanos de clase media», como los designó un experto temprano en el tema de la Mafia. En la mayor parte de la Europa Occidental restante esto hubiese parecido una contradicción en los términos: «Parecía subvertir cualquier principio de economía política y de las ciencias sociales», como señaló un observador sumido en la perplejidad. Eran los propietarios los que solían estar interesados en preservar la ley; eso era, con seguridad, una verdad en sí misma. Pese a ello, en el entorno de Palermo los dueños de tierras se habían convertido en delincuentes y cómplices del delito. Al oeste de Sicilia, la violencia era una ocupación que posibilitaba la movilidad social

ascendente.

Por tanto, antes de trazar el derrotero de un mafioso como Turi Miceli hacia los escalones más elevados de la jerarquía social, vale la pena resaltar los restantes y sorprendentes contrastes entre él y alguien como Salvatore De Crescenzo, el cabecilla «redimido» de la Camorra. Los *camorristi* tempranos como De Crescenzo habían pasado, casi invariablemente, un largo trecho adentro en su «currículum vítae» de los bajos fondos. En cambio, en los archivos documentales que Turi Miceli dejó tras de sí no figura la prisión. Hasta donde sabemos, Miceli no pasó un solo día de su vida en la cárcel, y lo mismo puede decirse de muchos de los otros cabecillas que ahora conoceremos. Sicilia tenía, ciertamente, sus *camorristi* de prisión, y los líderes de la Mafia reclutaban gustosos a tales individuos, pero algunos de los cabecillas más importantes perfeccionaron sus destrezas en otros frentes.

El primer secreto acerca de la movilidad social ascendente experimentada por Turi Miceli residía en la clase de negocios en que estaba inmerso. La tierra alrededor de Monreale, el pueblo natal de Tuceli, era típica de la Conca d'Oro. Estaba dividida en pequeñas parcelas y las cosechas preferidas eran los olivares, viñedos y particularmente las naranjas y los limones. Los árboles cítricos resultaban ciertamente muy atractivos a la vista y halagaban el sentido estético de los visitantes, pero aportaban a la vez el negocio de exportación más relevante de Sicilia. Desde Palermo, los limones se enviaban, principalmente, por barco a través del Atlántico y hacia el floreciente mercado de Estados Unidos. Había mucho dinero metido en el mercado de los cítricos: se estima que, en 1860, las plantaciones de limoneros de Palermo eran la tierra agrícola más próspera de Europa.

Los grandes beneficios atraían grandes inversiones. Crear una plantación de naranjales o limoneros de la nada implicaba bastante más que simplemente plantar unos pocos árboles en la tierra; era una empresa cara y de largo recorrido. Era preciso levantar elevadas murallas para resguardar las plantaciones del frío. Había que tender caminos, construir instalaciones de almacenamiento y excavar canales de regadío. En rigor, la irrigación sofisticada era vital porque, si se regaban de la manera correcta, los árboles

de cítricos podían dar dos cosechas anuales en lugar de una. Aun con todo, una vez realizada toda esta labor con el terreno, eran necesarios unos ochos años más para que los árboles comenzaran a dar frutos, y varios más antes de que la inversión llegara a ser rentable.

En la Conca d'Oro, al igual que en el resto del mundo, la inversión y la rentabilidad venían acompañadas de un tercer ingrediente indispensable del capitalismo: el riesgo. Solo que, en la Conca d'Oro, el riesgo venía vestido de pana.

Los *mafiosi* de las tierras próximas a Palermo aprendieron el arte del chantaje a cambio de protección destruyendo las arboledas frutales o amenazando con destruirlas. Más que extraer oro de las pulgas, lo exprimían de los limones. Las opciones eran múltiples y muy variadas: podían echar abajo los árboles, intimidar a la mano de obra, drenar el agua de los canales de regadío en épocas cruciales dentro de cada estación, secuestrar a los dueños de las tierras y sus familiares, amenazar a los vendedores mayoristas y a los propietarios de carretones, y así sucesivamente. Así que los *mafiosi* tenían varias facetas: eran los individuos que controlaban las esclusas de los preciados canales de regadío, los guardias que protegían las arboledas de noche, los intermediarios que llevaban los limones al mercado, los contratistas que administraban las plantaciones en lugar de los propietarios de la tierra, y eran también los bandidos que secuestraban a los granjeros y les robaban sus valiosísimas cosechas. Al crear el riesgo con una mano y ofrecer la protección con la otra, los *mafiosi* podían infiltrar y manipular el negocio de los frutos cítricos con un sinnúmero de opciones. Algunos de ellos, como Turi Miceli, podían incluso arrasar tierras y asesinar gente para labrarse el camino hasta convertirse en dueños de un limonar.

Turi Miceli el *mafioso* era a la vez un delincuente y un hortelano dentro del mercado. Pero, como demostraron los hechos de septiembre de 1866, también era un revolucionario, igual que lo eran otros jefes mafiosos. Las revoluciones ocurridas en Sicilia proveyeron el otro combustible fundamental para el ascenso de la Mafia.

Y esto porque, al sobrevenir la revolución, como ocurría cada tanto, esta demostró ser buena para los negocios criminales. El clásico mafioso

entendió mejor este hecho que el clásico camorrista. La confusión que la revolución traía inevitablemente consigo brindó a individuos como Turi Miceli la oportunidad de abrir las prisiones, quemar los archivos policiales, despachar a los policías e informantes y saquear y chantajear a la gente pudiente asociada al antiguo régimen. Enseguida, cuando la orgía de sangre había pasado, los nuevos gobiernos revolucionarios, cuyos líderes requerían de quienes hicieran cumplir la ley, garantizaban amnistías a hombres poderosos que el antiguo régimen había «perseguido». En Sicilia, mucho más que en Nápoles, la revolución fue el campo de pruebas del crimen organizado, y la plataforma de lanzamiento para el ascenso vertiginoso de varios líderes mafiosos en la escala social.

El oportunismo rebelde de Turi Miceli durante el *Risorgimento* fue pasmoso. Cuando la revolución contra los borbones estalló en enero de 1848, Miceli era un conocido bandido, lo cual significa que era ducho en robar ganado y realizar atracos a punta de pistola. Pero aprovechó la oportunidad que la revuelta le ofrecía con sorprendente atrevimiento: su pelotón, formado principalmente por hortelanos, capturó la guarnición borbónica en Monreale antes de lanzarse cerro abajo hacia Palermo. Allí fue ensalzado por los poetas locales y alabado en los despachos oficiales por haber derrotado a una unidad de caballería borbónica cerca del Palacio Real. A pesar de los inquietantes informes que hablaban de crímenes cometidos por sus hombres, el nuevo gobierno revolucionario concedió a Miceli el grado de coronel, en parte porque sus matones coparon la reunión en la que se elegía a los oficiales. El bandido de Monreale había «recobrado su virginidad», como señala el refrán siciliano.

Al año siguiente, cuando la revolución comenzó a resquebrajarse y las tropas borbónicas avanzaban hacia Palermo, Miceli se cambió rápidamente de bando y recorrió las calles principales y emplazamientos atrincherados para la defensa convenciendo al populacho de que no ofreciera resistencia. El premio de las autoridades borbónicas restauradas en el poder fue una nueva virginidad: le concedieron la amnistía y le dieron la oportunidad de llenarse los bolsillos. Primero lo nombraron funcionario de aduanas, pagándole un salario de treinta ducados al mes para que patrullara una larga franja de costa al este de Sicilia con su propia banda de colaboradores,

abocándose presumiblemente a confiscar partidas de contrabando y, al mismo tiempo, aceptar abultados sobornos. Poco después de eso, obtuvo la franquicia para recaudar impuestos en Lercara Friddi, un pueblo dedicado a la explotación minera del azufre no muy lejos de Palermo. Un alto funcionario del gobierno le dio una carta de recomendación que decía —en flagrante contradicción con los hechos— que Miceli no había jugado papel alguno en la revolución de 1848.

En 1860, cambió limpiamente de bando una vez más y apoyó a Garibaldi en su lucha contra los borbones. Naturalmente, fue reclutado entonces para la Guardia Nacional. Estando bajo el control de Miceli, un informe oficial de julio de 1862 describía la Guardia Nacional de Monreale como conformada por «ladrones, *cammoristi* [sic], monárquicos borbónicos e individuos corruptos».

Pero Miceli no tuvo, al intentar construir su carrera en el gobierno italiano, el mismo éxito de que había gozado con los borbones. Y, al igual que todo el mundo, pudo apreciar cuán odiada era la autoridad gubernamental en Sicilia. De manera que, en septiembre de 1866, apostó su suerte a la revolución, en la que resultó ser la última vez. Los objetivos de la revuelta eran confusos: restauración borbónica o una república, nadie lo tenía muy claro. Eso no le importó a Turi Miceli. La política, del bando que fuera, era solo una forma de convertir la ferocidad en influencia, buena posición y dinero.

En septiembre de 1866, por primera y última vez, apoyó al bando equivocado y encontró una muerte horrenda. La revuelta fue aplastada y ya no hubo nuevas revoluciones en Sicilia. Para bien o para mal, Italia llegó a la isla para quedarse. Otros cabecillas mafiosos entendieron esto mucho mejor que Miceli y, en lugar de formar pelotones y liderar la revuelta, constituyeron lo que se denominó «contrapelotones» y defendieron el statu quo italiano. Su estrategia se hacía eco de los movimientos hechos por el líder «redimido» de la Camorra de Nápoles, Salvatore De Crescenzo: como De Crescenzo, la mayor parte de los *mafiosi* más importantes calcularon que apoyar la causa de Italia era ahora la forma más segura de garantizar sus fortunas criminales. Ese mes de septiembre de 1866 iba a convertirse en un momento de transición crucial en la historia de la Mafia.

La Mafia «benigna»

En el Nápoles decimonónico, nadie cuestionó jamás la existencia de la Camorra. Había, por cierto, ocasionales reticencias respecto a los contactos entre la Camorra temprana y las sociedades masónicas del *Risorgimento*, pero nadie pretendió nunca que «camorra» significara algo distinto a lo que verdaderamente era: una secta criminal de carácter secreto.

Sin embargo, durante buena parte de la historia de la Mafia siciliana, la mayoría de la gente no creía que fuese una cofradía criminal bajo juramento, una francmasonería de los delincuentes. La «Mafia», o mejor dicho, la «mafiosidad», era —según se decía— la mentalidad siciliana característica, un síndrome isleño. Ser un mafioso equivalía a una hipertrofia del ego que lo hacía a uno reacio a solucionar las disputas a través de los canales oficiales. Los síntomas de esta extraña enfermedad eran, con toda probabilidad, una herencia de los invasores árabes de Sicilia durante el siglo IX.

Los sociólogos de finales del siglo XX tenían su propia versión de la misma teoría. Los *mafiosi* eran afiliados a ciertas agrupaciones de autoayuda en pueblos pobres y aislados, que solo casualmente incurrían en la práctica de asesinar gente. O bien eran mediadores y solucionaban problemas a nivel local, jueces cuyo tribunal era la *piazza* y cuyo cuerpo legal era un antiguo código de honor no escrito. Meadow Soprano, la hija de Tony, el jefe mafioso de la serie de televisión, resumía bien la teoría cuando decía que la Mafia era «un método informal de solución de conflictos en las sociedades mediterráneas».

Como veremos, fue la propia Mafia la que difundió esta maraña de distorsiones mistificadoras de manera deliberada, junto con sus aliados de la

clase dominante siciliana. Una de las razones primordiales por las que la Mafia siciliana fue, durante tanto tiempo, una de las organizaciones criminales más poderosas de Italia consistió en su habilidad para perpetuar la ilusión de que ella ni siquiera existía. La ilusión se creó por primera vez en los años posteriores a la revuelta de 1866 en Palermo.

Desde la perspectiva del gobierno de la «derecha», la desdichada historia de la revuelta de 1866 tuvo al menos un héroe en Antonio Starabba, marqués de Rudinì y alcalde de Palermo. Como la mayoría de los alcaldes de la época, fue nombrado directamente por el rey en lugar de ser elegido por la comunidad local. Rudinì obtuvo el cargo porque, pese a ser siciliano, y, por cierto, uno de los grandes terratenientes de la isla, era un hombre de la derecha. Su rectitud y coraje en mitad del alboroto honraron efectivamente a la bandera italiana y suscitaron la admiración de la prensa europea.

Cuando los escuadrones bajaron a la ciudad, Rudinì llamó a los miembros de su administración a defender el ayuntamiento de los rebeldes. Su casa de Quattro Canti fue saqueada, su padre murió de la impresión como resultado, y su esposa escapó por los pelos del asalto saliendo por una ventana con su bebé en brazos. Cuando el ayuntamiento se volvió indefendible, Rudinì condujo a sus ocupantes a los alrededores más seguros del Palacio Real. Allí, cercado junto a otros partidarios del gobierno, sobrevivió el resto de la semana a base de carne de caballo y repelió a los insurgentes disparando balas de mosquetón hechas de las tuberías de gas fundidas. Alto, rubio y bien parecido, con un don de mando natural, Rudinì no había cumplido aún los treinta años, pero su carrera política iba en una cuesta empinada. Ahora era el icono del proyecto de la derecha para civilizar Sicilia. Poco después de la revuelta, fue ascendido de alcalde a prefecto. En otras palabras, era los ojos y oídos del gobierno central en las provincias, un funcionario con acceso a la inteligencia política de alto vuelo. Nadie como él concitaba la atención del gobierno central cuando se trataba de los problemas de Sicilia.

El marqués de Rudinì dispuso de un foro para sus opiniones ocho meses después de la revuelta palermitana de septiembre, la de 1866, cuando una comisión de investigación parlamentaria fue a Sicilia para extraer las

lecciones del caso. Los comisionados se reunieron en la comodidad del Hotel Trinacria, a pocos metros del club náutico de la ciudad, con sus puertas resguardadas por un piquete militar. Allí escucharon a Rudinì dar un testimonio en que aludió al tema de la Mafia con impresionante nitidez:

> La Mafia es poderosa, quizá incluso más poderosa de lo que la gente cree. Exponerla y castigarla es a menudo imposible, porque no existen pruebas, ya sea de sus crímenes, o de a quién corresponde exigir responsabilidades… Nunca hemos sido capaces de reunir suficientes pruebas para preparar un juicio y llevarlo a feliz término.
>
> Solo quienes gozan de la protección de la Mafia pueden circular libremente por los campos… La falta de seguridad ha provocado lo siguiente: que todo aquel que desee trasladarse al sector rural y vivir allí ha de convertirse en bandolero. No hay otra alternativa. Para defenderse a uno mismo y a su propiedad, se ha de conseguir la protección de los criminales y vincularse a ellos de alguna manera.
>
> La Ucciardone —la cárcel de Palermo— es una suerte de gobierno al margen. De allí emanan las reglas, órdenes, etc. En la Ucciardone todo se sabe. Lo cual nos lleva a pensar que la Mafia cuenta con jefes formalmente reconocidos como tales.
>
> En el campo alrededor de Palermo, las bandas criminales están diseminadas por todos lados y hay muchos cabecillas diferentes; pero a menudo actúan de acuerdo entre sí y vuelven la mirada hacia la Ucciardone en busca de liderazgo.
>
> Sus objetivos son enriquecerse en el caos y cargarse a sus adversarios. El robo y la *vendetta*, en pocas palabras.

Rudinì estaba en lo cierto. O lo estaba hasta donde era posible en esta fase temprana de la historia de la Mafia. Por descontado que hablar de la Mafia era políticamente conveniente para el joven marqués. Por una parte, lo salvaba de tener que asumir su propia cuota de responsabilidad en la revuelta. Las arbitrarias políticas que adoptó como alcalde habían provocado tanto repudio hacia él como el que sufrió Silvio Spaventa en Nápoles.

Sin embargo, ahora podemos apreciar cuán lejos había llegado Rudinì en una comprensión cabal de la Mafia. Fue particularmente certero al identificar la forma en que los dueños de algún patrimonio en la región debían «atarse» a la Mafia. Las amenazas y promesas que proporcionaban a la Mafia una tajada tan grande del negocio de los cítricos les granjeaba también protección contra la ley y amistades en altos cargos. Aquí radicaba el efecto verdaderamente chocante de la descripción de Rudinì: los propietarios de tierras que se habían transformado en «bandoleros» eran a la vez la clase dominante en la provincia de Palermo, su élite política.

El joven y muy aplomado marqués de Rudinì no tenía, por cierto, todas las respuestas, pero era lo suficientemente sensato para reconocerlo; confesaba, por ejemplo, que no le era posible decir cuántos jefes y afiliados tenía la Mafia: «Para estimar de veras el poder e influencia de la Mafia, necesitamos conocer mejor a esta misteriosa organización».

Una década después, otra investigación parlamentaria se volcó en echar un vistazo a los brumosos avatares sicilianos. En marzo de 1876, esta vez en Roma (que se había convertido en capital del país en 1870), el marqués de Rudinì en persona fue convocado para mostrar si había hecho algún progreso en el conocimiento de la misteriosa organización de la Mafia.

La carrera política de Rudinì había hecho para entonces algunos progresos: había sido por un tiempo ministro del Interior en 1869. Así y todo, parecía que los años habían erosionado su confianza en sí mismo. Su visión de la Mafia era ahora vacilante, resbaladiza y confusa.

Comenzó diciendo que en Sicilia la opinión pública había acabado yendo «por tan mal camino» que los criminales se habían vuelto «apreciables» para la población local. Sintiendo quizá que estas palabras podían no caer bien en Sicilia, se empeñó en establecer que lo mismo «ocurre en cada país de la Tierra». Ignorando el ceño fruncido y la expresión desconcertada de los miembros de la comisión en el estrado frente a él, siguió adelante con sus vaguedades:

> Ahora bien, cuando la opinión pública y, por cierto, la moral de cualquier comunidad acaban yendo por mal camino en la forma que he descrito, el resultado es la Mafia. ¡La famosa Mafia! Pero ¿qué es esta Mafia? Permítaseme decir, antes que nada, que hay una Mafia benigna. La Mafia benigna es una suerte de bravata. Una extraña propensión a no dejarte amedrentar; en lugar de ello, tú amedrentas a los demás. Es adoptar una actitud: la actitud de un *farceur*, lo que en francés equivale a un bromista. Así, yo mismo podría ser un *maffioso* benigno. No es que yo lo sea. Pero, en pocas palabras, cualquiera que se respete a sí mismo, que tenga una cuota de exagerada arrogancia, podría serlo.

El demagógico testimonio de Rudinì derivó entonces a lo que él denominaba la «Mafia maligna», que era, a su entender, el fruto desafortunado de la «atmósfera» creada por la Mafia benigna. Y como si no hubiera hecho ya suficiente para confundir a sus oyentes, enseguida dividió a la Mafia maligna en dos tipos distintos y, en apariencia, no relacionados.

Primero hubo la Mafia de prisiones… pero esa estaba, en cualquier caso, lejos de haber desaparecido; y luego estaba lo que denominó la «alta Mafia». A diferencia de la Mafia de prisiones, la alta Mafia no era una verdadera asociación criminal. En lugar de ello, era lo que designó como una «solidaridad en el delito».

Estaba todo muy claro, tanto como podía estarlo un vaso del oscuro vino siciliano. Y no hubo ninguna mención a una organización subyacente. Ninguna mención a los cabecillas o los nexos entre las cárceles y los delincuentes del exterior. Ninguna referencia a los terratenientes convertidos en «bandoleros» o al chantaje a cambio de protección. Ninguna alusión a las plantaciones de limones, los testigos intimidados o el hurto y la *vendetta*. Ni el menor indicio de que pudiese haber algo más que saber.

Entre 1867 y 1876, la visión de la Mafia que ofrecía el marqués de Rudinì había involucionado de la nitidez al embrollo, de la condena resuelta a la apología llena de ambigüedades.

Rudinì no fue el único en hacer ese despliegue de verbosidad en 1876. Otros incluso negaban de plano que la Mafia siquiera existiera. Muchos otros hablaban de una «Mafia buena» y una «Mafia mala», de la altiva manera en que los isleños tomaban la ley en sus manos, y así sucesivamente. Si la Mafia efectivamente existía, era algo amorfo y difícil de explicar para los foráneos, algo que los sicilianos llevaban en la sangre. Nadie podía aspirar alguna vez a conocer mejor a la Mafia.

Rudinì tenía buenas razones para estar aturullado cuando se presentó ante la comisión investigadora en 1876. La propia comisión había sido nombrada a consecuencia de un escándalo que involucró al jefe de policía de Palermo, un tal Giuseppe Albanese. En 1871, Albanese se dio a la fuga cuando lo iban a arrestar por haber pactado múltiples asesinatos en complicidad con el jefe de la Mafia de Monreale, que era presumiblemente el sucesor de Turi Miceli como jefe del pueblo. Mientras permanecía oculto, el jefe de policía Albanese fue recibido en Roma por nada menos que el primer ministro, el cual le prometió que contaría con la protección del gobierno. Por tanto, no fue sorprendente el clamor que se alzó en Sicilia cuando Albanese fue absuelto por falta de pruebas unos meses después. Entonces, en junio de 1875, afloraron nuevos detalles escandalosos respecto

al jefe de policía. Su informante preferido en los bajos fondos lideraba una banda de delincuentes que había perpetrado una serie de robos a mano armada en palacios aristocráticos, en las dependencias de la Corte de Apelaciones, en una casa de empeños y hasta en el museo de la ciudad. El botín se recuperó, de hecho, en la casa de un policía que trabajaba en el despacho de Albanese.

Rudinì estuvo seriamente implicado en el escándalo, puesto que había sido quien había nombrado en primera instancia a Albanese. Y había sido a su vez ministro del Interior, con responsabilidad directa sobre la política de orden y preservación de la ley, cuando Albanese estaba utilizando a la Mafia para cometer asesinatos en Monreale. (El propósito de Albanese era, una vez más, el de gestionar el crimen de manera conjunta con la élite del inframundo).

Rudinì tenía además razones políticas para desandar lo que había aprendido acerca de la Mafia. Como parlamentario en representación de un distrito siciliano, era uno más de solo un puñado de parlamentarios de la derecha que la isla había enviado a Roma en las últimas elecciones generales. La derecha había reprimido a Sicilia para que se deshiciera de la Mafia, pero luego había contratado a la propia Mafia para que la ayudara en su labor represiva. Ahora estaba pagando el precio político de su hipocresía y ese doble trato. Rudinì intentaba encajar desesperadamente en esa nueva disposición de ánimo, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Ocho días después de dar su testimonio, el 18 de marzo de 1876, el gobierno de la coalición derechista se dividió por el tema de la nacionalización de los ferrocarriles y la izquierda entró por primera vez en el gobierno. Rudinì quedó destinado a un largo invierno a la intemperie política.

Igual que la derecha, la izquierda era una coalición muy inestable: los temas que la mantenían cohesionada eran el anhelo de ampliar la democracia y de invertir más recursos en la atrasada infraestructura del país. La izquierda era también más meridional que la derecha, y particularmente más siciliana. Con el advenimiento de la izquierda, los políticos sicilianos consiguieron acceso al poder y el gobierno italiano obtuvo al fin alguna aprobación por su autoridad sobre la isla. Con todo, entre los políticos que ahora representaban a Sicilia en una cámara

dominada por la izquierda, estaban los bandoleros de los que Rudinì había hablado en 1867: terratenientes que, por propia voluntad o no, habían hecho un trato con los *mafiosi* para resguardar y gestionar sus propiedades. La Mafia fue ahora capaz de ofrecer otros servicios a sus patrones, como la gestión electoral, por citar solo uno. Con la izquierda en el poder, los patrocinadores políticos de la Mafia comenzaron a disfrutar de un fluido intercambio con el gobierno central.

Tras los borbones, la derecha. Tras la derecha, la izquierda. Ya fuera en épocas de revolución o de paz, ningún gobierno podía aspirar a controlar Sicilia sin pasar por los *mafiosi*.

Una secta con vida propia: los rituales de la Mafia al descubierto

El 29 de febrero de 1876, once días antes de que el marqués de Rudinì planteara sus abstrusas teorías sobre la «Mafia benigna», el gobierno italiano descubrió la prueba más importante de las encontradas en toda la historia del crimen organizado en Sicilia. El jefe de policía de Palermo dirigió una carta al ministro del Interior para describirle por primera vez el rito de iniciación al que recurrían los *mafiosi* en un asentamiento de la Conca d'Oro llamado Uditore.

Uditore era una aldea suburbana, una *borgata* en la que solo había unas setecientas u ochocientas almas, pero en la que se habían registrado no menos de treinta y cuatro asesinatos en 1874, cuando las facciones rivales de la Mafia peleaban por el monopolio en el lucrativo negocio de «proteger» a los hortelanos. El cabecilla local era don Antonino Giammona, a quien el jefe de policía describía como «carente casi por completo de educación, pero dotado de una inteligencia natural». Otro testigo lo describía como «taciturno, mofletudo y cauteloso». Giammona incluso alardeaba de ser una suerte de poeta y escribía versos en dialecto siciliano.

También hacía que cada miembro potencial de su banda se sometiera a una especie de bautismo conducente a una vida nueva y más elevada en el mundo del delito, según explicaba el jefe de policía. Primero llevaban al aspirante a mafioso a un lugar apartado y se lo presentaban a Giammona y a sus jefes subalternos. El recluta ofrecía su dedo o brazo para que se lo pincharan con una daga y enseguida hacía gotear su sangre sobre la pequeña imagen de un santo. Después quemaban la imagen y esparcían sus cenizas para representar la eliminación total de los traidores, mientras el

recluta juraba lealtad eterna a la secta.

El jefe de policía de Palermo no tenía dudas de lo significativo que era este hallazgo: venía a desacreditar de manera expresa todo el guirigay desplegado respecto a una «Mafia benigna», a la Mafia como una forma de egotismo nato del siciliano: «Demuestra que la Mafia no es solo una manifestación individual de una tendencia instintiva a amedrentar a la gente, sino una secta con vida propia, que opera en las sombras». El mismo ritual es recurrente en toda la historia de la Mafia en Sicilia y Norteamérica, pero las reglas por las que las bandas mafiosas individuales o *cosche* (pronúnciese: «cosque») se guían en su vida están rara vez puestas por escrito. Así, al transmitirse boca a boca, son susceptibles de algunas variaciones locales menores; por ejemplo, en lo que se dice cuando el iniciado presta juramento. A veces era el labio inferior lo que se pinchaba, pero lo más frecuente era el dedo índice. La mayoría de las *cosche* empleaban un alfiler para hacer saltar la sangre; otras, la espina de un naranjo sevillano. Distintas figuras aparecían en la imagen consumida por las llamas, aunque la Madonna de la Anunciación era de lejos la más frecuente. Hay, pese a todo, fuertes semejanzas y familiaridades entre todas las variantes. Esa familiaridad y semejanza es la más clara demostración de que la Mafia no es solo una actitud altanera o alguna vaga «solidaridad en el delito», como intentó sugerir el marqués de Rudinì. Es una organización. Y esa organización tiene una historia: una línea única y continua que va desde las plantaciones de limones en los alrededores de Palermo hasta las calles de Nueva York e incluso más allá.

En los meses posteriores al hallazgo del rito de iniciación, llegaron noticias de pactos muy similares desde varios puntos de la provincia de Palermo y hasta en el extremo opuesto de la isla, en la provincia de Agrigento. Curiosamente, una de las *cosche* que se valía de estos rituales fue descubierta en el pueblo de Canicatti, incluido en el distrito del marqués de Rudinì.

La semejanza entre las distintas bandas de la Mafia era impactante. Como la pandilla de Giammona en Uditore, las demás *cosche* usaban a la vez un diálogo en clave para que los *mafiosi* que no se conocían personalmente pudiesen reconocerse entre ellos como hermanos en el

delito. El diálogo comenzaba cuando un mafioso se quejaba de un dolor de muelas y apuntaba a uno de los caninos en su mandíbula superior. El segundo mafioso respondería a ello que a él también le dolía una muela. Los dos procederían a relatarse entre sí dónde estaban cuando comenzó el dolor de muelas, quién estaba presente, y así sucesivamente. El «dolor de muelas» representaba la pertenencia a la Mafia, y las referencias al momento y lugar en que había comenzado el dolor evocaban el momento en que el mafioso fue iniciado.

Todas estas pruebas llegaron en una época políticamente sensible. La izquierda estaba consolidándose en el poder y descubriendo que la Mafia era algo bastante más amenazante que una forma peculiar de bavuconería siciliana. Entonces, en noviembre de 1876, la situación de la ley y el orden en Sicilia fue un motivo de vergüenza para Italia en el plano internacional cuando el gerente inglés de una empresa de azufres fue secuestrado en la provincia de Palermo; hubo serias sospechas de que la Mafia estaba implicada en el asunto.

El nuevo prefecto de la izquierda en Palermo, Antonio Malusardi, llegó al convencimiento de que había un nexo —o, como él lo denominó, «una correspondencia real»— entre las varias células existentes de la Mafia. El 30 de enero de 1877, el prefecto escribió al fiscal general, el hombre a cargo de todo el sistema judicial en Palermo, y lo conminó a unificar las distintas investigaciones en torno a la Mafia, de modo que pudiesen descubrirse las conexiones entre las diferentes *cosche*. En pocas palabras, el prefecto de Palermo estaba pidiéndole al fiscal general que respondiera a una pregunta sencilla pero crucial: ¿había muchas sectas criminales en Sicilia o solo una francmasonería del delito? ¿Una sola Mafia siciliana o varias?

Ningún siciliano con edad suficiente para recordar la década de 1980 podrá leer las palabras del prefecto Malusardi sin estremecerse y reconocerlas. Puesto que, solo en 1983, en medio de un aterrador resurgimiento de la violencia mafiosa, los investigadores de Palermo comenzaron al fin a basar su estrategia en las «correspondencias reales» entre las bandas mafiosas de toda Sicilia. Para rastrear y documentar esas correspondencias, formaron una comisión antimafia de cuatro fiscales especializados en diversas áreas.

Durante el verano del año siguiente, un importante hombre de honor llamado Tommaso Buscetta, que había perdido a muchos de sus parientes en la persistente carnicería, se transformó en testigo de cargo. Buscetta, conocido como el «jefe de dos mundos» por su influencia transatlántica, aportó al grupo de investigadores una visión más completa de la Mafia de la que nunca habían gozado hasta entonces. Entre las muchas y vitales revelaciones aportadas por Buscetta estaba el rito de iniciación por el que él, como cualquier otro hombre de honor, habían pasado. En 1992, un veredicto de la Corte de Casación, el más alto tribunal de Italia, aceptó finalmente el testimonio del jefe de dos mundos, el cual confirmó por «primera vez en la historia» que la Mafia no era una vaga agrupación de bandas locales sino una organización única, regida por un pacto de lealtad hasta la muerte. Había una única Mafia siciliana.

Dos de los hombres más valerosos y capaces de Italia pagarían muy pronto con su vida por el establecimiento de esta verdad. Pocas semanas después del dictamen de la Corte de Casación, los principales miembros de la comisión antimafia, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, volaron por los aires. Trágicamente, la corazonada del prefecto Malusardi había quedado al fin demostrada de manera incontrovertida, transcurrido más de un siglo con regulares efusiones de sangre. Las nuevas investigaciones nos sugieren que Italia podría y debería haber respondido a la pregunta de Malusardi al poco de que este la formulara.

El fiscal general replicó a esa carta del prefecto Malusardi, sobre los ritos de la Mafia, con más de un mes de retraso, una demora extraña, dada la importancia del asunto. Sus conclusiones eran absolutamente categóricas: «Sin duda, hay grupos o asociaciones de criminales de variadas dimensiones aquí y allá en Sicilia, pero “no” están confederados o vinculados entre sí por lazos de mutua complicidad».

El fiscal general se mostraba decididamente hostil a la sugerencia de que eran precisos procesamientos a gran escala de la Mafia: eso que los italianos denominan hoy «macrojuicios». Tales juicios pasarían por alto la autonomía de la magistratura, protestaba, y darían paso a abusos legales intencionados por parte del gobierno. Un argumento que terminó imponiéndose. En los tribunales de toda Sicilia, durante los próximos seis

años, los *mafiosi* se sometieron efectivamente a juicio, muchos de ellos por primera vez, pero los trataban como miembros de organizaciones criminales aisladas, de base local.

La carta del fiscal general ha sido citada a menudo por historiadores escépticos a la idea de que exista una red criminal unificada y denominada «la Mafia». Podía ser, argüían, que Falcone y Borsellino hubiesen demostrado, sin la menor duda, la existencia de una organización conocida como la Cosa Nostra, pero es ingenuo proyectar retroactivamente ese hallazgo. Se ha dicho que, en 1877, la teoría inverosímil de que había una única Mafia casaba demasiado bien con los objetivos del gobierno. Habría pocos pretextos mejores para un quiebre autoritario que la fantasía de una misteriosa secta de asesinos con lazos a todo lo ancho de la Sicilia occidental. El fiscal general tuvo acceso a todas las pruebas policiales disponibles sobre la Mafia temprana, muchas de las cuales se han extraviado desde entonces. Así pues, si alguien tan versado como él pensaba que las distintas bandas no estaban «confederadas», ¿quiénes somos nosotros para, a más de un siglo de distancia, proyectar una sombra de duda sobre sus conclusiones…?

Con todo, si se realiza un examen más minucioso, la carta del fiscal general dista de constituir un ejemplo deslumbrante de lógica forense. No era posible vincular a las diversas asociaciones, argumentaba él, porque las disputas afloraban con frecuencia entre ellas. El diálogo del dolor de muelas no era un descubrimiento reciente, añadía: los tipos duros de toda la isla se habían valido por un tiempo de la misma fórmula interactiva para cerciorarse de que la gente con la que se topaban compartía una misma disposición psicológica; habían comenzado a hacerlo en la cárcel de Milazzo y habían copiado con toda probabilidad la idea de una historia acerca de un bandido noble escrita por Alejandro Dumas, el autor de *Los tres mosqueteros*. El fiscal general terminaba concediendo que en una ocasión, y solo en una, las distintas bandas habían evidenciado ciertamente un propósito compartido: durante la revuelta de septiembre de 1866, cuando se unieron en la causa de derrocar lo que ellas denominaban ese «gobierno despreciable».

La razón precisa por la que estos argumentos bastaron para refutar

decisivamente la teoría de que había una única red mafiosa unificada no está del todo clara.

Los *mafiosi* se mataban los unos a los otros antes de 1877 y han seguido haciéndolo desde entonces, pero eso no les impide ser miembros de la misma hermandad.

El hecho de que la rutina del dolor de muelas pudiera haber sido inventada en la cárcel no atenúa en absoluto las sospechas que la rodeaban, sino más bien al contrario. Ni tampoco el hecho de que pudiera haber sido copiada de una novela, una ópera o lo que fuese. Como bien sabemos por la fábula de los orígenes españoles de la Camorra, a las organizaciones criminales italianas les gusta crear una rica mitología acerca de ellas mismas; difícilmente podría sorprendernos que plagiaran de manera inescrupulosa trozos y fragmentos de la cultura que las rodea.

Por último, otra cuestión relevante: si muchas de las bandas fueron capaces de coordinarse lo suficiente para alzarse en una revuelta simultánea en septiembre de 1866, ¿no era eso una prueba lo bastante inquietante de los lazos que las unían?

Es hora de conocer al fiscal general que puso su firma a estos frágiles argumentos. Era Carlo Morena, un juez muy respetado que había recibido innumerables condecoraciones durante su distinguida carrera. Provenía de un lugar inmune a la «exagerada arrogancia» de Sicilia, a su actitud orgullosamente truculenta ante la legalidad oficial: había nacido en 1821 en una aldea del norte, no lejos de Savona, el pueblo costero de Liguria.

En marzo de 1876, justo después de haber sido nombrado para el más venerable cargo judicial en Sicilia, una investigación parlamentaria interrogó a Morena acerca de la situación de la justicia en el área de Palermo. Sus respuestas fueron francas, acordes a un magistrado que creía claramente en el imperio de la ley. Los magistrados sicilianos eran débiles o corruptos, dijo Morena; había un muro de *omertà* entre los testigos e incluso las víctimas, y los tribunales imponían débiles castigos a crímenes muy violentos, lo cual socavaba la autoridad del Estado.

Pero por la época en que hubo de responder al prefecto Malusardi, diez meses después, Carlo Morena era un mafioso. No tenía ningún «dolor de muelas» y no era parte de la cofradía criminal juramentada. Ni siquiera era,

necesariamente, un voluntarioso factor de apoyo de los gángsteres. Pero, aun así, era un «amigo de mis amigos», como dice la expresión siciliana.

No se sabe lo que hizo exactamente la Mafia para ganarse a Morena en 1876. Pudo haber estado sujeto a todo tipo de amenazas, sobornos, chantajes y presiones políticas. Como con los propietarios de tierras que el marqués de Rudinì etiquetó de «bandoleros», o como el propio Rudinì, muchos escenarios distintos son posibles, pero al menos podemos tener la certeza de que el fiscal general Morena estaba trabajando para la honorable sociedad de Sicilia. Para descubrir por qué, debemos profundizar muchísimo más en el mundo de la Mafia; más hondamente de lo que nunca fue posible hasta el descubrimiento, en 2009, de un documento excepcionalmente revelador. Un documento manuscrito en la bella letra del primer y auténtico héroe en la historia del crimen organizado en Italia, un hombre cuya prolongada y azarosa carrera seguiremos de aquí en adelante.

Si hay algo a lo que la Mafia le teme es a un buen policía. Pese a tanta gestión conjunta del delito como hubo en Nápoles y Palermo, la Italia decimonónica sí dio lugar a muy buenos policías. Entre los mejores estaba un oficial rubio y de mandíbula prominente llamado Ermanno Sangiorgi. La abultada hoja de servicios de Sangiorgi se guarda entre los infinitos papeles del Ministerio del Interior, en el Archivo Central de Roma. Cubre una carrera profesional que abarcó casi cinco décadas. Sangiorgi se retiró en 1907, fecha en la cual era el adversario de la Mafia más experimentado y condecorado de todo el país. Él encarna en sí mismo todas las tribulaciones de la lucha contra la Mafia tras la unificación italiana.

Por motivos personales y de peso, Sangiorgi sabía perfectamente lo que era la Mafia: una secta clandestina de asesinos con nexos a todo lo largo y ancho de la Sicilia occidental. Por una parte, era Sangiorgi el que había conducido la investigación de la Mafia de Uditore, cuyo jefe era el poeta dialectal don Antonino Giammona, y fue el mismo Sangiorgi quien descubrió el rito de iniciación y el diálogo del «dolor de muelas».

En el siguiente capítulo se cuenta la historia de una investigación desconocida que discurrió paralelamente al caso de la pandilla de Uditore. La Mafia no perdonó a la ligera a Ermanno Sangiorgi por haber expuesto su rito de iniciación. Mientras la venganza esperaba su hora, Sangiorgi iba a

descubrir cuán sutil y ramificado era su poder, y lo muy equivocado que estaba Carlo Morena al negar la existencia de una hermandad criminal unificada al oeste de Sicilia.

La investigación de Sangiorgi revela a su vez las siniestras maniobras habidas en los primeros años de la izquierda, en que la Mafia fue sometida a juicio por primera vez, pero que también presenciaron el ascenso a la escena política nacional de los políticos sicilianos, entre ellos los amigos de la Mafia.

Hay un único elemento del trasfondo político que es preciso tener en mente al considerar los albores de esta historia: la discontinuidad. El problema ha obstaculizado la respuesta de Italia al crimen organizado durante buena parte del último siglo y medio. Después de 1860, ya fuera bajo la derecha o la izquierda, el sistema italiano engendró una frágil coalición de gobierno tras otra y, por ende, una rotación vertiginosa de funcionarios gubernamentales y estrategias políticas.

La política policial es un ejemplo central de ello. La escueta cadena de mando que aquí nos interesa es, en sentido descendente, la que sigue: el primer ministro y el ministro del Interior en Roma están por encima del prefecto de Palermo, que está a su vez sobre el jefe de policía de la ciudad, el cual manda sobre sus oficiales en el terreno. La historia siguiente abarca tres años y medio, desde noviembre de 1874 hasta junio de 1878. Un período malo por la discontinuidad política, muy representativo de la misma: hubo en total tres primeros ministros, cuatro ministros del Interior, seis prefectos de Palermo y tres jefes de policía. Algunos de ellos alcanzaron apenas a colgar su chaqueta antes de ser transferidos. En todo momento, y a cualquier nivel, la política oscilaba de manera impredecible entre la represión de la Mafia o su cultivo. Para los agentes de policía en la primera línea de fuego, como Ermanno Sangiorgi, estos rápidos cambios en el clima político podían tener consecuencias aterradoras.

Vendetta doble

Como la mayoría de los policías italianos, Ermanno Sangiorgi anhelaba de manera ferviente ganarse el favor de los funcionarios que controlaban su destino y supervisaban cada detalle de su vida privada. El salario era misérrimo, y las condiciones, muy duras. La estructura del Servicio de Seguridad Pública suponía una carrera a nivel nacional y la costumbre de desplazar con rapidez a sus oficiales de una destinación a otra, así que hasta los mandos inferiores podían pasar toda su carrera en un exilio errante entre comunidades donde los lugareños hablaban dialectos incomprensibles y miraban con desprecio a la policía.

Sangiorgi era de la región centro-norte del país; había nacido en 1840 en Riolo, un pequeño balneario del Romagnol, y sabía muy bien que la carrera policial podía arrasar la propia vida familiar. Su primera esposa murió, probablemente al parir, dejándolo con un hijo, Achille, al que debió cuidar él solo cuando el chico era todavía un quinceañero. En 1861 se casó por segunda vez con Enrica Ricci, una muchacha de una respetable familia de clase media de Faenza, y la pareja dio a sus hijos los patrióticos nombres de Italo e Italia. Después de 1863, Sangiorgi pasó buena parte de su servicio combatiendo a las pandillas de bandoleros al sur del país. Destinado a rústicas comunidades montañosas, él y su esposa no podían tener a Achille con ellos durante mucho tiempo. La única vía hacia una existencia menos ardua era un ascenso, aun cuando cada paso ascendente en el escalafón tenía que arrancarlo de la garra de los políticos y burócratas mediante un trabajo infatigable, moviendo los resortes adecuados y tragando muchos sapos. Sangiorgi tenía un alto concepto de su propia valía y fue muy tenaz en la consecución de sus ambiciones. Como cierto prefecto escribiría luego

de él, «busca cualquier manera de hacerse notar».

En diciembre de 1874, Sangiorgi intentó hacerse notar ante el ministro del Interior, ni más ni menos. Durante nueve meses —le escribió— había sido inspector interino de Trapani, en el extremo más occidental de Sicilia. El ascenso a inspector permanente que se le había prometido no se había materializado hasta entonces. Por supuesto, confiaba absolutamente en que cumplirían esa promesa…, tanto es así que no había dudado en recurrir a su propio bolsillo para complementar su salario de policía. Después de todo, tenía una esposa y tres hijos que mantener. Pero era su «anhelo más vehemente» mostrar su gratitud hacia el ministro con ulteriores servicios y «hacerse él mismo cada vez más digno de la consideración del Real Gobierno». ¿Sería posible, por ende, que fuera transferido «a un lugar donde la situación de la ley y el orden dejen bastante más que desear»?

Sangiorgi andaba en busca de acción y obtuvo toda la acción que podía haber esperado. En marzo de 1875 se hizo cargo del distrito policial más grande, más densamente poblado y más infestado por la Mafia de toda Sicilia: Castel Molo, que abarcaba la parte norte de la Conca d'Oro. Entre sus límites administrativos estaba la Piana dei Colli, una fértil llanura limitada en un flanco por las pequeñas colinas al noroeste de Palermo y, en el otro, por el Monte Pellegrino, un promontorio aislado que emerge en el litoral y se dirige justamente al norte de la ciudad. En la Piana dei Colli era donde estaban las villas y jardines de la gente pudiente. Pese a ello, igual que el resto de la Conca d'Oro, sus asentamientos tenían una reputación temible por su ilegalidad. Un poco más al oeste, los guardias de Castel Molo debían patrullar también los limonares de Passo di Rigano y Uditore. Estas aldeas satélites eran, en palabras de Sangiorgi, «tristemente conocidas por sus asociaciones criminales y los crímenes sangrientos» que en ellas tenían lugar. Sangiorgi diagnosticaba la causa de esos derramamientos de sangre en Castel Molo con mordaz tranquilidad:

> La Mafia dominaba la situación y hasta se las había arreglado para infectar la comisaría de policía. De hecho, a todos los jefes principales de la Mafia se les había otorgado licencia para portar armas. Cuando ocurrían asesinatos u otros delitos graves en el distrito de Castel Molo, como era frecuente, la policía escogía a sus informantes de entre tales individuos… Recurría a los más notables entre los *mafiosi* para conseguir información confidencial respecto a los culpables, lo que a menudo acababa en familias pobres y honestas sacrificadas,

criminales que se libraban del castigo y una opinión pública en general descorazonada y sumida en la desconfianza.

Claramente, la política de gestión conjunta del crimen con la Mafia estaba aún en plena vigencia. Uno de los casos más insignes dentro de esta política involucró al inmediato antecesor de Sangiorgi como encargado de la comisaría de policía de Castel Molo, el inspector Matteo Ferro. Ferro mantenía una amistad cercana con el mafioso que habría de jugar un papel principal en la historia de Sangiorgi: Giovanni Cusimano, conocido como *il nero* («el Negro»), a causa de su tipo físico.

El inspector Ferro había hecho ya bastante para obstruir las investigaciones en el seno de la Mafia de Uditore antes de la llegada de Sangiorgi; hasta había atestiguado para defender al Negro, negando que fuera un *capomafia,* calificándolo en cambio como «un hombre probo, un individuo absolutamente observante de la ley y el orden». Esto a pesar de que el Negro, entre otros muchos crímenes, había aterrorizado poco tiempo antes a un propietario de tierras para que le arrendara una villa cuyo alquiler era no inferior a doscientas mil liras por la suma anual irrisoria de cien litros de aceite de oliva (una renta que, no hace falta decirlo, tampoco se dignó pagar). Una vez instalado en la villa, el Negro recibía visitas regulares no solo del amigable inspector de policía local, Matteo Ferro, sino también de un sargento de los carabineros, y del editor del periódico local, *L'Amico del Popolo* («El amigo del pueblo»). Quienquiera que tuviese alguna influencia en la Piana dei Colli era amigo del Negro.

Poco después de haberse instalado en la comisaría de Castel Molo, Sangiorgi entró en acción: «Rápidamente me di cuenta de que debía adoptar un método diametralmente opuesto al que había empleado hasta allí la policía. Así que inicié de inmediato una abierta lucha contra la Mafia». Una abierta lucha contra la Mafia. La simpleza de estas palabras no debiera movernos a engaño respecto a lo difícil que en realidad era la tarea. Cuando Sangiorgi revocó las licencias de los cabecillas de la Mafia para portar armas y les envió sendas amonestaciones policiales a todos, tuvo que sortear una oposición en un grado al que la policía que combatía a la Camorra en Nápoles nunca tuvo que enfrentarse: el propio Sangiorgi alude a «la intervención de senadores, parlamentarios, altos magistrados y otros

notables» en defensa de los jefes del crimen. En otras palabras, la Mafia era ya parte de una red que alcanzaba hasta los escalones más altos de las instituciones de gobierno italianas. La historia de Sangiorgi es, así, una parábola de cuán ardua podía llegar a ser una lucha abierta contra esa red.

En primera instancia, obtuvo excelentes resultados. «La Mafia se recogió dentro de su concha», recordaría más tarde, «hubo un positivo despertar de la moral pública y una reducción ostensible en la cuantía de los delitos».

Entonces, en noviembre de 1875, ocho meses después de que Sangiorgi llegara a Palermo, apareció por su despacho un individuo tullido, que se apoyaba pesadamente en el brazo de un abogado. Su nombre era Calogero Gambino y era el dueño de un limonar en la Piana dei Colli, cerca de la *borgata* de San Lorenzo. Empezó diciéndole que había llegado a sus oídos la reputación de Sangiorgi como un policía honesto y enérgico, por lo cual ahora había decidido recurrir a él para obtener justicia contra la Mafia.

Gambino tenía dos hijos, Antonino y Salvatore. Unos dieciocho meses antes, el 18 de junio de 1874, Antonino había sido emboscado y asesinado: le habían disparado por la espalda desde un muro del limonar cuando iba camino de rociar los viñedos familiares con azufre. Salvatore, el otro hijo de Gambino, estaba ahora a un paso de ser sometido a juicio por la muerte de su hermano, pero este «fratricidio» no era tal, le explicó el viejo Gambino. La Mafia, en la forma del Negro Cusimano, había asesinado a un hijo e involucrado al otro; era el más astuto y último acto de venganza contra su familia.

Sin necesidad de que se lo dijera, Sangiorgi entendió por qué Gambino había venido ahora a verlo: Giovanni Cusimano, alias el Negro, estaba muerto, era una víctima reciente de la guerra semipermanente de la Mafia por controlar los limonares. El sangriento fin del reinado de Cusimano en la Piana dei Colli dejó a Calogero Gambino total libertad para contar su extraordinaria historia.

Una historia que era un cartucho de dinamita política con la mecha ya encendida, puesto que el viejo Gambino alegaba a su vez que la misma policía había ayudado a la Mafia a arreglar el falso fratricidio. El escándalo nacional que rodeó a Albanese, el antiguo jefe de policía, había alcanzado

su cénit pocos meses antes. Si lo que Gambino decía era verdad, probaría que la corrupción no había concluido con Albanese; probaría que la infiltración de la Mafia en la policía de Palermo era, aún entonces, punto menos que sistemática.

La trama «fratricida» contra el hijo superviviente de Gambino fue solo el momento culminante de una venganza que se remontaba a más de catorce años antes, la época en que la expedición de Garibaldi a Sicilia convirtió a la isla en parte del reino unificado de Italia. El anciano señaló que la Mafia lo había convertido inicialmente en objetivo porque era un próspero forastero no nacido en San Lorenzo. Su cuñado, Giuseppe Biundi, era la fuente inicial de sus problemas; Biundi era sobrino del lugarteniente del Negro. En 1860, Biundi secuestró y violó a la hija de Gambino para forzar un matrimonio con ella. Pocos meses después de la boda, el nuevo cuñado de Gambino sustrajo varios miles de liras de su casa. Las conexiones familiares del joven hicieron que el viejo Gambino sintiera demasiado temor para denunciar el hurto a las autoridades, según señaló él mismo.

Luego, en 1863, Giuseppe Biundi secuestró y asesinó al propio hermano de Gambino. El anciano no pudo ya permanecer en silencio: a causa de su chivatazo a la policía, atraparon a Biundi y a su cómplice y los sentenciaron a quince años de trabajos forzados.

Sentado en el despacho de Sangiorgi once años después, Gambino explicó las pavorosas consecuencias de sus actos: «Primero la Mafia me perseguía a mí por viles motivos de especulación financiera. Pero, después de lo que revelé a la policía, surgió otra razón mucho más seria para apretarme las clavijas: la *vendetta* personal». Solo que la *vendetta* no llegó de inmediato: Giovanni Cusimano, alias el Negro, hubo de esperar tres años para ello, hasta la revuelta de septiembre de 1866.

Al irrumpir la revuelta, Gambino recibió una advertencia de manera confidencial de que estaba en grave peligro y debía abandonar San Lorenzo inmediatamente. Sus hijos arrojaron el dinero en efectivo de la familia, sus ropas, manteles, utensilios de cocina y pollos en un carretón tirado por una

mula, y partieron todos a refugiarse en otra granja administrada por un amigo de la familia. Por el camino les atacó una partida de diecisiete *mafiosi*, lo cual provocó un tiroteo desaforado; Salvatore Gambino resultó herido en el muslo izquierdo, pero ambos hermanos conocían bien la zona y se las ingeniaron para escapar saltando la pared de una finca cercana, abandonando las posesiones familiares para que sus acosadores las saquearan.

A esas alturas, el sector rural de Palermo estaba, casi por entero, en manos de los escuadrones rebeldes. Temiendo que el lugar escogido para guarecerse ya no ofreciera suficiente protección, la familia Gambino se dirigió a Resuttana, la aldea próxima a San Lorenzo en la Piana dei Colli. Allí los acogió un tal Salvatore Licata, y fue en el hogar de Licata que, al día siguiente, los Gambino recibieron un paquete enviado por Giovanni Cusimano, el Negro: contenía un trozo de carne de su propia yegua. Como mensaje de la Mafia, puede que la carne de caballo no tuviese el impacto cinematográfico del semental decapitado en *El padrino*, pero su significado era muy similar: el Negro no había concluido aún sus asuntos con la familia Gambino.

El inspector Sangiorgi no nos dice cuáles eran sus pensamientos cuando escuchaba al viejo Gambino; por entonces, era un policía demasiado sagaz para haber puesto por escrito esos pensamientos. Así, para apreciar en plenitud el drama que Sangiorgi escuchaba y la intriga en la que se estaba involucrando, no nos queda más que imaginar cómo comenzó a funcionar su mente cuando se enteró de quién era el que había ofrecido refugio en Resuttana, ese mes de septiembre de 1866, a los acosados Gambino. El propio Sangiorgi era un forastero en Sicilia, un norteño, pero había estado en Palermo lo suficiente para saber del poder siniestro de los Licata. La sola mención del apellido Licata le indicó, más que ningún otro detalle, que Gambino estaba ocultando una parte crucial de la verdad.

Salvatore Licata, de sesenta y un años cuando dio asilo a los Gambino, era uno de los *mafiosi* más venerables y mejor relacionados de la Conca d’Oro.

Al igual que muchos jefes mafiosos relevantes, incluyendo a Turi Miceli de Monreale, el Negro Cusimano de San Lorenzo y don Antonino

Giammona de Uditore, Licata había liderado a un pelotón revolucionario hacia Palermo en 1848 y 1860, pero durante la revuelta de 1866 movilizó a sus matones para oponerse a los insurgentes. Formaron un «contrapelotón», como se denominó a tales pandillas en la ocasión. En otras palabras, Licata era uno de los astutos *mafiosi* que comprendieron que tenían bastante más que perder en lugar de ganar si se rebelaban.

Su hijo Andrea era oficial de la milicia de caballería, una policía montada ostensiblemente corrupta. Sus otros tres hijos eran ladrones de pistola en mano y chantajistas a los que se había garantizado impunidad a través de las conexiones familiares.

Como los Licata, y como don Antonino Giammona, que fue un pilar de la Guardia Nacional, muchos jefes de Palermo rompieron sus lazos residuales con la política revolucionaria durante la revuelta de 1866.

La amistad del viejo Gambino con el temido clan Licata dio pie a la fuerte sospecha de que Gambino y sus hijos eran también *mafiosi*. Varios elementos de su relato estiraban demasiado la cuerda de la credulidad. Le estaba pidiendo al inspector Sangiorgi que creyera que él mismo era una víctima absolutamente inocente de los hechos. Solo el miedo, según Gambino, le había impedido acudir a la ley cuando se vio perseguido por el Negro, pese a que dicha persecución duraba ya cerca de quince años. La forma en que describió a Antonino, su hijo asesinado, resultó a la vez sospechosa: «Mi hijo Antonino era un muchacho lleno de valor. Se respetaba demasiado a sí mismo para perder la calma y para permitir que sus enemigos y los enemigos de su familia se permitieran un exceso de familiaridad con él. Por eso, el Negro y sus aliados vivían preocupados, temerosos de que mi hijo tuviera en mente la idea de vengarse de ellos». Un hombre valeroso y que se respetaba a sí mismo, no dispuesto a dejarse amedrentar. Un «mafioso benigno», para emplear los términos del marqués de Rudinì. Así es como la Mafia gusta de presentarse ante el mundo exterior.

La conclusión que surgió en la mente de Sangiorgi fue inexorable: el viejo Gambino y sus dos hijos no estaban siendo perseguidos «por» la Mafia, sino que eran partícipes de una lucha de poder «dentro de» la Mafia. Fue solo cuando se enfrentaron a la derrota final en esa lucha que el viejo

Gambino le solicitó a su abogado que lo condujera a la policía. Sangiorgi sería su instrumento de venganza contra sus antiguos camaradas; recurrir al Estado era un último recurso como *vendetta*.

El miedo debía aguijonear por dentro al concentrado Sangiorgi cuando escuchó el resto de la historia.

Una vez más, tras enviarle el trozo de carne equina al viejo Gambino, el Negro Cusimano se vio obligado a posponer su campaña contra la familia del destinatario. Cuando la revuelta de septiembre amainó, hubo una respuesta brutalmente enérgica por parte de las autoridades. Temiendo que su asalto en descubierto contra los Gambino los hubiese expuesto en exceso, la gente de Cusimano hizo una propuesta de paz y sus emisarios se acercaron a Gambino, que estaba aún viviendo con Salvatore Licata, el líder del «contrapelotón», para proponerle lo que el Negro denominaba un «parentesco espiritual»: dos de sus lugartenientes se convertirían en padrinos de los nietos de Gambino.

Con reticencias —de acuerdo con su muy selectiva narración de los hechos—, el viejo Gambino se avino a la propuesta y resolvió no informar del ataque sufrido a las autoridades. Mucho más probable era que ese «parentesco espiritual» fuese en realidad una alianza entre las varias líneas consanguíneas de la Mafia.

En Sicilia, y en buena parte del territorio continental al sur de Italia, se llama *compare* a un padrino, o sea un «compadre», literalmente un «co-padre». El *comparatico* («compadrazgo») era una forma de cohesionar las amistades relevantes de una familia, de ampliar los lazos de sangre al mundo exterior. A menudo, un campesino pobre pedía a un hombre poderoso y acaudalado que se convirtiera en un «compadre» para su hijo, como muestra de deferencia y lealtad. Pero, ya desde los días del viejo Gambino y el Negro Cusimano, los *mafiosi* se han valido también del *comparatico* para sus fines: los viejos cabecillas establecen «parentescos espirituales» como una forma de forjarse seguidores dentro de la secta.

La estancia forzosa de la familia Gambino con Salvatore Licata durante la revuelta de 1866 trajo consigo otro procedimiento enigmático: Salvatore, el hijo del viejo Gambino, se casó con una de las hijas de Licata.

Naturalmente, Gambino no le explicó tanto a Sangiorgi, pero este

matrimonio era, con toda probabilidad, tan político como el «parentesco espiritual» con el Negro Cusimano: creó un lazo firme de la familia con el clan Licata. Los jefes de la Mafia en épocas más recientes, y épocas mejor documentadas, se han valido de los matrimonios en exactamente la misma forma que las coronas de Europa lo hicieron durante siglos: para terminar o evitar guerras, forjar alianzas militares, conseguir dinero y prestigio, y asegurar su poder y riqueza durante varias generaciones.

Sangiorgi se estaba enterando de que, por las vías del «compadrazgo» y del matrimonio, los jefes de la Conca d'Oro estaban desarrollando una estrategia «dinástica». Aun cuando estaban inmersos de lleno en la política cortoplacista de la Mafia, y en las matanzas y pactos que eran una constante en el mundo de la Mafia, estaban pensando a la vez en el largo plazo, intentando proyectar al futuro su poder. Los patriarcas de la Mafia modelaban su familia para que cumpliera con las exigencias peculiares de su negocio, de una manera que diferenciaba claramente su comportamiento del de otros sicilianos. (Contrariando un estereotipo muy difundido en Sicilia por esa época, la familia nuclear era dominante, más que la familia extendida).

La historia de Calogero Gambino nos dice que, en lo concerniente a mujeres y casamientos, la diferencia entre los primeros *camorristi* y los *mafiosi* tempranos era impresionante y muy relevante. Los *mafiosi* usaban a sus esposas e hijas como peones políticos y, al hacerlo, convertían sus ganancias ilícitas en patrimonios. Los *camorristi*, por el contrario, se casaban con prostitutas y gastaban el dinero tan pronto como lo robaban.

Marc Monnier (como siempre, el hotelero suizo es una de las fuentes más reveladoras acerca de la honorable sociedad de Nápoles) nos dice que la esposa del camorrista medio era «un poder por propio derecho», con autoridad para recaudar el dinero extorsionado a cambio de protección: «Aun los más recios entre la gente común y corriente temblaban ante las enaguas de estos matones femeninos. Todo el mundo sabía que, algún día, sus esposos abandonarían la prisión y, porra en mano, vendrían a visitar a los pagadores reticentes para exigirles una explicación por sus notorias deudas pendientes». Una camorrista como esa se aseguraba a la vez de que sus hijos «se hicieran respetar desde la cuna». Así que la Camorra también

intentaba emplear a sus mujeres y pensaba en el futuro. Pero sus miembros no eran tan estratégicos, ya fuera empleando el matrimonio como un instrumento para fundar una dinastía, o resguardando la vida familiar de los efectos potencialmente desestabilizadores que tuviera el contacto con la prostitución.

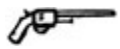
Los primeros jefes del delito en Nápoles exhibían de manera casi invariable el proxenetismo en su ficha criminal, mientras que la explotación del comercio sexual estaba llamativamente «ausente» en la biografía de los primeros jefes de la Mafia siciliana. En Palermo había, por cierto, algunos chulos, conocidos con el apodo repulsivo de *ricottari* (literalmente, «hacedores de queso ricota»). Pero Turi Miceli, don Antonino Giammona y los otros caciques de la Mafia entre las décadas de 1860 y 1870 nunca tuvieron nada que ver con los *ricottari*. En la ciudad de Palermo, exactamente igual que en Nápoles, solía verse a muchas prostitutas y sus chulos luciendo la cicatriz facial serpentina que era la horrible marca del comercio sexual. Pero, justo en las afueras de Palermo, entre los limonares donde mandaba la Mafia, el *sfregio*, o navajazo deformador, era casi desconocido.

La Cosa Nostra prohíbe hoy en día a sus miembros explotar la prostitución, pues, como explicaba el juez antimafia Giovanni Falcone, deben asegurarse de que las mujeres de su comunidad «no sean humilladas en su propio medio social». Una mujer que deserta, como portadora de horrendos secretos familiares, es un grave peligro para la organización.

Da la impresión de que siempre ha sido así: puede que la Mafia siciliana de la década de 1860 diera un trato brutal a las mujeres, y las utilizara a nivel doméstico, pero no las humillaba en público —como implicaría cualquier forma de involucramiento en la prostitución—, porque las necesitaba. Las necesitaba para que guardaran silencio, para que criasen a los hijos y los educasen en la tradición del honor.

Llama la atención que ninguna personalidad femenina de Sicilia se granjeara la misma fama en el mundo abierto o el mismo estatus en el inframundo, que rodeaba a algunas mujeres en la órbita de la Camorra temprana: como *la Sangiovannara* y su banda de mujeres armadas, o las administradoras de prostíbulos, que se ganaron el título de *matrona*

annurrata («señora honorable»). Parece ser que las mujeres de la Mafia detentaban menos poder explícito porque eran «más» importantes para la organización en su papel hogareño. El férreo control estratégico de la Mafia sobre las mujeres es un secreto vital para explicar su extraordinaria supervivencia en el curso de los años. Una supervivencia que la honorable sociedad de Nápoles, con su debilidad persistente hacia las ganancias cortoplacistas del proxenetismo, se mostraría en última instancia incapaz de igualar.



La historia del viejo Gambino estaba llegando a su fin. El «parentesco espiritual» entre los Gambino y el Negro Cusimano duró seis años. Entonces, el 17 de diciembre de 1872, los hermanos Gambino fueron una vez más víctimas de una emboscada en la Piana dei Colli. Tras recibir una descarga inicial, se batieron cuerpo a cuerpo contra los asaltantes. De nuevo escaparon por los limonares y, pese a haber recibido una herida en la cabeza, Antonino Gambino se las ingenió para llevarse consigo el rifle de uno de sus atacantes.

Los Gambino sabían quiénes eran los que les habían salido al paso: reconocieron a los seis agresores. Previsiblemente, cinco de ellos eran hombres del Negro. De manera menos predecible, y mucho más preocupante, un mafioso llamado Giuseppe Riccobono, alias «el Gracias sean dadas a Dios», fue también parte del tiroteo. Riccobono era el yerno de Antonino Giammona, el *capo* poeta de Uditore. Lo que significaba esto para el viejo Gambino era que su familia se enfrentaba ahora a la furia combinada de dos facciones mafiosas con base en distintos *borgate*: sus viejos enemigos del grupo Cusimano de San Lorenzo, pero ahora también el grupo Giammona de Uditore. Gambino aludía a estas facciones como «destacamentos» o «asociaciones». Hoy nos referiríamos a ellas como familias mafiosas.

Pese a todo, al mismo tiempo que el ataque reveló una inquietante y nueva alianza dirigida contra los Gambino, les ofreció un arma potencialmente devastadora contra sus enemigos: el rifle que Antonino

Gambino había capturado. Esa era una prueba tangible de la identidad de los atacantes, útil siempre y cuando los Gambino dieran con la persona adecuada del lado de la ley a quien aportar esa prueba.

Aun pretendiendo ante Sangiorgi que era una víctima inocente de una persecución mafiosa, el viejo Gambino le explicó que había recurrido a los Licata, sus aliados dinásticos, para sacar el mejor provecho al rifle capturado a los hombres del Negro Cusimano.

Pero lo que parecía un astuto movimiento solo consiguió dejar en evidencia, con mayor crueldad aún, el aislamiento de los Gambino. El policía de alta graduación relacionado con los Licata ignoró el rifle. Todavía peor, dio indicios sugestivos de que intentaría procesar al viejo Gambino por hurto.

Los Gambino eran ahora el blanco de las tres *cosche* más poderosas de la Mafia en la Piana dei Colli. Su protección, la red de «parentescos espirituales» y pactos matrimoniales, acababa de desintegrarse, dejando a la familia absolutamente aislada. Dieciocho meses después, al amanecer del 18 de junio de 1874, las consecuencias letales de ese aislamiento llamaron a la puerta, cuando Antonino Gambino fue asesinado a tiros.

Con Sangiorgi atento a sus palabras, el anciano describió su reacción ante la muerte de su hijo en un tono que era a la vez genuinamente conmovedor y escalofriantemente manipulador. Cuando recibió la noticia del asesinato, con la certeza inexorable de que Giovanni Cusimano, el Negro, había consumado su *vendetta*, Gambino fue tan rápido como su cojera se lo permitió en abrazar el cadáver aún sangrante de su hijo y permaneció allí, sosteniéndolo durante horas.

Poco después apareció por allí el Negro en persona, se inclinó sobre el cadáver, le abrió con brusquedad un párpado, se volvió hacia el atribulado progenitor y le dijo que ya no había nada que hacer.

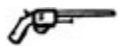
Transcurrido otro rato, la policía se presentó en la persona del inspector Matteo Ferro, el antecesor de Sangiorgi como inspector en el distrito de Castel Molo y el mismo hombre que había caracterizado al Negro como «un individuo absolutamente observante de la ley y el orden».

A esas alturas, Gambino «lloraba como un poseso». Escuchó al inspector Ferro decirle que se contuviera y sintió las manos del Negro

intentando doblegarlo y obligándole a arrodillarse a sus pies. Gambino se escabulló de ambos gateando, y gritando: «¡Atrás! ¡No me toquéis!». Enseguida oyó, sumido en la ira y la desesperación, al inspector Ferro preguntarle si podía «arrojar algo de luz» sobre el asesinato. Obviamente, con el mafioso que había ordenado el crimen allí presente, no pudo decir nada.

El inspector Ferro dejó al viejo Gambino a solas con su dolor y se dirigió a la villa cercana, al lugar que el Negro Cusimano «alquilaba». Iba acompañado del sargento de los carabineros locales, quien, como sabemos, era también un asiduo invitado del Negro.

En ese punto, Salvatore, el otro hijo de Calogero Gambino, llegó para llorar a su vez por el asesinado Antonino. Enseguida, los *mafiosi* y los agentes de policía que estaban en la villa del Negro recibieron el aviso de la presencia de Salvatore. En ese momento, el sargento carabinero fue hasta el lugar y, sin pérdida de tiempo, arrestó a Salvatore por el asesinato de su hermano. La trama fratricida de la Mafia había sido activada: una «*vendetta* doble», la denominó el anciano.



En innumerables ocasiones, durante sus cuarenta y ocho años de servicio a la causa de la ley y el orden, Sangiorgi rogó por un ascenso. En innumerables ocasiones, sus superiores habrían de brindarle brillantes referencias: valiente, capaz y discreto, decían de él. Esos fueron precisamente los atributos a los que hubo de recurrir durante sus primeros meses de lucha contra la Mafia, cuando Calogero Gambino entró cojeando a su despacho apoyado en el brazo de su abogado.

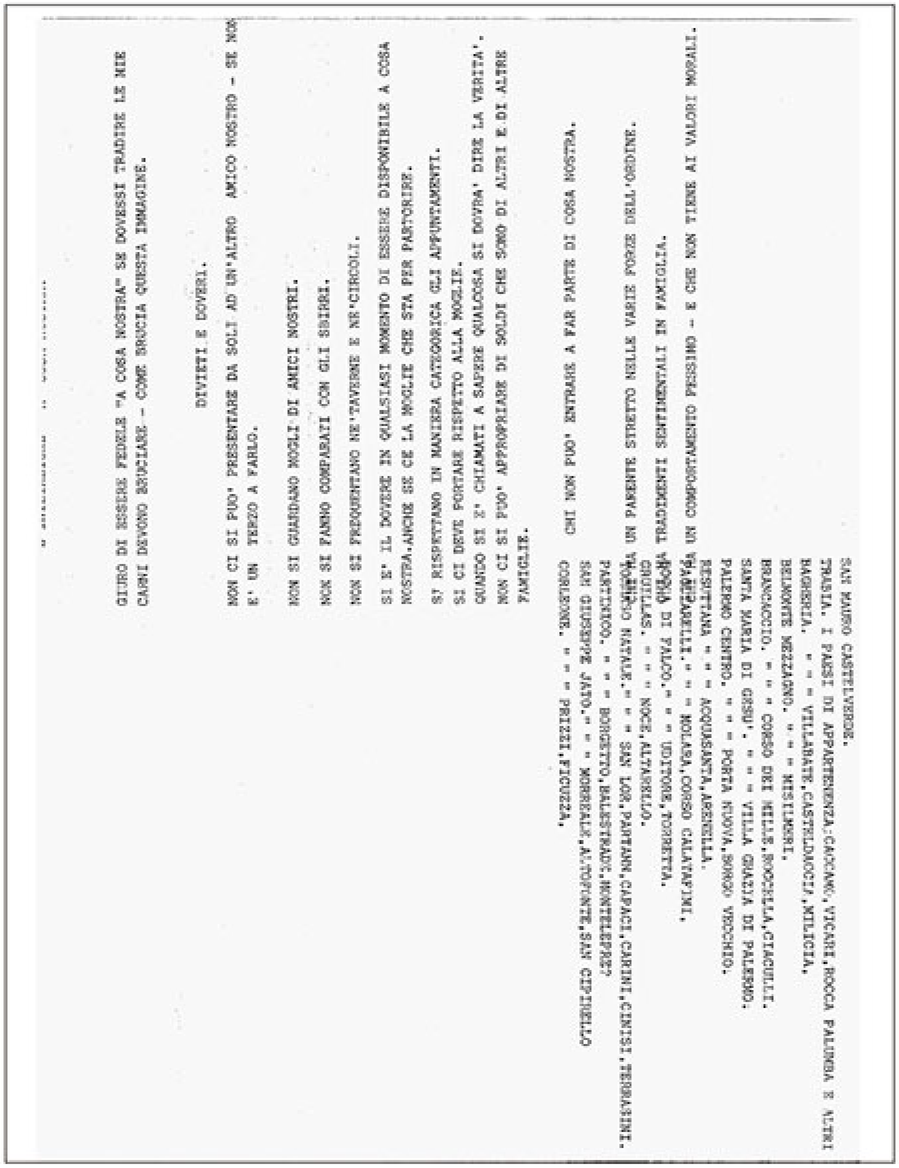
Valiente. Sangiorgi sabía bien que, aun cuando Giovanni Cusimano, el Negro, estuviese ya muerto, la investigación implicaría a muchos otros *mafiosi* en extremo violentos y bien relacionados.

Capaz. Sangiorgi precisó de todas sus habilidades de investigador para verificar lo que el viejo Gambino le había contado. Rápidamente comprobó que la historia del anciano coincidía a la perfección con los hechos.

Y, sobre todo, discreto. El caso permitió a Sangiorgi ahondar cada vez

más en los nexos siniestros entre el Estado y la secta criminal que había llevado la muerte a los limonares de la Conca d'Oro.

Encontró pruebas irrebatibles sobre el sargento carabinero que partió directamente de la villa del Negro a arrestar a Salvatore Gambino. Su fuente dentro de los carabineros le explicó cómo era que la Mafia había entrampado al sargento valiéndose de una estrategia doble, habitualmente utilizada contra quienes hacían cumplir la ley. Cusimano y otros jefes mafiosos partieron por adular convenientemente al objetivo: lo llevaron con ellos al campo, en lo que Sangiorgi menciona como una «*tavulidda* habitual». Evidentemente, el inspector había adquirido algo del dialecto local durante su estancia en la isla. Una *tavulidda* era (y aún es) una apacible comida al aire libre en que los varones presentes se regodeaban con cabrito asado, alcachofas, *macco* (puré de habas) y un vino tan oscuro como la melaza. La Mafia estaba introduciendo al sargento en una muestra de la cultura local.



" INIZIAZIONE " " COSA NOSTRA "

GIURO DI ESSERE FEDELE "A COSA NOSTRA" SE DOVESSI TRADIRE LE MIE CARNI DEVONO BRUCIARE – COME BRUCIA QUESTA IMMAGINE.

DIVIETI E DOVERI.

NON CI SI PUO' PRESENTARE DA SOLI AD UN'ALTRO AMICO NOSTRO – SE NON E' UN TERZO A FARLO.

NON SI GUARDANO MOGLI DI AMICI NOSTRI.

NON SI FANNO COMPARATI CON GLI SBIRRI.

NON SI FREQUENTANO NE' TAVERNE E NE' CIRCOLI.

SI E' IL DOVERE IN QUALSIASI MOMENTO DI ESSERE DISPONIBILE A COSA NOSTRA.ANCHE SE CE LA MOGLIE CHE STA PER PARTORIRE.

SI RISPETTANO IN MANIERA CATEGORICA GLI APPUNTAMENTI.
SI CI DEVE PORTARE RISPETTO ALLA MOGLIE.
QUANDO SI E' CHIAMATI A SAPERE QUALCOSA SI DOVRA' DIRE LA VERITA'.
NON CI SI PUO' APPROPRIARE DI SOLDI CHE SONO DI ALTRI E DI ALTRE FAMIGLIE.

CHI NON PUO' ENTRARE A FAR PARTE DI COSA NOSTRA.

CHI HA UN PARENTE STRETTO NELLE VARIE FORZE DELL'ORDINE.
CHI HA TRADIMENTI SENTIMENTALI IN FAMIGLIA.
CHI HA UN COMPORTAMENTO PESSIMO – E CHE NON TIENE AI VALORI MORALI.

SAN MAURO CASTELVERDE.
TRABIA. I PAESI DI APPARTENENZA:CACCAMO,VICARI,ROCCA PALUMBA E ALTRI
BAGHERIA. " " " VILLABATE,CASTELDACCIA,MILICIA.
BELMONTE MEZZAGNO. " " " MISILMERI.
BRANCACCIO. " " " CORSO DEI MILLE,ROCCELLA,CIACULLI.
SANTA MARIA DI GESU'. " " " VILLA GRAZIA DI PALERMO.
PALERMO CENTRO. " " " PORTA NUOVA,BORGO VECCHIO.
RESUTTANA " " " ACQUASANTA,ARENELLA.
PAGLIARELLI." " " NOLARSA,CORSO CALATAFIMI.
BOCCA DI FALCO." " " UDITORE,TORRETTA.
CRUILLAS. " " " NOCE,ALTARELLO.
TOMMASO NATALE." " " SAN LOR,PARTANN,CAPACI,CARINI,CINISI,TERRASINI.
PARTINICO. " " " BORGETTO,BALESTRATE,MONTELEPRE?
SAN GIUSEPPE JATO." " " MONREALE,ALTOFONTE,SAN CIPIRELLO
CORLEONE. " " " PRIZZI,FICUZZA.

Colecciones privadas

La moral mafiosa. Un manual de la Cosa Nostra muy poco conocido, fechado el año 2007. Entre las reglas que se amontonaban en una única hoja mal mecanografiada estaban las siguientes: «Respeta a tu esposa» y «Las siguientes personas no pueden llegar a ser parte de la Cosa Nostra: cualquiera que tenga un pariente cercano dentro de la policía; cualquiera que cometa infidelidades emocionales dentro de su familia; cualquiera que se comporte muy mal o no se atenga a los valores morales».

La segunda vía involucraba a las mujeres de la Mafia, quienes se aproximaban con sigilo a la esposa del sargento y le decían: «En la Piana dei Colli, toda mujer que quiera estar al margen de cualquier tipo de problemas debe mantenerse cerca de su marido». Una amenaza indirecta,

pero a la vez tan clara como para helarle las venas. Durante un siglo y medio, esta forma de intimidación por el halago ha hecho más para resguardar a la Mafia que cualquier otra modalidad de corrupción en su vasto repertorio. No hay mejor forma de inhabilitar al Estado que anulando la efectividad de sus representantes en el terreno.

La investigación de Sangiorgi se enfocó entonces en el testigo clave de la fiscalía en el caso de fratricidio. Haciendo guardia no lejos del punto en que Antonino fue asesinado, había un soldado que escuchó los disparos y corrió al lugar. Al llegar, vio a dos hombres de pie junto a la víctima, que emitía aún agónicos quejidos. Los dos individuos salieron corriendo, pero el soldado alcanzó a ver bien a uno de ellos, que llevaba un sombrero de fieltro con una cinta negra alrededor. Más adelante señaló a Salvatore Gambino en una hilera de sospechosos y dijo que él era el hombre del sombrero de fieltro.

El viejo Gambino indicó a Sangiorgi que el testigo estaba mintiendo y que la hilera de sospechosos estaba amañada. Muy pronto, Sangiorgi dio con pruebas que ratificaban las acusaciones del anciano. Descubrió que, al morir a tiros el Negro Cusimano, se encontró en su cuerpo el recibo de un préstamo por doscientas liras. El beneficiario del empréstito era el comandante de un pelotón del ejército destinado en San Lorenzo: el mismo pelotón del que provenía el testigo clave. El préstamo hacía que la acusación que ahora pesaba sobre Salvatore Gambino pareciera bastante más una ficha adicional en un oscuro intercambio de favores entre el cabecilla mafioso y el comandante del pelotón. Sangiorgi pudo así añadir al ejército al vasto listado de organismos en los que se había infiltrado la Mafia de la Conca d’Oro.

Discreto, sin la menor duda.

El inspector Sangiorgi se enfrentaba ahora a la delicada tarea de contar a los jueces lo que sabía. Pero si exponía el caso Gambino como un complot mafioso, se arriesgaba a pisotear los importantísimos pies de muchos dentro del Palacio de Justicia, visto que el proceso por fratricidio estaba ya programado para que fuera visto por el tribunal local.

Cuando Sangiorgi contactó con los magistrados, recibió una respuesta alentadora: le dijeron que había actuado bien al hacérselo saber, y

solicitaron que les rindiera un informe completo. Entretanto, el caso por fratricidio se continuó aplazando porque el soldado que supuestamente había reconocido a Salvatore Gambino y su sombrero de fieltro faltó dos veces como testigo ante el tribunal.

Durante esta demora, el clima político cambió.

En marzo de 1876, la derecha perdió el gobierno y asumió en Roma la primera legislatura de izquierda, incluidos algunos políticos sicilianos. Se envió a Palermo un nuevo prefecto, y el personal más antiguo de la derecha pronto fue depurado sin importar sus capacidades ni su honestidad. El jefe de policía al mando del cual había trabajado Sangiorgi fue enviado a la Toscana.

De manera que Sangiorgi quedó ahora expuesto: él, más que ningún otro oficial de Sicilia, había estado en la primera línea de fuego en su lucha contra la Mafia; él era quien había descubierto, incluso, el rito de iniciación secreto de la Mafia. Sin el apoyo de sus superiores, su carrera, y posiblemente su vida, estaban en peligro. Los elementos corruptos dentro de la policía de Palermo ya habían empezado a hacer campaña contra él, envenenando los oídos del nuevo prefecto. En julio de 1876, el prefecto en persona envió un telegrama urgente al ministro del Interior: «Sobre todo, se lo suplico, desháguse usted por mí del joven Sangiorgi. Es un individuo capaz, pero al mismo tiempo un intrigante y murmurador que se jacta de tener quien lo protege en el Ministerio y el Parlamento. Prefiero a los que se escaquean antes que a policías como él».

Sangiorgi presentó una solicitud de traslado que le fue rápidamente concedida: en agosto de 1876 fue destinado a Siracusa, la provincia más limpia del delito en toda Sicilia, en la esquina opuesta a la isla de Palermo. Por supuesto, la Mafia estaba a la par bien informada de este movimiento y encantada con él; incluso antes de que el traslado fuera confirmado, la noticia fue anunciada con fanfarrias en la Piana dei Colli por *L'Amico del Popolo*, a cuyo editor habían visto departiendo con el Negro en su villa «alquilada». La máquina de rumores de la Mafia difundiría la falacia de que Sangiorgi se había trasladado por razones disciplinarias.

Con Sangiorgi en Siracusa, el caso Gambino prosiguió morosamente su marcha con infinitos testimonios de rutina durante 1876 y hasta 1877. El

viejo Gambino tuvo la oportunidad de contar su historia directamente a los magistrados, pero la nueva atmósfera reinante en Palermo comenzó a volver el caso contra el propio Sangiorgi. Algunos de los testigos que él había interrogado perdieron su aplomo y modificaron sus historias. Nada se hizo para verificar si el soldado había visto realmente a Salvatore Gambino con un sombrero de fieltro en la escena del crimen. Los policías corruptos, a quienes Sangiorgi había despedido por incompetencia o confabulación con la Mafia, parecieron entrometerse de nuevo en el caso. Como el mismo Sangiorgi hacía constar con melancolía: «Si yo fuera fatalista, tendría que admitir que, por desgracia, un espíritu maligno, una influencia enigmática y perniciosa, sorteó todos los procedimientos que seguí para investigar las deducciones que yo mismo había hecho de la prueba aportada por el viejo Gambino». Pero aún le faltaba al inspector Sangiorgi experimentar de verdad lo muy pernicioso que ese «espíritu maligno» podía llegar a ser.

Transcurrieron algunos meses y el clima político alrededor de Sangiorgi cambió de nuevo. La izquierda descubrió que no era tan fácil imponer la ley en Sicilia como le habían llevado a creer quince años de ruidosas protestas sicilianas contra las medidas represivas de la derecha. Cuando en noviembre de 1876 secuestraron al gerente de una empresa inglesa de explotación de azufre, se hizo evidente que había que tomar medidas. Así que, a principios de 1877, la izquierda revirtió su política y envió a otro nuevo prefecto a Palermo para dar el latigazo. Ello puso en movimiento en toda Sicilia una vasta y nueva campaña antimafia, tan grande como cualquiera de las habidas bajo la derecha.

Dado este giro en la actitud oficial de la izquierda hacia el crimen organizado en Sicilia, el inspector Sangiorgi se transformó en un activo demasiado valioso para seguir manteniéndolo aparcado en la apacible Siracusa. A principios de 1877 fue reasignado a la provincia de Agrigento, territorio hogareño de incluso otra secta mafiosa recién descubierta. Le aumentaron el salario y lo recomendaron para una medalla. Sangiorgi estaba de vuelta en la primera línea y muy pronto renovó su «abierta lucha contra la Mafia» y contra un mafioso en particular: Pietro De Michele, el cabecilla del pueblo de Burgio, cercano a Agrigento, donde estaba destinado ahora Sangiorgi. De Michele insistía en que lo llamaran «barón»,

aunque no parecía haber motivos para que reclamara semejante título. Su currículum vítae desplegaba la típica combinación del mafioso, de crímenes varios y brutalidad política oportunista. Más aún, mostraba que la provincia de Palermo no era el único sitio en que los hombres de honor se habían valido de la violencia sexual como atajo para lograr riqueza y buena posición, y que ciertamente había relaciones de negocios muy cercanas entre los *mafiosi* de distintas provincias.

En 1847, De Michele secuestró y violó a la hija de un rico terrateniente que había rechazado sus propuestas, pero la violación le explotó en las manos. La reputación de De Michele era tan mala que la familia de la chica rehusó a reparar el daño a su honor por la vía de ceder al matrimonio de ambos: la vergüenza familiar era mucho mejor que el matrimonio con un conocido matón. Pero De Michele no se rendiría fácilmente. En 1848 se sumó a la revolución de ese año y se aprovechó de ella para hacerse de nuevo con la chica, obligarla a casarse y despojar a su familia de una enorme dote. Después de que se restaurase la autoridad del Estado borbónico, pasó un breve período en la cárcel; y fue sospechoso de innumerables asesinatos cuando fue liberado.

En 1860, con la invasión de Garibaldi, el «barón» se unió de nuevo a la revolución. En algún momento del alzamiento, se quemaron todos los documentos policiales y judiciales del pueblo.

Cuando Sicilia se convirtió en parte de Italia, De Michele prosiguió su trayectoria administrando a los ladrones de ganado y bandidos que operaban entre las provincias de Palermo, Agrigento y Trapani en las décadas de 1860 y 1870. Los armó, alimentó y ocultó de las autoridades. Más importante aún, se valió de sus conexiones en la Mafia para vender el ganado robado en ciudades muy distantes del lugar: animales robados en Palermo solían terminar sacrificados en Trapani, donde era imposible seguirles el rastro.

Era un tráfico excepcionalmente lucrativo. Por la época en que Sangiorgi se topó con De Michele, este era el propietario de tierras más rico del pueblo y controlaba por completo al consejo local. El temerario inspector no dio muestras de deferencia con De Michele. Sangiorgi le retiró su licencia para portar armas, lo puso bajo vigilancia policial y ordenó su

arresto cuando se dio a la fuga. Barón o no, el jefe de Burgio debía someterse a la ley como cualquier otro ciudadano.

Las malas noticias acerca del caso fratricida de los Gambino llegaron poco después del 28 de agosto de 1877. En Agrigento, el inspector Sangiorgi leyó el informe sobre el prolongado juicio en la *Gazzetta di Palermo*. No es difícil imaginar lo que sintió. Primero, decepción: el tribunal no había creído la historia del viejo Gambino; Salvatore Gambino fue declarado culpable del asesinato de su hermano y sentenciado a trabajos forzados de por vida. Luego, resignación: el resultado no fue una sorpresa.

Entonces, los ojos de Sangiorgi descendieron por la página y leyeron la admirable paráfrasis de la *Gazzetta di Palermo* en torno al alegato final de la fiscalía. Al hacerlo, su corazón se aceleró de la impresión.

> El honorable magistrado tuvo entonces la oportunidad de decir cosas extremadamente graves sobre el comportamiento de un inspector de policía, un tal Ermanno Sangiorgi. Queriendo aprovecharse de la posición que aún ocupa inmerecidamente, Sangiorgi pretendió desviar a la justicia de su curso al negar que Salvatore Gambino hubiese cometido el crimen, y alegando en lugar de ello que el culpable era otro, un sujeto conocido como el Negro Cusimano.
>
> No es este el primer caso en que se nos muestra cómo hay oficiales de policía que se han convertido en encubridores de la Mafia. Hacen gran aspaviento para simular que quieren golpear a alguna otra hipotética Mafia, para lo cual se inventan investigaciones sin ninguna base en los hechos.
>
> Enseguida el fiscal dijo que Sangiorgi había engañado, desorientado y embaucado a la justicia, buscando alguna forma de culpar a otros del asunto. En la víspera de los primeros interrogatorios, Sangiorgi envió con gran arrogancia un informe a la oficina del fiscal general en el cual se inventaba que Gambino no era culpable del asesinato de su hermano.
>
> La deshonesta conducta de Sangiorgi (el término es del fiscal) estaba motivada por su anhelo de devolver el favor a Calogero Gambino por los indeseables servicios que había prestado a la policía.
>
> De este modo, el elocuente alegato del fiscal ante la corte estaba formulando dos acusaciones separadas: la primera, contra Salvatore Gambino, y la segunda, contra Ermanno Sangiorgi, que se ha transformado en protector de la Mafia, autorizando con su firma licencias para portar armas a gente sobre la cual pende alguna requisitoria policial y liberando a peligrosos criminales de la vigilancia de la policía.
>
> Cualquier sistema policial que quede representado por individuos como Sangiorgi es resueltamente lamentable. Esto es bandolerismo gubernamental, ni más ni menos. Es la mafia

policial imponiéndose sobre la ley.

El juez que preside el tribunal se valió de las solemnes palabras del propio fiscal para llevar su muy fluido resumen del caso a una conclusión: «Si el jurado emite un veredicto de inocencia para el acusado, ello equivaldrá a otorgar una salva de aplausos a este oficial de policía corrupto y por los indeseables servicios prestados por Calogero Gambino».

Deshonesto. Corrupto. Embaucador de la justicia. Intermediario de servicios indeseables. Protector de la Mafia. Había una irónica y desconcertante simetría en los cargos hechos a Sangiorgi, como si el sistema judicial y la *Gazzetta di Palermo* hubieran estado burlándose de su «abierta lucha» contra la Mafia. Se decía que se había involucrado, precisamente, en la clase de turbios tejemanejes policiales que él mismo había combatido cuando llegó a Castel Molo. Que era, precisamente, el tipo de policía de doble cara que él mismo había expulsado de entre sus subordinados.

Policías como Albanese y Ferro habían utilizado a los *mafiosi* alineándose con los triunfadores en las luchas de poder intestinas del inframundo; habían gestionado el delito de manera conjunta con los jefes mafiosos victoriosos. Lo que Sangiorgi había hecho con el viejo Gambino era muy distinto: había intentado acoger a los perdedores dentro de la Mafia para atacar las bases mismas de la autoridad de la secta. La diferencia entre estos dos enfoques era tan clara como la que había entre lo correcto y lo incorrecto.

Con todo, la judicatura y la *Gazzetta di Palermo* juntas habían obviado cualquier distinción. El nuevo villano dentro de la historia, el inspector Sangiorgi, devino tan solo otro policía intrigante del norte. Mientras tanto, la Mafia real, la Mafia del Negro Cusimano, del cabecilla y poeta Giammona, de Salvatore Licata y sus hijos, la Mafia cuyas víctimas salpicadas de sangre había visto el mismo Sangiorgi tiradas entre los limonares, se descartó como una «mafia hipotética», un mero pretexto, una ficción ideada por un policía en su cínica búsqueda de poder e influencia.

El inspector Ermanno Sangiorgi estaba en serios problemas.

Los humillantes alegatos hechos en su contra en el tribunal local de Palermo iban destinados a oídos de sus superiores. Entonces hubo despachos debidamente remitidos, informes requeridos y cotejados: el caso

Gambino se convirtió en el caso Sangiorgi. El ministro del Interior solicitó al ministro de Justicia que hiciera las investigaciones del caso. El 12 de octubre de 1877, el ministro de Justicia emitió su veredicto: «Las acusaciones contra el inspector Sangiorgi son, por desgracia, ciertas». Sangiorgi se enfrentaba ahora a la vergüenza, el despido y, posiblemente, la cárcel.

El principal testigo contra él, el hombre que investigó el caso en nombre del ministro de Justicia, era a la vez el magistrado al cual Sangiorgi había acudido cuando el testimonio de Calogero Gambino hizo surgir por primera vez serias dudas acerca del «fratricidio»: el fiscal general Carlo Morena, el mismo Carlo Morena que, solo unos pocos meses antes, había desechado la teoría de que pudiese haber algún tipo de «confederación» entre las distintas células de la Mafia en toda Sicilia. Carlo Morena, un hombre con la responsabilidad de supervisar el sistema de justicia a todo lo largo y ancho de Sicilia, estaba imponiendo a Ermanno Sangiorgi una *vendetta* en nombre de la Mafia.

En nombre de un mafioso en particular: el «barón» Pietro De Michele, el jefe de Burgio. El fiscal general Morena lo sabía todo acerca del pasado del «barón», pero derrochó su credibilidad a manos llenas para defenderlo de Sangiorgi. De Michele había cometido algunos errores en el pasado, informó Morena. Pero ahora era un buen amigo de la ley y el gobierno, que se había convertido en víctima de una persecución política. Acusar al «barón» de haber violado a su futura esposa en 1847 era injusto: las familias habían hecho las paces después de aquello, así que la acusación de violación se basaba en la ignorancia de las costumbres sicilianas, argüía Morena:

> El secuestro y la violación de esta índole constituyen un fenómeno primitivo que, ocasionalmente, aflora hasta en las sociedades más civilizadas. A veces no se derivan de él consecuencias perniciosas. En rigor, muchas veces la propia familia presuntamente agraviada por la violación termina, en realidad, aprobándola al estar de acuerdo con el subsecuente matrimonio. La sociedad aprueba, a su vez, con presteza, tales acuerdos. Cuando eso ocurre, el Estado debería olvidarse de todo el asunto.

Morena continuaba explicando que la Mafia era una tradición local de la misma índole que el secuestro y la violación de jovencitas, aunque una

mucho más imprecisa: «La palabra “mafia” es un concepto tan vago, que se lo pronuncia mucho más a menudo de lo que se lo entiende».

Gracias al fiscal general Morena, la orden de detención del *capomafia* De Michele, el «barón», fue rescindida.

Desde luego, Morena sabía perfectamente que la Mafia no era ningún «concepto vago». Era una organización criminal clandestina cuya influencia se extendía por todo el oeste de Sicilia. En el nivel más bajo, la red que relacionaba a las bandas locales de la Mafia se sostenía por los negocios a larga distancia del pillaje y el cuatrerismo. Sangiorgi descubrió que los mismos ladrones de ganado que refugiaba De Michele eran amigos de ciertos *mafiosi* de Palermo como don Antonino Giammona, los Licata y el Negro Cusimano. En un nivel intermedio, la Mafia buscaba controlar el mercado de compra y alquiler de tierras, que tenía su eje en Palermo. En el nivel superior, la fortaleza de la red conformada por la Mafia procedía de los favores que podía solicitar entre los «amigos de los amigos» insertos en la política y el sistema legal. Favores como perseguir a policías que habían tenido la temeridad de implementar una abierta lucha contra el crimen organizado, y el valor imprudente de descubrir la ceremonia de iniciación secreta de la honorable sociedad.

Había una única Mafia siciliana.

El 18 de octubre de 1877, el ministro del Interior escribió al jefe de Sangiorgi, el prefecto de Agrigento, repitiendo los detalles del caso exactamente como lo había presentado la *Gazzetta di Palermo*. Según explicaba el ministro, era posible, y quizá necesario, que procesaran a Sangiorgi, pero no dejaba de ser un testigo relevante en algunos casos pendientes de resolver. ¿Consideraba el prefecto que una severa amonestación era suficiente castigo por su conducta?

Solo entonces la suerte de Sangiorgi dio un vuelco. El prefecto de Agrigento conminó al ministro a escuchar la otra parte de la historia. Sangiorgi presentó sin dilación un largo y muy preciso relato del asunto del «fratricidio». Esta es la documentación en la que me he basado para contar

aquí su historia.

El prefecto respaldó el informe de Sangiorgi advirtiendo al ministro que el inspector era uno de sus oficiales más sagaces y enérgicos dentro del cuerpo, alguien que había ido bastante más lejos de lo que el deber le exigía para combatir el crimen organizado y poner orden en la provincia de Agrigento. Incluso recomendó al supuesto «protector de la Mafia» para un ascenso.

Entretanto, el ministro del Interior recibió también alarmantes informes acerca del fiscal general Carlo Morena. Además de defender al jefe mafioso De Michele, Morena había estado enviando circulares a todos los jueces de la región occidental de Sicilia con el objeto de buscar cualquier tecnicismo que asegurase la liberación de algunos *mafiosi* sometidos a vigilancia policial y «residencia forzosa». El ministro manifestó estar «profundamente conmocionado» por el comportamiento de Morena.

El ministro del Interior disponía ahora de un cúmulo muy convincente de pruebas. La saga de los contactos de Sangiorgi con el viejo Gambino expuso la infiltración del mundo delictivo no solo en la policía, sino también en la magistratura; proveyó nuevas pruebas de que los diferentes *cosche*, que usaban los mismos rituales, eran en realidad parte de «una» sola hermandad criminal; aportó la imagen más vívida de la Mafia reunida hasta ese momento por ninguna otra investigación policial. Por un segundo, pareció que alguien con poder en Roma iba a tomar cartas en el asunto.

Pero nada ocurrió. El ministro del Interior, que había dicho estar «profundamente conmocionado» por la conducta de Morena, fue muy pronto derribado, y su sucesor tenía otras prioridades.

No hubo ninguna investigación de la infiltración sistemática de la Mafia en la policía que Sangiorgi había puesto al descubierto. Nadie se tomó el tiempo de hacer la conexión entre el caso del «fratricidio» y el papel decisivo que el fiscal general Carlo Morena había jugado en bloquear cualquier intento de considerar a la Mafia como una única hermandad criminal. Morena mantuvo su cargo, pero por motivos desconocidos presentó voluntariamente su solicitud de retiro temprano en 1879, a los cincuenta y cinco años. Le concedieron todos los honores que su prestigiosa carrera legal le había granjeado.

El viejo Gambino fue abandonado a la tierna conmiseración de la Mafia de la Piana dei Colli; hoy no se sabe lo que ocurrió con él. Su hijo Salvatore, que tenía treinta y cuatro años cuando fue condenado equivocadamente por el asesinato de su propio hermano, estuvo picando piedras el resto de su vida.

Los dos *mafiosi* que Sangiorgi creía los verdaderos culpables del asesinato de Antonino Gambino no fueron investigados; ni tampoco los individuos responsables de inculpar a su hermano Salvatore.

El «barón» De Michele se convirtió en alcalde de Burgio en 1878; su hijo llegaría luego a parlamentario.

Después estaban las víctimas de la tragedia de las que no se hablaba. Víctimas sobre las que ni siquiera Sangiorgi vertió suficiente tinta para que sea posible citar sus nombres en la historia: las mujeres. No tenemos otro recurso que la imaginación para reconstruir su infernal destino. Primero, en Palermo, estaba la hija de Gambino, obligada a casarse con el mafioso que la había violado, un mafioso que formaba parte del mismo clan Cusimano que acabaría asesinando a su tío y a su hermano. Luego estaba la hija de Liscata, entregada para un matrimonio de conveniencia al hijo de Gambino que sería inculpado de fratricidio. Finalmente, en Burgio, estaba la esposa del «barón» De Michele: secuestrada, humillada, secuestrada nuevamente y obligada a casarse con el hombre que saqueó a su familia. Solo podemos suponer que todas estas mujeres pasaron el resto de su vida cumpliendo con sus deberes conyugales, deberes que, como Sangiorgi ya había averiguado, incluían despachar sonrientes amenazas a las esposas de los policías.

Es una triste verdad que el propio inspector Sangiorgi tuvo algo de responsabilidad en el hecho de que el caso del «fratricidio» no llegara a ningún otro sitio aparte de a los archivos judiciales. Responsabilidad, pero no culpa. Era un gesto de discreción. Parece un hecho que Sangiorgi estaba persuadido de que los Gambino eran *mafiosi*, pero no era tan estúpido como para mencionar eso en su informe al ministro del Interior, cuando era su carrera la que estaba en entredicho, puesto que eso hubiese provisto de munición a quienes lo acusaban de ser un protector de la Mafia. Así que despachó su informe con extremo cuidado, dejando claro que sabía que los Gambino no eran ningunos angelitos, o «hueso de santo», como decían en

la propia Italia. Pero hubo de detenerse antes de sacar la obvia conclusión de que estaban, ellos también, profundamente inmersos en el mundillo de la Mafia.

La discreción del inspector Sangiorgi sirvió para preservar su carrera. Y bien puede ser, es solo una posibilidad, que sirviera también para preservar su vida. Una pregunta evidente que surge del caso del «fratricidio» es por qué la Mafia sencillamente no mató a Sangiorgi. La respuesta es, quizá, una estimación de costes y beneficios: matar a un policía importante con toda probabilidad hubiese traído más inconvenientes que ganancias a la honorable sociedad. Era mucho mejor desacreditarlo. Pero entonces ocurre que, para la Mafia, desacreditar a alguien es con suma frecuencia un preludio al gesto de eliminarlo. A las víctimas de asesinato vergonzantes no se las llora ni se las recuerda.

Tal y como sucedieron las cosas, las autoridades policiales hicieron a Sangiorgi una advertencia resueltamente tibia respecto a su comportamiento futuro, pero a la vez lo descartaron para un ascenso, con el argumento de que no tenía la edad suficiente. En 1878 tuvo que defenderse de nuevo cuando las mismas acusaciones de estar confabulado con la Mafia volvieron a aparecer en la prensa. Resultó que el «barón» De Michele era el autor de los artículos difamatorios. Pero Sangiorgi tenía a esas alturas preocupaciones mucho más serias: su vida entró en una vorágine con la muerte de su esposa, que lo dejó convertido de nuevo en padre soltero. Pero no por ello dejó de combatir a la Mafia. En 1883 desmanteló una *cosca* conocida como la Hermandad de Favara, que controlaba las infernales minas de azufre en el área de Agrigento mediante las mismas tácticas que los *mafiosi* de la Conca d’Oro empleaban en los limonares. De aquí en adelante, la carrera en desarrollo de Sangiorgi habrá de llevarnos a otros veinticinco años en la historia de la Mafia.

La campaña represiva liderada por la izquierda en 1877 distó mucho de destruir a la Mafia. Con seguridad, muchos de los bandidos que rondaban el campo siciliano murieron a tiros o fueron traicionados y entregados a las

autoridades, pero nadie molestó a los *mafiosi* que los protegían, hombres como el «barón» De Michele. Con una calma relativa ahora restablecida en Sicilia, la agenda política podía seguir adelante. La gran campaña de la izquierda en pro de la ley y el orden habría de ser la última en dos décadas. Como sucedía en la parte baja de Nápoles, en Sicilia resultó más fácil gobernar con el crimen organizado que contra él. Los *mafiosi* aprendieron a mantener su propia violencia dentro de niveles adecuados al nuevo escenario político. Con la izquierda en el poder, los políticos sicilianos podían pelearse ahora a codazos para hacerse con una porción de los fondos que se destinaban a caminos, líneas férreas, alcantarillados y otros. Con ayuda de sus amigos dentro de la Mafia, podían convertir tales fondos de liras a la auténtica moneda del sur: el «favor».

Entretanto, los juicios que surgieron a raíz del hallazgo de Sangiorgi del rito de iniciación dentro de la Mafia seguían adelante, con muy diversos resultados. Muchos jurados sospechaban honda y comprensiblemente de la policía y eran renuentes a emitir veredictos de culpabilidad. Por regla general, solo eran procesados con éxito los perdedores en las guerras intestinas de la Mafia. Perdedores como los Gambino: *mafiosi* que habían dilapidado todos sus favores y perdido todos sus «amigos de amigos», cuyos «parentescos espirituales» y alianzas matrimoniales se habían roto y cuyos enemigos dentro de la Mafia habían demostrado ser más astutos y violentos y estar mejor conectados que ellos. Y, sobre todo, gracias al fiscal general Carlo Morena, los juicios se ocupaban de la Mafia como una reunión espontánea y transitoria de pandillas locales.

El país había hecho un largo camino desde la revuelta de 1866 en Palermo hasta la campaña antimafia de 1877. Dos comisiones parlamentarias de investigación e incontables investigaciones policiales y judiciales habían intentado definir a la Mafia. Sin embargo, pese a toda la flagrante evidencia que había aflorado a la superficie, seguiría siendo lo que Carlo Morena había designado como «un concepto muy vago». Dentro de unos pocos años, el rito de iniciación de la honorable sociedad habría de desaparecer de la memoria institucional italiana. *Il tempo è galantuomo*, como dicen en Italia: «El tiempo todo lo cura», o más literalmente, «El tiempo es un caballero». Quizá sería más adecuado decir que, en Sicilia, el

tiempo era un hombre de honor.

3
La nueva normalidad criminal 1877-1900

Delincuentes natos:
la ciencia y la mafia

Tanto en Nápoles como en Palermo, los últimos años de la década de 1870 inauguraron un período tranquilo en la historia del crimen organizado. Los sucesivos gobiernos de izquierda parecieron encontrar su acomodo con la Camorra y la Mafia. Los problemas subyacentes que habían hecho del nuevo Estado un anfitrión tan acogedor para las sectas de los bajos fondos se volvieron endémicos: inestabilidad política y prácticas ilegales; gestión conjunta de la delincuencia con los gángsteres; dominio criminal dentro del sistema carcelario. Pero el tema de las sectas del inframundo no desapareció del debate público. De hecho, los *mafiosi* y los *camorristi* afloraron con carácter protagónico en la escena cultural italiana durante las décadas de 1880 y 1890. Sus proezas, hábitos y, sobre todo, sus rostros eran habitualmente desplegados para que todos los vieran: ya fuera en el papel o en el escenario. Los italianos quedaban a menudo fascinados y horrorizados por lo que presenciaban, pero se engañaban a sí mismos diciéndose que el espectáculo era solo un residuo primitivo, un monumento a viejos males que el polvo de la historia pronto barrería. Así, aunque el país no consiguiera erradicar las pandillas, podía cuando menos modificar la opinión que generaban; el tema del crimen organizado se volvió un asunto de percepciones. Por desgracia, la Italia ilegal demostró ser incluso más asidua a la gestión de esas percepciones que la Italia legal. Era la nueva normalidad criminal. Una normalidad que, con todas sus ironías a cuestas, se estableció para dar la bienvenida a una tercera hermandad criminal dentro de las que ya había en escena.

La derecha había visto a las organizaciones criminales, lo que es muy

comprensible, como algo mucho más amenazante que el simple delito. La Camorra y la Mafia (al menos para los dispuestos a aceptar que la Mafia era algo más que un concepto vago) constituían un desafío al derecho mismo del Estado a regir en su propio territorio; eran una especie de Estado dentro de otro, algo que ninguna sociedad moderna podía tolerar.

Este enfoque había topado siempre con cierta oposición, entre otros, de parte de los abogados que pensaban que la lucha contra el «antiestado» no daba al gobierno el derecho a pisotear los derechos individuales. Una nueva legislación promulgada en 1861 puso singularmente nerviosos a los abogados: la que apuntaba a las «asociaciones de malhechores». La tendencia del gobierno a valerse de esta ley como un recurso generalizado para terminar con grupos de disidentes políticos contribuyó a incrementar la ansiedad de esos abogados.

La ley fue revisada en 1889 y reformulada como una medida contra la práctica de «asociarse para delinquir», pero algunos dilemas legales fundamentales subsistieron a pesar de su reformulación. ¿Qué era exactamente una «asociación para delinquir»? ¿Cómo podía probarse, más allá de toda duda razonable, que esta existiera? Auténticos ríos de tinta se vertieron en la búsqueda de una solución. En cualquier caso, el delito de «asociarse para delinquir» solo trajo consigo penas mucho menores: un par de años adicionales en prisión. Así que era mucho más fácil olvidarse del complejo negocio de llevar a la Mafia y la Camorra ante un juez. Mejor volver a la «residencia forzosa» y enviar a todos los delincuentes conspicuos a una colonia penal sin fórmula de juicio. Dicho de otro modo, el crimen organizado habría de ser podado, no arrancado de raíz.

El enfoque quisquilloso del tema de la Mafia y la Camorra era un callejón sin salida. Desde finales de la década de 1870 hasta el término del siglo, fue la sociología la que pareció adquirir mayor presencia a la hora de aprehender el fenómeno. Y por esa época, sociología quería decir sociología «positivista», siendo el positivismo esa escuela de pensamiento que soñaba con aplicar la ciencia a la sociedad. Desde una perspectiva propiamente científica, razonaban sus representantes, los transgresores de la ley eran criaturas de carne y hueso; animales humanos que había que observar, estimular, sopesar, mediar, fotografiar y clasificar. Si la ciencia

fuera tan solo capaz de identificar, en términos físicos, a esos «delincuentes natos», podría resguardar a la sociedad de ellos… sin importar lo que dijeran los sofistas legales.

El empeño más optimista y notable de identificar a un «varón delincuente» y a una «mujer delincuente» por su apariencia física lo formuló el médico turinés Cesare Lombroso, quien decía haber identificado ciertas anomalías en los cuerpos y rasgos de los delincuentes, como las orejas de soplillo o la mandíbula prominente. Estos «estigmas», como los designaba él, revelaban que los delincuentes pertenecían, en rigor, a una época anterior de la evolución humana, algún punto entre los simios y los negros en la escala evolutiva. Lombroso hizo una carrera prominente con su teoría y la defendía tenazmente, pese a que otros sociólogos demostraron la clase de burradas que esta contenía.

Lombroso no fue el único académico en considerar que la ciencia podía desentrañar el tema del crimen. Otros buscaban la clave en factores como la dieta, el hacinamiento, el clima y, por supuesto, la raza. Los italianos del sur y los sicilianos en particular parecían hechos de una materia distinta a la de otros europeos, si no físicamente, al menos desde el punto de vista psicológico. En 1898, Alfredo Niceforo, un célebre y joven sociólogo, dio un giro despectivo a la propaganda de la propia Mafia al argüir que la psiquis siciliana y la Mafia eran una y la misma cosa: «En muchos sentidos, el siciliano es un verdadero árabe: orgulloso, a menudo cruel, robusto, inflexible. De aquí el hecho de que el individuo siciliano no permita que nadie le dé órdenes. De aquí, a la vez, que el orgullo sarraceno, unido a la añoranza del poderío feudal, vuelva al siciliano un hombre que lleva permanentemente en sus venas la rebelión y la pasión ilimitada por su propio ego. En pocas palabras, al mafioso».

Los napolitanos asomaban de manera igual de poco halagüeña en el estudio de Niceforo: eran «frívolos, veleidosos y turbulentos», igual que las mujeres, de hecho. Pero la Camorra era distinta a la «gente femenina» de la región napolitana entre la que vivía. Después de todo, había un vasto acuerdo en que la Camorra, a diferencia de la Mafia, era una sociedad secreta. Los extraños ritos de la Camorra, sus duelos y el lenguaje simbólico tan elaborado con que los *picciotti* se dirigían a su *capo-*

camorrista demostraban que la Camorra no era más que un clan en estado salvaje, idéntico a las tribus del África central como las describieron Livingstone o Stanley.

Los tatuajes de la Camorra fascinaban singularmente a «científicos» como Lombroso y Niceforo. Hasta donde todos sabían, los *camorristi* se habían ornamentado la piel desde siempre con los nombres de las prostitutas que protegían, las *vendettas* que habían jurado realizar y las divisas de su rango dentro del mundo criminal. Los tatuajes cumplían un doble propósito: eran un signo de lealtad a la honorable sociedad que servía a la vez para intimidar a sus víctimas. Como las vestimentas chillonas de los primeros *camorristi*, los tatuajes nos dicen mucho de la naturaleza y los límites del poder de la Camorra. En una época en que la «sociedad» había arraigado en lugares a los que el Estado apenas se molestaba en llegar —las prisiones, o el laberinto plebeyo del centro de Nápoles—, importaba bien poco que esas pictografías corporales pudieran ser descifradas o no por las autoridades carcelarias y la policía. Con todo, no hace falta decir que estas sutilezas escapaban a la vez a la atención de los criminólogos, para quienes los tatuajes eran solo un síntoma corporal adicional de degeneración.

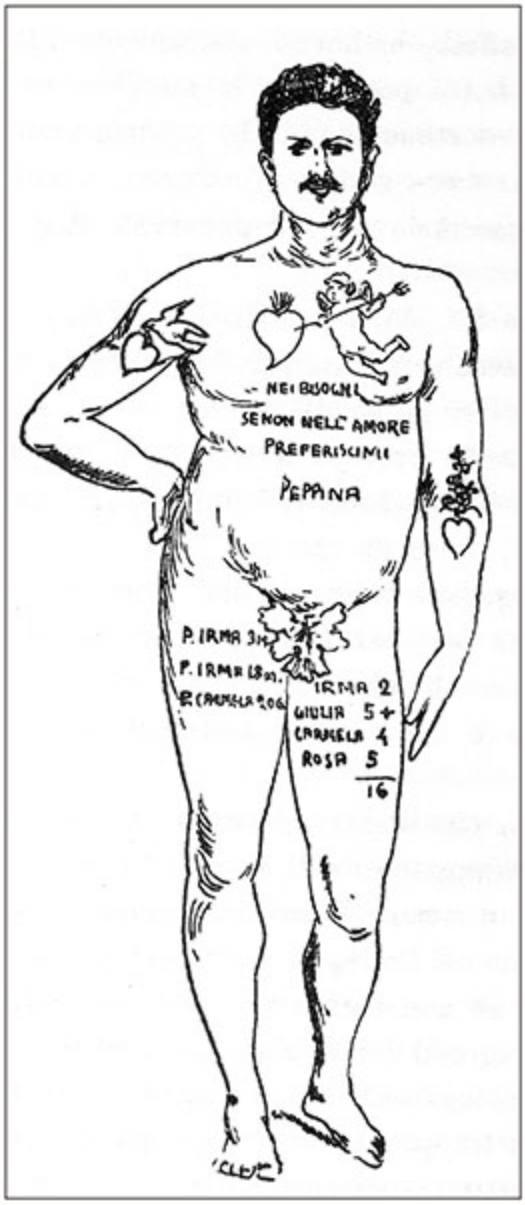
La criminología positivista se convirtió en una moda; en nombre de la investigación científica, complacía esa fascinación que la audiencia sentía por las sociedades secretas y los delitos horripilantes. Un lector hambriento de todo ello se alimentaba con títulos como: *Claves y manifestaciones de la Maffia: un estudio de los sectores sociales peligrosos de Sicilia* (1886); *El duelo en la Camorra* (1893); *Hábitos y costumbres de los* camorristi (1897), y *Tatuajes hereditarios y corporales entre los* camorristi *napolitanos* (1898). En Nápoles había un mercado particularmente ávido de las guías que hablaban de la estructura y el léxico especial de la Camorra. Eran una suerte de manuales, parte de un programa de estudio informal sobre la honorable sociedad que los ciudadanos locales debían digerir antes de alegar que conocían Nápoles, que eran auténticos napolitanos.

Algunos autores de estas guías eran oficiales de policía y abogados que aportaban un buen número de pruebas sólidas al debate en torno al crimen organizado. Se demostró, a modo de ejemplo, que, por discreción, los afiliados a la honorable sociedad estaban en realidad agrupados en dos

compartimentos estancos: los jóvenes *picciotti* pertenecían a la «Sociedad Menor» y los *camorristi* más antiguos, a la «Sociedad Mayor». Así y todo, los mismos autores que proporcionaban revelaciones como esta se refocilaban en otras más folclóricas pero recicladas (sobre el origen español de la Camorra, por ejemplo), en especulaciones pseudocientíficas y viejos fuegos de artificio. Muchos de los libros publicados contenían imágenes llamativas de las orejas de los delincuentes, de prostitutas desfiguradas por horrendas cicatrices o de torsos tatuados con enigmáticos motivos pandillescos. Subyacía a todo ello la convicción simplista pero muy seductora de que ver y saber son una y la misma cosa. Como escribía un oficial de policía que oficiaba además de sociólogo:

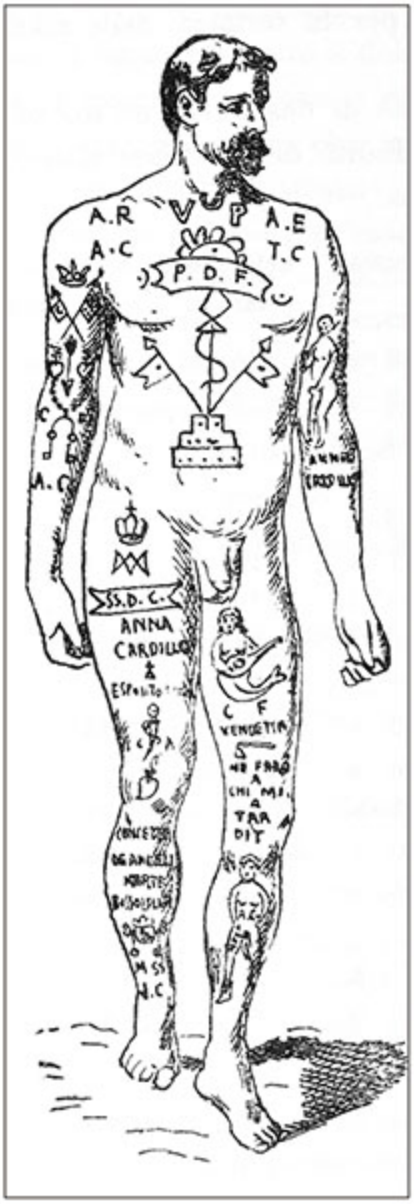
> La mayoría de los *camorristi* son de tez oscura con un matiz pálido, de cabello ensortijado y abundante. La mayoría tienen ojos negros, brillantes, muy penetrantes, aunque unos pocos son de mirada glacial y ojos claros. El vello facial es escaso. Aparte de unas pocas fisonomías armónicas (a menudo estropeadas, igualmente, por grandes cicatrices), apreciamos múltiples narices deformadas, voluminosas o chatas. Abundan además las frentes estrechas o combadas, los pómulos y las mandíbulas prominentes, las orejas enormes o pequeñas y, por último, los dientes podridos o muy torcidos.

La criminología positivista trataba el delito como algo que tenía la misma complejidad que una mancha en una placa de Petri del laboratorio. Con todo, los *mafiosi* y los *camorristi* son, como cabe suponer, iguales al resto de nosotros, aptos para desarrollar la planificación racional y estratégica. Y tienen, más incluso que el resto de nosotros, grandes razones para sentirse ellos mismos cautivados por las historias de sociedades secretas y delitos horripilantes…



Abele de Blasio, Il Tatuaggio, 1905

«Chulo de la Camorra», con ornamentos de firmas en su cuerpo. Tomado de uno de los múltiples y salaces estudios acerca de los tatuajes del mundo criminal publicados a finales del siglo XIX.



Abele de Blasio, Il Tatuaggio, 1905

«Camorrista ávido de sangre».

Un público de mafiosos

Entre los elementos más enigmáticos que conserva la Biblioteca Nacional de Nápoles está una fotografía, nada menos que eso, del momento en que fue fundada la Camorra. O, cuando menos, eso es lo que la imagen pretende ser. Con llamativa nitidez, muestra a los miembros fundadores de la entidad —los nueve que se mencionan— dispuestos en semicírculo en una gran celda carcelaria. Están obviamente prestando juramento sobre los objetos sagrados que hay en el suelo, frente a ellos: un crucifijo con un par de dagas cruzadas debajo de él. Los nuevos miembros tienen la mirada fija en el hombre que parece oficiar la ceremonia, una figura muy segura de sí misma, con un sombrero de ala ancha desplazado hacia la nuca, que aparece apuntando a las dagas y el crucifijo y apoyando su mano, con ánimo de tranquilizarlo, en el hombro de un novato que parece nervioso.

La fotografía se tomó durante los ensayos de *La fundación de la Camorra*, pieza teatral estrenada al atardecer del 18 de octubre de 1899 y bien pudiera haber sido una imagen con fines publicitarios. De ser así, ciertamente logró el efecto buscado. El interés en la obra fue tal que las entradas para la segunda noche de función se agotaron al mediodía, y los carabineros hubieron de acudir al lugar para contener a la turba de frustrados espectadores que quedó fuera.

El texto de *La fundación de la Camorra* se ha perdido, por desgracia, pero las críticas que recibió nos dan una idea de por qué generó tanto entusiasmo:

> La audiencia siguió con sumo interés los episodios que condujeron a la instalación entre nosotros de la maligna secta. Viajeros retornados de España volvieron aquí para trasplantarla y escogieron la prisión de La Vicaria como el sitio para fundar lo que alguien, quizá irónicamente, denominó alguna vez la «deshonrosa sociedad». En cualquier caso, La Vicaria

fue, luego de eso y durante algún tiempo, el lugar donde residían su mando supremo y su tribunal.

El drama representa las proezas iniciales de los afiliados, sus primeros juramentos, sus primeros actos de chantaje, sus primeros duelos rituales a cuchillo y su fiera y temprana batalla para consolidarse y extender su dominio. Su sello de criminalidad disfrazada de heroísmo fue diseñado como tal para acobardar y provocar temor a los débiles. La segunda función es esta noche.

El libreto de la *La fundación de la Camorra* bien pudo haber sido tomado de uno de esos manuales criminológicos acerca de la honorable sociedad.

La audiencia cautivada por el espectáculo era particularmente entendida en el tema, dado que la puesta en escena de *La fundación de la Camorra* ocurrió en el Teatro San Ferdinando, ubicado a tan solo unos metros de la infame prisión de La Vicaria, en la que tenía lugar el asunto de la obra. En cualquiera de las funciones, el espectáculo apreciable en la platea era tan colorido como lo que ocurría en el escenario. E igual de ruidoso: el alboroto del público parloteando, los abucheos y los fragmentos de canciones entonadas eran incesantes. En las butacas, bajo una lluvia constante de cáscaras de naranja y vainas de semillas arrojadas desde los palcos, había impresores manchados de tinta que debatían con ferroviarios enhollinados, y madres que cotilleaban con voluminosas prostitutas mientras amamantaban a sus bebés. Presenciándolo todo desde los desvencijados palcos estaba lo que pasaba por ser la clase media en el barrio de La Vicaria: profesores pobremente vestidos con aire de sabiondos, o prestamistas con sus esposas e hijos engalanados con lujos que hacían posible las prendas dadas en garantía y nunca reclamadas. Allí en el San Ferdinando se daba una hipercondensación de la vida ya de por sí arracimada del vecindario de La Vicaria. Así pues, no debería sorprendernos el hecho de que, mientras *La fundación de la Camorra* estuvo en cartelera, también los *camorristi* acudieron a verla.

Tantos *camorristi*, al final, que la obra atrajo la atención de los cuerpos policiales. El 4 de noviembre, el inspector local escribió al jefe de policía para manifestarle su inquietud: «Dado que el teatro antes mencionado es frecuentado por una audiencia enteramente compuesta por individuos de los bajos fondos y con ficha policial, lo que allí se representa es una gran

lección en la escuela del crimen».

Lo que lo inquietaba era el ambiguo mensaje de la obra, la cual tenía, por cierto, un final feliz y moralmente instructivo, como ocurría con todo lo que era escenificado en el San Ferdinando. Pero la audiencia parecía mucho más entusiasmada con lo que sucedía antes: despliegues de bravatas delictivas que reflejaban los propios y retorcidos valores de los delincuentes. Peor aún, ciertos pasajes de la obra eran poco menos que propaganda a favor de la honorable sociedad. La carta del inspector de policía cita un ofensivo parlamento del *capo* representado en el escenario: «Nuestros gobernantes actúan como *camorristi* operando a gran escala. Así que no hay nada de malo en que la gente lo haga a pequeña escala».

Un sinsentido, por cierto; pero un sinsentido muy seductor.

Los melodramas populares se producían en serie, y a una velocidad admirable, para la revoltosa clientela del San Ferdinando. Se piensa que Edoardo Minichini, el autor de *La fundación de la Camorra*, escribió alrededor de cuatrocientas obras, pese a lo cual murió en la indigencia, dejando a su esposa y sus diez hijos sin otra opción que arreglárselas por sí mismos. (El hecho de que la propia Camorra recolectara pagos a cambio de protección en los teatros sirve con toda probabilidad para explicar sus dificultades económicas). Muchas de las obras de Minichini tenían como protagonistas a los *camorristi*. De hecho, existía una moda en favor de esos dramones en el Nápoles de 1890. Títulos como *El jefe de la Camorra* (1893) y *Sangre de un camorrista* (1894) atraían a enormes y entusiastas audiencias provenientes de las casas de alquiler del vecindario. Esas piezas teatrales eran las últimas manifestaciones folclóricas en torno a la honorable sociedad. Ya desde la década de 1860, los cantores, narradores y marionetistas habían estado conmoviendo a las audiencias plebeyas con falsas historias sobre el sentido del honor y los valerosos actos de la Camorra.

La estrella en el escenario del San Ferdinando, un actor con el apropiado nombre de Federigo Stella, hacía siempre el papel del bueno y siempre lo interpretaba en el mismo estilo histriónico y declamatorio. Uno de los personajes en el repertorio de Stella se convirtió en lo que un contemporáneo suyo dentro del ámbito teatral describió como «el valeroso

camorrista de la vieja escuela, que dilapida sus hazañas, golpes y oratoria con el mismo espíritu de juego limpio». A la audiencia de Stella no parecía importarle mucho que nunca hubiese habido algo parecido al noble camorrista, ni que pudiera haberlo alguna vez.

Los *mafiosi* y *camorristi* han experimentado siempre una fascinación narcisista por su propia imagen tal y como queda reflejada en el escenario, ya sea en verso o en piezas de ficción. En este sentido, no hay nada muy novedoso en el nexo retroalimentador que se da entre la estética del gángster y la vida gangsteril. Los cineastas de Hollywood fascinados por las mafias, y los mafiosos que hacen sus villas parecidas a la mansión de la escena culminante de *El precio del poder* (sé de dos casos en Italia) son ambos herederos de una tradición tan antigua como el propio crimen organizado. Como hemos visto, la Camorra acuñó un mito acerca de su propio origen español, a partir de cuantos residuos y desechos pudo hallar. La Mafia era solo un poco menos adicta al escenario. En Palermo, el mismo nombre de «mafia» derivó al uso popular, casi con certeza, a partir del éxito enorme de una obra en dialecto siciliano representada en 1863, *I mafiusi di la Vicaria* («El mafioso de la cárcel de la Vicaria», siendo la Vicaria, tanto la notoria cárcel de Nápoles como el otro nombre dado a la cárcel de Ucciardone en Palermo). *I mafiusi* es el sentimental relato del encuentro entre los *camorristi* de la cárcel y un conspirador patriota en los años previos a la unificación italiana. En otras palabras, la obra que dio su nombre a la Mafia tiene extraños ecos de los encuentros reales entre los patriotas y los reos que jugaron un papel tan decisivo en la historia del hampa italiana. Se dice incluso que un hombre de honor sirvió de consultor para el libreto.

Los *mafiosi* adoraban también las historias de aventuras. Su autor predilecto no era Alejandro Dumas, como decía el fiscal general Morena, sino el siciliano Vincenzo Linares, famoso por su historia ficticia de *Los Beati Paoli*, publicada en 1836.

Los Beati Paoli surgidos de la imaginación de Linares eran una misteriosa hermandad del Palermo del 1600, cuyos miembros solían reunirse ante una estatua de la diosa de la Justicia, en una gruta bajo la iglesia de la piazza San Cosimo, donde guardaban un vasto arsenal; allí

prestaban solemne y letal juramento de combatir a cualquiera que abusara de los débiles e inocentes.

La fábula se hizo tan popular en Palermo que en 1873 se rebautizó la piazza San Cosimo como piazza Beati Paoli. Luego, en abril de 1909, la policía descubrió que los *mafiosi* tenían sus propios tribunales en un sótano junto a la piazza Beati Paoli —el mismo sótano que una leyenda popular identificaba como el cuartel general de la sociedad secreta en la historia de Linares—. Más adelante incluso, en la década de 1980, muchos hombres de honor sicilianos que se convirtieron en testigos de cargo para el Estado habrían de contar a las autoridades, sin una pizca de ironía, que la Mafia y los Beati Paoli eran una y la misma cosa. Claramente, los *mafiosi* habían comenzado hacía mucho tiempo a creerse su propia propaganda.

La sociedad indolente

Los criminólogos pseudocientíficos y oportunistas del mundo teatral no tenían el monopolio del debate público sobre esa nueva normalidad criminal de las décadas de 1880 y 1890. Un pionero en el análisis algo más serio del tema fue Pasquale Villari, historiador napolitano que detentaba una cátedra en Florencia.

Villari había hecho campaña toda su vida en pro del buen gobierno y el progreso social en la región meridional del país. La miseria de la parte baja de la ciudad y la Camorra que proliferaba en su seno eran su preocupación permanente. En 1875 provocó furor con una carta abierta en la que sostenía que la condición de Nápoles era tan desesperada que la Camorra era «la única situación normal y posible, la forma natural de la ciudad». Uno de los párrafos más reveladores de la misiva era una entrevista suya con un antiguo vicealcalde de la ciudad, quien le había dicho que era prácticamente imposible llevar a cabo la mayor parte de los contratos por obras públicas sin la aprobación de la Camorra.

El llamamiento de Villari a recuperar la moralidad de Nápoles en todos los frentes adquirió una nueva resonancia cuando la izquierda asumió el poder, con su sello de políticos sin escrúpulos, que dio a los *camorristi* incluso mayor acceso al dinero público. Villari inspiró a toda una generación de conservadores vehementes que hacían campaña para poner sobre el tapete lo que llegó a conocerse como la «cuestión del sur». Uno de los que se sumó a la causa de Villari fue Pasquale Turiello, quien en 1882 diagnosticó lo que él mismo tildó de individualismo, indisciplina e «indolencia» de la sociedad napolitana. Turiello sostenía que la caótica mala fama de la izquierda reflejaba, a la vez que cultivaba, la «indolencia»

napolitana. La ciudad estaba escindida entre la clientela política de la burguesía por arriba y la Camorra proletaria por abajo.

Los hechos sucedidos en las décadas de 1880 y 1890 habrían de confirmar el sombrío diagnóstico de Turiello y probar su convicción de que este era aplicable a buena parte de la Italia meridional y a Sicilia, e incluso a las instituciones políticas a nivel nacional. En 1882 se amplió el derecho a voto para las elecciones generales hasta incluir a un siete por ciento de la población. Cualquiera que pagara algún impuesto o tuviese un par de años de enseñanza primaria podía acudir ahora a las urnas. A ello siguió otra reforma en 1888, y volvió a ampliarse el electorado para los consejos locales y provinciales; además, a partir de ahora los alcaldes de los pueblos más grandes serían electos. La difusión de la democracia expandió a su vez el mercado de favores políticos. Los *mafiosi* y *camorristi* —ya fuese de manera directa o a través de sus amistades en el gobierno nacional y local— obtuvieron poder para distribuir presas tan apetecidas como la exención del servicio militar, la reducción de los tributos imponibles a las autoridades locales y los cargos en los municipios. Otras entidades cuasi públicas, como las organizaciones de caridad, los bancos y los hospitales, contribuyeron a lubricar las ruedas del tráfico de influencias.

Entretanto, en Nápoles, que era el paradigma de la sociedad indolente, irrumpió en 1884 una epidemia de cólera. Toda la burguesía y la aristocracia locales huyeron despavoridas. Murieron unas siete mil personas, la mayoría en los callejones y edificios de alquiler de la parte baja de la ciudad, que un contemporáneo de los hechos describía como «entrañas desbordantes de inmundicia». Tanto es así, que en la fase ulterior a la epidemia se instó a «limpiar las entrañas» de la ciudad. Los incentivos tributarios y el dinero público fueron rápidamente destinados a apoyar ambiciosos planes de eliminación de los barrios miserables y la construcción de alcantarillados. Durante los siguientes veinticinco años, la modernización de Nápoles continuó con agónica lentitud e ineficacia, y con las camarillas políticas de la ciudad disputándose la presa.

En todos los niveles del gobierno, la sociedad indolente evidenciaba enormes dificultades a la hora de hacer e imponer reformas acertadas que beneficiaran a toda la comunidad. En lugar de ello, se dedicaba a crear

golosinas políticas que solo servían para nutrir alianzas transitorias de políticos codiciosos y sus enchufados. Desde luego, cuando se trataba de lidiar con la mafia local y la Camorra, las reformas más importantes eran a menudo las que tenían menores probabilidades de materializarse: las políticas policiales son un ejemplo relevante de ello. En este punto, al igual que en otros, no hay forma más clara de ejemplificar las debilidades de la sociedad indolente que con la vida de un policía en particular.

En 1888, Ermanno Sangiorgi, el policía que había descubierto el ritual de iniciación de la Mafia siciliana, estaba trabajando en Roma como inspector especial del Ministerio del Interior. Para entonces, había recuperado la felicidad en su vida personal, aunque esa felicidad le trajo una vez más problemas que se originaban en los niveles superiores del cuerpo policial. Cuando aún estaba en Sicilia, seis años después de la muerte de su esposa, inició una aventura amorosa con la esposa de un colega. Lo castigaron a raíz de lo que un antiguo funcionario calificó como una «escandalosa conducta», siendo trasladado de inmediato, en diciembre de 1884 (como era de esperar, el ministerio consideraba la integridad sexual un asunto más relevante que el flirteo con los gángsteres). El nuevo amor de Sangiorgi, una napolitana llamada Maria Vozza, veinte años menor que él, lo siguió a su más reciente destino, pero tuvo que vivir en un alojamiento distinto al de él para no causar perjuicios adicionales a su carrera. Los dos seguirían juntos el resto de su vida.

En septiembre de 1888, Sangiorgi volvió a Sicilia para efectuar una misión secreta de inspección al cuerpo de policía montada, el único de la isla, como preparación de una reforma de raíz en la institución. Allí comprobó que el cuartel de policía de Palermo estaba «en un completo estado de confusión y desorden»; Trapani estaba incluso peor. La policía montada no llevaba siquiera fichas apropiadas de los crímenes cometidos. Dos de sus oficiales más antiguos en Palermo tenían «relaciones íntimas con gente de la Mafia». El resultado no sorprendió a nadie. Como Sangiorgi dejó por escrito, «sería peligroso moverse a engaño: la Mafia y el

bandolerismo han asomado de nuevo la cabeza».

De ello no se siguió ninguna medida. No sería la última vez que los arduos empeños de Sangiorgi quedarían sin repercusión política alguna.

Pese a ello, obtuvo algunos beneficios para su carrera. En 1888 fue escogido para hacerse cargo de la seguridad cuando el rey visitó la turbulenta región de Romagna. Lo hizo tan bien que en 1889 se convirtió, en Milán, en el jefe de policía más joven de Italia. Su ascenso vertiginoso le granjeó el raro espaldarazo de que un periódico hiciera un perfil suyo:

> Sangiorgi tiene solo cuarenta y ocho años. Es de cabello rubio tirando a pelirrojo, un hombre afable, y sabe cómo disimular la astucia requerida por su trabajo bajo la calma apacible de un burgués. Está siempre alerta como una ardilla, un investigador dotado de una perspicacia imperturbable.

Un año después de publicarse este perfil lo trasladaron a Nápoles, una ciudad en la que la policía gozaba aún de una de las peores reputaciones entre las demás fuerzas de Italia, urbe en plena ebullición tras la epidemia de cólera de 1884 y el empeño de «limpiar las entrañas» que la siguió. Igual que había hecho en Sicilia, Sangiorgi se abocó de inmediato a quebrar la relación habitualmente amistosa que había entre la policía y el crimen organizado. El 21 de febrero de 1891, uno de sus oficiales, de nombre Saverio Russo, pagó el último precio por esta «lucha abierta» contra la Camorra, cuando fue asesinado por un camorrista al que intentaba arrestar. Un periódico bien informado advirtió a sus lectores para que no tomaran este impactante episodio como indicio de que el gangsterismo estaba fuera de control. En rigor, el crimen había disminuido de manera considerable en los últimos meses:

> Sin la menor duda, buena parte del mérito debe otorgarse al jefe de policía Sangiorgi. Por supuesto, no es asunto fácil depurar el ambiente dentro de los cuarteles policiales y las estaciones locales. Ni es tarea fácil remecer a oficiales que no siempre actúan con la diligencia deseada y que anteriormente llegaron tan lejos como para encubrir al mundo delictivo. Pero los buenos resultados que el jefe de policía Sangiorgi ha obtenido hasta ahora, su penetrante sagacidad y su gran experiencia, constituyen una garantía para el gobierno y la ciudadanía por igual.

En la vida personal de Sangiorgi sí afloraron dificultades mientras

estaba en Nápoles. En febrero de 1893 quedó mortificado al enterarse de que el hijo de su primer matrimonio, Achille, para entonces un comerciante de carbón en Venecia, había sido arrestado por fraude de cheques; para gran vergüenza de Sangiorgi, la historia apareció en la prensa. El Ministerio del Interior examinó el asunto, pero solo pudo, al final, manifestar su simpatía con la suerte de un progenitor sometido a una dura prueba.

El jefe supremo de la honorable sociedad era, cuando Sangiorgi llegó a Nápoles, Ciccio Cappuccio, conocido como *'o Signorino*. Su especialidad era un área tradicional dentro del dominio que ejercía la Camorra: el mercado de caballos, en particular, las jacas sobrantes y dadas de baja por el ejército, que se subastaban en público de vez en cuando. Amañar la subasta era fácil, bastaba con que los *camorristi* amenazaran a otros postores. Pero el control de la Camorra sobre el negocio de caballos era todavía más perverso.

El padre de Marc Monnier había sido un hábil jinete y ocasional negociante de caballos hacía años, en las décadas de 1840 y 1850, así que el hotelero suizo había visto de primera mano la forma en que los *camorristi* se valían de las incertidumbres del negocio para colarse con sus embauques en cualquier transacción económica potencial. Comprar un caballo a un extraño en Nápoles era siempre un riesgo. Nadie garantizaba que, una vez desembolsado el dinero, el animal no resultara asustadizo ante el bullicio urbano o demasiado débil para subir las colinas de alrededor. Es decir, nadie excepto algún camorrista. Por un porcentaje del precio, los *camorristi* se comprometían a conseguir que los acuerdos negociados fluyeran alegremente, amenazando con una paliza a las partes, o algo peor, si no era así. La Camorra controlaba a su vez el suministro de forraje para los caballos: muchos cabecillas, incluido *'o Signorino*, se dedicaban al negocio doble del salvado y las algarrobas. Con esta plataforma de base, podían ejercer un control total sobre el ejército de harapientos cocheros de la ciudad.

A principios de diciembre de 1892, *'o Signorino* falleció por causas naturales. Su muerte se convirtió en la ocasión para una perturbadora demostración de lo mucho que la ilegalidad había impregnado el tejido indolente de la sociedad napolitana. Desde el cuartel general de la policía, a

Sangiorgi no le quedó más remedio que asistir a todo ello como observador.

El obituario de *‘o Signorino* en un importante diario matutino napolitano, *Il Mattino*, se deshacía en elogios. Era un desfacedor de entuertos, un juez proletario de la paz. Con un matiz de alarde, *Il Mattino* evocaba una época en la que el homenajeado había abatido en prisión, sin ayuda de nadie, a doce *camorristi* calabreses en un duelo a cuchillo, pero era ciertamente un error calificarlo como un «delincuente nato, ávido de sangre»:

> Era excepcionalmente agradable: un modelo de decoro, respetuoso y deferente. Con un matiz severo en sus ojos grises, pero empeñado todo el tiempo en dosificarlo con la dulzura y bonhomía de un hombre que conoce su propia fuerza: un hombre absolutamente seguro de que nada en el mundo puede oponerse a su voluntad.

Por supuesto, no era solo el lumpenproletariado del barrio de La Vicaria el que atesoraba el mito del camorrista noble a la antigua. *Il Mattino*, al igual que su editor, Edoardo Scarfoglio, era escandalosamente de derechas y corrupto en extremo: el portavoz de los peores elementos de la clase política napolitana. Pero lo que resulta a la vez chocante y revelador en su cobertura de la muerte de *‘o Signorino* era la forma en que toleraba, y hasta celebraba, los dominios privados que los jefes de la Camorra podían labrarse en grandes áreas de la ciudad.

El último viaje de *‘o Signorino* se tradujo en un funeral imponente. Seis caballos tiraban de un coche fúnebre primoroso, todo cubierto de coronas, en un desfile que abarcó media ciudad. Abrían la marcha, a la cabeza de los deudos, todos los taxistas de Nápoles y una procesión de sesenta coches de caballos. Les iba detrás una multitud de seguidores pasmados, todos contando historias de las «heroicas y caballerosas hazañas» del difunto, según decía *Il Mattino*. El diario publicaba incluso una elegía poética en honor a Frankie:

> *¿Quién habrá de defendernos ahora?*
> *¿Qué haremos sin él a nuestro alrededor?*
> *¿A quién podremos ahora recurrir*
> *si somos víctimas de algún malhechor?*

Nápoles seguía siendo una urbe en que el imperio de la ley y la honestidad en los asuntos públicos aún sonaban a nociones foráneas.

Pocos meses después de esta demostración de fuerza post mórtem de *'o Signorino*, Sangiorgi se descubrió en mitad de un motín que, por un breve lapso, dejó al descubierto las retorcidas entrañas de la sociedad indolente. Y, pese a su «perspicacia imperturbable» y su «penetrante sagacidad», la sonada huelga de taxistas realizada en agosto de 1893 resultaría un desafío demasiado arduo para el resuelto el jefe de policía. Por primera vez en décadas, la Camorra tomó las calles por la fuerza.

Los hechos que condujeron a la huelga en sí pueden resumirse en pocas líneas. La furia de los taxistas se desató a causa de una propuesta de ampliar el sistema de tranvías de la ciudad. De modo que, el 22 de agosto, tres mil taxistas desencadenaron una violenta protesta callejera para hacerla coincidir con manifestaciones patrióticas contra el asesinato de unos trabajadores italianos al sur de Francia. Los socialistas, anarquistas y una turba hambrienta se sumaron prontamente a ella. Sangiorgi estaba enfermo en la cama y con fiebre cuando estalló el desorden. Mientras estaba ausente, una panda de sus oficiales a la caza de los huelguistas irrumpió contra la clientela en el Gambrinus, el café más prestigioso de la ciudad. Sangiorgi se encerró en su despacho al día siguiente cuando descubrió que la policía se había convertido en blanco de la furia masiva; esto suscitó batallas campales entre los amotinados y las fuerzas del orden en las calles de la ciudad. Un niño de ocho años, Nunzio Dematteis, recibió un tiro en la frente de parte de un carabinero que defendía un tranvía del ataque de la multitud. La noticia de que la policía era responsable de la muerte del niño corrió como la pólvora. La muchedumbre llevó a hombros su cuerpo sangrante y marchó hacia la prefectura. Los oficiales de Sangiorgi les cerraron el paso, a lo cual sobrevino un grotesco tira y afloja del cadáver. El ejército fue convocado para que restableciera la calma.

A esas alturas, con la probable excepción del chapucero operativo policial, los hechos de agosto de 1893 tienen poco de napolitanos. Los tranvías representaban una amenaza obvia al negocio de los taxistas. Una disputa industrial violenta como esta podía haber ocurrido en cualquier gran ciudad de Europa, donde la agresión policial hubiese sido con toda

probabilidad la respuesta. Pero en Nápoles había, por supuesto, muchos *camorristi* entre los taxistas. Después de todo, eran los mismos que habían desfilado detrás del ataúd de *'o Signorino* hacía solo unos meses. La policía de Sangiorgi se enteró de que la huelga de agosto de 1893 se había planeado la noche antes, en una reunión entre los *camorristi* y los anarquistas. El jefe de policía recopiló un listado de varios centenares de cocheros involucrados en los disturbios, señalando a muchos de ellos como *camorristi* e individuos con antecedentes penales.

Y donde la Camorra tenía intereses, también los tenían sus eminentes amistades. Puede que los gángsteres hubieran hecho la huelga, pero esta fue orquestada por los políticos de la ciudad. Esos políticos hicieron dos reclamaciones fundamentales al gobierno central de Roma: en la primera, proponían que se otorgase el contrato de ampliación de la red tranviaria, entre todas las opciones posibles, a una compañía belga; y en la segunda, amenazaban con quitarles el control del programa de reconstrucción puesto en marcha tras la epidemia de cólera de 1884. Uno de los oficiales de Sangiorgi informó más tarde de que el origen de la huelga estaba en «la gran agitación en distintos grupos de interés que había causado la tarea de limpiar las entrañas» de la ciudad. Al provocar estudiadamente la anarquía en las calles de Nápoles, los grupos de interés reunidos en torno al ayuntamiento de la ciudad y la industria de la construcción esperaban lograr concesiones de parte de Roma.

En los días posteriores, la huelga fue sofocada por una mezcla de negociación y engaño. Primero, la negociación: se invitó a los taxistas a dialogar con el consejo municipal, momento en que, presumiblemente por órdenes del Ministerio del Interior, y «para favorecer la resolución de la disputa», como lo definió el propio Sangiorgi, liberó a los taxistas que habían sido arrestados (con excepción de los que tenían antecedentes penales). Un político respaldado por la Camorra, de nombre Alberto Casale, actuó como mediador en las conversaciones; a todas luces, Casale era uno de los políticos que habían contribuido a orquestar la huelga previamente. Se hicieron las debidas concesiones: se restringiría el horario de los tranvías y no se ampliaría la red tranviaria.

Luego vino el engaño: pocas semanas después, se rompió ese acuerdo y

se retomaron los planes originales para la red tranviaria. Más tarde se sabría que Alberto Casale había aceptado un pago sustancial, por debajo de la mesa, de parte de la empresa belga de tranvías. Sus *camorristi* favoritos recibieron también su parte en efectivo —o, cuando menos, eso podemos conjeturar, visto que la mala fe flagrante del consejo municipal durante las negociaciones no llegó a reactivar la protesta de los taxistas—. Más importante aún fue que el consejo municipal retuvo el control sobre una gran porción de los fondos para la reconstrucción. Las maniobras entre bastidores de la huelga de los taxistas demostraron, como Turiello había argumentado, que la Camorra y las clientelas políticas estaban operando en distintos extremos del mismo mercado de favores. La sociedad indolente era al mismo tiempo la sociedad furtiva.

Para cuando la disputa quedó resuelta, Sangiorgi había dejado Nápoles. La forma desastrosa en que se había intentado sofocar la protesta de los taxistas condujo a una purga en el cuartel general de policía. Sangiorgi fue trasladado a Venecia solo dos semanas después de concluida la huelga. El motín de agosto de 1893 fue uno de los peores momentos de su carrera, pero asumió mucha más responsabilidad de la que le correspondía por el caos habido.

Mientras tanto, en las muchas cárceles, penitenciarías y colonias penales de la península, el dominio incuestionado de los mafiosos prosiguió hasta el último cuarto del siglo XIX. El examen de la situación carcelaria hubiera traído consigo una reforma a fondo dirigida contra el crimen organizado, drenando su fuente tradicional de poder. Así y todo, las fuerzas de la ley se preocuparon rara vez de las actividades en prisión de la Mafia y la Camorra. Una excepción fue un caso a finales de la década de 1870: en respuesta al asesinato de un informante de la policía en Nápoles, que había sido ordenado desde la cárcel, cincuenta y tres *camorristi* de prisiones fueron condenados con éxito, una rara asignación de los preciosos recursos institucionales a tratar de paliar un problema crónico.

Evidentemente, las cárceles eran aún sede de una abigarrada red de

gángsteres. En 1893, un criminólogo de inspiración positivista publicó *La historia de un delincuente nato*, la autobiografía —ni más ni menos— de un antiguo reo camorrista conocido como Antonino M. Este revelaba haber participado en varias luchas sangrientas en la cárcel, incluida una en la que los napolitanos y los sicilianos se unieron contra los calabreses y los presos de los Abruzos; muchos murieron asesinados y hubo un guardia al que dejaron sosteniendo en su mano sus propios intestinos.

Pero es la unidad de la cofradía carcelaria, más que sus divisiones, lo que emerge con mayor claridad en el relato de Antonino M. Contaba que, cada vez que lo trasladaban de una cárcel a otra (normalmente por conducta violenta), se valía de palabras en código para probar sus credenciales de la Camorra, y su estatus era debidamente reconocido dondequiera que llegaba: en las cárceles de Puglia y la Marche, como en Castello del Carmine en Nápoles (la misma cárcel en la que habían encadenado al duque de Castromediano en 1851). Pero no era esta la única forma en la que los *camorristi* de diversas regiones estaban conectados: en una prisión en Cosenza, al norte de Calabria, se decretaban castigos que podían llevarse a cabo en una colonia penal de Favignana, una isla frente a la costa occidental de Sicilia.

Había infinidad de pruebas adicionales en el sitio del cual provenía Antonino M. De manera innegable, todas las cosas que el duque de Castromediano había observado en la década de 1850 estaban aún ocurriendo en las cárceles de Italia: violencia organizada y *vendettas*; corrupción, extorsión, contrabando e intercambio de favores; rituales de iniciación y duelos a cuchillos, y entrenamiento en las destrezas y protocolos de la secta. Pero, en lugar de una reforma, dicha información solo dio lugar a un patrón repetitivo y deprimente de fracasos políticos. Una y otra vez, un motín más bárbaro de lo habitual dentro de una prisión o un informe especialmente alarmante del gobierno generaban fervientes llamamientos en pro del cambio. De manera igual de previsible, esos llamamientos resonarían sin destino hasta derivar en el silencio: la falta de fondos y la absoluta intrascendencia política del tema carcelario implicaban que la sociedad indolente de Italia era incapaz de aunar voluntades para enfrentar el problema.

Muy pronto, el país habría de pagar un alto precio por su fracaso a la hora de reformar las prisiones.

El criminólogo que publicó la autobiografía de Antonino M. lo sometió a su vez a un detallado examen físico. No debe sorprendernos que las pruebas realizadas dieran todas positivo: Antonino M. era un delincuente nato, mezcla de «el salvaje, el epiléptico y el lunático en términos morales». Exhibía una serie de reveladoras deformidades corporales, como las orejas de soplillo, grandes testículos y reflejos pupilares lentos. También lucía tatuajes, incluido el eslogan ABAJO LA ESCORIA DESHONROSA a todo lo ancho de su pecho. Pero lo innegable era el cráneo ancho y aplanado del espécimen: su braquicefalia, para emplear el término científico. Antonino M. era calabrés, según explicaba el criminólogo, y los típicos calabreses eran dolicocéfalos, es decir, que tenían cabezas delgadas y alargadas. De manera manifiesta, Antonino M. era un representante degenerado de la raza calabresa.

Muchos italianos hubieran creído igual al criminólogo si hubiera dicho que los calabreses tenían cuatro brazos y un único ojo en la frente. Calabria era la región más pobre de Italia, la más marginal en términos políticos. Pero, por la época en que se pudieron aplicar los calibradores de la criminología al cráneo de Antonino M., los delincuentes calabreses natos como él habían aflorado a la superficie desde el sistema carcelario, para formar una nueva cofradía criminal.

4
Emerge
la ‘Ndrangheta
1880-1902

El áspero monte

Un único acontecimiento geográfico define el paisaje en el extremo más austral de Calabria: el Aspromonte. El «áspero monte» es un lugar de sombría belleza. Hacia el sur y el este, donde el Aspromonte desciende más allá del volcán Etna, y enfila rumbo al norte de África, el sol calienta sus flancos. Aquí los valles se abren en su descenso, vertiendo cascajos grises como el cemento a la extensión turquesa del mar Jónico. En primavera, las concavidades mejor protegidas acogen adelfas de color rosa y retamas amarillas. Los puntos más altos del Aspromonte están, por contraste, oscurecidos por pinos y hayas esbeltas. Entre los árboles, tortuosos senderos buscan los picos y los hermosos prados altos, antes de rodar hacia los súbitos barrancos que la época primaveral llena de olor a orégano. El dosel que forma ese bosque se extiende hacia abajo, hasta las laderas exuberantes del flanco oriental, donde las vistas son aún más cautivadoras: del estrecho de Messina, que separa Calabria de Sicilia, las islas Eólicas rodeadas de bruma y el mar Tirreno.

Nada en este paisaje es permanente. Sus habitantes humanos se aferran a las franjas costeras o dan origen a aldeas improbables, como nidos de águila hechos sobre los barrancos. Cada invierno, los torrentes desprenden rocas de los frágiles costados de los valles y los deslizamientos de tierra abren atajos abruptos en pendiente que atraviesan los meandros laboriosos de los caminos abiertos en la espesura. Aldeas enteras, como Roghudi y Amendolea, han sido abandonadas de un día para otro y sus habitantes empujados hacia abajo, de la montaña al litoral.

Los grandes terremotos confieren un latido mortal, arrítmico, a la historia del sur de Calabria. En 1783, cerca de cincuenta mil personas

murieron a causa de ello, y hubo una secuela de letales seísmos en 1894, 1905, 1907…

Incluso al norte del Aspromonte, las montañas acaparan la mayor parte del territorio en Calabria; tan solo dejan un pequeño y precioso espacio para las llanuras costeras y ofrecen formidables obstáculos a los viajeros. Como fruto de ello, la mayoría de las guías turísticas del siglo XIX abarcaban la región en su totalidad con poco más que una referencia superficial a su accidentado escenario y sus tozudos habitantes. En 1869, la guía Baedeker, el obligado compañero de viaje del europeo acomodado del norte, decía únicamente a sus lectores que no se molestaran en ir a Calabria: «La duración del viaje, la indiferencia de los posaderos y la inseguridad de los caminos, que ha aumentado últimamente, desaniman hoy a todos salvo a los más emprendedores».

La advertencia no estaba fuera de lugar. Por entonces, el ferrocarril llegaba hasta Éboli, pero Éboli estaba aún a gran distancia por encima de la frontera septentrional de Calabria, y a 526 kilómetros de Reggio Calabria, la pequeña ciudad en la punta de la bota italiana, donde Aspromonte mira desde arriba el estrecho de Messina. En Éboli, si el visitante tenía la suerte de coger uno de los tres lugares disponibles en el carruaje y después tenía suerte con los caminos, el clima y los forajidos, podía hacer el viaje hasta Reggio en tres días y medio. No sin haber mirado con desconfianza, durante toda la ruta, los bosques y peñascos circundantes, evocando recientes historias de atrocidades cometidas por los bandidos.

En 1871, el censo del gobierno estableció que el ochenta y siete por ciento de los calabreses no sabían leer ni escribir. En buena parte de la región había terratenientes insensibles que explotaban arbitrariamente a vastos enjambres de campesinos. Leopoldo Franchetti, un intelectual judío toscano y uno de los pocos individuos suficientemente intrépidos para investigar a la sociedad calabresa, escribía en 1874 que «entre los oprimidos no hay medias tintas entre dos formas extremas de vida: por una parte, el miedo, la obediencia y la más abyecta docilidad; y por la otra, la rebeldía más brutal y feroz». Franchetti nos dice que el gobierno local era un negocio sucio y violento en Calabria. Había muchos lugares en los que el alcalde y su parentela acaparaban para sí las tierras que eran de todos, o

vivían a costa del negocio con la madera robada de esas tierras comunes. Todo guardabosques que pretendiera imponer la ley «corría serio riesgo de recibir una bala». Los «bancos de granos» creados para facilitar trigo de siembra y prestar dinero a los pobres en la época de plantar servían a menudo solo como fuente de crédito fácil para los más ricos. Como ocurría en todo el sur y en Sicilia, el gobierno de Roma toleraba tales abusos porque los alcaldes corruptos de Calabria lograban reunir votos para las facciones dominantes a nivel nacional. Dentro de la sociedad indolente, Calabria era una de las porciones más indolentes.

Pese a todo, una de las cosas que no inquietaban particularmente a Franchetti era el crimen organizado. En las décadas de 1860 y 1870, época en que había abundantes pruebas que atestiguaban la expansión chocante del poder de la Mafia y la Camorra, hay solo unos pocos informes intermitentes del gangsterismo en Calabria. En conjunto, esos informes no sugieren en absoluto que el sur de Calabria habría de convertirse alguna vez en un nuevo feudo de los maleantes, a la par que Sicilia y Campania. No hay ningún documento gubernamental de esas décadas, ningún relato de algún viajero, ningún vago recuerdo en la memoria local, que hablen de una presencia insistente y contundente de los mafiosos en el lugar. La región contaba con problemas innumerables y muy serios, pero las cofradías criminales no eran uno de ellos.

A mediados de la década de 1880 hubo indicios de algún progreso en las fortunas de Calabria. Los trenes traqueteaban ahora hasta Reggio por una única vía férrea que bordeaba la costa jónica; y el trazado a lo largo de la costa tirrena estaba ya en obras. Aun así, es precisamente en este momento histórico que los primeros informes oficiales hablan de «un núcleo de *mafiosi* y *camorristi*» que operaban en Reggio Calabria, y que «las huestes de las asociaciones criminales de la mafia» crecían por doquier a la sombra del Aspromonte. Como surgida de ninguna parte, una nueva secta criminal estaba naciendo. A finales de esa década de 1880, la provincia de Reggio Calabria y algunas regiones aledañas a la provincia de Catanzaro estaban sufriendo un estallido de delitos asociados a las pandillas del que nunca más se han recuperado.

Mafiosi y *camorristi*: las primeras etiquetas fueron tomadas en préstamo

de Sicilia y Nápoles. Otras denominaciones entrarían pronto en uso: mafia calabresa, honorable sociedad, sociedad de *camorristi*, y así sucesivamente. Pero, a medida que la policía y los jueces adquirían mayor conocimiento de esta nueva amenaza al orden público en el sur de Calabria, se referían con mayor frecuencia a ella como la *picciotteria*. La palabra se pronuncia «pichotería» y no hay ningún misterio respecto a su procedencia. *Picciotto* («pichoto») era una palabra del sur de Italia, o del dialecto siciliano, para «muchacho» o «chaval». Los *picciotti* eran a su vez los miembros menos relevantes de la Camorra napolitana. *Picciotteria* alude a veces a la actitud arrogante y presuntuosa de un hombre joven. Así que «chavales presumidos» parece una traducción atinada al nombre informal de la nueva asociación.

Los «chavales presumidos» eran una tropa ciertamente humilde: pastores y gaiteros en gran medida, hombres cuya mayor ambición era una jarra de vino y un buen trozo de carne de cabra. Por la época en que asomó por primera vez la *picciotteria*, el gran novelista siciliano Giovanni Verga evocaba la vida de la gente humilde como ellos en algunas de las mayores piezas de ficción escritas en lengua italiana. Verga se sabía enfrentado a una ardua tarea al tratar de persuadir a sus lectores burgueses para que osaran dar el salto imaginativo hacia el universo mental del campesinado. «Debemos hacernos pequeñitos como ellos», abogaba Verga. «Debemos englobar todo el horizonte en dos palmos de tierra y mirar por el microscopio las causas ínfimas que hacen latir los corazones ínfimos».

Desde nuestra perspectiva actual, precisamos dar un salto imaginativo similar, pero no hace falta que seamos paternalistas con los «corazones ínfimos» de los labriegos y leñadores que se volvieron miembros de la *picciotteria*. Puesto que esos tipos humildes fueron los ancestros directos de una temible hermandad criminal calabresa cuyo nombre definitivo aparecería por primera vez en la década de 1950: la ‘Ndrangheta, la tercera agrupación mafiosa de Italia y hoy la más rica, la más secreta y la más exitosa a la hora de diseminar metástasis malignas en todo el globo.

Poco después de nacer, la *picciotteria* quedó expuesta a una ofensiva judicial que, aunque esporádica, fue más efectiva que cualquier otra a la que se hubiera enfrentado el crimen organizado, ya fuera en Nápoles o en

Sicilia. En los años que siguieron a los primeros signos de alarma, en torno al Aspromonte y a cada lado del primer tramo de los Apeninos, cientos de *picciotti* calabreses —exactamente 1.854 de ellos entre 1885 y 1902, según un fiscal de la región— fueron juzgados, condenados y encarcelados. Este solo hecho nos dice algo significativo: los gángsteres de Calabria no gozaban aún del grado de protección por parte de grandes personajes del que sí disfrutaban la Camorra napolitana, por no hablar de la Mafia siciliana.

En rigor, la *picciotteria* continuaba siendo enteramente desconocida en el resto de Italia. A diferencia de la Mafia y la Camorra, no suscitaba investigaciones parlamentarias o debates, ni arremetidas de ira en los periódicos nacionales, ni estudios de sociólogos, ni poemas u obras teatrales. A nadie le importaba; al fin y al cabo, era Calabria.

La falta de interés en la *picciotteria*, junto con el historial calabrés de mala administración y desastres naturales, suelen dejar a los historiadores con escasas evidencias disponibles respecto a ella. La ciudad de Reggio Calabria fue, sin duda, el lugar donde se detectó por primera vez a la *picciotteria*, a principios de la década de 1880, pero no ha sobrevivido documentación suficiente para explicar cómo y por qué. De todas formas, los primeros juicios celebrados por doquier han legado un filón tenue, pero valioso, de papeles en los que podemos ahora excavar en busca de claves acerca de cómo comenzó el crimen organizado en Calabria. Y de ello resulta que los orígenes de la ‘Ndrangheta fueron mucho más sinceros que los de la Camorra o la Mafia. Hay dos sitios en particular donde ha sobrevivido suficiente investigación policial desarrollada en el siglo XIX para brindarnos un panorama claro de esos comienzos. Un capítulo posterior trata con el más notable de esos sitios: la aldea de Africo, situada a setecientos metros por encima del nivel del litoral jónico. Hasta que fue finalmente abandonada en 1953, a causa de los devastadores aluviones, Africo era la definición por antonomasia del aislamiento y la pobreza de las comunidades calabresas de las tierras altas… Y la definición por antonomasia del crimen organizado.

Pero antes de ir a Africo, la historia sobre el origen de la ‘Ndrangheta nos lleva al flanco opuesto del Aspromonte y a un sitio de relativa bonanza

económica y poderío. Uno de los secretos que explican la supervivencia y el éxito de la ‘Ndrangheta a través de los años ha sido su habilidad para vivir a horcajadas entre la prosperidad y la miseria, superando la distancia entre ellas, como si fueran las dos caras opuestas del áspero monte.

El árbol del conocimiento

Palmi se asienta en una cornisa donde el Aspromonte se encuentra con el mar Tirreno. Al mirar hacia el nordeste, nos proporciona una seductora vista que sobrevuela la llanura de Gioia Tauro, un fértil anfiteatro de terreno que desciende con delicadeza desde las montañas. La llanura fue la alternativa de Calabria a finales del siglo XIX a la «concha dorada» que circunda Palermo. La tierra estaba dividida en pequeñas granjas en lugar de grandes fincas, debido en parte a que una vasta porción de las propiedades eclesiásticas quedó confiscada y privatizada tras la unificación italiana. En la llanura también había plantaciones de cítricos, aunque el sistema de irrigación no era tan sofisticado como el de Sicilia. Más relevante para la economía de pueblos como Palmi eran los famosos olivares, tan altos y venerables como los robles. En fecha reciente había comenzado a destacar la industria del vino, después de que los viñedos franceses fueran devastados por la filoxera, un insecto con forma de áfido que se dio un festín con las raíces y hojas de las viñas. Los productores italianos se movilizaron para llenar el vacío en la oferta, y en la llanura de Gioia Tauro llegaron incluso a talar olivares para hacerle espacio a la uva.

En la década de 1880, Palmi era un pueblo de entre once y doce mil habitantes, lo que no era pequeño si consideramos los estándares de la región. En el sur de Calabria, la población se halla esparcida en pequeños núcleos habitados, y en los ochenta del siglo XIX muy pocos de ellos acogían a más de cinco mil personas. Incluso la capital provincial, Reggio Calabria, podía sumar como mucho una población de cuarenta mil habitantes si se incluían las laderas que la rodeaban. Palmi era la capital administrativa de toda la llanura de Gioia Tauro, un área que incluía unas

ciento treinta mil almas. En tanto capital administrativa, contaba con un puesto avanzado de la prefectura, un cuartel de policía, un tribunal y una cárcel. Los presos de dicha cárcel habrían de convertir a Palmi en el principal bastión mafioso en los años ochenta y noventa del siglo XIX.

Todo se inició en la primavera de 1888. El boletín de noticias de la localidad comenzó a informar de agresiones fulminantes con navaja y duelos rituales a cuchillo. En las tabernas y prostíbulos de Palmi, los pandilleros se batían con porras y espadas. Y al estilo clásico de la Mafia y la Camorra, los perdedores sangrantes se negaban terminantemente a nombrar a quienes los habían herido.

A las pocas semanas de aparecer estas primeras informaciones, el problema del gangsterismo en Palmi estaba fuera de control. Los ciudadanos comunes y corrientes tenían miedo de abandonar sus casas. Quienquiera que se enfrentara a los matones se exponía a que lo «acariciaran» con la navaja. Los *picciotti* hacían sus sangrientos ajustes de cuentas en el centro del pueblo, el corso Garibaldi y la piazza Vittorio Emanuele. Habían empezado exigiendo dinero a los apostadores y las prostitutas. Ahora también esquilmaban a los terratenientes temerosos de denunciar los hurtos y el vandalismo por miedo a que resultara peor; los «chavales presumidos» estaban instalando en la escena el chantaje a cambio de protección, el cimiento de toda autoridad territorial mafiosa. La banda amenazó a un carabinero local y lo mató a pedradas; incluso silenciaron el periódico local, cuyo editor recibió una amenazadora misiva conminándolo a no «perseguir a los chavales». Desde Palmi, la secta se expandió a los pueblos y aldeas más pequeños a todo lo ancho de la llanura de Gioia Tauro, y hacia arriba por las laderas de las montañas circundantes.

Solo en junio de 1888, cuando a un funcionario de la rama local de la prefectura le asestaron un navajazo en el rostro al salir del teatro, la policía se resolvió a detener a la primera gran oleada de sospechosos. Los veinticuatro hombres procesados a principios de 1889 nos dan un primer indicio del tipo de persona que llegaba a ser un «chaval presumido». Muchos de ellos eran jóvenes —al final de la etapa quinceañera o principios de la veintena— y todos peones o artesanos: los documentos legales enumeran trabajos como campesino, cartero, camarero, sastre, conductor de

mulas, pastor. Había también uno o dos que cultivaban su propia parcela. El cabecilla, un tal Francesco Lisciotto, era zapatero remendón; a los sesenta años, era con diferencia el más viejo de la pandilla. Más importante aún, como todos salvo tres de los *picciotti* de Palmi, había pasado ya algún período entre rejas.

La policía y la magistratura prosiguieron su lucha. En junio de 1890, un juicio apuntó a una red de la *picciotteria* con base en Iatrìnoli y Radicena, dos pueblos situados el uno justo encima del otro, a unos quince kilómetros de la costa de Gioia Tauro. Muchos de los noventa y seis acusados eran trabajadores y artesanos como sus camaradas *picciotti* de Palmi. Los jueces del caso explicaban que la secta había iniciado su andadura en 1887; no tenían dudas respecto a su procedencia:

> La asociación se originó en las cárceles del distrito [de Palmi], con el nombre de «secta de los *camorristi*». De allí, cuando sus cabecillas fueron liberados, se difundió a otros pueblos y aldeas donde halló terreno fértil entre la juventud inexperta, los antiguos presidiarios y especialmente los cabreros. La «sociedad», mediante la protección que brindaba a sus camaradas, ofrecía a este último grupo la posibilidad de apacentar a sus animales ilegalmente en las tierras de otra gente, y de imponerse ellos a los amos de la tierra.

Hombres como Francesco Lisciotto, el *capo* de Palmi, salieron de la cárcel con su estatus dentro de la «sociedad» bien establecido. En otras palabras, la ‘Ndrangheta no fue propiamente fundada: «emergió» casi enteramente estructurada desde el interior del sistema carcelario.

En los años siguientes se produjeron más arrestos y nuevos juicios. A comienzos de 1892, el tribunal de Palmi sometió a juicio a ciento cincuenta hombres provenientes justo de la llanura de Gioia Tauro. Los *picciotti* ponían lo mejor de su parte para evadir la justicia por la vía de asesinar a algún testigo y amenazar a otros para que guardaran silencio, pero la prueba en su contra resultó abrumadora. El nuevo jefe de Palmi, Antonio Giannino, de solo veinte años, enseñaba a su banda a luchar con navajas. De hecho, se sentía tan orgulloso de sus habilidades que se hizo fotografiar en pose de combate. La imagen sirvió para condenarlo.

El juicio de 1892 sumó nuevos detalles a lo que la policía ya sabía de la *picciotteria*: como la apariencia característica de sus afiliados, por ejemplo. Los *picciotti* exhibían jeroglíficos tatuados que indicaban su rango. Usaban

además pantalones ceñidos que se acampanaban a la altura de los zapatos, se ajustaban las bufandas de seda de modo tal que sus extremos revolotearan al andar ellos con su balanceo habitual, y se peinaban con un tupé característico en forma de mariposa.

Si bien la paz retornó a Palmi tras el gran y exitoso juicio de 1892, no lo hizo de manera duradera. En 1894 un terremoto dejó el pueblo reducido a escombros. Al año siguiente, la *picciotteria* estaba de nuevo activa, robando y extorsionando entre las chozas provisionales en que la mayoría de la población aún vivía. Pese a ello, la policía parecía inmovilizada. Los periodistas de opinión murmuraban que la policía de Palmi tenía «conversaciones al atardecer» en las mismas bodegas de vinos en que haraganeaban los maleantes, y que las fuerzas de la ley y el orden estaban menos interesadas en neutralizar el crimen organizado que en detener a los votantes de la oposición durante las elecciones. En los pueblos más grandes de Calabria, igual que en Nápoles y Sicilia, la policía aprendió muy pronto a gestionar el delito de manera conjunta con los gángsteres.

Finalmente, en septiembre de 1896, otra oleada de arrestos dio pie a nuevas confesiones. A principios de 1897, el juicio resultante proporcionó por primera vez abundantes detalles de los grados y rituales de la mafia calabresa. La *picciotteria* estaba formada de células o «secciones» de base local. Cada célula estaba subdividida entre una «Sociedad Menor» y una «Sociedad Mayor». La «Sociedad Menor» incluía a hombres con el grado más bajo de *picciotto*. La «Sociedad Mayor» incluía a los criminales más antiguos, conocidos como *camorristi*. Ambas sociedades tenían su propio jefe y un *contaiolo*, un contable, que reunía y redistribuía los ingresos que la banda ganaba con sus delitos. Cada nuevo miembro debía pasar por un rito de iniciación para unirse a la «sociedad» antes de que le fuera asignado el grado más bajo de todos, de «juventud honorable». El jefe de la «Sociedad Mayor» convocaría a sus hombres a un cuarto a oscuras, los formaría en círculo y daría inicio a la prolongada ceremonia con las palabras «¿Estáis cómodos?», a lo que los gángsteres allí reunidos replicarían: «¡Muy cómodos!».

El 24 de febrero de 1897, un testigo crucial del juicio resultante, un hombre llamado Pasquale Trimboli, subió al estrado en el tribunal de Palmi.

Los acusados en su jaula y el público apretujado en la reducida tribuna estiraron todos el cuello para oír lo que tenía que decir. Trimboli había sido miembro de la *picciotteria* y, por ende, lo sabía todo de la secta —incluido el terrible secreto de sus orígenes—. La mención de la misteriosa génesis de la *picciotteria* dejó perpleja a la corte, pero el aire severamente reconcentrado enseguida dio paso a la carcajada y al desconcierto, cuando el testigo expuso su pueril historia de cómo había nacido la mafia calabresa:

> La sociedad nació de tres reyes, uno de España, otro de Palermo y otro de Nápoles, que eran los tres *camorristi*. El caballero español se hacía con una camorra, un pago, en cada mano de cartas que los otros dos jugaban. Con el tiempo, reunió todo el dinero que había y los otros dos no pudieron seguir jugando. De modo que les dio diez liras a cada uno y les dijo: «He aquí diez liras para ustedes, y yo tengo el resto en mi mano, lo cual significa que yo soy el más fuerte».
>
> En sentido metafórico, estos tres *camorristi* eran un árbol. El jefe, el caballero español, era el tronco del árbol. El caballero de Palermo, que era el más viejo, era el hueso maestro, el *mastrosso*. Y el tercer caballero, el de Nápoles, era el hueso, el *osso*. Los demás miembros eran las ramas y las hojas. Los «jóvenes honorables», que aspiraban a convertirse en *picciotti*, eran las flores.

Hasta donde yo sé, esta es la primera versión registrada (y recortada) del mito fundacional de la ‘Ndrangheta. Ella nos sugiere que los gángsteres calabreses andaban en busca de fábulas para forjar su *esprit de corps*, para dotar a su recién aflorada cofradía con la misma aura que las de sus hermanos de Campania y Sicilia.

Es posible evaluar el éxito de la arremetida judicial contra la *picciotteria* por el testimonio de un sacerdote llamado a testificar en otro juicio celebrado justo tres años después; el cura señaló que, en Palmi, «la audacia de los criminales hace que caminar por las calles sea en extremo peligroso, incluso antes del ángelus [es decir, la puesta de sol]. La gente honesta ha adquirido ahora el hábito de irse a casa tan pronto como puede, visto que a cualquier hora es posible oír, en los puntos más ajetreados del pueblo, los lamentos de heridos o moribundos».

Pero si los juicios de Palmi fracasaron en su intento de combatir el afincamiento de la *picciotteria* en la llanura de Gioia Tauro, cuando menos nos proveyeron de documentación histórica que tiene un eco familiar. Doblemente familiar, de hecho. Por una parte, hay mucho acerca de la

picciotteria que se parece a la honorable sociedad de Nápoles. (Un juicio temprano a la *picciotteria* en 1884 incluso halló que el cabecilla del pequeño pueblo de Nicastro «tenía nexos con el afamado camorrista napolitano Ciccillo Cappuccio [alias *'o Signorino*]»). Como sus primos napolitanos, los calabreses se batían a cuchillo y les rajaban la cara a sus víctimas con navajas. Ambas sectas explotaban la prostitución y el juego de apuestas; ambas alardeaban de sus ganancias ilícitas en festejos y borracheras; ambas tenían un código similar para su vestimenta (pantalones acampanados y lo demás), y ambas dividían sus bandas entre una «Sociedad Menor» y una «Sociedad Mayor», entre «jóvenes honorables» aspirantes a la secta, *picciotti* jóvenes y *camorristi* mayores. Como los napolitanos, los calabreses castigaban las transgresiones de sus miembros mediante una sanción particularmente repulsiva a la que llamaban «tártaro» (alusiva al Tártaro o Infierno): consistía en untar al culpable de orina y heces. Había muchas otras semejanzas que sería fatigoso enumerar aquí; por ejemplo, en la jerga en clave de la secta hablaban tratando de encubrir lo que estaban diciendo. Lo que estas similitudes confirman es que tanto la Camorra napolitana como la mafia calabresa comparten la misma genealogía. Ambas nacieron de la «misma» Camorra de prisiones.

Por otra parte, la *picciotteria* resulta también familiar ya que se asemeja mucho a la 'Ndrangheta de hoy en día, con su «Sociedad Menor» y su «Sociedad Mayor», su mito fundacional de los tres caballeros españoles, y así sucesivamente. De hecho, hasta los fragmentos más confusos en el testimonio de Pasquale Trimboli suenan claramente parecidos a lo que hoy sabemos de las prácticas contemporáneas de la 'Ndrangheta. Los *'ndranghetisti* se refieren normalmente con metáforas a su organización, como la alusión a un «árbol del conocimiento», donde el tronco es el jefe, las ramas los lugartenientes y así sucesivamente.

La 'Ndrangheta de hoy es, con sus rituales de admisión únicos para cada nivel jerárquico dentro de la organización, la más obsesionada con el ceremonial de todas las mafias italianas. Los documentos de archivos nos dicen que la mafia calabresa de finales de la década de 1800 estaba ya desarrollando la misma obsesión. La 'Ndrangheta de hoy tiene además gran variedad de títulos para cada labor especializada en el seno de cada banda

local. Hay ecos de ese nivel de especialización provenientes a su vez del siglo XIX. Tanto la «Sociedad Menor» como la «mayor» de la sección de Palmi dentro de la *picciotteria* tenían otros cargos además del de jefe y contable, como el de «camorrista del día», cuyo deber consistía en informar al jefe de los acontecimientos a nivel local, y el de «*picciotto* de correspondencia», que gestionaba las comunicaciones entre los miembros presos y el resto de los integrantes de la banda. En suma, no puede haber ninguna duda de que los «chavales presumidos» eran la ‘Ndrangheta con su nombre anterior.

Una historia larga y horripilante acababa de dar comienzo.

El Africo más siniestro

La *zampogna*, o gaita del sur de Italia, es un instrumento muy antiguo y no demasiado agradable. Está hecho de una piel entera de cabra u oveja que ha sido previamente curada, vuelta del revés para dejar la superficie lanuda hacia el interior y sellada. Un racimo de cañas de madera asoma donde antes estuvo la cabeza de la oveja, y una boquilla aflora del muñón de una de las patas delanteras. Cuando el ejecutante presiona la *zampogna* bajo su brazo, esta emite sus melodías nasales, sobre un resuello hipnótico de fondo que sugiere el balido infinito del alma del animal sacrificado.

En los poblados de montaña de la Calabria decimonónica, bailar al ritmo de la *zampogna* era una de las pocas cosas que podían considerarse un pasatiempo. En virtud de lo cual, a ningún estudioso del folclore calabrés que se hubiera aventurado en las calles de Africo al tibio atardecer del día de Todos los Santos, el primero de noviembre de 1894, le hubiese sorprendido ver un círculo de hombres turnándose para desarrollar una breve danza a saltitos alrededor del que tocaba la *zampogna*. Pero, como el propio *zampognaro* —cuyo nombre era Giuseppe Sagoleo— contaría luego a un juez investigador, la actuación de aquella tarde no tenía nada de folclórico. La fiesta con gaita era un preludio coreografiado en detalle de un asesinato que habría de precipitar uno de los mayores juicios tempranos contra la *picciotteria*. Por fortuna, los documentos completos del juicio han sobrevivido a las convulsiones de la geología y la historia calabresas, para brindarnos una comprensión incalculable de esta organización criminal recientemente surgida en una de sus regiones principales.

Sin embargo, para dar sentido a la fiesta gaitera de Todos los Santos, hemos de retroceder algunos pasos en el tiempo, ya que la brutal ejecución

que se llevó a cabo esa tarde fue la culminación de una campaña de la sección recién establecida de la *picciotteria* en Africo para tomar el control del pueblo por primera vez. La *zampogna* tuvo un papel central en la campaña. Combinada con las declaraciones de los testigos, la historia de Giuseppe Sagoleo nos permite ahondar en el mundo de la ‘Ndrangheta en su forma primitiva.

Los infortunios del *zampognaro* comenzaron, según testificó, a principios de ese año, cuando Domenico Callea, de treinta y cuatro años, volvió a su pueblo natal tras cumplir diez años de cárcel por el secuestro y violación de una mujer. Una vez que su cabello creció nuevamente, dejando atrás el corte de la prisión, Callea comenzó a cultivar un tupé en forma de mariposa. E hizo con gran suavidad la transición de camorrista de prisión a «chaval presumido» mayor, convirtiéndose de inmediato en el contable de la sección de Africo y también en su instructor en materia de duelos.

Domenico Callea se acercó entonces al *zampognaro* con la oferta de proponerlo para miembro de una «sociedad» que existía en Africo. Dado que Callea era uno de los líderes de la sociedad en cuestión, eso fue lo que le explicó, podía incluso ofrecerle quedar liberado de las siete liras y media que se pagaban como tarifa de afiliación. Pero Sagoleo fue suficientemente sagaz como para hacer averiguaciones acerca de la sociedad antes de aceptar la invitación de Callea. Cuando le contaron que los miembros estaban obligados a seguir las órdenes de los cabecillas, aunque ello supusiera cometer robos y asesinatos, rehusó unirse a ella.

A todo lo ancho de la Calabria meridional, «chavales» como Callea estaban realizando ofertas similares. Casi siempre cobraban una tarifa de afiliación de siete liras y media —aproximadamente el setenta y cinco por ciento del valor de una cabra, o un ocho por ciento del precio de un cerdo —. Normalmente decían que la sociedad existía solo para beber unos vinos y divertirse juntos. Y, con suma frecuencia, daban a la gente una paliza o la marcaban con una navaja si se negaba a pagar. Sagoleo el *zampognaro* tuvo suerte.

Este sencillo método de sacarles dinero a los nuevos reclutas era una técnica clásica de la Camorra de prisiones. La *picciotteria* habría de emplearla durante años en el futuro. De modo que la ‘Ndrangheta de la

primera época estuvo sustentada en parte en una especie de estafa piramidal que beneficiaba solo a los cabecillas en la cúspide. Como también lo muestra el caso del gaitero de Africo, este método tenía una debilidad intrínseca, en el sentido de que generaba una gran cantidad de nuevos miembros, pero con escasa lealtad verdadera a la *picciotteria*. Una de las razones por las que sabemos tanto de la ‘Ndrangheta temprana es que muchos de estos nuevos reclutas habrían de confesarle todo a la policía. La ‘Ndrangheta vino al mundo con un defecto de nacimiento del que le llevaría décadas despojarse.

Aun cuando el *zampognaro* rechazó la oferta de Domenico Callea, no se libró de la atención de los amigos de Callea. Como él mismo explicó al magistrado que investigaba el caso, «los miembros de la asociación estaban siempre acercándose a mí y solicitándome que tocara. Hubo ocasiones en que me advertían que debía hacerlo me gustara o no, porque ellos lo solicitaban. A veces me pagaban, otras no. Y no podía quejarme, a riesgo de que me destrozaran las gaitas».

Los *picciotti* de Domenico Callea estaban sometiendo al gaitero a lo que la policía denominaba *prepotenza*, un pequeño acto de bravuconería, como negarse a pagar en una tienda o acosar a la esposa de otro hombre. Pero esta *prepotenza* cumplía un nítido propósito estratégico. Puede que la *picciotteria* fuese una secta clandestina, pero su secretismo, como el de otras cofradías criminales italianas, era de naturaleza paradójica: los «chavales» no eran, después de todo, tan cautos que pudiesen resistirse a exhibir cortes de pelo y pantalones distintivos. Esto es porque su poder dependía de su habilidad para hacer sentir su presencia en la forma más pública posible. En rigor, al forzar al pobre *zampognaro* a que tocara en sus fiestas, los «chavales» buscaban imponerse en una de las pocas manifestaciones de vida social colectiva que había en Africo. Era una *prepotenza* flagrante cometida contra toda la comunidad. Más que eso, era un intento deliberado de socavar todo sentido de comunidad y sustituirlo por el miedo.

El 12 de mayo de 1894, el día dedicado a san Leo, el santo patrono de Africo, Domenico Callea convocó al gaitero para una bienvenida a un invitado muy importante: Filippo Velonà, un zapatero remendón de treinta y

ocho años, originario de la aldea vecina de Staiti. Los archivos oficiales de Velonà nos brindan una descripción clara, pero no muy significativa, del sujeto: se dice que medía un metro setenta y tenía el pelo y los ojos de color marrón, la frente «regular», la complexión «natural», el físico «robusto» y carecía de marcas que lo distinguieran. En suma, Velonà podría haber sido cualquiera de los innumerables artesanos que se ganaban a duras penas la vida proveyendo a las comunidades montañesas paupérrimas de Calabria. La única clave de su identidad real asoma en la descripción que el alcalde hace de su conducta como *cattivissima* («excepcionalmente mala»). Era, después de todo, un hombre con dos condenas a la espalda por causar lesiones y que había cumplido siete años de cárcel por propinar una paliza a una víctima que terminó falleciendo a causa de ella. Cuando fue liberado en 1892, lideró la irrupción de la *picciotteria* en el distrito de Bova, que se extendía a ambos lados del accidentado valle por el cual discurría el torrentoso Amendolea.

Las aldeas del distrito de Bova, incluida Africo, eran islotes culturales incluso en el Aspromonte: sus habitantes no hablaban el dialecto calabrés sino griego —o al menos grecánico, un dialecto griego arcaico que ha sobrevivido desde la Edad Media, de cuando Calabria formaba parte del Imperio bizantino—. Un indicio de lo importante que es hoy este islote cultural para la mafia calabresa es el hecho de que la palabra «‘Ndrangheta» es un derivado del término empleado para «virilidad» o «heroísmo» en grecánico.

Pero el prestigio del jefe Velonà se extendía más allá del área en que se hablaba grecánico; yendo más lejos hasta rodear la costa nororiental, era reconocido en Bovalino, San Luca y en sitios tan remotos como Portigliola y Gerace. Esto constituía una enorme extensión de la costa calabresa; tan grande como la llanura de Gioia Tauro, pero en las montañas, correspondiente poco más o menos al *mandamento ionico*, o «circunscripción jónica», una de las tres áreas en que se divide hoy la jurisdicción de la ‘Ndrangheta. No es extraño, entonces, que la gente común llame «presidente» a Velonà.

Velonà llegó a Africo el 12 de mayo para iniciar a un nuevo «chaval presumido». Las formalidades se realizaron en privado. El jovencito se

sometió ritualmente a la autoridad del cabecilla arrodillándose ante él, besando su mano y profiriendo las siguientes palabras: «Padre, perdóname si me he extraviado en el pasado, prometo no volver a extraviarme en el futuro».

La iniciación se celebró, como siempre, con un banquete al que asistieron miembros de toda el área. Todos bebieron grandes cantidades de vino y comieron de un cabrito robado al mismo hombre al que obligaron a hospedar a Velonà durante su estancia. Todos rieron cuando un *picciotto* pidió en voz alta a la esposa del mismo individuo al que le habían robado el cabrito una pizca de sal para conservar un trozo de él. Los chicos apreciaron sin duda esa muestra tan creativa de *prepotenza*. Luego, después de haber comido en abundancia, los jefes se dispusieron a jugar a las cartas, mientras los afiliados más jóvenes bailaban al son de las gaitas. «Todo esto sucedía públicamente, enfrente de todos», explicó un testigo.

Al sustraer animales y comer carne robada, en esa reafirmación tan demostrativa de su *esprit de corps*, los *picciotti* proclamaban su lugar en la cima de la cadena alimenticia, puesto que en ese lugar de la Tierra la dieta campesina era mayoritariamente vegetariana. En todos los sitios, la *picciotteria* llegaba a extremos aún mayores para sugerir que sus miembros pertenecían a la élite de la proteína. En Bova, según testificó indignado el alcalde del pueblo, un mafioso local (un zapatero como su jefe) invitó en cierta ocasión a sus hermanos de otros pueblos a un banquete con pescado. Ahora bien, Bova está a solo nueve kilómetros del mar en línea recta. Pero esos nueve kilómetros bien podían traducirse en noventa: era imposible confiarse en que nada perecedero sobreviviera a la ardua travesía a lomos de una mula desde la costa hasta las montañas. Como explicaba el alcalde de marras, el pescado «llega muy rara vez a nuestro pueblo y la gente humilde no está habituada a comerlo». Que un zapatero remendón sirviera pescado a sus invitados era el equivalente dietético de la quincalla usada por los gángsteres.

En Aspromonte, había muchos que quedaban ciertamente impresionados por esta rudimentaria forma de manifestar el poder. Estando el jefe Velonà en Africo, se le aproximó una mujer para obsequiarle una oveja y rogarle que «le hiciera el honor de admitir a su hijo en la

asociación».

La pandilla de Callea estaba haciendo algo más, para granjearse esa admiración, que amedrentar al gaitero y sustraer rara vez un cabrito para propiciar su espíritu de camaradería. Según el alcalde de Africo, solo en 1893 robaron setenta cerdos y se perdieron muchos otros animales. Las víctimas —hombres como el maestro de escuela, el arcipreste y el propio alcalde— sentían demasiado temor siquiera de informar de sus pérdidas a las autoridades. Corrían rumores de que los animales eran vendidos a bajo precio a carniceros que también pertenecían a la asociación; se habían encontrado cabras con las orejas cortadas, que era la marca de sus propietarios. Los carniceros de Bova informaron después de que el comercio legal de ganado casi había fracasado porque la gente tenía demasiado miedo de ir por ahí comprando y vendiendo animales.

Las pruebas acumuladas en Africo apuntan ineludiblemente a una conclusión relevante: hasta en las aldeas montañosas más aisladas del Aspromonte, donde se hablaba grecánico, los «chavales presumidos» formaban parte de una organización mucho mayor, y más coordinada, que una vaga constelación de pandillas locales. No solo tenían ritos y estructuras comunes y un pasado compartido detrás, sino un jefe carismático en la persona de Filippo Velonà, cuyo prestigio abarcaba un amplio territorio. Incluso se sometían a la jurisdicción de un único juez; su nombre era Andrea Angelone.

Angelone era un antiguo camorrista de prisiones, de cincuenta y nueve años para ser más precisos. Fue liberado de la cárcel por última vez, tras un período de doce años, en 1887, y de inmediato creó una rama de la *picciotteria* en su aldea natal de Roccaforte del Greco, en el distrito grecánicohablante. Aunque, a partir de allí, no tomaba parte activa en la actividad criminal cotidiana de la secta, aún recibía su tajada regular en los haberes, como pago por dispensar su sabiduría en los tribunales. Los «chicos» grecánicohablantes tenían también contactos en Reggio Calabria y el distrito de Palmi.

Las autoridades de Palmi informaban de conexiones similares de largo alcance. Las varias secciones de la organización en la llanura de Gioia Tauro tenían «emisarios que les permitían comunicarse las unas con las

otras». Y en tanto las ramas locales tenían cada una su propio jefe y subjefe, ellas se arracimaban para operar bajo la autoridad de una banda.

Como en Sicilia, el robo de ganado era casi con certeza una de las principales razones justificatorias de estos nexos. Muchos de los *mafiosi* calabreses eran leñadores y pastores que no tenían problema en pasar infinito tiempo en las montañas, y que nacían con un mapa de los innumerables senderos del Aspromonte impreso en sus cabezas. La técnica del cuatrerismo era sencilla y casi a prueba de tontos: pasaba por robar los animales primero y luego eludir que los detectaran enviándolos a través de la montaña a camaradas de su confianza en otros pueblos, quienes podían ponerlos en el mercado. Los *picciotti* se desplazaban a su vez por la región exigiendo un tributo mediante extorsión sobre los tratos regulares, que eran aún parte importante de la economía calabresa de montaña.

¿Qué estaban haciendo las autoridades a finales de los años ochenta y noventa del siglo XIX, mientras la *picciotteria* hacía cuentas y densificaba sus redes? La respuesta es: muy poco. Africo, Roccaforte, Bova y otros núcleos de actividad pandillesca estaban todavía entre los muchos lugares de la península en que la palabra «Italia» no significaba mucho más que impuestos, servicio militar y ocasionales visitas de los carabineros haciendo patrullajes. En abril de 1893, dos guardabosques (policías auxiliares) enviaron una carta al juez local denunciando la existencia de «una secta terrible de los así llamados *mafiosi*» en Africo y la región aledaña. Esta advertencia fue ignorada y quedó enterrada bajo una montaña de papeles.

Allí fue donde, más de un año después, la encontró un dinámico y nuevo representante de la débil autoridad del Estado italiano en Calabria: el sargento Angelo Labella, comandante del cuartel de los carabineros en Bova. El 21 de junio de 1894, Labella escribió su primer informe sobre la asociación criminal que acababa de desenterrar; en él nombraba a cincuenta de sus miembros, incluidos Domenico Callea y Filippo Velonà. En las semanas que siguieron, Labella incrementó su listado de sospechosos y sentó las bases para un procesamiento en grande, detallando los testigos que podían aportar pruebas contra la banda. El Estado italiano parecía al fin dispuesto a desafiar el régimen de la *picciotteria* en aquel lugar olvidado del mundo.

En septiembre de 1894, los jueces a cargo de la investigación llegaron a Bova, la capital del distrito, y comenzaron a llamar a los testigos que Labella había citado. Los «chavales» se movilizaron rápidamente en respuesta a este desafío a su autoridad y amenazaron verbalmente a quienquiera que estuviera dispuesto a aportar pruebas contra ellos, incluidos los ciudadanos pudientes de Africo. Sacrificaron animales y los dejaron en los campos para que los propietarios los encontraran, y arrasaron viñedos. A finales de octubre, talaron doce árboles frutales de un único dueño de tierras y tallaron cruces funerarias en los troncos mutilados, por si el mensaje de los árboles talados no hubiera sido suficientemente claro.

Los *picciotti* reclutaron a su vez al gaitero para su campaña de intimidación, forzándolo a tocar cuando marchaban por las calles improvisando canciones amenazadoras sobre sus enemigos, entre los que incluían a coterráneos letrados como los concejales de cada pueblo, el arcipreste, el recaudador de impuestos y el sargento Angelo Labella. En una ocasión se los oyó bramar la siguiente cancioncilla chapucera bajo el balcón de un propietario de tierras: *Ahora toma tu pluma y tintero y haznos un nuevo juicio. / Pero si logramos nuestra libertad, nos vengaremos con nuestras propias manos*.

Mientras los «chavales» entonaban sus amenazas, Domenico Callea y los demás jefes ya habían resuelto el destino del más peligroso entre los testigos nombrados en el primer informe del sargento Labella: un criador de cerdos de cincuenta años llamado Pietro Maviglia.

La estampa de Maviglia no causaba demasiada impresión. Su pierna tullida le obligaba a caminar con ayuda de un bastón, y no podía cojear demasiado lejos sin pararse a recobrar el aliento. (El informe post mórtem habría de dejar constancia de síntomas de pleuresía en sus desgarrados pulmones). Pero la importancia de Maviglia residía en el hecho de que era miembro de una banda; de hecho, era uno de sus primeros miembros.

En 1892, Maviglia se había visto envuelto en una riña con Bruno, el hermano igualmente malo de Domenico Callea, quien le había propinado una paliza. Para vengarse, Maviglia filtró la noticia del robo en una casa que Bruno Callea había cometido. Como fruto de su testimonio, Callea fue sentenciado a dos años por asalto de morada y otros catorce meses por

golpear por segunda vez al viejo e impedido criador de cerdos.

Maviglia no solo fue expulsado de la *picciotteria*: a partir de ese momento, vivió su existencia bajo amenaza de muerte. Con la labor detectivesca del sargento Labella en proceso y los jueces de instrucción realizando los primeros interrogatorios, silenciar a Maviglia se convirtió en una prioridad urgente para los cabecillas.

En un lugar como Africo, los rumores sustituían a los periódicos, en especial cuando se trataba de informar a la ciudadanía de los asuntos internos de la cofradía criminal. En octubre de 1894, las murmuraciones comenzaron a difundir la sorprendente noticia de que los Callea habían solucionado su querella con Pietro Maviglia. A la luz de la investigación judicial en curso, la armonía había vuelto a la hermandad, se decía. El propio Maviglia no supo cómo responder a las propuestas de paz que le hacían llegar; y pidió consejo a su hermano, confiando en que los *picciotti* quisieran readmitirlo en lo que él mismo llamaba «la secta».

Los *picciotti* celebraron la fiesta de la gaita al atardecer de Todos los Santos por dos motivos. El primero, para asegurarle a Maviglia que la oferta de readmitirlo en la cofradía era genuina. El segundo, para brindar una cobertura a sus asesinos. Mientras esa tarde los encopetados miembros de la banda bailaban y bebían y cantaban en las calles, un *picciotto* se acercó a Maviglia y le explicó que los «chavales» habían robado un cabrito y se lo comerían juntos en una choza en el campo para celebrar el retorno del porquero a la hermandad. Y exhibiendo la mano que mantenía cerrada en un puño dentro del bolsillo, le enseñó su contenido. «Hasta he traído algo de sal», dijo, y le sonrió.

Aproximadamente una hora después de que oscureciera, Pietro Maviglia fue visto por última vez. Apoyándose en su bastón, con la chaqueta al hombro, enfiló junto a uno de sus asesinos por la via Anzaro hacia el cementerio.

Poco después de esto, uno de los «chavales» dijo al gaitero que concluyera el baile y siguiera la dirección que su víctima en ciernes había tomado.

Más tarde, la mañana del 4 de noviembre de 1894, el juez suplente y el médico locales arribaron a Africo para realizar una tarea espeluznante. Eran «locales» en el sentido de que solo habían debido realizar una penosa caminata de cuatro horas para llegar a Africo desde Bova, la capital del distrito, por senderos montañosos que los caballos se negaban a recorrer. Encontraron a Pietro Maviglia tendido donde lo habían encontrado la tarde anterior: boca abajo encima de su bastón, en un campo a unos quince minutos de donde se le había visto por última vez bailando con los *picciotti* al son de las gaitas.

El médico trabajó con rapidez una vez que trasladaron el cuerpo al cementerio y se realizó su identificación formal. Las cinco lesiones primordiales sugerían el posible relato de los últimos minutos de Maviglia. El viejo fue apuñalado primero por la espalda. Enseguida vino quizá la herida de la cabeza: un golpe de hacha había provocado una abertura en la parte posterior de su cráneo. Entonces fue acuchillado dos veces con una daga, ambas puñaladas en la cavidad del pecho, justo a la izquierda del esternón. El corazón aparecía perforado en ambos ventrículos. Cualquiera de estas heridas hubiese sido fatal, pero los asesinos —al menos tres de ellos— fueron implacables, porque le infligieron la quinta y última herida cuando su víctima estaba ya postrada en el suelo. Parecía una deducción razonable que, estirándole del pelo hacia atrás, le habían cortado la garganta con una hoja muy afilada: un corte limpio, una cuchillada de diez centímetros de longitud, seccionó por la mitad la vena yugular derecha, la laringe y el esófago. «Aflora de él alimento sin digerir», apuntó fríamente el médico. «Debo además señalar que había sal gruesa de cocina en la herida de la garganta. Los autores del asesinato la espolvorearon allí, quizá para disfrutar más de la *vendetta*».

Pietro Maviglia fue sacrificado como un cabrito. En los días posteriores a su muerte, la gente de Africo decía que también le habían cortado el tupé en forma de mariposa, «como para demostrar que no estaba hecho para pertenecer a la asociación». El médico no confirmó ni negó el rumor.

Los repugnantes detalles del asesinato de Pietro Maviglia dieron un mentís a muchos de los malentendidos históricos acerca de la *picciotteria*. La mafia calabresa temprana, se dice aún, cumplía una función social. En

una región del país exasperantemente pobre y atrasada, los *mafiosi* se reunían para generar una suerte de autoridad y un sistema de ayuda mutua. O eso proponía la argumentación.

Puede ser cierto que en las laderas de Aspromonte la temprana ‘Ndrangheta llenara un vacío que el Estado debía haber ocupado. Pero su gobierno se sustentaba en el miedo: eso es evidente a partir de una y otra declaración que los jueces reunieron tras la muerte de Maviglia. Ese hecho no cambia si, en ausencia de la autoridad estatal, cierta gente —incluidos los propietarios de tierras— se las arreglaba como podía en esa situación y se aliaba con criminales a los que no podía enfrentarse. Es bueno recordar que los asesinos de Pietro Maviglia no hicieron ningún intento de ocultar su cadáver: las terribles heridas y hasta el puñado de sal arrojado en su garganta rebanada representaban una advertencia para otros: una forma de «justicia» pública, poética.

Tras el examen postmórtem, las investigaciones en la *picciotteria* de Africo comenzaron finalmente a dar verdaderos frutos. Llegaron más carabineros a la aldea y se alojaron en una casa justo al lado de la de Domenico Callea. Tras ordenar el asesinato de Pietro Maviglia, el contable e instructor de esgrima de la *picciotteria* se había dado a la fuga. Su nueva esposa estaba sola en la casa y mantenía a los carabineros despiertos toda la noche con sus sollozos.

La fuerte presencia militar en Africo alentó a más testigos a dar un paso al frente. Con la enérgica ayuda del sargento Labella, los jueces que preparaban la acusación pudieron desentrañar cada vez más pruebas. Los asesinos de Maviglia fueron arrestados. Cuando los sometieron a interrogatorio, se desmoronaron: primero se culparon entre sí, y luego terminaron confesando. El muro de *omertà* que circundaba a la *picciotteria* se vino abajo en el seno de las comunidades grecánicohablantes.

Quizá la verdad históricamente más significativa que hizo aflorar la muerte brutal de Maviglia fue que la red criminal que tan rápidamente tejieron los «chavales presumidos» en las décadas de 1880 y 1890 tenía en su seno un fascinante simbolismo religioso.

El santuario de la Madonna de Polsi yace oculto en un valle de las cumbres más altas del Aspromonte. La leyenda cuenta que, en 1144, un

pastor llegó a este aislado lugar buscando a un novillo castrado que se le había perdido y que allí fue recibido por una visión milagrosa de la santa Virgen. «Quiero que se erija aquí una iglesia», le dijo ella, «para difundir mi gracia entre los devotos que vendrán hasta aquí a visitarme». Durante siglos, a principios de septiembre, los pobres peregrinos han trepado los senderos tortuosos de la montaña hasta Polsi, en gozosa conformidad con los deseos de la Virgen.

El mayor escritor de Calabria, Corrado Alvaro, describió cómo debía de ser Polsi a finales del siglo XIX, cuando veinte mil hombres y mujeres desbordaban el patio de la iglesia y los bosques circundantes para preparar el festival. Algunos habían hecho todo el camino descalzos; otros llegaban con coronas de espinas. Todo el mundo se hartaba de cabrito asado, entonaba antiguos himnos y bailaba toda la noche al son de la gaita y la pandereta.

El día mismo de la celebración, la pequeña iglesia estaba llena de los lamentos implorantes de los fieles, y de los balidos y mugidos de los animales que habían llevado como ofertas votivas. Mujeres histéricas voceaban a gritos sus votos, abriéndose paso a codazos entre la muchedumbre para depositar extrañas ofrendas a los pies de la Madonna: joyas de bronce, ropas o partes del cuerpo de un bebé modeladas en cera. Cuando llegaba el atardecer y sacaban la Madonna en procesión alrededor del santuario, los peregrinos le rezaban, sollozaban, se golpeaban el pecho y proferían gritos de «¡Viva María!».

El festival de la Madonna de Polsi tenía un especial significado simbólico para la ‘Ndrangheta. Hasta hoy, los «capos de la porra» de toda la provincia de Reggio Calabria se valen del festival como cobertura para una reunión anual. En septiembre de 2009, según sostienen los fiscales, el recién elegido «jefe del crimen», Domenico Oppedisano, fue a Polsi a que le fuera ratificado su nombramiento. Los cargos principales en el núcleo coordinador de la ‘Ndrangheta, el «Gran Crimen», entran en vigor a la medianoche del día del festival.

El pueblo más cercano al santuario de Polsi es San Luca, donde creció el escritor Corrado Alvaro y donde se originaron las *‘ndrine* (bandas mafiosas locales) implicadas en la masacre de Duisburg en 2007. Los

‘ndrangetisti aluden a San Luca como su *Mamma*; la ‘Ndrangheta de por allí es, tradicionalmente, la guardiana de todas las reglas de la asociación y el árbitro de sus disputas. Se ha llegado a denominar a San Luca el «Belén» del crimen organizado calabrés.

Ahora estamos seguros de que la cumbre delictiva de Polsi es una tradición tan antigua como la propia ‘Ndrangheta, pues en junio de 1895 un tendero de Roccaforte del Greco declaró a los jueces que investigaban el asesinato de Pietro Maviglia lo que había visto en Polsi:

> El 3 de septiembre de 1894 fui al festival de la Madonna de la Montaña. Allí vi a múltiples miembros de la asociación criminal de Roccaforte en compañía de unas sesenta personas de varias aldeas, todas sentadas en un círculo, comiendo y bebiendo juntas. Cuando pregunté quién pagaba toda esa comida y vino del festival, se me dijo que lo pagaban con la camorra que recolectaban.

Evidentemente, la peregrinación al santuario de Polsi era, desde sus orígenes, una oportunidad para los «chavales» de hacer negocios y hablar de sus asuntos y no un acto de idolatría.

Las investigaciones del sargento Labella arrojaron también nuevas y dispersas evidencias de cómo se originó la *picciotteria*. Aunque no llegó a precisar el año de su nacimiento, él pensaba que no podía haber sido después de 1887, el año en que el «juez» de la secta, Andrea Angelone, salió de prisión. Otros testigos sitúan la fecha de inicio más atrás. Un habitante de la misma aldea declaró que, a su entender, Angelone había sido miembro de una asociación criminal «desde hacía diecisiete o dieciocho años» (es decir, desde 1879 aproximadamente).

El maestro de Africo demostró ser un testigo singularmente perspicaz. Había asumido su cargo a mediados de la década de 1880 y de inmediato había escuchado hablar de una secta criminal en el pueblo. Pero «esa asociación, se decía en esa época, incluía a tres o cuatro personas, no más». Esta cifra aumentó rápidamente en los años siguientes, en particular durante el ímpetu reclutador de Domenico Callea entre 1893 y 1894.

La historia que sugieren estas pruebas fragmentarias —una historia que estaba siendo reiterada en Palmi y, de hecho, en los alrededores de todo el Aspromonte— es más o menos la siguiente. Hasta mediados de la década de 1880, unos pocos ex convictos calabreses, los viejos *camorristi* del

sistema carcelario, seguían en contacto cuando volvían a casa de la cárcel. Bien podía ser que se ofrecieran ayuda mutuamente y hasta que se juntaran para emprender alguna rara aventura delictiva: los archivos judiciales y otras fuentes nos muestran ocasionales estallidos de actividad gangsteril en varios puntos de la provincia de Reggio Calabria en la década de 1870 e incluso antes. Pero los *picciotti* como tales no eran aún suficientes ni tenían la fuerza necesaria para imponerse a otros forajidos del mundo exterior, como lo habían hecho estando confinados en prisión. Y mucho menos tenían el poder suficiente, no hace falta aclararlo, para intimidar a pueblos enteros. Entonces, en la década de 1880, hubo cambios que dieron a la Camorra de prisiones de Calabria la oportunidad de proyectarse ella misma al mundo exterior. La pregunta es, sin duda, cuáles fueron exactamente esos cambios.

Es revelador que ningún representante del Estado pareciera sentir la menor curiosidad por responder a esa pregunta. En 1891, el fiscal general de Palmi escribió su informe anual de la labor del tribunal durante el año previo. La *picciotteria* no mereció siquiera una mención; después de todo, solo era un síntoma superficial del atraso endémico de Calabria. La razón de la alta tasa de violencia en el distrito de Palmi no era el crimen organizado, escribió, sino «la naturaleza ardiente y enérgica de su población, su quisquillosidad, la porfía con que se adhería a sus planes, la tenacidad inquebrantable de sus odios… que a menudo la conducen a la *vendetta*».

Si hubiera sido un fiscal general siciliano el que hubiese redactado esas burradas, tendríamos buenas razones para sospechar de sus motivaciones. Pero en Calabria es muy probable que tales sospechas no tuvieran justificación (o no entonces, por lo menos). Al fin y al cabo, el tribunal de Palmi acababa de devolver a docenas de *picciotti* a la cárcel. Pero la visión estereotipada de la psicología calabresa es de todas formas significativa. Con o sin ferrocarril, Calabria aún se consideraba semibárbara, una tierra remota de la que Italia sabía muy poco y se preocupaba aún menos. Pese a sus nexos con el mercado internacional, por su aceite de oliva, vino y limones, sencillamente Palmi no tenía la importancia suficiente para atraer en mayor grado la curiosidad del gobierno por la *picciotteria*, lo cual

implica que los historiadores deban ahora trabajar más arduamente para resolver algunos enigmas destacados sobre su aparición.

Las sectas juramentadas han dominado las prisiones en muchas épocas y lugares distintos. Por ejemplo, las bandas africanas numeradas y establecidas desde hace mucho tiempo en Sudáfrica, los 26, los 27 y los 28, que forjaron su propia mitología a partir de la historia de un jefe zulú. O la vasta red de *vory-v-zakone* («ladrones con un código de honor») que infestaba el sistema de gulags soviéticos a contar de los años veinte. La *vory* tenía un ritual de «coronación» de nuevos miembros, y su estética incluía tatuajes y un estilo distintivo consistente en llevar una cruz de aluminio al cuello y varios chalecos a cuestas.

Pero en modo alguno lograron todas estas bandas ampliar su autoridad al mundo exterior y más allá de las puertas de la prisión. Los 26, 27 y 28 solo pudieron hacerlo en los noventa, cuando cayó el sistema del *apartheid* y el país se abrió a narcotraficantes que requerían de mano de obra local y una «marca» criminal a ese nivel local. Cundo cayó la Unión Soviética, la *vory-v-zakone* no saltó simplemente del interior del gulag para asumir algún liderazgo en la bonanza criminal que sobrevino. Más bien, vio secuestradas sus tradiciones por una nueva camada de cabecillas gangsteriles que anhelaban otorgar un aire de antigüedad a sus bandas con base en algún territorio: el fruto de ello fue la mafia rusa. Ejemplos como este demuestran el tremendo logro que supuso, para los *camorristi* de prisión calabreses, el hecho de haberse labrado un territorio propio en el mundo exterior.

La economía es, con seguridad, gran parte de la razón por la que lo consiguieron. Una crisis económica afectó con fuerza creciente a la agricultura calabresa en la década de 1880. La filoxera llegó a Italia y el *boom* del vino se volvió amargo. Enseguida, una guerra comercial con Francia provocó una crisis en las exportaciones agrícolas. Los pequeños propietarios como los de la llanura de Gioia Tauro, que habían contraído deudas para adquirir de la Iglesia un pequeño trozo de tierra y plantarlo con viñedos, pasaron grandes penurias. Los trabajadores más pobres, como los de Africo, hubieron de luchar aún más duramente para alimentarse. Había, pues, abundantes reclutas para la *picciotteria*.

La llegada del ferrocarril a vapor tuvo a la vez parte de culpa, cuando

menos en Palmi. Los contemporáneos advirtieron que la oleada inicial de asaltos con navaja y peleas a cuchillo coincidió con la presencia de cuadrillas de obreros trabajando en la rama tirrénica del ferrocarril en la primavera de 1888. Una docena de años después, alrededor de 1900, algunos observadores comenzaron a decir que los «chavales presumidos» habían sido importados a la llanura de Gioia Tauro por los *mafiosi* sicilianos que había entre los jornaleros. Pero, dado que ninguno de los hombres condenados en el tribunal de Palmi era siciliano, esta teoría parece casi con certeza errónea. Un escenario más probable es que entre los trabajadores del ferrocarril hubiera ex convictos *camorristi*. Las riñas en Palmi podrían haber sido fruto de la competencia por los puestos de trabajo con los *picciotti* locales.

Fuera como fuese, el papel que tuvo el ferrocarril en la aparición de la mafia calabresa sirve a una amarga ironía de la historia. Como opinaba un magistrado de la época, «no está claro si el ferrocarril trajo consigo más males que ventajas. Es doloroso tener que reconocer que un factor tan influyente en la civilización y el progreso haya servido para provocar la causa de tanta ignominia social».

La ‘Ndrangheta se inició cuando el aislamiento de Calabria tocó a su fin.

Hay una tercera razón probable para que la *picciotteria* apareciera cuando lo hizo. En 1882 y 1888 se implantaron dos importantes reformas electorales que inauguraron la era de la política de masas en Italia. Aumentó el número de personas con derecho a voto. Los gobiernos locales consiguieron a la vez mayor libertad respecto del control central, y al mismo tiempo, mayores responsabilidades en áreas como la enseñanza escolar y la supervisión de obras de caridad, y con ello, más recursos que saquear. Con aproximadamente una cuarta parte de los adultos varones ahora con derecho a decidir quién habría de gobernarlos, la política se volvió un negocio más costoso y lucrativo.

Y también más violento. Los tiroteos, navajazos y palizas habían sido siempre parte del lenguaje de la política italiana, particularmente en el sur. Mucha de esa violencia se administraba desde Roma. Bajo las órdenes del prefecto local, la policía solía aporrear a los opositores, arrestarlos o

retirarles su licencia de armas, dejándolos expuestos a los ataques de los gorilas que trabajaban al servicio del candidato que el gobierno deseaba que ganara. Las reformas de la década de 1880 incrementaron la demanda de violencia en épocas electorales y alentaron a un número mayor de intermediarios del poder con ambiciones de incluir en nómina a quienes practicaban la fuerza de modo organizado.

La política de mano dura no era algo que entusiasmase demasiado a la policía a la hora de investigar, cosa más que comprensible. Con todo, hay indicios claros, en lo profundo de los archivos polvorientos en los que se acumulaban las fichas judiciales, de que incluso en Africo la *picciotteria* contaba con amistades dentro de la élite. La prensa hacía notar que los individuos que degollaron al viejo y tullido Maviglia tuvieron como defensa a los mejores abogados de Reggio Calabria. Y entre los *picciotti* involucrados en el caso había «gente que, visto su estado financiero, solo podía haberse abocado al crimen porque era perversa de nacimiento».

Los habitantes «perversos de nacimiento» de Africo incluían al antiguo alcalde, Giuseppe Callea, cuyos hijos eran destacados *picciotti*: Domenico, el contable e instructor de técnicas de defensa con cuchillo que intentó reclutar al gaitero, y su hermano Bruno, el *picciotto* enviado a prisión por hurto con las pruebas aportadas por el porquero inválido Pietro Maviglia. El antiguo alcalde Callea avalaba claramente la senda criminal adoptada por sus hijos; él en persona había amenazado a Maviglia.

La irrupción de la *picciotteria* expuso de manera brutal la fragmentación de la clase dominante calabresa, que se probó decididamente incapaz de lidiar con la nueva y asertiva hermandad criminal como un enemigo común. En Africo, algunos individuos educados y pudientes que testificaron contra los *picciotti* recibieron las debidas amenazas al son de la *zampogna*. Otros, como Giuseppe Callea, se sentían más que dichosos de aliarse con las bandas. Pero sería ingenuo por nuestra parte pensar que en tales casos se veía a los buenos ciudadanos posicionarse contra los oscuros encubridores de los gángsteres. La legalidad y el crimen no eran lo que dividía a los calabreses; la ideología de uno u otro color no era lo que los cohesionaba. En el Aspromonte, la familia, los amigos y los favores eran la única causa del conflicto, y el único aglutinante social. La ley, como se la

entendía, era solo un instrumento más en esa lucha. Los pocos sociólogos que se interesaron en Calabria después de la unificación advirtieron que la clase propietaria «carecía de un sentido de la legalidad» y hasta «carecía de moralidad». Cualesquiera que fuesen los términos empleados para describirla, la irrupción de la *picciotteria* mostró que la carencia estaba ahora infectando a las restantes clases sociales.

Pese a esta proliferación de la actividad derivada del crimen organizado, el procesamiento de la ‘Ndrangheta temprana en Africo fue un éxito. Los matarifes de Maviglia fueron condenados, al igual que varias docenas de *picciotti*. A lo largo y ancho de la Calabria meridional, la policía y los carabineros registraron resultados similares y habrían de seguir haciéndolo durante muchos años más. Pero la lucha para asentar el derecho del Estado a regir allí fue, desde un principio, un gesto más bien fútil. Los «chavales» condenados por «asociación para delinquir» cumplieron sus sentencias irrisorias en las mismas cárceles en que habían aprendido su cualidad «presumida». Y no había indicio alguno de que la debilidad fundamental de la sociedad calabresa, esa que les había permitido poner un pie fuera de las prisiones, estuviese por terminar.

El ascenso criminal en Calabria fracasó de lleno en captar la atención de la opinión pública a nivel nacional. Muy pocos italianos estaban preparados para «mirar por el microscopio las causas ínfimas que hacen latir los corazones ínfimos». A largo plazo, Italia pagaría el precio de este fracaso colectivo de su imaginación. Nada de cuanto les ocurría a los pastores y campesinos calabreses era nuevo. Nada, hasta que las proezas de un leñador llamado Giuseppe Musolino lo transformaron en el «bandido Musolino», el «rey del Aspromonte», y quizá la mayor leyenda criminal de la historia italiana.

El rey del Aspromonte

Los avatares vitales de Giuseppe Musolino importan poco, al final, pero es por esos avatares que debemos partir.

Nació el 24 de septiembre de 1876 en la aldea de Santo Stefano, en el Aspromonte, un poblado de unos dos mil quinientos habitantes a setecientos metros de altura, entre los bosques que dan al estrecho de Messina. Su padre era leñador y comerciante de madera a tiempo parcial, al que le fue suficientemente bien para convertirse en propietario de una taberna. Musolino también se hizo leñador, pero fueron las propensiones violentas de su juventud lo que atraería más la atención de ulteriores biógrafos: antes de su vigésimo cumpleaños, se había metido varias veces en problemas por delitos de armas y por amenazar y agredir a mujeres.

La saga de Musolino comenzó en realidad el 27 de octubre de 1897, en la taberna de su progenitor, cuando se enfrascó en una discusión con otro hombre joven de nombre Vincenzo Zoccali. Entre los dos acordaron librar un duelo, en el que Musolino recibió un corte severo en la mano derecha. Entonces, el primo de Musolino disparó dos veces contra Zoccali, pero falló.

Dos días después, antes de que saliera el sol, Zoccali estaba ensillando a su mula cuando alguien le disparó por la espalda escudándose detrás de un muro próximo. De nuevo las balas fallaron y Musolino, cuyo rifle y boina estaban presentes en la escena del atentado, tuvo que fugarse a los páramos agrestes del Aspromonte. Solo cinco meses después lo capturaron y en septiembre de 1898 lo condenaron a una dura pena de veintiún años por homicidio frustrado. Furioso por el veredicto y proclamándose a sí mismo la víctima inocente de un complot, juró que tendría su *vendetta* y proclamó

desde el banquillo que se comería el hígado de Zoccali.

La noche del 9 de enero de 1899, él y otros reclusos, incluido su primo, escaparon de la cárcel de Gerace practicando un agujero en el muro de la prisión con un lingote de hierro y descolgándose hasta el suelo con una trenza hecha de sábanas anudadas. La *vendetta* prometida dio comienzo la noche del 28 de enero, cuando el propio Musolino mató a tiros a Francesca Sidari, esposa de uno de los testigos en su contra. Aparentemente, la confundió con el esposo, que era su objetivo real, al sorprenderla inclinada sobre un montón de carbón. Cuando los disparos y gritos atrajeron la atención del marido y otro hombre, Musolino también les disparó a ellos, los dio por muertos y huyó de nuevo a las montañas.

El bandido Musolino (como pronto se lo comenzó a conocer) entró entonces en una doble espiral vengativa: sus blancos eran tanto los testigos en su contra por el caso Zoccali como los informantes reclutados por la policía para capturarlo.

Un mes después de su primer asesinato, volvió a matar, apuñalando a un pastor del que sospechaba que era espía de la policía. A mediados de mayo, el bandido volvió a Santo Stefano y se puso al día con Vincenzo Zoccali, el hombre cuyo hígado había jurado comerse. Para ello, puso varios cartuchos de dinamita en los muros de la casa donde dormían Zoccali y sus padres, pero la carga no llegó a detonar (la familia se mudó a Catanzaro después de esto). A los pocos días, Musolino hirió de gravedad a otro de sus enemigos.

La secuencia de atentados prosiguió durante todo el verano de 1899. En julio mató a un sospechoso de ser informante con un solo disparo en la cabeza. Una semana después, le disparó a otro hombre en las nalgas.

En agosto, el bandolero hizo todo el camino hasta la provincia de Catanzaro en busca de Vincenzo Zoccali y su familia y logró matar al hermano de este. Enseguida volvió a toda prisa a una aldea situada justo debajo de Santo Stefano, donde asesinó a otro hombre sospechoso de ser informante.

Después de esto se esfumó durante seis meses.

Lo siguiente que el mundo supo de él fue en febrero de 1900, cuando reapareció en el Aspromonte con dos jóvenes secuaces y disparó e hirió a un primo suyo por error. Al parecer, el bandido se arrodilló junto a su primo

sangrante, le ofreció su rifle y le suplicó que vengara el error en aquel mismo momento. Su primo rechazó la petición y el bandolero prosiguió con sus agresiones.

Encontró su siguiente víctima en la aldea grecánicohablante de Roccaforte, a la que disparó en las piernas con una escopeta. La persona abatida se las arregló de algún modo para convencerlo de que no era, como él sospechaba, un espía de la policía. Musolino cuidó del herido durante hora y media y enseguida envió a un pastor que pasó por allí en busca de ayuda.

El 9 de marzo de 1900, uno de sus cómplices, un hombre de Africo llamado Antonio Princi, lo traicionó ante la policía. Como parte de un plan para capturarlo, Princi dejó unos *maccheroni* sazonados con opio en la guarida del bandido, que por esa época era una cueva próxima al cementerio de Africo. Princi fue entonces en busca de la policía, y cinco agentes y dos carabineros lo siguieron hasta el escondite. Sin embargo, el opio había pasado tanto tiempo en las vitrinas de una farmacia local que había perdido buena parte de su poder narcótico. Aun después de haberse comido los *maccheroni*, Musolino todavía tenía control suficiente de sus facultades para disparar contra sus captores eventuales y luego escapar a la montaña, con la policía y los carabineros pisándole los talones.

A primera hora de la mañana siguiente, Pietro Ritrovato, uno de los dos carabineros, sorprendió a Musolino orinando, pero el bandido disparó primero y a corta distancia. El joven carabinero sufrió una perforación en la ingle y murió con grandes dolores varias horas después.

Tras otros seis meses de silencio, Musolino y otros dos secuaces volvieron a matar, el 27 de agosto de 1900, persiguiendo a su víctima, Francesco Marte, hasta la era de su propia casa, donde el perseguido se detuvo, se volvió hacia ellos y les rogó que le dieran tiempo de hacer las paces con Dios antes de morir. Entonces le permitieron arrodillarse, pero le dispararon repetidas veces delante de su madre, y no pararon de tirotearle incluso cuando ya estaba muerto. Musolino habría de alegar que Marte era un traidor involucrado en el complot de los *maccheroni*.

Enseguida, los dos cómplices, quizá actuando en su nombre, intentaron matar —y también fallaron en el intento— al anterior alcalde de Santo

Stefano, que había testificado cuando Musolino fue sometido a juicio por intento de asesinato.

El último ataque violento del bandolero ocurrió el 22 de septiembre de 1900, cuando hirió a otro presunto informante de Santo Stefano.

Para entonces, las correrías sangrientas de Musolino y el fracaso persistente en arrestarlo hacía tiempo que se habían transformado ya en un escándalo político. La figura del leñador del Aspromonte era motivo de discusión en el Parlamento, y estaba en cuestión la credibilidad del gobierno. Se resolvió enviar cientos de uniformados al sur de Calabria para unirse a la cacería. Así y todo, durante otro año y poco más, Musolino se las arreglaría para eludirlos…

Hay otro hecho importante respecto al prófugo Musolino: era un «chaval presumido».

En el clímax del furor político suscitado por el bandolero, Adolfo Rossi, el periodista más valeroso de Italia, tomó la muy rara decisión de ir personalmente hasta Calabria para averiguar lo que estaba ocurriendo. Y por boca de la policía y los magistrados locales supo todo lo que había que saber acerca de la nueva mafia.

Rossi recorrió las cárceles y vio a los *picciotti* embutidos en sus uniformes carcelarios grises o a rayas de color tabaco. Se dirigió a Palmi, «el distrito donde la *picciotteria* era más fuerte», según se enteró. El prefecto adjunto de Palmi le explicó con expresión sombría que «antes de que cerremos un juicio por “asociación para delinquir” ya estamos comenzando a preparar el siguiente».

Rossi visitó Santo Stefano, la aldea natal de Musolino, y hasta subió por el largo camino hasta Africo, donde quedó impactado por la miseria que encontró a su paso, llegando a escribir que «las chozas no son casas empleadas como porquerizas, sino porquerizas empleadas como casas por los seres humanos». Los carabineros le contaron cómo unos pocos años antes los miembros de la secta habían «cortado a un hombre en trozos y luego lo habían salado como se hace con un cerdo».

La larga serie de reportajes de Adolfo Rossi sobre Calabria es hasta hoy la mejor pieza jamás escrita sobre la temprana ‘Ndrangheta; habría merecido una difusión mucho mayor que la que tuvo en el periódico local

veneciano en el cual apareció. Y todos a los que Rossi entrevistó coincidieron en que Musolino era un miembro jurado de la *picciotteria*, aunque las opiniones variaban en cuanto al momento exacto en que había prestado juramento y el rango que ostentaba. Rossi vio informes que mostraban que los carabineros de Santo Stefano habían considerado a Musolino como un gángster desde un principio. El día después de la primera pelea a cuchillo del bandolero con Vincenzo Zoccali, habían dejado constancia por escrito de que pertenecía a la «así llamada *Maffia*».

Cuando estaba detenido y a la espera de juicio por intento de asesinato, los carceleros lo observaron comportarse como un camorrista. Un guardia dijo a Rossi que «Musolino entró en esta prisión el 8 de abril de 1898. Más tarde, algunos de sus compañeros de celda me informaron de que en junio de ese mismo año fue elegido camorrista [es decir, un miembro antiguo de la "sociedad"]».

En Africo, Rossi habló con un comandante de policía que le explicó que Musolino había evitado tanto tiempo su captura porque contaba con la red de la *picciotteria* como apoyo en el Aspromonte y más allá. Uno de los que confesaron a Rossi haber dado cobijo a Musolino fue ni más ni menos que el alcalde de Africo, una oscura figura que había testificado «contra» la *picciotteria* en 1894. En Santo Stefano, Rossi supo que algunos cómplices del bandolero eran «chavales», y que algunas de sus travesuras, incluida su riña original con Vincenzo Zoccali, tenían más relación con la política interna de la banda que con su programa personal de venganza.

Pese a todo ello, Musolino se convirtió en un héroe: un vengador agraviado, un caballero solitario de los bosques, un Robin Hood y el «rey del Aspromonte».

Su fama creció rápidamente tras su fuga de prisión en 1899. Primero fue un fenómeno local. La mayoría de la gente del Aspromonte creía firmemente que Musolino era inocente del cargo por el cual había sido encarcelado en un principio: el intento de asesinato de Vincenzo Zoccali. Y, a decir verdad, hay una o dos dudas residuales respecto a la solidez de esta condena. La «inocencia» de Musolino, fuera o no genuina, se convirtió en la semilla que hizo crecer su fama. Los campesinos del Aspromonte, ignorantes y miserables, recelaban de manera instintiva del Estado. Para esa

gente, y en tales circunstancias, un héroe renegado que solo mataba a falsos testigos era una ilusión demasiado cautivadora.

Musolino encontraba comida y refugio dondequiera que fuese en el Aspromonte. Las mujeres mantenían fanales encendidos en honor a la Madonna de Polsi y san José (san Giuseppe, el santo patrono de los leñadores, en honor del cual se había bautizado a Musolino) para garantizar la seguridad del bandolero. Gran parte de ese apoyo lo gestionaba la *picciotteria*. Y gran parte de él puede explicarse, perfectamente, por un miedo comprensible a la entidad. Algo de ello —y es imposible decir exactamente cuánto— se debía al aura popular floreciente del bandido.

Las historias que circulaban esparcieron muy pronto esa aura a otros lugares. Historias de la vez en que, estando Musolino en prisión, se le apareció san José en una visión milagrosa y le reveló los puntos débiles del muro de su celda. Historias de cómo nunca robaba nada, siempre pagaba lo que comía, jamás abusaba de las mujeres y siempre burlaba con ingenio a los gandules de los carabineros.

Del Aspromonte, la leyenda de Musolino fue difundida por el folclore oral a todo el sur del país. Se transformó en estrella del teatro de marionetas. Los niños jugaban a ser Musolino en las calles. Actores ambulantes se vestían de bandoleros para cantar sus aventuras o vender sus poemas de alabanza impresos en mugrientas hojas de papel que se vendían por calderilla. Las autoridades arrestaban a algunos de estos secuaces improvisados, pero a esas alturas el culto era irrefrenable. El mismo rey del Aspromonte lo capitalizó a su favor, enviando una carta a un diario de difusión nacional en la que, de manera impúdica, se situaba del lado de la gente común y frente a la autoridad:

> Soy un trabajador, y el hijo de un trabajador. Amo a la gente que debe sudar en los campos de la mañana a la noche para generar la riqueza de la sociedad. De hecho, la envidio, porque desgraciadamente no puedo hacer ninguna contribución al respecto con mis propias manos.

De esta forma, el Estado italiano se vio de pronto implicado en una guerra propagandística contra los artesanos y los campesinos delincuentes del Aspromonte, en la que salía perdiendo. Todo el asunto Musolino

comenzaba a transformarse en lo que hoy calificaríamos como un desastre de las relaciones públicas en favor del imperio de la ley. Y quizá lo más preocupante de todo ello era que la gente iletrada no era la única a la que el mito había seducido.

Aun cuando los formadores de opinión de inspiración derechista condenaban el culto popular de Musolino como un síntoma del atraso de Italia, los libros y panfletos sobre él se vendían a millares. En Calabria, solo un diario osaba sugerir que el rey del Aspromonte podía ser, en rigor, verdaderamente culpable de intentar asesinar a Vincenzo Zoccali. En Nápoles, donde el mito del buen camorrista era moneda corriente, el *Corriere di Napoli* informaba de fábulas en torno a presuntos actos de generosidad del bandolero sin someterlos a ningún juicio crítico, bordeando la justificación de su campaña de venganza: «Musolino solo hiere a sus enemigos, porque piensa que detenta una misión y aspira a llevarla a cabo hasta las últimas consecuencias».

Ambas partes, el bandolero y la ley, participaban tanto de lo correcto como de lo incorrecto, esto era lo que venía a decir la argumentación. En conformidad con ello, algunos opinantes en la prensa cultivaban la idea de que una solución justa hubiera sido ofrecer a Musolino un viaje seguro a Estados Unidos.

Finalmente, las autoridades actuaron basándose en la labor de inteligencia que les decía que Musolino no era un lobo solitario. A comienzos de 1901, un apasionado y joven oficial de policía, Vincenzo Mangione, fue a Santo Stefano para desarrollar una estrategia más radical que la de perseguir a ciegas al bandido en los alrededores montañosos e intentar sobornar a informantes (especialmente *picciotti*) para que lo traicionaran.

Mangione reunió una serie de informes altamente reveladores sobre la *picciotteria* en la aldea natal de Musolino. Basándose en fuentes que eran en su mayoría *picciotti* desertores, describió «una genuina institución criminal», con su base social, su propio tribunal y así sucesivamente. Había sido fundada a principios de la década de 1890 por el padre y el tío de Musolino, que ahora formaban parte del «concejo supremo» de la organización. En Santo Stefano había ciento sesenta y seis afiliados de la

mafia.

De la investigación de Mangione afloraron los posibles motivos del propio Musolino. El bandido era, por supuesto, un afiliado igual que su padre. Nada de lo que había hecho podía desvincularse de su papel dentro de la hermandad criminal. Por ejemplo, el atentado contra la vida de Zoccali que dio inicio a la saga de Musolino era una orden emitida por la *picciotteria* como castigo porque Zoccali había intentado eludir sus deberes como *picciotto*. Musolino era ahora un asesino a sueldo ambulante al servicio de toda la secta.

Lo más revelador de todo fue lo que Mangione averiguó de cómo los «chavales» conseguían favores de «gente respetable… personalidades políticas, abogados, médicos y propietarios de tierras». Los favores más destacables eran recomendaciones personales y falsos testimonios. Un ejemplo más tangible de los favores que la *picciotteria* podía conseguir estaba en ruinas y reducida a vigas quemadas, a la entrada de la aldea. Era la casa de la familia Zoccali. Cuando Musolino fracasó en dinamitarla, los *picciotti* la redujeron a cenizas y luego persuadieron al consejo del pueblo para que denegara a la familia Zoccali el permiso de reconstruirla.

Los prohombres de Santo Stefano no se molestaban lo más mínimo en mantener en secreto su amistad con la *picciotteria*. Cuando se casó Anna, la hermana del rey del Aspromonte, el nuevo alcalde y sus oficiales, los consejeros del pueblo, los médicos de familia, maestros, guardias municipales y la banda del pueblo acudieron todos al banquete de bodas. El alcalde escogió la ocasión para hacer circular una petición a la reina del país para que se le concediera el perdón a Musolino.

El fruto de la labor de inteligencia de Mangione fue una estrategia dual para capturar a Musolino: primero, se atacaría a su red de apoyo; segundo, se procesaría a toda la *picciotteria* de Santo Stefano. En conformidad con la propuesta, en primavera y verano de 1901 hubo una serie de arrestos masivos. Con muchos de sus defensores entre rejas, Musolino tuvo que luchar para dar con un escondite en su territorio natal.

La tarde del 9 de octubre de 1901, en los campos aledaños a Urbino —a más de novecientos kilómetros de Santo Stefano— dos carabineros sorprendieron a un hombre joven, con cazadora y gorra de ciclista, actuando

de manera sospechosa. Cuando le dieron el alto, el tipo corrió a través de un viñedo y enseguida tropezó con una alambrada. En ese momento extrajo un revólver, pero lo redujeron antes de que pudiera apretar el gatillo. «Mátenme», dijo cuando le pusieron las esposas. Después intentó sobornarlos, sin éxito. Cuando lo cachearon, le encontraron un cuchillo, munición y un gran número de amuletos, incluido un morral lleno de incienso, un crucifijo, un medallón con el Sagrado Corazón, una imagen de san José y otra de la Madonna de Polsi. Cinco días más tarde fue identificado como el bandolero Giuseppe Musolino.

El juicio del bandido debería celebrarse en la bella ciudad toscana de Lucca, por temor a que un jurado calabrés se viera influido por el mito que lo rodeaba. Su tan esperado encuentro con la justicia estaba destinado a convertirse en uno de los juicios más sensacionales de la época.

Pero, antes de que pudiese iniciarse, el segundo instrumento de la estrategia gubernamental falló: los testigos en que Mangione había confiado para reunir pruebas acerca de la *picciotteria* en Santo Stefano fueron intimidados para que retiraran sus declaraciones. El caso nunca llegó siquiera a los tribunales.

De modo que, cuando se reunieron los corresponsales nacionales e internacionales en Lucca para informar del largamente esperado juicio de Musolino en la primavera de 1902, lo que presenciaron resultó más bien un dilatado ejercicio de autoflagelamiento del derecho en Italia y su reputación. El problema fue que los abogados de Musolino replicaban a gritos cada vez que la fiscalía intentaba demostrar que era un miembro jurado de una secta criminal local. Después de todo, ¿no había sido el caso contra esa supuesta secta en Santo Stefano algo que comenzó a circular mucho antes de que llegara a los tribunales? ¿Dónde estaban las pruebas? Por esta vía, el contexto real de la saga de Musolino se vio oscurecido, consiguiendo que un asesino múltiple fuera en buena medida liberado para posar como el heroico proscrito en que los teatros de marionetas del sur de Italia lo habían convertido.

Desde su ingreso en prisión el octubre anterior, Musolino había estado escribiendo un relato en verso de sus aventuras, mientras que criminólogos de inspiración positivista medían su cuerpo puntillosamente. En el mismo

período, recibió incontables cartas y tarjetas postales de admiradores, particularmente de mujeres que le juraban amor eterno, le enviaban objetos religiosos y caramelos, le prometían rezar por él y le suplicaban que les enviara mechones de su pelo. El juez de Lucca estaba tan inquieto por el efecto que Musolino podía tener en la moral de las mujeres de la ciudad, que estipuló que solo se permitiría a los varones entrar a escuchar los alegatos. Pero el inicio del juicio solo consiguió incrementar el aluvión de cartas de sus admiradores. Misteriosamente, en las cercanías del tribunal se vendían postales con retratos del rey del Aspromonte firmadas por él. Cuando los periodistas lo entrevistaban en su celda, el propio bandolero se regocijaba al relatar sus aventuras eróticas mientras andaba prófugo.

Desde un principio, los abogados de Musolino no buscaron refutar el hecho de que hubiera cometido una larga estela de asesinatos e intentos de asesinato cuando escapó de prisión. En lugar de ello, su defensa se basó en el alegato de que era inocente del crimen por el cual se le había encarcelado en primera instancia: el asesinato frustrado de Vincenzo Zoccali. Los abogados razonaban que sus sangrientas proezas podían explicarse, y quizá hasta justificarse, por la conspiración en su contra a raíz del caso Zoccali.

Un juez francés invitado al proceso quedó comprensiblemente asombrado de que este argumento pudiese considerarse en algún sentido una defensa; a él le parecía más bien la evidencia del «atraso moral» de Italia. Musolino no compartía iguales incertidumbres. Cuando lo llamaron al banquillo, dijo a la corte que había concluido su campaña de revancha justiciera y que nunca más volvería a quebrantar la ley, si lo dejaban en libertad. Alegó ser descendiente de un príncipe francés y comparó su ruego con el de Jesucristo.

IL PREFETTO
DELLA PROVINCIA DI REGGIO CAL.

RENDE NOTO

Che per disposizione del Ministro dell'Interno furono versate alla Banca d'Italia, sede di Reggio, le LIRE 20,000 come premio promesso dal Governo per la cattura di

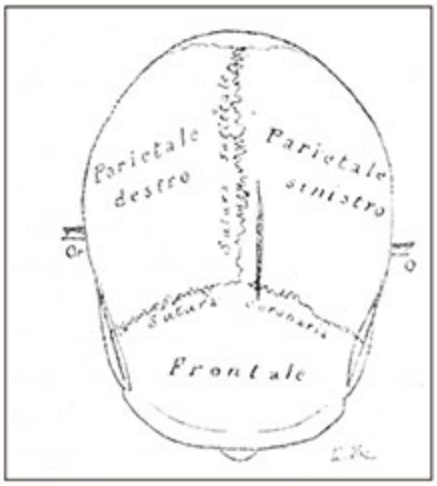
GIUSEPPE MUSOLINO.

I Sindaci della Provincia daranno la massima pubblicità al presente manifesto valendosi anche dei pubblici banditori.

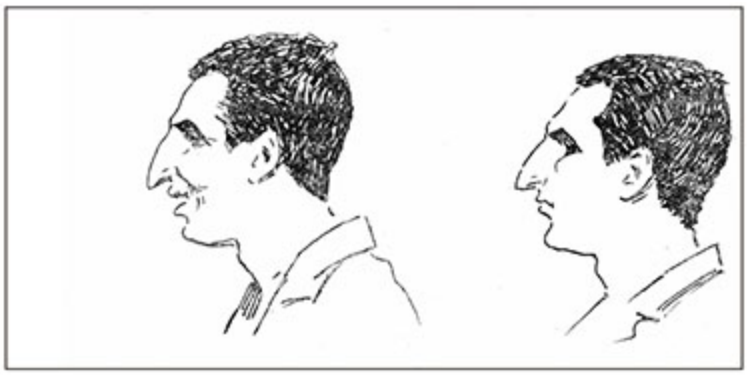
Reggio Cal. 12 aprile 1901.

il Prefetto
LA MOLA

Reproducida con la amable autorización del Archivio dello Stato di Reggio Calabria:
Cartel en el que se pide la captura de Giuseppe Musolino, el rey del Aspromonte.



Enrico Morselli, Biografia di un bandito, 1903
¿La verdadera causa de la estela homicida del rey del Aspromonte?
Un diagrama que mostraba el daño infligido al cráneo de Musolino en su infancia
por un florero que le cayó encima.



Enrico Morselli, Biografia di un bandito, 1903
Bocetos de Musolino hechos en el tribunal.

Una y otra vez, él mismo manchó su reputación de criminal noble: cuando, por ejemplo, gritó repetidamente «¡Furcia!» a la madre de Vincenzo Zoccali cuando esta subió al estrado; pero eso no impidió que muchos de los presentes siguieran simpatizando con él. Uno de los grandes poetas de Italia, un socialista sentimental llamado Giovanni Pascoli vivía en el campo no lejos de Lucca y observó el juicio con su cuota habitual de compasión. «¡Pobre Musolino!», escribió a un amigo. «¿Sabes?, me gustaría escribir un poema que mostrara el Musolino que todos llevamos dentro».

Muchos comentaristas del juicio argüían que el problema subyacente al caso Musolino no era el de un bandolero solitario, sino el aislamiento de la sociedad calabresa como un todo. Los medios de transporte modernos, como el ferrocarril, traerían de seguro la luz de la civilización a la primitiva oscuridad del Aspromonte. Los asoleados testigos campesinos que iban a Lucca para participar en el juicio solo contribuían a un espectáculo que parecía corroborar esta visión. La mayoría de ellos eran hablantes de dialectos calabreses y tenían que testificar con la ayuda de un intérprete. En cierta ocasión hubo fuertes risotadas cuando, al comenzar a hablar un testigo, el intérprete se volvió hacia el juez y admitió que hasta para él resultaba imposible entender una palabra de lo que se estaba diciendo. Posiblemente, no había ni un solo intérprete que pudiera traducir del grecánico al italiano en toda Italia.

Se llamó a los criminólogos positivistas para que explicaran los resultados de su concienzudo examen físico y psicológico de Musolino. El acusado exhibía una mezcla contradictoria de síntomas, explicaron. Parecía no haber una etiología clara para sus tendencias criminales. Musolino había sufrido una herida en la cabeza a los seis años, cuando le cayó encima un florero. El accidente le provocó una muesca en el cráneo y bien podía ser que le provocara epilepsia, un rasgo obviamente delincuencial. Pero entonces estaba el hecho de que no se masturbaba con mucha frecuencia, y que era muy inteligente. Racialmente hablando, concluyeron sin convicción, era una exageración del «tipo calabrés medio».

El discurso más conmovedor de todo el juicio provino del abogado que representaba a los padres de Pietro Ritrovato, el joven carabinero muerto a causa de las horribles heridas que le infligió Musolino la mañana después del episodio de los *maccheroni* impregnados con droga. El viejo matrimonio Ritrovato había presentado una demanda civil contra el rey del Aspromonte, pero los dos esposos sollozaban tanto en el tribunal que a menudo hubieron de salir de la sala. Su abogado explicó que su fin no era solicitar dinero, sino «depositar una flor la memoria de una víctima caída en cumplimiento de su deber». Con ese propósito, quería destruir lo que él mismo llamó «la leyenda de Musolino», insistiendo en la única cuestión crucial que el juicio había pasado por alto: Musolino era miembro de una asociación criminal llamada la *picciotteria*.

El testimonio más endeble fue el del alcalde de Santo Stefano, el hombre que había asistido a la boda de la hermana de Musolino y hecho circular una petición a favor del perdón real. Aurelio Romeo era un sujeto regordete, de barba negra y pulcra, y uno de los protagonistas fundamentales de una de las dos facciones políticas dominantes en Reggio Calabria. En el tribunal escenificó una encendida indignación moral por la forma en que la gente de Santo Stefano había sido maltratada por una policía brutal e incompetente. «La *picciotteria* es una invención, una excusa para la debilidad policial», dijo. Al preguntársele por el carácter de los dos cómplices de Musolino acusados de intentar asesinar a su predecesor, dijo que eran hombres honestos y trabajadores esforzados.

El resultado del juicio fue inevitable: Musolino fue declarado culpable y

sentenciado a cadena perpetua. Pero, de modo igualmente inevitable, Italia había perdido una oportunidad muy valiosa de atraer la atención pública hacia la tenaz irrupción del crimen en el sur de Calabria. La ‘Ndrangheta temprana seguiría cubierta por el velo de la oscuridad y la confusión, como una curiosidad poco conocida de una región poco conocida.

Musolino, en cambio, estaba destinado a una fama duradera, aunque se fuera marchitando en prisión. Justo antes de la Primera Guerra Mundial, el escritor inglés Norman Douglas recorrió a pie Aspromonte y oyó uno tras otro los relatos de las aventuras del bandolero en boca de sus guías campesinos: «Solo Dios puede saber a cuánta gente pobre ayudó en sus aflicciones. Y si se topaba con una chica joven en las montañas, solía ayudarla con lo que cargaba y escoltarla hasta su hogar, directo a casa de sus padres. Ah, ¡si usted lo hubiera visto, señor! Era joven, con el pelo rubio y rizado y el rostro como una rosa».

Musolino era, en rigor, de cabellos negros, eso al menos quedó demostrado sin lugar a dudas por los criminólogos en el juicio.

Bajo el fascismo, Benito Mussolini bloqueó cualquier intento de hacer una película sobre la vida de Musolino, dada la semejanza entre su apellido y el del bandolero. En 1950 se estrenó al fin un filme biográfico; presentaba a Musolino como un hombre que había sufrido tales arbitrariedades a manos de la mafia calabresa que se vio obligado a tomarse la justicia por su mano.

5
Los «dones» en los medios 1899-1915

Banqueros y «hombres de honor»

Una razón por la que Italia apenas advirtió el ascenso de la *picciotteria* fue que el país tenía preocupaciones bastante más serias. A finales de la década de 1880 estalló una burbuja inmobiliaria que dejó a muchas instituciones de crédito con grandes deudas. En 1890, la economía entró en recesión, acumulando aún más presión sobre el sistema financiero. En consecuencia, varios bancos quebraron, incluidos los dos mayores de Italia. Otro, la Banca Romana, intentó mantener a raya la implosión emitiendo su propio dinero y empleando luego el efectivo falso para sobornar a docenas de políticos. Los «empréstitos» de la Banca Romana sirvieron también para que el rey de Italia mantuviera su lujoso estilo de vida. En noviembre de 1893, el primer ministro se vio obligado a dimitir cuando su participación en el escándalo se reveló en el Parlamento.

A muchos les parecía que no era solo el sistema bancario italiano el que estaba a punto de venirse abajo, sino la monarquía y el propio Estado. El político llamado a salvar a la nación fue Francesco Crispi, un viejo caballo de batalla de la izquierda, un siciliano que había sido uno de los héroes en la expedición de Garibaldi en 1860. Crispi se enfrentaba a la vez a un desafío político sin precedentes que adoptaba la forma de los sindicatos, el Partido Socialista y otras organizaciones que aglutinaban a los campesinos y obreros. El nuevo líder respondió a todo ello con represión, proclamando la ley marcial en algunas regiones del país, e incluso, en 1894, prohibiendo el Partido Socialista. Desesperado por conseguir la gloria militar que viniera a reforzar la débil credibilidad del Estado, Crispi lanzó una temeraria aventura colonial en el este de África. En marzo de 1896, en la batalla de Adowa, el ejército italiano que el político había espoleado para que entrara

en acción fue arrasado por una fuerza etíope inmensamente superior. Crispi renunció poco después de que llegaran a Roma las noticias de Adowa.

Después de Crispi, la prohibición existente sobre el movimiento obrero se relajó, pero los políticos prosiguieron en su deriva reaccionaria. Durante unos pocos años, los sectores de signo conservador hablaban abiertamente de revertir de forma brusca el lento y dudoso avance de Italia hacia la democracia. En la primavera de 1898, una subida en los precios de los alimentos provocó motines callejeros y en las calles de Milán resonó el fuego de los cañones cuando las tropas arremetieron contra los manifestantes. Otro primer ministro se embarcó entonces en una prolongada batalla parlamentaria para conseguir que se promulgase una legislación restrictiva de la prensa y las libertades políticas.

En el verano de 1900, un anarquista toscano de nombre Gaetano Bresci volvió a Italia desde su hogar en Patterson, New Jersey, dispuesto a vengar los cañonazos de 1898. El 20 de julio puso un sello apropiadamente violento a la década más turbulenta en la breve historia de Italia, cuando se dirigió a Monza y asesinó al rey.

Para entonces, sin embargo, Italia estaba ya entrando en una era muy distinta. Un sistema bancario reformado, incluyendo al recién creado Banco de Italia, contribuyó a revivir la economía. El noroeste se estaba industrializando a gran velocidad: en Turín, la FIAT comenzó a fabricar coches en 1899; en Milán, Pirelli inició la producción de neumáticos en 1901. En pocos años, las ciudades italianas se poblaron de ruido y luces: automóviles, tranvías eléctricos, centros comerciales, bares, cines y estadios de fútbol. En la política, la reforma estaba a la orden del día. Había más gente con acceso a la educación y, en consecuencia, más gente obtuvo el derecho a voto. El Partido Socialista, aunque aún era reducido, tenía fuerza suficiente para regatear concesiones en el Parlamento. En 1913, Italia celebraría sus primeras elecciones generales, en las que, por ley, todos los varones adultos tuvieron derecho a votar.

Otro de los síntomas de la nueva vitalidad fue un aumento en la lectura de periódicos. En 1900, el año en que Bresci mató al rey, el *Corriere della Sera* tenía una tirada de setenta y cinco mil ejemplares. Para 1913, la cifra alcanzaba los trescientos cincuenta mil. De modo que la Italia que siguió al

juicio al rey del Aspromonte en 1902 era un país donde tenía lugar una revolución mediática. En rigor, las tres honorables sociedades de Italia debían ahora probar su aptitud para la brutalidad, la creación de redes y la desinformación, en una sociedad mucho más democrática, en la que la opinión pública modelaba las decisiones políticas, y estas a su vez modelaban los destinos criminales.

La Camorra napolitana no conseguiría sobrevivir al desafío.

Pero en el caso de la Mafia siciliana, la era de los nuevos medios disponibles no tuvo más impacto sobre ella que el fogonazo del flash de un fotógrafo: el de iluminar por un instante un paisaje crepuscular de corrupción y violencia y luego sumirlo en una oscuridad incluso mayor que la de antes.

Todos los dramas de la Mafia siciliana de principios del siglo XX surgieron del momento más siniestro de la crisis bancaria habida al despuntar la década de 1890, un asesinato que habría de seguir siendo el más célebre de los crímenes mafiosos durante la mayor parte del siglo siguiente. Notorio en parte porque la víctima era uno de los ciudadanos más destacados de Sicilia, y en parte porque sus asesinos se salieron con la suya, pero ante todo porque el escándalo resultante, conocido como el «caso Notarbartolo», puso en evidencia brevemente la influencia que la Mafia ejercía sobre los escalones más altos de la sociedad.

El marqués Emanuele Notarbartolo di San Giovanni lucho en 1860 del lado de Garibaldi, pero era contrario a la violencia por naturaleza. En una época en que las cuestiones de honor se resolvían a menudo con un duelo de espadas al amanecer, Notarbartolo solo se vio una vez arrastrado a uno de esos, el cual duró tres horas porque el marqués se limitó a batirse de modo defensivo. Era un hombre devoto de su familia, que escribía breves y tiernas notas a su esposa cada día. Notarbartolo, además, desempeñaba su función de servidor público con una dedicación excepcional. Como alcalde de Palermo entre 1873 y 1876, combatió la corrupción. En 1876, inició una prolongada labor como director general del Banco de Sicilia, donde su

política de restricciones crediticias lo hizo impopular. La reputación de hombre riguroso que adquirió en el Banco de Sicilia habría de conducir directamente a su atroz asesinato.

La trayectoria impecable de Notarbartolo tenía su contraparte malévola en la de don Raffaelle Palizzolo, al que la policía llegaría a definir como «el patrón de la Mafia en el campo de Palermo, especialmente al sur y al este de la ciudad». El feudo de Palizzolo tenía su centro en el notable *borgate* de Villabate y Ciaculli, donde poseía y arrendaba tierras, y donde sus amistades ejercían el control característico sobre las plantaciones de cítricos y coordinaban las actividades de los bandidos y cuatreros.

En la década de 1870, don Raffaelle comenzó a amasar una fortuna al instalarse él mismo en los consejos locales y provinciales, así como en los directorios de incontables entidades caritativas y organizaciones no gubernamentales. Cuando Notarbartolo fue alcalde de Palermo, atrapó a Palizzolo sustrayendo dinero de un fondo que acumulaba reservas de harina para los pobres.

Palizzolo era un maestro de lo que los italianos llamaban el *sottogoverno* (literalmente, el «gobierno por debajo»), que significaba permutar oscuros favores por influencia política. Llegada la época de las elecciones, solía recorrer a caballo la región, flanqueado por los cabecillas mafiosos y sus matones. De hecho, la mafia de Villabate encubría a menudo las reuniones en la cumbre de su secta como reuniones políticas en apoyo de su patrón. En 1882, Palizzolo fue elegido al Parlamento.

En el Banco de Sicilia, Emanuele Notarbartolo volvió a encontrarse en su camino con Palizzolo. Como director general, se suponía que Notarbartolo debía ser supervisado en su labor por un consejo general de cuarenta y ocho dignatarios del gobierno local, las cámaras de comercio y entidades parecidas. Palizzolo era uno de ellos, al igual que otros sujetos deshonestos vinculados al crimen organizado, y cierto número de hombres de negocios con un manifiesto conflicto de intereses: estaban entre la gente que debía dinero al banco. No es sorprendente, por ende, que la política de restricciones crediticias de Notarbartolo fuese impopular.

En 1882, cuatro individuos vestidos de soldados secuestraron a Notarbartolo, al que solo liberaron tras el pago de un rescate. Gracias a un

chivatazo, la policía encontró a los secuestradores, que estaban escondidos en una casa vacía de la localidad. Nunca recuperaron el rescate, aunque podemos presumir con cierto grado de certeza quién fue el que tomó buena parte de él: tanto el sitio del secuestro como el escondrijo de los secuestradores estaban en territorio controlado por los mismos *mafiosi* de Villabate que tenían a Palizzolo como invitado de honor en sus banquetes.

En 1888, Notarbartolo se descubrió trabajando a diario con su enemigo cuando Palizzolo fue elegido para el consejo del Banco de Sicilia. La confrontación que hasta entonces ardía a fuego lento entre el director general y el consejo general rompió cuando estalló el boom de la construcción en Italia. Notarbartolo intentó convencer a algunos ministros de que modificaran la constitución del Banco de Sicilia para atenuar el poder del consejo general y brindar al director general el poder de responder a la crisis crediticia, pero fue desplazado por el lobby de Palizzolo y los suyos, y en 1890 perdió su cargo. Sus enemigos victoriosos intentaron entonces retener su pensión.

Con Emanuele Notarbartolo eliminado ya como obstáculo, el dinero del banco se usó ilegalmente para inflar el precio de las acciones de la mayor compañía naviera de Italia, la Navigazione Generale Italiana, o NGI. El mayor accionista de NGI resultó ser el hombre más acaudalado de Sicilia, quien resultó ser un gran apoyo de la figura política dominante del momento, el primer ministro siciliano Francesco Crispi. Y este, a su vez, resultó tener un aliado cercano en el nuevo director general del Banco de Sicilia. Y este resultó que poseía sus propias acciones de NGI.

Palizzolo engrasó los engranajes de este mecanismo. Como parlamentario, don Raffaelle cabildeó intensamente, como siempre lo había hecho, por la causa de NGI. Como miembro del consejo del Banco de Sicilia, aprobó la operación accionarial de NGI. Como miembro de la Mafia, cogió algo del efectivo bancario para comprar más de esas acciones de NGI cuyo precio se había elevado artificialmente y concedió generosos préstamos a amigos suyos que exportaban limones y naranjas para ganarse la vida.

Entonces, en 1892, la corrupción de la Banca Romana (el banco que estaba emitiendo su propio dinero) quedó al desnudo en el Parlamento. Las

instituciones crediticias de todo el país se tambalearon. Las llamadas a sanear el sistema bancario resonaban ahora con demasiada fuerza para ignorarlas. Emanuele Nortarbartolo recibió enérgicas peticiones de volver al Banco de Sicilia con la misión de aplastar una vez más la corrupción. Y si Nortarbartolo reasumía su cargo de director general del Banco de Sicilia, era seguro que dejaría al descubierto un fraude que implicaba al grupo de interés con mayor poder económico de toda la isla, vinculándolo directamente con Raffaele Palizzolo y la Mafia.

Al anochecer del 1 de febrero de 1893, Emanuele Nortarbartolo fue víctima de veintinueve puñaladas en un tren que iba hacia Palermo; sus agresores arrojaron el cuerpo a las vías.

Meses después, su esposa apareció en los medios aún rota de dolor quemando los cientos de notas que Emanuele le había enviado. Al mismo tiempo que ella lloraba, e Italia se hundía en una crisis financiera, social y política que amenazaba con poner de rodillas a la joven nación, la Mafia y sus cómplices cubrían silenciosamente sus rastros, enterrando el asunto bajo varias e ingeniosas capas de engaños y omisiones.

La razón de que conozcamos todas las artimañas del Banco de Sicilia, y de hecho la razón de que el asesinato de Emanuele Nortarbartolo llegara alguna vez a los tribunales, fue la determinación dolorida de su hijo Leopoldo, un joven oficial de marina hecho a la medida de su progenitor.

Desde un principio, nadie puso en duda que Emanuele Nortarbartolo hubiera sido víctima de la Mafia, aunque la organización no había asesinado nunca antes a alguien de esa relevancia (ni volvería a hacerlo hasta la década de 1970). Desde un principio, las autoridades oyeron los rumores que indicaban que el «honorable» don Raffaele Palizzolo había orquestado el asesinato. Leopoldo Nortarbartolo, muy consciente del largo historial de roces de Palizzolo con su padre, tenía más motivos que nadie para sospechar que el notable parlamentario estaba involucrado. Pese a ello, no se hizo nada. En 1894, justo un año después de que encontraran a Nortarbartolo tirado en las vías ferroviarias, un antiguo juez escribió al ministro de Justicia para explicarle las razones por las que nadie había sido acusado hasta entonces: «Puede atribuirse este fracaso a las siguientes dos causas: primero, la alta jerarquía de la Mafia planificó el asesinato con

mucho adelanto y lo llevó a cabo con el mayor cuidado; segundo, las autoridades no reciben ayuda alguna de la sociedad, porque los testigos son desconfiados o están asustados».

Sabiendo lo que ya sabemos hasta aquí de la historia de la Mafia, podemos añadir una tercera causa que el juez olvidó mencionar: la Mafia estaba infiltrada tanto en la policía como en la judicatura de Palermo.

Leopoldo Nortarbartolo asistió a la negligencia escandalosa con la que se realizaba la investigación y empezó a indagar por su cuenta. Fue uno de los muchos italianos cuya búsqueda de la verdad y la justicia se presentaba larga y solitaria; de hecho, le llevó más de una década de vida. Como la mayoría de esas búsquedas, la de Nortarbartolo fue una historia de meticulosos empeños: rastrear en los papeles de su padre, entrevistarse con testigos reticentes, viajar a lo largo y ancho de la región para corroborar coartadas dudosas. Y, como buena parte de esas indagaciones, fue también una búsqueda de apoyos políticos.

Leopoldo Nortarbartolo sabía que su única posibilidad de exponer las intrigas de alto vuelo que habían provocado la muerte de su padre y resguardado a sus asesinos ante la ley, pasaba por aprovechar los contactos que él mismo tenía en las altas esferas. En ocasiones, en Italia, las fuerzas del bien se ven obligadas a operar por las mismas vías que las fuerzas del mal.

Cuando Francesco Crispi —el primer ministro cercano al lobby de la naviera NGI— cayó tras la humillante derrota de Italia en la batalla de Adowa en marzo de 1896, su sucesor como primer ministro fue otro siciliano; alguien con quien Leopoldo consideró que sí podía hablar; alguien que había ya jugado su parte en la historia de la Mafia.

Antonio Starabba, marqués de Rudinì, fue el alcalde de Palermo que se hizo famoso por defender el Palacio Real durante la revuelta de septiembre de 1866 en la ciudad. Peleando codo con codo junto a él durante el sitio, estuvo Emanuele Nortarbartolo (para ser precisos, Nortarbartolo había fabricado el molde con el que los defensores del Palacio Real hicieron balas de mosquetón con el plomo de las tuberías). La última vez que vimos a Rudinì estaba de pie al borde del páramo de la política, exponiendo de manera desesperada su asombrosa teoría acerca de la «mafia benigna» en la

investigación parlamentaria de 1876. En los noventa, la barba rubia y bien recortada de Rudinì se había vuelto profusa, gris y horquillada. La crisis financiera y política del momento había empujado a Italia hacia la derecha y, por esa vía, había revitalizado la buena fortuna del marqués.

Leopoldo Nortarbartolo se hacía pocas ilusiones con Rudinì: «zalamero» era el adjetivo con que solía describirlo. En rigor, Rudinì era ahora tan poderoso que podía descansar en alguien más para que desplegara la zalamería en su nombre. El encargado de su distrito electoral en aquella época era un tal Leonardo Avellone, un alcalde local. En 1892, un periódico siciliano brindaba un retrato inolvidable de Avellone:

> El *commendatore* Avellone es un hombre acaudalado próximo a los sesenta años. Es rechoncho y cordial, con la astucia de un campesino y la naturaleza educada y solícita de un cura jesuita. Pero es a la vez vengativo y traicionero con todo el mundo, especialmente con sus amigos. Es ignorante pero agudo, y tan asiduo a hacer el bien como el mal. Hace amistad con los virtuosos y los perversos por igual, sin la más leve distinción. Es una figura paterna no solo para sus innumerables hijos, sino también para sus parientes y los parásitos que, a la sombra de él, ejercen una absoluta tiranía en el área de Termini. Siempre adopta la pose de un hombre de orden en extremo conservador, una figura clásica de la derecha. Alguna vez ha brindado excelente ayuda a la policía, pero en otras ocasiones no ha tenido escrúpulos para ayudar o dejar en libertad a criminales de todo tipo que, o bien trabajan para él, o bien se hallan bajo su protección.

Avellone era, en suma, el arquetipo del cabecilla mafioso; se sentía feliz de hacerse cargo de los asuntos locales —tanto los legales como los criminales— mientras Rudinì, su patrocinador, lidiaba con los grandes problemas de Estado en Roma. Avellone aprovechó bien el regreso de Rudinì al primer plano de la política italiana, adquiriendo una influencia decisiva sobre todo lo que se movía en su pequeño reino: desde otorgar licencias para vender cupones de lotería y tabaco hasta conceder cargos gubernamentales y trabajo en el sector público; se decía que controlaba incluso la política policial local. Esto era, entonces, lo que Rudinì había querido decir con un «*maffioso* benigno» en 1876. Había muchos de esos *mafiosi* benignos al oeste de Sicilia, siendo el más influyente de ellos don Raffaele Palizzolo.

Lo único que pudo persuadir a Leopoldo Nortarbartolo de que valía la pena hablar con Rudinì fue que el nuevo primer ministro era un enemigo

declarado de Francesco Crispi, el anterior primer ministro. Así que Nortarbartolo se valió de su apellido para acceder al despacho de Rudinì y plantearle lo sustancial de su caso contra Raffaele Palizzolo. ¿Podía Rudinì hacer algo para lograr justicia?

La respuesta del propio Rudinì fue breve, jocosa y a la vez escalofriante: Nortarbartolo debía procurarse «un buen mafioso», pagarle bien y dejar que él se hiciera cargo de Palizzolo.

Así pues, el primer ministro acudió a los servicios de don Raffaele en Palermo para desbancar a los seguidores de Crispi de sus cargos en la ciudad.

Solo en 1898, más de cinco años después de la muerte de su padre, Leopoldo pudo al fin dar con la ayuda política que necesitaba. Rudinì cayó del gobierno poco después de los acontecimientos de mayo de ese mismo año, cuando las tropas dispararon cañonazos contra la multitud en Milán. Su sucesor fue un militar, el general Luigi Pelloux. Pelloux no tenía mayor interés político en Sicilia y era también amigo de los Nortarbartolo. Mediante el general Pelloux, Leopoldo tuvo acceso a la documentación que requería: del interior del Banco de Sicilia, de los cuarteles policiales de Palermo y hasta del Ministerio del Interior. Por fin, el hijo del banquero asesinado pudo vislumbrar su día en los tribunales.

A las pocas semanas de haber asumido su cargo, el general Pelloux abrió otro frente contra la Mafia, reclutando al principal luchador antimafia del país para que liderara la más seria arremetida llevada a cabo desde la década de 1870 contra el dominio territorial del crimen organizado en Sicilia.

Floriópolis

El 4 de agosto de 1898, el nuevo primer ministro telegrafió una orden perentoria al prefecto de Génova: «Jefe de policía Ermanno Sangiorgi trasladado Palermo. Debe irse lo más pronto. Con gastos».

Ermanno Sangiorgi tenía ahora cincuenta y ocho años y era el oficial de policía más experimentado de Italia. Desde que abandonara Nápoles tras la huelga de taxistas en 1893, lo habían destinado a Venecia, Bolonia, Livorno y Génova. En tanto su carrera había retomado un curso ascendente, disfrutaba de momentos de gran felicidad en su vida personal. En 1890 tuvo otra hija, Maria Luigia, y en 1895 se casó con la madre de la niña, Maria Vozza, en una ceremonia civil; ella y Sangiorgi pudieron vivir al fin juntos sin provocar escándalo. Pero los hijos mayores de Sangiorgi eran todavía motivo de angustia. Su hija Italia estaba a menudo indispuesta. Su hijo Italo había resultado un inútil, abandonando un trabajo tras otro, navegando hacia Oriente en busca de su destino, rogando constantemente a su padre para que le prestara dinero y lo rescatara de lo que él denominaba su «escuálida pobreza».

El traslado de Sangiorgi a Palermo habría de ser su último destino, la culminación de casi cuatro décadas al servicio de la ley y el orden. Un mes después de llegar a Sicilia, fue nombrado a la vez un nuevo prefecto, que anunció la nueva y radical política que él y Sangiorgi pondrían en práctica: una ofensiva contra los sobornos a cambio de protección que eran la base del poder de la Mafia: «El delito de extraer dinero mediante amenazas es la maldición más terrible que hoy permea al territorio rural de la provincia de Palermo. La Mafia ha encontrado una forma de llevar una vida fácil por el expediente de sacudir en el aire a los propietarios de tierras; ha organizado

lo más parecido que pueda imaginarse a un sistema impositivo en su propio favor».

De pronto, en mitad de la crisis política más oscura de Italia, Sangiorgi contaba con el respaldo político para llevar a cabo la «lucha abierta contra la Mafia» en la que se había embarcado durante todos esos años. Y concentraría sus esfuerzos en la Piana dei Colli, al noroeste de Palermo: el mismo paisaje tan bello y peligroso en que Giovanni Cusimano, el Negro, había montado la persecución contra el viejo Gambino y sus hijos en los años sesenta y setenta del siglo XIX.

Sangiorgi llegó a Palermo en mitad de una guerra civil dentro de la Mafia. En juego estaba, como siempre, algún territorio de las ricas plantaciones de cítricos de la Conca d'Oro. El rastro de muerte y destrucción no era particularmente prolongado, de acuerdo con los criterios de la Mafia: cinco *mafiosi* muertos a tiros, otro obligado a suicidarse y un séptimo envenenado cuando escapaba a Nueva Orleans. Había, además, dos víctimas inocentes: una dependienta de dieciocho años y un pastor de ganado, ambos asesinados para evitar que hablaran. Pero lo que no tenía precedentes históricos en una guerra de la Mafia como la ocurrida a finales de la década de 1890 fue que Sangiorgi se valió de ella con habilidad para reclutar testigos, tanto *mafiosi* como sus víctimas inocentes. Luego empleó sus testimonios para conformar la descripción más detallada y convincente nunca antes compilada de la estructura de la secta criminal. Sangiorgi desplegó esa descripción en un informe que envió a Roma en varias entregas entre noviembre de 1898 y enero de 1900.

Lo primero que impresiona del informe es que partió de la nada. Sangiorgi hubo de asumir que sus lectores (preferentemente, viejos magistrados y el primer ministro) desconocían todo sobre la Mafia, ya que hasta entonces no se había probado nada. De acuerdo con esto, comenzó por lo más básico: «El objetivo de la asociación es intimidar a los propietarios de tierras y, por esa vía, obligarlos a contratar administradores, guardias y trabajadores, imponerles contratistas y determinar el precio de los cítricos y otros productos». A partir de estos simples pasos iniciales, Sangiorgi avanzó un largo trecho. Tuvo oportunidad de confirmar lo que ya sabía sobre el ritual de iniciación de la Mafia y concluyó haciendo un

listado de los cabecillas, subjefes y cerca de doscientos «soldados» en cada una de las ocho células autónomas de la Mafia. Exponía sus nexos más allá de Palermo, hasta puntos tan lejanos como Túnez, una avanzada del comercio de cítricos. Explicaba cómo hacían para celebrar reuniones y juicios y realizaban ejecuciones colectivas de los miembros que, a su juicio, habían roto las reglas; en especial, la regla que estipulaba obediencia ciega a los deseos de los jefes. Sangiorgi mencionaba incluso al «jefe supremo o regional» de la Mafia, el comerciante en cítricos de cincuenta años y *capo* de la *cosca* de Malaspina, Francesco Siino.

El apellido Siino resonaba con ecos en la memoria del propio Sangiorgi. El hermano mayor de Francesco, Alfonso, ahora a cargo de la rama de la secta en Uditore, era uno de los dos individuos que habían asesinado a tiros al hijo del viejo Gambino en 1874 y que quedaron impunes gracias a la trama «fratricida». Muchos otros apellidos del informe de Sangiorgi hacían resonar una campanilla malévola en su interior: como Cusimano, y sobre todo Giammona. Antonino Giammona era el cabecilla que escribía poesía, de cuya banda Sangiorgi había expuesto el rito de iniciación en 1876. El viejo mafioso tenía ahora cerca de ochenta años, pero aún disfrutaba de una enorme autoridad: «Da directrices mediante consejos inspirados en su vasta experiencia y su dilatada ficha criminal. Ofrece instrucciones de cómo llevar a cabo los crímenes y forjar una defensa, especialmente las coartadas».

Lo que relacionaba estos apellidos era ahora mucho más que un historial compartido de asesinatos y extorsiones. Las familias mafiosas del territorio aledaño a Palermo se habían relacionado conyugalmente y muchas habían legado su riqueza y autoridad a su descendencia: el hijo de Antonino Giammona, Giuseppe, era el *capo* en Passo di Rigano; el de Alfonso Siino, Filippo, era subjefe en Uditore. Transcurrida una generación desde su último encuentro con la Mafia de Palermo, Sangiorgi pudo apreciar que su estrategia matrimonial había fundado dinastías criminales. Si la estructura de jefes, subjefes y *cosche* proporcionaba a la Mafia su esqueleto, estos lazos de parentesco eran su sistema circulatorio.

Sangiorgi identificaba a su vez íntimos contactos al nivel habitual entre esta nueva aristocracia criminal y algunas de las dinastías más antiguas en

Palermo, entre ellas la familia más rica de Sicilia, los Florio. La cabeza de familia de Florio, Ignazio, fue un empresario de cuarta generación cuyo padre se había relacionado matrimonialmente con la sangre más azul de Sicilia. La fortuna que Ignazio heredó incluía la porción mayoritaria de NGI, la empresa naviera cuyo valor accionario se incrementaba de manera encubierta con dinero del Banco de Sicilia. Un hombre de gran brío y estilo, que no había sobrepasado la veintena cuando Sangiorgi fue nombrado jefe de policía, Ignazio daba la medida del patrón decadente en el *monde* siciliano. Florio convirtió Palermo —o Floriópolis, como llegó a ser conocida— en destino fundamental de los dueños de yates de Europa. Su muy suntuosa villa, ubicada en su propia zona verde entre los coloridos y aromáticos parajes de la Conca d'Oro, era el epicentro de la sociedad educada. Pero, como bien descubrió Sangiorgi, la villa Florio era también un lugar relevante para la honorable sociedad siciliana.

Los sujetos responsables de la seguridad en la villa Florio eran el «jardinero», Francesco Noto, y su hermano menor, Pietro, respectivamente, el jefe y subjefe de la *cosca* mafiosa de Olivuzza. Sangiorgi no llegó a descubrir cuáles eran los términos del trato entre los hermanos Noto e Ignazio Florio, pero el tema de la protección era casi siempre la forma en que los *mafiosi* ponían pie en los jardines cercados. El secuestro era un riesgo serio, habrían explicado los Noto a Ignazio Florio en tono deferente. Pero nosotros podemos garantizar su seguridad. Y una vez que la seguridad de Florio estaba en manos de la Mafia, no había límites a los giros que el vínculo podía adoptar, muchos de ellos mutuamente beneficiosos. Disponer de asesinos a los que recurrir alguna vez puede ser un recurso muy tentador para alguien.

Una mañana de 1897, Ignazio Florio se despertó para comprobar que su seguridad había quedado seriamente comprometida: alguien había irrumpido en la villa y faltaba una gran cantidad de *objets d'art*. Tras ello, convocó a los hermanos Noto y les soltó una diatriba humillante. A los pocos días, Florio volvió a despertarse y encontró que los objetos de valor robados habían reaparecido misteriosamente durante la noche… exactamente en el mismo sitio que antes del robo. Fue un gesto criminal de asombrosa delicadeza: tanto una disculpa como un sereno recordatorio de lo

muy hondamente que la Mafia había penetrado en la intimidad doméstica de la familia Florio.

Sangiorgi se enteró de que los responsables del robo a los Florio eran dos soldados a las órdenes de los Noto, descontentos y con la sensación de que no habían tenido una parte justa en el botín resultante de un secuestro. Los Noto fueron a emplazar a los rateros, prometiéndoles más dinero con la condición de que las propiedades de los Florio fueran restituidas; por supuesto, fueron debidamente devueltas. Enseguida informaron del episodio a una sesión del tribunal de la Mafia, el cual dictaminó que aquello suponía un acto escandaloso de insubordinación. Varios meses después, en octubre de 1897, un escuadrón de la muerte que reunió a representantes de cada una de las ocho *cosche* mafiosas atrajo a los ladrones a una trampa, los mató a tiros y arrojó sus cuerpos a una profunda gruta dentro de un limonar.

Lo que impactó a Sangiorgi de toda la historia fue que los hermanos Noto hubieran contado a los Florio exactamente lo que habían hecho con los rateros. En noviembre de 1897, poco después de que la policía encontrara los cadáveres en la gruta, pero antes de que nadie dentro de la Mafia tuviese la más vaga idea de cómo y por qué habían terminado allí, se oyó a la madre de Ignazio Florio comentar que los dos muertos habían sido castigados por la irrupción en su casa a principios de ese año. La justicia se había cumplido —de manera discreta y con la fuerza debida— para satisfacción tanto de los Florio como de los maleantes que ellos patrocinaban. Un tipo de justicia que nunca podría tener nada que ver con la policía.

Los Florio habitaban un mundo de fiestas en sus jardines y bailes de gala, de recepciones reales y paseos en carruajes descubiertos, de veladas en las que se jugaba al *whist* y se estrenaban óperas. Una distancia inconcebible separaba su medio habitual de los edificios de alquiler infestados de ratas en los que se incubó la Camorra napolitana, o los tugurios sembrados de estiércol de los *picciotti* en Africo. Pese a todo, entre los Florio y la Mafia siciliana no había casi ninguna distancia. Si llegaba a darse una «lucha abierta» entre el Estado y la Mafia, había pocas dudas de cuál sería la facción que la familia Florio apoyaría.

La noche del 27 de abril de 1900, Sangiorgi ordenó el arresto en masa

de los hombres de honor mencionados en sus informes. Escogió con pinzas a sus oficiales, confiando en su propio juicio acerca de su honestidad y coraje. Así y todo, tuvo que mantener en secreto la operación hasta el último minuto para evitar filtraciones: los espías de la Mafia estaban en todas partes. En octubre, el prefecto de Palermo informó que Sangiorgi había reducido a la Mafia al «silencio y la inactividad». Ese silencio era el premio a meses y meses de brillante trabajo policial. Pero fue a la vez la reacción inicial de la Mafia a lo que acababa de ocurrirle a su miembro preferido del Parlamento, don Raffaele Palizzolo.

Cuatro juicios y un funeral

Entre noviembre de 1899 y julio de 1904, el tema de la Mafia circuló por el territorio nacional en un recorrido que lo abarcó en su totalidad. El primer ministro, el general Luigi Pelloux, tuvo que ejercer presión directa sobre la oficina del fiscal de Palermo para asegurarse de que el asesinato de Nortarbartolo llegara finalmente a los tribunales. El caso fue transferido lejos de Palermo para que la peculiar atmósfera local no influyera en el resultado. Habría, al final, tres juicios distintos por el asesinato de Nortarbartolo, cada uno en una ciudad italiana diferente, y cada uno cubierto extensamente por una hueste de la creciente prensa nacional. Por primera vez, las sombrías maquinaciones de Sicilia se convirtieron en un escándalo a todo lo largo del país.

El primer juicio tuvo lugar en el norte, en la neblinosa Milán, que era aún un polvorín tras la masacre que el ejército había llevado a cabo el año anterior. Aquí el suelo mismo parecía vibrar con las industrias: la fuerza hidroeléctrica, el «carbón blanco» de Italia, era distribuida por cable desde los Alpes; las chimeneas humeantes se erguían contra el cielo de la periferia, y en el centro de la ciudad, un gran edificio de la bolsa comenzaba a tomar forma. Milán era la vitrina de Italia ante el mundo. Con sus fuertes tradiciones radicalizadas, hogar del Partido Socialista y su mordaz periódico *Avanti!*, la ciudad sería a la vez una perfecta cámara de resonancia del escándalo Nortarbartolo.

Pese a todo, cuando el juicio al fin comenzó, solo había dos personas en el banquillo de los acusados: el encargado de los frenos y el revisor del tren en el que Nortarbartolo había sido apuñalado hasta morir hacía más de seis años y medio. El general Pelloux solo ejercería presión sobre la judicatura

de Palermo. Para la fiscalía, los dos ferroviarios eran cómplices de los asesinos de la Mafia. Para la defensa, meros testigos aterrorizados, en el peor de los casos. Para Leopoldo Nortarbartolo, una oportunidad de encender una tormenta publicitaria que dejaría al fin al descubierto a don Raffaele Palizzolo.

El 16 de noviembre de 1899, el propio Leopoldo dio un sereno testimonio desde el estrado de los testigos en Milán, del cual su padre hubiera estado orgulloso. En su tono enérgico y con su voz profunda, acusó explícitamente a Palizzolo de haber ordenado el asesinato de su padre y prosiguió exponiendo todo lo que había averiguado acerca de la Mafia y el Banco de Sicilia. También vertió graves sospechas sobre la policía y los magistrados que jamás habían interrogado a Palizzolo a raíz del caso.

De inmediato hubo un clamor pidiendo la renuncia de Palizzolo. La presión política sobre él se intensificó día tras día, hasta que el Parlamento votó en sesión especial para que le fuera levantada la inmunidad y fuese procesado. La misma tarde, el jefe de policía Ermanno Sangiorgi emitió una orden de arresto en su contra.

Leopoldo Nortarbartolo obtuvo la tormenta publicitaria que anhelaba. Los diarios locales y extranjeros incluyeron horripilantes historias sobre Palizzolo, reales o imaginarias, y el personaje comenzó a parecer un sátiro grotesco devuelto a la vida. Un residente estadounidense en Italia, que prefirió, como era de entender, mantenerse en el anonimato, decía haber tenido acceso a una de las recepciones al aire libre que Palizzolo ofrecía cada mañana en la suntuosa mansión de su coto privado en Palermo.

La cama del aludido era su trono: el pesado marco de caoba estaba incrustado de madreperlas y coronado de un baldaquín; se erguía, rodeado de numerosas escupideras con llamativos ornamentos y espejos de afeitar dispuestos en su atril, en el centro de un salón con sedas rosáceas en las paredes. A su alrededor se reunía una multitud de peticionarios: miembros de algún consejo en busca de un cargo en otro comité, policías deseosos de incorporarse al cuerpo y ex convictos que aún ostentaban su corte de pelo penitenciario. El mayordomo de Palizzolo escogía uno a uno a los suplicantes y los conducía hasta una tarima baja en uno de los flancos amplios y tapizados de la cama. Palizzolo los saludaba a todos de manera

efusiva, revolviéndose en su camisón de noche, sosteniendo en una de las manos un tazón de chocolate y haciendo ademanes extravagantes con la otra:

> Palizzolo es un individuo menudo, con el cuello grueso y corto de un toro y el pelo negro brillante con la raya en el medio. Salvo por sus cejas pobladas, sus rasgos no son demasiado viriles. El mentón es débil y la frente denota más astucia que amplitud de criterio o fuerza de carácter.
>
> Los dedos de sus dos manos rollizas estaban cubiertos de anillos: anillos de toda clase, propios de un marqués, con serpientes labradas y sellos varios incrustados de diamantes, rubíes y ópalos, anillos que podrían llenar una bandeja entera de joyero. Con todo, bajo este despliegue más bien vulgar, bajo esta máscara mitad feminoide, mitad cursi, se oculta una personalidad sagaz y una mente calculadora no menor.

A medida que proseguía el juicio en Milán, hubo cada vez más revelaciones sensacionales. Resultó que un jefe de estación había reconocido a uno de los asesinos en una rueda de identificación, pero su testimonio no se tuvo en cuenta hasta que alguien lo amedrentó para que lo retirara. Arrestaron a un inspector de policía próximo a Palizzolo en el estrado de testigos por encubrir pruebas; otros veinte testigos se enfrentaron a cargos de perjurio. El ministro de Guerra se vio forzado a dimitir cuando un diario republicano expuso que había hecho presión para que liberasen a un influyente mafioso a tiempo para las elecciones. El tribunal se enteró de que el anterior primer ministro Rudinì había otorgado una condecoración oficial a Palizzolo en 1897.

También se convocó al tribunal de Milán a uno de los sujetos sospechosos de haber apuñalado concretamente a Emanuele Nortarbartolo: Giuseppe Fontana era un comerciante de limones y miembro de Villabate, la *cosca* mafiosa predilecta de Palizzolo. Fontana resultó ser, a la vez, el administrador de una finca propiedad de un aristócrata y parlamentario.

Cuando las fuerzas del orden fueron a arrestar a Fontana, el jefe de policía Sangiorgi tuvo que torcer el brazo a su protector aristocrático antes de que este accediera a proponerle a Fontana que se rindiese. Al final, el mafioso Fontana se entregó a Sangiorgi, pero solo en sus propios términos y con un estilo que venía a confirmar las conjeturas periodísticas más insólitas acerca de la influencia de la Mafia en las altas esferas. Fontana llegó a la ciudad en un coche con el blasón familiar de su protector, y en

compañía de los abogados de su protector. Entonces rehusó entrar en el cuartel de policía, insistiendo en lugar de ello en que Sangiorgi lo recibiera en su propia casa. Al escuchar cómo Fontana dictaba los términos de su propia rendición, Leopoldo Nortarbartolo acotó con sarcástica acidez que el mafioso había olvidado exigir que la guardia de Sangiorgi le presentara armas a su paso.

El país entero estaba impactado por lo que estaba saliendo a la luz en Milán. Incluso el primer ministro Pelloux comenzó a inquietarse al pensar hasta dónde podía llegar el escándalo y que tal vez sería necesario convocar antes de tiempo elecciones generales. El caso Nortarbartolo exudaba encubrimiento, y esa filtración incrementó el rechazo público al sistema político: mientras los políticos ordenaban a las tropas que disparasen contra manifestantes hambrientos e intentaban sofocar la libertad de prensa, estaban a su vez embolsándose empréstitos ilegales de los bancos y estaban compinchados con los *mafiosi*.

Palizzolo se había convertido, dentro de la política, en un leproso. El 15 de diciembre de 1899, unas treinta mil personas desfilaron por las calles de Palermo para manifestar su apoyo a la causa de Nortarbartolo. Un busto esculpido a toda prisa del banquero asesinado encabezó la procesión a hombros de sus manifestantes y luego lo depositaron en un pequeño templo delante del Teatro Politeama en el centro de la ciudad; poco después lo trasladaron hasta el atrio en la oficina principal del Banco de Sicilia. Junto a los socialistas y representantes de las escuelas y asociaciones de Palermo, la clase política local se vio forzada a hacerse presente, incluidos muchos cuya conducta estaba siendo cuestionada en los testimonios de Milán. Claramente, se habían registrado en las semanas recientes algunas conversiones vertiginosas y desvergonzadas a la causa de la ley y el orden. El *Morning Post* de Londres hacía hincapié en la hipocresía de todo ello: «Si uno solo de los innumerables políticos que ahora compiten para rendir honor a la memoria del señor Nortarbartolo se hubiese empeñado con suficiente energía para que el gobierno castigara a sus asesinos, ya se hubiera hecho justicia hace tiempo».

En enero de 1900, dos meses después de iniciarse el juicio en Milán, se suspendieron los procedimientos para posibilitar que se preparara un caso

de alcance bastante mayor. Esto supuso una victoria significativa para la causa de Nortarbartolo y la lucha contra el crimen organizado de Sicilia. Leopoldo Nortarbartolo habría de recordar más tarde estos momentos como «el punto culminante en la marea de corta vida a nuestro favor».

En el verano de 1900, el general Pelloux renunció a su cargo de primer ministro. Leopoldo Nortarbartolo había perdido su apoyo clave en los palacios romanos del poder, pero la indignación pública a raíz del encubrimiento en el asunto Nortarbartolo era aún muy grande. El destino de todo el caso pendía en la balanza.

El segundo juicio importante contra la Mafia de esa época comenzó en Palermo en la primavera de 1901. No surgió directamente del asunto Nortarbartolo-Palizzolo, sino de la resuelta labor policial del jefe de policía Sangiorgi: los *mafiosi* nombrados en sus informes fueron acusados de formar una asociación criminal.

Dado que las investigaciones de Sangiorgi no tenían relación directa con el escándalo bancario, no se beneficiaron del furor público que aún resonaba desde Milán. No hubo corresponsales extranjeros en Palermo cuando dio comienzo y los procedimientos merecieron apenas alguna mención en la prensa continental. Con todo, el juicio Sangiorgi fue, en muchos sentidos, históricamente tan importante como el asunto Nortarbartolo: un caso que podría haber probado de una vez por todas que la Mafia existía.

Sangiorgi, veterano como era en los asuntos sicilianos, debió de experimentar una sensación fatigosa de fatalidad en torno al resultado del juicio que se había pasado preparando gran parte de los últimos tres años. Con el general Pelloux fuera de la escena, él mismo era, una vez más, vulnerable al sistema de compadreo que la Mafia había creado para protegerse en su capital de origen. La mayoría de los *mafiosi*, incluido el venerable capo Antonino Giammona, fueron absueltos antes de que el caso hubiese siquiera llegado al tribunal. La probable explicación de estas absoluciones fue que, tal y como había sucedido durante el caso «fratricida»

de 1876-1877, Sangiorgi se enfrentó a la oposición insidiosa del juez más antiguo de Sicilia. Días antes de que se iniciaran los procedimientos, el fiscal general de Palermo, un tal Vincenzo Cosenza, escribió al ministro de Justicia para explicarle que «en el ejercicio de mis deberes nunca he advertido a la Mafia, porque la Mafia no tiene ningún deseo de entrampar a los sacerdotes de Temis» (quería decir magistrados, porque Temis era la antigua encarnación griega del orden y la justicia). Cualquier juez de Palermo que fuese incapaz de imaginar la razón por la que la Mafia podía querer corromper el sistema legal era, en el mejor de los casos, un ingenuo. Pero Vincenzo Cosenza no era un ingenuo: Leopoldo Nortarbartolo lo había identificado como encubridor de Palizzolo, el principal obstáculo en el camino que llevaría a don Raffaele y sus secuaces ante la justicia.

Colecciones privadas
El gran enemigo de la Mafia siciliana temprana: Ermanno Sangiorgi. Un periódico describía a este policía de carrera indicando que era un individuo «tan alerta como una ardilla, un investigador dotado de una firme perspicacia».

«Hombres de honor» brevemente atrapados en la red de Sangiorgi en 1900:

Colecciones privadas
Giuseppe Giammona, jefe de Passo di Rigano, e hijo del venerable *capo* Antonino Giammona.

Colecciones privadas
Francesco Siino, el «jefe supremo o regional» recientemente destituido.

Colecciones privadas
Los hermanos Francesco y Pietro Noto, respectivamente jefe y subjefe de Olivuzza, y responsables de la «seguridad» del hogar de los Florio, la familia más acaudalada de Sicilia.

Bocetos hechos en el tribunal para la prensa de la época.

El juicio en sí anduvo tan mal como temía Sangiorgi. Uno tras otro, la mayor parte de sus testigos claves se retractaron de sus afirmaciones. Los encubridores de la Mafia entre la élite local subieron al estrado para brindar inmaculadas referencias de sus amigos dentro de la secta criminal: «Los Giammona son muy estimados en la región», explicó un político local. Otro hombre de gran patrimonio fue más efusivo: «Los Giammona han sido muy generosos con quienquiera que tiene una relación de negocios con ellos, y nadie tiene nada malo que decir acerca de la familia». Una afirmación decididamente improbable, por supuesto, pero entendible, visto que este testigo en particular poseía tierras vecinas a Francesco Siino y el clan Giammona.

La Casa de Florio era demasiado poderosa para verse mezclada en el

caso: nadie de la familia del barón naviero tuvo que comparecer ante los tribunales para explicar cuál era exactamente la relación de los Florio con la mafia de Olivuzza. Ignazio Florio se limitó a una declaración por escrito, negándolo todo.

Los abogados de la defensa presentaron la guerra de la Mafia como una disputa entre familias no relacionadas entre sí, ridiculizando uno tras otro la teoría de Sangiorgi de que unos hombres que se habían degollado entre ellos pudieran ser miembros secretos de una misma secta. La *omertà*, decían, no se incluía en ningún código de conducta de una organización determinada. Como bien habían establecido los antropólogos, era una «hipertrofia del individualismo» típicamente siciliana: «Algo que sin duda tenía un lado positivo». La Mafia era una suerte de *cavalleria rusticana*, de «caballerosidad rústica» y, en cuanto tal, era solo la forma distorsionada que a veces adoptan los más nobles rasgos del carácter siciliano; desembarazarse de ella —de ser esto posible— implicaría cambiar por entero Sicilia.

La mayoría de los *mafiosi* fueron absueltos y el resto recibieron las condenas habitualmente breves que suponía el delito de «asociarse para delinquir». Sangiorgi había sido derrotado una vez más.

En septiembre de 1901 dio comienzo el segundo juicio por el asesinato de Nortarbartolo. La ciudad escogida para acoger los procedimientos largamente esperados fue Bolonia. Con sus arcadas y su antigua universidad, Bolonia era una de las ciudades mejor administradas de Italia. Como Milán, estaba aún a una distancia salvadora del nido de víboras que era Palermo. Pero, a diferencia de Milán, era conservadora: era poco probable que un jurado boloñés recibiese influencias de algún género de propaganda subversiva.

Tal vez fue una ilusión óptica generada por la publicidad. O quizá el peaje que hubo de pagar por los varios meses de encierro antes del juicio. El hecho es que, cuando don Raffaele Palizzolo compareció de nuevo unos pocos días para prestar declaración en los procedimientos, parecía haberse

encogido. Ya no lucía anillos en las manos y, por todo apoyo, solo tenía el respaldo de la silla en lugar de su lecho de caoba. Ya fuera que estuviese suplicando al jurado, vociferando hacia las gradas o divagando para sí mismo, Palizzolo pareció incapaz de dar con el tono adecuado. Fue como si hubiera estado tan habituado a la gestualidad corporal de los tratos políticos entre bastidores —las manos enguantadas y las murmuraciones de pasillo— que no conseguía dar con la actitud apropiada al discurso abierto y en público: «Fui el único parlamentario accesible a los electores… Descendí para vivir entre la gente, empeñado en ser su consejero y amigo. Y la gente me mostró su agradecimiento».

En Londres, *The Times* comentó la inquietante perorata con su típica reticencia, señalando que el testimonio de Palizzolo carecía del «elemento de franqueza que genera convicción». Leopoldo Nortarbartolo, aún ataviado con su uniforme de la marina, fue en Bolonia el mismo testigo aplomado que había sido en Milán. *The Times* otra vez: «La declaración del teniente Nortarbartolo, con su sobriedad y su consideración escrupulosa de los hechos, y la cuidadosa separación entre la deducción y la premisa, mantuvo a la corte embelesada».

El jefe de policía Sangiorgi también acudió al estrado, aunque, hasta donde yo sé, su testimonio no se hizo acreedor de ninguna mención en ningún periódico extranjero. Pero al menos fue conocido en Bolonia, donde había servido como jefe de policía a mediados de los años noventa. La prensa local comentó que había cambiado poco: solo exhibía unas cuantas canas adicionales en el tono rubio de su barba y en sus entradas. Él también fue rotundo en su explicación del poder de la Mafia: «La Mafia es poderosa y tiene relaciones a todo lo ancho de cinco provincias sicilianas, y también en el extranjero, donde hay colonias de sicilianos desplegadas».

Los abogados de la defensa barrieron su testimonio: el reciente juicio celebrado en Palermo apenas respaldaba esta afirmación altamente improbable.

Puede que Ignazio Florio, el hombre más rico de Sicilia, no compareciera en el tribunal de Palermo, pero en Bolonia no pudo eludir la obligación de presentar su testimonio. Allí dijo que la Mafia era «una invención hecha para calumniar a Sicilia». Una «invención», por cierto, que

protegía su lujosa villa y ayudaba a hacer subir el precio de las acciones de su línea naviera, la NGI. Florio era una figura en el corazón mismo del caso de la fiscalía. Se pensaba que el fraude accionarial de NGI al involucrar fondos del Banco de Sicilia era la razón principal de que Palizzolo hubiera ordenado el asesinato de Emanuele Nortarbartolo. Así y todo, Florio eludió de algún modo la posibilidad de que lo interrogaran acerca del asunto. Un historiador califica, con ironía, de «milagrosa» la facilidad con que se escabulló.

El veredicto, que llegó tras once meses de audiencias, sorprendió a la mayoría. Palizzolo se cruzó de brazos y rió de manera compulsiva cuando escuchó que él mismo, junto con el presunto asesino Giuseppe Fontana, habían sido sentenciados a treinta años de cárcel. Por mayoría, el jurado había deducido de manera evidente que la culpa de Palizzolo era la única explicación posible de todo el encubrimiento, pese a la falta de pruebas fehacientes en su contra.

La condena de Palizzolo marcó el punto culminante de un debate a nivel nacional en torno a la Mafia, que se había puesto en marcha dos años y medio antes en Milán. Hubo un pequeño auge de publicaciones, y un brote de perplejidad general. La mayoría de los comentaristas coincidían en que la Mafia no podía ser una única cofradía criminal, eso era ciertamente ridículo. Pero, si bien había un amplio acuerdo en cuanto a lo que no era la Mafia, al lector italiano curioso por saber lo que era verdaderamente la Mafia solo le quedaban entre manos múltiples enigmas.

El peor libro acerca del tema era uno de los más célebres. Su autor fue Napoleone Colajanni, un violento parlamentario del Partido Republicano de Sicilia central, que había sido el primero en destapar el escándalo de la Banca Romana en 1892. Colajanni explicaba que la Mafia era un «criterio moral singular» heredado de las épocas feudales, un rasgo subyacente al carácter siciliano. Las bandas aisladas que asomaban cada tanto en las aldeas sicilianas eran solo manifestaciones superficiales de esta mentalidad arcaica. Las invasiones árabes de comienzos de la Edad Media jugaban

posiblemente un papel en todo esto. La pobreza y el analfabetismo eran obvios responsables de ello en lo sustancial, aunque a veces había *mafiosi* ricos y educados. Y políticos. Y aristócratas. Pero, en todo caso, reflexionaba Colajanni,

> el propósito de la Mafia no es siempre el mal; en ocasiones, aunque en rigor no con demasiada frecuencia, opera en favor de lo que es bueno y justo. Solo que sus métodos son inmorales y criminales, especialmente cuando sus actos incluyen crímenes violentos. Sería falso, por otra parte, decir que todos los *mafiosi* son gandules que llevan una vida regalada a costa de la violencia, el timo y la intimidación. De hecho, bastante a menudo, un mafioso deseoso de preservar su posición y exhibirla, dejará de lado de forma deliberada su riqueza y abrazará la pobreza.

El debate público absolutamente desinformado sobre el caso Nortarbartolo pone de manifiesto uno de los enigmas más molestos en relación con la Mafia, que habría de volverse cada vez más molesto en el curso de las décadas, a medida que otras hermandades criminales de Italia adquiriesen poder suficiente para rivalizar con el de la Mafia siciliana. El juicio por el caso Nortarbartolo desencadenó el primer escándalo en torno al crimen organizado en la era de los medios modernos y la política de masas. A la gran mayoría de los italianos no les gustaban los asesinatos y la corrupción que la palabra «mafia» evocaba, cualquiera que fuese el significado real del término. ¿Cómo puede ser, entonces, que la Mafia no se marchitara, cual vampiro, al quedar expuesta al amanecer de los medios de comunicación…?

La confusión creada por libros como el de Colajanni tuvo una gran influencia. Y, aun cuando el mismo Colajanni no era uno de ellos, la Mafia tenía a la vez sus propios ideólogos: abogados y plumas contratadas para diseminar falacias acerca de la «mafiosidad» y la mentalidad siciliana. Sus enfoques fueron amplificados con vehemencia por uno de los periódicos más importantes de Sicilia, *L'Ora*, cuyo fundador, propietario y director no era otro que Ignazio Florio.

La influencia de la Mafia en el cuarto Estado podía ser, a su vez, brutalmente directa. El día después de que se suspendiera el juicio en Milán, el líder de la asociación de prensa siciliana escribió al primer ministro, el general Pelloux, para explicarle que los seguidores de Palizzolo

lo habían amenazado dos veces y lo habían desafiado a un duelo. «Los periodistas tímidos guardan silencio y los honestos están asustados», advertía.

Pero es la historia política detrás del caso Nortarbartolo lo que explica verdaderamente por qué la atención de los medios no perjudicaba a la Mafia ni de lejos lo mucho que cabría esperar. La nueva prensa italiana de principios del siglo XX acusaba una escisión ideológica que reflejaba una nación también dividida.

La causa de Nortarbartolo tenía a los socialistas entre sus partidarios más expresivos. La mayoría de los socialistas sicilianos de origen popular eran enemigos inveterados de los *mafiosi*. En la década de 1890, la Mafia se había valido de todas sus tretas —corrupción, infiltración y violencia— para socavar a las nuevas organizaciones sindicales que reclutaban al campesinado. No debe, pues, sorprendernos que Leopoldo Nortarbartolo, aun siendo un hombre de la derecha como su progenitor, recurriese a un abogado socialista altamente cualificado.

Otros conservadores, sin embargo, carentes de la profunda añoranza de justicia que aquejaba a Leopoldo, se mostraban reacios a cruzar el abismo político hacia el otro extremo. Puede que las barricadas de 1898 hubieran sido abatidas, pero la Italia de comienzos del siglo XX seguía siendo un país en permanente riesgo de un conflicto interno. Tanto para los hombres de la derecha como para los de la extrema izquierda, el Estado italiano era un edificio destartalado que solo podía salvarse por la vía de la reconstrucción. Ambas facciones pensaban que era ingenuo invertir demasiadas esperanzas en un Estado así cuando se trataba de reforzar la auténtica justicia. Como fruto de ello, cuando los temas de la Mafia eran lo que estaba en juego en la dinámica del poder político, la ideología triunfaba sobre la legalidad.

Y las notorias divisiones regionales de Italia triunfaban sobre ambas. Aun los diarios de mayor tirada, como el *Corriere della Sera* de Milán, iban dirigidos de manera abrumadora a un público regional. No había nada parecido a una opinión pública «nacional». Los prejuicios eran legión. En Milán, incluso ciertos líderes del Partido Socialista veían a la totalidad del sur con manifiesto rechazo, como una tierra poblada de reaccionarios de afán aristocrático, charlatanes parlamentarios y campesinos tarados,

racialmente degenerados. Toda esa jerga insondable sobre cómo la «mafiosidad» formaba parte de la fachada de los sicilianos servía solo para consolidar los estereotipos.

Incluso los italianos más abiertos de mente, en el norte y centro del país, creían que la Mafia, por ruin que fuese, tenía poco que ver con sus vidas. Obviamente se indignaban cuando leían que los políticos sicilianos se entendían con maleantes y criminales, pero les resultaba difícil sostener esa indignación cuando la gente a la que ellos mismos votaban se entendía a su vez con parlamentarios sicilianos sospechosos. Para la mayoría de los italianos alejados del sur y de Sicilia, la Mafia era doblemente execrable.

El regionalismo operaba en ambos sentidos. El órgano de la familia Florio, *L'Ora*, se adhirió a una línea consistente durante todo el caso Nortarbartolo: la Mafia era una ficción, un pretexto de los norteños para torcerle la mano a Sicilia. Debido en parte al influjo de *L'Ora*, cuando Raffaele Palizzolo fue declarado culpable en Bolonia el verano de 1902, un amplio sector de la opinión en Sicilia recibió la noticia con un despliegue de orgullo regional herido. El veredicto emitido sobre el asesinato de Nortarbartolo, se lamentaban, era solo el último y más altanero golpe del norte contra la isla. Se creó hasta un Comité Pro Sicilia, que reclutó a toda prisa a los electores atraídos por la riqueza de Florio y la fuerza de arrastre de la Mafia, pero que también contaba con el apoyo de muchos conservadores. La causa de Palizzolo se convirtió en la última excusa para activar la indignación siciliana y, de ese modo, conseguir más dinero y favores del gobierno de Roma. Como efecto colateral del giro «prosiciliano» en la política de la isla, Palizzolo se curó de su lepra y se convirtió en un mártir de los prejuicios norteños.

La vieja estrategia regionalista funcionó. Con toda probabilidad, alguien se reunió a puerta cerrada con la judicatura de más alto nivel en Roma y, en los siguientes seis meses, la Corte Suprema de Italia anuló el juicio de Bolonia sobre la base de algún tecnicismo ínfimo y altamente cuestionable.

Palizzolo y Giuseppe Fontana, el cercenador de gargantas de la Mafia, se enfrentaron a un tercer juicio, esta vez entre las glorias renacentistas de Florencia, pero para entonces la opinión pública estaba exhausta. Ni siquiera la muerte de un nuevo y crucial testigo, a quien encontraron

colgando de las escaleras en su hotel de Florencia, levantó demasiadas sospechas.

Ermanno Sangiorgi, aún jefe de policía en Palermo, testificó una vez más en Florencia, a pesar de la muerte reciente de su amada hija Italia tras una larga enfermedad. Por sus empeños, Sangiorgi se transformó de inmediato en blanco de una campaña de desprestigio de la Mafia. Las denuncias —un embrollo inverosímil de deudas impagadas, prácticas matonescas en la policía y favores dispensados a ciertos *mafiosi*— aparecieron primero en una larga misiva publicada en *L'Ora*, el diario de los Florio. La historia volvió a aparecer en Nápoles, donde la *Tribuna Giudiziaria*, un periodicucho local especializado en dramas judiciales, informó a sus lectores de que el episodio venía a proyectar una luz perturbadora sobre Sangiorgi, quien acababa de atraer tantísimo la atención al despacharse con «un testimonio contra los acusados en Florencia que era tan feroz como calumnioso». «¿Nuestra conclusión? En Palermo, la auténtica Mafia no suele encontrarse entre el "pueblo", sino en la policía. Justo como ocurre en Florencia, donde los verdaderos *camorristi* están fuera del estrado, no en su interior».

Las calumnias originales las formuló un ex convicto en la órbita del crimen organizado. Los cerebros que había detrás de él eran el abogado de Palizzolo y, posiblemente, el de Vincenzo Cosenza, el fiscal general de Palermo, quien alegaba no haber reparado nunca en la Mafia durante su prolongada carrera como «sacerdote de Temis»; Cosenza era conocido por su proximidad a los editores de la *Tribuna Giudiziaria*.

El jurado florentino absolvió a Palizzolo y Fontana en julio de 1904. En Londres, el *Daily Express* dio la noticia en unas pocas y fatigadas líneas, bajo el encabezamiento «Victoria de la Mafia». En Palermo, esa victoria se celebró con un desfile de banderas y música; los varones asistentes llevaban fotos de Palizzolo en la solapa, y las mujeres agitaban pañuelos desde los balcones. El Comité Pro Sicilia, respaldado por la Mafia, celebró el veredicto como una gran confirmación de la armonía patriótica y envió al alcalde de Florencia un telegrama de agradecimiento: «Una reunión solemne e impresionante de este Comité aclama a la ciudad de Florencia, que alentando a la consciencia jurídica de Sicilia, ha reunido al pueblo

italiano en torno al ideal de justicia».

Leopoldo Nortarbartolo quedó casi devastado psicológicamente como resultado de su lucha de once años. En 1900, tras el juicio de Milán, cuando Palizzolo fue arrestado por primera vez y el jefe de policía Sangiorgi acorraló a los *mafiosi* de la Conca d'Oro, el hijo del banquero asesinado llegó a pensar que era posible derrotar a la Mafia de una sola estocada certera, como un monstruo atravesado por la lanza de un caballero. El segundo y tercer juicios hicieron añicos tales ilusiones:

> ¿Cuál es el fruto de mis esfuerzos? Palizzolo libre y en paz. En cuanto a la Mafia y sus métodos: el Comité Pro Sicilia los proclama y glorifica; el gobierno se inclina ante ellos y los sustenta, y la desdichada isla de Sicilia los refuerza todavía más… ¿Será que vivo en una tierra observada desde arriba por Dios Padre, o en un caos de fuerzas brutales liberadas por una hueste de gnomos desalmados y odiosos, como los de las leyendas escandinavas…?

Leopoldo prosiguió con su carrera naval, pero pasó siete largos años reflexionando en torno a su experiencia, y luego otro lustro vertiendo su angustia en un meticuloso y conmovedor relato de la historia de su padre, y de la suya propia. Encontró escaso consuelo en lo que no fuera la contemplación de la vida marina, que le ofrecía una metáfora algo menos heroica de cómo las fuerzas del bien podrían algún día, quizá, derrotar a la Mafia. Observaba cómo, generación tras generación, ínfimas criaturas de las profundidades vivían y morían, creando en el interregno sus minúsculas viviendas en depósitos de piedra caliza, apilándolas cada vez más alto, hasta que, a consecuencia de algún giro sísmico menor, toda una nueva isla emergía a la superficie y entre las olas: «La gente que trabaja humildemente en la causa del bien es como esas criaturas oceánicas. ¡Algún día habrá de emerger la pequeña isla maravillosa! Dios ha escrito su promesa en el libro sagrado de la naturaleza».

De vuelta en la «desdichada isla» de Sicilia, Ermanno Sangiorgi, uno de los que trabajaban en la causa del bien, requirió hasta el verano de 1905, un año después de concluido el caso Nortarbartolo, para ganar una querella por difamación contra su acusador.

Italia se reserva una crueldad singular para quienes más la aman. Poco después de eso, el yerno de Sangiorgi, que trabajaba en Pisa como administrador para la familia real, la Casa de Saboya, se suicidó después de

que lo sorprendieran con las manos en la caja registradora. Sangiorgi era absolutamente inocente en la desgracia del viudo de su hija, pero la Casa Real lo hizo responsable de algunas de las pérdidas, que le costaron más de un mes de sueldo.

En marzo de 1907, Sangiorgi presentó su solicitud formal de renuncia a su cargo como jefe de policía de Palermo; había comenzado a mostrar indicios de mala salud, que se concretaron en una parálisis al andar. Su vida al servicio de la ley —cuarenta y ocho años en total, dieciocho de ellos como jefe de policía— había comenzado incluso antes de la unificación italiana, pero el tiempo transcurrido no lo había vuelto más diplomático: se limitó a solicitar en tono terminante una pensión especial y el título honorario de prefecto, concluyendo la carta en un estilo típicamente patriótico:

> Comencé mi carrera durante la guerra de la independencia italiana, cuando el norte de Italia se hacía eco del grito «¡Larga vida al rey Víctor Manuel II!». Ahora la termino con otro grito que aflora de mis labios y mi corazón: «¡Larga vida a Víctor Manuel III! ¡Larga vida a la Casa de Saboya!».

Sangiorgi se retiró en mayo de 1907, con su título honorario pero sin la pensión especial. La parálisis progresiva que había precipitado su retiro apresuró también su muerte, en noviembre de 1908. La prensa de Nápoles y Palermo lo recordó ante sus lectores como el jefe de policía cuyo manejo chapucero de la huelga de taxistas de 1893 había provocado la anarquía en las calles.

La muerte de Sangiorgi marcó la pérdida de una reserva única de conocimientos sobre los primeros años de la Mafia; el informe extremadamente importante acerca de la entidad que había redactado para el primer ministro Pelloux quedaría sepultado entre los archivos oficiales hasta la década de 1980. En lo sustancial, el conocimiento que había reunido con tanto esfuerzo seguiría siendo válido hasta mucho después de su muerte; aunque los tiempos cambiaron, la Mafia siciliana apenas cambió. Con todo, el ingenio y la ferocidad con los que se adaptaría a los tiempos cambiantes aún por venir hubiesen asombrado hasta al propio Sangiorgi.

El policía había jugado con las reglas de Palermo; había librado una

«lucha abierta» y una limpia batalla contra la Mafia, que había concluido en derrota. Murió en la ciudad de su esposa, Nápoles, donde los carabineros habían iniciado ya una campaña contra la Camorra que era a la vez sinuosa y muy sucia, una campaña que sí terminaría en victoria.

La «alta» Camorra

En Nápoles, al igual que en Palermo, la corrupción y el crimen organizado alcanzaron su máximo protagonismo en los medios informativos justo cuando la crisis económica y política de la década de 1890 comenzaba a remitir. En 1899, un nuevo diario socialista, *La Propaganda*, inició una campaña contra la sordidez y el gangsterismo reinantes. Ciertos políticos con altura de miras se sumaron desde la derecha. La campaña tuvo tal éxito que un parlamentario socialista fue elegido en La Vicaria, la circunscripción con mayor densidad demográfica de Nápoles y, por cierto, la cuna misma de la Camorra.

El blanco principal de la ofensiva que emprendió *La Propaganda* era el parlamentario Alberto Casale, un personaje influyente en las altas esferas del gobierno local, con amplios contactos en el inframundo napolitano. Tuvimos ya un encuentro pasajero con Casale en estas páginas: en 1893 se valió de sus enchufes con la honorable sociedad para poner fin a la huelga de taxistas respaldada por la Camorra. Casale replicó a los ataques de *La Propaganda* denunciando al periódico por difamación ante la autoridad, de lo cual se siguió una demanda judicial.

El resultado del caso Casale fue un desastre para todo un sistema de corrupción que vinculaba a los políticos, burócratas, empresarios y periodistas de la ciudad. *La Propaganda* se defendió del cargo de difamación al probar que Casale, entre otros muchos tratos corruptos, había depositado en su cuenta un soborno de una empresa tranviaria belga por el papel que jugó en la huelga de taxistas.

Las ondas expansivas de la humillación judicial de Casale llegaron hasta Roma. Casale hubo de renunciar, el consejo de la ciudad de Nápoles

se disolvió y se abrió una investigación oficial de la corrupción existente en el gobierno local, bajo la égida de un solemne profesor de derecho de Liguria, el senador Giuseppe Saredo. La investigación de Saredo habría de poner una vez más en evidencia a la «indolente sociedad»; en rigor, resultaría una de las representaciones más completas de las malas prácticas políticas y burocráticas en la historia de Italia.

Alumbrar los tenebrosos pasadizos del ayuntamiento de Nápoles no era tarea fácil. El senador Saredo y su equipo tuvieron que estudiar la documentación para averiguar la razón de que el sistema fuese tan corrupto e ineficiente, pero precisamente por culpa de la corrupción y la ineficiencia, esa documentación era un caos. Ciertos burócratas deseosos de cubrir sus rastros habían sustraído bolsas enteras de archivos oficiales a hurtadillas, y los miembros de la comisión recibían respuestas hoscas o malhumoradas de mucha de la gente clave a la que entrevistaban.

Pese a todos los obstáculos, tras diez meses de vadear un terreno resbaladizo fundamentado en documentos y testimonios varios, el senador Saredo y su equipo sacaron a la luz un sinfín de evidencias muy sólidas. Los nombramientos en cargos públicos debían hacerse, presuntamente, sobre una base imparcial, competitiva. En Nápoles se habían evadido esas reglamentaciones de forma sistemática. La mitad de los empleados gubernamentales locales incluso carecía de calificaciones académicas para el cargo. De manera asombrosa, ni el contable jefe, cuya labor consistía en organizar el presupuesto del consejo, tenía esas calificaciones. Algunos empleados públicos locales tenían dos o hasta tres salarios distintos. Varios periodistas bien conocidos gozaban de cargos no presenciales en el concejo.

La razón de que hubiera cargos públicos en Nápoles no consistía en que ciertos servicios estuvieran disponibles para la ciudadanía. Los servicios comunitarios como los bomberos, la enseñanza infantil, el cuidado de los parques, la recaudación de impuestos y la recogida de basuras, o la construcción de alcantarillados eran, en el mejor de los casos, preocupaciones secundarias. Por esa razón, se dejaban en manos de una minoría de cretinos que incluso sentían el deber de desempeñar una labor diaria digna. No; la verdadera razón de que existieran los cargos en Nápoles era que se podían asignar a aquellos que tuvieran los amigos y parientes

adecuados. Un cargo en el concejo era un favor que se concedía como pago por otros favores. Estos cargos conllevaban el poder de otorgar o quitar aún más privilegios: de dar prioridad a una solicitud de licencia de un comerciante o relegarla a perpetuidad al fondo del archivo; de conceder un contrato a una empresa tranviaria en lugar de a otra. Visto que la mayoría de los burócratas del gobierno local no tenían mayor interés en hacer nada por nadie que no conocieran, ello dio pie a un enjambre parasitario de intermediarios: los *faccendieri*, se los llamaba (y aún se los llama); el término equivale a «timadores», «mediadores sin escrúpulos». La única habilidad de estos *faccendieri* era la de saber exactamente a quién dirigir sus peticiones. Cobrando una pequeña retribución, conseguían que alguien a quien conocían lograra lo que otro deseaba… a modo de «favor».

El sistema de clientelismo político era lo que hacía posible este caos desquiciante. Los políticos se situaban en el extremo lucrativo de la cadena de favores que serpenteaba por los corredores del municipio de Nápoles. Para mayor impacto de todos, el informe Saredo se refería a los individuos que manejaban este sistema de clientelismo como «la alta Camorra»:

> La «baja Camorra» original dominaba sobre los pobres plebeyos en una época de abyección y servilismo. Luego emergió una «alta Camorra» que incluía a los miembros más astutos y audaces de las capas medias, quienes intervienen en contratos comerciales y de obras públicas, en reuniones políticas y en la burocracia gubernamental. Esta alta Camorra hace tratos y negocios con la baja Camorra, intercambiando promesas por favores y favores por promesas. La alta Camorra concibe la burocracia estatal como un terreno para cosechar y explotar. Sus armas son la astucia, el descaro y la violencia. Su fuerza proviene de las calles. Y se la considera, acertadamente, más peligrosa porque ha reinstaurado la peor forma de despotismo, al fundar un régimen basado en el amedrentamiento. La alta Camorra ha sustituido el libre albedrío por la imposición; ha anulado la individualidad y la libertad; y ha defraudado a la ley y la confianza pública.

Los hallazgos de la investigación tuvieron como fruto directo un juicio por corrupción y la condena de doce personas, entre ellos Alberto Casale y el anterior alcalde de Nápoles.

«Baja Camorra»/«alta Camorra». Ninguna otra síntesis del malestar napolitano hubiera tenido mejores posibilidades de ocupar las noticias de portada. Mientras que «mafia» era aún una noción vaga, enredada en el entramado confuso de la cultura siciliana, el término «camorra» rezumaba

el aroma distintivo de las mazmorras, tabernas y prostíbulos; hablaba claramente de rituales primitivos y peleas a cuchillo; evocaba imágenes espeluznantes de individuos violentos con toscos tatuajes en el torso y el arabesco de una cicatriz en su rostro.

Exactamente en la misma época, durante el asunto Nortarbartolo, la prensa aludía constantemente a la «alta Mafia». Raffaele Palizzolo era, sin duda, un mafioso que se beneficiaba del cuatrerismo y el secuestro, y a la vez se sentía como en casa en el «alto» mundo de las finanzas bancarias y la política. Así que el título de «alto mafioso» le quedaba tan bien como su costosa levita hecha a medida.

Pero ¿sería lo de «alta Camorra» una descripción precisa de los chanchullos sistemáticos que la investigación de Saredo había destapado en Nápoles? El político en torno al que giraba todo el escándalo, Alberto Casale, era un delincuente manifiesto y un maestro del gobierno entre bastidores, como Palizzolo, pero no era un camorrista en sentido estricto. Aunque era, en efecto, un político que no tenía reparos a la hora de hacer negocios con la Camorra, no formaba parte de ella en el mismo sentido que don Raffaele formaba parte de la Mafia.

Esto equivale a decir que la Camorra no era tan poderosa como la Mafia. La Camorra tenía, desde luego, una asociación estable con algunos segmentos del Estado, pero no se había convertido en parte misma del Estado como la Mafia lo había hecho en Sicilia.

El senador Saredo no aportaba ninguna prueba para respaldar su empleo de los términos «alta Camorra». Su investigación no halló rastros de sangre ni dinero que condujera desde las altas esferas de la política al inframundo en el que, en un sentido estricto, operaba la Camorra. De hecho, la baja Camorra seguía siendo una figura periférica borrosa en el campo de visión de Saredo.

Así, su lenguaje provocativo era equívoco, pero comprensible. Desde el instante mismo en que Italia supo que existía una secta criminal llamada Camorra, empleó el término «camorra» de una forma bastante más laxa y como insulto. La palabreja era una etiqueta apropiada a cualquier camarilla o facción (desde luego, las camarillas o facciones de la «otra gente»). A un paso de concluir el siglo XIX, este término referido al abuso fue remojado en

nuevas formas de bilis. Los italianos se sentían cada vez más frustrados por la forma en que operaban sus políticos. Los intermediarios misteriosos, los chanchullos, las tácticas de mano dura: la «camorra» estaba presente, al parecer, en cada rincón de la vida institucional. A partir de entonces, la sociedad italiana ha ido desarrollando un rasgo endémico que consiste en una cierta hostilidad hacia la política; la antipolítica, se la llama a veces. Al hablar de «alta Camorra», el viejo profesor de derecho evidenció una vena maliciosa: estaba apelando a sabiendas a lo que para entonces constituía un reflejo condicionado dentro de la opinión pública.

Tan pronto como se hizo patente que la investigación de Saredo iba en serio, algunos políticos destacados comenzaron a denostarlo: lo que Saredo había designado como la «alta Camorra» se movilizó para defenderse. Algunos periodistas adiestrados lo cubrieron de injurias y, sabiendo que la amenaza supondría una oleada de «antipolítica», apelaron a otro reflejo condicionado de la vida colectiva italiana: un orgullo regional suspicaz, a la defensiva. De manera que el norteño Saredo había mancillado la imagen de Nápoles, clamaban los editoriales. Puede que hubiera algunos casos de corrupción, pero eso se debía a que Nápoles era pobre y atrasado. Lo que la ciudad necesitaba no eran conferencias altaneras, sino más dinero del gobierno. Bastante más.

En Italia, la indignación pública suele durar poco. Cuando no consigue catalizar los cambios, cae en picado hasta asumir estados mentales menos volátiles: fatiga, olvido y una sombría indiferencia. En torno a 1904, la indignación suscitada por la corrupción política y el crimen organizado que habían marcado el cambio de siglo había degenerado por completo. En julio de ese año se retiraron los cargos contra Raffaele Palizzolo por haber ordenado el asesinato del banquero Emanuele Nortarbartolo. Tampoco en Nápoles el juicio contra Casale y la investigación de Saredo provocaban ya el mismo furor. El Partido Socialista, tras intentar lidiar con los escándalos, quedó dividido y desacreditado por una huelga general fallida. Los jefes de la «alta Camorra» ya podían proseguir su ofensiva.

El primer ministro del momento era Giovanni Giolitti, la figura dominante de la política italiana entre el cambio de siglo y la Primera Guerra Mundial. Giolitti era el amo de las tácticas parlamentarias, más

diestro que nadie en el juego sinuoso de halagar a determinadas facciones para que formasen una coalición.

A principios de la década de 1900, Giolitti presidió un período sin precedentes de crecimiento económico e introdujo algunas reformas sociales que fueron muy bien recibidas. Pero su cinismo lo hacía tan aborrecible como indispensable. «A tus enemigos, les aplicas la ley. Con tus amigos, la interpretas», dijo en una ocasión. Un auténtico manifiesto para socavar la confianza pública en las instituciones, y una formulación muy precisa de los valores dominantes en el seno del Estado italiano. También comparó el hecho de gobernar Italia con la confección de un traje para un jorobado. No tenía sentido que el sastre intentara corregir las deformidades corporales del jorobado, explicaba. Era mejor hacerle, simplemente, un traje deforme. La mayor deformidad de Italia era, sin lugar a dudas, el crimen organizado, y Giolitti se mostró tan expeditivo a la hora de elaborar sus políticas respecto al fenómeno como cualquier estadista anterior a él. Un crítico posterior, enfurecido a causa de la forma en que los prefectos del sur se valían de matones para influir en las elecciones, llamó a Giolitti «el ministro del inframundo».

En las elecciones generales de noviembre de 1904, Giolitti (cuyos lugartenientes en Nápoles habían orquestado la maniobra para desacreditar la investigación de Saredo) desplegó todas las oscuras artes del Ministerio del Interior para influir en la votación. En La Vicaria, la circunscripción napolitana que había elegido a un parlamentario socialista en 1900, se reclutaron *camorristi* —auténticos «bajos *camorristi*»— para amedrentar a los partidarios socialistas. El día de las elecciones, los gángsteres hacían guardia, en paralelo a la policía, en puntos donde los votos se cambiaban por dinero público en efectivo.

Ese día, algún infiltrado en lo profundo del cuartel general de la policía dio muestras de una agudeza histórica teñida de cinismo: los *camorristi* que gozaban de la aprobación oficial obtuvieron permiso para colocarse escarapelas tricolor en el sombrero. Así, igual que habían hecho en los días previos al triunfo de Garibaldi en 1860, los *camorristi* con la enseña blanca, roja y verde hicieron una alianza flagrante con la policía. Se reanudaba el intercambio tradicional de promesas y favores entre la baja y la alta

Camorra. Nada, al parecer, había cambiado mucho.

Apenas dieciocho meses después, la Camorra sufrió los cambios más drásticos que registraría en toda su historia.

Entre los *camorristi* que lucían la escarapela tricolor durante el día de las elecciones de 1904 estaba el cabecilla de la sección de La Vicaria dentro de la honorable sociedad, Enrico Alfano, conocido como «Erricone». En el verano de 1906, Erricone se vio atrapado en lo que el *New York Times* titularía «el mayor juicio criminal de la época».

El juicio Cuocolo, como se lo denominó, era la materia prima ideal para un periodista. Contaba con historias de una secta secreta surgida en burdeles y tabernas para infiltrarse en los salones y clubes de la élite; con corrupción y procedimientos políticos inmorales; con un elenco de carabineros heroicos, gángsteres villanos, abogados histriónicos y hasta un sacerdote de la Camorra. El drama que se desplegó en Viterbo parecía concebido expresamente para la nueva era mediática. Los corresponsales extranjeros, las agencias de noticias y las imágenes temblorosas de la *Gazette* de Pathé ya podían difundir el escándalo a cada rincón del globo. El juicio Cuocolo no fue solo un acontecimiento mediático; a diferencia del caso Nortarbartolo, marcó un punto de inflexión en la historia del crimen organizado. No solo reactivó la controversia política y las emociones que la investigación de Saredo había generado. No solo amenazó, una vez más, con exponer los sórdidos tratos entre los *camorristi* y la clase política. En rigor, eliminó de la escena a la Camorra. Con el caso Cuocolo, la secta clandestina conocida como la Camorra dejó de existir. Erricone sería el último jefe supremo de la honorable sociedad en Nápoles. Y todo comenzó con el hallazgo de dos cadáveres.

La Camorra de guantes amarillos

Justo antes de las nueve de la mañana, el 6 de junio de 1906, la policía irrumpió en un apartamento de la via Nardones, en el corazón de Nápoles. Allí encontraron a la inquilina, una antigua prostituta llamada Maria Cutinelli, tendida en la cama empapada de sangre; llevaba puesto el camisón de noche y había muerto a causa de múltiples puñaladas —trece en total— en el pecho, el estómago, los muslos y los genitales. La policía sospechó de un crimen pasional y comenzó a buscar de inmediato al marido de la víctima, Gennaro Cuocolo.

La cacería terminó incluso antes de haber empezado. Muy pronto llegó la noticia desde Torre del Greco, un estrecho asentamiento entre el Vesubio y el mar, a unos quince kilómetros de la ciudad: también habían encontrado el cuerpo sin vida de Gennaro Cuocolo al amanecer. Su cuerpo yacía tirado en un camino vecinal que bordeaba la costa, a espaldas del matadero local. Lo habían acuchillado cuarenta y siete veces y le habían aplastado el cráneo con una porra. Buena parte de Torre del Greco estaba aún sumergida en las cenizas de una erupción volcánica reciente. Las huellas de lucha en la alfombra grisácea y negra permitieron bosquejar los últimos segundos de Cuocolo: al parecer, había habido varios agresores; tras acabar con su víctima, arrastraron el cuerpo hasta una pared de poca altura que miraba hacia el mar, como para dejarlo allí en exhibición. La sangre de Cuocolo se mezclaba con la sangre que manaba por un canalón proveniente del matadero cercano y que derramaba su contenido hacia los riscos.

Había buenas razones para adivinar el verdadero motivo de los asesinos. Cuocolo se ganaba la vida encargando robos y sacando tajada del botín resultante. Su implicación en el crimen organizado resultaba incuestionable:

había sido, de hecho, un antiguo integrante de la honorable sociedad en el barrio de Stella. La conclusión era evidente: la Camorra era quien había asesinado a la pareja Cuocolo.

Las principales sospechas no tardaron en comprobarse. Al mismo tiempo que Gennaro Cuocolo moría apuñalado y aporreado, cinco hombres cenaban despreocupadamente unas anguilas asadas en el Mimì a Mare, una pintoresca *trattoria* a pocos metros de la escena del crimen. Los cinco fueron arrestados enseguida; al menos tres de ellos eran conocidos gángsteres, incluyendo a Erricone, quien, como bien sabía la policía, era el verdadero jefe supremo de la honorable sociedad.

Pese a todo, las indagaciones preliminares no lograron encontrar pruebas concretas que conectaran a los comensales del Mimì a Mare con la carnicería que tuvo lugar detrás del matadero. Ninguno de los cinco había abandonado la mesa el tiempo suficiente para asesinar a Cuocolo. Erricone y sus amigos quedaron libres, para gran escándalo de la opinión pública napolitana.

Pero la ruptura decisiva no sobrevino hasta principios del año siguiente, como resultado de la prolongada rivalidad entre las dos ramas de la fuerza policial italiana. La Pubblica Sicurezza, o policía común, estaba dirigida desde el Ministerio del Interior; los carabineros operaban bajo la batuta del Ministerio de Guerra. En teoría, ambas fuerzas patrullaban áreas distintas: la policía tenía su base de operaciones en los pueblos y ciudades, mientras que los carabineros operaban en el campo. En la práctica, sus deberes se superponían con frecuencia. La investigación del asunto Cuocolo habría de constituir un ejemplo clásico de las tensiones y guerras territoriales que a menudo resultaban de ello.

En 1907, los carabineros arrebataron a la policía la investigación del asesinato de Cuocolo y poco después presentaron el testimonio impactante de lo que hoy llamaríamos un soplón: era un joven comerciante y mozo de caballos, ladrón habitual y camorrista llamado Gennaro Abbatemaggio.

Genaro Abbatemaggio hizo historia al romper el código de la *omertà*; desveló cada detalle del asesinato de los Cuocolo: el motivo, el plan y su ejecución. Pero su testimonio resultó ser bastante más relevante, ya que nunca había habido un testigo como él. Desde luego, ya antes había habido

múltiples casos de gángsteres que hablaron con las autoridades y numerosos juicios se habían basado en pruebas procedentes de las profundidades de la Mafia siciliana, la Camorra napolitana y la *picciotteria* calabresa, pero nadie antes que Abbatemaggio se había plantado ante un tribunal para denunciar a toda una secta. Nunca antes había habido un mafioso declarado que hiciera de su vida y su psicología un objeto de fascinación pública y escrutinio forense. Gennaro Abbatemaggio habría de transformarse en la mayor de las muchas celebridades que surgieron a raíz del caso Cuocolo.

Lo primero que Abbatemaggio explicó a los carabineros fue que la víctima asesinada, Gennaro Cuocolo, se había convertido en objeto de la furia camorrista por romper su más sagrada regla y hablar con las autoridades. La ruptura de la *omertà* por parte de Cuocolo ocurrió después de que él mismo le encargara un robo a un tal Luigi Arena. Para quedarse con todo el botín, Cuocolo traicionó a su socio ante la policía.

El desafortunado ratero Arena fue a parar a una colonia penal en la isla de Lampedusa, situada entre Sicilia y la costa norteafricana. Desde allí, exudando un comprensible furor, escribió dos cartas a un antiguo camorrista para exigir justicia a su favor.

Su petición de *vendetta* se discutió en un tribunal de la Camorra, una reunión de todo el directorio de la honorable sociedad, que se celebró en una *trattoria* de Bagnoli, a finales de mayo de 1906. El tribunal sentenció a muerte a Cuocolo y determinó que también su esposa, que conocía muchos de sus secretos, debía morir. Erricone, cabecilla en el barrio de La Vicaria y el camorrista más autorizado en toda la ciudad, se hizo cargo de organizar las ejecuciones. Para ello, nombró a seis esbirros divididos en dos equipos que deberían encargarse por separado de Cuocolo y su esposa. A la vez, convocó la cena de anguilas en Torre del Greco para vigilar desde allí el horrendo procedimiento.

Eso decía Abbatemaggio. También decía estar enterado de todo esto por haber servido como mensajero de Erricone durante el proceso de preparación del asesinato de los Cuocolo. Y aseguraba incluso haber estado presente tanto cuando los dos escuadrones recibieron las instrucciones de su jefe como en el momento en que los *camorristi* se repartieron las alhajas robadas en el dormitorio salpicado de sangre de Maria Cutinelli.

En el relato de Abbatemaggio había una subtrama, la cual habría de convertirse en la más cuestionada de sus muchas aseveraciones. Decía que Gennaro Cuocolo utilizaba siempre un anillo de color rosa grabado con sus iniciales. Se suponía que sus asesinos debían haberle arrancado el anillo de la mano cuando ya estaba muerto para enviarlo a la colonia penal de Lampedusa como prueba de que la justicia camorrista se había cumplido. Sin embargo, sostenía Abbatemaggio, uno de los asesinos desobedeció las órdenes y se quedó con la joya. Muchos meses después, cuando los carabineros, alertados por la pista de Abbatemaggio, allanaron la casa del asesino y rajaron el colchón donde dormía, vieron caer de su interior un pequeño anillo con las iniciales G.C. grabadas. Esta era una prueba material decisiva del testimonio del chivato.

Con Abbatemaggio de su parte, los carabineros fueron capaces de transformar una simple investigación de asesinato en un ataque frontal a toda la honorable sociedad. A ello le siguió una gran redada de *camorristi*, que la gente de Nápoles aplaudía desde los márgenes.

Pese a todo, poco después de que los carabineros enviaran el testimonio de Abbatemaggio a los magistrados, que deberían preparar y evaluar la acusación antes de presentarla a los tribunales, afloraron algunas dudas acerca de la prueba contra Erricone y su séquito. Era evidente que los carabineros se habían saltado las normas de procedimiento. La búsqueda que había conducido al hallazgo del anillo rosa de Cuocolo parecía singularmente irregular. Y según el relato de Abbatemaggio, el principal motivo de los asesinatos quedó cuestionado cuando se hizo evidente que Gennaro Cuocolo no había intervenido en el envío del ratero Luigi Arena a la colonia penal de Lampedusa. ¿Por qué había escrito el propio Arena a la Camorra solicitando venganza contra Cuocolo, si este no había hecho nada malo…?

Para los carabineros encargados de la acusación, el problema surgió a la vez de entre sus propias filas. Un oficial se enteró de la verdadera historia del anillo rosa de Cuocolo: según resultó, el mismo Abbatemaggio, el chivato, había comprado el anillo y lo había hecho grabar con las iniciales G.C. Los carabineros lo habían colocado luego donde su querido camorrista había dicho que estaría. Esta fue la «treta del anillo», como llegarían a

designarla los simpatizantes de los acusados.

El carabinero que descubrió la «treta del anillo» amenazó con denunciarla a la prensa; lo metieron de inmediato, con una camisa de fuerza, en un asilo para dementes, por orden de su oficial superior. Finalmente, el pobre infeliz logró demostrar su cordura y un juez afín a su causa dispuso que lo pusieran en libertad, pero de todos modos decidió no decir lo que sabía sobre la «treta del anillo», sobre todo después de que se hiciera un añadido sustancial a su pensión de retiro. Llamado a retiro por problemas de salud, decía la versión oficial.

La policía de Nápoles, furiosa por cómo los carabineros la habían apartado del caso, relanzó sus indagaciones siguiendo una línea de investigación totalmente distinta: pensaban que los asesinos de Cuocolo habían sido dos ladronzuelos a los que Gennaro Cuocolo se había hecho con algunos bonos fiscales sustraídos en un robo anterior.

Pero la teoría policial de los bonos fiscales tenía, a su vez, un gran problema: esta teoría se basaba en gran medida en el testimonio de cierto caballero conocido como don Ciro Vittozzi, un cura obeso padrino de uno de los hijos de Erricone; don Ciro tenía además un amplio prontuario por ayudar a los *camorristi* a eludir la justicia. Así que los carabineros terminaron acusando a la policía de creer una mentirijilla que la Camorra les había aportado. La historia de los bonos fiscales, decían, se la inventó la propia Camorra para proteger a los verdaderos culpables. Los carabineros llegaron al punto de acusar a dos oficiales de la policía por falsificar pruebas. Y forzaron aún más la situación al presionar a los ladrones acusados por la policía para que demandaran a sus acusadores. Así se sumaron nuevos enredos a un caso que ya estaba suficientemente embrollado por sus complejidades jurídicas.

Pese a los grandes esfuerzos de quienes manejaban a Abbatemaggio, estaba claro que los fundamentos de su historia eran inestables. Así que la cambió. Un año después de su testimonio inicial, dio una versión nueva y mejorada. La figura que hacía de bisagra en el nuevo relato de Abbatemaggio era ahora un tal Giovanni Rapi, conocido en los círculos de la Camorra como «el Profesor» porque en su juventud había trabajado en las escuelas locales. También había comerciado con champán en Francia.

Ahora, ya en la cincuentena, el Profesor había ascendido hasta convertirse en el *contaiuolo* (el contable) de Erricone y administraba un prestigioso club social y casa de apuestas. Según Abbatemaggio, el Profesor se encargaba paralelamente de traficar con los bienes robados. En otras palabras, era rival del mismo negocio de Gennaro Cuocolo, la víctima asesinada. Dada esa rivalidad, y dado que Cuocolo estaba extorsionándolo, el Profesor había solicitado a Erricone que liquidara a Cuocolo y a su esposa.

La pregunta obvia que surgía con esta nueva historia era por qué Abbatemaggio no había acusado antes al Profesor, ya que era uno de los cinco sujetos de los que se sabía que habían cenado anguilas en el Mimì a Mare la noche de los asesinatos. Abbatemaggio replicó que en un principio había temido dos cosas: una, que nadie creyera que una figura aparentemente respetable como el Profesor fuese capaz de un acto tan horripilante; y la otra, que no podía apuntar con el dedo al Profesor sin implicarse él mismo en algunos hurtos que había realizado por orden suya. Abbatemaggio confesó debidamente los robos en cuestión y fue arrestado.

La investigación del asesinato de los Cuocolo estaba cada vez más candente.

Muchas de las pruebas reunidas por la fiscalía para el juicio se hicieron públicas mientras el caso estaba aún en su interminable fase preparatoria (esta es todavía la norma en Italia). De este modo, el público siguió de cerca la historia en desarrollo y muy pronto los diarios se dividieron en bandos opuestos. ¿Eran Erricone y sus amigos culpables o inocentes? ¿Quiénes tenían la razón, la policía o los carabineros? Algunos presintieron un desvarío de la justicia y organizaron sus propias investigaciones paralelas tanto del crimen en sí como de la forma en que los carabineros habían obtenido la confesión de Abbatemaggio. Otros estaban a favor de aplicar medidas drásticas al gangsterismo prescindiendo de la ética legal.

Gran parte de la prensa socialista se unió al clamor de protesta, como era previsible tras el éxito de la campaña que había conducido al juicio de Casale y los golpes asestados a la «alta Camorra» pocos años antes. Esta vez, los socialistas descubrieron que disponían de un aliado extremadamente inesperado en el diario de derechas *Il Mattino*, el de mayor

tirada en Nápoles.

Como vimos anteriormente, a *Il Mattino* le entusiasmaba cubrir con gran pomposidad los funerales de la honorable sociedad; como portavoz de la «alta Camorra», había sido de los más bulliciosos al derribar la investigación de Saredo, con el argumento de que enlodaba a todo Nápoles. Edoardo Scarfoglio, el editor corrupto aunque brillante de *Il Mattino*, tenía amigos cercanos entre los políticos de la «alta Camorra», hombres que lo ayudaban a pagar los costes de su primoroso yate: con su tripulación fija de once personas, administrarlo costaba más que el salario anual de un prefecto. Así y todo, solo unos pocos años después, el diario de Scarfoglio aclamaba a los carabineros por haber renovado el impulso de limpiar la ciudad. Este cambio de rumbo en su línea editorial resultó algo enigmático.

Parte de la solución a ese misterio se halla quizá en que la alianza entre la «alta» y la «baja» Camorra era intrínsecamente débil y confusa. Los políticos asociados a la «alta Camorra» estaban siempre dispuestos a valerse de la «baja Camorra» en épocas de elecciones, y a intercambiar viles favores y promesas con ellos en cualquier otra época, pero no dudaban en volverse contra sus asistentes del mundo gangsteril cuando el clamor público exigía cortar cabezas.

Otra de las razones de que *Il Mattino* cambiase a una línea editorial contraria a la Camorra fueron las ventas. El horripilante crimen de los Cuocolo hizo que la ciudad se encogiese de miedo, y convirtió el crimen organizado en un tema sabroso para un editor tan astuto como Scarfoglio. Para gran desconcierto de muchos napolitanos, hasta la «baja Camorra» parecía operar ahora bajo una fachada de respetabilidad. No era ya la época de los pantalones acampanados, los chalecos llamativos y los tupés que habían marcado la diferencia de los *camorristi* tempranos con la plebe urbana. Los gángsteres se confundían ahora con la burguesía y hasta con las altas esferas. La expresión «Camorra de guantes amarillos» (*in guanti gialli* o *in guanti paglini*) se empleaba a menudo en esa época y aún nos provee de una etiqueta útil para esa nueva camada de mafiosos refinados. Los guantes de gamuza en tonos delicados y claros eran un signo de riqueza. Así que «emplear guantes amarillos» implicaba adoptar una falsa apariencia de refinamiento, pasar inadvertido entre los que estaban más alto en la

escala social. Si bien podía ser que la «alta Camorra» —la infiltrada en las instituciones de gobierno, igual que la Mafia— no existiera, la Camorra de guantes amarillos sí que existía, ciertamente. A principios del siglo XX, los *camorristi* comenzaron a cubrir sus tatuajes bajo vestimentas respetables y a volverse unos convidados de piedra entre la gente pudiente.

El Profesor, con su casa de apuestas para la alta sociedad, era un ejemplo claro. Como lo era la pareja asesinada: Gennaro Cuocolo era un traficante del mundo gangsteril y su esposa Maria Cutinelli, una antigua fulana de los muelles. Pese a ello, vivían en un apartamento bien amueblado frente a la comisaría de la policía local. El *modus operandi* de Cuocolo consistía en ganarse la confianza de las familias pudientes para entrar en sus casas y examinar lo que valía la pena robar. Luego daba precisas instrucciones a su equipo de ladrones sobre la forma de entrar y qué llevarse; eran hurtos hechos a medida.

Pero la encarnación más alarmante del camorrista de guantes amarillos que puso en evidencia la investigación del caso Cuocolo era Gennaro De Marinis, conocido en los círculos delictivos como *'o Mandriere* («el Vaquero»), porque alguna vez había trabajado en un matadero. Según Abbatemaggio, *'o Mandriere* era quien había recibido las cartas enviadas desde Lampedusa. Tenía, por cierto, un interesante currículum en el inframundo: era entonces un joyero, perista, extorsionador y proxeneta tan exitoso que vivía en una mansión con sirvientes.

'O Mandriere fue retratado en la prensa como un nuevo tipo «ultramoderno» de camorrista. Los delincuentes sofisticados como él se infiltraban en los cafés y clubes frecuentados por hombres jóvenes disolutos y de buena posición. Al brindarles la posibilidad de conocer a atractivas «actrices», invitarlos a casas de apuestas exclusivas y prometerles préstamos en efectivo y «entre amigos», sembraban el camino para chantajear y arruinar financieramente a sus víctimas.

En Nápoles se extendió el rumor de que *'o Mandriere* había provocado sin darse cuenta la ira de la realeza y que, por esa vía, había atraído la furia de los carabineros sobre la honorable sociedad. El elegante duque de Aosta, una de las presencias más convocantes del circuito de galas napolitanas, quedó perplejo al verse mezclado con *camorristi* en las fiestas de la alta

sociedad, y montó en cólera al oír que *'o Mandriere* había incluso saltado de cama en cama entre las damas locales de sangre azul. Así que se quejó ante el rey, su primo, quien impuso a la policía que traspasara el control de la investigación del caso Cuocolo a los carabineros. Enfrentado a la Camorra de guantes amarillos, el rey exigió a los carabineros que le quitaran los guantes.

Como muchas otras cosas del juicio Cuocolo, esos rumores estaban destinados a no ser verificados. Fuera como fuese, hacía mucho tiempo que la honorable sociedad había dejado de estar confinada a los barrios pobres. El drama que supuso el asesinato de los Cuocolo se desarrolló en el marco de la clase media urbana. Bajo la pérgola del Mimì a Mare en Torre del Greco, donde Erricone y sus amigos cenaban anguilas y donde el legendario tenor Caruso elogió una vez los *maccheroni alle vongole*. O bajo las columnas de mármol y las lámparas ornamentales de la Galleria Umberto I, una prestigiosa y nueva arcada construida dentro del programa de reconstrucción masiva que siguió a la epidemia de cólera de 1884. Abbatemaggio explicaba que Erricone y su cohorte habían planificado el asesinato de los Cuocolo allí en la Galleria, a la vista de todos, en las mesas del elegante Caffè Fortunio. La policía confirmó que la Galleria era un lugar habitual de solaz de la Camorra. Para gran turbación de todos, las mayores ratas de callejón de la ciudad ahora también dominaban los ámbitos más jactanciosos.

Estos eran solo los síntomas más visibles de la enfermedad. Puede que Nápoles no hubiese dado aún pie a una «alta Camorra» parecida a la «alta Mafia» de Palermo, pero los *camorristi* acechaban todavía en cada rincón de la ciudad. Los empréstitos monetarios eran la clave. El endeudamiento era un estilo de vida en una ciudad con escasa productividad en lo económico. Los pobres vivían al borde de la indigencia, adictos al zumbido habitual de un billete de lotería ilegal. Las capas medias oscilaban justo por encima del humillante límite de la pobreza, adictas a los pequeños lujos que proclamaban su estatus ante la muchedumbre desharrapada de los escalones inferiores. Los apostadores adictos de la clase alta pedían préstamos para seguir apostando. Toda la ciudad era una casa de empeños. Como comentaba un cronista local, la usura era para los napolitanos lo que la

absenta para los franceses. Y la honorable sociedad era especialista en alimentar esa adicción.

A medida que la investigación del caso Cuocolo quedaba varada, la publicidad que generaban figuras como la de *'o Mandriere* solo era superada por la miseria con que se reunían las pruebas. Los *camorristi* incluidos en la lista de acusados intentaban comprar su estancia fuera de la cárcel, como era del todo esperable, y los diarios, especialmente *Il Mattino,* estaban encantados de pagar por una exclusiva, sin importar la mucha o poca falsedad que esta contuviera. También los carabineros parecían involucrados en la dinámica. Gamberros procedentes de todo Nápoles se acercaron a los cuarteles en los que se centralizaba la investigación con la esperanza de venderles un testimonio hecho a medida. Se decía que los testigos más astutos revendían su historia a las tres partes.

Los carabineros transformaron los rumores extendidos acerca de una guerra de influencias para comprar testimonios en un medio para obtener ventajas políticas. En diciembre de 1910, en un informe secreto enviado al alto mando de Roma, se quejaban de que la Camorra estaba empleando cada treta que conocía para obstruir las investigaciones. Algunos periódicos hasta se habían convertido en los preferidos de los criminales. ¿Quién podía decir cuán alto llegaba ahora la influencia de la Camorra? Una derrota en el caso Cuocolo haría un «daño irreparable» al cuerpo militar y al futuro del orden público en Nápoles. El informe se traducía concretamente en una petición reveladora de «apoyo moral y material»:

> Por ahora, creemos preciso que se pongan a disposición de la región fondos por un importe de veinte mil liras. Necesitamos subvencionar a informantes capaces, bien pagados y de confianza, de modo que no se limiten a venderse al mejor postor. De otro modo, podrían proveernos de información falsa, que daría pie a graves incidentes durante el juicio.

O, dicho de manera más franca: «¿Podrían enviarnos efectivo para pagar a nuestros testigos, por favor?».

Difícilmente puede sorprendernos que al final fueran necesarios cuatro años y nueve meses de investigaciones y preparación legal para acusar a la Camorra de los asesinatos de Gennaro Cuocolo y Maria Cutinelli.

El Atlántico delictivo

Esos años de investigación estuvieron llenos de incidentes. Cuando Gennaro Abbatemaggio hizo su primera declaración a la policía a comienzos de 1907, Erricone huyó a Nueva York en un vapor, disfrazado de fogonero.

Para entonces, el crimen organizado italiano había entrado desde hacía tiempo en una era transoceánica. El primer asesinato de la Mafia en suelo americano —cuando menos, el primero del que tenemos noticia— ocurrió el domingo 14 de octubre de 1888: la víctima, un palermitano de nombre Antonio Flaccomio, acababa de tomar una copa en un restaurante cuando fue asesinado a puñaladas justo enfrente del célebre edificio de la Cooper Union en Manhattan. Pero la historia de la Mafia en Estados Unidos estaba ya en desarrollo mucho antes de esa fecha. Los prófugos sicilianos de la justicia habían estado ocultándose en el país desde mucho antes de que Italia fuera unificada; Nueva York y Nueva Orleans eran puntos de venta fundamentales de los limones sicilianos y, por ende, se convirtieron en las primeras bases de operaciones de la Mafia en Estados Unidos.

A principios del siglo XX, las decenas de miles que cruzaban el Atlántico cada año se convirtieron en cientos de miles y una cifra pavorosa de ochocientos setenta mil en el punto más alto del éxodo en 1913. La emigración transformó la economía del sur rural: los que migraban enviaban dinero a casa y su ausencia elevó los salarios de quienes permanecieron detrás.

En la nueva oleada de inmigrantes había también miembros de las tres asociaciones criminales fundamentales de Italia. El crimen organizado de origen italiano pasó de ser apenas un fastidio local en Nueva Orleans o

Mulberry Road* a convertirse en un problema de Estado para Norteamérica.

Las dos orillas del Atlántico delictivo estaban unidas por incontables y astutos hilos. Con solo tirar de uno de esos hilos —la precipitada fuga de Erricone a Nueva York— veremos lo densa y vastamente entretejida que estaba en realidad la historia del gangsterismo italoamericano (demasiado vasta para contarla en estas páginas).

La apuesta de Erricone por la libertad no duró mucho: muy pronto fue localizado y enviado de vuelta a Nápoles por el teniente Giuseppe «Joe» Petrosino, un policía nacido en Salerno que había ascendido dentro de la policía neoyorquina por combatir el crimen organizado de origen italiano. Cabe pensar en Petrosino como un heredero potencial de la capa de superhéroe que había dejado tras de sí, justo entonces, Ermanno Sangiorgi: Petrosino era el policía transatlántico apropiado para el nuevo crimen transatlántico.

En 1909, mientras la investigación del caso Cuocolo estaba aún en desarrollo, Petrosino hizo una corta visita a Italia con la intención de crear una red informativa independiente de los gángsteres nacidos en Italia. El 12 de marzo de 1909, cuando se encontraba bajo la estatua de Garibaldi en la piazza Marina de Palermo, dos individuos lo mataron a tiros. Dejó tras de sí una viuda, Adelina, y una hija del mismo nombre, de solo cuatro meses.

Jamás condenarían a nadie por el asesinato de Petrosino, aunque hubo múltiples líneas de investigación. La primera, y más plausible, se relacionaba con una banda de sicilianos a quienes Petrosino había desbaratado una operación de falsificación de dinero en 1903, al seguir la pista del célebre enigma del «cuerpo en el barril», siendo el cuerpo en cuestión el de una de las víctimas de los *mafiosi*. En 1905 se unió a la banda que se creía responsable del «cuerpo en el barril» un mafioso y comerciante de limones de nombre Giuseppe Fontana, el mismo Giuseppe Fontana a quien habían absuelto, de manera escandalosa, del asesinato del banquero Emanuele Nortarbartolo el año anterior (en 1913, Fontana fue asesinado a tiros en East Harlem).

El principal sospechoso del asesinato del teniente Petrosino era, y aún es, don Vito Cascio-Ferro, un hombre de honor que cruzó varias veces el

Atlántico a principios de la década de 1900. Cascio-Ferro nunca fue llevado a juicio porque tenía una coartada aparentemente irrefutable que le proveyó un parlamentario siciliano, quien declaró que Cascio-Ferro estaba en su casa cuando murió Petrosino. El parlamentario en cuestión era Domenico De Michele, quien, por pura casualidad, era el hijo del «barón» Pietro De Michele, el violador de Burgio y *capomafia* involucrado en la trama del «fratricidio» contra Ermanno Sangiorgi en 1877.

En el curso de su prolongada investigación del crimen de Petrosino, la policía italiana interrogó también a un gángster calabrés, Antonio Musolino, el hermano menor del rey del Aspromonte, de cuyo primo se sospechaba que había asumido el encargo de matar al teniente Petrosino. Con sorprendente candor, Antonio Musolino declaró que había volado a Santo Stefano en 1906 porque tenía miedo de que los muchos enemigos de su familia estuviesen tratando de matarlo. En Brooklyn se unió a algunos miembros del equipo de apoyo a su hermano, entre ellos el primo sospechoso del asesinato de Petrosino. En un sótano de Elizabeth Street, el epicentro de la comunidad italiana de Manhattan, Musolino se inició en una banda mafiosa que incluía calabreses y sicilianos. El nombre que le daba a la banda era la Mano Negra: un comodín para todo el gangsterismo de origen italiano en Estados Unidos, nombre derivado de los símbolos amenazantes (dagas ensangrentadas, manos negras y otros) que los *mafiosi* dibujaban a veces en sus cartas de extorsión.

La breve historia de Musolino es típica de la forma en que los *picciotti* que viajaban del Aspromonte a Nueva York se adherían a una organización siciliana mucho más poderosa y bien afincada: los humildes «chavales presumidos» quedaron bajo la égida de los «delincuentes de clase media». Allí donde la presencia siciliana no era tan fuerte, como en el paisaje lunar de los distritos mineros de Pennsylvania y Ohio, los calabreses llegados del otro lado del Atlántico para extraer carbón fueron capaces de organizarse entre ellos y aplicar directamente los métodos y tradiciones que habían aprendido en casa.

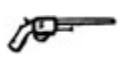
El corto viaje de Erricone a Nueva York puso en marcha una tercera teoría sobre el asesinato del teniente Joe Petrosino en la que se implicaba a la Camorra, y cuyo principal sospechoso era el propio Erricone. El interés por el caso Cuocolo aumentó mucho en Estados Unidos tras el crimen de Petrosino. La enorme investigación desarrollada en Nápoles parecía haber desnudado algo mucho más poderoso que lo que permitía imaginar la especulación más inquietante acerca de la Mano Negra en Estados Unidos. En el *New York Times*, el periodista Walter Littlefield afirmó con audacia que Erricone había dado la orden de matar a Petrosino y que la honorable sociedad que él mismo regía era la organización que servía de paraguas a todos los criminales italoamericanos a ambos lados del Atlántico:

> La Italia civilizada y moderna tiene la esperanza de que el juicio en cuestión extirpe para siempre a la mayor, y más perfectamente organizada, sociedad de criminales de la Tierra, con sus rentables ramificaciones en Estados Unidos y sus voluntariosos lacayos en Sicilia. Si este objetivo se cumple, ello equivaldrá a seccionar la cabeza del cuerpo. Implicará la disolución de los cerebros de la Mano Negra en Estados Unidos y de la Mafia en Sicilia.

En todo el mundo, las expectativas que rodeaban al caso Cocuolo se estaban volviendo tan serias como poco realistas.

El estudio histórico más reciente llega a conclusiones menos alarmistas que las de Walter Littlefield. Los *camorristi* de Nápoles y sus alrededores estaban operando en Estados Unidos, en efecto, durante la época de la visita de Erricone, y algunos de ellos hasta crearon territorios autónomos en Brooklyn, el sector vecino al de las bandas sicilianas dominantes. Giovanni Rapi, el Profesor, contable de Erricone, tenía vínculos, al parecer, con una institución de ahorros que reunía el dinero de los inmigrantes en Nueva York y lo enviaba de vuelta a casa. Después de la extradición de Erricone, los *camorristi* de la ciudad recorrieron los restaurantes de dueños italianos para pagar a sus abogados.

Entretanto, el protagonista del inminente juicio Cuocolo, el chivato Gennaro Abbatemaggio, pasaba sus días de confinamiento leyendo un relato en varias entregas de la vida de Joe Petrosino.



Con los preparativos para el juicio Cuocolo en suspenso, el acontecimiento que tuvo mayor interés periodístico en la era de los nuevos medios italianos ocurrió poco después de las 5.20 horas de la mañana del 28 de diciembre de 1908, cuando un fuerte terremoto con epicentro en el angosto estrecho que separa Sicilia de Calabria devastó Messina, Reggio Calabria y muchos de los pueblos y aldeas del Aspromonte. Se estimaba que unas ochenta mil personas murieron en la catástrofe, y muchos de los traumatizados supervivientes emigraron al Nuevo Mundo. Este cataclismo, el acontecimiento sísmico más letal en la historia de Occidente, suscitó durante semanas la solidaridad del mundo entero.

Una vez que la agenda mediática avanzó, comenzó la historia monocorde y penosa de la reconstrucción. Las zonas afectadas de Calabria, que habían sido escenario de una sociedad indolente antes del desastre, se volvieron entonces escenario de una sociedad aún más indolente después de él. En Reggio Calabria fueron precisos once años para reconstruir la prefectura y seis más para concluir el Palacio de Justicia que albergaba los tribunales de lo penal. La dilatada batalla por los fondos fiscales para llevar a cabo la reconstrucción se convirtió en el nuevo centro de gravedad de la vida política y económica en buena parte del área arrasada. La *picciotteria* aspiraba a quedarse con una parte de los despojos. En Reggio Calabria, los mafiosos frecuentaban las tabernas donde los albañiles iban a beber: una fuerza laboral tan rentable brindaba múltiples oportunidades para beneficiarse de los juegos de apuestas, las extorsiones, el robo y los negocios gangsteriles. En 1913, la policía prosiguió con éxito su labor al procesar a ochenta y tres miembros de un grupo mafioso que operaba en toda la ciudad. Tenía una jerarquía de varios grados, como los de *picciotto, camorrista, contaiuolo* y *fiorillo* («florecita»). Pero, desde luego, esto solo interesaba a la prensa local, como otros juicios de principios del siglo XX que demostraban que la *picciotteria* se estaba diseminando hacia el norte y las demás provincias de Calabria.

De los testigos que presenciaron cómo la *picciotteria* se expandía de modo sigiloso en la sociedad calabresa en los años previos a la Primera Guerra Mundial, muy pocos, pero por el mismo motivo muy valiosos, nos han dejado algún testimonio al respecto. Uno de esos testigos es Corrado

Alvaro, el escritor nacido en San Luca, quien, en 1955, rescató una vívida memoria de su adolescencia que resumía cómo la *picciotteria* se había convertido en lo que él mismo llamaba una «faceta de la clase dominante», una parte normal y ampliamente aceptada de la vida comunitaria… apenas una generación después de haber surgido. En una ocasión, Alvaro regresaba de la facultad en la que había pasado una temporada estudiando a su hogar en San Luca, que se había librado de lo peor del terremoto de 1908. Su madre le comentó cómo por casualidad su padre estaba en el cuarto de arriba con «hombres de la asociación». Alvaro, desbordante de sus nociones académicas sobre el espíritu de servicio público, asumió que su progenitora aludía a un grupo promotor de algún interés regional: «¿Así que por fin hay una asociación en nuestra aldea?». La respuesta de su madre fue rotunda: «Es la asociación de la delincuencia».

Gennaro Abbatemaggio: «genialoide»

Por fin, en marzo de 1911, se inició el juicio Cuocolo en la cavernosa iglesia barroca que funcionaba como tribunal local en Viterbo, pequeña ciudad entre Roma y Florencia que había sido escogida para acoger todo el espectáculo, por temor a que un jurado de Nápoles se dejara persuadir, bien por las amenazas de la Camorra, bien por la fiebre camorrista que el caso estaba generando.

Los lectores de periódicos y espectadores de noticiarios en todo el mundo pudieron ver al fin las elocuentes imágenes de los acusados reunidos en una jaula enorme en el tribunal, y ponerles cara a los estrafalarios apodos que protagonizaban la historia del caso Cuocolo.

Para su seguridad, Gennaro Abbatemaggio ocupaba una jaula más reducida y para él solo. Con veintiocho años, enjuto y bien vestido, exhibía una gran cicatriz que descendía por su mejilla hasta el mentón. Lucía un mostacho escueto y brillante, cuyas puntas se enroscaban hacia arriba para formar dos comas invertidas alrededor de su boca.

«La Camorra es una carrera profesional», partió diciendo en una atractiva voz de barítono, «que va del grado de *picciotto* al de *camorrista*, pasando por varios grados intermedios». Se había unido a la Camorra en 1899, a los dieciséis años, como *picciotto*. En 1903 lo ascendieron al grado de camorrista en la sección Stella de la honorable sociedad:

> Los *camorristi* de Nápoles explotan con codicia la prostitución… Exigen una camorra [un soborno] por todo, y en especial por todas las actividades oscuras que, precisamente porque son ilegales, deben pagar el impuesto a la Camorra. Extorsionan pidiendo la camorra por apostar ilegalmente, en las casas de apuestas que se extienden por todo Nápoles como un

> sarpullido. La exigen en las ventas en subastas públicas y hasta exhiben su arrogancia durante las elecciones regionales y generales… La Camorra es tan vil que hasta exige dinero, a veces sumas ínfimas, por masacrar o desfigurar a la gente. La Camorra está envuelta en la usura; de hecho, su mayor influencia se da en la usura.

Abbatemaggio prosiguió definiendo a la Camorra como «una especie de francmasonería de baja ralea». Su descripción de las reglas, estructura y métodos de la Camorra venía a confirmar lo de los «manuales» criminológicos que habían sido tan populares en Nápoles durante años. Concluyó con una propuesta apasionada: «Lo que afirmo es la pura verdad. Quiero ser capaz de ir por ahí con la cabeza en alto y mirar directo a la cara a quienquiera que dude de ello».

A continuación, Abbatemaggio comenzó a relatar su versión de cómo los Cuocolo habían sido brutalmente asesinados aquella noche de junio, cinco años antes. De las cartas enviadas desde la colonia penal de Lampedusa. De la petición de Giovanni el Profesor y *'o Mandriere* para que se castigase a Gennaro Cuocolo. De cómo la reunión plenaria de los jefazos de la Camorra en la *trattoria* de Bagnoli aprobó la decisión. De cómo Erricone organizó las ejecuciones en una serie de reuniones adicionales en la Galleria. De los bárbaros actos de los dos equipos de asesinos. De la cena en el Mimì a Mare. Del anillo rosa con las siglas G.C.

Abbatemaggio estuvo allí de pie y hablando tanto tiempo que hubo de hacer un agujero en su zapato para aliviar la presión sobre una ampolla que se le había formado. Durante los recesos, pasaba las cartas de sus admiradores a amigos gacetilleros y les explicaba que, si alguna vez hubiese tenido la posibilidad de estudiar, él también hubiera sido periodista.

El corresponsal de *Il Mattino* no tenía dudas de la sinceridad de Abbatemaggio. Era «un hombre dotado de una solidez física y mental maravillosa, y de una voluntad firme y equilibrada», opinaba el diario. Era inconcebible que se lo hubiera inventado todo, como alegaba la defensa:

> Ni siquiera la imaginación más audaz hubiese podido crear todas las líneas de interconexión de este drama judicial. Cada detalle que el testigo nos brinda es una página tomada directamente de la vida real…, aunque sea una vida de crímenes: es intensa, perspicaz, abrumadora.

La defensa también pensaba que el testimonio de Abbatemaggio era dramático, aunque en un sentido muy distinto. Durante el interrogatorio, uno de los abogados anunció que demostraría que este presunto testigo involucrado en el mundo criminal había recogido todo lo que decía saber acerca de la honorable sociedad de obritas menores. «¿Ha estado Abbatemaggio alguna vez en el Teatro San Ferdinando y presenciado una función de *La fundación de la Camorra*?». Abbatemaggio respondió con calma que a él solo le gustaba la ópera bufa: *La viuda alegre* y otras piezas semejantes. «Además, ¿para qué necesitaría ver a la Camorra representada en el escenario si fui parte de ella…?»

La ocurrencia fue recibida con risas de aprobación del público que había en las gradas.

La defensa intentó a la vez desacreditar a Abbatemaggio cuestionando su salud mental; era, según alegaban los abogados, un «epiléptico histérico», apelando a la muy dudosa jerga psicológica del momento. Un experto que lo examinó en detalle no estuvo de acuerdo, pero dijo sin embargo que le parecía un caso particularmente fascinante. Una y otra vez, el propio Abbatemaggio replicó, a quienes dudaban de su testimonio, con nombres, fechas y un torrente de otros detalles. Quizá se lo pudiera clasificar como un «genialoide», una rara mezcla de genio y lunático; sus «capacidades mnemotécnicas e intuitivas son ciertamente fenomenales».

La credibilidad de Abbatemaggio como testigo dependió también de su habilidad para contar una historia acerca de sí mismo, que era una historia de redención. Alegaba haber alcanzado una renovación moral al exponer ante la ley los secretos de la Camorra. El amor por la chica joven con la que acababa de casarse, dijo, lo había salvado. «Camorrista lo cuenta todo para ganarse a su novia», fue el titular del *New York Times*.

Entretanto, en la jaula de los acusados, Erricone, el jefazo de la Camorra, fruncía el ceño y hacía gestos burlones. Delgado pero fuerte, de ojos hundidos y mandíbula prominente, exhibía una cicatriz horizontal muy desconcertante, que iba desde la comisura de la boca hasta la oreja derecha. Iba vestido de riguroso negro de luto porque su hermano menor, Ciro, uno de los cinco individuos que cenaron en el Mimì a Mare la noche de los asesinatos, había muerto de un infarto mientras estaba detenido. Durante el

testimonio de Abbatemaggio, se oyó a Erricone murmurar algún comentario ocasional. «Esta basura es como un gramófono, si uno le da vueltas a la manivela seguiría indefinidamente». El apodo prosperó: durante el resto del juicio, los acusados se referirían a Abbatemaggio como *‘o Cucchieriello* («el gramófono»).

Cuando llegó el turno del propio Erricone de prestar declaración, logró impresionar y sorprender inicialmente a muchos por su notable elocuencia y capacidad de persuasión. Explicó que administraba una tienda en la piazza de San Ferdinando donde vendía forraje para caballos: salvado y algarrobas. Era también un comerciante en caballos que aprovisionaba a las bases militares de Nápoles y los pueblos aledaños, y había ganado mucho dinero exportando mulas para el ejército inglés en el Transvaal durante la guerra de los Bóers. Negó ser un camorrista pero admitió ser más bien un exaltado y que a veces prestaba dinero a intereses muy elevados. Era todo una cuestión de carácter: «Señores del jurado, deben tener en mente que somos todos napolitanos, hijos del Vesubio. Hay en nuestra sangre una extraña tendencia violenta que proviene del clima».

Los carabineros, concluyó, lo estaban convirtiendo en su víctima propiciatoria y habían sobornado a los testigos. Había sufrido tanto en prisión que se le estaba cayendo el pelo.

Después de él, varios policías de diverso grado subieron al estrado y expusieron el catálogo de las innumerables condenas que había sufrido Erricone. Había comenzado su carrera como un chulo de poca monta. Como muchos otros *camorristi*, comerciaba con forraje para los equinos porque eso le proveía de una buena fachada para extorsionar a los cocheros de la ciudad y amañar el mercado local de caballos y mulas. Explicaron que brindaba protección a la casa de apuestas de la alta sociedad que administraba Giovanni el Profesor y confirmaron que era el jefe efectivo de la Camorra. Hicieron saber que el jefe nominal era un tal Luigi Fucci, conocido como *‘o Gassusaro* («el hombre de las gaseosas») por la razón más bien prosaica de que regentaba un establo donde se vendían este tipo de bebidas. Erricone lo utilizaba como monigote, aunque se reservaba para sí el verdadero poder.

Erricone comenzó a verse como lo que realmente era: un villano apenas

disimulado tras una fachada caballerosa. Ninguno de los demás acusados salió mucho mejor parado. Arthur Train, un antiguo ayudante del fiscal de distrito de Nueva York, fue uno de los muchos observadores norteamericanos presentes en el juicio, y advirtió:

> Los camorristas son, con mucho, los que van mejor vestidos en toda la sala de la corte. Un escrutinio más de cerca revela las líneas implacables en la mayoría de los rostros y la cualidad huidiza y felina de los ojos. De todo ello queda una idea fija: la de la sangre fría, inteligencia y astucia de todos estos individuos, y del peligro que representan para una sociedad en la que ellos y sus asociados adoptan el crimen como su profesión.

‘O Mandriere, el camorrista ultramoderno cuyas conquistas sexuales entre las damas de la aristocracia, según se decía, habían indignado al duque de Aosta, era una figura particularmente elegante. Él también intentó presentarse como un honesto hombre de negocios que había empezado vendiendo salvado y algarrobas y de ahí había ascendido hasta convertirse en un exitoso joyero. Solo una disparatada sucesión de mala suerte lo había llevado a pasar varias estancias breves en la cárcel por extorsión, hurto y por tomar parte en un duelo con pistola, según dijo. La refinada apariencia de *‘o Mandriere* se veía claramente comprometida por las dos largas cicatrices en su mejilla. «Heridas defensivas», protestó. Al menos aportó un matiz revelador acerca del llamativo anillo grabado con las iniciales de Gennaro Cuocolo: demostró que no era lo suficientemente grande para encajar en su propio meñique…, y él era bastante más pequeño que Cuocolo.

Muy pocos de los acusados tenían coartadas plausibles. Algunos negaron conocer a Abbatemaggio, cosa que otros testigos más creíbles desmentirían. Un camorrista consideró que era una buena idea imprimir su defensa en forma de panfleto, en el cual admitía que la Camorra existía, pero alegaba que era una hermandad de individuos bienintencionados que gustaban de defender a los débiles contra los bravucones. El etos que regía esta hermandad era lo que él mismo denominó la *cavalleria rusticana*, la «caballerosidad rústica». Evidentemente, este acusado en particular intentaba aplicar las lecciones extraídas de las exitosas estratagemas de la Mafia siciliana en juicios previos. También citaba la historia de la Camorra, concluyendo su panfleto con una nota patriótica en la que recordaba cómo,

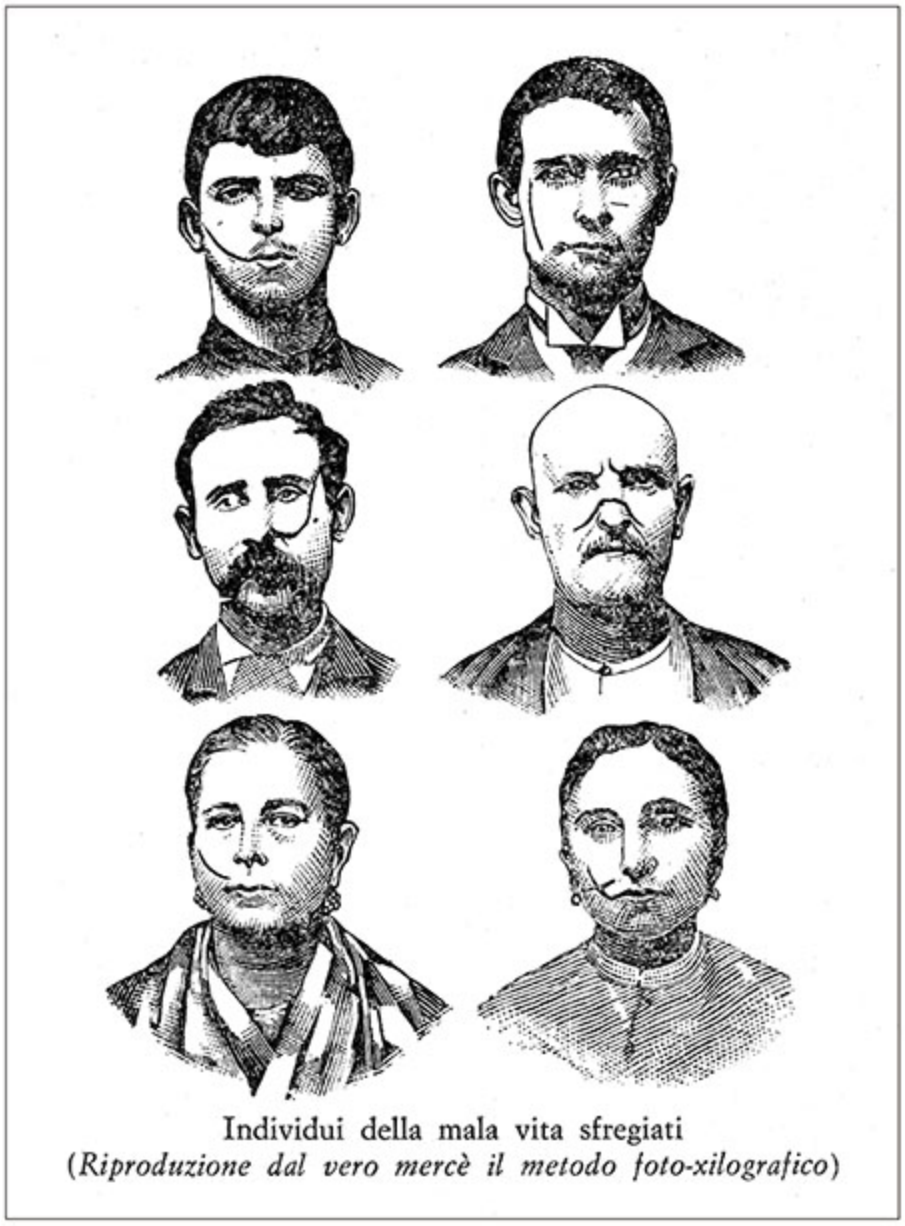
medio siglo antes, cuando Italia al fin se unificó, los *camorristi* habían combatido a la tiranía borbónica y contribuido a «la redención política de la Italia del sur»,

El juez de Viterbo suscitó muchas críticas al permitir que los propios acusados interrogaran a los testigos. Estos intercambios prolongaron muchísimo los procedimientos y a veces descendían al nivel del mero alboroto verbal. Un camorrista, un individuo digno de temer y brutal, que tenía un solo ojo, y al que se acusaba de haber aplastado el cráneo de Gennaro Cuocolo con un garrote, lanzó extravagantes improperios a Abbatemaggio a lo largo de todo el juicio:

> ¡Eres un traidor asqueroso! Y te has vendido solo para comer buenos *maccheroni* en la cárcel. Pero ya verás cómo se te atragantan esos trocitos tan deliciosos de mozzarella. ¡Ya verás, tramposo embustero! ¡A callar, miserable! ¡Cállate ya, pederasta! Te escupiría directo a la cara si no fuera porque temo ensuciar mi propia saliva.

Abbatemaggio no tuvo, por su parte, tantas prevenciones y escupió de vuelta a través de la sala hacia la jaula de los acusados.

Pasaron semanas y semanas de declaraciones de testigos, interrogatorios furibundos y refriegas. A medida que la primavera daba paso al verano, el interés del público comenzó a decaer. Pero renació en julio y agosto de 1911, cuando los dos grandes héroes del espectáculo Cuocolo fueron llamados a prestar declaración. En palabras del *New York Times*, eran los carabineros que «finalmente lograron penetrar los oscuros centros vitales de la hidra criminal y ahora están prestos a exhibir su masa fétida y nociva en la corte regional de Viterbo». Eran el sargento Erminio Capezzuti y el capitán Carlo Fabroni.



Individui della mala vita sfregiati
(*Riproduzione dal vero mercè il metodo foto-xilografico*)

Abele de Blasio, *Usi e Costumi dei Camorristi*, 1897

El *sfregio*, o cicatriz que desfiguraba, fue uno de los muchos signos visibles del poder de la Camorra en Nápoles. Los *camorristi* se practicaban *sfregi* como castigo entre sí y a las prostitutas a las que les hacían de proxenetas. Los *mafiosi* sicilianos, al contrario, se abstenían tanto del proxenetismo como del *sfregio*.

El sargento Capezzuti era el que manejaba a Abbatemaggio: quien había

convencido al informante para que rompiera su código de *omertà* y lo había protegido luego; también conducía el equipo investigador que decía haber encontrado el anillo rosa con las siglas G.C.

Una serie de historias ridículamente exageradas acerca del heroísmo de Capezzuti había dado la vuelta al mundo entre el momento de los asesinatos y el juicio. Se decía que se había disfrazado de camorrista y hasta había participado en un duelo ritual a cuchillo, y que había prestado juramento a la honorable sociedad. El *New York Times* afirmaba que había hecho «una de las proezas de averiguación más memorables de las que se tenía noticia». El *Washington Times* aseguraba que Capezzuti estaba dispuesto a convertirse en monje tras el juicio, porque esa era la única forma que tendría de ponerse a salvo de la venganza de la Camorra. Cada periódico del orbe parecía querer comparar a Capezzuti con Sherlock Holmes.

No está claro de dónde surgieron exactamente estas fábulas sobre el «Sherlock Holmes» de Nápoles, pero hallaron poca justificación cuando al fin Capezzuti acudió a Viterbo. El sargento se atuvo calmadamente a cada detalle del caso de la fiscalía, incluida la historia del anillo con las iniciales G.C. Su aportación fue muy mesurada y, para quienes estaban esperando a un Sherlock Holmes, más bien deslucida.

El testimonio del capitán Carlo Fabroni fue todo menos deslucido. El oficial de carabineros a cargo de toda la investigación del caso Cuocolo era oriundo de la región de Marche y había llegado a Nápoles poco después del crimen de los Cuocolo. Una de las primeras cosas que hizo fue, según explicó, leer todos los estudios criminológicos publicados acerca de la Camorra. Lo que había aprendido en el transcurso de sus investigaciones se correspondía exactamente con lo que había leído.

A medida que fluía su testimonio, la autoconfianza del capitán Fabroni se fue hinchando hasta convertirse en arrogancia. Apartó de un plumazo cualquier sospecha de que Abbatemaggio pudiese no estar diciendo la verdad: «Con mi trayectoria extremadamente honorable en el ejército, me sonrojaría el solo pensamiento de inducir a un hombre a cometer un acto de infamia tan innombrable como el de inventar una acusación».

En el interrogatorio, Fabroni provocó a la defensa en cada oportunidad que tuvo y esparció acusaciones de que la policía, los políticos y hasta la

judicatura estaban confabulados con la Camorra. En cierta ocasión afirmó que Erricone había sido absuelto de un cargo previo de extorsión solo porque su abogado defensor era hermano del juez; todos los abogados se quitaron las togas y abandonaron la sala en protesta ante este insulto generalizado a su profesión.

Pero la jugada más sorprendente del capitán Fabroni fue arrojar una granada de mano en las faldas de su testigo clave. Desde los primeros interrogatorios, había habido muchos comentarios sobre la extrema vivacidad del relato de Abbatemaggio. *'O Cucchieriello* contó a la corte el orden en que los *camorristi* habían apuñalado a cada una de las víctimas y hasta los improperios que gritaban mientras lo hacían. ¿Era verdaderamente plausible que los asesinos hubieran contado con tanto detalle su sangrienta acción a Abbatemaggio?

La refutación del capitán Fabroni a este interrogante fue un movimiento de alto riesgo para socavar la personalidad del chivato pero a la vez mantener su testimonio intacto. Abbatemaggio no había roto el código de *omertà* porque quisiera una vida más limpia con su nueva esposa, explicó Fabroni; eso era solo una tapadera. El auténtico motivo de Abbatemaggio era el miedo: miedo a que la Camorra lo matara como había hecho con los Cuocolo. La razón de este miedo era que había intentado chantajear a sus camaradas del mundo criminal. Y la razón de que supiera lo suficiente para chantajearlos era que, con toda probabilidad, había estado presente en una o en las dos escenas del crimen. Quizá fuera incluso uno de los asesinos. Como bien concluía el capitán Fabroni, «no es posible reconstruir una tragedia tan horrenda como esa en cada detalle a menos que uno haya participado en ella de algún modo».

Dando por buenas las palabras del capitán Fabroni, la prensa mundial dio un giro radical a su opinión emocional sobre *'o Cucchieriello*. Un periódico australiano llamó al informante «pillo de una calaña inconcebible». Y el capitán Fabroni no fue el único que apuntó con el dedo a Abbatemaggio: *'o Mandriere* también lo acusaba de los asesinatos y aludía a él constantemente como «el asesino». Así, tanto la fiscalía como la defensa parecían creer que Abbatemaggio era uno de los sicarios de los Cuocolo. Puede que nunca se sepa con exactitud qué parte de verdad y qué

parte de cínicas tácticas había en estos alegatos. Lo único cierto es que Abbatemaggio nunca fue formalmente acusado de los crímenes.

El juicio en Viterbo tenía aún un año por delante cuando el capitán Fabroni concluyó su testimonio. En los meses que siguieron, cada uno de los acusados y muchos de los testigos tuvieron que acudir a los tribunales una y otra vez para responder a nuevas preguntas. Pero la carga de la prueba ya había dado un giro decisivo. Con todas sus insondables oscuridades, el caso Cuocolo era ahora un simple duelo de credibilidad: o bien los acusados eran culpables, o bien los carabineros eran unos calumniadores. A un lado había una jaula desbordante de criminales con el rostro lleno de cicatrices que se contradecían mutuamente; al otro estaban el capitán Fabroni y el sargento Capezzuti. Por descontado que los dos carabineros habían fracasado en lo de cumplir con su imagen de Sherlock Holmes, pero era difícil creer que pudieran ser tan retorcidos como para haber falsificado todo el caso de la fiscalía.

La extraña muerte de la honorable sociedad

Justo a las cinco y media de la tarde, el 8 de julio de 1912, los cuarenta y un acusados fueron convocados de nuevo a la atiborrada sala del tribunal de Viterbo para conocer su destino. Casi todos permanecían inmóviles, paralizados por el miedo. Su nerviosismo era comprensible, dada la magnitud de los procedimientos que estaban a punto de culminar: 779 testigos habían dado su testimonio en el curso de dieciséis fatigosos meses de declaraciones.

Finalmente, la figura adusta y familiar de Erricone apareció, a solas, en la jaula de los acusados. Miró a su alrededor. El lúgubre momento de tensión se rompió con el *staccato* de los sollozos, a cargo de uno de los abogados defensores. Erricone vio, oyó y entendió hacia dónde se había inclinado el veredicto. Entonces rompió el silencio con una risotada estridente dirigida a la tarima elevada en la que se sentaba el jurado: «Nos habéis declarado culpables. ¿Así que somos asesinos? Pero ¿por qué, si vosotros sois los jueces, incliná is la cabeza? ¿Por qué no podéis mirarme a la cara? ¡Nosotros somos los que hemos sido asesinados! ¡Vosotros, los asesinos!».

Otros acusados fueron entrando a la jaula y comenzaron los alaridos, las súplicas al jurado y al público, los gritos a Abbatemaggio. De pronto saltó un chorro de sangre al suelo de mármol del tribunal. *‘O Mandriere* acababa de utilizar un trozo de vidrio para cercenarse la garganta. Los médicos corrieron a auxiliarlo y los guardias se lo llevaron para que fuera atendido.

Uno a uno, los acusados abandonaron sus protestas y se dejaron caer en sus banquillos para llorar. El más altisonante y furibundo de ellos, el

Profesor, fue a su vez el que más tardó en cansarse y estaba aún desvariando él solo cuando el secretario del tribunal pudo al fin hacerse oír y leer los veredictos de culpabilidad. El juez dictaminó más de cuatrocientos años de cárcel para los que fueron declarados culpables de asesinato y de pertenecer a una asociación criminal, entre otros delitos.

¿Una cruzada por la justicia donde no se hacían prisioneros? ¿O un tremendo abuso de poder del Estado? En las secuelas del juicio Cuocolo, la opinión pública permaneció dividida respecto a lo que significaba exactamente este espectáculo tribunalicio. El juicio logró con éxito el fin tan deseado de golpear a la Camorra. En rigor, toda Italia pudo ver que se había conseguido ese objetivo por medios prolongadísimos, caóticos y quizá incluso dudosos. El crimen de los Cuocolo brindó al Estado italiano la oportunidad única de desplegar su lucha contra el crimen organizado ante una vasta audiencia local y foránea. El resultado fue confusión a nivel local y embarazo en el extranjero. Los líderes de opinión de periódicos en todo el mundo se lamentaban por el estado de la justicia italiana. La prensa de Estados Unidos fue desdeñosa: el juicio había sido un «gran alboroto», un «circo», una «jaula de monos». Hasta un observador más empático con Italia, como Arthur Train, solo pudo rogar a sus lectores que entendieran lo difícil que era administrar justicia cuando «cada persona que participaba en el asunto, o está relacionada con él, es un italiano, que comparte la misma propensión excitable y el mismo temperamento emocional de sus compatriotas». Aún más sobria, pero no menos reprobatoria, fue la apreciación del *Bulawayo Chronicle* en lo que es hoy Zimbabue, donde los espectadores que iban al cine habían visto noticiarios alusivos a Viterbo: «El juicio a la Camorra se yergue como prueba monumental de la ineptitud e inadecuación del actual sistema de procesamiento penal en Italia».

Si hubiera habido alguien más, aparte de unos pocos jueces y abogados que les prestaran atención, del juicio Cuocolo se habría podido extraer un buen número de lecciones jurídicas respecto a la forma de combatir delitos como los de la Camorra: sobre la confusa legislación italiana contra las

asociaciones criminales; sobre el matrimonio tosco, exasperantemente lento y tan italiano, entre la justicia indagatoria y el sistema que le era adverso.

Las lecciones más relevantes provinieron de la historia de Gennaro Abbatemaggio. Aun en la explicación que dieron los carabineros, su trato era un agravio legal; por ejemplo, el hecho de que, después de haber hablado por primera vez con los carabineros, pasó varios meses oculto en un lugar remoto de la Campania, en lo que resultó ser la aldea natal del sargento Capezzuti, el Sherlock Holmes italiano. Como Ermanno Sangiorgi lo había comprobado en fecha tan lejana como la del caso «fratricida», en la década de 1870, las autoridades no tenían absolutamente ninguna línea de acción establecida sobre cómo tratar a los desertores de las hermandades criminales. ¿Qué clase de trato debía tener con ellos la ley a cambio de lo que sabían? ¿Cómo podía haber alguna certeza de que lo que decían era cierto? La legislación italiana no ofrecía respuestas a estas preguntas y ninguna forma de hacer una distinción entre lo que reunía la buena inteligencia policial y la conocida gestión conjunta del crimen. Visto que las lecciones del juicio Cuocolo nunca tuvieron quien las aprendiera, tales interrogantes seguirían afligiendo al sistema y socavando la lucha contra el crimen organizado en el sur de Italia.

Con todo, es de destacar que, después del juicio celebrado en Viterbo, no hubo más informes de la actividad delictiva de la secta que había plagado Nápoles desde antes de que Italia fuera unificada. De algún modo, Gennaro Abbatemaggio y el monstruo judicial que ayudó a engendrar terminaron con la historia de la honorable sociedad.

El juicio celebrado en Viterbo dejó tras de sí una estela de enigmas. El más indescifrable es la razón por la que, mientras que la Camorra había sufrido muchos procesamientos previos que simplemente habían podado las ramas de la honorable sociedad, en cambio, el caso Cuocolo logró asestar un golpe a sus raíces.

Una posible respuesta estriba en el testimonio aportado por la policía napolitana, la cual no había disfrutado de buena prensa durante los preparativos del juicio de Viterbo. No solo había sido eclipsada por la sombra de los carabineros, en la persona del sargento Capezzuti y el capitán Fabroni, sino que había quedado desacreditada por la insinuación de que

algunos de sus miembros se relacionaban con los *camorristi*. Los italianos estaban dispuestísimos a creer que este cargo tenía asidero. Todo el mundo sabía que la policía se valía de la Camorra para que le echara una mano en tiempo de elecciones, en nombre del Ministerio del Interior. En Nápoles, como en Palermo, la policía y los gángsteres gestionaban el delito de manera conjunta. Por todas estas razones, el testimonio de la policía recibió solo una cobertura ocasional en los medios.

Así y todo, por las mismas razones, la policía entendía mejor que nadie cómo operaba la honorable sociedad. Y lo que era igualmente importante: vista su ácida rivalidad con los carabineros, la policía que testificó en el juicio Cuocolo no tenía el menor interés corporativo en respaldar la descripción de manual que los carabineros hicieron de la Camorra, o la versión de Abbatemaggio. Por tanto, visto en retrospectiva, el cuadro que la policía dio al jurado de Viterbo se hace bastante más creíble: una imagen de una organización criminal que ya estaba en seria decadencia antes de que Gennaro Cuocolo y su esposa fueran acuchillados hasta la muerte.

Considérese al agente Ludovico Simonetti, quien ejerció cuatro años de policía callejero en el barrio de Erricone. Simonetti no tuvo empacho en admitir ante el juez en Lucca que la policía empleaba regularmente a informantes de la Camorra y se mostró feliz de corroborar el lugar de liderazgo que Erricone tenía dentro de la organización criminal. Pero su declaración se ponía bastante más interesante en el punto donde divergía de la línea de la fiscalía: no desplegaba ninguna de las cualidades estereotipadas, del «manual para tontos», que el capitán Fabroni y ‘*o Cucchieriello* brindaron en su testimonio.

El agente Simonetti explicó que la honorable sociedad fue fundada sobre dos principios: el de dividir las ganancias del delito entre sus miembros y el de obediencia ciega u *omertà*. «La Camorra era tan poderosa que bien se la podía considerar un Estado dentro de otro». «Era» tan poderosa: la supremacía de la Camorra era, claramente, cosa del pasado. Simonetti iba tan lejos como para afirmar que los principios sobre los cuales se había fundado la secta se estaban desmoronando: «Ahora el botín va a manos de quienquiera que haya hecho el trabajo, no a la colectividad. Excepto en las raras ocasiones en que algún jefe más enérgico que otros se

las arregla para extraer un pago. No hay ya, en el inframundo, la obediencia ciega que una vez hubo; ya no hay más castigos a este respecto».

El agente Simonetti señala aquí una nueva y crucial debilidad. La honorable sociedad había perdido su habilidad de recaudar «impuestos» de los demás criminales de forma sistemática; en otras palabras, de sacarles sobornos. Alguna vez, mediante esta clase de extorsión, los *camorristi* habían presidido sobre los criminales menores de la misma forma que un Estado preside sobre sus súbditos. Ahora que el poder de fijar impuestos al delito se había desvanecido, la Camorra empezaba a parecer una banda entre muchas otras. Por dicho motivo, se había vuelto más vulnerable a la clase de rivalidades habituales que solían desintegrar a otras bandas. La obediencia ciega se había acabado.

Simonetti dejó en claro que había un buen número de *camorristi* que seguían todavía haciendo todo lo que habían hecho durante décadas: robo, proxenetismo, usura, subastas amañadas, amedrentamiento de votantes, extorsión de comerciantes, administración del fraude en las apuestas. Casi todos los peristas más importantes de la ciudad eran aún miembros de la honorable sociedad. Los *camorristi* aún se respetaban entre sí. Las células individuales de la Camorra en cada vecindario de la ciudad todavía existían, pero para entonces su poder provenía sencillamente de la ferocidad y el carisma de criminales individuales. En los términos de Simonetti, la Camorra, en tanto «colectividad organizada», ya no existía.

Los viejos sacramentos estaban perdiendo su magia. En el pasado, el hecho de que un delincuente fuera ascendido a miembro de la honorable sociedad era un rito iniciático que le cambiaba la vida. Ahora los miembros se valían del rito de iniciación como una forma de halagar a otros gamberros y de engatusarlos para sacarles dinero. Como dejó establecido el agente Simonetti, «alguna vez fue un negocio serio que requería de un bautismo de sangre. Ahora es solo un bautismo de vino».

Otros policías de origen popular enriquecieron el testimonio de Simonetti. Uno de ellos, Giovanni Catalano, había visto a menudo a Abbatemaggio comiendo pizza con Erricone, el Profesor y otros cabecillas *camorristi* de los viejos tiempos. Sin duda, la Camorra aún existía, enfatizó Catalano; en casi todas las fichas policiales de delincuentes condenados

había un telegrama de algún director de prisiones queriendo saber si el gamberro en cuestión era miembro de la honorable sociedad, de manera que se lo pudiera alojar en el ala reservada a los *camorristi*. Pero, continuaba Catalano, los superventas sobre la Camorra que llenaban los anaqueles de las librerías napolitanas estaban inspirados en fuentes anticuadas y pensados solo para satisfacer la «morbosidad de los lectores». Los jefes de la honorable sociedad simplemente eran incapaces ya de imponer una total obediencia. Los tribunales de la Camorra habían desaparecido. El solo hecho de que un camorrista como Gennaro Abbatemaggio pudiese hoy acudir a la ley con su declaración era, en sí mismo, un indicio de cuánto habían cambiado las cosas.

El testimonio policial más vívido fue el último. Un tercer oficial, Felice Ametta, empezó bromeando con el hecho de que había iniciado su carrera al mismo tiempo que muchos de los individuos encerrados en la jaula del tribunal habían comenzado la suya. Desplegó un listado de los cabecillas fundamentales de la honorable sociedad desde que él había llegado a Nápoles en 1893; los conocía a todos. Pero entonces era una época de crisis para la organización, una época de reyertas internas. Ametta evocó entonces el incidente curioso y revelador que condujo directamente al ascenso del nuevo jefe supremo, Erricone; un incidente que resume a la perfección cómo estaba dividida la Camorra a principios del siglo XX.

No hace falta decir que Erricone escuchaba con toda atención a Ametta mientras exponía su historia al tribunal.

La historia en cuestión giraba en torno a un ladrón que anhelaba formar parte de la honorable sociedad. Lo que hacía de su caso algo inhabitual y controvertido era que muchos *camorristi* sospechaban de él que era un pederasta. En los viejos tiempos no hubiese habido discusión alguna al respecto. Los maridos cornudos, ladrones y pederastas estaban proscritos dentro de la organización. En conformidad con ello, el por entonces *contaiuolo* de la honorable sociedad invocó las viejas normas y rechazó con obstinación la idea de admitirlo, pero la opinión dentro de la entidad estaba dividida; el «pederasta» estaba cabildeando arduamente entre sus amigos camorristas. La disputa continuó hasta que una tarde, en una taberna del barrio de Forcella, el «pederasta» provocó una riña en la que el *contaiuolo*

sufrió serias heridas en la cabeza. La honorable sociedad se vio de pronto en el umbral de una guerra civil.

Felice Ametta tuvo noticias de este cisma potencialmente explosivo poco después de la refriega. Siendo como era un «poli» duro, y estando habituado al negocio de emplear a la Camorra para gestionar el delito, citó a Erricone a una reunión en una cafetería de la via Tribunali.

No habían terminado de resonar estas palabras en la atmósfera del tribunal de Lucca cuando el jurado saltó en su asiento ante el sonido de la voz de Erricone retumbando con ira: «¿Que me citó a mí a una reunión? ¡Yo no soy un soplón! ¡Jamás! ¡Antes iría mil veces a prisión que mancharme a mí mismo por acordar una reunión con un policía!».

Para un hombre que negaba incluso ser un camorrista, fue un arrebato altamente revelador.

Al restablecerse la calma, Ametta prosiguió explicando que Erricone tomó el control de la honorable sociedad precisamente en ese delicado momento, presentándose a sí mismo como el hombre que podía llevar la paz. Su programa de liderazgo implicaba volver atrás el reloj. En palabras de Ametta, «Erricone quería fundar una suerte de Camorra al viejo estilo, con normas y estatutos inflexibles, con un tribunal que incluyera dos abogados para el primer juicio, cuatro abogados para los testimonios de apelación y un secretario general».

Hubo carcajadas cuando el tribunal escuchó esta elevada terminología legal aplicada a los sórdidos asuntos del mundo criminal, pero la declaración de Ametta era muy seria y en extremo reveladora. Lo que él estaba insinuando era que el manual de la Camorra, como el capitán Fabroni y Gennaro Abbatemaggio lo habían presentado en Viterbo, ya no era una realidad en las calles de Nápoles. En lugar de ello, tan solo existía como proyecto político planteado por un nuevo líder desesperado —con sus propias razones egoístas, no cabía duda— por mantener cohesionada la estructura en vertiginosa fragmentación de la honorable sociedad.

Así, cuando arrestaron a Erricone, cayó el último paladín del viejo orden y la honorable sociedad quedó expuesta a la ruina. El juicio Cuocolo no destruyó exactamente a la Camorra, sino al único hombre que aún creía en ella, que aún anhelaba ceñirse a los manuales de criminología acerca de

la honorable sociedad y hacer que la realidad encajara con ellos de nuevo.

Los «polis» callejeros que aportaron su testimonio en el juicio Cuocolo nos ofrecen una descripción detallada de la decadencia de la honorable sociedad, pero siendo agentes que patrullaban las calles no tenían que demostrar ni explicar ese declive. De modo que su muy vívido testimonio requiere que el historiador lo complemente con una pizca de especulación.

En esencia, según parece, la honorable sociedad no podía ya lidiar con la forma en que Nápoles se estaba modernizando. Con Italia en fase de democratización, los políticos accedían a fuentes más amplias de concesión de cargos, viviendas y otros privilegios. Como fruto de ello, el gobierno subterráneo podía alcanzar con mayor profundidad al sector bajo de la ciudad, compitiendo con la Camorra para obtener clientela entre los sectores más pobres. Los cabecillas de la Camorra fueron incapaces de reaccionar a ello y se convirtieron en una «alta Camorra» por la vía de generar sus propios políticos, de convertirse en el Estado en lugar de prestar servicios a ese Estado. La honorable sociedad siguió siendo en su núcleo lo que siempre había sido: una élite criminal entre los pobres harapientos. El salto de los edificios de alquiler a los salones era simplemente demasiado grande. Y en la nueva era más democrática, cuando la vida política napolitana se hizo tan visible como volátil, la Camorra no contaba con una máscara política, lo cual la dejó en una posición demasiado conspicua y aislada como para sobrevivir a una seria embestida de las fuerzas del orden. En suma, los altos jerarcas *camorristi* podían ponerse sus guantes amarillos, pero no esconder las cicatrices de su rostro.

Cabe aquí una comparación de carácter instructivo entre las honorables sociedades de Calabria y Sicilia. La *picciotteria* compartía los bajos orígenes de la Camorra, pero rápidamente se mezcló con políticos locales y —lo que es igual de importante— Calabria era prácticamente invisible ante la opinión pública del resto del país. La Mafia siciliana orbitaba en torno a una ciudad que rivalizaba con Nápoles por su importancia para la vida política nacional: no era posible gobernar Italia sin gobernar Palermo y Nápoles. Pese a ello, a diferencia de la Camorra, la Mafia tenía sus propios políticos, sus Raffaeles Palizzolo y Leonardos Avellone, por no mencionar a los primeros ministros y magnates navieros, entre sus amistades. Hasta los

sicarios de la Mafia podían confiar en que la élite les diera amparo si se veían en problemas con la ley. Erricone y otros *camorristi* quedaron, en comparación, desamparados.

Una leyenda de la Camorra dice que, no mucho después del veredicto del caso Cuocolo, la tarde del 25 de mayo de 1915 los pocos *camorristi* que aún quedaban se juntaron en una bodega de vinos en el área urbana de la Sanità y disolvieron la honorable sociedad para siempre.

¿Y qué fue de Gennaro Abbatemaggio? Una vez que las cámaras de los noticiarios dejaron de rodar, el hombre que había provocado la extinción de la honorable sociedad siguió una senda vital excéntrica y hasta autodestructiva. La parábola de la redención que intentó vender al jurado de Viterbo se volvió para burlarse en su cara.

Tiempo después, lo sorprendieron defraudando a dos miembros del jurado en el caso Cuocolo, en un extraño convenio para adquirir algo de queso, y pasó un tiempo en la cárcel como resultado. Más tarde, durante la Gran Guerra, obtuvo los galones de sargento con los *arditi* («los audaces»), un cuerpo voluntario de tropas de asalto que arremetía contra las trincheras enemigas armado de granadas y dagas. En 1919 volvió victorioso del frente a los brazos de su esposa, la misma que presuntamente lo había salvado de una vida dedicada al crimen… para descubrir que ella había estado viviendo un amorío con uno de los carabineros asignados para protegerlo a él de la venganza de la Camorra. Su matrimonio quedó destruido y Abbatemaggio intentó suicidarse en enero de 1920.

Luego llegó el fascismo. Abbatemaggio abrazó la revolución fascista en Florencia, uniéndose a uno de los escuadrones más militantes y corruptos de Mussolini para asesinar y saquear en su nombre.

Puede que, en todas estas vicisitudes, Gennaro Abbatemaggio estuviese intentando comenzar de nuevo, labrarse un nuevo yo. De ser así, sus empeños fueron vanos. Algo le corroía la conciencia, y el 9 de mayo de 1927 al fin encontró alivio para ello cuando entregó una declaración a las autoridades de Roma, por mediación de un abogado. La declaración decía

lo siguiente:

> Siento que es mi deber, dictado por mi conciencia, hacer la siguiente declaración. Lo hago con retraso, pero aún a tiempo de poner fin al peor extravío de la justicia en los anales jurídicos del mundo.
>
> PROCLAMO QUE LOS ACUSADOS QUE FUERAN ENCONTRADOS CULPABLES EN EL JUICIO CUOCOLO SON INOCENTES.

El hombre al que Erricone había llamado *'o Cucchieriello* proseguía explicando que lo que había declamado en Viterbo era una mentira pregrabada de fabulosa complejidad e infinidad de detalles. La razón por la que había inventado todas esas pruebas era que los carabineros lo habían amenazado con adjudicarle el crimen de los Cuocolo si no los ayudaba. Habían pactado su liberación de la cárcel y le habían proporcionado dinero y regalos de boda. Habían sobornado a testigos claves de la defensa y periodistas influyentes, gastando un total de trescientas mil liras en «edulcorantes» durante el caso. En particular, habían gastado cuarenta mil liras en una entrega al editor de *Il Mattino*, Edoardo Scarfoglio, quien a cambio de esta generosa contribución a los costes de administrar su yate, se convirtió en el gran animador de la fiscalía durante todo el proceso.

El juicio que destruyó a la honorable sociedad de Nápoles era un timo gigantesco. Tras ello, se garantizó de inmediato la liberación antes del plazo a los *camorristi* condenados una década y media atrás, cuando menos a los que no habían muerto o enloquecido entretanto.

Las incertidumbres del caso Cuocolo siguen siendo infinitas hasta nuestros días. En última instancia, no hay forma de establecer siquiera si la confesión hecha por Gennaro Abbatemaggio en 1927 expuso la totalidad de los hechos. Era un testigo poco fiable en Viterbo y está condenado a seguir siéndolo. No sabemos hasta hoy con certeza si Erricone y su banda asesinaron al matrimonio Cuocolo. No podemos, a día de hoy, explicar la tremenda ferocidad con que fueron masacrados esa noche de junio de 1906. ¿Por qué apuñalar tantas veces a Gennaro Cuocolo? ¿Por qué mover su cuerpo y dejarlo expuesto de aquella manera? ¿Por qué mutilar los genitales de su esposa? ¿Por qué arriesgarse al clamor público y a las presiones políticas que seguirían de manera inevitable a esa carnicería sin precedentes?

Mi propia lectura, si esta sirve de algo, es que Erricone era ciertamente culpable: los carabineros atraparon al hombre correcto, pero fabricaron las pruebas que requerían para condenarlo. Hasta los policías callejeros que testificaron en Lucca pensaban que el crimen de los Cuocolo era una *vendetta* de la Camorra.

El crimen adquiere sentido como parte del proyecto político de Erricone, su plan de inyectar nuevo vigor a las tradiciones debilitadas de la honorable sociedad. Su razonamiento en los preparativos del crimen siguieron aproximadamente el siguiente derrotero. Gennaro Cuocolo había sido un jugador en grande dentro de la honorable sociedad, un empresario abocado a robos altamente lucrativos, pero luego había abandonado la Camorra y se había independizado; ahora pertenecía a un universo criminal más vasto, menos sujeto a las reglas. Su esposa podía convertirse ahora en una socia, antes que en una «callejera» para ser explotada y vendida como exigían las tradiciones de la Camorra. Cuocolo representaba, por ende, una doble amenaza: era tanto un rival en la lucha por controlar el mercado estratégico de especies robadas, como una demostración en vida de que la honorable sociedad se estaba desintegrando. Así que era preciso ejercer la justicia camorrista como se hacía en los viejos tiempos. De manera más flagrante que en los viejos tiempos. Y también con más crueldad. En un último, desesperanzado intento de recuperar los viejos tiempos.

Fuera quien fuese quien asesinó a los Cuocolo, todo el asunto se convirtió en un recuerdo desagradable y polémico para Nápoles. La confesión final de Abbatemaggio sí logró revertir los veredictos, pero con ello solo contribuyó a complicar más el desastre. Así, a pesar de ese momento histórico en Italia que representó la victoria sobre la honorable sociedad napolitana, la verdad y la ley se habían visto desvirtuadas. Por esa razón, entre otras, la Camorra estaba destinada a gozar de una prolongada y sangrienta vida después de la muerte.

Entre la crisis de la década de 1890 y la Primera Guerra Mundial, Italia había avanzado dando tumbos hacia la democracia y hasta ser una arena

abierta al debate público en la prensa, al tiempo que intentaba combatir el crimen organizado. Los resultados en ambos casos fueron inconfundiblemente ambiguos.

Italia entró en la Gran Guerra siendo un país hondamente dividido. Emergió de ella victoriosa, pero al borde de la fragmentación: su frágil democracia cayó muy pronto bajo las tensiones políticas que constituyeron el legado inmediato de la guerra. El fascismo tomó el poder, y allí donde la democracia había fracasado en la batalla contra el crimen organizado, la dictadura fascista pudo proclamar su éxito.

Dos semanas después de la confesión final de Gennaro Abbatemaggio, el 26 de mayo de 1927, Benito Mussolini dio uno de los discursos más importantes de su vida: el discurso del día de la Asunción, como fue conocido. En él unió su propia credibilidad política a la guerra contra los gángsteres, con más convicción que ninguno de sus predecesores liberales. No solo eso, proclamó que el fin del dominio mafioso en el territorio italiano era inminente.

6
El escalpelo de Mussolini 1922-1943

Sicilia:
la última batalla contra la Mafia

En marzo de 1919, un grupo de veteranos de guerra rabiosamente nacionalistas fundaron el fascismo en Milán. La primera fase en el ascenso del movimiento fue la más violenta: los escuadrones fascistas desarticulaban huelgas, saqueaban oficinas sindicales, asesinaban o dejaban lisiados a izquierdistas escogidos y posaban, generalmente, como defensores de la *Patria* contra la amenaza roja. El típico *squadrista* vestía con camisa negra y fez, y sus armas distintivas eran la porra y la lata de aceite de ricino, un lubricante industrial que obligaban a tragar a las víctimas, provocándoles violentas contracciones estomacales y diarrea.

Muchos industriales y propietarios de tierras quedaron encantados con esta purga implacable de la izquierda. Los prefectos y oficiales de policía más antiguos solían permanecer con frecuencia impertérritos y sin hacer nada ante los incidentes. Los antiguos intrigantes del frente parlamentario confiaban en que serían capaces de domesticar a los jóvenes matones de camisa negra una vez que los subversivos de izquierdas recibieran su merecida humillación.

Mussolini demostró muy pronto que esa confianza era un grave equívoco. En octubre de 1922, el Duce escenificó la «Marcha sobre Roma», desafiando a un gobierno vacilante a que le traspasara el poder a él o se enfrentara a una invasión de camisas negras en la capital y al riesgo de una guerra civil. Mussolini no pestañeó, y se instaló como pretendía en el cargo de primer ministro.

Antes de la Marcha sobre Roma, el movimiento de los camisas negras se concentraba abrumadoramente en el norte y centro de Italia. Sin

embargo, cuando el fascismo tomó el poder, descubrió de repente que había ganado infinidad de adeptos en el sur. Con su habitual impudicia, los grandes de la política en el sur de Calabria y el oeste de Sicilia, junto con sus operadores electorales mafiosos y su vergonzosa clientela, se apresuraron a arrimarse al fascismo en cuanto este les prometió acceder al abrevadero del patrocinio romano. En el sur, el *Partito Nazionale Fascista* amenazaba con vaciarse de contenido y transformarse en una coartada para la misma y vieja política de facciones y privilegios en la que tan cómodos se sentían los gángsteres. Los pocos fascistas originales quedaron desalentados. Solo unas pocas semanas después de la Marcha sobre Roma, se vio que los grupos fascistas de Reggio Calabria y Palmi sufrían de «faccionalitis aguda». En Sicilia, los camisas negras de la primera hornada denunciaron a las «mafias fascistizadas» que empezaban a asumir el control de los consejos locales.

El fascismo aceptaba de buena gana apoyos oportunistas como estos en su primera época, pero Mussolini tenía ambiciones más vastas. En 1924 modificó la ley electoral para garantizar al *Partito Nazionale Fascista* una decidida mayoría parlamentaria. Solo unas pocas semanas después de la subsecuente victoria electoral, los agentes fascistas secuestraron y asesinaron a Giacomo Matteotti, líder del Partido Socialista, lo cual provocó un estallido de ira en todo el país, pero una vez más el rey y los principales políticos liberales vacilaron ante la perspectiva de desechar al Duce. La última oportunidad para la democracia había pasado. El 3 de enero de 1925, Mussolini se autoproclamó dictador. A partir de entonces, comenzó a mirar hacia el sur en busca de un enemigo ejemplar de su nuevo régimen: la Mafia. La lucha contra las asociaciones criminales pasó a ser un frente vital en el beligerante proyecto del Duce para la forja de la nación.

Como sucedía a menudo, era Sicilia la que imponía el tempo de la historia criminal: en octubre de 1925, Mussolini concedió plenos poderes para arremeter contra la Mafia en toda la isla a un ambicioso policía norteño de nombre Cesare Mori. Mori había progresado por sí mismo en la carrera profesional tras aparecer de la nada, o más bien de un orfanato en Pavia, cerca de Milán, donde había crecido. La misión en Sicilia fue su oportunidad de hacer historia; y la historia misma ha llegado a conocerlo

como el «prefecto de hierro», y a su campaña antimafia, como la «Operación Mori».

El prefecto de hierro empezó con un asalto muy publicitado al pueblo de Gangi, que estaba en lo alto de la montaña, en el mismísimo extremo oriental de la provincia de Palermo. Se bloqueó todo acceso a Gangi, todas las comunicaciones se cortaron. Los criminales fueron sacados de sus escondrijos con flagrante rudeza: se llevaron a sus mujeres e hijos como rehenes, sus bienes se liquidaron por unos céntimos, su ganado se sacrificó en la plaza del pueblo. Hubo unos cuatrocientos cincuenta arrestos.

La Operación Mori supuso el despliegue de iguales métodos en los limonares de la Conca d'Oro y entre los muchos pueblos satélites de Palermo que estaban infestados por la Mafia, como Bagheria, Monreale, Corleone y Partinico. Las redadas prosiguieron en las provincias de Agrigento, Caltanissetta y Enna.

La Operación Mori estaba aún en pleno desarrollo cuando el Duce resolvió que era tiempo de contar al mundo lo que había logrado.

El 26 de mayo de 1927, el día que los católicos celebran el aniversario del ascenso de Jesús a los cielos, Italia fue testigo de una pequeña apoteosis por su cuenta.

Con su pecho prominente y la papada asomando de la levita y del cuello de puntas, Mussolini entró en la Cámara de Diputados para ser recibido con una descarga de ovaciones y aplausos. La efusiva recepción era de esperar: se cumplía el quinto año del Duce en el poder y había domesticado por completo al Parlamento de Italia. Con todo, no era esta una ocasión institucional de rutina. El discurso que Mussolini estaba a punto de dar se anunció como el más importante que nunca hubiera pronunciado: un boletín sobre los avances en la construcción de la primera dictadura fascista del mundo. Para celebrar la ocasión, los ujieres dispusieron un gran ramillete de rosas ante el sillón del líder. Y para celebrar él mismo la ocasión, el dictador moderó sus muecas y pavoneos habituales. Jugueteando casi meditativamente con una de las rosas, se dirigió a la cámara en un tono de

voz bajo y uniforme.

El discurso que Mussolini dio el día de la Asunción daba muestras de lo que el *New York Times* diagnosticó como «signos de creciente megalomanía», pero de todos modos resultó inequívocamente seductor para muchos oídos italianos. En 1922, afirmó el dictador, los fascistas habían heredado un aparato de gobierno democrático caótico, débil y enfermizo; solo era «un sistema mal organizado de oficinas con prefectos, en el que la sola preocupación de cada prefecto era cómo acumular votos chanchulleros de manera efectiva». En cinco breves años, proclamaba Mussolini, su régimen había hecho «algo enorme, monumental, que había marcado época»: por primera vez desde la caída del Imperio romano, había establecido una genuina autoridad de gobierno sobre el pueblo italiano. Finalmente, el régimen fascista había impuesto orden y disciplina en una Italia debilitada desde hacía mucho tiempo por el politiqueo y la corrupción. El país marchaba ahora como una sola presencia al compás de una ideología totalitaria: «Todo dentro del Estado. Nada contra el Estado. Nada fuera del Estado».

La suprema autoridad del Estado era el motivo central del blasón fascista. Y la Mafia siciliana era un Estado dentro de otro, así que el fascismo y la Mafia estaban recorriendo una trayectoria de colisión.

Una pieza medular del discurso del día de la Asunción fue el orgulloso informe de Mussolini en torno a la Operación Mori. Sicilia yacía en la mesa de operaciones, dijo al Parlamento, con el torso abierto en canal por el «escalpelo» del Duce, de manera que el cáncer de la delincuencia quedara expuesto. Miles de sospechosos *mafiosi* habían sido capturados en decenas de pueblos y aldeas sicilianos. Como resultado de ello se registró un descenso impresionante en la tasa de criminalidad. Los asesinatos habían bajado de 675 en 1923 a 299 en 1926, y los episodios de cuatrerismo, de 696 a 126 en el mismo período. El Duce ofreció más estadísticas antes de concluir con una floritura retórica: «Alguien podría preguntarme: ¿cuándo terminará la lucha contra la Mafia? Terminará no solo cuando ya no quede ningún *mafiosi*, sino cuando los sicilianos no puedan siquiera recordar lo que fue la Mafia».

Era una exhibición muy esperada de voluntad política: no habría

«marcha atrás» contra la Mafia que deshonraba a Sicilia, en los términos de Mussolini. Tras seis décadas de confabulación y connivencia, Italia parecía tener al fin un líder que hacía de la destrucción de su más infame organización criminal una prioridad.

El escalpelo de Mussolini siguió cortando en lonchas la carne de la isla durante otros dos años después del discurso del día de la Asunción: en 1928, según algunas estimaciones, había habido once mil arrestos. Entonces, en junio de 1929, el prefecto de hierro fue llamado a Roma. Su parte en el trabajo de erradicar a la Mafia, declaró Mussolini, se había completado; ahora dependía de la judicatura concluir la tarea. En 1927 dio comienzo un largo ciclo de juicios en masa a la Mafia, el más grande de los cuales involucró a cuatrocientos cincuenta acusados, ciclo que no concluiría hasta 1932. Para entonces, mucha gente se sentía incluso capaz de hablar de la Mafia siciliana en pasado. Entre esa gente, el mismo prefecto de hierro.

Cesare Mori publicó sus memorias en 1932, que no tardaron en traducirse a otros idiomas. Después de blandir el escalpelo contra el crimen organizado en Sicilia, Mori tomó ahora el cincel con la intención de esculpir su propio relato de la derrota de la Mafia en el mármol de la historia.

El prefecto de hierro decía a sus lectores que la psicología siciliana, que él designaba como «pueril», estaba en la raíz del problema de la Mafia. Los sicilianos, creía Mori, eran fácilmente impresionables por figuras altaneras como los *mafiosi*. Así que, para ganarse a los mismos sicilianos, el Estado fascista había buscado inspirarles igual respeto; había superado a la Mafia en su despliegue; había adoptado una presencia tangible y se había encarnado en hombres más duros y carismáticos que los propios *mafiosi*; hombres como Cesare Mori.

El prefecto de hierro era escéptico respecto a la teoría de que la Mafia era una asociación criminal juramentada, una honorable sociedad:

> La Mafia, como aquí la he descrito, es una forma peculiar de ver el mundo y de actuar, la cual, a través de afinidades psicológicas y espirituales, reúne en actitudes decididamente insanas a hombres de un temperamento particular, aislándolos de su entorno en una especie de casta… No llevan marcas para reconocerse, no son necesarias. Los *mafiosi* se reconocen entre sí en parte por su jerga, pero ante todo por instinto. No hay estatutos en su seno. La ley de la *omertà* y la tradición les bastan. No hay elección de cabecillas, pues los cabecillas surgen por

generación espontánea y se imponen a los demás. No hay reglas de admisión.

Para reprimir esta «forma peculiar de ver el mundo» fue necesaria una cierta dosis de brutalidad, quizá reprochable a ratos. Con su rudeza inspiradora de respeto, escribía Mori, las grandes redadas de 1926 y 1927 hicieron tambalear la moral de los maleantes: «Desalentados y presa del pánico, cayeron como moscas, sin otro gesto de resistencia que un débil intento de volar a escondrijos bien disimulados. Pero fueron todos abatidos en su vuelo».

Si Mori se hubiese molestado en seguir los juicios que acababan de concluir en Palermo, hubiera encontrado pilas de pruebas de que la Mafia era, por cierto, algo más que «una afinidad psicológica y espiritual» entre hombres con una «actitud insana». Pero eso ya no importaba mucho. En la conclusión de su libro, Mori afirmaba que Sicilia, tras ganar su última batalla contra el crimen organizado, había iniciado ahora una «marcha irresistible en pos de su victorioso destino».

El prefecto de hierro era ostentosamente magnánimo con aquellos que había vencido y encarcelado, manifestando su esperanza de que los *mafiosi* «volverían al regazo de sus familias convertidos en hombres mejores y más sabios, y de ahí continuarían su vida en un trabajo honesto, hasta que el manto del perdón y el olvido se tendiera sobre el pasado». Si para entonces la isla no había aún borrado de su memoria a la Mafia, como prometía Mussolini, al menos sería posible confiar en que ese día llegaría. El fascismo había derrotado a la Mafia. Fuera lo que fuese la tal Mafia.

Tanto confiaba el régimen en su triunfo que, en el otoño de 1932, en la celebración del décimo aniversario de la marcha fascista sobre Roma, cientos de *mafiosi* condenados durante la Operación Mori recibieron la amnistía y fueron liberados. La historia de la Mafia siciliana no había concluido del todo.

Campania:
los soldados búfalo

¿Qué quedó de la Camorra tras ser desmantelada por el juicio Cuocolo? Aunque el juicio marcó el fin de la honorable sociedad, no eliminó el crimen gangsteril en algunos de los centros neurálgicos de la ciudad, como los mercados de ventas al por mayor o los muelles de Bagnoli, donde la extorsión y el contrabando eran endémicos.

Otra cosa que sobrevivía era el mito del buen camorrista. Surgido de entre los pobres, el buen camorrista imponía una justicia directa y áspera en los callejones, o eso se pensaba. Por encima de todo lo demás, esos «hombres de respeto» protegían el honor de las mujeres. Hubo una historia que se convirtió en un arquetipo en la memoria del mundo popular: la del camorrista que, al ver a una chica de la localidad seducida y abandonada, coge por el cuello a su *innamorato* y lo obliga a actuar de forma decente. Al ser contadas una y otra vez, esas historias se petrificaron en un retablo por completo ajeno a la realidad e impermeable a las evidencias de lo contrario. Lo que el sentido del honor de la Camorra había significado en realidad para las mujeres era el proxenetismo, las palizas y los rostros desfigurados.

Cuando los *camorristi* de la honorable sociedad habían desaparecido, se invistió a los *guappi* con el aura de «hombres de respeto». Un *guappo* era un jefe de barrio. Puede que careciera de la investidura formal que daba antes la pertenencia a la honorable sociedad; puede que no tuviera contactos con una hermandad ajena a los callejones de su pequeño feudo. Pero el típico *guappo* actuaba, en efecto, de formas muy similares a las del típico camorrista: practicando el contrabando, la usura, el proxenetismo, el tráfico de bienes robados y, por supuesto, la cosecha de votos en sus dominios.

Muchos *guappi* eran antiguos *camorristi*, o hijos de *camorristi*.

Solo que, para descubrir a los verdaderos ancestros de los barones de la cocaína, los gángsteres de la industria de la construcción y los operadores políticos que hoy conforman la Camorra, hemos de volver por un momento a los días del juicio Cuocolo, y lo que es más importante aún: hemos de dejar Nápoles y explorar un paisaje criminal muy diferente.

El 4 de agosto de 1911, dos joyeros, padre e hijo, fueron interceptados por ladrones armados en el sendero bordeado de árboles frutales que conduce a Nola, un pueblo a unos treinta kilómetros al nordeste de Nápoles. Hubo una refriega cuando el padre se negó a entregar las alhajas que llevaba. Los asaltantes reaccionaron disparando varios tiros al rostro de su hijo, provocando que el anciano se desmayara de la impresión. Era la clase de delito que no solía generar un gran interés en Nápoles, pero como el juicio Cuocolo estaba alimentando el gusto popular por las historias de la Camorra, los periodistas acudieron al campo a cubrir la historia. Nola acogía, después de todo, el mercado de ganado en el que Erricone obtenía las mulas que alguna vez había vendido al ejército británico en la guerra contra los bóers.

Incluso los gacetilleros de *Il Mattino*, habituados a todo, se cayeron de espaldas con lo que encontraron al llegar allí, «un reino de terror, una suerte de ley marcial». El territorio en torno a Nola exhibía todos los síntomas indicadores de una organización criminal enraizada en el lugar: había un número elevado de crímenes no resueltos ni denunciados, lo cual significaba que los testigos y las víctimas estaban siendo intimidados; y también encontraron viñedos y árboles frutales talados, lo cual significaba que había habido gestos de extorsión. Habían apaleado a los alcaldes que intentaban hacer algo para combatir el poder creciente de los jefes. A un sacerdote reacio a cooperar le habían partido los brazos. Cualquier hombre que protestara ante las autoridades quedaba expuesto a que secuestraran a su esposa o a su hija, o a que dinamitaran su hogar o su negocio. Los bandidos patrullaban abiertamente los caminos, con los rifles en bandolera. Y, según la policía, detrás de todo esto había una organización de solo entre cien y ciento cincuenta hombres que formaban una federación de pandillas y se dividían a partes iguales el botín de sus delitos.

Merced a estos detalles horripilantes, la denuncia de *Il Mattino* apenas rozaba la superficie del fenómeno. Los pandilleros se infiltraban en los campos, los mercados rurales y las rutas de aprovisionamiento que rodeaban y proveían a Nápoles. Los *camorristi* estaban activos a lo largo de la costa, en Castellammare y Salerno, y en Nocera, Sarno y Palma Campania, justo un poco más allá del volcán Vesubio. Pero el problema alcanzaba su peor faceta al norte de la ciudad, en una vasta extensión de tierra hiperproductiva que aportaba prácticamente todos los ingredientes del menú napolitano.

Desde el centro ganadero de Nola en el este, pasando por Acerra, que era particularmente conocida por sus judías enanas para los *cannellini* y por las anguilas que crecían en sus cursos de agua, hasta los huertos de melocotoneros en torno a Giugliano, los guisantes de Marano y luego, subiendo por el litoral hasta Mondragone, conocida por sus cebollas, endivias y achicorias. Alrededor de todo Nápoles, una población de granjeros, guardias, matarifes, conductores de carretas, intermediarios y especuladores jugaban un doble papel como extorsionadores, vándalos, estafadores, contrabandistas, ladrones armados y asesinos. En ese entorno, la línea que separaba el negocio legítimo del ilegítimo no tenía apenas significado: el robo y el chantaje eran una fuente de ingresos tan válida como exprimir las ganancias al campesinado.

Pero de todo el botín agrícola que fluía de las tierras napolitanas del interior, los maleantes controlaban en particular un producto con mayor firmeza que ningún otro.

Al sur del río Garigliano, y al noroeste de Nápoles, había un páramo agreste maldecido por la malaria conocido como los Mazzoni. Exuberante y plano, interminable y opresivamente silencioso, los Mazzoni estaban jalonados aquí y allá de cenagales. Los demás rasgos de la tierra eran escasos y extraños. Un canal aislado discurría por entre líneas de chopos; o un camino polvoriento blanco como una cicatriz, que trazaba un sendero recto como un disparo hacia el horizonte. Los encargados solitarios de algún rebaño eran los únicos transeúntes a la vista: galopaban con la barriga pegada al lomo desnudo del caballo, como si acabasen de escaparse de un establo en llamas y se les hubiera olvidado detenerse. De vez en cuando, el

polvo que levantaban se depositaba sobre un puentecillo que cruzaba un arroyo sofocado de juncos, con una esclusa apuntalada entre dos estacas. Esto indicaba el acceso a una *difesa* en la jerga local (literalmente, una «defensa»), que era una suerte de granja pantanosa. En su interior, más allá de las encinas y una espesura de cañas, se hallaban los búfalos: de pelo negro y corto, voluminosos, permanecían en las sucias aguas mirando hacia ninguna parte en concreto, en el resol que los envolvía. En el centro de cada recinto había un cobertizo con las paredes cubiertas de cal, de una sola planta y techo de paja. En su interior, donde el aire era denso por la pestilencia de la leche de búfalo, los encargados de la manada hacían bolas de queso mozzarella y las arrojaban dentro de toneles con salmuera, preparándose para la travesía al mercado en Santa Maria Capua Vetere.

De piel cetrina y malhumorados por la fiebre, operaban la *difesa* en equipos, llevaban una vida solo un poco mejor que la de sus animales, y no veían a sus mujeres durante semanas o meses interminables. Su jefe, conocido como un *minorente*, era un empresario tosco y astuto. Nápoles y Caserta pagaban buenas sumas por los quesos cremosos y fragantes que milagrosamente surgían de la suciedad y el hedor de los Mazzoni. El jefe alquilaba su *difesa* a un dueño de esa tierra probablemente demasiado asustado para ir a ningún sitio que no fuera su propiedad. Pues los Mazzoni estaban entre las áreas más fuera de la ley de toda Italia y los encargados de la manada que hacían el queso mozzarella generaban a su vez gran parte de los problemas. En 1909, una encuesta del gobierno en la agricultura evocaba los equipos encargados de los búfalos en los Mazzoni en un lenguaje propio de los cuentos de terror folclóricos: «Durante siglos, estas tribus locales se han odiado las unas a las otras y peleado las unas contra las otras como gentes prehistóricas».

Con todo, como a menudo ocurre en Italia, la cómoda referencia a «gentes primitivas» servía solo para encubrir una lógica criminal muy lejos de ser primitiva. La violencia era consustancial a la economía lechera del búfalo. Los jefes intimidaban a sus competidores para negociar un alquiler más bajo con los dueños de la tierra. Los vaqueros chantajeaban a otros por alguna cifra a cambio de protección; si no se hacía caso a sus cartas de amenaza, sacrificaban a los búfalos, talaban los árboles y quemaban

edificaciones hasta dejar clara su posición. Ser asaltados en los caminos era un riesgo constante para los hombres que llevaban el queso al mercado y traían el dinero de vuelta. En otras palabras, la mozzarella era a los Mazzoni lo que los limones eran a la Conca d'Oro de Palermo.

Durante el juicio Cuocolo, los reporteros de *Il Mattino* visitaron los Mazzoni para quedar de inmediato horrorizados por la «crasa ignorancia» y los «instintos ávidos de sangre» de los encargados de los búfalos. Lo que no dijeron fue que la Camorra de los Mazzoni, y la del área de Aversa entre los Mazzoni y Nápoles, era parte integral de una maquinaria política y de negocios cuyas manivelas eran manejadas por el parlamentario local Giuseppe Romano, conocido como «Peppuccio». Ocurría por pura casualidad que Peppuccio era amigo del editor de *Il Mattino*, Edoardo Scarfoglio.

Pese a la servicial reserva de los periodistas de Scarfoglio, la carrera de Peppuccio estaba condenada. En parte, como resultado del bullicio que había suscitado el juicio Cuocolo, se volvió muy notorio para ser tolerado incluso por el primer ministro Giovanni Giolitti (el «ministro del inframundo»), quien había aceptado felizmente su apoyo en el pasado. Durante las elecciones generales de 1913, hubo una campaña anticamorra en la circunscripción de Peppuccio (incluso se envió la caballería a los Mazzoni) y perdió su escaño. Pero, una vez desaparecido el obstáculo que representaba Peppuccio, la vida gangsteril del campo napolitano volvió a la normalidad.

Desde los Mazzoni hasta Nola, y hacia abajo, más allá del Vesubio, los *camorristi* se sentían tan en su casa en los pueblos y aldeas alrededor de Nápoles como lo estaban en las cárceles y callejones de la propia ciudad. Ciertamente, había lazos estrechos entre las organizaciones rurales y urbanas. Los tomates y lechugas, el salami y la mozzarella que los *camorristi* acaparaban en el área rural iban primero a los cárteles criminales que controlaban pequeñas fracciones de la distribución al por mayor en la ciudad. Era todo de una pasmosa ineficiencia, un sistema diseñado solo para engrosar la tajada que sacaban los intermediarios. A resultas de ello, el Nápoles pobre pagaba precios excesivos por los alimentos, pero la Italia oficial apenas si se daba por enterada.

Hasta que apareció el fascismo.

Durante su discurso del día de la Asunción en 1927, Mussolini presentó los Mazzoni ante el Parlamento, asumiendo con naturalidad que su audiencia no habría oído mucho acerca de ellos. ¿Quién en su sano juicio se molestaría en dejar la ciudad para averiguar de dónde provenía en realidad la deliciosa mozzarella?: «Los Mazzoni son una tierra yacente entre las provincias de Roma y Nápoles: son un terreno pantanoso, una estepa estragada por la malaria». Sus habitantes, continuaba el Duce, tenían una reputación terrible incluso en tiempos antiguos: *latrones*, se los llamaba en latín («ladrones» o «bandoleros»). Como era su costumbre, Mussolini enarboló entonces algunas estadísticas: entre 1922 y 1926, los Mazzoni habían presenciado 169 asesinatos y 404 casos de vandalismo relacionado con la extorsión. Pero el escalpelo fascista estaba ya cercenando este legado milenario de ilegalidad. Las órdenes del Duce habían sido terminantes: «¡Liberadme a sangre y fuego de esta delincuencia!». A continuación, con otra salva de estadísticas, el Duce pudo anunciar el triunfo de la autoridad estatal: se había arrestado a 1.699 figuras del mundo criminal en los Mazzoni; justo más al sur, entre los viñedos y los árboles frutales de Aversa, se les había exigido cuentas a otros 1.278. En la Campania rural, igual que en Sicilia, el fascismo estaba a un paso de la victoria.

La prensa lo llamó la campaña del fascismo en pos de un «drenaje moral» en las ciénagas de los Mazzoni. El hombre encargado de conducir la campaña fue el comandante Vincenzo Anceschi, un carabinero de cincuenta años. Anceschi era hijo de otro carabinero, y su propio hijo habría de convertirse en uno; un linaje que da testimonio de la devoción que el *Arma*, como aluden los italianos a esta rama militarizada de la policía, puede inspirar en sus integrantes. La operación anticamorra de Anceschi fue enorme, enteramente comparable a lo que Mori estaba haciendo en Sicilia: entre diciembre de 1926 y mayo de 1928, arrestaron a 9.143 personas y murieron dos sospechosos en tiroteos con los carabineros.

Los hombres de Anceschi patrullaban el campo en escuadrones montados, desarmando a las familias llamativamente peligrosas, arrestando a los renegados y desarticulando a las facciones corruptas del gobierno local. Aunque las misiones más duras fueron en los Mazzoni, sus redadas

incluían a la vez el campo en un área tan al este como Nola.

Difícilmente podía, el propio Anceschi, tener un mejor conocimiento de este territorio: había nacido en Giugliano, justo al borde de los Mazzoni. Y la víspera del Año Nuevo de 1926 desplegó ese conocimiento local en lo que fue su golpe más espectacular, durante un funeral del mundo gangsteril que pretendía ser una demostración de fuerza, como lo eran los funerales de la honorable sociedad en la década de 1890 en Nápoles.

Vincenzo Serra era el camorrista más famoso del área rural de Aversa. Siendo una figura distinguida y con aires de gran señor, había pasado treinta y seis de sus setenta años en prisión y era particularmente conocido por haber disparado a dos carabineros en un salón de té. Serra murió en el hospital de Aversa tras un misterioso accidente. Su ataúd aún abierto fue emplazado en la planta baja de un depósito de cadáveres, rodeado de cintas negras, plantas exóticas y gruesos velones. Acudieron allí gamberros de todo el entorno para manifestarle sus respetos. Luego se reunieron en el atrio del hospital, donde (según la prensa) el jefe en funciones determinó sus posiciones en conformidad con el rango: primero los viejos *camorristi*; luego los *picciotti*, y finalmente la «honorable juventud» cargando grandes coronas. La procesión funeral de Vincenzo Serra debía ser un retablo colectivo y solemne de lo que era una organización criminal bien estructurada.

Solo que nunca dio comienzo. Los carabineros se limitaron a echar el cerrojo de las puertas del hospital, encerrando a los pandilleros en el atrio hasta que pudieron conducirlos a un vagón y trasladarlos a la prisión.

El comandante Anceschi transformó en una suerte de especialidad propia las redadas en los funerales de la Camorra, que era una táctica peligrosa: los oficiales recibían frecuentes amenazas de muerte. Algunos carabineros vestidos de paisano se mezclaban con las multitudes, mientras Anceschi supervisaba las operaciones desde un vehículo anónimo aparcado en las cercanías. Un vehículo electrificado, para que cualquier individuo no deseado que intentara abordarlo recibiese una descarga. Pero las recompensas hacían que los riesgos de esta clase de operaciones merecieran la pena. Los arrestos eran importantes, sin lugar a dudas. Quizá era todavía más importante la posibilidad de transformar una demostración de fuerza

por parte de la Camorra en otra demostración de fuerza por parte de la ley.

Lo que sugieren estos informes es que, incluso después de que la honorable sociedad hubiera fenecido en la ciudad de Nápoles como resultado del juicio Cuocolo, sus estructuras y tradiciones sobrevivieron en el campo otros quince años. Anceschi informó a Mussolini de que, en los Mazzoni, la Camorra contaba con «un sistema rígido basado en las jerarquías y la *omertà*». «El campo en torno a Aversa y Nola», proseguía, «muy próximo a Nápoles, era un destino diario para los miembros del inframundo urbano, íntimamente ligado a los criminales rurales». El campo se había convertido en una especie de sistema de apoyo vital para el crimen organizado de la urbe.

Anceschi y sus hombres descubrieron no menos de veinte asociaciones criminales y enviaron a 494 individuos a juicio en dieciocho procesos distintos, pero los historiadores solo han conseguido localizar hasta el momento unas pocas páginas de la documentación resultante. Hasta que no se haya investigado más, y los archivos hayan desvelado más de sus secretos, no podemos saber exactamente qué tipo de organizaciones criminales dominaban en los Mazzoni, o de los éxitos y fracasos reales del «drenaje moral» emprendido por el fascismo. Lo que parece claro es que, después de los años veinte del siglo XX, ya no parecía haber más rastros de la honorable sociedad en el campo napolitano.

Para mayor crédito suyo, el comandante Anceschi ofreció una orgullosa, pero muy sobria, evaluación de su propia labor en un informe al alto mando de los carabineros en 1928. Los caminos eran ahora seguros, los campos estaban de nuevo llenos de campesinos y los barriles de mozzarella podían abrirse paso en el mercado sin que los robaran o la Camorra les fijara un «impuesto». El orden público era el normal, en toda la ruta desde Mondragone hasta Nola… por ahora. Pero Anceschi detallaba cierto número de cosas que debían ocurrir antes de que la paz llegara de manera definitiva a este territorio conflictivo. La extraordinaria labor policial debía continuar. En la «maligna y temible tierra de moros» que eran los Mazzoni, debía haber educación, reforma de la tierra y construcción de caminos. Sobre todo —y aquí asomaba el mensaje más incómodo para el Estado fascista— tendría que haber una supervisión más cuidadosa del personal

dentro de la burocracia gubernamental y del Partido Fascista. La operación de Anceschi había expuesto con valentía a un cierto número de funcionarios corruptos que intentaban influir en la magistratura en nombre de los *camorristi* y que estaban envueltos en oscuros tratos con la francmasonería. El informe finalizaba con un apremiante imperativo: «Prevenir la infiltración política en favor del crimen organizado».

Pese a la cautela del comandante Anceschi, Mussolini resolvió a finales de los años veinte que la Camorra, al igual que la Mafia, había sido derrotada. También decidió que había resuelto toda la «cuestión del sur»: el escándalo persistente del atraso, la pobreza y la corrupción del sur italiano. En consecuencia, no tenía sentido continuar el debate público sobre estos puntos. Tenía tan poco sentido que lo prohibieron. Entre 1931 y 1933, el jefe del cuerpo de prensa del Duce escribió con frecuencia a los editores de los periódicos exhortándolos a no imprimir palabras como «la Italia del sur» y «Mezzogiorno» (otro término alusivo al sur). De ahí en adelante, el fascismo tendría otras preocupaciones: la de forjar el culto al Duce, por ejemplo, y la de militarizar al pueblo italiano y prepararlo para una guerra imperial. A partir de entonces, cualquier sorpresa que nos deparara la historia de la Mafia habría de ser silenciada por unos medios de comunicación al servicio de la verdad oficial.

Calabria:
el jefe volador de Antonimina

Domenico Noto lo pasó espléndidamente en la Gran Guerra. No sufrió los efectos de los piojos y la metralla que millones de sus compatriotas soportaron en las trincheras, excavadas al pie de las laderas alpinas, entre 1915 y 1918. Muchos de los italianos reclutados para pelear contra Austria eran de origen rural, prácticamente analfabetos, que simplemente no conseguían entender, desde su escaso horizonte mental, las razones de aquella matanza automatizada. Noto tenía una perspectiva más elevada. Poseía una buena educación secundaria y se valió de ella para llegar a ser suboficial de aviación. Como tal, su deber era patrullar los cielos impresionantes que había entre Calabria y Sicilia, en busca de las minas que los austríacos habrían depositado en los estrechos de allí abajo. En una ocasión, hasta sobrevoló su aldea natal de Antonimina, aferrada a una prominencia del Aspromonte sobre el litoral jónico de Calabria. El gesto de Noto le granjeó la veneración duradera de los pastores, que hicieron visera con la mano para ver cómo ascendía el prodigio local. Los aviadores eran el paradigma de una modernidad apuesta y viril. Domenico Noto parecía el heraldo de un heroico futuro para Italia, y hasta tuvo un buen expediente disciplinario durante la guerra.

Por eso resulta tan sorprendente que el 19 de diciembre de 1922 (esto es, justo después de que Mussolini se convirtiera en primer ministro) Noto fuera condenado por ser el jefe de la mafia local. Si hemos de creer a los jueces que vieron la causa, el hombre aprovechó su prestigio como aviador durante la guerra para asumir el liderazgo del inframundo en Antonimina.

La banda de Noto tenía métodos, ritos y una estructura idénticos a los

de la *picciotteria*, descubiertos hacía unas tres décadas en los alrededores del Aspromonte. Así, pese a todo lo que había ocurrido desde entonces —una revolución en las comunicaciones y el transporte, la emigración masiva, el arrasamiento de la honorable sociedad de Nápoles y la titánica y fatigosa disputa militar con Austria—, los ancestros de la ‘Ndrangheta seguían siendo obcecadamente los mismos.

Como sus antecesores de las décadas de 1880 y 1890, los hombres de Noto hacían un pacto de sangre y estaban divididos en dos subgrupos: los *picciotti* y los *camorristi*. Tenían cargos con títulos específicos, como el de jefe y *contaiuolo*. Robaban gran cantidad de animales de granja, algunos de los cuales enviaban a comerciantes de ganado vinculados a la «sociedad» y a matarifes residentes en pueblos lejanos; a algunos se los comían asados en banquetes planeados para alimentar el *esprit de corps* de la banda; a algunos los «encontraban» de manera milagrosa y los devolvían a sus legítimos dueños, eso sí, a cambio de dinero en efectivo y una promesa solemne de no decir nada a los carabineros.

Había pasajes enteros del dictamen de los jueces contra la ‘*ndrina* de Noto que parecían copiados de documentos que databan de hacía treinta años. La banda incluía a algunos miembros pudientes y a otros con parientes en el gobierno local: un antiguo alcalde, llamado Monteleone, contaba con al menos dos sobrinos entre los afiliados. La secta tenía reglas estrictas: los infractores recibían como castigo multas, actos de vandalismo contra sus posesiones o un navajazo certero.

Los hombres de Noto eran también parte de una vasta red de bandas mafiosas calabresas. Esto quedó claro a partir de cierta ocasión en que oyó de boca de sus amigos en Palmi, en el litoral opuesto de Calabria, que uno de sus colegas había sido encarcelado por intentar matar a un carabinero. Noto ordenó a sus hombres que hicieran una contribución solidaria para el detenido, y cuando uno de ellos se negó, lo castigó con una severa multa. Al alardear de contactos remotos como este, la banda de Antonimina podía exigir, y obtener, «obediencia y respeto» de las gentes locales, en palabras del juez. Los hurtos y las palizas no se denunciaban a la policía.

De modo que el *capo* de Antonimina era, más que un heraldo, un retroceso. O, mejor dicho, el futuro que su ejemplo anunciaba resultaba

tristemente familiar: un futuro en el que hombres jóvenes e incluso instruidos, ligados a la mafia del interior de Calabria, individuos que habían conocido mundo y que habían aprovechado las oportunidades que las instituciones nacionales les habían ofrecido para, supuestamente, convertirlos en buenos italianos, preferían la carrera que les prometía la violencia mafiosa.

El grupo de Domenico Noto acusaba muchas de las mismas debilidades que exhibían los «chavales presumidos» de finales del XIX. Había una tasa de admisión para los nuevos miembros (que ascendía ahora a veinticinco o cincuenta liras). Como los primeros *picciotti*, Noto y sus secuaces intimidaban a los débiles para que pagaran la tasa. Una de las víctimas de esta clase de extorsión fue un ladrón de gallinas de dieciséis años. Si las reglas tradicionales de la honorable sociedad se hubiesen respetado, ese chico nunca hubiera sido admitido, ya que sus dos hermanas eran prostitutas, pero lo admitieron y lo explotaron de todos modos. Resentido por el trato recibido, dio luego un testimonio vital a las autoridades. Ya no sorprendía en absoluto a ningún miembro de la policía y del sistema judicial que ocurrieran este tipo de atroces violaciones del código de silencio. Como opinó en tono hastiado un magistrado en otro juicio, «tal y como nos enseña la psicología judicial, los miembros de asociaciones criminales siempre se traicionan entre sí y la solidaridad entre ellos es solo superficial». Claramente, la mafia calabresa distaba aún con mucho de convertirse en el paradigma de la *omertà* que es hoy.

En todo el territorio de origen de la *picciotteria*, los tribunales se topaban con casos similares, bandas parecidas que mezclaban ex soldados con pandilleros veteranos, e infracciones análogas de la ley del silencio. En Rosarno, en la llanura de Gioia Tauro, «la población estaba aterrorizada»; a plena luz del día había peleas a navajazos, actos de sabotaje, atracos, ataques a los carabineros. El cuadro era muy similar en Africo y sus alrededores, donde un juez advertía que había habido «un muy marcado y repentino resurgimiento de los delitos contra la propiedad» cuando las tropas volvieron a casa. En el alboroto de la desmovilización y la crisis económica asociada, resurgían los *picciotti*.

A partir de 1925, igual que había hecho en Sicilia y Campania, el

fascismo organizó una batida antimafia en Calabria. Una vez más, hubo centenares de arrestos y algunos juicios importantes, en especial entre 1928 y 1930. Pero, en comparación con la Operación Mori en Sicilia y las redadas del comandante Anceschi en los Mazzoni, la arremetida del fascismo en Calabria apenas si suscitó unas cuantas líneas en la prensa regional, no digamos ya a nivel nacional (y eso incluso antes de la censura a los medios en torno a la «cuestión del sur», impuesta a comienzos de los años treinta). Combatir el crimen organizado en la región más abandonada de Italia no proporcionaba más dividendos políticos bajo el fascismo de los que había proporcionado antes.

En su discurso del día de la Asunción en 1927, Benito Mussolini brindó a Italia una imagen tremendamente simple de su campaña antimafia: el fascismo contra el crimen organizado, dos grandes bloques enfrentados por su antagonismo recíproco, pero no mencionó en absoluto a la *picciotteria*. Un silencio revelador, sobre todo porque la realidad en Calabria echaba por tierra la retórica marmórea de Mussolini. En ciertas épocas y lugares, el Estado manifestaba su poder en un valeroso trabajo policial y sagaces investigaciones, pero en otros momentos evidenciaba su debilidad a través de flagrantes ingenuidades, una brutalidad cobarde, un exhibicionismo obtuso y una despreocupada confabulación con los delincuentes.

Los archivos de la era fascista permiten a los historiadores identificar un patrón en los fragmentos que aluden a la política antimafia. La continuidad es, sin lugar a dudas, parte de ese patrón: en algunas áreas del sur de Calabria, los *picciotti* aún se comportaban como lo hacía el jefe volador de Antonimina con sus secuaces tras la Primera Guerra Mundial, y seguirían haciéndolo tras la caída del fascismo. Pero en otros lados, la *picciotteria* estaba creciendo, transformándose en conjunto en algo más formidable que la secta de ex convictos y ratas de taberna que había sido en los años ochenta y noventa del siglo XIX.

Para los matones calabreses no suponían una novedad los arrestos masivos y los grandes juicios que sobrevinieron con el fascismo. Comparados con la Mafia siciliana, se hallaban desprotegidos ante la furia del Estado, ya que habían sido siempre vulnerables al tipo de represión que aquella eludía como cosa de rutina. Italia los redujo, pero nunca pudo

eliminarlos del todo. Bajo el fascismo, los *picciotti* comenzaron a dar muestras de que estaban aprendiendo de esa prolongada y ardua experiencia. Siempre y cuando lograsen escapar del caprichoso vaivén del hacha fascista, se infiltraban en las instituciones y doblegaban a la justicia para sus propios fines. Si bien al principio habían surgido como una versión provinciana de la Camorra de prisiones de Nápoles, hacia el final del período fascista los gángsteres calabreses más poderosos se parecían más bien a los *mafiosi* sicilianos.

Mirar en retrospectiva a los «chavales presumidos» durante la era fascista es como observar a las hormigas. Con una energía que primero nos parece decididamente miope, cada insecto indiferenciado recorre a toda prisa el territorio, explora, lucha y muere. Pese a ello, con el frenesí multiplicado de cada hormiga, la colonia como un todo se hace más fuerte y numerosa. En algún lugar del ADN de todas las mafias italianas existe la habilidad de pensar en términos estratégicos y no solo tácticos, de evolucionar en el tiempo. Una forma de selección natural —a saber, la rivalidad constante y feroz por el predominio en la jerarquía de toda organización criminal— explica en parte esa habilidad. Pero la adversidad colectiva también puede jugar algún papel; tengo la impresión de que el éxito a largo plazo de la ‘Ndrangheta fue en buena medida el fruto de lo que sufrió en su historia inicial a manos del Estado. Si los *‘ndranghetisti* tuvieran un lema, ese sería el que extraemos de la filosofía de Friedrich Nietzsche; irónicamente, una máxima que el mismo Duce hubiese aprobado: «Lo que no me mata, me hace más fuerte».

Calabria:
lo que no me mata,
me hace más fuerte

La represión fascista dio en el blanco de los varios semilleros de mafiosos que había en Calabria. Por ejemplo, en 1931, el jefe de policía de Catanzaro fue capaz de afirmar que la mafia había sido «casi arrasada» en su región, aun cuando agregaba que ese «carácter impetuoso y primitivo» de los lugareños implicaba que todavía había una elevada tasa de matanzas en el lugar. Otro éxito notable sobrevino en 1932, cuando la policía de Reggio Calabria desmanteló un sistema criminal completo y se condenó a los cabecillas de cinco *'ndrine*.

Pero las operaciones tempranas del fascismo contra la *picciotteria* fueron, en el mejor de los casos, éxitos transitorios. De hecho, resulta paradójico que en ciertos lugares solo contribuyeron a crear un vacío de poder en el que otros criminales causarían estragos. Tómese como ejemplo la banda singularmente inicua que organizó el amotinamiento de mediados de los años treinta en la llanura de Gioia Tauro. Además de cometer muchos robos y actos de violencia, su jefe, un tal Michele Barone, fue condenado por asfixiar a una vieja dama en su cama y por haber arrojado a una prostituta de un puente después de que esta le hubiera contagiado la sífilis. Por mala que fuera esta pandilla, no era una célula de la *picciotteria*.

Michele Barone fue un antiguo miembro de la rama de la policía encargada de los impuestos y aduanas; un currículum vítae que debería haberlo descartado automáticamente a la hora de convertirse en miembro de la *picciotteria*. Así y todo, Barone y sus colegas operaron sin que nadie los molestara durante tres años en Polistena y Taurianova, pueblos tradicionales

de la mafia. En otras palabras, durante cierto período, en este significativo rincón de Calabria, la represión fascista consiguió arrebatar a la mafia el monopolio de la barbarie.

Pero la *picciotteria* no se conformó con la derrota y la campaña hubo de proseguir durante toda la era fascista; en 1937 y 1938 hubo otro aumento del número de juicios. A mediados de los años treinta, y hacia finales de la década, la policía y los carabineros estaban enviando sospechosos al exilio interior en cifras mayores que en casi todo el resto de Italia.

Aun así, la arremetida fascista contra la mafia calabresa perdió, con demasiada frecuencia, su impulso en el terreno más importante, el de los tribunales. Ya en 1923, un juez advertía que los *picciotti* contaban con la «aquiescencia de las clases pudientes, que utilizaban a menudo a los criminales para alcanzar sus propios objetivos de supremacía personal y para resguardar sus haciendas». Igual que en Sicilia, los «chavales presumidos» habían empleado el arte sutil de chantajear a los amigos que buscaban ganarse en los escalones superiores de la sociedad a cambio de protección, amigos que luego actuaban como testigos y decantaban los juicios en favor de los gángsteres. Pero, con el tiempo, los propios jueces comenzaron a emitir un número creciente de veredictos extraños, lo cual sugería con fuerza que la *picciotteria* había comenzado a subvertir a su vez la labor de la justicia desde el interior. Un ejemplo de ello se dio en Villa San Giovanni, un pueblo portuario justo al norte de Reggio Calabria. En 1927 se absolvió a un grupo de *mafiosi* locales del cargo de haber constituido una asociación criminal, pese al hecho de que algunos de ellos aparecían en fotografías apuntando con la pistola y alzando la mano al prestar juramento a la organización.

Entre los juicios más importantes contra gángsteres celebrados en 1928, destaca el procesamiento de cincuenta y cinco individuos de Africo, algunos de los cuales eran, sin la menor duda, hijos y sobrinos de los *picciotti* cuyo escuadrón le había rajado el esófago a Pietro Maviglia en 1894. Africo era aún entonces, como admitía un funcionario fascista, «un país realmente bárbaro, aislado del mundo»; había escasos sitios en Calabria con una historia tan infame de actividad mafiosa. Pese a todo, el veredicto del juez en el caso de 1928 no deja constancia alguna de las

hondas raíces de la asociación criminal en el pueblo. Incluso dictó penas remitidas sobre la base de que «la asociación criminal fue, en parte, el fruto de causas sociales como la pobreza registrada después de la Gran Guerra y de la convulsión moral que resultó de la guerra en sí». Amablemente, el juez continuaba asegurando que los acusados habían cambiado y eran ya «individuos distintos moral y socialmente». De manera que no hubo nada de mano dura fascista en Africo; el culpable de todo era la sociedad.

Hay dos casos en la famosa región de Locri, en el litoral jónico, que también sugieren un grado sospechoso de indulgencia judicial. En 1928, el extenso testimonio de un individuo proveniente del seno de la organización, que hasta había pasado por el rito de iniciación de la *picciotteria*, no fue suficiente para persuadir al juez de que una banda mafiosa era, en rigor, una organización criminal. Sí, claro, eran una asociación, concedió el magistrado, pero bien podía ser que solo se hubieran juntado, como ellos decían, «para defenderse los unos a los otros de los ataques violentos de otra gente». El veredicto fue la absolución por falta de pruebas.

En 1929, dos prósperos ciudadanos se encontraban entre los cuarenta y ocho presuntos *mafiosi* acusados de «asociarse para delinquir», y de extorsión, en Ardore: uno era un empresario, el otro un antiguo zapatero remendón que había llegado a alcanzar influencia política. Ambos fueron liberados por razones no más consistentes que la de que «era imposible que tuviesen tratos oscuros con lo que era en esencia una panda de mendigos». Por pura casualidad, se había encontrado un código de conducta de la mafia en casa del cabecilla «mendigo».

Puede que algunos de esos veredictos se debiesen a jueces ignorantes, o a prejuicios de clase. Pero es más probable que fuesen consecuencia del poder creciente que tenía la mafia calabresa para infiltrarse en el sistema judicial a través de la administración pública, puesto que, desde los primeros meses del fascismo en el poder —cuando los camisas negras de la región se habían visto afectados de «faccionalitis aguda»—, el *Partito Nazionale Fascista* de Calabria había demostrado una exasperante tendencia a los vicios locales de la corrupción, el amiguismo y las disputas internas. En Calabria, el fascismo no luchaba solo para imponerse a la «sociedad», sino dentro de sus propias filas.

Como era de esperar, la enfermedad era peor en los alrededores del Aspromonte, donde, transcurrida una generación completa desde el terremoto de 1908, las camarillas todavía seguían disputándose los fondos asignados para reparar los daños provocados por la catástrofe. Mussolini envió una rápida sucesión de comisarios especiales desde Roma para poner fin a los chanchullos y las disputas, pero lo que pasaba por «fascismo» en la punta de la bota itálica siguió siendo completamente ingobernable durante los veinte años del régimen.

Así que la única y mayor debilidad de la campaña fascista contra la mafia calabresa era que no podía eliminar los zarcillos con que el crimen organizado había recubierto las ramas huecas del Estado. En fecha tan temprana como 1933, al secretario del Partido Fascista en Roma se le advirtió de que el secretario del partido en Reggio estaba «tristemente afiliado al crimen organizado que aún infecta la provincia»; el hombre en cuestión tenía una fuerte influencia dentro de la oficina del prefecto y los cuarteles policiales. En 1940, un comisario especial declaró que un «alto número» de ciudadanos era miembro de asociaciones criminales, o tenía parientes que lo eran. Incluso su antecesor como comisario especial contaba con varios hombres de su círculo de los que se sospechaba que estaban involucrados en el crimen organizado.

Por la vía de succionar energía al Estado fascista, los *picciotti* estaban haciéndose incluso más fuertes. Pero su creciente vigor provenía también del interior, de lazos que hacían incluso más difícil remover las *‘ndrine* de los peñascos montañosos y planicies costeras donde habían marcado en primera instancia su territorio. Los «chavales presumidos» estaban aprendiendo a hacer del crimen un negocio familiar.

Calabria: una mujer astuta, enérgica y muy cauta

Las redes del inframundo italiano siempre se han tejido con muchas hebras distintas, todas ellas robadas a otras porciones del tejido social: los ritos masónicos, los lazos de conveniencia entre los varones, la protección mutua, el clientelismo, el lenguaje y los rituales de una religión desposeída de cualquier significado espiritual, los banquetes, el glamour tomado en préstamo de la literatura… Todo vale, mientras sirva para entretejer y mantener unida a la organización. Pero los nexos criminales más fuertes entre todos ellos han sido los que se tejen a partir de las hebras que parten del ámbito del parentesco. Las familias prestan a las pandillas un tipo de lealtad que otras formas más impersonales de organización no llegan a igualar. Una cosa es traicionar a un camarada ante la policía, y otra bien distinta es que ese camarada sea a la vez tu primo, tío o suegro.

Entre los *mafiosi* sicilianos, los nacimientos, matrimonios y bautizos no han sido nunca algo «privado», es decir, no son un asunto puramente doméstico que un líder de una banda atiende tras la jornada habitual de extorsiones y contrabando. Más bien, la familia está en el centro mismo de las intrigas cotidianas del inframundo: una boda puede sellar un pacto que se prepara para la guerra intestina o terminar con una temporada de matanzas y señalar el nacimiento de una nueva alianza.

La política dinástica ha sido siempre parte integral de la Mafia. Los *mafiosi* a los que el inspector Sangiorgi se enfrentó durante el caso «fratricida» cultivaban ya entonces las artes requeridas para ennoblecer su línea de descendencia criminal, para lograr que su apellido suscitara temor a varias generaciones después de ellos. Sangiorgi descubrió además el primer

caso conocido de un dilema típicamente siciliano, en el que un hombre de honor debía escoger entre asesinar a un pariente o matarse a sí mismo; fue en 1883, cuando se forzó a un tío a tomar parte en el asesinato de su propio sobrino, quien era también un mafioso. Esas eran las reglas en la hermandad de Favara, la mafia de las minas de azufre.

En Calabria, retrocediendo a las décadas de 1880 y 1890, los asuntos familiares se manejaban de manera muy distinta. La ‘Ndrangheta era en origen una secta en la que un reo encarcelado reclutaba a otro, y no en la que un padre reclutaba a su hijo, aunque sí ocurría que, una vez abandonaban la cárcel, los *picciotti* comenzaban a propagarse por las vías del parentesco. Las actas judiciales tempranas en torno a la *picciotteria* enumeran hermanos, primos y otros parientes entre los miembros; difícilmente podía ser de otro modo, vista la maraña de enlaces matrimoniales entre parientes que se daba en algunas comunidades aisladas de Calabria. Al cabo de poco tiempo, una primera generación de hijos se unía a sus progenitores en las filas del crimen. Por ejemplo, si la policía estaba en lo correcto acerca de Giuseppe Musolino, el rey del Aspromonte, su padre era quien había fundado la *picciotteria* en Santo Stefano. De modo que la familia y la banda criminal quedaron pronto interrelacionadas. Pese a ello, en los primeros tiempos pareció no haber muchas consideraciones estratégicas ni legislativas detrás de esas interrelaciones: los *picciotti* no convocaban reuniones para tratar asuntos familiares, ni hacían reglas para decidir quién se casaría con quién, ni le rajaban la cara a quien transgrediera la etiqueta dinástica.

Hoy la ‘Ndrangheta es más resistente a la represión que la Mafia siciliana o la Camorra napolitana; sus secretos están mejor guardados, porque pocos de sus miembros suelen convertirse en testigos de cargo. Si se le pregunta a cualquier magistrado o policía de Calabria la razón de ello, responderán con una única palabra: familia. Hoy en día, la ‘Ndrangheta está aún más centrada en la familia que la Mafia siciliana: cada *‘ndrina* está deliberadamente construida en torno a un clan, a menudo con un único cabecilla y su innumerable descendencia masculina. En conversaciones pinchadas en 2010 puede oírse a los *‘ndranghetisti* discutiendo sobre lo que ellos denominan el principio de «la línea», aludiendo con ello al principio

hereditario, al tratar de resolver quién será el nuevo jefe (de Roghudi, en este caso). La norma de que un hijo debiera heredar lo del padre no es inviolable, pero sigue siendo una norma. En la Mafia siciliana no existen estos estatutos, aunque los hijos de los jefes suceden a menudo a sus padres en las posiciones de liderazgo.

De manera que, aun cuando los «chavales presumidos» tienen rituales muy similares y una estructura muy similar a los de la ‘Ndrangheta tal y como se la conoce y teme hoy en día, les faltaba esa base sólida de parentesco por la que la ‘Ndrangheta es más famosa. De hecho, la *picciotteria* tardó en incorporar el pleno potencial criminal que tenían las relaciones consanguíneas. Desde un principio, las muertes constituyeron parte del negocio colectivo de la mafia calabresa, pero fue durante las dos décadas del fascismo cuando los nacimientos y los matrimonios entraron de verdad en el libro de cuentas. La transformación fue también lenta y desigual, pero absolutamente fundamental para el fuerte crecimiento de la *picciotteria*.

Por la época en que la dictadura fascista se había consolidado en Roma, los jueces comenzaban a oír nuevas variantes de las historias de familia entre los maleantes de Calabria. En Vibo Valentia, al norte de la llanura de Gioia Tauro, un carabinero fue asesinado en 1927 por intentar impedir la alianza conyugal entre dos grupos criminales de distinta sangre, uno de los cuales había colonizado el Estado fascista local.

Tres años después, en Nicotera, justo al sur, se inició a un niño en la honorable sociedad a la edad de solo once años.

Cruzando las montañas hacia el sudeste, en Grotteria, en el año 1933, el cabecilla local escuchó rumores de que su novia estaba embarazada de un *picciotto*, por lo cual la banda se reunió para analizar esta mancha al honor de su *capo* y decidió hacer algo. Al contrario de lo que cabría esperar, el blanco de la acción no fue el presunto amante de la mujer, sino el individuo que había diseminado el rumor. Después de todo, las murmuraciones han sido siempre el arma más poderosa en la lucha dinástica. El sicario elegido para el cometido, un muchacho de dieciséis años, necesitó seis intentos antes de acertar a cercenar la garganta de su víctima.

Estas historias tienen una importancia incuestionable. Con todo, una

forma aún más clara de rastrear la evolución de la política sexual de la ‘Ndrangheta estriba en examinar el papel cambiante de las mujeres. Las organizaciones criminales italianas fueron, desde su concepción, masculinas en una abrumadora mayoría y sexistas por naturaleza. El honor mafioso ha sido siempre, de manera exclusiva, una cualidad varonil. Pese a ello, como ya hemos visto, las mujeres han sido de relevante utilidad para los *mafiosi* y los *camorristi*, y su papel ha experimentado variaciones significativas.

Las prostitutas eran el tipo de mujer que acompañaba a los primeros *‘ndranghetisti* con mayor frecuencia. Mientras que los *mafiosi* sicilianos no han tenido nunca relación alguna con la prostitución, los primeros *picciotti* calabreses tendían a ser proxenetas. Como tales, se asociaban con las muchachas de cuyos ingresos disfrutaban (las violaban y a veces hasta se casaban con ellas). Así que, a diferencia de sus contemporáneos en la Mafia siciliana, y de los *‘ndranghetisti* de hoy en día, los gángsteres calabreses de finales del siglo XIX y principios del XX no consideraban que la explotación sexual fuese algo no honorable.

A este respecto, la *picciotteria* era exactamente igual a lo que había sido en el XIX la honorable sociedad de Nápoles. La jerga de la Camorra napolitana abunda en sinónimos degradantes del término «prostituta»: *bagascia, bambuglia, bardascia, drusiana, risgraziata, schiavuttella* («pequeña esclava»), *vaiassa* y *zoccola* («rata de alcantarilla»). Había también toda una nomenclatura para los distintos tipos de mujeres de la calle. Una chica nueva era una *colomba* («paloma»); una de provincias era una *cafona* (una palurda o cateta). Una *gallinela* («gallina joven») era una mujer con hijos, mientras que una *pollanca* («pava joven») era el término para una virgen a un paso de ser lanzada al mercado. Adicionalmente, había varias denominaciones para una mujer anciana, como *carcassa* («vejestorio») y *calascione* («una mandolina desvencijada»). Era el léxico de una industria de explotación fundamental para la economía de la Camorra. Sabemos poco de la vida familiar de los *camorristi* napolitanos en 1800, pero parece improbable que individuos tan profundamente implicados en el comercio carnal pudieran engendrar dinastías comparables a las de los padrinos sicilianos.

Como sus iguales napolitanos, que habían otorgado a *la Sangiovannara*

el honor excepcional de reconocerle el papel vital que jugó en los acontecimientos de la unificación italiana, los *picciotti* de Calabria también andaban en ocasiones con mujeres fuertes. Algunas mujeres involucradas en la *picciotteria* desde sus inicios participaban directamente en acciones delictivas. Aquí y allá afloran nombres femeninos en boca de los acusados enumerados en las actas judiciales. Hubo, por ejemplo, dos «chavalas presumidas» a las que se declaró culpables en Palmi en 1892: Concetta Muzzopapa, de cuarenta años, y Rosaria Testa, de veintiséis. Ambas eran de Rosarno, en el extremo opuesto a Palmi en la llanura de Gioia Tauro. Ambas habían pactado convertirse en miembros de la mafia calabresa «haciendo saltar la sangre del dedo meñique de su mano derecha mientras prometían mantener el secreto», explicaban los jueces. Ambas se vestían con ropas de hombre cuando cometían robos y asaltos violentos. Rosaria Testa confesó su participación en la organización y reveló a la fiscalía muchos de sus secretos, antes de retractarse cuando fue amenazada por los miembros masculinos de la banda.

Hubo otras mujeres juramentadas, como en Santo Stefano, el pueblo natal del rey del Aspromonte; las investigaciones realizadas sobre la *picciotteria* durante la cruzada bandolerista de Musolino revelaron que doce de los ciento sesenta y seis miembros iniciados eran mujeres; entre ellas se incluían la amante de Musolino, Angela Surace, y sus tres hermanas, Ippolita, Vincenza y Anna (quienes, bueno es recordarlo, eran a la vez las hijas del jefe). «Amparadas en la moral y el apoyo concreto de la asociación criminal», escribió la policía, «las mujeres pertenecientes a las familias de los miembros son también capaces de dirigir amenazas e imponer su voluntad». La mayor de las hermanas Musolino, Ippolita, era particularmente temida y parece ser que hasta había aconsejado a su hermano sobre cuáles debían ser sus objetivos. Todos los casos resultan fascinantes, y sabríamos mucho más de la temprana ‘Ndrangheta si dispusiéramos de más documentos en los que basar un estudio al respecto. No hay nada ni remotamente parecido a estos mafiosos calabreses en la historia de las otras organizaciones criminales.

Algunos de los maleantes calabreses juzgados en las décadas de 1920 y 1930 aún exhibían el mismo gusto por las mujeres que los *picciotti* de los

años ochenta y noventa del siglo anterior. Como Domenico Noto, el jefe volador de Antonimina; su banda explotaba a las mujeres y las obligaba a participar en hurtos, y también solía celebrar fiestas y reuniones periódicas en casa de una prostituta. Pero el mismo Noto no se conformaba con las «Venus errantes» (esa es la delicada frase empleada por el juez). Solía usar la fuerza para acostarse con otras, como la esposa de un emigrante, su hija de catorce años y una chica sordomuda muy vulnerable. Era, con todo, muy difícil mantener los secretos de la hermandad criminal llevando esta rutina. En el tribunal, la esposa del emigrante aportó pruebas cruciales contra Noto y más de cuarenta de sus camaradas. Gracias a los testimonios de muchas mujeres de la calle, se desarticularon otras células de la mafia calabresa. El hábito de hacer dinero con la prostitución, como la técnica de intimidar muchachitos para que se iniciasen en la hermandad, era una debilidad estructural de la *picciotteria*; ambas prácticas estaban destinadas a generar testigos de cargo para la fiscalía.

No obstante, durante la era fascista, hay claros indicios por todos lados de un cambio en el papel de la mujer. Hay menos prostitutas y las pandilleras femeninas que portan armas desaparecen. En su lugar, comienza a asomar una forma más refinada de política de género y, con ello, un nuevo tipo de mujer de la mafia calabresa. No una ramera o una bandolera travestida, sino una madre y esposa cuyas energías educativas estarán concentradas en construir el honor de sus hombres, jóvenes y viejos.

A menudo se asume que la tendencia pronunciada de la ‘Ndrangheta a apoyarse en los lazos familiares proviene de la cultura del «familismo» en la sociedad calabresa, pero las pruebas de que disponemos lo desmienten. La ‘Ndrangheta todavía tenía que «aprender» a basarse ella misma en los vínculos de familia. La función en apariencia tradicional de las mujeres de la ‘Ndrangheta —como sacerdotisas hogareñas del culto al honor— es en rigor un invento moderno.

Sin embargo, aunque esta nueva mafiosa modélica comienza a asomar en las actas judiciales de la era fascista, detentaba un poder y una influencia auténticos en la vida interna de la *picciotteria*. Maria Marvelli fue una de ellas. Era, para emplear una vez más los términos de un juez, una mujer «astuta, enérgica y muy cauta», habituada al estilo de la honorable sociedad.

Ni siquiera esas cualidades evitaron el sangriento fin de su esposo, pero al menos le permitieron a ella tener su revancha. El siguiente relato trascendió a la prohibición que impuso el fascismo a los medios de comunicación y se basaba, en gran medida, en la capacidad que tenía la propia mafia para encarnar el papel que las mujeres estaban comenzando a tener en la evolución de la *picciotteria*. Tal y como ocurrió todo, la historia de Maria Marvelli pone en evidencia a su vez la faceta más salvaje de las contramedidas del fascismo.

Justo al sur de Antonimina, el hogar del jefe volador, se encuentra Cirella, otro pequeño asentamiento aferrado a las laderas del Aspromonte. Aislado en un territorio inhóspito, sin caminos apropiados para los vehículos rodados, era una aldea expuesta a las fuerzas de la naturaleza y prácticamente ignorada por las fuerzas del orden.

Los hombres de la honorable sociedad de Cirella hacían todo aquello que cabía esperar de ellos: robaban, practicaban el vandalismo, violaban, mutilaban y asesinaban. Pero, además de todo eso, estaban desarrollando modalidades más suaves de poder. De manera extraordinaria, habían apartado a codazos al sacerdote local: eran los matones y no el clérigo quienes administraban las festividades religiosas. Quienquiera que deseara hacer negocios con los *picciotti* locales o desposarse con alguna de las mujeres en su círculo debía unirse antes, como condición previa, a sus filas.

Paolo Agostino estaba entre los hombres más influyentes dentro de la honorable sociedad de Cirella. Aun entre los muchos casos existentes, su ferocidad destacaba por encima de la de otros, como lo haría constar luego un juez: «Era uno de esos hombres que mezclan un cuerpo robusto y vigoroso con una mente audaz, una extraña propensión a la bravuconería, una fuerte tendencia a cometer toda clase de abusos y el coraje necesario para que todas esas cualidades marcaran la diferencia». Paolo Agostino tenía otra cualidad que el juez no llegó a identificar, un rasgo que estaba cobrando cada vez más importancia para los cabecillas exitosos de Calabria: tenía buen ojo para detectar a mujeres astutas. Quienes pasaban por el rito de iniciación de la mafia en Cirella debían, como en toda Calabria, jurar que «renunciaban a los afectos familiares, poniendo el interés de la “sociedad” por encima del de sus padres, hermanos e hijos».

Pero los gángsteres calabreses estaban comenzando a entender a su vez las ventajas que suponía la familia. Paolo Agostino hizo una elección particularmente buena al escoger a su esposa: la «astuta, enérgica y muy cauta» Maria Marvelli.

Marvelli había estado casada antes; era una viuda que, como muchas mujeres italianas de entonces, y de ahora, había conservado su apellido de soltera. El hijo de su primer matrimonio, Francesco Polito, se unió a ella como parte de la nueva familia que formó con «el robusto y vigoroso» Paolo Agostino. Si hemos de creer al juez, el matrimonio no fue igualitario, al menos entre las cuatro paredes del hogar de los Agostino. Aparentemente, Maria «ejercía una autoridad dominante sobre su esposo e hijo. Y la obedecían sin chistar». La compensación que Paolo Agostino recibió del enlace fue un nuevo heredero, que además era muy rico; el hijo de Maria, Francesco Polito, había heredado antes de su progenitor fallecido una propiedad valorada en unas cien mil liras.

Parece ser que el enlace fue feliz y que Maria tuvo más hijos. Para más datos, el hijo mayor, Francesco Polito, se inició en la honorable sociedad cuando cumplió la mayoría de edad, como correspondía al hijastro de un gángster de rango superior. Sin embargo, su madre, astuta y suspicaz como era, no le facilitó nada de dinero, a raíz de lo cual tuvo que robar veinticuatro botellas de aceite de oliva a su padrino para pagar la tarifa de admisión.

Con su dinero y su poderoso padrastro detrás, Francesco Polito era ciertamente un buen partido en el mercado conyugal de la mafia local. No mucho después, un criminal de cuantía no menor como era el jefe de la honorable sociedad en Cirella, ofreció al joven Francesco la mano de su hija, junto a un ascenso de *picciotto* a *camorrista*. Un matrimonio con la hija del *capo* y un ascenso parecían una oferta muy respetable, pero el padrastro del joven Francesco, Paolo Agostino, vetó la alianza. No está claro por qué, ni si Maria Marvelli tuvo algo que ver en la decisión. La opción más probable es que prefiriera vincularse a otro linaje criminal, pero el gesto de rechazar una oferta como esa parecería de manera inevitable un desaire. Si nunca antes había habido divisiones en las filas de la honorable sociedad de Cirella, sin duda comenzó a haberlas a partir de entonces.

En este punto de la historia intervino Mussolini. En 1933, el calamitoso estado del orden público en Cirella llamó la atención de las autoridades. El jefe local —y todo el mundo sabía que lo era, porque ¿qué necesidad tenía de disimular su poder?— fue condenado a una residencia forzosa. Su destino fue la colonia penal en la pequeña isla de Ustica, situada a unos ochenta kilómetros al norte de Palermo. Pero, como ocurría a menudo, esta medida resultó inadecuada para poner freno a la violencia en curso. De modo que, al año siguiente, también Paolo Agostino acabó en Ustica, donde se reuniría con su *capo*: el mismo hombre cuya generosa oferta de alianza matrimonial había desdeñado. Hasta Cirella llegaron rumores de que, cuando se encontraron, Paolo Agostino había roto una botella en la cabeza del jefe. Aunque era probable que los rumores fueran falsos, constituían un síntoma muy real de una lucha de poderes potencialmente explosiva; el tema de con quién se casaría el hijo de Maria Marvelli era una herida abierta en Cirella.

Muy pronto, nuevos rumores comenzaron a volar de vuelta desde Cirella hasta la colonia penal en Ustica, y esta vez lo que los generaba era el sexo. Antes de partir rumbo a Ustica, el «robusto y vigoroso» Paolo Agostino dejó sus asuntos en manos de un sustituto de confianza, Nicola Pollifroni, pero Pollifroni entabló una estrecha amistad con Maria Marvelli, la esposa de Agostino (suficientemente estrecha como para provocar sonrisas irónicas: se los vio montando el mismo caballo y a él sentado en las faldas de ella). El juez diría más tarde, con algún remilgo, que el rumor «no dejaba de resultar plausible». Cuando estos informes le llegaron a Paolo Agostino en Ustica, hizo sus propias averiguaciones respecto a cuán plausible podía resultar. De manera extraña, hubo dos testigos distintos, incluido su propio hermano, que le dijeron que no ocurría nada malo. De manera aún más extraña, Agostino los creyó.

La actitud tan relajada de Paolo Agostino ante la infidelidad de su esposa contraviene todos los estereotipos que circulan acerca del carácter violentamente posesivo del macho en el sur de Italia. También transgrede las normas de conducta entre los gángsteres. La *picciotteria* había dado ya pruebas de que los meros rumores sugestivos de infidelidad conyugal podían conducir fácilmente a un mafioso a una muerte horripilante. Pese a

todo, en este caso particular, Paolo Agostino se mostró dispuesto a descartar los rumores, aunque todo el mundo había visto que eran, cuando menos, «plausibles». Una explicación de esta renuncia a defender su prestigio era su percepción de que Maria Marvelli era demasiado valiosa para su condición de esposo y maleante. Con las tensiones subiendo de intensidad dentro de la *'ndrina*, Agostino precisaba mantener unida a su familia y no tuvo otra opción que pasar por alto el romance. Las reglas del honor mafioso eran, como siempre, muy elásticas.

Mientras Paolo Agostino y su jefe estaban en la colonia penal de Ustica —el uno ponderando el tema de la infidelidad de su mujer y el otro mortificándose por el rechazo a la mano de su propia hija—, en Cirella el terreno político dentro de la honorable sociedad sufrió un giro. Tres hermanos —Bruno, Rocco y Francescantonio Romeo— emergieron como el nuevo eje del poder local, pero los hermanos Romeo decidieron que sería mejor ocultar su recién adquirida autoridad detrás de un líder decorativo, así que comenzaron la búsqueda de un nuevo jefe, un «don» que fuera un monigote, que no llamara la atención ni fuera muy «visible», tal y como lo estipularon los hermanos.

Ahora bien, esto de la «visibilidad» es uno de los grandes temas en la historia del crimen organizado en Italia. La absoluta invisibilidad, el completo anonimato, no son opciones para los *mafiosi*, cuyo propósito es controlar su territorio. No importa cómo, pero deben hacer entender a la gente de la localidad que son ellos a lo que hay que temer, y que es a ellos a quienes deben hacerse los pagos. Pero hay mil maneras de labrarse un perfil, de cultivar el respeto. Un gángster, como un animal territorial de colores llamativos, puede ahorrar mucha energía si es fácil de identificar: los rivales potenciales aprenden rápidamente a advertir las señales de peligro y que la reacción más sabia es huir en lugar de pelear. De manera que los primeros *camorristi* publicitaban su poder con tupés, pantalones acampanados y tatuajes, igual que hacían sus primos de la *picciotteria* calabresa. Pero la visibilidad conlleva ciertamente algunos riesgos, especialmente cuando la policía ha decidido combatir a la mafia en lugar de cohabitar con ella. Una cosa es evidenciar el propio rango criminal, y los honores conseguidos en combate, en un calabozo donde todo el resto son

criminales, o en los sectores bajos y no frecuentados por la policía en Nápoles, o en un pueblo dejado de la mano de Dios en una aldea montañesa de Calabria. Y otra bien distinta es hacerlo cuando los ojos de los carabineros están puestos en ti, cuando deseas sortear los controles en la isla de Ellis, o cuando tus tratos con políticos y empresarios requieren de una fachada menos ostensible. Los «villanos de clase media» de Sicilia han tendido siempre a intimar con sus autoridades mediante poco más que una mirada, una postura o un silencio inquebrantable. Las otras asociaciones criminales, cuyos orígenes fueron más humildes, tardaron un poco en dominar las sutiles estratagemas de la visibilidad. El proceso de aprendizaje estaba, en todo caso, ya muy encaminado en los albores de la era fascista. En Nápoles, las vestimentas grotescas y tupés en forma de mariposa ya habían desaparecido en la época del juicio Cuocolo. La mafia calabresa los abandonó no mucho después; hay pocos indicios de todo ello en la era fascista.

Enfrentados al ojo atento de la policía, y al acoso más incómodo que habían experimentado hasta entonces, los hermanos Romeo buscaron a un tonto menos visible y sin antecedentes, cuya riqueza lo librara de toda sospecha. El candidato escogido, un hombre llamado Francesco Macrì, aceptó sin vacilar, pese a no haber sido siquiera miembro de la organización previamente y pese a ser lo bastante rico para pagarles buenos abogados a sus nuevos socios conspiradores. El juez estableció más tarde que Macrì consideraba lo de ser nombrado jefe un «honor especial». Un testimonio revelador del prestigio que esta asociación criminal había adquirido es el hecho de que Macrì aceptara tan rápidamente el cargo de *capo*. Como explicaba el juez, «ingresar en la asociación era condición esencial si uno quería gozar de la estimación pública». La *picciotteria*, menos visible de lo que había sido alguna vez, pero más tóxica, estaba entonces infiltrándose aún más en el torrente sanguíneo de la vida calabresa. Los hermanos Romeo constituyeron un comité para «asesorar» al individuo designado, muy entusiasta pero sin experiencia, reservándose para ellos el poder real. Y con ese acuerdo, la política del crimen organizado alcanzó en Cirella un nuevo equilibrio.

Entretanto, los negocios criminales seguían adelante como siempre. Y

como siempre, hasta el negocio criminal más sencillo podía tener consecuencias letales. A un médico de la localidad le habían robado, tiempo atrás, un toro joven muy valioso, y seguía haciendo grandes esfuerzos, sin éxito, por descubrir quién se lo había robado. Al final, acudió a Maria Marvelli para pedirle que su exiliado cónyuge, Paolo Agostino (pariente del médico), hiciera averiguaciones entre los internos de Ustica. La cárcel era, como tantas otras veces, el mecanismo donde confluían todas las comunicaciones mafiosas.

Pronto hubo carta desde Ustica: Paolo Agostino escribía para informarles de que los ladrones eran Bruno, Rocco y Francescantonio Romeo: los individuos detrás del «jefe invisible», que eran ahora los *picciotti* más influyentes de Cirella.

En un arrebato de ingenuidad, el médico hizo llegar la carta de Paolo Agostino a los carabineros, y alguien desde dentro del cuerpo —ya fuera un espía o un agente provocador— explicó a los tres hermanos Romeo que Paolo Agostino había intentado meterlos en problemas. Antes incluso de que llegara este soplo, los Romeo sabían que Agostino habría de ser una amenaza para ellos cuando saliese de Ustica. Así que rápidamente amenazaron con quemar la casa de Maria Marvelli y robar treinta de sus cabras.

A medida que se acercaba el regreso de Agostino desde Ustica, los hermanos comenzaron a planear acciones más drásticas para defender su posición, presentando una moción ante la honorable sociedad para matar al marido de Maria Marvelli; en apoyo de la medida, recurrían al razonamiento legalmente impecable de que Agostino había roto el código de la *omertà* al decirle al médico quién le había robado el toro.

Después de dos años ausente, Paolo Agostino llegó al fin a casa el 2 de marzo de 1936 y lo convocaron inmediatamente a una reunión de la honorable sociedad. ¿Cómo justificaba haber roto las reglas? Su defensa fue una exhibición desesperada de descaro, indicando que ya no le temía a nadie en Cirella, puesto que en Ustica había encontrado «nuevas y más influyentes amistades al unirse a una poderosa asociación allí representada».

¿Qué sería eso de la «poderosa asociación» en Ustica? ¿Un farol? ¿O

estaba Paolo Agostino dando a entender que se había convertido en miembro de la Mafia siciliana, en el lapso transcurrido desde la última vez que vio el Aspromonte? Ustica estaba por aquella época más llena que nunca de *mafiosi* sicilianos. Estuviese o no Agostino marcándose un farol, los hermanos Romeo se reafirmaron en su determinación de eliminarlo y, cuando el convocado despreció de manera flagrante el protocolo de la honorable sociedad al no presentarse a una segunda audiencia de su caso, los Romeo consiguieron que se aceptara su moción y se aprobara una sentencia de muerte contra Agostino. El problema era ahora una cuestión práctica más que política: la de cómo llevar a cabo el golpe, una tarea que iba a requerir de una trampa preparada con sumo cuidado y una historia que sirviera como cebo.

Mientras esperaban su oportunidad, los hermanos tuvieron que contentarse con meros agravios. Destrozaron un gramófono de Paolo Agostino en una fiesta del mundo gangsteril para celebrar el compromiso de su hijastro, Francesco Polito (quien, tras desechar a la hija del jefe, había encontrado al fin a una muchacha adecuada en una familia apropiadamente criminal). Solo la presencia de tantos testigos evitó que el incidente del gramófono degenerara en un baño de sangre.

Si Paolo Agostino no se había dado cuenta hasta entonces de que se le acababa el tiempo, sin duda tomó repentina consciencia de ello. Y se volvió un individuo sombrío. Estando entre amigos, aludía a su persona con aire melancólico como «un pájaro que solo pasa brevemente por esta vida». Se negaba a zurrar a sus hijos diciendo que no quería dejarles un mal recuerdo. Su abatimiento era evidente para Maria Marvelli, que se hizo cargo de la seguridad del hogar obligando a su marido a cambiar de sitio para dormir cuando amenazaba el peligro.

El primer intento de atentar contra la vida de Agostino llegó acompañado del robo fingido de su buey. Los hermanos Romeo enviaron a varios hombres a robar el animal; estos hicieron mucho ruido mientras cometían el delito, con la esperanza de que Agostino saliera a toda prisa de la casa. Si todo iba bien, ese sería el momento de dispararle, como si el asunto hubiera sido obra de unos vulgares ladrones. Pero, una vez pusieron en marcha el ardid, fue Maria Marvelli la que salió de la casa arma en mano

y ahuyentó a los potenciales asesinos.

Haría falta un complot concebido con mucho más rigor para liquidar a Paolo Agostino. El 30 de abril de 1936, los hermanos Romeo convocaron a varios *mafiosi* de alto rango a una reunión en una cabaña abandonada. Después de mucho discutir, acordaron un plan y se escogió un escuadrón de ejecución de diez hombres. El títere que oficiaba de «don», Francesco Macrì, se ofreció de voluntario para estar hombro con hombro junto a los hermanos Romeo en la acción inminente; evidentemente, quería ganarse el rango tan importante que le habían concedido en fecha reciente. Pero la figura crucial en todo el plan, el hombre escogido para traicionar a Paolo Agostino ante sus enemigos, fue Nicola Pollifroni, el mismo que había tenido una aventura «plausible» con Maria Marvelli. Pollifroni tuvo que arrodillarse por obligación ante sus colegas, con las armas cruzadas contra el pecho, y jurar que ayudaría a matar a su amigo.

El 2 de mayo, Pollifroni invitó a Paolo Agostino a una incursión para saquear colmenas de abejas y causar un agravio a su propietario, con quien Pollifroni tenía alguna vieja rencilla. Ningún miembro de la honorable sociedad podía rechazar una invitación semejante. La acción fue un éxito y Pollifroni y Agostino retornaron por un camino aislado con sendas jarras llenas de miel y su fragancia rezumando de ellas. La ruta escogida los llevó a través de dos gigantescas rocas cubiertas de tojos. El juez explicaría luego que el camino le recordaba a esos pasadizos cada vez más estrechos en los mataderos donde se aísla a los cerdos, forzándolos a caminar entre dos paredes hasta que ya no pueden darse la vuelta o regresar. Para cuando el cuchillo del matarife asoma enfrente, ya no hay escapatoria. El paso tenía un nombre en la localidad: «Agonía».

Justo cuando los dos saqueadores de miel entraban en él, Pollifroni se detuvo. Tenía ganas de orinar. Agostino debió de seguir adelante, hacia las angostas paredes del paso.

Lo último que el propio Agostino oyó en su vida provenía de los tojos por encima de su cabeza y fue un grito ahogado de advertencia, tan repentino como familiar. Su hijastro, Francesco Polito, obligado a presenciar el asesinato con un cuchillo presionándole la garganta, había tenido el valor y la desesperación de proferir un grito de advertencia antes

de que una manaza le cubriera la boca y un coro de disparos sofocara cualquier otro sonido.

Lo que aporta un sabor inequívocamente fascista a la historia de la mafia de Cirella fue lo que les sucedió a los hermanos Romeo, al falso padrino que era Francesco Macrì y a los demás una vez fueron arrestados. En el interrogatorio, tal y como lo dictaba su pacto de sangre, negaron tener cualquier conocimiento de la asociación criminal a la que pertenecían, así que los golpearon, azotaron y aporrearon con lo que hubiera a mano, como una pesada regla y un secante de escritorio. Se les obligó a beber de un cazo de arcilla lleno de orina. Para ahogar sus gritos, les introdujeron sus propios calcetines en la boca y los sujetaron con sus cinturones. Luego los arrojaron al suelo y les encadenaron los pies a una silla, de modo que sus plantas quedaran expuestas a los golpes y se les pudiera arrancar las uñas (más tarde, algunos sufrirían amputaciones a causa de ello). Les cubrieron las heridas con sal y vinagre. Con los menos cooperadores de entre ellos usaron descargas eléctricas: les aplicaron unos alambres conectados a una batería de automóvil en la cara interior de sus muslos, con lo que a duras penas lograron no perder el conocimiento. Enseguida los arrojaron a celdas inmundas y húmedas en la cárcel de Locri, sin comida ni agua. Todas las peticiones para que recibieran la visita de un médico fueron denegadas.

Uno a uno, todos confesaron. Cada vez que los convocaban para que ratificaran su confesión, las palizas comenzaban de nuevo. Los hombres de la honorable sociedad de Cirella se habían topado con su propio escenario de nombre «Agonía».

Solo en el tribunal se pudo alegar al fin contra la violencia policial. Cuando el juez escuchó esos horrores, los trató solo como eso, simples alegatos. De algún modo, consideró que no era labor suya sopesar si lo que los acusados decían era verdad. Según parece, ni siquiera verificó sus dedos amputados. Pero los agudos detalles en la descripción del juez y lo enrevesado de su lógica nos dicen que sabía lo que de verdad había ocurrido: los acusados que tenía delante habían sido brutalmente torturados por los carabineros.

Desde luego, el juez disponía de otras muchas pruebas en las que basarse: los testimonios de Maria Marvelli y su hijo Francesco Polito, las

coartadas nada convincentes de cada sospechoso y el embrollo de testimonios obviamente falsos, la mayoría en boca de sus mujeres, que los *mafiosi* habían presentado en su defensa. La fiscalía pudo también indicar que el falso padrino Francesco Macrì guardaba un listado de los miembros de la honorable sociedad en un maletín y había escrito los nombres de los diez hombres elegidos para matar a Paolo Agostino.

El juez concluyó que todas las pruebas confirmaban las confesiones, «independientemente de la forma en que se obtuvieron las declaraciones iniciales de los sospechosos». De modo que se sintió habilitado para «dejar que su consciencia descansara» y no tomó ninguna medida respecto a lo que era un caso espantosamente claro de brutalidad policial. Con o sin torturas, el veredicto en contra de los «chavales presumidos» de Cirella fue de culpabilidad.

«Todo dentro del Estado. Nada contra el Estado. Nada fuera del Estado». La ideología totalitaria del fascismo ofrecía a la policía una licencia para ir bastante más lejos de lo que era cualquier medio de interrogatorio aceptable. Sin duda, la tortura aquí empleada fue desplegada también en otros lugares contra los *mafiosi* y los *camorristi*, pero es raro encontrarse con unas pruebas tan ilustrativas y carentes de ambigüedad como las que emergen de las actas judiciales de Cirella. Con mucha frecuencia, los pandilleros hacían falsas acusaciones de brutalidad policial. La lucha del fascismo contra el crimen organizado podía llegar a ser ciertamente muy sucia, pero la verdadera frecuencia con que las autoridades abusaron de su poder es hoy un enigma.

La historia de Maria Marvelli no es más que un retablo aislado de los cambios graduales que tenían lugar dentro del crimen organizado de Calabria: la política matrimonial que los *picciotti* comenzaban a aprender y el nuevo poder entre bastidores que algunas mujeres obtenían como fruto de ello. Marvelli fue, sin lugar a dudas, una perdedora: habían incendiado su casa y habían asesinado a su esposo. También perdió a su hijo; pese a su confesión, el chico que en su momento fue el criminal soltero más cotizado de Cirella fue sentenciado a seis años y ocho meses bajo las nuevas, y más duras, leyes fascistas contra las asociaciones criminales. No se sabe si también estuvo entre los hombres a los que los carabineros arrancaron las

uñas de los pies; tampoco lo que sucedió con él en prisión.

Pero Maria Marvelli tuvo al menos algo que poner en la balanza para equilibrar sus pérdidas. Por un lado, la satisfacción de la *vendetta*. E incluso algún dinero, al demandar en nombre de su hijo a los acusados, por lo que obtuvo veintiséis mil liras, que, *grosso modo*, era una cifra equivalente al valor de su casa.

No sabemos qué ocurrió con Maria Marvelli después. Es como otros miles de mujeres de la mafia que no tienen rostro en el curso de la historia, y solo podemos especular con lo que fue de ella una vez silenciados los taquígrafos del tribunal. Si en efecto regresaba a Cirella, se encontraría con una aldea aún en las tenazas de la *picciotteria*. El mismo juez que fue demasiado tímido para hacer frente a los carabineros por sus repetidas embestidas contra los reos, lo fue también para dictar un veredicto más duro contra la mafia en su conjunto: absolvió a ciento cuatro *picciotti* cuyos nombres aparecían en el listado del padrino de paja, sobre la base muy poco convincente de que la única prueba contra ellos era el «rumor público». Esto equivalía a decir que todos en Cirella habían visto a tales sujetos pavoneándose en la plaza; todos sabían al menos que andaban confabulados, y para nada bueno; en otras palabras, eran visibles. Sin embargo, aún bajo el fascismo, la visibilidad a secas no era suficiente para condenar a nadie.

Campania:
el fascista Vito Genovese

El 8 de julio de 1938, el periódico napolitano *Il Mattino* publicó la siguiente nota breve:

TABLÓN DE ANUNCIOS FASCISTA

> El fascista Vito Genovese, reclutado por la rama neoyorquina del Partido Fascista y actual residente en Nápoles, ha donado diez mil liras. La rama de Roccarainola recibió cinco mil liras como contribución al precio del terreno requerido para edificar el cuartel general del partido local. Las otras cinco mil liras son para construir el Centro de Helioterapia de Nola.

Más tarde se sabría que Vito Genovese subvencionaba el edificio del cuartel general del Partido Fascista en Nola con la suma de veinticinco mil dólares. Los visitantes de Nola —y no suele haber muchos— pueden aún apreciar el edificio en la piazza Giordano Bruno: una mole blanca despojada hace mucho de sus enseñas mussolinianas, que alberga hoy un departamento de la Universidad de Nápoles, para ser más precisos, la Facultad de Derecho.

Genovese nació en Risigliano, cerca de Nola, el 21 de noviembre de 1897. No sabemos si su familia tenía alguna conexión con los bajos fondos de Campania antes de que sus integrantes emigraran a Estados Unidos en 1912. No obstante, Nueva York ofrecía generosas oportunidades a los inmigrantes jóvenes y violentos. Vito ascendió rápidamente en las filas del mundo gangsteril, junto con su amigo, el siciliano Charles «Lucky» Luciano. Una fotografía ahora famosa del expediente policial que se le confeccionó en ese período muestra a un Genovese amenazante y con los ojos saltones, y una cresta inclinada en sus negros cabellos.

En 1936, Lucky Luciano recibió una sentencia de treinta a cincuenta años impuesta de oficio por cargos de inducción forzada a la prostitución (los cuales hubiera evitado, desde luego, si hubiese seguido las convenciones vigentes en la tierra de origen de la Mafia). Vito Genovese estaba programado para arrebatarle el puesto a Luciano en la cima de la Mafia neoyorquina, una organización aún dominada por sicilianos, pero también temía que un cargo pendiente de homicidio suscitase un trato relativamente más duro. Así pues, en 1937 voló para disfrutar de un exilio dorado en su tierra natal.

La generosidad que exhibía Vito Genovese en Italia era, igual que su fascismo, fruto de un interés personal. Hay rumores consistentes que sugieren que estaba ocupado exportando drogas de vuelta a Estados Unidos. Con las ganancias, Genovese hizo su contribución al legado arquitectónico fascista en Campania y se prodigó en lujos para divertir a Mussolini y al conde Galeazzo Ciano, yerno del Duce y ministro de Asuntos Exteriores. Es muy lógico presumir que Genovese tenía también excelentes contactos de primer nivel en Nola.

Evidentemente, al fascismo le faltó en Campania la cuota de integridad y la capacidad de atención necesarios para proseguir con las recomendaciones del comandante Anceschi tras sus operaciones en los Mazzoni, llevadas a cabo entre 1926 y 1928. De un modo u otro, en Campania, el fascismo pasó del espíritu de cruzada que destilaba el discurso pronunciado el día de la Asunción a un discreto acomodo político con los gángsteres. Como bien lo demostrarían los hechos posteriores, Vito Genovese era ya parte de un escenario criminal floreciente.

Sicilia:
el pulpo resbaladizo

Sabemos desde hace mucho que el alarde que hacía Cesare Mori de haber derrotado a la Mafia resultaría un gesto vano, y que la Operación Mori fue un fracaso a largo plazo. Después de todo, una vez que cayó el fascismo y se restauró la democracia, la célebre cofradía criminal de Sicilia daría inicio a una nueva fase dentro de su historia, la cual resultaría más arrogante y sangrienta que ninguna de las anteriores. Se ha empleado mucha energía en repartir responsabilidades respecto a la resurrección de la Mafia después de la Segunda Guerra Mundial. Los teóricos de la conspiración dijeron que fue todo culpa de los norteamericanos: la Mafia retornó con la invasión aliada de 1943. Los pesimistas culpan a la democracia italiana: sin un dictador en el poder, el país fue simplemente incapaz de lanzar una represión minuciosa del crimen organizado.

Quienquiera que fuese el culpable del subsiguiente renacer de la Mafia, la mayoría de los recuerdos asociados a la campaña para erradicarla estaban más o menos en sintonía con los trompeteos victoriosos del propio fascismo. Hasta hay algunos *mafiosi* que recuerdan con un estremecimiento la alarma de finales de los años veinte. Un hombre de honor, pese a ser demasiado joven para recordar la Operación Mori, dijo en 1986 que «la melodía cambió [durante el fascismo]. La vida se volvió muy dura para los *mafiosi*… Después de la guerra, la Mafia casi había dejado de existir. Todas las familias sicilianas se habían desarticulado. La Mafia era una planta que ya no cultivaban».

De modo que, hasta fecha muy reciente, la memoria histórica de la titánica campaña de represión desencadenada en Sicilia por el prefecto de

hierro era una sola: aun cuando la Mafia no había sido destruida, había al menos inclinado la cabeza ante el tumultuoso poder del Estado fascista.

Hasta fecha muy reciente. Esto es, hasta 2007, cuando el principal historiador italiano dedicado al tema de la Mafia desenterró un asombroso informe que había permanecido sepultado en el Archivo Estatal de Palermo. Gracias a ese informe —de varios centenares de páginas si se incluyen las 228 de apéndices— es posible reescribir ahora por entero la historia de la «última batalla» del fascismo contra la Mafia. Y algunos de los mejores historiadores jóvenes de Sicilia están, de hecho, reescribiéndola. De ello ha resultado que la Operación Mori supuso, en rigor, la mentira más elaborada de la que tenemos noticia en la historia del crimen organizado.

El informe data de julio de 1938 y alude al estado de la ley y el orden en Sicilia a partir del último gran juicio contra la Mafia, concluido a finales de 1932. Participaron de su autoría no menos de cuarenta y ocho individuos, todos ellos miembros de una fuerza especial combinada de los carabineros y la policía civil, conocida con el ampuloso título de Real Cuerpo de Inspectores General para la Seguridad Pública de Sicilia; en síntesis, el Cuerpo de Inspectores. Y la mayoría de sus miembros eran sicilianos, a juzgar por sus apellidos.

El informe empieza como sigue:

> Pese a las reiteradas oleadas de vigorosas medidas que adoptaron la policía y la judicatura [durante la Operación Mori], la organización criminal conocida en Sicilia y otros lugares con el vago nombre de «Mafia» ha resistido; verdaderamente, nunca ha dejado de existir. Lo único que sucedió fueron unas pocas pausas en su actividad, dando la impresión de que todo estaba en calma… Se creía —y gente de mala fe se empeñó en hacer creer— que la Mafia había sido totalmente erradicada, pero todo ello no era más que una astuta y sofisticada maniobra que habían diseñado los muchos gestores de la propia Mafia: esos que tuvieron éxito en escabullirse o quedar libres de sospechas durante la represión. Su propósito fundamental fue el de engañar a las autoridades y reblandecer a la así llamada opinión pública, para que ello les permitiera operar con aún más libertad y perversidad.

La Mafia había vendido al fascismo un monigote extravagante, decía el Cuerpo de Inspectores. Algunos jefes habían utilizado la propia fuerza y el brillo propagandístico de la Operación Mori para hacer creer que se habían esfumado. La Mafia tenía su propia agenda propagandística —la de aparecer como derrotada— y su mensaje se retransmitió por los megáfonos

obligatorios del régimen fascista. Bien podrían haber sido los *capi* de Palermo los «negros» editoriales que escribieron el libro de Cesare Mori, *La última batalla contra la Mafia*.

La historia del informe fechado en 1938 se remonta a 1933, cuando había transcurrido casi un año desde el último juicio de la era Mori y hubo una oleada criminal tan abrumadora, que se hizo evidente que las estructuras policiales heredadas del prefecto de hierro no eran ya adecuadas a este propósito. La policía y los carabineros fueron reorganizados en un cuerpo de élite para combatirla: el Real Cuerpo de Inspectores General para la Seguridad Pública de Sicilia. Así, el Estado fascista recomenzó desde cero la batalla contra la Mafia, solo que esta vez no se le permitió a la opinión pública nacional e internacional, que había acogido con entusiasmo los informes del heroísmo del prefecto de hierro, enterarse de nada de lo que estaba sucediendo.

Los hombres del Cuerpo de Inspectores retomaron el problema donde la policía de Mori lo había dejado en 1929. En su cometido, fueron reuniendo con parsimonia pruebas de que la Mafia estaba, al oeste de Sicilia, más organizada de lo que nadie —excepto quizá el jefe de policía Ermanno Sangiorgi— hubiese jamás imaginado; el «pulpo resbaladizo», la llamaban.

El punto de partida escogido fue la provincia de Trapani, en el extremo occidental de la isla, donde la Operación Mori había tenido menos impacto y el caos delictivo estaba ahora candente; allí la Mafia «reinaba con todos sus miembros en sus puestos correspondientes», según descubrió el Cuerpo de Inspectores. Cuando arrestaron a gran número de los *mafiosi* de Trapani, los jefes que aún quedaban en libertad celebraron una reunión provincial para decidir cuál sería su respuesta táctica. Después se envió una carta conminando a todos los miembros de la organización a mantener la violencia a un nivel mínimo hasta que la nueva ola represiva hubiese alcanzado su punto más alto y estallado.

La siguiente ronda de investigaciones del Cuerpo de Inspectores descubrió una red de contrabando de ganado de trescientos miembros, que se extendía por toda la región occidental de la isla; los *mafiosi* se referían a ella como la *Abigeataria*, algo así como el Departamento de Cuatrerismo. Como siempre habían hecho, los *mafiosi* sicilianos operaban juntos para

robar los animales en un sitio y desplazarlos a un mercado remoto.

Luego fue el turno de la provincia austral de Agrigento. Las indagaciones del Cuerpo de Inspectores en torno a un atraco a mano armada a un autocar revelaron de manera gradual que la Mafia también tenía allí una estructura formal. Los *mafiosi* interrogados por el Cuerpo de Inspectores empleaban el término «familias» para las células locales de la organización. Las familias coordinaban a menudo sus actividades entre sí. Por ejemplo, los individuos que atacaron el autocar provenían de tres familias distintas y nunca se habían encontrado antes de que sus jefes respectivos les ordenaran participar en la incursión, pero de todos modos llevaron a cabo la acción en completa armonía. Lo que era aún más alarmante fue el descubrimiento del Cuerpo de Inspectores de que, justo cuando los juicios de la era Mori estaban llegando a su fin en 1932, los jefes de Agrigento recibieron una circular desde Palermo indicándoles que «cerraran filas y se prepararan para volver a asumir el crimen a gran escala».

Entre los testimonios más reveladores que reunió el Cuerpo de Inspectores estuvo el del doctor Melchiorre Allegra, un médico de familia, radiólogo y especialista del pulmón que administraba una clínica en Castelvetrano, en la provincia de Trapani. Allegra fue detenido el verano de 1937 e hizo una larga confesión de veintiséis páginas que proyectó hacia el pasado el haz de luz de la labor policial que desarrollaba el Cuerpo de Inspectores. Allegra se había iniciado en Palermo en 1916 para que proveyera de falsos certificados médicos a los hombres de honor que querían evitar ser reclutados durante la Primera Guerra Mundial. Los *mafiosi*, presentados formalmente al doctor Allegra como «hermanos», incluían hombres de la más variada condición, desde taxistas, matarifes y pescaderos, hasta parlamentarios y terratenientes. Después de la Gran Guerra, los jefes provinciales y de familia llegaban a menudo de toda Sicilia para encontrarse en la Birreria Italia, un distinguido café, repostería y bar ubicado en el cruce de las calles Cavour y Maqueda, en el centro mismo de Palermo. Durante algunos años, hasta que la policía fascista comenzó a sospechar, la Birreria Italia fue el centro del universo mafioso, un club social para la élite gangsteril de la isla.

Los hombres del Cuerpo de Inspectores eran muy conscientes de que los sujetos a los que el doctor Allegra llamaba hermanos estaban en permanente estado de guerra entre sí, abierta o declarada. La Mafia era propensa a «luchas de aniquilación mutua motivadas por rencores que, ya fuesen recientes o remotos, casi siempre giraban en torno a quién tendría la supremacía cuando fuera la hora de distribuir los varios puestos dentro de la organización». Justamente, una «lucha de aniquilación» de esta índole habría de proporcionar al Cuerpo de Inspectores los medios para llegar al núcleo mismo de la Mafia, los limonares de la Conca d'Oro en los alrededores de Palermo.

Cuando el prefecto de hierro llegó a Palermo en octubre de 1925, su atención recayó de inmediato en la Piana dei Colli, la parte norte de la Conca d'Oro, donde el inspector Ermanno Sangiorgi se enfrentó por primera vez a la Mafia en la década de 1870. Medio siglo después, la Piana dei Colli fue el marco de una batalla singularmente feroz entre dos facciones mafiosas. El conflicto dejó cadáveres en las calles del centro de Palermo, muchos de ellos de antiguos cabecillas. Algunas de las dinastías mafiosas que habían gobernado la zona desde la década de 1860 no sobrevivieron a la matanza. Los que lo hicieron, y no consiguieron escapar a América, Túnez o Londres, fueron acorralados por la policía del prefecto de hierro. Entonces, Mori se marchó y la calma retornó.

El Cuerpo de Inspectores descubrió que los *mafiosi* de la Piana dei Colli que habían salido de prisión, o que habían vuelto del exilio después de que concluyera la Operación Mori, no consiguieron reorganizar sus familias respectivas a causa de las tensiones residuales que había entre ellas. Resurgieron entonces los asesinatos por ajustes de cuentas. En 1934 asesinaron a un jefe llamado Rosario Napoli y los responsables intentaron implicar en el crimen al sobrino del propio Napoli. Este sobrino fue el primer mafioso palermitano en facilitar información al Cuerpo de Inspectores. Su testimonio derivó lentamente en una cascada de confesiones de otros mafiosos, algunos de los cuales describieron el rito de iniciación al que se habían sometido para su admisión. Como sucedía tan a menudo, la *omertà* había saltado hecha añicos. Al reunir esas confesiones y corroborarlas pacientemente, el Cuerpo de Inspectores logró construir

enseguida un relato de la guerra en la Conca d'Oro que proyectó una luz aún más fulminante sobre los portentosos anuncios de Mussolini el día de la Asunción.

Los protagonistas de este nuevo relato eran los hermanos Marasà: Francesco, Antonino y sobre todo Ernesto, el *generalissimo*, como lo apodaba el Cuerpo de Inspectores. Los hermanos Marasà tenían su base de poder en el área occidental de la Conca d'Oro, entre Monreale y Porta Nuova; esto es, a lo largo del camino recorrido por Turi Miceli y su escuadrón mafioso cuando lanzaron la revuelta en Palermo en septiembre de 1866. Como Turi Miceli, los hermanos Marasà tenían dinero. De hecho, el Cuerpo de Inspectores estimaba que poseían propiedades, ganado y otros activos equivalentes a «unos cuantos millones de liras». Un millón de liras equivalía en la época a unos cincuenta y dos mil dólares, y esa misma cifra tenía en 1938 el poder adquisitivo aproximado de un millón setecientos mil dólares actuales; así que es exacto concluir que los Marasà eran, en efecto, muy ricos.

Lo que los hombres del Cuerpo de Inspectores consideraron más perturbador acerca de los hermanos Marasà fue su habilidad de coleccionar amistades entre la clase dominante de la isla, de situarse por encima de toda sospecha, de encubrir el poder que habían conseguido con violencia y de cubrir los rastros de sangre que dejaba su ascenso:

> Al envenenar el sistema político bajo los gobiernos anteriores al fascismo, llevaron a cabo sus turbios negocios criminales en las haciendas agrícolas, los limonares, la ciudad, los pueblos suburbanos, las aldeas. Siempre se las ingeniaron para mantenerse ocultos y tras la sombra que proyectaban los escudos de armas de barones y príncipes, las condecoraciones y títulos. Gracias a la vergonzosa complacencia de hombres a quienes se creía responsables de la administración justa y eficiente de la ley, siempre se escabulleron del castigo. Pero, tras la máscara de los políticos, los títulos honoríficos, la hipocresía que todo lo permeaba y la riqueza imponente, acechaba el tipo más burdo imaginable de criminal, codicioso y de instintos perversos, cuyos años tempranos y beligerantes en las filas del inframundo le han dejado una marca indeleble de infamia.

Da cuenta del éxito alcanzado por los hermanos Marasà en lo de cubrir su propia «marca indeleble de infamia» el hecho de que, hasta el hallazgo en 2007 del informe del Cuerpo de Inspectores, sus nombres apenas se hayan mencionado en las crónicas históricas de la Mafia. Nada de

fotografías, nada de descripciones policiales, ni siquiera —casi— rumores; un poder criminal tanto más omnipresente cuanto más invisible y anónimo.

A finales de la década de 1920, cuando los jefes de la Piana dei Colli estaban ocupados tendiéndose emboscadas entre sí y luego convirtiéndose en víctimas de la Operación Mori, Ernesto Marasà y sus hermanos permanecieron absolutamente intactos. De hecho, el *generalissimo* Ernesto dio muestras de una asombrosa y maquiavélica serenidad ante la embestida fascista; en rigor, alimentó a los investigadores del prefecto de hierro con información que incriminaba a sus rivales de la Mafia. El escalpelo fascista de Mussolini se dejó guiar en parte por la mano de un mafioso.

El ascenso de Ernesto Marasà al poder continuó una vez concluida la Operación Mori. Mientras sus enemigos permanecían encarcelados, enfurecidos por la traición de este, Marasà forjó una alianza de apoyos entre las familias mafiosas de todo el territorio aledaño a Palermo, incluyendo la Piana dei Colli, donde siguió socavando a sus enemigos al pasar información a la policía. Su plan era, simplemente, convertirse en el jefe entre los jefes de la Mafia. El Cuerpo de Inspectores espiaba al *generalissimo* cuando dirigía su campaña desde la habitación número dos del Hotel Vittoria, muy próximo a la via Maqueda, la principal arteria de Palermo. Una y otra vez, él y dos o tres de sus gorilas se subían a bordo de un pequeño Fiat Balilla de color rojo y partían a encontrarse con sus amistades y arreglar golpes en uno de los muchos *borgate* de Palermo dominados por la Mafia.

Tras cinco años de trabajo, el Cuerpo de Inspectores pudo concluir su informe de 1938 con una descripción escalofriantemente clara de la estructura de la Mafia, que hoy se lee como una demolición línea por línea de los puntos de vista del propio prefecto de hierro:

> La Mafia no es solo un estado de ánimo o un hábito mental. En realidad, difunde ese estado de ánimo, ese hábito mental, desde el seno de una auténtica organización. Está dividida en las así llamadas «familias», que están a su vez subdivididas en «decenas», y cuenta con sus «jefes» o representantes formalmente elegidos. Los miembros, o «hermanos», deben pasar por un juramento para probar su fidelidad y discreción incuestionables.

El juramento —nadie se sorprendió ya de ello— implicaba pinchar un dedo con un alfiler, verter sangre sobre una imagen sagrada y luego quemar

la imagen entre las manos, al tiempo que se juraba lealtad hasta la muerte a la organización.

La Mafia estaba organizada «en forma de secta, siguiendo las normas de la francmasonería». Las «familias» de cada provincia contaban con un representante de todas ellas, cuyas responsabilidades incluían contactos con las ramas de la organización en el extranjero, en Estados Unidos, Francia y Túnez. Las «familias» en las provincias de Trapani, Agrigento y Caltanissetta acudían al liderazgo de Palermo en tiempos cruciales. La Mafia, decía el Cuerpo de Inspectores, «tenía una estructura orgánica y armoniosa, reglamentada por normas claramente definidas y manejada por gente que estaba por completo libre de sospechas». En el centro de la red mafiosa había un «jefe de todos los jefes» o «presidente general»: el *generalissimo* Ernesto Marasà.

Se enviaron múltiples copias del informe elaborado por el Cuerpo de Inspectores en 1938 a figuras relevantes de la judicatura y encargadas de aplicar la ley. Los cuarenta y ocho valerosos individuos que pusieron su nombre en el documento estaban desesperados por que su trabajo de sabuesos marcara una diferencia real en Sicilia. Su desesperación se hacía evidente en una frase indignada, apasionada: la alusión vehemente a un «pulpo resbaladizo» (como si una bestia tan sofisticada como la Mafia pudiese haber tenido alguna vez una sola cabeza), y también en la conclusión, que repetía como un loro, deliberadamente, los eslóganes de Mussolini en su discurso del día de la Asunción. Todos ellos guardaban la esperanza de que en algún lugar su petición llegara a oídos de alguien decidido a hacer que los resultados del régimen fascista coincidieran con sus gritos de batalla: no debía haber «ninguna claudicación» contra un mal que estaba «deshonrando a Sicilia»; el Estado debía, una vez más, blandir el escalpelo contra la Mafia.

La pasión y la lucidez contenidas en el informe del Cuerpo de Inspectores de 1938 hace que resuene cada palabra en él contenida, por dos razones. La primera, porque provee la evidencia primera y más indiscutible de que la Mafia siciliana era una organización única y estructurada que se extendía a todo lo ancho de la Sicilia occidental. Términos como «familia», «representante» y «jefe de jefes» no habían asomado nunca antes en los

archivos históricos. La segunda, porque habrían de pasar muchos años, y el sacrificio de las vidas de muchos policías, carabineros y magistrados valerosos, antes de que en cierto momento de 1992 se aceptara finalmente como una verdad dentro del sistema legal italiano un diagrama de la Mafia siciliana que era «idéntico» al que elaboró el Cuerpo de Inspectores.

Pero en 1938 no había la más leve esperanza de que el Estado fascista volviera a ponerse en pie de guerra contra el crimen organizado. De hecho, había ya indicios claros de que el fascismo fracasaría en su intento de vencer a la Mafia en el hecho de que el prefecto de hierro se negaba a creer que su adversario fuese una honorable sociedad, por ejemplo. O en la preferencia del fascismo por desembarazarse de los sospechosos recurriendo a imponerles residencias forzosas en colonias penales: sin ruido y sin procesos judiciales. Pues cualquiera que tuviese memoria histórica de las medidas antimafia tomadas previamente, habría sabido que combatir de este modo al crimen organizado era como combatir la maleza en nuestro jardín trasplantándola a nuestro invernadero.

La Operación Mori estaba destinada desde siempre a ser solo una medida a corto plazo. El propósito era trazar una línea decisiva entre el nuevo régimen y el corrupto pasado democrático; era mostrar que el fascismo era aún fuerte, pese a que las porras y el aceite de ricino habían quedado de lado. La «cirugía» fascista en Sicilia nunca tuvo la intención de preparar al paciente para una vida dentro de la ley y el orden. Era solo un espectáculo publicitario; era una forma de que Mussolini se granjeara el apoyo de la élite terrateniente de la isla: los mismos aristócratas cuyos «escudos de armas de barones y príncipes» habían servido para blindar a los hermanos Marasà, y a tantos *mafiosi* antes que ellos.

El prefecto de hierro, el niño huérfano de Pavia, estaba obnubilado por la decadencia suntuosa del *beau monde* de Palermo. Cuando Mori hacía vida social en la capital de Sicilia, iba a todas partes en un lujoso carruaje, con su carrocería negra y lustrosa erizada de relieves dorados y toda clase de ornamentos barrocos. Estaba «en celo con la nobleza» —para emplear la cruda frase de un enemigo suyo—, yendo de un baile a otro, de salón en salón. El prefecto de hierro creía, o eligió creer, que los terratenientes con los que jugaba al *bacará* eran exactamente lo que sus abogados habían

dicho siempre que eran, cuando sus conexiones con el inframundo salían a la luz, lo que ocurría de vez en cuando: eran víctimas de los matones y no sus encubridores estratégicos.

Los cargos contra el «pulpo resbaladizo» meticulosamente reunidos por el informe del Cuerpo de Inspectores en 1938 tardaron en llegar a los tribunales hasta 1942. Para entonces, los hombres de honor que habían contado sus secretos al Cuerpo de Inspectores se habían retractado de sus confesiones. Antes del juicio, la mayoría de los *mafiosi* aludidos en el informe de 1938 fueron liberados por falta de pruebas, incluido el *generalissimo* Ernesto Marasà, con sus hermanos. Y en el juicio mismo, la mayor parte de los cincuenta y tres individuos a los que se condenó finalmente recibieron sentencias breves. El caso construido en el informe de 1938 se había desmoronado lentamente, hasta que solo fue un inconveniente relativamente menor para la Mafia siciliana. Como Ermanno Sangiorgi podría haber advertido a los hombres del Cuerpo de Inspectores, muchos casos antimafia previos se habían desplomado de la misma manera. Lo que era distinto en 1942 fue que el régimen fascista, muy ocupado en pavonearse de las deslumbrantes hazañas del ejército italiano en la Segunda Guerra Mundial, eliminó por completo toda mención del informe del Cuerpo de Inspectores y los procesos judiciales resultantes. Una vez más, Italia había demostrado lo muy ingeniosa que podía ser cuando se trataba de ocultar la verdad acerca de la Mafia siciliana.

El *Massaru Peppi* baila una *tarantella*

Si hay un servidor público que engloba en sí mismo todas las contradicciones de la prolongada lucha del fascismo contra la honorable sociedad en Calabria, aunque también en otros sitios, ese es quizá Giuseppe Delfino.

Delfino era un héroe forjado en casa para asumir por sí mismo la aplicación de la ley. En agosto de 1926, justo cuando el fascismo daba vuelta por primera vez a la manivela de sus medidas represivas, Delfino se puso al mando de un cuartel de los carabineros en Platì, una localidad con vistas al litoral jónico desde lo alto. Era el territorio donde Delfino había nacido y que conocía tan bien como cualquier lugareño. Tanto la ciudadela de la *picciotteria* en San Luca como el santuario de la Madonna de Polsi caían dentro de su jurisdicción. Cabezón y astuto, Delfino se disfrazaba de pastor para patrullar la montaña sin que lo vieran, o se deslizaba en el interior de las tabernas para escuchar a los *picciotti* alardeando de sus hazañas. Entre los campesinos se granjeó el apodo respetuoso de *Massaru Peppi* (*massaru* o «maese» era el término empleado para designar a un capataz o administrador de hacienda). El *Massaru Peppi* desmanteló en enero de 1927 una red de cuatrerismo con base en San Luca y llevó —pese al asesinato de su testigo clave— a setenta y seis *mafiosi* ante la justicia. Entre ellos, hombres apellidados Strangio, Pelle y Nirta; no es una coincidencia que varias familias con esos apellidos se vieran más adelante involucradas en el sangriento episodio que condujo a la masacre de Duisburg el 15 de agosto de 2007.

La prensa calabresa, habitualmente parca en su cobertura de la campaña

contra el crimen organizado, dijo de Delfino que «se había cubierto de honores». «Entretanto, este jefe de cuartel tan ingenioso no se ha permitido un solo día de descanso, persistiendo en su búsqueda de los infractores de la ley».

Poco después de que los cuatreros que había arrestado fuesen condenados tras la apelación, el *Massaru Peppi* hasta se ganó una mención como figurante en el canon de la literatura italiana. Corrado Alvaro, el autor de San Luca que antes fue nuestro testigo en la peregrinación al santuario de Polsi, escribió también una viñeta de la búsqueda incansable que el *Massaru Peppi* emprendió de un ratero de cabras de poca monta. Tomando en préstamo el sobrio vocabulario de los propios campesinos, Alvaro evocaba el terror sacrosanto que Delfino llegó a inspirar en el Aspromonte durante los veintiún años de gobierno fascista:

> Delfino era el carabinero que no podía escucharlo a uno mencionar el nombre de un ratero sin salir pitando en su búsqueda, como si hubiera apostado algún dinero a eso… Con su breve capa, su rifle y los ojos echando chispas, hurgaba en todos lados: conocía todos los escondrijos, los hábitos de cada renegado, como conocía su propio bolsillo… Los troncos huecos, las grutas que nadie salvo los montañeses podía encontrar, los refugios en lo alto de antiguos árboles.

En términos publicitarios, puede que esto no fuera gran cosa. Ciertamente, comparado con el prefecto de hierro, el inveterado cantamañanas cuya batalla contra la Mafia de Sicilia obtenía una difusión mundial en la prensa, el perfil del *Massaru Peppi* era sin duda menor. Pero la mención ocasional en los periódicos locales y el respeto silencioso de los campesinos sugieren la única fama posible a la que alguien podía aspirar por servir a la ley en la remota Calabria, incluso cuando el breve entusiasmo del fascismo por abatir a los cabecillas estaba en su punto más alto.

Las leyendas locales y los recuerdos familiares son la única fuente de que disponemos para reconstruir buena parte de la prolongada carrera del *Massaru Peppi* en el Aspromonte; pero esos recuerdos, por más que el tiempo los haya adornado de fantasía, nos proporcionan una verdad que los diarios y archivos judiciales ocultan. Incluso el hijo del *Massaru Peppi*, el custodio actual del legado de Delfino, lo retrata como un hombre afín a

métodos muy violentos. Esta era una región del orbe donde solo había dos caminos posibles en la vida: «O te convertías en carabinero, o entrabas en la ‘Ndrangheta». Y la brutalidad acompañaba a ambas opciones.

Cuenta la leyenda que en cierta ocasión el *Massaru Peppi* esperó hasta la Navidad a que un *picciotto* prófugo volviera a su casa, y que no irrumpió en ella hasta que su objetivo estuvo reclinado sobre un plato de *maccheroni* con salsa hecha de cabra. El *Massaru Peppi* se situó entonces debajo de la ventana, disfrazado de pastor, y tocó una triste melodía en la gaita. El *picciotto* quedó tan conmovido que paró de comer y se asomó a la ventana para ofrecer al mendigo un trago de vino, solo para toparse con una pistola que le apuntaba a la cara. Al reconocer al *Massaru Peppi*, dijo: «¡Déjame al menos terminarme los *maccheroni*!». La respuesta fue franca: «No tendría sentido, porque en el cuartel te los vamos a hacer vomitar de todas formas». Se dice que el *Massaru Peppi* fue fiel a su palabra: el ladrón pasó una semana entera tendido en el suelo, siendo aporreado y obligado a beber agua salada. Cuando al fin permitieron que un médico lo atendiera, vio el estómago grotescamente hinchado del sujeto, negó con la cabeza y dijo: «Usted no necesita a un médico de cabecera, aquí lo que se requiere es un obstetra».

Si esta historia suena inverosímil, entonces quizá debamos recordar que Cirella, donde los miembros de la *picciotteria* que mataron al marido de Maria Marvelli fueron torturados hasta que confesaron, era también parte de la jurisdicción del *Massaru Peppi*.

Hay otro recuerdo de familia sobre el *Massaru Peppi* que nos muestra una faceta adicional de su lucha personal, y la del fascismo, contra la ‘Ndrangheta.

En el otoño de 1940, el *Massaru Peppi* Delfino, el comandante del cuartel, estaba aún en su cargo. Con solo un oficial para ayudarle a mantener el orden durante la peregrinación anual al santuario de la Madonna de Polsi, se dice que llevó aparte a un «capo de la porra» e hizo un trato con él para que no hubiera problemas. Si hubo algún asesinato decretado en Polsi ese año, se ejecutó a una cortés distancia espacio-temporal del santuario. En rigor, el hijo de Delfino recordaría más tarde que, «en todos los años que mi padre estuvo a cargo, no pasó nada [en

Polsi]». El comandante del cuartel hasta se unía a la muchedumbre en los festejos durante la peregrinación, bailando a su turno una *tarantella* con los miembros de la honorable sociedad. La imagen que el hijo de Delfino deja en nuestra mente es muy vívida. El santuario inmerso entre los castaños. La vibración frenética de una concertina. Un círculo de rostros morenos y sonrientes, algunos de ellos cruzados por el trazo horrible de una hoja de afeitar. Y allí, en el centro, el carabinero bailoteando y exhibiendo la audaz franja de color rojo en su pantalón del uniforme.

Se non è vero, è molto ben trovato: si no es una imagen real, es al menos una invención muy acertada, que los historiadores deberían atesorar. Lo que las fuentes oficiales registran escasamente es esta clase de acuerdos informales entre las autoridades y los pandilleros. Un respeto mutuo y cauteloso. Un trato improvisado para compartir el poder y el territorio. En Polsi, como en tantas otras partes de Sicilia y el sur de Italia, una vez hubieron pasado las redadas y las palizas, y los juicios, y los discursos propagandísticos, el Estado fascista retomó el baile tradicional de Italia con el crimen organizado.

Liberación

La Segunda Guerra Mundial fue la mayor tragedia colectiva que ha debido soportar el pueblo italiano. Entre 1935 y 1942, los ejércitos italianos conocieron la muerte y la destrucción en Etiopía, Albania, Francia, Grecia y Rusia. En 1943, la muerte y la destrucción volvieron a casa y a la península con vengativo furor.

El territorio italiano fue invadido por primera vez el 10 de julio, cuando siete divisiones aliadas lanzaron un desembarco con apoyo naval en Sicilia. En Roma, a temprana hora del 25 de julio, una reunión del Gran Consejo Fascista votó por terminar con veinte años de dominio fascista; Benito Mussolini fue arrestado al siguiente atardecer. Al circular las noticias por todo el país, los italianos comenzaron a destruir los símbolos fascistas; mucha gente pensó que la guerra había terminado, pero la catástrofe solo acababa de comenzar.

El 17 de agosto, las últimas tropas del Eje completaron la evacuación de Sicilia. El 3 de septiembre, los aliados cruzaron el estrecho de Messina hacia Calabria, donde solo encontraron una resistencia simbólica. El 8 de septiembre, el comandante supremo aliado, el general Dwight D. Eisenhower, anunció la rendición de Italia y al mismo día siguiente comenzó la «Operación Avalancha»: el desembarco en Salerno, justo al sur de Nápoles. Los alemanes, que ya no eran aliados, sino invasores, descendieron con estruendo por la península para proseguir su guerra. El monarca italiano huyó. Todo indicio de autoridad civil y militar de su gobierno acabó de diluirse y el pueblo italiano fue librado a su suerte para que reencontrara por sí mismo el camino de la supervivencia.

Nápoles fue liberada el 1 de octubre, pero el avance aliado se detuvo

poco después. Durante los siguientes veinte meses, Italia fue un campo de batalla, con el Reich y los aliados afanados en una pugna lenta y sangrienta. Detrás de las líneas alemanas al norte y centro del país, una guerra civil enfrentó a los fascistas más recalcitrantes con la Resistencia. Hubo represalias colectivas y atrocidades, deportaciones masivas de trabajadores y tropas italianas y una campaña de exterminio racial dirigida contra los judíos de Italia.

El sur no lo pasó mucho mejor bajo lo que en inglés se denominaba el *Allied Military Government in the Occupied Territories* (Gobierno Militar Aliado en los Territorios Ocupados), conocido con la sigla AMGOT. En preparación del AMGOT, el Departamento de Guerra había bosquejado unos manuales de zona sobre la sociedad y las costumbres de Sicilia, Calabria y Campania. Esos manuales son reveladores en dos sentidos. El primero, nos dicen cuánto sabía el resto del mundo del crimen organizado después de un siglo de historia. El segundo, nos permiten apreciar lo impactados que quedaron los aliados con el caos que sobrevino tras la liberación y la rápida caída del Estado italiano. Los ajustes de cuentas, el hambre, los contagios, la corrupción, el mercado negro y el bandolerismo eran las condiciones ideales para que los gángsteres de Italia pudieran al fin sacudirse el letargo que el fascismo les había causado.

Departamento de Guerra, Londres: Directorio de Asuntos Civiles
Manual de la Zona de Sicilia
Confidencial
Se piensa que la información aquí contenida es correcta
a primero de mayo de 1943.

El jefe de policía de Palermo ha dicho que, si se pusiera una cruz en cada sitio donde yace enterrada una víctima en la llanura de Palermo, la Conca d’Oro parecería un gran cementerio.

La Mafia no fue nunca una asociación compacta, pero sí un fenómeno social complejo, la consecuencia de siglos de desgobierno. El «mafiuso» se rige por un sentimiento parecido a la arrogancia, el cual le dicta una determinada línea de comportamiento. Por tanto, un «mafiuso» no es simplemente un ladrón o un pillo. Es alguien que desea ser respetado, y que casi siempre respeta a otros. La Mafia es la consciencia de la propia individualidad, el engreimiento exagerado a raíz de la propia fuerza.

Todos los gobiernos italianos se han mostrado deseosos de abolir esta lacra de la vida

siciliana. El régimen fascista se empleó a fondo para destruir a la Mafia, y los esfuerzos implacables de Mori, el prefecto de Palermo, redundaron en múltiples arrestos. Pese a ello, es difícil cambiar el espíritu de un pueblo con solo medidas políticas, y es probable que la Mafia aún exista en Sicilia.

Nicola (Nick) Gentile nació en 1885 en Siculiana, en la provincia de Agrigento, la zona productora de azufre más famosa de Sicilia. En 1906 se inició en la honorable sociedad de Filadelfia, Estados Unidos. Extorsionador y asesino, contrabandista de licores y narcotraficante, dedicó las siguientes tres décadas de su vida a cruzar el Atlántico, atento a las exigencias de su empresa criminal y la necesidad de eludir a sus enemigos dentro de la policía y la Mafia. Arrestado por un cargo de narcotráfico en Nueva Orleans en 1937, Gentile desapareció cuando estaba bajo fianza y huyó a Sicilia.

Volvió a la provincia de Agrigento en el mes crítico de julio de 1943, a Raffadali, el pueblo natal de su esposa. Cuando las tropas norteamericanas pasaron por allí, él ofreció sonriente sus servicios como traductor y guía al comandante. Muy pronto, él y el comandante habían formado lo que el propio Gentile llamaba «una administración, un gobierno» para muchos de los pueblos aledaños.

Y así empezó la lucha de los aliados por desarrollar técnicas para infiltrarse en el poder estatal, unas técnicas que la Mafia ya había perfeccionado el siglo anterior. La historia de Nick Gentile es típica: en toda Sicilia occidental los *mafiosi* entablaban amistad con las tropas de combate y luego con los administradores del ejército absolutamente perplejos que venían detrás. En mitad de un verdadero estallido de fugas carcelarias y atracos a mano armada, el AMGOT buscaba figuras de autoridad no contaminadas por el régimen de Mussolini para que lo ayudaran a lidiar con la anarquía reinante. Como «villanos de clase media», a los hombres de honor se les daba muy bien proyectar la fachada de respetabilidad que el AMGOT andaba buscando. Nick Gentile podía incluso posar como víctima de la opresión fascista, ya que había pasado un par de años en prisión preventiva durante la embestida antimafia del prefecto de hierro a finales de los años veinte. Muchos de sus colegas tenían historias para no dormir similares que contar, de manera que, al rastrear el AMGOT la forma de

sustituir a los alcaldes camisas negras por lugareños más amistosos, a menudo se recurrió a algún candidato bastante obvio. Como luego admitió el general de división lord James Rennell Rodd, el oficial británico a la cabeza del AMGOT:

> Con el clamor pueblerino de la gente para que se la librara de un *podestà* [alcalde] fascista, muchos de mis oficiales cayeron en la trampa de escoger al mejor autopromotor disponible… La elección recayó, en más de una ocasión, en jefes de la Mafia local o en su sombra, quienes en uno o dos casos se habían graduado en un entorno gangsteril norteamericano.

Lord Rennell tenía mucho con lo que lidiar en una situación incierta y que cambiaba rápidamente, pero al mismo tiempo estaba siendo parco en lo que a la verdad se refiere. Las propuestas más perniciosas que recibía el AMGOT eran las que hacían los miembros de la élite terrateniente. Difícilmente podría lord Rennell, segundo barón de Rennell, haber sido más patricio: un antiguo diplomático y banquero multilingüe educado en Eton y el Balliol College de Oxford, era también un miembro entusiasta de la Real Sociedad Geográfica, había viajado cuando era joven entre los tuaregs por el Sáhara y era un convencido italianófilo. A un hombre con la educación de lord Rennell le resultaba muy difícil creer que los nobles tan zalameros que lo invitaban a cenar en sus grandes *palazzi* de Palermo pudiesen tener conexiones íntimas con los maleantes mafiosos.

Uno de esos aristócratas era Lucio Tasca Bordonaro, conde de Almerita, el cual emanaba un distintivo aroma a Mafia (como dice la frase en italiano). En 1926-1927, con la Operación Mori cercando a los matones a centenares, tenía lugar en la Conca d’Oro una guerra de la propia Mafia que amenazaba con provocar que el hacha fascista se dejara caer sobre la cuna misma de la honorable sociedad. No menos de tres comisiones especiales de *mafiosi* habían llegado de Estados Unidos, pero habían fracasado a la hora de juntar a las facciones en guerra. El Cuerpo de Inspectores descubrió que el conde Tasca se acercó entonces al prefecto de hierro en nombre de la Mafia y le prometió por su honor que la violencia terminaría pronto. Así pues, ¿qué necesidad había de complicarse la vida arrestando a todos los implicados…?

En el verano de 1943, lord Rennell, ignorante de la trayectoria del

conde Tasca como mediador de la Mafia, lo nombró alcalde de Palermo.

Viendo la gran intimidad que surgió entre la Mafia y los aliados, los sicilianos perdieron rápidamente la fe en la habilidad del AMGOT para imponer la ley y el orden, y un Estado que ha perdido la confianza de sus ciudadanos es justo el tipo de Estado que le gustaba a la Mafia.

Ciertos agentes de la inteligencia norteamericana que trabajaban para la denominada *Office of Strategic Services* (Oficina de Servicios Estratégicos), también conocida como OSS y la precursora de la CIA, idearon lo que ellos pensaron que sería, a todas luces, una modalidad astuta y muy original de enfrentar la crisis. Menos de una semana después de que los ejércitos aliados ocuparan el último rincón de Sicilia, en una apuesta entusiasta por reforzar un servicio de inteligencia tan joven y hasta entonces sin importancia, el delegado de la OSS en Palermo afirmaba lo siguiente:

> Solo la Mafia es capaz de lograr la supresión de las prácticas asociadas al mercado negro e influir en los *contadini* [campesinos], que constituyen la mayoría de la población… Nos hemos reunido con sus líderes [los de la Mafia] y hecho un trato de que harán lo que nosotros dispongamos o les sugiramos. Un trato no es aquí algo que se pueda romper fácilmente… Nosotros escuchamos sus problemas y les aseguramos que, aunque nuestra colaboración sea débil, estamos a su disposición para lo que pidan.

En otras palabras, la OSS estaba sugiriendo que los aliados debían utilizar a la Mafia para gestionar el delito de manera conjunta. En todo el período que el AMGOT estuvo en Sicilia, como han confesado desde entonces sus antiguos agentes, la OSS siguió «escuchando» a los cabecillas de la Mafia. El entendimiento entre ellos se basaba, según parece, en un intercambio de favores: la OSS recibía información a cambio de pequeñas muestras de confianza: como por ejemplo neumáticos, que los *mafiosi* requerían para los camiones empleados en operaciones del mercado negro. En suma, con la clase de ingenuidad de la que solo son capaces quienes más decididos se muestran a actuar con astucia, la OSS había caído en la más vieja treta de la Mafia. Como siempre había sido el caso, el hurto y el contrabando contribuyeron no solo a llenar los cofres de la Mafia; también servían a un objetivo político muy práctico desde el punto de vista de los cabecillas. Una ola de crímenes había debilitado al Estado y eso significaba que el Estado debía buscar ayuda para gobernar Sicilia. Es decir, ayuda por

parte de la Mafia.

A las pocas semanas del desembarco aliado en Sicilia, mucho de lo poco que el fascismo había logrado contra la Mafia quedó anulado, pero las autoridades del AMGOT tenían poco tiempo para el cinismo de la OSS. Una vez que lord Rennell se dio cuenta de la aterradora rapidez con que la Mafia había apretado su tenaza, tomó tantas contramedidas como le fueron posibles, aunque ya era tarde. Donde despedían a un alcalde de la Mafia, otros ciudadanos destacados tenían con frecuencia miedo de ocupar su lugar. Los hombres de honor de Sicilia ya podían planear su futuro en un mundo de posguerra que habría de traerles mayor poder y riqueza de la que nunca antes habían conocido.

Departamento de Guerra, Londres: Directorio de Asuntos Civiles
Manual de la Zona de Calabria
Confidencial
Se piensa que la información aquí contenida es correcta
a 15 de mayo de 1943

> En términos físicos, el calabrés tiene una complexión y aspecto característicos y propios de él. Es de tez oscura y con patillas, bajo y nervudo; y en Calabria es el hombre el que cuenta. La esposa es una bestia de carga o una esclava, la madre una enfermera… El flirteo y cortejo al estilo inglés no son bien entendidos y pueden costarle a uno la vida… Las duras condiciones naturales en las que vive y trabaja el calabrés han hecho de él un sujeto duro y eminentemente práctico… El calabrés es hombre de pocas palabras y estas van directas al grano. Es desdeñoso de las comodidades y el lujo, que nunca incorpora a su propia vida, e indiferente al dolor y al sufrimiento… El calabrés no entiende la justicia civil a la manera en que la conciben los ideales ingleses, y nunca la ha experimentado… Así, no cabe esperar de ningún calabrés, sin importar lo bien nacido y criado que sea, que se ponga del lado de la policía; eso es un hecho.
>
> Es natural que en un país donde los sentimientos tienden a subir de intensidad, los crímenes cometidos en un impulso violento y repentino sean mucho más numerosos que los que surgen con deliberada frialdad y malevolencia. Ciertamente, esta última clase de crímenes es casi desconocida en Calabria.

La batalla entre los aliados y los alemanes en buena parte de Calabria fue breve. Y después de que cesara la batalla, el AMGOT solo dejó allí un personal reducido. El *Manual de la Zona de Calabria* no mencionaba ninguna mafia en la región. Ningún informe de inteligencia identificaba alguna actividad criminal organizada entre 1943 y 1944. Ni siquiera lord Rennell, que recorrió Calabria a comienzos de octubre de 1943, llegó a

advertir nada serio y fuera de lugar. Si era efectivo que habían sido nombrados alcaldes vinculados a la *picciotteria*, lo cual parecía ser ciertamente el caso, nadie lo notó. La honorable sociedad de Calabria entró en la era de posguerra más fortalecida que nunca y —como siempre había ocurrido— muy, muy por debajo de la línea del radar que representaba la opinión pública.

El ascenso de un «capo de la porra» calabrés nos da la medida de lo que los aliados no conseguían ver. Don Antonio (‘Ntoni) Macrì nació en 1904 en Siderno, el corazón económico de la célebre región de Locri, en la costa jónica. Su carrera dio comienzo a finales de los años veinte con reiterados arrestos por asalto y posesión ilegal de armas: el perfil clásico del mafioso. En 1933, con el fascismo proclamando su victoria sobre las mafias, fue liberado, cuando cumplía una sentencia de cinco años, en una amnistía general. El servicial gobernador de su prisión dijo de él que había tenido «buen comportamiento y era muy trabajador» y que, por ende, merecía que se lo siguiera alentando en el camino hacia su rehabilitación. No hubo tal rehabilitación: en 1937 fue clasificado como «delincuente habitual», lo condenaron por ser cabecilla de una asociación criminal conocida por sus integrantes como la «honorable sociedad» y lo enviaron a una colonia agrícola durante tres años y medio.

Una vez que este «delincuente habitual» volvió a estar libre, los informes de los carabineros cambiaron el tono repentina y radicalmente: «intachable y muy trabajador», decían de él. Don ‘Ntoni era el jefe con quien el *Massaru Peppi* bailó la *tarantella* el último año del fascismo. Ahora tenemos, pues, una idea de lo que recibió a cambio por mantener bajo control a sus hombres durante la peregrinación a Polsi.

En agosto de 1944, con el período del AMGOT ya concluido y Calabria de nuevo bajo control italiano, identificaron a don ‘Ntoni una vez más como el líder de una organización criminal y lo recomendaron para cumplir una residencia forzosa. Los informes acerca de él dicen que gestionaba sobornos a cambio de protección en el territorio agrícola más valioso del litoral jónico. Un juez escribió que «dictaba los precios de las naranjas y los limones a su antojo y en favor propio como comerciante en el sector de frutos cítricos».

Don ‘Ntoni «echó a correr», pero tanto era el control que ejercía en su territorio que fue capaz de quedarse exactamente donde estaba. En abril de 1946 al fin lo localizaron y arrestaron en el centro de Locri, cerca del Palacio de Justicia, con un revólver y una navaja en el bolsillo. En julio de ese mismo año, los jueces desecharon el caso contra él por «pruebas insuficientes». «Pruebas insuficientes»: desde la década de 1870, este había sido el orgulloso lema en el blasón de más de una dinastía familiar dentro del crimen siciliano. En ese momento, don N’toni Macrì había adquirido el mismo grado de poder e influencia, junto a los mismos valores familiares, que mantenía por su propio interés. Cuando su esposa murió no mucho después, sus hombres obligaron a mucha gente de la localidad a asistir a su funeral. En palabras de un juez, la ceremonia se convirtió en «la oportunidad de poner en escena una demostración pública de la omnipotencia de la honorable sociedad».

Cuando menos en este rincón de Calabria, la humilde *picciotteria*, la secta de bravucones, chulos y pequeños chantajistas que había reptado fuera de las cárceles en la década de 1880, había completado su ascenso.

En la década de 1960, don ‘Ntoni poseía un expediente policial —un archivo de novecientas páginas en los anaqueles— que podría leerse como la factura de varias décadas desde que, a partir de 1880, se comenzó a hacer la vista gorda ante el surgimiento del gangsterismo en Calabria. Fue asesinado en 1975 justo después de terminar una partida de bolos, en el que fue el atentado más significativo en la historia de la ‘Ndrangheta. Puesto que, para entonces, don ‘Ntoni Macrì se había convertido en el *‘ndranghetista* más notable de entre todos —algunos hombres de honor se referían a él como «jefe de todos los jefes»— y probablemente fuese también un miembro iniciado de la Cosa Nostra de Sicilia. Pero eso es ya historia de otra época.

Departamento de Guerra, Londres: Directorio de Asuntos Civiles.
Manual de la Zona de Campania
Confidencial

Se piensa que la información aquí contenida es correcta
a primero de julio de 1943
Capítulo VI, «Folclore y Festejos»

> La verdadera Camorra, que fuera alguna vez una poderosa sociedad secreta, no existe ya de hecho, aun cuando hay mucha vida en el inframundo de Nápoles. Uno ha de cuidarse mucho de los carteristas; si anda a la búsqueda de cantores, es posible escuchar en las calles canciones como «O bambeniello nasciuto» o «L'amore non è più bagnato», cuando la gente se reúne en torno a ellos. O, si el propio estómago lo tolera, es posible comer mejillones y caracoles en una *bancarella de maruzzaro* o *purpetielli veraci*.

La guerra trajo a Italia toda clase de horrores, desde los más perversamente individuales (violaciones masivas) hasta los más aterradoramente impersonales (bombardeos selectivos). En septiembre de 1943, Nápoles era una ciudad hambrienta y golpeada por incursiones aéreas que dejaron a unas doscientas mil personas sin hogar y arrasaron buena parte del alcantarillado. Entonces, los alemanes iniciaron una política de deportaciones y ejecuciones sumarias. Los napolitanos se alzaron en rebeldía y tenían la libertad al alcance de su mano cuando recibieron con vítores a los primeros tanques aliados el 1 de octubre.

Pero los traumas de la guerra no cesaron con la partida de la *Wehrmacht*. Nápoles había sido desde siempre una ciudad caótica, que parecía oscilar todo el tiempo al borde de la bancarrota. Bajo el AMGOT, se precipitó de bruces en la miseria y la degradación. Muchos de sus habitantes sintieron entonces que todos los estándares de respeto a sí mismos habían quedado de lado en la rebatiña por conseguir una pizca de comida, un poco de agua que se pudiera beber o algo con lo que vestirse. Las escenas de miseria causaron honda impresión al gran director de cine John Houston, que estaba en Nápoles haciendo los noticiarios del ejército. Más tarde habría de recordar que

> Nápoles era como una ramera sometida a las palizas de un chulo: con los dientes desencajados, los ojos amoratados, la nariz rota, oliendo a suciedad y a vómito. Había carencia de jabón y hasta las piernas desnudas de las niñas parecían sucias. Los cigarrillos eran el medio de intercambio habitual y se podía conseguir cualquier cosa por un paquete de tabaco. Los niños pequeños ofrecían a sus hermanas y sus madres a cambio de dinero. Por la noche, durante los apagones, las ratas asomaban en manadas fuera de los edificios y permanecían simplemente allí, detenidas, mirándolo a uno fijamente con sus ojos enrojecidos,

> sin moverse. Uno caminaba por entre ellas. De los callejones emanaban humaredas, alrededor de las cuales había establecimientos que ofrecían actos «carnales» entre animales y niños. Los hombres y mujeres de Nápoles eran una gente con carencias, hambrienta y desesperada, dispuesta a hacer cualquier cosa para sobrevivir. El alma de la gente había sido violada. Era, sin la menor duda, una ciudad impía.

Los hechos descritos en los archivos respaldan las evocaciones de Houston. La prostitución era una táctica de supervivencia muy habitual. La *Psychological Warfare Branch* (Sección de Guerra Psicológica) británica, conocida simplemente como PWB, responsable de supervisar la moral de la población civil, estimaba que había cerca de cuarenta mil prostitutas en Nápoles; esto es, cerca de un diez por ciento de la población femenina de la ciudad. Y no eran solo mujeres. En los callejones era común oír a los chulos gritando «¡Dos dólares los niños, tres dólares las niñas!» ante tipos uniformados que examinaban y manoseaban a los críos alineados delante de ellos. No hace falta decir que las enfermedades venéreas se sumaron al tifus entre las lacras que asolaban al Nápoles liberado.

También la cleptomanía hizo presa de la ciudad. Todo lo que tuviera algún valor imaginable desaparecía: los cables de telégrafo, las tapas de las cloacas, los rieles ferroviarios, incluso tranvías enteros. Se decía que habían sorprendido a un coche de la legación papal circulando con neumáticos robados.

Los acaparadores controlaban buena parte del suministro de alimentos procedentes de lo que la PWB calificó como «la tierra milagrosamente fértil de los terrenos bajos alrededor de Nápoles». La PWB aludía a una «ubicación ideal para la mafia» entre Nola y el litoral septentrional de la ciudad. Había bandas armadas, muchas de ellas formadas por desertores, pero con un amplio respaldo de la población de esta área «tradicionalmente violenta». «Cuentan con el apoyo de toda una organización que incluye prostitutas, traficantes de artículos robados, especialistas en el mercado negro, etc.».

Entre los peores infractores dentro del propio Nápoles había ricos industriales, en concreto fabricantes de pasta y molineros. Las fábricas de espaguetis adquirieron el hábito de producir dos variedades del producto: una buena para el mercado negro y una que era «casi negra y de gusto

desagradable» para la distribución legal. En marzo de 1944, Antonio y Giuseppe Caputo, los propietarios de uno de los molinos de harina más grandes de la ciudad, en el barrio industrial de San Giovanni a Teduccio, fueron condenados a siete años por sus actividades en el mercado negro; los investigadores del caso descubrieron ametralladoras y granadas en su casa.

Flotando cómodamente en esta marea de ilegalidad, al menos durante unos meses, estaba el fascista Vito Genovese. En realidad, «fascista» solo hasta que los ejércitos aliados llegaron a Campania, momento en que desechó sus credenciales mussolinistas, como si se hubiera tratado de un traje usado, y se puso un nuevo disfraz de traductor y guía del ejército estadounidense.

En mayo de 1944, un sargento de la *Criminal Investigation Division* (División de Investigación Criminal) del ejército estadounidense recibió un soplo y comenzó a hurgar a fondo en los intereses de Genovese. Antes de la guerra, el sargento en cuestión, Orange C. Dickey, había trabajado como vigilante en el frondoso campus del Pennsylvania State College. Su nueva labor lo llevó a los alrededores incluso más frondosos y peligrosos de Nola.

El primer gran hallazgo del sargento Dickey ocurrió cuando dio con un cementerio de elefantes donde había varios camiones militares incendiados, en un viñedo a las afueras de Nola. Luego escuchó la confesión de dos soldados canadienses que habían despachado hasta allí los camiones con un cargamento incalculable de harina y azúcar; solo había que mencionar una contraseña transparente: «Nos manda Genovese». A finales de agosto de 1944, el sargento Dickey tenía suficientes pruebas para arrestarlo, y sorprendió a Genovese justo después de ver cómo recogía un permiso de desplazamiento de manos del alcalde de Nola. Al registrar la cartera del gángster se descubrieron varias cartas de recomendación a su nombre, escritas en tono entusiasta por oficiales norteamericanos en Nola.

> El Sr. Genovese me recibió y fue mi intérprete durante poco más de un mes sin aceptar ninguna paga; pagaba él mismo sus gastos, trabajaba día y noche y prestó una ayuda valiosísima al Gobierno Militar Aliado.

Pese a estas cartas, y a gran cantidad de pruebas bastante más alarmantes sobre la influencia de Genovese dentro del ejército

estadounidense, la investigación del sargento Dickey resultaría muy ardua y, en última instancia, infructuosa. Tras largos meses en los que nadie parecía querer hacerse responsable del caso, finalmente Genovese viajó escoltado de vuelta a Estados Unidos para afrontar el cargo del asesinato que había motivado, en principio, su fuga a Italia. Al final, después del envenenamiento casual de un testigo, salió en libertad para retomar su carrera estelar en el mundo gangsteril de Estados Unidos.

Desde un punto de vista italiano, lo más intrigante de la historia de Genovese es que deja vislumbrar el resurgimiento de las organizaciones criminales en los alrededores de Nápoles. Las pruebas aportadas por el sargento Dickey demostraron que la red del mercado negro de Genovese corría en múltiples direcciones. Las ramas que más preocupaban a Dickey estaban, por supuesto, dentro del AMGOT. Pero Genovese amparaba a la vez a ladrones y contrabandistas locales contra eventuales procesamientos, cultivaba asiduas amistades en la judicatura napolitana y hasta gozaba de protección de parte del jefe de la policía en Roma. El sargento Dickey creía que también controlaba, parcialmente, el suministro de electricidad en el área de Nola, lo cual le daba una gran fortaleza en el sector industrial.

Pero si Genovese tenía vínculos con bandas criminales existentes en Nola, los indicios sugerían a la vez que las relaciones entre ellos no siempre eran amistosas. Entre las cartas de recomendación que escribieron algunos oficiales del ejército aliado sobre él, había una fechada en junio de 1944 que incluía la frase siguiente, en extremo curiosa:

> [Vito Genovese] ha tenido un valor incalculable para mí: es absolutamente honesto y, de hecho, puso al descubierto varios casos de soborno y operaciones en el mercado negro entre el así llamado personal civil.

En el más puro y tradicional estilo de la Mafia, Genovese estaba empleando sus contactos con las autoridades para eliminar a sus rivales. Luego está el misterioso informante cuyo chivatazo puso al sargento Dickey en la pista del imperio de Genovese dentro del mercado negro. Es probable que ese individuo permanezca en el anonimato, ya que su nombre se eliminó de la documentación para protegerlo. Quienquiera que fuese, construyó ante el sargento Dickey una historia singularmente inquietante.

Dijo ser «un antiguo miembro de la Camorra» que había comprado su salida de la organización tras casarse con una chica norteamericana. La Camorra, siguió explicándole, era «la contrapartida italiana del sindicato de la Mafia siciliana en Estados Unidos», y Vito Genovese era ahora el jefe supremo. Al menos dos elementos de esta historia resultan extraños. Primero, en 1944 no había casi con certeza nada parecido a la Camorra, en el sentido tradicional de una honorable sociedad. Segundo, la Camorra —aun en caso de existir— no era nada parecido al equivalente italiano de la Mafia en Estados Unidos. A mí me suena a que el informante confeccionó su historia para complacer a su interlocutor estadounidense. De ser así, solo podemos adivinar sus motivos, pero no sería sorprendente que resultara ser el emisario de uno de los competidores locales de Genovese. Podría ser que los maleantes de Nola o de los Mazzoni tentasen al valeroso sargento Dickey para que entrara en acción, ya que estaban ansiosos de expulsar al cuco norteamericano de su nido en la Campania. Con la represión fascista diluyéndose en la memoria y Vito Genovese fuera de su camino, las bandas de la región aledaña a Nápoles pudieron retomar su historia desde cero.

Entretanto, en los tugurios del centro de la ciudad, la bonanza del contrabando estaba alterando las reglas en el terreno propiamente urbano. En cada pequeño vecindario, el cabecilla del lugar o *guappo* era el eje del mercado negro. Cualquiera que tuviese mercancías bajo la mesa recurría al *guappo*, cuyos asistentes salían rápidamente por los callejones a buscar al comprador adecuado al precio indicado. Las ganancias eran enormes. La PWB indicaba que el lumpenproletariado analfabeto de los barrios bajos que se enriquecía con ello era demasiado ignorante para contar las bolsas de dinero que reunía, así que mejor las pesaban: «Tengo tres kilos de billetes de mil liras». En cierta ocasión, una anciana detuvo a un empleado de banca que pasaba por el lugar y le solicitó que la ayudara a contar el efectivo que había en un gran cesto de mimbre; cuando el hombre hubo terminado, ella le dio una propina de dos mil liras. La historia es conmovedora por lo típica: los empleados de los bancos, los trabajadores de las fábricas, los pensionistas y burócratas —gente toda que dependía de un sueldo fijo— eran los que peor lo pasaban con la inflación galopante del mercado negro durante el período de la «liberación». La PWB hacía notar que, en Nápoles,

«las diferencias de clase están desapareciendo». El delito era rentable.

Durante gran parte de la guerra en Italia, Nápoles fue el puerto de llegada más importante para el volumen colosal de provisiones consumidas por los ejércitos aliados en su avance. Ese torrente fue, simultáneamente, la redención y la condena de la ciudad. En torno a abril de 1944, se estaba robando un sorprendente cuarenta y cinco por ciento del cargamento militar aliado. Solo la corrupción sistémica dentro del Gobierno Militar Aliado y entre las fuerzas angloamericanas puede explicar la escala industrial del hurto. En septiembre de 1944, la PWB explicaba que las tropas aliadas estaban destinando abiertamente paquetes de mercancías al mercado local y que la policía militar no hacía nada por impedirlo. La policía italiana y los carabineros que servían bajo el AMGOT tenían cuando menos el pretexto de que estaban tan hambrientos como el resto de la población local, pero tenían la misma probabilidad de que los sobornaran sus superiores británicos y norteamericanos. En mayo de 1944, la PWB decía que los policías estaban sacando una tajada de entre veinte mil y treinta mil liras en cada camión de mercancías que desaparecía del puerto. Todos los napolitanos se convirtieron en astutos expertos en los méritos de las mantas estadounidenses y canadienses, y de las botas militares británicas y francesas. El tráfico de penicilina era tan cuantioso que a los soldados en el frente comenzó a faltarles.

Los puntos de venta más visibles de la mercancía robada a los aliados estaban en la via Forcella, cerca de un almacén del ejército estadounidense. La calle se transformó en un bazar multinacional al aire libre de artículos del ejército, donde era posible adquirir todo lo que iba destinado a las fuerzas aliadas. Y se comentaba que ese «todo» incluía armamento, siempre que se le preguntara a la persona adecuada.

La via Forcella corre por el corazón abigarrado de la ciudad; está a solo unos metros del viejo Palazzo della Vicaria, la antigua prisión y tribunal donde el 3 de octubre de 1862 Salvatore De Crescenzo, el jefe gangsteril «redimido» en la época de la unificación italiana, hizo matar a puñaladas a su rival y se transformó en el cabecilla supremo de la honorable sociedad de Nápoles. Ochenta y un años después, en la época del AMGOT, los *guappi* a cargo de la via Forcella eran los chicos Giuliano: Pio Vittorio, Guglielmo y

Salvatore. Hoy en día, el apellido Giuliano significa una sola cosa: Camorra.

En las décadas siguientes, nuevos clanes como los Giuliano, inspirándose en sus experiencias durante el caos de la «liberación», darían con distintas respuestas a los desafíos que habían derrotado, en última instancia, a la antigua honorable sociedad de Salvatore De Crescenzo, de Ciccio Cappuccio (‘*o Signorino*), de Enrico Alfano (Erricone). Respuestas para organizarse herméticamente y ampliar las redes. Para infiltrar el aparato del Estado en lo financiero y lo político. Para domeñar a la policía y a los tribunales. Para controlar y explotar a las mujeres, y tener hijos con ellas, y hasta hijas, capaces de perpetuar el poder del sistema. Para, mediante todos esos recursos, convertir la mera delincuencia en una autoridad territorial perdurable. 1943 fue el año cero del imperio de la ley en Nápoles. La liberación aliada echó a andar de nuevo el reloj en la historia de la Camorra.

El crimen organizado es la enfermedad congénita de Italia. Las honorables sociedades de Nápoles y Sicilia nacieron en el sistema carcelario al promediar el siglo XIX. La política violenta y conspiratoria de la unificación italiana facilitó a los mafiosos la vía de salida de los calabozos y la entrada en la historia.

El legado del *Risorgimento* en partes del sur y en Sicilia fue un sofisticado y poderoso modelo de organización criminal. Los miembros de estas hermandades desplegaban la violencia atendiendo a tres objetivos estratégicos. Primero: para controlar a otros delincuentes y beneficiarse de su dinero, la información que pudieran facilitarles y sus habilidades. Segundo: para succionar la economía legal. Y tercero: para crear contactos en las altas esferas, entre los terratenientes, los políticos y los magistrados. En los ambientes de Palermo, la Mafia, aupada por la historia revolucionaria reciente de la isla, no solo tuvo contactos con la clase alta, sino que también conformó una faceta integral de la clase alta.

El nuevo Reino de Italia falló en hacerse cargo de este legado. Peor aún,

cayó en el error de compartir su soberanía con los cabecillas locales. Italia permitió que se desarrollara un ecosistema criminal. Intentó vivir el sueño de ser un Estado moderno, pero lo hizo con pocos de los recursos en que se apoyaban sus vecinos más ricos, y con muchas más desventajas congénitas. El resultado fue la fragmentación e inestabilidad políticas: una vida institucional impulsada no tanto por políticas diseñadas para resolver problemas colectivos, sino por el regateo en busca de ventajas tácticas y favores a corto plazo. Era un sistema político que daba ventajas frecuentes a los peores grupos de presión del país, los que amparaban a hombres violentos. En tiempos de elecciones, el gobierno a veces recurría a gángsteres que se aseguraban de que ganasen los candidatos apropiados. El Parlamento generaba una legislación deficiente, que se aplicaba entonces de manera selectiva: la práctica de lidiar con los *mafiosi* y *camorristi* enviándolos a «residencias forzosas» es un ejemplo relevante de esto. Nunca se concretaron reformas urgentemente requeridas, siendo un ejemplo de ello el vacío legislativo profundo suscitado en torno a individuos como Calogero Gambino (el del caso «fratricida» de la década de 1870) y Gennaro Abbatemaggio (el del juicio Cuocolo, celebrado a principios de la década de 1900): los *mafiosi* y los *camorristi* que abandonaban las filas de sus hermandades respectivas y buscaban refugio en el Estado. Italia contaba además con suficientes periodistas perezosos y cínicos, intelectuales mal enfocados y escritores moralmente obtusos, para enmascarar la verdadera naturaleza de la emergencia en curso, para dar resonancia y credibilidad a la retorcida ideología del propio inframundo y para permitir que los gángsteres se vieran retratados en halagüeños reflejos de sí mismos en letra impresa.

El ecosistema criminal engendró una nueva honorable sociedad, la *picciotteria*, que rediseñó la senda evolutiva de sus antiguos primos: en la década de 1880, progresó rápidamente desde las prisiones hasta lograr un domino territorial en el mundo exterior.

Pese a ello, decir que Italia albergó un ecosistema criminal no equivale a decir que el país estuviese administrado por los gángsteres. Italia nunca ha sido un Estado fallido, un régimen de las mafias. La razón de que las mafias del sur de Italia y de Sicilia tengan una historia tan larga no es que fuesen, y

aún sean, todopoderosas, incluso en sus territorios del interior. El imperio de la ley no era letra muerta en la península e Italia «combatió» de hecho a las mafias. La *omertà* se rompió con frecuencia. En ocasiones, también el control territorial de las mafias se resquebrajó, lo cual condujo a un despertar de lo que los buenos policías como Ermanno Sangiorgi llamaban el *spirito pubblico*, es decir, el «espíritu cívico» o, en otros términos, la confianza del pueblo en que el Estado podía imponer sus propias reglas. Tales momentos nos proporcionan un destello de las aspiraciones legales de la ciudadanía, y muestran lo que se podría haber logrado de haber habido un esfuerzo antimafia más consistente.

Pero, por desgracia, Italia combatió a las honorables sociedades solo en los momentos en que su violencia manifiesta las mantuvo en primera línea dentro de la agenda política. Las combatió solo hasta que los encubridores pudientes y poderosos de las mafias ejercieron su influencia. Las combatió solo para refinar el proceso interno de selección natural dentro del ámbito gangsteril. Con los años, se descartó a los jefes más débiles y las metodologías criminales disfuncionales. Los maleantes fueron obligados a cambiar y a evolucionar. La Mafia siciliana era la que menos tenía que aprender. En Nápoles, la honorable sociedad fracasó en aprender lo suficiente. Quizá, contra todo pronóstico, la *picciotteria* calabresa, ese museo en funcionamiento de las tradiciones más antiguas de la Camorra carcelaria, demostró ser la más capaz de adaptarse para sobrevivir y crecer.

En la competencia del inframundo no solo por establecer su propio dominio sino también por prevalecer en el tiempo, el principal recurso que las mafias encontraron fue, quizá, la familia. Con la parentela, los *mafiosi*, *camorristi* y *picciotti* lograron su anclaje más sólido dentro de la sociedad, la primera forma de vehicular su perniciosa influencia. Así, el daño letal que las mafias ocasionaron a tantas familias —las suyas y las de las víctimas— es la medida más conmovedora del mal que hicieron.

Desde 1925 en adelante, Benito Mussolini modeló su régimen como la antítesis de la politiquería vil del pasado, como la cura a las concesiones carentes de voluntad que Italia hacía a las bandas delictivas, pero el fascismo terminó repitiendo muchos de los errores cometidos en las campañas previas de represión del delito. El mismo espectro de atención de

corto alcance. La misma confianza en la «residencia forzosa». La misma reticencia a procesar a los encubridores de las mafias entre la élite. El mismo fracaso a la hora de neutralizar la endémica presencia mafiosa en las cárceles. Los presos políticos de los años veinte y treinta del siglo XX contaban exactamente las mismas historias sobre la influencia de las bandas mafiosas entre rejas que las que referían tres generaciones antes el pobre duque Sigismondo Castromediano y otros prisioneros patriotas del *Risorgimento*.

Lo único que Mussolini hizo significativamente mejor que sus antecesores liberales fue inflar publicitariamente sus medidas y eliminar las noticias reales. Con una ayudita de la Mafia siciliana, creó la ilusión de que el fascismo había cuando menos suprimido las pandillas mafiosas.

De manera que, tratándose del crimen organizado, el legado más nocivo del fascismo fue la desmemoria. Los manuales de zona con que los aliados llegaron a Sicilia, Calabria y Campania reflejan con exactitud cuán restringido era el conocimiento público de las mafias que heredamos del fascismo (después de todo, esos manuales estaban inspirados en fuentes italianas). Al concluir la Segunda Guerra Mundial, Italia se transformaría con rapidez en una república democrática y, no mucho después, en una potencia industrial de envergadura. Entonces ya era un país muy distinto a la denominada *Italietta* (la «mini Italia») que se había enfrentado por primera vez a las mafias después de 1860, o la Italia ilusa y arrogante de las décadas en que dominaron los camisas negras. Pese a ello, una democracia olvidadiza habría de demostrar que el país estaba tan mal preparado como siempre para enfrentar a las mafias. Si la historia de las mafias nos deja una lección imperiosa, esta es que tales organizaciones son modernas: no menos modernas que el Estado italiano. Así y todo, tras la Segunda Guerra Mundial, igual que había hecho repetidamente durante el siglo precedente, la Italia oficial buscó por todos los medios convencerse de que el crimen organizado en el sur del país era solo una reminiscencia del atraso reinante y que terminaría desvaneciéndose espontáneamente a medida que el país progresara.

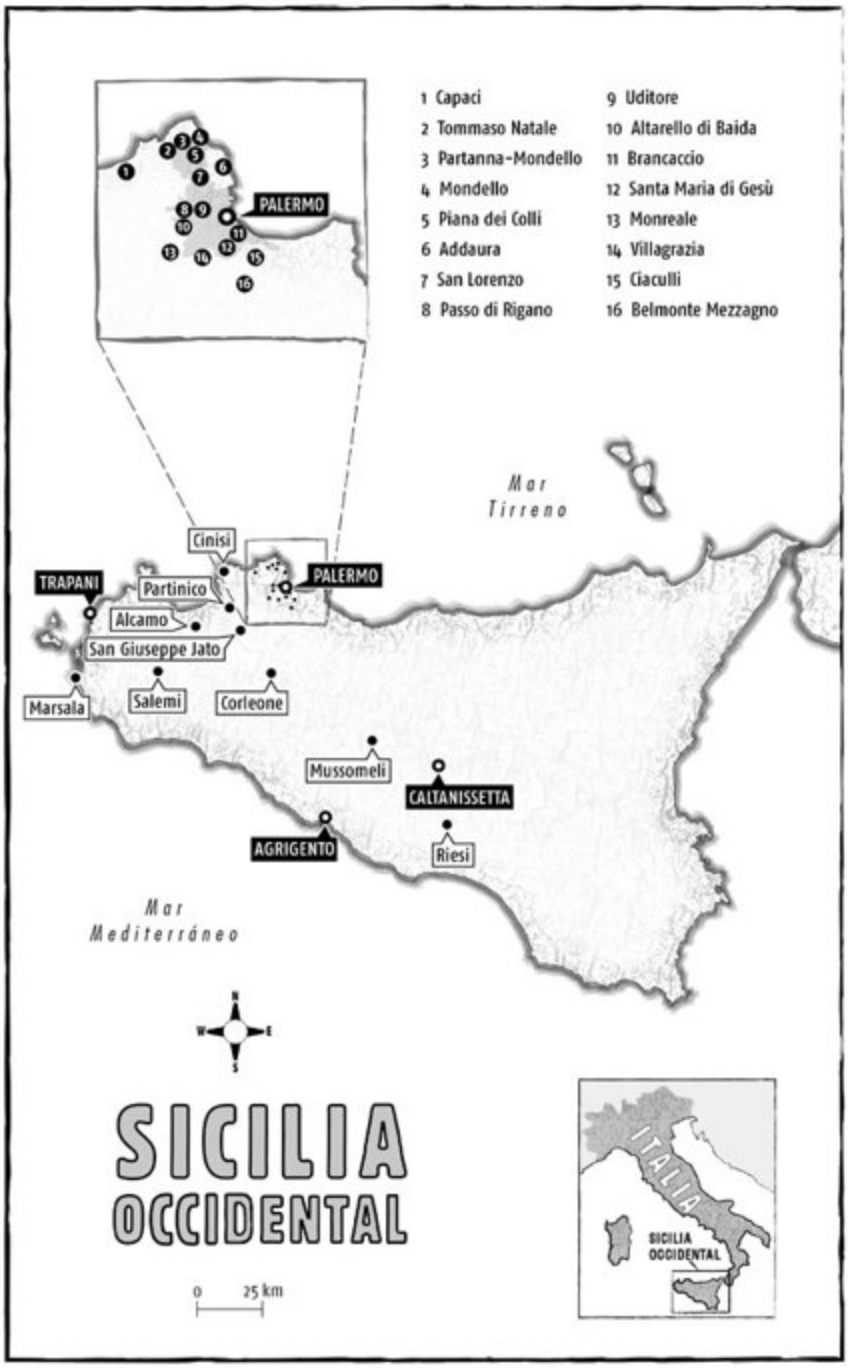
Quizá el síntoma más sencillo y revelador de lo que fue la desmemoria de Italia en la posguerra lo constituya la frecuencia con que la opinión

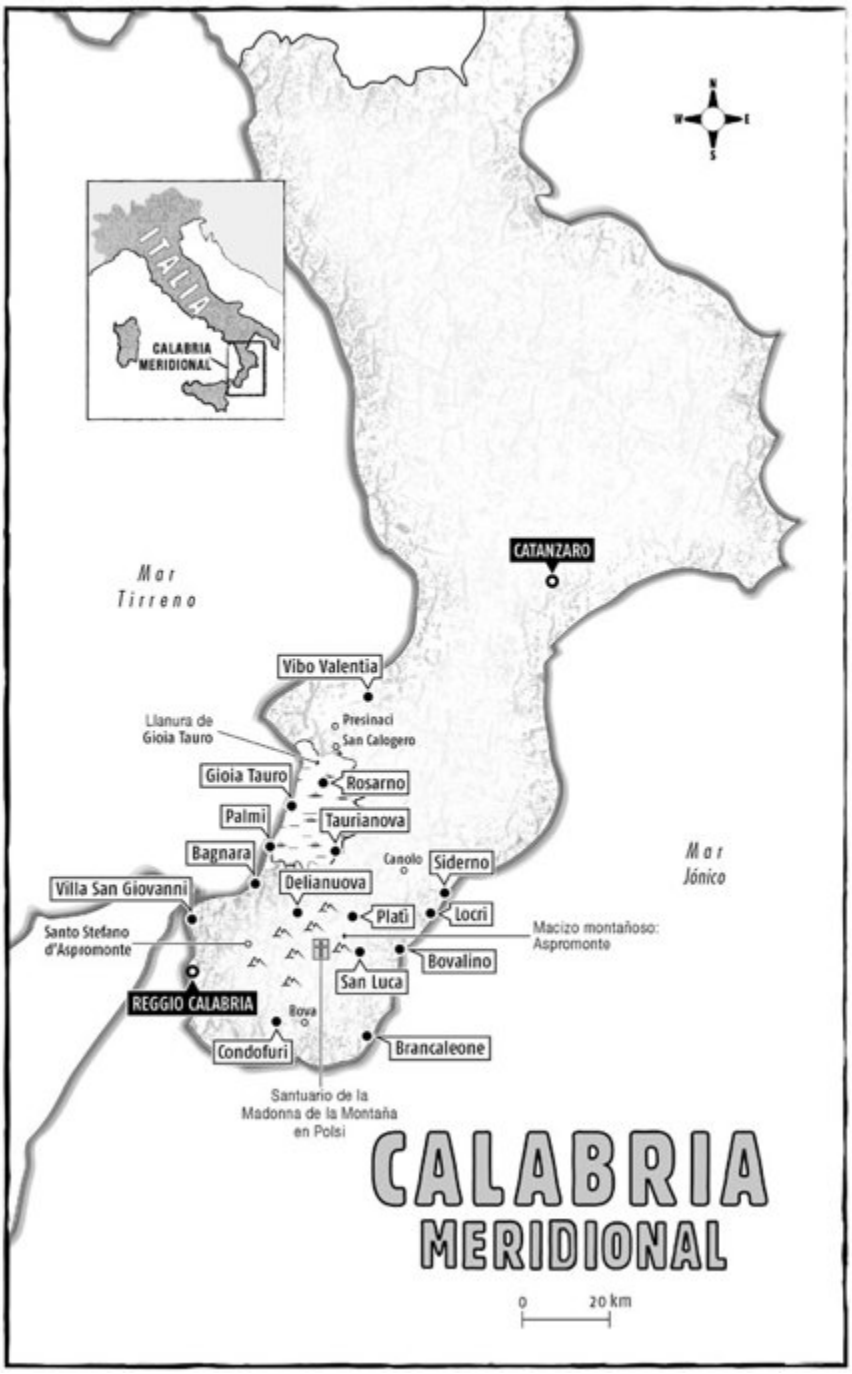
pública local quedaba sorprendida. Sorprendida, por ejemplo, en abril de 1955, cuando el misterioso arrebato criminal de un campesino solitario de una aldea montañosa en Calabria generó rumores acerca de una extraña hermandad criminal existente en la región. Sorprendida también en octubre del mismo año, cuando una joven madre, viuda de un comerciante mayorista de frutas y verduras originario de Nola, mató a tiros al asesino de su esposo cerca del mercado principal de Nápoles, todo lo cual condujo a un debate acerca de la «nueva Camorra». Y sorprendida de nuevo a finales de 1962, cuando un brote de coches-bomba y asesinatos en el centro de Palermo demostró que, fuera lo que fuese en realidad la Mafia siciliana, había abrazado con fervor la era de las autopistas y los aviones a reacción. Pero todo ello, las otras «sorpresas» de la época de posguerra, merece un análisis más hondo y, ciertamente, un libro propio.

Segunda parte
La mafia, una república aparte

Lago Como
Como
Bardonecchia
Paderno Dugnano
Arcore
TURÍN
MILÁN
Vigevano
Lombardía
Brescia
Vicenza
Piamonte
Pavia
TRIESTE
Liguria
GÉNOVA
Emilia-Romagna
Rovigo
BOLONIA
Mar de Liguria
FLORENCIA
Toscana
ELBA
PERUGIA
PIANOSA
Umbría
Ascoli Piceno
ASINARA
TERAMO
Mar Adriático
Fiuggi
Sulmona
Cerdeña
Campania
BARI
NÁPOLES
Mar Tirreno
Puglia
LECCE
USTICA
COSENZA
PALERMO
Calabria
Villafranca
MESSINA
CATANZARO
ENNA
Sicilia
REGGIO CALABRIA
CALTANISSETTA
CATANIA
ITALIA
0
100 km

Terra di Lavoro
Mondragone
Caserta
Casal di Principe
Aversa
San Cipriano d'Aversa
Nola
Acerra
Avellino
Giugliano
Pomigliano
Marano
Cercola
Sarno
Montevergine
Pianura
NÁPOLES
Vesubio
Pompeya
Torre Annunziata
Scafati
Salerno
Castellammare di Stabia
Sorrento
Mar Tirreno
ITALIA
CAMPANIA
CAMPANIA
0
20 km


1 Capaci
2 Tommaso Natale
3 Partanna-Mondello
4 Mondello
5 Piana dei Colli
6 Addaura
7 San Lorenzo
8 Passo di Rigano
9 Uditore
10 Altarello di Baida
11 Brancaccio
12 Santa Maria di Gesù
13 Monreale
14 Villagrazia
15 Ciaculli
16 Belmonte Mezzagno
PALERMO
Mar Tirreno
Cinisi
TRAPANI
Partinico
PALERMO
Alcamo
San Giuseppe Jato
Marsala
Salemi
Corleone
Mussomeli
CALTANISSETTA
AGRIGENTO
Riesi
Mar Mediterráneo
N
W
E
S
SICILIA
OCCIDENTAL
0 25 km
ITALIA
SICILIA OCCIDENTAL


ITALIA
CALABRIA MERIDIONAL
Mar Tirreno
Mar Jónico
CATANZARO
Vibo Valentia
Llanura de Gioia Tauro
Presinaci
San Calogero
Gioia Tauro
Rosarno
Palmi
Taurianova
Bagnara
Canolo
Siderno
Villa San Giovanni
Delianuova
Plati
Locri
Santo Stefano d'Aspromonte
Macizo montañoso: Aspromonte
Bovalino
San Luca
REGGIO CALABRIA
Bova
Condofuri
Brancaleone
Santuario de la Madonna de la Montaña en Polsi
CALABRIA
MERIDIONAL
0
20 km

Prólogo

Graziella Campagna era una muchacha con rostro de niña y pelo oscuro, de apenas diecisiete años. Su mayor afición era bordar. La última vez que la vieron fue el 12 de diciembre de 1985, esperando el autobús en el que siempre volvía a casa desde su trabajo en una tintorería. Iba vestida con una chaqueta roja y pantalones negros.

Como muchos jóvenes de Sicilia, Graziella cobraba en negro un salario miserable por pasar largas horas en una ocupación menor. Y, como muchos de esos jóvenes, no estaría en posición de contraer matrimonio hasta que su familia lograra ahorrar lo suficiente, lo que podía llevar años. De manera que su desaparición era, con toda probabilidad, una *fuitina* (una fuga): se había escapado con su novio para evitarles a sus padres el gasto de una boda por todo lo alto. O eso fue, al menos, lo que la policía dijo a su atribulado padre.

El hermano de Graziella, Pietro, era un carabinero: un policía uniformado. Él no se creyó el cuento de la *fuitina* y comenzó por su cuenta la búsqueda de su hermana en toda la localidad, en una motocicleta prestada. Al segundo día, cuando estaba en las montañas que circundaban su pueblo, se detuvo en un puesto de bocadillos para enseñar la foto de Graziella, en el preciso momento en que un hombre llegó allí en un BMW y, sin aliento por la emoción, dijo que acababa de encontrar el cuerpo de una muchacha vestida con una chaqueta roja y pantalones negros, en las cercanías de un fortín abandonado.

Pietro se apresuró hasta el lugar donde yacía la chica, para encontrarse con algo que superó con creces sus peores pesadillas. «Vi lo que vi», fue todo lo que pudo decir después.

Llevaría muchos años de campañas a favor de la familia de Graziella para confirmar la verdad de su asesinato.

La lavandería en la que trabajaba estaba en el pueblecito de Villafranca, en la provincia siciliana de Messina. Entre sus clientes habituales había un ingeniero civil de nombre Eugenio Cannata, un sujeto afable, con una calvicie incipiente, de unos cuarenta y tantos años, y que siempre acudía a la tintorería en compañía de un amigo más callado y joven que él. Un día, cuando ponía en orden la colada de Cannata, Graziella se encontró una cartera de plástico transparente en el bolsillo de una camisa; contenía una imagen del papa Juan XXIII y un pequeño diario. El diario dejaba claro que «Eugenio Cannata» era, de hecho, un seudónimo. Su portador era en realidad un mafioso —un «hombre de honor», como él mismo lo hubiera definido— buscado por cargos de tráfico de drogas. Y su amigo tan taciturno era su guardaespaldas.

Es muy poco probable que Graziella entendiera la importancia letal de lo que había visto, pero Eugenio Cannata sí descubrió, sin duda, que su hermano era un carabinero y decidió no arriesgarse dejándolo pasar. Así que él y su guardaespaldas la secuestraron en la parada del autobús, se la llevaron a las montañas, la interrogaron en el fortín abandonado y después la asesinaron.

Graziella recibió cinco disparos a corta distancia con una escopeta recortada. El primero le dio en la mano y el antebrazo. Posiblemente los alzó de manera instintiva cuando vio lo que iba a ocurrir. Los otros tres disparos le alcanzaron en el rostro, la barriga y el hombro. Estaba ya en el suelo cuando el asesino se detuvo junto a ella y le disparó por última vez… en el pecho.

Graziella Campagna fue una víctima de la Cosa Nostra, la Mafia de Sicilia.

Treinta mil habitantes. Ninguna biblioteca. Ningún cine. Ningún parque público. Casal di Principe es una localidad con una alta densidad de población y edificaciones bajas donde las construcciones autorizadas son

más bien la excepción que la regla. Hace tiempo que el hormigón y el alquitranado han ganado terreno a los huertos de melocotones y albaricoques. La iglesia de San Nicola di Bari es una presencia imponente dentro de la localidad. Sus bloques limpios de cualquier incisión y un pórtico rectangular de columnas recuerdan a los de un aparcamiento de varias plantas, y el crucifijo que se yergue en el tejado le confiere la determinación propia de una plaza sitiada.

Con todo, don Giuseppe Diana sabía muy bien que se requería algo más que determinación para devolver la esperanza a Casal di Principe. Don Peppino, como lo llamaban, era un lugareño, el hijo de un granjero local. Sacerdote. Profesor de literatura. Líder de los exploradores. Un amigo. Reunía a los chicos para que hicieran partidos de fútbol sala y de tenis de mesa. Los llevaba de excursión al campo. Sin que se notara demasiado, los estimulaba para que trabajaran por su comunidad, en un sitio donde la palabra «comunidad» tiene escaso asidero en la realidad. Los voluntarios de don Peppino estaban incluso construyendo un refugio para los más miserables de entre los miserables del lugar, los trabajadores inmigrantes ilegales y explotados por los amos de las pandillas locales.

Y estaba además su postura tan firme contra el crimen organizado. Él y otros cinco curas de la región firmaron un documento muy sencillo y mecanografiado al que titularon: «Por el amor de mi gente, no guardaré silencio».

Don Peppino murió en la sacristía a primera hora de la mañana del domingo 19 de marzo de 1994. Acababa de oír los mensajes de su contestador automático en el reducido espacio de su despacho y estaba a punto de comenzar la misa.

A pocos pasos, en los bancos delanteros, dos monjas carmelitas rezaban el rosario cuando las sorprendieron unos disparos. Vieron a un individuo, poco más que una silueta, escabulléndose por la entrada principal. Al traspasar el angosto corredor que iba de la nave principal a la sacristía, encontraron a don Peppino tendido en un charco de sangre que crecía por segundos. Había recibido tres disparos a quemarropa en el rostro.

Don Peppino Diana fue víctima de la Camorra, la mafia de Campania.

Giuseppe Grimaldi, de cincuenta y cuatro años, era un *salumiere*, un carnicero especializado en la elaboración del salami de Calabria, sazonado con pimienta y especias picantes como ningún otro de las varias regiones de Italia. En 1991, cierto día de mayo al atardecer, tres hombres con pasamontañas armados con escopetas recortadas irrumpieron en la tienda de alimentación de Taurianova que Giuseppe administraba con su hermano. Los tres asaltantes ordenaron a los hermanos Grimaldi y a sus clientes que salieran. Como luego estableció un juez, los Grimaldi «no tenían antecedentes penales y estaban por completo desvinculados de cualquier clase de delito». De modo que, en esos momentos iniciales, no hubo razón alguna para pensar que la arremetida fuese, aunque aterradora, algo más que un atraco.

Resultó ser una ejecución pública, una «*vendetta* transversal», como la llaman los periódicos en Italia, que significa matar por venganza a parientes inocentes de un mafioso. Una vez los hermanos Grimaldi estuvieron en la plazoleta frente a la tienda, les dieron a ambos varios tiros por la espalda a corta distancia.

La tarde siguiente, cuando la familia Grimaldi, sumida en el dolor, velaba el cuerpo de Giuseppe, varios individuos que dijeron ser carabineros llamaron a la puerta. La señora Grimaldi les pidió que hicieran sonar la sirena como prueba de su identidad. La respuesta fue una ráfaga indiscriminada de disparos contra la casa. Nadie resultó muerto, pero la hija de doce años de los Grimaldi quedó gravemente herida; estaba aún en cuidados intensivos cuando los periodistas de todo el país llegaron hasta la casa con la puerta principal acribillada por las balas.

Luciana, la esposa de Giuseppe, cabizbaja y con la voz apagada, respondió con sencillez a la pregunta de la prensa. ¿Sería capaz de perdonar a quienes habían hecho esto?

«A veces creo que podré hacerlo, otras no. Pero creo que en un caso como este solo Dios puede perdonar».

Solo Dios sabe de dónde sacó las fuerzas. La horrenda escena de lo que habían hecho a su esposo debía de estar aún rebotando en el silencio de su

mente.

La ráfaga de disparos que mató a Giuseppe le hizo trizas buena parte del cuello. Entonces los sicarios extrajeron su cuchillo de carnicero y cercenaron con él las pocas hebras de piel y músculo que aún retenían su cabeza para enseguida utilizarla como tiro al blanco. Los transeúntes —y había unos veinte en el centro de Taurianova— vieron saltar repetidamente en el aire la cabeza de Giuseppe, deformarse con crueldad cuando los tiros la penetraban, y salir rodando por la calle.

Giuseppe Grimaldi fue una víctima de la ‘Ndrangheta, la mafia de Calabria.

La Italia actual nació el 2 y 3 de junio de 1946, cuando un pueblo golpeado por la guerra votó en un referéndum para abolir una monarquía profundamente desprestigiada por su servilismo ante la dictadura fascista. Fue una clara ruptura con el pasado de la nación: Italia sería, a partir de entonces, una república. En las mismas elecciones, los italianos escogieron a los miembros de la asamblea constituyente que habría de redactar una nueva Constitución de la República, inspirada en la democracia, la libertad y el imperio de la ley.

Las organizaciones que mataron a Graziella Campagna, a don Giuseppe Diana y a Giuseppe Grimaldi representan una ofensa monstruosa a los valores fundacionales de la República Italiana. La abrumadora crueldad de las mafias es parte esencial de lo que son y lo que hacen. No hay mafia sin violencia. Pese a ello, la violencia es solo el comienzo. A través de la violencia, y de las muchas tácticas que esta hace posible, las mafias corrompen las instituciones democráticas de la República, recortan drásticamente las opciones de vida de sus ciudadanos, evaden la justicia y transforman su propia mediación interesada como alternativa a los tribunales. En las áreas del país donde el poder de las mafias es más fuerte, no es ni más ni menos que un régimen criminal. En un informe secreto de 2008 que terminó filtrándose a Wikileaks, el cónsul general de Estados Unidos en Nápoles informaba con detalle acerca de Calabria, la región que

es el dedo de la «bota» italiana y el hogar de la ‘Ndrangheta. Se podrían discutir una o dos de las estadísticas que expone, pero lo central del diagnóstico es tan real como desmoralizador:

> El sindicato del crimen organizado que es la ‘Ndrangheta controla vastas porciones del territorio y la economía de Calabria, y da cuenta de al menos el tres por ciento del PNB de Italia (probablemente, mucho más) a través del narcotráfico, la extorsión y la usura… Buena parte de la industria regional quebró hace una década, dejando tras de sí la ruina medioambiental y económica. La región se sitúa en el último lugar en casi cualquier categoría de medición de los logros económicos del país. La mayoría de los políticos con los que nos entrevistamos, en una visita reciente, eran fatalistas y opinaban que no hay mucho que hacer para detener la espiral económica en descenso de la región o el dominio de la ‘Ndrangheta. Solo unos pocos sugieren, con escasa sinceridad, que el crimen organizado ya no es un problema… Nadie cree que el gobierno central tenga algún control sobre Calabria, si es que lo tiene, y los políticos locales se consideran de manera uniforme como ineficientes y/o corruptos. Si Calabria no fuera parte de Italia, sería ciertamente un Estado fallido.

El alcance de la ‘Ndrangheta va bastante más allá de las «inhóspitas y caóticas» ciudades de Calabria que visitó el cónsul general. La región más pobre de Italia ha generado una hermandad criminal más asidua que ninguna otra mafia a establecer colonias en las regiones acaudaladas del país. (Por no mencionar a otros países ricos como Alemania, Canadá y Australia).

Las mafias y la República han crecido juntas. Cuando se sentaron las bases de la República, las mafias se reconstruyeron a sí mismas en el escenario de la posguerra. A medida que Italia se fue recobrando de la catástrofe de la guerra, las mafias también ganaron fuerza. Muy pronto, el país habría de transformarse en una de las economías capitalistas más ricas del orbe. Las mercancías italianas se fabricaban con una destreza, y se diseñaban con un estilo, que pasaron a ser codiciadas en todo el mundo. Las mafias se hicieron también más ricas de lo que nunca habían sido, aunque comerciaban en un espectro más perverso de bienes y servicios. A causa de ello, dieron a conocer en el mundo entero el problema del crimen organizado en Italia.

Desde los años sesenta del siglo pasado, Italia ya no estuvo en posición de enarbolar la pobreza como excusa por ser la sede de las mafias conocidas. En rigor, no hubo excusa alguna que pudiera esgrimir. La Italia

de posguerra ha sido, en ocasiones, una sociedad con graves problemas, pero no es una república bananera de Sudamérica, o la heredad empobrecida de un caudillo asiático, o los restos de un imperio desplomado del Este de Europa. A menos que nuestros mapas estén todos calamitosamente equivocados, la famosa bota italiana no está situada en una región del mundo en la que cupiera esperar que la autoridad estatal estuviese socavada por un poder alternativo violento y rapaz. Italia es un miembro de pleno derecho de la familia conformada por las naciones de Europa occidental. Aun así, ella sola entre todas esas naciones alberga varias organizaciones criminales que han usurpado la autoridad del Estado democrático en vastos segmentos de su propio territorio.

De ahí lo fascinante y urgente que es hacer una historia de las mafias. Su poder es la antítesis de los valores de libertad y democracia subyacentes a la prosperidad europea de posguerra, pero en Italia ese poder ha resultado perfectamente compatible con la «realidad» cotidiana de la libertad, la democracia y la prosperidad.

En *La mafia, una república aparte,* refiero la historia de cómo la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta han sobrevivido en la era republicana. No solo han sobrevivido, sino que se han multiplicado y expandido, engendrando nuevas mafias y nuevos focos infecciosos en partes del territorio nacional que parecían hasta entonces inmunes. De hecho, no solo se han multiplicado y expandido, sino que se han vuelto más fuertes, más ricas y más violentas que nunca.

La mafia, una república aparte se basa en dos sencillos principios:

Por una parte, hay muchas más diferencias entre las tres principales mafias de Italia de lo que un observador espontáneo pueda suponer. Algunas de esas diferencias son sutiles, otras flagrantes, pero cada una es una forma de adaptación diseñada para posibilitar la supervivencia y prosperidad de la organización criminal específica en su medio local. El resultado de ello es que cada mafia ha seguido una senda distinta a través de su historia.

Por otra parte, pese a todas esas desconcertantes diferencias entre las organizaciones criminales, sus respectivas historias tienen más sentido cuando están entretejidas en un único relato. Las mafias comparten muchas

cosas; entre las más notables, su relación perversa con el Estado italiano, en el que se han infiltrado, con el que han hecho amistad y contra el que han luchado. Los organismos criminales de Italia no son aislados ni estáticos; el país detenta un rico ecosistema del inframundo que sigue generando nuevas formas de vida cada día.

La palabra «mafia» es un término siciliano, aunque se utiliza con frecuencia como rótulo general para una organización criminal y, por ende, aplicado a la Camorra y la ‘Ndrangheta tanto como a la Mafia siciliana. Aquí me atendré a la misma convención.

Pese a ello, no quiero iniciar este libro con el asunto de los nombres y lo que puedan significar, porque los nombres no son verdaderamente importantes a la hora de considerar lo que hacen las mafias. Aun así, esos nombres, y la confusión y reticencias que a menudo suscitan, son parte integral de la historia que se cuenta aquí. A la Camorra siempre se la ha llamado la Camorra, pero hasta 1955 mucha gente en Nápoles evitaba incluso pronunciar el término. A la ‘Ndrangheta no se la conoció como la ‘Ndrangheta hasta ese mismo año. No fue sino hasta una década después que el rótulo Cosa Nostra se volvió popular entre los *mafiosi* sicilianos, como una forma de aludir a su propio grupo. La opinión pública italiana no supo del nombre Cosa Nostra hasta veinte años después. Para ganar en claridad, a lo largo de estas páginas emplearé algunas veces el término ‘Ndrangheta para referirme a la mafia calabresa, y Cosa Nostra para aludir a la Mafia siciliana, en épocas en que tales nombres no estaban aún en amplia circulación.

Como sea que se las denominara en distintas épocas, la historia de la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta se remonta a un siglo antes de la fundación de la República en 1946. Las mafias son más o menos de la misma edad que el Estado italiano, que nació oficialmente en 1861. En *Blood Brotherhoods*, publicada en inglés en 2011 y que aparece recogida en la primera parte de este volumen como *Hermandades de sangre*, pasé revista a los orígenes de cada mafia y su desarrollo temprano. El académico que hay en mí quisiera valerse de este prólogo para advertir que conviene leer el libro en orden; es decir, leer primero *Hermandades de sangre* antes de pasar a las páginas que vienen a continuación. Sin embargo, siendo

estrictos no hay razón alguna para esas advertencias académicas. *La mafia, una república aparte* es un libro que se sostiene por sí solo, pues al recomenzar la historia de las mafias tras la Segunda Guerra Mundial, lo hizo como en una página en blanco. O quizá sea más exacto decir que recomenzó con una página en que los rastros previos de sangre habían sido cuidadosamente borrados. La República Italiana olvidó por completo lo que debería haber aprendido del siglo anterior.

La mafia, una república aparte se inicia con un paseo por los distintos feudos mafiosos en la década de 1940: los años en que se estaban creando las instituciones italianas o revividas tras la caída del fascismo. Las páginas siguientes presentan por turnos a cada una de las principales mafias. Al mismo tiempo, examinan las ingeniosas formas en que un país renacido de la catástrofe de la guerra procedió a desaprender todo cuanto sabía de la amenaza del crimen organizado. En la República Italiana, la historia de las mafias empezó con un acto de olvido.

1
Batalla perdida

Sicilia: amenazas, terrorismo, asesinatos, incendios, secuestros y mutilaciones

A primera hora del 10 de julio de 1943, llegaron a las playas de Sicilia las lanchas de desembarco estadounidenses y británicas para vomitar su carga de tropas y tanques. Cinco semanas y media después, el 17 de agosto, los últimos transbordadores que evacuaron a los soldados y pertrechos del Eje abandonaron resoplando el puerto de Messina, que estaba rodeado y sometido a un intenso bombardeo, para cruzar el Estrecho hacia la Italia continental. Sicilia había caído en manos de los aliados.

La recién liberada Sicilia ya se estaba precipitando hacia el caos inminente. El Gobierno Militar Aliado en los Territorios Ocupados (*Allied Military Government in the Occupied Territories* o AMGOT por sus siglas en inglés) descubrió que tenía ahora la responsabilidad de alimentar a la población hambrienta de la isla y, a la vez, atenuar de algún modo una explosión eventual del mercado negro, el pillaje, las fugas carcelarias, los ajustes de cuentas y el chantaje. En fecha tan temprana como 1943, el *New York Times* informaba de que la Mafia siciliana estaba profundamente imbricada en la escena delictiva posterior a la liberación.

En los años treinta, el fascismo había declarado a voz en cuello que sus redadas y juicios en masa habían vencido a la Mafia. La opinión pública mayoritaria en el mundo concordaba con la idea. En 1938, el autor siciliano-americano de una guía turística explicaba que la Mafia estaba «oficialmente extinta»: «La eliminación de este flagelo es de lejos el mayor acontecimiento en la historia reciente de la isla».

Por su parte, las autoridades militares británicas y estadounidenses sabían, antes de invadir Sicilia, que la propaganda fascista que alardeaba de

haber derrotado a la Mafia era exagerada, pero les resultaba difícil establecer cuál era el estado real de la Mafia —en gran medida, porque Mussolini había reforzado sus alardes de la única forma que conocía: prohibiendo las crónicas relativas al crimen organizado en los medios de comunicación de toda Italia—. La verdad detrás de la censura, que solo ha asomado en fecha reciente gracias a los archivos, fue que la Mafia siciliana en los años treinta seguía tan fuerte como siempre: una hermandad secreta y juramentada de delincuentes, inspirada en el esquema de la francmasonería y cuyos miembros se autodenominaban «hombres de honor». Contaba con ramificaciones llamadas «familias» en la mayor parte de los pueblos y aldeas de la región occidental de la isla. En la provincia de Palermo, donde se concentraba aproximadamente la mitad de la fuerza de la Mafia siciliana, sus cabecillas, formalmente conocidos como «representantes», rendían cuentas ante una comisión rectora dirigida por un «presidente general» o «jefe de todos los jefes». El fascismo había combatido a la Mafia siciliana lanzando dos oleadas fundamentales de represión contra ella, pero al final el régimen del Duce, igual que cualquier gobierno italiano previo, había aprendido a convivir con el fenómeno.

En el caos que siguió a la liberación, la silueta amenazante de la Mafia siciliana volvió a hacerse visible. El AMGOT necesitaba saber con urgencia a qué se enfrentaba, y en octubre de 1943 encargó un informe de la Mafia al servicio de inteligencia militar; un informe tan secreto, que atravesó el Mediterráneo para llegar al Cuartel General Aliado en Argelia en manos un mensajero personal. Su autor, el capitán William Everett Scotten, era un diplomático de carrera de treinta y nueve años y, desde hacía poco, un oficial de inteligencia del ejército de Estados Unidos, originario de Pasadena, California. El informe concluyó que la Mafia era un «sistema criminal» que buscaba «cometer chantajes y robos con total impunidad», valiéndose de métodos «que iban desde las amenazas y el terrorismo al asesinato flagrante, el incendio, el secuestro y la mutilación».

Scotten explicaba cómo, en las semanas que siguieron a la invasión de julio de 1943, el sistema criminal había dado a los aliados una auténtica lección en cuanto a la forma de infiltrarse en la maquinaria del gobierno. Tras la caída del Estado fascista en Sicilia, el AMGOT necesitaba lugareños

en los que pudiera confiar para ayudarle a mantener una semblanza de orden. El capitán Scotten refería que muchos de los sicilianos —que se autoproclamaban víctimas del fascismo— nombrados alcaldes en pueblos bajo la esfera del AMGOT eran en realidad gángsteres o sus agentes. Los *mafiosi* sicilianos con experiencia en Estados Unidos se habían ofrecido voluntariamente como intérpretes, lo que les sirvió para alcanzar posiciones de influencia. El capitán Scotten sabía a la vez de «numerosos casos» del personal aliado «cuyas conexiones familiares o antecedentes en Estados Unidos los habían conducido directamente a la esfera de la Mafia». Todavía más, incluso funcionarios honestos habían sido embaucados por aristócratas sicilianos con vínculos en la Mafia (el «nivel superior» de la Mafia, en palabras del capitán Scotten).

El poder económico de la Mafia también había crecido. Se dio por sentado que, bajo el AMGOT, el grano sería requisado y almacenado en silos para su posterior distribución mediante un sistema de racionamiento. El capitán Scotten averiguó que la Mafia no solo gestionaba el vasto mercado negro del grano; en algunos lugares, los *mafiosi* se habían valido de sus contactos políticos en Palermo para asegurarse también el control de los depósitos de grano del gobierno. Tanto los mercados de producción agrícola ilegales como los legales estaban en manos criminales. En suma, a pocas semanas de la ocupación aliada, la Mafia tenía ya una garra puesta en la garganta de Sicilia. Los restos del campo de batalla la habían equipado con un arsenal formidable: «ametralladoras, morteros de trinchera, incluso piezas ligeras de artillería, minas terrestres, radios y grandes reservas de municiones», según el capitán Scotten. Si la posguerra traía consigo alguna oportunidad de hacer negocios, la Mafia siciliana estaba armada y lista para hacerse con ella.

Entretanto, la invasión aliada de Sicilia había iniciado una reacción en cadena en Roma. El Duce Benito Mussolini cayó y fue arrestado por orden del rey. Entonces, el 8 de septiembre de 1943, Italia capituló ante los aliados. El rey, sus ministros y algunos de sus principales generales huyeron. La maquinaria estatal se disolvió, dejando que los desorientados soldados y ciudadanos se las arreglaran por sí solos para sobrevivir el resto de la guerra. En las primeras horas del día siguiente, las fuerzas aliadas

desembarcaron al sur de la Italia continental, en Salerno, justo debajo de Nápoles. Comenzaron a llegar más tropas alemanas a la península para resistir: eran ahora ocupantes, más que los camaradas del Eje. Italia quedó partida en dos mitades: los aliados en el sur, los alemanes en el norte y el centro. En lo que quedaba de la Segunda Guerra Mundial, el conflicto habría de desenvolverse en suelo de la Italia continental. Entretanto, tras las líneas de la Italia ocupada por los nazis, una guerra civil enfrentó a la Resistencia con los fascistas más recalcitrantes.

En la Sicilia liberada, el AMGOT terminó su cometido en febrero de 1944 y la isla quedó bajo la autoridad de la coalición de fuerzas antifascistas que conformó el nuevo gobierno civil, instalado en la porción de la Italia continental que ahora estaba en manos aliadas.

En los siguientes dos años, toda Italia hizo la transición de la guerra a la paz, y de la liberación a la democracia, una transición marcada por cuatro piedras angulares:

Abril de 1945: la guerra en Italia llega a su fin, solo unos días antes del suicidio de Hitler.

Junio de 1946: la monarquía es abolida y nace la República.

Marzo de 1947: el presidente Harry S. Truman anuncia que Estados Unidos intervendrá para frenar la expansión soviética en todo el globo. En Italia, el Partido Comunista Italiano ha adquirido gran prestigio por su papel en la Resistencia y promete crear una rama del Partido Comunista por cada campanario existente en el país. La península se halla en la primera línea de la recién declarada Guerra Fría.

Abril de 1948: el partido *Democrazia Cristiana* (DC: los democristianos) gana decisivamente las primeras elecciones parlamentarias de Italia y los comunistas fracasan con igual contundencia.

En ningún otro punto de Italia hubo una transición de posguerra más turbulenta que en Sicilia. En ningún otro lugar estuvo el crimen organizado tan profundamente involucrado en esa turbulencia. Varias partes del sur habían sido hasta entonces plazas fuertes del crimen organizado durante generaciones. Como veremos, en la Calabria y la Campania meridionales, los *‘ndranghetisti* y los *camorristi* cavaron su propia tumba en el escenario de la posguerra, pero en Sicilia la Mafia tuvo diseñadores de alto vuelo.

Muchos sicilianos dudan cuando se aplica la etiqueta de «crimen organizado» a la Mafia. Los *mafiosi* son todos criminales y siempre lo han sido, pero los delincuentes comunes, por muy organizados que estén, no exhiben ni remotamente la clase de relaciones fraternales de que han disfrutado siempre los principales *mafiosi*. Está muy, muy lejos del horizonte mental de un delincuente común o habitual siquiera intentar modelar el destino institucional de su tierra natal de la forma en que los *mafiosi* sicilianos lo intentaron en 1943.

El delito más clamoroso y sangriento en el que la Mafia estaba envuelta era el bandolerismo. En el cénit de 1945, cientos de pandillas de bandidos merodeaban por el campo siciliano, muchas de ellas bien armadas, al punto de superar a la policía y los carabineros en las reyertas a tiros. El robo, la extorsión, el secuestro y el mercado negro daban a estos forajidos un flujo abundante de ingresos. Como era tradicional, más que unirse a los bandidos, los *mafiosi* preferían, siempre que fuera posible, «ordeñarlos» mediante un intercambio de favores. Por ejemplo, los bandidos podían destinar un porcentaje de sus ganancias a los *mafiosi*, quienes a su vez les facilitaban información sobre a quién secuestrar o atracar, cuándo y dónde habría redadas policiales y qué mediadores podían llevar a cabo los pagos de rescates con la necesaria discreción.

Poco después de la invasión aliada, los *mafiosi* se dedicaron a restablecer su antiguo feudo de «protección», alquiler y gestión de la tierra agrícola al oeste de Sicilia. Muchos de los terratenientes sicilianos más poderosos vivían en un decadente esplendor en Palermo, al tiempo que dejaban la gestión de sus vastas haciendas en manos de brutales intermediarios de la Mafia. De este modo, después de la guerra, los terratenientes designaron a individuos que habrían de convertirse en los más célebres cabecillas de las décadas de los cincuenta y sesenta como arrendatarios y administradores de sus tierras: fue el caso de Giuseppe Genco Russo de Mussomeli, y el asesino veinteañero Luciano Leggio, del pueblo agrícola de Corleone, en la provincia de Palermo. (Leggio tenía ya una orden de arresto pendiente cuando, tras la misteriosa muerte de su predecesor, se convirtió en administrador de la hacienda de Strasatto en 1945).

El negocio de la tierra condujo inexorablemente a la Mafia al terreno de la política. En cada levantamiento político de la historia reciente de Sicilia, los campesinos han reclamado a viva voz contratos más justos o incluso participación en las haciendas propiedad de los aristócratas sicilianos. Al final, las armas de la Mafia han expresado la respuesta definitiva a las demandas del campesinado.

Estaba claro que el tema de la tierra resurgiría después de la guerra y, cuando lo hizo, los terratenientes y *mafiosi* hicieron del terror un arma política. Con pistolas, ametralladoras y granadas, los *mafiosi* salían en grupo a eliminar militantes campesinos e intimidar a sus seguidores para reducirlos a la pasividad. El horrendo listado de sindicalistas y activistas de izquierdas asesinados comenzó en el verano de 1944 y no había concluido una década después. Por ejemplo, en el otoño de 1946, en la localidad cercana a Palermo de Belmonte Mezzagno, los campesinos constituyeron una cooperativa para asumir la administración de la tierra en una hacienda vecina. El 2 de noviembre, un escuadrón de la muerte compuesto por trece individuos apareció en un campo donde trabajaban muchos miembros normales de la cooperativa, y tomó de entre ellos a los hermanos Giovanni, Vincenzo y Giuseppe Santangelo, para ejecutarlos uno detrás de otro de un único disparo en la nuca.

Tanto los terratenientes como la Mafia temían que un nuevo gobierno democrático en Italia se viera obligado a hacer concesiones a los comunistas y, por ende, a los campesinos con ideas izquierdistas de Sicilia. En consecuencia, desde fecha tan temprana como 1943, los hacendados y la Mafia patrocinaron un movimiento para lograr la separación de la isla del resto de la península. El camino hacia a la independencia siciliana se planeó en una serie de reuniones celebradas en los años siguientes, y los vástagos de algunas de las familias más antiguas y rancias de Sicilia dieron la bienvenida en sus lujosas villas campestres a los mafiosos más antiguos de la isla. En una de aquellas reuniones, celebrada en septiembre de 1945, los jefes negociaron un trato para sumar a algunos bandidos al ejército en formación del movimiento separatista. A Salvatore Giuliano, el líder de la banda más famosa de todas, se le ofreció una gran suma de dinero, el grado de coronel y la promesa de una amnistía cuando se izara al fin la bandera de

Sicilia libre. A ello siguió una serie de asaltos a cuarteles de los carabineros que tenían el propósito de preparar el terreno para una insurrección general.

Al final no hubo tal insurrección separatista y el destartalado brazo militar del movimiento fue disuelto. Y lo que es más importante, su liderazgo político resultó sobrepasado en sus maniobras: en mayo de 1946, a Sicilia se le garantizó la autonomía y un parlamento regional propio, aunque permanecería dentro de Italia. Los *mafiosi* que habían apoyado el separatismo comenzaron entonces la búsqueda de nuevos socios políticos.

Si bien el separatismo estaba en declive en 1946, el aumento de la criminalidad en Sicilia se había vuelto más serio que nunca. Había pandillas de bandoleros, actuando a menudo al amparo de la Mafia, que robaban y secuestraban sin control. La policía y los carabineros enviaban a Roma información exhaustiva sobre todo ello. La Mafia estaba siempre en el centro del cuadro más bien lúgubre que ellos pintaban. Al igual que el capitán Scotten antes que ellos, no se engañaban respecto a la auténtica naturaleza de la Mafia, como lo deja muy claro este informe de octubre de 1946:

> La Mafia es una organización oculta que recorre las provincias de Sicilia y extiende sus tentáculos secretos a todas las clases sociales. Su objetivo exclusivo es enriquecerse por medios ilícitos a expensas de la gente honesta y vulnerable. La entidad ha reconstituido sus células o «familias», como se las denomina en la jerga local, especialmente en las provincias de Palermo, Trapani, Caltanissetta, Enna y Agrigento.

Estos fueron los años violentos que decidieron el futuro de Sicilia. No por casualidad, fueron a la vez los años en que los gobernantes de Italia decidieron olvidar todo cuanto sabían de la famosa «organización oculta» de Sicilia. El ejemplo más revelador de ese proceso de olvido no es una masacre de la propia Mafia o un informe secreto. Para entender cómo trabajaba de verdad la Mafia siciliana a finales de los años cuarenta, para entender su habilidad única de desvanecerse en el aire y, a la vez, infiltrarse en el aparato estatal, tendríamos que haber visto la primera película italiana que se rodó acerca de la Mafia.

Sicilia: *En nombre de la ley*

Es el mes de septiembre de 1948, pero los chamuscados parajes del interior de Sicilia que la cámara muestra parecen atemporales. Un hombre joven, ataviado con una chaqueta cruzada y un sombrero de ala ancha sobre su rostro anguloso, se yergue enhiesto en su montura. De pronto, se gira para escudriñar el paisaje lunar de polvo y rocas. A lo lejos ve un grupo de ocho siluetas a caballo que acaban de emerger sobre una loma y se recortan contra el cielo.

«La Mafia». El joven pronuncia la temible palabra en voz alta y su mandíbula se tensa por la determinación. Su nombre es Guido Schiavi y es magistrado, un adalid de la ley en la región. Esa es la confrontación que ha estado esperando tanto tiempo.

Los *mafiosi*, cada uno a lomos de una hermosa yegua de pura sangre, descienden la colina para salir al encuentro del magistrado en una cantera majestuosa. La banda sonora aporta un fondo de trompetas estridentes y cuerdas torrenciales a la cabalgata. Al aproximarse, Schiavi aprecia que todos llevan pantalones de pana y ropas de lino; todos con su gorra aplanada sobre el rostro impasible y de facciones marcadas; y todos con una escopeta echada al hombro.

Los *mafiosi* se detienen sobre un puente de poca altura. Su jefe, al que se conoce con el nombre de Turi Passalacqua, es inconfundible sobre su estatuaria yegua blanca y se alza el sombrero en señal de cortesía al dirigirse al magistrado.

> Buenos días, *voscenza*. Bienvenido a nuestra tierra, nos hace usted un gran honor… Es usted muy joven, caballero, y a mis amigos y a mí eso nos complace, porque sabemos que los jóvenes son puros de corazón. Es además inteligente, y estoy seguro de que habrá entendido ya la forma que el mundo adopta por aquí. Las cosas han sido de ese modo desde hace más de

cien años y todo el mundo está contento con ello.

El magistrado Schiavi no se impresiona con esta homilía. Solo objeta que también hay un montón de gente que está muy lejos de sentirse «contenta» con «la forma que el mundo adopta por aquí»: las víctimas de asesinato y chantaje y sus familias, por ejemplo; o los trabajadores rurales y los mineros del azufre que han sufrido agresiones brutales. Pero sus palabras no provocan siquiera un parpadeo de crispación en el semblante calmo del mafioso:

> Cada sociedad tiene sus defectos. Y, además, siempre es posible llegar a un acuerdo entre hombres de honor… Solo tiene que manifestar usted sus deseos.

Ahora es el magistrado el que no se inmuta. Y en un tono desafiante, pero igualmente templado, afirma que solo tiene un único deseo, un único deber: el de aplicar la ley.

Está claro que no hay acuerdo posible. Dos sistemas de valores opuestos acaban de desplegar sus fuerzas en el territorio. Parece inevitable un gran choque entre el Estado y la Mafia. Todo cuando le queda al *capomafia* Turi Passalacqua es ratificar su credo personal:

> Es usted un hombre valiente, pero aquí somos nosotros quienes hacemos la ley, de acuerdo con nuestras tradiciones ancestrales. Esto es una isla. El gobierno está muy lejos de aquí, muy lejos. Y si nosotros no estuviéramos aquí con nuestra propia forma de severidad, los delincuentes acabarían estropeándolo todo, igual que el ballico estropea el trigo. Nadie estaría ya a salvo en su propia casa. No somos delincuentes, sino hombres honorables: tan libres e independientes como los pájaros en el cielo.

Con ello, las trompetas y cuerdas afloran una vez más y vemos al pelotón de hombres de honor dar la vuelta y perderse galopando en la lejanía.

En la Italia de los años cuarenta, las películas eran mucho más que un mero entretenimiento. Los estudios estadounidenses habían boicoteado el mercado italiano en protesta por los intentos de Mussolini de controlar los

artículos importados. Durante el último lustro del fascismo, a los italianos se les negó su dosis semanal de celuloide californiano. Cuando, tras la liberación, se abrieron los cines y se reanudó el suministro desde Hollywood, los italianos volvieron a ir al cine en proporciones nunca antes vistas, mayores que en cualquier otro país europeo. El hechizo de Rita Hayworth y Glenn Ford mantenía la promesa de lo que la libertad y la democracia podían hacer por un país arrasado por la guerra y desmoralizado por la debacle del fascismo.

Con todo, un país que había vivido cambios tan traumáticos nunca llegaría a estar plenamente satisfecho con los subproductos procedentes de los estudios norteamericanos. De manera que, entre 1945 y 1950, el cine local quedó definido por la poética local y polvorienta de *Roma, ciudad abierta* de Roberto Rossellini o *Ladrón de bicicletas* de Vittorio De Sica. El «neorrealismo» fue la palabra de moda en lo cultural. Los directores neorrealistas tomaron sus cámaras y salieron a filmar en las calles asoladas por las bombas; hallaron melodramas conmovedores entre los campesinos que trabajaban fatigosamente en las terrazas agrícolas o vadeando los arrozales. El cine neorrealista parecía tan fiel a la vida real que era como si la historia se hubiese despojado de la piel y se hubiera transformado en película (por citar las palabras evocadoras de un crítico de la época). No ha habido otro momento en que el cine fuese tan importante para Italia en su empeño de imaginar sus propias luces y sombras.

Estrenada en los cines italianos en marzo de 1949, *In nome della legge* (*En nombre de la ley*) fue la primera película italiana sobre la Mafia. Una película que es una mezcolanza extraña: con muchos de los aditivos del cine neorrealista, sobre todo por su recurso del paisaje calcinado por el sol de Sicilia, pero también a caballo entre el neorrealismo y Hollywood. Su director, Pietro Germi, nunca había estado en Sicilia antes de que se iniciara el rodaje en 1948. Una vez más, su ignorancia del entorno importó bien poco, ya que nada más bajarse del ferry y poner un pie en la isla, supo lo que iba a encontrar: Arizona. *En nombre de la ley* pone en escena un matrimonio forzoso entre el neorrealismo y el género del *western*. La Sicilia de Germi es *Tombstone** con una guarnición mediterránea: un lugar de hombres de ley solitarios, miradas fijas y prolongadas y emboscadas en los

barrancos. Allí los trenes llegan a estaciones desiertas, el eco de los disparos retumba en los cielos abiertos y los hombres entran en bares a beber anís como si estuviesen tomándose un trago de whisky.

La lógica de Germi fue que el escenario casi igual al Lejano Oeste conferiría mayor dramatismo al duelo entre el juez solitario y su adversario criminal. El musculoso e idolatrado actor Massimo Girotti, en el papel del joven magistrado Guido Schiavi, habría de ser el equivalente italiano a John Wayne. Pero la cámara de Germi está aún más obsesionada con Turi Passalacqua, el jefe de la Mafia, interpretado por el veterano actor francés Charles Vanel: siempre se lo filma desde abajo, recortado contra un cielo claro, como si fuera mitad ranchero de rasgos duros y mitad sabio apache.

Es obvio que la combinación de vaqueros y capos funcionó bien. «Frenética ovación», se dijo al reseñar las primeras proyecciones. *En nombre de la ley* pasó a ser la tercera película más popular de la temporada 1948-1949 en Italia, lo que le granjeó un total de cuatrocientos un millones de liras (el equivalente aproximado de unos siete millones de euros al valor de 2011) en taquillas y un éxito comercial a la par de clásicos hollywoodenses como *Fuerte apache* y *El tesoro de Sierra Madre*.

Como suelen ser hoy las películas relativas a la Mafia, *En nombre de la ley* puede resultar a primera vista pintoresca, ahora que nuestro gusto se ha habituado a productos como *Buenos muchachos* y *Gomorra*. Con todo, la película de Germi es también siniestra a su manera: hay una historia de fondo desbordante de oscuras sorpresas y un contexto de violencia y arrogancia mafiosas sin precedentes. Los clásicos fílmicos más recientes acerca de la Mafia, como *El padrino*, se critican a menudo por otorgar una pátina de glamuroso atractivo al crimen organizado, pero a este respecto la película de Coppola no es nada en relación a *En nombre de la ley*. Los créditos del principio despliegan una advertencia conocida: «Toda referencia a hechos, lugares y personas reales es pura coincidencia», pero esto dista con mucho de ser cierto.

En nombre de la ley se basó en una novela y se inspiró en el ejemplo del autor de esa novela. Escrita a principios de 1947, *Piccola Pretura* («Prefectura local») fue obra de Giuseppe Guido Lo Schiavo, una de las principales autoridades en el tema de la Mafia siciliana. Nacido y criado en

Palermo, Lo Schiavo fue un héroe de la Primera Guerra Mundial que, al término del conflicto, pasó a la primera línea de la lucha contra el crimen organizado en su isla natal.

La vida de Lo Schiavo estuvo íntimamente vinculada con la historia de la Mafia siciliana bajo el fascismo. En 1926 era, él mismo, un joven magistrado, como el héroe de su novela. (La semejanza entre los nombres del autor y el protagonista —Giuseppe Guido Lo Schiavo/Guido Schiavi— no es fortuita). Ese año, la dictadura de Benito Mussolini lanzó una dilatada ofensiva contra la Mafia. El Duce se jactaba de que el «escalpelo» fascista extirparía de Sicilia el «cáncer de la delincuencia». La policía y los carabineros lideraron la ofensiva, y los fiscales como Lo Schiavo tuvieron la labor de preparar las pruebas necesarias para transformar cientos de arrestos en condenas judiciales.

Lo Schiavo estuvo entre los más entusiastas instrumentos de la represión fascista. En 1930, uno de los abogados defensores de los mafiosos, Giuseppe Mario Puglia, publicó un ensayo proclamando que la Mafia no era una sociedad criminal secreta. En rigor, los *mafiosi* no eran siquiera criminales. El mafioso era más bien un individualista incorregible, «un hombre que se niega de manera instintiva a reconocer a nadie como superior a su propio ego». Todavía más, el mafioso es un siciliano típico, puesto que esa altivez y autonomía exageradas han arraigado en la psique de los isleños como una forma de resistir a varios siglos de invasiones foráneas. Por tanto, reprimir a la Mafia significaba inevitablemente reprimir al pueblo siciliano. El ensayo de Puglia expresaba, en otras palabras, lo que Lo Schiavo pondría luego en boca del jefe mafioso, Turi Passalacqua, en *En nombre de la ley*.

Lo Schiavo se negó a permitir que el alegato del abogado defensor se admitiera sin protestas, de modo que replicó en un panfleto que es una pequeña obra maestra de ira contenida. La Mafia, según sostenía Lo Schiavo, era «un sistema criminal»; no era solo ilegal, sino «un organismo antilegal cuyo único propósito era enriquecerse por medios ilícitos».

Lo Schiavo seguía dando una lección sobre la historia de la Mafia al abogado de la Mafia. La primera aparición de la Mafia siciliana fue el resultado de la violencia política del *Risorgimento*, el movimiento

decimonónico que acabó convirtiendo los estados dispersos de Italia en una nación unificada. Todos los revolucionarios necesitan a hombres fuertes para convertir sus ideales en realidad, explicaba Lo Schiavo, y los revolucionarios de la Sicilia previa a la unificación no habían sido la excepción a esa regla: habían dado con la fuerza muscular que requerían, entre los temibles vigilantes, capataces y hombres valientes que dominaban el campo siciliano. De esta forma, se hizo un pacto entre, por un lado, los matones más duros y ambiciosos de la isla, y por otro, los patriotas que conspiraban para hacer de Italia una nación. Un pacto que no se rompió cuando Sicilia pasó a ser parte de un Estado italiano unificado en 1860 y los conspiradores patriotas se unieron a la clase gobernante del país.

Muchos de los patriotas que conspiraban eran miembros de la francmasonería o de sectas al estilo masónico, decía Lo Schiavo. Y los más inmorales de entre ellos enseñaron a sus amigos rufianes los grandes beneficios que podría obtener una red criminal si era capaz de estructurarse a sí misma según el modelo de la francmasonería.

Lo Schiavo había investigado además la historia económica de la Mafia. Sabía que esta se había enriquecido en primera instancia al organizar redes de soborno a cambio de protección en los valiosos limonares y naranjales que rodeaban Palermo. Por entonces, esas plantaciones de limoneros y naranjales constituían una de las tierras agrícolas más rentables de Europa. Los *mafiosi* exigían dinero a cambio de «vigilar» los limonares en nombre del terrateniente, para prevenir que alguien los arrasara en actos vandálicos. Alguien que bien podía ser un mafioso, claro. Estas redes de extorsión darían a los miembros de la Mafia el poder de base que requerían para controlar todo el mercado de los cítricos.

El miedo a la Mafia impregnaba a toda la comunidad en la región occidental de Sicilia, una cadena que llegaba hasta niveles tan altos como el mismo parlamento. Cualquier cosa desfavorable que se dijera de la Mafia llegaba inevitablemente a oídos hostiles. Y esa es, según argumentaba Lo Schiavo, la razón de que tantos sicilianos hayan repetido el mismo sinsentido en frases como: «la Mafia no existe; en el peor de los casos, los *mafiosi* son solucionadores de problemas a nivel local, que encarnan la típica altivez siciliana y la aspereza contra la autoridad». Hasta los

terratenientes, que eran, en teoría, las víctimas más destacadas de la Mafia, habían adoptado esta ficción y se habían adherido a la creencia de que la Mafia era de algún modo buena para la paz social, la ley y el orden. Por el contrario, Lo Schiavo decía que la Mafia era «un programa para explotar y perseguir a los miembros honestos de la sociedad, ocultándose tras una reputación de presunto coraje y de ser una benefactora, lo que solo era una falaz basura».

Así, a comienzos de los años treinta, el hombre que habría de inspirar más tarde la película *En nombre de la ley* era un cruzado antimafia con el valor suficiente para involucrarse en una disputa pública con los abogados defensores de los mismos cabecillas del crimen. En 1948, Lo Schiavo se había convertido en uno de los jueces con más experiencia del país, un fiscal de la Corte Suprema en Roma. Ese año publicó su novela, que fue inmediatamente adaptada al cine.

Tanto la novela como la película cuentan la sencilla historia de un joven magistrado, Guido Schiavi, destinado a un pequeño pueblo remoto de las áridas tierras del interior de Sicilia. En ese lugar sin ley, la Mafia rige sin control y gestiona una red de chantaje y protección a costa de la hacienda de un terrateniente local. Cuando los bandidos matan a uno de los hombres del terrateniente, el *capomafia* Turi Passalacqua va a por ellos: los bandidos acabarán atados y arrojados a un pozo seco, o sencillamente asesinados de un tiro en la espalda en algún barranco de las montañas.

El joven magistrado investiga esta serie de asesinatos, pero queda paralizado por el terror de la gente del pueblo. Cuando el valiente Schiavi se enfrenta al *capomafia* Turi Passalacqua en su yegua blanca, se resiste a los empeños del cabecilla de convencerlo de la manera de pensar de la Mafia (en la escena con la que empezó este capítulo).

Al final, Schiavi sobrevive por poco a un intento de asesinato. Resignado a la derrota, decide abandonar al fin su cargo y volver a Palermo, la capital siciliana, pero justo cuando está a punto de subir al tren rumbo a una vida segura, se entera de que su único amigo en el pueblo, un honesto muchacho de diecisiete años llamado Paolino, ha sido asesinado por un mafioso renegado. Indignado y fuera de sí, Schiavi regresa al pueblo, donde hace sonar las campanas para convocar a toda la población en la *piazza*,

emplazándola a asumir un compromiso definitivo. El Estado y la Mafia se hallan a un paso de su encuentro decisivo, en la que resulta, quizá, la escena culminante más extraña de cuantas ha habido en la larga historia de las películas de gángsteres.

La campana de la iglesia resuena sin cesar, con su convocatoria urgente a través del polvo de la *piazza*, por encima de los tejados bañados por el sol y llegando hasta los campos circundantes. En pantalla vemos cómo los mineros de azufre desempleados, que estaban echando una siesta sentados en el bordillo de la acera, alzan la cabeza al oír las campanadas. La cámara enfoca entonces a las mujeres, jóvenes y viejas, que se asoman a la calle envueltas en sus chales negros; y enseguida al distinguido club en que el alcalde y sus amigotes detienen su partida de bacará y se giran en dirección al origen de la alarma.

Sin mayor discusión, se ponen todos de pie y caminan en dirección a las campanadas. Los muleros apenas si alcanzan a amarrar a sus bestias. Los labriegos dejan caer el azadón en los surcos. Muy pronto, un aluvión de gente converge en la *piazza*. Guiados por Turi Passalacqua a lomos de su yegua blanca, incluso los *mafiosi* —acompañados como siempre por el rítmico trompeteo del tema que lleva su firma— cabalgan hacia el pueblo para unirse a la multitud reunida ante las escalinatas de la iglesia.

Se oye murmurar a la multitud con ansiosa curiosidad cuando el joven magistrado Guido Schiavi aparece en las puertas del templo. Al comenzar su arenga se hace el silencio: «Ahora que estáis todos aquí, declaro que esto es un juicio. Hace escasa media hora encontramos el cuerpo de Paolino, acribillado por una escopeta de dos cañones. Tenía diecisiete años y nunca hizo daño a nadie…».

Schiavi observa a la muchedumbre mientras habla, buscando mirar directamente a los ojos a cada persona allí presente. Entonces, contemplándolos con aún más intensidad, el juez se dirige al grupo de hombres montados a caballo y de expresión pétrea: «Vosotros, hombres de la Mafia. Y usted, Turi Passalacqua. La marca sangrienta y feroz de vuestra propia justicia solo castiga a quienes os ofenden y solo protege a los hombres que cumplen vuestros veredictos».

Ante estas palabras, uno de los *mafiosi* alza su escopeta y apunta con ella al magistrado, pero su jefe, haciendo un gesto suave con la mano, le baja el cañón.

Guido Schiavi no vacila ni un segundo: «Y escogéis dejar vuestra marca de la justicia antes que la verdadera ley, la única ley que nos posibilita vivir entre nuestros vecinos sin despedazarnos como las bestias. ¿No es así, *massaro* Passalacqua?».

Todos los presentes en la *piazza* alzan el cuello para ver cómo va a reaccionar el *capomafia* ante este pasmoso desafío. Se da un cambio sutil en su expresión, lo que nos sugiere que está en conflicto: su serenidad habitual ha desaparecido, y se ha convertido en solemnidad. Filmado una vez más contra el cielo, Turi Passalacqua inicia un discurso de trascendencia histórica:

Esas son palabras muy duras, magistrado. Hasta aquí, nadie se había dirigido a nosotros con palabras tan duras. Pero yo creo que sus palabras son también justas. Mi gente y yo no hemos venido hoy al pueblo para oír su discurso… Pero escucharlo me ha llevado a pensar en mi hijo, y en que me sentiría orgulloso de oírlo hablar así. De manera que les digo a mis amigos de este pueblo que ha llegado el momento de cambiar el curso de los hechos y retomar el camino de la ley. Quizá todos los que estamos aquí matamos de algún modo a Paolino, pero

solo uno de nosotros apretó el gatillo. Así que, en este mismo instante, le entrego a usted a esa persona para que pueda ser juzgada en conformidad con la ley del Estado.

Entonces se da la vuelta y, con un simple gesto con la cabeza, da la orden a su tropa. Entre un rumor altisonante de pezuñas, los hombres de honor acorralan al asesino antes de que pueda huir: es el mafioso renegado, Francesco Messana.

El magistrado avanza acompañado por dos carabineros: «Francesco Messana, queda usted arrestado en nombre de la ley».

Se llevan al asesino a otro lugar. El juez se vuelve entonces y, con la mirada encendida de agradecimiento, mira hacia arriba al jefe de la Mafia para pronunciar las palabras finales de la cinta: «¡En nombre de la ley!».

Y con ello tenemos otra toma de Turi Passalacqua recortado contra el cielo de fondo. Ha recobrado la serenidad y en sus labios juguetea una sonrisa. La música de cabalgata de la Mafia sube de volumen una vez más. Al desplegarse los créditos, el cabecilla gira a su yegua blanca para guiar a los *mafiosi* en su heroico galope hacia el crepúsculo.

Los *mafiosi* no son criminales, es lo que viene a decirnos *En nombre de la ley*. Turi Passalacqua es un hombre que vive de acuerdo con un código de honor, el cual, a su manera un poco primitiva, es una ley tan admirable como la que el magistrado Guido Schiavi está intentando defender. Si a los *mafiosi* como él se les habla en el tono de voz firme y apropiado, pasarán a ser servidores de la paz y el orden. Al final de la película, la Mafia encuentra su verdadera vocación, la mejor forma de encarnar sus valores tan profundamente arraigados: se convierte en una fuerza policial auxiliar. Si Sicilia fuera de verdad Arizona, y *En nombre de la ley* una auténtica película de vaqueros, no sabríamos cuál de los dos individuos debería llevar la placa de comisario.

En nombre de la ley no es una película sobre la Mafia, sino más bien propaganda a favor de ella, una variante astuta y elegante del tipo de «falaz basura» contra la que Giuseppe Guido Lo Schiavo había hecho fuertes críticas en los años treinta. En los cuarenta, cada nuevo día de caos en Sicilia se sumaba a una montaña de pruebas de que los *mafiosi* eran de todo menos afines al imperio de la ley. Pese a ello, esa fue precisamente la época en la que la visión que Lo Schiavo tenía de la Mafia sufrió un revés extraordinario. Lo Schiavo pasó a ser un converso devoto de las falacias de la Mafia.

Ahora bien, los que tiendan a ser generosos con Giuseppe Guido Lo Schiavo podrán suponer que la película de Pietro Germi cambió el

verdadero significado de la novela del magistrado Lo Schiavo, al poner un final feliz típico de Hollywood en una historia siciliana bastante más sombría. Y es cierto, por lo demás, que en 1948 hubiera sido una osadía crear un retrato genuino y realista de la Mafia. Durante la producción circularon, de hecho, rumores de que, a la llegada del director Pietro Germi a Sicilia, varios *mafiosi* de alto rango se pusieron en contacto con él, y le advirtieron que no le permitirían empezar su trabajo hasta que ellos mismos hubiesen aprobado el guión. Tras el estreno de la película, durante una conferencia de prensa, un joven siciliano que estaba entre el público discutió con Germi sobre la veracidad de la vida de los hombres de honor que presentaba su película: ¿acaso no sabía el director que la Mafia real había asesinado a docenas de personas? A lo cual Germi solo pudo dar una lacónica respuesta: «¿Y qué esperaba usted? ¿Que tuviera yo el mismo final?».

Pero las dificultades locales que pueda haber afrontado Germi en Sicilia no justifican en absoluto a Giuseppe Guido Lo Schiavo, cuya novela es, en rigor, incluso más pro mafia que *En nombre de la ley*. En la historia de Lo Schiavo, el jefe mafioso Turi Passalacqua es «la encarnación misma de la sabiduría, la prudencia y la calma…, con su panza hinchada, la cabeza rapada y la sonrisa de un Buda benevolente».

La conclusión es ineludible: un juez que fue el azote de la Mafia a principios de los años treinta era, a mediados de los cuarenta, un portavoz entusiasta de las mistificaciones que bien podrían haber hecho suyas los más maliciosos abogados de la propia Mafia. Alguna vez, Giuseppe Guido Lo Schiavo había desdeñado la forma en que «la literatura y el drama glorificaban la figura del mafioso». Ahora era él mismo quien escribía ese tipo de literatura.

¿Por qué? ¿Qué hizo que Lo Schiavo diera un giro tan descarado a su visión del asunto?

Lo Schiavo era un conservador cuyas simpatías políticas lo habían hecho devoto del régimen de Mussolini en los años veinte y treinta. Tras la liberación, su propio conservadurismo sirvió para que se hiciese amigo de los criminales más sangrientos de la isla. La reescritura que el magistrado-novelista hizo de la historia de la Mafia en *Prefectura local* expresa una

convicción tácita y profundamente cínica: era mejor la Mafia que los comunistas. Este simple axioma bastó para que Lo Schiavo olvidara su propio conocimiento, que tanto le había costado adquirir, del «sistema criminal» de Sicilia y renunciara a su fe en el imperio de la ley, que era el etos de base en su vocación de juez.

Turi Passalacqua, el heroico jefe bandolero de *En nombre de la ley*, era tan poco realista que resultaba ridículo, pero, en una paradoja muy propia del carácter siciliano, era a la vez terriblemente fiel a la realidad. Puede que *En nombre de la ley* fuese una fantasía cinematográfica, pero no por ello dejaba de glorificar un trato muy real entre la Mafia y el Estado en los primeros años de la República Italiana.

Sicilia es una tierra de extrañas alianzas: entre la aristocracia terrateniente y los mafiosos dentro del movimiento separatista, por ejemplo. Y, una vez que el separatismo decayó, las presiones políticas y delictivas de 1946-1948 generaron una convergencia aún más rara de intereses: entre los conservadores, la Mafia y la policía. Es esa alianza la que celebra *En nombre de la ley* a través del personaje ficticio del jefe mafioso Turi Palassacqua, dando sermones a lomos de su yegua blanca.

En 1946, la policía y los carabineros advertían al gobierno de Roma que iban a requerir de un apoyo mucho más intenso para derrotar a la Mafia, visto que la organización contaba con demasiados amigos entre la élite siciliana, amigos a los que ayudaba en tiempo de elecciones proporcionándoles votantes. Pero en Roma ignoraron tales avisos. Bien podía ser que los políticos conservadores estuvieran acobardados ante la perspectiva de imponerse a una clase dominante en una isla cuya lealtad a Italia era dudosa, pero cuyo conservadurismo estaba fuera de dudas. O bien, lo que era todavía más cínico, podía ser que esos políticos razonaran que en realidad la campaña de terror desde las bases contra el movimiento campesino de izquierdas les resultara provechosa. De manera que les indicaron a la policía y a los carabineros de Sicilia que se olvidaran de la Mafia (en otras palabras, que se olvidaran de la verdadera causa del aumento de actos criminales) y dieran prioridad a la lucha contra el bandolerismo.

La policía sabía que, para luchar contra el bandolerismo, necesitaría

ayuda; por supuesto, ayuda de los *mafiosi*, dispuestos a facilitarles información desde el interior sobre los movimientos de las pandillas. Por su parte, los *mafiosi* eran conscientes de que explotar a los bandidos no era un negocio a largo plazo. De manera que, cuando los sujetos que estaban fuera de la ley agotaban su utilidad, los *mafiosi* los traicionaban ante la ley para granjearse amigos en las altas esferas. Los «mafiólogos» italianos tienen un término para este acuerdo tradicional entre la policía y la Mafia: lo llaman «gestión conjunta» del delito.

A través de distintos canales ocultos, la ayuda que la policía requería de la Mafia pronto empezó a llegar. A finales de 1946, los bandidos que habían hecho de Sicilia un territorio sin ley ni orden desde la invasión aliada de 1943, fueron eliminados con rapidez. Hasta entonces, las patrullas policiales habían rastreado los páramos agrestes de Sicilia occidental sin haber logrado jamás atrapar a ninguna pandilla. A partir de entonces comenzaron a caer, misteriosamente, justo sobre sus objetivos, a los que eliminaban o capturaban. Con suma frecuencia, los caciques bandoleros eran entregados ya muertos. Justo como les ocurría a los bandidos en *En nombre de la ley*, los ataban y arrojaban a un pozo seco, o sencillamente los asesinaban por la espalda en un barranco de las montañas.

Así, en los albores de la democracia italiana, la Mafia era exactamente lo que siempre había sido. Era exactamente lo que el juez antimafia Giuseppe Guido Lo Schiavo, el capitán William Everett Scotten, oficial de inteligencia estadounidense, y muchos otros policías y carabineros habían descrito: una sociedad secreta de criminales sanguinarios, que se dedicaba a enriquecerse por medios ilegales, una fuerza reunida para asesinar, incendiar, secuestrar y mutilar.

Pero al mismo tiempo, con alguna que otra licencia literaria, la Mafia era exactamente lo que el novelista Giuseppe Guido Lo Schiavo y el director de cine Pietro Germi habían retratado: una fuerza policial auxiliar y un protector del statu quo político en una isla llena de problemas. Sin dejar de liderar un «sistema criminal», los jefes más astutos de la organización se habían puesto el disfraz que los conservadores querían que llevasen. Erguidos sobre sus blancas yeguas imaginarias, los *mafiosi* asesinaban a los bandidos que se habían convertido en obstáculos políticos o eliminaban a

los militantes campesinos que se negaban a entender cómo funcionaba todo en Sicilia. Y, por supuesto, la mayoría de los crímenes políticos de la Mafia en la posguerra quedaron sin resolver, todo con la ayuda de la ley.

La principal contienda electoral de la Guerra Fría en Italia fueron las elecciones generales del 18 de abril de 1948. Un llamativo cartel electoral mostraba los rostros de Spencer Tracy, Rita Hayworth, Clark Gable, Gary Cooper y Tyrone Power, y proclamaba: LAS ESTRELLAS DE HOLLYWOOD SE ALINEAN CONTRA EL COMUNISMO. Pero fue ante todo el Plan Marshall —el gran programa de ayuda económica a Italia— lo que aseguró la derrota del Partido Comunista Italiano y sus aliados. El PCI siguió estando en la oposición parlamentaria, en la cual habría de permanecer durante medio siglo. Los ganadores de las elecciones, la Democracia Cristiana, asumieron el gobierno, en el que habrían de permanecer durante el siguiente medio siglo. Como trincheras excavadas en la tundra, las líneas de la Guerra Fría, dentro de la política italiana, estaban ahora congeladas en su sitio.

Pocas semanas después de esas elecciones generales que marcaron un antes y un después, el oficial de la ley más antiguo de Sicilia declaró que «la Mafia nunca ha sido tan poderosa y organizada como lo es hoy». Nadie le hizo caso.

El Partido Comunista y sus aliados eran los únicos que no estaban dispuestos a olvidar. En Roma hicieron todo lo posible por denunciar la tolerancia de los democristianos con la Mafia en Sicilia. La izquierda parlamentaria denunciaba cómo los políticos de la DC hacían favores a los jefes mafiosos y los utilizaban como operadores electorales. Protestas que habrían de continuar durante los siguientes cuarenta años; pero el PCI no logró nunca el apoyo necesario para formar gobierno; era un conglomerado inelegible y, en consecuencia, impotente. En junio de 1949, solo unas semanas después de estrenarse *En nombre de la ley* en los cines de Italia, el ministro del Interior Mario Scelba se dirigió al Senado. Scelba tenía acceso a toda la información de que disponía la policía sobre la Mafia en Sicilia, pero aun así se burló de la preocupación de los comunistas por el crimen

organizado y dio una charla muy elemental sobre lo que la Mafia significaba en realidad para los sicilianos como él:

> Si pasa una chica de buen ver, un siciliano te dirá que es una mafiosa. Si un chico está muy adelantado a su edad, un siciliano te dirá que es un mafioso. La gente habla de la Mafia sazonándola con toda clase de salsas, y a mí me parece que el asunto se ha exagerado.

Lo que Scelba quería decir era que la Mafia, o, mejor dicho, la cualidad típicamente siciliana conocida como «mafiosidad», era una parte tan consustancial a la vida de la isla como los *cannoli* y la *cassata*, e igual de inofensiva. El mundo debería olvidarse de ese asunto de la Mafia, fuera lo que fuese, y ocuparse de temas más serios.

Durante más de cuarenta años, a partir de la instauración de la República, el partido de Scelba, la DC, proporcionó a la Mafia sus amistades políticas más fiables, aunque la DC no era de ningún modo una mera fachada de la Mafia. De hecho, ella misma era una bestia política híbrida y enorme. Entre sus seguidores había gente del norte y del sur, cardenales y capitalistas, funcionarios y tenderos, banqueros y familias campesinas cuya única fuente de ingresos era un pequeño trozo de tierra. Lo único que ese heterogéneo electorado tenía en común era el miedo al comunismo.

En Sicilia y en el sur, la DC encontró una categoría de líderes políticos que habían dominado la escena desde antes del fascismo: los «grandes de Italia». El típico «grande» del sur era un terrateniente o abogado a menudo acaudalado, pero incluso más rico en contactos con la Iglesia y el gobierno. El clientelismo era la manera de hacer las cosas: convertir recursos públicos (salarios, contratos, créditos estatales, licencias… o tan solo ayudas para abrirse paso a través de la densa maraña de regulaciones) en un botín privado que se repartía entre un largo convoy de familiares y seguidores. Mediante el clientelismo, los grandes digerían primero las estructuras anónimas del gobierno y luego las excretaban en una red de favores, y los *mafiosi* eran sus aliados naturales. Lo mejor que se puede decir del vínculo de la DC con la Mafia es que el partido estaba demasiado fragmentado y dividido en facciones como para confrontarse alguna vez con los grandes y aislarlos.

Bajo el fascismo, como en muchas ocasiones anteriores, la policía y los magistrados habían elaborado un concienzudo retrato-robot de la organización interna de la Mafia, el «sistema criminal». Ahora, en la era de la Guerra Fría y los democristianos, esa imagen se desmembró y se reconstruyó para conformar los rasgos solemnes de Turi Passalacqua. Era mejor la Mafia que los comunistas. Era mejor la tierra de fantasía de los vaqueros hollywoodenses que aparecía en *En nombre de la ley*, que un intento serio de entender y neutralizar el sistema criminal de la isla, del que formaban parte muchas figuras clave afines al partido gobernante.

Gracias al éxito de *En nombre de la ley* y a su prestigiosa carrera como juez, Giuseppe Guido Lo Schiavo pasó a convertirse en el principal experto italiano en la Mafia en los años cincuenta y nunca perdió oportunidad de reforzar las mismas falsedades que ya había articulado en su novela. Y, lo que era aún más preocupante, se convirtió en profesor de derecho en la escuela de formación de los carabineros, jefe de la comisión nacional de censura cinematográfica y juez de la Corte Suprema.

En 1954, incluso escribió una vehemente elegía del venerable *capomafia* don Calogero Vizzini, que acababa de morir en paz en su casa de Villalba. Vizzini había sido uno de los protagonistas en todos los cambios que vivió la historia de la Mafia en los años dramáticos que siguieron a la liberación. En 1943, cuando se lo nombró alcalde de Villalba bajo el AMGOT, el viejo cabecilla de sesenta y seis años por entonces tenía ya una vasta trayectoria como extorsionador, cuatrero, activista del mercado negro y empresario del azufre. En septiembre del año siguiente, los hombres de Vizzini causaron sensación a nivel nacional al arrojar granadas en el acto de un líder comunista que había acudido a Villalba para dar un discurso. Vizzini fue uno de los líderes del movimiento separatista, pero, cuando la estrella del separatismo decayó, se unió a los democristianos. Al funeral del anciano asistieron, en julio de 1954, jefes mafiosos procedentes de toda la isla.

Giuseppe Guido Lo Schiavo consideró la muerte de Calogero Vizzini

una oportunidad de reiterar su papilla habitual acerca de la Mafia, pero, curiosamente, también reveló que un domingo de 1952, en Roma, el viejo y gordo cabecilla había hecho una visita a su casa. Recordaba vívidamente haber abierto la puerta a su invitado y haber quedado embelesado por un par de ojos «afilados, magnéticos». El magistrado había esbozado una bienvenida cortés pero nerviosa: «*Commendatore* Vizzini, mi nombre es…».

«Para usted, no soy un *commendatore*», fue la respuesta, al tiempo que Vizzini entraba con su balanceo característico al estudio tapizado de libros y dejaba caer su carnosa estructura en el sofá. «Llámeme tío Calò».

El tono del tío Calò era severo, pero su conducta era muy honesta. Elogió a Lo Schiavo como un hombre de ley que había jugado duro pero con lealtad. Ambos hombres estrecharon su mano en señal de mutuo respeto. Lo Schiavo nos cuenta que, al mirar al tío Calò, se acordó de una imagen del pasado, de sus primeros años como juez antimafia en Sicilia, cuando se topó por primera vez con un viejo y corpulento cabecilla mafioso que montaba siempre una yegua blanca. Concluyó su recuerdo del tío Calò con buenos deseos para su sucesor dentro de la Mafia: «Espero que sus esfuerzos avancen por el camino del respeto a las leyes del Estado y el progreso social de todos».

El relato que hizo Lo Schiavo de su conversación con don Calogero Vizzini es tan ficticio como cualquiera de sus novelas, pero el encuentro en sí ocurrió de verdad. La razón de la visita del tío Calò fue que estaba inmerso en una serie de juicios a raíz del ataque con granadas de 1944. Hacía solo tres días, la Corte Suprema había emitido un veredicto de culpabilidad contra él, pero el proceso legal aún debía seguir un largo trecho y el tío Calò sabía casi con certeza que moriría antes de conocer el interior de una celda. La verdadera razón de su visita a Lo Schiavo podría haber sido simplemente la de darle las gracias, ya que el célebre magistrado novelista tenía que presentar las pruebas de la fiscalía ante la Corte Suprema. Queda la sospecha de que, entre bastidores, el juez echara un cable al jefe mafioso para aligerar su proceso.

En la Italia actual, si cualquier magistrado recibe una visita de un jefe mafioso, se le sometería a investigación de inmediato. Pero en el mundo

conservador de la Italia democristiana, los asuntos entre la Mafia siciliana y los jueces se solucionaban de una manera más amistosa. El Estado y la Mafia formaban una sociedad, todo en nombre de la ley.

Calabria: el último bandido romántico

Como la Mafia siciliana, la calabresa era a su vez una sociedad secreta y bajo juramento, inspirada en la francmasonería. Compartía algo de la jerga criminal de la Mafia siciliana —la *omertà*, el sentido del honor y cosas parecidas— y sus afiliados se dedicaban a las mismas actividades cotidianas de extorsión y contrabando. Aun así, ambas entidades no estaban directamente vinculadas y distaban mucho de ser idénticas: tenían una estructura diferente, ritos diferentes y distinta terminología. En Calabria, por ejemplo, a los jefes se los denominaba *capibastone* («capos de la porra»). La mafia calabresa nació después que la Mafia siciliana y provenía de orígenes más humildes: surgió del interior del sistema de prisiones en la década de 1880, para colonizar los prostíbulos y las tabernas. Afloró a la superficie primero en Reggio Calabria y en los pueblos agrícolas de la angosta franja costera de la región. Al poco tiempo, se difundió a las montañas que ocupan buena parte de la Calabria meridional.

Poco después de haber surgido, la mafia calabresa estableció redes de cuatrerismo y soborno a cambio de protección. Los criminales comenzaron a acumular fortunas. Se hicieron amistades políticas. Y la policía concedió dejar en paz a los cabecillas a cambio de información relativa a delincuentes de poca monta. Los sucesivos gobiernos de Roma hicieron poco por rectificar la situación, puesto que se apoyaban en representantes calabreses cuando se trataba de formar coaliciones en el Parlamento. La mafia se convirtió en una faceta habitual de la clase dominante en Calabria.

Igual que en Sicilia, el fascismo lanzó una campaña de represión contra la mafia de Calabria, que se tradujo en cientos y cientos de arrestos. En uno de los muchos juicios importantes que les siguieron, celebrado en 1932,

noventa individuos fueron acusados de pertenecer a la «honorable familia Montalbano», uno de los varios títulos, como la «honorable sociedad» o la «sociedad de la hebilla», que la mafia calabresa utilizaba por entonces. (El nombre habría de cambiar de nuevo: no fue sino hasta 1955 que la mafia calabresa adquirió el nombre de ‘Ndrangheta, que emplea hasta hoy).

Los investigadores asignados al caso en 1932 descubrieron que la organización estaba dividida en células locales o *‘ndrine* (bien puede ser que el término provenga de *malandrina*, el rótulo empleado para la sección de la cárcel reservada a los gángsteres). A diferencia de las familias dentro de la Mafia siciliana, estas células calabresas tenían una doble estructura: para mayor secretismo, los miembros antiguos pertenecían a la llamada «Sociedad Mayor», en tanto la «Sociedad Menor» incluía a los reclutas menos fiables y obligados a una «absoluta obediencia a sus superiores jerárquicos». Los archivos judiciales del proceso reflejan un cuadro alarmante de cómo la disciplina interna de la ‘Ndrangheta le posibilitaba infiltrarse en todos los rincones de la vida calabresa:

> Así es como la mafia interfería en todos los asuntos imaginables: cuando uno de sus afiliados consideraba que algo le interesaba, intervenía incluso en las disputas dentro de familias que no tenían nexo alguno con la organización. Los contratos gubernamentales, los proyectos de construcción, la burocracia estatal: todo era invadido por la organización. Las elecciones eran un objetivo especial. Las armas de campaña más poderosas y el camino más seguro a la victoria en las urnas venían dados por esta secta de matones rigurosamente disciplinados.

Los investigadores del caso de 1932 creían que la mafia calabresa contaba incluso con su propio cuerpo de gobierno, conocido como la *Criminale*, el cual intervenía para solucionar disputas dentro de las varias *‘ndrine* a lo largo y ancho de la provincia de Reggio Calabria. En cierta ocasión, durante la Primera Guerra Mundial, la *Criminale* intervino en los asuntos de la *‘ndrina* de Santo Stefano, cuando dos miembros de la secta estaban enconados entre sí porque ambos se habían comprometido en matrimonio con la misma mujer. Esto no era ninguna telenovela de delincuentes, no había nada frívolo o divertido en la reyerta. A esas alturas de su propia historia, la honorable sociedad de Calabria había aprendido lo importante que era, en términos políticos, el matrimonio. Al dejar de lado el

proxenetismo como fuente de ingresos, y en lugar de ello sentar cabeza, los *mafiosi* podían fundar dinastías criminales y legar a sus hijos su riqueza obtenida por medios ilegales; podían hacer alianzas dentro de la organización o llegar a acuerdos de paz con enconados adversarios. Eran lecciones que los mafiosos sicilianos habían aprendido antes que ellos. Ahora, en Calabria, los enlaces conyugales mafiosos se estaban convirtiendo en un asunto tan significativo como lo eran desde hacía mucho en Sicilia.

Así que la ‘Ndrangheta no era una simple pandilla: como la Mafia siciliana, era un gobierno paralelo, una enredadera parasitaria que se había entretejido tan a fondo con las ramas del Estado que ahora constituía una estructura incluso más sólida que la del árbol del que se nutría. Como en Sicilia, el entusiasmo fascista por neutralizar a la mafia en Calabria no duró mucho. El partido, como cualquier otra autoridad en la provincia de Reggio Calabria, estaba corrupto y carecía de contenido. Al final, resultó mucho más sencillo aparentar que el problema se había resuelto y prohibir cualquier mención del mismo en la prensa.

Cuando sobrevino la Segunda Guerra Mundial, esta pasó por alto a Calabria en gran medida. Las tropas del Eje libraron solo una resistencia simbólica en la región y los aliados dejaron escasas guarniciones en ella tras la liberación. La mafia local se involucró a conciencia en el mercado negro, pero pocos parecieron advertirlo. Los funcionarios superiores del AMGOT no sabían siquiera que la mafia calabresa existía.

Cuando se trataba del crimen organizado, la amnesia de la Italia de posguerra era tan profunda y compleja como la geología del país: sus capas eran los depósitos acumulados de incompetencia y negligencia; las presiones ejercidas por la connivencia y el cinismo políticos habían esculpido sus complejos estratos. Por la época en que finalizó la Segunda Guerra Mundial, esa geología del olvido había generado una de sus formaciones más impactantes en Calabria.

En 1945, el criminal y lunático más querido de Italia regresó a la tierra

en que se había labrado su fama; por entonces, un hombre de setenta años que ya se consideraba inofensivo. Giuseppe Musolino fue trasladado desde el asilo penal en el norte del país a un hospital psiquiátrico estatal al sur de Calabria.

El nuevo hogar de Musolino era un sitio infernal. Aunque era una edificación reciente, apenas de la época fascista, estaba ya resquebrajado cuando el cadáver golpeado del dictador fascista colgaba boca abajo en una gasolinera de Milán. Despojadas de todo, insalubres y desbordantes, las habitaciones y pasillos del psiquiátrico devolvían los ecos de las almas atribuladas que farfullaban y daban voces por allí. Pero a finales de la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, antes de que empezara en la costa de Calabria la actual proliferación de autopistas incrustadas y apartamentos mal construidos, el hospital gozaba cuando menos de una vista encantadora y bajo él se extendía la ciudad de Reggio Calabria, el estrecho de Messina y, más allá, la isla de Sicilia; a sus espaldas se erguía el torso boscoso del Aspromonte: el «áspero monte», que había sido alguna vez el reino del propio Musolino.

El recién llegado atrajo mucha más atención y simpatía sobre sí que el resto de los pacientes. A fin de cuentas, era uno de los calabreses más famosos aún con vida. Los médicos y enfermeras lo llamaban «don Peppino», en lo que era a la vez un trato respetuoso y un sobrenombre cordial. A pesar de la desolación de su mente, su frágil cuerpo hacía aún todo lo posible por estar a la altura de ese aura de superviviente que rodeaba a su persona. Musolino estaba delgado, pero varias décadas de estar en prisión no habían conseguido doblegarlo. Su barba escuálida destacaba por su sorprendente color blanco, sobre el matiz aceitunado de su piel, dándole un aspecto que oscilaba entre el de un filósofo ateniense y un fauno, como hizo notar un periodista. Una actriz que había querido visitarlo en el hospital quedó sin aliento por su parecido con Luigi Pirandello, el gran dramaturgo siciliano cuyas historias de máscaras y demencia le habían granjeado el Premio Nobel.

La demencia del propio Musolino cargaba sobre sí las torpes etiquetas de la psiquiatría a mediados del siglo XX: «delirio interpretativo crónico progresivo» y «paranoia pomposa». Se creía el «emperador del universo».

Pasaba la mayor parte de la jornada en el exterior, fumando, leyendo y contemplando la sombra de los cipreses en un cementerio cercano. Y cuando encontraba a alguien con la paciencia suficiente para charlar con él, aprovechaba para explayarse en torno a la jerarquía sobre la que él mismo presidía: desde los reyes, reinas y princesas entronizados y a sus pies, hasta los policías y chivatos que reptaban bastante más abajo.

Don Peppino tenía una aversión obsesiva por los policías y chivatos, y de algún modo, cuando hablaba con los visitantes, esas aversiones se convertían en caminos hacia los rincones en que su mente estaba todavía lúcida. «Los bandidos deben matar», concedía entonces, «pero deben ser honorables». Para Musolino, el honor era sinónimo de *vendetta*: todos los crímenes que habían provocado su encarcelamiento habían sido para vengar el mal que había sufrido a manos de la policía y sus informantes. Aun en su condición demente, valoraba la honestidad por encima de todo y señalaba orgulloso que nunca había negado ninguno de sus asesinatos. Después de todo, las víctimas eran policías y chivatos.

El periodista que hizo el largo viaje hasta el hospital mental de Reggio saboreó esa oportunidad de ahondar en el pasado de don Peppino y llenar los huecos de su memoria fragmentada para sus lectores. Nacido en 1876, hijo de un leñador de Santo Stefano d'Aspromonte, a la edad de veintidós años fue condenado por intento de asesinato de Vincenzo Zoccali, un vecino de su aldea. Desde el estrado, al oír al juez pronunciar la dura sentencia de veintiún años de reclusión, Musolino juró comerse el hígado de Zoccali. En enero de 1899, cavó un agujero en la pared de su celda, se descolgó por una cuerda hecha con las sábanas de su cama y huyó al macizo del Aspromonte. Pasó entonces dos años y medio como renegado, en los cuales mató a siete personas e intentó asesinar a otras seis, proclamando todo el tiempo que lo habían involucrado falsamente en el caso Zoccali. Cuanto más evadió su captura, mayor se hizo su fama: llegó a forjarse una imagen de bandolero vengador, un héroe del campesinado oprimido que había sido tratado de manera injusta. Incluso quienes veían su ferocidad como algo detestable, lo percibían como un símbolo de la resistencia desesperada ante un Estado implacable. En la prensa se coronó a Musolino como el «rey del Aspromonte».

Y este fue el papel que seguiría jugando cuando, tras su captura en otoño de 1901, la prensa mundial se dispuso a presenciar su confrontación con la justicia. En el proceso confesó los delitos que había cometido en las montañas. Su única preocupación fue probar que era inocente del intento de asesinato de Vincenzo Zoccali, el caso por el que lo habían encarcelado en primera instancia. Como estrategia de defensa, esto resultó infructuoso y nadie se sorprendió cuando lo condenaron a cadena perpetua. Pero su actuación ante el tribunal le aseguró un poco de encanto adicional a la leyenda del rey del Aspromonte.

En algún momento, dentro de los años brutales de confinamiento que siguieron, Musolino perdió la chaveta. Así, el Estado había infligido más pesares todavía al pobre hijo del leñador, lo que acentuó más incluso su carácter adusto.

Entonces, en 1936, un inmigrante calabrés en Estados Unidos hizo en su lecho de muerte una confesión inesperada: era él, y no Musolino, quien había disparado a Vincenzo Zoccali hacía infinidad de años. El rey del Aspromonte se había aferrado heroicamente a la misma historia desde el principio de su carrera criminal, durante su juicio y hasta cuando se sumió en la demencia. Entonces se demostró que esa versión era cierta.

No es sorprendente, entonces, que el psiquiatra de Reggio Calabria estuviese tan enojado en su nombre. «¿Era Musolino un antisocial?», se preguntaba en una entrevista del periódico. «¿O fue la sociedad la que lo forzó a convertirse en lo que llegó a ser…?».

Don Peppino recibía muchos regalos. Los más generosos —comida, ropa y dólares— eran de calabreses que habían emigrado a Estados Unidos y habían hecho fortuna. En alguna ocasión, incluso lo autorizaron a un día fuera de prisión; allí apareció entonces un sentimental empresario italoamericano con un sombrero de ala ancha y traje a rayas para ofrecerse a llevar al viejo bandolero a una excursión en coche por las montañas.

Viéndolo ahora retrospectivamente, uno sospecha que los que acudían desde Estados Unidos a rendir tributo a Giuseppe Musolino conocían la verdad. No fue un bandido solitario: era un miembro de la mafia calabresa. La rama en Santo Stefano d’Aspromonte la fundaron su padre y su tío a comienzos de la década de 1890. Todos los crímenes que Musolino cometió

eran asuntos de la mafia, de una u otra forma. Incluso el intento de ejecución de Vincenzo Zoccali, en el que estuvo inequívocamente involucrado (aunque es muy posible que no fuese él quien apretara el gatillo), fue una proeza surgida de la violenta política interna de la honorable sociedad. Musolino era un sicario de la ‘Ndrangheta.

Cuando escapó de prisión en 1899 y se embarcó en sus correrías homicidas, creció a su alrededor la fábula del rey del Aspromonte, reproducida en partituras y cancioneros, perpetuada por los poetas populares y los niños que jugaban a bandidos y carabineros en las calles. Por la época de su arresto en 1901, ya era una celebridad a nivel nacional. Su juicio en 1902 representó una oportunidad irrepetible para las autoridades de destruir el mito del bandido noble, y para la opinión pública italiana, de asistir al poder creciente del crimen organizado en Calabria. Pero la oportunidad se desperdició. La policía intentó establecer una acusación contra los ciento sesenta y seis miembros de la mafia de la aldea de Musolino, pero no logró evitar que los testigos aterrorizados retiraran sus testimonios. El rey del Aspromonte pudo representar con libertad su propio guión en el juicio y así mantener a la mafia calabresa en la sombra.

El hermano de Musolino, Antonio, era también un ‘*ndranghetista*. Antonio prestó su juramento en Estados Unidos poco después del juicio del rey del Aspromonte y regresó luego a Calabria para ir ascendiendo en la jerarquía. Tras la Primera Guerra Mundial, se vio implicado en una disputa con su jefe que el cuerpo rector de la mafia calabresa, la *Criminale*, fue incapaz de resolver. Hubo dos atentados contra su vida. En ese punto rompió su código de *omertà* y acudió a las autoridades para vengarse. Se convirtió así en la fuente de todo el conocimiento interno sobre la mafia calabresa que he descrito previamente, que desembocó en el juicio de 1932.

Antes que Antonio Musolino, docenas de otros mafiosos calabreses habían aportado pruebas a las autoridades. (La *omertà* no era la ley de hierro que la mafia pretendía, ni en Calabria ni en Sicilia). Miles de hombres fueron condenados por pertenencia a la honorable sociedad en el curso de los años, pero sus condenas consistían en cumplir cortas sentencias en las mismas prisiones en que muchos de ellos se habían iniciado en la secta.

Después de 1945, con el fin de la guerra y ya en curso la transición a la democracia, y con el rey del Aspromonte ya en el hospital mental de Reggio Calabria, la ‘Ndrangheta operaba más o menos de la misma forma en que lo había hecho en la época boyante de su actividad criminal. Los carabineros gestionaban el crimen menor de manera conjunta con los cabecillas de los bajos fondos. Los grandes de Italia se valían de la mafia para sumar electores y luego le devolvían el favor testificando ante los tribunales, dando a entender que no existía nada parecido a una organización criminal. Para los sucesivos gobiernos, resultaba más fácil capitalizar los votos de los parlamentarios apoyados por la honorable sociedad. Los jueces se olvidaron por completo de la *Criminale*, el cuerpo coordinador de la ‘Ndrangheta. Entretanto, igual que había ocurrido durante la carrera homicida de Giuseppe Musolino, los periodistas perezosos se regodeaban repitiendo en serie la fábula del rey del Aspromonte, incluso ahora que su fuente primordial era un asesino demente encerrado en un geriátrico. Musolino, por su parte, vivía como el «emperador del universo», al mando de naves interplanetarias y desplegando artilugios más mortíferos que la bomba atómica. En su condición psicológicamente dañada, se volvió él mismo una metáfora del trastorno cognitivo de la propia Italia. Las razones de ese trastorno eran, en última instancia, muy simples. En la Calabria meridional, el conflicto entre la izquierda y la derecha no tenía ni por asomo el carácter explosivo que habría colocado a Sicilia a la cabeza de las prioridades políticas del país y generaba intrigas tan diabólicas entre los *mafiosi* y los representantes de la ley. Calabria seguía siendo la región más pobre y olvidada de Italia. La ‘Ndrangheta podía permanecer en el olvido porque, simplemente, la región de la que provenía no contaba para nada.

Aun así, el cine se mostró incapaz de resistirse a la historia del rey del Aspromonte. En 1950, dos de las principales estrellas de Italia, Amedeo Nazzari y Silvana Mangano, fueron escogidos para el reparto de *Il brigante Musolino* (*El bandido calabrés*). Filmada en parajes del Aspromonte, la película contaba cómo Musolino había sido injustamente encarcelado por asesinato con falsos testimonios y cómo luego había escapado para convertirse en un héroe fuera de la ley. El filme tuvo éxito entre la comunidad italiana de Estados Unidos.

Giuseppe Musolino murió en enero de 1956, a los setenta y nueve años. A lo largo y ancho de Italia, los periódicos contaron una vez más su historia y lo tildaron de «el último bandido romántico».

Nápoles: marionetas y titiriteros

En 1930, la primera gran enciclopedia italiana, la *Enciclopedia Treccani*, incluía la siguiente entrada para el término «Camorra»:

> La Camorra fue una asociación de individuos de clase baja que se valía de la extorsión para obligar a los forajidos y cobardes a rendirle tributo. Sus ramificaciones se extendían a todo el Reino de Nápoles; contaba con sus propias leyes y costumbres, una jerarquía rígidamente organizada, deberes y derechos específicos de sus integrantes y una jerga y un sistema judicial de su propia cosecha… Las enseñanzas éticas y el progreso en las condiciones ambientales tuvieron éxito, al final, en acabar con la Camorra… Solo persiste hoy la palabra, indicativa de abusos o actos de matonismo.

La Camorra estaba muerta: por primera vez, esta altiva proclama se basaba claramente en la verdad y no en las necesidades propagandísticas del régimen fascista. La «honorable sociedad de Nápoles», el antiguo nombre oficial de la Camorra, era una sociedad secreta de asesinos juramentados, extorsionadores y contrabandistas semejantes a las mafias siciliana y calabresa. Como ellas, su modelo era la francmasonería, hablaba el lenguaje del honor y la *omertà*, y nació en medio de la turbulencia política y económica de mediados del siglo XIX. Pero la Camorra era en buena medida el pariente pobre dentro de la familia. Mientras que los *mafiosi* sicilianos se graduaron en los ricos limonares del interior de Palermo y rápidamente hicieron amistad con la aristocracia y la magistratura, los *camorristi* napolitanos se abrieron paso a punta de bravuconadas desde las cárceles, los prostíbulos y los tugurios. Mientras que los gángsteres calabreses treparon la escala social hasta fundirse con el Estado, los *camorristi* de Nápoles nunca dejaron del todo atrás los callejones. Incapaz de recurrir a la protección política de la que las mafias de Sicilia y Calabria podían

alardear, la Camorra era una entidad vulnerable. Y, para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, la honorable sociedad de Nápoles se había venido abajo.

En el Nápoles de finales de la década de 1940, uno de los pocos lugares en que se seguía utilizando la palabra «Camorra» era un teatrito, el San Carlino, cuyo acceso era difícil de encontrar: un portal oculto entre los quioscos de libros usados que atestaban la Porta San Gennaro. En el interior, el auditorio apenas contaba con siete banquetas desvencijadas. El escenario era solo un poco más ancho que el piano vertical situado frente a él. Este era el último puesto de avanzada de un arte al servicio de los iletrados: el único teatro de marionetas de la ciudad.

El teatro de marionetas había sido popular en Sicilia y la Italia meridional durante más de un siglo. Sus historias habituales hablaban de caballerosidad y traición entre los caballeros de Carlomagno en su lucha contra el enemigo sarraceno. Las marionetas, en sus armaduras de aluminio y con sus labios carmesí, hacían largas peroratas acerca del honor y la traición y luego se enzarzaban en una danza inestable que equivalía a un combate a muerte.

En Nápoles, los teatros de marionetas tenían otra especialidad: las historias de caballerosidad y traición en el mundo de la honorable sociedad. Si el San Carlino aún sobrevivía entre los cines, era en gran medida por el atractivo tan persistente de los dramas de la Camorra. En el exterior había carteles mal impresos proclamando las delicias melodramáticas en oferta:

ESTA NOCHE
LA MUERTE DE PEPPE AVERZANO EL LISTO.
CON SANGRE DE VERDAD

En el interior, el público era parte integral del espectáculo. Los gritos de «¡Traidor!» y «¡Cuidado!» que procedían de las butacas bien podrían haber formado parte del guión. Los espectadores aplaudían a sabiendas las habilidades de algunos *camorristi* con el cuchillo y denunciaban con rabia las tretas cobardes de otros: «¡Debiera darte vergüenza! ¡Diez contra uno!». Los argumentos se repetían: los *camorristi* prestaban un juramento de sangre, o se batían con cuchillos, o rescataban a las marionetas femeninas

del deshonor. La conclusión dramática era siempre la misma: el bien contra el mal, los honestos arrebatos de indignación contra la obscena exaltación suscitada por la violencia. Cuando la acción era particularmente intensa, el San Carlino se agitaba y crujía como un carro del ferrocarril dando tumbos sobre los rieles.

Todo el mundo conocía los nombres de los héroes de la Camorra: el distinguido gángster don Teofilo Sperino, y el poderoso cabecilla Ciccio Cappuccio (‘*o Signorino*); el sinuoso Nicola Jossa, eternamente enfrentado con sus agudezas al mayor camorrista de todos, Salvatore De Crescenzo. Todos esos héroes y villanos guiñolescos habían sido alguna vez gángsteres reales en lugar de marionetas estridentes. El escenario del San Carlino escenificaba episodios genuinos de la historia decimonónica de la Camorra. La «sangre de verdad» que brotaba del pecho de las marionetas en el desenlace dramático de la pieza era, de hecho, una bolsa llena de anilina roja. Y mientras que a los buenos *camorristi* les brotaba sangre roja y brillante, la de los malos era mucho más oscura, casi negra.

Fuera del San Carlino, en las calles napolitanas arrasadas por las bombas, la auténtica honorable sociedad había desaparecido de la escena hacía treinta años. Pero aún quedaban algunos *camorristi* por allí; los más renombrados constituían entonces una estampa que resultaba familiar y lamentable, que evocaba a la antigua Camorra y la extraña historia de su final.

Gennaro Abbatemaggio era un hombrecito rechoncho, casi calvo. A primera vista, parecía ir bien vestido con su traje y el cuello de la camisa abierto, o una prenda oscura con cuello de tortuga, chaqueta deportiva y gafas de sol. Pero la hechura gastada no engañaba a nadie que lo observara con detenimiento. Puesto que don Gennaro, como lo tildaban los periodistas con irónica reverencia, era poco menos que un indigente. Llevaba una vida precaria sobreviviendo a base de pequeños hurtos y fraudes. Nadie se hubiera preocupado mucho por su fortuna, sino porque era una reliquia viviente de un poder criminal que alguna vez causó pavor.

En 1911, Gennaro Abbatemaggio era un iniciado del capítulo de Stella dentro de la honorable sociedad, pero traicionó a sus camaradas del mundo criminal para convertirse en testigo estrella del juicio más sensacional

contra la mafia que se haya celebrado hasta hoy. Los diarios y noticiarios dieron a conocer su rostro a millones de personas en todo el mundo. Durante dieciséis agotadores meses de testimonios, Abbatemaggio explicó los rituales de la Camorra, sus grados y procedimientos, y testificó describiendo con gran detalle los sangrientos crímenes que sus líderes solían ordenar. Su testimonio desencadenó docenas de condenas. Abbatemaggio le asestó un golpe a la honorable sociedad del que no volvió a recuperarse jamás. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, se filtró la noticia procedente de los bajos fondos de que la Camorra había sido formalmente disuelta.

En 1927, Abbatemaggio volvió a ser noticia cuando anunció que, por órdenes de los carabineros, se había inventado todo el testimonio que había aportado. Hasta hoy, no se sabe con certeza qué parte de su testimonio era falso. A pesar de ello, como fruto de esta sorprendente retractación, los *camorristi* condenados en el juicio de 1911 fueron liberados; pero para entonces la honorable sociedad de Nápoles había estado demasiado tiempo ausente del escenario para reavivarla.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Abbatemaggio hizo todo cuanto pudo para seguir siendo el centro de atención, al menos cuando no estaba en prisión. En 1949 protagonizó un intento de suicidio y una conversión religiosa; más tarde dio entrevistas en las escalinatas de la iglesia romana donde habría de recibir su primera comunión. Cuando fracasó en la religión, intentó iniciarse en el negocio del espectáculo, pero sus reiterados esfuerzos por lograr que su propia historia se llevara al cine no llegaron a nada. Tuvo que contentarse con que lo fotografiaran con los actores protagonistas en el estreno de la película *Processo alla città,* que volvía a relatar la historia del juicio de 1911, causa principal de la destrucción de la honorable sociedad.

Viendo cerradas las puertas de la industria cinematográfica, Abbatemaggio intentó como último recurso revivir su momento de gloria. Para ello, anunció que tenía detalles asombrosos sobre uno de los mayores enigmas que había entre los muchos asesinatos de 1953: la muerte de una jovencita romana, Wilma Montesi. Pero pronto se hizo evidente que el viejo chivato estaba intentando volver a las andadas. De hecho, lo arrestaron y juzgaron por falso testimonio. Luego se lo vio mendigando. La prensa

comenzó a ignorarlo.

De manera que, si la palabra «Camorra» aún se empleaba en el Nápoles de posguerra, era solo para evocar su recuerdo con la misma mezcla de burla y lástima que suscitaban las historias en la prensa del teatro de marionetas o la figura de Gennaro Abbatemaggio.

Hoy en día, más de medio siglo después de la muerte de Abbatemaggio, el término «Camorra» ha cambiado de significado. En las décadas que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, la Camorra ha resurgido y adoptado una nueva identidad; se ha vuelto más fuerte y más insidiosa que nunca. Ya no es una honorable sociedad, es decir, una secta única de criminales con sus ritos de iniciación, sus duelos a cuchillo, sus grados y sus normas. Hoy «camorrista» equivale a un afiliado a uno de los muchos sindicatos de gángsteres estructurados pero a menudo inestables. Por lo tanto, la Camorra no es solo una sociedad secreta como las mafias de Sicilia y Calabria. Más bien, es un mapa muy vasto y en cambio constante de pandillas que rigen en distintos territorios de Nápoles y la región de Campania. Igual que la honorable sociedad de antaño, estas organizaciones gestionan redes de protección a cambio de sobornos y operaciones de tráfico ilegal. Pero —al menos cuando las cosas les van bien— tienen mucho más éxito del que nunca antes tuvo la honorable sociedad, en lo que se refiere a infiltrarse en las instituciones estatales y la economía del país.

Para las audiencias del San Carlino a finales de los años cuarenta, esa futura encarnación de la Camorra habría resultado muy improbable. Aunque los mafiosos estaban sin duda activos en el Nápoles de posguerra, eran bastante menos poderosos que hoy, o que por esa época en Sicilia y Calabria. Nápoles nunca pudo forjar nada parecido a la gran conspiración de silencio en torno a la Mafia que profesaba la clase dominante siciliana. Nunca hubo un equivalente napolitano de un juez principal como Giuseppe Guido Lo Schiavo, dispuesto, a pesar de todo lo que sabía, a negar la existencia misma de la Mafia. Y la gran y atribulada ciudad de Nápoles estaba lejos de ser políticamente invisible, como lo eran los pueblos y aldeas de Calabria.

De todas maneras, si lo examinamos con mayor detenimiento, vemos que los mafiosos del Nápoles de posguerra resultaron ser los antecesores de

los *camorristi* que hoy blanden sus Kalashnikov, trafican con cocaína y van vestidos con traje. Las semillas del futuro renacimiento de la Camorra ya estaban sembradas. En efecto, ya había algo amenazante en los bajos fondos de la ciudad: algo que dejaba muy claro que la Camorra no estaba tan muerta como las enciclopedias proclamaban. Un mirada atenta a la tierra de los gánsgteres en Nápoles en los años cuarenta y principios de los cincuenta nos muestra a la vez que Italia en general, y Nápoles en particular, tenían mala conciencia con respecto al crimen organizado. Era una ciudad que se negaba a utilizar la palabra que empezaba por C (a menos que se hablara del pasado, por supuesto: del teatro San Carlino o de Gennaro Abbatemaggio). Resumiendo, Nápoles contaba a la vez con sus mafiosos característicos y también con su peculiar forma de olvidar que existían.

Los estereotipos eran la forma más poderosa de olvidarse de la Camorra. Nápoles es la ciudad italiana más difícil de comprender. Ha habido incontables visitantes tentados de juzgarla por sus apariencias, porque estas son demasiado exageradas y variopintas. Durante cientos de años, Europa ha encontrado irresistible el espectáculo de las calles napolitanas bañadas por el sol. Un lugar en el que la miseria parecía presentarse en colores y donde una música suave parecía emerger milagrosamente entre el bullicio constante. Los pobres de la ciudad tenían la fama de echar mano a cualquier treta deshonesta, a representar cualquier acto degradante, para llenarse el estómago y vivir una vida de *dolce far niente* («dulce ociosidad»). La razón por la que Gennaro Abbatemaggio aparecía tan a menudo en los diarios a finales de los cuarenta no es solo porque fuera quien había destruido a la honorable sociedad, sino también porque, con sus triquiñuelas tragicómicas, parecía la encarnación personificada del arquetipo napolitano que todos sustentaban. El San Carlino atraía la atención porque también parecía peculiar y típico de la ciudad. Los pobres napolitanos eran considerados pícaros que vivían en el paraíso: juguetones, sentimentales, ingenuos e infinitamente ingeniosos, hasta el punto de no avergonzarse en absoluto de exagerar todos los estereotipos que circulaban sobre ellos. Antes de la guerra, los pícaros napolitanos cobraban una tarifa a los extranjeros que querían fotografiarlos comiendo espaguetis con las manos, como dictaban un centenar o más de

estereotipos.

La generación de posguerra también contó con turistas deseosos de revivir estos lugares comunes. El sencillo truco consistía en mostrar una ciudad encapsulada únicamente en lo que primero saltaba a la vista en los barrios pobres como Forcella o Pignasecca. Una ciudad de mendigos y vendedores ambulantes, en la que, desde cada alféizar o portal, en cajones de naranjas o bandejas, alguien intentaba vender algo: castañas o pedazos de pescado frito, o cigarrillos sueltos, o higos chumbos, o *taralli* (rosquillas con sal). El pobre Nápoles era un bazar al aire libre donde barberos y sastres voceaban su oficio en las calles, y donde los transeúntes podían ver desde el exterior a toda una familia fabricando zapatos o guantes en su taller casero.

Y los visitantes extranjeros no eran los únicos responsables de esos refritos que se recreaban en los viejos clichés: siempre había napolitanos profesionales dispuestos a hacer su aportación. Uno de ellos era Giuseppe Marotta, quien sabía muy bien lo dura que podía ser la vida en Nápoles: a él y a sus dos hermanas los había criado una costurera en uno de los llamativos *bassi* (apartamentos de un solo ambiente que daban directamente a la calle). En 1926 viajó al norte del país para convertirse en escritor en la capital literaria e industrial de Italia: Milán. A finales de los años cuarenta, tras varios años trabajando de escritorzuelo, lo consiguió: llegó a ser columnista regular de un periódico y el hombre al que los editores acudían cuando deseaban un artículo pintoresco sobre algún aspecto de la vida napolitana.

En el Nápoles estereotipado que Marotta les servía a sus lectores, la ilegalidad no era en realidad un delito, sino parte de un espectáculo urbano. En ese contexto, los carteristas y artistas del timo, dotados de un agudo ingenio, daban rienda suelta a una extravagante forma de deshonestidad que surgía de la miseria y no de la malicia. Había algo a la vez creativo y entrañable en el delito. El pobre de Nápoles podía robarle a uno el corazón tanto como la cartera.

En un artículo de 1953, Marotta se maravillaba ante la agilidad de los llamados *correntisti*: jóvenes ladronzuelos audaces y ágiles que se colgaban de la parte trasera de un camión en marcha para despojarlo de su

cargamento por el camino. Esta clase de delito era conocido en los callejones como *la corrente* («la corriente»), dada la fluidez de toda la operación. Un buen *correntista*, indicaba Marotta, requería de un extraordinario abanico de habilidades:

> Las piernas de un delantero centro, la vista de un navegante, el oído de un piel roja, el toque suave de un obispo y la tenaza de hierro de un levantador de pesas; y a la vez que pies como zarpas, costillas de goma y el equilibrio de un jinete. Y, para coordinarlo todo, el cerebro del director Arturo Toscanini.

Marotta sonreía con indulgencia ante las pirámides oscilantes de latas robadas que había conseguido el *corrente*.

La verdad que los estereotipos de Marotta encubrían era que el poder criminal constituía una presencia amenazante en Nápoles. Los pobres, los mismos habitantes de esos callejones que tanto encantaban a los observadores, eran a menudo sus primeras víctimas, como lo demuestra un episodio revelador de la vida cotidiana de Nápoles.

Alrededor de las seis y media, una calurosa tarde de verano de 1952, Antonio Quindici, conocido como *'o Grifone* («el Grifón»), decidió adquirir unos mejillones y se presentó para ello en un puesto de la via Alessandro Poerio, no lejos de la estación, pero allí se topó con cinco obreros de un edificio próximo que esperaban turno antes que él. Y exigió ser atendido de inmediato, a lo que el vendedor de mejillones accedió mansamente, pero los trabajadores de la construcción, que eran de otra parte de la ciudad, no sabían obviamente con quién estaban tratando y se opusieron a ello. *'O Grifone* respondió cogiendo el cuchillo del vendedor de mejillones y apuñalando dos veces en el corazón al trabajador que más gritaba, para luego escapar a todo correr del lugar. Aunque los amigos de la víctima fueron tras él, su persecución se vio bloqueada por un grupo de cómplices del fugitivo y *'o Grifone* se esfumó por las callejuelas laterales, mientras su víctima se desangraba hasta morir, dejando tras de sí una esposa y una hija de pocos meses.

La historia de *'o Grifone* es interesante por varias razones. Primero, porque el asesino era uno de los *correntisti* que tanto admiraba Giuseppe Marotta. Los hombres como él habían aprendido sus destrezas durante la

guerra, cuando Nápoles se transformó en el puerto principal de suministros para las fuerzas aliadas en Italia: aproximadamente la mitad de esos suministros terminó cayendo de la parte trasera de los camiones del ejército y derivó al mercado negro. La zona abarrotada en torno a la via Forcellla, de donde procedía *'o Grifone*, era donde se concentraba el comercio de bienes militares robados; no por casualidad, el área de Forcella llegó a ser conocida como la *kasbah* de Nápoles. Es significativo que hubiera sido también uno de los principales dominios de la honorable sociedad, pues era el hogar de todos los antiguos cabecillas. Los *correntisti* como *'o Grifone* serían protagonistas del renacimiento de la Camorra.

Cuando la guerra terminó, todo el mundo confiaba en que los *correntisti* desaparecerían, pero lo cierto es que en 1952 aún estaban muy activos, cuando un diario publicó el siguiente comentario:

> El *corrente* es fluido, como todo el mundo sabe, y omnipresente, especialmente en las calles de mayor tráfico. Las comunicaciones entre la ciudad y los suburbios son atentamente vigiladas por escuadrones de criminales. Rápidos, bien equipados y desdeñosos del peligro, estos individuos sustraen toda clase de mercancías de los vehículos. Se puede decir que ningún tren de carga, camión o automóvil escapa a las zarpas de los *correntisti*.

Alrededor de cada *correntista* había toda una organización que incluía cuadrillas de espías que averiguaban el derrotero de los cargamentos valiosos, porteadores que ocultaban las mercancías cuando se arrojaban del camión, y peristas que las ponían en el mercado. Mucho después de que el esplendor del contrabando militar hubiera acabado, las mercancías robadas por el *corrente* todavía se vendían abiertamente en la via Forcella.

Los *correntisti* no eran solo ágiles sino también violentos. Iban a menudo armados, por razones prácticas: para resguardarse de los conductores armados con rifles y de las pandillas rivales; y para disuadir a los transeúntes en su intento de llevarse cualquier cosa que hubiesen visto caer de la parte trasera de un camión. Pero además iban armados porque debían imponerse sobre la comunidad que los rodeaba y granjearse una reputación de tipos duros. En los días pretéritos de la honorable sociedad, se aludía a dicha reputación como «honor». Es uno de los ingredientes clave del poder de las mafias: el del «control territorial», como se lo suele designar. El alboroto que causó *'o Grifone* en el puesto de mejillones fue un

despliegue individualista e indisciplinado de ese «honor».

Después del apuñalamiento, el sujeto pasó varios días en fuga. Al final, degustó un último desayuno en el bar próximo al cuartel de la policía y se entregó, no sin haber elaborado previamente una historia de cómo lo habían insultado con alevosía y cómo lo había provocado el hombre al que había apuñalado. Evidentemente, su red de apoyo no fue capaz de soportar la tensión de una investigación policial de alto vuelo ni el clamor público. *'O Grifone* y sus amistades tenían límites en su control territorial.

De manera sorprendente, los diarios de Nápoles aludieron a *'o Grifone* como un camorrista, al menos en un principio. Esta es una de las raras ocasiones en que el término se coló en la prensa escrita a finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Curiosamente, al proseguir la cacería de *'o Grifone* en los días siguientes, las referencias anteriores a la Camorra desaparecieron. *'O Grifone* empezó siendo un camorrista y luego pasó a ser un simple criminal.

Había una palpable incomodidad en Nápoles, en los años de posguerra, a la hora de usar la palabra «Camorra», como la había cuando se trataba de admitir lo grave que era el problema de la criminalidad en la ciudad. Nápoles era un campo de batalla esencial en lo político, donde el espíritu de la derecha italiana estaba siendo combatido por las maquinarias políticas adversarias. Por un lado, estaba el poder cambiante de los democristianos. Por el otro, los «monárquicos», liderados por el magnate de la navegación y el fútbol Achille Lauro, quien había hecho su fortuna con las ganancias de la guerra. (Nápoles, igual que muchas ciudades del sur, había votado contra la República en el referéndum de 1946. A partir de entonces, la monarquía continuó siendo una causa de gran poder aglutinador para la derecha de la ciudad).

El Nápoles que estas dos maquinarias políticas cuestionaban estaba asolado por el desempleo crónico y la falta de viviendas, las desatenciones en salud y el analfabetismo. La industria e infraestructura napolitanas no se habían recobrado de la devastación de la guerra, que fue peor allí que en cualquier ciudad de Italia. A pesar de ello, los políticos no encontraban respuestas, asolada como estaba la ciudad por la inestabilidad y las malas prácticas habituales, que orbitaban fundamentalmente en torno a la lucrativa

industria de la construcción. Fueron los años de la «política de los *maccheroni*». En época de elecciones, los grandes de la política ordenaban a sus operadores locales que establecieran centros de distribución en las *kasbahs* del centro de la ciudad. Allí se envolvían los paquetes de pasta, cortes de carne o trozos de bacalao en la vaga promesa de un trabajo o una pensión, y se entregaban a cambio de votos. Los gestores electorales de Achille Lauro idearon el esquema de entregar pares de zapatos a sus posibles votantes: se daba el zapato derecho antes de las elecciones y el izquierdo después, cuando el voto había quedado registrado con seguridad.

Los pobres que vendieron su voto a un precio tan bajo parecían casi tan reacios a los beneficios de la educación, el progreso social y los partidos políticos convencionales como lo habían sido tras la unificación de Italia en 1860. Sus lealtades políticas eran volubles, lo que era comprensible. Una de las pocas formas de intentar ganárselos, aparte de los *maccheroni* o los zapatos, era el sentimentalismo patriota: el alegato de que todos los problemas de la ciudad eran culpa de la negligencia del norte. Achille Lauro, que a su vez poseía el segundo mayor periódico de Nápoles, *Roma*, era especialista en exagerar el estereotipo de que Nápoles era una ciudad con un gran corazón a la que la historia había tratado con dureza. Toda mención de la Camorra o el crimen organizado era solo una muestra del esnobismo septentrional anticuado.

Había otra razón por la que los napolitanos insistían en confinar la palabra «Camorra» al pasado: los criminales eran parte de las maquinarias políticas gobernantes. Hasta el viejo chivato camorrista Gennaro Abbatemaggio era un activista electoral ocasional a favor de Achille Lauro. Pero mucho más importantes que estos agentes populares eran los llamados *guappi*. La única forma de traducir el término *guappo* es como un «tío listo» o «un matón», pero estas palabras no llegan a expresar la autoridad que un *guappo* ejercía en su esquina de Nápoles. Los *guappi* eran peristas y usureros, así como gestores de juegos de lotería ilegales: eran los titiriteros dentro de la vívida escena criminal de la ciudad. Pero no eran simplemente figuras criminales: los *guappi* también manejaban los hilos políticos, arreglando los problemas de cada día a cambio del favor de los políticos en cuyo nombre reunían luego, mediante sobornos, votos en época de

elecciones.

El *guappo* más famoso de todos era Giuseppe Navarra, conocido como el «rey de Poggioreale». Era un jefe electoral muy leal a los «monárquicos» y a Achille Lauro, y reunió varios títulos honoríficos conseguidos con sus protectores políticos: *Commendatore* y Caballero de la Cruz del Orden Constantino. Durante la guerra había operado en el mercado negro, haciendo amigos entre las autoridades aliadas. También ganó mucho dinero en el negocio del hierro y la chatarra, que su gente extraía sobre todo (buena parte de manera ilegal) de los edificios bombardeados.

Navarra vivía entre los fabricantes de ataúdes de la ampulosa avenida de Poggioreale, el vecindario donde estaban el cementerio y la cárcel. Celebraba sus recepciones en sillas de madera desplegadas en la acera, y se dice que el día de su santo el tranvía se paraba frente a su casa para que todos los pasajeros pudieran escoger entre los dulces y licores que ofrecía. Él mismo conducía una limusina gigante marca Lancia Dilambda, con estribos a ambos costados, uno de esos coches que acostumbramos a ver en las películas norteamericanas de gángsteres de entreguerras. Navarra lo adquirió en una subasta en Roma tras la caída del fascismo, y había pertenecido a Vittorio Mussolini, el hijo mayor del Duce. En 1947, un periódico septentrional publicaba un irónico retrato de este monarca de barrio:

> Tiene unos cincuenta años, es regordete y de rostro cuadrado, y el cabello entrecano. Uno de sus ojos es vago y su nariz arranca briosa de la amplia base del rostro, pero rápidamente acaba en forma puntiaguda…, como si hubiera empezado para ser una gran nariz borbónica y se hubiese arrepentido sobre la marcha.

Navarra debía su fama, y buena parte de su popularidad, a un episodio extraordinario que ocurrió en 1947, cuando rescató el tesoro del santo patrón de la ciudad, San Gennaro. San Gennaro es el mártir cuya «sangre» se guarda en un recipiente de vidrio en la catedral de Nápoles para que pueda licuarse un par de veces al año. O no licuarse, si los ciudadanos topan por cualquier razón con el disgusto del Todopoderoso. El tesoro del santo es una colección de obsequios de sus fieles, que se trasladó al Vaticano por motivos de seguridad durante la guerra. Los detalles de primera mano del

supuesto acto de heroísmo del rey de Poggioreale son imprecisos porque la mayoría de los diarios, por suspicacia, no informaron del asunto hasta más adelante. Pero la historia cuenta que, cuando el alcalde de la ciudad pidió al jefe de policía que ayudara a traer el tesoro de vuelta a casa, este se negó a ello: la policía no podía dilapidar el dinero o los recursos necesarios para enviar el carro blindado, los diez camiones y los veinte escoltas armados que se requerían para trasladar el tesoro por las peligrosas carreteras entre la capital y Nápoles. En ese punto, el *guappo* Navarra se ofreció voluntario para hacerlo y lo trajo de manera clandestina, en un coche, con un viejo aristócrata católico como pasajero. Él mismo informaba que había utilizado un Fiat 22, que era un vehículo más discreto que su limusina, pero no quedaba del todo claro cómo había conseguido meter el tesoro en la pequeña maleta del coche. Aunque pueda parecer extraño, Ernest Borgnine recreó luego la travesía interpretando el papel principal en la película *El rey de Poggioreale*, estrenada en 1961.

Navarra era una figura envuelta en capas de leyenda y autopromoción histriónica, otro de los pintorescos distintivos propios de las calles napolitanas. Como consecuencia de ello, el periodista Giuseppe Marotta, que era algo así como un «napolitano profesional», escribió un retrato de él en 1947 con la indulgencia habitual, diciendo que era «un hombre dedicado a obras de caridad, tanto como a su esposa y a la causa monárquica». Pero Navarra ejercía un poder muy real, que se sostenía en la amenaza de la violencia. Los lugareños lo recordaban luego paseándose arriba y abajo de la avenida con un chaleco y sombrero de ala ancha, blandiendo una pistola.

Así que Navarra, como otros *guappi* de la ciudad, era un puente entre el universo callejero, incluidos los bajos fondos, y los palacios urbanos del poder. Una de las cosas que diferencia a las mafias italianas de las bandas criminales ordinarias es precisamente este vínculo con la política. Póngase a los *correntisti* y los *guappi* juntos en un único sistema y uno tendrá toda la justificación del mundo para emplear la palabra que empieza por C y que los diarios napolitanos habían decidido no emplear.

Gangsterismo

La Mafia de Estados Unidos la fundaron emigrantes sicilianos a finales del siglo XIX. En las grandes ciudades también se reclutó a maleantes originarios de Calabria y Nápoles para que formaran parte de lo que pronto se constituyó en una mafia italoamericana. Desde entonces, los hombres de honor han transitado a través del Atlántico para traficar ilegalmente, invertir y asesinar, y luego para escabullirse de la ley o de sus adversarios dentro de la propia Mafia. No aspiro a contar aquí la historia de la Mafia de Estados Unidos, pero ciertos aspectos de esa historia guardan relación con lo ocurrido en Italia.

América era un sinónimo de modernidad para la atrasada Italia de los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Dependiendo de sus lealtades políticas, la admiración de los italianos era una forma de envidia o una devoción incondicional por el asombroso poder bélico de Estados Unidos, su riqueza inconcebible y sus estrellas de cine inalcanzables. Como bien lo decía un comentarista en 1958:

> La gente de todo el mundo mira hacia Estados Unidos con grandes expectativas de todo: de su pan diario o su carne enlatada; sus maquinarias y materias primas; su defensa militar, sus consignas culturales, su sistema político y social, que puede resolver los males del mundo. Estados Unidos establece los modelos para la prensa, los manuales científicos, los aparatos que ahorran trabajo, la moda, la ficción, las cancioncillas populares, los pasos de baile y la música y hasta para la poesía… ¿Hay algo que no esperemos de Estados Unidos?

De hecho, había una cosa que Italia se negaba a aceptar de las que provenían del otro lado del Atlántico: una lección de cómo combatir a la Mafia. En 1950, justo cuando Italia se las había ingeniado para olvidarse de su problema del crimen organizado, en Estados Unidos se empezó a hablar

de la Mafia de nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, el crimen italoamericano se convirtió en noticia, pero las circunstancias perversas de la Guerra Fría conspiraron para garantizar que el ruido que rodeaba a la Mafia en Estados Unidos solo hiciera más ensordecedor el silencio que reinaba en Italia.

El 6 de abril de 1950, Charles Binaggio, el barón del juego e influyente demócrata de Kansas City, junto a su guardaespaldas Charles Gargotta, alias *Mad Dog*, murieron asesinados a tiros en un club demócrata. La prensa difundió unas imágenes vergonzosas de Binaggio desplomado sobre un escritorio bajo un gran cuadro del presidente Harry S. Truman. En Capitol Hill, el episodio Binaggio provocó una protesta que eliminó los últimos obstáculos ante los empeños del senador Estes Kefauver, representante de los estados del sur protestante, para constituir un Comité Especial del Senado de Investigación de los Delitos en el Comercio Interestatal, con la Mafia como uno de sus objetivos primordiales.

Los juicios Kefauver, como llegó a conocérselos, se celebraron en catorce ciudades a lo largo y ancho de Estados Unidos durante el año que siguió, pero fueron los nueve días culminantes de testimonios en Nueva York, en marzo de 1951, lo que verdaderamente lanzó el tema de la Mafia al dominio público. Los más poderosos del inframundo, como Meyer Lansky y Frank Costello, más alguna de las novias de los gángsteres, y un grupo de sombríos parásitos, tuvieron que rendir cuentas ante el senador y su mordaz representante, Charles Tobey. Ante la insistencia de Kefauver, sus testimonios se televisaron para una audiencia a nivel nacional que, en su punto máximo, alcanzó los diecisiete millones de personas. Las amas de casa organizaban «fiestas Kefauver» después del mediodía, sus esposos dejaban los bares desiertos para no perderse el resumen con los escándalos del día, las ventas de palomitas de maíz caseras se duplicaron con creces y la Cruz Roja de Brooklyn tuvo que instalar un televisor en sus dependencias para evitar que se detuvieran las donaciones de sangre.

El testimonio de Frank Costello (nacido bajo el nombre de Francesco Castiglia en Calabria) constituyó un espectáculo singularmente cautivador. Aunque se negó a que su rostro apareciera en pantalla, la cámara mostró prolongados primeros planos de sus manos en el momento en que retorcían

con crueldad algún trocito de papel o jugueteaban nerviosamente con unas gafas. Esta «danza de las manos», junto a una voz «que parecía el gorjeo agónico de una gaviota», hizo que Costello perdurara en la imaginación del público como una amenaza, con mayor fuerza incluso que si sus rasgos más bien mediocres se hubieran visto en pantalla.

En Italia, la prensa comunista informaba con manifiesto regocijo sobre la evidencia que Kefauver estaba desvelando una complicidad entre los políticos y el crimen organizado. «Los "héroes" de la democracia americana desfilan», decía un irónico encabezamiento. «Todo se mezcla de manera inextricable: las intrigas políticas y las intrigas policiales. Todo el sistema de gobierno norteamericano, tanto el local como el central, es presa de las pandillas».

Mientras el adversario de la Guerra Fría lavaba sus trapos sucios a la vista del público, en Italia no había ningún intento de hacerlo. El período de 1943-1950 había visto recrudecer la violencia de las mafias y la complicidad del sistema político con el crimen organizado en una escala mucho mayor incluso que en Estados Unidos. Aun así, en el Parlamento como en los tribunales, la izquierda había fracasado al tratar de sacar ventaja del tema de las mafias en su batalla con los democristianos. Kefauver, por el contrario, expuso los nexos de larga trayectoria entre la Mafia y William O'Dwyer, un ex alcalde de Nueva York que por entonces era embajador en México, y arruinó su carrera política. Frank Costello, que había sido alguna vez la cara «respetable» de la mafia americana, su bisagra con la maquinaria demócrata de Nueva York, recibió una breve condena de prisión por «desacato al Congreso» y sus impuestos atrajeron la atención nunca bien recibida de la Administración General de Ingresos Públicos (*Internal Revenue Service*). La «danza de las manos» de Costello le dio además la clase de fama que los *mafiosi* sicilianos habían intentado evitar en repetidas ocasiones. «Kefauver es un maestro de la publicidad», comentó *L'Unità*. De modo que el PCI, además de regodearse con lo que los juicios Kefauver sacaban a flote, en secreto envidiaba su impacto.

Muchas de las figuras del inframundo a las que interrogaba Estes Kefauver se negaban a autoincriminarse en las audiencias; tantas, que la frase «ampararse en la Quinta Enmienda» pasó a ser parte del lenguaje

habitual. Para llenar los grandes vacíos en estos testimonios de primera mano, el combativo senador se apoyaba en diversas fuentes: en información procedente de la Oficina Federal de Narcóticos, cuyo ambicioso director, Harry J. Anslinger, había estado intentando durante años destapar el tema de la mafia; en el testimonio a menudo confuso de una pandilla de informadores mafiosos, y en una buena cantidad de suposiciones. Como resultado de ello, el perfil de la Mafia reseñado en los hallazgos de Kefauver era alarmante:

> Detrás de las pandillas locales que conforman el sindicato del crimen a nivel nacional hay una oscura organización criminal internacional conocida como la Mafia, con perfiles tan fantásticos que a muchos estadounidenses les resulta difícil creer que exista. La Mafia, que tiene sus orígenes y su cuartel general en Sicilia, es hegemónica en numerosos sectores de actividad ilegal… e impone su código dando muerte a los que se le resisten o la traicionan… La Mafia no es un cuento de hadas, sino siniestramente real, y ha marcado la faz de América con casi cualquier tipo imaginable de violencia criminal, incluido el asesinato, el narcotráfico, el contrabando, la extorsión, la trata de blancas, el secuestro y el chantaje por protección en el trabajo… La Mafia es hoy, en realidad, un gobierno internacional secreto dentro de otro. Tiene a su cabecilla internacional en Italia, que según las autoridades estadounidenses es Charles (Lucky) Luciano… La Mafia cuenta además con su Gran Consejo y sus cabecillas nacionales y regionales en los países en que opera, incluido Estados Unidos.

Por esa época, Estados Unidos atravesaba un período de paranoia muy propio de la Guerra Fría y hay más de una insinuación de ese espíritu que tendía a encontrar «rojos bajo la cama» en lo que Kefauver escribió. La mafia: una conspiración criminal sofisticada contra los Estados Unidos de América; una única organización global cuya «piedra angular» o «zar del vicio» era Lucky Luciano.

La verdadera historia de Lucky Luciano no encaja del todo con la imagen que de él da Kefauver. En 1946 había sido liberado sospechosamente pronto tras cumplir a medias una larga condena por proxenetismo; entonces lo deportaron y estableció su negocio en Nápoles. Allí se dedicó un poco al narcotráfico con sus amigos sicilianos y napolitanos, pero no era en ningún caso el máximo jefe de una conspiración criminal, un supercabecilla cuyas órdenes se cumplían con lealtad en cada rincón del orbe.

En Estados Unidos, muchos siguieron estando poco convencidos del

sensacionalista relato de Kefauver, como es comprensible, y algunos se negaron incluso a creer en la existencia de la mafia en términos generales. Incluso el encargado de redactar el borrador con las recomendaciones del comité la calificó como un «mito romántico». El FBI seguiría siendo escéptico respecto a la existencia de la mafia durante años. Kefauver había ido demasiado lejos en su apuesta.

Giuseppe Prezzolini, profesor en la Universidad de Columbia en Nueva York, era el corresponsal más famoso de la prensa italiana en Estados Unidos. Era también mucho más representativo que los comunistas de las actitudes más extendidas en Italia respecto al crimen organizado. Al recibir llamadas telefónicas de estadounidenses preocupados que deseaban saber si la mafia existía de verdad en Italia, se sintió compelido a escribir un mordaz rechazo de la «grotesca leyenda» de Kefauver. En Sicilia, explicaba Prezzolini, la Mafia no era en realidad una organización criminal sino el subproducto de varios siglos de mal gobierno; era «una actitud mental que reflejaba el resentimiento de un pueblo deseoso de tomar la justicia por su mano, ya que creía que no la había recibido de sus gobernantes». Solo en el ambiente capitalista tan dinámico de Estados Unidos se podía considerar que los *mafiosi* fueran hampones:

> El criminal moderno en Estados Unidos, aun cuando tenga un apellido italiano, ya no es un criminal italiano. Más bien, es un criminal crecido en Estados Unidos y educado en la violación de la ley en Estados Unidos; obtuvo su grado en la universidad estadounidense del crimen. Estados Unidos transformó su carácter original.

Albert Anastasia, conocido como «el Sombrerero Loco», un famoso gángster de los muelles de Brooklyn, era un buen ejemplo. El hecho de haber nacido como Umberto Anastasio en Calabria en 1902 no significaba nada porque «nunca he escuchado decir que alguna mafia haya arraigado en Calabria».

A principios de 1953, los hallazgos de Kefauver fueron traducidos al italiano como *Il gangsterismo in America*, el primer libro acerca de la mafia que fue publicado en Italia tras la Segunda Guerra Mundial. Muchos analistas de todos los flancos del espectro político guardaron un silencio incómodo ante la idea de Kefauver de que la mafia era una conspiración

global, y en cambio pusieron el foco en lo que el senador decía sobre Estados Unidos. Para la mayoría de los italianos, lo del gangsterismo, como la fea importación lingüística que implicaba, siguió siendo un asunto exclusivamente estadounidense.

Iba a ser necesario algo que tuviera un interés espectacular, en términos periodísticos, que triunfara allí donde Kefauver había fracasado y que rompiera el silencio de Italia en torno a la Mafia siciliana, la ‘Ndrangheta y la Camorra. Algo como un maníaco homicida. O una reina de la belleza del mundo de las pandillas. O una invasión extranjera de Calabria. De pronto, en 1955, estas tres cosas llegaron juntas, dejando en evidencia al menos cuán profundamente arraigado estaba el problema de la mafia en la nueva República.

2
1955

El monstruo de Presinaci

A última hora de la mañana del 17 de abril de 1955, un campesino llamado Serafino Castagna, originario de la aldea calabresa de Presinaci, se comió dos huevos fritos sin pararse siquiera a cortar una rebanada de pan para acompañarlos. Después besó el crucifijo en la pared, antes de abrazar a su esposa y su hijo de nueve años. «Las cosas de este mundo ya no son para mí», les dijo. «Dios nos las da y Dios nos las quita.»

Momentos después, armado con una pistola Beretta, un fusil de servicio con la bayoneta calada y una mochila con munición, salió dando grandes zancadas al sol del domingo para buscar a su primera víctima.

En una casucha que había a pocos metros de allí vivía Domenicantonio Castagna, primo lejano de Serafino. Cuando este llegó a su choza, solo encontró a la madre de su primo, una señora de sesenta años, así que le disparó seis veces.

Enseguida divisó a Francesca Badolato, quien había sido novia de su hermano. Le disparó también pero falló, y ella se las arregló para escapar, alcanzando a coger a un bebé en sus brazos antes de echar a correr. Castagna no se movía con demasiada agilidad, pues una discapacidad congénita había hecho que su pierna derecha fuese tres centímetros más corta que la izquierda, pero de todas maneras persiguió a Francesca y la vio refugiarse en la casa perteneciente a un viejo barbero del lugar. Castagna arremetió contra la puerta de entrada y rompió el vidrio de una ventana, con el barbero y su mujer suplicándole que dejara ir a la chica. Finalmente, frustrado en su propósito, retrocedió un paso y mató a la pareja a tiros. Sus nombres eran Nicola Polito (setenta y un años) y su esposa Maria (sesenta años), y se habían reencontrado hacía apenas dos semanas, después de que

Nicola hubiera pasado tres años trabajando en Argentina.

Castagna siguió entonces el débil murmullo de una radio hasta el centro del Partido Comunista. Tras echar allí una ojeada al interior, no vio a nadie que le hubiese hecho algún daño y siguió su camino. Al acercarse al cuartel general de los democristianos, que estaba en las cercanías, estos vieron su pistola y le rogaron clemencia. «No tengáis miedo», les dijo él. «Solo ando en busca de ciertos amigos míos para saludarlos».

Tras esto se dirigió a las afueras del pueblo, al pajar donde había escondido más munición. Cuando cayó en la cuenta de que su camino pasaba por la parcela de su padre, cruzaron por su mente amargos recuerdos de su infancia. Su padre había abandonado a la familia por otras mujeres y dilapidado el poco dinero del que disponían los Castagna. Minutos después, Serafino estaba frente a su padre y, mirándolo fijamente, pronunció una lacrimosa sentencia de muerte: «¿Has visto en lo que me has convertido? No nos diste una educación apropiada. Mira el abismo en el que estoy sumido a los treinta y cuatro años… Como padre, te adoro, pero como hombre, debes morir».

Un único disparo dejó al hombre retorciéndose en el suelo. Entonces Serafino le clavó la bayoneta para poner fin a su agonía y se inclinó para depositar un beso de despedida en la mano de su padre.

De camino a su nuevo objetivo, pasó junto a un viejo cuidador de vacas que le preguntó: «¿Qué te trae por estos parajes, Serafino?». «Estoy cazando lobos de dos patas», fue su respuesta. Poco después, Castagna se encontró con Pasquale Petrolo, que estaba sentado en la era enfrente de su granja y charlaba alegremente con su esposa. Castagna le disparó cinco veces.

Entonces se dio a la fuga.

En cuestión de horas, ya había reporteros de toda Italia poniendo al día a sus lectores sobre la cacería humana. Había barricadas en todos los cruces de caminos. Patrullas de carabineros peinaban las laderas del monte Poro, deteniéndose para apuntar con sus armas a los rebaños de cabras, escrutando cada rostro bronceado por el sol a ver si encajaba con la descripción: «Estatura mediana, físico robusto, cabello rubio, ojos azules. Afectado de una enfermedad del corazón y una úlcera de duodeno». La

prensa llamó a Castagna el «monstruo de Presinaci».

La aldea natal de Castagna era un lugar de campesinos achaparrados, cerdos negros y moscas grandes, un caserío montañoso de apenas un centenar de casas de piedra perdidas en un rincón abandonado de la región más abandonada de Italia. Aunque la mayoría de los italianos no sabían nada de Calabria, sabían al menos que era una región cuya pobreza eterna generaba estallidos periódicos de salvajismo entre los campesinos inmersos en la brutalidad de esa vida. La ronda homicida de Serafino Castagna tenía todo el aspecto de ser solo una tragedia campesina calabresa más. Las leyendas locales hasta proveyeron el guión para la carnicería: «Castagna ha leído sin duda la historia del bandolero Musolino y quería imitar sus hazañas», proclamó el policía encargado de la búsqueda. El monstruo de Presinaci se convirtió en el «segundo Musolino», candidato a suceder al rey del Aspromonte. (En esa época, el rey del Aspromonte original estaba viviendo sus últimos meses de vida en el hospital mental de Reggio Calabria). Castagna incluso imitó a Musolino enviando mensajes a las autoridades. Antes de acometer su ronda mortífera, garabateó un listado de veinte personas a las que pretendía asesinar y lo dejó para que su esposa lo entregara a la policía. Más tarde escribió al sargento de los carabineros de la localidad anunciando su plan de venganza: «Voy a matar hasta quemar mi último cartucho».

El día en que enterraron a las víctimas de Castagna, los únicos habitantes de Presinaci que osaron unirse al cortejo fúnebre fueron carabineros vestidos con su uniforme oscuro de formación. Luego solo se vio a un niño escabullirse de su portal para arrojar un ramo de flores al último de los cinco ataúdes, y se oyó el grito quejumbroso de su madre suplicándole que volviera, hasta que el niño regresó rápidamente al interior.

A medida que avanzaba la búsqueda del «monstruo», la prensa comenzó a hacer preguntas. Había algo en la calma con que había ejecutado la matanza que sugería que no estaba del todo loco. Pero ¿qué lógica podía haber en el asesinato de cinco personas aparentemente inocentes, dos de ellas mujeres y todas mayores? ¿Quiénes eran los «amigos» y «lobos de dos patas» que decía estar buscando? Las primeras especulaciones se concentraron en el expediente criminal de Castagna: había cumplido tres

años en prisión por el intento de asesinar a Domenicantonio Castagna, el primo lejano cuya madre había sido la primera víctima de aquel domingo fatídico. Algunas de las demás víctimas parecían estar relacionadas de algún modo con el mismo caso. ¿Estaría el monstruo, al igual que el rey del Aspromonte tantos años atrás, vengándose de todos aquellos que habían testificado contra él? Otra teoría era que estaba restituyendo el débil honor de su familia al matar a la mujer que había rechazado a su hermano.

La prensa comunista vio las cosas de otro modo, enfatizando el trasfondo social de la tragedia. El enviado de *L'Unità*, el diario del Partido Comunista Italiano, entrevistó a un camarada de la región que se quejaba de que los periodistas burgueses del norte se divertían retratando a los calabreses como «una horda de gente feroz». La verdadera causa de la locura de Serafino Castagna eran la pobreza y la explotación. ¿Por qué no podían hacer el esfuerzo de entender eso?

Del pozo del cotilleo aldeano afloraron fragmentos de una explicación más improbable para el furor de Serafino Castagna. La primera persona en hablar con los periodistas fue, igual que Castagna, el trabajador de una granja local. Ocultándose junto a un muro y negándose a dar su nombre, murmuró con cautela algo relativo a una sociedad secreta en Presinaci, pero la prensa se mostró aún escéptica:

> Ha habido rumores de que Serafino Castagna está afiliado a la honorable sociedad, una especie de mafia calabresa. Pero la sola existencia de la mencionada sociedad es muy problemática. Supuestamente, esta «sociedad» dio a Castagna hasta el 20 de abril para eliminar a un hombre con el que había entrado en conflicto, aunque todos parecen falsos informes.

El monstruo de Presinaci no podía ser miembro de la mafia calabresa por la sencilla razón de que no había nada parecido. La mayoría de las voces autorizadas fueron unánimes respecto a eso.

Entonces, unas tres semanas después de haber escapado del lugar, Castagna envió a los carabineros un informe personal de cuarenta páginas en el que explicaba que era un afiliado juramentado de lo que él mismo denominaba la «honorable sociedad de la hebilla»; también se refería a ella como la «mafia».

Castagna fue finalmente arrestado después de sesenta días de búsqueda.

Una vez en manos de la justicia, dijo todo lo que sabía sobre la honorable sociedad, proporcionando a las autoridades muchos nombres y pruebas para incriminarlos. Cuarenta y ocho horas después de que capturasen a Castagna, detuvieron también a cincuenta integrantes de la hermandad criminal. A estos arrestos siguieron otros más. Aparentemente, la existencia de la mafia calabresa no era, después de todo, tan «problemática».

En la cárcel, el monstruo de Presinaci llegó al punto de convertir las memorias que había enviado a los carabineros en una autobiografía. Ciertamente, fue el primer miembro de la mafia calabresa en contar alguna vez su historia. *Debes matar*, así era como se titulaba su autobiografía, resolvió el enigma de por qué su autor se había embarcado en ese arrebato desesperado, pero además es un documento histórico de la mayor importancia: es el primer libro de la Italia de posguerra en torno a la cultura organizativa de la hermandad criminal que ahora se conoce como la ‘Ndrangheta.

Serafino Castagna escribió que había nacido en 1921 y crecido en una familia campesina oprimida por el entorno. A temprana edad lo sacaron de la escuela para que guardara las cabras, insultado constantemente por su discapacidad, y maltratado por un padre violento. A los quince años oyó hablar por primera vez de la honorable sociedad. Ya entonces pasaba largas jornadas con el azadón en el campo de la familia. Trabajando en la parcela vecina estaba el primo de Castagna, Latino Purita, diez años mayor que él, que acababa de cumplir una sentencia en prisión por haber herido a una persona. Cierto día a la hora del descanso, Latino comenzó a hablarle a Castagna de «la honestidad que un hombre debía mantener siempre», y le dijo que «para ser honesto, un hombre ha de ser parte de la mafia». Cautivado por lo que su primo le había revelado, a partir de ese momento Castagna comenzó un período de aprendizaje que duró cinco años, robando pollos y quemando pajares a las órdenes de Latino. Reafirmó su virilidad apuñalando a otro jovencito que osó burlarse de su cojera. Entonces, el lunes de Pascua de Resurrección de 1941, se sometió al largo rito de

juramento que empezaba como sigue:

—¿Estáis cómodos, queridos camaradas? —preguntaba el cabecilla.

—Muy cómodos —llegaba la respuesta del coro de los *picciotti* y los *mafiosi* de mayor rango que estaban a su alrededor.

—¿Estáis cómodos?

—¿Para qué?

—Respecto a las normas sociales.

—Muy cómodos.

—En nombre de la sociedad organizada y fiel, yo bautizo este lugar como nuestros ancestros Osso, Mastrosso y Carcagnosso lo bautizaron, quienes lo bautizaron con hierro y cadenas.

La consideración por las «normas sociales» en Presinaci era un requerimiento moderado. Había, desde luego, reuniones a las que asistir y procedimientos que aprender, pero al mismo tiempo los *mafiosi* de Presinaci pasaban gran parte de su tiempo haraganeando en la taberna y contando historias. A Castagna le gustaba en particular escuchar historias de Osso, Mastrosso y Carcagnosso. Estos tres hermanos, se le dijo, eran caballeros medievales españoles, galantes e invencibles pero injustamente perseguidos: por vengar la violación de su hermana, se vieron obligados a huir de España y buscar refugio en la isla de Favignana, justo al extremo occidental de Sicilia. Allí, Osso, Mastrosso y Carcagnosso pasaron muchos años bosquejando las reglas y rituales de la honorable sociedad antes de separar sus destinos. Osso, cuyo nombre significa «hueso», fue a Sicilia y fundó allí la Mafia. Mastrosso («hueso maestro») viajó a Nápoles para establecer la Camorra. Y Carcagnosso («hueso del talón») llegó a Calabria, donde encontró su hogar la tercera rama de la honorable sociedad.

La banda de Presinaci contaba con su propio tribunal, conocido como el «Tribunal de la Humildad». (La palabra italiana para humildad, *umiltà*, es el origen de *omertà*). Entre las penas menores que el tribunal podía imponer estaban las heridas poco profundas con puñal, o el castigo degradante conocido como el *tartaro*, el «infierno». Los líderes infligían el «infierno» a cualquier afiliado que diera muestras de cobardía o arrogancia contra sus camaradas. Lo convocaban a situarse en el centro de un círculo de afiliados y le pedían que se quitara la chaqueta y la camisa. Un miembro más antiguo cogía entonces una escobilla y le untaba la cabeza y el torso con una pasta

hecha de excrementos y orina.

El sexo y el matrimonio generaban muchas de las tensiones que el Tribunal de la Humildad intentaba solucionar. A uno de los hermanos de Castagna se le prohibió entrar en la taberna durante diez días y se le impuso una multa de mil liras. Su ofensa fue haber violado un acuerdo con otro mafioso en los turnos que ambos habían fijado para acostarse con una muchacha a la que ambos deseaban.

En Presinaci, la honorable sociedad siempre hacía sentir su presencia en los espacios públicos y en los momentos clave de la vida de la comunidad; monopolizaba, por ejemplo, los bailes folclóricos. Castagna recordaba al respecto que «durante las festividades religiosas, los miembros de la sociedad intentábamos siempre protagonizar el baile, de manera que los no miembros quedaran fuera de la diversión». El *mastro di giornata* («maestro de la jornada», el portavoz del jefe) llamaba a cada miembro de la banda para que bailara en el orden que imponía la jerarquía. En cierta ocasión evocada por el mismo Serafino Castagna, un no miembro que intentó obcecadamente unirse al asunto fue aporreado brutalmente en el suelo.

En enero de 1942, la guerra provocó la temprana interrupción de Castagna en la carrera criminal. Pese a sus problemas de salud, que incluían ataques recurrentes de malaria, fue reclutado en un regimiento de artillería. Tras la caída del ejército italiano en septiembre de 1943, se las ingenió para escapar a través de las líneas alemanas y aliadas hasta llegar, hambriento y andrajoso, a su pueblo natal para retomar su carrera que conduciría al baño de sangre del 17 de abril de 1955.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, la vida en Presinaci volvió a su normalidad profundamente miserable. La honorable sociedad comenzó a intensificar su actividad a medida que sus líderes volvían de dondequiera que los hubiera dispersado el conflicto. Aumentó el número de incendios provocados y atracos. Los contactos con ramas de la entidad en otros sitios se hicieron más regulares. El Tribunal de la Humildad comenzó a reunirse con mayor frecuencia. Los delitos se volvieron más ambiciosos y la violencia, más frecuente: Castagna se enfrentó a un hombre con el cual tenía un conflicto menor y lo apuñaló. Esta disposición para matar se transformó, de manera creciente, en casi una prueba de rutina que los

líderes de la banda imponían a sus miembros. El clima se volvió aún más delictivo cuando Latino Purita, el primo «honesto» de Castagna, se convirtió en jefe después de que su predecesor emigrara.

Castagna se metió en un primer problema serio cuando se le ordenó cobrar una multa de mil liras a un afiliado nuevo que había estado difundiendo rumores sobre los asuntos de la sociedad con un no mafioso. Castagna recibió instrucciones de ejecutar al ofensor si se negaba a pagar el dinero. El afiliado en cuestión era Domenicantonio Castagna, el primo lejano a quien Castagna había intentado asesinar en primer lugar el día en que, cinco años después, cometió sus atrocidades. Castagna y Domenicantonio tuvieron una refriega por el dinero, un guardia municipal intervino y Castagna acabó disparándole a Domenicantonio en el pecho. Pero la suerte quiso que su primo sobreviviera a las heridas, y, como es lógico, Castagna fue capturado y encarcelado de todos modos por haberle disparado.

Castagna nos dice que la «sociedad» no cumplió su promesa de ayudarlo cuando estaba en prisión. No solo eso, sino que al ser liberado a finales de 1953, la propia «sociedad» lo convocó de inmediato para reprenderlo por haber fracasado a la hora de eliminar a Domenicantonio. Se le dijo que la única forma de restituir su reputación era matando al guardia municipal que había intervenido en la pelea. Castagna apeló la decisión y obtuvo un mínimo respiro: los cabecillas decretaron que debía matar al guardia, pero que podía esperar a que su período de vigilancia policial concluyera en la primavera de 1955.

Castagna estaba atrapado. Si cometía el asesinato de un funcionario público, tenía casi la certeza de que pasaría el resto de su vida en prisión. Pero a la vez vislumbraba la pérdida catastrófica de prestigio que implicaría traicionar su identidad mafiosa y hablar con las autoridades: «Nadie me respetaría de nuevo, ni siquiera la gente que no pertenecía a la “sociedad”». Al aproximarse el plazo fatal para la *vendetta*, comenzaron a atormentarle una serie de pesadillas en las que aparecían cementerios, fantasmas y guerras. Al final, tomó la decisión irrevocable de negarse a obedecer y de matar, en lugar de a las personas que le exigían, a quienes le habían dado la orden. Y se preparó para la batalla en ciernes escribiendo todo lo que sabía

de la honorable sociedad, incluido un listado de los veinte miembros a los que quería asesinar. A continuación, se preparó su última comida de huevos fritos.

Los planes de Castagna fallaron de manera grotesca. Solo una de sus víctimas, la última, era miembro de la honorable sociedad. Las otras estaban solo relacionadas de manera tangencial con sus objetivos reales, si es que tenían alguna conexión. Este no fue un gesto de grandeza, sino el desahogo de una rabia y una desesperación largamente acumuladas.

Buena parte de la subcultura criminal que el monstruo de Presinaci describía en su relato está aún en práctica en la ‘Ndrangheta de hoy en día. La fábula de Osso, Mastrosso y Carcagnosso, por ejemplo, todavía constituye el mito fundacional de la ‘Ndrangheta. Los ritos y fábulas ayudan a forjar poderosos lazos fraternales, modelando la identidad de los jóvenes criminales, dándoles la seguridad que necesitan para dominar a sus comunidades. Si los cinco asesinatos cometidos por Serafino Castagna revelan algo, es que la subcultura de la ‘Ndrangheta puede representar una presión psicológica extrema.

Pero tanto a la policía y como a la judicatura de los cincuenta, gran parte del informe de Castagna les sonaba a la farsa habitual. Era una imagen de Calabria halagüeña para uno de los equívocos más persistentes y desorientadores de Italia. Aun aquellos dispuestos a admitir que la mafia existía en lugares como Calabria y Sicilia estaban convencidos de que era solo un síntoma de atraso. En esa época, lo que dominaba el debate público en la Italia meridional no era el problema del crimen organizado sino el tema de la pobreza. Los ingresos medios del sur eran la mitad de los niveles que se alcanzaban en la parte norte. En 1951, una encuesta del gobierno reveló que 869.000 familias italianas disponían de tan poco dinero que nunca, en ningún caso, comían azúcar o carne; 744.000 de esas familias vivían al sur del país. Si alguien pensaba alguna vez en las mafias, las concebía ante todo como fruto de la pobreza y de un medio campesino primitivo y caracterizado por la superstición y los episodios aislados de violencia brutal. Al final, la historia del monstruo de Presinaci no resultó tan sorprendente.

Las redes del clientelismo, incluyendo el clientelismo de la mafia, que apoyaban a muchos políticos de la Italia meridional eran una base de sustentación inestable por naturaleza. Era inevitable que, de vez en cuando, la actividad mafiosa se saliera de madre, la violencia aumentaba y los fieles simpatizantes democristianos empezaban a protestar. En estos períodos, incluso los gobiernos que eran reacios por sistema a prestar atención al problema de las mafias se veían forzados a reaccionar. Resultó que el caso del monstruo de Presinaci no fue en absoluto un episodio aislado. El año 1955 fue extremadamente violento en toda Calabria.

Uno o dos periodistas detectaron indicios de que algo andaba mal. Un corresponsal de *Il Mattino*, diario de Nápoles y el más influyente de los medios democristianos en el sur, visitó Calabria pocas semanas después de la captura de Castagna. Allí descubrió que la provincia de Reggio Calabria estaba atravesando una oleada de crímenes alarmante, o que al menos habría resultado alarmante si hubiese ocurrido en cualquier otra región de Italia. En las áreas rurales se secuestraban autocares y coches, los granjeros y trabajadores de fábricas estaban sometidos a extorsión para que pagaran cuotas a cambio de protección, y se intimidaba a los testigos. Después sucedió el caso impactante de Francesco Cricelli, un mafioso de San Calogero, en la provincia de Catanzaro, al que degollaron por robarle una navaja a su jefe. *Il Mattino* exigió la acción del gobierno para reafirmar el imperio de la ley.

Por la época en que se publicaron esos reportajes, en algún resquicio de los patios interiores, las galerías y los enrevesados corredores del Ministerio del Interior en Roma, la maquinaria gubernamental ya estaba volviendo lentamente su atención hacia el problema de la ley y el orden en el extremo sur de la Italia continental.

Giuseppe Aloi era un empresario de Reggio Calabria que daba empleo a unas ciento cincuenta personas en la fabricación de ladrillos. El día antes al arrebato de violencia de Serafino Castagna, Aloi escribió una carta al Ministerio del Interior. Estaba atemorizado y rabioso: su hijo acababa de escapar de un intento de secuestro en el centro mismo de Reggio. Desde

entonces, la familia había recibido amenazas y exigencias de dinero, y la policía no había podido identificar a los culpables. La situación era tan mala que estaba considerando seriamente la posibilidad de cerrar su negocio. La carta de Aloi señalaba a su vez el aumento de la criminalidad en la región, y decía textualmente:

> Es un hecho público que la organización del inframundo ha reaparecido en prácticamente cada pueblo de la provincia. Hay numerosos *mafiosi* que, aunque no tienen ninguna profesión o negocio de provecho para la sociedad, hacen ostentación de un estilo de vida fácil y lleno de lujos, basado en una riqueza sospechosa; suelen ofrecer sus servicios a los granjeros o imponerles tributos extraordinarios a cambio de asegurarles que su propiedad y pertenencias serán respetadas.

Dos días después de que el fabricante de ladrillos escribiera su carta, unos policías de paisano en dos coches particulares intentaron atrapar a los extorsionadores en un sinuoso camino de montaña en las laderas septentrionales del Aspromonte. Uno de los coches fue blanco del fuego de ametralladoras y rifles de caza que dispararon desde el bosque que cubría las laderas. Milagrosamente, solo hubo cuatro agentes con heridas leves. La mafia calabresa estaba bien armada y preparada para enfrentarse directamente a las fuerzas del orden.

Para responder a una demanda de información más exhaustiva, el prefecto de Reggio Calabria (que era los ojos y oídos del Ministerio del Interior sobre el terreno) elaboró un informe que confirmaba la visión de Aloi. Había en Calabria «una vasta red de afiliados del inframundo» capaz de asegurarse su propia inmunidad ante la ley a través de la *omertà* y «un bien ordenado sistema de protección que involucraba incluso a los políticos»; «a menudo, en tiempos de elecciones, tales individuos [los *mafiosi*] se transforman en propagandistas de uno u otro partido e intentan influir en los resultados electorales con el peso de su clientela». La mafia calabresa estaba empezando a constituir un problema de orden público que no se podía ignorar como si fuera obra de algún campesino aislado y perturbado.

Muy poco después de asumir el cargo en julio, un nuevo ministro del Interior democristiano decidió que era necesario tomar medidas urgentes. A partir de entonces, se llevaría a cabo una campaña antimafia de una

magnitud que Italia no había vuelto a ver desde los días de la represión fascista de finales de los años veinte. Un dinámico y nuevo jefe de policía, Carmelo Marzano, fue convocado para dirigir la que sería conocida como la «Operación Marzano». Los bromistas de la región, que no podían abstenerse de hacer juegos de palabras, bromeaban diciendo que era como si los «marcianos» (*marziani*) hubieran aterrizado. Calabria estaba a punto de recibir a los invasores del planeta de la ley y el orden.

¡Los marcianos atacan!

El ministro que ordenó la campaña antimafia en Calabria era Fernando Tambroni, un democristiano de la región de Marche. Tambroni era un hombre tímido en público, que atraía escasa atención de la prensa. Sus declaraciones políticas eran reservadas y herméticas, incluso para los estándares democristianos. Los únicos rasgos claramente distintivos de él eran su aspecto deslumbrante como el alabastro y su elegancia. (Era cliente fiel de Del Rosso, el sastre romano de la élite). En privado, Tambroni detentaba un sistema de creencias basado en tres pilares: el culto de San Gabriele dell'Addolarata, la influencia de su astrólogo personal y una inclinación a reunir dossieres secretos de sus aliados y adversarios.

Pese a estas manías personales, cuando anunció el inicio de la Operación Marzano, esta pareció una solución política acertada de orden y ley, al viejo estilo, de inspiración derechista, similar a la que se podía encontrar por entonces en otros países de la Europa occidental. La Operación Marzano se presentó como una prueba de la plataforma de Tambroni que se ocupaba de la ley y el orden: un impulso encaminado a reforzar la confianza de los ciudadanos en el Estado (y, por tanto, en los democristianos). En las primeras etapas de la operación, el ministro Tambroni concedió una entrevista a un periódico en la que denunciaba un «gobierno del crimen organizado» en Calabria y prometía «llegar al fondo del asunto» y «no conceder privilegios a nadie».

Los primeros informes procedentes de Calabria que el jefe de policía Carmelo Marzano enviaba a Tambroni eran el manifiesto de un hombre ambicioso y abocado a una acción vigorosa. No era exagerado decir, escribía Marzano, que la población local estaba «literalmente en las garras

del terror». El índice de criminalidad era alarmante, pero había muchísimos más delitos que pasaban sin ser denunciados a causa del temor de la gente. El chantaje por protección era sistemático: los servicios forestales, las tabernas y restaurantes, la lotería estatal, los servicios de autobuses… Nada estaba autorizado a funcionar a menos que se llegara a lo que Marzano denominaba «ciertos acuerdos». Cientos de criminales condenados andaban libres por la provincia, incluidos cincuenta y nueve asesinos; estos fugitivos hacían alarde del fracaso del Estado para imponerse en el territorio. Uno de ellos, el notable Angelo Macrì, nacido en Brooklyn, se había dirigido a un carabinero en el centro de Delianuova y lo había matado de un tiro en la cabeza; su estatus dentro de la honorable sociedad había crecido de manera insospechada como resultado de ello. Otro asesino convicto también fugitivo de la justicia era el igualmente célebre cabecilla de Bova, Vincenzo Romeo. Romeo vivía a la luz del día en su territorio, se casó en presencia de los demás jefes de la honorable sociedad, tuvo hijos, dirigía sus negocios y cuidaba a sus diez queridos perros. En cierta ocasión, cuando los carabineros fueron a buscarlo a su casa, las mujeres de Bova se asomaron a las ventanas y agitaron sábanas para advertirle del peligro.

El nuevo jefe de policía encontró que el estado de aplicación de la ley era aún más impactante que el del orden público. Quedó horrorizado ante su cuartel general, la *Questura*: ese edificio estrecho y sucio parecía medio abandonado; no tenía persianas en las ventanas para mantener a raya el calor veraniego y ni siquiera rejas en los balcones. Mientras que un pueblo de dimensiones similares en el norte o centro de Italia podía tener cinco o seis estaciones locales además de la *Questura*, en Reggio, una ciudad que detentaba para entonces el índice más alto de criminalidad del país, no había ningún otro cuartel de policía. De modo que la *Questura* se veía permanentemente desbordada por ciudadanos de toda la provincia pidiendo a voces que querían denunciar un delito, o solicitar una licencia o un certificado. No había celdas y tampoco espacios privados en los que se pudiera interrogar a un testigo. Era frecuente que las eminencias políticas de Italia visitaran la localidad con la intención de negociar peticiones especiales para simpatizantes que estaban arrestados allí. La *Questura* parecía más un bazar que un centro de mando.

Muchos de los hombres bajo la dirección de Marzano habían adoptado el mismo aire indolente e inmóvil que los muebles en los que se sentaban. Tenían pocos contactos en la comunidad —amistades, lazos familiares, intereses comerciales—, por lo que priorizaban la idea de llevar una vida tranquila frente a cumplir con sus deberes más exigentes. Un oficial bajo sospecha de connivencia con los delincuentes seguía en su puesto años después de que se hubiera cursado una orden de traslado para él. La brigada móvil —la unidad de paisano entre cuyas responsabilidades estaba, supuestamente, la búsqueda de esos cincuenta y nueve asesinos convictos— se componía de solo catorce agentes, y de hecho menos de la mitad acudían a ejercer su trabajo con regularidad. La aplicación de la ley en la provincia carecía hasta de los instrumentos más básicos de la actividad policial moderna: perros, bicicletas o radios, esenciales si sus oficiales habían de coordinar sus movimientos en los páramos agrestes del Aspromonte.

El Festival de la Madonna en el Monte de Polsi fue una clara y temprana oportunidad para el jefe de policía Marzano de demostrar que los invasores alienígenas del ministro Tambroni iban en serio. El santuario de la Madonna de la Montaña es uno de los lugares más característicos del sur de Italia. Perdido en las alturas y bosques del Aspromonte, fue construido en el lugar donde, en 1144, la Santísima Virgen se le apareció milagrosamente a un pastor. Cada año, a principios de septiembre, peregrinos de toda la parte meridional de Calabria viajan a pie hasta allí para mostrar su devoción. Las autoridades eran por entonces muy conscientes de que la honorable sociedad aprovechaba el festival para llevar a cabo con disimulo una reunión general de algún tipo, aunque no estaba muy claro lo que pasaba en esa reunión y por qué. En 1954, como ya había ocurrido a menudo en el pasado, la peregrinación detectó los residuos que los ajustes de la mafia dejaron tras de sí: después de que los peregrinos se marchasen, se encontraron cerca del santuario los cuerpos de dos hombres jóvenes con varias heridas de bala. Ese año, con Marzano en su cargo, hubo barricadas y patrullas en los bosques y se detuvo a catorce individuos acusados de cargos que iban desde tenencia de armas hasta intento de asesinato y secuestro. El superior inmediato de Marzano, el prefecto de Reggio, telegrafió al ministerio para anunciar que la peregrinación había transcurrido sin

incidentes.

En los días y semanas que siguieron, el ministro Tambroni recibió infinidad de telegramas que anunciaban la detención de un mafioso calabrés convicto tras otro. La policía arrestó a dos de los individuos que habían intentado chantajear a Giuseppe Aloi, el fabricante de ladrillos, y recuperó numerosas armas en la misma operación. Incluso consiguió capturar a un empleado municipal de Gioia Tauro que robaba documentos de identidad en blanco para los gángsteres que necesitaban falsificar su identidad. Vincenzo Romeo —el fugitivo de los diez perros— fue arrestado, igual que (al final) lo fue Angelo Macrì, que había volado de regreso a su América natal. Marzano incluso emprendió una expedición en solitario al Aspromonte, en coche y a pie, y él solo trajo de vuelta a un asesino renegado de Bova.

Cinco semanas después de haber llegado a Reggio, el hiperactivo jefe de policía Marzano se sintió en posición de enviar un mensaje servil al ministro Tambroni:

> La cara de toda la provincia se ha transformado. La ciudadanía aprueba la operación. Ha habido una oleada beneficiosa de renovación en el aire y se ha recuperado la confianza en la autoridad estatal. Los ciudadanos saben que se lo deben todo exclusivamente a la decisión y capacidad resolutiva de Su Excelencia. Sin un deje de exageración retórica, puedo garantizar a Su Excelencia que, si viene de visita a Reggio, la gente lo llevará literalmente a hombros.

A la gente parecía gustarle lo que estaba sucediendo; desde luego, a la prensa le gustaba. Los corresponsales llegaban a Calabria en cantidades que antes solo habían acudido atraídas por alguno de los frecuentes desastres naturales de la región. Es de destacar que, a raíz de la Operación Marzano, Italia dio paso a su primer debate a nivel nacional en torno al crimen organizado en Calabria. Como era natural, los periodistas incluían material de archivo con referencias extravagantes a la secta criminal secreta conocida como la «mafia» o la honorable sociedad, o la *fibbia* («hebilla»). De hecho, en las entrevistas a los lugareños comenzó a mencionarse un nuevo nombre: la «’Ndrangheta». Pronunciada «en-dran-gueta», significa «virilidad» o «coraje» en el dialecto de raíces griegas que se habla en las laderas meridionales del Aspromonte. La palabra tiene una larga historia, pero no hay indicios de que alguna vez se utilizara para aludir a la honorable sociedad de Calabria antes de 1955. No está del todo claro quién

aplicó por primera vez el nuevo nombre a la mafia local: si los propios *‘ndranghetisti* o los calabreses no afiliados a la organización, o incluso los periodistas visitantes. Pero, quienquiera que fuese, el término «‘Ndrangheta» estaba destinado a imponerse como apodo oficial de la hermandad, empleado tanto por los miembros como por los no miembros. Tras evolucionar en las sombras durante aproximadamente setenta y cinco años, la versión calabresa de la mafia había atraído al fin suficiente atención pública para merecer su propio nombre.

La Operación Marzano también hizo que algunos calabreses recuperaran la memoria respecto a la mafia. Un ejemplo notable de ello fue Corrado Alvaro, el escritor más conocido de la región. Alvaro había nacido en San Luca, la aldea de las laderas del Aspromonte cuyos criminales actúan como guardianes de los usos de la honorable sociedad; San Luca es conocida como el Belén del crimen organizado calabrés. Alvaro no simpatizaba con la ‘Ndrangheta, pero cuando creció conoció de cerca su brutal realidad. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se trasladó a Roma, se convirtió en una suerte de portavoz extraoficial de los pobres sin voz en su región natal, transformando a los oprimidos campesinos del Aspromonte en arquetipos de resistencia humana. Tal vez en un afán equivocado de resguardar a Calabria de la mala publicidad, o tal vez por razones más oscuras y misteriosas, Alvaro mantuvo un largo silencio en torno a la cofradía criminal de la región. En 1949, al denunciar la miseria feudal que aún estaban tolerando los pastores y campesinos, escribió que «hubo intentos de establecer sociedades criminales a imitación de la Mafia, pero nunca arraigaron en la región. Hasta hoy, Calabria es una de las partes más seguras del país, en cualquier momento, y en cualquier rincón solitario».

En 1955, Alvaro cambió de opinión. Escribió sobre la ‘Ndrangheta en una columna publicada en el *Corriere della Sera*, y en otros escritos suyos también asomaron memorias de su juventud relacionadas con la hermandad. De hecho, es probable que él fuera quien más contribuyó a que el nuevo nombre se hiciera conocido.

Al fin y al cabo, la recuperación amnésica de Corrado Alvaro y la nueva denominación de la ‘Ndrangheta resultaron ser los únicos logros duraderos

de la Operación Marzano. Y el obstáculo más importante para lograr algo más definitivo fue el rechazo del ministro Tambroni a atacar con rigor a las amistades de la organización dentro de la política.

Los documentos almacenados en los archivos del Ministerio del Interior ahora nos permiten echar un vistazo a los entresijos de la Operación Marzano. Esa documentación contiene una cantidad ingente de información reunida por los funcionarios de Tambroni en torno a los políticos que trabajaban codo con codo con los gángsteres en Calabria. La invasión marciana de 1955 reveló algunos oscuros atisbos de mala fe y connivencia.

Hubo un caso en particular en el que estuvo implicado una eminencia política típica del sur: Antonio Capua, parlamentario del Partido Liberal, era uno de los socios de coalición de la Democracia Cristiana. De hecho, lo que se entendía por Partido Liberal en Calabria era en verdad la clientela personal de Capua. Este, a su vez, participaba en el gabinete de Fernando Tambroni como viceministro de Agricultura y Patrimonio Forestal. Puesto que la agricultura y el patrimonio forestal jugaban un papel importante en la economía local, la labor de Capua conllevaba disponer de muchos privilegios financiados por impuestos a repartir entre sus amigos. Tambroni descubrió que su colaborador solía presionar en privado a determinados funcionarios para garantizar permisos de conducir y licencias para llevar armas a conocidos *'ndranghetisti*, y que sus operadores electorales locales estaban estrechamente vinculados a los matones de la honorable sociedad.

Capua ya ocupaba los titulares de prensa de Calabria antes de que comenzara la Operación Marzano. En un misterioso incidente que olía a la 'Ndrangheta, un grupo de individuos disparó contra el coche de su esposa cuando lo conducía por las alturas del Aspromonte. Capua intentó encubrir toda la historia. Cuando la prensa se enteró, publicó una versión mutilada pero aún más preocupante de ella, señalando que el propio Capua había sufrido un intento de asesinato. Un atentado contra la vida de un viceministro del gobierno superaba los límites de una noticia local y los diarios de todo el país mostraron el debido interés.

Cuando los «marcianos» de Tambroni aterrizaron en otoño, el nuevo jefe de policía se dedicó a investigar tanto el episodio del tiroteo como las amistades de Capua en los bajos fondos. Pero lo peor estaba aún por venir

para el viceministro: mucha gente sacó la conclusión inmediata de que Capua había convocado a los «marcianos» como resultado del intento de asesinato. La ‘Ndrangheta tuvo la misma percepción y comenzó a preguntarse por qué el preferido entre sus «grandes» les había supuesto tantos problemas que ahora pesaban sobre sus cabezas. El viceministro estaba en una posición desesperada: a la policía le parecía un maleante y a la ‘Ndrangheta, un traidor.

El 14 de septiembre de 1955, el viceministro Capua hizo una apuesta igualmente desesperada por recuperar su credibilidad ante la ‘Ndrangheta y la policía al mismo tiempo. Se las arregló para encontrarse con el jefe de policía Marzano porque quería debatir el caso de un sospechoso que Marzano estaba interrogando por entonces. El sospechoso, un ‘*ndranghetista* llamado Pizzi que era también el alcalde de Condofuri, era el operador electoral de Capua para todo el litoral jónico de la provincia de Reggio Calabria. Capua esperaba, probablemente, que su prestigio como viceministro acabara intimidando al jefe de policía. Esa era, a fin de cuentas, la forma en que incontables *mafiosi* habían recibido protección durante el último siglo. Pero el nuevo jefe de policía confiaba lo suficiente en su respaldo político para no dejarse intimidar. En lugar de ello, le enseñó con calma a Capua las pruebas condenatorias que ya había acumulado contra el alcalde Pizzi, que en ese momento se hallaba en la sala con ellos. El viceministro replicó con un gesto descarado del que solo es capaz cierto tipo de político italiano. Primero fingió estar sorprendido y desilusionado. Después dijo calmadamente a Marzano que su amigo, el alcalde Pizzi, era un hombre honesto a quien, a pesar de sus buenas intenciones, su entorno lo había corrompido. En ese momento se volvió hacia el alcalde Pizzi y lo reprendió en un tono de dolorida sinceridad, alzando el dedo índice ante él, indicándole que debía modificar su estilo y colaborar con la policía «de aquí en adelante».

Por desgracia, los informes de la época no nos hablan de las reacciones de Fernando Tambroni cuando leyó esta historia sobre su colega del gabinete. No sabemos si se quedó perplejo o si se desternilló de la risa hasta hacer saltar las costuras de su traje Del Rosso, pero sí podemos especular acerca de lo que estaría pensando. Tambroni debió de razonar que el hecho

de exponer a Capua pondría en riesgo el delicado equilibrio de la coalición de gobierno. O quizá, simplemente, se ciñó a una de las viejas reglas no escritas de la vida institucional italiana. Todas las facciones gobernantes, todas las agrupaciones de partidos en un momento u otro tenían que llegar a acuerdos con políticos que eran «amigos de los amigos» en Sicilia, Campania o Calabria. Iniciar una investigación seria respecto a alguno de ellos implicaba no saber adónde iría a parar todo. Poco importaba que la aplicación de la ley sobre el terreno en la Italia meridional demostrase que las mafias no serían jamás erradicadas si sus encubridores políticos seguían intactos. Mejor era dejarlo estar. Y las pruebas contra el viceministro Capua fueron enterradas.

Capua se las ingenió también para suavizar las cosas con sus amigos de la ‘Ndrangheta. O eso debemos asumir, puesto que en las siguientes elecciones fue reelegido sin problemas.

Otro político cuyos tratos nefastos salieron a la luz durante la Operación Marzano provenía del partido del propio ministro del Interior, los democristianos. Un informe de máxima seguridad dirigido a Tambroni indicaba que Domenico Catalano formaba parte de un grupo muy cohesionado de tres líderes de la DC que se las habían ingeniado para ocupar puestos de poder en las organizaciones autónomas locales y en organizaciones católicas de la región. Había serias sospechas de que los tres democristianos tenían nexos con el crimen organizado. Catalano incluso se jactaba en público de haber conseguido que trasladaran a un jefe de policía anterior lejos de Calabria cuando su empeño en la persecución de los *‘ndranghetisti* se volvió demasiado entusiasta. Lo más preocupante de todo era que Catalano formaba parte de la Comisión Provincial de Medidas Policiales. La comisión era un cuerpo decisivo que regía en casos en que la policía solicitaba que un sospechoso peligroso fuera enviado al exilio interior en una colonia penal sin juicio previo. (El exilio interior había estado en aplicación en Italia desde los días en que los carabineros iban con mosquetones y caballos en lugar de ametralladoras y jeeps. No solo era una

medida muy dudosa en términos legales, sino absolutamente contraproducente, ya que las colonias penales eran consabidos terrenos de reclutamiento de las propias mafias).

Durante la Operación Marzano, la policía presentó requerimientos para que grupos de sospechosos de la ‘Ndrangheta fuesen embarcados rumbo a la remota colonia penal de Ustica, en la costa norte de Sicilia. Pero el delegado del ministro Tambroni en la región, el prefecto de Reggio Calabria, advirtió que Domenico Catalano desplegaba lo que ellos denominaban «cierta indulgencia» hacia hombres con fichas criminales particularmente sangrientas. Un número de curas parroquiales también testificaron ante la Comisión Provincial de Medidas Policiales acerca del mismo estilo extrañamente indulgente, pero en lugar de hacer de ello un problema, el prefecto decidió actuar al estilo clásico de los democristianos y se limitó a mantener una conversación secreta con el arzobispo.

Ahora bien, el arzobispo de Reggio Calabria en aquella época no era, con seguridad, amigo de la ‘Ndrangheta. Acababa de leer una carta pastoral denunciando a las «oscuras sociedades secretas que, con el pretexto del honor y la fuerza, enseñan e imponen el delito, la *vendetta* y el abuso de poder». Solo podemos imaginar lo muy perturbado que habrá estado al saber la noticia de que Domenico Catalano, un político que era a su vez un antiguo miembro de organizaciones locales apoyadas por la Iglesia, estaba en la misma liga que el crimen organizado. Pero, en lugar de armar jaleo, el arzobispo decidió actuar al estilo clásico de la Iglesia italiana y tener a su vez un intercambio bajo cuerda con el propio Catalano, instancia en que el arzobispo persuadió gentilmente a Catalano para que se tomara sus responsabilidades en la Comisión Provincial de Medidas Policiales más seriamente.

La pequeña cadena de favores silenciosos pareció funcionar. Por un tiempo, Catalano votó en el mismo sentido que los demás en la comisión, que comenzó a enviar a *‘ndranghetisti* al exilio interior.

Pero entonces se pidió a la comisión que resolviera en el caso de un criminal notablemente poderoso llamado Antonio Macrì, conocido como «don ‘Ntoni». Don ‘Ntoni no era solo el «capo de la porra» del mercado de Siderno, sino también uno de los cabecillas más poderosos de toda Calabria.

En el otoño de 1953, se supo que don ‘Ntoni había presidido una reunión plenaria de la ‘Ndrangheta durante el Festival de la Madonna de Polsi. Enviar a un ‘*ndranghetista* a una colonia penal era una cosa; confinar a don ‘Ntoni, otra completamente distinta. El 3 de septiembre de 1955, con el capo de la porra aguardando en el pasillo vecino a la sala donde la comisión estaba reunida, Domenico Catalano se puso de pie y solemnemente informó a los restantes miembros de la comisión que consideraba su deber hacer una declaración que «concernía al Vaticano». Hecho esto, contó una historia que dejó a todo el mundo en esa estancia con la boca abierta.

La historia de Catalano era más o menos como sigue. Algunos años antes de esa fecha, el obispo de Locri descubrió que cierto número de sacerdotes había estado robando dinero de una obra de caridad de la Iglesia. El obispo forzó a los sacerdotes involucrados a devolver el dinero, explicó Catalano, a raíz de lo cual los mismos curas contrataron a un asesino para que se encargara del obispo. Afortunadamente, el obispo oyó de la trama para asesinarlo y buscó sabiamente la protección del ‘*ndranghetista* dominante en el área, don ‘Ntoni Macrì. Domenico Catalano reveló entonces que don ‘Ntoni había echado mano de sus buenos oficios para salvar la vida del obispo. ¿Acaso un hombre capaz de un gesto así de noble no merecía un trato misericordioso de la Comisión Provincial de Medidas Policiales?

Los restantes comisionados no quedaron convencidos. Don ‘Ntoni Macrì fue despachado prontamente a una colonia penal, lo que lo obligó a una breve pausa en su formidable carrera criminal. Además, se envió un informe completo al ministro Tambroni en Roma.

Nunca sabremos verdaderamente cuánto de verdad había en la inverosímil historia de Catalano sobre el plan para matar al obispo de Locri, con mayor razón al carecer de ninguna declaración documentada del papado; pero todo el asunto es igualmente ilustrativo. El problema de Italia con el crimen organizado no era solo que la influencia de las mafias se hubiera infiltrado en el Estado a través de canales privados. Era, a la vez, que los prefectos, políticos y arzobispos preferían usar, ellos también, esos mismos canales privados. En lugar de respetar la ley, preferían tener un intercambio en privado.

Una vez más, el ministro del Interior Tambroni leyó este informe y no hizo nada; independientemente de que el caso supusiera un ejemplo muy claro en que un político había intentado torcer la ley en favor de un *‘ndranghetista*. Domenico Catalano, el hombre que urdió la extraña fábula del obispo salvado por el cabecilla de la Mafia, mantuvo durante años su asiento en la Comisión Provincial de Medidas Policiales.

El 27 de octubre de 1955 —apenas cincuenta y cuatro días después de haber aterrizado— el jefe de policía Marzano volvió a su platillo volante y dejó Calabria para siempre. Era absolutamente ilusorio imaginar que menos de dos meses de actividad policial intensiva podían provocar un cambio significativo a largo plazo. Más pronto que tarde, los *‘ndranghetisti* retornarían de sus colonias penales y todo volvería a la normalidad.

Difícilmente podría el Estado italiano haber hecho una demostración más clara de su exasperante visión a tan corto plazo. El aparato policial de Tambroni no pareció interesado en lo más mínimo en entender de verdad a la ‘Ndrangheta como una organización. Toda la cadena de mando, desde el Ministerio del Interior en Roma hasta los oficiales regionales más jóvenes en Calabria, tenía a su disposición buena parte de la información necesaria para hacerse una imagen convincente de la mafia calabresa. El 28 de mayo de 1955, solo tres meses antes de iniciarse la Operación Marzano, la policía y los carabineros habían asaltado una casa en Rosarno y encontrado un cuaderno con las reglas de la ‘Ndrangheta. Dos semanas y media después, el monstruo de Presinaci fue al fin capturado y dejó clara su intención de contárselo todo a la policía. Las autoridades obtuvieron bastante información: la estructura territorial basada en células de la ‘Ndrangheta; la forma en que se proponía a sí misma como una alternativa a la ley, y su habilidad para establecer nexos con los grupos y facciones que se disputaban la política calabresa. Aun así, no hay el menor indicio de alguna prueba que sugiera que el jefe de policía Marzano estuviese medianamente interesado en valerse de estas nuevas y valiosas fuentes de información con algún provecho práctico. Ni en la pequeña montaña de correspondencia

oficial que generó la Operación Marzano hay ningún indicio de que las autoridades tuvieran una memoria histórica del desarrollo de la honorable sociedad, ni de lo que se había aprendido en los intentos previos de combatirla. En resumidas cuentas, a ninguno de los asociados a la «invasión marciana» se le ocurrió que, para combatir a la ‘Ndrangheta, podía ser buena idea entenderla desde dentro.

En el Parlamento de Roma, los comunistas sospechaban que acabar con la ‘Ndrangheta nunca fue el propósito real de la Operación Marzano. Estaban convencidos de que la promesa de Tambroni de «no ceder ante los privilegios» era falsa y cínica desde un principio. Los casos más flagrantes de apoyo criminal organizado a los políticos implicaban a los democristianos. Un parlamentario socialista dijo en el Parlamento que Vincenzo Romeo, el dueño de los diez perros, se había paseado con una ametralladora gritando: «¡O votan por los democristianos o los mato!». Así que Marzano estaba siendo selectivo ideológicamente con los *mafiosi* que cogía en las redadas, según las protestas de los comunistas. El alcalde DC de la capital provincial de Reggio Calabria no había sido detenido, a pesar de que existían pruebas de peso sobre su vinculación con el crimen organizado. Por el contrario, habían arrestado y enviado al exilio interior al alcalde comunista de la aldea montañosa de Canolo, Nicola D’Agostino.

Desde luego, las denuncias de los comunistas de que la invasión marciana de Tambroni tenía un sesgo ideológico no eran infundadas. De todas maneras, el caso D’Agostino era probablemente un ejemplo desafortunado en boca de los comunistas, porque este alcalde en particular era miembro del PCI, pero nunca había dejado de ser un jefe de la ‘Ndrangheta. La policía alegaba que se valía del partido para ejercer su poder personal sobre el pueblo. D’Agostino no era el único caso de esta índole: la última víctima del monstruo de Presinaci era, por ejemplo, un *’ndranghetista* comunista. Los comunistas del sur de Calabria tenían menos resistencia a la infiltración de mafiosos en el partido que sus camaradas de la Sicilia occidental, que contaban con tantos mártires en la lucha contra el crimen organizado. En toda Calabria, la ‘Ndrangheta tenía la facultad de vaciar de contenido la ideología de sus enemigos.

Dicho esto, no parece que Tambroni tuviese un plan político

particularmente certero. Sencillamente, precipitó la Operación Marzano y precipitó de nuevo el retiro de esta cuando se dio cuenta de lo profundas que eran las raíces de la ‘Ndrangheta. De manera sensata, el ministro del Interior Tambroni decidió llevarse los aplausos por las victorias tempranas de Marzano, despachar a unos cuantos gángsteres a colonias penales durante un par de años y luego revertir el asunto a un manejo de Calabria en la forma habitual. Sintomático de ese retorno a la normalidad fue el resultado final del caso del monstruo de Presinaci. En septiembre de 1957, Serafino Castagna fue condenado a cadena perpetua, como era inevitable, pero de los sesenta y cinco individuos involucrados por sus pruebas, cuarenta y seis fueron absueltos y los otros diecinueve recibieron penas suspendidas de entre dos y tres años.

La historia de la Operación Marzano y el monstruo de Presinacia es típica de la respuesta del Estado cuando la violencia emergía desde los bajos fondos a la superficie. Una vez que esa violencia desaparecía de los titulares de prensa, las autoridades retomaban su viejo hábito de cohabitar con el poder de las mafias.

El presidente regulador del precio de la patata (y su viuda)

A mediados de los años cincuenta había signos de que la economía italiana había entrado en un período de crecimiento sostenido que al fin habría de dejar atrás las penurias de la guerra. En 1950, la producción industrial alcanzó los niveles de antes de la guerra. La inflación, que había llegado a un 73,5 por ciento anual en 1947, descendió a cifras de un solo dígito. También el desempleo estaba cayendo de forma regular. El sur seguía bastante más rezagado que el norte, pero en las ciudades de todas las regiones, los italianos comenzaban a gastar más. La comida de mejor calidad era el primer elemento en la lista del supermercado nacional, particularmente en aquellos productos de consumo diario de lo que más tarde sería conocido como la dieta mediterránea: pasta y, en especial, frutas y verduras.

Uno de los sectores que más notaron el crecimiento del consumo fue el mercado mayorista de frutas y verduras del barrio de Vasto en Nápoles: aproximadamente, un 30 por ciento de las exportaciones italianas de frutas y verduras se comercializaban en dicho mercado. Mientras que otras partes del país solo podían arreglárselas con el comercio de temporada de una o dos cosechas especializadas, en el interior tan fértil de Nápoles brotaba en gran abundancia cualquier vegetal comestible que quepa imaginar, lo que además se prolongaba todo el año. Los tomates frescos, calabacines, patatas, melocotones y limones que crecían en la región cada año valían unos dieciséis mil millones de liras (*grosso modo*, unos doscientos veinticinco millones de euros actuales). Y unos doce mil millones de liras adicionales (ciento sesenta y siete millones de euros) procedían de las

castañas, avellanas, pasas, higos chumbos y otros frutos secos.

Pese a todo, y a su evidente riqueza, el mercado mayorista de Nápoles era un espectáculo caótico, constituyendo uno de los centros económicos neurálgicos de la ciudad, situado en la estación de trenes, a poca distancia del puerto. De hecho, era poco más que un racimo de hangares esqueléticos donde los hierros oxidados y el hormigón resquebrajado mostraban aún los daños de la guerra. Había una gran variedad de vehículos desvencijados circulando permanentemente por encima de los charcos a la sombra de los hangares: vagones y camiones tirados por burros, carretones de mano y pequeños vehículos con exageradas bacas desbordantes…, todos ellos cargados con oscilantes cajones apilados los unos sobre los otros y repletos de berenjenas, lechugas, albaricoques y cerezas. Al servicio del mercado había algunas oficinas apretadas, una oficina de correos y un par de filiales bancarias en las calles circundantes. No había teletipos o hileras de cabinas telefónicas. Los negocios, por grandes que fueran, se hacían sobre el asfalto de la via Firenze y la via Corso Novara, cara a cara, entre exclamaciones teatrales de desdén e incredulidad. Cada tanto, cuando estaba a punto de cerrarse un trato importante o era preciso hacer una cuenta mayor, un pez gordo de algún mercado provincial salía de su coche deportivo, se alisaba el pelo y el traje, y recibía el saludo reverencial de los operadores y trabajadores del lugar.

En 1955, uno de los casos de asesinato más famosos de la época puso en evidencia cuán poderosa y peligrosa era esta casta de comerciantes de frutas y verduras. Se lo llamó el juicio de la «nueva Camorra», ya que en 1955 Italia comenzó a emplear de nuevo, aunque de manera vacilante, la palabra que empezaba por C. Lo que el caso demostró a quien lo considerara con atención era que las mafias avanzaban al ritmo de la economía italiana. El comercio estaba convirtiéndose en uno de los mayores impulsores de la historia de las mafias.

Pasquale Simonetti era uno de esos comerciantes de frutas y verduras. De dos metros de alto y treinta y un años de edad, tenía el corpachón de un

peso pesado y una fisonomía acorde: sus ojos duros y pequeños quedaban separados por una nariz gruesa (si era natural o recompuesta, era difícil saberlo); su cabezota cuadrada y ancha iba montada en un cuello que desafiaba los mejores empeños de su sastre personal por embutirlo en una camisa normal. Era conocido, de manera poco imaginativa, como «Pascalone ’e Nola»: el Gran Pasquale de Nola (Nola era un mercado rural no lejos de la ciudad).

La mañana del 16 de julio de 1955, el Gran Pasquale recibió dos tiros mientras pelaba una naranja que acababa de adquirir en un puesto del lugar. El tirador, un hombre rubio y joven ataviado con un traje gris color pizarra, huyó sin que nadie se lo impidiera. La víctima, que sus compañeros abandonaron en la cuneta mientras se desangraba, murió en un hospital cerca del amanecer del día siguiente. La policía llevó su cadáver directamente a la morgue para evitar una peregrinación impresentable de esa fraternidad criminal del área rural.

Hasta ahí, nadie parecía querer hacer la conexión entre la muerte de Pasquale Simonetti y el gran mercado de frutas y verduras. Aún operaba la tradicional reticencia napolitana a los cuentos de la mafia. Los perfiles del Gran Pasquale que siguieron a su asesinato no pasaban de las páginas de crónica policial en los periódicos matutinos. Además de hacer negocios con la producción de las granjas de Campania, el Gran Pasquale ya era conocido en la prensa local como contrabandista y matón. Algunas de sus proezas habían sido tan públicas y flagrantes como lo fue su asesinato. En 1951, cerca del acceso a la estación ferroviaria, había aporreado a un individuo con una llave inglesa envuelta en un diario; la víctima dijo a la policía que no había visto nada. Más adelante hubo un tiroteo en el centro del pueblo de Giugliano, que le había supuesto un tiempo en la prisión de Poggioreale, en la que se convirtió en cabecilla de su sector. En síntesis, el Gran Pasquale parecía solo un delincuente más de la provincia y nadie sabía, o a nadie le importaba mucho, lo que sucedía allí. Si lo hubieran matado en el jardín de su casa y no en el centro de la ciudad, la historia no hubiese merecido más que unas pocas líneas.

Sin embargo, la muerte del Gran Pasquale era una noticia de suficiente interés para dos o tres periodistas que pretendían abultarla dotándola de una

dimensión humana. Había rumores de que se había reformado justo antes de su muerte. La explicación sugerida para esta improbable transformación de su carácter era su nueva esposa: una reina de la belleza de amplias caderas en el pueblo de Castellammare di Stabia. Cuando el Gran Pasquale estaba en la cárcel, ella le había escrito a diario, prometiéndole que lo mantendría alejado del «escabroso y doloroso camino del pecado», y extasiándose con sus fantasías adolescentes: «Me emociona muchísimo, y hasta me asusta un poquito, cuando pienso que mi bello Tarzán me llevará lejos, lejos de este lugar horrible, a vivir en un castillo encantado donde habitan las hadas». Bautizada como Assunta Maresca, la joven viuda del Gran Pasquale era conocida por su propia familia como Pupetta («muñequita»). Estaba esperando un hijo cuando su esposo murió.

El 4 de octubre de 1955, dos meses y medio después del asesinato de su Tarzán, una Pupetta visiblemente embarazada pidió que la llevasen desde Castellammare al mercado mayorista de Nápoles; allí se paró a dejar flores en la tumba del Gran Pasquale. En Corso Novara, a solo unos metros del punto en que había caído, se topó con otro ejemplar destacado de esa categoría del comerciante de frutas y verduras: Antonio Esposito, alias «el Gran Tony de Pomigliano». A ello siguió, según parece, un altercado en que el conductor de Pupetta escapó del lugar. Luego comenzó el tiroteo. El Fiat 1100 de Pupetta fue alcanzado varias veces, incluso por un tiro que atravesó el asiento que el conductor acababa de abandonar. Pupetta, que estaba disparando desde el asiento trasero con una Beretta 7.65 que el Gran Pasquale le había regalado, salió ilesa y escapó a pie. Su objetivo, en cambio, el tal Tony de Pomigliano, recibió cinco balazos mortales.

«Reina de belleza, viuda y embarazada en un tiroteo de pandillas»: esta sí que era una historia capaz de atraer la atención de todo el país hacia el extraño mundo del gran mercado mayorista de frutas y hortalizas de Campania.

Pupetta jugueteando con un collar de perlas. Pupetta pasándose la mano por sus largos y negros cabellos. Pupetta recostada contra un árbol. Pupetta con

una blusa de prisión. Pupetta en días más felices. Pupetta sosteniendo a su bebé recién nacido entre rejas. Cuando los dos asesinos de Corso Novara fueron puestos a disposición del tribunal en un juicio unificado, era la foto de Pupetta lo que los lectores de los periódicos estaban ávidos de ver, y ella los complacía posando como una estrella de Hollywood. Pero ¿quién era la jovencita de aire angelical de esas fotos y qué sería aquello que la había convertido en asesina? ¿Era una vampiresa del mundo gangsteril o solo una joven madre recién enviudada, devastada por el dolor?

Pupetta Maresca dio su propia respuesta a estos interrogantes tan pronto como subió al estrado; su primera jugada fue: «Maté por amor». Admitió haber disparado contra el Gran Tony de Pomigliano y sostenía que, junto con otro mayorista de verduras llamado Antonio Tuccillo (conocido popularmente como *'o Bosso*: «el Jefe»), había ordenado la muerte del Gran Pasquale. Este le había dicho todo eso a Pupetta en su lecho de muerte, o eso afirmaba ella. Así, el suyo era un crimen pasional, la venganza de una joven viuda contra el asesino de su amado esposo. Un corresponsal, evocando la trágica ópera de Puccini sobre una mujer impulsada a vengar a su amante asesinado, jugó con la idea de que Pupetta era una versión rústica de Tosca.

Esta era la Pupetta que el público deseaba ver, o al menos parte de él. Era cegadoramente obvio que había un trasfondo distinto en la historia. Los diarios del norte habían dado paso a un debate a gran escala sobre la «nueva Camorra», pero en Nápoles la idea de que la Camorra, después de todo, pudiese no haber desaparecido le ponía los nervios de punta a muchísima gente. El diario *Roma*, que apoyaba al alcalde Achille Lauro, se mostraba tan afín como siempre a darle un tono sentimental a la imagen del crimen organizado. El Nápoles de Lauro no cedería jamás ante ningún norteño con prejuicios que intentara valerse de estos trágicos asesinatos como pretexto para traer a colación de nuevo a la Camorra. *Roma*, y con él una parte de la opinión pública napolitana, se tomó muy a pecho a Tosca-Pupetta y suplicó a los jueces que la enviaran de vuelta a casa con su bebé.

Pero esta no era la verdadera Pupetta. A muchos en el tribunal les pareció que su verdadera intención era jugar a que la comparasen con Tosca. No hablaba en su dialecto habitual, sino en un italiano correctísimo y

muy cuidado. Como hizo notar un corresponsal, «Pupetta está intentando hablar con una ciruela en la boca. Dice cosas como: “Es manifiesto que…” y “Eso fue lo que determinó el destino…”, frases que no estarían en absoluto fuera de lugar en boca de la heroína de una novelita rosa escrita para impactar a los corazones delicados y a las mentes ignorantes».

Muy pronto, sin embargo, comenzaron a hacerse visibles las fisuras tanto en su personaje ante la corte como en su línea de defensa. Su pose melodramática no encajaba con la mejor línea argumental de su abogado: que el Gran Tony de Pomigliano la había amenazado y atacado en Corso Novara, y que ella le había disparado en defensa propia. De hecho, Pupetta había conseguido socavar su propio caso con las primeras palabras que había pronunciado ante el tribunal: «Maté por amor. Y porque deseaban matarme. Estoy segura de que si mi esposo volviera a la vida, y ellos volvieran a matarlo, yo también volvería atrás y haría de nuevo lo que hice».

No fue siquiera necesario que la fiscalía señalara que un homicidio podía ser un crimen pasional o un acto desesperado en defensa propia, pero nunca las dos cosas.

Se le preguntó a Pupetta si su familia tenía algún sobrenombre en Castellammare. Ella se revolvió en su sitio y eludió el asunto durante un rato. Cuando al fin respondió la pregunta, fue incapaz de suprimir la expresión de orgullo que cruzó por su rostro: «Mi familia es conocida como *‘e lampetielli*», admitió, lo cual quería decir «los espadas veloces». Los Maresca eran una estirpe especialmente violenta, con expedientes criminales que encajaban bien con su apodo. Puede que fuera joven, pero la misma Pupetta ya había sido acusada de herir a otra persona. Su víctima había terminado retirando los cargos, por razones que no es difícil imaginar.

Una de sus mayores preocupaciones durante el juicio fue absolver a Ciro, su hermano de dieciséis años, de cualquier responsabilidad en el asesinato. Se alegó que Ciro había estado en el asiento junto a Pupetta, en la parte trasera del Fiat 1100, y que había disparado otra pistola contra Tony de Pomigliano. La defensa del chico no lo tuvo fácil, por el hecho de que él mismo aún era un prófugo cuando se celebró el juicio.

Pero bien pudiera ser que no fuese únicamente su hermano al que

Pupetta trataba de encubrir. Los expertos en balística nunca pudieron precisar con exactitud cuántos disparos se habían intercambiado —¿veinticinco?, ¿cuarenta?—, pues los agujeros diseminados en las paredes de Corso Novara podían ser perfectamente resultado de tiroteos anteriores y relacionadas con la fruta. Es muy posible, de todos modos, que no fueran ella y su hermano Ciro los únicos atacantes del Gran Tony. De ser así, la Tosca había liderado en realidad una numerosa partida de tiradores y se había embarcado en una operación militar en lugar de un acto solitario e impulsivo de venganza.

A través de las grietas en la fachada de Pupetta, la Italia de posguerra estaba echando sus primeros vistazos a un sistema del inframundo profundamente arraigado en el campo napolitano, un sistema que ninguna suma de estereotipos podía encubrir. Pupetta era una jovencita involucrada de lleno en el negocio de su clan. Y ese negocio del clan incluía también su matrimonio: lejos de ser la unión de Tarzán con una princesita encantada, su matrimonio era la creación de un vínculo entre una dinastía criminal prestigiosa como los «espadas veloces» y un joven y prometedor maleante como el Gran Pasquale. La fuerza impulsora en el mundo de los clanes de Campania no era el corazón ni las pasiones familiares, sino una mezcla fríamente calculada de diplomacia y violencia. Poco antes del asesinato de los comerciantes del sector de las frutas, hubo una cena para cincuenta invitados que fue, en apariencia, la celebración de un acuerdo de paz entre el Gran Pasquale y el Gran Tony de Pomigliano, el hombre que Pupetta acabaría matando. Nadie podría contar con certeza qué fue lo que se dijo y acordó en torno a esa mesa. Lo que es obvio es que el acuerdo de paz se rompió muy pronto. Así y todo, incluso después de la muerte del Gran Pasquale los esfuerzos diplomáticos prosiguieron: hubo frecuentes contactos entre la gente del Gran Tony de Pomigliano y la familia de Pupetta. ¿Estaban intentando comprar la paz ante el clan de la joven viuda? ¿Para poner freno a la disputa que interfería con los negocios?

Esta y una docena de preguntas más estaban destinadas a quedar sin una respuesta clara al final de los interrogatorios, en buena medida porque, una vez que Pupetta hubo aportado su testimonio, el resto del juicio fue solo un desfile de mentirosos. La declaración era siempre la misma: «No vi nada»,

«No lo recuerdo». Solo un individuo fue arrestado en el mismo tribunal por haber intentado vender su testimonio de manera vergonzosa a cualquier abogado que estuviese dispuesto a pagar el precio más alto. Pero muchos otros merecieron el mismo trato. El magistrado que presidía el juicio perdió con frecuencia la paciencia. «Todos estáis mintiendo aquí. Vamos a ponerlo todo por escrito y a enviar luego una súplica al Señor para que nos diga cuál es el más mentiroso».

Como comentó el diario napolitano *Il Mattino*, ya fuera que mintiesen por la fiscalía o por la defensa, la mayor parte de los testigos eran gente «de familias donde suele ser una rara excepción que alguien muera por causas naturales». El hombre joven del traje gris color pizarra que había matado a tiros al esposo de Pupetta se llamaba Gaetano Orlando. Su padre, don Antonio, había resultado herido en un intento de asesinato seis años atrás. Como venganza, Gaetano tendió una emboscada al culpable, pero solo alcanzó a matar de un tiro a una niña llamada Luisa Nughis; cumplió solo tres años de una condena ridícula de seis años. La familia del Gran Tony de Pomigliano era aún más temible: los tres hermanos del difunto trabajaban en las exportaciones de frutas y verduras con él; los tres se habían enfrentado a cargos por homicidio y uno de ellos, Francesco, dio su testimonio luciendo unas gafas oscuras porque se había quedado ciego en un tiroteo en 1946.

Puede que fueran presidiarios y gamberros, pero eran gente, a la vez, con chóferes y servidumbre, contables y guardaespaldas. Poseían negocios, conducían coches de lujo y usaban trajes de impecable confección. El tío del Gran Pasquale, un hombre con un misterioso parecido a Yul Brinner, pasaba gran parte de su tiempo apostando en Saint Vicent y Monte Carlo, a pesar de haber cumplido veinte años de condena por asesinato en Estados Unidos. Gaetano Orlando, el hombre del traje gris, era hijo de un antiguo alcalde de Marano y la empresa familiar había ganado hacía poco un jugoso contrato para suministrar frutas y verduras a un consorcio hospitalario de la ciudad. El joven asesino se hacía cargo personalmente de vender los productos en Sicilia, Roma, Milán y Brescia.

A estas alturas, los observadores más perspicaces del caso estaban menos interesados en la seductora figura de Pupetta que en la forma precisa

en que estos individuos violentos ganaban dinero a partir de la vastísima producción agrícola de la región de Campania. Algo de lo que Pupetta dijo al principio del procedimiento abrió una grieta en el muro de la *omertà*. Fue cuando se refirió al Gran Pasquale como el «presidente regulador del precio de la patata». Era, en rigor, el hombre que determinaba el precio mayorista del tubérculo en todo el mercado. Al otro asesinado en Corso Novara, el Gran Tony de Pomigliano, se lo describió también como un «presidente regulador de precios».

Así pues, ¿qué hacía exactamente un «presidente regulador de precios»? Pupetta dio al papel de su esposo el tono de un cuento de hadas. Su Tarzán fijaba el precio de la patata considerando los intereses de los pobres granjeros, decía. Era un hombre honesto, odiado por otros rivales del negocio más explotadores. Este resumen no es más creíble que el resto del testimonio de Pupetta. Lo que parece más probable es que el poder de un «presidente» estuviera, como suele pasar con el crimen mafioso de Italia, arraigado en un territorio determinado donde podía hacer uso de la violencia sin miedo al castigo. Sus hombres se acercaban entonces a los pequeños granjeros ofreciéndoles créditos, semillas, herramientas y lo que fuese necesario para la siguiente temporada de siembra. La deuda se pagaría más tarde con la cosecha, para la cual se fijaba un precio bajo incluso antes de plantarla. Jefes como el Gran Pasquale o el Gran Tony eran capaces de desplegar su vandalismo y las palizas para controlar a cualquier granjero con dinero suficiente o el descaro de querer operar fuera del cártel. Al controlar así el suministro de frutas y verduras, los hombres que combinaban los papeles de usurero, extorsionador e intermediario comercial podían fijar las sumas a pagar cuando los camiones llenos de productos descargaban en los hangares del barrio de Vasto en Nápoles.

La cantidad de testimonios escurridizos que se presentaron en el juicio de Pupetta Maresca nos obligan a valernos de la especulación académica para completar los detalles del cuadro general. Parece probable que los varios «presidentes» de quizá unos quince pueblos distintos del campo de los alrededores de Nápoles (el Gran Pasquale de Nola, el Gran Tony de Pomigliano y así sucesivamente) se reunían con regularidad en Nápoles para fijar los precios. Dado que todos controlaban el suministro de una gran

variedad de productos alimentarios distintos, acordaron otorgar la iniciativa de fijar el precio de cada fruta y verdura a los «presidentes» cuyo territorio les daba singulares ventajas en esa cosecha en particular; de ahí el papel del Gran Pasquale en el mercado de la patata.

Aunque parecía un sistema corrupto e ineficiente, tenía diferentes ventajas para cualquier empresa nacional o internacional que venía a proveerse de productos en el mercado mayoritario de Nápoles. Empresas como la de los productores de tomates envasados que se utilizaban en la pasta y las pizzas acudían a los «presidentes reguladores de precios» en busca de garantías: de que el suministro se mantendría, de que los precios serían previsibles y de que se respetarían los tratos hechos cara a cara sobre el asfalto de Corso Novara. A cambio de estos servicios, los «presidentes reguladores de precios» cobraban una comisión. Se decía que el Gran Pasquale había cobrado un pago de cien liras por cada cien kilos de patatas descargadas en el mercado. Según un testimonio, el «presidente regulador del precio de la patata» podía enviar al mercado hasta cincuenta camiones cargados de patatas cada día, lo cual equivalía a unos setecientos cincuenta mil kilos. Si estas cifras son correctas, el Gran Pasquale podía ganar un total de diez mil euros (en su valor de 2012) en un día que las ventas fueran buenas. Y esto no incluye el dinero que estaba sacando de los granjeros pobres y las ganancias que obtenía con la fruta y verdura que vendía él mismo.

Investigaciones posteriores demostraron que la Camorra controlaba con el mismo rigor el ganado, los productos del mar y los lácteos como hacía con el comercio de frutas y verduras. Siendo estrictos, Nápoles no tenía ni siquiera un mercado mayorista de ganado: todos los negocios se hacían en el renombrado pueblo rural de Nola, del que el Gran Pasquale tomó su nombre. Según un observador experto, «el inframundo en el área de Nola dominaba e imponía el trasiego del mercado de ganado desde Nápoles hasta la propia Nola».

Entre las preguntas que quedaron sin respuesta en el caso de Pupetta estaba la cuestión de los nexos entre los clanes rurales y los políticos. Es muy probable que los pandilleros de los pueblos rurales actuaran reuniendo votos de la misma forma que los *guappi* de la ciudad.

Después estaba la cuestión de los vínculos entre los clanes rurales y el escenario criminal urbano. Los gángsteres del sector mayorista de las verduras hacían que los *correntisti* de los barrios pobres urbanos parecieran, comparados con ellos, pequeños operadores. El pasado podía proporcionar algunas claves acerca de los vínculos entre ambos. El Gran Pasquale de Nola, Tony de Pomigliano y otros de su clase tienen una historia que en gran parte sigue sin escribirse hasta hoy. Aun así, en los días de la antigua honorable sociedad de Nápoles, los *camorristi* napolitanos más fuertes eran siempre los que tenían negocios vinculados a pueblos como Nola. El verdadero dinero provenía no de extorsionar a las tiendas y puestos de la ciudad, sino de un sector río arriba, de allí donde se originaban los suministros de animales y productos alimentarios. En las afueras de Nápoles, las organizaciones criminales fundamentales sin duda habían sobrevivido a la muerte de la honorable sociedad, y bien podría ser que hubieran conservado su poder durante la era fascista. De modo que, con toda probabilidad, la «nueva Camorra» que reveló el caso de Pupetta no era nueva en absoluto.

Si hubiese habido menos confusión respecto a la Mafia siciliana en los años cincuenta, a los observadores del juicio a Pupetta Maresca también pudiera habérseles ocurrido que las familias camorristas del campo aledaño a Nápoles guardaban cierta semejanza con las células mafiosas de Sicilia y Calabria. Todas habían forjado su poder a base de violencia, una riqueza que discurría a caballo entre la economía legal y la ilegal, y una avidez insaciable de frutas y verduras. En marzo de 1955, justo siete meses antes de que Pupetta matara a tiros al asesino de su marido, un mafioso llamado Gaetano Galatolo, conocido como «Tano Alatu», fue asesinado a tiros a la entrada del nuevo mercado mayorista de Palermo en el barrio de Acquasanta. A esto siguió una guerra de facciones por controlar el mercado. El sur de Calabria no tenía un solo mercado mayorista comparable a los de Nápoles y Palermo; ni tampoco se derramó sangre sobre las lechugas y las peras. Pero es sabido que la mafia local controlaba los mercados locales más pequeños en Reggio Calabria, Palmi, Gioia Tauro, Rosarno, Siderno, Locri y Vibo Valentia. A medida que Italia se recuperaba de los años del hambre que siguieron a la guerra y la reconstrucción, y daba sus primeros

pasos vacilantes hacia la prosperidad, las mafias establecían un dominio claro sobre el abastecimiento de productos alimentarios en el sur del país.

Tras los acontecimientos de 1955 en Nápoles, algunos de los mejores analistas de los hechos, y no partidarios del PCI, llegaron aproximadamente a estas mismas conclusiones inquietantes. Un ejemplo de ello fue el intelectual y político liberal Francesco Compagna, cuya revista *Nord e Sud* publicó varios análisis importantes sobre el crimen organizado en los años siguientes. Pero en una época en que las únicas mujeres visibles dentro de la órbita del crimen organizado eran las viudas vestidas de negro de Sicilia y Calabria, incluso tales observadores serios debieron esforzarse para percibir a Pupetta Maresca como algo más que una anomalía. El punto de vista predominante era que toda mujer que aparecía vinculada a los gángsteres lo hacía porque era la típica hembra meridional centrada en la familia; porque no jugaba ningún papel activo en el sistema mafioso.

Pupetta recibió una condena de dieciocho años por el asesinato premeditado del Gran Tony de Pomigliano. Y, pese a sus mejores esfuerzos, su hermano Ciro al final fue sentenciado a doce años. Muchos italianos siguieron hipnotizados por la versión evocadora de Tosca que había en su historia. Después de la abundante publicidad que rodeó al asesinato, la industria cinematográfica italiana desarrolló una obsesión menor por ella. La primera película apareció antes del juicio, en 1958. Dos años después de su liberación, en 1967, la misma Pupetta actuó como protagonista en *Delitto a Posillipo* (*Asesinato en Posillipo*), inspirada muy libremente en su vida. En 1982 fue interpretada en una película para la televisión por Alessandra Mussolini, la nieta del Duce. En 2012 hubo otra adaptación televisiva. Pupetta siguió una carrera bifurcada en dos caminos que habría de durar años: la de celebridad cinematográfica y la de reina de la mafia.

3
El milagro económico dentro de la mafia

El rey del hormigón

A finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, la industria se expandió más rápido en Italia que en ningún otro país de la Europa occidental. El Mercado Común Europeo fue un estímulo para los exportadores; la energía barata, la mano de obra barata y el capital barato generaron las condiciones adecuadas para el crecimiento a nivel local, y el norte de Italia contaba con una tradición empresarial y manufacturera en la que el país podía apoyarse. Un país eminentemente agrícola, buena parte del cual se movía aún en carretones en los años cuarenta, ahora estaba entrando motorizado en la era de la producción en masa. Las industrias del norte comenzaron a producir motocicletas, automóviles y neumáticos en cifras exponencialmente crecientes. Era el «milagro económico» italiano, el cambio social más veloz y profundo que había habido nunca en toda la historia de la península.

Los estilos de vida cambiaron. A medida que los tractores y los fertilizantes modernizaban la agricultura, los campesinos abandonaban el campo en tropel. Italia contrajo el virus del consumismo. La televisión comenzó en 1954, y con ella, la publicidad de pastillas para guisar, la carne enlatada, las cafeteras, la pasta dental… Los italianos aprendieron a preocuparse del olor en las axilas, del pelo lacio y de la caspa. Las lavadoras, neveras y batidoras prometían el fin de las penosas tareas domésticas para millones de mujeres. Se construyeron autopistas para las legiones de nuevos propietarios de coches.

Italia se puso incluso de moda. Marcas como Zanussi, Olivetti y Alfa Romeo conquistaron el continente. La Vespa y el Fiat 500 se transformaron en iconos. El mundo comenzó a atesorar los bolsos de mano y zapatos de la

península. Muy pronto, el aroma de la comida italiana empezó a granjearse también un buen número de conversos.

Durante el milagro económico, Italia se convirtió rápidamente en una de las principales economías capitalistas del mundo y en una historia de éxito resplandeciente en la Europa que se había levantado de las ruinas de la Segunda Guerra Mundial.

Pero el milagro también abrió el camino que conduciría a las mafias hacia la riqueza. Y las industrias preferidas de las mafias no conocían los problemas que habría de sufrir la economía legal cuando el *boom* amainara. No conocían los ciclos de auge y recesión. Ni los sindicatos reivindicativos. Y apenas habían vivido la competencia en sí. En los sesenta, setenta y ochenta, la historia de las mafias sigue una curva ascendente de riqueza en inexorable expansión. El milagro económico de las mafias supera con creces el primer esfuerzo radical de crecimiento de la industria legal.

Desde mediados de los años cincuenta, las tres mayores organizaciones criminales de Italia se metieron una tras otra en cuatro nuevos negocios, o, al menos, negocios que se habían vuelto lucrativos recientemente: la construcción inmobiliaria, el contrabando de tabaco, el secuestro y el narcotráfico. La historia del milagro económico de la mafia adopta la forma de una compleja fuga musical en el sentido de que, siguiendo una tendencia habitual en Sicilia, cada mafia entró a su turno en los mismos ciclos de codicia, y cada uno de estos cuatro negocios incrementó por turnos la influencia de las mafias.

Las dos habilidades centrales que las mafias desplegaron para explotar la industria de la construcción, el contrabando de tabaco, el secuestro y las drogas eran muy tradicionales: la intimidación y el establecimiento de redes, que es lo que siempre había definido a la mafia, desde sus orígenes. A la vez, la nueva era de negocios criminales no solo hizo a los jefes mafiosos más ricos de lo que nunca lo habían sido, sino que además alteró profundamente el paisaje en el que se ejercía el poder de las mafias.

Por un lado, la riqueza engendra riqueza. Las ganancias de una empresa ilegal se invertían en otras y así se multiplicaban. Desde la construcción hasta el contrabando de cigarrillos, el secuestro y los narcóticos: en las tres décadas siguientes se desencadenó una serie de reacciones en cadena

interrelacionadas. Las mafias se transformaron en lo que los «mafiólogos» de Italia describen empleando una expresión inglesa: en «*holdings* empresariales». En cierta forma, eso es lo que los *mafiosi* habían sido siempre: criminales con un alcance de trescientos sesenta grados que, en el siglo XIX, tomaban el dinero de sus extorsiones y lo invertían en ganado robado, por ejemplo. Pero, desde finales de los años cincuenta, hubo un salto cuántico en la diversificación e integración del comercio mafioso.

El florecimiento de la riqueza criminal trajo consigo una serie de cambios distintos. El vínculo entre el crimen organizado y el Estado italiano se hizo más estrecho y a la vez más violento. Las mafias también cambiaron a nivel interno. Experimentaron con nuevas reglas y nuevas estructuras de mando. Crecieron para parecerse más entre sí. Los *mafiosi* de diferentes regiones se movían cada vez más en los mismos círculos, haciendo negocios juntos, aprendiendo los unos de los otros y, en ocasiones, peleándose. Comenzaron a operar sobre todo a nivel internacional. Surgieron mafias completamente nuevas. Al final, estos cambios interconectados habrían de hacer que las mafias se entregaran a una violencia de una magnitud y un salvajismo jamás vistos.

Todo empezó con una mercancía que está implantada con firmeza en la base misma de la autoridad territorial de las mafias, y sigue siendo hasta hoy lo que le permite tender la mayoría de los puentes hacia la economía legal y el sistema de gobierno: el hormigón.

Nápoles y Palermo tienen mucho en común. Ambas fueron capitales gloriosas en su día. Ambas son puertos. Y ambas están marcadas por una prolongada lucha por encontrar una *raison d'être* económica en la era del capitalismo industrial. A principios de los años cincuenta, Palermo y Nápoles contaban con antiguos enclaves de pobreza en sus respectivos núcleos: los callejones de los barrios bajos estaban dañados por las bombas, estaban hacinados, eran sucios y pobres. La fiebre tifoidea y la tuberculosis eran frecuentes en el lugar. Allí las viviendas precarias y estrechas carecían de cocina y baños apropiados. En los callejones, los niños descalzos

jugaban entre los desagües a la vista y los escombros. Muchos ganapanes, hombres y mujeres, vivían al día como carteristas, jugadores de cartas, mendigos, prostitutas, camareros, lavanderas y recolectores de maderas, chatarra o basura. Los albañiles y estucadores que conseguían algún trabajo ocasional, o los zapateros remendones y sastres desempleados, eran pocos. El trabajo infantil era uno de los pilares de la economía en los barrios pobres.

Se requería un cambio urgente. Para sumar presión al asunto, Palermo volvía a ser la capital de Sicilia, con su nuevo parlamento regional y el ejército de burócratas al que tenía que acoger. Solo que, en lugar de haber una reconstrucción planificada y un desarrollo urbano estratégico, Nápoles y Palermo habían sido saqueadas. La especulación en el sector de la vivienda era desaforada, y el gobierno local se mostraba resueltamente incapaz de imponer algún orden en la bonanza salvaje del hormigón. En el proceso, a lo largo de los años sesenta, los ejes económicos de ambas ciudades sufrieron un giro. En alguna ocasión, su sustento había dependido de la tierra (para los ricos) y la improvisación (para los pobres). Ahora se reconstruyeron en torno al empleo público, los beneficios magros, el trabajo a destajo, la explotación, los servicios… Y, por descontado, la construcción. Para los pobres, la transformación significó años de espera, protestas y súplicas de favores a curas o políticos, antes de acabar mudándose desde un tugurio en el centro de la ciudad a un proyecto inmobiliario en un descampado bastante alejado de la parada de autobús más cercana. Para los sectores medios, la recompensa era un apartamento alquilado en uno de los muchos bloques indiferenciados, horteras y mal construidos en lo que antes había sido un área verde.

Ahora bien, cuando se trataba de la participación del crimen organizado en la bonanza de la construcción durante los cincuenta y sesenta, los contrastes entre Nápoles y Palermo eran más impresionantes que sus semejanzas.

En Nápoles, nadie captó mejor el ánimo de la especulación en el sector de la vivienda que el cineasta Francesco Rosi en *Le mani sulla città* (*Las manos sobre la ciudad*), la película que rodó en 1963. Un drama que ganó múltiples galardones y una denuncia revulsiva de las malas prácticas

políticas que atosigaban a la industria de la construcción en Nápoles. Rod Steiger desempeña con propiedad el papel protagonista de Edoardo Nottola, un codicioso concejal que también opera como empresario de la construcción. La primera escena del filme muestra a Steiger vociferando sus planes inmediatos a la vez que hace gestos con ambos brazos en dirección a una serie de bloques de apartamentos de aspecto brutal:

> Eso de ahí es oro puro hoy en día. ¿Y dónde más vas a conseguirlo? ¿El comercio? ¿La industria? ¿El «futuro industrial del *Mezzogiorno*»? ¡Por favor! ¡Anda, vete a invertir tu dinero en una fábrica, si te place! Sindicatos, pliegos de peticiones, huelgas, seguros de salud… Todo eso solo tendrá como resultado provocarte un infarto.

No podía haber un resumen más vívido del credo despiadado que profesaba lo que los italianos llamaban un *affarista*: un acaparador, un comerciante sin escrúpulos, un pistolero disfrazado de empresario. Los *affaristi* esquivan los riesgos que conlleva cualquier empresa real, trabajando de manera habitual a la sombra del sistema político, donde pueden concertar pequeños monopolios y contratos adorables.

Los gángsteres prefieren trabajar con *affaristi* antes que con auténticos empresarios. En todo caso, aun siendo *Las manos sobre la ciudad* un mordaz retrato de un *affarista* napolitano, llama la atención que la palabra «camorra» no se emplee jamás en la película; ni que aparezca alguien que pueda considerarse un camorrista en algún papel destacado dentro de la historia. Por una vez, esa ausencia no es un signo de encubrimiento o de ceguera moral, sino que más bien refleja, con precisión, los hechos tal y como sucedían en la realidad. En Nápoles, los *camorristi* carecían de fuerza para imponer una participación mayor de su parte en el auge de la construcción. En esta fase de nuestra propia historia, no había *camorristi* que ejercieran a la vez de *affaristi* dentro del sector inmobiliario.

En Palermo, la situación era notablemente distinta: allí los concejales y empresarios de la construcción estaban invariablemente rodeados de hombres de honor; los *affaristi* y los *mafiosi* eran tan cercanos que resultaba difícil distinguirlos.

A finales de los cincuenta y sesenta, la Mafia reconstruyó Palermo a su horrible imagen y semejanza, en una oleada especulativa en la construcción

tan frenética que llegó a ser conocida como el «saqueo de Palermo». Hubo dos políticos en particular, sin duda respaldados por la Mafia, que fueron agentes clave del saqueo. El primero fue Salvo Lima, un hombre joven de labios apretados y rasgos delicados, cuyo único gesto de afectación era fumar con una minúscula boquilla. Tenía el aspecto del chico de clase media que era, en efecto: el hijo de un archivero municipal, salvo que su progenitor fue, a la vez, un asesino de la Mafia en los años treinta. (Ese pequeño detalle en los antecedentes de Lima había sido sepultado, junto con toda la información importante procedente de las campañas fascistas contra la Mafia). En 1956, Lima apareció de la nada para conseguir un escaño en el ayuntamiento de la ciudad, un cargo como director del Departamento de Obras Públicas y el título de teniente de alcalde. Dos años después, cuando se convirtió en alcalde, lo sucedió en el estratégico Departamento de Obras Públicas el segundo político mafioso clave, Vito Ciancimino. Ciancimino era un individuo tosco, el hijo de un barbero de Corleone cuya adicción al tabaco le había dejado una voz rasposa muy adecuada a su personalidad avasalladora. En el curso de su difícil alianza, Lima y Ciancimino causaron estragos en Palermo, cosechando una inmensa riqueza y poder en todo el proceso.

A los tipos como Lima y Ciancimino se los conocía con el sobrenombre de «jóvenes sultanes»: representantes de una nueva camada pujante dentro de la maquinaria política de la DC que, en toda Sicilia y el sur del país, comenzaba a hacer a un lado a codazos a los grandes del lugar. En los cincuenta, el espectro de cargos y privilegios disponibles para los políticos que ejercían el clientelismo comenzó a aumentar de manera radical. El Estado creció en tamaño, y el gobierno incrementó su ya considerable presencia en la banca y el crédito, por ejemplo. Entretanto, los ayuntamientos locales establecieron sus propios organismos para gestionar servicios como la recogida de escombros y el transporte público. El nuevo gobierno regional de Sicilia inventó su propia serie de organizaciones no gubernamentales casi autónomas. A medida que la economía crecía, y con ella, las ambiciones de una mayor intervención estatal en la economía, más y nuevas burocracias se fueron sumando. En 1950, enfrentado al escándalo de la pobreza y el atraso de la Italia meridional, el gobierno democristiano

creó el Fondo para el Sur, con miras a distribuir grandes sumas en recuperación de tierras, infraestructura de transportes y asuntos similares. El dinero del Fondo para el Sur ayudó a que la DC consiguiera muchos simpatizantes y logró que hubiese comida en muchas mesas del sur del país. Pero sus esfuerzos de promover lo que se esperaba que sería una nueva clase dinámica de empresarios y profesionales fracasaron. Tal como fueron las cosas, la única clase que resultó dinámica en el sur fue la de los «jóvenes sultanes» de la DC. El Fondo para el Sur terminaría siendo una enorme fuente de lo que un analista llamó el «parasitismo del Estado y el despilfarro organizado». La «inversión» del gobierno en el sur se convirtió, en realidad, en la pieza maestra de un sistema de clientelismo que se multiplicaba día a día. Los «jóvenes sultanes» comenzaron a engatusar a medio mundo para asegurar su presencia en nuevos y viejos cargos del gobierno local y en los ministerios del país. La prensa de la época apodaba al Partido Demócrata Cristiano «la ballena blanca» (es decir, «Moby Dick») porque era blanca (es decir, católica), enorme, lenta y lo engullía todo a su paso.

En Palermo, a pesar de todas esas nuevas fuentes de clientelismo, lo que dio una tajada tan grande en el sector de la construcción a «jóvenes sultanes» como Lima y Ciancimino, y a sus amistades dentro de la Mafia, fue el simple negocio de controlar los permisos de edificación.

El saqueo de Palermo estaba en pleno apogeo, y su faceta más brutal se situaba en la Piana dei Colli, una franja plana de terreno que se extendía hacia el norte, y entre las montañas, desde las afueras de Palermo. Esta había sido siempre una «zona de alta densidad mafiosa», en la jerga de los mafiólogos italianos. De hecho, tenía tanto derecho como cualquier otro sitio a proclamar que era la cuna de la Mafia: sus bellas plantaciones de limones eran donde los primeros *mafiosi* desarrollaron sus métodos de intercambiar protección por sobornos. Un siglo después de empezar a dar sus primeros pasos, la Mafia decidió cubrir su lugar de nacimiento con un manto de hormigón. La escala del desastre fue inmensa. El paisaje deslumbrante de la Conca d’Oro, que al decir de Goethe había brindado siempre «una riqueza inagotable de vistas panorámicas», se transformó en una franja indiferenciada de bloques de apartamentos burdamente

edificados, sin aceras ni los servicios básicos pertinentes.

En 1971, una vez concluido el saqueo de Palermo, un periodista subió al Monte Pellegrino, el vasto afloramiento rocoso que hay entre la Piana dei Colli y el mar. En otra época, la vista desde allí arriba había sido arrebatadora. Ahora era impactante:

> Desde allí arriba, es posible proyectar la mirada a toda la ciudad y la Conca d'Oro. Palermo parece mucho más grande de lo que uno se imagina: largas hileras de casas se dispersan desde la periferia urbana a los naranjales. El hormigón ha devastado a estas alturas uno de los espectáculos naturales más bellos del mundo. Los grandes bloques de pisos, todos iguales, parecen hechos por una misma mano. Y esa mano pertenece a «don» Ciccio Vassallo. Más de la cuarta parte del nuevo Palermo es obra suya.

Francesco Vassallo, conocido como «don Ciccio» o el «rey del hormigón», era con mucho la figura dominante en la industria de la construcción en Palermo en los sesenta. Entre 1959 y 1963, bajo la égida de los «jóvenes sultanes» Salvo Lima y Vito Ciancimino, el ayuntamiento de Palermo otorgó el ochenta por ciento de 4.205 permisos de edificación a tan solo cinco individuos, todos los cuales resultaron ser meros títeres. Más tarde, uno de ellos conseguiría trabajo de conserje en el bloque de apartamentos cuyo permiso de construcción estaba a su nombre. Detrás de esos cinco nombres solía acabar apareciendo el de don Ciccio Vassallo.

El rey del hormigón era un hombre obeso, calvo, de mandíbula grande y nariz larga, ojeras negras bajo los ojos y una preferencia marcada por los trajes anchos y las corbatas chillonas. Provenía de orígenes muy humildes en Tommaso Natale, una *borgata* o aldea satélite emplazada en el extremo norte de la Piana dei Colli. Con fama de ser semianalfabeto, era el cuarto de diez hermanos, todos hijos de un carretonero. Los informes policiales mencionan que el joven Vassallo comenzó a moverse en los círculos mafiosos desde muy temprana edad; su expediente policial de entonces incluía procesos judiciales por hurto, violencia y fraude; la mayoría de ellos acabaron en una suspensión de la sentencia, la amnistía o la absolución por falta de pruebas. Su lugar en el círculo de influencia de la mafia local se vio consolidado en 1937, al casarse con la hija de un terrateniente y mafioso, Giuseppe Messina. Con la fuerza de la familia Messina detrás, su empresa personal consiguió tener el monopolio en la distribución de carne y leche en

el área de Tommaso Natale. Vassallo y los Messina fueron también muy activos en el mercado negro durante la guerra. Cuando se instauró la paz, Vassallo emprendió una empresa de transportes tirados por caballos para el traslado de materiales de construcción entre los solares de la localidad. Sus parientes de la mafia serían socios pasivos de dicha empresa, así como de las muchas inversiones lucrativas en propiedades inmobiliarias que vendrían más tarde.

De pronto, en 1952, el negocio despegó. De la noche a la mañana, Vassallo hizo una apuesta exitosa para construir un sistema de drenaje en Tommaso Natale y la localidad vecina de Sferracavallo. No tenía antecedentes en el sector de la construcción y no fue sino hasta dos años después que fue admitido en el listado de contratistas aprobados por el ayuntamiento de la ciudad. Solo se lo autorizó a presentar una propuesta para el contrato en disputa por una carta de referencia que le dio el gerente de la compañía privada que administraba los autobuses de Palermo. El gerente de la compañía se convertiría luego en socio de Vassallo en algunas productivas inversiones en bienes inmuebles. Al mismo tiempo, Vassallo recibió una generosa línea de crédito del Banco de Sicilia. Enseguida, sus competidores en el proceso de presentar propuestas para el sistema de drenaje se retiraron bajo misteriosas circunstancias. Vassallo quedó solo para discutir con detenimiento los términos del trato, uno por uno, con el alcalde. Quien más tarde también se convertiría en su socio en algunas inversiones de propiedades inmobiliarias que resultaron muy fructíferas.

A mediados de los cincuenta, el rey del hormigón comenzó a trabajar muy unido con los «jóvenes sultanes». La construcción cada vez era más relevante para la economía de una ciudad cuya base productiva hasta entonces no podía competir con las fábricas florecientes del «triángulo industrial» (las ciudades norteñas de Milán, Turín y Génova). Al llegar los años sesenta, un treinta y tres por ciento de los trabajadores de Palermo estaban directa o indirectamente empleados en el sector de la construcción, comparados con un mero diez por ciento en Milán, la capital económica del país. Sin importar lo transitorio que fuese el trabajo tan arriesgado y mal remunerado en los distintos lugares donde se construían edificios en Palermo, los *palermitani* de clase trabajadora no tenían muchas alternativas

más. Lo cual, además, convertía a los trabajadores de la construcción en una reserva formidable de votos que el rey del hormigón podía utilizar para atraer amistades políticas; amigos como Giovanni Gioia, el líder de los «jóvenes sultanes» de Palermo, que llegaría a beneficiarse de un cierto número de inversiones en bienes inmuebles promovidas por Vassallo.

La noción de «conflicto de intereses» no significaba nada en el contexto del *boom* inmobiliario de Palermo. El director de obras del distrito se convirtió en el director de proyectos del rey del hormigón. Con sus contactos políticos, el prometedor Vassallo adquirió la facultad de ignorar sistemáticamente las restricciones del plan urbano. Otro «joven sultán», Salvo Lima, recibió múltiples (e infructuosas) acusaciones de alterar la ley de planificación urbana en beneficio de Vassallo. Durante el saqueo de Palermo, los periodistas especulaban irónicamente con la existencia de una empresa llamada VA.LI.GIO (VAssallo-LIma-GIOia). Se logró presentar una demanda contra ellos. Pero después los jueces dictaminaron con cierta pedantería que no había ninguna empresa constituida legalmente con ese nombre.

A mediados de los sesenta, el mercado de apartamentos privados llegó a su punto de saturación. A esas alturas, el rey del hormigón había edificado vecindarios enteros con alta densidad de bloques en los que no había escuelas, centros comunitarios ni parques. Con gran ingenio, se dedicó entonces a alquilar apartamentos y otros edificios que aún no se habían vendido para que sirvieran como colegios. Solo en 1969 recibió un alquiler de unos setecientos mil dólares de las autoridades locales por el uso de seis colegios de enseñanza primaria, dos de secundaria, seis colegios técnicos y la oficina del inspector escolar. La prensa democristiana lo aclamaba como un benefactor heroico. El mismo año quedó registrado como el hombre más rico de Palermo.

Vale la pena recordar que don Ciccio Vassallo era un *affarista* más que un empresario. Su ventaja competitiva no estribaba en la planificación de inversiones acertadas, sino en la corrupción, en hacer amistades útiles y, por supuesto, en las amenazas no verbalizadas que acompañaban cada una de sus inversiones. En el momento oportuno, unos «vándalos» no identificados cortaban todos los árboles de cualquier extensión de tierra que hubiera sido

catalogada como parque. Cualquier empresa honesta que se las arreglara de algún modo para conseguir un contrato en las narices de la Mafia encontraría al poco tiempo su maquinaria arrasada por las llamas. La dinamita resultó ser una manera muy fácil de acelerar las órdenes de demolición.

En 1957, justo cuando el saqueo de Palermo estaba a punto de entrar en su fase más devastadora, se desató una lucha de poder en el seno de la Mafia en Tommaso Natale, la aldea natal del rey del hormigón. Su propia familia enseguida se vio arrastrada a ella. En julio de 1961, su cuñado, Salvatore Messina, fue asesinado a tiros por un sicario que lo esperó durante varias horas entre las ramas de un olivo. Otro de sus cuñados, Pietro, también fue asesinado a tiros un año después. Un tercer cuñado, Nino, se salvó de milagro al arrojarle un cántaro de leche a su agresor cuando se vio acorralado; se piensa que abandonó Sicilia poco después. El hecho de que el propio don Ciccio no sufriera ningún atentado (hasta donde sabemos) demuestra que su poder trascendía a cualquier asunto local: era una máquina de hacer dinero para toda la élite política y mafiosa.

La migración en masa fue una de las características más relevantes del milagro económico italiano. Al florecer, las ciudades industriales del norte acogían inmigrantes. Cerca de un millón de personas se desplazó del sur a otras regiones en solo cinco años, entre 1958 y 1963.

También los *mafiosi* se volvieron más dinámicos en las décadas de posguerra: llevaron sus negocios a otras regiones de Italia. En algunos lugares, los gángsteres prevalecieron y fundaron colonias permanentes. Esas bases nuevas en el centro y norte de Italia, al igual que en áreas del sur no contaminadas tradicionalmente por las organizaciones criminales, son uno de los rasgos distintivos de la era reciente en la historia de la Mafia. No se registra nada parecido en las décadas precedentes.

Algunos de los gángsteres norteamericanos expulsados de Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial fueron los primeros en establecer sus negocios lejos de los territorios centrales de las mafias en Sicilia,

Calabria y Campania. Por ejemplo, Frank Coppola, alias «Tres Dedos», traficaba con drogas desde una base cercana a Roma.

Los primeros indicios de la colonización mafiosa de Italia desde dentro asomaron en la gran migración norte-sur durante el milagro económico. A mediados de los cincuenta, Giacomo Zagari fundó una de las primeras colonias de *'ndranghetisti* cerca de Varese, próxima a la frontera de Italia con Suiza. El asesinato de un jefe pandillero a primera hora del Año Nuevo de 1956 reveló que había un control mafioso entre los recolectores de flores de la costa de Liguria, cerca de la frontera francesa.

Muchos norteños estaban molestos por los centenares de miles de recién llegados originarios del sur. Los sureños, decían, tenían demasiados hijos y cultivaban tomates en la bañera. La noticia de un crimen relacionado con la Mafia, o de cualquier otro crimen, siempre que lo hubiera cometido un inmigrante, servía para confirmar los prejuicios contra los sureños. La Mafia asomaba en ese contexto como una especie de enfermedad étnica que hacía que todos los de «por allí abajo» fuesen altaneros, vengativos, violentos y deshonestos.

La verdad es que las migraciones masivas desde el sur no eran responsabilidad de la dispersión de la Mafia en dirección al norte. Los *mafiosi* son una minoría reducida de criminales profesionales; no son los típicos sureños. Hubo infinidad de lugares a los que los inmigrantes llegaron y las mafias no los siguieron. Pero es cierto que las migraciones crearon múltiples y nuevas oportunidades para los *mafiosi*: de manera ostensible —como bien lo demuestran los recolectores de flores de Liguria — en el control de las pandillas, cuando se obligaba a los inmigrantes a trabajar por salarios bajos, sin pagar impuestos y sin resguardos legales. A medida que Italia crecía durante el milagro económico y después, esas oportunidades para los criminales se ampliaron y multiplicaron.

Las oportunidades criminales que mejor propiciaron una colonización mafiosa del norte a largo plazo surgieron de la industria de la construcción. El caso más notable es el del centro de deportes de invierno de Bardonecchia, en la región al norte del Piamonte, situado en los Alpes y a pocos kilómetros de la frontera francesa. Bardonecchia es donde los habitantes de Turín, la ciudad italiana del motor y una de las capitales del

milagro económico, van a esquiar. Finalmente, en 1995, Bardonecchia se convirtió en el primer ayuntamiento municipal de la Italia septentrional que disolvió el gobierno central de Roma a raíz de la infiltración mafiosa. Resulta sorprendente que la mafia que había colonizado Bardonecchia mucho antes de eso era la ‘Ndrangheta. La mafia menos conocida de Italia, la más asociada a un mundo de miseria rural en vías de desaparición, fue muy veloz en darse cuenta de las ganancias ilegales que podían obtenerse con la construcción y se situó en la vanguardia de la nueva era de expansión en el norte del país.

La historia de Bardonecchia parece una secuencia de diapositivas en un documental de naturaleza. Aunque se enfoque en algo puntual, como puede ser el crecimiento de una única hierba venenosa, sirve para exponer los procesos secretos de todo un ecosistema. Desplegadas en una secuencia rápida, las imágenes de Bardonecchia nos permiten dar un gran salto adelante en nuestra historia. Estas ilustran cómo, a partir de unos comienzos modestos y en las circunstancias apropiadas, las mafias pueden establecer lo que ellas mismas denominan un «control territorial» partiendo prácticamente de la nada.

El primer indicio de la llegada de la ‘Ndrangheta a Bardonecchia ocurrió pasada la medianoche del 2 de septiembre de 1963. Llovía mucho cuando Mario Corino, un joven maestro de primaria, tomó la via Giolitti, en la parte antigua del pueblo. Allí lo abordaron dos individuos, ambos semicubiertos por sus paraguas. El asalto fue tan rápido que Corino no llegó a ver con qué tipo de objeto afilado lo atacaban, pero desvió el primer envite de manera instintiva con su paraguas y el antebrazo; el segundo le rozó la cabeza antes de alcanzarle en el hombro. Sus gritos ahuyentaron a los asaltantes. Como es de suponer, esto solo era un aviso.

Las primeras especulaciones vincularon el ataque a la labor que Corino desarrollaba como líder de la rama local del Partido Demócrata Cristiano. Más específicamente, él mismo había denunciado lo que calificaba elegantemente de «irregularidades» en la industria inmobiliaria local y la planificación urbanística. Pero, al cabo de pocos días, los dos agresores de Corino habían confesado y la prensa pudo asegurarse de que no había un trasfondo político en el atentado. Los culpables eran dos estucadores a los

que se pagaba por metro cuadrado de pared terminada; habían atacado a Corino porque estaban en contra de sus intentos de imponer normas contra el trabajo a destajo en las obras. Caso cerrado. O eso pareció.

Tal y como resultaron las cosas, las sospechas originales eran ciertas. Es más, el asalto a Mario Corino era solo un primer síntoma de algo mucho más amenazador. Los problemas comenzaron, como él mismo había sospechado, con un *boom* inmobiliario a comienzos de los años sesenta: los turistas y habitantes de segundas residencias necesitarían lugares para quedarse si pretendían disfrutar del aire de montaña en Bardonecchia. Las empresas constructoras requerían de mano de obra barata y formas de esquivar las normas de seguridad y leyes laborales; para ello recurrieron a los jefes de pandillas de la ‘Ndrangheta, quienes estuvieron más que contentos de proveer esos servicios reclutando a gente de entre el aluvión de inmigrantes calabreses. Los trabajadores de Bardonecchia, muchos de los cuales tenían antecedentes penales y pocas oportunidades de encontrar un trabajo más estable, además vivían y acampaban en la miseria. A principios de los setenta, se estima que entre un setenta y un ochenta por ciento de los trabajadores en la villa se reclutaban a través de la red de extorsión mafiosa; muchos de esos trabajadores debían entregar parte de su salario al *capo* regional. A los sindicatos legales les resultó imposible establecer allí filiales.

Pero mucho antes que eso, los cabecillas de la ‘Ndrangheta habían ido bastante más lejos de la simple creación de redes de extorsión en el frente laboral. Primero fundaron sus propias empresas para participar como subcontratistas en las obras: el estucado y los camiones de transporte eran sus nichos de mercado predilectos. Las empresas constructoras controladas por la propia ‘Ndrangheta no les iban a la zaga. De los archivos oficiales entraban y salían oscuras empresas inmobiliarias. También había, en los puestos de obra enemigos, incendios inexplicados, maquinaria arrasada y trabajadores amenazados a punta de pistola. Al poco tiempo, la mayoría de las empresas constructoras honestas había visto cómo eran expulsadas del mercado o arrojadas en manos de los gángsteres.

Entretanto, el gobierno había contribuido a llenar los cofres de la mafia calabresa construyendo una nueva autopista y un túnel a través de las

montañas. La ‘Ndrangheta reclutó a algunos políticos y gerentes locales para que le ayudaran a conseguir contratos y normas favorables. Prácticamente no se movía una piedra sin el visto bueno del *capo*. Un empleado del ayuntamiento municipal se limitaba a darle la tarjeta de visita del cabecilla de turno a cualquiera que solicitara una licencia para empezar un nuevo negocio, solo para evitar cualquier complicación burocrática, se justificaba. Mario Corino, el maestro de escuela y político que fue atacado en 1963, lideró una heroica resistencia a la influencia de la ‘Ndrangheta en el gobierno local cuando se convirtió en alcalde en 1972. En 1975, los tribunales desestimaron sus voces de alarma calificándolas de ficción con motivaciones políticas: señalaron que Corino se estaba valiendo de la mafia como pretexto para hundir a sus adversarios. Los oponentes de Corino fingían incredulidad y furor cuando algún periodista les sugería que podía existir en el pueblo el problema de la mafia. Y a la vez, sin embargo, los policías más enérgicos eran misteriosamente trasladados a otras partes del país. En una conversación telefónica pinchada, el cabecilla local decía: «Somos la raíz de todo aquí, ¿me entiendes…?».

Resulta, pues, llamativo que Bardonecchia hubiese de esperar tanto, hasta 1969, para que se produjera el primer asesinato mafioso dentro de su jurisdicción. A este seguirían cuarenta y cuatro muertes entre 1970 y 1983. El 23 de junio de 1983, la ‘Ndrangheta demostró lo alto que apuntaba, y la brutalidad que estaba dispuesta a emplear. Poco antes de la medianoche, Bruno Caccia paseaba a su perro cuando se le aproximó un coche ocupado por dos individuos, que le dispararon catorce tiros y luego bajaron del coche para rematarlo con tres tiros de gracia. Caccia era un destacado juez instructor que se había negado a cualquier diálogo con lo que por entonces era el sistema de poder absoluto de la ‘Ndrangheta.

Es poco probable que hubiera una gran estrategia detrás del desplazamiento de la mafia al norte. Rocco Lo Presti, el *‘ndranghetista* que lideró la toma del poder de su organización en Bardonecchia durante el *boom* inmobiliario de los sesenta, había estado allí desde mediados de los cincuenta. Parece ser que llegó como un humilde inmigrante, aunque con algunos parientes dignos de temer. Pero estaba más interesado en hacer circular billetes falsos que en conseguir trabajo. De ahí en adelante, los

mafiosi venían al norte por múltiples razones: para esconderse de la policía o de sus enemigos, para establecer puestos provisionales de venta de drogas, para blanquear e invertir en silencio sus ganancias ilícitas o capitalizar las oportunidades delictivas abiertas por pioneros como Rocco Lo Presti. La colonización a gran escala de un pueblo como Bardonecchia creo un patrón que habría der ser imitado en otros lugares. En una conversación pinchada, se escuchaba a un amigo de Lo Presti dándole una palmadita verbal en la espalda: «Bardonecchia es calabresa», le decía. La ironía de esta frase radicaba en que muchos de los empresarios, gerentes y políticos que habían ayudado a convertir a Bardonecchia en calabresa eran tan piamonteses como el vino Barolo y los *agnolotti*.

En la esfera política, el crimen organizado ha sido siempre un problema que afectaba tanto al norte y centro del país como al sur. Muy poco después de que Italia naciera como Estado unificado en 1861, las coaliciones de gobierno en Roma tuvieron que reclutar a multitud de militantes entre los parlamentarios del sur; y los parlamentarios del sur se valían —al menos, algunos de ellos— de las redes de sobornos a cambio de protección para reunir votos. Incluso después del milagro económico, gracias sobre todo a la corrupción de la industria inmobiliaria, las mafias se transformaron en un problema a nivel nacional en dos sentidos totalmente nuevos. Por una parte, como hemos visto, el norte se convirtió en el centro de operaciones de los mafiosos meridionales. Por la otra, el sur se convirtió en el centro de cooperación entre la gran industria septentrional y las mafias. Por ejemplo, las empresas del norte industrializado también negociaban en términos amistosos con la ‘Ndrangheta en Calabria, donde el hormigón demostró ser incluso más lucrativo que en el Piamonte.

En los años sesenta se inició un vasto programa de construcción de carreteras. Su proyecto emblemático fue la llamada Autopista del Sol, que recorría toda Italia de norte a sur. El último tramo de esa autopista, que cubría 443 kilómetros desde Salerno hasta Reggio Calabria, llevaba consigo grandes esperanzas: transcurrido un siglo desde la unificación italiana, la

Salerno-Reggio Calabria (como se la conoce en todo el mundo) terminaría al fin con el profundo aislamiento del sur en la red nacional de transportes. Fueron necesarias grandes proezas de la ingeniería civil para atravesar la geología tan complicada de la región: con no menos de cincuenta y cinco túneles y ciento cuarenta y cuatro viaductos, algunos de los cuales se alzaban a más de doscientos metros por encima de los bosques al fondo de los valles.

Hoy en día, la Salerno-Reggio Calabria es, en efecto, famosa: un prodigio de caos en la planificación, clientelismo gubernamental en la región y promesas políticas rotas. Medio siglo después de empezarse, todavía no ha terminado de construirse. En vez de tomar la ruta más directa y lógica a lo largo del litoral, la Salerno-Reggio Calabria se adentra de manera tortuosa en las tierras del interior para visitar los feudos electorales de ministros olvidados hace tiempo. En ocasiones, el único propósito de la autopista parece ser el de unir una cadena de obras en permanente construcción. Hay largos tramos que son tan angostos y sinuosos que tienen un límite de velocidad de cuarenta kilómetros por hora. Los atascos son tan frecuentes que la cuneta está provista de manera permanente de baños químicos para que los desesperados conductores se alivien de vez en tanto. En 2002, los magistrados de Catanzaro dieron orden de confiscar toda una sección de la autopista recién modernizada porque estaba tan mal hecha que podía resultar muy peligrosa. En fecha reciente, el obispo de Salerno calificó como «un vía crucis» a la que es la autopista más deficiente de Europa. En definitiva, la Salerno-Reggio Calabria muestra al Estado italiano en su faceta más incompetente.

A partir de los sesenta, la ‘Ndrangheta ha medrado alegremente en el caos reinante. Aun así, desde muy temprano en esta historia de la Salerno-Reggio Calabria, los funcionarios encargados de aplicar la ley vieron muy claro que la ‘Ndrangheta tenía solo parte de la culpa. En una entrevista a un periódico nacional en 1970, un oficial superior de los carabineros destinado en Reggio Calabria decía:

> Cuando los empresarios del norte vienen hasta Calabria para comenzar sus proyectos, lo primero que hacen es ir a ver al hombre que les han dicho que es el jefe de la mafia. Le hacen una visita protocolaria, como si fueran a ver al prefecto. Le solicitan su protección y pagan

por ella otorgando a los amigos del *capomafia* el subcontrato para retirar la tierra removida, y contratando a los *mafiosi* como guardias en los sitios donde se construye.

Los empresarios inmobiliarios no calabreses ofrecían al mismo tiempo otros favores: testificando a favor de los *mafiosi* en los tribunales, no denunciando los múltiples robos de explosivos que sufrían en las obras, u ofreciendo su aval al banco cuando los *'ndranghetisti* adquirían maquinaria para la construcción a crédito. Entonces esos mismos empresarios del norte fracasaban al no terminar sus obras a tiempo y culpaban del retraso a la mafia local. Esos retrasos les permitían exigir más dinero al gobierno, dinero del cual la mafia recibiría, obviamente, su parte. A través de los numerosos tramos de la Salerno-Reggio Calabria, la 'Ndrangheta se educó en torno a las muchas aristas existentes de una rama del capitalismo particularmente hipócrita.

La construcción es del todo vulnerable a los métodos más rudimentarios de las mafias. Los edificios y caminos se tienen que levantar en algún lugar. Y cualquiera que sea este, por la vía tan simple de destruir la maquinaria o intimidar a la mano de obra, los *mafiosi* pueden obligar a las empresas constructoras a sentarse a la mesa y negociar. Una vez que esas negociaciones han dado sus frutos, no hace falta mucha inteligencia empresarial para que un cabecilla mafioso adquiera unos cuantos camiones y se asocie con una empresa de transporte de tierra removida y se le garanticen algunos subcontratos generosos. Lo que es todavía más insidioso es que los *mafiosi* no tengan mayores problemas para persuadir a las empresas legales de las ventajas que puede reportarles vincularse con el crimen organizado. Un empresario no precisa ser demasiado codicioso o cínico para derivar a una complicidad con los asesinos. Tan solo hace falta una preferencia por saltarse las reglas, pagar a los trabajadores en efectivo y burlar las formalidades burocráticas. Y una vez que ha comenzado a operar fuera de la ley, ¿a quién recurre cuando alguien destroza su maquinaria o apalea a sus trabajadores? El alivio que siente al cerrar un acuerdo y ver que el acoso cesa se mezcla fácilmente con la satisfacción que experimenta cuando es un competidor suyo el que sufre el acoso. La verdad es que existe a menudo una demanda de los servicios de la mafia, una demanda que las propias mafias cultivan con gran pericia.

Así que introducirse a la fuerza en el negocio inmobiliario es fácil, hasta un cierto punto. Pero el éxito logrado en el sector puede reflejar la profundidad con que la mafia ejerce su influencia en las entrañas del Estado y el sistema capitalista. El traslado de policías eficientes, la corrupción de jueces, adaptar la planificación urbanística de un pueblo a la demanda, manipular la concesión de contratos públicos, silenciar a periodistas, ganar amistades políticas: estas no son actividades para simples gorilas cuya destreza se limita a verter azúcar en el tanque de combustible de un camión de carga. En el norte o en el sur, cuando una mafia domina estas artes más refinadas, puede aumentar muchísimo su poder de intimidación. Y lo que es igual de importante, puede aumentar muchísimo el rango de servicios que está en disposición de ofrecer a sus empresas cómplices: conseguir contratos a precios inflados, prevenir inspecciones de las autoridades tributarias, hacer nuevos amigos…

Gángsteres y «rubios»

Los italianos probaron por primera vez los cigarrillos importados de Estados Unidos como Camel, Lucky Strike y Chesterfield durante la era fascista. Los llamaban «rubios» porque estaban hechos de un tabaco más claro que las variedades de tabaco negro secado al aire que podían cultivarse en Italia.

Los rubios se hicieron enseguida populares. En 1862, el Estado había establecido un monopolio en el cultivo, importación, procesamiento y venta de tabaco; a partir de entonces, el Estado había luchado siempre por responder a la demanda y los gustos cambiantes del consumidor. La llegada de los rubios dejó al gobierno más lejos que nunca de satisfacer lo que el público exigía. De hecho, tan pronto como estos nuevos y glamurosos pitillos se introdujeron a principios de los años treinta, desaparecieron de los establecimientos gubernamentales de tabaco por las sanciones impuestas tras la invasión de Etiopía por parte de Italia en 1935. El racionamiento durante la Segunda Guerra Mundial hizo aún más ardua la vida de los fumadores. Y cuando los aliados invadieron el país en 1943 y el fascismo cayó, la capacidad de la propia Italia para producir tabaco estaba arruinada. Así pues, las tropas británicas y estadounidenses llegaron en medio de una hambruna de tabaco y lo hicieron con cigarrillos en sus mochilas. Gran parte de ese tabaco derivó al floreciente mercado negro. Cuando terminó el racionamiento en la primavera de 1948 y la producción local se recuperó, ya era demasiado tarde: el número de fumadores en Italia, que crecía con rapidez (catorce millones en torno a 1957), era adicto a los cigarrillos importados. Quizá tan pernicioso como ello era su adicción a las vías de suministro ilegales que posibilitaban conseguir esos cigarrillos a precios

libres de impuestos. Este vasto mercado criminal ha modelado desde entonces la historia del crimen organizado en Italia. Se lo ha comparado con el período de la Ley Seca en Estados Unidos (1919-1933), cuando el gobierno federal prohibió las bebidas alcohólicas, favoreciendo en consecuencia el auge del contrabando. Nápoles, como la capital del mercado negro, es el lugar adecuado para observar cómo se fue desarrollando el fructífero romance entre los gángsteres y los rubios.

En 1963, el cine trajo a la memoria colectiva una imagen cautivadora del negocio napolitano de contrabando de tabaco, en el primer episodio de la película *Ieri, oggi, domani* (*Ayer, hoy y mañana*), la película en tres partes de Vittorio De Sica, que ganó el Oscar a la mejor película extranjera. En ella, Sophia Loren interpreta a una muchacha que vende cigarrillos en el mercado negro, en un puesto de venta de naranjas. Para ella, el arresto es un gaje del oficio, pero entonces descubre que, por ley, no se puede retener en prisión a una mujer embarazada, así que convence a su marido para que le engendre un hijo tras otro, hasta que su apartamento de un ambiente queda desbordado de niños. Al final, el papel del aparato reproductivo del pobre hombre se da por vencido ante la presión. El esposo es interpretado, con su clásico y abatido encanto, por Marcello Mastroianni.

Como pieza cinematográfica, la historia de Sophia Loren en *Ayer, hoy y mañana* es, al fin y al cabo, un cliché sentimental: un canto más a la estridente anarquía de la vida callejera napolitana. Aun así, el cuento tenía una base real. El personaje de Loren se basaba en Concetta Muccardo, que vendía cigarrillos de contrabando en Forcella, el barrio que era la *kasbah* de Nápoles. Los conocidos embarazos de Muccardo (diecinueve en total, siete de los cuales llegaron a término) la mantuvieron fuera de la cárcel hasta 1957, cuando la policía la atrapó finalmente sin un hijo en la barriga, o en los brazos. Fue a prisión ocho meses y, con inusitada dureza, a ello se sumaron otros dos años por su imposibilidad de pagar una multa. Pero la fama de Muccardo enseguida le granjeó la libertad. Los generosos lectores de dos periódicos, uno de Turín y el otro de Roma, pagaron el dinero que

debía y en enero de 1958, tras una apelación patrocinada por las parlamentarias del Partido Comunista y el Partido Socialista, el presidente de la República le concedió el perdón. Cuando Concetta retornó a vico Carbonari, su callejón habitual, los tabernáculos de las calles próximas habían colgado imágenes del presidente Giovanni Gronchi en las paredes junto a las de la Virgen.

La experiencia de filmar *Ayer, hoy y mañana* en los callejones céntricos de Nápoles le mostró a De Sica lo cerca que estaba el guión de la realidad. Nápoles era una ciudad en que los déficits endémicos de la economía habían condenado a muchas familias pobres a vivir del contrabando para llevar comida a la mesa. De Sica dio, de hecho, un papel de figurante a una mujer bien conocida del sector que había parido nueve hijos y se jactaba de su récord de ciento trece estancias en prisión por delitos de contrabando. En Forcella había otras muchas tabaqueras que nutrían el folclore local. Una tal Rosetta era la más atractiva de cierto número de mujeres que cobraban un extra por los llamados «pitillos alegres»: cigarrillos que los clientes debían rastrear en su amplio escote. (Una película de Sophia Loren inspirada en la historia de Rosetta seguramente no habría sorteado la censura).

Mientras De Sica se alojaba en el Hotel Ambassador, el esposo de Muccardo se presentó ante él y le exigió un porcentaje de los ingresos de la película. Con gesto evasivo, De Sica le respondió señalando la foto de Sophia Loren en una revista, en la cual aparecía en el estudio donde se le atribuía una falsa tripa de embarazada. «¿No ves lo bella que es? Tanto como lo era tu esposa en ese estado». Pero el marido no se dejó engatusar: «Sí, bueno, señor De Sica, pero esta barriga está llena de millones: la de mi esposa está llena de aire». Cuando escribió a su familia para contarles el episodio, De Sica no encontró una frase mejor que: «Son gente pobre».

Tanto la película de De Sica como su reacción ante lo que vio en Nápoles durante el rodaje son fiel reflejo del dilema en que se encontraban las propias autoridades italianas. La ley contraria al tráfico ilegal de tabaco era inaplicable al nivel de la calle. Parecía imposible adoptar una actitud represiva sin herir a la gente que eran tanto sus operadores como sus primeras víctimas: los habitantes más pobres de las barriadas miserables de Nápoles. De hecho, era un dilema que el Estado italiano no tenía voluntad

de resolver por otra vía que no fuera la de aplicar como un sonámbulo la represión y luego retomar una actitud de tolerancia. Hubo una amnistía para los pequeños comerciantes de tabaco el mismo año en que *Ayer, hoy y mañana* se estrenó, y otra en 1966. En todo el mundo, las políticas que aspiran a controlar sustancias como el tabaco y el alcohol son, en el mejor de los casos, muy difíciles de aplicar. Cuando tales políticas se reciben con una amplia desobediencia, logran que la ley parezca cruel, poco realista e inconsistente a la vez. El valioso principio de que el Estado actúa en interés de todos al elaborar y aplicar normas justas acaba sometido, y el Estado mismo cae en el descrédito. En Italia, donde ese principio siempre ha tenido que luchar para sostenerse, el menoscabo de la credibilidad del Estado era muy grave. En Nápoles, los cigarrillos de contrabando se vendían abiertamente en los pasillos de los edificios públicos.

Ayer, hoy y mañana se estrenó en un momento histórico crucial para el contrabando de tabaco y, en consecuencia, para todas las mafias italianas. Porque esta fue la época en que este contrabando se convirtió en una industria, y en que esa industria se convirtió en la ocupación primordial del crimen organizado.

El hecho decisivo en el aumento del contrabando de tabaco en Italia ocurrió al norte de África. En octubre de 1959, Mohamed V, rey del Marruecos recién independizado, confirmó los temores de los traficantes a todo lo ancho del Mediterráneo: anunció con seis meses de antelación que el puerto de Tánger perdería sus privilegios especiales. Hasta entonces, Tánger, situado en la orilla opuesta frente a Gibraltar, a la entrada del Mediterráneo, había contado con una gran «zona internacional» donde había escasos controles de pasaporte, impuestos muy bajos y una ausencia total de restricciones en cuanto a circulación de divisas. Los bancos ni siquiera tenían que presentar sus balances. En resumen, Tánger era un paraíso para los contrabandistas y el eje mismo del comercio ilegal en todo el Mediterráneo. Como observaba el novelista estadounidense Paul Bowles, residente en el lugar: «Pienso que todos los que se benefician del mercado negro europeo están aquí…, considerando que toda la zona internacional es un gran mercado negro». Era desde ese paraíso tan seguro de Tánger que las «naves madres» abarrotadas de cigarrillos de contrabando podían

dispersarse a lo largo de la costa meridional europea. Cuando llegaban a Nápoles, esperaban en aguas internacionales a que pequeñas embarcaciones locales fueran hasta ellas y trasladaran la carga a tierra.

Cuando el rey Mohamed anunció el cierre de la zona internacional, el resultado inmediato fue que el contrabando de cigarrillos se hizo más difícil. Y cuando el contrabando de algún tipo se hace más difícil, solo los contrabandistas mejor organizados y con más recursos pueden sobrevivir. Los únicos mayoristas que podían prosperar a partir de entonces eran los que tenían vínculos internacionales con las empresas navieras, los productores de tabaco y los funcionarios en zonas estratégicas como los Balcanes. Por distintos motivos, los operadores locales, que trasladaban los paquetes de cigarrillos del barco a tierra, tuvieron que subir también su apuesta: ahora se requerían lanchas veloces para sortear a la *Guardia di Finanza* (policía fiscal). Al aumentar la competencia en el negocio del tabaco, también aumentó la violencia. El contrabando no era ya un negocio para aficionados.

Nápoles recurrió a la nueva raza de traficantes profesionales de los sesenta por varias razones. Una de las más fundamentales era el suministro disponible de mano de obra criminal barata en los callejones donde Concetta Muccardo se había convertido en una leyenda. Nápoles era a la vez la puerta de entrada a un mercado italiano en la fase terminal de su milagro económico, y que consumía más y más cigarrillos como resultado. En los años sesenta, era también puerto libre, en el sentido de que la Camorra, comparada con otras organizaciones, era aún débil en la ciudad y no había ninguna organización criminal dominante a nivel local que pudiera sofocar a la competencia. De manera que las redes de grandes traficantes de Génova, Córcega y Marsella se vieron atraídas a la ciudad en la falda del volcán para encontrar mercado para su tabaco. Pero los más importantes entre los recién llegados tras el cierre de la zona internacional de Tánger — que habrían de alterar radicalmente el curso de la historia criminal de Italia — eran los que venían de Sicilia.

La Cosa Nostra: el fin de los intocables

A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, Italia asistió una vez más a la forma en que Estados Unidos lidiaba con su problema de la mafia. Primero, en noviembre de 1957, hubo el espectacular episodio en una gran hacienda de Apalachin, al norte del estado de Nueva York, cuando la Guardia Nacional del estado irrumpió en la reunión cumbre de unos cien jefes mafiosos. Uno o dos de ellos venían de sitios tan lejanos como California, Cuba y Texas. Arrestaron a sesenta individuos y el FBI admitió finalmente que la mafia —o el sindicato nacional del crimen, o cualquiera que fuese el nombre que se le diera— era algo más que un mito romántico. Como resultado de ello, en 1959, Vito Genovese, jefe de la familia neoyorquina que llevaba su nombre, fue sentenciado a quince años por tráfico de drogas: el mayor golpe asestado a un cabecilla importante en Estados Unidos, durante la década y media transcurrida desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Entretanto, Robert F. Kennedy, el enérgico y joven consejero a la cabeza de un nuevo Comité del Senado para los Fraudes Laborales, estaba ocupado en desvelar la corrupción en el Sindicato de Camioneros. Tras la cumbre de Apalachin, el comité usó de nuevo la televisión con gran efectividad para interrogar a varios de los más famosos individuos que habían estado en Apalachin, como Joe Profaci y Thomas Lucchese. Los espectadores vieron también a un agente federal explicar la política dinástica de la mafia:

> Los matrimonios que se celebran en su seno son significativos, porque muy a menudo uno se pregunta si realmente esta gente desea casarse cuando lo hace. Aun así, los matrimonios tienen lugar. Digamos que si dos personas en una posición importante dentro de la mafia tienen hijos, luego se verá que sus hijos e hijas se casarán entre sí… Un líder de la organización nunca dejaría que su hijo se casara con un don nadie dentro de la misma

organización.

El relato de Bobby Kennedy en torno a la investigación que dirigió él mismo, titulado *The Enemy Within* (*El enemigo en casa*) y publicado en 1960, fue un superventas y contenía vívidos y brillantes retratos de una serie de gángsteres italoamericanos. Uno de ellos era el «asesor de relaciones laborales» Carmine Lombardozzi, al que habían ordenado que aguardara en el garaje durante la cumbre de Apalachin mientras los otros *mafiosi* resolvían si matarlo o simplemente multarlo por embolsarse de manera encubierta el dinero proveniente de una red de máquinas de tocadiscos. (Al final optaron por la multa).

En 1961, cuando su hermano se convirtió en presidente, Bobby Kennedy pasó a ser fiscal general, el funcionario en la cúpula del gobierno que actúa como consejero legal y encargado de velar por el cumplimiento de la ley. La investigación y represión del crimen organizado era una parte clave de su programa en el cargo. Y si en 1960 hubo 19 acusaciones contra el crimen organizado, en 1964 el total aumentó a 687.

Con estas acciones legales y este nuevo escenario político, la mafia se convirtió en un tema candente dentro de la cultura norteamericana. En 1959, la ABC estrenó una serie en varios capítulos basada en el grupo de *Los intocables* liderado por Elliot Ness, sobre la época de la Ley Seca y Al Capone en Chicago. El programa se convirtió en un éxito, en buena medida porque estaba plagado de sutiles referencias a noticias recientes del mundo gangsteril.

Como siempre, había una buena dosis de controversia y sensacionalismo en el debate público. La Orden de los Hijos de Italia en América, un grupo de presión de la minoría étnica italiana desesperado por desviar la atención del tema de la mafia, se las arregló para que todos los personajes italoamericanos desaparecieran de *Los intocables* en 1961. Privado de este elemento clave de autenticidad, el programa perdió popularidad y dejó de emitirse en 1963.

En el extremo opuesto, otros escribían sobre la mafia como si fuera un monstruo centralizado, burocrático y calculador: una IBM del crimen. Desde entonces, tanto en Italia como en Estados Unidos, la visión de la

mafia como el espejo siniestro del capitalismo salvaje y de los *mafiosi* como ejecutivos con pistola pasó a ser un buen material periodístico. Esta es sin duda una simplificación excesiva dotada de una gran fuerza evocadora, tanto para los que acatan la ley como para los que se la saltan. El insidioso encanto de *El padrino* —la novela y la película— habría de basarse luego en la misma idea: «Dile a Mike que solo eran negocios». Nada parecía mejor calculado para lograr que el estadounidense medio, el empresario medio y el individuo de mediana edad se sintieran audaces y astutos, que esa sugerencia de que él y los *mafiosi* eran en gran parte parecidos… con unas palizas de más o de menos. Y a la inversa, nada podía estar mejor calculado para halagar el ego de un gamberro callejero, e impresionar a sus jóvenes cómplices, que la sugerencia de que él mismo era la encarnación de algún tipo ideal gordo y bien vestido de empresario al margen de la ley. Suponiendo que los *mafiosi* fueran empresarios, serían aquellos que se especializan no en la libre competencia sino en alterar y distorsionar las reglas de ese mercado.

La temporada de intenso interés político y mediático en la mafia a comienzos de los sesenta tuvo a la vez un curioso efecto colateral: le cambió el nombre a la propia mafia. En 1962, Joe Valachi, un «soldado» de la familia Genovese, sospechando erróneamente que estaba a punto de ser eliminado por órdenes de su jefe, apalizó hasta la muerte a un individuo inocente en la cárcel. Enseguida comenzó a hablar con el FBI de la mafia, sus rituales de iniciación y su estructura, tal y como él los veía desde su posición relativamente inferior y marginal dentro de la organización. No siendo italohablante, Valachi había escuchado a otros miembros de la hermandad referirse a la *cosa nostra* y pensó que esta vaga alusión era el nombre oficial de la mafia: Cosa Nostra, o «la» Cosa Nostra. Le pasó lo mismo al FBI. Y cuando el testimonio de Valachi se hizo público en 1963, los *mafiosi* de Estados Unidos pensaron lo mismo. El resto del mundo solo llegaría a enterarse en 1984 de que este nombre había sido también adoptado por la Mafia siciliana.

La aparición del nombre Cosa Nostra es solo un último ejemplo de la forma en que las mafias han aprendido su propio léxico del mundo exterior. Hemos visto cómo la palabra «‘Ndrangheta» había surgido hacía poco en la

prensa durante la «invasión marciana» de Calabria en 1955. Hasta donde yo sé, no hay ningún testimonio infiltrado, acta judicial o artículo de periódico que se refiera a la mafia calabresa con dicho nombre antes de esa fecha.

Algo parecido ocurrió un siglo antes con la palabra «mafia» en sí. Solo se convirtió en el más utilizado de los muchos nombres asociados a la élite criminal de Sicilia tras aparecer en una exitosa obra teatral sobre los gángsteres en prisión en la década de 1860.

¿Por qué son tan malas las mafias a la hora de autodenominarse? La razón principal es, como bien lo explicó más tarde un desertor de la Cosa Nostra, que las hermandades criminales son el «reino del discurso incompleto»:

> Lo de fragmentar la información es una de las reglas más importantes. La Cosa Nostra no es solo reservada ante el mundo exterior, en el sentido de que oculta ante los extraños su existencia y la identidad de sus miembros. Es también reservada hacia el interior: suele disuadir a los miembros que intentan conocer la totalidad de los hechos y obstaculiza la libre circulación de la información.

Los *mafiosi* suelen tratar sus asuntos con asentimientos de cabeza y silencios, en un lenguaje marcado por cierta vaguedad adquirida con destreza, y que solo pueden entender aquellos que tienen que entenderla. Las comunicaciones en el seno de la mafia son como susurros en un laberinto. Por tanto, cuando el mundo exterior dice algo sobre los asuntos de la mafia, su eco resuena en los pasillos del laberinto como un toque de corneta.

A pesar de la controversia, las simplificaciones extremas y los efectos colaterales perversos, la abierta discusión sobre la mafia que tuvo lugar en aquellos años en Estados Unidos fue un signo de buena salud. Indicaba que el largo período de relativa impunidad e invisibilidad del que habían disfrutado los mafiosos norteamericanos estaba tocando a su fin. La mafia ya no era intocable en Estados Unidos. La pregunta que surgió entonces era cuánto tardaría Italia en seguir el ejemplo del Tío Sam.

La diáspora mafiosa

En octubre de 1957, solo unas pocas semanas antes de la cumbre en Apalachin, al norte del estado de Nueva York, los hombres de honor en Estados Unidos celebraron varias jornadas de reuniones con los jefes sicilianos en el Grand Hotel et Des Palmes, en el corazón de Palermo. El jefe de la delegación norteamericana era Joe «Bananas» Bonanno, *capo* de la familia de Nueva York que llevaba su nombre. Las drogas ocuparon casi con certeza el primer lugar de la agenda. Así y todo, a diferencia de lo que había sucedido en Apalachin, la policía de Palermo, haciendo la vista gorda, se limitó a dejar constancia de la reunión y no se hizo nada al respecto.

Los negocios no fueron lo único de lo que se habló mientras Joe Bananas estuvo en Palermo. De acuerdo con las confesiones posteriores de un joven traficante de drogas llamado Tommaso Buscetta (un hombre destinado a jugar un papel decisivo en la historia de la Mafia siciliana casi un cuarto de siglo después), la cumbre italoamericana de 1957 fue el pretexto para una importante innovación organizativa dentro de la entidad siciliana. Parece ser que, en una de las cenas, Joe Bananas sugirió que Sicilia debía tener una Comisión de la Mafia —una especie de cuerpo gobernante— como la que había supervisado las relaciones interfamiliares en Nueva York desde que Lucky Luciano dio a luz la idea en 1931. La Comisión ha existido en Sicilia desde entonces de manera intermitente. No era la primera vez que los *mafiosi* sicilianos habían demostrado ser mejores que la policía o los políticos italianos en aprender de América.

Aun así, la Comisión no fue, como han ratificado los historiadores sicilianos, la novedad que Tommaso Buscetta pensó que sería. Hay pruebas de que la Cosa Nostra ha tenido cuerpos de gobierno de uno u otro tipo en

la documentación más temprana de que disponemos sobre ella. Por ejemplo, había formas de coordinación entre las diferentes *cosche* de Sicilia occidental: tribunales conjuntos para resolver disputas, reuniones en la cumbre, pactos matrimoniales y así sucesivamente. En Estados Unidos parece haber habido reuniones de consulta de los más importantes hombres de honor de la Costa Este antes de la Primera Guerra Mundial. Lo que podemos afirmar con alguna certeza, valiéndonos de la historia reciente como guía para iluminar momentos enigmáticos de épocas pretéritas, es que la Mafia ha tenido siempre una vida constitucional activa. Los jefes de la Mafia siciliana han ideado de manera constante nuevas normas y procedimientos para reforzar su propia autoridad y mantener la paz con sus vecinos. Pero también han roto una y otra vez sus propias normas y procedimientos, o encontrado formas de usarlos como un arma política contra sus adversarios.

Sin embargo, a finales de los cincuenta, estos matices del análisis en torno a la Mafia ni siquiera habían empezado a asomar entre los gobernantes de Italia. El tema del crimen organizado seguía atrapado en el subsuelo perpetuamente congelado de la Guerra Fría. Los políticos comunistas aprovechaban cualquier oportunidad que se les presentaba de sacar a colación el asunto de la Mafia… y echárselo en cara a la DC. Pero, sin la facultad de formar gobierno, su voz seguía siendo una voz aislada. Una de esas voces más astutas y cáusticas era la de Pio La Torre, el joven líder del PCI de Sicilia:

> La verdad es que no hay ningún sector de la economía de Palermo y de vastas áreas de Sicilia occidental que no esté controlado por la Mafia. Esto ha sucedido en el curso de un largo proceso: el mismo proceso que ha visto al régimen democristiano prosperar en Palermo y el resto de la isla.

La Torre sabía de qué estaba hablando: había nacido en Altarello di Baida, una aldea en medio de los limonares que rodeaban Palermo; en otras palabras, el criadero de la Mafia.

En respuesta a tales cargos, la DC solía recurrir, de manera contradictoria, a un cajón de sastre en que subsistían los mitos de antaño: la Mafia estaba agonizando; solo era una tradición siciliana inofensiva; era un

invento de la izquierda para mancillar a Sicilia y de paso a la DC; no existía; los *mafiosi* solo se mataban entre ellos; el gangsterismo solo era un problema en Estados Unidos.

La oposición de izquierdas no había olvidado los interrogatorios de Kefauver y ejercía una fuerte presión para que se hiciera algo similar en Italia: una investigación parlamentaria dentro de la Mafia siciliana. Los democristianos estaban divididos en facciones cambiantes y antagónicas. En la tensión de la lucha de facciones, muchos líderes de la DC eran muy reticentes a escudriñar demasiado en detalle los estándares éticos de sus lugartenientes sicilianos. Así que la propia DC estuvo dando largas durante años y solo cedió terreno cuando la presión de la izquierda se vio reavivada por la dinamita de la Mafia.

A finales de 1962, se inició en Palermo y sus alrededores un conflicto que más tarde fue conocido como la «primera guerra mafiosa». El arma emblemática del conflicto fue una novedad táctica en las guerras del inframundo en Italia: el coche bomba. Se trataba de manera invariable de un Alfa Romeo Giulietta cargado de explosivos. El Giulietta era uno de los símbolos del milagro económico italiano. En 1962 se convirtió en un símbolo de cómo la Mafia marchaba al paso del crecimiento de la economía legal.

Aunque se sabe que fue un asunto de drogas que acabó mal lo que desencadenó la primera guerra mafiosa, las razones subyacentes desconcertaban a los observadores externos de la época y siguen siendo vagas hasta hoy. Muchos de los combatientes ni siquiera sabían dónde estaban las líneas del frente. Parece ser que la recién revivida Comisión fue incapaz de controlar los conflictos suscitados por las drogas, el hormigón y el territorio. De hecho, algunos *mafiosi* de Palermo miraban a la propia Comisión con suspicacia: según ellos, en realidad no era un árbitro en las disputas, sino un instrumento manipulado por algunos jefes poderosos. Las discrepancias constitucionales de la Mafia siciliana habían dado un giro sangriento. Ciertamente, y esta no sería la última vez, lo que ocurría en Palermo sugería cuál sería el futuro del crimen organizado en Italia. Quizá unas cien personas fueron asesinadas en la primera guerra mafiosa: más que en ningún otro conflicto de los bajos fondos desde 1940. La Cosa Nostra se

había vuelto más volátil en su política interna y su violencia más brutal. Muy pronto, las demás mafias seguirían esta tendencia.

Con el trasfondo de los coches bomba y otras formas de violencia en Palermo, se aprobó a regañadientes una investigación parlamentaria de la Mafia siciliana. De todas formas, daba la impresión, en un principio, de que nunca echaría a andar, hasta que el 30 de junio de 1963 otro Giulietta detonó en Ciaculli, haciendo saltar en pedazos a cuatro carabineros, dos ingenieros del ejército y un policía. Es posible que los supuestos objetivos de la bomba fueran los Greco, el clan local de la Mafia, una de las dinastías más antiguas y poderosas de Palermo.

Es de destacar que, incluso el día del atentado, la DC siguió mostrándose muy cauta con el término «mafia». Todos los dirigentes democristianos que ocupaban los cargos institucionales superiores del país enviaron mensajes de condolencia a las familias de las víctimas y de indignación a la opinión pública general. Ninguno de ellos mencionó a la Mafia.

Pese a todo, el furor público que siguió a la masacre de Ciaculli tuvo rápidos efectos, tanto en la Cosa Nostra como fuera de ella. La primera guerra mafiosa llegó a una tregua inmediata a la luz de una ofensiva policial masiva, con cerca de dos mil detenidos. La Cosa Nostra se enfrentó a una de las peores crisis de su historia. Como explicaba un mafioso que luego se convirtió en testigo de cargo:

> Después de 1963, la Cosa Nostra dejó de existir en el área de Palermo. Había sido noqueada. La Mafia estaba a punto de disolverse por sí misma y parecía ir arrastrando los pies… Las familias estaban todas arrasadas. Apenas volvieron a cometerse asesinatos. En Palermo, la gente ya ni siquiera pagaba el dinero que pagaba antes a cambio de protección.

Los *mafiosi* que pudieron huir de Palermo lo hicieron; hombres como el jefe de la Comisión, Totò Greco (conocido como «Pajarito»), que emigró a Venezuela. Otros huyeron a Suiza, Estados Unidos, Canadá… La Mafia se esfumó de su tierra natal, la provincia de Palermo.

La bomba de Ciaculli barrió a la vez la última resistencia a la idea de una investigación parlamentaria de la Mafia: al fin una variante italiana de la iniciativa de Kefauver. Pero todo el que esperaba que la investigación

alcanzara la clase de resultados espectaculares que se habían visto al otro lado del Atlántico debía prepararse tanto para una larga espera como para una triste decepción. Las disputas políticas parecieron intensificarse durante las audiencias. Por increíble que parezca, en 1966, Donato Pafundi, el senador que lideró esos interrogatorios —democristiano por afiliación y magistrado de profesión— negó la existencia de la Mafia como organización criminal e incluso culpó a los musulmanes del problema:

> La Mafia de Sicilia es una condición psicológica que impregna todo y a todos, en todos los niveles sociales. Hay razones históricas, geográficas y sociales detrás de esta mentalidad. Por encima de todo, hay un milenio de dominación musulmana. Es difícil sacudirse la herencia de siglos. La Mafia ha terminado por penetrar en la sangre de los sicilianos, entre los pliegues íntimos de la sociedad siciliana.

Considerando este tipo de opiniones, no es de extrañar que la investigación parlamentaria tardara nada más y nada menos que trece años en terminar su tarea.

Los políticos italianos no tenían el instinto mediático que Estes Kefauver y Robert Kennedy habían demostrado. El informe final de la investigación parlamentaria ofreció una definición tan acertada del problema como la que se podía esperar sin necesidad de recurrir a fuentes del interior de la organización. Ciertamente, carecía del sensacionalismo reduccionista que poseía la visión de Kefauver, de una conspiración centralizada a nivel internacional, o de la ignorancia de Donato Pafundi, pero su redacción abstrusa reflejaba los problemas con que se había encontrado la investigación para mantener a la opinión pública de su lado:

> La Mafia se ha reinventado constantemente como el ejercicio de un poder extralegal y la búsqueda de un vínculo estrecho con cualquier forma de poder y en particular del poder estatal, para colaborar con él, servirse de él para sus propios fines o infiltrarse en su estructura.

Cualquiera que consiguiera mantenerse despierto después de leer un par de párrafos de una prosa como la que se acaba de citar merecería ciertamente una medalla como premio a su perseverancia.

Como era previsible, la izquierda parlamentaria también discrepó con el informe y emitió su propia versión, haciendo mucho más énfasis en los

vínculos de la Mafia con las altas esferas de la sociedad siciliana: «La Mafia es un fenómeno de la clase dominante». Esto, a su manera, era también una simplificación excesiva. Lo que caracterizaba a la Mafia siciliana, como sucedía con la francmasonería decimonónica que le había servido de inspiración, es que abarcaba a miembros de todos los sectores sociales: tanto los asesinos despiadados como los condes pueden convertirse por igual en hombres de honor.

Quizá la peor crítica que se le puede hacer a la investigación parlamentaria de la Mafia siciliana de los años sesenta es que entre sus ejes de referencia no estaban incluidas la Camorra ni la ‘Ndrangheta. Subestimar al crimen organizado de fuera de Sicilia tendría consecuencias desastrosas. Y esas consecuencias se pondrían en marcha apenas dos años después de que la investigación parlamentaria iniciara su cometido, cuando fue aprobada la primera legislación surgida en el clima posterior a Ciaculli. La Ley 575 de 1965 era un paquete de medidas antimafia que incluían la política de «reasentamiento forzoso»: los *mafiosi* sospechosos podrían ser obligados a dejar sus casas y fijar su residencia en cualquier otro sitio de Italia. El reasentamiento forzoso se basaba en la teoría más que cuestionable de que la causa fundamental de la Mafia era el entorno social de atraso que se vivía en la Sicilia occidental. Si era posible trasladar a los *mafiosi* de ese medio a un entorno más saludable, sus inclinaciones criminales acabarían marchitándose, o eso decía la teoría.

En lugar de marchitarse, la Mafia se difundió. Como explicaría después un hombre de honor: «El reasentamiento forzoso fue algo bueno para nosotros, porque nos dio una forma de contactar con otra gente, de conocer lugares nuevos y diferentes, otras ciudades, zonas que no estaban aún contaminadas por el crimen organizado».

Pero no eran solo las zonas «incontaminadas» de Italia las que albergaban a los *mafiosi* reasentados. Por increíble que parezca, algunos de ellos fueron trasladados a las tierras del interior de Nápoles. A pesar de las temidas tradiciones de empresas criminales en el sector, que se habían hecho visibles con el caso Pupetta Maresca, Campania se consideraba ahora lo suficientemente saludable como para reformar a la élite gangsteril. A finales de los sesenta y principios de los setenta, algunos de los criminales

más poderosos de Sicilia fueron reasentados a la fuerza en los alrededores de Nápoles: *mafiosi* del calibre de Francesco Paolo Bontate, el jefe de Santa Maria di Gesù, y más tarde su hijo Stefano, futura piedra angular de la Comisión Palermo de la Cosa Nostra. Allí se les unieron otros *mafiosi* fugitivos de la ley. Uno de ellos era Gerlando Alberti, que más adelante se hizo famoso por un comentario agudo: al preguntarle un periodista por la Mafia, respondió: «¿Y eso qué es? ¿Una marca de queso?».

Mediante la represión que siguió a la bomba de Ciaculli, y después con la política de reasentamiento forzoso, Italia había creado de manera involuntaria una nueva diáspora del talento criminal. Nápoles, durante el *boom* del contrabando de tabaco, sería uno de los destinos preferidos de esa diáspora. La escena estaba montada para que se diera una convergencia decisiva de intereses entre el crimen organizado de Sicilia y el de Campania.

La Camorra se «mafializa»

Michele Zaza, conocido como *‘o Pazzo*, era hijo de un pescador de Portici que llegó a ser el principal contrabandista de tabaco en el Nápoles de los setenta. Poseía una gran villa en Posillipo, con una de las vistas más espléndidas que se recuerde a la bahía de Nápoles: *La Glorietta*, la llamaba él. Entrevistado allí por una emisora local de televisión, fue el que en cierta ocasión afirmó con ironía que el contrabando de tabaco era «la FIAT de la Italia del sur». Quería decir que el contrabando generaba tantos puestos de trabajo como lo hacía el gigante automovilístico en Turín. Nápoles no podría sobrevivir sin el contrabando, en la misma medida que Turín no podría hacerlo sin la industria del automóvil. Era una ocurrencia destinada a una audiencia deseosa de escucharla, tanto en los callejones del Nápoles céntrico como en comunidades bastante más alejadas de Nápoles que habían disfrutado, alguna vez, con la vital actuación de Sophia Loren en *Ayer, hoy y mañana*. Igual que había ocurrido durante la Ley Seca en Estados Unidos, los gángsteres que operaban en el mercado clandestino, trapicheando con una mercancía para la que había tanta clientela no criminal, podían pasar fácilmente por los buenos de la película.

Pero *‘o Pazzo* no era ningún Robin Hood. El 5 de abril de 1973 formó parte de un escuadrón de la muerte que intentó asesinar al jefe de policía Angelo Mangano, un abogado siciliano que se había distinguido en la lucha contra la Mafia de Corleone. (Mangano sobrevivió a pesar de recibir cuatro disparos, incluido uno en la cabeza). ¿Por qué podía un camorrista napolitano querer asesinar a un enemigo de la Mafia siciliana? Por la simple razón de que ese mismo camorrista se había convertido recientemente en un miembro iniciado de la Cosa Nostra.

A principios de 1970, los *mafiosi* sicilianos que habían llegado a Campania se habían hecho íntimos amigos de unos cuantos *camorristi*. La policía y los carabineros informaban de encuentros regulares entre los maleantes napolitanos y sicilianos en Nápoles. Los sicilianos incluso adquirieron un gusto por las canciones populares tan sentimentales que adoraban sus anfitriones napolitanos.

Esos vínculos entre la Mafia y la Camorra pronto se formalizaron. A la manera tradicional de la Mafia siciliana, los *mafiosi* establecieron lazos de parentesco con los *camorristi* mediante compromisos conyugales y el del *comparatico* («compadrazgo», es decir, el hecho de convertirse en padrino del hijo de otro). Los grandes contrabandistas napolitanos fueron a su vez iniciados formalmente en la Cosa Nostra. Hubo al menos dos familias de la Cosa Nostra en Campania que se crearon y autorizaron en Palermo. Una de ellas estaba asentada en la propia ciudad y se agrupó en torno a una vasta familia, los Zaza-Mazzarella, que incluía a *'o Pazzo* Zaza. La otra tenía su base en Marano, un pueblecito de la periferia al norte de Nápoles. Marano era el hogar del hombre que había matado al presidente regulador del precio de la patata en 1955. Por entonces, los parientes del asesino, los hermanos Nuvoletta, tenían el control del pueblo y fueron debidamente iniciados en la Cosa Nostra.

Así, las nuevas familias de la Cosa Nostra en Campania heredaron las dos principales tradiciones criminales de la región. Michele Zaza, *'o Pazzo*, representaba a la Camorra urbana revivida por el mercado negro durante la Segunda Guerra Mundial. Los hermanos Nuvoletta eran el tipo de *camorristi* que llevaban mucho tiempo ocupándose de controlar el abastecimiento desde el campo hasta los mercados urbanos. De modo que, en algún sentido, la novedad de las filiales de la Cosa Nostra en Campania también era un retorno muy significativo al pasado. Por primera vez desde los días de la vieja honorable sociedad de Nápoles, un solo esquema organizacional incluía a las dos camorras: la urbana y la rural.

La escalada en el negocio del contrabando de cigarrillos, y los estrechos vínculos entre el inframundo siciliano y el napolitano, estaban provocando que la Camorra se «mafializara». De hecho, no era la primera vez en la historia que el significado mismo de la palabra «camorra» se estaba

transformando. En el pasado, si es que se llegaba a emplear, este se había referido a pequeñas pandillas locales o redes de contrabandistas, o incluso a *guappi* aislados. Pero en esta nueva etapa los *camorristi* eran, cada vez más, funcionarios en grupos mucho más grandes, con un rango mayor de actividades delictivas y una mayor sofisticación financiera.

Para los napolitanos, los *mafiosi* recién llegados traían consigo muchas cosas, como su habilidad organizativa, y, en particular, su prestigio. Porque ¿quién no había oído hablar de la Mafia siciliana? ¿Y quién dentro del mundo delictivo no le tenía miedo?

Para los sicilianos, los napolitanos como *'o Pazzo* ofrecían excelentes contactos en el mundo del contrabando y una vasta red de distribución. Incorporarlos a la Cosa Nostra era una forma de mantenerse atento a ellos. Siendo estrictos, ellos hacían exactamente lo mismo, y por la misma razón, con uno de los principales contrabandistas de tabaco en Palermo: Tommaso Spadaro.

La decisión de la Mafia siciliana de absorber a algunos *camorristi* obedeció asimismo a razones militares. Los principales protagonistas del contrabando napolitano durante los años sesenta eran traficantes multinacionales conocidos en su conjunto como los «marselleses», dado que una de sus bases de operaciones previas había sido el puerto francés de Marsella. Entre 1971 y 1973, los hombres de la Cosa Nostra en Campania desplegaron su poder de fuego para eliminar a la competencia. Ejecutaron a un puñado de contrabandistas napolitanos de tabaco y al menos a seis «marselleses». Según los estándares de la Mafia, esto era una inversión muy pequeña en violencia que permitiría cosechar grandes ganancias. Muy pronto, la Cosa Nostra y sus amistades de Campania tuvieron a su disposición el mercado de contrabando del tabaco.

Los negocios se dispararon. Una estimación sugiere que, a finales de los setenta, las ventas anuales del comercio ilegal de cigarrillos en Campania alcanzaban unos 48.600 millones de liras (redondeando, unos 175 millones de euros al valor de 2012), y las utilidades netas oscilaban entre los 20.000 y los 24.000 millones (entre 72 y 86 millones de euros). En el año 1977, los carabineros encontraron en posesión de Michele Zaza un libro de contabilidad en el cual se decía que el contrabando de tabaco de la Mafia-

Camorra proporcionaba unos asombrosos 150.000 millones de liras al año (unos 500 millones de euros). Se pensaba que entre cuarenta y sesenta mil personas de la región de Campania trabajaban en la economía del contrabando. La FIAT de la Italia del sur, sin ninguna duda.

La Cosa Nostra obtuvo buena parte de la prosperidad reinante. Según un mafioso estrechamente vinculado al contrabando, Nápoles se convirtió en El Dorado del crimen organizado siciliano. Como bien lo recordaba Tommaso Buscetta, un veterano contrabandista de tabaco:

> El volumen de negocio del comercio ilegal de cigarrillos se volvió enorme. En los cincuenta, se consideraba que quinientos cartones eran una gran remesa. Ahora hemos llegado a una cifra entre los treinta y cinco y cuarenta mil cartones desembarcados cada vez que un barco con contrabando viaja entre Nápoles y Palermo.

La gestión del flujo de riqueza que procedía de Sicilia a través del mar Tirreno tuvo también profundos efectos en la Mafia siciliana. En torno a 1969, la mayor parte de los hombres de honor acusados durante la primera guerra mafiosa habían sido absueltos y eran libres para retomar la actividad donde la habían dejado cuando estalló la bomba de Ciaculli. Tampoco perdieron mucho tiempo en hacer saber a todo el mundo en Palermo que ya estaban de vuelta. El 10 de diciembre de 1969, a las siete menos cuarto de la tarde, cinco hombres ataviados con uniformes de policía ametrallaron a otros que estaban en la oficina de una empresa inmobiliaria en viale Lazio. Cinco fueron asesinados, incluidos uno de los atacantes y su presunto objetivo: el cabecilla de la Mafia Michele Cavataio, de quien muchos en la Cosa Nostra pensaban que era el cerebro que estaba detrás de la campaña de coches bomba de principios de los sesenta. Ahora sabemos que quienes cometieron la masacre de viale Lazio eran delegados de distintas familias mafiosas: como para demostrar que la ejecución de Cavataio la había decretado la Cosa Nostra como entidad.

Así, tras una pausa de seis años a partir del atentado de Ciaculli, la Mafia siciliana retomó su vida constitucional. La primera modalidad formal que la política de la Cosa Nostra adoptó fue la de un triunvirato de antiguos

jefes a los que se les confió la tarea de reactivar las estructuras latentes de la organización en la provincia de Palermo. El primer triunviro, y probablemente el más prestigioso, fue Stefano Bontate, conocido como el «Príncipe de Villagrazia», *capo* de la mayor familia de Palermo, un trabajo que había heredado de su progenitor. Bontate era la aristocracia de la Mafia. El segundo triunviro era Gaetano «Tano» Badalamenti, el jefe de Cinisi, donde el nuevo aeropuerto de Palermo representaba una gran fuente de ingresos; Badalamenti tenía vínculos desde hacía mucho tiempo con la Cosa Nostra de Detroit. El tercero era Luciano Leggio, de Corleone.

El triunvirato dio paso a la Comisión en pleno en 1974, con el mafioso Tano Badalamenti, de Cinisi, a la cabeza. Esta vez era un tipo sutilmente distinto de subentidad. Cuando se estableció la Comisión a finales de los años cincuenta, había la regla de que ningún *capo* de familia podía tener un cargo en ella. El objetivo más evidente de esta medida era escuchar las quejas que tenían en el plano individual los hombres de honor respecto a sus jefes y protegerlos de los escarmientos injustificados. La Comisión activada en 1974, por el contrario, se componía de los jefes más importantes de la provincia de Palermo. No es coincidencia que esta nueva modalidad emergiera en la época en que el contrabando de tabaco a través de Nápoles era una de las principales fuentes de ingresos de la Mafia. Porque, además de ser un organismo dedicado a gestionar las relaciones entre las familias, la Comisión se transformó en una sociedad anónima del contrabando de tabaco.

Las fuentes del interior de la Mafia nos han permitido llegar a una comprensión excepcional de la tensa política del contrabando de tabaco dentro de la Cosa Nostra en los años setenta. Cada una de las partes interesadas se encargaba por turnos de tomar posesión de algún embarque que llegaba a Campania: uno para los napolitanos, uno para cada grupo de *mafiosi* que operaba en Nápoles, y luego uno como tributo a la Comisión. Por consiguiente, cada dos meses más o menos, el barco que llevaba los cigarrillos a Palermo se dirigía a Sicilia. Tano Badalamenti, en su papel de director de la Comisión o «representante provincial», asumía la responsabilidad de dividir el cargamento: mil cartones para Michele Greco, alias «el Papa», de Ciaculli; mil cartones para la familia Corleone; dos mil

para el grupo Bontate, y así sucesivamente. En otras palabras, cada jefe con el prestigio suficiente para formar parte de la Comisión, y lo bastante rico para comprar cigarrillos por adelantado, se convertía en accionista de la fracción del mercado de tabaco que la Comisión reclamaba para sí.

Además de la «sociedad anónima» representada por la Comisión, muchos *mafiosi* comerciaban cigarrillos de contrabando de manera independiente, como traficantes por cuenta propia. Los círculos de contrabandistas estaban constituidos por hombres de honor de diferentes familias, a medida que se iban presentando las oportunidades. El escenario se complicaba más por la necesidad de trabajar codo con codo con individuos no *mafiosi* que no eran tan de fiar, ni estaban sujetos a las reglas de la Mafia. El hecho de iniciar en la organización a individuos como Michele Zaza, *'o Pazzo*, no resolvía del todo el problema.

Claramente, *'o Pazzo* no había pasado por el mismo proceso riguroso de selección que la élite criminal de Palermo, y a veces era preciso recordarle la autodisciplina que se esperaba de él como hombre de honor. Una vez se lo vio apostando grandes sumas de dinero en un juego de cartas en la isla de Ischia. El jefe de Catania, Pippo Calderone, uno de sus socios en el negocio de los cigarrillos, le recordó enfadado que apostar ostentosamente y a esa escala no era un comportamiento permitido a un miembro de la Cosa Nostra.

'O Pazzo y otros contrabandistas como él nunca dejaron de lado su faceta escurridiza dentro de la Cosa Nostra. Según Tommaso Buscetta, tenían «mentalidad de timadores» y tendían «al movimiento sigiloso». Claro que el comportamiento sigiloso no era un rasgo en exclusiva napolitano. Es muy probable que esa condición en parte desvinculada de *'o Pazzo* respecto a la Cosa Nostra lo convirtiera en el cómplice perfecto y el chivo expiatorio de otros hombres de honor que eran tan sigilosos como él y que esperaban quedarse con algo más de su porción asignada de cualquier mercancía.

Así, el oligopolio del cigarrillo de la Mafia-Camorra ya nació fisurado por la mutua sospecha. Algunos años después se haría evidente que las tensiones en el contrabando de tabaco también habían dejado al descubierto líneas de fractura dentro de la Cosa Nostra, que se manifestarían en el

conflicto más sangriento de la historia de la Mafia.

En 1978, el *boom* del contrabando de tabaco decayó a causa de un acuerdo internacional que permitía a las autoridades perseguir a los contrabandistas en aguas internacionales. Las incautaciones de cargamentos de cigarrillos alcanzaron su punto más álgido ese año. Lo que resulta más significativo es que, por esa misma época, la heroína estaba abriendo un nuevo capítulo, más rentable y mucho más divisionista, en la historia del inframundo italiano.

Hay una posdata en la historia de Concetta Muccardo, la vendedora de cigarrillos de Forcella interpretada por Sophia Loren en *Ayer, hoy y mañana*. El 27 de junio de 1992, a la edad de sesenta y siete años, Concetta fue arrestada por vender heroína al por menor en un portal del vecindario de Sanità; al traspasar la puerta, la policía encontró otros cincuenta envoltorios de heroína y 350.000 liras (280 euros al valor de 2011). Mucho antes de esa fecha, los narcóticos habían comenzado a distribuirse dentro de Italia por los mismos canales que una vez se habían utilizado para el contrabando de cigarrillos.

Los recolectores de setas de Montalto

Mientras tanto, en Calabria…

Como hemos visto, en los años sesenta la ‘Ndrangheta había comenzado a introducirse en la industria de la construcción. El litoral al sur de Calabria ofrecía a su vez una gran cantidad de lugares bien protegidos donde era posible desembarcar cartones de cigarrillos de contrabando. Igual que estaba ocurriendo en Sicilia y Campania, el dinero procedente del hormigón y el tabaco creó un nuevo clima político dentro del crimen organizado calabrés.

En 1969, las autoridades judiciales pudieron echar un vistazo nada común a la política interna de la mafia calabresa cuando, por primera vez en la historia, la policía organizó una redada a gran escala de la reunión anual de la ‘Ndrangheta en el Aspromonte. Este episodio lanzó a la mafia menos visible de Italia a los titulares de prensa, por primera vez desde la «invasión marciana» de 1955. La historia de esa redada de 1969, y el juicio que derivó de ella, nos permite captar un proceso crucial de cambios políticos en ciernes en el inframundo calabrés. Y lo que es igual de importante, ilustra la manera en que la ley italiana percibía a las sectas criminales juramentadas tanto de Calabria como de Sicilia, en una época en que ambas se estaban volviendo más ricas y peligrosas.

A una altura próxima a los dos mil metros, Montalto es el punto más elevado del Aspromonte. Desde aquí, una estatua del Cristo redentor disfrutaría —si pudiera volverse sobre su base para contemplar en redondo

la línea del horizonte— de una de las panorámicas en trescientos sesenta grados más bellas del planeta: las islas Eólicas próximas al litoral septentrional de Sicilia, las laderas boscosas de los montes Serre en Calabria hacia el nordeste, y la cima callada y humeante del volcán Etna al otro lado del Estrecho. En algún punto entre los bosques, más abajo, está el santuario de la Madonna de Polsi, donde la ‘Ndrangheta ha celebrado siempre una cumbre anual, en cada mes de septiembre. En 1969, la atención cada vez mayor de la policía en la organización había obligado a un cambio de fecha y lugar de la reunión. Ese año, los «capos de la porra» al mando del inframundo calabrés acordaron encontrarse en un claro de los bosques justo debajo de Montalto, una húmeda mañana de domingo, el 26 de octubre. Pero sus medidas de seguridad resultaron inútiles.

Un equipo de veinticuatro policías y carabineros, guiándose por claves obtenidas durante semanas de vigilancia, llegaron hasta allí en más de una docena de coches que dejaron aparcados a la buena de Dios al borde del camino cercano a Montalto. Desplazándose con sigilo y rapidez, la policía llegó hasta los cinco miradores cercanos y los ocupó. Al adentrarse enseguida en el bosque, escuchó gritos y aplausos: la conferencia del inframundo estaba aún en plena sesión.

El equipo se dividió en dos grupos para tratar de rodear el claro más ancho, donde vieron a más de un centenar de individuos sentados en un círculo y enfrascados en una animada discusión. Pero en ese momento alguien dio la voz de alarma, y seis oficiales avanzaron hacia el claro gritando: «¡Que nadie se mueva! ¡Policía!». Los gángsteres salieron al instante en desbandada en todas direcciones, disparando al bulto sus pistolas, escopetas, rifles automáticos y ametralladoras. Nadie resultó herido y, entre escenas caóticas, la policía se las arregló para arrestar a veintiuno de los asistentes a la cumbre. También dispuso de los coches abandonados por los *‘ndranghetisti* en fuga para investigar su origen. Al final, setenta y dos de los ciento treinta hombres que se calcula que asistieron a la reunión debieron enfrentarse a los tribunales. La mayoría alegaron que solo estaban de excursión por allí recogiendo setas. Algunos de los afiliados de menor edad se vinieron abajo durante el interrogatorio. Uno de ellos, un constructor de Bagnara, contó a la policía cómo había sido

su ceremonia de iniciación dentro de la secta. Además, él y otros pocos revelaron los puntos más importantes de lo que se debatía en Montalto.

Lo primero que impresiona del debate en cuestión es el nivel de protocolo que se siguió en determinados momentos. Antes de que la cumbre se iniciara, y como lo dictaba la tradición, cada hombre allí presente tuvo que ponerse de pie y saludar formalmente a los demás en nombre del clan al que representaba. Uno de los asuntos relevantes de la agenda era la reunión anual en sí. ¿Debía la honorable sociedad continuar reuniéndose en el santuario de la Madonna de Polsi cada año, ahora que la policía los seguía más de cerca? Alguien propuso un cambio de ubicación. Y es probable que a este cambio le siguiera un cambio de nombre: ahora debería llamársele la «reunión del Aspromonte» y no la «reunión de Polsi». Después de una prolongada discusión se impusieron los conservadores: Polsi seguiría siendo el lugar de elección, aunque la fecha cambiaría para esquivar a las autoridades. Quizá de manera comprensible, cuando los hombres detenidos en Montalto hubieron de presentarse ante el tribunal, el juez describió esta discusión en particular como un «formalismo» y un signo de «pedantería».

De todos modos, hubo asuntos más sustanciales que se debatieron en la cumbre, como la forma en que debían reaccionar ante la amenaza que suponían las fuerzas de la ley y el orden. El círculo de altos jefes se quejó a viva voz del activismo recientemente desplegado por el jefe de policía de Reggio Calabria. Esto exigía una respuesta unitaria, una demostración de fuerza, así que se propuso una variedad de opciones tácticas para discutirlas, como la de hacer volar vehículos de la policía con dinamita o tender una emboscada al coche del mismo jefe de policía.

Puede que planear atentados con coches bomba contra el adversario común relajara los ánimos de los «recolectores de setas» de Montalto, pero el asunto principal de la cumbre era bastante más explosivo en potencia: había que abordar la capacidad de división que existía entre los varios rangos de la ‘Ndrangheta. Los investigadores supieron que uno de los jefes más antiguos de Taurianova, en la llanura de Gioia Tauro, un veterano llamado Giuseppe Zappia al que se había encomendado la labor de presidir la cumbre, realizó una emotiva llamada a la unidad: «¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de Mico Tripodo! ¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de N’toni

Macrì! ¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de Peppe Nirta! Deberíamos estar todos unidos. Quien quiera quedarse, se queda. Quien no quiera quedarse, se va».

Aparte de lo que es, con toda probabilidad, una amenaza velada en la última línea (uno se pregunta cuál hubiese sido el precio de abandonar la cumbre), la llamada sonaba un tanto suave: el equivalente gangsteril de la madre acogedora y la tarta de manzana. La policía y los magistrados que escudriñaban en la cumbre de Montalto percibían que esa llamada era en realidad muy significativa, pero antes de que pudieran dar con nada más, los pocos individuos detenidos en el lugar que habían confesado se retractaron de sus declaraciones: la policía los había presionado, decían. Como siempre había ocurrido en el primer siglo de la historia del crimen organizado en Italia, los magistrados encargados del caso no habían cuidado y protegido adecuadamente a esos testigos tan vitales; nadie sabrá nunca cuánto más podrían habernos dicho sobre la ‘Ndrangheta. En vez de ello, se unieron al coro de gángsteres que afirmaban haber estado recogiendo setas.

Para mayor crédito suyo, el juez que se encargaba del asunto, un tal Guido Marino, no tuvo en cuenta ninguna de estas débiles coartadas. Ni se tomó demasiado en serio el alegato de la defensa en el sentido de que la ‘Ndrangheta era como una especie de Club de Rotarios o de Leones. El juez Marino iba en serio. Hizo algunas críticas devastadoras acerca de cómo se estaba desarrollando la lucha contra la ‘Ndrangheta. Las investigaciones eran «superficiales» y «poco metódicas», lo que significaba que la mafia se mostraba «evasiva» en los tribunales. Más que investigaciones «sólidas y pacientes», la policía volvía a caer con demasiada frecuencia en las amonestaciones policiales y el exilio interior. Estas medidas preventivas eran del todo contraproducentes, según dijo el juez. «Han operado como una especie de vacuna reconstituyente en el organismo de estas sociedades criminales, que son hoy más vigorosas y eficaces que nunca».

Era la misma historia escandalosa que se había ido repitiendo desde que Italia se convirtió en una nación en el siglo XIX. En Calabria, como en todo el sur de Italia, las organizaciones mafiosas prosperaban pasando por encima de las tácticas mal concebidas diseñadas para refrenarlas.

Astutamente, el juez Marino se centraba en el que parecía el aspecto

menos siniestro de la cumbre de Montalto: el debate «formal» y «pedante» de carácter protocolario. Desde su perspectiva, esto evidenciaba el hecho de que la ‘Ndrangheta era una asociación «institucionalizada». Además, seguía argumentando el juez Marino, el debate de los gángsteres en torno a tradiciones compartidas mostraba que el mundo del crimen organizado calabrés consistía en mucho más que en unas cuantas pandillas diseminadas aquí y allá. Había una única ‘Ndrangheta y era una organización criminal con una larga historia detrás. (En este punto, nadie sabía lo larga que era esa historia).

Había una diferencia importante de este caso con la «invasión marciana» de Calabria en 1955, cuando las autoridades solo parecían tener un interés pasajero en la historia y la estructura de la ‘Ndrangheta. La sentencia del juez Marino es el primer y pequeño indicio de lo que el sistema judicial italiano podía aprender si comenzaba a tratar a las mafias de Calabria y Sicilia como lo que eran: sectas criminales que se habían enquistado en la sociedad durante décadas.

El juez Marino fue tan perspicaz al husmear en los secretos de la ‘Ndrangheta que acabó reuniendo datos biográficos de los dos jefes más poderosos mencionados en la llamada a la unidad en Montalto. Merece la pena considerar en detalle esos datos biográficos: los primeros retratos detallados nunca antes realizados de los «capos de la porra» de la ‘Ndrangheta.

Ya hemos conocido a uno de los jefes: don ‘Ntoni Macrì, el jefe de Siderno que presuntamente salvó al obispo de Locri de ser asesinado por una pandilla de vengativos sacerdotes antes de que se lanzara la Operación Marzano en 1955. Don ‘Ntoni nació en Siderno en 1904. Para cuando cumplió cuarenta años, estaba en su cénit criminal. Inducía a los terratenientes locales a contratar a sus propios secuaces como guardias en los olivares. Regulaba a la fuerza los precios del limón para acomodarlos a sus propias necesidades como comerciante de productos del campo. Tenía también intereses en maquinaria agrícola y en la construcción. En poco tiempo, don ‘Ntoni se hizo rico.

En otoño de 1953, unos informes anónimos decían que don ‘Ntoni había presidido la cumbre plenaria de la honorable sociedad en el Aspromonte.

En 1957, sus encubridores políticos lo rescataron del exilio interior al que lo habían sentenciado durante la Operación Marzano. Un año más tarde estaba fugitivo, acusado de asesinato. En 1961 lo sentenciaron como culpable, y lo absolvieron una vez más, del cargo complementario de ser miembro de una asociación criminal. En 1965 lo arrestaron por intento de asesinato. Entonces, en 1967, tres de sus rivales fueron asesinados a tiros y otros dos heridos, en lo que llegó a ser conocida como la «masacre de la piazza Mercato» en Locri: dos individuos armados con una pistola y una ametralladora abrieron fuego contra un grupo de personas que llevaban a cabo una negociación en el mercado mayorista de frutas y verduras. Como siempre, Macrì fue hallado inocente sobre la base de falta de pruebas.

Pero el golpe de don ‘Ntoni que dejaría a todo el mundo boquiabierto estaba aún por llegar. En 1967 estafó al Banco de Nápoles con la ayuda del gerente de la filial de Siderno. Aunque, como consecuencia de ello, el gerente fue despedido, el Banco de Nápoles se negó a ayudar a la policía en su investigación. Al revisar las pruebas en ese caso, el juez Marino solo pudo concluir que había una mafia en el Banco de Nápoles, junto con la mafia que dirigía ‘Ntoni Macrì. El juez quedó perplejo ante la infinidad de ocasiones en que, en las novecientas páginas que conformaban el expediente criminal de don ‘Ntoni, se había mostrado indulgencia ante su comportamiento después de que gente importante lo defendiera, refiriéndose a él como un individuo reformado. Por la época de la cumbre en Montalto, en 1969, el jefe de Siderno se había convertido en lo que el juez Marino designó como «un símbolo viviente de la omnipotencia e invencibilidad del crimen organizado».

Don Domenico «Mico» Tripodo fue el segundo jefe invocado en la cumbre de Montalto cuya biografía reunió el juez Marino. En palabras del propio magistrado, Mico Tripodo era un «villano altanero e indomable, completamente abocado a la causa de la mafia». Sus ingresos provenían de la extorsión, las redes de protección en el mercado de la fruta, el robo a mano armada, el dinero y los cheques falsificados y, por supuesto, la construcción y el contrabando de tabaco. Uno de los rasgos más notables de la carrera de Tripodo es que escapó de acabar entre rejas en tres ocasiones, apelando al mismo ardid de fingirse enfermo y conseguir que fuera

trasladado a clínicas, que estaban menos resguardadas y de las que era mucho más fácil escaparse. Buena parte de su tiempo restante lo pasó escondiéndose: se cambió el nombre varias veces y hasta incurrió en bigamia en Umbría cuando volvió a casarse, antes de que lo atraparan de nuevo en Perugia. El hecho de estar en la cárcel en la época de la cumbre en Montalto no le impidió seguir administrando su imperio y ordenando asesinatos en sus dominios.

Examinar estas biografías dejó al juez Marino, como no es de extrañar, enfadado e incrédulo. Le parecía indignante que las autoridades supieran tanto de la ‘Ndrangheta: la cumbre en Polsi, por ejemplo, había sido un secreto a voces durante mucho tiempo. Aun así, como bien observó el propio juez, parecían incapaces de hacer ningún avance para impedir sus operaciones y detener el crecimiento de don ‘Ntoni, Mico Tripodo y otros de su clase.

El dictamen tan diligente y perspicaz del juez Marino contra los recolectores de setas de Montalto contrasta de modo radical con los juicios contra la Cosa Nostra que tenían lugar en la misma época. Un ejemplo notable es el juicio de 1968 que intentó sentar en el banquillo de los acusados a los participantes en la primera guerra mafiosa, cuando la élite delictiva de Palermo se dedicó a ponerse trampas explosivas en Alfa Romeo Giuliettas entre sí. El fiscal que preparó el caso contra los participantes en la guerra mafiosa, Cesare Terranova, estaba seguro de que la Mafia poseía algún tipo de consejo coordinador centralizado. De acuerdo con un informe preparado por los carabineros en 1963, quince antiguos *mafiosi*, seis de los cuales provenían de la ciudad de Palermo y nueve de los pueblos y aldeas de la provincia, tenían asiento en torno a esa mesa directiva. Ese consejo era, de hecho, lo que ahora conocemos como la Comisión. A pesar de ello, como suele ocurrir en la historia de la Mafia, este cuadro de su tejido interno se basaba en información confidencial filtrada desde el interior de la propia Mafia, más que en el testimonio formal de un tribunal. Por esa razón, era prácticamente inútil como prueba para la acusación.

En consecuencia, el juez encargado de este caso siguió siendo escéptico respecto a la existencia o no existencia de la Mafia siciliana. Descartó la teoría poco probable de que la Mafia contara con «normas» y «criterios»

comunes a todos sus miembros. También hizo concesiones al argumento de la defensa en el sentido de que la Mafia era «una actitud psicológica o la expresión típica de un individualismo exacerbado». Pero también creía que era algo más, algo ilegal pero difícil de definir con claridad. Así pues, sacaba la conclusión ambigua de que era un «fenómeno de criminalidad colectiva». De los ciento catorce acusados, solo se imputó a diez individuos, los demás fueron absueltos por falta de pruebas.

Este veredicto dio pie al cumplimiento de la ley. En 1974, el mismo año en que, como sabemos, la Comisión Palermo de la Cosa Nostra se reconstituyó, el jefe de policía de Palermo alegó que la Mafia era solo un montón de pandillas locales sin orden ni estructura que se unían coyunturalmente para desarrollar empresas criminales específicas y luego se disolvían con rapidez. Pretender juzgar y combatir a la Mafia «como tal» era desesperanzador, porque esta era parte integral de la cultura siciliana. «¡Es imposible reprimir el fenómeno general de la Mafia! ¿Reprimir qué? ¿Una idea? ¿Una mentalidad?». Como había sucedido a menudo en el curso de su historia, la Cosa Nostra estaba resultando muy hábil en encubrir su verdadera naturaleza.

De manera que el resumen que el juez Marino hizo de la cumbre en Montalto presentó a las autoridades italianas una imagen de una ‘Ndrangheta muy estructurada y ritualista. Además, los expedientes criminales de don ‘Ntoni Macrì y de Mico Tripodo tenían una semejanza asombrosa con los de muchos jefes de la Mafia siciliana de su generación y sus precedentes: la misma violencia, las mismas amistades poderosas, la misma secuencia de absoluciones por falta de pruebas, la misma habilidad de insinuarse ante los sectores más acaudalados dentro de la economía legal. Con todo eso, nadie parecía haberse preguntado hasta entonces si un cuadro similar de una hermandad delictiva estructurada y también ritualista encajaba con las pruebas disponibles en Sicilia. La cruda verdad era que nada de lo que aconteciera en la lejana Calabria tendría nunca muchas posibilidades de despertar a Italia para afrontar la gravedad de su problema con el crimen organizado.

Por desgracia, las revelaciones que siguieron al asunto en Montalto tampoco cambiaron nada en Calabria. Incluso el juez Marino, que se había

mostrado tan minucioso en su investigación y tan mordaz en su condena de los fracasos del Estado, acabó dictando sentencias ridículas contra los líderes de la ‘Ndrangheta. Las leyes de Italia contra las organizaciones mafiosas eran débiles. Aunque había un delito de «asociación mafiosa» y ese delito hacía ilegal la pertenencia a un grupo mafioso, ello solía acarrear penas muy leves. La mayoría de los «recolectores de setas» tan solo tuvieron que cumplir dos años y medio de condena, y la mayoría de ellos vieron dos de esos años conmutados. Todos los jefes invocados en la llamada del presidente a la unidad, incluido don ‘Ntoni Macrì, fueron absueltos del cargo de pertenecer a una asociación criminal: por falta de pruebas, una vez más. Don ‘Ntoni y los demás habían sido mencionados en la cumbre pero no arrestados en la escena donde tuvo lugar, y no había pruebas de que hubiesen estado allí en realidad. Mico Tripodo fue absuelto por encontrarse en prisión en el momento de la cumbre. El juez parecía estar hablando con su propia conciencia cuando intentaba explicar su razonamiento:

> Este argumento puede parecer un gesto de travestismo si se tiene en cuenta la realidad que todo el mundo percibe y aprecia en esta parte del mundo. Pero esa realidad no ha sido hasta ahora reconocida por el sistema de justicia penal en los pocos y extremadamente serios casos con los que se ha enfrentado.

En otras palabras, el juez era un prisionero de la historia. El reiterado fracaso de las autoridades a la hora de crear un precedente legal que caracterizara con precisión a la ‘Ndrangheta, y que condenara a hombres como don ‘Ntoni, implicaba que no se los podía condenar en ese momento.

A la vez que una legislación débil, la aplicación que se hacía en Italia de esa ley seguiría evidenciando las mismas debilidades que el juez Marino había identificado con tanta agudeza en su informe sobre la cumbre de la ‘Ndrangheta en Montalto. Las mafias seguirían siendo sometidas a la actividad policial discontinua y azarosa que había permitido a la ‘Ndrangheta crecer y hacerse tan fuerte. Mucha sangre habría de correr antes de que Italia estuviese lista, finalmente, para generar métodos de investigación y leyes apropiados a la amenaza a la que se enfrentaba.

Años después de la redada en la cumbre de Montalto, los recuerdos de un pequeño grupo de *'ndranghetisti* que fueron testigos de cargo ayudaron a los jueces a entender lo rápido que estaba creciendo la amenaza del crimen organizado a finales de los años sesenta.

Por ejemplo, los perfiles delictivos de don 'Ntoni y Mico Tripodo eran incluso más alarmantes de lo que el juez Marino podía adivinar. Pues, al mismo tiempo que eran «capos de la porra» de la 'Ndrangheta, ambos eran también integrantes plenamente iniciados de la Cosa Nostra. He aquí cómo un desertor de la 'Ndrangheta recordaba más tarde a don 'Ntoni:

> Ese hombre era el jefe supremo. Él encarnaba lo que la gente pensaba que era la honorable sociedad, y era, a mi juicio, digno de encarnarlo. Podemos decir que era el jefe de todos los jefes, y no soy el único que ha magnificado sus cualidades… Era el único y exclusivo representante, un miembro plenamente cualificado de la Cosa Nostra… Era amigo personal de jefes de la Mafia siciliana como Angelo y Salvatore La Barbera, Pietro Torretta, Luciano Leggio y los Greco de Ciaculli.

La relación de don 'Ntoni con la élite de los matones sicilianos era muy cercana. Con ellos traficaba con cigarrillos de contrabando. También de ellos tomaba prestados a sicarios: se piensa que los tiradores en la masacre de la piazza Mercato eran sicilianos.

Mico Tripodo era también miembro de la Cosa Nostra, pero los sicilianos no eran sus únicos amigos. Más tarde, dentro de su carrera criminal, Mico Tripodo pasaría varios períodos de «reasentamiento forzoso» en diversas regiones del país. Fue arrestado por última vez en 1975 en Mondragone, en el litoral septentrional de Campania: un pueblo que había sido por un siglo una de las plazas fuertes de la Camorra en la región. Cuando lo atraparon, Tripodo se estaba escondiendo junto a dos cabecillas *camorristi*. Este es solo un indicador de cómo el contrabando de tabaco y otros negocios estaban tejiendo lazos de alto nivel entre la Camorra y la 'Ndrangheta, los cuales eran en esos momentos tan densos como los de la Cosa Nostra con las otras dos entidades.

De manera gradual, la Italia meridional estaba desarrollando un sistema criminal mucho más unificado de lo que había estado en el pasado. Los

integrantes de las tres mafias históricas de Italia habían tenido siempre contactos entre sí, principalmente a través del sistema de prisiones, pero a partir de los años sesenta los casos de «doble afiliación» y hasta «triple afiliación» se harían cada vez más comunes. Lo que estaba ocurriendo no era un desarrollo de una única mafia principal, una suerte de paraguas organizativo bajo el cual se guarecía el inframundo, sino algo bastante más sutil y eficiente: la fusión de contactos, recursos y habilidades. Gracias al contrabando de cigarrillos, los *mafiosi*, *camorristi* y *'ndranghetisti* estaban aprendiendo rápidamente a trabajar juntos. Las nuevas fronteras económicas del poder mafioso podían explotarse de una manera mucho más exhaustiva cuando los hombres de honor de diferentes organizaciones criminales trabajaban en equipo.

El testimonio que aportaron posteriores desertores de la 'Ndrangheta reveló más cosas de los cambios políticos cruciales que tenían lugar dentro de la mafia calabresa. Cerca de una década antes del episodio de Montalto, la 'Ndrangheta de la provincia de Reggio Calabria estaba dividida en tres territorios. Estos correspondían a las tres áreas costeras en el descarnado pulgar de la bota italiana, y por consiguiente, a lo que es en la práctica casi el trazado natural del poder de la 'Ndrangheta. En Sicilia, casi la mitad del total de la fuerza numérica de la Cosa Nostra se concentra alrededor de la capital de la isla, Palermo. En la Calabria meridional, el poder era (y es aún), compartido de manera más o menos equitativa, entre la franja de tierra delante de Sicilia que incluye la provincia de Reggio Calabria, el litoral jónico que mira al Mediterráneo, y el litoral tirreno, o la parte de encima del pulgar de la bota, incluida la llanura de Gioia Tauro: la mayor y más fértil planicie dentro de la región.

En la década de los sesenta, un triunvirato de jefes, uno por cada uno de estos tres territorios, tenía gran influencia sobre los asuntos de la 'Ndrangheta. Hemos conocido ya a dos de los tres triunviros en las conclusiones del juez Marino sobre la cumbre de Montalto. El primero era el venerable don 'Ntoni Macrì, de Siderno, el «símbolo viviente de la omnipotencia e invencibilidad del crimen organizado», el patriarca del inframundo cuya autoridad se extendía a lo largo del litoral jónico. El segundo miembro del triunvirato *'ndranghetista* era Mico Tripodo, el

bígamo cuyo poder se centraba en la ciudad de Reggio Calabria y sus alrededores.

El tercer miembro del triunvirato no estaba presente ni fue mencionado en la cumbre de Montalto (un hecho que en sí mismo sugería tensiones dentro de la organización). Su nombre era don Girolamo Piromalli, alias «Mommo». Piromalli era el jefe dominante en la llanura de Gioia Tauro, donde se concentraban las obras de la Autopista del Sol. Aproximadamente de la misma edad que Mico Tripodo, era también un contrabandista de tabaco que se había iniciado en la Cosa Nostra.

Mommo era el mayor de siete hermanos, cinco de ellos varones. Su padre, Gioacchino, que murió en 1956, estaba en la raíz de una genealogía vastísima y bien diseminada. En torno a los años sesenta, los Piromalli estaban muy ocupados consolidando su hegemonía en la llanura de Gioia Tauro a base de contraer enlaces matrimoniales con sus principales líneas de parentesco en la ‘Ndrangheta. En toda la provincia de Reggio Calabria, la telaraña de lazos familiares se hizo cada vez más densa y vasta a medida que la ‘Ndrangheta se sumergía más a fondo en la nueva realidad económica.

Juntos, los tres jefes del triunvirato garantizaban lo que un *‘ndranghetista* calificó como un «cierto equilibrio» en el inframundo calabrés: un equilibrio que estaba resultando cada vez más precario a medida que la honorable sociedad se enriquecía con el hormigón y el tabaco.

La coordinación entre células con base territorial distinta dentro de las organizaciones criminales de Italia no es algo nuevo. De hecho, ha sido parte integral en el paisaje de las mafias desde sus inicios. Incluso los negocios ilegales más tradicionales tienden a ir mejor cuando los *mafiosi* de distintos territorios cooperan entre sí: robo de ganado, encubrimiento de fugitivos, préstamo de sicarios y así sucesivamente. Con todo, las nuevas empresas del milagro económico dentro de las mafias hicieron que las ganancias de la coordinación fuesen incluso mayores. La franja calabresa de la Autopista del Sol es un ejemplo evidente, pasando como lo hacía por múltiples dominios de la ‘Ndrangheta a lo largo del litoral tirreno. Como bien observó un antiguo carabinero en 1970: «Siempre hay alguien que se

rebela contra el monopolio de alguna *cosche* y que entonces va y pone dinamita en una hormigonera, bajo una excavadora o en un camión».

Los conflictos como este tienen un coste para todos los implicados, de manera que una mayor cooperación entre clanes criminales rivales puede conllevar grandes ventajas. El clamor de unidad que surgió en Montalto era un síntoma de esa nueva necesidad. Y la unidad, fuera cual fuese la forma que adoptara en realidad, requería también de modalidades más concentradas de ejercicio del poder. La autoridad ejercida por los triunviros era un síntoma de una tendencia a una mayor centralización. Mommo Piromalli es un buen ejemplo de ello. En los años setenta, su poderoso clan obtuvo el 55 por ciento de los subcontratos de traslado de tierra y transporte de materiales originados en una oleada de construcción inmobiliaria en la llanura de Gioia Tauro; el resto fue a sostener y nutrir a grupos menos poderosos en los territorios adyacentes.

La Cosa Nostra estaba pasando por cambios similares, una destilación similar del poder. Como ya hemos visto, en 1969 la Mafia siciliana creó un triunvirato de cosecha propia para rehacer la organización después de los dramas de los años sesenta. En 1974, al triunvirato lo reemplazó una Comisión plena, mucho más poderosa que el cuerpo disuelto en 1963. Ahora era una manifestación directa del poder de los cerca de dieciséis jefes más poderosos de la provincia de Palermo. En consecuencia, la honorable sociedad siciliana sufrió una reestructuración de arriba abajo. Las familias que habían resultado problemáticas a principios de los años sesenta fueron dispersadas por completo, y las *cosche* vecinas acogieron a sus delegados. Cuando arrestaban o asesinaban a un representante, la Comisión se reservaba el derecho a nombrar a un sustituto temporal, un «regente», como se lo designaba.

Con todo, hay una paradoja letal en el seno de ese impulso hacia una mayor unidad criminal de los años sesenta y setenta. Pues, cuando el poder pasó a concentrarse en menos manos, esto también conllevaba el riesgo de una violencia más acusada cuando la unidad se viera quebrantada. La historia de la mafia estaba atrapada en esos momentos en un doble vínculo preocupante. Las organizaciones criminales tenían más razones para negociar y aunar sus recursos, pero una mayor unidad suponía que, cuando

las reyertas internas de las mafias estallaran (como ocurrió inevitablemente), el derramamiento de sangre sería de una magnitud mucho mayor. Donde una vez había habido disputas locales, ahora serían conflictos de alcance global. La intensificada actividad pacificadora de la delincuencia italiana —sus llamadas a la unidad, sus cumbres, sus normas, sus cuerpos rectores, su política maquiavélica de enlaces matrimoniales— era en su conjunto una manera de idear la guerra. Y la guerra se volvía a cada momento más probable, porque la propia Italia, como un todo, estaba a punto de hundirse en la peor contienda civil que había vivido desde la caída del fascismo. Cuando los sesenta dieron paso a la década de los setenta, la creciente violencia política de la sociedad italiana ayudó a acelerar la proximidad de una hecatombe dentro del universo mafioso.

Los *mafiosi* en las barricadas

A finales de los años sesenta, Italia entró en una era de turbulencia política. Todo comenzó el otoño de 1967, con la germinación de un movimiento estudiantil contracultural y antiautoritario, a lo cual siguió la ocupación de una serie de dependencias universitarias. Las protestas subieron de tono en 1968, con una oleada de acciones reivindicativas de los sectores obreros que culminaron en el llamado «otoño caliente» de 1969. Hubo huelgas salvajes, motines masivos y manifestaciones callejeras. Nuevos grupos de revolucionarios marxistas asomaron la cabeza para liderar la lucha, convencidos de que —de Vietnam a Sudamérica, y hasta Europa— la revolución estaba a la vuelta de la esquina. La agitación en todos los frentes prosiguió luego a comienzos de los setenta.

La respuesta más siniestra al nuevo clima de militancia ocurrió la tarde del 12 de diciembre de 1969: una bomba terrorista depositada en un banco de la piazza Fontana, a tiro de piedra de la catedral de Milán, mató a dieciséis personas y dejó heridas a otras ochenta y ocho. A ello le siguieron burdos esfuerzos de la policía por responsabilizar a los anarquistas de la masacre, pero no antes de que un sospechoso anarquista, Giuseppe Pinelli, hubiera muerto tras caer inexplicablemente desde la ventana de un cuarto piso en el cuartel de la policía. (Esta fue la «muerte accidental de un anarquista» en la que se basó la famosa obra teatral de Dario Fo). La clase dirigente de Italia dio muestras de una marcada reticencia a hurgar en busca de la verdad para determinar quién había puesto la bomba en la piazza Fontana. Lo que quedó al final fue la sospecha generalizada, y casi con una certeza justificada, de que los responsables eran neofascistas ligados a los servicios secretos. Esta era la «estrategia de la tensión»: un esfuerzo por

crear un clima de temor que alejaría a la sociedad italiana de la democracia y la haría involucionar hacia el autoritarismo.

Un año después, Junio Valerio Borghese, un fascista recalcitrante con amistades en el ejército y los servicios secretos, organizó un intento de *coup d'état* en Roma. El *putsch* fue al final un fiasco, pero los italianos no supieron nada de él durante meses: hubo sospechas de un encubrimiento por parte de los servicios secretos.

La estrategia de la tensión provocó otras atrocidades a medida que transcurría la década. En mayo de 1974, en la piazza della Loggia en Brescia, una bomba detonó en el curso de una manifestación contraria al terrorismo de derechas: ocho personas murieron. Otras ochenta y cinco fueron asesinadas por una bomba de gran potencia depositada en la sala de espera de la estación de trenes de Bolonia, en agosto de 1980. A ello le siguió una secuencia conocida de cortinas de humo y falsas pistas dispuestas con astucia. Muchos italianos estaban convencidos de que estas masacres las había orquestado el Estado, y la credibilidad de las instituciones italianas sufrió con ello un daño prolongado.

En el sur, el fruto más impactante de esta peligrosa desestabilización de la sociedad italiana ocurrió en julio de 1970, cuando la ciudad de Reggio Calabria se alzó en una revuelta imprevista. Las manifestaciones en la calle llevaron a cargas policiales, lo que hizo surgir barricadas y cócteles molotov, los que a su vez provocaron disparos. A los pocos días de estallar la revuelta, se hizo descarrilar un tren justo a las afueras de la estación de Gioia Tauro, donde murieron seis pasajeros. Hubo fuertes sospechas de que una bomba había provocado el accidente, y se enviaron tropas para resguardar las vías ferroviarias de Calabria. En Reggio hubo ataques con explosivos a la infraestructura de transportes y ocupaciones de edificios públicos. Los ocho meses de luchas callejeras no terminaron hasta que los tanques irrumpieron con gran estruendo a lo largo del litoral.

La causa de toda la violencia era la decisión de que Reggio no albergaría el centro administrativo del nuevo gobierno regional de Calabria. La gente de Reggio estaba persuadida de que los políticos de las otras dos ciudades calabresas fundamentales, Catanzaro y Cosenza, habían hecho un pacto perverso para repartirse entre ellas las ganancias del gobierno

regional. A un nivel superficial, lo que significaba esto era que los habitantes de tres de las ciudades más pobres de Italia se estaban disputando los miles de cargos en el sector público que traería consigo el estatus de capital de Calabria, pero las causas de la revuelta en Reggio eran mucho más profundas. Acosada por el desempleo crónico y una crisis de vivienda que duraba ya generaciones, la población de Reggio había experimentado un rechazo masivo hacia sus representantes políticos. Los líderes de los partidos nacionales quedaron consternados y perplejos por el levantamiento, que sin lugar a dudas gozó de un respaldo generalizado en la localidad. Este levantamiento fue liderado primero por disidentes locales dentro del Partido Demócrata Cristiano y luego por un Comité de Acción bajo la dirección de un agitador del *Movimento Sociale Italiano*, el partido neofascista.

Algunos testimonios recientes de los *mafiosi* calabreses que se han convertido en testigos de cargo sugieren con gran convicción que hubo una subtrama criminal en la historia de la revuelta de Reggio en 1970. El verano y el otoño del año anterior, Junio Valerio Borghese hizo una serie de provocadoras visitas a Reggio durante la preparación del golpe que habría de organizar en Roma en 1970. El 27 de octubre de 1969, convocó una manifestación que terminó en un motín callejero, después de que un pequeño artefacto explosivo destruyera un águila fascista que databa de la primera visita de Mussolini a la ciudad. Más tarde se reveló el dato de que los mismos neofascistas habían puesto la carga explosiva como pretexto para los disturbios. Parece ser que Borghese estableció, por esta misma época, contacto con los cabecillas de la ‘Ndrangheta. Bien podría ser que en la cumbre de la «recolección de setas» en Montalto, que tuvo lugar el día antes de la manifestación en octubre, se debatiera alguna forma de acuerdo entre la ‘Ndrangheta y el movimiento de Junio Valerio Borghese. Los *mafiosi* sicilianos han informado a su vez de discusiones con Borghese en la fase preparatoria de su fallido *putsch*.

No sabemos si hubo algún acuerdo entre Borghese y la mafia calabresa. Lo que sí sabemos con certeza es que los *‘ndranghetisti* ayudaron a organizar las barricadas en Reggio; que los *‘ndranghetisti* fueron quienes suministraron armas y dinamita al Comité de Acción que lideró la revuelta, y que fueron los *‘ndranghetisti* quienes proporcionaron los explosivos que

emplearon los terroristas fascistas para descarrilar el tren cerca de Gioia Tauro. Así, la ‘Ndrangheta había aportado su experiencia a la estrategia de la tensión.

Pero ¿qué podían ganar los *‘ndranghetisti* al aliarse con los fascistas, o incluso con la revuelta en Reggio? Lo primero es que ellos también tenían motivos para protestar por que el privilegio de ser la capital regional le fuera otorgado a otra ciudad menos infestada por la mafia. Hay muchos otros aspectos de este asunto profundamente turbio que parecen ciertos. En primer lugar, la revuelta dio a la ‘Ndrangheta la oportunidad de desacreditar a la policía, que acababa de aumentar su actividad contra el crimen organizado. Dicho esto, cabe señalar que el apoyo a la revuelta implicó a solo un segmento de la ‘Ndrangheta en Reggio Calabria, mientras que en las afueras de la ciudad los cabecillas como el antiguo patriarca criminal don ‘Ntoni Macrì no querían tener nada que ver con Borghese. En vez de sumarse al proyecto tan arriesgado e incierto de tramar una insurrección para colocar a políticos de inspiración autoritaria en el poder, la mayoría de los *‘ndranghetisti* mostraban una cierta sensatez al preferir la rutina bastante más productiva de hacer negocios con los políticos corruptos que ya ostentaban el poder. Es más, cuando había contactos entre los gángsteres y los subversivos de derechas, estos solían girar en torno a una de las pocas cosas que compartían ambas partes realmente: las armas. No está claro hasta dónde llegaban los contactos más allá de esta confluencia elemental de intereses. Y hay muchos otros aspectos de este episodio que todavía hoy están envueltos en un halo de misterio. En los años siguientes, algunos *‘ndranghetisti* se movían sin la menor duda en los mismos círculos que los subversivos fascistas y sus amigos de los servicios secretos. Sin embargo, la trayectoria principal de la historia de la ‘Ndrangheta discurrió a lo largo de un camino más común tras los hechos acaecidos en Reggio en 1970.

La revuelta en Reggio representa una lección sobre lo muy inestable que puede llegar a ser un sistema político basado en el clientelismo, el faccionalismo político y la influencia mafiosa. La posibilidad de las explosiones de ira popular siempre está ahí, ya que nunca hay suficientes favores para contentar a todos.

La respuesta del gobierno central a la revuelta de Reggio fue aumentar

la oferta de favores a través de un programa masivo de inversión: el «paquete Colombo», así llamado en honor al primer ministro de turno. La pieza maestra del paquete Colombo era una colosal planta siderúrgica que habría de situarse en el borde costero del Tirreno en Gioia Tauro.

Al final, a medida que se fue desarrollando la crisis de los años setenta, el paquete Colombo quedaría reducido y la planta siderúrgica nunca llegaría a terminarse: una caída de los precios del acero tuvo una incidencia directa en ello. Los planes subsecuentes para construir una central eléctrica a base de carbón también fracasaron a la hora de materializarse. Al final, el lugar se convirtió en un vasto puerto de contenedores —el mayor del Mediterráneo— inaugurado en 1994. La hacienda de la familia Piromalli se yergue en un risco que mira desde arriba tanto al puerto de contenedores como al cementerio vecino al puerto; el simbolismo de la situación es evidente.

Los *'ndranghetisti*, como los Piromalli, no podrían haber imaginado una consecuencia más provechosa de la crisis de 1970: un lugar que siempre estaba en construcción justo en el centro de una de las áreas más controladas por la mafia en toda Calabria. Cuando se anunció el paquete Colombo, los «capos de la porra» encargados de la llanura de Gioia Tauro se peleaban a codazos por reunir excavadoras, hormigoneras y camiones de carga con más ímpetu que el de un grupo de niños pequeños al que se deja suelto en una tienda de juguetes. La apropiación frenética de contratos y subcontratos generados por el paquete Colombo sería a la larga una de las causas principales de lo que se conoce como la primera guerra de la 'Ndrangheta en Calabria.

La primera guerra de la 'Ndrangheta tuvo, además, otras razones. Una de ellas fue el crecimiento de la tercera gran rama del milagro económico de las mafias: detrás de la construcción y el tráfico de cigarrillos estaba el secuestro.

La industria del secuestro

Unos seiscientos cincuenta ciudadanos fueron secuestrados por criminales en las décadas de 1970 y 1980 en toda Italia. Algunos de los nombres más conocidos en el país fueron víctimas de este delito, como el cantante y compositor Fabrizio De André y nada menos que tres vástagos de la dinastía de joyeros Bulgari. De la cifra no revelada de miles de millones de liras que se pagaron en concepto de rescate, solo la ínfima fracción de 8.000 millones (unos 28 millones de euros al valor de 2011) se llegó a recuperar, a pesar de las precauciones que se tomaron en cada caso, como marcar o microfilmar los billetes. No es sorprendente, entonces, que los términos «industria del secuestro» se convirtieran en un cliché periodístico.

Desde principios de los setenta, la industria del secuestro logró que el crimen organizado se enriqueciera todavía más, pero hizo que las tensiones dentro del inframundo italiano fueran mucho más volátiles. Las relaciones de causa-efecto entre el nuevo y rentable negocio del secuestro y el riesgo de una guerra de pandillas no eran iguales en Calabria que en Sicilia. La ‘Ndrangheta y la Cosa Nostra tenían actitudes muy distintas ante el arte de secuestrar. Como explicaba Antonino Calderone, un mafioso siciliano, en 1992:

> La Mafia [siciliana] no se dedica a la prostitución porque es un negocio sucio. ¿Pueden imaginarse siquiera que un hombre de honor viva como chulo, como un explotador de mujeres? Puede que en América los *mafiosi* sí se involucren en este negocio… En Sicilia, la Mafia no lo hace, así de simple, punto final.
>
> Ahora bien, el secuestro es otra cosa bien distinta. La Cosa Nostra no tiene ninguna regla interna contraria al rapto de personas. En lo profundo de su ser, un hombre de honor acepta el secuestro y no lo considera algo sucio como la prostitución.

Los *mafiosi* sicilianos cuentan con un siglo y medio de experiencia colectiva en el tema del secuestro; han raptado a hombres, mujeres y niños desde los comienzos de la honorable sociedad, y saben que tomar rehenes puede tener muchos significados y motivos. Un gran rescate siempre es bienvenido, pero a veces es solo una parte de la historia. Una consideración más relevante puede ser el deseo de hacer amigos.

Hacer amigos mediante el secuestro implica desplegar un juego donde se ejecutan dos papeles. El primero es el del malo: el extorsionista vociferante que te amenaza en tono perentorio con hacer desaparecer a tus hijos a menos que le entregues una fortuna. El segundo papel es el del mediador que promete razonar con los secuestradores, el amigo que habla con calma y puede negociar una reducción del rescate, lograr que nuestros seres queridos vuelvan sanos y salvos y, por supuesto, asegurarse de que quedemos protegidos contra futuros peligros.

Quienes interpretan ambos papeles son los *mafiosi*. Ya sea a través del secuestro o de la extorsión (que a menudo discurre sobre las mismas reglas relativas al desempeño de estos papeles), la Mafia tiene un genio singular para convertirse tanto en nuestro peor horror como en el mejor amigo al que uno podría aspirar en determinadas circunstancias. Como bien lo dijo Maquiavelo: «Los hombres que reciben un buen trato de alguien del que esperaban que los tratara mal se sienten incluso agradecidos con su benefactor». Mediante procedimientos tan simples como este, la honorable sociedad de Sicilia se ha infiltrado en la clase dominante de la isla desde mediados del siglo XIX. Los términos «síndrome de Estocolmo» —empleados para describir aquellos casos en que las víctimas de un secuestro generan un fuerte vínculo con sus secuestradores— no se usaron hasta 1973, pero más de un siglo antes se los podría haber aplicado fácilmente a amplios sectores de la élite siciliana.

Con todo, el secuestro tiende a ser un delito engorroso. A menudo requiere de un gran equipo de cómplices. A los rehenes hay que retenerlos, esconderlos y alimentarlos, quizá por largos períodos de tiempo. Las víctimas son por definición acaudaladas y, aunque no siempre, también poderosas: la clase de gente cuya desaparición inquieta a los políticos, que alzan enérgicos discursos contra el crimen y a favor del despliegue de un

gran número de unidades policiales. Cualquier jefe mafioso que realiza un gran secuestro sin compensar a otros jefes por las molestias tiene altas probabilidades de volverse muy impopular entre ellos. Cualquier criminal ordinario con un mínimo de sensatez sabe que llevar a cabo un secuestro sin la autorización de la Mafia es un suicidio. En los setenta, un mafioso en prisión escuchó decir que otro recluso sin vínculos en la Mafia estaba pensando en secuestrar a alguien; su respuesta fue simplemente murmurar: *Chistu 'avi a moriri* («Este tío debe morir»). El secuestrador en potencia fue asesinado a tiros una semana después de su puesta en libertad.

Por todas estas razones, el secuestro ha pasado por distintas etapas en Italia: fases cortas en que ha sido frecuente y otras más largas en que ha sido muy raro. Por ejemplo, los *mafiosi* —o los bandidos que trabajaban con ellos quisieran o no— tomaron como rehenes a muchos altos dignatarios sicilianos en la década y media que siguió a la unificación italiana en 1860. En 1876, el secuestro de un comerciante inglés de azufre desencadenó una mayor represión contra el crimen organizado en toda la isla. Muchos bandidos fueron traicionados por sus encubridores de la Mafia y asesinados a tiros. De ahí en adelante, el secuestro perdió su atractivo: un indicador fiable de que la Mafia había llegado a un acomodo con sus amistades de la clase dominante dentro de la isla.

Así que los secuestros, ya sea por su aumento o por su disminución, también nos pueden indicar que está ocurriendo algún cambio histórico en el inframundo siciliano. Esto era cierto en especial a principios de los setenta. La mayoría de los jefes que salieron de prisión tras los juicios celebrados a finales de los sesenta —los juicios relacionados con lo sucedido durante la primera guerra mafiosa— estaban sin blanca. Como Antonino Calderone, un hombre de honor que los conocía a todos, quien explicaría tiempo después:

> Recuerden mis palabras. No exagero cuando digo que no había dinero en aquella época, que la Mafia no tenía dinero. Después de los arrestos de 1962 y 1963, después de tantos hombres enviados al reasentamiento forzoso o que pasaron un tiempo en prisión, y después del juicio de Catanzaro en 1968, el dinero se había esfumado. Se había gastado todo en abogados, en las mismas prisiones y cosas así… De modo que, cuando empezaron a quedar libres alrededor de 1968, los jefes de la Cosa Nostra estaban todos sin blanca. Puede que Luciano Leggio tuviera alguna propiedad de sobra, pero no pensaba venderla. Les digo que el

«Corto» Riina lloró al contarme que su madre no podía venir a verlo a la prisión en 1966 o 1967, porque no podía pagarse el billete de tren. Así que en 1971 o por ahí se organizó una serie de secuestros.

Los autores de la nueva oleada de secuestros eran de Corleone, un pueblo del interior a unos cincuenta y cinco kilómetros de Palermo por carretera. Hemos tenido ya fugaces destellos de la familia Corleone en la historia de la Mafia. El secuestro convertiría a sus miembros en protagonistas. Luciano Leggio empezó como un delincuente de poca monta cuya habilidad con el revólver le granjeó las simpatías del jefe del pueblo, el doctor Michele Navarra. En 1958, Leggio ametralló a Navarra y lo mató, provocando una violenta ruptura en la familia que habría de dar fama a Corleone: «Tombstone», lo tituló la prensa. Leggio al final salió triunfador de la disputa, gracias en gran medida a sus fieros y jóvenes lugartenientes, Totò Riina, alias «el Corto», y Bernardo Provenzano, alias «el Tractor». Los *corleonesi* tenían una relación de trabajo cercana con Vito Ciancimino, el «joven sultán» democristiano que resultó tan fundamental en el saqueo de Palermo a principios de los años sesenta. La base de poder de Leggio era tal, que cuando la Cosa Nostra se reconstituyó en 1969, fue uno de los triunviros a los que se confió reconstruir la estructura de la organización. Dado que Leggio estaba a menudo fuera de Sicilia, su lugar en las reuniones del triunvirato, y más tarde en la Comisión, lo ocupaba muchas veces el «Corto» Riina, un hombre que llegaría a convertirse en uno de los jefes de la Mafia siciliana más poderosos y violentos de todos los tiempos.

Los *corleonesi* hicieron un primer intento de remediar su falta de liquidez el 8 de junio de 1971, cuando un hombre de veintiocho años que acababa de detenerse ante el umbral de su casa tras haber ido a comprar una tarta congelada, fue apresado por cinco asaltantes, que lo introdujeron a la fuerza en un coche; los transeúntes del lugar fueron amenazados a punta de pistola. A partir de entonces, los burgueses palermitanos comenzaron a salir menos de sus casas y a preguntarse quién sería el próximo. La razón de sus temores respondía a que la víctima era Pino Vassallo, el hijo del afamado «rey del hormigón», don Ciccio Vassallo: precisamente el hombre que había edificado muchos de los bloques de apartamentos en los que ahora vivía gran parte de la burguesía palermitana. Vassallo había atravesado ileso

todas las batallas de los años sesenta, pero ahora, al parecer, sus ángeles de la guarda le habían fallado.

Un hombre de negocios como el rey del hormigón (o, para el caso, su hijo) era el rehén perfecto, aunque al mismo tiempo secuestrarlo podría resultar una jugada catastrófica en potencia. Por un lado, los crímenes que había detrás de la fortuna acumulada por Vassallo garantizaban que todo el asunto sería gestionado con discreción. Con seguridad, Don Ciccio ni siquiera intentaría involucrar a la policía. Se pagó debidamente un rescate estimado entre 150 y 400 millones de liras (1,2-3,2 millones de euros al valor de 2011) y Pino Vassallo fue liberado. Pero, por otra parte, secuestrar a algún protegido de otro cabecilla era una ofensa terrible. Arrebatarle a otro su vale de comida equivalía a una declaración de guerra. Si la disputa no estalló después del secuestro de Vassallo pudo haber sido porque su círculo protector estaba en receso, ya que los *mafiosi* más cercanos a él habían sido los hermanos La Barbera, que perdieron en la primera guerra mafiosa.

Cuando recibieron el rescate por el secuestro de Vassallo, Leggio y sus muchachos demostraron sus impecables modales mafiosos al repartirlo a partes iguales entre las familias más necesitadas de la provincia de Palermo. De modo que la operación Vassallo sirvió a dos objetivos pacíficos: redistribuyó la riqueza y afianzó el nuevo equilibrio de poder que había surgido tras el torbellino de los años sesenta. Solo que, muy pronto, el tema de los secuestros se volvería un factor mucho más divisionista dentro del inframundo.

Tras organizar el secuestro de Vassallo, los *corneolesi* pasaron a realizar operaciones no autorizadas, como el secuestro en agosto de 1972 de Luciano Cassina, el hijo del empresario cuyos contratos de mantenimiento de los desagües y las calles de la ciudad lo hicieron el mayor contribuyente de Palermo. Curiosamente, el hombre que hizo las veces de «amigo» para ayudar a la familia Cassina a negociar con los secuestradores fue un cura, Agostino Coppola, sobrino de Frank Coppola, alias «el Tres Dedos» y cercano a los aliados de Luciano Leggio en la familia Partinico de la Cosa Nostra. En esta ocasión, los *corleonesi* se quedaron con las ganancias de sus travesuras.

En términos mafiosos, el comportamiento de los *corleonesi* estaba poco justificado. Aunque eran evasivos y mentían cuando hablaban con otros *mafiosi* sobre lo que estaba ocurriendo, era obvio que estaban embarcados en un gran desafío a la autoridad de sus enemigos, a la vez calculado y evidente. En 1972, los otros dos miembros del triunvirato, Tano Badalamenti y Stefano Bontate, estaban en la cárcel de manera provisional y, por tanto, en una posición menos apta para responder a la provocación. Y lo que era igual de importante: aun cuando se hubieran propuesto adoptar medidas contra los *corleonesi*, habrían tenido problemas para dar con ellos. Luciano Leggio se había dado a la fuga de nuevo el verano de 1969. Sus dos lugartenientes, Totò Riina, el Corto, y Bernardo Provenzano, el Tractor, habían estado escondidos desde 1969 y 1963, respectivamente.

Los años 1974-1975 fueron importantes en cuanto a la política para la Cosa Nostra. En 1974, tras la salida de la cárcel de Stefano Bontate, al triunvirato que había presidido la organización en la provincia de Palermo desde 1969 lo sustituyó una Comisión plena, compuesta en gran medida por aliados de Bontate; Tano Badalamenti ocupó la cabecera como representante provincial. Luego, en febrero de 1975, una villa emplazada en el área rural del centro de Sicilia, cerca de la encumbrada ciudad de Enna, albergó la primera reunión de una entidad completamente nueva, la Comisión Regional, o Región. La Región estaba constituida por seis jefes que representaban a las seis provincias más infestadas por la Mafia en toda Sicilia: Palermo, Trapani, Agrigento, Caltanissetta, Enna y Catania. En efecto, las comisiones de la Mafia en estas seis provincias estaban enviando cada una un delegado para que ocupara un asiento en un comité coordinador del crimen mafioso en Sicilia. La autoridad de la Región sobre los asuntos de la Mafia en la isla era relativamente limitado, como quedó simbolizado por el hecho de que el jefe elegido para presidir las reuniones adoptó el título de «secretario» en lugar de *capo*.

El cerebro estratégico que estaba detrás de la Región era Pippo Calderone, cuyo hermano menor Antonino habría de convertirse más tarde en testigo de cargo, lo que nos proporciona una valiosa visión de esta fase singular de la historia de la Mafia. Pippo Calderone, un hombre de negocios y hombre de honor originario de Catania, la ciudad al este de Sicilia,

incluso se metió en el berenjenal de redactar una constitución de la nueva entidad. El artículo más relevante de esa constitución, y el primer tema en la agenda del día en esa primera reunión de la Región, fue una prohibición en toda la isla de realizar secuestros, bajo pena de muerte si no se acataba la prohibición. Las razones de esta medida parecían atinadas. Los secuestros podían ser muy beneficiosos a corto plazo, pero volvían a la Mafia muy impopular entre la ciudadanía. Y más importante todavía, atraían una mayor represión policial —barricadas y medidas parecidas— que complicaban más la vida de los *mafiosi* que huían de la ley. Así que les resultó difícil a los jefes participantes en la primera cumbre de la Región discrepar con una medida como esa, propia de un buen estadista, de manera que las seis manos presentes se alzaron en señal de aprobación. Sin embargo, como siempre sucede en los asuntos de la Mafia, la prohibición de los secuestros era una jugada táctica a la vez que práctica: estaba dirigida a los *corleonesi* y pretendía aislarlos dentro de la Cosa Nostra. Leggio, Riina y Provenzano tomaron nota de ello.

El 17 de julio de 1975, solo unos pocos meses después de esa primera reunión de la Región, un anciano bajito conducía su Alfa Romeo 2000 bajo el calor achicharrante de una tarde de verano en Sicilia, con destino a Salemi, un pueblo arracimado en torno a una fortaleza normanda en una colina de la provincia de Trapani, pero nunca llegó a su destino: en las cercanías de una gasolinera justo a las afueras del pueblo, se encontró con que el camino estaba bloqueado por una decena de hombres con ametralladoras. Cuando lo obligaron a dejar su coche y meterse en otro, apareció el autobús procedente de Trapani. Dos de los secuestradores bajaron al aterrorizado conductor y subieron a bordo del autobús, donde mostraron, en silencio, sus armas a los pasajeros. Las palabras estaban de más: allí no había sucedido nada y nadie había visto nada.

Los *corleonesi* habían dado un nuevo golpe, haciendo gala de su desprecio por las maniobras que operaban en su contra en la Región. Además, habían dado con una víctima más ilustre que las anteriores. El anciano del Alfa Romeo era Luigi Corleo, un recaudador de impuestos. En Sicilia, la recaudación tributaria estaba privatizada y subcontratada. Desde los años cincuenta, el yerno de Corleo, Nino Salvo, había convertido el

negocio familiar de recaudación de impuestos en una vasta maquinaria destinada a estafar a los contribuyentes sicilianos. Junto a su primo Ignazio, Nino Salvo administraba en esos momentos un seudomonopolio de recaudación de impuestos y se quedaba con una comisión escandalosa del 10 por ciento. De hecho, una lira de cada diez que los sicilianos pagaban en impuestos iba directa a los bolsillos de los primos Salvo. No solo eso: los Salvo se las ingeniaban para generar un intervalo de dos o tres meses entre que cosechaban los impuestos y los hacían llegar al Estado; dos o tres meses en que estas sumas estratosféricas de dinero atraían unos intereses muy favorables. Las ganancias faraónicas de la estafa legalizada de los Salvo se invertían en arte (obras de Van Gogh y Matisse, al parecer), hoteles, tierras y en la red de apoyo político requerida para garantizar que la Asamblea Regional Siciliana siguiera poniendo su firma a la franquicia de la recaudación tributaria. Los dos primos Salvo eran también hombres de honor y muy cercanos a dos miembros del triunvirato: Tano Badalamenti y Stefano Bontate, el Príncipe de Villagrazia. En otras palabras, al secuestrar a Luigi Corleo, los *corleonesi* habían apuntado al corazón mismo del poder económico, político y criminal de Sicilia. Antonino Calderone explicaría luego que el secuestro de Corleo era «un asunto extremadamente serio que provocó un tremendo impacto en la Cosa Nostra». La petición de rescate también fue impactante: 20.000 millones de liras (cerca de 100 millones de euros al valor de 2011).

El secuestro en sí fue, en un principio, un hecho muy vergonzoso para los Badalamenti y los Bontate, y muy pronto se transformó en una absoluta humillación. Aparte de sembrar el campo en los alrededores de Salemi de cadáveres, Badalamenti y Bontate fracasaron en su intento de liberar al rehén o de encontrar alguna prueba que apoyase su sospecha de que los *corleonesi* eran los responsables. Para coronar todo el asunto, el viejo Corleo murió cuando aún estaba en cautividad, probablemente de un infarto. Aun así, Badalamenti y Bontate se mostraron incapaces incluso de recuperar el cadáver.

Puede que los *corleonesi* no se embolsaran el rescate que esperaban, pero sí obtuvieron algo que a largo plazo resultaría mucho más valioso: una notoria demostración de que Badalamenti y Bontate no dominaban los

elementos básicos del control territorial. Era evidente que los *corleonesi* ignoraban a los legisladores de la Cosa Nostra con impunidad. En toda Sicilia, otros cabecillas mafiosos escucharon los rumores y empezaron a sacar conclusiones.

La breve secuencia de secuestros de las altas esferas en Sicilia coincidió con un desarrollo más importante: una nueva generación de líderes tomó el control en Corleone. Luciano Leggio fue quedando a un lado a causa de su sustituto, Totò Riina, el Corto, que recibía la ayuda competente de Bernardo Provenzano, el Tractor; Riina fue quien dirigió las operaciones para el secuestro de Cassina y Corleo.

Entretanto, Leggio estaba aún muy ocupado, pero en sitios donde no se aplicaban las normas de la Cosa Nostra contra los secuestros. En julio de 1971 se trasladó a Milán, donde pudo orquestar el rapto de tantos rehenes como se le antojó. Además, en Milán había mucha más gente rica a la que se podía raptar. El secuestro en Sicilia tenía un significado más político que lucrativo, y no sucedía muy a menudo. Entre 1960 y 1978 hubo solo diecinueve secuestros en Sicilia, una porción muy reducida de la cifra aterradora de trescientos veintinueve en toda Italia. Dentro de la Cosa Nostra corría el rumor de que Leggio se había hecho increíblemente rico con el negocio de secuestros lejos de la isla, y que estaba trabajando con la organización que rápidamente se convertiría en la especialista en secuestros: la ‘Ndrangheta.

Comparadas con ella, la Cosa Nostra y la Camorra estuvieron implicadas en secuestros solo hasta cierto punto. La Cosa Nostra, como hemos visto, tenía serias reservas constitucionales respecto a albergar cautivos en su propio feudo. Los *camorristi* llevaron a cabo una serie de secuestros a comienzos de los setenta, pero este no se convirtió en un delito habitual de la Camorra, probablemente porque no poseían las colonias del norte del país que le

permitirían generar una red nacional de toma de rehenes.

Para cualquiera que se molestase en leer las páginas de crímenes en los diarios matinales calabreses, había un patrón de secuestro ya establecido en la región a finales de los años sesenta, pero las víctimas eran todas figuras locales, las peticiones de rescate eran relativamente reducidas, y los períodos de cautividad de los rehenes, más breves. Las cosas comenzaron a cambiar en diciembre de 1972 con el secuestro de Pietro Torielli, el hijo de un banquero de Vigevano, en la región septentrional de Lombardía. Se piensa que Luciano Leggio y la ‘Ndrangheta estuvieron implicados en él. A partir de entonces, el secuestro se transformaría en un negocio a nivel nacional para el crimen organizado calabrés.

Hubo varios motivos por los que el rapto se convirtió en el negocio predilecto de la ‘Ndrangheta. Por una parte, tenía la gran ventaja de que era barato de organizar. Los rescates a los que daba lugar servían a menudo como capital de base para iniciativas de mayor inversión, como el sector inmobiliario o el tráfico de drogas al por mayor. Ninguna otra mafia tenía una colonia en el norte que pudiera equipararse a la de la ‘Ndrangheta. Ni ninguna otra disponía del Aspromonte. El macizo montañoso situado en el extremo mismo de la península Itálica había sido desde hacía tiempo un refugio seguro para los fugitivos. Sus riscos, grutas y desfiladeros boscosos cobraron fama internacional como escondites de las víctimas de los secuestros. Los cautivos declaraban haber oído las mismas y distantes campanas de iglesia durante su encierro. Una estatua de bronce de Cristo en la cruz, ubicada entre las hayas y abetos de la llanura de Zervò sobre Platì, se volvió una suerte de buzón postal donde se depositaban a menudo los rescates. Durante años, la estatua exhibió un único y gran agujero de bala en el pecho. En el Aspromonte, el reinado de miedo y complicidades de la ‘Ndrangheta era tan absoluto que la organización podía mantener tranquilamente a los rehenes de manera casi indefinida. Más de una víctima que había logrado fugarse acudía al primer paseante que se topaba para luego ser devuelta de inmediato a sus captores. Las empobrecidas aldeas montañosas controladas por la ‘Ndrangheta comenzaron a vivir de las ganancias derivadas del secuestro. En el litoral jónico, Bovalino contaba con un barrio nuevo entero al que se conocía como «Paul Getty», en honor

al famoso rehén cuyo secuestro proyectó por primera vez a la ‘Ndrangheta a la primera línea de la industria del secuestro.

En el centro de Roma, durante las primeras horas del 10 de julio de 1973, John Paul Getty III —un chico pelirrojo de dieciséis años y nieto hippy de Jean Paul Getty, el magnate estadounidense del petróleo— fue secuestrado: lo metieron a empellones en un coche, lo durmieron con cloroformo y se lo llevaron de allí. Tras una espera angustiosa, los secuestradores comunicaron finalmente sus demandas en un *collage* hecho con letras recortadas de revistas: 10.000 millones de liras (cerca de 17 millones de dólares de la época). El anciano Jean Paul Getty, un hombre de ochenta y un años, con fama de ermitaño y avaro, se negó a negociar: «Tengo catorce nietos y, si pago un centavo de rescate ahora, tendré catorce nietos secuestrados».

La situación se prolongó hasta el 20 de octubre, cuando los secuestradores del muchacho le cercenaron la oreja derecha, la pusieron dentro de una caja de tiritas llena de líquido para taxidermia y la enviaron por correo a las oficinas del diario romano *Il Messaggero*. El horripilante envío incluía una nota prometiendo que el resto del muchacho «llegaría en pequeños trocitos» si no se pagaba el rescate. Para redoblar el sufrimiento de la familia Getty, la oreja fue retenida en medio de una huelga postal y no llegó a su destino hasta casi tres semanas más tarde. La brutal mutilación tuvo el efecto deseado: un mes después, un hombre con pasamontañas retiró de un área de servicio de una autopista un rescate cercano a los 2.000 millones de liras (3,2 millones de dólares), una quinta parte de la suma solicitada inicialmente.

John Paul Getty fue liberado, pero el impacto psicológico de su dolorosa experiencia fue profundo. Era un chico frágil y muy joven: había pasado su decimoséptimo cumpleaños en cautiverio. El trauma pudo ser lo que lo condujo más tarde a la adicción a las drogas y al alcohol. En 1983, su hígado le falló, provocándole un accidente cerebrovascular que le causó ceguera y una parálisis casi total.

Nunca se logró probar con absoluta certeza que Luciano Leggio hubiera planeado el secuestro de Getty. Y tampoco se condenó a nadie por el asunto, exceptuando a un pequeño grupo de maleantes de poca monta, es

decir, los asalariados en lugar de los orquestadores. Pero una cosa es cierta: Getty fue retenido en las montañas de Calabria y sus captores fueron los amigos de Luciano Leggio dentro de la ‘Ndrangheta. Y una vez que se eliminó a Luciano Leggio de la escena (lo volvieron a capturar en 1974 y nunca volvió a salir en libertad), la ‘Ndrangheta demostró que era más que capaz de llevar a cabo lucrativos secuestros por su cuenta.

El secuestro causó menos divisiones en la ‘Ndrangheta que en la Cosa Nostra. Pero la nueva industria criminal también atrajo la atención de los medios y la policía hacia Calabria y, por tanto, la controversia dentro del inframundo local. Parece ser que, tras el rapto del joven Getty, don ‘Ntoni Macrì, el jefe de Siderno y miembro del triunvirato, manifestó sus recelos ante los demás jefes frente a la práctica de retener a rehenes en su territorio. Esos recelos avivaron aún más las rivalidades entre las facciones de la ‘Ndrangheta que intentaban echar mano del paquete Colombo.

Los gángsteres del sur y de Sicilia no eran, bajo ninguna circunstancia, los únicos que se beneficiaban de la oleada de secuestros que barrió todo el país en los años setenta y ochenta. Por ejemplo, los bandidos de la isla de Cerdeña, algunos de ellos muy activos cuando operaban lejos de sus bases y en Toscana, detentaban su propia tradición en el negocio de toma de rehenes y estuvieron particularmente activos durante los setenta. Muchos delincuentes comunes se aferraban a la idea de que hacerse con uno o dos rehenes era el camino más corto para hacerse ricos. El secuestro se volvió una moda criminal que comenzó a deteriorar profundamente el tejido social ya de por sí debilitado de Italia.

Luigi Ballinari, un alcohólico y pequeño contrabandista de cigarrillos de nacionalidad suiza, recordaba el rumor que recorría las prisiones en 1974: «Nuestras conversaciones volvían siempre al delito del momento, que era ahora una moda en Italia: pedir dinero a cambio de un secuestro. ¡Era el sueño de todos! Fantaseábamos con ello, nos organizábamos, analizábamos los errores que otros secuestradores habían cometido».

Poco después de su liberación, Ballinari se vio implicado en uno de los

secuestros más atroces de la época. Cristina Mazzotti, la hija de diecinueve años de un empresario originario de una localidad próxima a Como, en la frontera suiza, fue secuestrada el 26 de junio de 1975. Sus captores la desnudaron, le vendaron los ojos y la maniataron, le taponaron los oídos y la hicieron descender a un pequeño zulo bajo el suelo de un garaje. Allí la forzaron a ingerir barbitúricos disueltos en zumo de frutas durante más de dos semanas, el tiempo que duraron las negociaciones con sus padres. El plan —un procedimiento común a muchos grupos improvisados de secuestradores en el norte y centro de Italia— era vender el rehén a los verdaderos expertos: la ‘Ndrangheta. Pero en este caso, antes de que pudieran cambiar a Cristina y la enviaran a un nuevo escondite del Aspromonte, su cuerpo se fue apagando lentamente bajo el efecto acumulativo de las drogas, así que la introdujeron en el maletero de un coche y la enterraron en un vertedero de basura. Sus padres, sin saber que ya estaba muerta, pagaron un rescate de 1.050 millones de liras (5,2 millones de euros al valor de 2011).

Atraparon a Ballinari más tarde cuando intentaba blanquear algunos de los beneficios que le había procurado el secuestro de Cristina. Para cuando se derrumbó durante el interrogatorio y contó al fin toda la historia, el cuerpo de la joven ya estaba tan descompuesto que fue difícil establecer si realmente estaba muerta cuando la enterraron.

Los horrores de la industria del secuestro eran legión. Los cautivos en el Aspromonte eran los que recibían un peor trato. Los tenían encadenados y los alimentaban a base de sobras, no se les permitía lavarse y nunca los cambiaban de ropa. En las conversaciones telefónicas que se interceptaron, se escuchaba a los secuestradores de la ‘Ndrangheta referirse a sus prisioneros como «los cerdos». El secuestro más largo fue el de Carlo Celadon, un estudiante adolescente de cerca de Vicenza, al que sustrajeron de su propia casa en 1988. Carlo estuvo retenido durante un período inimaginable de ochocientos veintiocho días en una gruta infestada de ratas y sembrada de sus propios excrementos. Con tres cadenas alrededor del cuello, era víctima de constantes amenazas, y de palizas si osaba gritar o suplicar. Cuando lo liberaron, su padre observó que parecía un prisionero de un campo de concentración nazi. La descripción que hizo Carlo de su

calvario fue espeluznante: «Les pedía, les rogaba a mis carceleros que me cortaran la oreja. Estaba absolutamente destruido, había perdido toda esperanza».

En toda Italia, entre 1969 y 1988, setenta y una personas se esfumaron y nadie volvió a verlas jamás con vida; se piensa que en aproximadamente la mitad de esos casos se pagó algún rescate. En 1981, Giovanni Palombini, un empresario cafetero de ochenta años, fue secuestrado por una pandilla romana que, con toda probabilidad, tenía intenciones de traspasarlo a la ‘Ndrangheta, pero la víctima consiguió escapar. Sin embargo, estaba tan desorientado que, al llamar a la puerta de una villa para pedir ayuda, esta resultó ser el escondrijo de sus secuestradores. Entonces le dieron una copa de champán y lo ejecutaron. Arrojaron su cuerpo a una nevera, y de ahí lo sacaban para hacerle las fotografías que su familia exigía para tener la certeza de que aún seguía vivo.

Tampoco los niños se libraron: hubo veintidós niños secuestrados, algunos de ellos bebés con pocos meses de vida. Marco Fiora tenía solo siete años cuando los *‘ndranghetisti* lo raptaron en Turín, en marzo de 1987. Su calvario duró un año y medio, tiempo durante el que lo encadenaron como a un perro en un escondrijo del Aspromonte. Sus secuestradores hicieron cuanto pudieron para lavarle el cerebro, diciéndole que sus padres no querían pagar el rescate porque no lo querían. Parece ser que esta demora se debió al hecho de que los espías de la ‘Ndrangheta habían sobreestimado con mucho el patrimonio del padre de Marco y se habían negado a creer sus excusas de que no podía pagar la suma requerida. Marco estaba esquelético cuando al fin lo liberaron cerca de Ciminà, y sus piernas estaban tan atrofiadas que apenas podía caminar. Allí llamó a varias puertas, pero los habitantes se negaban a abrirle, así que se sentó en la calzada hasta que una patrulla de carabineros pasó por allí. Las primeras palabras que le dijo a su madre fueron: «Tú no eres mi mamá. Vete. No quiero verte».

A algunos niños les fue aún peor. Una niña de once años, Marzia Savio, de las playas del Lago Garda, fue secuestrada en enero de 1982. Su raptor resultó no ser un gángster sino el charcutero local, quien pensó que había encontrado la manera de hacer dinero fácil. Terminó estrangulando a Marzia, probablemente cuando intentaba retenerla, y luego la cortó en

pedazos, que arrojó desde un paso a nivel elevado.

El secuestro se hizo tan habitual que creó sus propios rituales en los telediarios y las páginas de sucesos. Las familias de las víctimas daban atribuladas conferencias de prensa. O, a la inversa, se afanaban por esquivar los focos y evitar por todos los medios provocar a quien fuese que tenía retenido a su padre, hijo o hija. Y estaba la prolongada, angustiosa espera hasta que los secuestradores hicieran saber sus demandas de rescate. O las llamadas falsas de macabros bromistas.

El secuestro es un delito que genera y difunde desconfianza. Muchas familias tenían razón al sospechar que amigos y empleados habían filtrado información a los criminales. Encontrar líneas de comunicación e intermediarios de confianza era a menudo una tarea desesperante. La familia de Carlo Celadon, el joven que fue retenido durante un tiempo récord de ochocientos veintiocho días, alegaba que el abogado al que encargaron la entrega del rescate se había embolsado una parte de él. (El sujeto fue condenado, de hecho, por el delito, pero luego se benefició de una amnistía antes de que apelara). La ‘Ndrangheta a veces parecía saber más sobre las propiedades de sus rehenes que los recaudadores de impuestos. Por eso, los medios tendían a sospechar incluso de las finanzas de las víctimas más honestas. La familia de los rehenes solía recibir la advertencia de no acudir a la policía. Y la policía se veía a menudo frustrada por el silencio de las familias: algunos llegaron a sufrir la indignidad de ser arrestados por retener información después de ver al fin liberados a sus seres amados.

El veneno de la desconfianza se filtraba al dominio público. Cada secuestro de alto perfil desencadenaba, durante un largo período, un debate mordaz y absolutamente improductivo entre periodistas, políticos y funcionarios encargados de aplicar la ley. Estaban los que propiciaban una línea dura en el tema de los secuestros: se negaban a pagar rescates, congelaban los activos de las víctimas y así sucesivamente. En la trinchera opuesta estaban los que pensaban que la «línea blanda» (esto es, la negociación) era la única opción humana y práctica. Algunos de los empresarios más bravucones del norte se instruían en el uso de armas. La situación se hizo tan crítica que, en 1978, un juez descubrió que algunas

familias acaudaladas estaban contratando pólizas de seguros especiales para disponer de dinero suficiente para el rescate cuando los bandidos enmascarados hicieran su inevitable aparición. Los ciudadanos acaudalados —la clase de personas que en otras democracias occidentales se hubiesen mostrado leales a los poderes constituidos de manera casi automática— estaban enfadados, ofendidos y asustados.

Hay una fotografía que evoca de manera intrigante esa etapa terrible de miedo y desconfianza. Nos muestra a un joven empresario milanés de la construcción recostado en su sillón. Su expresión seria no muestra ningún indicio de la sonrisa permanente propia de un ídolo del público que luego habría de ser su rasgo distintivo en todo el mundo. Acaba de quitarse las gafas de aviador y sus pantalones acampanados dejan a la vista sus botas a la moda hasta los tobillos. Pero no son ni su vestuario y ni sus accesorios lo que hace de esa foto una imagen sintomática de los setenta. Es, más bien, la pistola dentro de su funda que descansa encima del escritorio. Ese empresario es Silvio Berlusconi y, por la época en que se hizo la foto, él mismo sentía la amenaza bien fundada de secuestro tan común a muchos italianos acaudalados. Sin embargo, el factótum de los negocios de Berlusconi, un banquero siciliano llamado Marcello Dell'Utri, encontró una manera más efectiva de atenuar sus temores que una pistola encima de la mesa. Desde 1974 hasta 1976, Vittorio Mangano, un mafioso de Palermo, asumió un cargo que no estaba del todo definido (¿mozo de cuadra?, ¿mayordomo?, ¿agente?) en la villa recién adquirida por Berlusconi en Arcore. Los tribunales italianos acababan de establecer que, en realidad, Mangano era una garantía de protección de la Cosa Nostra contra el secuestro. Y, además, estaba allí con la intención de hacer nuevos amigos. O, en los términos de la sentencia dictada por un magistrado, Mangano formaba parte de una «compleja estrategia para acercarse al empresario Berlusconi y vincularlo más estrechamente a la organización criminal».

Marcello Dell'Utri ha sido condenado en un tribunal regional por su prolongada colaboración con la Cosa Nostra, lo que incluía la recomendación de los servicios de Vittorio Mangano a Berlusconi. La Corte Suprema ha sentenciado en fecha reciente que la apelación de Dell'Utri contra su condena, que perdió, deberá ser vista de nuevo. Dell'Utri sigue

negando los cargos que se le imputan y que él mismo atribuye a una conspiración judicial en su contra.

Tiempo después, Vittorio Mangano fue sentenciado a cadena perpetua por dos asesinatos; en 2000 falleció a causa de un cáncer. Murió como debe hacerlo todo buen mafioso, sin arrojar ninguna luz respecto al caso.

Las declaraciones del propio Silvio Berlusconi sobre el caso han sido, como mínimo, inquietantes. Por ejemplo, dio su visión del mafioso en una entrevista radiofónica en 2008:

> [Mangano] fue una persona que se portó extremadamente bien con nosotros. Más adelante cometió algunos desaciertos en su vida que lo pusieron en las manos de una organización criminal, pero de forma heroica… a pesar de estar tan enfermo, nunca inventó ningún tipo de mentiras en mi contra. Le permitieron irse a su casa un día antes de morir. Estaba agonizando en la cárcel. Así que Dell'Utri tiene razón al decir que el comportamiento de Mangano fue heroico.

No queda claro si la temporada de secuestros marcó el inicio de una relación a largo plazo entre Berlusconi y la Mafia siciliana. Cabe hacer hincapié en que al propio Berlusconi no se lo ha acusado nunca de nada relacionado con el caso Mangano.

Cada secuestro era una clara manifestación de la ineptitud de las instituciones gubernamentales a la hora de proteger la vida y la propiedad. Italia se estaba debilitando de manera ostensible, al mismo tiempo que las mafias se volvían cada vez más fuertes, ricas, interrelacionadas y proclives a una guerra. El Estado parecía haber perdido su prerrogativa de detentar el «monopolio de la fuerza legítima», como se dice en la jerga sociológica. En los años setenta, al quedar fuera de control la espiral de secuestros, una nueva oleada de problemas económicos y políticos desacreditó todavía más al Estado.

Como el resto del mundo desarrollado, Italia también tuvo que hacer frente a la grave crisis económica que provocó el fuerte aumento de los precios del crudo en 1973. A ello siguió una década entera de crecimiento intermitente, desempleo elevado, inflación exagerada, tasas de interés cada

vez más altas y endeudamiento público a gran escala. Los conflictos sociales violentos fueron en aumento. Los sindicatos, que habían sido tan agresivos desde el «otoño caliente» de 1969, adoptaron una actitud defensiva. Como resultado de ello, algunos integrantes de los grupúsculos revolucionarios de Italia perdieron la paciencia con las formas de militancia pacíficas y optaron, en su lugar, por constituir células armadas clandestinas. Esos nuevos terroristas, tan despiadados como ilusos, se percibían a sí mismos como una vanguardia revolucionaria que podía acelerar el advenimiento de la sociedad comunista hiriendo o asesinando estratégicamente a determinados blancos escogidos. Italia había entrado en los llamados «años del plomo» (es decir, de las balas).

El más peligroso de estos grupos fue el de las Brigadas Rojas (o BR) y muchas de sus primeras acciones fueron secuestros. Las víctimas —habitualmente gerentes industriales— eran sometidas por lo general a un «juicio proletario» y luego las encadenaban a las puertas de la fábrica con un cartel colgado del cuello en el cual se leía alguna consigna revolucionaria. En la primavera de 1974, bajo el nuevo eslogan de «un ataque al corazón del Estado», las BR fueron noticia por secuestrar a un juez de Génova. Las demandas del grupo no fueron atendidas, pero el juez salió indemne.

Después de que una oleada de arrestos provocara una tregua en sus actividades a mediados de la década, las Brigadas Rojas volvieron a escena con más ímpetu terrorista que antes. El 16 de marzo de 1978, dejaron perplejo al país al secuestrar a Aldo Moro, el antiguo primer ministro y líder del Partido Demócrata Cristiano. El chófer de Moro y toda su escolta fueron asesinados en la acción. El 9 de mayo mataron de un tiro al propio Moro y abandonaron su cuerpo en el maletero de un vehículo en el centro de Roma. Las BR y otros grupos prosiguieron su campaña de asesinatos durante la década siguiente. Había en particular mucha gente joven que no conseguía identificarse con la autoridad en su lucha contra el terrorismo: «Ni con el Estado, ni con las Brigadas Rojas» era uno de los eslóganes políticos del momento. Era el mismo Estado que muy pronto habría de enfrentarse a una forma de violencia mafiosa sin precedentes. Y Calabria era el lugar donde estallaría esa guerra.

La Mamma Santissima y la primera guerra de la ‘Ndrangheta

Cuando se hizo patente la amplísima y nueva riqueza del crimen organizado durante las décadas de 1960 y 1970, hubo muchos observadores tanto en Sicilia como en Calabria que plantearon que un nuevo tipo de entidad estaba sustituyendo a la mafia tradicional. La mafia ya no era de naturaleza rural, sino urbana; los de ahora eran gángsteres de «zapatos lustrosos», y no los campesinos de botas embarradas de antaño. El nuevo modelo del mafioso, se dijo, era un empresario joven y agresivo. Ya no tenía tiempo que perder con las preocupaciones formales y pintorescas de las honorables sociedades, o con el antediluviano culto del honor. La atrasada Calabria parecía ser el lugar donde la transformación era más visible. Allí, muchos de los que se tomaban en serio la amenaza mafiosa pensaban que los ritos de iniciación, Osso, Mastrosso y Carcagnosso y la reunión anual en el santuario de la Madonna de Polsi estaban condenados al museo del folclore local… si es que no estaban ya allí.

Los hermanos De Stefano —Giorgio, Paolo y Giovanni— encajaban mejor con la idea que la gente tenía del gángster empresario. Los hermanos provenían de Reggio Calabria, el pueblo que formaba parte del dominio del bígamo don Mico Tripodo. Como ya hemos visto, Tripodo pasaba mucho tiempo fuera de la localidad, yendo a Campania para afianzar su estrecha amistad con los *camorristi* del interior napolitano. Pero cuando un jefe se aleja mucho de su territorio, las cosas empiezan a desmandarse y tiene que volver a poner orden. En ausencia de don Mico, los De Stefano emergieron como un poder por derecho propio.

Un desertor de la ‘Ndrangheta se refería a Giorgio, el mayor de los tres

hermanos y el más habilidoso, como «el Cometa», es decir, la estrella naciente del crimen organizado calabrés. Los De Stefano fueron los participantes más entusiastas en la revuelta de Reggio y los más propensos a hacer amigos entre los subversivos fascistas. Y eran realmente jóvenes: ninguno de ellos sobrepasaba los veinte años cuando se celebró la cumbre de Montalto. Los triunviros cuya autoridad desafiarían los De Stefano pertenecían a una generación mayor: don ‘Ntoni Macrì bien podría haber sido su abuelo.

A su vez, un ‘*ndranghetista* recordaba que los De Stefano eran gente educada, al menos según los estándares del inframundo calabrés, y explicaba que «Paolo y Giorgio De Stefano fueron a la universidad unos años. Giorgio entró en medicina y creo que Paolo estudió derecho». Esa formación saltaba a la vista. Las fotos de Giorgio (el Cometa) y Paolo, los dos hermanos De Stefano de más edad y con más poder, muestran a dos individuos de rostro grande y expresión sensible, con el cabello negro con una cuidada raya al lado. Era difícil que su imagen tan moderna y pulcra pudiera ser más diferente de la fisonomía ceñuda de los triunviros: Mico Tripodo y los demás tenían ojos pequeños y la mirada torva, el pelo muy corto y caído sobre la frente, el rostro inexpresivo; parecían sacados todos del mismo molde de rasgos atávicos de maleante.

Pero ese contraste de rostros, y el giro de la tradición a la modernidad que ellos parecían evidenciar, resultó no ser un indicador fiable de quiénes serían los ganadores y quiénes los perdedores que emergerían de la riqueza y la violencia criminales sin precedentes de los años setenta. La plantilla tan simplista de «modernidad contra tradición», que se empleó para dar sentido a los acontecimientos de los años setenta, era algo que no acababa de encajar con la realidad. Por una parte, el surgimiento de mafiosos jóvenes y ambiciosos como los De Stefano de entre las filas de la organización no era nada nuevo. Por otra, incluso en Calabria, tampoco había nada nuevo en los *mafiosi* con credenciales de clase media. Y que las mafias sean tradicionales tampoco significa que sean muy antiguas. Al contrario, son tan modernas como el Estado italiano.

Está mucho más cerca de acertar la afirmación de que la ‘Ndrangheta, como la Cosa Nostra, es tradicionalista, en el sentido de que ha elaborado

sus propias tradiciones internas en función de las exigencias de la extorsión y el tráfico ilegal. Cuando la entidad se hizo más rica, a través de la industria de la construcción, el contrabando de tabaco y el secuestro, no se limitó a abandonar sus tradiciones y abrazar la modernidad. Su respuesta a la nueva era fue adaptar la combinación. O, de hecho, en el caso concreto de la ‘Ndrangheta, inventar nuevas tradiciones como la que nos ocupa en este capítulo: la Mamma Santissima. Esa tradición recién acuñada es significativa por dos motivos. Primero, aporta pruebas concretas de la cantidad de amigos que estaban haciendo las mafias con su nueva riqueza entre la élite italiana. Segundo, la Mamma Santissima se convirtió en el desencadenante de la primera guerra de la ‘Ndrangheta. Y para entenderla bien, tenemos que captar algunas sutiles pero muy relevantes diferencias entre la ‘Ndrangheta y la Cosa Nostra.

La ‘Ndrangheta y la Cosa Nostra son muy similares en la medida en que ambas son honorables sociedades: francmasonerías del delito. Ambas organizaciones tienen mucho cuidado a la hora de elegir a quién admiten en el club. No se admite a nadie que tenga parientes en la policía o en la magistratura. Ni a los chulos. Ni a las mujeres.

Aun así, hay algunas diferencias en la forma en que ambas seleccionan a sus representantes. Los *‘ndranghetisti* suelen provenir de las mismas familias consanguíneas. La *‘ndrina*, unidad básica de la organización calabresa, tiende a organizarse en torno a un cabecilla y su parentela. La Cosa Nostra, por el contrario, tiene reglas que buscan evitar que se reclute a demasiados hermanos pertenecientes a una misma familia, para impedir a la vez que distorsionen el equilibrio de poder en su seno. En ciertos casos, dos hermanos pueden incluso entrar en familias diferentes.

La Cosa Nostra tiende a seguir detenidamente el progreso de los gángsteres aspirantes antes de que crucen el umbral de la organización, haciendo a menudo que el criminal espere hasta cumplir la treintena, de modo que pueda demostrar en el curso de los años que está hecho de la pasta adecuada. La mafia calabresa admite a mucha más gente. Un informe

de la policía en 1997 estimaba que había en Sicilia 5.500 *mafiosi*, o uno por cada 903 habitantes. En comparación, en Calabria había 6.000 *‘ndranghetisti*, o uno por cada 345 ciudadanos. En Reggio Calabria, la provincia más infestada de la ‘Ndrangheta, había un afiliado por cada 160 habitantes. En otras palabras, hablando en términos proporcionales, la ‘Ndrangheta admite dos veces y media más de integrantes. Los hijos varones de un jefe son iniciados lo quieran o no. Algunos hasta son sometidos a un rito al nacer. Pero esto no implica que la mafia calabresa haya flexibilizado los criterios de pertenencia. Sugiere más bien que la organización hace gran parte del seguimiento y la selección de sus miembros una vez que ya están dentro. Se sigue un proceso de selección continuo durante toda la carrera del *‘ndranghetista*. Solo los más aptos de entre ellos, en términos criminales, habrán de ascender en la jerarquía. Los jóvenes maleantes pueden escoger especializarse en los negocios o en la violencia.

A medida que van adquiriendo mayor prestigio, progresan en una jerarquía de niveles de diverso estatus. Un *‘ndraghentista* empieza como *giovane d’onore* («joven honorable»: alguien escogido para que lo admitan en la organización, pero que todavía no es miembro). Mediante el servicio prestado día a día a sus superiores —despachando amenazas y destrozando propiedades como parte de sus actividades extorsionadoras, recaudando pagos por protección, ocultando armas y mercancías robadas, llevando comida a escondites en las montañas donde se retiene a los rehenes— asciende hasta convertirse en *picciotto* («chaval»), y luego sigue subiendo por la escalinata, que conforma un largo listado de otros rangos.

A estos grados se los denomina *doti* («dones»). Cuando se promueve a alguien a un don superior se refieren a ello como recibir una *fiore* («flor»). La concesión de cada flor está marcada por un rito. Pero es el secreto, más que los dones, la auténtica medida del estatus dentro de la ‘Ndrangheta. Desde que se inició en el siglo XIX, cada célula de la ‘Ndrangheta ha tenido siempre una doble estructura hecha de compartimentos estancos: la «Sociedad Menor» y la «Sociedad Mayor». Los reclutas más jóvenes, menos experimentados y menos confiables, pertenecen a la «Sociedad Menor». A ellos les está vedado entender lo que sucede en la «Sociedad

Mayor», a la cual pertenecen los gángsteres más experimentados. La promoción de un rango a otro, y de la «Sociedad Menor» a la «Mayor», implica el acceso a mayores secretos.

A medida que las ganancias en el seno de la ‘Ndrangheta crecían a comienzos de los años setenta, y las tensiones aumentaban dentro de ella, lo mismo sucedía con el juego de poder y con estos protocolos tan complicados. Hasta comienzos de los setenta, el grado más alto al que cualquier afiliado de la ‘Ndrangheta podía aspirar era el de *sgarrista*. Literalmente, *sgarrista* significa algo como «un individuo que hace una ofensa o que rompe las reglas». (La terminología, como muchos otros rasgos de la ‘Ndrangheta, se remonta al sistema carcelario del siglo XIX).

En torno a 1972-1973, algunos «capos de la porra» comenzaron a crear un nuevo y más elevado rango para ellos mismos: el de *santista*. Al nuevo estatus venía asociada la pertenencia a una élite secreta conocida como la *Mamma Santissima* («Madre Santísima») o Santa, para abreviar. En teoría, la *Mamma Santissima* contaba con un grupo de miembros muy exclusivo: no admitía a más de veinticuatro «capos de la porra». Convertirse en *santista* implicaba un nuevo rito, una variante del segmento superior de los rituales de iniciación existentes en la ‘Ndrangheta. A la vez, concedía ciertos privilegios al portador de este nuevo don, el más importante de los cuales era el derecho a unirse a las hermandades masónicas secretas e inicuas que comenzaban a aparecer en Italia en los años setenta.

El más notable de esos nuevos grupos masónicos fue la Propaganda 2, o P2, una conspiración de corrupción y subversión derechista que llegó al corazón mismo del sistema italiano. Cuando, en marzo de 1981, se encontró un listado (probablemente incompleto) de miembros de la P2 en el que se enumeraba a 962 de sus integrantes, este incluía

> a todos los cabezas de los servicios secretos, 195 oficiales de los distintos cuerpos armados de la República, entre los cuales había doce generales de carabineros, cinco de la policía fiscal, veintidós del ejército, cuatro de las fuerzas aéreas y ocho almirantes. Había magistrados destacados, algunos prefectos y jefes de policía, banqueros y empresarios, funcionarios públicos, periodistas y locutores.

Había también cuarenta y cuatro parlamentarios, incluidos tres ministros del gobierno. Entre los empresarios que incluía el listado había uno al que

no se podía aún considerar miembro del sistema: Silvio Berlusconi. Nunca ha estado muy claro qué propósito pensaban que tenían los miembros individuales de la P2 como Berlusconi. Pero el poder de la logia no es cuestionable: en 1977 tomó el control del diario más influyente de Italia, el *Corriere della Sera*. Lo mínimo que se puede decir de la P2 es que mostró la manera en que, ante la influencia creciente del Partido Comunista (que alcanzó su más alta votación en las elecciones generales de 1976), miembros clave dentro de las élites del poder y el dinero cerraban filas y establecían vías de influencia encubiertas.

La P2 estaba lejos de ser la única asociación masónica atípica que surgió en ese período. Los *mafiosi* querían entrar a ella en el acto. La Cosa Nostra hacía movimientos similares a los de la ‘Ndrangheta. Según el testimonio de varios desertores de las filas de la Mafia siciliana, entre 1977 y 1979, varios de sus integrantes más antiguos se unieron también a organizaciones masónicas. El tema de la afiliación masónica se analizó en la Comisión Regional de la Cosa Nostra en 1977.

La alianza de las mafias con la francmasonería en los años setenta mostró que la historia de la delincuencia había cerrado el círculo, pues los orígenes mismos de las hermandades delictivas secretas de Italia residen en los contactos que se establecieron entre los conspiradores masónicos que conspiraron con éxito para unir a Italia en la primera mitad del siglo XIX, y los matones a los que esos conspiradores patriotas reclutaron para que les sirvieran de fuerza revolucionaria. Entonces, como ahora, lo que los maleantes de Italia más valoraban eran los contactos con la francmasonería. Como explicaba Leonardo Messina, un mafioso siciliano que desertó de la Cosa Nostra en 1992:

> Muchos de los integrantes de la Cosa Nostra —es decir, los que se las ingeniaban para convertirse en cabecillas— pertenecían a la francmasonería. En los masones, uno puede tener contactos con empresarios, instituciones, los hombres que ostentan el poder. La masonería es un punto de reunión de todos.

Así que para la ‘Ndrangheta, la Mamma Santissima fue un nuevo dispositivo constitucional para regular las conexiones del inframundo calabrés con las altas esferas de la política, los negocios y la actividad

policial.

Cuando empezó, la Mamma Santissima provocó gran controversia: muchos la consideraron una «bastardización» de las reglas de la honorable sociedad. De hecho, la innovación abrió una brecha entre los integrantes del triunvirato. Mommo Piromalli la apoyó, mientras que Mico Tripodo se opuso a ella. Se dice que don ‘Ntoni Macrì, el patriarca de la ‘Ndrangheta, el «símbolo viviente de la omnipotencia e invencibilidad del crimen organizado», la rechazó visceralmente.

¿Y por qué tanta resistencia? Algunos dicen que el motivo de la oposición de don ‘Ntoni a la Mamma Santissima era tan solo su espíritu tradicionalista, el de un hombre leal a las viejas reglas. Esta explicación resulta muy poco plausible, embebida en una nostalgia de la mafia noble a la antigua que, siendo estrictos, nunca ha existido. Si don ‘Ntoni era como cualquier otro mafioso, quiere decir que se ceñía a las reglas tradicionales solo mientras estas sirvieran a sus propios intereses.

No, la verdadera razón por la que don ‘Ntoni se oponía a la Mamma Santissima era que había quedado excluido de ella. De hecho, sospecho que el nuevo don se inventó con el objetivo preciso de dejarlo fuera, de aislarlo con relación a importantes secretos. Y detrás de esa maniobra había un plan para impedir que don N’toni se entrometiera en los secuestros que otros realizaban y, más importante aún, para mantener sus ávidas manos alejadas del paquete Colombo (la bonanza inmobiliaria financiada con fondos públicos que siguió a la revuelta de 1970 en Reggio). Esa bonanza se repartía a través de los contactos con la clase dominante local y, en particular, con las cofradías masónicas. No es coincidencia que entre los que propusieron la Mamma Santissima estuviera don Mommo Piromalli, el triunviro natural de Gioia Tauro, donde se construiría la nueva planta siderúrgica. En el universo de las mafias (y no solo de las mafias), la innovación constitucional a menudo solo es una máscara para el embuste.

Entre esas dos cuestiones, las ambiciones de los hermanos De Stefano en Reggio Calabria y las tensiones entre los triunviros por la Mamma Santissima y el paquete Colombo, habrían de llevar a la ‘Ndrangheta a la guerra.

En septiembre de 1974, Mommo Piromalli celebró una reunión de los jefes de la ‘Ndrangheta en Gioia Tauro. Entre los asistentes no solo estuvieron los otros miembros del triunvirato —don ‘Ntoni Macrì de la costa jónica y el bígamo Mico Tripodo de Reggio—, sino también los ambiciosos subordinados de don Mico, los hermanos De Stefano. De manera unánime, los jefes rechazaron una oferta de las principales empresas constructoras: una tajada de un tres por ciento de las ganancias derivadas de la construcción de la planta siderúrgica en Gioia Tauro. La ‘Ndrangheta no estaría conforme hasta que su parte no fuera hinchada con contratos y subcontratos. Las tensiones dentro de la hermandad de Reggio se desbordaron: Mico Tripodo y Giorgio De Stefano intercambiaron ácidas palabras y solo la intervención de don ‘Ntoni Macrì —actuando, como siempre, de pacificador— evitó una confrontación violenta.

A ello siguió otro intento de preservar la paz en Reggio Calabria. Esta vez el pretexto no fue una reunión de negocios sino una recepción de bodas en el Hotel Jolly de Gioia Tauro. El padre de la novia era un miembro del clan Mazzaferro, un aliado cercano de Mommo Piromalli, y a los festejos acudieron «capos de la porra» de toda Calabria. Temiendo una emboscada, Mico Tripodo no asistió y pagó su ausencia con el precio de ser insultado por Paolo, el hermano menor del Cometa. De nuevo, don ‘Ntoni intentó calmar las aguas y se hicieron planes para celebrar una tercera reunión en territorio neutral: Nápoles.

Sin embargo, a esas alturas estaba claro para todos los involucrados que cualquier estallido de las hostilidades entre los De Stefano y don Mico Tripodo en Reggio Calabria habría de implicar a otras *‘ndrine*. Detrás de don Mico estaba ‘Ntoni Macrì. Y detrás de los De Stefano, Mommo Piromalli en Gioia Tauro. Así, lo que en un principio parecía un asunto local, una confrontación familiar entre un cabecilla más viejo y hombres más jóvenes empeñados en desplazarlo, había crecido hasta transformarse en una fractura que dividía a la ‘Ndrangheta en dos alianzas, ambas preparadas para la guerra. El equilibrio que el triunvirato había garantizado durante una década y media se había desestabilizado fatalmente.

El 24 de noviembre de 1974, alrededor de las ocho de la noche, dos sicarios entraron en el distinguido Roof Garden, un conocido bar frecuentado por la ‘Ndrangheta en la piazza Indipendenza de Reggio Calabria. Tras escudriñar el local, los dos identificaron enseguida la mesa a la que estaban sentados sus objetivos. El primero de ellos extrajo una P38 de cañón largo y disparó a Giovanni De Stefano en la cabeza desde apenas un metro de distancia. Cuando su arma se atascó, su cómplice alzó la suya y descargó otros dos tiros en la figura postrada de Giovanni De Stefano, antes de disparar a su vez contra su hermano Giorgio, el Cometa. Aunque el Cometa quedó gravemente herido, sobrevivió al atentado del Roof Garden; Giovanni murió en el acto. Las represalias no podían tardar demasiado. El conflicto era ya inevitable.

Don ‘Ntoni Macrì tenía el hábito de jugar cada día a los bolos con su chófer, a las afueras de la ciudad, antes de volver a su casa a atender las recepciones de turno. El 20 de enero de 1975, acababa de concluir su partida y subir a su coche cuando un Alfa Romeo 1750 frenó de repente delante de él. Cuatro hombres bajaron del vehículo y lo acribillaron con sus pistolas y ametralladoras. Siderno se paralizó con motivo del funeral del viejo «capo de la porra» y le rindieron tributo unas cinco mil personas.

La «primera guerra de la ‘Ndrangheta», como hoy se la conoce, causó más muertos que la primera guerra de la Mafia en Sicilia, a comienzos de los años sesenta. Hubo doscientos treinta y tres asesinatos en tres años. Disputas locales en Ciminà, Cittanova, Seminara y Taurianova sumaron cadáveres al recuento. Hubo brutalidades por parte de ambos bandos. En una conversación telefónica pinchada se escuchó a Mommo Piromalli decir a su esposa cómo había dado de comer a los cerdos a una de sus víctimas: «*L’anchi sulu restaru*» («Solo quedaron los huesos de los muslos»), le explicaba. «¡Ah, bien!», replicó ella.

Una veintena de los viejos cabecillas fue abatida. El último (y el más importante después de ‘Ntoni Macrì) fue el bígamo y triunviro don Mico Tripodo. En la primavera de 1976, fue arrestado con sus amigos de la Camorra en Mondragone y enviado a la cárcel de Poggioreale en Nápoles. Cinco meses después, el 26 de agosto, dos pequeños matones napolitanos lo arrinconaron en su celda y lo apuñalaron veinte veces por orden de un *capo*

de la Camorra. Los De Stefano habían demostrado que ellos también contaban con amigos en los bajos fondos napolitanos y, al recurrir a ellos para eliminar a su jefe y adversario Mico Tripodo, pusieron fin a la guerra.

O quizá aquel no fue el fin exactamente. El 7 de noviembre de 1977, Giorgio De Stefano, el Cometa, corrió el riesgo de dejar su territorio en Reggio Calabria para asistir a una importante reunión de los rangos superiores de la ‘Ndrangheta en el Aspromonte. Antes de que se iniciaran los procedimientos, se sentó en una roca a fumar un cigarrillo. De pronto, se oyó un grito: «*¡Curnutu, tu sparasti a me frati!*» («¡Cornudo, tú mataste a mi hermano!»), seguido de inmediato por una ráfaga de disparos. Al Cometa, el que parecía el triunfador de la primera guerra de la ‘Ndrangheta y presunto epítome del mafioso moderno, solo le habían permitido disfrutar un año de los frutos de su éxito militar.

Por un momento, pareció que el hermano superviviente del Cometa, Paolo De Stefano, llevaría a la ‘Ndrangheta a otra guerra, pero las investigaciones internas pronto determinaron que el autor del asesinato era un afiliado de menor rango llamado Giuseppe Suraci. A Paolo De Stefano se le dijo que lo de Suraci era solo un ajuste de cuentas personal. Los otros jefes, que habían visto morir al Cometa, aplacaron la ira vengadora de Paolo De Stefano al presentarle la cabeza seccionada de Giuseppe Suraci. Este gesto horripilante restableció la paz forjada después de la guerra de 1974-1976.

Ahora sabemos, sin embargo, que la versión del asesinato del Cometa que los demás jefes *‘ndranghetisti* le contaron a Paolo De Stefano fue un embuste que pergeñaron con ingenio entre ellos. El sicario Giuseppe Suraci no había actuado por *vendetta* personal, sino porque los Piromalli, aliados de los De Stefano en la primera guerra de la ‘Ndrangheta, le ordenaron hacerlo. Enseguida fue decapitado para evitar que Paolo De Stefano lo interrogara y supiera por qué había matado realmente a su hermano.

Para cuando se produjo la muerte del Cometa, Mommo Piromalli estaba semirretirado y había dejado los negocios cotidianos del clan en manos de su hermano menor, Giuseppe. Y Giuseppe había puesto objeciones a la forma en que Giorgio De Stefano, el Cometa, había extorsionado a un constructor inmobiliario bajo la protección de Piromalli. Así, el Cometa

había cometido un *sgarro*: una ofensa a la autoridad y el honor de un mafioso. Ese *sgarro* fue suficiente condenarlo a muerte. Taimados e implacables, los Piromalli habían reducido a su justo lugar a sus antiguos aliados presuntuosos.

Así que el auténtico ganador de la primera guerra de la ‘Ndrangheta fue el clan de Mommo Piromalli. La razón primordial del éxito de esta familia fue su astucia política. Mommo Piromalli se unió al triunvirato para mantener el equilibrio solo hasta que le fuese bien a él. Entonces, cuando llegó la hora de aislar a sus adversarios, propuso la Mamma Santissima. También utilizó al Cometa contra sus enemigos, y luego se valió de una treta para deshacerse de él.

Mommo Piromalli era el único miembro del triunvirato que dirigió la ‘Ndrangheta a partir de los años sesenta que murió por causas naturales. Una cirrosis hepática se lo llevó de este mundo en un hospital carcelario en 1979. Dejó tras de sí un clan más poderoso que cualquier otro en Calabria. Hasta hoy, los Piromalli son una fuerza principal en el escenario. Como lo son, en ese sentido, sus aliados en la primera guerra de la ‘Ndrangheta, la familia De Stefano.

A finales de los setenta, sin embargo, ya se había superado la Mamma Santissima. Tal como ha explicado un desertor de la ‘Ndrangheta, el número de *santisti* aumentó rápidamente, haciendo necesario introducir nuevos y más elevados dones por encima de ese nivel:

> Pocos años después de que se reconociera la Santa, hubo cierta inflación al otorgar el rango de s*antista*. En rigor, ya no había los treinta y tres *santisti* previstos por las reglas y, para mantener contentos a todos los que aspiraban al rango, fueron creados más *santisti*. Así que, entre 1978 y 1980, escuché que se había creado un nuevo cuerpo, llamado el Vangelo («Evangelio»). A mí me otorgaron el grado de *vangelista* («evangelista») entre 1978 y 1980, en la cárcel de Fossombrone.
>
> En términos prácticos, el Vangelo estaba restringido a un número menor de personas que la Santa, que había aumentado de treinta y tres personas a un número mucho mayor. Pero lo mismo ocurrió entonces con la creación de la Trequartista («Tres-cuartista») y el Quintino («Quintino»).

Y así prosiguió el cuento: el negocio de torcer y doblarle la mano a las reglas tradicionales de la ‘Ndrangheta para cumplir con las exigencias del momento. En el mundo mafioso no hay nada más tradicional que eso. La

tradición ayuda a mantener la cohesión de las mafias, pero también puede servir para preparar la guerra civil. La primera guerra de la ‘Ndrangheta fue solo un ensayo de lo que habría de venir cuando las drogas llevaran a las mafias a acuñar mayor riqueza que la que nunca antes habían tenido.

Breve historia del «caballo»

> Entonces Helena, nacida de Zeus, pensó otra cosa: por lo pronto echó en el vino del que bebían una droga para disipar el dolor y aplacadora de la cólera que hacía echar al olvido todos los males. Quien la tomara después de mezclada en la crátera, no derramaría lágrimas por sus mejillas durante un día, ni aunque hubieran muerto su padre y su madre o mataran ante sus ojos con el bronce a su hermano o a su hijo.
>
> HOMERO, *Odisea* IV, 42

El opio es una droga oriental muy antigua que ha aterrado y, a la vez, cautivado a la civilización occidental desde la antigua Grecia. La droga *nêphentes*, que Helena administra en la *Odisea* homérica, es probablemente opio.

La heroína, por el contrario, es hija del capitalismo moderno, global; es un nombre comercial acuñado por la empresa farmacéutica alemana Bayer a finales del siglo XIX. Lo que Bayer creía que estaba lanzando al mercado era una versión nueva y segura de la morfina, un derivado del opio que no trajera consigo los mismos riesgos de crear dependencia. En cambio, lo que estaba vendiendo en realidad era incluso más adictivo que la morfina, pero venía presentado de una manera tan tranquilizadora y tan avalada por la opinión médica que, durante la década siguiente, incluso muchos de los jarabes infantiles para la tos la incluían entre sus componentes. No debe, pues, sorprendernos que Estados Unidos contabilizara una cifra superior a los doscientos mil adictos a la heroína en la época en que terminó la Primera Guerra Mundial.

En China, el problema de la adicción a los opiáceos era cuando menos un siglo más antiguo. Por la época en que se inventó la heroína, los chinos enganchados al hábito de fumar opio se contaban por millones. A lo largo

del siglo XIX, los mercaderes británicos habían llevado opio desde la India hasta el Reino (Celestial) Unido. A las órdenes de esos mercaderes, el gobierno británico se enfrascó en dos guerras para obligar a China a aceptar el libre comercio de una droga que estaba agujereando su tejido social. *The Cambridge History of China* califica el negocio británico del tráfico de opio como «el crimen internacional más prolongado y sistemático de los tiempos modernos».

En 1912, Estados Unidos, China y Gran Bretaña firmaron el primer tratado internacional cuyo objetivo era controlar la producción y la distribución de narcóticos; en 1919, sus cláusulas se incluyeron en el Tratado de Versalles, que selló la paz al concluir la Primera Guerra Mundial. Acababa de ver la luz una nueva era de control de las drogas. De ahí en adelante, los principales abastecedores y distribuidores de heroína y otras drogas no serían ya las empresas farmacéuticas, los comerciantes y los gobiernos (no abiertamente, cuando menos), sino los sindicatos del crimen en su lugar.

La Mafia siciliana estuvo entre los primeros protagonistas del mayor mercado consumidor de heroína ilegal, Estados Unidos. Con bases en Sicilia occidental y Nueva York, sus vínculos comerciales transatlánticos y su amplia red de contactos en Norteamérica, los *mafiosi* gozaban de una posición ideal para esta clase de contrabando. Entre las dos guerras mundiales, la morfina se escondía en naranjas huecas o en embalajes de otras exportaciones sicilianas, como las de anchoas, aceite de oliva y queso.

Pero el negocio de la Mafia con la heroína siguió operando a un nivel artesanal. Es más, el mercado del sector disminuyó. En torno a 1924, el número de adictos al conjunto de todas las drogas en Estados Unidos no era, con toda probabilidad, superior a unos ciento diez mil. La Segunda Guerra Mundial interrumpió de manera tan abrupta los suministros de opiáceos que, cuando terminó, el número de adictos había caído a una cifra estimada de veinte mil personas.

El tráfico se reanudó tras la Segunda Guerra Mundial, del mismo modo que lo hizo la implicación de la Mafia en él. Por entonces, no había en Italia un mercado local de consumidores de drogas. Además, hasta 1951, las empresas farmacéuticas de la península podían producir la heroína de

manera legal con fines médicos. Una parte de esa heroína legal encontró una vía hacia Estados Unidos para su venta en el mercado negro. Lucky Luciano, como varios otros *mafiosi* enviados de vuelta a Italia después de la guerra, era exportador de heroína. Sin embargo, el uso de la misma siguió restringido en buena medida a los guetos negros y portorriqueños de Estados Unidos, con lo que la droga era solo uno de los muchos otros intereses comerciales de los *mafiosi*.

La heroína comenzó a jugar un papel más importante en la actividad empresarial criminal de Sicilia después de 1956, cuando se aprobó en Estados Unidos la Ley de Control de Narcóticos. Puesto que la ley fijaba nuevas condenas muy severas para el tráfico de drogas, los traficantes de heroína de la Mafia neoyorquina intentaron transferir el trabajo y sus riesgos como les fuera posible a sus primos del Viejo Mundo. Como hemos visto, una delegación de la familia Bonanno de Nueva York viajó a Palermo en 1957 para una reunión de alto nivel en el Hotel delle Palme. Como más tarde describiría un fiscal general de Estados Unidos, cada cual en ese hotel era una «estrella en alza de los narcóticos». Y hubo otros indicios claros de que Sicilia se había convertido en un centro principal de distribución de heroína. En 1961, la *Guardia di Finanza* desarticuló un circuito de contrabando internacional de droga con base en Salemi, en la provincia de Trapani, pero que incluía en su seno a hombres de honor canadienses y estadounidenses. En febrero de 1962, estalló la primera guerra de la Mafia cuando un consorcio mafioso de tráfico de drogas compuesto por varios cabecillas de diferentes familias de Palermo se peleó por una partida de heroína destinada a Estados Unidos. Cuando la Cosa Nostra de Palermo se dispersó tras la bomba de Ciaculli, en 1963, muchos de los principales hombres de honor huyeron a Norteamérica para dedicarse a tiempo completo al tráfico hacia el mercado estadounidense.

De manera subyacente al creciente activismo comercial de la Mafia siciliana surgió una nueva epidemia de consumo de heroína en Estados Unidos. Una epidemia que cobró impulso desde mediados de los años sesenta, a medida que se extendía la contracultura afín a las drogas y que las fuerzas militares norteamericanas se desplegaban en Vietnam. Durante la guerra, refinadores con base en Laos y ligados a oficiales corruptos de la

fuerza aérea survietnamita controlaban un grueso corredor de distribución hacia Saigón. En 1971, el personal médico del ejército de Estados Unidos calculó que entre un 10 y un 15 por ciento de todas las tropas norteamericanas desplegadas en la región estaban consumiendo heroína. Por la misma época, los adictos en casa y en el mercado estadounidense habían aumentado a medio millón (dos veces y media más que la cifra registrada cuando la heroína era un ingrediente legal en muchos medicamentos patentados). La droga ya no era una industria casera.

Los campos de amapolas productoras del opio se encuentran casi exclusivamente en las tierras altas que serpentean a través del borde meridional de Asia: desde la llanura de Anatolia en Turquía, por el oeste, pasando por Irán, Pakistán, Afganistán y la India, hasta terminar en la región de gran productividad conocida como el Triángulo Dorado, donde convergen Burma, Laos y Tailandia. En los años sesenta, la mayor parte de la heroína consumida en Estados Unidos procedía de Turquía, donde era posible el cultivo legal de la amapola del opio, pero donde una gran tajada de la producción se derivaba al mercado ilegal. Entre los cultivadores turcos y los adictos estadounidenses había una larguísima cadena de intermediarios, contrabandistas y especuladores. Como los policías y guardias aduaneros a los que se pagaba para que miraran hacia otro lado. Y los camelleros que alimentaban a sus animales con bolsas de plástico llenas de pasta de opio con el fin de pasarla a través de la frontera turca. O los primeros refinadores, que hervían la pasta de opio cruda con cal viva para que precipitara la morfina. O los conductores de camiones que creaban compartimentos secretos en los cargamentos de frutas y verduras destinados a los mercados turcos en Alemania. O los técnicos que refinaban la morfina hasta convertirla en heroína: una delicada operación que implicaba calentarla con ácido acético a una temperatura muy concreta y durante un tiempo muy concreto. En cada una de estas etapas, el precio —y el margen de ganancia— subía en progresión geométrica. Dependiendo de dónde se situaba uno en la cadena y —lo que era casi tan importante— de cuántos eslabones de esa cadena controlara, la heroína podía generar el dinero equivalente al sueldo de un pastor de cabras o al de un magnate del petróleo.

En esta fase de la historia de la heroína, los *mafiosi* sicilianos no eran los principales proveedores de Estados Unidos. En los sesenta, el grueso de la heroína consumida en Norteamérica llegaba a través de manos corsas. Los corsos llevaban la iniciativa, con una red mundial de contactos y una base segura para sus refinerías en Marsella. Allí los clanes corsos obtuvieron un blindaje político para sus operaciones ya que los subcontrataron para acabar con las huelgas y los comunistas, lo que convirtió a la ciudad portuaria de Francia en una de las grandes capitales criminales europeas. En torno a 1970, la heroína de Marsella había cobrado fama entre los adictos norteamericanos. Los *mafiosi* proveían una red de distribución en Estados Unidos. Así, los sicilianos formaban parte de un negocio corso, aunque estaban subordinados a ellos por necesidad.

El sistema corso entró en el caos a principios de los años setenta. Con la opinión pública estadounidense alarmada ante el aumento de la adicción a la heroína, en particular entre las tropas combatientes, el presidente Richard Nixon declaró una «guerra a las drogas». Y la vía Turquía-Marsella-Nueva York, conocida como la «Conexión francesa» (*French Connection*), se identificó como el objetivo estratégico de la guerra. Estados Unidos empezó a ofrecer al gobierno turco generosas razones financieras para que suspendiera el cultivo de opio legal, que en efecto cesó tras la cosecha de 1972. Entretanto, en Francia, los corsos estaban perdiendo sus amistades en las altas esferas. En noviembre de 1971, un agente de los servicios secretos franceses que había estado traficando con heroína desde Marsella con los corsos fue procesado en Estados Unidos, lo que generó un gran escándalo político en Francia. Además, el problema creciente de la heroína en Francia aumentó la presión sobre el gobierno galo para que decretara restricciones al respecto. Una a una, las refinerías de Marsella se cerraron y los químicos fueron a la cárcel.

Los sicilianos, que ocupaban un segmento menos estratégico del suministro de heroína a Norteamérica, parecieron quedar marginados con la destrucción de la *French Connection*. Los adictos estadounidenses sufrieron una sequía de heroína, pero los sicilianos ocupaban un segmento menor de ese mercado que se había visto reducido. En 1976, el tan esperado informe final de la investigación parlamentaria de la Mafia en Italia se apoyó en las

pruebas de incautación de drogas en Estados Unidos, ocurridas a comienzos de los años setenta, para argumentar que «gran parte de la heroína destinada al mercado estadounidense ya no pasa por Italia, como había sucedido alguna vez». Al parecer, se estaba ganando la guerra contra las drogas.

En verdad, todo cuanto ocurría era que la ley de la oferta y la demanda se estaba tomando su tiempo para operar en el sistema global del narcotráfico. La escasez de heroína en el mercado estadounidense hizo que subieran los precios, con lo cual era más rentable asumir el riesgo de crear nuevas vías de aprovisionamiento. La producción turca pronto revivió, tras el acoso inicial. Peor aún, a medida que las tropas norteamericanas eran repatriadas desde Vietnam, los proveedores de morfina y heroína del Triángulo Dorado buscaban con avidez nuevos puntos de venta. Entre los proveedores asiáticos y los desesperados adictos de Estados Unidos había ahora nuevas y tentadoras oportunidades para los intermediarios y refinadores. Y fue en este momento cuando la Mafia siciliana entró en el negocio. Tras la *French Connection* vino la *Pizza Connection*. La Cosa Nostra estaba a un paso de volverse adicta.

Mister Champagne: corredor en el mercado de heroína

Gaspare Mutolo, hijo de un cobrador del sistema tranviario en Palermo, asimiló con naturalidad los rigores psicológicos que supone la vida de un asesino profesional. Poco después de iniciarse en la Cosa Nostra, le mostraron lo que sucedía en una cámara de tortura de la Mafia. Enseguida recibió una lección práctica en la técnica de aplicar el garrote para estrangular a alguien, aunque vomitó cuando la sangre comenzó a brotar de la nariz y los oídos de la víctima justo antes de morir. A continuación le enseñaron a amarrar un cuerpo para transportarlo en el maletero de un coche y a enterrarlo en cal viva (de modo que se descompusiera rápidamente, más allá del alcance de la ciencia forense) y fertilizantes (para que el lugar de la fosa quedara cubierto de vegetación). Incluso le enseñaron qué aspecto tenía un cuerpo después de pasar dos o tres meses en una de esas fosas acondicionadas.

El proceso de endurecimiento tuvo sus dividendos cuando Mutolo realizó en solitario el primero de sus múltiples asesinatos con calmada eficacia, cercenando la garganta a un hombre de honor disidente, durante un falso robo. Matar se convirtió muy pronto en una rutina, como lo había sido para tantos otros *mafiosi* de las generaciones precedentes.

> Nunca he tenido miedo la tarde antes de matar a alguien. Solo hace falta que estés convencido de lo que vas a hacer. A veces he estado más pensativo la noche antes y he reflexionado lo fácil que es matar a alguien o que te maten… En ocasiones, he experimentado una extraña sensación de lástima, especialmente cuando he tenido que matar a jóvenes a cuya familia tal vez conocí.

Mutolo recibió entonces un entrenamiento rápido en todos los

principales negocios criminales que habían ido transformando a las mafias italianas desde la década de 1950: haciéndolas cada vez más ricas, ampliando sus horizontes geográficos, vinculándolas entre sí, engrosando sus nexos con los políticos. Una vez lo enviaron a Nápoles, se involucró enseguida con los *camorristi* en el contrabando de tabaco. Entonces lo enviaron a la próspera región septentrional de Lombardía a reunir información sobre posibles objetivos de secuestro. Cuando volvió a Palermo, Mutolo también aprendió a ganar dinero con los proyectos inmobiliarios del sector público.

> Lo único que hay que hacer es establecer buenas relaciones con unos pocos gerentes locales. Cuando el gobierno regional siciliano saca a licitación un contrato, hay hombres vinculados a la Cosa Nostra que gestionan las negociaciones. De esa manera, algunas empresas fantasma obtienen los contratos y los traspasan al grupo de la Mafia que se esconde tras ellas. Para darle una idea de las ganancias: si un contrato vale 1.000 millones de liras [1,65 millones de euros al valor de 2011], el 10 por ciento va a manos del político que bloquea a los competidores y se asegura de que el contrato vaya a la gente correcta, y el resto a manos de un mafioso que verá así duplicado su dinero en el curso de un año.

Mutolo demostró ser un subordinado obediente de su jefe, Saro Riccobono, de la familia Partanna-Mondello. Todo marchaba bien en su carrera de mafioso, buena pero en ningún caso excepcional.

De pronto, en 1975, explotó un nuevo negocio que habría de proporcionar a la Mafia más dinero que el contrabando de tabaco, el secuestro y la construcción juntos. Mutolo recuerda haber estado en una reunión charlando con otros hombres de honor sobre las redes de extorsión, cuando Tano Badalamenti irrumpió en ella y dijo: «Señores, tenemos la opción de ganar diez veces más con las drogas». Badalamenti, cabecilla de la Comisión Palermo, con buenos contactos en Estados Unidos, había identificado el vacío que había generado en el mercado la guerra contra las drogas del presidente Nixon y estaba muy bien situado para explotarlo.

La Cosa Nostra empezó a participar en el negocio de la heroína a través de los mismos canales que empleaba para el contrabando de cigarrillos. La mercancía viajaba en los mismos contenedores que los «rubios». Las familias de Palermo fusionaban sus inversiones en empresas conjuntas de la misma forma que lo habían hecho con los mayores cargamentos de tabaco.

Los pagos se hacían a través de los mismos bancos suizos empleados para transferir dinero a algunas de las principales multinacionales del tabaco. Como decía irónicamente Mutolo, «si hay algún pillo en esta historia, esos son los suizos». Tano Badalamenti asumió personalmente la primera expedición a Turquía para contactar con los proveedores. El esquema resultante fue un éxito rotundo. En un lapso de cuarenta días, todos los inversores habían triplicado su dinero. La acometida de la Cosa Nostra en el tema de la heroína no había hecho más que empezar.

Los *mafiosi* se tiraron de cabeza a la marea del polvo blanco, adaptando sus viejas técnicas para generar redes y corromper el sistema, y adquiriendo con rapidez nuevas habilidades. Nunzio La Mattina, un hombre de honor de la familia de Porta Nuova, se sometió a un nuevo entrenamiento, que habría de tener repercusiones históricas: si antes se había valido de sus conocimientos de química para probar la composición exacta del zumo de limón de Sicilia, ahora se transformó en un refinador de heroína a gran escala. Otros *mafiosi* aprendieron el mismo negocio asistiendo a cursos que daban los corsos, llegados con ese fin desde Marsella. Entre ellos, Francesco Marino Mannoia, de la familia de Santa Maria di Gesù. Cada vez que llegaba un cargamento grande de morfina, Marino Mannoia pasaba una semana entera entre los gases de uno de los muchos laboratorios que habían proliferado en toda la isla. Cuando volvía al exterior, su piel estaba escamosa y sus pulmones irritados. Se le conocía como «Mozzarella», porque era sencillo y nada ostentoso y en los restaurantes pedía siempre mozzarella y ensalada de tomate, la oferta más simple y segura del menú. Sus hábitos personales no cambiaron ni siquiera cuando, al ser uno de los químicos más importantes de la Cosa Nostra, se volvió enormemente rico.

Gaspare Mutolo escogió otra especialidad: se convirtió en un intermediario, un corredor que contactaba con los proveedores mayoristas del Próximo y Lejano Oriente, llevando remesas a Sicilia y vendiéndolas a los traficantes de la Cosa Nostra con acceso a Estados Unidos. Como agente importante de la heroína, Mutolo poseía un mapa fiable de la política y la economía al que estaba sujeto el tráfico de la Mafia. Lo que mostraba ese mapa es que la Cosa Nostra no entró en bloque en el negocio de la heroína. Ni se convirtió en una corporación multinacional de libro con el auge de la

heroína a finales de los setenta. En cambio, actuó como lo que es y lo que siempre ha sido: una francmasonería de delincuentes. Cada miembro individual del club, cada pequeña red de amigos en su interior, cada una de sus familias y cada una de las estructuras coordinadoras de alto nivel como la Comisión Palermo, tenían la capacidad de adoptar una función dentro del entramado. Como bien lo explicaba después el propio Mutolo:

> En el tráfico de drogas, si los negocios son reducidos los puede gestionar una familia. Todo el mundo es independiente y hace lo que quiere. Pero a veces alguien se involucra en una gran remesa que podría interferir con otros *mafiosi* y su trabajo, con lo que está haciendo toda la organización. Algunos negocios grandes pueden abarcar todo un mercado. En tales casos, la Comisión puede intervenir y sus miembros pueden incorporarse al asunto para imponer alguna forma de organización del negocio. Así que la Comisión interviene en todos los sectores importantes.

Así se desarrolló una especie de mercado interno entre los hombres de honor. Algunos mayoristas vendían remesas de pasta base de morfina a refinadores que conocían dentro de la hermandad. Cuando esta se había transformado ya en heroína, la compraban toda de nuevo. A menudo, los jefes de familia no negociaban nunca de manera directa en el mercado de la heroína, sino que se conformaban con relajarse y cobrar «impuestos» a los traficantes que conocían: una forma bastante menos arriesgada de ganar dinero.

En 1976, justo cuando sus inversiones en heroína comenzaban a despegar, Mutolo fue arrestado; el encarcelamiento supuso un salto cuántico a su estatus delictivo. «¡Dios bendiga estas cárceles!», proclamó más adelante. El compañero de celda de Mutolo en Sulmona, en la Italia central, era un importador chino-singapurense de heroína, de cabellos largos, llamado Ko Bak Kin. Aunque ninguno de los dos hablaba la lengua del otro, a Mutolo le gustó Kin. En sus comidas compartidas y a través de mínimos gestos de generosidad, comenzaron a desarrollar lo más valioso que hay dentro del traicionero mundo del tráfico internacional de drogas: la confianza. Cuando Kin había aprendido suficiente italiano para hablar de negocios, le dijo a Mutolo: «Gaspare, prométemelo: tan pronto salgas, llámame. Te enviaré toda la droga que necesites». En 1979, justo antes de que Kin cumpliera su condena, Mutolo le dio su reloj de oro y joyas para

que pagara su estancia en Roma y un billete de avión destinado a contactar con sus proveedores en Tailandia. Kin le dio a cambio una dirección postal en Bangkok.

Poco después, en 1981, el propio Mutolo obtuvo autorización para disfrutar de un día de permiso. Para que se reintegrara al mundo del trabajo honrado, se le asignó un puesto en una fábrica de muebles en Teramo, también en la Italia central, pero la posición de contable no encajaba mucho con las habilidades de Mutolo, así que convenció al propietario de la fábrica para que lo hiciera su representante en Palermo. También le concedieron períodos de estancia en Sicilia por motivos «familiares». Mutolo hizo traer a Teramo su Ferrari Dino y su Alfa Romeo GTV 2000, para rugir con ellos por la carretera que conduce a Sicilia, a sus reuniones de negocios. Luego alquiló una gran villa al borde del mar, cerca de Teramo, y empleaba como despacho una suite en el Hotel Michelangelo, de cinco estrellas. Desde allí hacía llamadas a Australia, Brasil, Venezuela y Canadá.

El negocio de las drogas de Mutolo subió disparado. Muy pronto reunió una sociedad de delincuentes comunes, amigos y parientes para que gestionara los cientos de kilos de heroína importada de Tailandia por Ko Bah Kin. Cuando las autoridades comenzaron a descubrir algunos de los laboratorios en Sicilia, Mutolo y Kin dieron un giro a un esquema que haría del refinamiento algo mucho más seguro y pondría en sus manos incluso más eslabones dentro de la cadena de suministros. Kin buscaba la morfina de base en Tailandia. Un socio de Mutolo dentro de la Mafia arreglaba su transporte a Europa en barco. A bordo había un hombre de honor de la familia Mutolo de la Cosa Nostra para actuar como guardián. Tan importante como esto era que hubiese un químico, de modo que la heroína —hasta cuatrocientos kilogramos en un solo envío— estuviese lista para ponerla en el mercado nada más llegar.

«1981: mi momento mágico, el mejor año de mi vida», recordaba Mutolo. Trajes Armani, bufandas de hilo plateado, calzado de diseño, relojes Cartier para sus amigos… Entre los abogados, médicos y profesores de Teramo, cuya compañía cultivaba, Mutolo llegó a ser conocido como *Mister Champagne*. Hoy en día, tras convertirse en testigo de cargo, lleva una existencia humilde bajo una identidad falsa y conduce una motocicleta

en lugar de un Ferrari. Es comprensible que sienta nostalgia de los lujos de su vida pasada, pero en su fuero interno sabe muy bien que todo eso era pura pompa. Las conversaciones telefónicas pinchadas y otras pruebas que habrían de terminar condenándolo por tráfico de heroína, nos lo muestran valiéndose cuidadosamente de su riqueza para dispensar favores y hacer amistades. Para evitar las tensiones políticas dentro de la Cosa Nostra, Mutolo se aseguró siempre de que las familias de Palermo tuvieran oportunidad de invertir en nuevas remesas y que la heroína que llegaba a Sicilia se distribuyese con equidad. Mantuvo a su jefe contento, de manera que la estima que le tenía Saro Riccobono creció mucho, hasta convertirlo en uno de los miembros principales de la familia Partanna-Mondello. Al final, dentro de la Cosa Nostra, el dinero no significa nada a menos que se convierta en poder.

Las grandes cantidades de heroína barata que se canalizaban a través de Italia en los setenta provocaron una eclosión del consumo de drogas en la península. En 1970, apenas si se registraba un problema con la heroína. En torno a 1980, Italia tenía en proporción más adictos a la heroína per cápita que Estados Unidos. Cualquiera que visitara alguna de las principales ciudades italianas en los ochenta recordará las jeringuillas de plástico tiradas en la cuneta, en calles silenciosas.

Pese al aumento en Italia del consumo local (y, por consiguiente, de las muertes por sobredosis), el mercado estadounidense siguió siendo el mayor consumidor del mundo en términos absolutos. Gaspare Mutolo era una pieza elemental dentro del complejo sistema de «pasar el paquete» de heroína desde Oriente a través de Sicilia y hacia Estados Unidos, pero distaba con mucho de ser la más importante. De hecho, él mismo se dio cuenta pronto de que los *mafiosi* que ocupaban los puestos estratégicos en la cadena de suministros a Norteamérica eran los que funcionaban con un pie a cada lado del Atlántico.

El Sindicato Transatlántico

El 22 de abril de 1974, un pequeño grupo de *mafiosi* se sentó a charlar en una heladería de Saint-Léonard, la Pequeña Italia de Montreal. Dos de ellos lideraban la discusión. Uno era el propietario del bar, Paolo Violi, subjefe de la Cosa Nostra en Quebec. El invitado de Violi había llegado directamente de Sicilia: era Giuseppe «Pino» Cuffaro, un hombre de honor también originario de la provincia de Agrigento. Ambos hablaban una jerga común en la esfera del poder político dentro de la Mafia. Una jerga que —a pesar de la barahúnda de conversaciones de fondo, el estruendo de vajilla y el crepitar de un micrófono oculto— la policía canadiense pudo grabar.

Violi dio inicio a los cumplidos: «¿Así que el viaje fue bien? Besémonos el uno al otro…».

En respuesta, Pino Cuffaro apenas pudo contenerse de soltar las noticias que traía de Sicilia: «Bueno, Paolo, antes de que te bebas ese capuchino tengo que anunciarte una grata sorpresa, una sorpresa muy querida y, obviamente, emocionante para nosotros… Carmelo ha sido nombrado representante en nuestro pueblo».

Entonces, entre sorbos de café, siguió una larga sesión informativa sobre los recientes nombramientos de la Cosa Nostra en la lejana provincia de Agrigento. Quién era el jefe provincial, quiénes los *capimandamento* (jefes de distrito), los *consiglieri* y los recién iniciados. Debatieron la situación de la Cosa Nostra en toda Sicilia, haciendo hincapié en el hecho de que la Comisión Palermo estaba aún en receso. Y mencionaron los nombres de amigos mutuos, como el de don ‘Ntoni Macrì —el jefe de la ‘Ndrangheta en Siderno, que al mismo tiempo era miembro de la Cosa Nostra (y que, sin saberlo ninguno de ellos, habría de jugar a los bolos por

última vez solo unos meses después).

Pero Pino Cuffaro no había hecho ese largo viaje hasta Quebec solo para poner al día a sus amigos canadienses respecto a las idas y venidas en la patria lejana. Había ido, de hecho, a solucionar un tema delicado, relativo al protocolo diplomático a seguir. ¿Podía un hombre de honor de Sicilia llegar a América y asumir la plena «ciudadanía» dentro de la Cosa Nostra local? Detrás de esta cuestión estaba el asunto fundamental de si la Cosa Nostra era una hermandad transatlántica única o si las ramas americana y siciliana eran entidades separadas. Las posiciones al respecto estaban tan encontradas y la discusión subió de tono hasta tal punto que los presentes hubieron de reunirse dos veces.

Paolo Violi, el gángster canadiense, apostaba por una regla de cinco años: cualquier siciliano que llegara a Canadá tendría que pasar por cinco años de seguimiento antes de que se le concediera el pleno estatus dentro de la organización. El visitante siciliano no quería que hubiese barreras entre Sicilia y el Nuevo Mundo.

¿Quién tenía razón? La verdadera respuesta es que, en realidad, no tenía importancia. En el mundo mafioso, las reglas son muy importantes, pero son a la vez maleables: los *mafiosi*, como todo el mundo, tienden a interpretar las normas de manera que encajen con sus intereses. Ni siquiera una regla tan básica como la relación entre las filiales americana y siciliana de la Cosa Nostra era permanente e inamovible.

Es significativo que Paolo Violi, el dueño de la heladería que insistía en la regla de los cinco años de iniciación en la Cosa Nostra americana, fuese en realidad un ejemplo viviente de la flexibilidad de la regla. Porque él era calabrés, y su bar se llamaba Reggio, en honor a la ciudad del sur de Calabria, lugar de nacimiento de la ‘Ndrangheta. Como muchos jóvenes matones calabreses que emigraron a los centros fundamentales del crimen organizado en las Américas, Violi hizo su carrera no en la ‘Ndrangheta sino en la Cosa Nostra americana. Estados Unidos fue donde empezaron a estrecharse los vínculos entre las mafias calabresa y siciliana y también donde persistieron. Pero, a pesar de la prolongada historia de apertura de la Mafia norteamericana a los recién llegados, incluso a los calabreses, en la primavera de 1974 el inmigrante calabrés Paolo Violi se mostró inflexible

respecto a que los *mafiosi* sicilianos tuvieran que pasar cinco años en observación antes de que se les otorgara la plena condición de miembro de la Cosa Nostra de Estados Unidos.

Así que los aciertos y errores constitucionales de la postura de Violi son mucho menos relevantes que la pregunta de por qué defendía ese argumento: ¿qué interés personal intentaba enfundar en los ropajes constitucionales?

Por la época de la reunión en la heladería, el fracaso de la *French Connection* ya estaba empezando a intensificar la implicación de la Mafia en la importación de heroína a Estados Unidos. Violi era un jefe que tenía su base en un territorio concreto, no un narcotraficante. Como tal, se sentía amenazado por este negocio infinitamente beneficioso que tenía presencia en varios territorios, y que él no podía controlar. En el caso específico de Quebec, los que inquietaban a Violi eran los Cuntrera y los Caruana: dos líneas de parentesco de la Mafia siciliana entremezcladas por varias generaciones en un único clan que simultáneamente era una red de negocios. Había dos integrantes de ese clan, Pasquale y Liborio Cuntrera, que se habían trasladado a Canadá en 1951, más o menos cuando llegó también Paolo Violi. A continuación, muchos otros miembros del clan Cuntrera-Caruana se sumaron a la diáspora de la Mafia siciliana que sobrevino tras el coche bomba de Ciaculli en 1963. Pero, en lugar de establecerse de forma permanente en un único lugar, los nuevos exiliados se convirtieron en traficantes ambulantes de heroína, una red internacional cambiante que financiaba, buscaba y embarcaba la heroína en grandes cantidades y luego blanqueaba e invertía las ganancias. En los años siguientes se hallarían sus huellas en Canadá, Estados Unidos, México, Brasil, Honduras, las Bahamas, Antigua, el paraíso fiscal caribeño de Aruba, India, Alemania y Suiza… y en Woking, en Surrey. Venezuela era la base operativa estable del clan, un centro de comercialización de la heroína destinada al mercado estadounidense. Allí los Cuntrera-Caruana poseían un enorme rancho ganadero fortificado cerca de la frontera colombiana, con su propio aeropuerto. Cuando el hijo de Pasquale Cuntrera contrajo matrimonio, el suceso apareció en televisión y el presidente venezolano fue testigo de la boda.

Giuseppe Cuffaro, el mafioso que discutía con Paolo Violi en la heladería, era un vendedor itinerante del grupo Cuntrera-Caruana. Por eso quería el libre acceso de los emisarios mafiosos al mercado canadiense.

La red Cuntrera-Caruana se centraba en un grupo de astutos *mafiosi* móviles y bien relacionados, cuya riqueza espectacular les permitía conseguir amigos en todas partes del mundo. Se ha considerado a los Cuntrera-Caruana y demás comerciantes de heroína itinerantes como una mafia por derecho propio. Formaban lo que podríamos denominar un «Sindicato Transatlántico», cuyo poder flotaba peligrosamente ajeno a los territorios controlados por las filiales siciliana y americana de la Cosa Nostra. Estos individuos podían imponer sus términos a los jefes locales como Violi en cualquier territorio donde encontraran oportunidades de mercado o inversión. La lealtad de los «soldados» a su capitán o jefe podía comprarse con facilidad. Tanto es así que, el 22 de enero de 1978, Paolo Violi pagó muy cara su interpretación quisquillosa y proteccionista de las reglas de la Mafia al ser asesinado a tiros cuando jugaba una partida de cartas en su heladería.

Canadá no fue el único lugar donde los micrófonos ocultos registraron lo mucho que el Sindicato Transatlántico estaba alterando el equilibrio de poder dentro de la Mafia a finales de los setenta. En una operación secreta de fama justificada, el agente especial del FBI Joseph D. Pistone se infiltró en la familia Bonanno de Nueva York, haciéndose pasar por un tal «Donnie Brasco». El memorable filme de 1997 sobre la historia de Pistone, protagonizado por Johnny Depp y Al Pacino, no llega a captar el contexto histórico crucial de la operación. Pistone/Brasco fue un testigo de primera mano del surgimiento de los *zips* o *greasers*, términos despectivos con que los *mafiosi* locales se referían a los hombres de honor sicilianos que habían establecido su negocio en Estados Unidos en los últimos tiempos, por sus orígenes campesinos y latinos. Había dos razones por las que los *mafiosi* neoyorquinos se ponían nerviosos con estos recién llegados. La primera era que se había concedido a los *zips* el derecho exclusivo a proveer heroína al

por mayor a las familias Bonanno y Gambino de Nueva York. La segunda, que constituían una facción autónoma cuyo poder en el seno de la Cosa Nostra americana estaba en alza. Aquellos a los que los soldados de la familia Bonanno llamaban *zips* eran, en realidad, miembros del Sindicato Transatlántico.

El micrófono oculto en Pistone grabó la reacción de dos mafiosos de Nueva York a la noticia de que iban a otorgarse grados a los sicilianos dentro de la organización estadounidense:

> Esos tíos [los *zips*] tratan de controlarlo todo. No podemos hacerlos capitanes. Perderíamos toda nuestra fuerza.
>
> Esos putos *zips* no van a retroceder ante nadie. Dales el poder, y si no te joden ahora, te joderán dentro de tres años. Te enterrarán. No puedes darles poder. Les importa una mierda. Les da igual quién sea el jefe. No tienen respeto.

Los *zips* tenían nombres y caras. John Gambino era uno de ellos: se había trasladado de Palermo a Cherry Hills, New Jersey, en 1964. Salvatore Inzerillo era otro de ellos: el sobrino de un jefe de Palermo. Como el clan Cuntrera-Caruana, eran mafiosos con un montón de sellos exóticos en sus pasaportes y un amplio entramado internacional de parientes políticos y consanguíneos que los apoyaban. Estos miembros del Sindicato Transatlántico eran los responsables de lo que llegó a conocerse como la *Pizza Connection*, un término acuñado durante la gran investigación desarrollada por la policía estadounidense, que al final logró neutralizar una pequeña fracción del Sindicato Transatlántico a mediados de los ochenta.

Los miembros del Sindicato Transatlántico eran aterradoramente poderosos y también trabajaban en colaboración. En fecha tan temprana como 1971, los servicios secretos venezolanos inspeccionaron el rancho ganadero de los Cuntrera-Caruana y encontraron que sus accionistas incluían a los siguientes personajes: Nick Rizzuto, el hombre de los Cuntrera-Caruana en Montreal (quien después tomaría las riendas en Quebec, tras el asesinato de Paolo Violi); John Gambino de Cherry Hills, y Salvatore Greco, alias *Ciaschiteddu* («Pajarito»), jefe de la Comisión Palermo en la época de la bomba en Ciaculli, que había abandonado Sicilia para convertirse en un importador de narcóticos con base de operaciones en Sudamérica.

El Sindicato Transatlántico tenía las claves para acceder al mercado de la heroína de Estados Unidos: cualquiera que deseara suministrar droga en grandes cantidades a la Costa Este tenía pocas opciones de hacerlo si no era a través de ellos. Nuestro intermediario siciliano, Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, lo sabía por experiencia propia. En 1981, el primero de sus barcos envió cuatrocientos kilogramos de heroína refinada y lista desde Tailandia: la mitad fue a parar a manos de los Cuntrera-Caruana y la otra mitad a John Gambino en Cherry Hills.

En Sicilia, el Sindicato Transatlántico tenía aún más influencia que en Canadá o Estados Unidos. Uno de sus miembros, Salvatore Inzerillo, volvió a Palermo en 1973 y su tío le cedió de inmediato su trabajo como representante de la familia Passo di Rigano y luego su asiento en la Comisión. Entre otros jefes que formaban parte del Sindicato Transatlántico se incluía a Tano Badalamenti y Stefano Bontate, los dos miembros del triunvirato.

El Sindicato Transatlántico disfrutaba de la flor y nata de los contactos de la Cosa Nostra en el mundo de la banca. Algunas de sus ganancias con las drogas las blanqueaban e invertían Michele Sindona y Roberto Calvi, financieros tan destacados como poco fiables y miembros de la logia masónica P2. Tanto Sindona como Calvi acabarían muriendo en circunstancias que siguen siendo un enigma hasta hoy: Calvi apareció colgado debajo del puente de Blackfriars en Londres, en 1982; Sindona se bebió en la cárcel un café aderezado con cianuro, en 1986.

El Sindicato Transatlántico gozaba de gran empuje en los negocios y en la política. Estaban en contacto con los primos Salvo, que eran de los barones más ricos del sistema privatizado de recaudación de impuestos en Sicilia. También estaban en contacto con Salvo Lima, el «joven sultán». A través de Lima y los Salvo, pero también por vía directa, contaban con la complicidad del político más poderoso de Italia, Giulio Andreotti, siete veces primer ministro al final de su carrera parlamentaria y el hombre cuya facción dentro del Partido Demócrata Cristiano incluía a Lima y sus

seguidores sicilianos. Según afirmaba un dictamen de la Corte Suprema de Justicia italiana en 2004, Andreotti exhibía «una disponibilidad constante y muy fraternal» para con Stefano Bontate y demás hombres de honor hasta 1980, cuando la violencia creciente de la Cosa Nostra lo obligó a alejarse.

Nunca en la dilatada historia de la Mafia siciliana ha habido una concentración de poder y opulencia que compita con la del Sindicato Transatlántico. Por este motivo, en 1981 el sindicato se convirtió en el objetivo de una guerra de exterminio.

Pero antes de que la guerra estallara una vez más en Sicilia, la Camorra de Campania se vio revolucionada por el cabecilla más influyente que hubo en el siglo XX.

El Profesor

Raffaele Cutolo fue el creador de la que posiblemente sea la mayor organización criminal de la historia italiana, la Nuova Camorra Organizzata («Nueva Camorra Organizada»). En su punto álgido en 1980, según una estimación de la policía, la Nuova Camorra Organizzata (o NCO) contaba con siete mil integrantes. Su líder evadía la aplicación plena de la ley con una regularidad sorprendente, incluso para los estándares italianos. Su especialidad era conseguir informes psiquiátricos que lo absolvían de la plena responsabilidad de sus proezas. «En la comisión de actos criminales», apuntaba un diagnóstico, «Cutolo cae bajo la influencia de una típica crisis impulsivo-agresiva que sobrepasa y anula por completo su fuerza de voluntad». O, dicho más llanamente, suele enfadarse a menudo y ha matado gente… pero no es culpa suya. El jefe de la NCO se comparaba a sí mismo con Jesucristo y decía que podía leer la mente. No está claro si creía en esto de verdad o si solo estaba siguiendo el guión psiquiátrico que se le había asignado.

Cualquiera que fuese el equilibrio mental de Cutolo, en 1980 decidió hacer una ostentación arquitectónica de su autoridad. Mirando Ottaviano desde lo alto, el pueblo en las laderas nororientales del Vesubio donde había crecido el jefe de la NCO, estaba el ruinoso castillo de los Médicis, que contaba con una habitación para cada día del año. Cutolo lo adquirió a través de una empresa pantalla y lo transformó en su cuartel general y también en el símbolo grandioso de un ascenso al poder criminal tan rápido y con un éxito tan brutal como otros que registraban los anales del crimen organizado de Italia. Y lo sorprendente es que todo lo hizo, casi por entero, desde la cárcel.

En 1963, a sus veintiún años, Cutolo se había granjeado una condena de veinticuatro años de prisión por disparar y matar a un hombre en un altercado callejero ilustrativo de su perversidad. Las notas de prensa informan de que, en la vía pública de Ottaviano, Cutolo condujo de manera deliberada su coche contra cuatro mujeres, y frenó solo en el último minuto. Cuando una de ellas protestó por su estúpida proeza, él se le abalanzó con los puños en alto. Un bombero que pasaba por allí intervino para defender a la mujer y Cutolo reaccionó sacando una Beretta 7,65 de su bolsillo y disparando dos veces. Pero lo que en realidad le granjeó a Cutolo la indignación del juez fue el hecho de que siguiera al bombero herido cuando este se dirigía, tambaleante, hacia un portal para refugiarse. Allí vació el cargador de su pistola en el desafortunado individuo, que murió en el hospital dejando viuda y tres hijos.

En 1970, Cutolo fue liberado, cuando aún estaba pendiente un dictamen sobre su caso en la Corte Suprema, y se dio a la fuga. Después de eso se convirtió en un joven cabecilla de la Camorra, y se dedicaba principalmente a la extorsión y la cocaína. Tras su captura, después de participar en un tiroteo con los carabineros en marzo del año siguiente, lo enviaron a la infame penitenciaría de Poggioreale, donde comenzaría a forjar lo que sería conocido como la NCO. Alrededor de 1974, se había ya ganado el apodo de «el rey de Poggioreale» y estaba involucrado en un gran circuito del narcotráfico con los principales *mafiosi* de Sicilia y Calabria. En torno a 1977, tenía poder suficiente para conseguir (y lo consiguió) que fuera trasladado a un entorno más acogedor, como era la institución mental en Aversa, cerca de Nápoles. En febrero de 1978, sus hombres volaron un muro con TNT y él pasó por encima de los escombros rumbo a la libertad. Una teoría plausible es que la fuga se escenificó para evitar el bochorno que hubiera provocado que Cutolo saliera andando por la puerta principal, como muy probablemente hubiera podido hacer. Fuera como fuese, no volvieron a capturar al fugitivo hasta quince meses después. En 1981, un veredicto de apelación estableció que no se lo podía castigar por la fuga, debido a su enfermedad mental. Como bien lo explicó él mismo: «No me “escapé”. Simplemente, salí a pasear. Haciendo un poquito de ruido».

Después de su segunda captura, Cutolo no volvió a probar las delicias

de la libertad. Así, a excepción de los dos breves intervalos en que estuvo fugado, pasó toda su vida adulta en prisión. Pero entendió perfectamente que la cárcel era la base de operaciones perfecta para un imperio criminal: domina el sistema carcelario y dominarás el inframundo. Estar entre rejas es un gaje del oficio para los criminales y, si no consiguen entrar en prisión sin el miedo a que los violen en las duchas o los apuñalen en el patio, quedarán muy expuestos a que les ocurra.

En cierto sentido, Cutolo perfeccionó los métodos empleados por la Camorra de las cárceles desde comienzos del siglo XIX. Al nivel más básico, la NCO protegía a los grupos de jóvenes aterrorizados que vivían su primera experiencia en una cárcel adulta. De hecho, Cutolo se especializó en formar a jóvenes aislados que no estaban afiliados a otras bandas. Uno de sus compañeros de prisión en Poggioreale lo describía como un «cazatalentos». Una vez en la calle, esos jóvenes habrían de remitir parte de sus ganancias a Cutolo para que apoyara a otros como ellos, enviando dinero en efectivo y comida a sus parientes, sobornando a los guardias y administradores, y consiguiendo transferencias, abogados y visitas médicas. Así se inició la circulación de tributos y favores que mantenían cohesionada a la NCO. La organización de Cutolo amplió su alcance de Poggioreale a muchas otras cárceles de Italia y obtuvo en el mundo exterior la mano de obra y la disciplina necesarias para gestionar el crimen a una escala industrial.

La NCO se involucró en toda clase de negocios, que iban desde el narcotráfico y el robo de camiones hasta estafar a la Comunidad Económica Europea los subsidios agrícolas e infiltrarse en los proyectos inmobiliarios del gobierno. Pero para la entidad —como para la Mafia siciliana y la honorable sociedad napolitana de antaño—, la extorsión era la herramienta clave de su autoridad. Las redes de chantaje de Cutolo eran administradas por lugartenientes de confianza, incluida su hermana Rosetta, a la que todo el mundo veía como un espantajo que hacía bordados, ya que su hermano la describía así. Pero esto era solo una fachada creada en parte porque había muchos en la jerarquía de la NCO reacios a recibir órdenes de una mujer. Muchos observadores creían que Rosetta era una de las jefas femeninas más poderosas de la Camorra. El dinero que ella enviaba a su hermano le

permitía a este vivir su reclusión con toda clase de lujos: en el curso de solo un año, de 1981 a 1982, Cutolo recibió cerca de 56 millones de liras (equivalentes a unos 100.000 euros al valor de 2011) para que financiara sus gastos diarios; se decía que gastó más de la mitad de esa suma en comida y ropa.

El consumo tan conspicuo de Cutolo cumplía el objetivo de publicitar su poder, igual que la ironía tan transparente que desplegaba en sus entrevistas. Durante el juicio por su fuga del psiquiátrico de Aversa, dio de hecho una conferencia de prensa improvisada. Las filmaciones que nos han llegado de los noticiarios de entonces lo muestran bien acicalado, con una expresión a la vez ambigua y de satisfacción. Tras los barrotes de la jaula de los acusados, cambia el peso del cuerpo de un pie a otro todo el tiempo y echa fugaces miradas con aire afectado a ambos lados, como si fuera un escolar en la última fila del aula, buscando la complicidad de sus compañeros de clase cuando lo riñen.

—Soy alguien que combate la injusticia. Yo y todos mis amigos.

—¿Un Robin Hood, por así decirlo?

—Por así decirlo.

—¿Y qué hay de la Nuova Camorra Organizzata, la NCO?

—No lo sé. Quizá NCO signifique «*Non Conosco Nessuno*»… «No Conozco a Nadie».

—¿Está usted al mando de la organización en el sistema carcelario?

Cutolo finge incredulidad, con una risita poco convincente:

—Yo no soy quien está al mando, lo está el alcaide…

—¿Y qué hay del asesinato del subdirector de la prisión? Usted lo había abofeteado antes y amenazado con matarlo.

—Sí, claro que lo hice. Porque estaba haciendo algunos auténticos… —a esto sigue un matiz solapado en el tono de Cutolo—: Pero ya está muerto, no está bien hablar mal de los muertos… En todo caso, puede que yo esté loco, pero no soy un loco estúpido. Soy un loco inteligente. Así que difícilmente podría ocurrírseme abofetear a alguien y luego ir a asesinarlo. No me jacto de coleccionar condenas perpetuas como esa.

Incluso entre los criminales profesionales hay muy pocos con una imagen pública tan odiosa como la de Raffaele Cutolo. Pero era precisamente su cualidad distintiva como jefe lo que inspiraba admiración. La Nuova Camorra Organizzata se fundaba en un culto a la personalidad y un fervor ideológico que ninguna otra mafia de Italia ha logrado igualar nunca. En la cima de su poder, una legión completa de *camorristi* hubiese

muerto por Cutolo. ¿Cuál era el secreto de su carisma? Ante todo, poseía una aguda inteligencia organizativa y la empleó para forjar una elaborada cultura interna de la NCO. Sus reclutas sentían que pertenecían a algo, que compartían una causa. Y con el fin de forjar este espíritu de entidad, Cutolo tomó prestados rituales y terminología de la mafia calabresa. Y estuvo con seguridad afiliado a la ‘Ndrangheta mientras permaneció en prisión: dos *‘ndranghetisti* han hablado a las autoridades de cómo Cutolo recibió su «segundo bautismo» en 1974. Más tarde, sometió él mismo a los nuevos reclutas a una ceremonia muy similar. De la ‘Ndrangheta, Cutolo tomó prestada a su vez la terminología que definía los rangos dentro de la organización: *giovane d’onore, picciotto, cuntajuolo, contabile, santista*, etc. Fue Cutolo quien, en nombre de sus amigos calabreses, ordenó que mataran a puñaladas al triunviro Mico Tripodo en la prisión de Nápoles en 1976, durante la primera guerra de la ‘Ndrangheta.

La historia de la Camorra cerró el círculo con Raffaele Cutolo. De los gángsteres calabreses aprendió los ritos y la terminología que la ‘Ndrangheta había heredado ella misma de la Camorra de prisiones en los inicios del siglo XIX. Luego los reintrodujo de nuevo en el sistema carcelario napolitano de donde provenían, y donde habían desaparecido antes de la Primera Guerra Mundial.

Ciertamente, como jefe del crimen, Cutolo tenía un extraordinario sentido histórico. Sus hombres lo llamaban «el Profesor», en parte porque solía buscar libros sobre la Camorra en la biblioteca de la cárcel, y en parte porque escribía versos y breves reflexiones sobre la vida, el amor y la *omertà* para sus admiradores. En 1980 publicó sus notas como *Poemas y pensamientos*. La policía confiscó el libro y estar en posesión de él era un gesto incriminatorio. No es difícil deducir la razón: Cutolo no ocultaba en lo más mínimo el terror que ejercía. De manera menos evidente, el libro demuestra que el Profesor aprovechaba bien su tiempo en prisión. Son dignos de citar, por ejemplo, los versos en alabanza al principal matón de la NCO dentro del sistema carcelario, Pasquale Barra, conocido como *‘o Studente* («el Estudiante») o, más apropiadamente, como *‘o ’Nimale* («el Animal»). Barra era un individuo desvaído y con barba, de tez oscura y nariz muy prominente, y los ojos de un topo. Había sido amigo devoto de

Cutolo desde la adolescencia en Ottaviano y era el primer recluta de la NCO. Su función primordial era matar a puñaladas a la gente por orden de su amigo. El poema que le dedicó se titula simplemente «Un hombre de la Camorra»:

Pasquale Barra: en nuestro pueblo
Lo llamaban «el Estudiante»
Cuando de una zumpata se trata, nadie es mejor que él
Aunque se enfrente a un ejército completo
Siempre echa mano de la misma jugada
Sus golpes de navaja son por completo letales
Se hunden hacia arriba en tus pulmones, y tú te atragantas
Te hace escupir un poco de esa espuma rojiza
Te ve desplomarte, luego te deja allí tirado…

A su modo perverso, Cutolo se valía aquí del verso libre para conceder en préstamo cierta grandeza literaria e histórica a su cruel secuaz. Puesto que «Un hombre de la Camorra» está hecho juntando versos robados a un poema mucho más antiguo sobre Gennarino Sbisà, un camorrista muerto hacía tiempo. El autor original, el periodista Ferdinando Russo (1866-1927), celebraba a menudo a los *camorristi* por separado, mezclando la cuota suficiente de realismo en sus versos para lograr que sus retratos de los maleantes parecieran auténticos y peligrosos.

En la época de Russo, la Camorra —con su estructura administrativa jerarquizada y sus *zumpate*, o duelos a cuchillo, ceremoniales— era muy distinta a las pandillas dispersas y los jefes de barrio que habían dominado el escenario del crimen napolitano durante buena parte del siglo XX. Antes de que un famoso juicio celebrado entre 1911 y 1912 acabase con ella, la Camorra era una honorable sociedad. Y a través de sus poemas, Ferdinando Russo se convirtió en el gran responsable de crear un culto popular alrededor de ella.

Los ecos de ese culto aún resonaban en los años setenta del siglo XX. Cutolo devoraba las fábulas ingenuas de la época de los antiguos jefes como Salvatore De Crescenzo y Ciccio Cappuccio, *‘o Signorino*. Plagiando a la vez a un poeta y un gángster, el Profesor estaba empeñado en traer de nuevo a la vida la memoria histórica de la Camorra. Y vendió de manera explícita a los reclutas la NCO como la resurrección de una altiva historia

gangsteril. Ser un *cutoliano* era tener raíces en el pasado.

En una ocasión poco clara, Cutolo hasta se las ingenió para llevar a cabo un violento y cercano encuentro con la historia de la Camorra, tal y como la personificaba Antonio Spavone. Nacido en 1926 en una familia de pescadores del barrio de Mergellina, Spavone y su hermano mayor lideraban una banda que comerciaba en el mercado negro durante el caos del Gobierno Militar Aliado, entre 1943 y 1945, el cual sirvió para lanzar tantas carreras criminales. Cuando el hermano de Spavone fue asesinado durante una reyerta con un grupo rival, Antonio se vengó de forma espectacular, irrumpiendo en mitad de una celebración familiar en un restaurante y apuñalando al líder de la pandilla adversaria delante de una multitud. Su gesto le granjeó una larga condena en prisión y el derecho a heredar el apodo tan sencillo pero eficaz de su hermano: *'o Malommo* («el mal hombre»).

En cierto momento de 1975, cuando tanto *'o Malommo* como Cutolo estaban en la cárcel de Poggioreale, el más joven de los dos decidió retar al otro a una *zumpata*, justo, como hacían los *camorristi* en los viejos tiempos. Esto podría haber sido un gesto deliberadamente arcaico: el equivalente a abofetear a *'o Malommo* con un guante. El desafío de Cutolo fue rechazado, ya fuera porque *'o Malommo* estaba a un paso de salir en libertad, o porque no quería dignificar el descaro del engreído matón juvenil con una respuesta. Recordando este episodio, un recluso que estaba entonces en Poggioreale hizo tiempo después un certero análisis de cómo Cutolo manipuló el sistema de rumores de la prisión:

> Nadie fue testigo del episodio. Era un acontecimiento absolutamente «virtual». Alguien, quizá el propio Cutolo, puso en circulación el rumor de que el duelo no se había realizado por la cobardía de *'o Malommo*. En casos como este, circulan distintas versiones, que siempre favorecen a uno u otro bando. Cutolo llegó muy lejos, gracias a una fama construida a menudo con hechos inventados. Era diestro en hacer que proezas que nunca existieron parecieran creíbles y legendarias. Tenía un talento extraordinario para promover su propia imagen.

Aun en los límites reducidos de una prisión, el crimen organizado —por muy organizado que esté— es un dominio en que la información circula de manera fragmentaria y confusa. El Profesor era un maestro en lograr que los

vacíos dentro de cualquier historia operaran a su favor, en escribir su propia historia.

Los *Poemas y pensamientos* de Cutolo son repulsivos, y a menudo trillados y chapuceros, y serían bastante menos peligrosos si solo se limitaran a incitar a batirse en falsos duelos en los pasillos de una cárcel o a celebrar las hazañas de gran destreza de un matón recluido. Sus escritos hicieron, con todo, bastante más que eso. Circulaban ejemplares del libro entre sus acólitos como si fueran las escrituras de un nuevo Mesías y representaban un guión afectivo muy seductor para la Nuova Camorra Organizzata. El análisis de ese libreto nos sugiere la esencia del atractivo tan carismático del Profesor.

El nihilismo es el tema de base en la filosofía de Cutolo. Todos somos bestias, dispuestas a destrozarnos mutuamente por el sucio dinero. El hombre es el más traicionero y cruel de los animales, y no debería existir. Pero la treta psicológica de la que echa mano en *Poemas y pensamientos* es la de crear un sistema de valores criminal que parece una vía de redención, al contrastarlo contra ese trasfondo de miedo y desesperación.

Gran parte de los versos de Cutolo expresan la añoranza que el prisionero siente por su libertad, su madre, y las imágenes, sonidos y olores del hogar. Todo lo cual puede parecer autoconmiserativo, pero demuestra que Cutolo era un líder suficientemente astuto para identificarse con la vulnerabilidad psicológica subyacente a sus compañeros reclusos. Su sensiblería era el medio inicial para alcanzar un fin nada sentimental: el de modelar un disciplinado ejército criminal.

La sentencia: cadena perpetua
Siendo aún joven
Entraste en la celda
Parecida a una tumba
La celda silenciosa
La celda dolorosa
Te sentiste solo, y perdido

Cutolo responsabiliza a las desigualdades sociales y especialmente al sistema de prisiones por el hecho de que él mismo, como tantos otros, haya caído en el crimen. Pero esa persecución del sistema ha tenido una

consecuencia enaltecedora. Como queda claro en la siguiente máxima cutoliana: «Tomad nota: los mejores hombres acaban como forajidos, fugitivos o prisioneros. Mientras que la gente que les ha hecho esto es la defensora hipócrita de la ley».

Cutolo presenta a la NCO como una hermandad de los oprimidos, unidos contra las embestidas de un mundo hostil; es un grupo de «amigos». La «amistad» es el bien supremo en el carismático universo del Profesor. «La amistad es sagrada, porque es bello compartir tus momentos de amargura, de alegría, dolor y triunfo con un corazón amigo».

Y si la amistad se ve amenazada, entonces la muerte debe ser la mejor amiga de todos: «Cuando empieza una batalla, el primer pensamiento de un jefe debe ser el de hacer amistad con la "muerte"… Amiga muerte, ayúdame a plantar una semilla en tu terreno».

El día de los Inocentes* de 1982, los carabineros de Ottaviano descubrieron que la «amiga muerte» había plantado una semilla a un centenar de metros del castillo de Cutolo. El cuerpo estaba en el maletero de un coche robado. La cabeza, envuelta en celofán y cubierta con una toalla, estaba en un cuenco de plástico depositado en el asiento delantero. Incluso en la Italia cansada de la violencia a principios de los ochenta, había la garantía de que una decapitación de la Camorra atraería alguna atención mediática. En este caso, además, el nombre de la víctima convirtió el asunto en noticia de primera plana.

El profesor Aldo Semerari era el psiquiatra forense responsable de algunas de las opiniones expertas más estridentes de cuantas se habían emitido sobre la salud mental de Raffaele Cutolo. Era además un ejemplo nítido de la clase de figura que, en los setenta y los ochenta, parecía germinar en las tinieblas donde se superponían el crimen organizado y la subversión política. Siendo un agitador de extrema derecha con nexos en la inteligencia militar de Italia, Semerari había intentado reclutar a cierto número de organizaciones criminales para su causa fascista, pero al final solo consiguió un sencillo intercambio: los gángsteres recibían el beneficio de sus conocimientos psiquiátricos y, como contrapartida, los amigos de Semerari recibían armas. Pero el psiquiatra había sido tan temerario como para intentar un arreglo parecido con Raffaele Cutolo y, a la vez, con sus

enemigos de la Camorra. Cuando su cadáver decapitado apareció en Ottaviano, no estaba claro quién lo había castigado por jugar a dos bandas.

El caso Semerari dio a Ottaviano una reputación de pueblo «donde las cabezas vuelan». Diez individuos fueron asesinados allí en los primeros cinco meses de 1982. Los periodistas acudieron en manada para conocer y diagnosticar la enfermedad, pero solo uno de ellos —un joven escritor milanés llamado Luca Rossi— tuvo la paciencia suficiente para comprobar la profundidad con la que habían calado en muchos de los lugareños las ideas expuestas en *Poemas y pensamientos*. Para la juventud desarraigada que crecía en las «versiones sureñas del Bronx» de la periferia napolitana, el tóxico credo de Cutolo era una magia poderosa. La recesión económica de mediados de los setenta hizo derivar a infinidad de hombres jóvenes al mercado de los oficios criminales. Durante el reinado de Cutolo, Campania era la región con la cifra más alta de reclusos juveniles en todo el país. Estos *camorristi* en ciernes eran pobres, provenían de familias disfuncionales y se educaban a edad temprana en los valores de la violencia. Para cuando estos jóvenes eran reclutados y les tatuaban la insignia de los cinco puntos de la NCO en la base del pulgar derecho, ya profesaban una indiferencia ante la «amiga muerte» tan penosa como aterradora:

> Lo que ya he visto en mis veintitrés años de vida es más que suficiente para mí. Yo ya estoy muerto. Solo estoy viviendo un período extra de vida, una pizca adicional que me ha sido obsequiada. Pueden matarme si quieren.

Ya somos cadáveres vivientes. Alguien me tiene puesto medio pie en la cabeza. Y si tú pones la otra mitad del tuyo, te mato.

> Me preguntas por qué me comporto así y por qué hago ciertos «trabajos» que ni siquiera otros *camorristi* hacen. La razón es muy simple: no me importa en absoluto si vivo o muero. De hecho, es como si estuviera, de alguna manera, buscando que me maten.

Una chica anónima de veintidós años originaria de Ottaviano que Luca Rossi entrevistó hizo la disección más perspicaz y escalofriante de la mentalidad dominante en el seno de la NCO. Era la voz de una mujer joven inmersa en la subcultura de la Camorra y, aun así, capaz de distanciarse de la entidad, como si todo hubiera sido una pesadilla:

> La Camorra tiene algunas cosas muy bonitas. Es una respuesta instintiva, animal. Tomamos lo que no nos dan, y lo tomamos por la fuerza. En la Camorra se viven sentimientos extraordinarios, muy poderosos. Allí he visto actos increíbles de amor y solidaridad. Todos creen en lo que están haciendo, algo que no ocurre con las ideologías políticas… Los más fuertes de entre ellos son los que están asustados. Ves a estos chavales con una pistola en la mano y te das cuenta de que están jodidos. De todos los *camorristi* que conozco, los más sensibles son, a la vez, los más violentos. Quiero decir, verdaderamente violentos: violentos de ametralladora, violentos de masacre.

Raffaele Cutolo dio a los jóvenes sensibles y desperdiciados una narrativa elemental: una razón para morir donde parecía no haber razón alguna para seguir viviendo. Sus *Poemas y pensamientos* fueron un manifiesto colectivo de cómo vivir a toda prisa y pasearse con una camisa cara y bajo una lluvia de balas. La NCO se acercó más que cualquier otra mafia a ser un culto de la muerte.

Y en 1978, Cutolo envió a la NCO a una batalla que se convirtió en la guerra de los bajos fondos más sangrienta de la historia napolitana: una guerra contra la Mafia siciliana.

4
La matanza

Orgía de sangre

Primero fue el tabaco. Luego la construcción. Luego el secuestro. Y finalmente la heroína. Las nuevas fuentes de riqueza criminal desarrolladas desde finales de los años cincuenta hasta las postrimerías de los setenta supusieron grandes recompensas para los *mafiosi*, los *camorristi* y los *'ndranghetisti* que fueron capaces de pensar en grande y colaborar entre sí para conseguir sus propósitos. Se crearon nuevas redes de negocios: como las empresas conjuntas que acumularon las inversiones que tenían en común, primero en tabaco y después en heroína; o las pandillas de secuestradores que raptaban a sus víctimas en el norte y luego las trasladaban para que vivieran su cautiverio en el Aspromonte; o los circuitos del tráfico de heroína que recorrían todo el orbe, conectando el Triángulo Dorado con Estados Unidos vía Sicilia. Se forjaron nuevas sociedades comerciales, incluyendo asociaciones que difuminaban las líneas entre la Cosa Nostra, la Camorra y la 'Ndrangheta.

Junto a los ciclos de ingenio económico llegaron a la vez ciclos de ingenio político. En Italia, ningún gángster duraba mucho si cometía la equivocación de pensar que era exclusivamente un empresario del crimen y se olvidaba de que su única alternativa era participar en las constantes artimañas y conspiraciones para afianzar su posición entre sus iguales. Así, a medida que las mafias se hacían más ricas, se fueron conformando nuevos equilibrios de poder: como los triunviratos en Calabria y Sicilia, o la Comisión Regional de la Cosa Nostra, o las familias de la Mafia siciliana que se establecieron en Campania. Se procedió a revisar o incluso reinventar las normas y tradiciones del inframundo, como la prohibición de los secuestros en la Cosa Nostra, o el empeño de Raffaele Cutolo de

resucitar la honorable sociedad del Nápoles decimonónico, o la Mamma Santissima de la ‘Ndrangheta.

Cuanto más rápido giraban las ruedas de la economía criminal, y cuanto más frenéticos se volvieron los manejos políticos, mayores fueron las presiones sobre el inframundo italiano. Los desafíos y riesgos se hicieron más y más grandes, hasta que en la década de los ochenta sobrevino un estallido de violencia sin precedentes en los anales de la historia mafiosa.

¿Cuántos murieron en total? Es imposible precisarlo. Dado el número de desapariciones y de asesinatos mafiosos que se disfrazaron de crímenes pasionales o de intentos de robo que se escapaban de las manos, nunca dispondremos de una cifra exacta. No hasta que puedan localizarse todas las tumbas y esqueletos no identificados en algún descampado, y hasta que se invente alguna forma de magia capaz de hacer que los baños de ácido cuenten su historia. Las estimaciones del número de muertes que hubo durante los primeros dos años de esa segunda guerra de la Mafia oscilan entre quinientas y mil personas. Más de novecientas murieron en las guerras de la Camorra de 1979-1983. Un periodista ha calculado el número total de muertos por el crimen organizado en todo el sur de Italia en la década de los ochenta en unas diez mil personas. Una estimación aproximada, ciertamente, pero no exagerada. De modo más conservador, la investigación parlamentaria calculó que entre 1981 y 1990 fueron asesinadas 2.905 personas en Sicilia, 2.621 en Campania, 1.807 en Calabria y 757 en Puglia. La gran mayoría de esos casos fueron obra del crimen organizado. Si las cifras se acercan a la verdad, nos indican que hubo más o menos el doble de víctimas del crimen organizado en la Italia meridional en los años ochenta, que las que hubo en tres décadas de lucha religiosa y política en Irlanda del Norte.

Cualquier crónica de esa década de matanzas debe empezar por Palermo, donde continuaba el ascenso de Totò Riina, el Corto, mafioso de Corleone. Como hemos visto, ya en los setenta los secuestros perpetrados por Riina o su jefe, Luciano Leggio, habían comenzado a dividir a la Cosa Nostra en dos facciones. La composición del triunvirato mostraba con suficiente claridad el equilibrio de poder existente: por un lado, Riina; y alineándose en su contra, Stefano Bontate, el Príncipe de Villagrazia, y

Tano Badalamenti, la cabeza rectora de la Comisión Palermo después de su reconstitución en 1974. A primera vista, las dos facciones no estaban equilibradas. Aunque no eran aliados íntimos, Bontate y Badalamenti formaban parte de la mayor concentración de riqueza y conexiones que la Mafia siciliana había conocido hasta entonces. Disponían de los políticos, a nivel local y nacional. Disponían de los vínculos con el universo en las sombras de la francmasonería. Disponían de los reductos de poder mafioso más antiguos de Palermo, y —al menos en el caso de Bontate— del prestigio que trae consigo un linaje mafioso venerable. Un factor decisivo era que estaban a la vez conectados con el Sindicato Transatlántico y su cuasi monopolio en el acceso al mercado de la heroína estadounidense. Riina procedía de Corleone, que había estado históricamente al borde del mapa del poder mafioso en la provincia de Palermo. De los once hombres con asientos en la Comisión de 1975, solo tres, incluido el propio Riina, podían considerarse opositores al sistema de poder encabezado por Bontate y Badalamenti.

Pero Riina tenía suerte y, sobre todo, la astucia de su parte. Suerte, porque tanto Bontate como Badalamenti fueron arrestados a principios de los setenta, dándole tiempo y espacio para hacer sus movimientos iniciales en el terreno de los secuestros. Y astucia, porque cuando los narcodólares comenzaron realmente a fluir hacia Sicilia, Riina adivinó enseguida las corrientes de envidia que pondría en movimiento.

Todos los miembros de la Cosa Nostra estaban involucrados en el negocio de la heroína, o al menos querían involucrarse, pero no todos tenían acceso al mercado norteamericano. El Sindicato Transatlántico había generado un cuello de botella y estaba sacando amplios beneficios de él. Muchos *mafiosi* se hicieron ricos con el *boom* de las drogas a finales de los setenta, pero solo unos pocos se hicieron ricos de verdad: aquellos que, como Badalamenti, Bontate e Inzerillo, formaban parte de la élite transatlántica de la heroína.

El Corto planeaba transformar su debilidad económica en fortaleza política. Quería capitalizar la envidia y la frustración suscitadas por el Sindicato Transatlántico para ganar amigos y territorio en Sicilia y hacerse con el control de la Comisión. A base de reclutar continuamente a los

participantes marginales de la industria de la heroína, Riina habría de transformar a los *corleonesi*, quienes pasarían de ser solo una familia a constituir una gran alianza de hombres de honor reclutados de todas las familias.

No había nada nuevo o sorprendente en esa estrategia. En Nueva York, durante la guerra de Castellammarese de 1929-1931 (la guerra que terminó con Lucky Luciano instalado en la cima del inframundo neoyorquino), los *castellammaresi* de Salvatore Maranzano eran también una alianza parecida de familias cruzadas. En la batalla por la supremacía de Palermo, que ocurrió más o menos en la misma época que la guerra de Castellammarese, Ernesto Marasà, el *generalissimo*, se infiltró en las familias de la provincia de Palermo en su campaña para convertirse en el jefe de todos los jefes.

Al igual que su estrategia, las tácticas de Riina también eran tradicionales. La Mafia siciliana es una organización territorial, y el culto del territorio es tan viejo como la propia Mafia. Como bien dijo un policía del siglo XIX: «Uno de los cánones de la Mafia es el respeto a la jurisdicción territorial de otro. Ignorar esa jurisdicción constituye una ofensa personal». El tema aquí es que no son solo las reglas mafiosas lo tradicional, sino también las razones que surgen para romper esas reglas con regularidad: las señales que envían los *mafiosi* cuando las rompen. Riina demostró ser un maestro a la hora de preservar su propia autoridad territorial y enviar señales que socavaban la de otros. Una de esas señales era el asesinato.

En enero de 1974, un policía retirado llamado Angelo Sorino fue asesinado a tiros en San Lorenzo, en la Piana dei Colli. (Su devoción por la causa era tal que había estado ayudando a sus antiguos colegas con sus investigaciones sobre los aliados de Riina). Quienquiera que fuese el responsable de la muerte de Sorino, no había informado antes a la Comisión de la Cosa Nostra, como se suponía que debía ocurrir con golpes significativos como ese. Para la policía era evidente quién era el culpable, considerando el principio de jurisdicción territorial: Filippo Giacalone, jefe de la familia en cuyo ámbito territorial se incluía la escena del crimen. Giacalone, amigo de Stefano Bontate, fue puntualmente arrestado. La implicación de Giacalone fue, no hace falta decirlo, aún más obvia para sus iguales de la Cosa Nostra. Mientras estaba en prisión, Bontate exigió una

explicación en nombre de la Comisión.

Resultó que Giacalone no era quien había ordenado la muerte de Sorino; de hecho, era solo un chivo expiatorio dentro de una trama mucho más vasta. Cuando salió en libertad y tuvo tiempo de investigar, le dijo a Bontate que un sicario *corleonese* de alto rango llamado Leoluca Bagarella era quien había llevado a cabo el asesinato. Pero antes de que Bontate pudiese referir estos hallazgos a la Comisión, Giacalone desapareció. Su lugar dentro de la Comisión lo asumió el cabecilla de la vecina Resuttana, un amigo de los *corleonesi*.

El asesinato de Sorino tuvo un doble propósito. Eliminaba una amenaza a un amigo de Riina, pero, más importante aún, proclamaba a voces la debilidad política de Bontate y Badalamenti.

En 1977, los *corleonesi* llevaron a cabo otro homicidio con un doble objetivo. Mataron a un ferviente coronel de los carabineros en su propio territorio, eliminando así una amenaza a sus propios intereses. Pero tampoco esa vez pidieron permiso a la Comisión antes de actuar; otro desaire claro a sus adversarios.

Habiéndose valido de los secuestros y asesinatos para desacreditar a la Comisión controlada por los Bontate-Badalamenti, los *corleonesi* consideraron la posibilidad de hacerse con ella. Para entonces, contaban ya con un prestigioso aliado: el jefe de Ciaculli, Michele Greco, alias «el Papa», quien se dedicó a enmascarar ante Bontate, con explicaciones en apariencia razonables, las acciones de los *corleonesi*. Detrás de la cortina de humo creada por Michele Greco, cada vez más cabecillas se iban sumando al bando de Riina.

En 1978, el grado de influencia que los *corleonesi* tenían en la Comisión se hizo evidente para todos cuando expulsaron de la Cosa Nostra —algo extraordinario— a Tano Badalamenti, el jefe de todos los jefes. Badalamenti fue castigado, casi con seguridad, porque se había negado a otorgar a los demás una parte de la riqueza obtenida gracias a la heroína. Ser expulsado —el término empleado por los *mafiosi* era *posato* o «dejado de lado»— es una sanción relativamente rara y a menudo temporal. Entre hombres para los que un asesinato más o un asesinato menos no es motivo para poner el grito en el cielo, este castigo era en extremo moderado. Riina

estaba demostrando que aplicaba las reglas tradicionales de la Cosa Nostra; estaba demostrando lo muy «razonable» que era. De acuerdo con ello, fue un hombre razonable, Michele Greco, el Papa, quien sustituyó a Badalamenti como representante provincial. Greco era, de hecho, poco más que una fachada del poder *corleonese*.

Un poco más adelante, ese mismo año, los *corleonesi* hicieron trampas una vez más con las normas de la soberanía territorial. Un equipo de sus sicarios mató a tiros a Giuseppe Di Cristina, un jefe singularmente próximo a Stefano Bontate. De manera decisiva, el asesinato ocurrió en el territorio de otro aliado de Bontate, el *zip* Salvatore Inzerillo. Los asesinos incluso dejaron abandonado el coche que usaron para el asesinato en el dominio de Inzerillo. El mensaje que contenía esta acción humillaba a un aliado clave de Bontate y una figura central en el Sindicato Transatlántico. La muerte de Di Cristina demostró, además, que las ambiciones de los *corleonesi* no estaban restringidas a la provincia de Palermo. Siendo hijo y nieto de jefes mafiosos, Di Cristina era del pequeño pueblo de Riesi, en el interior de la provincia de Caltanissetta.

Después de Sicilia central le llegó el turno a la ciudad oriental de Catania. En septiembre de 1978, Pippo Calderone —el jefe local de la Cosa Nostra y el hombre que había instigado la prohibición de secuestros en la Comisión Regional en 1975— fue asesinado a tiros por su sustituto, otro miembro encubierto de la creciente alianza *corleonese*. En el banquete celebrado por los hombres de Calderone en honor a la muerte de su jefe, el Corto Riina dio un discurso en el que elogiaba al difunto *capo* como un pacificador de la mejor tradición mafiosa, que hizo saltar las lágrimas a muchos de los gángsteres allí presentes.

En torno a 1979, los *corleonesi* habían obtenido una clara mayoría en la Comisión Palermo. De manera igual de significativa, habían empezado a hacer incursiones en los círculos más cercanos a sus enemigos. Un hombre de honor perteneciente a la familia Santa Maria di Gesù, del propio Stefano Bontate, da la medida de lo lejos que llegaba el alcance de los *corleonesi*. Se trataba de un abogado, y un narcotraficante importante, resentido con el estilo presuntuoso de su jefe, que encontró un oído afín a sus quejas entre los amigos de Totò Riina. Se llamaba Giovanni Bontate y era el hermano

menor del jefe.

Una astuta explotación de las normas y convenciones de la Mafia, ofensas premeditadas, alianzas y traiciones: todos los ingredientes del meticuloso avance *corleonese* en los centros de poder del inframundo siciliano se pueden encontrar en los archivos de la historia de la Mafia del siglo XIX. En ese sentido, los acontecimientos de finales de los setenta y comienzos de los ochenta no eran nada nuevo. Sin embargo, había al menos dos novedades. La primera era el valor del premio que acumularían los ganadores, pues, una vez que ganaran Sicilia, los «americanos» no tendrían otra opción que negociar con el Corto Salvatore Riina; el canal de la heroína pasaría ahora por Corleone. La otra novedad en el camino de Riina hacia la cumbre era la ferocidad implacable con la que ejecutaba sus planes, la brutalidad inexorable de la segunda guerra de la Mafia siciliana.

Al atardecer del 23 de abril de 1981, Stefano Bontate, como siempre bien vestido, conducía su flamante Alfa Romeo Giulietta Super, un modelo de edición limitada, bajo la lluvia y entre el tráfico frenético, como era habitual, de la vía de circunvalación de Palermo. Había pasado la tarde bebiendo champán en la fiesta de su cuarenta y dos cumpleaños, y se dirigía de vuelta a casa. Al girar hacia una vía lateral, fue acribillado por varias ráfagas de una escopeta recortada y un Kalashnikov.

Dos semanas y media después, encontraron a otra víctima de un Kalashnikov, tirada cerca del portal de acceso a un gran bloque de pisos en la via Brunelleschi. La cabeza del muerto estaba tan destrozada por las balas que le llevó a la policía cinco horas identificarlo mediante las huellas digitales y un medallón cubierto de sangre con las iniciales del propietario grabadas: pertenecía a Salvatore Inzerillo, el jefe de Passo di Rigano, cuyo nombre había empezado a circular en los diarios hacía poco, asociado a una investigación de envergadura en el contrabando de heroína.

La opinión pública tardó un poco en tomar conciencia del hecho de que esto era algo más que otra irrupción estacional de violencia gansgteril recíproca. En los diarios del norte, la muerte de Salvatore Inzerillo atrajo la

misma cobertura que un accidente de tráfico de cierta envergadura en Milán o en Turín, pero al continuar los asesinatos en Palermo, la gente empezó a buscar explicaciones a lo que estaba sucediendo. Obviamente, la heroína tenía algo que ver con todo ello. No había muchas otras opciones.

Uno por uno, se fueron aplicando al caso todos los viejos paradigmas periodísticos aplicables a la violencia mafiosa, para acabar descartándose. ¿Era un caso de «toma y daca», quizá porque los clanes de Bontate e Inzerillo estaban en guerra? Pero entonces se descubrió que se había usado el mismo Kalashnikov para acabar con ambos cabecillas.

Otra teoría —muy antigua— decía que se trataba de un conflicto generacional y que una versión joven de la Mafia, de individuos que superaban por poco los cuarenta, estaba atacando a la «vieja» Mafia. El hecho de que Bontate tuviese cuarenta y dos años al morir, y Salvatore Inzerillo treinta y siete, no encajaba del todo con esta interpretación.

Algunas explicaciones iban tan desencaminadas que llegaban a ser cómicas, o exasperantes, dependiendo del punto de vista. El novelista Alberto Moravia, cuando lo entrevistaron en el *New York Times*, opinaba que «el siciliano como tal —incluido el siciliano honesto— es por definición un "mafioso", en el sentido de que comparte con el tipo de la Mafia el anhelo y la obsesión por el "prestigio que otorga el poder"». Hoy nos parece absurdo que alguien considere a un novelista romano una autoridad digna de consulta sobre las complejidades de la Mafia; la ignorancia palpable de Moravia debería servir, en cualquier caso, como recordatorio del estado lamentable por el que pasaba la opinión pública en esta fase clave de la historia de una organización que tenía ya un siglo de existencia.

Los agentes de policía eran más sagaces que Moravia, pero no mucho más reveladores. El jefe de la brigada móvil dijo solo que «lo que tenemos aquí es una orgía de sangre: cuando la guerra acabe, podremos entender el nuevo equilibrio de poder». Este era el planteamiento tradicional de la policía sobre el cíclico derramamiento de sangre de la élite criminal palermitana: esperamos que cese el tiroteo y entonces contamos los muertos, con la esperanza de que alguien nos dé un chivatazo.

El tiroteo no cesó y los periódicos se convirtieron en un catálogo diario

de horrores: cuerpos abandonados en charcos de sangre en las calles, o apretujados detrás del mostrador de una tienda, o en medio de un montón de basura ardiendo en un descampado. Antonino Ciaramitaro apareció en el maletero de un coche en dos bolsas de plástico, una para el tronco y la otra para la cabeza. A Giovanni Prestigiacomo lo asesinaron a tiros cuando aparcaba su Fiat 1100. Su mujer escuchó los disparos y corrió al exterior; y lo sostuvo en sus brazos, gritando «no te mueras, no te mueras» hasta mucho después de que la vida hubiera abandonado su cuerpo acribillado.

En su avidez de certezas, los diarios intentaban llevar una cuenta de los muertos. Setenta cadáveres en los seis meses entre abril y octubre de 1981; ciento cuarenta y ocho al terminar el año. Pero los «tiroteos blancos» (término usado para casos en los que una víctima desaparecía y nunca se encontraba su cuerpo) hacían que el recuento fuera difícil. Quizá fueran ciento doce desapariciones en los primeros nueve meses de 1982, más ciento ocho asesinatos, pero las cifras eran siempre un velo que encubría el desconcierto.

Ahora sabemos que lo que estaba ocurriendo de verdad no era, en modo alguno, una nueva guerra de la mafia, sino más bien un programa de exterminio. Riina estaba eliminando sistemáticamente a sus adversarios y a cualquiera relacionado con ellos. Al día siguiente del asesinato de Inzerillo, el cabecilla que había ocupado el lugar de Stefano Bontate en Santa Maria di Gesù convocó a los seis soldados más leales del *capo* fallecido a una reunión para debatir lo que estaba ocurriendo. Cuatro de ellos obedecieron la orden y nunca más se los vio: el nuevo jefe era un nombramiento de Riina.

El *broker* del narcotráfico Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, fue testigo de lo que ocurrió a continuación. Emanuele D'Agostino, uno de los dos individuos que habían decidido, astutamente, no acudir a la convocatoria del nuevo jefe de Santa Maria de Gesù, se escondió al amparo de Rosario Riccobono, el *capo* de Mutolo. Riccobono se había esforzado siempre en mantener una postura neutral dentro de las luchas de poder de la Mafia a finales de los setenta, pero el éxito inicial del ataque *corleonese* lo persuadió de que era el momento de pasar a la acción: mató a D'Agostino como prueba de su recién adquirida lealtad al Corto Riina. Y solo por si

Riina necesitaba más razones para convencerse, después tendió una trampa al hijo de D'Agostino, indicándole que llevara algo de ropa al escondrijo de su padre. El hijo siguió los pasos del padre a una tumba poco profunda.

Un par de semanas después, el único superviviente de entre los seis soldados de Bontate, un mafioso llamado Totuccio Contorno, conducía por Brancaccio con un amiguito de su hijo de once años en el asiento del pasajero cuando, de repente, por una calle lateral, apareció una potente motocicleta y el pasajero que iba en el asiento de atrás barrió el automóvil con un Kalashnikov al pasar junto a él. Contorno arrojó al niño fuera del coche (milagrosamente, no lo habían alcanzado las balas) y respondió al fuego de ametralladora con una pistola antes de emprender la huida. Totuccio Contorno habría de convertirse, con el tiempo, en uno de los testigos más relevantes para ayudar a los investigadores a reconstruir la dinámica de la matanza.

Antes de que hubieran acabado con los miembros activos de la facción adversaria, los *corleonesi* ya pasaron a atacar a sus parientes. A Santo Izerillo, hermano de Salvatore, el *zip* asesinado, lo estrangularon cuando intentaba hacerle una oferta de paz a Riina. A otro hermano que solo tenía dieciséis años le cortaron el brazo antes de poner fin a su agonía.

Las noticias del baño de sangre que tenía lugar en Sicilia provocaron consternación en Nueva York. John Gambino, el jefe del Sindicato Transatlántico en Cherry Hills, tuvo la valentía de volver a Palermo para manifestar la preocupación de la Cosa Nostra americana. La respuesta del Corto Riina fue una orden: los americanos debían matar a cualquiera que perteneciera a los clanes Bontate o Inzerillo y que se las hubiera arreglado para escapar a través del Atlántico. Así desaparecieron el tío y el primo de Salvatore Inzerillo; después a uno de sus hermanos, Pietro Inzerillo, lo sacaron de un restaurante en Trenton (New Jersey), lo decapitaron a balazos y arrojaron su cuerpo al maletero de un Cadillac. Un detalle en particular del horripilante final de Pietro Inzerillo disparó la imaginación de la opinión pública: habían depositado en su boca y sus genitales un puñado de dólares para mostrar que había sido víctima de su propia codicia. De este modo, sus sicarios norteamericanos (entre los cuales se incluía otro primo Inzerillo) repetían oportunamente la justificación *corleonese* de la guerra: la codicia

de los *mafiosi* que controlaban el acceso al mercado norteamericano de la heroína.

Después de conseguir que el clan Inzerillo se volviera contra sí mismo, el Corto Riina se dedicó a eliminar enseguida a todo aquel cuya lealtad hacia él estuviese remotamente en duda. Justo antes de la Navidad de 1982, Saro Riccobono, el representante de Partanna-Mondello que se había mostrado tan dispuesto a complacer a Riina al traicionar y asesinar a Emanuele D'Agostino y a su hijo, recibió una invitación para asistir a una gran barbacoa entre los árboles de mandarinas de la finca de Michele Greco en Ciaculli. Tras una afectuosa comida y una siesta, varios hombres lo despertaron al ponerle una soga al cuello: «Saru, tu historia termina aquí», le dijeron. En ese mismo momento, los soldados de Riccobono estaban siendo estrangulados uno a uno por el resto de los invitados a la barbacoa. Cuando cazaron a los rezagados, solo quedaban vivos tres integrantes de toda la familia de *Mister Champagne*.

La matanza se extendió a otras provincias de Sicilia. En septiembre de 1981, los traficantes de heroína del clan Cuntrera-Caruana tuvieron su primera víctima con el asesinato de Leonardo Caruana. Los *corleonesi* además promovieron disputas especialmente crueles en la provincia de Trapani, donde poco a poco fueron rodeando y conquistando el pueblo de Alcamo: la capital de la facción Bontate-Badalamenti-Inzerillo en esa provincia.

Aunque el baño de sangre tuvo su momento álgido entre los años 1981 y 1983, no decayó nunca del todo sino que se convirtió en un estado de terror interminable. Al aumentar el poder de Riina, también lo hicieron sus temores. Comenzó a ver a los jóvenes sicarios que habían asumido un papel preponderante en las primeras oleadas de asesinatos como una amenaza potencial. El primer caso al respecto fue Pino Greco, conocido como «Zapatito». Zapatito era el hombre que había acabado con la vida de Stefano Bontate y Salvatore Inzerillo con su Kalashnikov. Era también el pasajero que iba en el asiento de atrás de la motocicleta que, con el mismo subfusil, intentó eliminar a Totuccio Contorno. Zapatito fue quien le cortó el brazo al hermano de dieciséis años de Inzerillo. Mientras fue el segundo jefe oficial de la familia Ciacullo de Michele Greco, el Papa, Pino Greco era

en realidad el poder detrás del trono papal y quien se aseguraba de que se hiciera la voluntad de Corleone. En algún momento, a finales de 1985, los hombres del propio Zapatito decidieron eliminarlo antes de que sus ambiciones lo pusieran en el objetivo de la ira del Corto Riina.

Ese era el terror que inspiraba el jefe de Corleone. El Corto había creado una especie de dictadura militar. La Cosa Nostra nunca volvería a ser la misma. Por la época de la muerte de Zapatito, la nueva oleada bélica del inframundo italiano había alcanzado ya hacía mucho a Campania, y la Mafia siciliana había sido arrastrada a una guerra por el poder contra el Profesor y su Nuova Camorra Organizzata.

La Nuova Famiglia: retrato grupal

Cuando Raffaele Cutolo «salió a pasear haciendo un poquito de ruido» del hospital mental de Aversa en febrero de 1978, su Nuova Camorra Organizzata (NCO) experimentó un rápido crecimiento. El Profesor reclutó a centenares de nuevos jóvenes, reorganizó su estructura de mando, aumentó ampliamente la presión de sus redes de extorsión e incluso viajó a Estados Unidos para establecer vínculos de negocios más cercanos con sus contactos dentro de la Cosa Nostra americana. Todas estas iniciativas fueron preparando el terreno para la audaz exigencia que entonces hizo saber a todas las demás organizaciones de la Camorra: quería un tributo, equivalente a 20.000 liras (unos 65 euros al valor de 2011) por cada cartón de cigarrillos de contrabando que desembarcara en la región. No había lugar a equívocos en la magnitud de la ambición que implicaba este ultimátum de Cutolo: era una apuesta personal para convertirse en el amo absoluto de todo el mundo criminal de Campania.

La Cosa Nostra era la mayor fuerza que se interponía en el camino de Cutolo. A principios de los setenta, los clanes afiliados a la Mafia siciliana mantenían el equilibrio del poder criminal en Campania, una región en la que coincidían múltiples territorios de distintas pandillas. Siendo el astuto propagandista que era, el Profesor vendió su campaña a sus propios seguidores como una forma de patriotismo dentro del inframundo: la Nuova Camorra Organizzata, heredera de las tradiciones de la antigua honorable sociedad de Nápoles, habría de liderar una cruzada para liberar la región de la influencia siciliana: «Un día la gente de Campania entenderá que vale más comerse un mendrugo de pan en libertad que un filete como esclavo. Ese día, Campania conocerá la verdadera victoria». Cutolo tildaba de

traidores a los *camorristi* leales a cualquier otra fuerza criminal externa: «A mi modo de ver, eran solo *mafiosi* a medias, porque recibían órdenes de los jefes sicilianos y, de esa forma, estaban vendiendo su propia tierra». La retórica del Profesor estaba respaldada por el poder de fuego de sus legiones de jóvenes armados. La batalla estalló por toda Campania.

Los primeros clanes que se unieron para resistir a Cutolo fueron los del Nápoles céntrico. El frente contrario a Cutolo creció entonces para incluir a las familias de la Cosa Nostra en Campania y otros clanes en el interior de Nápoles. Al hacerlo, adoptó el nombre de Nuova Famiglia («Nueva Familia») o NF. A comienzos de los ochenta, toda la región estaba dividida entre dos campos armados, el de la NF y el de la NCO. La magnitud de los ejércitos confrontados carecía de precedentes en la larga historia del crimen organizado en Campania. Igual que la magnitud del derramamiento de sangre: una cifra estimada de mil muertos en el transcurso de cinco años.

Esa batalla de Campania a principios de los ochenta fue un asunto mucho más complicado que el *coup d'état* del Corto Riina en Sicilia. Parte de esa complicación derivaba del hecho de que la Nuova Famiglia era una alianza dispersa más que una organización criminal independiente. Se valía de los ritos de iniciación, pero ese hecho sugiere que sus líderes estaban desesperados por emplear cualquier medio a su alcance para garantizar la lealtad de los reclutas que necesitaban para contrarrestar la evidente superioridad numérica de la Nuova Camorra Organizzata. La Nuova Famiglia se mantenía unida (cuando se mantenía unida) solo por oposición al Profesor. Algunos de los barones del mundo criminal que la conformaban minimizaban la importancia de hacer la guerra cuando les interesaba. Algunos cambiaban de bando a mitad de camino. La Cosa Nostra intentó gestionar el conflicto desde el exterior, a la vez que atravesaba por un conflicto brutal de su propia cosecha en Palermo.

En 1980, la Cosa Nostra hizo un primer intento de organizar la clase de resistencia unida a las ambiciones de Cutolo que podía poner fin a la lucha con cierta rapidez, pero la Comisión comprobó que ni siquiera los afiliados a la propia Mafia en Campania estaban dispuestos a arrojar hombres y dinero a la guerra. El líder del contrabando de tabaco Michele Zaza, alias '*o Pazzo*, había sido uno de los fundadores de la alianza contra Cutolo, pero a

esas alturas prefería hacer un trato con el Profesor que consistía en dividir el territorio: la Nuova Camorra Organizzata tendría la provincia para ella, siempre y cuando no se metiera en la ciudad. Lorenzo Nuvoletta, líder de otra familia campañesa de la Cosa Nostra, tenía con seguridad motivos distintos, pues las drogas eran más importantes para él que los ingresos (cada vez menores) del contrabando de tabaco por los que el Profesor quería cobrar impuestos.

Frustrada por esta falta de ímpetu guerrero, la Comisión Palermo envió a un sicario para que despachara al Profesor, pero la noticia de la llegada del asesino debió de filtrarse, ya que este fue asesinado a tiros por dos individuos en motocicleta poco después de haber llegado a Nápoles.

En verano de 1980, la Cosa Nostra probó un planteamiento distinto. Después de fallar en su intento de sumar a Zaza y Nuvoletta en la ofensiva, los urgió a negociar un acuerdo. Sin embargo, la paz resultante parecía tener tan poca convicción como la guerra en sí, teniendo en cuenta que la interrupción del ciclo de expediciones de castigo no duró mucho. Al final, la Cosa Nostra habría de patrocinar al menos tres conferencias de paz a las que asistieron muchos representantes de la NCO y la NF. A dos de ellas asistió personalmente el Corto Riina y sus lugartenientes, pese a la masacre que estaban orquestando en Sicilia. Pero todo fue en vano. Una vez iniciada, la batalla en Campania resultó demasiado encarnizada para detenerse.

La Camorra seguiría adelante y mataría a trescientas sesenta y cuatro personas en 1982, casi una por día. Y para no olvidar a la infinidad de víctimas inocentes perdidas en las historias de represalias dentro del mundo gangsteril, merece la pena mencionar a una de las víctimas que murieron en enero de 1982: Annamaria Esposito, de treinta y tres años, madre de dos niños, ejecutada por el mero hecho de haber presenciado en su bar el asesinato de un camorrista.

Un retrato grupal de los jefes de la Nuova Famiglia que luchaban contra la Nuova Camorra Organizzata por el control de su territorio nos dice mucho

del pasado, el presente y el futuro del crimen organizado en Campania. La historia del paso de la Camorra al siglo XXI tiene sus raíces en la NF.

La guerra de la Camorra a principios de los ochenta trajo a Pupetta Maresca de vuelta a los titulares de los periódicos de todo el país. En 1955 se había hecho famosa por matar al hombre que había asesinado a su esposo, que era el «presidente regulador del precio de la patata». La fama de Pupetta tenía peso en el mundo criminal de Campania. En 1970 inició una prolongada relación con Umberto Ammaturo, un destacado narcotraficante. Con su nuevo galán, Pupetta fue capaz de transformar su fama en un lujoso protagonismo como *femmena 'e conseguenza* (una mujer de altura), una Primera Dama del inframundo. La policía creía que «muchos de los crímenes llevados a cabo por Umberto Ammaturo eran, en rigor, concebidos en la mente de ella».

El consorte de Pupetta, Umberto Ammaturo, era uno de los miembros más agresivos de la NF. Cerca de la Navidad de 1981, puso una bomba en las afueras del palacio de Cutolo en Ottaviano como una provocación. Más tarde confesaría ser el hombre que había detrás del asesinato del psiquiatra forense Aldo Semerari, cuyo cuerpo decapitado apareció cerca del palacio de Cutolo el día de los Inocentes de 1982. El Profesor exigió la cabeza del propio Ammaturo como precio a cualquier acuerdo de paz con la NF.

En febrero de 1982, en medio de esta confrontación entre Ammaturo y Cutolo, arrestaron al hermano de Pupetta y lo enviaron a las fauces mismas del monstruo de la NCO: la cárcel de Poggioreale. Aun cuando lo mantuvieron aislado, era obvio que su vida corría un peligro inminente. La reacción de Pupetta demostró que no había perdido ninguno de sus atributos publicitarios. El 13 de febrero de 1982, convocó una conferencia de prensa, ni más ni menos, en el cuartel general de la asociación napolitana de la prensa. Tras llegar sola, hizo una entrada gloriosa: llegaba con casi una hora de retraso, sus joyas brillaban con los flashes, iba vestida con una falda de cuero negro y un abrigo de piel negro, llevaba una gargantilla de piel de leopardo en el cuello y una blusa blanca que dejaba ver su escote. Al poco de llegar ya empezó a discutir con los periodistas, respondiendo con furia a preguntas sobre sus joyas («Quisiera conocer a alguien con el valor de imitarme») y enseguida exigió orden: «¡Señores, por favor, un poquito de

silencio! Si Cutolo estuviese aquí en lugar de mí, no estarían haciendo tanto estruendo. Y sería, desde luego, porque estarían asustados. Cutolo los ha hecho callar con plomo».

El blanco de su furia desatada fue el Profesor: «bastardo», «loco», «quiere convertirse en el emperador de la ciudad». Cuando los periodistas le preguntaron si hablaba en nombre de la Nuova Famiglia, replicó: «No soy miembro de ningún grupo, pero si alguien piensa que lo soy —y vosotros os referís a la Nuova Famiglia—, entonces digamos que son mis socios».

Conteniendo las lágrimas, volvió al propósito de la conferencia: emitir un ultimátum dirigido a Cutolo: «Quiero hacerle saber a ese caballero que, si osa tocar a alguien cercano a mí, los destruiré a él y a su familia hasta la séptima generación, incluyendo a mujeres y niños».

Solo podemos especular acerca de las emociones que inspiraron esta extraordinaria actuación. ¿Ira o pena? ¿Altivez o miedo? Tampoco sabemos si las emociones en cuestión eran verdaderas o impostadas. Lo que sí parece cierto es que eran, al menos en parte, el síntoma de las tensiones psicológicas de toda una vida como reina de la Camorra. Maresca disfrutaba del estatus y, con seguridad, del poder real, pero también pagó un alto precio por ello. Tenía dos hijos de Ammaturo, mellizos. También perdió a otro hijo: su primer vástago, Pasqualino (el bebé que llevaba consigo cuando ocurrieron los famosos acontecimientos de 1955), desapareció en 1974 durante la guerra por el contrabando de tabaco entre la Cosa Nostra y los marselleses. Pupetta tenía la firme sospecha de que el propio Ammaturo podía haberlo eliminado, pero permaneció junto a su marido, ya fuese porque él la maltrataba (por encima de la frente, de manera que el daño no fuera visible) o porque estaba demasiado habituada a sus pieles y joyas.

El Profesor tenía aún menos complejos que Pupetta en lo que se refiere a la publicidad, y era bastante mejor que ella en eso de ponerse en la piel de sus enemigos. Vestido con un traje gris cruzado, emitió su respuesta al desafío de su rival en una sala del tribunal de Nápoles: «Quizá Pupetta dijo todo eso para llamar la atención. Quizá esté pensando en hacer otra película. Hay que decir que ha escogido el momento preciso: el carnaval

empieza dentro de pocos días».

Como bien demostró la reyerta entre Pupetta Maresca y el Profesor, la guerra en Nápoles era un asunto extraordinariamente público. En Sicilia, donde los escuadrones de la muerte del Corto Riina surgieron de la nada para exterminar a sus enemigos, la ciudadanía y hasta la policía se afanaban en determinar quién estaba luchando contra quién. En Campania, por el contrario, había desafíos y proclamas explícitos, y nadie tenía ninguna duda de por dónde pasaban las líneas de batalla. Este estilo contrapuesto de hacer la guerra se correspondía con una diferencia que venía de antiguo entre las imágenes públicas de ambas cofradías criminales. El mafioso siciliano, vestido con sobriedad, ha tenido siempre un perfil público mucho menos definido que el camorrista. Los *mafiosi* están tan habituados a infiltrarse en el Estado y en las clases gobernantes que prefieren confundirse con el fondo en lugar de adoptar actitudes desafiantes ante las autoridades. Las autoridades, al fin y al cabo, solían estar de su lado. Los c*amorristi*, por el contrario, solían actuar para un público.

No hay ejemplo más claro de este asunto que el de los Giuliano, un clan que giraba en torno a Pio Vittorio Giuliano y algunos de sus once hijos, más algunos de sus primos varones. Con sus raíces criminales en el *boom* del contrabando que tuvo lugar durante la ocupación militar aliada, la familia surgió de Forcella, la famosa *kasbah* de Nápoles.

El reinado de los Giuliano habría de persistir durante los ochenta y los noventa, hasta el momento en que el clan empezó a desintegrarse con las detenciones, las muertes y las deserciones a favor del Estado. El descaro de su poder —la familia ocupaba un bloque de apartamentos que se erguía como la proa de un gran barco en una bifurcación de la avenida en el centro mismo de Forcella— no hubiera resultado extraño a los *camorristi* del siglo XIX, con sus anillos de oro, chalecos de hilo dorado y pantalones acampanados. El segundo chico de Giuliano, Luigi (nacido en 1949), se hizo cargo del negocio familiar cuando estaba en la veintena. Era un aspirante a actor y poeta, hombre galardonado cuyo éxito con las mujeres le

granjeó el apodo de «Lovigino»: una combinación intraducible de la palabra inglesa *love* («amor») y la forma afectuosa de Luigi. La amenazadora belleza de Lovigino, y sus ojos sorprendentemente azules, explican su otro apodo: «Ojos de hielo».

No es coincidencia que los Giuliano hayan dejado a sus espaldas muchas y elocuentes fotografías de su opulencia. La imagen más famosa del álbum familiar es, de lejos, la que se confiscó durante una redada policial en febrero de 1986. Nos muestra a dos de los chicos Giuliano con sus rizos dorados: Carmine «el León», con una camisa abierta y tornasolada, y Guglielmo «el Encorvado», con pantalones deportivos blancos. Ambos lucen una sonrisa placentera reclinados en la bañera más extravagante de cuantas se conocen en la historia de la fontanería: tiene forma de concha gigante, con la mitad superior alzada y en su interior un decorado de flores doradas, rodeadas de piedras negras, con la base de mármol rosa y un diseño que se repite en un tono parecido al de unos vaqueros desteñidos. Pero lo más destacable de la foto no es el gusto más que discutible de las instalaciones y adornos del baño de los Giuliano. Con aire relajado, entre los dos hermanos hay un hombre bajito y musculoso, enfundado en un chándal gris y rojo y con una sonrisa de oreja a oreja, incluso más amplia que la de los hermanos: es Diego Armando Maradona, el mayor talento que haya calzado unas botas de fútbol.

La superestrella argentina jugó para el Nápoles en el cénit de su carrera, entre 1984 y 1992, y ganó dos veces con el equipo la Serie A, la liga italiana. Eso lo transformó en un semidiós en la ciudad, adorado como ningún otro deportista lo ha sido jamás: aun hoy, su foto adorna la mitad de los bares de Nápoles. La famosa foto de la bañera no fue la única vez, durante el tiempo que llevó la camiseta celeste del Nápoles, que su nombre se vio asociado al crimen organizado. En marzo de 1989, hizo una aparición en el elegantísimo restaurante en que se estaba celebrando la boda del primo de Lovigino: «Maradona en la boda del jefe», decía un titular. Cuatro meses después, denunció que la Camorra lo estaba amenazando a él y a su familia, y que tenía mucho miedo de volver a Nápoles para el inicio de la nueva temporada. Hubo rumores infundados de que se amañaron partidos. Aquel fue el verano en que se hizo pública la fotografía de la bañera en

forma de concha. (Misteriosamente, la foto estuvo guardada en un cajón del cuartel de la policía durante más de tres años). Vale la pena recordar que fue en Nápoles donde arraigaron los más que documentados problemas de Maradona con la cocaína.

Por entonces, «la mano de Dios» negaba saber que los Giuliano eran gángsteres. Su autobiografía, publicada en 2000, es más locuaz:

> Reconozco que era algo atrapante, ese mundo, lo reconozco. Para los argentinos, una novedad: la mafia, ¿cómo será? Era algo fascinante ver eso… A mí me ofrecían ir a los clubes de fans, me regalaban relojes, esa era la relación que tenía. Pero si yo veía que no era clarita la cosa, no aceptaba. Pero era una época increíble: cada vez que iba a uno de esos clubes me regalaban Rolex de oro, coches… Y yo les preguntaba: «Pero ¿qué tengo que hacer?». Y me contestaban: «Nada, *sacate* una foto». «Gracias», decía yo.

El tema aquí no es si los vínculos de Maradona con el crimen organizado eran más estrechos de lo que él reconoce. Su muy ostensible amistad con los Giuliano era más que suficiente para lo que ellos querían. Muchos *camorristi*, en particular los *camorristi* urbanos, han buscado siempre una buena publicidad; han buscado siempre conseguir la admiración de esa parte de la población napolitana que se identifica con los sinvergüenzas bienintencionados. Ya sea con ropas llamativas y caras y su generosidad flagrante, ya sea con demostraciones de piedad, con grandes funerales y bodas en público, o codeándose con cantantes y deportistas, varias generaciones de *camorristi* se han legitimado a los ojos de la misma gente a la que exprimen. La historia del propio Maradona como el pequeño genio surgido de un suburbio de chabolas en Buenos Aires encajaba a la perfección con el alegato tradicional de la Camorra de que ella misma estaba enraizada en la pobreza y justificada por ella. Si la Camorra de los barrios de Nápoles tenía alguna ideología oficial, esta era esa suerte de parodia sociológica que postulaba el mismo Lovigino Giuliano, el Ojos de hielo:

> En Forcella no es posible vivir sin transgredir las leyes. Pero no se nos debe culpar a nosotros, los muchachos de Forcella. La culpa es de la gente que nos impide hacer un trabajo normal. Puesto que nadie de una empresa normal está dispuesto a contratar a alguien de Forcella, nos vemos obligados a encontrar una forma de salir adelante.

No hace falta decir que lo de «salir adelante» implicaba practicar la extorsión en cada actividad rentable de Forcella; implicaba loterías ilegales y reventa de entradas para los partidos del Nápoles; implicaba producir en masa ropa con etiquetas falsas; implicaba el robo y el tráfico de drogas a gran escala; y, por último, impactantes actos de violencia. Cuando Lovigino Ojos de hielo se convirtió, finalmente, en testigo de cargo en 2002, confesó el asesinato de un sicario de la NCO llamado Giacomo Frattini. El rostro lozano de Frattini le granjeó el apodo de *Bambulella* («cara de muñeca»), a pesar de tener el cuerpo cubierto de tatuajes carcelarios. La NF pasó mucho tiempo planeando lo que harían con él. Una idea era la de crucificarlo frente al palacio del Profesor en las laderas del Vesubio. Al final, en enero de 1982, un escuadrón de la muerte lo atrajo hacia una trampa, lo torturó y enseguida convocó a un carnicero amigo para que le cortara la cabeza y las manos y le extrajera el corazón. Dejaron los fragmentos en distintas bolsas de plástico dentro de un Fiat 500 Belvedere en los alrededores de la piazza Carlo III. También dejaron una nota de un grupo terrorista de izquierdas imaginario en una cabina telefónica cercana: lo tildaba de «el sicario de prisiones», el esclavo de un «fanático demente y diabético», en alusión a Raffaele Cutolo, el Profesor.

El exhibicionismo de los Giuliano nunca ha sido el único estilo de la autoridad criminal en Nápoles. Históricamente, el área al norte de la ciudad alberga una modalidad más recatada de camorrista que también habría de formar parte de la Nuova Famiglia.

Marano es un pequeño centro agrícola conocido desde hace tiempo por la influencia de la Camorra. En 1955, el hijo del antiguo alcalde del pueblo, Gaetano Orlando, mató al Gran Pasquale, el presidente regulador del precio de la patata. Durante los años setenta y ochenta, los sobrinos de Gaetano Orlando —Lorenzo, Gaetano, Angelo y Ciro Nuvoletta—, se convirtieron en los criminales más poderosos de Campania. Fueron iniciados en la Cosa Nostra durante el *boom* del contrabando de tabaco. Su granja, disimulada entre los árboles de una colina justo a las afueras del pueblo, fue el

escenario de todas las reuniones más importantes durante la guerra entre la NCO y la NF.

Los Nuvoletta preferían la imagen recatada de sus congéneres de la Cosa Nostra. Su riqueza era enorme y, como muchas de las fortunas criminales forjadas en esa misma región de Campania durante el siglo precedente, se movía a caballo entre los negocios legales y el crimen. El clan sacaba beneficios de la construcción a la vez que del contrabando, de las propiedades a la vez que de la extorsión, del cultivo agrícola a la vez que del fraude. El intermediario siciliano de la heroína, Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, fue iniciado en la Cosa Nostra en la granja de los Nuvoletta. Allí vio de primera mano su riqueza: tenían vastos hangares con criaderos de gallinas, gracias a un contrato de que gozaban para alimentar a todos los barracones militares de Nápoles. Así, ni siquiera en la nueva prosperidad de los setenta, los c*amorristi* del interior habían renunciado a su tenaza tradicional sobre los suministros alimentarios de la ciudad.

Esta mezcla de ingresos legales e ilegales explica la preferencia de los Nuvoletta por pasar inadvertidos. Pese a su extrema riqueza, su perfil era tan bajo que, cuando en diciembre de 1979 los carabineros capturaron al mafioso de Corleone Leoluca Bagarella con una fotografía de un empresario de cabellos blancos en su poder, les llevó meses asociar el nombre de Lorenzo Nuvoletta al rostro que aparecía en ella. No es sorprendente, entonces, que a Lorenzo Nuvoletta le fuese confiado el cargo de *capomandamento* («jefe de distrito») de tres familias de la Cosa Nostra en Campania, es decir, el hombre cuya labor consistía en representar los intereses napolitanos ante la Comisión Palermo a través de su contacto primordial, Michele Greco, el Papa.

De modo que la Nuova Famiglia reflejaba toda la diversidad tradicional del crimen organizado en Nápoles y Campania. Y esa diversidad explica también por qué daba la impresión de que las atrocidades podían seguir indefinidamente, sin que nadie alcanzara en ningún momento una victoria militar.

Economía de la catástrofe

La película *Il camorrista (El profesor)*, estrenada por Giuseppe Tornatore en 1986, es un enmarañado melodrama sobre el auge y la caída de un gángster, inspirado en la carrera de Raffaele Cutolo, el Profesor. Pone en escena, adornándolos, los momentos culminantes de la Nuova Camorra Organizzata y su historia, con una banda sonora de lastimeras trompetas y melódicos clarinetes deudora de la partitura de *El padrino*, que definió el género. Desde que *Il camorrista* se estrenó en 1986, infinitas reposiciones en la televisión local, vídeos piratas y ahora vídeos de YouTube, han entremezclado de manera irreparable la realidad y el mito en la memoria popular del reinado del Profesor. Las frases más resonantes de la película («Dile al Profesor que yo no lo traicioné» y «Malacarne es un *guappo* de cartón») se han convertido en eslóganes; el equivalente napolitano de «Le haré una oferta que no podrá rechazar» y «Deja el arma, llévate los *cannoli*».

Quizá la escena más llamativa de *Il camorrista* en términos visuales sea la que tiene lugar en la cárcel. Se muestra al Profesor leyendo un libro de historia en la cama, vestido con un pijama celeste perfectamente planchado. Un ruido leve de fondo lo hace levantar la vista del libro. El rumor se convierte en un temblor: primero comienzan a vibrar los adornos en su arcón junto a la cama, después la estructura metálica de su cama se da repetidamente contra la pared y la ventana de su celda estalla en pedazos. En el trasfondo se oyen gritos de pánico: «¡Terremoto!». Tambaleándose y ya de pie, Cutolo abre la puerta de su celda para ver cómo la prisión de Poggioreale se sume en la anarquía. Nubes de polvo se alzan del suelo en su ala y caen del techo fragmentos de yeso. Los guardias corren de aquí para

allá liberando a los reclusos que gritan en sus celdas. En cuestión de segundos, Cutolo pasa los brazos por los hombros de sus dos matones principales: «¡Esta es una oportunidad que Dios nos envía! ¡Tiene que ser el apocalipsis de la vieja Camorra!».

A ello le sigue un espantoso carnaval en claroscuro de apuñalamientos, aporreos, linchamientos y estrangulamientos, con los hombres de Cutolo aprovechándose del caos para acabar con sus enemigos. Del estrépito y el pánico en masa de la prisión, pasamos enseguida a la mañana siguiente, donde vemos cómo una docena o más de ataúdes de pino son introducidos en furgones en el patio de la cárcel.

El terremoto del 23 de noviembre de 1980 no fue solo una fantasía cinematográfica. Con su epicentro en las montañas al este de Nápoles, mató a 2.914 personas en toda Campania. Pero el trabajo de un director de cine es el que es: Tornatore se tomó grandes licencias poéticas al montar la secuencia del desastre al rodar su película sobre la mafia. Siendo el trabajo del historiador el que es, debo señalar aquí un par de cosas en las que el arte y los hechos difieren. En cuanto a los mafiosos asesinados, por ejemplo, hubo «solo» tres muertos en Poggioreale; más otros tres el 14 de febrero de 1981, cuando los hombres de Cutolo salieron de nuevo de cacería tras una réplica importante. Tornatore deja espacio para todas esas muertes adicionales estirando los noventa segundos que duró el terremoto real a casi tres minutos; le añade además unos cuantos truenos y relámpagos poco probables para darle un mayor efecto. En realidad, el reinado del terror en Poggioreale fue más prolongado. Los asesinos de la NCO no buscaron a sus víctimas mientras el terremoto estaba ocurriendo, sino más bien durante la noche siguiente, después de que los guardias abandonaran muchas alas de la cárcel, dejando a las facciones criminales rivales para que resolvieran sus disputas.

Il camorrista adorna la verdad de formas algo más insidiosas que estas. Por ejemplo, convierte el homicidio miserable en la vía pública que le granjeó a Cutolo su primera condena de por vida en un episodio donde mata a un hombre por manosear a su hermana. Desde los mismos orígenes de las mafias italianas, el prestigio del mundo criminal se ha confundido de manera permanente, en el terreno de la opinión pública, con la defensa del

honor sexual de la mujer.

No obstante, incluso el historiador más puntilloso tendría que admitir que las licencias poéticas de Tornatore estaban justificadas en ciertos casos. Estaba absolutamente en lo cierto, por ejemplo, al valerse del terremoto como uno de los escenarios fundamentales de la película. El 23 de noviembre de 1980, cuando Cutolo, enfundado en su bata de seda, dirigió a sus cuadrillas de sicarios para que eliminaran a sus adversarios, fue sin duda una fecha importante en la batalla de la Nuova Camorra Organizzata contra sus enemigos. La razón por la que la NF odiaba tanto a Giacomo Frattini, *Bambulella*, hasta el punto de decapitarlo, era porque fue uno de los sicarios del Profesor ese noviembre de 1980.

El terremoto marcó también un giro sísmico en la naturaleza del poder de la Camorra en Nápoles. Después del seísmo, y a causa de él, la Camorra se sumó finalmente a la Mafia y la ‘Ndrangheta en el saqueo del negocio inmobiliario, y de esa manera se fusionó con la clase política. Una de las cosas más notables del Profesor es que su organización dio ese salto a la construcción mientras tenía lugar su guerra contra la NF.

Volviendo a los años cincuenta, Italia tenía por entonces grandes esperanzas en que la inversión pública ayudara al subdesarrollado sur a industrializarse. A mediados de los setenta, la crisis económica internacional y una larga historia de politiqueo, corrupción e incompetencia a la hora de distribuir el dinero, habían acabado con esas esperanzas. Los sucesivos gobiernos italianos abandonaron el ideal a largo plazo del desarrollo económico y, en lugar de ello, abrazaron propósitos a corto plazo de fomentar el consumo, al tiempo que otorgaban a los políticos regionales dinero suficiente para mantener feliz a su clientela. De ahora en adelante, el flujo de dinero de los contribuyentes que iba destinado al sur ya no iría a parar de manera concentrada a la educación y las infraestructuras, sino que se esparciría en forma de beneficios y pensiones. Este sistema se mantendría incluso cuando la economía italiana se recuperara en los años ochenta.

El terremoto del 23 de noviembre de 1980 expuso con crueldad los

males de Campania. Resultó que los prestigiosos edificios que se habían levantado con el dinero del gobierno central estaban demasiado mal construidos como para resistir los temblores. Un ala entera de un hospital público en la aldea de Sant'Angelo dei Lombardi se desplomó, matando a docenas de personas. Estaba claro, en este y muchos otros casos, que la distribución de contratos y trabajos había sido una prioridad mayor que construir un edificio digno de ese nombre.

La respuesta del Estado a los desafíos que supuso la reconstrucción posterior al terremoto fue una lección de mala planificación. El objetivo explícito no era solo reconstruir, sino también crear nuevas oportunidades económicas para las áreas golpeadas, pero una proliferación de confusas leyes de emergencia generó un montón desordenado de distintos programas de gasto fiscal. Los poderes y las responsabilidades quedaron dispersos entre diferentes comisarios especiales, ministerios, regiones, provincias y ayuntamientos locales, de manera que fue imposible realizar un seguimiento adecuado de los programas de reconstrucción. Muchos políticos ávidos se apresuraron a cobrar su parte. Dos meses después del terremoto, en febrero de 1981, 316 ayuntamientos locales fueron considerados para invertir los fondos de reconstrucción: nueve meses después, el total había aumentado a 686. El número de edificios con daños que se había declarado subió de 70.000 a más de 350.000 aproximadamente en el mismo período. O bien el terremoto había tenido algunos efectos retardados más que peculiares, o había un montón de gente mintiendo respecto al alcance de la destrucción.

El gasto real del dinero en la reconstrucción implicaba una multiplicidad de funciones administrativas. Técnicos que estimaran el trabajo requerido. Comisionados que evaluaran esas estimaciones en nombre de los ayuntamientos. Planificadores. Administradores que debían aprobar los planes de los planificadores. Abogados que redactaran los contratos. Empresarios inmobiliarios. Supervisores e inspectores de obras. Y así sucesivamente. Pero dado que, en buena medida, no era posible fiscalizar a los organismos que otorgaban el dinero, al final resultaba que muchas de esas funciones diversas las desarrollaba la misma gente con distintos sombreros. O grupos de amigos. O reducidas camarillas

partidistas. El régimen de medidas de emergencia que había abierto la puerta a estos buitres se convirtió en una situación permanente.

Los resultados, en mitad de los escombros, fueron fatales. A finales de 1990, diez años después del embate sísmico, 28.572 personas seguían viviendo en remolques de emergencia. De los miles de trabajos prometidos, pocos se habían materializado. Los costes habían subido por las nubes. Los parásitos habían ganado fortunas. Y había surgido una vasta y nueva clientela política. El terremoto dio origen al peor escándalo financiero de Europa en los ochenta. Pero ese escándalo estaba solo en pañales cuando los elementos violentos de Campania decidieron que ellos también se podían beneficiar del desastre.

El episodio que expuso los vínculos de la Camorra con la economía de la catástrofe fue un secuestro terrorista.

Ciro Cirillo operaba en el centro mismo del sistema de clientelismo administrado por los democristianos en Campania. Tras el terremoto de 1980, le fue encomendada la responsabilidad de gestionar los fondos masivos para la reconstrucción canalizados a través del gobierno regional de Campania. Poco después de ello, al atardecer del 27 de abril de 1981, fue secuestrado por la columna de Nápoles de las Brigadas Rojas. Cinco *brigatisti* estaban esperándolo cuando llegó al garaje subterráneo de su casa en Torre del Greco, un pueblo en la franja de terreno entre el Vesubio y el mar. Cuando el guardaespaldas de Cirillo se dirigió, como siempre, al exterior para verificar que todo estaba en orden, fue asesinado a tiros. Antes de que el chófer pudiera reaccionar, fue también asesinado, y su secretaria recibió varios disparos en las piernas. A Cirillo lo arrancaron del asiento trasero, lo noquearon con la culata de una pistola y se lo llevaron de allí.

Italia estaba, para entonces, tristemente familiarizada con la rutina de los secuestros terroristas. Primero, algún periódico recibía la llamada para reclamar la autoría del mismo. A esto lo seguía un breve intervalo de inquietud y especulación: ¿sería auténtica esa autoría? Después se presentaba la prueba. La tarde que Cirillo fue secuestrado, se hizo otra

llamada, esta vez a las oficinas de la redacción de *Il Mattino*, el diario de mayor tirada en Nápoles. Las instrucciones eran de una claridad meridiana: «En el número 275 de la Riviera di Chiaia, bajo un cubo de basura, encontrarán el comunicado número uno». Cuando lo encontraron, se vio que el comunicado número uno contenía una fotografía Polaroid del cautivo sentado ante la tosca estrella de cinco puntas de las Brigadas Rojas y un eslogan: «El verdugo será juzgado». En cerca de ciento cincuenta páginas de un confuso análisis económico-político pseudomarxista del gobierno de Nápoles, se describía a Cirillo como «el encargado de la reconstrucción imperialista en el polo urbano de Nápoles».

El rostro asustado que miraba a la Polaroid no daba muestra alguna del poder que las BR le atribuían: una calva redondeada, un bigote cortado en cepillo y unos rasgos demasiado pequeños para el rostro. Con todo, los *brigatisti* habían escogido bien a su objetivo y, pese a su ideología ilusoria, había una gran inteligencia estratégica en su «campaña Cirillo» (como la designaban). El terremoto había dejado a cincuenta mil personas sin hogar solo en Nápoles: los terroristas esperaban convocar a este grupo de gente vulnerable y enfadada. Los comunicados regulares de las BR denunciaban, de hecho, a los que sacaban provecho del terremoto y despotricaban contra lo que designaban como la «deportación de proletarios» desde las viviendas hacinadas y dañadas por el terremoto del centro de la ciudad. Hubo además otros actos de propaganda: en las áreas donde se concentraban los remolques de los sin techo aparecieron carteles de las BR, y otros dos funcionarios implicados en la reconstrucción recibieron amenazas de que se les dispararía a las piernas. Las BR sometieron a Cirillo a un «tribunal popular», las grabaciones del cual se remitieron a los medios de comunicación; esto dejaba a la vista la codicia y la mala gestión de la DC. Los democristianos de Campania tenían buenas razones para estar preocupados. La víctima del secuestro era un hombre que guardaba muchos secretos: no había manera de prever lo que podía llegar a confesar por miedo mientras estuviera en manos de las BR.

A la luz de todo ello, las probabilidades de Cirillo de sobrevivir a su calvario no eran buenas en absoluto. La DC estaba oficialmente aferrada a una política de no negociar con los secuestradores políticos (la misma

política que había adoptado cuando secuestraron al secretario del partido, Aldo Moro, en 1978). El caso de Moro terminó con su muerte, como ocurrió con muchas otras víctimas. El 9 de julio de 1981, un comunicado adicional de las BR anunció que el tribunal popular había llegado «al único veredicto posible» y que la condena a muerte de Cirillo era «el mayor acto humanitario imaginable dadas las circunstancias». Cirillo estaba condenado.

Entonces, al amanecer del 24 de julio de ese mismo año, Cirillo fue liberado y las BR anunciaron que habían recibido un rescate de 1.000.450.000 liras (1,9 millones de euros al valor de 2011).

El Ministerio del Interior rechazó indignado la idea de que Cirillo había sido intercambiado por dinero, señalando que su liberación se había producido «sin ninguna negociación ni concesión por parte de los órganos del Estado enfrentados al chantaje de una banda armada». Serían precisos otros doce años para que Italia se enterara de lo muy infundadas que eran esas negativas. La verdad solo asomaría tras una sucesión de negativas posteriores, testimonios poco fiables, testigos asesinados y pruebas destruidas. Durante el cautiverio de Cirillo, los «órganos del Estado» no habían negociado solo con las Brigadas Rojas. También lo habían hecho con la Nuova Camorra Organizzata del Profesor Raffaele Cutolo.

La historia es más o menos como sigue. Apenas dieciséis horas después de la desaparición de Cirillo, un agente secreto de la SISDE, la agencia de inteligencia y seguridad interior italiana, visitó a Raffaele Cutolo en la cárcel de Ascoli Piceno. Hubo otras reuniones con Cutolo, en las que el mismo agente fue acompañado de dos personas. La primera de ellas era un alcalde local de la facción del propio Cirillo dentro de la DC, que era cercano a la NCO. La segunda era el cabecilla suplente de la NCO, Enzo Casillo. Conocido como *‘o Nirone* («Negro») a causa de su pelo oscuro, Casillo era hijo de un industrial fabricante de pantalones; pese a estos orígenes acomodados, se había transformado en el jefe militar de la NCO durante la guerra contra la Nuova Famiglia.

Después de esas reuniones iniciales, *‘o Nirone* Casillo y otro oficial superior de la Nuova Camorra Organizzata recorrieron el país, en las semanas siguientes, bajo el ala protectora de los servicios secretos, para que pudieran participar en la negociación entre el Estado, las BR y la NCO, así

como proseguir con sus deberes en la guerra de la Camorra.

No obstante, pese a los mejores empeños de los agentes secretos de la SISDE, el Profesor se mostró inconmovible. De manera que el 9 de mayo se abrió una segunda fase en las negociaciones, cuando el servicio de inteligencia militar (SISMI), se hizo cargo. El SISMI no tenía jurisdicción en cuestiones de seguridad interior y, por tanto, tampoco tenía derecho a intervenir en el secuestro de Cirillo. Pero de repente las cosas empezaron a moverse. Varios simpatizantes encarcelados de las BR fueron transferidos a Ascoli Piceno para hablar con el Profesor, y luego trasladados de nuevo a cárceles donde estaban internos los líderes de las BR. *'O Nirone* Casillo desarrolló su tarea de mediador itinerante. Al final, se pagó el rescate y Cirillo fue liberado.

El caso Cirillo ilustraba las profundidades en las que se hundió el Estado italiano en los ochenta. Los «órganos del Estado» negociaban con los terroristas de izquierdas mediante los buenos oficios de la mayor organización criminal del país. Un listado ruin de personajes participó en las conversaciones. Quien dirigió la fase última de las negociaciones fue un comerciante sin escrúpulos llamado Francesco Pazienza, que se había convertido de algún modo en consultor del SISMI. (Entre otras cuestiones, sería condenado más tarde por desviar las investigaciones del atentado terrorista perpetrado por la ultraderecha en la estación de Bolonia en los años ochenta, en el cual murieron ochenta y cinco personas). A través de conductos como este, el dinero pasó de unas manos a otras (un dinero que las BR emplearon entonces para continuar su campaña de asesinatos y secuestros). El mago de la DC que administraba el dinero para la reconstrucción se salvó, pero otras víctimas pagaron luego el precio de manera vergonzosa y trágica en su lugar.

Aunque una investigación parlamentaria no pudo encontrar pruebas directas de un *quid pro quo* entre los servicios secretos y la NCO, muchas preguntas cruciales seguían sin respuesta. La historia de Cirillo se compone de muchas y muy preocupantes suspicacias y, en comparación, muy pocas certezas. Sobre el caso planea una oscuridad considerable. He aquí dos razones de ello.

Por la época del secuestro de Cirillo, muchos oficiales superiores tanto

del SISDE como del SISMI eran miembros de la logia masónica P2, lo que hace que sus motivaciones sean difíciles de descifrar. No se puede descartar ninguna combinación de chantaje, subversión derechista y corrupción.

Cuando liberaron a Cirillo en un edificio semiabandonado del barrio de Poggioreale en Nápoles, este le hizo señas a una patrulla de policía de tráfico que pasaba por allí. Las órdenes eran llevar a Cirillo directamente a un cuartel policial, donde los jueces que investigaban el secuestro lo atenderían e interrogarían, pero el traslado había apenas comenzado cuando otros cuatro vehículos de la policía civil interceptaron y rodearon el coche. Alegando órdenes superiores, el oficial al mando de los cuatro vehículos llevó a Cirillo a su casa en lugar de lo planeado. Una vez en su hogar, un médico examinó a Cirillo, y declaró que estaba en estado de conmoción y que los jueces investigadores del secuestro no podían interrogarlo. Esos inconvenientes de salud no fueron obstáculo, sin embargo, para que algunas figuras importantes de la DC, incluido Flaminio Piccoli, el líder del partido a nivel nacional, fuesen a ver a Cirillo cuarenta y ocho horas antes de que se autorizara el acceso de los magistrados. Ese intervalo de tiempo podría haber facilitado a Cirillo y a sus amigos de la DC la coordinación de su historia sobre las negociaciones.

¿Qué podía ganar el Profesor al involucrarse en el trato para liberar a Cirillo? Una cosa que sin duda consiguió fue la posibilidad de alardear ante el mundo criminal de que era él quien disponía de la complicidad de las autoridades. Más allá de la verdadera naturaleza de cualquier regateo que hubiese tras la liberación de Cirillo, el Profesor podía ahora presentarse como alguien con un lugar reservado entre los más importantes. Pero, ¿es posible que recibiera algo más? ¿Y puede ser que le diera a las BR algo más que dinero? Muchos testigos, incluyendo a los *brigatisti* y *camorristi* que luego se convirtieron en testigos de cargo, han aludido a un listado completo de compensaciones otorgadas en el regateo. Y bien puede ser que estos estuviesen mintiendo, pero de hecho hay pruebas que respaldan sus afirmaciones.

Algunos *brigatisti* alegaban que Cutolo les proporcionó información de provecho sobre posibles objetivos, y hay hechos que parecen apoyar esta afirmación. El 15 de julio de 1982, las BR ametrallaron al comandante de la

policía Antonio Ammaturo junto con su chófer, Pasquale Paola. Ammaturo era un enemigo común de las BR y la NCO. Había investigado el terrorismo de izquierdas. Además, tan pronto como había asumido su cargo en Nápoles, había tenido incluso la imprudencia de asaltar el castillo del Profesor en Ottaviano, siendo el primer policía que hacía algo similar. Ammaturo también estaba investigando el caso Cirillo en el momento de su muerte. Cuando se le preguntó sobre este asesinato en el tribunal, el Profesor exhibió su habitual actitud escurridiza:

> Yo no di a las BR el nombre de Ammaturo para que lo mataran. No estoy diciendo que no me hubiera causado placer quitármelo de en medio, pero lo hubiese hecho yo mismo, directamente, porque era una *vendetta* personal.

El escenario más probable —un escenario ilustrativo de la lógica retorcida que reinaba en las sombras, donde coincidían la violencia subversiva y la violencia criminal— es que un grupo terrorista de izquierdas mató a dos buenos policías en nombre de la NCO.

Según un camorrista, el Profesor además transformó su intervención como mediador en el caso Cirillo en una serie de favores que ampliaron su influencia en el sistema carcelario. Esto tal vez explique que, el 27 de octubre de 1981, la Corte de Apelaciones de Nápoles determinara que Cutolo estaba «semidemente» y merecía, por el mismo motivo, un trato menos severo.

Pero el elemento más significativo en la lista de la compra del Profesor fue una tajada de los beneficios que aportó la reconstrucción que siguió al terremoto. Cabe enfatizar que las investigaciones no revelaron pruebas decisivas de que hubiera habido esos canjes. Con todo, los tribunales sentenciaron que, en efecto, los empresarios cercanos a la NCO, incluido Roberto, el hijo del mismo Profesor, recibieron contratos equivalentes a 67.000 millones de liras (129 millones de euros al valor de 2011) para desarrollar programas de viviendas prefabricadas en el área de Avellino.

El asunto de los contratos de reconstrucción nos lleva al último, y más controvertido, de los muchos enigmas que rodean el secuestro de Cirillo: el interrogante de quién fue el que autorizó las negociaciones. ¿Qué políticos estuvieron implicados, y hasta qué punto?

Una investigación parlamentaria habría de concluir que, aun cuando hubo claramente negociaciones con las BR por el asunto Cirillo, no había prueba alguna de que se hubieran intercambiado favores como parte de algún trato acordado. La reputación de varios democristianos relevantes quedó seriamente dañada con el veredicto. Por ejemplo, es casi seguro que Flaminio Piccoli, el líder del partido a nivel nacional, estaba enterado de las negociaciones. Francesco Pazienza, el comerciante sin escrúpulos vinculado al terrorismo de derechas que dirigió la última fase del regateo, era un asiduo invitado en la casa del líder de la DC. Pero la figura en el epicentro de la controversia, y uno de los políticos más poderosos de Campania, era Antonio Gava. Gava había obtenido su primer cargo en el gabinete cuando Cirillo fue secuestrado, y siguió adelante para ocupar una serie de puestos importantes dentro del gabinete, incluidos el Ministerio del Interior y el de Hacienda en los años ochenta.

Gava era el jefe de la facción local de la DC, cuyo representante fundamental no era otro que Cirillo. Gava fue llevado a juicio en 1993 por sus nexos con la Camorra. No transcurrieron menos de trece años antes de que lo absolvieran en 2006, y cuando murió en 2008 lo habían demandado por daños y perjuicios. Uno no puede sino compadecerse de un individuo al final de semejante calvario judicial, dilatado en el tiempo de una manera tan abrumadora, pero hay que decir que esas epopeyas judiciales son demasiado comunes en Italia, en particular cuando se trata del delicado asunto de determinar los nexos entre el crimen organizado y la clase política. Aun así, la sentencia final que determinó la absolución de Gava nos muestra, a pesar de su fraseología legalista tan poco clara, una faceta suya más bien pobre:

> El tribunal sostiene haber probado con certeza que Gava era consciente del acuerdo de reciprocidad funcional entre los políticos locales, pertenecientes a su facción de la DC, y la Camorra… Hay también pruebas de que [Gava] no hizo nada concreto ni muy tajante para combatir o poner límites a esa situación, y que en lugar de ello acabó disfrutando de los beneficios electorales que ello proporcionó a su facción política.

Los jueces concluían que el comportamiento de Gava era moral y políticamente reprochable, pero que no había hecho nada para merecer una condena criminal.

Los *camorristi* habían puesto sus manos en la reconstrucción posterior

al terremoto antes de que se iniciara la «campaña Cirillo» de las BR. El 11 de diciembre de 1980, apenas dos semanas y media después del seísmo, el alcalde de un pueblo que sufrió daños fue asesinado a tiros porque intentó bloquear a ciertas empresas ligadas al crimen organizado que pretendían quedarse con contratos para la limpieza de escombros. Así que el secuestro de Cirillo fue, en última instancia, solo un síntoma de la forma en que la Camorra se hizo con las oportunidades que surgieron del desastre del 23 de noviembre de 1980. En Sicilia, la guerra de la Mafia de principios de los ochenta se libró por el control del canal que transportaba la heroína a Estados Unidos. En Campania, la Nuova Camorra Organizzata y la Nuova Famiglia luchaban por controlar las ganancias de la reconstrucción.

Pero el caso Cirillo habría de resultar decisivo en otro aspecto: sería el factor que traería consigo la derrota final del Profesor Raffaele Cutolo.

El 18 de marzo de 1982 —once meses después del secuestro de Cirillo y con los enigmas que lo rodeaban aún sin resolver— el diario *L'Unità* del Partido Comunista publicó lo que pretendía ser un documento del Ministerio del Interior con todos los detalles de las negociaciones para la liberación de Cirillo. La carta resultó ser falsa, y eso fue suficiente para que el editor del periódico perdiese su puesto. Pero muchos de los detalles que contenía eran ciertos, lo suficiente como para que se iniciara una investigación formal de las negociaciones para la liberación de Cirillo. Ahora sabemos que, con toda probabilidad, el Profesor fue el autor de la falacia. La creó porque sentía que no había recibido una recompensa justa por su ayuda en el caso del secuestro de Cirillo. Filtrar la carta a la prensa opositora era una astuta forma de enviar una advertencia: si el Profesor no conseguía lo que deseaba, a esa carta la seguirían nuevas revelaciones, y revelaciones documentadas.

Pero la estrategia de la carta fracasó rotundamente. El presidente de la República, indignado por las historias que empezaban a circular sobre la regalada vida de Cutolo entre rejas, dispuso que fuera trasladado a la lúgubre prisión en la isla de Asinara. De ahí en adelante, comunicarse con el resto de la NCO le sería imposible. La Nuova Famiglia, por su parte, se movilizó para matar. A los pocos días de que Cutolo fuera trasladado a Asinara, Alfonso Rosanova, el empresario de la construcción que

gestionaba el negocio de las armas de la NCO, fue asesinado a tiros en el hospital de Salerno donde estaba recuperándose de un atentado previo contra su vida; seis o siete asesinos entraron en el edificio, desarmaron a los policías de guardia que había junto a su cama y le dispararon allí varias veces. En enero de 1983 se dio el golpe mortal, cuando Enzo Casillo, *'o Nirone* —el comandante supremo del Profesor y el negociador itinerante del caso Cirillo— voló en pedazos con un coche bomba en Roma. El oficial de la Nuova Famiglia que creó la trampa explosiva se convertiría luego en testigo de cargo y explicaría a una comisión parlamentaria la razón por la que despacharon a Casillo de un modo tan espectacular. El mensaje enviado con el asesinato, explicó, fue «para demostrarle a Cutolo que estaba acabado y que debía parar de una vez de chantajear a los políticos o a la gente de los organismos estatales con la que había negociado durante el secuestro de Cirillo». El mismo camorrista sospechaba que la fuente de información que le había permitido identificar el lugar donde vivía *'o Nirone* Casillo eran los servicios secretos.

El Profesor había ido demasiado lejos en la apuesta que le habían concedido en el caso Cirillo. La Nuova Famiglia estaba decidida a castigarlo y, así, ganarse a sus amistades políticas. La Nuova Camorra Organizzata comenzó a desintegrarse. Sin su líder, los jóvenes y entusiastas seguidores de Cutolo fueron masacrados a manos de los escuadrones bien organizados de la Nuova Famiglia.

El legado del Profesor fue, a pesar de todo, enorme. Su reinado vio a la Camorra alcanzar un nivel de riqueza e influencia comparable al de las mafias de Calabria y Sicilia. Tuvo también efectos duraderos fuera de su propia región de Campania. De hecho, el Profesor fue una de las razones principales de que Italia asistiera al nacimiento de dos mafias completamente nuevas.

La Banda della Magliana y la Sacra Corona Unita

Desde finales de la década de 1970 hasta la de 1980 se dio un período no solo de violencia récord dentro de las mafias históricas de Italia. Fue también un momento en que, por primera vez en todo un siglo, surgieron organizaciones criminales totalmente nuevas en regiones ajenas al ámbito doméstico de la Mafia siciliana, la Camorra napolitana y la ‘Ndrangheta calabresa.

Roma era un caso especial cuando se trataba de la dispersión del poder mafioso. Las tres mafias fundamentales estaban allí presentes, secuestrando, traficando con drogas, blanqueando dinero y todo lo demás, pero ninguna de ellas intentaba desalojar a las otras dos. Al contrario de lo que uno podría esperar de tan feroces clanes, no hubo confrontación militar directa entre los *camorristi*, los *mafiosi* y los ‘*ndranghetisti* en suelo romano. En la capital del país, como en otras partes, las tres mafias fundamentales preferían beneficiarse de la convivencia pacífica en lugar de soportar los costes y riesgos de una guerra «en el extranjero». La capital se transformó así en una suerte de puerto libre de la influencia criminal, con sus ganancias abiertas a todos para su explotación. En esas circunstancias peculiares, Roma generó una cofradía criminal de su propia cosecha a finales de los setenta, del todo independiente de la Mafia, la Camorra y la ‘Ndrangheta, aunque profundamente deudora de ellas en lo que se refería a los métodos y contactos.

El 7 de noviembre de 1977, el duque Massimiliano Grazioli Lante della Rovere, el antiguo propietario de *Il Messagero*, que era el diario más importante de Roma, fue secuestrado en las afueras de la ciudad. Una noche

del marzo siguiente, después de meses de negociaciones, su hijo arrojó una bolsa con 2.000 millones de liras (más de 7 millones de euros al valor de 2011) por encima de la barandilla de un puente de carretera. Desde abajo le llegó una voz: «Vete a casa y espera. Liberaremos a tu padre en pocas horas».

El duque jamás fue liberado. De hecho, cuando se entregó el rescate, estaba ya muerto, sus secuestradores lo habían asesinado porque había visto a uno de ellos sin máscara. Colocaron su cuerpo en una silla, le abrieron los ojos y le pusieron en las manos un periódico reciente para poder enviar a sus parientes la foto probatoria de que estaba vivo.

El macabro rapto del duque Grazioli fue la primera acción que llevó a cabo un grupo llamado la Banda della Magliana («la Banda de la Magliana»), así bautizado en honor al vecindario suburbano recién construido en Roma de donde procedían algunos de sus integrantes. Los jefes de la Banda della Magliana —usureros de distintos tipos, narcotraficantes, peristas y sobre todo ladrones a mano armada— se fijaron la meta explícita de dominar el mundo criminal de la capital. Antes de lo esperado, habían conseguido su propósito.

La Banda della Magliana tenía muchas similitudes con las mafias de Sicilia y Calabria. Sus líderes dividían la capital en distritos con miras a la distribución de la droga, y eliminaban a cualquier traficante que se negara a quedar bajo su control. Disponían de un fondo común y se valían de él para dar apoyo a los miembros encarcelados y a sus familias, para sobornar a policías y carabineros, y para conseguir amistades importantes. Igual que las mafias tradicionales, la Banda della Magliana decidía sus asesinatos de manera centralizada, teniendo en mente los objetivos estratégicos de la organización. Era asimismo una «compañía financiera» que explotaba oportunidades de hacer dinero donde fuera que surgieran, reinvertía sus beneficios en nuevas empresas criminales y blanqueaba el dinero a través de inversiones formalmente legales, sobre todo en propiedades.

Desde sus orígenes, la Banda della Magliana se ciñó a un intenso patrón de relaciones con las mafias tradicionales. Obtenía heroína al por mayor de la Cosa Nostra —tanto del grupo cercano a Stefano Bontate como, una vez que se exterminó a Bontate y sus amigos, de los *corleonesi* del Corto Riina

—. En fecha tan temprana como 1975, la policía localizó a uno de los futuros líderes de la Banda charlando en un restaurante romano llamado Il Fungo con algunos *'ndranghetisti* del más alto nivel, incluyendo a Giuseppe Piromalli de Gioia Tauro y Paolo De Stefano de Reggio.

La Banda della Magliana se inspiró también en la Nuova Camorra Organizzata. De hecho, uno de sus fundadores había conocido al Profesor en la cárcel y era un gran admirador suyo. Algunos de los demás compartían sus perspectivas: como uno de ellos confesaría más adelante, «decidimos intentar y llevar a cabo en Roma la misma operación que Raffaele Cutolo estaba llevando a cabo en Nápoles». En 1979, cuando el Profesor se dio a la fuga después de «salir a pasear haciendo un poquito de ruido» del sanatorio de Aversa, alquiló todo un piso de un hotel en Fiuggi, un pueblo balneario al sur de Roma, y allí se reunió con la Banda della Magliana. El objetivo de la reunión era «dar con una estrategia que fuera compatible con los "fines" de ambos grupos». Poco después de eso, la Banda della Magliana hizo, como una deferencia por su parte, un favor a los napolitanos al deshacerse de un BMW 733 de color verde metálico cuyo interior estaba cubierto de manchas de sangre; la sangre en cuestión pertenecía a un empresario inmobiliario que el propio Cutolo había eliminado. La NCO y la Banda della Magliana compartían una provechosa amistad con Aldo Semerari, el subversivo fascista, aliado de los servicios secretos y profesor de psicología forense, que terminó decapitado cerca de la villa de Cutolo en Ottaviano. Como le ocurrió a la NCO, a la Banda della Magliana le ofrecieron también la oportunidad de participar activamente en la violenta política ultraderechista de Semerari; los romanos declinaron la oferta pero intercambiaron, en vez de ello, armas por favores, igual que había hecho alguna vez la NCO.

A diferencia de la NCO o las mafias tradicionales de Sicilia y Calabria, la Banda della Magliana no se valía de ritos de iniciación o mitología arcana. Quizá fue en parte por esta razón que, a pesar de su riqueza y la violencia que desplegaba, fracasó a la hora de crear raíces a largo plazo: en ese sentido restringido, la Banda della Magliana no constituía una mafia. De hecho, a mediados de los ochenta había empezado a descomponerse, en mitad de una de las sangrientas guerras de aniquilación mutua y deserciones

a favor del Estado a las que las mafias tradicionales han demostrado siempre una habilidad sorprendente de sobrevivir.

La Sacra Corona Unita («Sagrada Corona Unida») o SCU es la mafia de Puglia, la región que forma el estilizado tacón de la bota italiana. Su historia comienza en 1978, cuando estalló el conflicto entre la Nuova Camorra Organizzata y la Nuova Famiglia en la vecina Campania. Las autoridades carcelarias intentaron difuminar las tensiones en las prisiones trasladando a los reclusos afiliados a la Camorra a instalaciones en otras regiones, incluida Puglia. Una vez instalados en gran número en las cárceles de Puglia, los discípulos del Profesor se pusieron rápidamente a la cabeza de la jerarquía entre los presidiarios, y luego comenzaron a iniciar a los matones locales dentro de la NCO. En enero de 1979, el propio Cutolo visitó Puglia y sostuvo una reunión en un hotel de Lucera en la cual «legalizó» a más de cuarenta criminales de la localidad; dicho de otro modo, los hizo pasar por el rito de iniciación de la Nuova Camorra Organizzata. En una segunda reunión, esta vez cerca de Lecce, se inició a otros noventa criminales de Puglia.

En 1981, el Profesor, ya de vuelta para entonces en prisión, instituyó formalmente una rama pugliana de la NCO, la Nuova Camorra Pugliese, cuyos líderes estaban obligados a entregar a Cutolo entre el 40 y el 50 por ciento de sus ganancias. En otras palabras, no satisfecho con establecer su hegemonía en toda Campania, el Profesor intentaba ahora dominar también todo el inframundo pugliano. Pero en Puglia, como en Campania, la megalomanía del Profesor se vio finalmente frenada. Cuando la NCO comenzó a deslizarse hacia su derrota después del secuestro de Cirillo, algunos *camorristi* puglianos empezaron a añorar una mayor autonomía.

Las autoridades dieron con los primeros indicios de que algo extraño estaba ocurriendo en la cofradía criminal pugliana a principios de 1984, cuando se encontró un documento escrito a mano en una celda de prisión. Titulado «El Código S», enumeraba los artículos de fe de una nueva hermandad del crimen llamada la Famiglia Salentina Libera («la Familia

Libre de Salento», que era la parte más alejada del tacón de Italia). El artículo 7 del Código S estipulaba que el objetivo de la organización era «no permitir nunca que ninguna familia de otras regiones rija sobre nuestro territorio». La resistencia al Profesor estaba comenzando a adquirir una forma institucional.

Solo unas pocas semanas después, en una cárcel de Bari, la mayor ciudad de Puglia, se encontraron los estatutos de otra nueva mafia: la Sacra Corona Unita. El autor de los estatutos y fundador de la SCU, además de su líder supremo, era un asesino llamado Giuseppe Rogoli. Parte del impulso de Rogoli para fundar la SCU en 1981 fue su deseo de resistir al poder en las cárceles de la Nuova Camorra Organizzata. Como más tarde haría notar:

> Por esa época, los hombres de Cutolo se sentían como el mismísimo Dios todopoderoso y dondequiera que fueran a la cárcel querían cometer abusos… cosa que a nosotros no nos sentaba demasiado bien. Así que un reducido grupo de los nuestros, no solo yo, decidimos constituir esta Sacra Corona Unita en oposición al excesivo poder de la NCO en las prisiones.

En busca de un contrapeso a la influencia del Profesor en su región, Rogoli recurrió al respaldo de la N’drangheta para formar su nueva cofradía. Umberto Bellocco, el jefe de la ‘Ndrangheta en Rosarno, inició a Rogoli en la mafia calabresa y luego le dictó las reglas de la Sacra Corona Unita. Los calabreses se reservaron el derecho de presidir los rituales que marcaban la promoción de los miembros de la SCU a rangos más elevados dentro de la organización de Puglia, y también exigieron la colaboración de la SCU en una serie de secuestros. En otras palabras, la SCU era una rama semiautónoma de la ‘Ndrangheta.

Los hombres de Rogoli abrazaron los ritos místicos que la SCU tomó prestados con el fanatismo habitual de los conversos. Uno de los líderes tempranos de la nueva mafia, Romano Oronzo, encargó una pintura repleta de los símbolos de la nueva mafia. El artista al que se le hizo el encargo lo describiría más tarde ante un tribunal:

> Quería que dibujara un triángulo, el signo de la Santísima Trinidad con el rostro de Jesús y una paloma, aparte del mundo, y sus propios ojos, y una mano que detenía una descarga de rayos. Antes de pintarlo, le pedí que me explicara por qué quería esos motivos y él me dijo que sentía que Dios lo había enviado para ayudar al mundo.

Igual que el Profesor, a cuyo poder sobre el territorio de Puglia buscaba resistirse, Rogoli al principio forjó su organización cuando estaba en prisión y después siguió buscando el dominio territorial en el mundo exterior. La SCU creció con rapidez, hasta absorber a la Famiglia Salentina Libera y unificar a los criminales de todas las provincias de Puglia.

De todas maneras, la Sacra Corona Unita no tuvo una vida tranquila. Los miembros de distintas regiones de Puglia eran a menudo reacios a someterse a la autoridad de Rogoli. Las rivalidades a causa de los crecientes ingresos que provenían de las drogas fueron otro motivo de fricción. Proliferaron muchas minimafias en Puglia que se oponían a la SCU. En 1986, la riña interna se había vuelto tan intensa que Rogoli se sintió obligado a refundar la SCU, rebautizando a su nueva criatura de una manera muy ocurrente: la Nuova Sacra Corona Unita. Se le dio una estructura de mando a la SCU, la Società Riservatissima («Sociedad Reservadísima»), formada por ocho antiguos jefes —«ocho hombres anónimos, invisibles y bien armados», en palabras de Rogoli—. Estaban bien armados porque podían convocar a un devoto escuadrón de la muerte pagado con los fondos centrales de la organización para imponer la disciplina. Pero ni siquiera estas medidas tan drásticas impidieron los conflictos internos y la fragmentación.

Así, la Sacra Corona Unita repitió los mismos progresos básicos por los que habían atravesado otras mafias a partir de los años cincuenta: más ganancias, mayor centralización y más divisiones sangrientas. Entre 1984 y 1992, se triplicó el número de homicidios relacionados con la mafia en Puglia, de 45 a 135 al año.

La SCU es, hasta hoy, una fuerza de los bajos fondos, aunque ha recibido duros golpes en los últimos años. Es demasiado pronto para decir si la Sacra Corona Unita habrá de pasar la última prueba de la longevidad mafiosa y permitir que sus líderes traspasen su autoridad a las generaciones venideras.

Puglia, igual que Roma, era un territorio en el que las tres mafias

fundamentales tenían presencia. La región de la costa adriática era un punto vital para la entrada de cigarrillos de contrabando, y otras mercancías ilegales. Dicho en términos geográficos: estaba en el patio trasero de la ‘Ndrangheta y la Camorra. Una de las cosas impactantes de la historia de la Sacra Corona Unita es que, como Roma, los *camorristi, mafiosi* y *‘ndranghetisti* no llegaban a las manos en suelo pugliano. Incluso había una cooperación diplomática entre ellos y parece ser que los emisarios de la ‘Ndrangheta y la Cosa Nostra estaban presentes como observadores cuando el Profesor inició con ceremonia a noventa criminales puglianos en Lecce.

De todas maneras, la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta tenían enfoques distintos del negocio de operar en nuevos ámbitos. A medida que fue creciendo el número y el poder de los centros de venta mafiosos en otras regiones durante los sesenta y los setenta, a través de negocios como el secuestro y las drogas, una de las tres mafias demostró tener mucho más éxito que las otras dos a la hora de ocupar ese nuevo terreno.

Quizá de manera sorprendente, puesto que era la mafia más rica y poderosa, la Cosa Nostra mostró solo un interés intermitente en establecer sus filiales en otras regiones de manera formal. En varias partes de Italia se autorizaron *decine* (grupos de diez hombres) de la Cosa Nostra administradas e integradas en su mayor parte por sicilianos; pero cuando estos dejaban Sicilia por lo que fuera, los hombres de honor tendían a no establecer sus propias embajadas formalizadas. En lugar de ello, se les daba muy bien confiar en su propio prestigio criminal para conseguir colaboradores *ad hoc* del escenario local. Eso fue exactamente lo que hizo Luciano Leggio, el *capo* de Corleone, en la fase de su propia carrera abocada a los secuestros. Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, operaba de manera muy similar cuando administraba su propio tráfico de heroína desde una base próxima a la cárcel en la región de Marche.

Solo en Nápoles se establecieron familias de la Cosa Nostra y se pusieron al mando no sicilianos, como los Nuvoletta y los Zaza. Ese procedimiento inusual se debió a la importancia de Nápoles como «El Dorado» del contrabando de cigarrillos. Y, como hemos visto, la influencia de la Cosa Nostra generó una violenta resistencia por parte de la NCO,

liderada por el Profesor. Incluso difundió el resentimiento entre los aliados napolitanos de la Mafia siciliana. «Los sicilianos nos miraban desde arriba», recordaría más tarde un cabecilla de la Camorra, «pero todos corrían igual a sumarse a la Cosa Nostra. ¡Y esa gente decían ser *camorristi*! Estaban todos muy dispuestos a ofrecerles el culo a los sicilianos solo para sentirse un poquito más fuertes».

Aunque se oponía a la influencia siciliana en su tierra natal, Raffaele Cutolo adoptó una estrategia centralizada y más bien dictatorial cuando se trataba de operar fuera de Campania. Así, la rama pugliana de la Nuova Camorra Organizzata tenía que pagar un alto tributo al Profesor. Su prepotencia le costó cara cuando se formó la Sacra Corona Unita para combatirlo.

La ‘Ndrangheta adoptó una actitud más sutil, y a la vez más minuciosa, respecto a la expansión fuera de su territorio natal. Contaba con poderosos emisarios en Campania y Puglia, aunque ninguno de los grupos criminales locales se rebelaba contra la presencia calabresa. De hecho, igual que Giuseppe Rogoli, el fundador de la SCU, la buscaban de forma activa. En 1990, se creó en la cárcel de Lecce una mafia menor llamada la Rosa dei Venti («Rosa de los Vientos»), que también solicitó la bendición de la ‘Ndrangheta. Claramente, el reconocimiento de Calabria era un gran premio para las bandas recién formadas.

La ‘Ndrangheta es la mafia con el repertorio más rico y complejo de símbolos, tradiciones, rangos y rituales: ha estado reuniéndolos desde el siglo XIX. La ‘Ndrangheta es la última superviviente de un amplio grupo emparentado de honorables sociedades de Nápoles, y hasta de una organización llamada la Mala Vita (literalmente, la «Mala Vida», pero se refiere más bien al submundo criminal), que fue una precursora decimonónica de corta vida de la mafia de Puglia, la Sacra Corona Unita. Algunas de las nuevas y más importantes mafias de los años setenta y ochenta, incluyendo a la NCO y la SCU, se inspiraron en el gran acervo que detenta la ‘Ndrangheta respecto al estilo y la estructura gangsteril.

Junto a muchas oportunidades en el mundo de las drogas, el secuestro y negocios por el estilo, estas aportaciones culturales eran suficientes para satisfacer tanto a los puglianos de la SCU como a los ‘*ndranghetisti* que

adoptaban como patrocinadores. En resumen, la ‘Ndrangheta prefería un enfoque no intervencionista. No deseaba un imperio, solo una banda selecta de socios fiables de negocios. Quizá el sistema de «franquicia» sea la mejor forma de caracterizar el enfoque calabrés de la escena delictiva en Puglia.

En las prósperas regiones del norte, la ‘Ndrangheta llevaba echando raíces desde hacía mucho tiempo, a través de su implicación en el sector inmobiliario y el secuestro. Aquí la entidad se difundía de forma directa en lugar de admitir a las bandas locales como la SCU. Para 1980, los *‘ndranghetisti* habían establecido filiales llamadas «locales» en muchos pueblos y ciudades de toda Lombardía y el Piamonte. Estas colonias septentrionales estaban íntimamente ligadas por lazos de sangre, organización y negocios a «locales» individuales en Calabria: por esos canales se creó un trasiego regular de drogas, dinero, sicarios, fugitivos y víctimas de secuestros. Hombres jóvenes nacidos en las familias de ‘*ndranghetisti* del norte volvían a casa para que los iniciaran en la hermandad. Los *‘ndranghetisti* septentrionales también se reunían entre ellos para solventar disputas y asegurarse de que fuesen aplicadas las normas calabresas. Como luego testificó un desertor de la ‘Ndrangheta en el norte:

> En 1982 participé en una reunión de todos los «locales» del Piamonte. Había allí unas setecientas personas… La razón del encuentro fue que, en Turín, muchos calabreses afiliados a la ‘Ndrangheta estaban haciendo de chulos, una actividad que la ‘Ndrangheta considera deshonrosa… Se decidió ordenar a los afiliados que dejaran de hacer de chulos. Y si no obedecían la orden, serían, o bien expulsados de la ‘Ndrangheta, o bien eliminados físicamente.

La estrategia de la ‘Ndrangheta la convirtió, con diferencia, en la más exitosa de las tres mafias fundamentales en otras regiones. Según un mafioso siciliano que hacía negocios en el norte: «En el Piamonte, los calabreses han tomado la región. Los pequeños grupos de sicilianos no plantean ningún problema a su organización». Los calabreses estaban tan confiados de su poder en el norte que albergaban grupos de *mafiosi* sicilianos dentro de su estructura. La ‘Ndrangheta, que había sido alguna vez el pariente pobre de la poderosa Mafia siciliana, había recorrido un largo camino.

Mientras todo esto ocurría, las autoridades italianas tenían poca idea de lo lejos que se había diseminado la ‘Ndrangheta. El sello tan delicado de la colonización emprendida por la mafia calabresa demostró ser la fórmula adecuada para la expansión en regiones que estaban en el corazón de la economía nacional.

Con todo, la colonización no era el único índice del alcance de las mafias. Puede que la ‘Ndrangheta hubiera clavado su bandera pirata en pueblos y ciudades de todo el norte, pero los narcodólares de la Cosa Nostra se habían ganado un lugar en las altas esferas de las finanzas italianas. Aldo Ravelli era un famoso e implacable corredor de bolsa que se metió varias veces en problemas con la ley a lo largo de una carrera de varias décadas en la Bolsa de Milán. En una entrevista que él mismo ordenó que no se publicase hasta después de su muerte, dio la visión desde el interior de la burguesía financiera italiana, dividiéndola en tres campos. El primero era «semilimpio». El segundo era «despiadado». El tercero era la Mafia siciliana.

5
Mártires y arrepentidos

Terror mafioso

En la década de 1980, las mafias lograron, más que en ningún otro momento de su larga existencia, mayores riquezas, más poder militar, un rango geográfico más amplio y una penetración más profunda en el aparato del Estado. La historia de la gente que se alzó contra ellas en aquella época es la página más trágica y conmovedora de la historia de la República Italiana. Los dramas clave tuvieron lugar en el hogar de la que seguía siendo la mafia más peligrosa, la Cosa Nostra. Los años entre 1979 y 1992 fueron la década más larga de Sicilia. La isla había marcado el rumbo en la historia del crimen organizado desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Ahora habría de marcar el rumbo de la lucha contra las mafias.

Los hechos narrados en las páginas que siguen fueron reconstruidos en primera instancia por investigadores, es decir, los que vivieron los acontecimientos de primera mano. También por periodistas; para muchos de ellos, la tarea de intentar entender lo que estaba ocurriendo a su alrededor en los ochenta, y a tal velocidad, se convirtió en un deber sagrado más que en un trabajo. Desde esos días terribles, la historia se ha contado una y otra vez. Está presente en los monumentos a las víctimas, en los nombres de las calles y las placas depositadas, y en las ceremonias que marcan cada aniversario de las atrocidades mafiosas. Está en los famosos videoclips y fotografías que se han convertido en iconos de la memoria colectiva. Su atractivo para el imaginario público no es un misterio; es, después de todo, un relato que confronta el bien con el mal. No debería, pues, sorprendernos si, como todas las grandes historias, a veces se la despoja de su significado real, y se la vacía hasta reducirla a un mero ritual indiferente, convertida en algo anodino por culpa de la palabrería cínica de los políticos o por las

convenciones vulgares del melodrama televisivo. De todas maneras, las verdades de esta historia son demasiado importantes para no resultar controvertidas incluso hoy; sus enigmas persistentes aún ocupan los titulares de los periódicos.

Los que murieron en la lucha contra la Cosa Nostra durante la década más larga de Sicilia fueron mártires. La palabra puede sonar excesiva. En aquellos países occidentales con la suerte de poder aludir a la mafia como si fuese poco más que un género cinematográfico, un término semejante solo puede encajar en la mente de los fanáticos religiosos. Pero, en el contexto italiano, es la única palabra que cabe emplear. Los mártires de la lucha contra el poder de la Mafia murieron por una causa clara, que a muchos países europeos más afortunados puede parecerles banal: la del imperio de la ley. También dieron su vida para dar un ejemplo que otros pudieran seguir. Inspirada en ellos, mucha gente joven sintió la vocación de incorporarse al cuerpo de policía o a la magistratura; o, sencillamente, de negarse a seguir coexistiendo con el sistema mafioso que los amenazaba en su vida diaria.

Los sacrificios que se hicieron en la lucha contra la Mafia también cambiaron la historia, pues lo que ocurrió en Sicilia rompió patrones que habían seguido con obstinación en su sitio desde que Italia se convirtió en una nación en 1861. El mayor avance ocurrió en la comprensión de lo que es la Mafia. La lucha contra la Cosa Nostra fue también una lucha para descubrir lo que era en realidad. En los años setenta, puesto que las pruebas acumuladas en más de un siglo se habían ocultado, obviado u olvidado, nadie lo sabía de verdad. Italia no sabía siquiera que los integrantes de la Mafia siciliana ahora la llamaban la Cosa Nostra. El estudio más leído de la Mafia por entonces fue obra de un sociólogo alemán traducido al italiano en 1973. Lleno de intuiciones perspicaces acerca de la estructura social de Sicilia, el libro desechaba, sin embargo, la sugerencia de que la Mafia pudiera ser una sociedad secreta: solo «periodistas ávidos de sensacionalismo, juristas septentrionales confundidos y autores extranjeros» podían cometer el error de creerlo. Había, por supuesto, *mafiosi* en Sicilia —intermediarios, encubridores y maleantes—, pero formaban parte de la cultura de la isla. No había una organización única a la que pudiera llamarse

«la Mafia». Los resultados de los juicios más recientes, a finales de los años sesenta, parecían corroborar esa visión. En torno a 1992, sin embargo, estas falsedades se habían derrumbado por completo: había suficientes pruebas para persuadir incluso a la Corte Suprema de Italia de que confirmara que la Mafia siciliana era en efecto una organización criminal, una sociedad secreta. Al concluir la década más larga, el crimen más sorprendente de la Mafia siciliana —la afirmación de que ni siquiera existía— había salido finalmente a la luz.

Los años sangrientos y polémicos en Palermo, que condujeron a ese veredicto crucial de la Corte Suprema, tendrían profundas repercusiones para la Camorra y la ‘Ndrangheta, y para todo el sistema del poder criminal en Italia. En sus secuelas, Italia creó instituciones cuyo principio fundacional fue la necesidad de concebir al mundo criminal italiano —con sus conexiones en el mundo de la política, las instituciones y los negocios— «como un todo». Finalmente, después de bastante más de un siglo, las mafias comenzarían a percibirse como aspectos particulares de los mismos problemas subyacentes.

Tales cambios fueron sin duda profundos, lo suficiente para caracterizar los prolongados años ochenta como el tránsito sangriento entre dos épocas muy distintas en la historia de la Mafia. No obstante, el tiempo dirá si estamos en posición de afirmar que el progreso hecho a un precio tan terrible es irreversible. Por eso es preciso contar, una y otra vez, la lucha titánica entre la Mafia y la Antimafia en aquellos años. Porque así seguirá teniendo relevancia, urgencia, hasta el día en que Italia pueda decir que las mafias han sido al fin derrotadas.

La década más larga de Sicilia comenzó con cinco asesinatos de personalidades importantes en el breve espacio de nueve meses: cinco «cadáveres eminentes», como se los denominó.

En Palermo, el 26 de enero de 1979, Mario Francese fue asesinado de un tiro en la cabeza frente a su domicilio. Francese era el cronista de sucesos del principal diario de Sicilia, el *Giornale di Sicilia*. Junto a él,

cuando fue asesinado, estaba su hijo Giulio, de veintidós años, a solo unas semanas de comenzar su propia carrera como periodista.

Seis semanas después, el 9 de marzo, Michele Reina, el líder del Partido Demócrata Cristiano en la provincia de Palermo, murió al volante de su automóvil víctima de una lluvia de balas dum-dum. Su esposa, que estaba junto a él, vio al asesino sonreír cuando disparaba. Reina fue el primer político de la posguerra en morir asesinado por la Mafia siciliana; dejó tras de sí a tres niños pequeños.

El tercer asesinato ocurrió en el otro extremo del país, en el centro financiero de Milán, el 11 de julio. Un tribunal había nombrado a Giorgio Ambrosoli, abogado, para hurgar en los asuntos del desacreditado banquero siciliano Michele Sindona. Un grupo de tres sicarios estaba esperándolo cuando llegó a su casa tarde, al anochecer; él también dejó una esposa y tres niños pequeños.

Diez días después, en Palermo, Boris Giuliano, el comandante de la brigada móvil (una unidad de investigadores de paisano) recibió siete disparos en la barra del bar de su barrio.

Cesare Terranova era juez. El 25 de septiembre, él y su guardaespaldas, Lenin Mancuso, fueron acribillados en el coche en el que viajaban. Un testigo vio sonrisas en el rostro de los sicarios.

Un periodista, un político, un abogado del sector financiero, un policía y un juez. Información, democracia, finanzas honestas, aplicación de la ley y la justicia. Uno detrás de otro, los sonrientes asesinos de la Mafia habían atacado cinco pilares de la sociedad italiana.

Ninguno de estos crímenes, si se los consideraba por separado, carecía de precedentes en la Mafia siciliana. Pero, al ocurrir tan próximos entre sí, se hizo clara una tendencia nueva, inequívoca y escalofriante. Los *mafiosi* sicilianos no habían lanzado nunca un ataque sistemático contra los representantes del Estado. Se infiltraban en las instituciones y las corrompían, pero no las atacaban de frente. Ahora, de repente, la Mafia había dado un giro del terror.

Las comparaciones entre la Mafia y la amenaza de los subversivos de derecha y de izquierdas abundaban en boca de muchos comentaristas durante la temporada de terrorismo conocida como los «años de plomo». La

propia Cosa Nostra les había dado una clave al respecto. Tras los asesinatos de Reina y Terranova, las oficinas del *Giornale di Sicilia* recibieron llamadas anónimas que decían proceder de células terroristas. Las llamadas eran falsas y estaban pensadas para confundir a los investigadores, pero el paralelismo entre la Mafia siciliana y las Brigadas Rojas estaba lejos de ser falso. Ambas asesinaban a periodistas, políticos, abogados, policías y jueces. Ambas presumían con arrogancia de estar por encima de la ley. Ambas pensaban que el Estado italiano era tan débil, y estaba tan desacreditado, que se lo podía someter con solo intimidarlo. Se empleaba la violencia porque la violencia funcionaba (a esas alturas, era parte del lenguaje empleado en la vida pública de Italia). Y se podía confiar en que el pueblo italiano se quedaría de brazos cruzados viendo cómo el país se derrumbaba.

Aun así, entre algunos de esos asesinatos de 1979 comenzaron a hacerse también visibles indicios de resistencia a la Mafia. La Cosa Nostra estaba matando a gente de la que tenía miedo.

El periodista Mario Francese era un investigador implacable, uno de los pocos periodistas que percibían la amenaza creciente del Corto Riina y sus *corleonesi*; hasta se había permitido entrevistar a la esposa de Riina.

Giorgio Ambrosoli había descubierto que Michele Sindona había estado blanqueando los beneficios del tráfico de heroína a Estados Unidos.

Boris Giuliano era un político nato que había seguido la pista de algunas refinerías de heroína de la Cosa Nostra. Sabía, además, cómo rastrear el dinero de la Mafia, y el rastro de ese dinero lo había llevado a una cooperación con la *US Drug Enforcement Administration* (Agencia de Control de Drogas de Estados Unidos) y a una conclusión clara: «Las organizaciones mafiosas de Palermo se han vuelto fundamentales en el tráfico de heroína, en la oficina de transacciones hacia Estados Unidos».

El juez Terranova había dirigido un procesamiento a gran escala de la Mafia tras el atroz atentado bomba en Ciaculli en los sesenta. En 1974 condenó a Luciano Leggio, el jefe de Corleone, a una vida entre rejas. Habiendo pasado varios años en el Parlamento como diputado independiente al amparo del Partido Comunista, había vuelto hacía poco a Palermo, y a las trincheras judiciales de la lucha antimafia, cuando la Cosa

Nostra decidió matarlo.

La muerte de Michele Reina, el político DC, era mucho más difícil de interpretar por entonces. Solo los más cercanos a la Mafia podrían haber descifrado el significado del asesinato. Todos los demás hubieron de contentarse con rumores y teorías que llenaban los periódicos. Ahora tenemos una idea bastante más clara de cuál de esas teorías era la más próxima a la verdad. Reina era un hombre ambicioso que había tenido roces con la ley. Había sido educado políticamente en el corazón de la maquinaria de la DC en Palermo. Era un «joven sultán» adscrito a la facción del partido encabezada por Salvo Lima, uno de los políticos más fiables para la Cosa Nostra. Pero ahora que era el jefe del partido local, la ambición de Reina hizo que comenzara a pensar de forma independiente. Entonces formó una coalición con el Partido Comunista, cosa que era una herejía para algunos. Declaró que quería ser el líder de una DC que «ya no viva para la construcción inmobiliaria y de la construcción inmobiliaria». Una propuesta peligrosa: Reina ya había recibido amenazas. Puede que no merezca ser calificado de mártir, pero aun así su asesinato fue un desafío escalofriante al Estado. En la nueva era del terror mafioso, la pena por pensar de modo independiente en la DC siciliana era la muerte.

Los cinco asesinatos de 1979 equivalieron a una declaración de guerra: la Cosa Nostra, por primera vez en su historia, estaba haciendo frente directamente al Estado, o al menos a esas pocas personas que encarnaban, en el desvencijado aparato estatal, lo que el Estado debía ser.

Y aquí radica la diferencia crucial entre la Cosa Nostra y las Brigadas Rojas, una diferencia que volvía a la primera muchísimo más peligrosa que las segundas. Las Brigadas Rojas contaban ciertamente con sus espías y simpatizantes y estaban igualmente fuera de un Estado al que pretendían derribar. Los *brigatisti* activos operaban desde escondrijos clandestinos en lo profundo de los más anónimos vecindarios de las ciudades italianas. La Cosa Nostra, por el contrario, era una parte integral del Estado; un Estado que ahora aspiraba a neutralizar y doblegar por entero a su voraz voluntad sanguinaria. Los *mafiosi* activos operaban desde las mismas instituciones en las que trabajaban personas como Mario Francese, Michele Reina, Giorgio Ambrosoli, Boris Giuliano y Cesare Terranova. Por esa razón, plantarse

ante la Cosa Nostra requería de un tipo peculiar de heroísmo.

Al año siguiente, 1980, el asalto prosiguió: cayeron nuevos cadáveres eminentes y emergieron nuevos héroes.

El 6 de enero, Piersanti Mattarella, el líder democristiano del gobierno regional de Sicilia —en otras palabras, el político más importante de la isla —, fue ejecutado cuando acababa de bajar de su coche para ir a misa con su esposa e hijo. Mattarella había iniciado una campaña para limpiar la manera en que se adjudicaban los contratos públicos. Su esposa tuvo tiempo de ver al asesino acercarse al automóvil y de suplicarle que no disparara.

Emanuele Basile era un joven capitán que dirigía a los carabineros de Monreale, un pueblo en las alturas de una colina que miraba desde arriba a la Conca d'Oro. La noche en que fue asesinado, el 4 de mayo, las calles estaban atestadas de gente, iluminadas e inundadas con la fragancia de los turrones procedente de los puestos callejeros: era la fiesta local de la Santísima Cruz. Basile, con su hija Barbara, de cuatro años de edad, en sus brazos, se dirigía de vuelta a su casa entre la muchedumbre, cuando dos sicarios aparecieron frente a él. Su hija pequeña sufrió una quemadura en la mano por efecto de un tiro a quemarropa, aunque milagrosamente no sufrió más heridas. Basile solo tuvo tiempo de exhalar un «Ayúdame» a su esposa antes de perder el conocimiento. Murió a las pocas horas en la mesa de operaciones.

Basile estaba investigando tanto a los *corleonesi* como el tráfico de drogas a Estados Unidos. El magistrado que trabajaba con él codo con codo en tales investigaciones —un palermitano gregario y fumador empedernido, con el pelo repeinado hacia atrás con brillantina y el bigotito recortado— se llamaba Paolo Borsellino. Borsellino quedó devastado cuando lo llamaron para darle la noticia sobre su amigo Basile. A sus cuarenta años, fue la primera vez que su esposa lo vio llorar. El asesinato no era solo una tragedia, sino también un mensaje: una advertencia al propio Borsellino. Pero, enfrentado con el dolor y el miedo, y la declaración de guerra de la Mafia siciliana, Borsellino respondió con resolución. Como bien lo

recordaría más tarde su esposa, «el asesinato de Basile me convenció: me había casado con un hombre esculpido en la roca». Su esposo se sumergió en su trabajo. A los pocos días, se convirtió en uno de los primeros jueces de Palermo a los que asignaron una escolta armada. Paolo Borsellino seguiría adelante hasta convertirse en uno de los dos grandes adalides en la lucha contra la Cosa Nostra.

Tres meses después del asesinato de Basile, el 6 de agosto de 1980, Gaetano Costa, el lacónico Fiscal General de Palermo, recibió varios tiros en el rostro de manos de un único asesino que extrajo una pistola de un periódico enrollado. Costa se desangró hasta la muerte junto a un quiosco, justo enfrente de la calle donde estaba el Teatro Massimo, el teatro gigante que es una de las señas de identidad de Palermo. Siendo un veterano de la Resistencia contra los nazis, acababa de firmar varias órdenes de arresto relacionadas con una investigación de los mayores traficantes de heroína de la Cosa Nostra.

Por un giro del destino, el juez a cargo de la investigación que trabajaba en ese mismo caso era un amigo de la infancia de Paolo Borsellino y también estaba empezando a habituarse a vivir con la compañía constante de policías armados y enfundados en sus chalecos antibalas. Su nombre era Giovanni Falcone. El rostro ancho y sonriente de Falcone ocultaba el hecho de que era mucho menos abierto que Borsellino. Pero era también un hombre de férreo coraje y un apetito voraz por el trabajo duro. Su meticulosa y brillante investigación sobre las finanzas del tráfico de heroína ya había puesto en evidencia, por primera vez, los tratos comerciales de la Mafia siciliana con los *camorristi* napolitanos. Falcone también se había topado con la resistencia insidiosa que algunos de sus colegas oponían a cualquiera que se mostrara demasiado diligente. Su superior inmediato había recibido advertencias nada ambiguas, de otro juez, de que Falcone estaba «arruinando la economía de Palermo» y que había que sobrecargarlo con casos normales y corrientes para evitar que siguiera excavando a demasiada profundidad. Cuando Falcone se precipitó hasta la escena donde yacía Costa asesinado, un colega que observaba el cuerpo desfigurado del cadáver le dijo en voz baja y en tono de confidencia: «Bueno, yo nunca… Estaba absolutamente seguro de que era tu turno». Giovanni Falcone iba

por el camino de convertirse en el mayor enemigo de la Cosa Nostra. Junto con Paolo Borsellino, se convertiría en un símbolo de la lucha contra la Mafia. La historia de la batalla contra la Cosa Nostra en los años ochenta y comienzos de los noventa es, en buena medida, la historia de ambos.

Pero para dar inicio a la tarea de desafiar en serio a la Cosa Nostra, y hacerlo en el marco de la ley, Falcone y Borsellino iban a necesitar nuevas herramientas. Directa e indirectamente, esas herramientas surgirían de la campaña contra el terrorismo. La lucha del Estado italiano contra los idealistas mortíferos de las Brigadas Rojas durante los «años de plomo» tuvo consecuencias decisivas para la historia del crimen organizado.

En 1980, el Estado adquirió su arma decisiva en la lucha contra las Brigadas Rojas. Enseguida, esa misma arma fue desplegada con consecuencias devastadoras contra las mafias.

La ley número 15 del 6 de febrero de 1980 garantizaba la reducción de sentencias a miembros de las organizaciones subversivas que aportaran pruebas contra sus camaradas terroristas. El primer integrante de las Brigadas Rojas que se valió de la nueva ley, el hijo de un carpintero llamado Patrizio Peci, empezó a hablar en abril del mismo año. Peci era el comandante de la columna de las Brigadas Rojas en Turín y su testimonio sirvió para desmantelar casi por completo a la organización en la región noroeste del país.

La historia de Peci incorporaba una figura nueva y altamente controvertida al drama de la vida pública italiana: el *pentito* o «arrepentido», como los diarios insistían en calificar a cualquier terrorista que facilitara información acerca de sus congéneres. En Italia, los legisladores y magistrados se enfurecen ante la sola mención del término «arrepentido», y tienen buenas razones para hacerlo. La idea del «arrepentimiento» o penitencia es una de las narrativas identitarias más poderosas de la civilización cristiana: habla de pecados pretéritos reconocidos y trascendidos, de una nueva vida de gozo nacida del remordimiento. Pero la actitud psicológica cristiana del arrepentimiento no

acaba de encajar con los diversos motivos de los *pentiti*. El intercambio de secretos por libertad es a menudo un asunto egoísta, aun cuando sirva para sacar a la luz valiosas verdades. Los asesinos a sangre fría pueden ver reducido a solo unos pocos años su tiempo en prisión. Los arrepentidos representan a la vez un riesgo evidente para el proceso legal: un *pentito* capaz de elaborar de manera convincente más pruebas de las que realmente tiene puede verse recompensado con mayores beneficios. «Arrepentido» es, por tanto, un término controvertido para un asunto controvertido. (Lo cual quizá explique por qué ninguna de las incómodas alternativas —como «colaborador con la justicia» y «difusor de complicidad»— nunca ha llegado a arraigar).

Con todo, para muchos *pentiti*, la decisión de traicionar a sus antiguos socios era angustiosa. (Y este es otro motivo por el que el término «arrepentido» es inapropiado, aunque sea inevitable). La decisión de Patrizio Peci de colaborar con el Estado nació de una profunda decepción con la causa por la que antes había matado. Pero más tarde contempló la posibilidad del suicidio, cuando, después de su chivatazo, los carabineros se enfrentaron en un tiroteo con cuatro *brigatisti* de Génova, matándolos a todos, incluidos dos de sus amigos más cercanos. Peci también pagó un precio terrible por su arrepentimiento cuando las Brigadas Rojas secuestraron a su hermano Roberto, lo sometieron a un «juicio proletario» y lo asesinaron. Y lo que resulta espeluznante, incluso filmaron la ejecución, como un elemento disuasorio para otros posibles arrepentidos. Esa dosis de inhumana crueldad se veía potenciada por el odio que los arrepentidos inspiraban a quienes traicionaban. Los arrepentidos eran algo más que chivatos: eran *infami*: infames, viles, escoria. Cuando fueron los *mafiosi* quienes comenzaron a volverse *pentiti*, como habían hecho los terroristas, las ambigüedades éticas, las tensiones psicológicas y la violencia vengativa que rodeaban al fenómeno del arrepentimiento judicial se magnificaron.

Los arrepentidos de las Brigadas Rojas, que debían soportar el odio de sus antiguos camaradas, se encontraron con un Estado mejor equipado que nunca para valerse de las pruebas que ellos aportaban. La policía italiana, y en particular los carabineros, aprendió a operar en escuadrones especializados y entrenados para combatir a los terroristas, y su prestigio se

vio reforzado en gran medida como resultado de esa lucha.

Durante los «años de plomo», el sistema judicial italiano también alcanzó la mayoría de edad. En teoría, puesto que la Constitución de la República Italiana se había promulgado en 1948, los magistrados y jueces habían estado libres de cualquier interferencia política, sujetos únicamente a su propio cuerpo rector. En la práctica, la independencia judicial verdadera tardó bastante más en llegar. Durante los años sesenta, la expansión del sistema educativo y la selección de magistrados mediante oposiciones hicieron de la carrera en el sistema judicial una opción para gente joven y brillante, de muy diversos orígenes. Como resultado de ello, la magistratura dejó de ser una casta y pasó a ser, sobre todo, una profesión abierta.

Algunos de los magistrados que fueron a la universidad en los sesenta eran los profesionales de la ley que hubieron de estar en la primera línea de fuego durante los «años de plomo». Igual que los oficiales de policía más antiguos, corrían grandes riesgos: había células terroristas que los espiaban y seguían todos sus movimientos a la espera de cualquier oportunidad para atacar. Los éxitos que el Estado alcanzó contra el terrorismo de izquierdas otorgaron al sistema legal una reserva de credibilidad a la que pudo recurrir cuando llegó su turno de combatir a los bastiones italianos de privilegios ilícitos: los políticos corruptos y las mafias.

En Sicilia, el conflicto que se anunciaba desde 1978 dentro de la Cosa Nostra estalló en la primavera de 1981, cuando el Corto Riina desencadenó su ataque contra la élite mafiosa de la heroína. Entretanto, en la Italia continental, la Nuova Camorra Organizzata y la Nuova Famiglia estaban sembrando Campania de cadáveres. Los primeros arrepentidos de las organizaciones criminales surgirían precisamente de esta matanza.

La combinación letal

En cualquier parte del mundo, Pio La Torre y Carlo Alberto Dalla Chiesa hubieran sido enemigos: el uno, un militante comunista siciliano empeñado en lograr un cambio social radical; el otro, un estricto militar del norte dedicado a defender a la sociedad de los subversivos. La Cosa Nostra los convirtió en aliados. Después, en 1982, la Cosa Nostra los mató a ambos.

Poca gente conocía a la Mafia siciliana más de cerca que Pio La Torre. Había nacido en 1927 en la aldea de Altarello di Baida, ubicada en los limonares de la Conca D'Oro de Palermo, todos controlados por la Mafia. Su padre criaba algunos animales para complementar lo que ganaba como mano de obra rural. Con una obstinación que lo caracterizaría el resto de su vida, Pio estudió a la luz de las velas, trabajó para financiar su manutención y se abrió camino hasta la universidad. Allí, en 1945, se unió al Partido Comunista, ascendiendo muy pronto a líder local del sindicato comunista de trabajadores agrícolas. Tuvo su primera experiencia dentro de la arena política —y su primer encuentro con la Mafia— durante las luchas campesinas de la posguerra por el control de las tierras. El cabecilla local, siempre a la búsqueda de talentos, se acercó sigilosamente a él durante una campaña electoral: «Eres un chaval inteligente. Llegarás lejos. Tienes que unirte a nosotros…». Poco después, la Mafia hizo a Pio una oferta a través de su padre: podía convertirse directamente en parlamentario, lo único que debía hacer era cambiar de bando político. «Es que no tragamos a este partido. Puede que allí en Rusia funcione, quizá… Pero aquí en Italia no hacemos esa clase de cosas». Cuando La Torre rechazó la oferta, su padre se despertó una mañana y encontró la puerta del establo en llamas. Las advertencias eran claras: Pio debía escoger entre su hogar o sus devociones

políticas. Entonces hizo las maletas.

Eran años sumamente peligrosos para un militante de izquierdas en la región occidental de Sicilia. Los *mafiosi* o la banda de matones de Salvatore Giuliano asesinaban a docenas de sindicalistas y activistas políticos. En marzo de 1948, Placido Rizzotto, un líder sindical del dominio mafioso de Corleone, desapareció de la escena. La Torre ocupó entonces su lugar. En marzo de 1950, La Torre guio a varios miles de campesinos de la cercana Bisacquino en una marcha que quería ocupar parte de una propiedad subexplotada, por lo que fue arrestado con otros ciento ochenta participantes y acusado de conducta violenta, a causa del falso testimonio de un carabinero. Después de esto, pasaría un espantoso período de dieciocho meses en la cárcel palermitana de Ucciardone —encerrado con miembros de la banda de Salvatore Giuliano, entre otros— antes de que su caso llegara a juicio.

Pio La Torre encarnaba una tradición de militancia campesina siciliana y de oposición a la Mafia que se remontaba al siglo XIX. Una y otra vez, igual que La Torre, los campesinos se habían visto frustrados en su anhelo de tierras y una vida decente, por una alianza *de facto* entre los terratenientes, la policía y la Mafia. En la lucha por la justicia social, el imperio de la ley era solo una máscara de la represión, y el Estado no era un aliado sino un adversario.

Pero en aquellos años tempranos de su carrera de militante, Pio La Torre también descubrió otra faceta del Estado italiano y una tradición muy distinta de oposición a la Mafia: una tradición arraigada no en las aspiraciones radicales del campesinado, sino en los instintos patrióticos y conservadores de las fuerzas de la ley y el orden. En 1949, cuando La Torre fue por primera vez a servir a la causa proletaria en Corleone, encontró allí a un joven oficial de los carabineros al que también habían destinado a ese lugar: el capitán Carlo Alberto Dalla Chiesa.

Hay una única estampa que capta bien, mejor que ninguna otra descripción, el sistema de valores en el que se crió Carlo Alberto Dalla Chiesa, y la enorme distancia que lo separaba culturalmente de Pio La Torre. En 1945, él y su hermano Romolo, siendo ambos tenientes de los carabineros, ambos en uniforme, esperaban ansiosos a que el tren de su

padre llegara a la estación de Milán. La reunión no era un encuentro habitual: el general Romano Dalla Chiesa volvía a su hogar después de haber estado en un campo de concentración. Años antes, en septiembre de 1943, Italia había capitulado ante los aliados y los nazis habían impuesto un gobierno de marionetas. Como muchos militares, el general se había visto obligado a elegir entre enrolarse en el bando alemán o ser internado en un campo: él había optado por lo segundo y no había visto a su familia desde entonces.

Por fin, el tren entró en la estación y los dos jóvenes Dalla Chiesa vieron la figura demacrada de su padre entre la muchedumbre que abarrotaba el andén. Carlo Alberto hizo resonar sus tacones, se cuadró en un saludo militar y se llevó la mano a la visera. A Romolo, la emoción del momento lo sobrepasó y se lanzó a los brazos de su padre.

Al día siguiente, el general Romano Dalla Chiesa envió a Romolo una nota disciplinaria. Las reglas de los carabineros establecen de manera explícita que ningún oficial en uniforme puede abrazar a nadie en público.

Carlo Alberto Dalla Chiesa era un hombre de la misma cepa militar que su progenitor. Como su padre, él también se había enfrentado a una seria decisión en ese mes terrible de septiembre del 43. Por esa época, lo enviaron a un pueblo del Adriático donde se encargaba de vigilar el litoral. Cuando se negó a unirse a la cacería de partisanos, las SS fueron a arrestarlo. Advertido justo a tiempo, Dalla Chiesa escapó por una ventana de la primera planta y salió a campo abierto. Después organizó él mismo un grupo partisano y enseguida, en el invierno de 1943, cruzó las líneas del frente para reasumir sus deberes en la región liberada al sur del país.

Dalla Chiesa tenía una conexión familiar con Sicilia, ya que su padre era veterano de la campaña fascista contra la Mafia en los años veinte. Dos décadas más tarde, Carlo Alberto se ofreció como voluntario para integrar la fuerza especial creada para combatir el bandolerismo en la isla. Cuando llegó a Corleone, prometió a la familia del sindicalista desaparecido, Placido Rizzotto, que daría con quien había asesinado a su hijo. Rizzotto, como Dalla Chiesa, era un antiguo combatiente de la Resistencia contra los nazis. Gracias al trabajo de sabueso de Dalla Chiesa, el muro de la *omertà* comenzó a resquebrajarse, se encontraron algunas partes del cuerpo de

Rizzotto y se remitió un informe a las autoridades en el que se mencionaba a un joven y prometedor mafioso llamado Luciano Leggio como el asesino. Por desgracia, alguien intimidó a los dos testigos clave para que se retractaran de sus declaraciones y Leggio fue liberado: una desalentadora repetición de incontables juicios a la Mafia en el pasado, y un presagio de los muchos otros que aún estaban por venir. De todas maneras, la determinación de Dalla Chiesa quedaría grabada en la memoria de los campesinos de Corleone.

Después del caso de Corleone, los destinos de Pio La Torre y Carlo Alberto Dalla Chiesa volverían a cruzarse. Tras salir de la cárcel, La Torre fue elegido como consejero municipal de Palermo, donde pasó los años del «saqueo de Palermo» denunciando los tejemanejes corruptos dentro de la cúpula gobernante de la DC. Como sindicalista militante, también hizo campaña contra la influencia de la Mafia en los muelles palermitanos, donde las grandes empresas se valían de los cabecillas para reclutar trabajadores temporales. En 1962 salió elegido para el liderazgo regional del Partido Comunista en Sicilia, y al año siguiente obtuvo un escaño en la Asamblea Regional Siciliana. A finales de los sesenta, asumió un papel a nivel nacional dentro de su partido, y en 1972 se convirtió en parlamentario, donde jugó un papel especialmente enérgico en los últimos años de la investigación parlamentaria de la Mafia siciliana.

Carlo Alberto Dalla Chiesa testificó en esa investigación, por haber sido comandante de la legión de los carabineros en Palermo entre 1966 y 1973. Proporcionó a la comisión algunas de las pruebas más explosivas contra los políticos respaldados por la Mafia, y recopiló informes sobre Ciccio Vassallo, el «rey del hormigón» entre otros.

En 1974 ascendieron a Dalla Chiesa a general y lo destinaron a un puesto de mando en el noroeste de Italia, donde creó una unidad especializada en contraterrorismo para combatir a las Brigadas Rojas. Después del secuestro y asesinato del antiguo primer ministro Aldo Moro en 1978, Dalla Chiesa se convirtió en la figura preponderante en la lucha

contra el terrorismo de izquierdas a nivel nacional. Fue Dalla Chiesa quien convenció a Patrizio Peci de ser el primer *brigatista* arrepentido. El general era el número dos en la lista de condenados a muerte de las Brigadas Rojas en Turín, la ciudad del motor, un listado que Peci había ayudado a configurar. (El número uno era Gianni Agnelli, el heredero de la dinastía FIAT). Él sabía que Peci había intentado matarlo varias veces y, aun así, fue capaz de negociar con su prisionero de una forma profesional y humana. Dalla Chiesa garantizó personalmente su seguridad al arrepentido mientras estuviera en la cárcel y fue a visitarlo cuando las Brigadas Rojas torturaron a su hermano hasta la muerte. Como recordaría Peci más tarde: «Su estilo era severo pero amable, autoritario pero gentil. Nunca te trataba con familiaridad, pero tampoco te hacía sentir una mierda… Poco a poco, llegué a admirarlo cada vez más: por su carácter, la confianza que inspiraba, su imaginación y aptitud de mando».

La información que aportó Peci causó el desmantelamiento de la mayor parte de la estructura de las Brigadas Rojas e hizo de Dalla Chiesa, con su bigote canoso y sus enormes mandíbulas, un rostro famoso y un héroe nacional. A finales de 1981 lo nombraron vicecomandante de los carabineros a nivel nacional. Luego, en abril del año siguiente, cuando aún resonaban en sus oídos los aplausos de toda la nación, el general Carlo Alberto Dalla Chiesa fue enviado a Sicilia para desarticular la Mafia del mismo modo que había desarticulado las Brigadas Rojas.

En Palermo tenía lugar un baño de sangre: el bárbaro golpe de Riina dentro de la Mafia estaba en su apogeo y seguían multiplicándose los «cadáveres eminentes». Uno de los apoyos más explícitos al nombramiento de Dalla Chiesa como prefecto de Palermo era Pio La Torre, quien también había vuelto hacía poco a su ciudad natal, impulsado por la crisis de la Mafia y la aprobación para que Estados Unidos desplegara nuevos misiles Cruise en una base aérea al sudeste de Sicilia.

La Torre estaba aún tratando de promover una nueva legislación antimafia que había propuesto el año anterior. La planeada ley estaba inspirada en la *Racketeer Influenced and Corrupt Organizations Act* («ley de organizaciones corruptas sujetas a extorsión») o Ley RICO, que tanto daño había hecho a la Mafia en Estados Unidos desde que fuera

promulgada en 1970. Los instrumentos legales claves que La Torre perseguía eran dos: por un lado, sentencias contundentes para todo aquel que resultara ser miembro de una organización que utilizase la intimidación y la *omertà* para obtener el control de las empresas y los recursos públicos; y por otro, el poder de confiscar la riqueza de la Mafia adquirida por medios ilegales. La ironía política de la propuesta de La Torre estaba muy clara: una vez más, eran los comunistas los que mejor habían aprendido de la experiencia vivida por el Tío Sam en la lucha contra el crimen organizado.

Poco antes de asumir su puesto como prefecto de Palermo, Carlo Alberto Dalla Chiesa escribió a sus hijos para comentarles lo que estaba por llegar. Tenía grandes esperanzas: «En un par de años, La Torre y yo deberíamos ser capaces de hacer lo más importante». Enfrentadas a una matanza sin precedentes en Sicilia, las dos grandes tradiciones de resistencia al poder de la Mafia, aunque divergentes, se dispusieron a unir sus fuerzas después de más de un siglo de suspicacias y malentendidos. Los sicilianos honestos de todos los credos políticos verían a sus adalides trabajando juntos.

El primer deber oficial de Dalla Chiesa como prefecto de Palermo fue asistir al funeral de Pio La Torre. El 30 de abril de 1982, La Torre quedó atrapado dentro de su coche en una emboscada con ametralladoras. El chófer, Rosario Di Salvo, se las arregló para defenderse con cuatro disparos inútiles contra los atacantes antes de caer junto a su gran amigo. Di Salvo no era un guardaespaldas de la policía, sino un voluntario del Partido Comunista.

El asesinato de Pio La Torre suscitó lo que ya era un ritual público por desgracia habitual en Palermo. Primero, en las portadas de los periódicos y en los noticiarios de televisión, las imágenes macabras de las víctimas en posturas grotescas en un charco de sangre o un vehículo acribillado por las balas. Después, las condenas previsibles de los políticos, desviados por un momento de sus peleas por conseguir cargos e influencias. Y, finalmente, el funeral con los estadistas más relevantes —representantes de un Estado que

claramente no estaba haciendo su trabajo— obligados a sufrir las iras de los allegados y del público. De hecho, a uno de los principales políticos sicilianos que intentó hablar en el funeral de La Torre lo interrumpieron con gritos de «¡Largo de aquí, mafioso!».

Para cualquiera que tuviese ojos para verlo, estaba claro que los *mafiosi* sicilianos estaban decapitando sistemáticamente esa porción del Estado que se interponía en el camino de su ansia de poder. Si la impactante serie de «cadáveres eminentes» se hubiera dado en cualquier otro país de Occidente, las leyes más elementales de la política hubieran garantizado que a un héroe nacional como el general Carlo Alberto Dalla Chiesa se le conferiría un mandato unánime y claro para liderar la respuesta del Estado. Y cuando aparecieron los primeros informes de su misión, en marzo de 1982, las leyes más elementales de la política parecieron entrar en acción: tanto el gobierno como la oposición comunista estaban de acuerdo en que había que garantizar a Dalla Chiesa un poder de gran alcance, en modo alguno restringido a Palermo, ni siquiera a Sicilia. «No debería haber dificultades políticas», señaló un periódico nacional.

Con todo, mientras aún lloraba a Pio La Torre, las dificultades políticas se convirtieron muy pronto en una preocupación mayor que la Mafia para Dalla Chiesa. A través de comunicados de prensa y entrevistas, los intermediarios de Roma empezaron a enviar sus mensajes públicos cifrados en torno al nombramiento de Dalla Chiesa. Las indiferentes manifestaciones de apoyo se mezclaban con muestras de educada perplejidad. Combatir a la Mafia siciliana era crucial, ciertamente, pero no debía obstruir los mecanismos de la economía de mercado, decían. Desde luego, el nombramiento de Dalla Chiesa era una buena cosa, pero los demócratas italianos debían estar atentos, decían. El general no debía ser el heraldo de un giro autoritario: Sicilia no necesitaba otro «prefecto de hierro». La referencia aludía al prefecto Cesare Mori, quien había liderado el ataque del fascismo contra el crimen organizado en la década de 1920.

El 2 de abril, Dalla Chiesa escribió al primer ministro para solicitar una misión antimafia explícita y formal en su nuevo cargo. «Es un hecho que me hallo destinado a ser blanco de la resistencia local, tanto sutil como brutal». Señalaba que «la más retorcida “familia política”» de Sicilia ya

estaba extendiendo siniestros rumores sobre él.

No era ningún misterio a qué familia política se refería: la facción de Andreotti dentro del Partido Demócrata Cristiano, liderada por el «joven sultán» Salvo Lima. Dalla Chiesa conocía bien a Andreotti, ya que el mago de la DC era primer ministro cuando el anterior presidente, Aldo Moro, fue secuestrado y asesinado por las Brigadas Rojas. Andreotti fue quien confirió poderes especiales a Carlo Alberto Dalla Chiesa para atenazar la amenaza terrorista.

Dalla Chiesa creía con firmeza en los valores del Estado: llevaba la insignia de los carabineros cosida en la piel, como solía decir él mismo. Sin embargo, no era un ingenuo. Era ambicioso y sabía lo volátil que era el poder en Italia, y cómo a menudo circulaba por canales personales y estaba en manos de grupúsculos. Conocía el arte de modular las relaciones con sus superiores políticos valiéndose de una conversación privada, una carta, una filtración a la prensa o una entrevista formal en un periódico. Cuando se descubrió en 1981 el listado de miembros de la logia masónica clandestina P2, se rumoreó que el nombre de Dalla Chiesa estaba entre ellos. Él explicó que había solicitado unirse a ella, en parte por un afán de controlar las actividades de la logia, pero que su solicitud no fue aceptada. El caso de la P2 proyectó una sombra sobre su reputación. Sin embargo, su sentido del deber lo hacía un extraño a la Italia de las divisiones y las conspiraciones en las sombras. Cuando llegó a Palermo, sus tratos con Andreotti —el hombre que estaba en el centro de más de una conspiración en las sombras— evidenciaron lo vulnerable que lo hacía ese estatus de extraño.

El 6 de abril de 1982, el propio Giulio Andreotti convocó a Dalla Chiesa para una entrevista. La reunión fue un ejemplo adicional de lo individualizadas que pueden llegar a estar las influencias en Italia: estas residen no en instituciones, sino en los individuos y sus redes de amigos. La primavera de 1982 fue uno de los pocos momentos en la historia de posguerra en que Andreotti no tenía ningún cargo en el gobierno; así que tampoco tenía ningún pretexto oficial para entrometerse en la misión siciliana de Dalla Chiesa, o para citarlo a un encuentro. De todos modos, Dalla Chiesa acudió a la reunión. Y, como era habitual, el general no midió sus palabras: declaró que no haría favores especiales a los partidarios de

Andreotti en la isla. Más tarde les dijo a sus hijos: «He estado con Andreotti; y cuando le dije todo lo que sabía de su gente en Sicilia, empalideció».

La respuesta pública de Andreotti al audaz manifiesto de intenciones de Dalla Chiesa apareció, con la opacidad y la perfidia habituales, en una columna de opinión. Enviar a Dalla Chiesa a Sicilia era una iniciativa muy bienvenida, escribió, pero ¿estaban seguros de que el problema no era más serio en Nápoles o en Calabria que en Sicilia?

Esta pregunta retórica era, al mismo tiempo, falsa y alarmante. En cifras brutas, Andreotti tenía razón: en ese momento, el crimen organizado estaba ocasionando más muertes fuera de Sicilia. Pero nadie podía dudar de la enorme diferencia cualitativa en los objetivos de la violencia mafiosa en Sicilia. Por supuesto que también había algunos «cadáveres eminentes» en Campania y Calabria. En 1980, la ‘Ndrangheta mató a dos políticos comunistas locales. Ese mismo año, la Camorra mató a un alcalde católico y un concejal municipal comunista que intentaban bloquear el acceso de los gángsteres a esa auténtica mina de oro que era la reconstrucción posterior al terremoto. Lamentables como pudieran ser esos crímenes, no se podían comparar con la larga lista de oficiales superiores de la policía, jueces y políticos que habían caído en Sicilia. Andreotti lo sabía. Y sabía que todo el mundo lo sabía. Así que solo podía estar lanzando una indirecta. La clase de indirecta que podía hacer temblar de miedo incluso a un hombre tan valiente como Dalla Chiesa.

Para los observadores externos de la Italia de posguerra, la vida política del país podía parecer confusa hasta el punto de resultar cómica: con el mismo desfile de trajes grises de siempre peleando entre sí y reconciliándose, recombinándose continuamente para formar gobiernos que llegaban y se iban como haciendo uso de su turno en un juego de salón. El miedo es uno de los factores que falta en esta impresión desde el exterior. Los grandes manipuladores de la política italiana inspiraban un miedo real, teniendo como tenían el poder de arrebatar trabajos y dejar al margen, de chantajear, de enlodar en los medios de comunicación, de iniciar procedimientos legales kafkianos o investigaciones tributarias. En Sicilia, en los años setenta y ochenta, al arsenal de influencias se añadía el recurso

de la muerte violenta.

Cuando finalmente Andreotti se sometió a juicio, acusado de operar con la Cosa Nostra, la Corte Suprema dictaminó que la relación del propio Andreotti con los cabecillas se atenuó con rapidez después de 1980, cuando asesinaron a su colega del partido Piersanti Mattarella. Andreotti sabía, según sentenció la Corte, que la Cosa Nostra intentaba matar a Mattarella, pero no hizo nada al respecto. Sin embargo, quedó libre de cualquier responsabilidad criminal en el caso Dalla Chiesa. Aunque, al mismo tiempo, debía asumir una tremenda responsabilidad moral por contribuir a dejar al general expuesto al peligro, por acrecentar en la opinión pública —y en la de la Mafia— la impresión de que el nuevo prefecto de Palermo carecía de apoyo.

La descripción del cargo de Dalla Chiesa siguió siendo poco clara hasta mucho después de que se hubiera instalado en la elegante villa neogótica que ocupaba la prefectura de Palermo. El 9 de agosto de 1982 —un día inusualmente frío, de acuerdo con los feroces estándares del verano siciliano— relató su inquietud a uno de los principales periodistas de Italia. La entrevista se convirtió en una de las más famosas en la historia del periodismo italiano. El encabezamiento era: «Un hombre solo contra la Mafia».

Dalla Chiesa fue tan claro como lo había sido en cada fase de su estancia en Palermo. Aludiendo a los acontecimientos de unos pocos días antes, comentaba cómo la Mafia hacía ostentación de su desdén por las autoridades: «Asesinan a gente a plena luz del día. Trasladan los cuerpos, los mutilan y los dejan para que los encontremos entre el cuartel de policía y la sede del gobierno regional. Les prenden fuego en el centro de Palermo a las tres de la tarde».

El general exponía la que sería su respuesta estratégica. Primero, intensificar las patrullas policiales para aumentar la visibilidad del Estado ante la ciudadanía. A continuación, rastrear el dinero de la Mafia. La Mafia ya no era un problema restringido a Sicilia occidental: invertía en todo el país y esas inversiones debían quedar al descubierto.

Se le preguntaba a Dalla Chiesa si había sido más fácil combatir al terrorismo. «Sí, en cierto sentido. Por entonces tenía a la opinión pública

detrás de mí. El terrorismo era una prioridad para la gente que verdaderamente cuenta en Italia». Se revelaba una desoladora verdad en las palabras de Dalla Chiesa. Puede que hubiera habido cadáveres eminentes en Sicilia —periodistas, magistrados, políticos—, pero contaban menos que las víctimas del mismo estatus en Milán o en Roma.

El general explicaba, además, las tácticas sutiles que la Mafia empleaba para socavar su credibilidad. La policía honesta que había combatido a la Mafia desde la década de 1870, contra la terca oposición de los personajes importantes de la isla, hubiese leído sus palabras con una amarga sonrisa intencionada:

> Recibo ciertas invitaciones. Un amigo, alguien con quien he trabajado, me dice casualmente: «¿Por qué no nos juntamos para tomar un café en tal sitio?». Tal sitio tiene un nombre ilustre. Si yo no sé que en tal sitio fluyen ríos de heroína y voy allí a beberme ese café, termino convertido en un encubridor. Pero si voy con pleno conocimiento, eso es un signo de que estoy avalando lo que allí sucede por el solo hecho de estar allí.

Cualquiera que se negara a seguir el juego adquiría rápidamente una reputación de «raro», «antipático» y «arrogante» en los círculos influyentes de Palermo. Y adquirir tal reputación solía ser un preámbulo a morir tiroteado.

¿Por qué habían asesinado a Pio La Torre? «Por toda su vida. Pero la razón última y decisiva fue su propuesta de una ley antimafia».

¿Por qué estaba asesinando la Mafia a tantos representantes importantes del Estado? «Creo haber captado las nuevas reglas del juego. Alguien situado en una posición de poder puede ser asesinado cuando se da una combinación letal de dos cosas: cuando se vuelve un factor demasiado peligroso y cuando está aislado».

Por sus conversaciones con Andreotti, el general Dalla Chiesa sabía perfectamente que esta «combinación letal» se aplicaba a él. Él era una amenaza, estaba aislado y su vida corría serio peligro. ¿Por qué entonces persistía, cuando a lo largo de toda su historia la Mafia había derrotado siempre a todo aquel que habían enviado a combatirla?

> Soy muy optimista… mientras se confirme lo antes posible la misión específica con la que me enviaron a Sicilia. Confío en mi propio profesionalismo… Y he llegado a entender una

cosa. Algo muy simple, algo que es quizá decisivo. Muchas de las cosas que la Mafia «protege», muchos de los privilegios por los que hace pagar a los ciudadanos un precio exorbitante, no son otra cosa que los derechos básicos.

Pasados unos diez minutos de las nueve de la noche del 3 de septiembre de 1982, Nando Dalla Chiesa, el hijo académico del general Carlo Alberto Dalla Chiesa, estaba escuchando música en la radio. Sonó el teléfono. «Una llamada habitual», recordaría más tarde. Era su primo, y le dijo que debía ser fuerte, muy fuerte. «Lo que temíamos ha sucedido».

En la via Carini de Palermo, el general Carlo Alberto Dalla Chiesa, su nueva esposa y su guardaespaldas yacían desfigurados por el fuego de un Kalashnikov de la Mafia siciliana. Alguien pegó junto a ellos un cartel improvisado: «Aquí yace la esperanza de todos los sicilianos honestos».

En el apartamento de Dalla Chiesa, en la residencia de la prefectura, alguien abrió y vació la caja de caudales del general.

Incluso en Italia, incluso en los años ochenta, la vergüenza podía adquirir un peso político. Días después del asesinato de Dalla Chiesa, las dos cámaras legislativas del Parlamento italiano aprobaron de urgencia la legislación antimafia por la que Pio La Torre había hecho campaña: la ley Rognoni-La Torre, como llegó a conocérsela.

Habían transcurrido ciento veintidós años desde la unificación italiana, años en que la violencia del crimen organizado había sido un rasgo constante en la historia del país. Los métodos mafiosos —la infiltración en el Estado y la economía mediante la intimidación y la *omertà*— se habían vuelto algo familiar para la policía en todo ese tiempo. Aun así, solo ahora acababa Italia de aprobar una legislación a la medida de esos métodos. La demora había sido exorbitante. El precio en sangre había sido terrible. Sin embargo, Italia había conseguido al fin sus leyes RICO.

La ley Rognoni-La Torre tenía, con todo, sus límites. Se aplicaba

explícitamente «a la Camorra y demás asociaciones, cualesquiera que sean sus denominaciones regionales, que buscan objetivos correspondientes a las asociaciones de tipo mafioso». La ‘Ndrangheta, como de costumbre, no se consideró digna de mención. Y lo que era más importante, no incluía medidas para regular que pudiera recurrirse a arrepentidos mafiosos que surgieran tras la masacre de la via Carini. Dalla Chiesa había combatido el terror de las Brigadas Rojas valiéndose de arrepentidos a los que se incentivaba con reducciones de condena. Él quería disponer de los mismos incentivos para aplicarlos a los *mafiosi*, pero, por buenas y malas razones, la clase política italiana seguía mostrando extrema cautela respecto a lo que pudieran revelar los arrepentidos de las mafias. Si la bacanal de sangre que estaba ocurriendo dentro del crimen organizado llegaba a generar arrepentidos, y si la policía y los jueces querían valerse de su testimonio para poner a prueba la ley Rognoni-La Torre, el único recurso que les quedaría sería la improvisación.

Justo como se esperaba, apenas un mes después de ratificada oficialmente la ley Rognoni-La Torre, surgió el primer arrepentido. Pero no de Palermo, sino de Nápoles.

Pasquale Barra, «el Animal», fue el primer iniciado en la Nuova Camorra Organizatta, el segundo al mando, y el gran señor y verdugo dentro del sistema carcelario italiano. Era amigo de la infancia de Raffaele Cutolo, el jefe de la NCO, y el Profesor había dedicado un poema a sus habilidades en la pelea con cuchillo. En agosto de 1981, por órdenes del Profesor, el Animal asesinó a otro recluso más, un gángster milanés. La víctima recibió seis puñaladas.

El problema era que el gángster en cuestión resultó ser el hijo ilegítimo del hombre de honor siciliano Frank Coppola. Se convocó al Profesor a responder del asesinato ante la Cosa Nostra. Temiendo una confrontación de tomo y lomo con Palermo, prefirió sacrificar a su amigo de la infancia y declaró que el Animal había asesinado al hijo de Frank Coppola por propia iniciativa.

El Animal era ahora un proscrito en el mundo carcelario, perseguido por los afiliados de todas las mafias, incluyendo la suya. Comenzó a rehuir todo contacto con terceros, a prepararse siempre su propia comida y bebida, y adoptó el hábito de llevar una navaja siempre oculta en el ano. Al final, la presión que sufría y la sensación de que había sido traicionado sobrepasaron su vínculo de sangre con la organización de Cutolo: el Animal suplicó la ayuda de las autoridades. Y contó a los investigadores la historia completa de la Nuova Camorra Organizatta, justo desde su fundación en la prisión de Poggioreale.

Con la NCO en fase de desintegración después de que el Profesor fuera enviado a la isla prisión de Asinara, pronto se sumaron nuevos desertores al Animal. El 17 de junio de 1983, los jueces emitieron órdenes de arresto de nada menos que 856 individuos en toda Italia, que iban desde reclusos y criminales conocidos hasta funcionarios judiciales, profesionales varios y curas. Todos fueron acusados bajo la ley Rognoni-La Torre. El cuerpo legislativo antimafia más nuevo y relevante de Italia, y el valioso testimonio que aportaron los arrepentidos, estaban a punto de ponerse a prueba con la Nuova Camorra Organizatta.

Tapetes y drogas

Una bicicleta de ejercicios para astronautas. Un reloj despertador con un dispositivo que sacaba de la cama a los dormilones más persistentes. Una solución drástica para la niebla del valle del Po.

Un padre que ha vuelto a casa desde Irán para pasar la Navidad junto a su joven familia. Una solterona napolitana melindrosa emparejada con el bailarín flamenco español de sus sueños.

Niños talentosos. Ropa de lujo. Giros de comedia. Joviales disparates verbales. Buenas causas. Un estudio de televisión diseñado como un gigantesco edredón multicolor. Y un desaliñado loro verde que se negaba con firmeza, a pesar de los trucos y halagos de docenas de invitados al estudio, a graznar su propio nombre: «Portobello».

Las noches de los viernes, entre 1977 y 1983, veinticinco millones de telespectadores italianos se llenaban de ternura y se reían hasta que se les saltaban las lágrimas con un programa misceláneo para todos los públicos llamado, como el loro, *Portobello*. Miles de personas normales y corrientes participaban en el programa: atendían sus llamadas un panel de telefonistas de labios brillantes sentadas a un extremo del estudio. El anfitrión de *Portobello* desplegaba hábilmente sus modales patricios, un toque de vulgaridad y una amplia sonrisa para sacarlo todo adelante con serenidad. Se llamaba Enzo Tortora; había nacido en el seno de una familia acomodada en la ciudad norteña de Génova en 1928, y *Portobello* lo convirtió en una de las tres o cuatro personalidades televisivas más populares del país. Entre la Italia acogedora y de buen corazón que *Portobello* forjaba alrededor del inmaculado Tortora y el mundo bárbaro y corrupto de la Nuova Camorra Organizzata, la distancia era sideral.

El programa de Tortora debía su nombre al mercado londinense de Portobello Road, donde se comercializan antigüedades y objetos de segunda mano. La idea central era poner en pantalla un servicio de intercambio televisado de curiosidades. Y la idea enseguida arraigó. Aunque la RAI, la emisora estatal, insistía constantemente en que no lo hicieran, los espectadores enviaban las chucherías más inimaginables para intercambiarlas o subastarlas. El contenido de los desvanes de la nación pronto llenaron los enormes almacenes del estudio y se desbordaron hasta los pasillos.

En algún sitio, perdido entre esa pila de humildes tesoros, había un paquete enviado desde la cárcel de Porto Azzurro, en la isla toscana de Elba; contenía dieciocho tapetes de seda, hechos a mano por un recluso condenado a varios años de prisión llamado Domenico Barbaro. Cinco años después, los tapetes de Barbaro desencadenaron uno de los errores más graves de la justicia italiana. Por culpa de ellos, *Portobello* dejó de emitirse y Enzo Tortora fue acusado de vender cocaína a las estrellas de televisión y de ser un miembro iniciado con todas las de la ley en la Nuova Camorra Organizzata de Raffaele Cutolo. El mundo de *Portobello* y el del crimen organizado terminaron chocando. La explosión que originaron infligió un grave daño al sistema judicial italiano justo en el preciso momento en que el poder de las mafias estaba alcanzando su apogeo en Italia. Justo cuando el Estado italiano disponía al fin de las armas requeridas para combatir al crimen organizado, sufrió otro golpe a su legitimidad.

Tortora fue arrestado poco antes del alba, el 17 de junio de 1983, en el lujoso hotel romano que había convertido en su segundo hogar. Como ocurre a menudo en Italia, varios elementos de prueba en su contra se filtraron a los medios de prensa mientras todavía lo estaban interrogando, lo que dio pie a la suposición generalizada de que era culpable. El 21 de agosto —mucho antes de que hubiera ningún juicio—, el testimonio clave contra Tortora se publicó en la revista de actualidad *L'Espresso*. Su principal acusador era otro recluso camorrista, Giovanni Pandico.

Pandico era un caso aparte, un preso que sabía leer y escribir; incluso tenía conocimientos básicos de derecho, lo cual bastaba para convertirlo en un lord Blackstone* a ojos de sus compañeros presos. Su apariencia también revelaba su dignidad intelectual: suave, y de rasgos finos, ocultos bajo el marco negro y cuadrangular de sus gafas. Pero Pandico también era inestable y violento. Ya en su juventud, los psiquiatras lo habían definido como paranoico y con una «personalidad agresiva fuertemente condicionada por delirios de grandeza». En 1970 fue liberado tras cumplir una breve sentencia por robo. Tenía que hacer responsable a alguien de sus problemas con la ley y ese alguien tenía que ser importante, alguien como el alcalde local. Tal y como se lo dictaba su razonamiento paranoide, Pandico irrumpió en el ayuntamiento con una Beretta 9 mm y mató a dos personas, dejando heridas a otras dos. El alcalde se salvó únicamente porque se tiró detrás de su escritorio y se refugió allí.

Pandico inició una prolongada estancia entre rejas. Allí Raffaele Cutolo, el Profesor, detectó su conocimiento literario y legal y lo inició en la NCO para que fuera su secretario, una posición que le dio acceso a gran cantidad de información interna. En su habitual estilo proclive al autobombo, Pandico diría luego que era ni más ni menos que el *consigliere* de Cutolo y, por tanto, el jefe al cargo de la NCO después de que trasladaran al Profesor a la isla prisión de Asinara.

Pandico era el segundo miembro de la NCO que se convertía en arrepentido después del Animal. Él les dijo a los jueces que Enzo Tortora, el presentador de *Portobello*, traficaba con cocaína y blanqueaba dinero para la NCO. De hecho, la estrella de televisión había tenido tanto éxito en su faceta criminal que lo habían iniciado en la hermandad en 1980. Pero algún tiempo después de eso, según el relato de Pandico, la relación de Tortora con la NCO se había roto, cuando no pagó una gran remesa de cocaína. Pandico aseguraba que el propio Cutolo le había confiado la tarea de recuperar el dinero. Señaló además que Tortora recibía las drogas al por mayor a través de Domenico Barbaro (el mismo Domenico Barbaro que había enviado los tapetes a *Portobello* en diciembre de 1977).

Tortora se enfrentó con estas acusaciones en la prisión histórica de Regina Coeli en Roma. Allí admitió que, en efecto, había tenido un

contacto indirecto con Barbaro. A lo largo de 1978 y 1979, Tortora había recibido una larga, indignante y prolija correspondencia de su parte exigiendo saber qué había pasado con los tapetes. Él mismo enseñó las cartas a los investigadores, señalándoles su contenido absurdo: acusaban a Tortora de robar los tapetes y amenazaban con improbables acciones legales. Una de las cartas que recibió contenía el siguiente párrafo:

> Mi actual estatus de detenido, aún regido por los saludables principios del Honor, me obliga a no infligirle ningún daño, siempre y cuando yo viera que usted se propone sin dilación, y dando pruebas tangibles de ello, velar por la devolución del paquete. En consecuencia, y de acuerdo con mis asesores legales, he resuelto dejar en suspenso la acción penal planeada hasta que demuestre usted su buena voluntad.

Como lo ponen de manifiesto su legalismo de recluso, su lógica enmarañada, su paranoia y su violencia apenas contenida, el semianalfabeto Barbaro no era el autor de estas líneas, sino que eran obra de Giovanni Pandico, que estaba recluido en la misma prisión de Elba que Barbaro cuando ocurrió el asunto de los tapetes. Evidentemente, Pandico se había hecho cargo de ejercer presión para conseguir la devolución de las telas con su habitual persistencia obsesiva.

Como popular presentador televisivo, Tortora velaba cuidadosamente por su imagen ante la audiencia, aun cuando la audiencia en cuestión estuviese pudriéndose en prisión. Por tanto, como explicó a sus interrogadores, él mismo escribió una educada respuesta a las quejas de Barbaro/Pandico, e incluso acordó que el departamento legal de la RAI compensara a los reclusos con la generosa suma de 800.000 liras (unas 300 libras esterlinas de la época).

> Querido Sr. Domenico Barbaro:
>
> Me apena decirle que no sé nada del paquete que usted envió y nunca he tenido el menor indicio de él. Lo que me preocupa es que está usted sacando conclusiones a partir de este asunto que no proyectan una luz muy honorable sobre mi persona, o sobre el respeto que siempre he mostrado a quien sea.

La suposición del todo razonable de Tortora era que esos documentos habrían de reforzar su defensa. Pero resultó que algunos pasajes se convertirían en parte central del caso de la fiscalía. Al considerar las

indicaciones de Pandico, los jueces resolvieron que estos eran mensajes cifrados: en lugar de «paquete», había que leer «remesa de drogas»; en vez de «tapetes», había que leer «cocaína». Y cuando se mencionaban el «honor» y el «respeto», significaba que ambas partes del trato se adherían al código ético del mundo criminal.

Lo que pareció darle a esta interpretación arbitraria el peso de la verdad fue la cascada de desertores de la NCO, incluido el Animal, que respaldaban la historia de Pandico. Desde luego, la NCO le tenía suficiente miedo a los arrepentidos como para lanzar contra ellos y sus familiares violentos ataques durante el tiempo que tardó el caso en llegar a los tribunales. La madre del mismo Pandico murió en una explosión pocos días después de que lo interrogaran en el tribunal. Lo decisivo fue que además hubo dos testigos, un artista y su mujer —que no eran reclusos o *camorristi* —, que decían haber visto a Tortora recibiendo un pequeño maletín de dinero en efectivo a cambio de un paquete de polvo blanco en un estudio de televisión de Milán.

El 17 de septiembre de 1985, el gran juicio contra la NCO de Cutolo llegó a una conclusión: Enzo Tortora fue declarado culpable; fue sentenciado a diez años de cárcel y una multa de 50 millones de liras (60.000 euros al valor de 2011). Por delitos similares, el principal acusador de Tortora, Giovanni Pandico, recibió una condena de tres años. El juez que dictó sentencia demolió en su argumentación el carácter del presentador de *Portobello*:

> Tortora ha demostrado ser un individuo extremadamente peligroso, que se las ha ingeniado durante años para encubrir sus siniestras actividades y su verdadero rostro: el rostro de un cínico mercader de la muerte. Su verdadera identidad es tanto o más perniciosa en la medida que se ha escudado tras una máscara que solo desprende cortesía y *savoir-faire*.

El veredicto contra Tortora pareció confirmar las sospechas sobre la verdadera naturaleza de las vidas públicas, unas sospechas con profundas raíces en la psique del país. Muchos de los millones de italianos de a pie que pasaban las noches de los viernes viendo *Portobello* albergaban la creencia semioculta en su mente de que estaban viendo una fachada. Detrás del mundo televisivo del entretenimiento ligero, el deporte y sobre todo la

política, había una realidad sórdida de favoritismos, corrupción, artimañas y —¿por qué no?— crimen organizado y tráfico de drogas. De hecho, mientras más suave y convincente era la fachada, más astuta y perversa era la verdad que la encubría. En conformidad con este cálculo pernicioso, Enzo Tortora fue condenado por su propia imagen pública afable. El resplandor sentimentaloide que emanaba de *Portobello* se volvió hacia su presentador como el brillo incriminante de una lámpara de interrogatorios.

La verdadera vida de Tortora fuera de la pantalla era de todo menos siniestra. Era excepcionalmente apacible y cultivado para los estándares del medio audiovisual. Un vegetariano que no fumaba ni bebía, cuyo autor preferido era Stendhal y al que le gustaba leer en su tiempo libre a Tito Livio y Séneca en el original en latín. Pero, incluso antes de que el juicio hubiera empezado, los periodistas habían estado buscando —e incluso encontrado— pruebas de la doble vida que «seguramente» había llevado.

Para los observadores británicos como yo, la forma de proceder del sistema legal italiano a veces puede resultar monstruosa. Esto es: para cualquiera que se haya criado en el sistema opuesto, que confiere a los jueces el poder de suspender un juicio si la prensa ha dicho algo que remotamente pueda alterar las deliberaciones de un jurado, la estridencia que acompaña a un caso famoso en Italia puede resultar muy perturbadora. Mucho antes de que se realicen los interrogatorios decisivos, buena parte de las pruebas que deben presentar los abogados de ambas partes ya están al alcance de todos y se debaten públicamente. Los testigos y los acusados dan prolongadas entrevistas. En paralelo al proceso legal oficial discurren múltiples investigaciones de los medios de comunicación. Las opiniones se dividen en facciones opuestas de *colpevolisti* e *innocentisti* (literalmente, «culpabilistas» e «inocentistas»). El veredicto real no es, con frecuencia, suficiente para descartar las visiones más arraigadas del caso; pasa a ser solo una entre otras muchas.

El argumento más importante en defensa del sistema italiano es que cada etapa de un juicio, incluida la preparación de las pruebas, ha de estar abierta al escrutinio público. En otras palabras, el axioma de que «la justicia para ser tal ha de estar a la vista» se aplica desde mucho antes que la acusación y la defensa se presenten ante un jurado. Y este es un argumento

de mucho peso en un país como Italia, donde toda clase de influencias indebidas, que van desde una dictadura fascista hasta la Mafia, han inclinado la balanza de la justicia durante años.

Enzo Tortora tenía sin duda las habilidades e influencias necesarias para luchar en la batalla mediática previa a su juicio. Siete meses después de que lo arrestaran, le fue garantizado el arresto domiciliario para el tiempo que le quedaba en prisión preventiva. Se presentó a las elecciones europeas de junio de 1984 bajo la enseña del Partido Radical, que defendía un programa con mucho énfasis en las libertades civiles. El salón de Tortora se convirtió en un estudio de televisión durante la campaña y su triunfo fue rotundo. En Italia, por entonces, los parlamentarios, ya fueran de Roma o de Estrasburgo, tenían inmunidad ante la justicia. Tortora renunció públicamente a esa inmunidad.

Tras ser condenado, aprovechó un período de formalidades burocráticas para visitar la cárcel de máxima seguridad de Asinara como parte de una iniciativa del Partido Radical para sacar a la luz las condiciones pésimas en que vivían los reclusos. En un extraño encuentro, Tortora incluso estrechó la mano de Raffaele Cutolo, el Profesor. «Mucho gusto de conocerlo», le dijo irónicamente el jefe de la NCO. «Soy su lugarteniente, ¿recuerda?».

Tortora, sabiendo que Cutolo había calificado abiertamente a Pandico de mentiroso, aceptó de buena gana el chiste: «No, mire, usted es el jefe».

Entre la Navidad y el Año Nuevo de 1985, Tortora renunció al Parlamento Europeo. Ante miles de simpatizantes reunidos en la gran piazza Duomo de Milán, se entregó a la policía, que lo sacó de allí para que diera inicio a su condena en prisión.

En septiembre de 1986, casi un año exacto después de que Tortora fuera declarado culpable, la Corte de Apelaciones rectificó su condena y restauró por completo su reputación.

El dictamen de los jueces de la Corte de Apelaciones hizo parecer el primer juicio algo semejante a *El rey de la comedia* con un guión reescrito por Franz Kafka. El principal acusador de Tortora, Giovanni Pandico, quedó expuesto como un soñador vengativo y dado al autobombo. Halagado por la atención y el poder que le granjeó el hecho de convertirse en un arrepentido, se había tomado revancha sobre la estrella de *Portobello*

por el «desaire» de los tapetes. Los demás desertores de la NCO, a muchos de los cuales se recluyó en un barracón del ejército para su propia seguridad durante la investigación, se habían limitado a hacer coincidir sus propias historias con la de Pandico. El artista que decía haber visto a Tortora intercambiando efectivo por cocaína en un estudio de televisión resultó ser un conocido difamador, desesperado por valerse de la publicidad que rodeaba el caso para vender algunos de sus execrables cuadros.

Portobello volvió a las ondas televisivas el 20 de febrero de 1987. Tortora, visiblemente desgastado por su calvario, abrió igual el programa en su habitual estilo caballeroso: «Así pues, ¿por dónde nos quedamos?». Es hasta hoy uno de los momentos más recordados en la historia de la televisión italiana, un momento marcado por un patetismo indeleble, dado que Tortora murió de cáncer poco más de un año después.

Toda la historia de Tortora perjudicó gravemente al apoyo del público a la lucha contra el crimen organizado. Los éxitos del juicio contra la Nuova Camorra Organizzata quedaron ensombrecidos por completo. La imagen del *pentito* que perduraría en la mente del público era la de Giovanni Pandico en la Corte desacreditando las pruebas de Tortora como una mera *performance* y exigiendo con tono melodramático que lo sometieran a un detector de mentiras.

El 16 de julio de 1984, justo antes de la hora de comer, con la epopeya de Tortora aún lejos de quedar resuelta en Nápoles, otro arrepentido del mundo del crimen organizado se sometía a las formalidades de su primer interrogatorio en una unidad policial de Roma.

> Soy Tommaso Buscetta, hijo del fallecido Benedetto y la fallecida Felicia Bauccio. Nacido en Palermo el 13 de julio de 1928. No he hecho el servicio militar. Casado y con hijos. Empresario agrícola. Con antecedentes penales.

Tiempo atrás, Buscetta había sido uno de los cabecillas más carismáticos y poderosos de Sicilia, un capo de la droga a nivel internacional, con contactos a ambos lados del Atlántico que le granjearon

el apodo de «el jefe de dos mundos». Ahora era una ruina física. Su rostro de facciones oscuras, con la impasibilidad noble de un príncipe azteca, estaba pálido y confuso. Después de quebrantar su libertad condicional y huir de Italia en 1980, se había refugiado en su hacienda de sesenta y cinco mil hectáreas en Brasil, desde donde había observado, impotente, cómo los *corleonesi* masacraban a sus amigos y eliminaban a varios miembros de su familia.

Cuando la policía brasileña lo atrapó, lo torturaron: le arrancaron las uñas del pie, le aplicaron descargas eléctricas y después lo subieron a un avión que sobrevoló São Paulo, amenazando con arrojarlo al vacío. Todo cuanto él dijo fue: «Mi nombre es Tommaso Buscetta». Justo antes de que lo extraditaran a Italia, Buscetta intentó suicidarse ingiriendo estricnina. Cuando aterrizó en el aeropuerto de Roma, tuvieron que ayudarle a descender del avión. Poco después, pidió hablar con Giovanni Falcone, el mismo hombre que ahora estaba sentado frente a él en el escritorio, escuchando cada palabra que decía. Cuando se le preguntó si tenía algo que declarar, Buscetta pronunció las siguientes palabras:

> Antes que nada, quiero señalar que no soy un chivato, en el sentido de que lo que voy a decir no esconde la intención de obtener ningún favor del sistema de justicia.
>
> Y no soy tampoco un «arrepentido», en el sentido de que las revelaciones que haré no están motivadas por cálculos canallas de lo que pueda obtener yo con ellas.
>
> Fui un mafioso y cometí errores por los que estoy dispuesto a pagar enteramente mi deuda con la justicia.
>
> Más bien, en beneficio de la sociedad, de mis hijos y de la juventud en general, pretendo revelar todo lo que sé del cáncer que es la Mafia, para que las nuevas generaciones puedan vivir de una manera más digna y humana.

La historia de la Mafia siciliana estaba a un paso de entrar en territorio desconocido. Desconocido y, aun así, muy familiar.

Cadáveres ambulantes

En su última entrevista, el general Carlo Alberto Dalla Chiesa había hablado de la «combinación letal» que suponía ser un peligro para la Mafia y estar aislado. Esa misma sensación de aislamiento la explicó con claridad un joven magistrado destinado en Trapani, en el extremo más occidental de Sicilia. En 1982, un periodista de televisión le preguntó de manera provocadora si estaba organizando él mismo una «guerra privada» contra la Mafia. El magistrado explicó con calma que solo algunos magistrados se enfrentaban al crimen mafioso e iban forjando lo que él denominó una «memoria histórica» de ella. Por ese motivo, lo que esos pocos jueces estaban haciendo en beneficio del interés público acababa pareciendo una cruzada privada. «Todo conspira para individualizar la lucha contra la Mafia». Y, de hecho, así era precisamente como los propios *mafiosi* veían esa lucha: como una confrontación entre hombres de honor y algunos «tocapelotas» dentro de la policía y la judicatura. Para los *mafiosi*, las fronteras entre los negocios privados y el interés público son simplemente invisibles.

El joven magistrado de Trapani que dejó claro este tema era un individuo de modales bruscos y gafas, amante de la música clásica, llamado Gian Giacomo Ciaccio Montalto. Un día al atardecer, solo unos pocos meses después de esa entrevista, él y su VW Golf blanco fueron cosidos a balas. La calle en la que quedó desangrándose hasta morir era estrecha, y las decenas de personas que vivían en los apartamentos que daban a ella a la fuerza tuvieron que oír los disparos. Sin embargo, nadie informó del incidente hasta la mañana siguiente. Hasta el momento de su trágico final, la lucha de Ciaccio Montalto era en efecto una lucha individual.

A medida que iban cayendo «cadáveres eminentes», lo que parecía corroborar la supremacía salvaje de la Mafia en Sicilia, el grupo férreamente unido pero aislado de policías y jueces que combatían a la Cosa Nostra encontró de algún modo la voluntad de seguir adelante. Uno de los peores golpes sucedió en el verano de 1983, con la muerte de Falcone y del superior de Borsellino, el jefe del departamento de magistrados de instrucción Rocco Chinnici. Chinnici fue asesinado por un coche bomba enorme situado frente a su casa; dos guardaespaldas y el conserje del edificio también murieron en la explosión. Esta fue la más espectacular escalada hasta entonces de la campaña de terror impulsada por la Cosa Nostra. Chinnici fue uno de los primeros jueces que entendieron la importancia de lograr el apoyo público a la causa antimafia, en dejar el Palacio de Justicia para hablar en actos públicos y escuelas. Su impactante asesinato tenía la intención de intimidar a toda la isla.

Cuando un héroe caía, otro daba un paso adelante para ocupar su lugar, como voluntario. Antonino Caponnetto era un hombre de pocas palabras, próximo a la jubilación, que dejó un prestigioso trabajo en Florencia para volver a su Sicilia natal. Antes de haberse trasladado siquiera a las barracas que serían su hogar en Palermo, Caponnetto sabía lo que quería hacer: aplicar otra lección extraída de la lucha contra el terrorismo en la Italia septentrional. Enfrentados a la amenaza diaria de las Brigadas Rojas, los jueces instructores habían resuelto trabajar en pequeños grupos, o *pools* (se empleaba el término en inglés), de manera que la eliminación de un magistrado no paralizase toda una investigación. Caponnetto quería emplear el mismo método contra la Mafia. El *pool* antimafia de Palermo —Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, junto a Giuseppe Di Lello y Leonardo Guarnotta— compartiría sus hallazgos y riesgos, uniendo los distintos casos en una gran investigación única. El sistema de operar como un *pool* fue la respuesta de los magistrados a la «combinación letal».

El *pool* de Palermo hizo progresos constantes. Por ejemplo, se pinchó el teléfono de Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, y así se reconstruyeron los canales de su tráfico de heroína con el Lejano Oriente. Al proveedor de Mutolo, Ko Bak Kin, lo arrestaron en Tailandia y accedió a volver a Italia para testificar. Los análisis balísticos habían revelado que un mismo

Kalashnikov se había utilizado en una serie de asesinatos mafiosos: desde el de Stefano Bontate al del general Carlo Alberto Dalla Chiesa. El arma era una firma habitual que permitió discernir patrones en la matanza. Más importante aún fue que la brigada móvil confeccionó un informe sobre ciento sesenta y dos *mafiosi* que incluía un bosquejo aproximado de los frentes de batalla en la guerra que había conducido al exterminio de Stefano Bontate, Salvatore Inzerillo y sus secuaces. Pero hasta entonces los investigadores dependían de fuentes internas secretas del mundo de la Mafia: hombres que estaban demasiado asustados, y que desconfiaban demasiado de las autoridades, para dar sus nombres, y no digamos ya para aportar pruebas que pudieran usarse en un tribunal.

Entonces, en el verano de 1984, apareció Tommaso Buscetta, el jefe de dos mundos. El testimonio del nuevo arrepentido marcó un gran salto adelante. Buscetta empezó por el principio, revelando el nombre que los *mafiosi* empleaban para su hermandad. «La palabra “mafia” es una invención literaria», le dijo a Falcone. «Esta organización se llama “Cosa Nostra”, como en Estados Unidos.»

Las entrevistas de Buscetta con Falcone siguieron su curso, casi sin interrupción, hasta enero de 1985. El testigo reveló la estructura completa de la Cosa Nostra, nombrando a todo el que podía recordar: desde los soldados en la base de la organización piramidal hasta los jefes de la Comisión Palermo en la cima. Apoyándose en casi cuatro décadas de experiencia como hombre de honor (se inició en la familia de Porta Nuova en 1945), Buscetta le contó a Falcone todo sobre el exótico funcionamiento interno del mundo de la Mafia, sus ritos, reglas y mentalidad. Identificó a los criminales responsables de un sinfín de asesinatos. Y lo que es aún más importante, explicó cómo esos asesinatos encajaban en el pensamiento estratégico de los jefes que los habían encargado. Al final, la historia entera del ascenso al poder del Corto Riina en el mundo criminal siciliano adquirió sentido. La Mafia siciliana no era un conjunto ingobernable de bandas separadas. Era la Cosa Nostra: una organización unificada, jerárquica, que se había sumido en un feroz conflicto interno.

Hasta entonces, Falcone y sus colegas habían tenido que examinar a la Mafia siciliana desde fuera. Era como intentar dibujar un plano de la planta

de un edificio mirando por el ojo de la cerradura. Buscetta lo cambió todo «abriéndonos la puerta desde el interior», como recordaría más tarde Caponnetto. Falcone consideraba a Buscetta «como un profesor de idiomas que te permite ir a Turquía sin tener que comunicarte más por señas». Siguiendo el ejemplo de Buscetta, muchos arrepentidos empezaron a hablar. El más relevante de entre ellos fue Totuccio Contorno, el soldado de la familia de Stefano Bontate que había escapado por poco a un atentado con Kalashnikov en Brancaccio.

El *pool* se las ingenió para mantener en secreto durante meses la cooperación de Buscetta. Finalmente, el 29 de septiembre de 1984, ya no fue posible mantener el secreto y se emitieron órdenes de arresto contra 366 *mafiosi*, que se ejecutaron al amanecer: la operación llegó a conocerse como la ofensiva del día de San Miguel. La policía se quedó sin esposas. Y cuando el trabajo policial finalizó al cabo de la jornada, el *pool* dio una conferencia de prensa para proclamar ante el mundo que la Mafia siciliana como tal estaba a un paso de ser presentada ante la justicia. Tomando en préstamo un término empleado para describir el procesamiento masivo de la Nuova Camorra Organizzata en Nápoles, la prensa comenzó a hablar del próximo «macrojuicio» (*maxiprocesso*) en Palermo. En las calles donde se habla el dialecto local, la gente se refería al juicio simplemente como ‘*u maxi*. Y el elemento central en el *maxi* sería la declaración de Buscetta —el «teorema Buscetta», como se lo llamó despectivamente— de que la Cosa Nostra era una única organización unificada y jerárquica.

El jefe de dos mundos era muy consciente de la magnitud histórica del juicio que se preparaba en torno a su testimonio. De hecho, es probable que el sentido de su propia misión histórica fuese uno de los motivos que lo llevaron a acudir a Giovanni Falcone.

Cuando irrumpió la noticia de que Tommaso Buscetta estaba colaborando con los investigadores, muchos analistas asumieron que era el primer mafioso siciliano en romper el código de la *omertà*. Conocemos a estas alturas más que suficiente la historia de la Mafia para saber que los

mafiosi sicilianos siempre han hablado. Los ganadores tanto como los perdedores, en esa lucha constante del inframundo siciliano por la supremacía, han roto la *omertà* durante décadas.

Los ganadores hablaban para forjar una asociación con la policía: a cambio de proporcionar información sobre los matones rivales, se les garantizaba inmunidad ante posibles acosos. En el día a día, a los policías o carabineros que se exhibían dando una caminata junto al cabecilla local alrededor de la *piazza*, esto les garantizaba una vida tranquila. La Mafia siciliana se especializaba en un nivel más alto de asociación con la autoridad: cuando la propia Mafia amenazaba con hacer de Sicilia un lugar ingobernable, la «gestión conjunta del delito» (como la llamaban los mafiólogos italianos) podía convertirse en una política oficial cínica y encubierta.

Los perdedores de las mafias han roto la *omertà* por una razón más sórdida: la venganza. Abandonados por sus amigos poderosos, desbancados y no considerados por sus rivales mafiosos, recurren a la policía como un instrumento de *vendetta*, cuando no les queda ningún otro recurso.

Tommaso Buscetta, como varias generaciones de *mafiosi* que rompieron el código de la *omertà* antes que él, era un perdedor. Formaba parte del Sindicato Transatlántico que mediaba en el tráfico de drogas entre Sicilia y Estados Unidos. Como tal, sintió la ira de los *corleonesi* antes y después de que se decidiera a hablar con Giovanni Falcone: entre 1982 y 1984, nada menos que nueve miembros de su familia fueron asesinados, incluidos dos hijos y un hermano. El jefe de dos mundos, como muchos de los perdedores mafiosos que declararon antes que él, tenía muchos motivos para buscar venganza a través de la ley. Y también era igual que esos muchos testigos mafiosos anteriores en el sentido de que solo contó una parte de lo que sabía: sus amigos en el narcotráfico apenas se vieron afectados por sus revelaciones.

El testimonio de Buscetta se ciñó también a un guión, un relato de su travesía personal que muchos otros *mafiosi* derrotados antes que él ya habían recitado. Una vez más, había una Mafia buena, según declaró, una Cosa Nostra que se regía por los ideales auténticos y nobles de la organización. Ahora, la Cosa Nostra había cambiado. El honor estaba

muerto y la codicia y la brutalidad campaban a sus anchas. Ahora la Mafia mataba mujeres y niños, de manera que él, Tommaso Buscetta, como un verdadero hombre de honor, ya no tendría nada que ver con ella. Un relato engañoso e interesado, sin duda.

Pero si los *mafiosi* han hablado siempre, y Tommaso Buscetta era como muchos de los *mafiosi* que habían hablado antes que él, ¿por qué fue tan importante? ¿Por qué se lo caracteriza siempre como el arrepentido que «hizo historia»? La razón fundamental es que, ya fuese que la Mafia lograra reabsorberlos, intimidarlos o sencillamente matarlos, los desertores de sus filas rara vez llegaban al extremo de repetir sus testimonios donde tenían un valor real: ante un juez. Lo que los fiscales sabían, no lo podían probar. Cuando los perdedores de la Mafia hablaban, Italia se negaba a creerles. Y la élite siciliana que había mantenido una estrecha relación con los sicarios de la Mafia desde la unificación de Italia no dudaba en enterrar lo que los desertores de la Mafia decían con su palabrería: la Mafia no existía, afirmaban; todo era una cuestión de la mentalidad siciliana; todos esos rumores sobre una asociación criminal secreta eran el resultado de los prejuicios y la paranoia del norte; era todo culpa de los invasores árabes, desde hacía siglos.

Entre hablar con la policía y testificar ante un tribunal había un trecho largo y difícil. Para Falcone y el *pool* antimafia de Palermo, el desafío era ayudar al jefe de dos mundos a llegar al final del viaje. Solo entonces podría decirse de él que había cambiado el curso de la historia.

Estados Unidos brindó a Falcone y Borsellino una ayuda crucial en esta tarea. Las investigaciones del narcotráfico que habían atraído a Falcone a la lucha contra la Mafia en primera instancia le habían enseñado lo profundos que eran los vínculos, tanto familiares como comerciales, de los *mafiosi* a ambos lados del Atlántico. Falcone fue un pionero en comprender que los investigadores antimafia debían adoptar la misma perspectiva transnacional que sus adversarios. La policía y los magistrados sicilianos podían llegar a ser el doble de efectivos si recurrían a la ayuda de sus homólogos norteamericanos. Buscetta, el jefe de dos mundos, era un testigo casi tan valioso en Estados Unidos como lo era en Italia. Y Estados Unidos, a diferencia de Italia, tenía un programa apropiado de protección de testigos

al que se podía confiar a Buscetta.

Pasaron muchos días aciagos entre aquel en que Tommaso Buscetta se sentó por primera vez a hablar con Giovanni Falcone y su cita con el juez. Los más aciagos de todos llegaron a finales de julio y comienzos de agosto de 1985.

Beppe Montana era uno de los integrantes de la brigada móvil que había estado trabajando codo con codo con el *pool*; su especialidad era capturar a los numerosos *mafiosi* que habían eludido las órdenes de arresto dándose a la fuga. Cuando la prensa lo entrevistó, Montana resumió el ánimo de fatalismo resignado que predominaba en su unidad: «En Palermo hay unos diez de nosotros que somos un peligro real para la Mafia. Y sus sicarios nos conocen a todos. Por desgracia, somos blancos fáciles. Si los *mafiosi* deciden matarnos, pueden hacerlo con facilidad».

El 25 de julio, dos sicarios sorprendieron a Montana cuando llegaba a la playa tras un paseo en bote con su novia; murió con el bañador puesto, justo cuando había cumplido treinta y tres años. La combinación letal había actuado de nuevo.

Paolo Borsellino recordaba haber recogido de la escena del crimen de Montana a Ninni Cassarà, el nuevo comandante de la brigada móvil. Cassarà también estaba trabajando en estrecha colaboración con el *pool*, y Montana era mucho más que un compañero de trabajo para él. Tras un viaje silencioso, con el semblante cenizo, Cassarà solo pudo murmurar: «Es mejor que nos resignemos de una vez a lo que somos: cadáveres ambulantes». Un par de días después, Cassarà reunió fuerzas para conceder una lúcida entrevista en el contexto político de la muerte de Montana. Para entonces, el gran juicio contra la Nuova Camorra Organizzata estaba generando un fuerte estruendo por la condena de Enzo Tortora, la estrella de *Portobello*:

> Estamos muy atentos a los inquietantes sucesos que rodean tanto a la preparación del macrojuicio en Palermo como al macrojuicio contra la Camorra. En Nápoles podemos ver exactamente lo que está ocurriendo, tanto dentro como fuera de la sala del tribunal. Hay un

ataque frontal contra el valor del testimonio aportado por los arrepentidos. No sabemos cómo se han comportado nuestros colegas napolitanos. Lo que sí sabemos, muy bien, es que aquí hemos procedido buscando pruebas meticulosas, rigurosas e incluso agotadoras, que confirmen cada detalle de las acusaciones de los arrepentidos.

Lo que Cassarà no decía era que, en Nápoles, la que estaba en el estrado era una organización en fase terminal. El macrojuicio de Palermo se preparaba para procesar a una mafia en su apogeo, con la mayor parte de sus líderes aún en libertad. En un momento más personal, hacia el cierre de la entrevista, Cassarà añadía una nota final escalofriante: «Tarde o temprano, todos los investigadores que se toman su trabajo en serio acaban siendo asesinados».

La cruel muerte de Montana arrojó a los hombres de Cassarà del fatalismo resignado a una ira teñida de desesperación. Cinco días después, detuvieron a un joven pescador y futbolista aficionado llamado Salvatore Marino para interrogarlo. Varios testigos decían haber visto a Marino en la escena del crimen de Montana; en su casa, la policía encontró una camisa ensangrentada y 34 millones de liras (alrededor de 40.000 euros de hoy) en efectivo, en parte envuelto con una hoja de periódico donde salía la noticia del asesinato de Montana. Los arrepentidos de la Mafia han afirmado que Marino, aunque no era un afiliado a la Mafia, hizo de vigilante para los sicarios.

Nada de eso excusa lo que le ocurrió. Mientras estaba detenido, lo golpearon, aporrearon e incluso lo mordieron. Con el rostro vuelto hacia el techo y la cabeza hacia atrás, lo ataron a un escritorio; le pusieron una capucha en la cabeza y le introdujeron a la fuerza en la boca una manguera conectada a un cubo con agua de mar. Con uno de los agentes sentado sobre su estómago, obligaron a Marino a beber litros y litros de agua. Esta era una tortura conocida como la *cassetta* («caja») y era una reliquia de la brutalidad policial del fascismo. Como muchas víctimas de la *cassetta* antes que él, Marino murió en la tortura.

Sumidos en el pánico, los responsables de su muerte simularon que la víctima se había ahogado. Ninni Cassarà descubrió lo que había ocurrido y decidió apoyar la torpe coartada que sus hombres atormentados intentaban fingir. Fue a casa de Falcone en mitad de la noche para solicitar su ayuda.

Para entonces, los dos hombres habían estado trabajando juntos durante varios años y se habían convertido en grandes amigos. Durante varias horas se pasearon de arriba abajo por la estancia. Antes de que despuntara el día, alertaron a las autoridades encargadas de la investigación de lo que le había ocurrido a Salvatore Marino en realidad.

El 5 de agosto, el ataúd blanco de Marino, con él envuelto en su camiseta azul de futbolista, recorrió la ciudad acompañado de gritos que decían: «¡Policía asesina!». En su sepelio, un cura carmelita hizo una airada homilía dirigida contra la policía. El mismo líder del Partido Radical que había ofrecido al presentador Enzo Tortora un escaño parlamentario y una plataforma para su lucha en favor de la justicia, fue a Palermo para desacreditar a los asesinos de Marino. Había rumores de que la muerte del joven sospechoso no era un accidente y que la brigada móvil tenía una política deliberada de desembarazarse de los cautivos mafiosos. Los líderes de opinión de la prensa de todo el país empezaron a redactar reflexiones bien ensayadas sobre si la lucha contra la Cosa Nostra no estaba poniendo en riesgo los derechos civiles. Ese mismo atardecer, antes de que se conocieran los resultados de la autopsia de Salvatore Marino, el ministro del Interior destituyó de sus cargos al jefe de la brigada móvil de Palermo y a otros dos oficiales superiores, los encargados de aplicar la ley. El mismo ministerio que se había pasado meses vacilando frente a la posibilidad de reemplazar los anticuados ordenadores del *pool* antimafia, había adoptado, conmocionado, una medida absurdamente precipitada por la furia que había provocado la muerte de Marino.

Al día siguiente por la tarde, Ninni Cassarà abandonó temprano el trabajo para toparse con un grupo de sicarios de la Mafia que lo esperaban en dos posiciones de tiro distintas, en el bloque de apartamentos que había delante de su casa. Tres Kalashnikovs y otras armas diversas descargaron sobre él alrededor de doscientos tiros. La esposa de Cassarà, que lo esperaba en casa con sus tres hijos pequeños, vio toda la emboscada desde la ventana. Junto a Cassarà murió Roberto Antiochia, un muchacho romano de veintitrés años que había regresado antes de tiempo de sus vacaciones tras el asesinato de Montana para resguardar las espaldas de su superior.

Entre los dos, la Mafia y los políticos habían desarticulado por completo

a la brigada móvil, cortándole el brazo derecho al *pool* antimafia. La indignación de los supervivientes de la brigada móvil fue difícil de contener. Negándose a permitir que Antiochia fuera velado con toda la pompa del caso en el cuartel general de policía, se llevaron su ataúd junto con los postes de latón y el cordón que se había dispuesto a su alrededor y lo condujeron ellos mismos al atrio del cuartel general de la brigada móvil, a cincuenta metros de allí. El ministro del Interior tuvo que ser protegido de los colegas de los fallecidos cuando fue a Palermo para asistir a su funeral. Hubo reyertas en las calles con agentes de otras unidades. Una vez más, el gobierno entró en pánico y adoptó medidas inapropiadas al enviar a ochocientos policías y carabineros a la isla para levantar barricadas básicamente simbólicas.

Los integrantes de la brigada móvil, como los magistrados del *pool* antimafia, tenían buenas razones para sentirse no solo aislados sino además mal representados. En la prensa nacional y local, los amigos de la Mafia, o tan solo periodistas perezosos en busca de un ángulo polémico, podían convertir con facilidad el aislamiento aterrador en el que operaban en una historia muy distinta: los hombres y mujeres en la primera línea de fuego de las fuerzas antimafia eran un puñado de egocéntricos, obsesivos solitarios, balas perdidas, comisarios autodesignados. Tras la muerte de Cassarà, Vittorio Nisticò, un veterano del periodismo de trinchera antimafia en Sicilia, sacó las debidas conclusiones respecto a una serie de irresponsables cronistas de sucesos:

> Ustedes conocían a Cassarà. Y ustedes entendían lo que ocurría. El error que cometieron fue que, estando aún vivo, no lo mostraron como lo que era: un héroe de la era moderna. Hubiera sido una forma de protegerlo. Ahora es demasiado tarde para contar su historia.

Mientras ocurría todo esto, otros dos héroes de la era moderna, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, estaban metidos de lleno en su trabajo preparando el caso de la fiscalía para el macrojuicio: un documento que, al final, alcanzaría 8.607 páginas de lúcida argumentación. (Como era normal en el sistema legal italiano de la época, los jueces instructores dejarían a

otros la tarea de comparecer ante el tribunal y argumentar el caso ante el juez). Dos semanas después de la atrocidad cometida con Cassarà, tanto Falcone como Borsellino fueron trasladados con sus familias a una prisión alejada del continente, para que pudieran concluir allí su colosal tarea. Irónicamente, la isla escogida para albergarlos fue Asinara, frente a la costa septentrional de Cerdeña, la misma cárcel de máxima seguridad en la que estaba recluido Raffaele Cutolo, el Profesor. Por una vez, el aislamiento deliberado de los magistrados antimafia servía para resguardarlos.

La capital de la Antimafia

La cárcel palermitana de Ucciardone es un monumento viviente a los sueños frustrados de reforma. Alzándose en lo que fue alguna vez un descampado cercano al puerto, es un polígono de ladrillos y estilo victoriano con grandes torretas en cada esquina. Pero su apariencia imponente no da ningún indicio de las esperanzas ilustradas que inspiró su edificación. Fue diseñada en la década de 1830, según las indicaciones del gran filósofo británico Jeremy Bentham. Ya no se mezclaría a hombres y mujeres, adultos y niños, culpables y presos a la espera de juicio, asesinos y meros rateros para arrojarlos a todos juntos a la vil promiscuidad de las grandes mazmorras. En la nueva cárcel, los reclusos ocuparían celdas separadas, donde la consciencia que Dios les dio tendría al menos la oportunidad de operar sobre su alma. La rehabilitación provendría del interior de cada cual.

La mala planificación, la falta de recursos y de voluntad política pronto acabarían con esos sueños improbables y transformarían Ucciardone en una burla insalubre y hacinada del imperio de la ley. Para la policía, se convirtió en un instrumento de chantaje en el que los sospechosos se perdían sin contar con un debido proceso, a veces durante largos meses. Para el inframundo, según escuchó una comisión parlamentaria en la década de 1860, la Ucciardone era «una especie de gobierno» desde el cual se emitían órdenes en épocas de turbulencia política.

Un siglo después, la cárcel palermitana recibió el apodo de «Gran Hotel Ucciardone»: los jefes de la Mafia iban y venían de sus celdas en batas de seda, comían langosta y bebían champán, y daban órdenes de asesinar a alguien o gestionar remesas de drogas. Buena parte de lo que Tommaso

Buscetta le dijo a Giovanni Falcone sobre el personal de la Cosa Nostra lo supo en prisión. Como explicó en sus primeras conversaciones en el verano de 1984: «La presencia simultánea de tantos hombres de honor en la Ucciardone refuerza los lazos entre ellos, permitiéndoles apoyarse y alentarse entre sí». La Ucciardone era lo que había sido siempre desde el siglo XIX: el gran lugar de encuentro de los hombres de honor de distintas familias, un eje del poder criminal.

En el transcurso de 1985 se construyó un vasto y nuevo anexo a la cárcel: un tribunal con espacio para un número de hasta mil abogados y testigos, y la misma cifra de periodistas. Se talaron árboles. Se requisaron edificios. Una cifra muy superior a los 30.000 millones de liras (36 millones de euros al valor de 2011) se gastó en crear lo que parecía un gigantesco refugio nuclear. Se erigió una cerca de acero de tres metros de alto, por si los muros de hormigón reforzado no fueran suficientes para proteger los procedimientos del tribunal de un ataque con misiles o un asalto a mano armada. Los pasillos subterráneos conectaban las celdas de Ucciardone directamente con las jaulas dispuestas en semicírculo alrededor del tribunal.

A diferencia de tantos otros proyectos chapuceros de obras públicas de los ochenta, este se completó en solo unos meses. Se evaluó rigurosamente a los contratistas para excluir cualquier posible vínculo con la Mafia. El «tribunal del búnker», como se lo conoce, se edificó especialmente para un juicio: el macrojuicio, en el que 475 individuos ocuparían el estrado, acusados de ser miembros y líderes de la Cosa Nostra, y se pondría a prueba el teorema de Buscetta.

Como el macrojuicio para el que fue construido, el tribunal del búnker dividió la ciudad de Palermo. Para algunos, pese a su aspecto imponente, era el símbolo de unas esperanzas mucho más realistas que las que habían inspirado la construcción de Ucciardone ciento cincuenta años antes: esperanzas de justicia.

El tribunal del búnker demostró en efecto que el gobierno de la nación, o al menos parte de él, había dado al fin con la voluntad política de combatir a la Cosa Nostra. En Roma, el apoyo ministerial había oscilado transitoriamente a favor del *pool* antimafia: se asignaron fondos no solo para el tribunal del búnker, sino también para mejorar la seguridad y la

tecnología informática a disposición de los magistrados investigadores.

También en Palermo había muchos que compartían las esperanzas concretadas en esa nueva sección de la Ucciardone. En 1985, la ciudad eligió a un nuevo alcalde, Leoluca Orlando, cuyo mentor político era Piersanti Mattarella, el reformador democristiano que fuera asesinado en su propio portal en 1980. Orlando se aseguró de que todas las facetas de la planificación hecha para edificar el tribunal del búnker se abordaran a tiempo. También anunció que el ayuntamiento municipal participaría en la demanda civil en el macrojuicio: de hecho, estaba anunciando que su propio gobierno tenía la intención de demandar a los cabecillas. Mientras que innumerables alcaldes habían hecho el juego habitual de negar la existencia de la Mafia o pretender que era solo una forma del crimen organizado que uno podía encontrar en cualquier otro sitio, el nuevo alcalde de Palermo no escatimó palabras al respecto: «Palermo ha sido siempre la capital de la Mafia. Pero quiero manifestar mi orgullo ante su capacidad de ser, hoy, también la capital de la Antimafia».

Esto no era un alarde vano. En comparación con otros núcleos territoriales del poder criminal al sur de la Italia continental, Sicilia contaba en efecto con una experiencia mucho más profunda y variada cuando se trataba de combatir a la Mafia. Hemos visto ya las tradiciones que encarnaron el líder comunista Pio La Torre y el general Carlo Alberto Dalla Chiesa. Los magistrados investigadores en este caso, Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, eran en cierto sentido los herederos de esa tradición divergente de resistencia a la Mafia: Falcone era un hombre de izquierdas y las simpatías de Borsellino eran derechistas.

Los años de posguerra habían presenciado otros ejemplos, quizá más esporádicos, de actividad antimafia. Como el «Gandhi siciliano», Danilo Dolci, cuya campaña contra la pobreza en la década de 1950 muy pronto lo puso en contra de una de las causas subyacentes a esa pobreza. O los valientes periodistas de investigación de *L'Ora*, que ya en medio del mutismo generalizado de esa misma década estaban denunciando a la Mafia. O la inmensa demostración pública que acompañó a los funerales de los cuatro carabineros, dos ingenieros militares y un policía asesinados por el coche bomba de Ciaculli en 1963. Los nuevos grupos de la izquierda

disidente que irrumpieron después de 1968 exhibían a la vez una fuerte tendencia antimafia. En 1977, un pequeño núcleo de militantes fundó un centro de estudios en Palermo destinado a ser una presencia permanente en las campañas antimafia. Peppino Impastato, el periodista de izquierdas e hijo de un mafioso de Cinisi, localidad cercana al aeropuerto de Palermo, presionó durante años al jefe local, Tano Badalamenti, el jefe de todos los jefes a mediados de los setenta. Impastato pagó con su vida su devoción a la causa: en 1978 lo ataron a una vía férrea y lo hicieron saltar por los aires con explosivos. Durante mucho tiempo, las autoridades desestimaron su muerte considerándola un atentado terrorista chapucero.

Los años sangrientos del conflicto mafioso posteriores a 1979 vieron florecer formas nuevas y mucho más insistentes de resistencia. Un número estimado de cien mil personas se reunieron en la piazza Politeama con ocasión del funeral de Pio La Torre en 1982. Las familias de las víctimas y quienes las apoyaban formaron grupos de apoyo y organizaciones para hacer campaña. Los estudiantes organizaron marchas en apoyo de la policía. Los aniversarios de las peores atrocidades, principalmente la muerte del general Carlo Alberto Dalla Chiesa, se transformaron en ocasiones para manifestaciones colectivas y otras iniciativas. A finales de 1972, un líder comunista siciliano se había quejado: «¿Por qué somos nosotros [es decir, los comunistas] los únicos que hablamos de la Mafia?». Por la época en que se construyó el tribunal del búnker, su queja ya no tenía justificación.

La historia del alcalde Orlando —era un abogado cercano a los jesuitas — manifestaba un sentimiento católico antimafia que iba en aumento. Los sacerdotes empezaban a hablar de la Mafia en sus sermones. Grupos de activistas católicos abrazaban la causa antimafia. Además, lo que era extraordinario, el ensangrentado Palermo estaba asistiendo a los primeros indicios de un giro histórico en la actitud de la jerarquía católica.

La Iglesia había coexistido perfectamente con la honorable sociedad de Sicilia durante más de un siglo. Como siempre, las razones de ello eran políticas. El papado fue uno de los perdedores en el proceso que hizo de Italia un país con su capital en Roma: el Papa perdió con ello todos sus territorios excepto la Ciudad del Vaticano. A partir de entonces, el Papa mismo prohibió a los católicos que defendieran las elecciones en Italia o

participaran en ellas. Alienados del Estado, y fieles a sus instintos profundamente conservadores, los obispos y sacerdotes buscaron fuentes de autoridad alternativas en la sociedad que los rodeaba. Y los *mafiosi* se mostraron siempre dispuestos a hacerse pasar por una fuente tradicional de autoridad. En Sicilia, como en Campania y Calabria, los días de los santos locales y las procesiones religiosas dieron a los violentos la posibilidad de desfilar exhibiendo su poder, y a la vez, esto parecía limar sus aristas más brutales.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la Iglesia y el Estado se habían reconciliado. Durante la Guerra Fría, el catolicismo dejó de estar en una posición marginal dentro del sistema político de Italia y se convirtió en un factor central. Un partido católico, la Democracia Cristiana, dominaba la escena política y formó un escudo contra las fuerzas satánicas del comunismo. La Mafia también se refugió detrás de ese escudo y encontró auxilio en el fervor propio de la Guerra Fría de los principales clérigos. Un caso notable fue el de Ernesto Ruffini, el cardenal arzobispo de Palermo por espacio de dos décadas; en repetidas ocasiones denunció cualquier alusión a la «así llamada Mafia» como una conspiración izquierdista para menoscabar a Sicilia.

Al aumentar la violencia en el Palermo de los ochenta, el sucesor de Ruffini, el cardenal arzobispo Salvatore Pappalardo, empezó a enviar señales muy distintas. En noviembre de 1981, los políticos respaldados por la Mafia que se habían reunido en la catedral de Palermo para la fiesta de Cristo Rey se revolvieron con incomodidad en sus asientos al oírlo sugerir su complicidad en los asesinatos:

> El crimen callejero, que opera al descubierto, está casi inextricablemente ligado a una compleja red de manipuladores ocultos que desarrollan sombríos tratos comerciales bajo la protección de encubridores astutos. Los obreros del crimen están ligados a aquellos hombres que instigan sus crímenes. Los matones en cada esquina de la ciudad y cada barrio están ligados a los *mafiosi* cuyo alcance y dominio son mucho más vastos.

En el funeral del general Carlo Alberto Dalla Chiesa en septiembre de 1982, la indignada denuncia del cardenal Pappalardo en torno al fracaso del gobierno para acudir en ayuda de Palermo mereció los titulares incluso de *L'Unità*, el diario comunista.

En ese punto, la Mafia encontró su propia manera de indicarle al cardenal lo que pensaba de su viraje antimafia. En la Pascua de Resurrección, Pappalardo respetaba una costumbre arraigada desde antiguo que consistía en ir a Ucciardone a celebrar misa con los reclusos. Pero esta vez, cuando llegó a la capilla de la prisión, comprobó que todas y cada una de las banquetas estaban vacías. Un periodista describió la escena:

> Durante casi una hora, el cardenal esperó en vano a que los reclusos abandonaran sus celdas. Al final, llegó a la amarga conclusión de que estaban ausentes porque deseaban enviarle una señal clara y hostil, momento en que se subió a su pequeño Renault y su secretario lo llevó de vuelta a la curia.

Con todo, dentro de la Iglesia, como en el resto de Palermo, la visión del tribunal del búnker y el espectáculo imponente del macrojuicio, más que esperanza provocaron la inquietud de muchos. Quizá porque se acobardó tras su experiencia en la Ucciardone, o quizá porque alguien del Vaticano tuvo una conversación a puerta cerrada con él, el hecho es que el cardenal Pappalardo se fue retractando gradualmente de su explícito pronunciamiento contra la Mafia. Entrevistado antes del macrojuicio, culpó a los medios de la prensa de buscar el sensacionalismo con la violencia de la Mafia, y dijo: «La Iglesia está preocupada de que un juicio de esta envergadura termine atrayendo demasiada atención sobre Sicilia. A mí me inquieta, y de alguna manera me alarma. Palermo no es distinta de otras ciudades».

La Iglesia católica de Italia ha tendido siempre a considerar el despliegue público de la justicia terrenal como si fuese un desfile de mal gusto del poder estatal en toda su crudeza. Como si el tribunal fuera de algún modo un rival siniestro de la catedral. El cardenal Pappalardo, como demasiados clérigos antes que él, parecía haber reculado ahora hacia el lenguaje genérico del mal, el dolor y el perdón: los *mafiosi* solo eran pecadores como el resto de nosotros. A pesar de todo el derramamiento de sangre, y de los heroicos sacrificios que se habían hecho hasta entonces, la Iglesia no estaba dispuesta a adoptar una postura explícita contra la Cosa Nostra y a favor del imperio de la ley.

Pero en Palermo hubo voces aún más insidiosas al manifestar sus dudas

durante el período previo al macrojuicio. Algunos decían que iba a arruinar la imagen de la ciudad. Un miembro de la clase política esperaba que todo terminara pronto y quedara olvidado, de manera que el tribunal del búnker pudiera convertirse en algo útil, como un centro de conferencias. El periódico más influyente de Sicilia, el *Giornale di Sicilia*, expresó una particular falta de entusiasmo respecto a toda la empresa judicial y su editor se mostró explícitamente escéptico sobre el asunto clave de la relación entre la Mafia y las instituciones del Estado:

> Hoy en día la Mafia está fundamentalmente desconectada del poder. No creo que pueda decirse que hay lazos orgánicos entre el poder y la Mafia; igual que no puede afirmarse que todo individuo corrupto en la vida pública sea un mafioso.

Como para probar su afirmación, en la víspera del macrojuicio, el *Giornale di Sicilia* despidió a un cronista de sucesos que había sido especialmente diligente al trabajar con los asuntos de la Mafia.

Observando en silencio el espectáculo estaba la mayoría nerviosa, amorfa, y en ningún caso del todo inocente, de la población civil. Algunas voces responsabilizaban a los jueces de haber generado desempleo en la ciudad. El argumento era sin duda infundado: la influencia de la Mafia había causado un despilfarro y una ineficiencia escandalosos durante generaciones, pero eso no hizo que los argumentos tuvieran un eco de verdad a oídos de los arquitectos e ingenieros civiles que se beneficiaban alegremente del sistema corrupto de la construcción; a los banqueros a quienes no les importaba de dónde procediera el dinero de sus clientes; a los propietarios de boutiques de lujo y restaurantes de la via Libertà, cuyos negocios funcionaban muy bien gracias al goteo procedente de las drogas; a los perezosos que se habían valido de favores para obtener un cargo en el sector público, o a las abejas obreras que trabajaban en la industria del contrabando de drogas y tabaco.

Palermo era una ciudad difícil de desentrañar en los años ochenta. Cada vez que una figura pública se pronunciaba, su discurso era escudriñado en busca de un comentario cifrado sobre el *pool* antimafia. Giovanni Falcone hacía una lectura decididamente optimista del ánimo general en su ciudad natal. Hablaba de las numerosas cartas de apoyo y admiración que recibían

él y sus colegas. Y de cómo la juventud que hacía manifestaciones en favor de los jueces instructores estaba dando muestras de una gran madurez: «Han demostrado que, en la lucha contra la Mafia, las etiquetas políticas son irrelevantes». Los periodistas que lo entrevistaban aludían una vez más a su fama creciente, y a las visiones confrontadas de lo que estaba haciendo:

> Su relación con esta ciudad no es fácil, desde luego. Hay quienes dicen que tiende usted a pasarse de la raya, que quiere usted arruinar a Sicilia. Y hay gente que, aunque sea en un susurro, dice: «Lo que necesitamos es un millar de Falcones». ¿Qué dice usted?

Falcone dio una respuesta típicamente modesta, diseñada para rebajar la idea tan conocida y en potencia peligrosa de que la causa antimafia era una cruzada personal: «Solo me gustaría decirle a esta ciudad que los hombres vienen y pasan. Pero que más tarde sus ideas y las cosas por las que se esforzaron en términos éticos, esas permanecen y seguirán caminando con las piernas de otros».

El macrojuicio comenzó el 10 de febrero de 1986. Con ello, las armas de la Cosa Nostra quedaron en silencio, mientras los cabecillas esperaban a que se alzara el telón del drama judicial.

Entretanto, como para recordar a los italianos lo alta que era la apuesta en el tribunal del búnker de Palermo, la matanza siguió igual en otros sitios, y con ella, la tenaza insidiosa del crimen organizado sobre el aparato del Estado y sobre el proceso democrático diseñado para regirlo. Puede que Palermo hubiera vivido una tregua optimista en el camino hacia el macrojuicio; en el resto del país el sistema político se estaba volviendo aún más disfuncional: un «imperio sin ley».

El imperio sin ley

En Campania, la derrota militar y judicial de la Nuova Camorra Organizzata del Profesor significó que la coalición formada para hacerle frente, la Nuova Famiglia, disponía ahora de la región para ella sola. Una vez asegurada la victoria, la NF descendió de inmediato a una sangrienta guerra interna por el control de la economía derivada del terremoto. Los primeros signos de esa guerra ocurrieron en Marano, el pueblo justo al norte de Nápoles donde el clan Nuvoletta —los virreyes de la Cosa Nostra en Campania— tenía su famosa granja.

El 10 de junio de 1984, cuatro vehículos irrumpieron haciendo chirriar los neumáticos en pleno centro de Marano, en un tiroteo feroz con pistolas y ametralladoras. Un transeúnte, Salvatore Squillace, de solo veintiocho años, recibió un disparo en la cabeza: otra víctima inocente más de la violencia de la Camorra. Los carabineros que investigaron su muerte rastrearon el origen de los vehículos hasta un sitio que conocían bien, porque lo habían registrado varias veces: la granja oculta entre los árboles que era la base de operaciones de la familia Nuvoletta, asociada al mundo del crimen. Allí comprobaron los restos de otro gran tiroteo. La parte frontal de la casa estaba totalmente acribillada por las balas y el suelo, sembrado de casquillos. En busca de otros elementos por una avenida que partía de la casa, encontraron el cadáver de un hombre con la frente destrozada por un disparo de pistola a bocajarro: era uno de los hermanos menores del clan Nuvoletta, Ciro. De manera extraordinaria, alguien había atacado de frente a los *camorristi* más poderosos entre todos sus congéneres.

Los primeros periodistas que informaron del suceso, muy conscientes

del papel de los Nuvoletta en la resistencia a la Nuova Camorra Organizzata, especulaban con la idea de que los responsables eran quizá los hombres del Profesor. ¿Sería este un signo de un resurgimiento de la NCO? El verdadero significado de la batalla de Marano solo emergió después. La geografía del poder de la Camora estaba cambiando. Con la NCO encaminada a su derrota, la alianza victoriosa, la Nuova Famiglia, había empezado a escindirse. Los Nuvoletta, la dinastía más antigua dentro de la Camorra, el pilar alrededor del cual la Cosa Nostra había edificado su protectorado en Campania, iban a ser eclipsados. Y en la medida en que lo fueron, la influencia de la Mafia siciliana en Campania llegó a su fin, la Camorra alcanzó la mayoría de edad y buena parte de la región cambió de aspecto.

El hombre que llevó a cabo el espectacular y revelador ataque a la granja de los Nuvoletta fue Antonio Bardellino. Bardellino nació en San Cipriano D'Aversa, uno de tres pueblos agrícolas contiguos (los otros son Casapesenna y Casal di Principe) al norte de la base de los Nuvoletta. Varias generaciones de edificios ilegales transformaron estos pueblos en laberintos de dos pisos y callejones inextricables. El área, conocida por sus árboles frutales y la leche de búfala empleada en la industria del queso mozzarella, había destacado durante más de un siglo: la oleada represiva de Mussolini contra la Camorra rural en los años veinte se había concentrado aquí.

Aun cuando procedía de un área tradicional de la Camorra, Bardellino era una especie de novato en comparación con los Nuvoletta: empezó su carrera deteniendo camiones. Formaba parte de la organización de los Nuvoletta, y se había iniciado en la Cosa Nostra con un pinchazo en el pulgar en la granja de Marano. Sin embargo, la guerra entre la NCO y la NF pronto suscitó algunas tensiones entre Bardellino y sus amos. Como hemos visto, tanto Lorenzo Nuvoletta como Michele Zaza, '*o Pazzo,* eran reacios a involucrarse en la campaña contra el Profesor. Bardellino, por el contrario, optó por una postura mucho más agresiva. Estuvo al mando de un escuadrón muy comprometido de jóvenes asesinos que fueron una de las fuerzas combatientes más eficaces de la Nuova Famiglia, y que eran más que suficientes para superar en número a la NCO.

A medida que la guerra seguía su curso, afloraron cada vez más diferencias entre los Nuvoletta y Bardellino. Los hermanos Nuvoletta estaban muy vinculados al Corto Riina y a los *corleonesi*. Bardellino, como contrapartida, era socio comercial de algunos de los enemigos del Corto en el Sindicato Transatlántico y pasaba cada vez más tiempo con ellos, lejos de Campania, en la ruta de la droga de Sudamérica. Así, los mismos frentes de batalla que se dibujaron a lo ancho de Sicilia durante la segunda guerra de la Mafia en 1981-1983 se redibujaban ahora por toda la extensión de los territorios de la Cosa Nostra en Campania.

Hacia 1984, los *corleonesi* sabían que Bardellino había seguido tejiendo redes con los hombres de honor supervivientes del bando perdedor en Sicilia, obviando así la hegemonía recién establecida del Corto Riina sobre la Cosa Nostra. Bardellino y sus aliados estaban ahora, en contraposición a ello, seguros de que los Nuvoletta habían adoptado una doble estrategia de esperar mientras proseguía la guerra contra la Nuova Camorra Organizzata. Siguiendo las instrucciones que les daban desde Corleone, los Nuvoletta habían mantenido a su familia fuera del conflicto, mientras que Bardellino y sus sicarios llevaban todo el peso de la batalla. La intención de los Nuvoletta era esperar hasta que la batalla entre el Profesor y Bardellino llegara a un punto muerto, dejándoles el terreno libre para campar a sus anchas.

Cuando Bardellino se dio cuenta de que la guerra con los Nuvoletta era inevitable, volvió a casa desde su base del narcotráfico en México para dirigir a sus hombres contra la granja Marano. Algunas confesiones posteriores dejarían claro que el asalto de Bardellino podría haber resultado absolutamente devastador para los Nuvoletta, ya que el *capo*, Lorenzo Nuvoletta, tenía planeadas dos reuniones en su granja en ese mismo momento, una con sus comandantes superiores y otra con la hermana del Profesor; un cambio de planes de última hora le salvó la vida.

Así, el conflicto Bardellino-Nuvoletta de 1984 fue un reestreno de la guerra siciliana de 1981-1983, pero solo en suelo napolitano. Esa vez, sin embargo, el resultado fue diferente.

Tras el éxito del asalto a la granja de los Nuvoletta, Antonio Bardellino volvió a su actividad de narcotraficante en Sudamérica, dejando la campaña

contra los Nuvoletta en manos de su principal aliado, Carmine Alfieri, conocido sencillamente como *‘o ‘Ntufato* («Don Enfadado»). Alfieri procedía de otro bastión histórico del crimen organizado en Campania, el pueblo de Nola, donde se celebraba un mercado ganadero, lugar natal del gángster italoamericano Vito Genovese. *‘O ‘Ntufato* era un comerciante de carne y un extorsionador criado en la ferocidad de la clase media que caracteriza a los pueblos del interior napolitano: su padre había muerto asesinado cuando era muy joven. En la cárcel conoció a Raffaele Cutolo, el Profesor, y lo invitaron a unirse a la Nuova Camorra Organizzata. Cuando rechazó la invitación, el Profesor mató a su hermano. *‘O ‘Ntufato* unió sus fuerzas a las de la Nuova Famiglia.

‘O ‘Ntufato Alfieri resultó ser incluso más implacable y espectacular que Bardellino. Su primer ataque a los aliados de los Nuvoletta fue una de las peores masacres en la historia del gangsterismo en Italia. A última hora de la mañana, el 26 de agosto, un desvencijado autocar turístico se detuvo en la avenida principal de Torre Annunziata, justo frente a un club local de pescadores. Las calles estaban atestadas de gente que paseaba, o tomaba café, o salía de la iglesia. Nadie advirtió el autocar, porque, al fin y al cabo, Torre Annunziata, que está entre el Vesubio, Pompeya y la península de Sorrento, era una parada de servicio frecuente para los grupos de turistas. Catorce sicarios cargados con un arsenal de ametralladoras, escopetas y pistolas bajaron sin prisa del autocar y abrieron fuego contra los individuos que jugaban a cartas y charlaban en el club de pescadores. Asesinaron a ocho personas. Resultó que el club era un lugar de reunión habitual de los aliados de los Nuvoletta, el clan Gionta, cuyo líder era otro camorrista iniciado en la Cosa Nostra en la granja de Marano.

Para Carmine Alfieri, *‘o ‘Ntufato*, la masacre fue un triunfo militar. Pensada para dañar lo máximo posible el prestigio de los Nuvoletta, consiguió su objetivo. El clan Nuvoletta, que también se tambaleaba a causa de los duros golpes que le había infligido la policía, pidió la paz. La autoridad de la Cosa Nostra en Campania se desplomó. Muchas empresas sicilianas del sector inmobiliario que operaban en Campania abandonaron de inmediato la región, algunas sin esperar siquiera a haber terminado los proyectos en los que estaban involucradas.

La guerra contra los Nuvoletta dejó a Carmine Alfieri como el camorrista más poderoso de Campania. Pero *‘o ‘Ntufato* había aprendido del colonialismo de la Cosa Nostra y de la megalomanía del Profesor, y no intentó imponer un control central. La Camorra de Alfieri fue una confederación, como bien lo explicaría luego su lugarteniente. «Cada uno seguía siendo autónomo. No éramos como la Mafia siciliana… Cada grupo tenía su jefe, con hombres leales a él que eran los más listos y emprendedores».

La autoridad rectora de Alfieri garantizó finalmente un grado de equilibrio en el volátil mundo criminal de Campania, pese a que el mapa del crimen organizado en la región estaba mucho más fragmentado de lo que lo había estado en el apogeo del poder del Profesor. En 1983, al terminar la guerra entre la Nuova Camorra Organizzata y la Nuova Famiglia, había una docena de organizaciones de la Camorra en Campania. Cinco años después, en 1988, había treinta y dos, muchas de ellas las astillas de la NCO y la NF.

Una víctima conspicua del levantamiento en el seno de la Camorra fue el aliado de *‘o ‘Ntufato,* Antonio Bardellino, quien no vivió para disfrutar de la victoria sobre los Nuvoletta. En Río de Janeiro, en 1988, pagó el precio de abandonar el control práctico de su territorio cuando uno de sus subordinados lo mató a martillazos. Sus sucesores —los jóvenes «israelíes», que habían estado en la vanguardia de la Nuova Famiglia durante la guerra contra el Profesor— no darían muestras de un gusto semejante al de su jefe por los rituales al estilo de la Cosa Nostra. El último rastro de la influencia siciliana en los bajos fondos de Campania se había desvanecido. A partir de entonces, la Camorra debería aguantarse por sí sola.

La fragmentación de algunos clanes de la Camorra a mediados de los ochenta no implicó que la entidad como un todo fuera menos poderosa. Muy al contrario. La sectaria Nuova Camorra Organizzata de Cutolo y la fraccionada Nuova Famiglia que se le oponía contaban con miles de soldados y gobernaban vastas extensiones del territorio de Campania. Pero, dado que solo se incorporaron al cuadro al principio de la bonanza

inmobiliaria consecuencia del terremoto, nunca lograron una penetración tan profunda de la economía y el sistema político como la que consiguieron los clanes más circunscritos territorialmente que llegaron después.

Los grupos de la nueva Camorra de mediados y finales de los años ochenta se beneficiaron de una fase totalmente nueva en esa combinación de crecimiento económico y fracaso político que ha caracterizado a la historia italiana reciente. La economía de Italia volvió a crecer a principios de los ochenta. La inflación bajó y hubo un auge del mercado bursátil entre 1982 y 1987. Las grandes historias de éxito de la década se dieron en el nordeste y el centro del país, donde pequeñas empresas, en general familiares, fabricaban productos especializados de exportación: tejidos de lujo, maquinaria profesional, gafas, botas de esquí y así sucesivamente. Para 1987, el ministro de Hacienda podía decir que Italia había sobrepasado al Reino Unido y se había convertido en la quinta economía más grande del mundo. Italia entró en la era del consumismo irrefrenable, guiada por un gran crecimiento de la publicidad en las nuevas cadenas de televisión privadas, que ofrecían una copiosa dieta de telenovelas, programas en directo, cine de Hollywood, deportes y amas de casa que se desnudaban.

No obstante, bajo la brillante superficie, algo fallaba en la economía italiana. La evasión fiscal era generalizada. El sur seguía teniendo problemas endémicos de ineficiencia administrativa, pobreza de habilidades y educación y falta de inversión en el territorio. Proliferaba por todas partes la economía sumergida, es decir, negocios no regulados y que no pagaban impuestos. Los habitantes del sur adquirían su porción equitativa de vaqueros Levi’s y zapatos Timberland en la época del *boom* consumista, pero lo que gastaban solía proceder de fondos públicos más que de actividades económicas productivas. No por casualidad, la deuda pública italiana creció inexorablemente durante los ochenta, aunque el sur no fue en absoluto la única región responsable del creciente endeudamiento.

Los principales culpables de la deuda son los sospechosos de siempre: el Estado y el sistema político que debía controlarla. Los antiguos vicios del tráfico de influencias, el nepotismo y el clientelismo aumentaron en los ochenta; en parte, porque ahora había menos restricciones. El Partido Comunista había alcanzado su mayor porcentaje de votos imaginable en las

elecciones generales de 1976. Después de eso, entró en decadencia, quedando varado por el retroceso final de la militancia obrera a principios de los ochenta. A partir de entonces, el PCI solo podría observar los acontecimientos desde los márgenes, con sus líderes perplejos ante el cambio.

La década quedó bajo el dominio de una coalición de cinco partidos, cuyo eje eran la DC y el Partido Socialista, que parecían pasarse buena parte del tiempo disputándose los cargos que quedaban. Los infinitos regateos, y las infinitas maniobras para conseguir cargos e influencias, despojaban al ejecutivo de su capacidad de hacer reformas, planificar el futuro o poner freno al gasto público. La ampliación de la democracia a nivel local (en 1970 se inauguraron los gobiernos regionales en Italia) solo contribuyó a difundir con más profundidad esos procedimientos en la sociedad. Los partidos, y las facciones partidistas, se ponían en acción para situar a sus hombres en cualquier posición influyente: desde los ministerios, los canales de televisión de difusión nacional y la banca nacionalizada, hasta las administraciones locales de salud. Esta «partitocracia», como se la denominó, fue un fenómeno absolutamente al servicio de sí mismo, que despojó a la política y al Estado de su tarea habitual de reflejar la voluntad del pueblo y administrar los servicios comunitarios. Surgió una nueva camada de «políticos empresarios»: un funcionario del partido o gestor estatal que se dedicaba por sistema a cobrar sobornos por los contratos del gobierno. Los políticos empresarios malversaban entonces esos sobornos o, más a menudo, los reinvertían en las fuentes de las que emanaba su poder personal: un partido o una facción partidista, un grupo de amigos o sus compañeros masones. Algo de dinero se destinaba al consumo suntuoso para publicitar la movilidad política y la falta de escrúpulos: un gran coche, un traje caro o la boda lujosa de una hija. Cuando la investigación ocasional de la corrupción llegaba a los titulares de prensa, las clases gobernantes se unían para denunciar a los jueces y sus prejuicios políticos.

En el sur, aunque no solo en el sur, esta renovada degradación del sistema político lo convertía en una presa fácil de las amenazas y ardides del crimen organizado. En el mundo sin ética de la partitocracia, las organizaciones criminales se convirtieron tan solo en un grupo de presión

más al que comprar. Para cualquier camarilla política, como para cualquier empresa deseosa de hacer negocios con el sector público, contar con amigos *camorristi*, *'ndranghetisti* o *mafiosi* se convirtió en una ventaja competitiva en la lucha por acaparar los recursos públicos. Aun cuando se volvieron más violentas que nunca, y estaban más implicadas en las ganancias del narcotráfico, la Mafia, la Camorra y la 'Ndrangheta empezaron a estar, al mismo tiempo, imbricadas cada vez con más profundidad en el Estado, un Estado que había ocupado más espacio que nunca en la sociedad y la economía.

El crimen organizado se había vuelto indispensable. Considerando retrospectivamente el crecimiento de la Camorra en los ochenta, una comisión parlamentaria que investigaba a la organización en 1993 formuló el asunto del siguiente modo:

> En las áreas dominadas por la Camorra, la sociedad, las empresas y los organismos públicos tienden a volverse dependientes de la organización. La Camorra se transforma en el gran intermediario, en la bisagra esencial que une a la sociedad con el Estado, al mercado con el Estado, y a la sociedad con el mercado. Los servicios, los recursos financieros, los votos o la compraventa de mercancías, todo está sujeto a la mediación de la Camorra. Las actividades de la Camorra generan un fenómeno generalizado de «imperio sin ley».

La frontera entre los negocios criminales y legales nunca había sido más difusa. En el sector inmobiliario era difícil discernir cualquier frontera. Los *camorristi* acababan de estrenarse en el negocio de la construcción, pero a comienzos de los ochenta, cada uno de los principales clanes podía alardear de sus propias obras de hormigón. El soborno se convirtió en una rutina, al igual que vender grandes subcontratos.

Nápoles y los pueblos de Campania se reconstruyeron a la imagen horrible del crimen organizado. Un barrio entero de sesenta mil habitantes —Pianura, cerca de Marano, la capital de los Nuvoletta— se edificó con dinero de la mafia y sin una sola licencia de construcción. Como decía un informe de la mencionada comisión parlamentaria, la totalidad del gran Nápoles «se ha convertido en una conurbación solo comparable a algunas de las metrópolis que han crecido de manera rápida y caótica en Sudamérica o el Sudeste Asiático: es inhabitable, e imposible de transitar. Este nivel de desorden ayuda a la Camorra a prosperar y a hacerse más

fuerte».

La edificación ilegal tiene efectos corrosivos a largo plazo. La gente que vive en casas construidas sin permisos de edificación, o los negocios ubicados en edificios construidos de manera ilegal, conforman un vasto y vulnerable electorado para los poderosos sin escrúpulos. Este sector depende de favores para que sus propiedades queden conectadas a la red eléctrica, la red de carreteras o de suministro de aguas. Necesitan estar protegidos de cualquier político o funcionario que decida aplicar la ley e inicie procedimientos de demolición. Y buscan la ayuda de cualquier político o funcionario de las altas esferas que les conceda la aprobación de los planos de manera retroactiva. Esos son los clientes perfectos tanto del camorrista como del político.

La Camorra (y lo mismo puede decirse de la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta) explotaba las debilidades políticas y sociales de Italia con una fría racionalidad empresarial. El gerente comercial de Antonio Bardellino explicaría más tarde la concepción estratégica de su clan:

> En los ochenta nos dimos cuenta de que debíamos «industrializar las actividades mafiosas» de la misma forma en que ya lo habían hecho los Nuvoletta. Tuvimos que hacerlo por varias razones: para disponer de capital de manera permanente; para planear las actividades futuras de la organización; y para no terminar como la Nuova Camorra Organizzata de Cutolo, que ya no disponía de dinero para pagar lo que debía a sus afiliados entre rejas. Fue la época en que [nuestra gente] estableció CONVIN, un consorcio global. En 1982, Antonio Bardellino y yo creamos además el CEDIC, un consorcio de suministro de hormigón. Y confiamos la gestión del CEDIC a un topógrafo cualificado, Giovanni Mincione. Antes de que lo nombraran gerente, Mincione se afilió a la organización de Antonio Bardellino con el acto ritual de pincharse el dedo mientras se quemaba una imagen del santo patrono de nuestra aldea.

Por supuesto, la fuerza de las armas y el control territorial que se ejercía con ellas eran una parte integral de este plan de negocios. Después de la masacre de Torre Annunziata, las tropas victoriosas de Antonio Bardellino expulsaron a los Nuvoletta de las canteras que proveían de arena y grava a la industria de la construcción.

El control territorial de Carmine Alfieri, *‘o ‘Ntufato*, en torno a su pueblo natal de Nola era tan indiscutible que a nadie se le hubiera ocurrido asignar un contrato si no era a través de sus buenos oficios. Todas las

mercancías del moderno imperio mafioso pasaban por las manos de Alfieri: sobornos y votos, drogas y hormigón, contratos y armas. En una única operación contra uno de los lugartenientes de Alfieri en el área de Sarno y Scafati, al sudeste del Vesubio, la policía arrestó a un antiguo alcalde, el jefe de una administración local de salud y tres gerentes bancarios.

La masacre del autocar de Torre Annunziata, que confirmó la posición destacada de *'o 'Ntufato* Alfieri dentro de la Camorra en 1984, habiendo ocurrido —como había sido el caso— en un lugar central del turismo, fue la ocasión para que los políticos se dieran renovados latigazos y para reaparecer en los medios de comunicación. El Estado italiano parecía haber perdido el control de las calles, y los gángsteres habían usurpado su derecho de mandar, sumiendo a buena parte del sur del país y a Sicilia en un vertedero de sangre. En tiempos, la pregunta había sido: «¿Cuándo acabará todo esto?». Ahora la prensa se preguntaba: «¿Cuándo llegaremos al fondo de todo esto?».

La respuesta era: todavía no. En toda Calabria, los *'ndranghetisti* combatieron entre sí durante la década de los ochenta, en una secuencia que parecía interminable de disputas por el dominio local. Luego, en 1985, otra conflagración mayor estalló en Reggio Calabria por el control del narcotráfico y la construcción. La llamada «segunda guerra de la 'Ndrangheta» comenzó con un estallido literal: el 11 de octubre de 1985, en la Villa San Giovanni, un feo puerto de transbordadores al norte de Reggio, un Fiat Cinquecento cargado de dinamita explotó y mató a tres personas. El objetivo del atentado, el cabecilla local Antonio Imerti, alias *Nano feroce* («el enano feroz»), sobrevivió, pero el equilibrio de poder criminal vigente desde el fin de la guerra anterior, en 1976, saltó por los aires.

La primera guerra de la 'Ndrangheta había dejado a Paolo De Stefano como cabecilla dominante en la ciudad de Reggio Calabria y sus alrededores. La autoridad de De Stefano en la ciudad contaba con las bendiciones de las instituciones regionales de la 'Ndrangheta. Él mismo se

jactaba ante uno de sus lugartenientes de que «vivía para hacer justicia porque era el emisario armado de la Madonna de Polsi, que lo empleaba para matar y eliminar a toda la escoria no honorable y los conspiradores de la ‘Ndrangheta».

Fue De Stefano quien intentó matar al *Nano feroce*. Dos días después, atravesaba en su motocicleta por Archi, el nuevo y destartalado barrio de Reggio Calabria que era su fortaleza, cuando los asesinos ajustaron cuentas con él.

Tras la muerte de Paolo De Stefano, los bajos fondos de Reggio Calabria se dividieron de nuevo en dos facciones y descendieron a lo que pareció una lucha interminable. Los jefes canadienses de la ‘Ndrangheta intentaron interceder para detener el derramamiento de sangre, pero no pudieron hacer nada. Transcurrieron seis años, en los que se perdieron seiscientas vidas antes de que se llegara a un acuerdo. Cuando los jueces se dedicaron a reconstruir los hechos de la segunda guerra de la ‘Ndrangheta, su relato de cómo había empezado todo estaba teñido de una furia justificada:

> Grandes fluctuaciones en el poder. Matrimonios para establecer pactos. Alianzas secretas. Estas fueron las señales de advertencia del conflicto que se avecinaba: un conflicto entre personalidades criminales contrapuestas, todas tan astutas como estúpidamente decididas a proseguir con una masacre inútil.

Al final, según los mismos jueces encargados de la investigación, «los protagonistas de la guerra, que habían sido diezmados para entonces, se dedicaban a golpear a víctimas escogidas al azar solo para demostrar —quizá más a ellos mismos que a sus adversarios— que aún existían».

La guerra de la mafia se había convertido en su propia razón de ser. Sicilia, Campania y Calabria corrían el riesgo de convertirse en narco-regiones, en imperios devorados por la corrupción, en burlas dantescas a la Europa civilizada a la que pretendían pertenecer.

‘U maxi

El macrojuicio de Palermo se inició el 10 de febrero de 1986, en medio de un manifiesto escepticismo de la prensa internacional. Los corresponsales extranjeros compartían la intriga por la magna escala de la empresa: 3.000 policías distribuidos en el área del tribunal del búnker; un equipo completo de jueces y jurados de recambio, solo por si le ocurría algo al primer grupo; 475 acusados, la cuarta parte de los cuales sería juzgada *in absentia*, incluyendo, por supuesto, al mismísimo Corto Riina. El *New York Times* resumía el «teorema de Buscetta» en términos que hacían pensar que Falcone y Borsellino estaban luchando contra molinos de viento: «La fiscalía intentará probar cómo ciertos actos individuales forman parte de una vasta conspiración criminal surgida hace siglos y cuyos alcances van hoy desde Bangkok hasta Brooklyn».

Al otro lado del charco, el *Economist* aludía a la Comisión Palermo, el cuerpo rector de la Cosa Nostra, como una entidad «cuasi mítica». El *Observer* llamó al *maxi* un «juicio espectáculo», cuyos únicos precedentes se remontaban a la era fascista. El *Guardian* fue aún más despectivo, señalando que todo el asunto tenía «matices de una superproducción de Barnum y Bailey»: es decir, de un circo o un espectáculo de monstruos.

En todas estas visiones operaban estereotipos apenas disimulados: la tarea del *pool* antimafia, como la campaña fascista contra la Mafia que inevitablemente evocaba, era una mezcla típicamente italiana de lo siniestro, lo melodramático y lo absurdo.

Los medios extranjeros no eran los únicos que hacían gala de estos estereotipos. En Italia, como en el exterior, el ataque antimafia de Mussolini se evocaba con frecuencia como un fenómeno equivalente al macrojuicio de

Falcone y Borsellino. Pero lo que la gente quería decir con «fascismo» era, rara vez, poco más que una cruda metáfora: la imagen de una alianza demoníaca entre propaganda y brutalidad del Estado. En otras palabras, el fascismo de la memoria popular guardaba poca relación con la realidad contradictoria de lo que en realidad había sucedido en las décadas de 1920 y 1930. La represión de Mussolini en Sicilia occidental tuvo un lado brutal, pero a la vez se caracterizó por una debilidad sorprendente. En 1932, por mencionar un ejemplo, muchos *mafiosi* recién condenados salieron en libertad gracias a una amnistía promulgada para celebrar el décimo aniversario del ascenso del Duce al poder. La verdad era que la semejanza entre el macrojuicio y el fascismo era algo que solo existía en la mente de sus adversarios.

Con todo, los escépticos parecieron ver confirmados sus prejuicios ante la insólita lentitud con la que se iniciaron los procedimientos. Tan solo la lectura de los cargos le llevó al juez tres horas, y dos días más verificar que todos los acusados tuvieran abogados a los que recurrir. Como estaban entrenados para hacerlo, los *mafiosi* cumplieron con su parte al intentar desacreditar al tribunal: algunos fingían enfermedades mentales o de otra índole; otros traían a colación infinitas objeciones procedimentales o se quejaban a voces de las condiciones de la cárcel. El juez que presidía, Alfonso Giordano, se negó a que lo desviasen de su curso, pero no dejó de atender a todas las solicitudes razonables que le presentaban los acusados y sus abogados. En los meses siguientes, mostraría reservas de paciencia y sensatez que habrían de granjearle merecidos aplausos. El macrojuicio sería muchas cosas, pero no sería una farsa.

Falcone, Borsellino y Caponnetto respondieron a los muchos críticos y escépticos en una serie de entrevistas en las que negaron con firmeza que su caso estuviera fundado en el gesto de ciertos matones de señalar a otros con el dedo. Se había reunido una montaña de pruebas para respaldar lo que Tommaso Buscetta, Totuccio Contorno y los otros arrepentidos sostenían. Falcone y Borsellino se enorgullecían de manera justificada de que el macrojuicio incluyese, además, la mayor investigación de los archivos bancarios en la historia de Italia. También negaban la pretensión de impartir una justicia de rebaño, pasando por encima de las circunstancias específicas

de cada acusado individual. Como argumentaban ambos magistrados, ningún delito individual tenía sentido fuera del cuadro más amplio de una lucha de poder dentro de la Cosa Nostra; estos delitos eran batallas locales libradas en el contexto de una estrategia bélica. Sobre todo, los jueces insistían en que el *maxi* no era un espectáculo pantagruélico. No era posible demostrar la naturaleza unificada de la Cosa Nostra sin someter a juicio, al mismo tiempo, a un gran número de *mafiosi*.

Por supuesto, Falcone y Borsellino estaban absolutamente en lo cierto al decir lo que decían. Y también eran muy astutos desde el punto de vista político al decir lo que decían. Cualquier concesión a la idea de que habían escrito el guión de un espectáculo judicial daría motivos a los enemigos que los acusaban de ser meros fanfarrones ambiciosos. Con todo, allí en Sicilia, donde el poder de la honorable sociedad había sido hasta entonces tan aterrador como invisible, la imagen de los *mafiosi* sometidos a interrogatorio en el estrado contribuyó a minar el aura de invencibilidad de la Mafia, por lo cual sería inevitable que el macrojuicio fuera un espectáculo.

El verdadero espectáculo comenzó el 3 de abril de 1986, cuando el telón de fondo constante de discusiones y parloteos dentro de las jaulas de los acusados quedó finalmente silenciado cuando el juez Giordano anunció que Tommaso Buscetta estaba listo para hacer su declaración. El jefe de dos mundos estaba a un paso de cumplir su promesa histórica de no retractarse de sus confesiones. Los acusados lo escucharon con arrobo mientras exponía su testimonio —primero detrás de un cordón de policías y luego al amparo de un escudo antibalas portátil que habían traído ante la insistencia de las autoridades estadounidenses. En el curso de una semana, Buscetta confirmó la estructura de la Cosa Nostra como se la había explicado a Giovanni Falcone en un principio y contó la historia del ascenso de los *corleonesi*. Aunque esta fue la aseveración central de la fiscalía, no era ninguna novedad para el público que observaba: los diagramas de la estructura piramidal de la Mafia habían aparecido en todos los periódicos desde que el *pool* hizo pública la noticia de que Buscetta se había «arrepentido».

De manera excepcional, uno de los acusados solicitó la opción de

interrogar cara a cara a Buscetta. Pippo Calò no era un mafioso normal y corriente. Iniciado en la familia de Porta Nuova de la Cosa Nostra por nada menos que el propio Buscetta, Calò había ascendido hasta convertirse en representante de la familia y se había aliado con el Corto Riina. A principios de los setenta, Calò se había ido a Roma, donde trabajó de cerca con la Banda della Magliana compartiendo sus contactos con terroristas de derechas. Las inversiones que controlaba en nombre de los jefes de Palermo le granjearon en la prensa el apodo de «el tesorero de la Cosa Nostra». Calò estaba acusado de nada más y nada menos que sesenta y cuatro asesinatos. En un caso aparte, lo habían acusado también de colocar una bomba en el tren de Nápoles a Milán. (El cargo quedó, al final, confirmado). El 23 de diciembre de 1984, la bomba detonó en un túnel de montaña entre Florencia y Bolonia; diecisiete personas resultaron muertas, entre ellas Federica Taglialatela, de doce años, y la familia De Simone al completo: Anna y Giovanni, de nueve y cuatro años, respectivamente, y sus padres. El objetivo de Calò al planear esta masacre de gente inocente era desplazar la atención del gobierno de la Cosa Nostra al terrorismo. Los agentes que se encargaron de investigar la «bomba del tren de Navidad», como se la denominó, encontraron un arsenal en la casa de Calò que incluía minas antitanque.

Calò avanzó a grandes zancadas por el suelo verde del tribunal del búnker vestido con una camisa amarilla y unos pantalones beige brillantes y sueltos, con el pelo gris repeinado desde la calva hacia atrás, sobre las orejas y el cuello. Su sonrisa insolente delataba una suprema confianza de que los ciento cincuenta años de impunidad de la Mafia siciliana no acabarían allí. Buscetta era «diez veces un mentiroso», declaró; había plagiado su testimonio de *El padrino* y no se podía confiar en él por la inmoralidad de su vida privada, ya que el arrepentido histórico había estado casado tres veces.

La contraofensiva de Buscetta fue fulminante. En el tema de los valores familiares, Calò había participado en las reuniones de la Comisión que habían sentenciado a muerte al hermano y al sobrino del propio Buscetta: su único «delito» había sido estar emparentado con el jefe de dos mundos. Buscetta también acusó a Calò de haber estrangulado a otro miembro de la

familia de Porta Nuova con sus propias manos.

Como única respuesta, Calò negaba con la cabeza. Después de haber negado que hubiese conocido siquiera a la víctima del estrangulamiento, más tarde se vio obligado a admitir que la había conocido en la cárcel. Tras este careo, ningún otro acusado osó desafiar de manera directa a Buscetta.

Así fueron emergiendo cada vez más pruebas de las barbaridades de la Cosa Nostra. Fue particularmente impactante el testimonio de un delincuente menor, de los barrios pobres de Palermo, llamado Vincenzo Sinagra, quien ofreció su testimonio en un dialecto casi incomprensible. La relación de Sinagra con la Mafia había comenzado cuando cometió el terrible error de robar a alguien relacionado con la organización: una ofensa capital dentro del sistema de valores de la Cosa Nostra. Pero, puesto que un primo suyo era un hombre de honor, se le ofreció la oportunidad de trabajar para la Mafia durante su campaña homicida de 1981-1983. Arrestado tras un asesinato fallido, Sinagra hizo un intento poco convincente de fingir una enfermedad mental. Gracias, en buena medida, a la extraordinaria habilidad empática de Paolo Borsellino, esta figura patética se decidió a depositar su confianza en el Estado y confesar cada uno de sus asesinatos. Explicó que le habían pagado el equivalente a doscientos o trescientos dólares al mes por ayudar a los sicarios más despiadados de Riina a torturar y estrangular a sus víctimas y luego disolver sus cuerpos en ácido: un proceso que describió al tribunal con una modesta sencillez y abundancia de detalles escabrosos.

Comparadas con un testimonio como el de Sinagra, las palabras de los jefes mafiosos resultaban grotescamente afectadas, alejadas de un modo ridículo de la realidad de su profesión. El *capo* cuya actuación quedaría grabada más tiempo en la memoria era Michele Greco, el Papa, que era el jefe nominal de la Comisión durante la segunda guerra de la Mafia, pero en realidad una figura meramente decorativa que había colocado el Corto Riina. La finca del Greco en Favarella había sido el teatro de buena parte de la acción a principios de los ochenta. Había albergado una refinería de heroína y sus grandes sótanos eran un refugio seguro para sicarios huidos de la justicia. Muchas de las reuniones de la Comisión tuvieron lugar allí. Más tarde, en 1982, el Papa había celebrado el banquete tras el cual Saro

Riccobono, el jefe de la familia de Gaspare Mutolo, alias *Mister Champagne*, fue estrangulado en su silla mientras se daba caza a sus hombres entre los árboles frutales.

Con un traje azul marino, sentado ante un micrófono en el amplio espacio del tribunal del búnker, Greco insistió en comenzar su interrogatorio con una declaración lapidaria: «La violencia no forma parte de mi dignidad. Dejadme repetir esto: la violencia no forma parte de mi dignidad». Greco pronunció estas palabras, cuidadosamente separadas por silencios significativos, como si hubiera estado enunciando por primera vez en la historia una de las leyes fundamentales de la física. Daba toda la impresión de creer que la mera reafirmación de su buen carácter sería suficiente para garantizar su absolución. Luego responsabilizó al cine de haber puesto ideas en la cabeza de los arrepentidos. «Son ciertas películas que son la ruina de la humanidad. Películas violentas. Películas pornográficas. Son la ruina de la humanidad, porque si [Totuccio] Contorno, en lugar de ver *El padrino*, hubiera visto, por ejemplo, *Moisés*, no hubiera hecho semejantes calumnias».

El interrogatorio menos espectacular del macrojuicio estuvo entre los más reveladores y enigmáticos. El 20 de junio de 1986, Ignazio Salvo entró al tribunal del búnker vestido con un elegante traje azul claro, y llevando un maletín. Durante treinta años, antes de que el *pool* antimafia lo sacara a la luz de la publicidad y la justicia, Ignazio había controlado la franquicia encargada de recaudar impuestos a todo lo largo y ancho de Sicilia con su primo Nino. Los abundantes beneficios de su robo autorizado se habían reinvertido en el comercio agrícola, el turismo, propiedades, y en comprar la influencia política dentro de la DC que era crucial para todas las operaciones. Nino Salvo, que había fallecido a causa de un tumor justo antes de que lo llevaran a juicio, era un individuo más agresivo que su primo. Cuando fue llamado al Palacio de Justicia, su voz reverberante había pronunciado una confesión (y una amenaza velada) que había resonado en todo el mármol del edificio y el atrio de cristal: «Los Salvo pagaban a todos los partidos políticos. Les daba dinero a todos ellos: sin excepciones».

A diferencia de los demás acusados del macrojuicio, Ignazio Salvo no había cumplido condena en la Ucciardone sino en arresto domiciliario.

Ahora, con sus gafas de lectura colocadas en mitad de su larga nariz, se dirigió al juez que presidía el tribunal con relajada precisión. Empezó contestando punto por punto las declaraciones de Buscetta y a continuación se embarcó en una prolongada y monótona explicación de los montones de pruebas documentales que llevaba en su maletín. «Parece usted aburrido», le dijo en un momento al juez, con una breve sonrisa desdeñosa. Era como si, estirando al límite la fuerza del tedio, el hombre más rico y poderoso de Sicilia esperase desvanecerse una vez más en el trasfondo.

Los Salvo eran muy cercanos a Stefano Bontate, el Príncipe de Villagrazia, y a otros miembros de la élite narcotraficante de la Cosa Nostra. Esa amistad le había salido cara a los primos, cuando en 1975 los *corleonesi* secuestraron al suegro de Nino Salvo, que nunca más regresó. Los Salvo estaban aterrorizados en 1981, como era comprensible, cuando el Corto Riina comenzó a masacrar a Bontate y a sus aliados. Para su seguridad, Nino se embarcó en un prolongado crucero con su yate. Mientras tanto, Ignazio se quedó en Palermo intentando contactar frenéticamente con Tommaso Buscetta para saber qué estaba ocurriendo y organizar la resistencia al golpe del Corto Riina. Sería el principio del fin del poder de los Salvo.

La respuesta de Ignazio Salvo al relato de la fiscalía, aparte de su intento de aburrir a la Corte hasta el punto muerto, era un argumento de diabólica sutileza:

> Durante muchos años el Estado estuvo prácticamente ausente de la lucha contra la Mafia. La connivencia y la complicidad eran tan generalizadas que los ciudadanos quedaron indefensos ante el poder de las organizaciones mafiosas. Lo único que nos quedó fue intentar sobrevivir evitando las amenazas, dirigidas en especial contra los miembros de nuestras familias, y en especial cuando nuestra actividad como hombres de negocios nos ponía en contacto con tales organizaciones. Nunca he sido un mafioso, pero soy uno de los muchos empresarios que, solo con vistas a sobrevivir, ha tenido que hacer tratos con estos enemigos de la sociedad.

«¿Qué podíamos hacer?», quería decir Ignazio Salvo. Pensábamos que habíamos hecho suficientes concesiones a los violentos para que nos dejaran tranquilos, pero por desgracia estábamos equivocados, y acabamos siendo el objeto de un secuestro. No somos responsables, sino víctimas.

Esta defensa era en parte una asunción de culpa y en parte una disculpa, ambas igual de falsas. Generaciones de terratenientes y empresarios sicilianos habían aducido exactamente el mismo argumento cuando sus nexos con los *mafiosi* habían quedado al descubierto. Buscetta y otros arrepentidos sabían que Ignazio Salvo era un hombre de honor de la familia Salemi de la Cosa Nostra; de hecho, el subjefe. En fecha tan temprana como 1971, el entonces coronel de carabineros Carlo Alberto Dalla Chiesa había completado un informe indicando que Ignazio Salvo era un mafioso y que su padre Luigi había sido jefe del pueblo. Las investigaciones de Falcone y Borsellino en los archivos bancarios mostraron que los Salvo habían estado exportando capital de forma ilegal: los beneficios de la Mafia, muy probablemente. Pero la esfera real de influencia de los primos estaba fuera de la hermandad criminal. En ese aspecto, el análisis que Buscetta hacía de los Salvo era una lección sobre las sutiles relaciones entre la Mafia y el sistema económico y político de Sicilia: «El papel de los Salvo en la Cosa Nostra es modesto. Su importancia política, en cambio, es enorme, pues sé de sus relaciones directas con parlamentarios muy famosos, algunos de los cuales son de Palermo y cuyos nombres no diré».

«Cuyos nombres no diré…». Lo que Buscetta estaba diciendo era que los Salvo eran el nexo entre la Cosa Nostra y la clase política. Pero no iba a decir qué políticos. Como había advertido a Falcone al principio de sus conversaciones, creía que Italia todavía no estaba preparada para tales revelaciones, que hubieran sido más controvertidas, difíciles de probar y peligrosas. Ignazio Salvo mostraba lo cerca que estaba el macrojuicio de llegar al explosivo tema de las amistades «intocables» de la Mafia dentro de las instituciones del gobierno. Aun así, el mensaje que encerraba la presencia de Ignazio Salvo en el *maxi* estaba claro: habría más revelaciones de escándalos políticos más adelante.

Justo antes de las nueve de la noche del 7 de octubre de 1986, hubo una interrupción breve y cruel a la tregua de la Mafia que había acompañado al macrojuicio. Claudio Domino era un niño de once años de San Lorenzo, en

la Piana dei Colli, la franja de tierra al norte de Palermo en la que el *boom* inmobiliario respaldado por la Mafia había diseminado bloques de hormigón al azar entre los limonares y los establos. Claudio se encaminaba a buscar el pan para la cena familiar cuando un motociclista con chaqueta de cuero montado en una flamante Kawasaki lo llamó para que se acercara. Cuando Claudio contemplaba maravillado la moto, el hombre sacó una pistola y le disparó en la frente a menos de un metro de distancia.

En todo el país, la pena y la ira rivalizaban con las especulaciones en los medios. ¿Tenía la muerte de Claudio algo que ver con el hecho de que su padre tuviese un contrato para limpiar el tribunal del búnker? ¿Habría visto el niño algo que no debía ver? Miles de personas acudieron al funeral. Los diarios reprodujeron el grito angustioso del hermano de Claudio: «¡Y se hacen llamar hombres de honor!».

El día del funeral, desde la jaula número quince del tribunal del búnker, Giovanni Bontate pidió leer una declaración preparada de antemano. Articulando meticulosamente sus palabras, el mafioso que había traicionado a su hermano en favor de los *corleonesi*, se dirigió a la Corte:

> Nos unimos a la familia Domino en su dolor. Nos negamos a creer que un acto tan bárbaro pueda tener algo que ver con nosotros. Rechazamos los ataques y acusaciones indiscriminados que la prensa está lanzando contra los acusados. Estamos conmocionados. También tenemos hijos. Queremos solicitar un minuto de silencio.

La hipocresía de esta postura ética no queda atenuada por el hecho de que ahora sepamos todo lo que le ocurrió a Claudio en realidad. Una banda de narcotraficantes a la que la Cosa Nostra había subcontratado la distribución en San Lorenzo lo mató porque sospechaba que había proporcionado información a la policía. Por órdenes de la Comisión, el asesino de Claudio se esfumó. Rumores no confirmados decían que habían metido al padre de Claudio en el maletero de un coche y lo habían llevado a un paraje aislado; allí le mostraron lo que le había ocurrido al asesino de su hijo y le advirtieron que no hiciera más ruido.

La declaración de Giovanni Bontate fue un intento de hacer aparecer a la Mafia como lo que sus defensores a lo largo de la historia habían afirmado a menudo que era: un portador de orden, una fuerza policial

informal con arraigo en la comunidad. En otras palabras, Turi Passalacqua, el jefe de la Mafia de ficción en la película *En nombre de la ley*, alzaba la cabeza de nuevo. Pero esta vez la propaganda no les funcionó. Bontate empleó una palabra extraordinariamente significativa en su declaración: «Nos». Es decir, «nosotros, la Cosa Nostra». Al intentar poner distancia entre su organización y el asesinato de Claudio Domino, Giovanni Bontate había admitido de modo implícito lo que la fiscalía quería probar: que la Mafia siciliana existía. Fue un error catastrófico que le costó caro a Bontate cuando el *maxi* concluyó. Después de ser condenado, y mientras esperaba la apelación, se le dio la garantía del arresto domiciliario a causa (entre otras cosas) de una hernia de disco. Una mañana, estando aún en bata, abrió la puerta para recibir a dos amigos. Les ofreció café, a lo que no se negaron. Cuando la charla terminó y los amigos se levantaron para irse, estos mataron a tiros a él y a su esposa.

Cuando los principales cabecillas acabaron de dar su testimonio, al *maxi* aún le quedaba un año entero por delante. Era preciso sacar a la luz grandes cantidades de datos bancarios y otras pruebas. A los parientes de las víctimas de la Mafia también se les concedió la oportunidad de hablar. Es difícil decir cuál de ellos dio lugar a la imagen más horrenda: si aquellos que suplicaban entre lágrimas alguna noticia respecto adónde estaban enterrados sus seres queridos, o quienes, obviamente petrificados de miedo, recitaban el conocido refrán de «yo no vi nada, yo no sé nada».

En abril de 1987, la fiscalía reanudó su caso: un procedimiento que requirió más de dos semanas. Cuando uno de los dos abogados de la fiscalía se sentó al fin tras ocho largos días de oratoria, descubrió que era incapaz de volver a ponerse de pie y tuvo que esperar al cierre de los procedimientos de ese día para que los carabineros lo trasladaran físicamente fuera del tribunal.

Uno por uno, el escuadrón de cerca de doscientos abogados defensores subió entonces al estrado para hacer su alegato final, un proceso que llevó meses.

Finalmente, el 11 de noviembre de 1987, los jueces y el jurado se retiraron a considerar su veredicto. Pero justo antes de que lo hicieran, Michele Greco, el Papa, hizo saber que deseaba dirigirse a ellos. Su breve discurso habría de convertirse en el más famoso de todo el *maxi*:

> Le deseo paz, su señoría. Les deseo a todos paz. Porque la paz, y la tranquilidad, y la serenidad de espíritu y consciencia… es para la tarea que los espera. La serenidad es la base fundamental para el buen juicio. Estas no son palabras mías: son las palabras de Nuestro Señor, su consejo a Moisés. Deseo que, cuando sea la hora de emitir su juicio, haya la mayor serenidad. Es la base fundamental de todo. Todavía más, su señoría, deseo que esta paz lo acompañe el resto de su vida.

Era una amenaza, sin duda, pero envuelta en el empalagoso lenguaje que había caracterizado a la defensa del Papa hasta entonces: él era un hombre de familia, un cultivador de cítricos, un cristiano devoto que no sabía nada de la Mafia y las drogas.

Fiel a su talante imperturbable, el juez Giordano solo le respondió: «Eso es lo que todos queremos».

Cinco semanas después, unos veintidós meses después de que comenzaran los procedimientos, llegó el veredicto. Cadena perpetua para diecinueve individuos, incluido el Corto Riina, Michele Greco, el Papa, y tres jefes que, aunque desconocidos para el resto del mundo, habían ya recibido una forma más rápida de justicia por parte de la propia Cosa Nostra. Pippo Calò fue sentenciado a veintitrés años. Al recaudador de impuestos Ignazio Salvo le cayeron seis años por ser un miembro pleno de la Cosa Nostra: un «enemigo de la sociedad», para utilizar sus propias palabras.

Tan impactantes como estas duras sentencias fueron las absoluciones: un total de ciento catorce. Incluso Luciano Leggio, el mentor *corleonese* del Corto Riina, fue absuelto, porque el tribunal concluyó que no había pruebas suficientes de que hubiera estado dando órdenes desde la cárcel a partir de mediados de los años setenta. Los 2.665 años de cárcel impuestos a los culpables fueron 2.002 años menos de los que la fiscalía había solicitado en su resumen. Incluso los que se habían mostrado escépticos respecto al

macrojuicio tuvieron que admitir que, claramente, el proceso no había repartido justicia sumaria a granel.

El resultado fue motivo de celebración y se acogió de manera generalizada como una victoria de la justicia. Se había dado crédito a los arrepentidos. El relato sobre la Cosa Nostra y su estructura que había dado Buscetta se había confirmado. Dicho de otra manera, la Mafia siciliana existía.

O, cuando menos, existía de momento. Falcone y Borsellino habían advertido siempre que el macrojuicio era solo el principio. Le seguiría la apelación. Y después la Corte Suprema. La Cosa Nostra disponía aún de mucho tiempo para devolver el golpe, y para luego desvanecerse una vez más en las brumas de la historia.

Un paso adelante, tres pasos atrás

Desde muy temprano, en sus primeras entrevistas con Giovanni Falcone en 1984, Tommaso Buscetta, el jefe de dos mundos, advirtió al magistrado:

> Se lo advierto, juez. Después de este interrogatorio, usted se convertirá en una celebridad, pero intentarán destruirlo tanto física como profesionalmente. Harán lo mismo conmigo. No olvide nunca que la Cosa Nostra tendrá una cuenta pendiente con usted mientras viva.

La profecía de Buscetta comenzó a hacerse realidad en los meses y años que siguieron al macrojuicio en 1987. A lo que Falcone se enfrentaba no era solo la renovada amenaza de la violencia. (Como más tarde quedaría claro, los planes de la Cosa Nostra para asesinarlo alcanzaron una fase muy avanzada en varios momentos entre 1983 y 1986; el Corto Riina había ordenado incluso pruebas con bazucas). El peligro no residía solo en las tácticas bien ensayadas de la Mafia siciliana en el espionaje, la conspiración y la desinformación. Además de ello, Falcone encontró dificultades incluso en el corazón mismo del sistema judicial. El resultado fue un calvario a la vez humillante y aterrador.

Hoy en día se recuerda a Giovanni Falcone como un icono nacional. Cualquier país hubiera sido afortunado de contar con él. Pero la anodina idolatría del héroe que se le rinde en la actualidad, y los homenajes vacíos que le tributan incluso los políticos más tenebrosos, provocan aún un descarnado rencor entre quienes lo apoyaron durante sus días más negros. Han resuelto, con gran acierto, que tanto Falcone como Borsellino deben seguir siendo figuras controvertidas en su muerte como lo fueron en vida. Pues, en la medida que las mafias italianas existan, y mientras exista una complicidad institucional con las mafias, Falcone y Borsellino deberían

preservar su carga polémica.

A finales de los ochenta, Falcone en particular se vio inmerso en una sucesión de reyertas institucionales exasperantes que sin duda habrían destruido a un hombre más débil. El *pool* antimafia y el macrojuicio ofendieron a algunos instintos conservadores profundamente arraigados entre los jueces. El sistema del *pool* desafiaba una visión muy apreciada del magistrado como una figura solitaria que respondía solo ante su conciencia y la ley. De manera que algo de la resistencia a Falcone era bienintencionada: la naturaleza misma de la profesión de juez estaba en juego. Pero si el conservadurismo hubiera sido lo único a lo que Falcone debía enfrentarse, no hubiese vivido tantas tribulaciones. Unas fuerzas más sórdidas se confabularon para crear un atolladero de oposición contra él: celos profesionales, conflictos territoriales entre facciones, una actitud exageradamente puntillosa y el miedo consustancial al talento tan característico de todas las instituciones italianas. En última instancia, como mínimo, los adversarios de Falcone fueron culpables de ignorar por completo los peligros que se cernían sobre el juez y su trabajo una vez terminado el macrojuicio. No eran capaces de comprender la amenaza que representaba la Cosa Nostra y lo muy insidiosos que resultaban sus esfuerzos por aislar a Falcone y desmantelar lo que se había conseguido hasta entonces, que tanta sangre había costado. Los enemigos de Falcone tampoco veían lo vulnerable que era a la «combinación letal» de la que habló el general Carlo Alberto Dalla Chiesa antes de su asesinato en 1982: el magistrado que planteó el mayor peligro para la Cosa Nostra quedaría inexorablemente expuesto ante cualquier indicio que indicase que actuaba por su cuenta.

Muchos de los enemigos de Falcone y Borsellino se inspiraban en el más célebre escritor de Sicilia. El 10 de enero de 1987, cuando el macrojuicio aún estaba en proceso, Leonardo Sciascia publicó una crítica de libros en el *Corriere della Sera*, el periódico del sistema. El libro en cuestión era un estudio del fascismo y la Mafia siciliana, obra de un joven historiador inglés, Christopher Duggan, que defendía una tesis muy controvertida: la Mafia no existía, pero Mussolini había exagerado unos informes sobre una organización criminal secreta para atacar a sus

enemigos políticos en la isla. Mucho más controvertidos eran los paralelismos que Sciascia establecía con el presente: la Antimafia se había convertido una vez más en un «instrumento de poder», afirmaba. El novelista citaba dos ejemplos. Uno era el alcalde Orlando de Palermo, quien pasaba tanto tiempo posando como un líder de la Antimafia que se olvidaba de los deberes más básicos de administrar una ciudad, eso decía Sciascia. Nadie osaba oponérsele por miedo a ser tildado de mafioso. El segundo ejemplo no era otro que Paolo Borsellino, quien acababa de ser nombrado fiscal en jefe en Marsala, pese a llevar mucho menos en la judicatura que otros candidatos al cargo. Como concluía Sciascia, en la sarcástica conclusión de su artículo, «si quiere usted salir adelante en la magistratura de Sicilia, no hay mejor forma que participar en los juicios contra la Mafia».

En otras palabras, Borsellino era un simple trepador profesional. Como era previsible, la crítica de Sciascia desató un enorme revuelo.

Los hechos hablaban estrepitosamente en contra de las quejas de Sciascia. Hubiera sido más exacto decir que no había una forma mejor de que un magistrado terminara en una caja de pino que participar en los juicios contra la Mafia. Desde 1979, cuatro magistrados en la primera línea de batalla habían sido asesinados por la Cosa Nostra, y un quinto por la ‘Ndrangheta. Otros habían tenido la suerte de sobrevivir a intentos de asesinato, aunque muchos otros morirían pronto. Lo que movió a Borsellino a trasladarse a Marsala, localidad en la provincia de Trapani, que era la más occidental de Sicilia, no fue precisamente la ambición. Él sabía que la provincia de Trapani era una base clave del poder de los *corleonesi*. En 1985 encontraron allí la mayor refinería de heroína jamás descubierta en Italia. La promoción de Borsellino se basó —algo poco habitual en Italia—, en el mérito y no en la antigüedad: en su «pericia profesional específica y muy particular en relación con el crimen organizado», como lo estableció la explicación oficial de su promoción. De todas maneras, Sciascia había citado estas líneas en su crítica como si hubieran sido una razón suficiente, por sí mismas, para proyectar una sombra de duda sobre la legitimidad del traslado de Borsellino.

Sciascia se arrepentiría más tarde de su crítica, que puso el punto final a

su carrera intelectual como voz disidente con un trágico error de interpretación. El autor merece ser recordado, mejor, por las incisivas páginas acerca de la Mafia que escribió en los años sesenta, cuando la mayoría de los demás escritores se negaban a abordar el tema. Pero se arrepintió demasiado tarde. Sciascia había puesto voz, en esa ocasión, a las viejas suspicacias sicilianas respecto al Estado, y el título de su crítica —«*Professionisti dell'antimafia*» («Profesionales de la antimafia»)— les había proporcionado el eslogan a los enemigos de Falcone y Borsellino.

El siguiente golpe contra la causa de Falcone y Borsellino fue quizá el más devastador de todos. El eslogan de Sciascia comenzó a circular por los pasillos del *Consiglio Superiore della Magistratura* (Consejo Superior de la Magistratura), el organismo que velaba por la independencia de la judicatura frente al gobierno, determinaba los nombramientos e imponía disciplina dentro del sistema judicial. A finales de 1987, Antonino Caponnetto, que era el jefe de Falcone y Borsellino, y el hombre que había supervisado el nacimiento del *pool* antimafia, se jubiló. Había aún mucho trabajo que hacer y estaban en preparación dos macrojuicios adicionales. Desde la primavera de 1987, Falcone había estado volando cada semana a Marsella, donde un nuevo arrepentido importante, Antonino Calderone, estaba confesándolo todo. Falcone era el candidato evidente para sustituir a Caponnetto y, de ese modo, garantizar continuidad a la tarea de los magistrados antimafia.

El Consejo Superior de la Magistratura no lo veía así. El 19 de enero de 1988, por una pequeña mayoría, el organismo votó por no otorgar el puesto de Caponnetto a Falcone y asignarlo, en cambio, a Antonino Meli, un magistrado veinte años mayor que Falcone, que había tenido mucha menor experiencia en casos relacionados con la Mafia y no tenía ninguna simpatía por los métodos del *pool* antimafia. Al explicar su decisión en una opaca jerga legalista, los integrantes del Consejo hacían referencia al «distorsionado protagonismo» de Falcone y el «culto a la personalidad» que lo rodeaba.

Muy poco después de eso, el Consejo Superior de la Magistratura volvió a dejar fuera a Falcone cuando el juez antimafia solicitó el cargo de Alto Comisionado de la Lucha Contra la Mafia. La función, creada en el

pánico político que siguió al asesinato del general Carlo Alberto Dalla Chiesa, era la de un superinvestigador que lo supervisara todo. Falcone sabía que el cargo implicaba convertirse en un pararrayos de las críticas del público a la inactividad del gobierno en los temas de la Mafia. Aun así, pensó que podía lograr algo con los poderes disponibles. En cualquier caso, su solicitud fue rechazada, a pesar de que era el candidato más idóneo para el cargo, o quizá a causa de ello.

En Palermo, el nombramiento de Antonino Meli demostró ser más destructivo de lo que Falcone y sus amigos habían temido. Una vez en el cargo, Meli empezó a desautorizar al *pool* antimafia. Los casos relacionados con la Mafia se le confiaron a magistrados sin experiencia ni vínculos formales con otros jueces que trabajaban en el tema de la Mafia. Se sobrecargó a Falcone y sus colegas con investigaciones de delitos ordinarios. Todos los avances cruciales que el *pool* había traído consigo —la acumulación e intercambio de la pericia adquirida, la visión panorámica del paisaje delictivo siciliano, la atenuación de los riesgos— estaban siendo dilapidados. En la labor práctica de los fiscales de Palermo, la Cosa Nostra había vuelto a dejar de existir como una organización única.

En el verano de 1988, Borsellino cogió por los cuernos su carrera profesional y se quejó públicamente desde Marsala de cómo Meli gestionaba el asunto de los magistrados investigadores de Palermo. «Me da la impresión de que a todo esto subyace una gran maniobra para desmantelar el *pool* antimafia de manera definitiva». El presidente de la República ordenó al Consejo Superior de la Magistratura que investigara. Meli pidió la cabeza de Borsellino. Falcone corroboró las quejas de Borsellino y solicitó el traslado. En una sesión interminable y agotadora del Consejo Superior, hubo más alboroto al estilo de Sciascia respecto a Falcone: «Nadie es irreemplazable… No existen los semidioses». Al final se llegó a un compromiso engorroso: Borsellino recibió solo un tirón de orejas y Falcone retiró su solicitud de traslado.

A ambos lados del Atlántico, la Cosa Nostra llevaba cuentas precisas de las misteriosas artimañas que tenían lugar en el seno del Consejo Superior de la Magistratura. Joe Gambino, uno de los Gambino de Cherry Hill, telefoneó a un amigo de Palermo y le pidió que lo pusiera al día respecto a

Falcone:

—¿Ha renunciado ya?

—Las cosas en Palermo siguen mal. Ha retirado su renuncia y ha vuelto a donde estaba antes, a hacer lo mismo que hacía antes.

—Mierda.

De todas formas, la Mafia tenía buenas razones para sentirse optimista. Antonino Meli siguió en su cargo y desmantelando el *pool* de jueces. Sencillamente, se negaba a creer que la Cosa Nostra fuera una organización única y unificada, y la manera en que asignaba los casos de la Mafia reflejaba su visión atomizada de ella: una visión que ya era anacrónica en la década de 1870, no digamos ya en la de 1980. Pese a todo, la Cosa Nostra estaba tomando sus propias cautelas. En septiembre de 1988, Antonino Saetta, el juez cuya candidatura para asumir la apelación del macrojuicio parecía más probable, fue asesinado a tiros junto a su hijo.

En junio de 1989, la campaña contra Falcone adoptó un giro bastante más siniestro. Unas cartas anónimas lo acusaron de utilizar a un arrepentido de la Mafia para matar a algunos de los *corleonesi*. La misteriosa fuente de las cartas, apodada «el Cuervo» por la prensa, estaba claramente en el interior del Palacio de Justicia de Palermo, puesto que había suficientes detalles circunstanciales en las acusaciones para dar a la calumnia un matiz de plausibilidad. Falcone tuvo que presentarse de nuevo ante el Consejo Superior de la Magistratura.

Entonces, el 21 de junio de 1989, con el furor suscitado por las cartas del Cuervo aún en el aire, se encontró una bolsa de deportes con cincuenta y ocho cartuchos de dinamita en su interior en las rocas bajo la casa de veraneo de Falcone en Addaura, una localidad costera cercana a Palermo. Riina y otros *mafiosi* más tarde fueron condenados por la colocación de la bomba, pero hay múltiples aspectos del atentado fallido de Addaura que siguen siendo un enigma hasta hoy. Dos policías que estaban en la escena, y que podrían haber sido agentes secretos encargados de velar por la vida del magistrado, fueron asesinados al cabo de pocos meses. Hay varios rumores

que responsabilizaban a elementos anómalos dentro de los servicios secretos. Falcone no era un hombre dado a teorías de la conspiración, pero estaba convencido de que «unas mentes extremadamente refinadas» estaban detrás del atentado y que las cartas del Cuervo habían sido parte del plan. Su lógica tenía una base impecable en los patrones del comportamiento seguido por la Mafia desde hacía siglo y medio: primero te desacreditaban y luego te mataban. Los adversarios del magistrado apuntaron una explicación más simple. Opinaban que el atentado era falso y que Falcone mismo lo había orquestado para impulsar su carrera.

Estos fueron los días más desoladores y angustiosos de la vida de Falcone. En los dieciocho meses previos, había descubierto la enorme cantidad de amigos que tenía en circunstancias favorables. En mayo de 1986 se casó con el amor de su vida: una jueza académicamente notable llamada Francesca Morvillo. La pareja ya había decidido no tener hijos. «No quiero traer al mundo a un huérfano», dijo Falcone. Pero, tras el atentado de Addaura, pensó seriamente en separarse de Francesca para que no tuviera ella que compartir su inevitable destino. Y le dijo a su hermana: «Soy un cadáver ambulante».

El ánimo de Falcone mejoró ligeramente en los meses siguientes. La oficina del fiscal fue reestructurada como parte de una reforma de gran magnitud dentro del sistema judicial. Falcone obtuvo un ascenso, pero muy pronto se vio inmerso en un conflicto frontal con su nuevo jefe. Tal y como confesó en un informe extraoficial a un periodista: «Trabajar aquí es imposible. Un paso adelante, tres pasos atrás: así es como avanza la lucha contra la Mafia».

También los medios de prensa golpeaban a Falcone. En mayo de 1990, el alcalde antimafia Leoluca Orlando utilizó un programa de tertulia política como plataforma para acusar a Falcone de proteger a políticos respaldados por la Mafia de que fueran procesados; de mantener «ocultos en su escritorio» casos sensibles a este respecto. Era otra calumnia insidiosa. Había una convicción generalizada de que la ley solo capturaba a los rangos inferiores del mundo criminal; que a los «peces gordos», o a la «Mafia real», o al así llamado «tercer nivel», nunca los tocaban. No hay manera posible de refutar esa convicción, y nos habla de un rechazo de la política

que está impregnado en el tejido de la opinión pública italiana.

Falcone exigió, irritado, que Orlando probara sus denuncias y afirmó que si no había acusado a nadie de tener vínculos con la Mafia era por la razón jurídica elemental de que no disponía de pruebas. Desde la perspectiva de Falcone, Orlando estaba intentando, con mucho cinismo, mostrarse incluso más contrario a la Mafia que el adalid de la causa antimafia. El episodio fue también hiriente en el terreno personal, pues Falcone consideraba a Orlando un amigo: el alcalde había oficiado la ceremonia de bodas del magistrado en 1986. Sin embargo, Orlando habría de persistir durante meses en sus acusaciones, reprochándole a Falcone que estaba intentando agradar al sistema corrupto de Roma.

Más seria que todos estos ataques personales fue la gradual erosión del trabajo realizado por Falcone y Borsellino en el macrojuicio. A principios de 1989, solo sesenta de los trescientos cuarenta y dos individuos condenados en el *maxi* estaban aún en la cárcel. Muchos habían sido liberados porque el sistema legal italiano no considera a nadie culpable hasta que su caso no haya pasado por todas las fases posibles del juicio procesal, hasta llegar a la Corte Suprema. Incluso aquellos que estaban aún entre rejas se las habían ingeniado para dar con una forma de estar más cómodos. Pippo Calò, el que puso la bomba en el tren y protagonizó el careo con Buscetta en el tribunal del búnker, había conseguido que le diagnosticasen asma y estaba ahora viviendo con comodidad en un hospital de Palermo.

Lo peor estaba por llegar. En diciembre de 1990, la Corte de Apelaciones emitió sentencia respecto a los veredictos del macrojuicio. Siete de las diecinueve cadenas perpetuas fueron desestimadas, como lo fueron las explicaciones dadas por Falcone y Borsellino a cierto número de asesinatos de alto perfil, incluyendo el del general Carlo Alberto Dalla Chiesa. Se tendió un manto de duda sobre todo el «teorema Buscetta» y el valor del testimonio aportado por los arrepentidos. El caso llegaría pronto a la Corte Suprema, que ya había demostrado su profunda suspicacia respecto a los métodos de los jueces en Palermo y la teoría de que la Mafia siciliana era una organización única. Tras quedar en evidencia en toda su feroz complejidad por el macrojuicio, la Mafia se estaba volviendo tan

legalmente diáfana como lo había sido durante el siglo pasado y más.

Falcone se va a Roma

En lo más profundo, bajo la superficie candente de su violencia terrorista, sus crisis constantes y sus coaliciones de gobierno inestables, la Italia de posguerra era un país inmovilizado por la Guerra Fría. Siempre en la oposición, el Partido Comunista Italiano recibía financiación de Moscú; siempre en el gobierno, los democristianos recibían dinero de la CIA. La podredumbre hedía en la atmósfera política estancada: en cada rincón del Estado, las facciones y camarillas secretas se disputaban los despojos del poder. En una paradoja muy italiana, los vínculos entre los centros del poder y el país de «allí afuera» se volvieron muy lejanos y a la vez estrechos hasta la asfixia. Lejanos, porque la obsesión de promover a los aliados y amigos, de ocupar «centros de poder», hacía que las reformas fueran poco menos que imposibles. Los auténticos derechos y necesidades del pueblo italiano —entre ellos, el imperio de la ley— eran desatendidos. Pero también estrechos, porque a medida que el Estado ocupaba cada vez más espacio dentro de la sociedad, los ciudadanos debían buscar aliados y amigos políticos para conseguir un trabajo o lograr hacer cualquier cosa. Había un pueblo que detestaba a los políticos y, a pesar de todo, dependía más de ellos que cualquier otra nación de Europa. Había un Estado que las mafias estaban adaptadas a la perfección para infectar y un partido gobernante que tenía muy pocas defensas para combatir la infección mafiosa. Había una sociedad en la que todo aquel que estuviese haciendo su trabajo de manera apropiada, cualquiera que tomara la iniciativa, se arriesgaba a provocar suspicacias, si no una abierta hostilidad. La historia de las aflicciones de Giovanni Falcone a finales de los años ochenta era una metáfora de la misma experiencia que vivían incontables ciudadanos

honestos.

La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y el fin de cuarenta y dos años de Guerra Fría habrían de desestabilizar el sistema. El efecto más inmediato que esto provocó fue el cambio de nombre del Partido Comunista Italiano y el de hundirlo en una crisis de identidad que lo volvió prácticamente inoperante. La gran pesadilla de la política italiana ya no existía. Al principio, los democristianos y sus aliados parecieron salir ilesos, victoriosos, pero su sistema había perdido ahora su *raison d'être* fundamental: mantener a los rojos a raya. La DC estaba viviendo, a partir de ahora, de prestado.

El hombre que encarnaba la faceta más cínica y resbaladiza del dominio democristiano, Giulio Andreotti, fue primer ministro entre 1989 y la primavera de 1992. Incluso Andreotti y los otros grandes del antiguo sistema podían apreciar que el gobierno debía tomar ahora la iniciativa. El ansia de reformas y el desagrado público reprimido hacia la clase política buscaban vías de salida. En los feudos democristianos del nordeste, la Liga de Norte, acumulando ofensas racistas contra los sureños y difundiendo vulgares invectivas contra la «Roma ladrona», comenzó a reunir votos. Combatir el crimen era una cómoda manera en que los políticos que habían gobernado Italia durante tanto tiempo podían conseguir ahora renovada legitimidad.

En febrero de 1991, Giovanni Falcone aceptó la oferta de un cargo superior en el Ministerio de Justicia: sus instrucciones eran las de revisar el enfoque completo de Italia ante el crimen organizado. Viniendo de parte del gobierno, esto era un viraje súbito para aflojar tensiones. Como todo el mundo sabía, Andreotti se había beneficiado del apoyo político de Salvo Lima y «la "familia política" más retorcida» de la isla a partir de los años sesenta. Como todo el mundo sabe ahora, Andreotti mantuvo una relación estrecha con la Cosa Nostra hasta 1980. Aun así, entonces aparecía transfiriendo el poder en aspectos claves del sistema judicial al mayor enemigo de la Cosa Nostra. El nombramiento de Falcone fue en extremo bienvenido pero, a la vez, de una conveniencia cínica.

En Palermo, desde los *mafiosi* hasta algunos de los que apoyaban a Falcone estaban convencidos de que el adalid de la Antimafia había

transigido en su causa a cambio de un gran sillón en un alto despacho romano. Tanto el desgaste demoledor como los escándalos y las decepciones de los años transcurridos desde el macrojuicio habían logrado neutralizarlo. Andreotti había atrapado a una nueva víctima.

En la víspera de su partida a Roma, Falcone respondió a esas acusaciones en una reveladora entrevista que dio en un restaurante de Catania. En ella se valió de una humilde metáfora para aludir a sus logros pretéritos y sus planes futuros en la lucha contra la Mafia. En Palermo había construido una habitación, dijo. Ahora había llegado la hora de construir un edificio entero, y para eso debía ir a Roma.

A medida que transcurría la entrevista, Falcone no pudo disimular el dolor que sentía de verse forzado a dejar Palermo. Lo más doloroso de todo era la insinuación de que el atentado bomba de Addaura había quebrado su temple y que se iba a Roma para huir del lugar. Su respuesta fue una inusual muestra de ira: «No tengo miedo a morir. Soy siciliano». Cogiendo el botón de su chaqueta con tal ímpetu que casi lo arrancó de su sitio, continuó: «Sí, soy siciliano. Y para mí, la vida vale menos que este botón».

Una vez en Roma, Falcone se puso a trabajar con su habitual dinamismo. El resultado de ello fue una impugnación asombrosa a cualquiera que pensara que se había vuelto inofensivo. En su cargo diseñó una serie completa de leyes para intensificar la lucha contra todas las mafias, a nivel nacional. Hubo medidas adoptadas para verificar el blanqueo de dinero y para mantener encarcelados, durante el largo proceso de sus casos, a los acusados en juicios contra las mafias. El gobierno adquirió la facultad de disolver los ayuntamientos municipales en los que se había infiltrado el crimen organizado. Se estableció un nuevo fondo para apoyar a las víctimas de las redes de extorsión. Se prohibió ejercer cargos públicos a los políticos y burócratas condenados por delitos relacionados con las mafias. Y, en última y decisiva instancia, se aprobó una ley para regular los incentivos que podía ofrecerse a los arrepentidos a cambio de información fiable.

Mucho más relevantes que cualquiera de estas leyes eran los planes de

Falcone de crear estructuras completamente nuevas para investigar y procesar a la Cosa Nostra, la Camorra, la ‘Ndrangheta y otras organizaciones mafiosas de Italia. La *Direzione Investigativa Antimafia* (Dirección de Investigación Antimafia), o DIA, fue una especie de equivalente italiano del FBI: habría de liderar y coordinar a las distintas fuerzas policiales de Italia en su guerra contra el gangsterismo. Para la judicatura, Falcone tomó como modelo el *pool* antimafia de Palermo y propuso imitarlo. Se organizarían equipos especializados de jueces que dedicarían sus esfuerzos por entero a la lucha contra las mafias, en todas las fiscalías del país. Se les conocería como la *Direzioni Distrettuali Antimafia* (Dirección del Distrito Antimafia), o DDA. El sistema de un *pool* de jueces desmantelado en Palermo se había transformado en la plantilla que había que aplicar a nivel nacional. Las DDA estarían coordinadas por una *Direzione Nazionale Antimafia* (Dirección Nacional Antimafia), o DNA, encabezada por un magistrado con experiencia al que la prensa muy pronto denominó el «superfiscal». Se usarían grandes bases de datos para llevar un registro de la miríada de nombres, caras y conexiones de las redes mafiosas en Italia.

A Falcone lo habían marginado en Palermo y los logros pioneros del *pool* antimafia, desempeñados en medio de una violencia espantosa, habían quedado poco a poco menoscabados. Aun así, con extraordinaria lucidez y coraje, el juez había aprovechado un breve momento de oportunidad política para aplicar las lecciones de su amarga experiencia en Palermo y transformar por completo la lucha contra las mafias a nivel nacional. Habría de ser el broche de oro a sus logros, su legado al país que nunca lo valoró como era debido.

Durante ciento treinta años, la respuesta de Italia a las mafias había sido poco entusiasta y esporádica en el mejor de los casos. No había nadie en las esferas del poder que hubiese considerado las tres organizaciones históricas de gángsteres —la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta— como un asunto a nivel nacional, como las tres caras de un mismo grupo de problemas. Y, lo más perturbador de todo, Italia había sido olvidadiza. Cada nueva generación de policías, jueces, políticos y ciudadanos había tenido que redescubrir por sí misma a las mafias. Los planes de Falcone para la

DIA, la DNA y las DDA trajeron consigo tremendos avances y una novedosa continuidad en los esfuerzos antimafia. A partir de entonces, cuando Italia investigara los crímenes de la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta, lo haría empleando el método de Falcone. Por primera vez en su vida como Estado unificado, Italia había sido dotada de una memoria institucional para abordar el crimen mafioso. Falcone al fin había eliminado la maldición de la amnesia y hecho posible que su país empezara a aprender de su experiencia.

Mientras contemplaban con horror el desarrollo de los acontecimientos en Roma, los *mafiosi* sicilianos sabían que el veredicto de la Corte Suprema en el macrojuicio, que debía emitirse a comienzos de 1992, sería decisivo para su suerte. Un veredicto que confirmara el teorema de Buscetta habría de establecer un precedente legal decisivo al confirmar finalmente la existencia de la Cosa Nostra como una organización criminal única. Los jefes de la Comisión Palermo también tenían razones personales de peso para seguir de cerca las deliberaciones de la Corte Suprema: la mayoría de ellos se enfrentaban a sentencias irreversibles de cadena perpetua. El resultado negativo del macrojuicio sería asimismo, desde el punto de vista de la Mafia siciliana, un juicio catastrófico al dominio dictatorial del Corto Riina dentro de la honorable sociedad. Diez años de matanzas sin precedentes habían dejado expuesta a la Cosa Nostra al riesgo de su peor derrota legal de la historia. Era necesario contraatacar.

El 9 de agosto de 1991, el magistrado calabrés Nino Scopelliti volvía a su hogar desde la playa cuando le tendieron una emboscada en una carretera que mira desde arriba al estrecho de Messina. Scopelliti debía presentar ante la Corte Suprema el caso de la fiscalía en el macrojuicio. Hasta hoy, el caso de su muerte permanece sin resolver, aunque lo más probable es que la Cosa Nostra pidiera a la ‘Ndrangheta que lo matara como un favor. Se piensa que la paz que finalmente puso término a la segunda guerra de la ‘Ndrangheta por esta época fue mediada por la Cosa Nostra como parte del trato. Hoy, un monumento señala el lugar en que el BMW de Scopelliti

chocó: muestra a un ángel alado de rodillas, sosteniendo la balanza de la justicia.

El Corto Riina hizo distintas promesas a sus hombres. Les indicó que los políticos fieles a la Cosa Nostra, sobre todo el «joven sultán» Salvo Lima, moverían los hilos necesarios para asegurar que la fase final del macrojuicio les fuera favorable. Anunció que el caso se le confiaría a una sección de la Corte Suprema presidida por el juez Corrado Carnevale, cuya tendencia a revertir las condenas a la Mafia a base de tecnicismos ínfimos le había granjeado en la prensa la fama de «asesino de veredictos». El juez Carnevale no ocultaba su desdén por el teorema de Buscetta.

A pesar de estas promesas, hacia finales de 1991 la Cosa Nostra sabía que tenía muchas probabilidades de perder la batalla del macrojuicio. En octubre, Falcone se las arregló para que las audiencias del macrojuicio rotaran y quedaran lejos de la sección en la que operaba el asesino de veredictos de la Corte Suprema. El Corto convocó a sus hombres de toda Sicilia a una reunión cerca de Enna, en el centro de la isla, para preparar la respuesta de la organización al dictamen de la Corte Suprema. Había llegado la hora de tomar las armas, dijo. El plan era «primero declarar la guerra al Estado, para después forjar la paz». Se reactivaron las condenas a muerte latentes contra Giovanni Falcone y Paolo Borsellino. Como siempre había hecho, la Cosa Nostra iba a negociar con el Estado con un arma en la mano, pero esta vez lo que estaba en juego era más serio que nunca.

El 30 de enero de 1992, la Corte Suprema emitió su dictamen y revalidó el veredicto original del macrojuicio. El teorema de Buscetta se había convertido en un hecho. La Cosa Nostra existía a los ojos de la ley italiana. Cuando se conoció la noticia, Giovanni Falcone estaba en una reunión en el Ministerio de Justicia con un magistrado que había viajado desde Japón para pedirle consejo. Falcone sonrió y le indicó lo que significaba el resultado final del macrojuicio: «Mi país no ha terminado de asimilar lo que acaba de suceder. Esto es algo histórico: este resultado ha hecho añicos el mito de que no es posible castigar a la Mafia».

Para los enemigos de Falcone era igual de evidente lo significativo del veredicto de la Corte Suprema. La brutalidad del Corto Riina había distanciado a la Cosa Nostra de sus encubridores políticos. Su liderazgo

sería cuestionado y su vida estaría, ineludiblemente, en venta. El jefe de todos los jefes declaró que la Cosa Nostra había sufrido una traición y tenía derecho a exigir venganza. Su principal sicario ha dicho, desde entonces, que la Cosa Nostra se disponía a «destruir a la facción política de Giulio Andreotti que lideraba [en Sicilia] Salvo Lima». Sin Lima ni Sicilia, Andreotti perdería mucha de su influencia dentro de la DC. Así, menos de seis semanas después del dictamen de la Corte Suprema sobre el teorema de Buscetta, Salvo Lima recibió su recompensa por cuarenta años de servicios a la Cosa Nostra cuando lo acribillaron dos individuos en motocicleta en el suburbio costero palermitano de Mondello.

Falcone entendió que la ejecución de Lima podría implicar cambios importantes. Como dijo a otro juez que estaba con él cuando se conoció la noticia: «¿No lo entiende? Debe usted tomar conciencia de que se ha roto un equilibrio, y que el edificio entero podría derrumbarse. De ahora en adelante no sabemos lo que va a ocurrir, en el sentido de que podría ocurrir cualquier cosa».

Con la creación de la DIA, la DNA y las DDA, la confirmación del teorema de Buscetta, la orfandad política de la Cosa Nostra y, por último, el asesinato de Salvo Lima, los pocos meses de Falcone en el Ministerio de Justicia vieron el amanecer de una época completamente nueva en la prolongada historia de la relación que Italia mantenía con las mafias. Una época en la que todavía nos encontramos. Una época nacida entre el estruendo de las bombas.

6
La caída de la Primera República

Sacrificio

A las 17 horas, 56 minutos y 48 segundos del 23 de mayo de 1992, en el observatorio geológico de Monte Cammarata, cercano a Agrigento y al sur de Sicilia, las agujas del sismógrafo saltaron al unísono. Dieciséis segundos antes, a sesenta y cinco kilómetros de allí, una franja de la carretera entre el aeropuerto de Palermo y la ciudad había sido arrasada por una colosal explosión.

En la escena del estallido, tres policías, Angelo Corbo, Gaspare Cervello y Paolo Capuzza, sintieron una onda expansiva y una oleada de calor que los lanzó hacia delante cuando su automóvil se había detenido en seco por un alud de escombros. El trío viajaba en el tercer vehículo de la caravana de tres coches que escoltaban a Giovanni Falcone y a su esposa cuando regresaban a su hogar de Palermo, para pasar el fin de semana. Aturdidos por el impacto, contemplaron horrorizados la devastación provocada. Entonces se les ocurrió que podía haber un segundo ataque, un escuadrón de la muerte que entraría en escena para acabar con el hombre bajo su protección. Capuzza intentó coger su subfusil M12, pero sus manos temblaban demasiado. Así que, como los otros, optó por su pistola reglamentaria. Los tres se tambalearon sobre el asfalto. El Fiat Croma blanco de Falcone estaba a unos metros de allí, inclinado hacia delante, al borde de un cráter de cuatro metros de profundidad. Falcone estaba en el asiento del conductor, tras la puerta blindada que se negó a ceder. Gaspare Cervello recordaría más tarde la escena: «Lo único que pude hacer fue llamar al juez Falcone. “Giovanni, Giovanni”. Él se volvió hacia mí, pero tenía una mirada vacía, resignada».

Giovanni Falcone y Francesca Morvillo murieron en la mesa de

operaciones ese mismo atardecer. Tres de sus guardaespaldas, Vito Schifani, Rocco Dicillo y Antonio Montinaro, ya estaban muertos hacía rato: iban en el coche que encabezaba el convoy, que recibió de lleno el impacto de la explosión.

¿Qué hace falta para ser un héroe? ¿De dónde sacó Falcone su valor, después de tantos reveses y de tanto terror? Muchos de sus ciudadanos miraban al Estado italiano con desdén; sus recursos humanos y materiales eran para demasiados políticos como simple forraje para el clientelismo. Con todo, fue en nombre de ese mismo Estado que Falcone había dado su vida.

La respuesta definitiva a esas preguntas reside oculta en las profundidades psicológicas a las que ningún historiador será capaz de llegar nunca. Por eso mismo, la pregunta dista con mucho de ser banal. Es, de hecho, extremadamente importante en términos históricos. Porque Falcone no estuvo solo. Muchos otros compartían su causa, empezando por su esposa y sus guardaespaldas. Después de Falcone, muchos otros se sentirían inspirados por su historia, igual que Falcone se había inspirado en el ejemplo de los que murieron antes que él.

Cuando se preguntaba a sus amigos y familiares qué era lo que movía a Falcone, hablaban de su educación, y del patriotismo y el sentido del deber que le fueron inculcados desde la más temprana infancia. Estos factores son fundamentales, pero la explicación más lúcida de lo que motivaba a Falcone provino quizá del hombre que compartió su destino.

Al atardecer del 23 de junio de 1992, exactamente un mes después de que Giovanni Falcone falleciera en sus brazos, Paolo Borsellino se detuvo un momento en su parroquia de Santa Luisa di Marillac a recordar a su gran amigo. Al avanzar hacia el púlpito, los cientos de personas que se habían reunido a la luz de las velas en la nave central se levantaron espontáneamente para aplaudirlo. Otros centenares de personas aplaudían desde el exterior. Siete minutos después, con la voz quebrada, Borsellino inició uno de los discursos más conmovedores de toda la historia de Italia:

Cuando llevaba a cabo su trabajo, Giovanni Falcone era perfectamente consciente de que un día el poder del mal, la Mafia, lo asesinaría. Al estar junto a su hombre, Francesca Morvillo era perfectamente consciente de que ella compartiría su suerte. Al proteger a Falcone, sus guardaespaldas eran perfectamente conscientes de que también ellos encontrarían ese destino. Giovanni Falcone no podía ser ajeno, ni era ajeno, al extremo peligro al que se enfrentaba, por la sencilla razón de que ya demasiados colegas y amigos suyos, que habían transitado por el mismo camino que él estaba imponiéndose a sí mismo, habían visto interrumpidas sus vidas. ¿Por qué no huyó, entonces? ¿Por qué aceptó esa situación aterradora? ¿Por qué no estaba preocupado por ello?…

Por amor. Su vida fue un acto de amor hacia esta ciudad suya, hacia esta tierra suya que lo vio nacer. Amor, en esencia, significa dar. Así, amar a Palermo y a su gente significaba, y todavía significa, darle algo a esta tierra, dar todo lo que nuestras facultades morales, intelectuales y profesionales nos permitan darle, para hacer que tanto la ciudad, como la nación a la que pertenece, sean mejores.

Falcone comenzó a trabajar de un modo nuevo aquí. Y con eso no me refiero solo a sus técnicas de investigación, pues él mismo era consciente de que los esfuerzos de los magistrados e investigadores debían estar en la misma longitud de onda que el sentimiento general. Falcone creía que la lucha contra la Mafia era el primer problema que había que resolver en nuestra bella y desdichada tierra, pero esa lucha no podía ser un cometido desapegado y represivo: debía ser a la vez un movimiento cultural, moral y hasta religioso. Todos debían involucrarse, y todos debían acostumbrarse a cuán bello es el aroma de la libertad cuando se lo compara con el hedor de la claudicación moral, de la indiferencia…, de congeniar con la Mafia y, por tanto, ser cómplice de ella.

Nadie ha perdido el derecho, o más bien el deber sacrosanto, de llevar adelante esa lucha. Falcone puede estar muerto en su carne, pero vive en su espíritu, tal y como enseña nuestra fe. Si nuestras conciencias no han despertado aún, deben hacerlo ahora. La esperanza ha recibido nueva vida con su sacrificio, con el sacrificio de su mujer, con el sacrificio de sus guardaespaldas… Ellos murieron por todos nosotros, por los injustos. Tenemos una gran deuda con ellos y hemos de pagar dichosos esa deuda prosiguiendo con nuestro trabajo, cumpliendo con nuestro deber, respetando la ley, aunque la ley exija sacrificios de nuestra parte. Debemos negarnos a disfrutar de cualquier beneficio que nos pueda aportar el sistema mafioso (incluidos favores, una palabra al oído de alguien, un trabajo). Debemos colaborar con la justicia, dando testimonio de los valores en los que creemos —en los que estamos obligados a creer—, aun cuando estemos ante un tribunal. Debemos cortar de inmediato todo negocio o vínculo económico —incluso aquellos que parezcan inocuos— con cualquiera que resulte portador de los intereses de la Mafia, ya sea pequeño o grande. Debemos asumir de lleno este legado fatigoso pero de una belleza espiritual. De esa forma, demostraremos ante nosotros mismos y ante el mundo que Falcone vive.

Al pronunciar estas palabras, Borsellino sabía que él era el siguiente en la lista. Sabía que Falcone era su escudo contra la Cosa Nostra. Su familia le oyó decir a menudo: «Él será primero, después me matarán a mí». Cuando Falcone se fue a trabajar al Ministerio de Justicia en Roma, Borsellino regresó de Marsala a Palermo para retomar la obra de su amigo

donde la había dejado. Ahora corría el rumor generalizado de que Borsellino era el candidato fundamental al cargo que Falcone había diseñado: «superfiscal», a cargo de la Dirección Nacional Antimafia, coordinando las investigaciones a nivel nacional contra el crimen organizado. Borsellino había preparado el macrojuicio con Falcone. Sicilia lo había elegido, lo quisiera él o no, para ser el heredero de Falcone como símbolo de la lucha contra la Cosa Nostra. Le habían informado incluso de que los explosivos destinados a atentar contra él ya estaban en Palermo.

Todo esto hace que su coraje resulte todavía más sorprendente, y el fracaso del Estado italiano para protegerlo aún más detestable.

El 19 de julio de 1992, un Fiat 126 cargado de explosivos estalló frente a la casa de la madre de Paolo Borsellino en la via Mariano d'Amelio. El magistrado acababa de llamar a la puerta cuando voló en pedazos.

Con Borsellino murieron sus cinco guardaespaldas, todos ellos voluntarios: Agostino Catalano, Vincenzo Li Muli, Walter Eddie Cosina, Claudio Traina y una oficial de Cerdeña de veinticuatro años llamada Emanuela Loi. En varias ocasiones, durante los cincuenta y seis días previos, Borsellino había salido solo a comprar cigarrillos con la esperanza de que le dispararan entonces, evitando así que nadie compartiera su final.

Por insistencia de su esposa, tuvo un funeral privado, en la misma iglesia en la que había pronunciado su epitafio el 23 de junio.

El funeral de Estado de sus cinco guardaespaldas se ofició en la catedral de Palermo, donde se convirtió en una auténtica manifestación pública. Se cortaron las calles aledañas al templo y un cordón policial intentó impedir el acceso por razones que nadie pudo entender. Entre la vasta multitud de ciudadanos doloridos que no pudieron entrar había miembros de las familias de los oficiales muertos. Hubo gritos, escupitajos, empujones y refriegas. La policía luchó contra la policía, gritando «No nos dejan estar con nuestros muertos». Como comentaba un testigo presencial:

> El Estado parecía un boxeador aturdido dando puñetazos en la dirección equivocada, hacia la gente. Las decenas y decenas de miles de palermitanos que habían acudido a la

piazza a protestar contra la Mafia estaban siendo tratados como si hubieran sido un gigantesco desorden público.

Al final, el cordón de rompió y la muchedumbre se precipitó al interior de la catedral. Los ataúdes de los guardaespaldas de Borsellino fueron recibidos con un coro de «*GIUS-TI-ZIA, GIUS-TI-ZIA*». Justicia. Justicia. Justicia.

El fin del viejo orden

El verano de 1992 en Palermo fue un momento de furor, desesperación y escepticismo. Fue también un momento de gran energía cultural y política, ya que la parte sana de la ciudad quería expresar sus sentimientos. Hubo manifestaciones, desfiles de antorchas, cadenas humanas… El árbol que había frente a la casa de los Falcone, en la via Notarbartolo, se convirtió en un santuario a la memoria de los héroes. De los balcones en toda la ciudad pendían pancartas con eslóganes antimafia: ¡FALCONE VIVE!; FUERA LA MAFIA DEL ESTADO; PALERMO EXIGE JUSTICIA; IRA Y DOLOR… ¿CUÁNDO TERMINARÁ?

Los ecos procedentes de Palermo resonaban en todo el panorama político nacional, que estaba atravesando un verdadero terremoto. Una crisis en múltiples estratos estaba en fase de desacreditar el sistema vigente desde 1946. El fin de la Guerra Fría estaba teniendo sus efectos retardados.

Falcone murió el 23 de mayo de 1992 en mitad de un vacío de poder en Roma. Las recientes elecciones generales habían asistido a una pérdida de votos de la DC. «Caída del muro DC», decía el titular de un periódico. Tras las elecciones, el inicio de un nuevo ciclo parlamentario de cinco años coincidió con el inicio de un nuevo período de siete años de la Presidencia de la República. Aún debía formarse la coalición gobernante, y los parlamentarios y senadores recién elegidos estaban todavía ocupados discutiendo quién sería el próximo presidente. Giulio Andreotti planeaba como siempre alguna de sus tretas, esperando a que se descartara a otros candidatos antes de dar un paso al frente. Las llaves del Quirinale, el palacio del jefe de Estado en Roma, serían el broche de oro glorioso a su dilatada carrera.

La vergüenza y el horror que siguieron a la muerte de Falcone hicieron impensable la candidatura de Andreotti. En los meses siguientes, el político más poderoso de la Italia de posguerra quedaría poco a poco marginado. Oscar Luigi Scalfaro, un respetado y venerable hombre de Estado democristiano sin «olor a Mafia» a su alrededor, enseguida salió elegido presidente.

Aun así, Italia no tuvo la oportunidad de recobrar su equilibrio después del 23 de mayo. Al atardecer del día en que Borsellino fue asesinado, veintiocho millones de personas siguieron el noticiario especial de la cadena de televisión estatal de la RAI, y otros doce millones vieron desplegarse el horror en los canales privados. «La Mafia declara la guerra al Estado», decía el titular de un periódico nacional al día siguiente. La guerra, siendo estrictos, ya se la había declarado hacía más de una década. Ahora parecía que el Estado estaba a un paso de perder esa guerra. No solo eso: el país entero parecía estar desintegrándose.

El 16 de septiembre de 1992, tras varios meses de sufrir presiones en los mercados internacionales de divisas, la lira se vio obligada a salir del Mecanismo de Tipos de Cambio, el precursor de la planeada moneda única europea. Las deudas acumuladas por la partitocracia habían destruido la credibilidad financiera de Italia.

El día después de que la lira saliera del Mecanismo de Tipos de Cambio, la Cosa Nostra mató a otro componente clave de lo que alguna vez había sido la maquinaria de la DC en Sicilia: Ignazio Salvo, el recaudador de impuestos defenestrado por el macrojuicio, fue asesinado a tiros en la puerta de su villa. Como Salvo Lima, Ignazio Salvo pagó con su vida el fracaso a la hora de proteger a la Cosa Nostra de Falcone y Borsellino.

Entretanto, acababa de saltar a la palestra un gran escándalo de corrupción, con investigaciones dentro del Partido Socialista de Milán. Los meses de verano y otoño asistieron al espectáculo de cada vez más políticos y funcionarios del partido convertidos en blancos de las investigaciones, reunidas bajo el nombre de «Operación Manos Limpias». El escándalo siguió creciendo hasta envolver a la debilitada «partitocracia». A finales de 1993, unos doscientos parlamentarios estaban bajo investigación. En enero de 1994, el Partido Demócrata Cristiano se disolvió. La Primera República,

como se la conoce hoy, había muerto. La Cosa Nostra había contribuido a finiquitarla.

Pero precisamente porque el antiguo régimen se estaba desmoronando, Italia encontró la voluntad para responder a la consternación pública y contraatacar. Al asesinar a Falcone y a Borsellino, el Corto Riina y su entorno atrajeron las represalias del Estado no solo contra ellos, sino también contra todo el mundo criminal italiano. Durante una breve y extraordinaria temporada, entre la muerte de Borsellino en julio de 1992 y la primavera de 1994, las instituciones de Italia al fin exigieron a las mafias responsabilidades por más de una década de matanzas. Hasta las cifras crudas reflejan el cambio. Entre 1992 y 1994, 5.343 personas fueron arrestadas bajo la ley antimafia Rognoni-La Torre. En 1991 hubo en Italia 679 homicidios relacionados con la Mafia; en 1994, la cifra había descendido a 202.

Inmediatamente después del asesinato de Borsellino, se envió a siete mil soldados a Sicilia para relevar a la policía en sus deberes más habituales. Una nueva legislación antimafia se apresuró a ver la luz en el Parlamento; una legislación que llegaba con una década de retraso, pero que fue bienvenida de todos modos. Se creó un programa de protección a los testigos. Y algo casi tan importante como ello, se impuso un nuevo y estricto régimen carcelario a los jefes mafiosos. Por fin, Italia contaba con los medios para impedir que cárceles como la de Ucciardone se convirtieran en centros de mando del crimen organizado.

La guerra contra la Mafia también experimentó progresos en el frente internacional. En septiembre de 1992, el clan de los Cuntrera-Caruana, miembros clave del Sindicato Transatlántico del tráfico de heroína, sufrieron un serio revés cuando fueron extraditados desde Venezuela tres de los hermanos Cuntrera: Pasquale, Paolo y Gaspare.

Un nuevo fiscal general de Turín, Gian Carlo Caselli, se ofreció voluntario para acceder a la zona de guerra de Palermo. La valentía y la absoluta integridad profesional de Caselli no eran lo único que hacía de él la

persona ideal para el cargo. Tenía a sus espaldas un distinguido historial investigando a las Brigadas Rojas a finales de los setenta y principios de los ochenta. Tenía experiencia en tratar con arrepentidos, y en los rigores de la vida con escolta armada. Además, había apoyado a Falcone en todas las etapas de su lucha con el Consejo Superior de la Magistratura. Los fiscales de Palermo se sintieron más motivados que nunca.

En enero de 1993, el mismo día de la llegada de Caselli a Sicilia, el Corto Riina fue capturado cuando circulaba con su chófer por una carretera de circunvalación alrededor de Palermo. Estaba huido desde 1970, cuando se dio a la fuga, pero como solía ocurrir con los numerosos fugitivos de la justicia que pertenecían a la Cosa Nostra, la expresión «a la fuga» era una metáfora del todo inadecuada. En los veintitrés años que llevaba evadiendo la justicia, Riina no solo había orquestado su *coup d'êtat* dentro de la Cosa Nostra, gestionado su imperio económico y asesinado a incontables y heroicos representantes de la ley; también se había casado en una iglesia, había procreado y educado a cuatro hijos, y había obtenido la mejor atención médica que el dinero podía comprar.

Su arresto fue consecuencia de información procedente del interior, de su antiguo chófer. Desde la muerte de Borsellino, los magistrados habían recibido un aluvión de chivatazos similares. La cifra de arrepentidos también creció exponencialmente. Algunos se vieron incentivados por las nuevas medidas para protegerlos; otros le temían al nuevo régimen carcelario, y a algunos les impactó en su lado humano lo ocurrido con Falcone y Borsellino. Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, conocido traficante de heroína que conducía un Ferrari, se convirtió en testigo de cargo en mayo de 1992, después de que Giovanni Falcone le hubiera animado a ello durante meses. Fue el último individuo que había interrogado Borsellino. La bomba de la via d'Amelio eliminó las últimas reticencias de Mutolo y, a partir de entonces, ya no se guardó nada. Tras estar en prisión con jefes cercanos a Riina hasta la primavera de 1992, fue capaz de proporcionar la primera descripción desde el interior de la estrategia de la Cosa Nostra posterior al dictamen de la Corte Suprema en el macrojuicio. También facilitó pruebas para arrestar, en la víspera de la Navidad de 1992, a Bruno Contrada, antiguo jefe de policía de Palermo y

subjefe del servicio de inteligencia interior de Italia. Contrada sería condenado en última instancia por complicidad con la Cosa Nostra.

Lo más sensacional de todo fue que las pruebas que aportó Mutolo se utilizaron también contra el siete veces primer ministro Giulio Andreotti. Cuando Tommaso Buscetta se reunió por primera vez con Falcone en 1984, le advirtió que Italia no estaba preparada, a su juicio, para hablar de los nexos de la Cosa Nostra con la clase política. Los trágicos hechos de 1992 persuadieron a Buscetta de que ahora era el momento correcto: él también implicó a Andreotti. Otro arrepentido, el refinador de heroína Francesco Marino Mannoia, alias «Mozzarella», declaró ante los fiscales que él en persona había visto a Andreotti reunirse en los primeros días de 1980 con Stefano Bontate, el Príncipe de Villagrazia. En la agenda de la reunión estuvo el plan de la Cosa Nostra de matar al presidente de la región siciliana, Piersanti Mattarella. Según Marino Mannoia, Andreotti se opuso al plan, pero Bontate se le impuso, siguió adelante y mató a Mattarella. Los jueces declararían más tarde que esta reunión marcó el punto a partir del cual Andreotti se fue distanciando de la Cosa Nostra. Con todo, sigue siendo un episodio escalofriante. Andreotti sabía de antemano que la Mafia planeaba asesinar a Mattarella, su colega del partido, pero no hizo nada para salvarlo.

La Cosa Nostra intentó aterrorizar a los arrepentidos para que guardaran silencio. Santino Di Matteo, capturado unas pocas semanas después que Riina, fue uno de los primeros del grupo en confesar que había planificado y ejecutado el atentado bomba contra Giovanni Falcone. Como consecuencia, el hijo de once años de Di Matteo, Giuseppe, fue víctima de un secuestro, que pasó encerrado en un sótano durante más de dos años, antes de ser estrangulado y disuelto en ácido.

Pese a todo, hubo nuevos arrepentidos, incluidos algunos del círculo íntimo del Corto Riina. En septiembre de 1992, un joven narcotraficante llamado Vincenzo Scarantino fue arrestado y acusado de poner la bomba que mató a Paolo Borsellino y a sus guardaespaldas. Él también confesó.

Sicilia respiraba una atmósfera revolucionaria. La Iglesia católica ha sido siempre la institución más resistente al cambio en Italia. Por otra parte, cuando se trataba del crimen organizado, se había mostrado durante mucho

tiempo indigna de la fe que le profesaban creyentes como Paolo Borsellino, por no mencionar a los curas que pagaron con su vida por oponerse a la Mafia durante décadas. Pero ni siquiera el Papa podía evitar conmoverse con el ánimo general que Palermo irradiaba en 1992-1993.

En mayo de 1993, Juan Pablo II fue hasta Sicilia por primera vez en una larga década. En el estadio de fútbol de Agrigento, poco después de reunirse con la familia de una joven magistrada de nombre Rosario Livatino, que fue asesinada en 1990, el pontífice se desvió del discurso que había preparado de antemano para lanzar una perorata contra la Mafia y su «cultura de la muerte». «¡Convertíos! ¡Porque un día el juicio de Dios vendrá!». El Vaticano había abandonado sus habituales recelos en torno a la causa antimafia. La Cosa Nostra era, al fin, un anatema.

La Camorra sufrió casi tanto como la Cosa Nostra con las bombas de Sicilia y la caída de lo que empezaba a denominarse la Primera República.

Pasquale Galasso, un cabecilla de la Camorra, fue un ejemplo primordial de lo que podía significar ser un burgués en los centros candentes del crimen organizado al sur de Italia. Era hijo de un «hombre de respeto» de un pequeño pueblo entre Nápoles y Salerno. Su padre poseía tierras, comerciaba productos agrícolas, administraba una concesión para la venta de tractores y excavadoras y cosechaba votos para los potentados democristianos locales. Pasquale tuvo un Ferrari cuando acababa de salir de la adolescencia y se matriculó en la universidad para estudiar medicina. En 1975, a la edad de veinte años, mató a tiros a dos individuos. Con ayuda de los abogados de su padre, Galasso al final sería absuelto con el argumento de que había actuado en defensa propia. Antes de ello, lo habían enviado a la cárcel de Poggioreale, donde se refugió bajo el ala de Raffaele Cutolo, el Profesor.

Cuando estalló la guerra con la Nuova Famiglia a finales de 1970, el Profesor visitó a Galasso en su casa para pedirle que se uniera a la Nuova Camorra Organizzata. Galasso se negó y Cutolo hizo asesinar a uno de sus hermanos como venganza. En vez de la NCO, Galasso se sumó a la Nuova

Famiglia y, en particular, a alguien que había conocido en prisión: Carmine Alfieri, *‘o ‘Ntufato*. El antiguo estudiante de medicina sería el brazo derecho de *‘o ‘Ntufato* durante el resto de la guerra; juntos, alcanzarían la cima del crimen organizado en Campania. Cuando registraron la villa de la familia Galasso en octubre de 1991, los carabineros encontraron un alijo de tesoros artísticos escondidos, incluido el trono bañado en oro que una vez perteneció al último rey borbón de Nápoles.

En mayo de 1992, Galasso fue capturado cuando presidía una reunión entre empresarios de la construcción y miembros de su clan. Sospechando que estaba a un paso de ser traicionado por sus amistades políticas, más adelante ese mismo año se «arrepintió» y confesó hasta cuarenta asesinatos. Su testimonio permitió a la policía reconstruir toda la historia de la Nuova Famiglia, desde su surgimiento hasta su ruptura en las secuelas de la victoria sobre la Nuova Camorra Organizzata.

El chivatazo de Galasso facilitó también el arresto del propio *‘o ‘Ntufato*, después de nueve años de estar huido. Los investigadores estimaron que su fortuna alcanzaba los 1,5 billones de liras: el mayor patrimonio en la historia criminal de Italia, equivalente a cerca de 1.200 millones de euros al valor de 2011. La prensa dio mucha resonancia al hecho de que en la biblioteca de *‘o ‘Ntufato* hubiera ejemplares de Dante y Goethe, con abundancia de notas al margen, y que le gustara escuchar Bach mientras aceptaba sobornos y ordenaba asesinatos. Entre los más serenos y poderosos de todos los *camorristi*, Galasso fue enviado a la formidable isla prisión de Pianosa, frente a las costas de Toscana. Allí, tras ver en televisión la denuncia que hizo el Papa de la Mafia siciliana, resolvió contarlo todo él también. Como resultado de ello, la organización dominante de la Camorra en Campania se desmoronó hecha trizas.

Juntos, Carmine Alfieri y su lugarteniente Pasquale Galasso, también harían una pequeña aportación para destruir el sistema de la DC del que habían formado parte integral, nombrando a una ristra de políticos con los que aseguraban haber hecho negocios. Muchos de esos políticos pertenecían a la maquinaria política de Antonio Gava, un antiguo ministro de Hacienda e Interior de la DC.

Como la Cosa Nostra, la Camorra reaccionó con ferocidad a la amenaza

de los arrepentidos. El día que *‘o ‘Ntufato* hizo su primera aparición en los tribunales, el 8 de abril de 1994, un grupo de sicarios anduvo buscando a su hijo Antonio, de veinticinco años. Alguien les informó de que estaba en casa de los padres de un amigo. Allí irrumpieron en el salón, apuntando a los presentes con sus armas y exigiendo saber dónde estaba el hijo de Alfieri. En un arrebato de frustración, uno de los asesinos disparó hacia el interior de un cuarto a oscuras. Cuando al fin se convencieron de que la familia no conocía el paradero de su objetivo, abandonaron el lugar, no sin antes destrozarle la rodilla a un pariente lejano de *‘o ‘Ntufato* que se encontraba allí. Solo más tarde se descubrió que había habido una víctima inocente de la incursión. Maria Grazia Cuomo estaba durmiendo en el cuarto a oscuras que el mafioso había ametrallado. Tenía cincuenta y cinco años, era soltera y rara vez salía de casa, porque tenía vergüenza de la mancha de nacimiento purpúrea que le cubría buena parte del rostro.

El hijo de *‘o ‘Ntufato* acabaría siendo víctima de un asesinato en septiembre de 2002. A su hermano también lo mataron a tiros en diciembre de 2004.

La mayor presión de las autoridades se hizo sentir del mismo modo en la ‘Ndrangheta. En este caso, hubo también una colección de arrepentidos cuyos testimonios dieron pie a nuevos juicios, cuyos recuerdos proyectaron una luz sobre la historia pasada de la ‘Ndrangheta y los relatos de sus vidas ilustraban la tenaza psicológica mortal de la mafia calabresa. He aquí dos ejemplos.

Giacomo Lauro era el hijo de un escultor que hizo estatuas y bajorrelieves en Brancaleone. Se inició en la ‘Ndrangheta a los dieciocho años, en 1960, por la época en que la honorable sociedad celebraba sus reuniones de noche, a la luz de las velas, y cuando el triunviro don ‘Ntoni Macrì era la figura dominante en la costa jónica. Tras combatir en la primera guerra de la ‘Ndrangheta, de 1974 a 1977, Lauro fue a la cárcel y lo enviaron a cumplir su exilio interior —de todos los lugares posibles— al norte de Campania. Allí se vinculó a los jefes de la Nuova Famiglia,

Antonio Bardellino y Carmine Alfieri, *‘o ‘Ntufato*, y se convirtió en uno de los enlaces entre la ‘Ndrangheta y la Camorra. Fue un consejero cercano de Antonio Imerti, el *Nano feroce*, durante la segunda guerra de la ‘Ndrangheta, entre 1985 y 1991. Después fue arrestado en Holanda, donde había acudido a recibir un pago por un cargamento de cocaína. En su bolsillo se encontró un billete de avión para Colombia. Tras el asesinato de Falcone y Borsellino, contactó con la embajada italiana y dijo que quería hablar. El testimonio de Lauro sería crucial para reconstruir toda la historia de la mafia calabresa, desde la cumbre de los «recolectores de setas» en Montalto en 1969. El testimonio de Lauro también arrojó luz sobre uno de los asesinatos políticos más célebres de la ‘Ndrangheta: el del político democristiano corrupto Ludovico Ligato en 1989.

Giovanni Riggio procedía de los alrededores al sur de Reggio Calabria. Su padre era un humilde albañil. En 1981, cuando tenía once años, su hermano de seis años murió en un accidente de tráfico provocado en el que el autor se dio a la fuga. Riggio vio quién era el conductor. Todo el vecindario sabía quién era, pero nadie habló. El dolorido padre de Riggio acudió a las autoridades, pero no recibió ninguna ayuda. Un día, le preguntó al oficial local de carabineros si podía ayudarlo en algo. El hombre se limitó a encogerse de hombros dentro de su uniforme y le dijo, con palabras textuales, que solo el cabecilla local podía resolver las cosas. El padre de Riggio lloró de desesperación. A partir de entonces, su hijo superviviente cultivaría un violento resentimiento contra la policía y una poderosa fascinación por los criminales presuntuosos que frecuentaban el bar del barrio.

Durante su adolescencia, Riggio también empezó a frecuentar el bar. Después de cometer varios delitos menores, el lenguaje tóxico del «respeto» y el «honor» entró en su sangre. En septiembre de 1987, se inició con el ritual de Osso, Mastrosso y Carcagnosso. En la primavera siguiente, cuando Riggio se topó con el hombre que había atropellado a su hermano pequeño, lo mató a tiros, en la euforia del momento. «Todo el mundo me vio, y yo inmediatamente pensé: ahora me van a arrestar. Pero no lo hicieron. Nadie dijo nada. Nadie habló. Al contrario: al día siguiente, la gente me sonreía, dándome a entender que había hecho lo correcto».

Para entonces, el «local» de Riggio se había visto arrastrado a un conflicto territorial. Al terminar ese conflicto, Riggio había cometido cuatro asesinatos por su propia mano y colaborado en otros diez. Tenía veintiún años.

Riggio se convirtió en testigo de cargo en septiembre de 1993, después de enamorarse de una chica de Rovigo que más tarde sería su esposa. Su testimonio permitió que encarcelaran a su antiguo jefe y a la mayoría del «local». Cuando le preguntaron qué pensaba ahora de la policía, dijo: «Hoy me siento como si fuese totalmente uno de ellos, porque si uno lo piensa bien estamos todos corriendo los mismos riesgos y peleando por la misma causa».

Esos arrepentidos, como la mayor presión policial, tuvieron sin duda sus efectos, ya que fue por esta misma época que la ‘Ndrangheta decidió al fin que el secuestro atraía demasiada policía a los rincones boscosos del macizo del Aspromonte. La determinación de una mujer jugó también un papel importante en esta decisión. La ‘Ndrangheta secuestró a Cesare, el hijo de Angela Casella, en enero de 1988. Durante sus 743 días de prolongado cautiverio, la mujer viajó varias veces a Calabria desde su hogar familiar en Pavía, cerca de Milán. Eso le granjeó en la prensa el nombre de «madre coraje», al apelar a la ayuda de la gente del Aspromonte; incluso se encadenó en varias plazas de pueblos de la región. Para cuando su hijo fue liberado en enero de 1990, su caso se había hecho tan conocido como el secuestro de Getty. A principios de 1990, los gángsteres calabreses abandonaron el tráfico de rehenes en lo que había sido la fuerza dominante entre las organizaciones criminales: el negocio que les había permitido dedicarse a los negocios de la droga y la construcción.

Una fase importante en la historia de la ‘Ndrangheta había terminado. Pero, de las tres mafias, los calabreses fueron los menos dañados por la represión de comienzos de los noventa. El número de arrepentidos es un buen indicador de ello. En 1995 se grabó a 381 miembros de la Cosa Nostra como testigos de cargo. El mismo año había un número notablemente inferior de arrepentidos de la Camorra: 192. Pero luego los antiguos cabecillas como Carmine Alfieri, *‘o ‘Ntufato*, infligieron un daño desproporcionado. El total de 133 desertores de la ‘Ndrangheta fue el más

bajo de las tres organizaciones criminales históricas.

Relativamente ilesa, la ‘Ndrangheta podía ahora cosechar las recompensas de la prolongada historia de invisibilidad que la diferenciaba de la Camorra y de la Cosa Nostra. Su decisión de rechazar la invitación del Corto Riina a unirse a la Cosa Nostra en su guerra contra el Estado daría también sus beneficios. Después de 1992, solo la ‘Ndrangheta, entre todas las organizaciones criminales, seguiría siendo un enigma, su estructura interna seguiría conociéndose solo en parte, y su existencia como una organización criminal única —más que un conjunto desperdigado de clanes locales— seguiría sin confirmar.

Negociaciones con bombas: el nacimiento de la Segunda República

Donde más se notó el impacto de los asesinatos de Falcone y Borsellino fue en la magistratura: entre sus colegas, obviamente, pero también entre los jueces más jóvenes que solo podían admirar a distancia a los dos héroes e intentaban vivir a la altura del espíritu de sacrificio que ambos representaban. Uno de esos jóvenes magistrados resumió los sentimientos de toda una generación de jueces: «Después de la segunda bomba, estábamos todos realmente dispuestos a que nos asesinaran. Aun con ese riesgo, no nos habíamos resignado al dominio de la Mafia». Las bombas de 1992 abrieron una profunda brecha entre quienes, por una parte, representaban el imperio de la ley, y por la otra, el sistema de poder criminal. La era del diálogo, y el compromiso, y la confabulación del Estado y la Mafia que había producido jueces como Giuseppe Guido Lo Schiavo, el hombre que inspiró la película *En nombre de la ley*, había terminado para siempre.

O, cuando menos, debería haber terminado. En los años posteriores a 1992, los magistrados de Sicilia y otros lugares habían vivido obsesionados por interrogantes que no lograban quitarse de la cabeza. El Corto Riina había fijado unos objetivos claros a su organización cuando el dictamen de la Corte Suprema en el macrojuicio se manifestó en su contra: «Primero declarar la guerra al Estado, para después forjar la paz». La Cosa Nostra estaba intentando negociar con bombas. Pero ¿con quién estaba negociando? ¿Acaso alguien trató de apaciguar a los asesinos de Falcone y Borsellino? ¿Acaso llegó a cerrarse algún trato? Hoy, veinte años después, los jueces instructores creen poder vislumbrar las respuestas a esas

preguntas.

La guerra de la Cosa Nostra contra el Estado no se detuvo en los asesinatos de Giovanni Falcone y Paolo Borsellino en 1992. Ni el arresto del Corto Riina, en enero de 1993, trajo consigo una interrupción de los atentados con bombas. De hecho, más adelante ese mismo año, sectores leales al Corto Riina dentro de la Cosa Nostra —cabecillas que llegaron a ser conocidos como el «ala pro masacre» de la organización— lanzaron una serie de ataques terroristas contra blancos de alto perfil en la Italia continental.

El 14 de mayo de 1993, un coche bomba detonó en la via Fauro de Roma. La víctima a la que apuntaba era Maurizio Costanzo, el presentador principal de un programa de televisión de tertulia en directo que había sido muy claro al manifestar su disgusto ante los crímenes de la Cosa Nostra. Por fortuna, aunque mucha gente resultó herida, el automóvil de Costanzo se salvó de la explosión y no hubo muertos; acababa de evitarse, por muy poco, una masacre.

Trece días después no hubo tanta suerte, cuando una minicamioneta Fiat cargada de explosivos explotó sin previo aviso a las puertas de la Galería Uffizi en Florencia. Cinco personas murieron, entre ellas una niña de nueve años. El motor de la camioneta apareció incrustado en un muro al otro lado del río Arno y tres cuadros que estaban expuestos en la Galería Uffizi resultaron dañados sin posibilidad de restauración.

Hubo otras cinco muertes en la via Palestro de Milán el 27 de julio. Justo pasadas las once de la noche, tres bomberos, un oficial de policía y un hombre que dormía por casualidad en un banco próximo fueron alcanzados por la explosión de otro coche bomba.

Apenas una hora después, Roma se convirtió de nuevo en el siguiente objetivo urbano de los coches bomba de la Cosa Nostra. Esta vez se hizo pagar a la Iglesia católica por la denuncia del Papa contra la Mafia siciliana al principio de aquel año. Un artefacto dañó la fachada del trono oficial del Papa en la ciudad, la basílica de San Giovanni en Laterano; en la gran *piazza* que hay frente a ella suelen convocarse muchas manifestaciones

políticas. Una segunda explosión destruyó el pórtico de la iglesia de San Giorgio en Velabro. No hubo víctimas en ninguno de los dos atentados.

Roma estaba programada para ser el escenario de la peor matanza de toda la campaña. El 31 de octubre de 1993, un Lancia Thema lleno de dinamita estacionó fuera del estadio olímpico, donde tenía lugar un partido entre la Lazio y el Udinese. Activada mediante control remoto, la bomba tenía como objetivo los aficionados que abandonaban el lugar y los carabineros que velaban por la multitud. El artefacto, que podría haber matado a docenas de personas, no estalló.

No hay precedentes, en los anales del crimen organizado en Italia, de las atrocidades cometidas en 1992-1993. Durante esos dos años terribles, las intenciones del ala pro masacre siguieron siendo firmes: «Primero declarar la guerra al Estado, para después forjar la paz». Las exigencias de Riina eran ambiciosas: quería desafilar las dos armas más efectivas del Estado contra el crimen organizado (los arrepentidos y la ley Rognoni-La Torre), y también revertir los resultados judiciales que esas armas habían conseguido (el macrojuicio de Falcone y Borsellino).

A medida que las masacres se sucedían, la necesidad de la Cosa Nostra de negociar se hizo cada vez más apremiante, y el listado de exigencias, mayor. En respuesta a la muerte de Falcone, el gobierno impuso un nuevo régimen carcelario, universalmente conocido como «41-bis», que pretendía evitar que los líderes *mafiosi* se comunicaran con el mundo exterior y pudieran seguir gestionando así sus imperios. (Esta fue otra de las ideas de Falcone). En mitad de la noche del 19 al 20 de julio, solo unas horas después del asesinato de Paolo Borsellino, la cláusula 41-bis entró en vigor cuando un avión del ejército llevó a cincuenta y cinco jefes de la Ucciardone, para sumarlos a otros ciento un criminales del máximo nivel, a la lóbrega colonia penal de la isla de Pianosa, frente al litoral toscano. La abolición del nuevo régimen carcelario pronto se añadió a los objetivos de guerra de la Cosa Nostra.

Todo el relato de la temporada de masacres mafiosas entre 1992 y 1993 sigue teniendo, de manera preocupante, un final abierto en ciertos aspectos cruciales. Por ejemplo, algunos sospechan que la negligencia no era el único factor en juego cuando Paolo Borsellino quedó desprotegido de modo

tan vergonzoso después del asesinato de Falcone.

En el momento posterior a la muerte del propio Borsellino, su diario rojo, que contenía algunas de sus anotaciones más secretas, desapareció de la escena de la masacre. (El hermano menor de Borsellino, Salvatore, considera el diario rojo como un símbolo de su búsqueda de la verdad).

Cuando el Corto Riina fue a la cárcel en 1993, su villa estuvo sin vigilancia el tiempo suficiente para que los *mafiosi* pudieran entrar en ella, sacar todas las pertenencias y documentos comprometedores, e incluso redecorarla. La razón exacta de por qué se permitió esto nunca se ha sabido bien. El episodio ha llevado a muchos a sospechar que algún miembro de la Cosa Nostra traicionó al Corto ante las autoridades a cambio de favores.

En 2008 afloraron ciertas revelaciones decisivas de las negociaciones de la Cosa Nostra con el Estado, cuando Gaspare Spatuzza empezó a hablar. Spatuzza, conocido con el apodo de «Calvito», era un hombre de honor de la familia Brancaccio de la Cosa Nostra, que estaba cumpliendo ya diversas cadenas perpetuas por su papel en la campaña de atentados bomba de la Cosa Nostra en el territorio continental. Calvito explicó que Vincenzo Scarantino, el joven narcotraficante que había pasado ya una década y media en prisión por poner el coche bomba que mató a Borsellino, no podía ser culpable, por la sencilla razón de que el culpable era él mismo, Spatuzza. La corroboración de Calvito para respaldar su revelación fue tan convincente, que se liberó a Scarantino y su inocencia se confirmó. (Él siempre había afirmado que no era culpable, alegando que lo habían torturado hasta hacer que confesase).

Otro nuevo misterio sobre las masacres de 1992-1993 quedó entonces a la vista. ¿Había sido la implicación de Scarantino obra de policías demasiado entusiastas desesperados por lograr algún resultado en el clima de urgencia que siguió a las muertes de Falcone y Borsellino? ¿O acaso la impactante injusticia cometida contra él formaba parte de un plan mayor y mucho más perverso?

El testimonio del Calvito Spatuzza ha aportado energías renovadas a la búsqueda de la verdad sobre las negociaciones entre la Cosa Nostra y el Estado a comienzos de los años noventa. Y han salido a la luz fragmentos de pruebas aún más preocupantes. Algunos carabineros han confirmado que

intentaron establecer contacto con la Cosa Nostra en el verano de 1992 para intentar parar las masacres, pero niegan que hubiese algún tipo de negociación.

En el verano y otoño de 1993, mientras Calvito se dedicaba a poner coches bomba en Florencia, Milán y Roma, se liberó a nada menos que 480 *mafiosi* del régimen carcelario que imponía la cláusula 41-bis por orden del ministro de Justicia Giovanni Conso. Conso ha dado hace poco explicaciones de ello, diciendo que este acto de clemencia fue una iniciativa puramente personal, pensada para enviar una señal de buena voluntad.

Lo más problemático de todo, como se ha confirmado, es que Paolo Borsellino había descubierto que el Estado había hecho propuestas a la Cosa Nostra en los días que siguieron a la muerte de Falcone, propuestas a las que él se había opuesto de manera contundente. El sicario principal del Corto Riina ha declarado que la Cosa Nostra elaboró su plan de matar a Borsellino precisamente para impedir que interfiriera en la consecución de un trato: «Las negociaciones en curso fueron la principal razón de que se acelerara el plan para eliminar a Borsellino».

Uno de los dos asesinatos más importantes en toda la historia del crimen organizado en Italia sigue por tanto, en esencia, sin resolver. Los testimonios de Spatuzza y otros plantean la posibilidad escalofriante de que Paolo Borsellino se prestase de manera deliberada a su sacrificio. Algunos testigos hablan de una implicación del servicio secreto, tanto en las negociaciones entre la Mafia y el Estado como en el asesinato de Paolo Borsellino.

En el momento en que redacto estas líneas, varios jefes mafiosos, incluido el Corto Riina, están acusados por su participación en el intento de extorsionar al Estado entre 1992 y 1993. Tres carabineros de alta graduación y dos políticos se enfrentan a cargos relacionados con ello. Un antiguo ministro del Interior ha sido acusado de proporcionar falso testimonio sobre las negociaciones. Su juicio acaba de comenzar, y la presunción de inocencia no puede consistir en un mero formalismo en un caso tan intrincado y polémico.

Los cargos formulados por los jueces instructores dibujan el cuadro de una negociación que se desarrolló en varias etapas y que implicó vínculos

entre la Cosa Nostra y cierto número de funcionarios y políticos, en ningún caso acusados todos ellos en el nuevo juicio. Lo que los jueces creen es que, para lograr sus fines en el bienio 1992-1993, la Cosa Nostra necesitó encontrar nuevos socios políticos —justo cuando los partidos políticos de la Italia de la Guerra Fría se estaban desintegrando y el país estaba negociando el tumultuoso tránsito entre la primera y la segunda Repúblicas (como las denominamos ahora)—. Entre los protagonistas de las negociaciones por parte del Estado había políticos de tres categorías, según los cargos aún no probados. Primero estaban los de la Primera República, antes cercanos a la Cosa Nostra, que se sentían amenazados por la ira de Riina. En segundo lugar estaban los hombres de Estado que intentaban pilotar Italia a través de su crisis económica y política y que no simpatizaban con la Mafia siciliana, pero que bien podrían haber realizado o aprobado intentos fallidos de aplacar a la facción pro masacre. Y finalmente estaban los nuevos individuos que buscaban afirmarse políticamente en el caos que fue la caída de la Primera República. Como por ejemplo el siciliano Marcello Dell'Utri, que era la mano derecha del empresario del sector de la comunicación que acabaría siendo la figura dominante y más controvertida de la Segunda República: Silvio Berlusconi.

A Berlusconi le fueron bien las cosas con las amistades políticas que había hecho durante la Primera República: el líder del Partido Socialista y en alguna ocasión primer ministro, Bettino Craxi, fue el padrino en su segundo matrimonio. El final del viejo orden político fue una amenaza seria para sus intereses empresariales. Se piensa que en fecha tan temprana como junio de 1992 (es decir, entre los asesinatos de Falcone y Borsellino), la gente de Berlusconi estaba valorando la posibilidad de fundar un nuevo partido político. Los magistrados sostienen que, a medida que los planes políticos de Berlusconi fueron tomando forma, Dell'Utri se ofreció a sí mismo a la Cosa Nostra como socio negociador, prometiéndole cumplir algunos de sus deseos a cambio de su apoyo. La Segunda República se inauguró en marzo de 1994, cuando Berlusconi condujo a su nuevo partido, *Forza Italia*, a la victoria en las urnas. Fue el momento, según los jueces, en que «el nuevo pacto de convivencia entre el Estado y la Mafia quedó finalmente sellado».

Los lectores de estas páginas ya conocen a Marcello Dell'Utri. Él fue quien contrató al mafioso Vittorio Mangano en 1974 para proteger a Berlusconi y su familia de los secuestros. Desde 1996, Dell'Utri ha sido objeto de infinitos juicios mafiosos. Ahora mismo pesan sobre él una condena significativa por ayudar a la Cosa Nostra, y una sentencia de nueve años de cárcel aún por cumplir, pero sigue en libertad porque el veredicto todavía es provisional: se ha anulado la apelación del caso y tendrá que volver a verse. Hasta ahora, los jueces han rechazado de manera explícita el argumento de que el vínculo de Dell'Utri con la Cosa Nostra continuaba operativo a comienzos de los años noventa, cuando se cree que tuvieron lugar las negociaciones entre la Mafia y el Estado. Pero eso también puede cambiar. Asimismo, cabe destacar que una investigación basada en la teoría de que Berlusconi y Dell'Utri participaron a la hora de encargar a la Cosa Nostra la campaña de atentados bomba se archivó en 2002 por falta de pruebas. Berlusconi nunca ha sido acusado de ningún delito en relación con las bombas que puso la Cosa Nostra. Ni tampoco aparece en el último juicio, salvo como víctima de una presunta extorsión de su amigo Marcello Dell'Utri, que es uno de los dos políticos que se enfrentan al cargo de haber ayudado a la Cosa Nostra con su estrategia negociadora.

Ningún período de la historia de la Mafia italiana carece de sus persistentes incertidumbres. Los historiadores viven en perpetuo riesgo de que su labor se vea desbaratada cuando emerge a la superficie algún nuevo documento de entre los archivos o cuando aparece un nuevo arrepentido que decide destapar sus recuerdos. Los años de transición entre 1992 y 1994 están cargados con más dudas de lo habitual. Solo el tiempo —el tiempo del sistema judicial italiano, lento como el de los glaciares— habrá de revelar cuánta verdad hay, si es que la hay, en las múltiples acusaciones acerca del plan de la Cosa Nostra de negociar con bombas.

Aun en el caso de que las peores sospechas sobre las negociaciones entre la Mafia y el Estado resultaran ciertas, sería precipitado concluir que el principal objetivo de Silvio Berlusconi en su gobierno era obedecer a los

mandatos de la Cosa Nostra. O, también, que su éxito político solo se explicaba por un pacto con la Cosa Nostra. En el fenómeno Berlusconi actúan muchos más factores aparte de sus presuntos vínculos con la Cosa Nostra.

Dicho esto, su prioridad mientras estuvo en el poder fue proteger sus intereses empresariales de lo que él mismo consideraba un complot judicial. En el proceso de defenderse a sí mismo, provocó daños a la causa antimafia. Desde la perspectiva de Berlusconi, la popularidad y el éxito electoral lo excluían del imperio de la ley. Muchas de las medidas que introdujo, o intentó introducir, evidenciaron un fallo categórico por su parte a la hora de percibir el límite entre sus propias tribulaciones, por un lado, y las del Estado y el pueblo italiano, por el otro. En repetidas ocasiones intentó lograr su propia inmunidad ante posibles acusaciones. Otorgó amnistías a aquellos que pretendían reintroducir dinero exportado ilegalmente a cuentas bancarias en el exterior (a menudo para eludir el control de la ley o de las autoridades fiscales). Despenalizó las auditorías falsas y obstaculizó a los magistrados la obtención de pruebas de las instituciones financieras de otros países. Introdujo una ley dirigida especialmente contra Gian Carlo Caselli, el fiscal general que había llegado a Palermo tras la muerte de Falcone y Borsellino y que había conseguido resultados tan extraordinarios. La ley atenuó las calificaciones relacionadas con la antigüedad para el cargo de Fiscal General Nacional Antimafia y estaba destinada a impedir que Caselli obtuviera el cargo para el que era el candidato más destacado. Los *mafiosi*, *camorristi* y *'ndranghetisti* no eran los pretendidos beneficiarios de estos y otros cambios, pero los debieron de recibir con una amplia sonrisa.

La retórica de Berlusconi con respecto al tema del crimen organizado fue, con suma frecuencia, irresponsable. A un periodista británico le dijo que él pensaba que los jueces antimafia estaban «locos». «Para hacer ese trabajo tienes que estar mentalmente perturbado, tienes que tener alguna perturbación psicológica», afirmó. El partido de Berlusconi atraía el apoyo electoral de las mafias. En 1994, el jefe de la 'Ndrangheta Giuseppe Piromalli declaró en audiencia pública: «Todos votaremos por Berlusconi». En cierto sentido, este hecho no debería resultar motivo de escándalo: a las

mafias les atrae el poder, sea quien sea el que lo detente. Pero Berlusconi no se esforzó mucho por desatender o rechazar a esos simpatizantes.

Ya fuera estando en la oposición o en el gobierno (en el que estuvo entre 1994-1995, 2001-2006 y 2008-2011), era imposible ignorar a Silvio Berlusconi, que inspiraba tanto admiración como rechazo. Vista desde el extranjero, su hegemonía dio a la escena política italiana, entre los años 1994 y 2011, una apariencia engañosa de transparencia. Si uno mira más allá de esa apariencia, se topa con un escenario decepcionantemente familiar de confusión y parálisis política, que siempre ha impedido a Italia introducir las reformas que requiere, y que ha debilitado al Estado al enfrentarse a la amenaza del crimen organizado.

El fin de la Guerra Fría inauguró una novedosa serie de oportunidades y amenazas para Italia, al igual que para sus vecinos y los demás países desarrollados. Se produjo la ampliación y profundización de la Unión Europea, con la creación del euro y su crisis subsecuente. La globalización introdujo en el país, por primera vez, la inmigración masiva y el aumento de manufacturas chinas a bajo precio. El auge de la sociedad de la información obligó a las economías de todo el mundo a recalibrarse. El fin de las ideologías de la Guerra Fría dejó a muchos sistemas políticos buscando nuevas formas de involucrar a los electores desmotivados. Los problemas de siempre —como el equilibrio entre solidaridad social e individualismo económico— tomaron formas nuevas.

Italia, en particular, tenía un largo y apremiante listado de cosas pendientes que había heredado de la Primera República: su pobre sistema educativo, el estado lamentable de las finanzas públicas, una de las peores cifras de desempleo juvenil y evasión de impuestos del continente, el desequilibrio crónico entre el norte y el sur del país, una seria falta de inversión en investigación y desarrollo, un sistema de pensiones que era una bomba de relojería, y por último, el control que ejercían las organizaciones criminales sobre la cuarta parte o más del territorio nacional. La caída de la Primera República dio a los italianos de todos los colores políticos la oportunidad de partir de cero en la tarea de aportar soluciones colectivas a desafíos nuevos y antiguos, globales y locales. En la mayoría de los casos, tras dos décadas de funcionamiento de la Segunda República, había pocos

observadores que no viesen los resultados como lamentables: tanto los de izquierdas como los de derechas y de centro.

En la Primera República, el Parlamento y el Senado habían sido hegemonizados por el centro político, por la vasta, amorfa y tan inamovible «ballena blanca» de la DC. Los extremos de la izquierda (el Partido Comunista) y la derecha (los neofascistas) siempre quedaron excluidos del poder. Ahora la ballena blanca ya no estaba. Los católicos italianos, que se habían unido alguna vez bajo la DC, estaban dispersos en buena parte del espectro político. Los comunistas se convirtieron (en su mayoría) a alguna forma de socialdemocracia, y los neofascistas se reinventaron (en su mayoría) como un partido europeo tradicional de centro-derecha. Nadie estaba excluido *a priori* del juego de formar coaliciones de gobierno. Incluso la Liga Norte —un movimiento estridente que quería la independencia para un país ficticio llamado «Padania», proclive a arrebatos racistas inaceptables en cualquier otro país europeo— era ahora un aliado solicitado.

Lo que mucha gente esperaba al nacer la Segunda República era que reinara una nueva transparencia, para dar a Italia un gobierno efectivo, un consenso en torno a la llamada «bipolaridad»: la idea de que dos fuerzas opuestas de centro-derecha y centro-izquierda debían competir por la lealtad de los electores y formar gobierno o estar en la oposición, dependiendo de cuál resultara ganadora. En otras palabras, los políticos italianos tendrían que hacerse a la idea de ganar y de perder las elecciones de modo alterno. Los gobiernos harían su trabajo con la certeza de que, si no se comportaban, el electorado los destronaría. Nadie podría ocupar el poder como lo había hecho la DC durante la mayor parte del medio siglo anterior. Nunca más sería monopolio de la izquierda tratar de capitalizar políticamente las acusaciones de corrupción o complicidad con el crimen organizado.

La teoría en sí era buena. La práctica, sin embargo, provocó confusión: en parte, por las leyes electorales mal diseñadas, pensadas para promover la bipolaridad, pero sobre todo por el espectáculo tan familiar en Italia de las disputas entre facciones. Siguieron proliferando partidos menores que podían chantajear a los mayores con la amenaza de retirarles su apoyo. Los

católicos y ex comunistas siguieron buscando, en vano, una identidad política. Los intereses del norte y el sur, los valores laicos y católicos, los de las regiones y la nación en conjunto, siguieron dividiendo cada alianza electoral desde dentro, por no hablar de las fuentes más convencionales de desacuerdo político como las políticas económicas y sociales, o la inestabilidad que trajeron consigo las ambiciones personales desmesuradas. Los políticos que antes habían intercambiado flagrantes insultos, cerraban tratos de una conveniencia vergonzosa. En 1998, la Liga Norte, liderada por Umberto Bossi, declaró que no podía haber «acuerdo con el mafioso». Aludía a Berlusconi, a quien a partir de entonces habría de apoyar incondicionalmente durante todo su período como aliados de coalición.

Cada vez que había elecciones surgía un confuso despliegue de nuevas siglas y emblemas, frívolas «marcas» políticas para partidos y coaliciones constituidas a toda prisa. Cada nueva coalición de partidos de centro-derecha o centro-izquierda que se presentaba a las elecciones comenzaba a desintegrarse tan pronto como salía elegida, escindida de manera paralizante por su propia naturaleza. Como era previsible, los políticos abandonaban las coaliciones gobernantes tan pronto como las cosas se complicaban. Los gobiernos seguían asignando cargos a sus amistades políticas. Y lo que era más obvio, las cadenas de televisión estatales, carentes de toda tradición de independencia, seguían repartidas de acuerdo con las líneas de partido y seguían produciendo noticiarios aburridos y tendenciosos que parecían especialmente diseñados para alejar de por vida a la gente joven de un compromiso con la democracia.

El fin de las antiguas ideologías mató algunas de las escasas defensas que tenía Italia para hacer frente a antiguas afecciones políticas como el patronazgo, el clientelismo y la corrupción. Los representantes elegidos del país parecían coincidir, cada día más, con su propia caricatura: eran una «casta» egocéntrica y aislada de la población que se arracimaba al otro lado de los cristales polarizados de sus lujosas limusinas azules, financiadas con dinero público. Mientras tanto, los problemas de la nación seguían sin resolverse.

Bajo la Segunda República, la batalla contra las mafias se ha llevado a cabo en gran medida a pesar del sistema político, más que por obra del

mismo. Lo extraño del caso es que se han registrado algunos éxitos extraordinarios. Y los más extraordinarios de entre ellos han ocurrido en Sicilia. Si hubo de veras un trato acordado entre la Cosa Nostra y el Estado entre 1992 y 1994, todos los cabecillas mafiosos que negociaron ese acuerdo están ahora encerrados en prisiones de máxima seguridad. Desde el arresto del Corto Riina, la Cosa Nostra se ha ido adentrando en la peor crisis de toda su historia.

7
La Segunda República y las mafias

La Cosa Nostra: la cabeza de la Medusa

A partir de la captura del Corto Riina en 1993, los jueces antimafia, la policía, los carabineros y la *Guardia di Finanza* (policía fiscal) han conseguido en Sicilia una serie de victorias sin precedentes sobre la Cosa Nostra. Comparadas con ello, las primeras campañas fascistas contra la Mafia siciliana en los años veinte y treinta fueron torpes, superficiales e intermitentes. La Cosa Nostra sigue pagando hasta hoy un alto precio por su guerra contra el Estado librada entre 1979 y 1993.

Todo mafioso asume como gaje del oficio pasar un número determinado de años en prisión. Así y todo, hará cuanto esté a su alcance para evitar que lo condenen: desde la intimidación de testigos hasta mover los hilos adecuados para que los jueces emitan dictámenes «anómalos». Si tiene la mala suerte de ser condenado, el mafioso cuenta siempre con la opción de darse a la fuga. Pero, como hemos visto, hay pocos fugitivos de la justicia dentro de la Mafia siciliana que escapen de verdad. La mayoría se instalan en su propio feudo, adoptan una identidad falsa y siguen administrando sus asuntos criminales igual que antes. Hubo centenares de estos renegados en Sicilia a comienzos de los noventa; entre ellos estaban los jefes de la Cosa Nostra responsables de los peores crímenes, cuyo carisma parecía magnificarse por su invisibilidad: en torno a ellos se formaba un aura, tanto entre los propios *mafiosi* como entre la población en general. Eran una declaración viviente del fracaso del Estado italiano a la hora de imponer la ley y de convertir las sentencias emitidas por los tribunales en años reales de cárcel.

Incluso antes del macrojuicio, la Cosa Nostra sabía con exactitud lo grave que sería, como desafío a su autoridad, cualquier intento serio de

atrapar a los fugitivos. Por eso fue que los jefes mataron al oficial Beppe Montana de la brigada móvil en 1985. Su asesinato —lo mataron a tiros en bañador mientras dedicaba su tiempo libre a seguir pistas de mafiosos fugitivos— engloba a la vez la dedicación y la vulnerabilidad de las fuerzas comprometidas contra la Cosa Nostra en los sangrientos ochenta.

Gian Carlo Caselli fue el fiscal general piamontés que pasó a ocupar la silla caliente de Palermo después del asesinato de Borsellino en 1993. Caselli seguiría en su cargo hasta 1999. E inmediatamente hizo de la captura de los fugitivos de la Cosa Nostra una prioridad. En el cajón de su escritorio guardaba una lista de ellos y tachaba con tinta verde el nombre de uno cuando lo capturaban. Hacia el final de su labor en Palermo, más de trescientos nombres estaban tachados. Los arrepentidos facilitaban información para capturar a los jefes en la clandestinidad, algunos de los cuales se convertían a su vez en arrepentidos, aportando más pistas valiosas.

La cadena de las deserciones no era el arma exclusiva en el arsenal de las autoridades. En la década de los noventa, la búsqueda de prófugos de la Cosa Nostra se volvió cada vez más avanzada en términos tecnológicos: entraron en juego artilugios como los micrófonos ocultos y de rastreo, y la policía y los carabineros adquirieron cada vez más destreza en su empleo. Antes de que muriera Giovanni Falcone, él mismo transformó su experiencia con el *pool* de jueces de Palermo en un paradigma de las nuevas organizaciones italianas para la investigación y el procesamiento del crimen organizado. Tras la muerte de Falcone, Palermo siguió siendo el modelo para el resto del país: se convirtió en una escuela de élite para equipos a la caza del mafioso.

Entre los muchos fugitivos primordiales que había que atrapar estaba Leoluca Bagarella, el cuñado del Corto Riina. Bagarella fue el primer cabecilla en llenar el gran vacío de liderazgo generado por el arresto del dictatorial Riina. El poder de Bagarella era eminentemente militar: heredó el mando de los escuadrones de la muerte especializados de la Cosa Nostra. También heredó la guerra de Riina contra el Estado italiano, una guerra que Bagarella continuó, orquestando en 1993 varios atentados terroristas de la Cosa Nostra en la Italia continental.

Rastrear a un mafioso prófugo como Bagarella implicaba conocer todo

lo que había que saber de su territorio y sus redes de contactos, reuniendo fragmentos de información relativa a su vida personal y su psicología. Una vez capturados los fugitivos, sus biografías permitieron a los sociólogos y psicólogos hacer ricas deducciones respecto al «mundo dentro de otro mundo» que es la Cosa Nostra. La cultura interna de la Mafia siciliana parecía absolutamente distante de nuestra experiencia habitual, era una subcultura enajenada por un miedo constante a la traición y por la familiaridad natural con la muerte violenta. Aun así, al mismo tiempo, la vida de la Mafia era misteriosamente corriente, plagada de historias cotidianas de amor o pérdida. Como tan a menudo sucedía, las intuiciones de Giovanni Falcone sobre la mentalidad mafiosa resultaban correctas. Los *mafiosi* no eran monstruos, señaló alguna vez:

> Llegar a conocer a los *mafiosi* ha influido profundamente en mi forma de relacionarme con otra gente, y también en mis convicciones. He aprendido a reconocer la humanidad incluso en aquellos que son, en apariencia, la peor bazofia. He aprendido a sentir respeto por las opiniones de otros, un respeto real y no un mero formalismo.

La historia de Bagarella es un ejemplo de esto. Se casó con su esposa, Vincenzina Marchese, en 1991. Los hombres que la rodeaban eran miembros de la familia Corso dei Mille de la Cosa Nostra. Así que esta era una unión tradicional de las dinastías dentro de la Mafia, celebrada con suntuosidad y cientos de invitados. Bagarella tenía el tema de *El padrino* grabado como fondo en los vídeos de la boda. Pero a la vez fue, de manera incuestionable, un matrimonio por amor y ambos se profesaban una gran devoción. Los arrepentidos han relatado, a partir de entonces, que si Vincenzina llamaba a Bagarella para avisarle de que la cena estaba casi lista, él hubiera dejado incluso de estrangular a alguien para reunirse con ella a la mesa.

Pese a ello, los Bagarella tenían una preocupación secreta. Vincenzina luchaba por concebir en su vientre al hijo que anhelaba. Llegó a convencerse de que esto era un castigo divino por lo que la Cosa Nostra le había hecho a Giuseppe Di Matteo, el hijo pequeño del arrepentido, al que retuvieron en cautiverio más de dos años y finalmente estrangularon y disolvieron en ácido. Ella solía preguntarle constantemente a su esposo qué

le había sucedido al chico y recibía reiteradas confirmaciones (que por esa época eran ciertas) de que aún estaba vivo. Pero ella no se convencía. A raíz de esto, la noche del 12 de mayo de 1995 se ahorcó en el que era el escondrijo de la pareja. Puesto que estaba huyendo de la justicia, Bagarella no pudo darle un entierro decente. Incluso tuvo que moverla de una tumba poco profunda a otra. El cuerpo de Vincenzina nunca se ha encontrado. Durante un mes de duelo, Bagarella se negó a participar en ningún asesinato, por respeto a su amada. Cuando lo capturaron el 24 de junio de 1995, seis semanas después de la muerte de su esposa, estaba planeando volver a la acción. Llevaba su anillo de boda colgado en una gargantilla alrededor del cuello.

Muchos miembros fugitivos de la Comisión Palermo de la Cosa Nostra cayeron en la red de arrastre. El 20 de mayo de 1996, le llegó el turno al hombre que mató a Falcone. Giovanni Brusca era conocido en los círculos mafiosos como *lo Scannacristiani* («el hombre que degüella cristianos»), o más simplemente, *'u Verru* («el cerdo»). Él concibió la idea de tumbarse boca abajo en un monopatín para empujar los barriles de explosivos destinados a Falcone en un canal de drenaje bajo la autopista. *'U Verru* había cometido tantos asesinatos que había perdido la cuenta: alguna cifra entre cien y doscientos, fue su estimación, tan vaga como perturbadora. Cuando finalmente se convirtió en un testigo de cargo, los jueces tuvieron que llevarle una lista de todas las muertes y desapariciones sospechosas ocurridas en Sicilia en los últimos veinte años para que hiciera una marca a las que eran obra suya.

Cuando el cerco policial empezó a cerrarse en torno a Brusca, se vio obligado a trasladarse de un refugio a otro. En febrero de 1996, los investigadores desenterraron el búnker que el cabecilla le había hecho construir a un empresario de la construcción que era amigo suyo. Desde fuera, parecía un caserío rural desvencijado; por dentro, en el suelo de mármol de una cocina lujosa, había un acceso disimulado digno de una villa de James Bond. Cuando Brusca presionaba un mando a distancia, una sección entera del suelo descendía como un ascensor hasta una profundidad de cincuenta metros bajo el suelo, dando paso a un apartamento de dos habitaciones. Una de ellas tenía una puerta de metal con un orificio para

espiar, igual que una celda de prisión. Aquí fue donde habían retenido a Giuseppe Di Matteo, el hijo del arrepentido, y donde Brusca lo estranguló y lo arrojó a un baño de ácido. Lejos del apartamento había un túnel secreto que daba a un gran depósito de metal donde los investigadores descubrieron el mayor arsenal de armas privado de la historia italiana. Una cadena humana de carabineros se pasó horas trasladando al exterior más de cuatrocientas pistolas, docenas y docenas de escopetas de pistón y ametralladoras, explosivos de todo tipo (incluido Semtex), varias bazucas, cajas y cajas de granadas y diez RPG 18 —los misiles antitanque que se apoyaban en el hombro, conocidos como «martillos de Alá» porque los talibanes los empleaban contra los helicópteros rusos en Afganistán—. Había incluso algunas piezas de coleccionista, como una ametralladora Thompson con cargador circular, igual que las que aparecían en las películas de gángsteres de la época de Al Capone. El arsenal de Brusca fue solo uno de los muchos que se retiraron de la circulación en aquellos años.

El último escondite de Brusca estaba lejos de su territorio, en la provincia de Agrigento, al sur de Sicilia. Lo que lo traicionó, al final, fue su propia nostalgia del hogar. Desde allí hacía llamadas regulares para encargar embutidos y carne al carnicero de San Giuseppe Jato, su pueblo natal, llamadas que los carabineros lograron pinchar. Brusca estaba viendo un programa de televisión sobre Giovanni Falcone cuando, con un estruendo súbito, irrumpió la policía.

La captura de jefes como Bagarella y Brusca marcó el fin de la fase más peligrosa en la historia de la Mafia siciliana. Al igual que los demás líderes de la Cosa Nostra, ambos habían aprobado la política del Corto Riina de declararle la guerra al Estado. También habían formado parte de un grupo más reducido de jefes (la «facción pro masacre» de la Cosa Nostra) que propició la continuación de esa guerra cuando Riina fue capturado en 1993. Pero con la persistencia del cerco a su alrededor, la facción pro masacre perdió el control de la organización y la Cosa Nostra entró en una crisis aún más profunda de liderazgo. A la crisis le siguió la implementación de una nueva estrategia, llamada de «inmersión».

El líder responsable de la estrategia de inmersión fue Bernardo Provenzano. Provenzano no era en modo alguno un pacifista por vocación. Durante la mayor parte de su carrera, siempre formó una sólida asociación con el Corto Riina en cualquier asunto relativo a la política interna de la Cosa Nostra. Ambos eran *corleonesi* y los dos, alumnos de Luciano Leggio. La búsqueda implacable de sus enemigos que había llevado a cabo Provenzano le había granjeado el apodo de *'u Tratturi* («el tractor»). Era tan responsable de los horrores de los ochenta, y los asesinatos de Falcone y Borsellino, como cualquier otro integrante de la Comisión Palermo. Con todo, Provenzano tenía otro apodo que hablaba de habilidades distintas: *'u Ragioniere* («el contable»). Él aportó a su sociedad con el Corto Riina una mayor perspicacia en los negocios y un mayor refinamiento a la hora de tejer lazos con los políticos.

Los arrepentidos de la Mafia señalan hoy que, cuando la facción pro masacre de la Cosa Nostra se propuso intensificar su campaña terrorista en 1993 (incluso planearon volar la Torre de Pisa), Provenzano comenzó a guardar silencio. Empezaron a aflorar una vez más divisiones internas que habían sido neutralizadas por Riina. El proceso de centralización que la Cosa Nostra había emprendido cuando los *corleonesi* dieron su golpe empezó a ser revertido. Los jefes de distrito adquirieron mayor autonomía, y mayor poder para generar problemas. Aunque intentaba dar la impresión de que estaba por encima de las reyertas, *'u Tratturi* levantaba sospechas entre la facción pro masacre. En 1995 libró una lucha de poderes con el cuñado de Riina, Leoluca Bagarella, por el control del pueblo de Villabate, en los límites de Palermo. Con o sin razón, muchos dentro de la Cosa Nostra estaban a la vez convencidos de que Provenzano había traicionado al Corto Riina ante las autoridades en 1993.

Provenzano era el prófugo de la justicia más experimentado en la historia de la Mafia siciliana, habiendo estado a la fuga desde 1963. Durante buena parte de ese tiempo, incluso se había rumoreado que estaba muerto. Una vez que estuvo al mando, abandonó el desafío frontal del Corto Riina al Estado italiano e intentó reparar el daño que la Cosa Nostra estaba sufriendo a consecuencia de la reacción a las masacres de 1992 y 1993. Su estrategia de inmersión —de «caminar con zapatos acolchados»,

como la resumía él— tenía la intención de mantener a la Cosa Nostra fuera de los titulares de prensa. En consecuencia, la cifra de asesinatos cayó en picado. *‘U Tratturi* puso fin a las atrocidades cometidas contra los arrepentidos y sus familiares. En lugar de eso, la Cosa Nostra dio un renovado apoyo a los *mafiosi* encarcelados y a sus familias, con la esperanza de que los arrepentidos se retractaran de su testimonio. El torrente de arrepentidos de la Cosa Nostra, que había alcanzado a la cifra de 424 en 1996, se vio reducido a un mero goteo. Un efecto de esto fue que la red de apoyo de Provenzano resultó mucho más difícil de interceptar que la de otros jefes como Bagarella y Brusca.

Provenzano hizo renovado hincapié en cultivar las amistades tradicionales y encubiertas de la Mafia siciliana con elementos corruptos del Estado y el mundo empresarial. Las redes de extorsión eran absolutamente fundamentales para la estrategia de inmersión. La extorsión es el delito menos visible de la Mafia siciliana y, con todo, el más relevante. Los empresarios o delincuentes que ceden ante la exigencia del cabecilla local de entregarle un porcentaje de sus ganancias está no solo proveyendo a la Mafia de sus ingresos habituales, sino también reconociendo la soberanía de esta, su derecho a intervenir. La extorsión es la vía por la cual un cabecilla obtiene información de su territorio y logra plantar el pie en la puerta de los negocios legales. Las redes de extorsión son para la Mafia lo que el sistema de impuestos es para un Estado democrático. Es decir, el Estado en la sombra de la Italia meridional.

La estrategia de inmersión se las ingenió, sin duda, para ganar tiempo. Pero Provenzano se enfrentaba con seguridad a desafíos insuperables. Por un lado, un viejo problema de la Mafia siciliana comenzaba a asomar la cabeza de nuevo: la tendencia de los políticos a romper sus promesas. Es imposible traducir con fidelidad el italiano ridículo y mal escrito que Provenzano empleaba para enviar mensajes mecanografiados a sus redes, pero espero que el siguiente fragmento, extraído de un mensaje de 1997, dé alguna idea de las preocupaciones de *‘u Tratturi* cuando se trataba de hacer amistades en la política:

> Dices que tienes un contacto político de buen nivel, lo cual te ayudara a conseguir un monton de buenos trabajos, y antes de seguir quieres saber lo que pienzo yo? Si no lo conozco

> no te puedo decir nada. Tendrias que saver los nombres? Y saver como estan organizado? Porque hoy en dia no te puedes fiar. Podrian ser timadores? Podrian ser poli? Podrian ser infiltrados? Podrian ser de lo que pierden el tiempo? Podrian ser grande cospiradores? Si no conoces la carretera que vas a recorrer, mejor que no salgas… Asi que no puedo decirte nada.

En este caso, como en muchos otros, Provenzano no tomó una decisión clara. La verdad sea dicha, su capacidad política tenía serias limitaciones. En primera instancia, su autoridad dependía aún, en gran medida, del prestigio de Riina. *'U Tratturi* nunca se sentó a la cabecera de la Comisión, que no había sido convocada desde la captura del Corto. Como lo veían los magistrados sicilianos:

> Provenzano nunca fue investido formalmente por los demás jefes de distrito. Así que ejercía su supremacía *de facto*, pero no oficialmente, y lo hacía únicamente porque se lo consideraba «lo mismo» que Riina.

En otras palabras, *'u Tratturi* era el primero entre sus iguales y no un *capo di tutti i capi*. Tenía autoridad para aconsejar, pero no para ordenar. Al final, los meros consejos no bastarían para salvar al liderazgo de la Cosa Nostra de las persistentes divisiones internas o de los cazadores de mafiosos.

El primero del círculo íntimo de Provenzano en ser capturado fue su número dos, Pietro Aglieri, el jefe de Santa Maria di Gesù. La historia de Aglieri revelaba todavía más del extraño mundo de la Cosa Nostra, y en particular de las creencias religiosas que han permitido históricamente a los *mafiosi* encubrir la verdadera naturaleza de su poder. En su juventud, Aglieri había estudiado teología en un seminario. Los investigadores descubrieron su rastro siguiendo a un cura carmelita, el padre Mario Frittitta. (Era el mismo carmelita que había pronunciado la homilía en el funeral del futbolista y pescador sospechoso de haber actuado como vigilante cuando asesinaron al oficial Beppe Montana, de la brigada móvil, en 1985). El padre Frittitta era, como se vio luego, el confesor de Aglieri. En la granja que servía de escondite al cabecilla, con la habitual parafernalia del hampa consistente en armas y una radio para escuchar las comunicaciones de la policía, había una capilla completa, con altar, crucifijo, incensario, bancos y cojines en los que arrodillarse a rezar.

¿Sería genuina la fe de Aglieri? Al fin y al cabo, solo el Todopoderoso podría darnos la respuesta a esa pregunta. Claramente, eso en lo que Aglieri creía era una versión retorcida de la cristiandad que consideraba de algún modo compatible con su vocación de profesional del crimen. Quizá haya encontrado en ella alguna forma de justificación a todo el mal que hacía.

Lo que sí es cierto sobre la religiosidad de Aglieri es que esta le resultó estratégicamente útil en ese momento de la historia de la Cosa Nostra. Aglieri —como Provenzano, que era su mentor— andaba en busca de alguna forma de reparar el daño a la legitimidad de la Cosa Nostra ocasionado por las muertes de Falcone y Borsellino, y por la dilatada condena del Papa a la subcultura de la Mafia. Hacer aspavientos religiosos —de humildad y piedad— podía ayudar, posiblemente, a los jefes a remendar los vínculos con miembros y amigos de la organización que se habían roto por episodios como el horrible asesinato de Giuseppe Di Matteo, el joven hijo del arrepentido. Las notas mecanografiadas mediante las cuales Provenzano se comunicaba con otros jefes, y con sus amigos en los negocios, están llenas de frases religiosas: «Gracias a Dios», «Dios mediante, estoy a su entera disposición». Fuera o no expresión de alguna forma de devoción, el lenguaje empleado por Provenzano revelaba un estilo político que contrastaba significativamente con el de su viejo amigo Riina.

En la primavera de 2000, el «devoto» cabecilla Pietro Aglieri —ahora en prisión— fue uno de los individuos pertenecientes a la facción de Provenzano dentro de la Cosa Nostra que propuso disociarse de la organización. La idea era que confesarían sus crímenes y repudiarían a la Mafia, pero sin convertirse en testigos de cargo ni dando chivatazos contra sus antiguos compañeros de armas. En suma, Aglieri y sus aliados se arrepentirían a los ojos de Dios, pero no se convertirían en arrepentidos a los ojos del Estado.

Siendo la Mafia siciliana lo que es, la propuesta tenía trampa: la disociación solo ocurriría si se flexibilizaban las condiciones carcelarias y se dejaba de lado una parte de la nueva legislación antimafia de Italia. No mucho después, quedó claro que los miembros de la ‘Ndrangheta y la Camorra también apoyaban esa negociación. La vida entre rejas había creado un frente común entre algunos de los jefes mafiosos más temidos de

la Italia meridional.

Los jueces instructores se dieron cuenta inmediatamente de que aceptar la «disociación» sería un muy mal negocio para el Estado. Además, sospechaban que era parte de un plan para conformar un acuerdo negociado para la guerra entre el Estado y la Cosa Nostra, que dejaría a la Cosa Nostra intacta y sentaría las bases para un retorno a la asociación tradicional entre las autoridades y el Estado en la sombra que era la Mafia siciliana. En otras palabras, la disociación ofrecida encajaba a la perfección con la estrategia de inmersión de Provenzano. La propuesta recibió una alarmante cálida acogida en un artículo publicado en *Il Giornale*, el diario de Silvio Berlusconi. Y lo que es todavía más alarmante, en 2001, el magistrado que se opuso con mayor contundencia a un trato basado en la disociación fue repentinamente destituido de su cargo por el ministro de Justicia de Berlusconi.

Al final, la propuesta de disociación de Aglieri terminó en nada, gracias a la incisiva cobertura del asunto por los periodistas investigadores del tema mafioso y la presión política que ejercieron los magistrados antimafia. De todas maneras, volvió a resurgir una y otra vez en los años que siguieron, como un recordatorio de la habilidad de la Cosa Nostra para entablar un diálogo malicioso con elementos del Estado italiano.

Entretanto, continuaba la búsqueda de los prófugos de la justicia. En abril de 2002, la policía capturó a Antonino Giuffrè, conocido como *Manuzza* («manita») porque su mano derecha quedó mutilada en un accidente de caza. A diferencia del piadoso Pietro Aglieri, *Manuzza* se convirtió enseguida en un arrepentido, dando a los investigadores nuevas revelaciones importantes de cómo Bernardo Provenzano, *'u Tratturi*, estaba reestructurando la Cosa Nostra y reconstruyendo sus vínculos con el mundo de los negocios. Cuando lo capturaron, *Manuzza* fue sorprendido con una bolsa de la compra llena de cartas dirigidas a Provenzano de los *mafiosi* y empresarios de su red.

Pero serían necesarios otros cuatro largos años de trabajo detectivesco

para desmantelar el sistema logístico de ‘*u Tratturi* y para que el mismo Provenzano fuera desenterrado de su escondrijo. En abril de 2006, se dejaron caer por Sicilia periodistas perplejos de todo el mundo para filmar la choza cercana a Corleone donde el gran estratega de la Cosa Nostra, un hombre que había estado prófugo de la justicia nada menos que cuarenta y tres años, fue finalmente capturado. ¿Podía ser que un hombre tan poderoso como Provenzano hubiera vivido en esos parajes humildes, comiendo queso de ricota y achicorias como cualquier campesino de tiempos pretéritos? La verdad era que no se trataba de ningún campesino, sino de un profesional del crimen. Y su pueblo natal de Corleone fue su último reducto, un sitio al que se había visto forzado a retirarse cuando las autoridades le habían negado cualquier otra base de operaciones.

Los cazadores de mafiosos no aflojaron ni siquiera después de capturar al heredero de Riina. Solo dos meses después, arrestaron a otros cuarenta y cinco *mafiosi* en el curso de una operación que ayudó a entender las fisuras políticas que habían llevado a la Cosa Nostra al borde de la guerra civil, aun cuando el Estado estuviera acorralando a sus líderes. Las fisuras hundían sus raíces en el conflicto más salvaje de cuantos ha habido en la historia de la Cosa Nostra: la breve guerra de exterminio emprendida por el Corto Riina contra los principales barones de la droga entre 1981 y 1983. En la época de esa conflagración, los *mafiosi* de algunas de las familias derrotadas, principalmente los miembros del clan Inzerillo (que estaban estrechamente relacionados por lazos de sangre con la familia Gambino de la Cosa Nostra americana), se habían exiliado a Estados Unidos. Ahora había planes de permitir el retorno de los exiliados para que engordaran las diezmadas filas de la organización y reconstruyeran el canal transatlántico de la droga.

La propuesta de traer de vuelta a los exiliados había estado en el aire desde la captura del Corto Riina y resultaría incendiaria. Nada menos que veintiún integrantes del vasto clan Inzerillo habían sido asesinados por los *corleonesi*. Otros habían sido obligados a pagar por su vida traicionando a

sus parientes más cercanos ante Riina. Los vencedores de la guerra habían hecho una limpieza étnica en Ciaculli, una *borgata* completa. Solo un acuerdo mediado por los poderosos jefes de Estados Unidos había disuadido a los *corleonesi* de perseguir a sus enemigos supervivientes después de que escaparan a Estados Unidos. Con los *corleonesi* debilitados, el retorno de los exiliados prometía traer consigo un ajuste de viejas cuentas. Provenzano carecía de autoridad para imponer una solución. Así que el asunto se fue enconando, y la Cosa Nostra se dividió en dos territorios armados: uno a favor del regreso de los exiliados, y otro en contra. Una vez que hubieron cazado a *'u Tratturi*, quedó eliminado el último obstáculo para la guerra civil.

El más ferviente partidario del regreso de los exiliados era Salvatore Lo Piccolo, que se había iniciado en la misma *cosca* de Partanna-Mondello que Gaspare Mutolo, *Mister Champagne*, y que tenía vínculos cercanos con la familia Gambino de Estados Unidos.

Al plan de Lo Piccolo se oponía Antonino Rotolo, uno de los líderes de la generación más vieja a quien *'u Tratturi* le había confiado funciones de liderazgo como parte de la estrategia de inmersión. Rotolo veía el retorno de los exiliados con manifiesto temor: como acólito leal de Riina, había participado personalmente en la carnicería de los exiliados y sabía que su vida pendería de un hilo si se los autorizaba a regresar. En 2006, Rotolo estaba cumpliendo cadena perpetua. Al menos en teoría, porque se las había ingeniado para simular una afección cardíaca y había obtenido así el derecho a cumplir su condena en los parajes bastante más confortables de su casa en Villagrazia. Siempre que deseaba reunirse con sus hombres, los convocaba en un humilde garaje situado justo por encima del muro que rodeaba sus jardines. Con todo, el garaje había sido pinchado por la policía, que así escuchó cómo Rotolo hacía planes para matar a Lo Piccolo. Fue arrestado antes de que la operación pudiera realizarse.

Lo Piccolo quedó como el jefe más poderoso de la provincia, pero no por mucho tiempo: en noviembre de 2007, él también fue arrestado. Los investigadores encontraron un manantial de pruebas en el bolso de cuero que llevaba consigo en el momento de la detención. Había una agenda con todas las empresas que pagaban protección: las sumas mensuales

extorsionadas iban desde los 500 euros por una pequeña tienda a los 10.000 euros por una empresa constructora. Había notas en las que se discutía sobre asesinatos y amistades políticas. Había un mapa actualizado de las familias del área de Palermo. Había una imagen sagrada e impreso en ella el juramento que prestaban los afiliados al ser admitidos en la organización: «Juro ser fiel a la Cosa Nostra. Si alguna vez la traiciono, que mi carne arda como arde ahora esta imagen».

Por último, Lo Piccolo llevaba con él un papel torpemente mecanografiado con el título de «Derechos y Deberes», que eran algo así como los diez mandamientos de la Cosa Nostra. La Regla Uno, por ejemplo, estipulaba que: «No te está permitido presentarte [como un mafioso], ya sea por ti mismo o a otro amigo, a menos que haya una tercera parte [esto es, un hombre de honor conocido de ambos] para hacerlo». Había muchas otras reglas que prohibían el comportamiento «inmoral»: a ningún mafioso le está permitido mirar a las mujeres de «nuestros amigos» o faltarle al respeto a su propia mujer, y nadie puede iniciarse en la Cosa Nostra si tiene «traiciones sentimentales» en su entorno familiar inmediato (véase *Hermandades de sangre*, p. 129). Como siempre, la Mafia siciliana quería asegurarse de que los asuntos del corazón no interfirieran con los de las armas. Aunque ahora sabemos con bastante certeza que la Mafia siciliana se había regido por reglas similares desde que comenzó a existir, por lo que yo sé, nunca se había encontrado hasta entonces una versión escrita. Parecía otro síntoma de las dificultades sin precedentes por las que atravesaba la Cosa Nostra.

Esas dificultades se hicieron aún más graves en febrero de 2008, cuando una operación conjunta del FBI y la policía italiana condujo al arresto de noventa *mafiosi* al otro lado del Atlántico. Muchos de ellos procedían de los clanes exiliados en los ochenta, a quienes Salvatore Lo Piccolo tenía la esperanza de llevar de vuelta a Sicilia. La operación, con el nombre en clave de «Puente Viejo», impidió que la Cosa Nostra estadounidense cruzara el océano para ir al rescate de su asociación hermana en Sicilia, como había hecho tantas otras veces en el pasado. Hasta en su nombre, la operación mostraba que se había aprendido de la historia: la íntima colaboración transatlántica en la lucha contra el crimen organizado aporta

grandes recompensas a la justicia.

El asedio a la Cosa Nostra fue implacable. En la primavera de 2008, los carabineros que seguían la pista a Giuseppe Scaduto lo vieron dirigirse a una reunión de la Mafia en un garaje del centro de la ciudad. Con las técnicas de vigilancia que ahora dominaban a la perfección, los oficiales encargados del caso pusieron micrófonos y hasta cámaras en el garaje. Enseguida procedieron a observar en vivo y en directo cómo, entre el 6 de mayo y el 27 de junio, los jefes de la Cosa Nostra tramaban sus asuntos. Se supo que, estando Provenzano en la cárcel, había llegado el momento de reorganizarse para los jefes aún en funciones: de imponer el tipo de estructura coordinadora que la Cosa Nostra siempre se da a sí misma cuando opera en las mejores condiciones: «una Comisión para lidiar con las cosas serias, con situaciones, y de esa manera todos seguiremos siendo amigos», como explicó un *capo*.

> Si todos hacemos nuestra cosa, como hacen los napolitanos… si hacemos las cosas como ellos las hacen nunca llegaremos a nada… En vez de eso, cada uno se hace cargo de su distrito y así resolvemos las cosas con amabilidad. Y al final nos sentamos todos y tratamos de crear un tipo de Comisión como en los viejos tiempos.

Un «tipo» de Comisión: llama la atención la indecisión a la hora de formularlo. Los hombres que se embarcaban en esta nueva iniciativa constitucional eran sin duda los *mafiosi* más poderosos de Palermo. Con todo, incluso entonces, incluso quince años después de la detención de Riina, no sentían que tuviesen la autoridad suficiente para reconstituir la Comisión «oficial». Puede que fuera «corto», pero Riina aún proyectaba una sombra muy alargada sobre los asuntos internos de la Cosa Nostra.

Nunca se llegó a hacer ese «tipo» de Comisión. El 16 de diciembre de 2008, tras casi nueve meses de minuciosas investigaciones, unos mil doscientos carabineros hicieron redadas coordinadas en docenas de domicilios en Palermo y en toda Sicilia occidental. La llamaron «Operación Perseo», en honor al héroe de la mitología griega que decapitó a la monstruosa Medusa, la del cabello de serpientes, ya que el objetivo era nada menos que decapitar a la Cosa Nostra. Entre los noventa y nueve individuos arrestados estaban los jefes de diecinueve familias, incluidas las

de territorios mafiosos cuyos nombres se repetían en la larga historia de la organización, como Santa Maria di Gesù, Monreale, Corleone, Uditore y San Lorenzo. También se detuvo a nada menos que once jefes de distrito: hombres que presidían sobre tres o cuatro familias y tenían un asiento en la Comisión que representaba sus intereses. Y, por supuesto, también se detuvo al *capo dei capi* electo: Benedetto Capizzi, un hombre de sesenta y cuatro años. La elección de Capizzi demostró que, después de haber «caminado con zapatos acolchados» bajo la égida de Provenzano, la Cosa Nostra estaba de nuevo dispuesta a calzarse sus botas con tachuelas. Capizzi era un antiguo miembro del escuadrón de la muerte de Giovanni Brusca, *'u Verru*. Entre múltiples crímenes, Capizzi ayudó a planear el secuestro de Giuseppe Di Matteo, el hijo del arrepentido que terminó en un baño de ácido. Capizzi era un hombre de acción, en quien se podía confiar que trataría militarmente con cualquiera que disintiera del nuevo orden. Un inconveniente menor era que aún estaba cumpliendo varias cadenas perpetuas. Sin embargo, era otro caso de un jefe al que se le había dado la garantía del arresto domiciliario por motivos de salud, concediéndole así la libertad que requería para reunirse con sus amigos del hampa.

La Operación Perseo fue un golpe espléndido, que recibió bastante menos atención en el extranjero de la que merecía; desde luego, menos que el arresto de Bernardo Provenzano, *'u Tratturi*, ocurrida dos y medio años antes. Gracias a ella, la Cosa Nostra ha quedado reducida a una organización fragmentaria. Los *mafiosi* que siguen activos no poseen la experiencia o carisma para acometer una reestructuración mayor siguiendo los procedimientos que Benedetto Capizzi estaba intentando. Su prioridad fundamental ahora es sobrevivir: dar con ingresos ilegales suficientes para aligerar la pesada carga de los encarcelados y sus parientes, y mantener cohesionado el tejido de las familias.

El daño infligido a la Cosa Nostra en la última década ha contribuido a crear un espacio para las agrupaciones locales contra el régimen impuesto por las redes de extorsión. Su objetivo es atacar el poder de la Mafia desde

la base, y su potencial es realmente revolucionario. Como muchas otras cosas positivas de la Sicilia contemporánea, el movimiento antifraude hunde sus raíces en las tragedias de los años ochenta y comienzos de los noventa.

Libero Grassi era un empresario que poseía una fábrica de pijamas en Palermo. Cuando se trasladó a una nueva sede a la sombra del monte Pellegrino en 1990, empezaron a llegarle demandas de dinero: una contribución «para los muchachos encerrados en la Ucciardone». Grassi acudió a la policía, y tres de los individuos que habían visitado su fábrica pidiendo dinero fueron detenidos. Las exigencias se hicieron entonces más amenazadoras. Grassi respondió con una carta abierta a la prensa que comenzaba con el encabezamiento «Querido extorsionador»:

> Quería decirle a nuestro extorsionador desconocido que puede ahorrarse las llamadas amenazantes y el dinero para adquirir espoletas, bombas y balas, porque no estamos dispuestos a contribuir y nos hemos refugiado bajo el ala de la policía. Construí esta fábrica con mis propias manos y no tengo la menor intención de cerrar mi negocio.

Lamentablemente, la causa de Grassi encontró muy poco apoyo. Los empresarios de la región le hicieron saber que debería lavar los trapos sucios en casa como hacían los demás. Solo recibió una única carta de un hombre de negocios que le expresaba su solidaridad. Pese a ello, en abril de 1991, la campaña de Grassi lo llevó a las pantallas de la televisión nacional, donde los millones de telespectadores de un popular programa de debate político en directo escucharon su lúcida explicación de cómo operaba el sistema de sobornos a cambio de protección, y de la *omertà* que lo cercaba por todos lados. Se estaba convirtiendo en un símbolo amenazante de la resistencia antimafia, y en un anuncio de la debilidad del cabecilla en cuyo territorio estaba situada su fábrica. El 29 de agosto de 1991, Libero Grassi recibió cinco disparos en la cara cuando salía de su casa para ir al trabajo.

Después de este abominable crimen, muchos tomaron la decisión de que nadie que se alzara contra los extorsionadores debía quedarse a solas. La asociación nacional de comerciantes, la llamada *Confesercenti*, fundó ese

mismo año un grupo de apoyo antiextorsión en Palermo, llamado *SOS Impresa*. En 1997, un dictamen de la Corte Suprema estableció con claridad que pagar por protección sería considerado, a partir de entonces, un delito. Todo el mundo estaría obligado a acudir a las autoridades contra los extorsionadores y nadie podría poner la excusa de que lo obligaron a pagar. En 2004, un grupo de jóvenes palermitanos asumió el legado de Libero Grassi y otros pioneros del movimiento antiextorsión, quienes fundaron una organización a la que denominaron *Addiopizzo* («Adiós soborno»). Su idea era nueva y de una asombrosa simplicidad: los empresarios, tenderos, dueños de restaurantes y hoteleros firmarían una promesa pública comprometiéndose a no pagar el soborno a cambio de protección; y los consumidores firmarían una promesa pública de favorecer los negocios que no pagaran. El fin era establecer una alianza que fortaleciese tanto a las empresas honradas como a los consumidores honrados.

Otros siguieron el ejemplo de *Addiopizzo*. En septiembre de 2007, la rama siciliana de *Confindustria* (la organización empresarial) anunció que expulsaría a todos los socios que fueran sorprendidos pagando por protección o que se negaran a colaborar con las autoridades. Así, los días en que los líderes empresariales de Sicilia vivían refunfuñando y quejándose de que la lucha contra la Mafia estaba arruinando la economía de la isla habían terminado al fin.

El hecho de organizarse para hacer frente a la extorsión está muy lejos de ser un gesto vacío; funciona de verdad. Un mafioso arrepentido de la familia de Santa Maria di Gesù ha explicado recientemente la razón por la que los *mafiosi* no intentaban extorsionar a los negocios que proclamaban su oposición al asunto:

> Si un comerciante es miembro de *Addiopizzo* o de alguna otra asociación antiextorsión, nosotros no llamamos a su puerta, no le pedimos nada. Más por el problema que nos causa que por el dinero. Si nos denuncia a la policía, quedamos sometidos a investigaciones, a micrófonos ocultos, así que es mejor evitarlos.

Rebelarse contra la extorsión conlleva una amenaza vital potencial para la Cosa Nostra. A finales de noviembre de 2007, los *mafiosi* expresaron lo preocupados que estaban con la nueva postura de *Confindustria*, realizando

un clamoroso acto de intimidación: las oficinas de la organización de empresarios en la ciudad de Caltanissetta, en Sicilia central, fueron víctimas del vandalismo, y desaparecieron varios CD que contenían nombres y direcciones de sus miembros.

Pese a las amenazas, en Palermo ha comenzado a funcionar un círculo virtuoso. Cuantos más empresarios acuden a la policía tras recibir exigencias chantajistas, más *mafiosi* son arrestados, y las autoridades y organizaciones antiextorsión pueden demostrar su habilidad creciente de trabajar hombro con hombro con los que deciden resistir, de manera que cada vez más negocios cogen confianza para acudir a la policía cuando pretenden chantajearlos.

Además, como sucede a menudo en nuestra historia, otros lugares han seguido el ejemplo de Palermo. Las asociaciones antiextorsión que surgieron en Sicilia se han multiplicado. Por ejemplo, en enero de 2010, *Confindustria* adoptó la política nacional de expulsar a los miembros que hicieran negocios con los gángsteres.

La caza de fugitivos de la justicia también ha tenido resultados decisivos en Campania y Calabria. Algunos de los jefes más poderosos de la Camorra y la ‘Ndrangheta han adquirido el hábito de construirse búnkeres subterráneos con la esperanza de evitar a los cada vez más resueltos y expertos cazadores de mafiosos. Algunos de estos búnkeres son simplemente compartimentos secretos dentro de una casa normal: escondrijos a los que un fugitivo puede precipitarse cuando llaman de manera inesperada a la puerta. Otros son extraordinariamente ingeniosos y complejos: verdaderos apartamentos en miniatura, con una instalación de tuberías completa, extractores de aire y cámaras de seguridad. La mayoría están ocultos entre casas normales y edificaciones propias de una granja, o en solares industriales, e incluyen pasadizos secretos y paredes correderas. La ‘Ndrangheta es especialista en este tipo de búnkeres. El clan Bellocco de Rosarno adoptó la práctica de enterrar contenedores de transporte marítimo enteros, perfectamente amueblados por dentro y disimulados por la vegetación en la superficie. El subsuelo del poblado de Platì en Calabria está atravesado por cuadrículas de centenares de metros de túneles que conectan las casas de los jefes a un complejo de búnkeres y vías de escape.

Aquí la ‘Ndrangheta incluso se ocupó de levantar las calles durante la construcción de su red de búnkeres secretos; ningún vecino de la localidad dijo nada.

Sea cual sea la forma que adopten, los búnkeres mafiosos actuales no son solo refugios: son centros de mando. Siempre se construyen en el territorio del cabecilla, donde puede contar con una red cercana de familiares y amigos que lo provean de sus necesidades cotidianas y, lo que es decisivo, que salgan y entren con sus órdenes y requerimientos. El control territorial sigue siendo crucial para los jefes de las tres organizaciones criminales fundamentales. Como lo explica un cazamafiosos de los carabineros:

> La primera regla de un jefe es no abandonar jamás su territorio. Irse a otro lugar para evadir la justicia es un signo de debilidad. Si el trono queda vacante, sus competidores aceleran la marcha, maniobrando y conspirando para ocupar su lugar.

Como dicen los propios mafiosos, *la presenza è potenza*: la presencia es poder.

Los búnkeres donde algunos jefes intentan actualmente mantener su presencia territorial no carecen de precedentes en la historia de las mafias: en Sicilia, bajo el fascismo, la policía que perseguía a los *mafiosi* descubrió todo un espectro de ingeniosos compartimentos secretos y refugios subterráneos. Pero los búnkeres son, con todo, un signo importante de la presión a que se hallan sometidas hoy las mafias. Hasta los años ochenta, aún era posible vislumbrar a los temidos Piromalli de Gioia Tauro presidiendo en la plaza del pueblo, haciendo visible su autoridad. Esos días han terminado. El Estado se ha vuelto más serio que nunca en su lucha contra el crimen organizado, de manera que el inframundo se ha escondido bajo tierra.

Sicilia sigue siendo el lugar en que la lucha antimafia está más avanzada. Y la caída de la cifra de homicidios es solo el indicador más obvio de este hecho. En 2009 hubo en la isla diecinueve asesinatos relacionados con la Mafia, ocho en 2010 y solo tres en 2011. Estos son mínimos históricos. El pasmoso recuento de cadáveres de los años ochenta parece quedar ahora a eones de distancia.

La Camorra:
una geografía del inframundo

En septiembre de 2011, periodistas de la revista *L'Espresso* filmaron en secreto una exhibición del poder del mundo criminal en el vecindario de Barra, en Nápoles. Para cualquiera que tenga mínimas nociones de la historia de la Camorra, la grabación aporta pruebas desalentadoras de cierta continuidad palpable en el tiempo.

El trasfondo era el Festival de los Lirios, una de muchas festividades religiosas similares en la región. Los «lirios» en cuestión son, en realidad, obeliscos de veinticinco metros de alto, hechos de madera y decorados con esculturas de cartón piedra. Primero los construyen unos orgullosos equipos de voluntarios conocidos como «bandas» y después los llevan a hombros, auspiciados por una celebridad local conocida como «padrino». Las bandas compiten entre sí por atraer a las multitudes hacia su lirio, con un maestro de ceremonias, música y bailes. El filme difundido en la página web de *L'Espresso* mostraba las actividades en torno a un lirio en particular, construido por una banda que se hacía llamar a sí misma *Insuperabile*. Primero, el padre del jefe local de la Camorra llegaba en un coche deportivo blanco descapotable, un modelo antiguo, mientras se oye un saxofón tocando el tema de *El padrino*. Con la muchedumbre ovacionándolo, el maestro de ceremonias saludaba a Angelo Cuccaro (liberado recientemente de prisión), luego le cantaba una canción titulada «Eres grande» y finalmente convocaba a la muchedumbre a dar un aplauso por «todos nuestros muertos». Entretanto, el propio jefe, ataviado con la camiseta azul de la banda *Insuperabile* y una gorra de béisbol blanca, recibía los besos y ovaciones de sus entusiastas seguidores.

Más tarde, las investigaciones de los carabineros revelaron que el Festival de los Lirios había sido durante mucho tiempo una plataforma de operaciones del clan Barra: allí extorsionaban a los negocios locales con el pretexto de emplearlo para el obelisco; los «padrinos» de la banda *Insuperabile* eran escogidos de entre los empresarios cercanos a los jefes; en el festival se celebraban públicamente los nuevos pactos de la Camorra. Cuando el pueblo vecino de Cercola quedó bajo el control del clan Barra, obligaron a los comerciantes a desplegar allí, en sus ventanas, los colores azul y rojo de la banda *Insuperabile*.

En septiembre de 2012, se confiscó y destruyó el obelisco de la banda *Insuperabile*, porque, según el juez que autorizó la confiscación:

> Los mensajes que envía, el secreto escondido de esas maderas y ese cartón piedra, valen más que un arsenal entero para el clan. Desplegarlo el día del carnaval significa mucho más que alguna victoria en el campo de batalla, o que la aniquilación física de un rival: es un signo de autoridad.

El hecho de valerse de celebraciones religiosas como una oportunidad para que desfile el poder criminal es toda una tradición en el mundo criminal de Nápoles. En el siglo XIX, los *camorristi* solían hacerse con el control de la peregrinación primaveral al santuario de Montevergine. Cada jefe con su mujer a su lado, ella engalanada de seda, oro y perlas, subía la montaña con su poni y su carrito de dos ruedas, a la cabeza de sus acólitos. El avance de los peregrinos iba acompañado de borracheras, carreras, peleas a cuchillo más o menos estilizadas y reuniones de la Camorra con los clanes del interior.

(Cosas por el estilo caracterizaban la vida mafiosa en Calabria y Sicilia. En los pueblos y aldeas controlados por la ‘Ndrangheta y la Cosa Nostra, el control territorial del hampa se anunciaba mediante la apropiación del día fijado para celebrar el santo patrono local. Barra está lejos de ser el único sitio donde la tradición prosigue hasta hoy. En Sant’Onofrio, en 2010, la ‘Ndrangheta reaccionó airada cuando el sacerdote local intentó imponer la orden del obispo de prohibir a los mafiosos que asumieran un papel protagonista en una procesión con estatuas de la Madonna en la Pascua de Resurrección: el líder de la cofradía que presidía el festival recibió una

advertencia de dos disparos contra la puerta de su casa. El festival se suspendió durante una semana y, cuando al fin se celebró, los carabineros tuvieron que acudir para poner orden).

Entonces… ¿es que nada ha cambiado en Campania? ¿Es la Camorra todavía la fuerza que fue alguna vez? Sin duda, un «mapa homicida» de las muertes ocasionadas por el mundo criminal en algunas de las décadas precedentes nos mostraría una concentración de puntos en la misma y amplísima área que la Camorra ha teñido de su color desde el siglo XIX: la ciudad de Nápoles y un semicírculo de unos cuarenta kilómetros de radio que abarca los pueblos y aldeas del interior. Hay un patrón que se repite de manera inequívoca. Aun así, si vamos a examinar de cerca los detalles de nuestro mapa del poder de la Camorra, nos queda claro que las continuidades son menos predominantes de lo que parecen de entrada. Menos predominantes, por cierto, que en Sicilia y en Calabria, donde los microterritorios demarcados por las *cosche* mafiosas han seguido casi igual. Lugares como Rosarno y Platì (‘Ndrangheta), o Villabate y Uditore (Cosa Nostra) han sido famosos durante más de un siglo. En Campania, por contraste, la geografía del inframundo ha visto importantes transformaciones recientemente.

La Camorra se fragmentó después de la guerra a principios de los ochenta, entre Raffaele Cutolo, el Profesor, y los clanes aliados de la Nuova Famiglia. Se estima que había unas 32 organizaciones camorristas en 1988; en 1992, esa cifra había subido a 108. La fragmentación no se ha revertido en los años de la Segunda República. Los cálculos más recientes sugieren que hay todavía un centenar de organizaciones criminales de cierta importancia en Campania, donde la organización ha adoptado un patrón persistente pero inestable. Los clanes de la Camorra van y vienen, se funden y resquebrajan, van a la guerra y hacen alianzas. Así, la mayor parte de estas camorras distintas tienen una vida muy corta en comparación con la de las francmasonerías criminales extraordinariamente duraderas como la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta. En Campania, las fronteras del mapa en que se dibuja el poder de la Camorra se desplazan constantemente con los arrestos policiales, las guerras territoriales que estallan de vez en cuando y la fisura y la mezcla de los clanes. La consecuencia inevitable de esta

inestabilidad primordial es un aumento de la violencia: la Camorra sigue matando a más gente que la Mafia siciliana o la ‘Ndrangheta. Y ha habido varios picos en la tasa de asesinatos en años recientes: entre 1994 y 1998, hubo sobre un centenar de asesinatos camorristas al año; y de nuevo en 2004, y en 2007.

Nápoles es una ciudad portuaria. Ese simple hecho ha modelado la historia de la Camorra desde las décadas de 1850 y 1860, cuando la Camorra de Salvatore De Crescenzo pasaba ropa importada de contrabando a través de la aduana y extorsionaba a los barqueros que trasladaban pasajeros del barco a la costa. El puerto de Nápoles fue el lugar donde ingentes cantidades de material aliado desaparecían en el mercado negro durante la Segunda Guerra Mundial. En los cincuenta, los vendedores ambulantes de ropa conocidos como *magliari*, que eran a menudo poco más que estafadores, desplegarían sus velas hacia otros horizontes, llevando las astutas prácticas del comercio con telas napolitanas a las amas de casa de la Europa septentrional. Después de eso, Nápoles fue un punto de entrada para el contrabando de cigarrillos y drogas. En nuestros días, el puerto es una terminal mecanizada de contenedores que sigue el modelo de Felixstowe o Rotterdam. Ha adquirido una nueva importancia como puerta de acceso a Italia para los productos del Lejano Oriente que se embarcan en el Mediterráneo a través del canal de Suez. Algunos de esos productos —zapatos, ropa y bolsos de mano, herramientas eléctricas, teléfonos móviles, cámaras y consolas de videojuegos— son falsificaciones de grandes marcas. La tradición napolitana de fabricar productos falsos se ha vuelto global. No pocas veces, la etiqueta «Made in Italy» o «Made in Germany» oculta una realidad distinta: «Falsificado en China». Y en lugar de los *magliari*, ahora hay intermediarios transnacionales, estacionados permanentemente en el exterior para encontrar mercado a los productos de contrabando. Todavía se está investigando para saber qué magnitud alcanza este sector y exactamente qué proporción de él gestionan los *camorristi*, en oposición a turbios empresarios normales y corrientes.

Nápoles es un lugar extraordinario por muchas razones. Una de ellas es el hecho de que, mientras que los vecindarios históricos más pobres de muchas otras ciudades europeas han sido, hace ya mucho tiempo, demolidos o convertidos en reductos para «yuppies», el centro de Nápoles alberga aún las mismas concentraciones de pobreza que lo caracterizaban a finales del siglo XVIII. Forcella, el barrio *kasbah* que ya hemos mencionado alguna vez a lo largo de esta historia, es un caso que viene a cuento. A principios del siglo XIX, la Camorra surgió de sus callejones fétidos y hacinados. Aunque ahora todo es distinto en Forcella, incluida la higiene, ganarse la vida aquí es aún precario, a menudo ilegal y a veces peligroso. Ningún visitante entra allí sin experimentar la clara sensación de estar siendo observado. En este y otros vecindarios, el alcance territorial de la Camorra aún está de manifiesto en los chicos que piden dinero a cambio de sitios de aparcamiento, y los adolescentes altaneros subidos a sus motos que operan como guardias para los narcotraficantes.

Pese a la completa transformación económica del último siglo y medio, en sitios como Forcella la Camorra sigue reclutando a sus miembros de entre una población vulnerable por el rigor en el que vive y por un desdén generalizado por la ley, igual que ocurría en el siglo XIX. En 2006 se estimaba que el veintidós por ciento de la gente con algún tipo de empleo en Campania trabajaba en la así llamada «economía sumergida»: donde se paga todo en efectivo, sin impuestos ni la protección de leyes sindicales y de seguridad en el trabajo. Parece muy probable que una mayoría sustancial de los trabajos en pequeñas y medianas empresas estén al margen de la contabilidad oficial.

Los cambios económicos recientes parecen haber empeorado la situación. En Campania, como en buena parte del sur, el nuevo mantra económico del empleo flexible ha significado a menudo tan solo una mayor proporción de economía sumergida. Desde 2008, las ominosas dificultades económicas de Europa han incrementado el poder de la Camorra (y, para el caso, de la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta) a la hora de penetrar en las empresas, y han bloqueado a la región en el círculo vicioso del fracaso económico. En el verano de 2009, Mario Draghi, entonces gobernador del Banco de Italia, opinaba lo siguiente:

> Las empresas ven cómo se va secando el flujo de dinero en efectivo y sus activos caen en su valor de mercado. Ambos desarrollos facilitan el ataque del crimen organizado… En aquellas economías donde hay una fuerte presencia criminal, los negocios pagan precios más altos por los préstamos y la contaminación de la política local arruina el capital social: la gente joven emigra en mayor medida y cerca de un tercio de esa juventud son graduados que se desplazan al norte en busca de mejores oportunidades.

En tiempos difíciles no son únicamente los negocios informales los que se transforman en presa fácil de los usureros y extorsionadores, de los gángsteres en busca de un puesto de ventas para sus mercancías robadas o una forma de blanquear el dinero procedente de la droga. Por la naturaleza misma del negocio de los narcóticos, los gángsteres suelen disponer de mucho dinero en efectivo, justo en el momento en que los empresarios italianos del sur están luchando más que ningún otro por conseguir algún crédito. Cuando los tiempos se vuelven difíciles, el efectivo es el *capo*.

El poder intacto de la Camorra para nutrirse de las debilidades de la economía napolitana ha contribuido a remodelar el paisaje de las influencias delictivas. Hubo una época, cuando Nápoles era una ciudad industrial, en que los trabajadores industriales contaban con una tradición de organización sindical e ideales socialistas que les aportaban una resistencia consustancial a la infección camorrista. En nuestros días, con buena parte de las fábricas desaparecidas, la Camorra se ha extendido a barrios como Bagnoli, donde la planta siderúrgica se cerró en los noventa.

Hoy en día, además, la economía urbana de la Camorra ya no gira en torno a los antiguos vecindarios pobres del centro de la ciudad. Las principales concentraciones de poder e ilegalidad se han ido del Nápoles que conocen los turistas. Incluso la Camorra de Forcella ha sentido la fuerza de lo nuevo. El clan Giuliano (querido por Diego Maradona) se ha visto resquebrajado por los asesinatos, los arrepentidos y las detenciones. Y lo que es más importante, los clanes más poderosos y peligrosos emergen ahora de la desvencijada periferia de la ciudad y los barrios que se volvieron anárquicos en los setenta y tras el terremoto de 1980. Cuando se trata de producir DVD de contrabando en masa y objetos de moda falsos, los estudios de artesanos en el laberinto del centro de la ciudad no pueden competir con las fábricas de obreros explotados de los suburbios. Con la modernización de la red de carreteras y el transporte público de Nápoles, a

los adictos ahora les sale más barato buscarse el «colocón» en los grandes supermercados de la droga que operan en los embrutecedores bloques de pisos que hay en Secondigliano o Ponticelli, que visitar a los pequeños camellos del Barrio Español.

El primer segmento del paisaje urbano que le viene a la mente al público cuando se menciona la palabra «camorra» no son ya los callejones de Forcella. Es, más bien, un proyecto de viviendas que fracasó estrepitosamente en el suburbio de Scampia. Conocido como «Le Vele» («la vela»), consiste en una hilera de masivos bloques de pisos triangulares, construidos en los sesenta y los setenta y diseñados para reproducir en varias plantas la vida comunitaria tan cohesionada de los callejones del centro de la ciudad. El resultado, con sus espacios interiores feos, oscuros e inseguros, se parece más a una prisión de alta seguridad sin guardias. Los bloques se edificaron muy mal: los ascensores no funcionan, el hormigón se resquebraja, los techos gotean y los vecinos pueden oír todo lo que sucede tres puertas más abajo. Estos problemas habían ya reducido a Le Vele al estatus de barrio pobre cuando los refugiados sumidos en la desesperación del terremoto de 1980 ocuparon ilegalmente los apartamentos vacíos, algunos de ellos cuando no estaban siquiera terminados. No mucho después, los residentes se vieron rodeados por una minoría de c*amorristi* abocados al narcotráfico. La presencia policial consistía en rondas esporádicas y en buena medida simbólicas. Los residentes dicen que algunos polis aceptaban sobornos para que dejaran a los narcotraficantes en paz. Una prolongada campaña para lograr que Le Vele se vaciara y para demolerla se encontró con una respuesta política indolente. En el momento en que escribo esto, de los siete bloques de apartamentos originales, cuatro están ya condenados pero aún siguen en pie… y aún están parcialmente ocupados.

En las décadas de 1990 y 2000, la distribución de drogas en Le Vele estaba bajo el control del clan Di Lauro, cuyo jefe fundador fue Paolo Di Lauro, conocido como «Ciruzzo el Millonario». Su base de operaciones estaba en Secondigliano, un vecindario cercano a Scampia, en los límites septentrionales de Nápoles, que era originalmente una hilera de grandes y distinguidas casas del siglo XIX dispuestas a orillas del camino, en las

afueras del pueblo, pero sometidas a grandes y nuevos desarrollos en los setenta y ochenta. El Millonario lideraba una organización centralizada y modelada por las demandas del negocio de la droga. Entre sus lugartenientes más cercanos estaban dos de sus hijos y su cuñado. Por debajo ellos estaban los así llamados «delegados», que manejaban la compra y el procedimiento de «cortar» la droga para su venta al por mayor. Todo lo que estaba por debajo de este nivel superior del clan era gestionado por una especie de franquicia, que mantenía el arriesgado y engorroso negocio de vender el producto día a día a una distancia segura del clan. Veinte «jefes de zona» contaban con autorización para administrar las ventas en varias áreas del territorio del Millonario y dirigir a los traficantes, vigías y matones asalariados, que ocupaban el escalón más bajo dentro de la organización. Un traficante podía obtener unos 2.000 euros al mes y los sicarios, unos 2.500 euros netos por golpe. Unas doscientas personas se contaban entre las formalmente reconocidas como integrantes del clan, pero muchísimas más estaban empleadas de manera estable. En el auge del poder del Millonario, hay estimaciones no verificadas que sugieren que los ingresos de la organización procedentes de las drogas alcanzaban los 1.000 millones de euros al año.

En el 2002, el Millonario se vio obligado a pasar a la clandestinidad y el control diario recayó en manos de sus hijos, que hubieron de luchar para mantener a raya las ambiciones de los «delegados» de la organización. El resultado, durante el invierno de 2004-2005, fue la más violenta de las guerras recientes de la Camorra, conocida como la «sangrienta reyerta de Scampia».

El clan Di Lauro era, dentro de las generaciones recientes, una de las organizaciones de la Camorra más estructuradas jerárquicamente. En los años setenta, los *camorristi* se enteraron de las ventajas que suponía organizarse como una francmasonería criminal, por boca de miembros de la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta ávidos de encontrar socios para sus negocios en Campania. Tras la ruptura de la Nuova Camorra Organizzata y la Nuova Famiglia en los años ochenta, prácticas como los ritos de iniciación cayeron en desuso en toda Campania. A partir de entonces, los clanes de la Camorra han inventado sus propias estructuras, según sus necesidades. Con todo,

pese a la influencia desfalleciente del crimen organizado de Sicilia y Calabria en Campania, los dos principios fundamentales de organización de la Camorra son los mismos que se aplican a las familias más formalizadas de la Cosa Nostra o las ‘*ndrine* y los «locales» de la ‘Ndrangheta. Por un lado, un clan camorrista necesita una estructura de mando cohesionada, sobre todo en su núcleo, y principalmente para librar guerras y defender el territorio. Por el otro, un clan debe ser a la vez lo bastante flexible para permitir que sus jefes tiendan redes amplias, sacando provecho de cualquier oportunidad criminal que se presente en casa o en el extranjero. Dentro de los límites establecidos por estos dos principios, es posible una gran variedad de estructuras. El término «camorra» ha llegado a abarcar cualquier fenómeno que vaya desde las pandillas callejeras que venden droga y pueden hallarse en las áreas venidas a menos de cualquier ciudad occidental, hasta grandes sindicatos con férreos vínculos en el sistema político y la economía legal.

Como ocurría con el clan Di Lauro, los lazos de sangre contribuían a menudo a mantener unidos a los miembros principales de cualquier organización camorrista. Los jefes de la Camorra suelen crecer en una tradición familiar de violencia y «*savoir-faire* criminal» (para emplear los términos de un experto italiano). Los matrimonios entre líneas consanguíneas en territorios adyacentes ayudan a consolidar la autoridad sobre los mismos y transmiten ese *savoir-faire* a las generaciones futuras. Un ejemplo es el clan Mazzarella, constituido en torno a tres sobrinos de Michele Zaza, ‘*o Pazzo*, el contrabandista de tabaco y miembro de la Cosa Nostra que ayudó a convertir el contrabando en «la FIAT del sur» en los sesenta y setenta. En 1996, uno de los hermanos Mazzarella, Vincenzo, vio aumentar el prestigio de su familia cuando su hijo adolescente se casó con la hija de Lovigino Giuliano, alias «Ojos de hielo», que era el jefe de Forcella.

La importancia que los lazos de parentesco adquieren dentro de los clanes camorristas sirve para explicar por qué las mujeres relacionadas íntimamente con el grupo central de un clan llegan a veces a ocupar papeles protagonistas. Los casos de Pupetta Maresca y la hermana mayor del Profesor, Rosetta Cutolo, nos dicen que, incluso antes de los años noventa,

algunas mujeres camorristas eran más importantes que otras mujeres de la Mafia siciliana o la ‘Ndrangheta. Pero en las dos últimas décadas, las mujeres dentro de la Camorra se han hecho mucho más visibles, lo cual se explica por dos motivos. El primero es que las autoridades se han sacudido viejos prejuicios que las cegaban al talento delictivo femenino. El segundo es que, dada la mayor presión policial, los clanes han delegado mayor poder en las mujeres cuando sus hombres se dan a la fuga o van a la cárcel. Dichas tendencias han hecho sentir también sus efectos en Sicilia y Calabria, donde la estructura masónica centrada en el varón, dentro de las hermandades criminales, tiende a limitar más el poder de la mujer. En 1998, Giusy Vitale asumió la administración cotidiana de la familia Partinico de la Cosa Nostra cuando su hermano, el jefe, fue a prisión. A partir de entonces se pasó al bando de los arrepentidos.

Pero no es coincidencia que fuera una mujer camorrista, Teresa De Luca Bossa, quien se convirtiera en la primera mujer en Italia en quedar sujeta al arduo y nuevo régimen carcelario que siguió a los asesinatos de Falcone y Borsellino en 1992. De Luca Bossa era tanto la madre como la amante de líderes de clanes y demostró notables habilidades militares, administrativas y diplomáticas para mantener unida la organización cuando sus congéneres varones fueron arrestados.

Sicilia y Calabria tampoco han visto nada que se compare a la cruel batalla librada entre las mujeres de los clanes Graziano y Cava en 2002. El 26 de mayo de ese año, un escuadrón de ejecución de los Graziano que incluía a tres mujeres persiguió y embistió a un automóvil en el que iban cinco mujeres de los Cava. En el baño de sangre que siguió a esto, cuatro mujeres de los Cava fueron asesinadas a tiros y una quinta quedó paralítica. Varias generaciones de mujeres estuvieron implicadas en el asunto, tanto del lado de las víctimas como del de las responsables. La esposa del jefe de los Graziano, Chiara Manzi, de sesenta y dos años, coordinó el ataque mediante un teléfono móvil; las asaltantes incluían a su nuera (de cuarenta años) y dos sobrinas (de diecinueve y veinte). En las cintas grabadas de sus conversaciones telefónicas en la fase preparatoria del ataque se oía a las matonas profiriendo insultos contra sus eventuales víctimas: «gitanas», «cerdas».

Siendo un caso único entre las mafias, la Camorra ha permitido a la vez que representantes de las minorías sexuales alcancen posiciones de liderazgo. Anna Terracciano es una de doce hermanas y hermanos del Barrio Español de Nápoles, once de ellos activos en el crimen organizado. Conocida como *'o Masculone* (algo así como «el machote»), Anna era una lesbiana identificada con su parte masculina que iba por ahí armada y participaba en las acciones militares en nombre de su clan. Fue a prisión en 2006. Tres años después, la policía arrestó a Ugo Gabriele, de quien las autoridades señalan que es el primer transexual camorrista del que se tiene noticias. Conocido como «Ketty», Gabriele es el hermano menor de un miembro del clan que se desgajó de la organización del Millonario durante la «sangrienta reyerta de Scampia» en los años 2004-2005. Según la policía, cuando su hermano fue ascendido, Ketty se graduó pasando de vender cocaína a sus clientes (era una prostituta transexual) a una función más gerencial en el círculo de la droga. Además de la confianza que la Camorra pone en los lazos familiares, puede que el ascenso de Ketty se debiera en alguna medida a una tolerancia tradicional de la cultura popular napolitana para con los transexuales masculinos: los así llamados *femminielli*.

Ninguna excursión por la geografía del crimen organizado en la Campania contemporánea estaría completa sin una visita a la vasta y fértil llanura al norte de la ciudad, a la que a veces se denomina la Terra di Lavoro («tierra de trabajo»). En un poema de 1956, el escritor y director de cine Pier Paolo Pasolini evocaba su extraña belleza vista desde un tren en movimiento:

> *Ahora se acerca la Terra di Lavoro:*
> *unas pocas manadas de búfalos, unas cuantas casas*
> *amontonadas entre hileras de tomates,*
>
> *trenzas de hiedra y humildes vallados.*
> *Cada tanto, a ras de suelo,*
> *oscuro como un desagüe,*
>
> *un arroyuelo escapa, cargado de vides,*
> *de las garras de los olmos.*

Este paisaje tan característico ha sido el telón de fondo de algunos de los acontecimientos más importantes en la historia del crimen organizado en Campania durante el pasado siglo y medio. En el siglo XIX, cuando gran parte de la región era un páramo agreste y pantanoso conocido como los Mazzoni, era sabido que la producción de queso mozzarella con leche de búfala estaba en manos de empresarios violentos. En la tierra agrícola reseca al sur y sudeste de los pantanales, las pandillas gestionaban sobornos a cambio de protección en las granjas, explotaban a los trabajadores, exigían impuestos a los mercados mayoristas de frutas, verduras y carne, y controlaban las rutas por las que la producción llegaba a la ciudad.

Si Pasolini estuviese vivo y fuese capaz de recorrer hoy la Terra di Lavoro, vería un paisaje radicalmente cambiado por la llegada de fábricas en los años sesenta, y por el declive industrial y el *boom* inmobiliario posterior al terremoto en los ochenta. Pero, quizá más que estos cambios visibles, Pasolini quedaría impactado por un nuevo olor. En muchas partes de la tierra al norte de Nápoles, el hedor de la basura satura el aire: una basura que se ha convertido en la nueva fuente de riqueza más importante para la Camorra contemporánea.

La Camorra: un Chernóbil italiano

Cuando nació la Segunda República, Nápoles y la región de Campania atravesaban una crisis en la gestión de la basura. Hasta entonces no se había elaborado ningún plan de reciclaje de la basura generada por los hogares y los comercios. Los vertederos estaban desbordados. Comenzaban a surgir indicios preocupantes de problemas de salud en la población cercana a los vertederos.

A principios de 1994, el gobierno declaró una emergencia a raíz del asunto y designó un comisario para gestionar la recolección y eliminación diaria de desechos, mientras el gobierno regional preparaba una solución a largo plazo. Pero no surgió ninguna solución a largo plazo: fue solo la historia habitual de inmovilismo político y confusión. En ese momento, en 1996, se asignó al Comisariado la tarea de planificar la forma en que Campania saldría de la emergencia, y el poder de imponerse sobre las restricciones de planificación habituales, y los controles del gobierno local, a la hora de poner en funcionamiento el plan.

El esquema resultante parecía bien concebido. La basura municipal se extraería y eliminaría por etapas. Primero se separarían los materiales reciclables en el punto de recogida. Entonces habría una criba adicional, centralizada, para extraer las materias biodegradables y cualquier sustancia peligrosa. La siguiente fase implicaba moler y compactar lo que quedaba en los llamados «ecobultos», que podían usarse como combustible. Y, finalmente, esos ecobultos se quemarían para generar electricidad limpia. Sería preciso construir siete plantas para producir ecobultos, y dos nuevos incineradores-generadores. Una vez que estuvieran todos en pie y en funcionamiento, se decía, Campania contaría con un ciclo perfecto de

recogida y reutilización de desechos, respetuoso con el medio ambiente. Nadie prestó mucha atención a los expertos en eliminación de residuos que indicaban que el esquema era poco realista y estaba inspirado en principios que ya habían fracasado en otros lugares.

La solución a la emergencia de la basura en Campania se convirtió rápidamente en un desastre ambiental. El ciclo de recogida de basuras resultó disfuncional en todas y cada una de sus etapas.

En los noventa se crearon dieciocho consorcios para gestionar la recogida y el reciclaje en distintos puntos de la región, pero por una multiplicidad de razones, estos no hacían su función: la basura entraba en el sistema de manipulación de desechos de manera indiferenciada.

En ese punto del ciclo comenzaron los problemas más graves. Una alianza de cuatro empresas, conocida como FIBE, se adjudicó el contrato para construir las plantas de ecobultos y los incineradores-generadores. Las principales razones de que ganara FIBE fueron los bajos costes y la rapidez que garantizaban sus propuestas: después de todo, esto era una emergencia. A la FIBE se le ofreció un contrato con el gobierno regional de Campania que contenía cláusulas de penalización inadecuadas.

Las empresas de FIBE prometieron que tendrían levantados y funcionando los incineradores-generadores a finales de 2000, pero para esa fecha no habían obtenido siquiera la autorización municipal imprescindible. Tan solo uno de los incineradores-generadores se había completado a finales de 2007. Los planes para el segundo fueron finalmente cancelados en 2012.

Al mismo tiempo, las empresas de FIBE gozaron, en buena medida, de vía libre para escoger los lugares en los que levantarían sus plantas. El primer incinerador-generador fue construido en Acerra, al norte de Campania, a solo un centenar de metros de un gran hospital para niños. El segundo debía instalarse, originalmente, a solo veinte kilómetros del primero. Esta región del país era famosa por ser el centro de la producción de mozzarella con leche de búfala. Pero, incluso antes de que fuera edificado el primer incinerador-generador, el área albergaba más de lo que le correspondía en vertidos legales e ilegales y se había detectado un envenenamiento con dioxina en granjas de animales y cosechas. El

incinerador-generador que llegó a construirse demostró muy pronto que funcionaba mal, diseminando gases en un radio de diez kilómetros a la redonda.

Las siete plantas de ecobultos funcionaban incluso peor: un informe parlamentario descubrió que los ecobultos que estas generaban eran solo cubos envueltos en plástico de basura no filtrada, demasiado húmedos y llenos de tóxicos para incinerarlos, aun en caso de que los incineradores hubieran estado funcionando. No se pudo hacer nada salvo apilarlos, y en toda Campania comenzaron a crecer hacia el cielo grandes zigurats de ecobultos. En 2004, el comisario regional para la basura señaló en el Parlamento que cada mes se estaban empleando 40.000 metros cuadrados de terreno para almacenar ecobultos.

Periódicamente, en los primeros años del siglo XXI, el sistema disfuncional de eliminación de desechos de Campania quedaba paralizado por completo. En el peor momento de los años 2007-2008, cientos de miles de toneladas de basura procedentes de las casas y comercios se acumulaban en las calles. Las autoridades se vieron obligadas a reabrir vertederos de basura que previamente se habían considerado llenos. La población local, preocupada con razón por el impacto que sufriría su calidad de vida, dio paso a encendidas protestas en las calles. Las cámaras de los noticiarios de todo el mundo mostraban imágenes tanto de las montañas de desperdicios como de las protestas, causando un daño sin medida a la imagen de Nápoles, Campania y toda Italia. Solo en los últimos dos años han comenzado las autoridades a controlar mínimamente la situación, aunque muchas pilas de ecobultos siguen dejando su huella en el paisaje local.

El escándalo *monnezza* (así llamado en función del término napolitano para basura) está aún sujeto a procedimientos legales en curso: cierto número de políticos, empresarios y administrativos han sido acusados de fraude o negligencia. Independientemente de las responsabilidades delictivas, la historia incluye políticas desastrosas, empresas irresponsables (incluidos empresarios del norte), mala planificación, gestión inadecuada y supervisión inapropiada. Los problemas empezaron por el nivel más alto: el Comisariado, que se suponía que debía fiscalizar todo el sistema, está acusado de amiguismo y de inflar los gastos, así como de fracasar a la hora

de asegurar que el ciclo de la basura funcionara como era debido.

El caso *monnezza* guarda muchas similitudes con el caos de la reconstrucción que siguió al terremoto de 1980. En primer lugar, ambos ofrecieron oportunidades para el crimen organizado. La Camorra entró tarde al negocio de la industria de la construcción si se la compara con la Cosa Nostra y la ‘Ndrangheta. Mientras que los gángsteres sicilianos se involucraron con fuerza en el *boom* inmobiliario en las décadas de 1950 y 1960, y los calabreses los siguieron en los sesenta y setenta, solo tras el terremoto de 1980 empezaron los *camorristi* a ganar dinero en serio con el hormigón. Pero, con el tema de la basura, los clanes de la Camorra se hicieron pioneros y ganaron protagonismo. «Ecomafia» es un término acuñado por los ambientalistas italianos para aludir al daño que el mundo criminal inflige en Italia a los recursos naturales y de otra índole: desde la construcción ilegal hasta el tráfico de tesoros arquitectónicos. El sector de la basura es la actividad más lucrativa de la ecomafia y una de las áreas de mayor crecimiento de las empresas criminales en las últimas dos décadas.

Como hiciera con el sector de la construcción, la Camorra se infiltró de varias maneras en el sistema de recogida de basuras, empezando por los dieciocho consorcios creados para gestionar el reciclaje en distintos lugares de la región. Mucha de la gente empleada en esos consorcios era reclutada entre grupos de presión militantes de sectores desempleados. A algunos de esos grupos de presión, que datan de la década de los setenta, se los ha vinculado con la Camorra: se ha visto que sus líderes sobornaban a algunos miembros a cambio de la promesa de un trabajo; unos cuantos de esos miembros tienen antecedentes penales. En 2004, el comisario regional para la basura dijo a una comisión parlamentaria que: «Ya sería un milagro si tan siquiera doscientas de las 2.316 personas [empleadas por el consorcio de reciclaje] hicieran de verdad algún trabajo». Se estima que, para finales de 2007, más de cuarenta de los camiones adquiridos para transportar basura reciclada habían sido robados.

La Camorra también gestionaba los subcontratos que se hacían para trasladar los ecobultos. Desde los días del *boom* inmobiliario posterior al terremoto, la Camorra había sido un cuasi monopolio en el traslado de tierra y escombros. Hay pruebas de que la entidad obtuvo ganancias de los

acuerdos que se hicieron apresuradamente para comprar tierras donde depositar los ecobultos.

En ciertos lugares, en particular alrededor de Chiaiano, los jóvenes *camorristi* se hacían con el control de las protestas contra la reapertura de los viejos vertederos de basura. Inevitablemente, esas manifestaciones se volvían violentas. Había con seguridad dos razones por las que la Camorra se involucraba en ello. La primera, que sus cabecillas tenían un interés económico en perpetuar la emergencia. Y la segunda, que querían hacerse pasar por líderes comunitarios, adalides de la postura colectiva que decía «no en mi patio trasero». Buena parte del problema se concentraba en un vertedero no lejos de Marano, la base de operaciones del clan Nuvoletta. A la entrada del pueblo había un cartel que decía: «El Estado está ausente, pero nosotros estamos aquí». Nadie tenía que preguntar a quién se refería ese «nosotros».

Mondragone, la capital de la mozzarella elaborada con leche de búfala en el litoral septentrional de Campania, era la base de una empresa de gestión de desechos llamada Eco4, que estaba confabulada con los clanes en una minuciosa infiltración del ciclo de residuos: un circuito ilícito de votos, puestos de trabajo, facturas infladas, contratos amañados y sobornos que reunía a políticos, gestores, empresarios y *camorristi*. En el verano de 2007, uno de los directivos de Eco4 implicado en el caso, Michele Orsi, empezó a dar su testimonio a los magistrados. En mayo del año siguiente salió a comprar una Coca-Cola con su hija pequeña y recibió dieciocho disparos. Otros testigos del caso Eco4 involucraron a un destacado político cercano a Silvio Berlusconi. En 2009, Nicola Cosentino era a su vez viceministro de Hacienda y coordinador del partido de Berlusconi en la región de Campania, cuando los magistrados solicitaron autorización al Parlamento para proceder en su contra por su vinculación a la Camorra. La mayoría gobernante de Berlusconi desestimó la petición. Al año siguiente, el Parlamento se negó a autorizar a los investigadores que usaran las pruebas obtenidas mediante la intervención de teléfonos en contra de Cosentino, aun cuando este renunció de hecho a su cargo en el gobierno poco después, ese mismo año, al verse implicado en otro escándalo. En enero de 2012, el Parlamento lo blindó de nuevo contra el arresto por cargos

relacionados con la Camorra. Cosentino alegaba que era víctima de «la agresión, política y judicial, de los medios».

Sin embargo, la faceta más inquietante del crimen de la ecomafia en Campania no está ligado directamente a la situación de emergencia por la proliferación de basura y los ecobultos. A principios de los noventa, comenzaron a aparecer pruebas de que los *camorristi* estaban vertiendo ilegalmente varias toneladas de residuos tóxicos procedentes de los hospitales y una variedad de industrias, como la del acero, las pinturas, los fertilizantes, el cuero y los plásticos. Se descubrió que entre estos residuos tóxicos había asbesto, arsénico, plomo y cadmio. El tema fue ratificado por la investigación conocida como «Operación Cassiopea», entre 1999 y 2003. Aunque los camiones de la Camorra transportaban y vertían los desechos en Campania, este era solo el punto final de un vasto sistema que abarcaba el país. Representantes de empresas de gestión de residuos respaldadas por la Camorra recorrían el norte y el centro del país ofreciendo retirar los subproductos peligrosos de las empresas por un diez por ciento de lo que costaba su eliminación por la vía legal. Obsequiosos políticos y burócratas desplegados a lo largo de toda la ruta de los residuos tóxicos se aseguraban de que el papeleo estuviese en orden. Los *camorristi* vertían los residuos en cualquier lugar a lo largo del territorio que ellos controlaban, lo cual iba desde vertederos municipales normales hasta acequias paralelas a los caminos. Parte del residuo tóxico era mezclado con otras sustancias para hacer «compuestos». En muchos casos, los residuos se ponían encima de una pila de neumáticos y se quemaban para destruir las pruebas, contaminando de ese modo el aire, así como el terreno y el agua potable. La Camorra vertía también los desechos tóxicos en canteras ubicadas en las regiones altas de la Terra di Lavoro, de las cuales extraían la arena y la gravilla para sus plantas de hormigón. Muchas de esas canteras eran también ilegales. En 2005, un juez describió la desaparición de montañas enteras en lo que él mismo llamó un «efecto meteorito». Así, el daño provocado por un crimen ecomafia se multiplicaba por el de otro.

Los beneficios de este negocio eran enormes. Un comerciante de residuos tóxicos que más tarde se convirtió en testigo de cargo hizo su declaración de bienes, que incluía cuarenta y cinco apartamentos y un hotel,

hasta un valor total de 50 millones de euros.

Muchos de los acusados en el juicio que resultó de la investigación de Cassiopea confesaron. Pese a ello, en septiembre de 2011, un juez decidió no seguir adelante con el caso porque los retrasos desorbitados de procedimiento provocarían que los delitos terminaran sobrepasando inevitablemente el plazo de prescripción de las leyes italianas: según la ley local, todo había ocurrido con demasiada anterioridad para que se pudieran emitir veredictos de culpabilidad. Pero la diseminación de residuos tóxicos en la Terra di Lavoro no está sujeta a esas restricciones de tiempo. Varias generaciones de ciudadanos que habitan en esas tierras profanadas deberán pagar el precio de lo que el juez que se encargó de la investigación de Cassiopea llamó un «Chernóbil italiano».

Gomorra

El punto álgido de la crisis de la basura que hubo en Nápoles entre 2007 y 2008 coincidió con el éxito abrumador de un libro que ha hecho a la Camorra más conocida en todo el mundo de lo que lo era en la fase previa a la Primera Guerra Mundial. *Gomorra* (el título es un juego de palabras) se publicó en 2006, obra de un escritor y periodista italiano escasamente conocido llamado Roberto Saviano.

Antes de *Gomorra*, la fragmentada Camorra se había vuelto, una vez más, objeto de una asombrosa indiferencia más allá de Campania. Los periodistas que se empeñaban en mantener al público informado sobre los estallidos de barbarie como el de la «sangrienta reyerta de Scampia» se dieron cuenta de que la cantidad de caras, nombres y vínculos del mundo criminal proliferaban tanto que resultarían imposibles de seguir incluso para el lector más tenaz.

A primera vista, *Gomorra* apareció como un libro del que se esperaba que reavivase la preocupación del público por el caos manifiesto de Campania. Es un híbrido: una serie de ensayos inquietantes que reúnen trazas de autobiografía, reportajes encubiertos, polémica política e historia. Por convincentes que resulten, ninguno de estos ingredientes logra que *Gomorra* funcione como una unidad. El secreto de su capacidad para atrapar de forma implacable a los lectores italianos estriba en la forma en que Saviano pone su propia sensibilidad en el centro de la historia. El suyo es un testimonio personal caleidoscópico e inmediato, que hunde sus raíces en una rabia y una repulsión viscerales. No se contenta con observar los agujeros que deja un AK-47 en un cristal antibalas, sino que se siente arrastrado de forma morbosa a restregar sus dedos contra los bordes hasta

que sangren. Experimenta el sabor agrio de la náusea en la garganta cada vez que recogen a algún nuevo matón adolescente de un charco de sangre en la calle, durante la «sangrienta reyerta de Scampia», para meterlo en una bolsa de plástico. La ira le oprime el pecho como si fuera asma cuando el enésimo obrero de la construcción muere en una obra de construcción ilegal. El suelo hierve bajo sus pies cuando explora un paisaje contaminado durante décadas por vertidos de agentes cancerígenos.

Saviano tiene todo el derecho del mundo a hacer que sus sentimientos resulten tan importantes en su relato de la Camorra (o «el Sistema», como enseña a los italianos a denominarlo), pues él mismo proviene de Casal di Principe, en el corazón mismo de la parte más famosa de la Terra di Lavoro. Tras el eclipse en 1992 de Carmine Alfieri, alias *'o 'Ntufato*, el clan local de los *casalesi* pasó a ser la fuerza dominante en la Camorra. El grupo nuclear de los *casalesi* era un equipo de sicarios altamente eficaz, desplegado contra la Nuova Camorra Organizzata en los ochenta: los «israelíes» frente a los «árabes» del Profesor. El grupo evolucionó hasta ser una federación de cuatro familias criminales. En 1988, los *casalesi* acabaron con su propio jefe, Antonio Bardellino. Después de una sangrienta guerra civil, fueron capaces de asumir por sí mismos sus intereses en el hormigón y la cocaína. También ensayaron filiales en el fraude agrícola y la mozzarella de búfala. Así crearon un monopolio local en la distribución de algunas marcas de alimentos fundamentales. Además, la empresa Eco4 de gestión de desechos era una de sus principales empresas. Los *casalesi* fueron también los responsables de generar el «Chernóbil italiano» en su propio territorio con su tráfico de residuos tóxicos. Según un arrepentido del grupo, cuando uno de los afiliados al clan manifestaba sus dudas al jefe, recibía una respuesta taxativa: «¿A quién le importa un rábano si contaminamos el agua? De todos modos, nosotros bebemos agua mineral».

En septiembre de 2006, *Gomorra* había obtenido premios y se había granjeado decenas de miles de lectores, particularmente entre los jóvenes. En ese punto, Saviano volvió a su pueblo natal para participar en una manifestación a favor del imperio de la ley. Hablando en la *piazza* desde una mesa allí dispuesta y con un telón celeste de fondo, se sintió compelido a dirigirse a los cabecillas por su nombre: «Iovine, Schiavone, Zagaria…,

¡no valéis nada!». Después se dirigió a la multitud: «¡Su poder reside en vuestro miedo! ¡Deben dejar esta tierra!». Nadie debería menospreciar la valentía de estas palabras: como bien sabía Saviano, los parientes de los jefes de los *casalesi* lo observaban desde la *piazza*.

A los pocos días, las autoridades recibieron indicios de la que sería la primera de numerosas amenazas a la vida de Saviano. Desde entonces vive con escolta armada. Su pronunciamiento aumentó las ventas: los últimos cálculos sugieren que *Gomorra* ha vendido más de dos millones de ejemplares en Italia, y se ha traducido a cincuenta y dos idiomas. En 2008, una dramatización cinematográfica de *Gomorra* —que es, a mi juicio, incluso mejor que el libro— ganó el Gran Premio del Festival de Cannes y siguió acrecentando la imagen de Saviano ante una audiencia aún mayor. El autor de *Gomorra* es ahora una absoluta celebridad: millones de personas sintonizan sus conferencias televisadas y sus artículos incrementan, como es de esperar, la tirada de los diarios que los publican.

Gomorra y su autor han atraído críticas y hasta denuncias. Algunas de las voces escépticas («¡Solo lo hizo por el dinero!») provienen claramente de los acólitos de la Camorra o de gente que envidia su éxito, o del coro habitual que siempre preferiría un decoroso silencio en torno al tema del crimen organizado. Menos fáciles de descartar con un simple ademán son los que señalan que el estilo de *Gomorra* es ampuloso y ocasionalmente pretencioso, que contiene exageraciones y que mezcla hechos reales con imaginación y con rumores sin filtrar. El mismo Saviano define su obra como una «novela de no-ficción», pero la mayoría de sus lectores la han leído como una verdad inequívoca. El libro se basa ciertamente en documentos surgidos de investigaciones, como el caso Cassiopea del negocio de los residuos tóxicos, o el juicio Espartaco contra los líderes de los *casalesi*. Pero una y otra vez afloran, al mismo tiempo, historias que no proceden de fuentes fidedignas, como la escena tremendista que abre el libro, en la cual se describen los cadáveres congelados de unos inmigrantes chinos ilegales al caer desmadejados de un contenedor alzado en el puerto de Nápoles. A otros críticos les preocupa que el enfoque tan personal de Saviano haya contribuido a convertirlo en un oráculo o gurú. (Saviano no es la única figura de su género que los medios extranjeros nos presentan: solo

en los primeros nueve meses de 2012, 262 periodistas italianos recibieron amenazas por su labor, en muchos casos procedentes de gángsteres).

De todas maneras, hay muchas razones que contribuyen a inclinar la balanza a favor de Saviano y en contra de sus detractores. Después de su éxito, muchas otras voces antimafia consiguieron una gran audiencia que de otro modo no hubieran tenido. Un ejemplo es el juez Raffaele Cantone, natural de Giugliano, en el territorio de los *casalesi*. Sus libros destilan las conclusiones a las que llegó entre 1999 y 2007, cuando llevaba a cabo investigaciones sobre la Camorra, y siguió la pista de los intereses mercantiles de los *casalesi* en el norte. Después de *Gomorra*, los *casalesi* obtuvieron la fama que merecían y que sin duda dañó a un cártel criminal que había puesto hasta entonces lo mejor de su parte para seguir siendo invisible. En los años posteriores a la publicación de *Gomorra*, las autoridades consiguieron un cierto número de éxitos contra los *casalesi*, reduciendo radicalmente su poder. En diciembre de 2011, el último jefe histórico de los *casalesi* que aún quedaba, Michele Zagaria, fue capturado tras una década y media siendo uno de los prófugos más buscados del país. Resultó muy apropiado que en su búnker se encontrara un ejemplar de *Gomorra*.

En resumen, el libro de Saviano hizo una vez más de la Camorra lo que debería haber sido siempre: un escándalo nacional. Lo que harán los futuros historiadores de Italia con el fenómeno Saviano todavía está por ver. En mi opinión, la forma poco habitual que adopta su fama es solo el indicio más visible de que, a lo largo y ancho de Italia, hay toda una generación de ciudadanos demasiado jóvenes para recordar las certezas ideológicas de la Guerra Fría que está encontrando nuevas formas de manifestar su compromiso cívico, su intolerancia frente a la corrupción y el crimen organizado. Los jóvenes lectores de Saviano son la mejor esperanza de futuro para Campania.

La ‘Ndrangheta: tormenta de nieve

La heroína era la mercancía ilegal de preferencia de las mafias en los años setenta y ochenta, pero en los noventa la cocaína la había sobrepasado.

Desde finales del siglo XIX, la cocaína ha seguido una trayectoria similar a la de la heroína: de medicina a vicio, y de ahí a un valioso negocio criminal. Cuando se extrajo por primera vez con éxito de las hojas de coca en la década de 1860, se convirtió en un tónico: el papa León XIII era un asiduo consumidor de una bebida basada en la cocaína a la que llamaban Vin Mariani, y hasta permitió que su imagen apareciera en anuncios publicitarios. A principios del siglo XX, la droga fue prohibida en el mercado que más la consumía, Estados Unidos. A partir de entonces, se convirtió en una fuente de beneficios para el mundo criminal. Pero no fue hasta finales del propio siglo XX que un ciclo retroalimentado de oferta creciente, precios a la baja y un aumento del consumo hizo de la cocaína un narcótico más popular que cualquier otro, excepto el cannabis. Pronto, los precios de la cocaína cayeron lo suficiente para que dejara de constituir una droga exclusiva de los sectores adinerados. En 2005, un instituto de investigación farmacológica de Milán desarrolló una técnica para medir el consumo de cocaína examinando los restos de droga en las aguas residuales de la ciudad. Las estimaciones resultantes indicaron que el consumo era dos veces mayor de lo que se pensaba: de cada 1.000 jóvenes, 30 esnifaban una vez al día. Los trabajadores del sector inmobiliario lo hacían incluso para cumplir con las horas extraordinarias y luego irse de juerga. En 2012 se reveló que los habitantes de Brescia, una ciudad de solo 200.000 habitantes en Lombardía, esnifaban un equivalente a 625.000 euros del polvo blanco al día. Y Brescia es solo un microcosmos.

La cocaína es un narcótico menos debilitante que la heroína (al menos a corto plazo); se la puede consumir sin pasar por el engorro antiestético de la inyección; está más aceptada socialmente e incluso cuenta con el falso prestigio de no ser adictiva. Por más que lo intenten, las autoridades no pueden crear la misma aura de urgencia en torno a la cocaína que la que había con la heroína. La Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta han encontrado en ella una fuente nueva e inagotable de ingresos.

Los *mafiosi* de todas las principales organizaciones criminales de Italia se han embarcado en el tráfico de cocaína y, al menos desde los años ochenta, han formado con frecuencia sociedades comerciales entre sí para hacerlo. Giacomo Lauro, un arrepentido de la ‘Ndrangheta que estuvo implicado de lleno en el tráfico internacional durante los ochenta, ha descrito sus tratos con los *mafiosi* sicilianos y los *camorristi* del calibre de Antonio Bardellino. Ya en esa etapa, los barones de la droga en Italia se aseguraron de que los negocios funcionaran de manera fluida al intercambiar rehenes con los productores sudamericanos. Una familia destacada vinculada al cártel de Cali residía de manera permanente en Holanda, sirviendo a la vez de rehén y de representante comercial de los colombianos.

Pero en los años noventa, justo cuando comenzó de verdad la era del consumo masivo de cocaína, la ‘Ndrangheta comenzó también a ser el operador principal del sector de la cocaína. De hecho, es ante todo a la cocaína que la ‘Ndrangheta debe su reputación de ser la mafia más acaudalada de Italia en nuestros días. Tres investigaciones policiales sobre la circulación de la droga nos ofrecen una instantánea de cómo la ‘Ndrangheta sobrepasó a la Cosa Nostra como principal poder traficante de Italia.

La noche del 6 al 7 de enero de 1988, fue interceptado frente a la costa occidental de Sicilia un mercante de bandera panameña con el nombre de *Big John*. Ocultos en su cargamento de fertilizantes había 596 kilos de cocaína colombiana pura, justo lo que un informante en el seno del circuito responsable de la droga había dicho a Giovanni Falcone que habría. La Cosa Nostra había pagado 12 millones de dólares por la droga, depositando el dinero al enviado a Milán del cártel de Medellín. La investigación en

torno al *Big John* demostró que la Cosa Nostra, ahora en las firmes garras del Corto Riina, estaba empeñada en transformar Sicilia en lo que había sido hasta entonces España: el principal puerto de entrada para las drogas originarias de Sudamérica destinadas al mercado europeo. La confiscación del cargamento del *Big John* fue no solo una gran pérdida financiera para los sicilianos: también provocó un gran bochorno. Cuando apareció la noticia, la Cosa Nostra estadounidense supo que su organización gemela de Sicilia la había excluido del negocio de la cocaína y estaba ahora tratando directamente con los productores colombianos. A partir de entonces, los intermediarios mafiosos de la cocaína que residían en el Nuevo Mundo se pondrían a buscar socios comerciales más fiables.

El segundo caso ilustrativo implica el hallazgo, en marzo de 1994, de 5.500 kilos de cocaína con un 82 por ciento de pureza en un camión contenedor, cerca de la ciudad norteña italiana de Turín. El nombre del sujeto que exportó ese alijo desde Sudamérica debería sonarnos familiar: Alfonso Caruana, del clan Cuntrera-Caruana, los *mafiosi* sicilianos que se habían trasladado a las Américas y convertido en miembros clave del Sindicato Transatlántico durante el *boom* de la heroína en los setenta. Sin embargo, de manera significativa, la cocaína de Caruana no estaba destinada a sus hermanos sicilianos. La Cosa Nostra estaba sumida en un torbellino después de los asesinatos de Falcone y Borsellino, la ofensiva del Corto contra el Estado italiano y un flujo sin precedentes de arrepentidos. En lugar de ello, la remesa la había pagado e importado un club de inversores que comprendía a las familias criminales más importantes de Calabria. Cuando la Cosa Nostra pasó a ser cada vez menos fiable para sus socios internacionales en el mundo del narcotráfico, y cuando la mayor parte de los principales clanes de la Camorra estaban en vías de desintegración, la ‘Ndrangheta quedó en una posición ideal para aprovechar la mayor oportunidad comercial que se le había planteado en años al crimen organizado a nivel transnacional.

En 2002, los investigadores de la policía fiscal italiana, la *Guardia di Finanza*, irrumpieron en las comunicaciones cifradas de un circuito internacional de traficantes de cocaína que incluía a gángsteres sicilianos y calabreses. Las conversaciones pinchadas revelaron la historia de dos

intermediarios. El primero era un siciliano llamado Salvatore Miceli: un hombre de honor de la familia de Salemi… y agente de la Cosa Nostra. El segundo era un calabrés llamado Roberto «Bebè» Pannunzi, que había crecido entre las redes criminales establecidas desde hacía mucho en Canadá y era el agente de la ‘Ndrangheta. Los nombres de ambos individuos ya habían aparecido repetidas veces relacionados con tratos internacionales sobre contrabando de cocaína. Ambos eran, al tiempo, viejos amigos y socios comerciales: el calabrés había sido el padrino del hijo del siciliano. Pero lo que surgió de las escuchas telefónicas fue que, a comienzos de la década de 2000, el siciliano se las arregló para perder tres remesas de cocaína distintas en rutas del circuito entre Sudamérica, Grecia, España, Holanda, Namibia y Sicilia. Como era de esperar, todos los demás involucrados en el negocio estaban furiosos. El siciliano había perdido su credibilidad y se arriesgaba a perder la vida. Los investigadores interceptaron una llamada que le hizo a su hijo: «Hemos perdido imagen aquí… lo hemos perdido todo… en cualquier minuto van a venir a por mí… todos me han abandonado».

Muy poco después, secuestraron al siciliano y lo tuvieron cautivo en las profundidades de una plantación en los bosques de Sudamérica. Los colombianos querían recuperar su dinero. Solo salió con vida del trance después de que el calabrés Roberto Bebè Pannunzi diera las oportunas garantías. Pero a partir de entonces, la ‘Ndrangheta resolvió excluir a su vez a la Cosa Nostra de todos sus asuntos. En 2002, el intermediario calabrés se trasladó a Medellín para unirse a cierto número de ‘*ndranghetisti* que ya tenían allí su base de operaciones. Los mensajes paralelos de la historia quedaron claros para todos. El primero, que la cocaína para el mercado europeo se adquiriría directamente en Colombia. Y el segundo, que la Cosa Nostra era ahora, en el mejor de los casos, el socio menor en las relaciones con los barones de la cocaína de Sudamérica.

En Calabria, la ‘Ndrangheta recibió un impulso fundamental a sus operaciones de narcotráfico a principios de los noventa, cuando terminaron

las obras en el puerto gigantesco de contenedores marítimos en Gioia Tauro. El puerto era el único legado de hormigón del «paquete Colombo»: la parcela de inversión industrial prometida en las secuelas de la revuelta urbana de los setenta en Reggio Calabria. Pese a las intensas medidas de seguridad, la cocaína ha estado pasando por el puerto de Gioia Tauro desde el momento mismo en que se inauguró: como fruto de un incremento en la vigilancia, en 2011 se confiscaron más de 2.000 kilos. Aún está por averiguar qué porcentaje exacto del volumen total de importaciones de cocaína representa esta cifra.

Con todo, el puerto de Gioia Tauro es solo una de las muchas opciones para los *'ndranghetisti* en busca de una ruta europea para la cocaína que transportan. La 'Ndrangheta cuenta con hombres desplegados en varios de los principales puertos europeos, sobre todo en España, Bélgica y Holanda. En torno a 2003, cuando las autoridades europeas intentaron aplastar la cadena de importaciones desde Sudamérica, los calabreses comenzaron a utilizar varios países africanos como escalas de la cocaína. Grandes remesas se llevarían a Senegal, Togo, Costa de Marfil o Ghana por barco y luego se dividirían en paquetes más pequeños para su importación a Italia en bote, avión o «mulas» de droga.

La 'Ndrangheta también tiene otras redes locales de distribución. Hemos visto cómo, a partir de los cincuenta, la 'Ndrangheta ha sido la más exitosa de las mafias italianas del sur del país a la hora de establecer colonias en la Italia del norte. Hoy en día, se piensa que hay unos cincuenta «locales» en la Italia septentrional. Dado que, según la ley de la mafia calabresa, se necesitan al menos cuarenta y nueve hombres para formar un «local», esa cifra sugiere que debe de haber al menos 2.450 miembros en la región norte. Desde la dirección de bandas, la construcción y el secuestro, esos «locales» del norte se han graduado en el comercio mayorista de cocaína, a la vez que han intensificado su penetración en el gobierno y la economía locales.

Este no es un problema restringido a Italia. Desde la década de los sesenta, miles de calabreses han emigrado también a otros países de Europa en busca de trabajo. Disimulados entre una mayoría honesta iban los *'ndranghetisti*, que han establecido una red de células que ninguna otra

mafia puede igualar. La más completa imagen de la influencia europea de la ‘Ndrangheta no está relacionada con la cocaína: es la historia de Gaetano Saffioti, un empresario especializado en el hormigón que, tras haber sido extorsionado y después de pagar sobornos durante años a la mafia calabresa, se rebeló en 2002 y entregó pruebas a los investigadores consistentes en filmaciones en vídeo, que pusieron entre rejas a docenas de *‘ndranghetisti*. Desde entonces, Saffioti ha vivido con escolta y no ha obtenido un solo contrato en Calabria. Sus intentos de hacer negocio lejos de su región natal se vieron frustrados. Quemaron siete de sus camiones de carga en Carrara, Toscana. Y lo que es aún peor, allá donde fuera en Italia tenía que enfrentarse a un boicot silencioso: los potenciales clientes recibían el «consejo» de que no sería buena idea que los vieran con el chivato calabrés. Saffioti se fue aún más lejos en busca de nuevos negocios. En 2002-2003 también quemaron la maquinaria que poseía en Francia y España, y en otros países europeos entró en vigor la misma campaña de murmuraciones en su contra. Ahora desarrolla la mayor parte de su comercio con el mundo árabe, donde, según dice, hay mayor libertad comercial para alguien en su situación.

El alcance de la ‘Ndrangheta no se limita al viejo continente. Los *mafiosi* calabreses han tenido una presencia ininterrumpida en Canadá desde antes de la Primera Guerra Mundial. En 1911, Joe Musolino —primo de Giuseppe Musolino, el «rey de Aspromonte»— fue arrestado por liderar una banda de extorsionadores en Ontario. Australia es otro ejemplo: la ‘Ndrangheta ha estado allí desde antes de la Segunda Guerra Mundial. En la década de 1930, los gángsteres calabreses que se involucraron en las plantaciones florecientes de caña de azúcar en North Queensland eran capaces de encargar un sicario en Sidney, a una distancia de 2.500 kilómetros. Esto era equivalente a enviar a alguien originario de Reggio Calabria a cometer un asesinato en Londres. No hace falta decir que este tipo de contactos internacionales, existentes desde hace mucho tiempo, ofrecen a los *‘ndranghetisti* de hoy oportunidades incomparables de blanquear e invertir los beneficios que les da la cocaína.

Dada la red global de células de la ‘Ndrangheta, no debe extrañar que la prensa de Italia se refiera a menudo a ella como una «multinacional de la

cocaína» o un «holding internacional de empresas», pero esto es una simplificación excesiva. Tal y como era el caso de la Cosa Nostra en la era dorada del tráfico de heroína en los setenta y ochenta, el negocio de la cocaína de la ‘Ndrangheta no es una inversión económica aislada. No hay un único centro desde el cual se administre el comercio de la droga, ni una piedra angular de la cocaína. De hecho, si los hubiera, las fuerzas policiales del mundo lo tendrían bastante más fácil a la hora de reprimirlo. Los narcotraficantes deben mantener su negocio del modo más confidencial posible; se ven obligados constantemente a cambiar las rutas y las rutinas del mismo a medida que las autoridades les pisan los talones, o cuando les surgen rivales. Unas investigaciones recientes indican que las operaciones de narcotráfico de la ‘Ndrangheta son incluso más flexibles y de mayor alcance que las de la Cosa Nostra en la época de la *Pizza Connection*. Los *mafiosi* calabreses han creado un patrón intrincado y permanentemente cambiante de células y redes, de consorcios y sociedades más o menos provisionales. A principios de los ochenta, los hombres del Corto Riina se enfrentaron en la guerra civil más sangrienta de la historia de las mafias por el control de la ruta de la heroína a Estados Unidos. Hasta la fecha, no ha habido ningún conflicto comparable en Calabria. Una de las razones de ello es que el negocio de la cocaína está demasiado diversificado para que a ningún jefe calabrés, por poderoso que sea, se le pase por la cabeza siquiera monopolizarlo.

Aun así, la ‘Ndrangheta de Calabria, del resto de Italia y de todo el mundo, no es en absoluto una entidad confusa o menos centralizada. En fecha reciente, hemos podido confirmarlo con bastante más certeza gracias a una de las investigaciones más importantes de la historia de la ‘Ndrangheta: en el año 2010, los carabineros lograron filmar en secreto al Gran Crimen…

La ‘Ndrangheta: el Gran Crimen

A Italia nunca le ha faltado información relativa a la Mafia siciliana. El bullicio del debate público —muy ruidoso y a menudo improductivo— ha acompañado de manera permanente a cada etapa de la historia del crimen organizado en la isla. Hubo un solo momento en que el silencio absoluto fue la norma: en la última década del fascismo, cuando Mussolini silenció la cobertura de cualquier asunto de la Mafia en la prensa. El período de posguerra ha visto aumentar exponencialmente la cantidad de información al respecto. Ya entre 1963 y 1976, la primera investigación parlamentaria sobre la Mafia siciliana generó un informe final que comprendía tres volúmenes, más treinta y cuatro volúmenes adicionales de pruebas fehacientes. En la actualidad, no me extrañaría que los distintos organismos antimafia a nivel local y nacional que creó Giovanni Falcone generaran cada año incluso más material que ese. Hoy en día, en los asuntos de la Mafia como en cualquier otra faceta de la sociedad, estamos en la era de la abundancia de información. Fueron necesarios seis años, entre 1986 y 1992, para que Giovanni Falcone y Paolo Borsellino destruyeran en los tribunales, a través del macrojuicio, el rechazo histórico de Italia a considerar la existencia de la Mafia. Actualmente, la policía y los carabineros demuestran cada día, sin dramatismo, su existencia en cada hogar de Italia, subiendo a YouTube convincentes filmaciones de sus operaciones. Todo el mundo pudo ver y oír lo que los carabineros a cargo de la Operación Perseo vieron y oyeron cuando, en 2008, los jefes de Palermo se reunían para restablecer el «tipo» de Comisión.

Tampoco faltan noticias, comentarios y documentación relativos a la Camorra. Una vez que el Nápoles de posguerra superó su reticencia a

emplear la palabra que empezaba por C, las hazañas de los *camorristi* comenzaron a denunciarse ampliamente, al menos a nivel local, y por parte de aquellos a quienes les preocupaba. Durante un tiempo en la década de 2000, gracias a *Gomorra* de Roberto Saviano, las historias del hampa napolitana ocuparon los titulares de los telediarios.

En cualquier caso, no toda la información relativa a la Camorra que logra acceder al dominio público se debe tomar en serio. Como siempre ha sido el caso, los dramas de la Camorra suelen representarse en público y la cultura de la organización se entremezcla con ciertas tendencias de la cultura napolitana. De hecho, se ha criticado a algunos periódicos locales de Campania por operar como auténticos tablones de anuncios para los clanes. Luego están los cantantes «neomelódicos», cuya obra es a menudo una apología apenas disimulada de la Camorra. En 2010, el músico neomelódico Tony Marciano, grabó «No debemos rendirnos», tema en que habla por boca de un fugitivo de la justicia que despotrica contra los arrepentidos reprochándoles que hayan «perdido su *omertà*» y «arrasado un imperio». En julio de 2012, Marciano fue arrestado por sospechas de tráfico de estupefacientes. La orden de arresto lo describe como un individuo muy vinculado al clan Gionta, «tanto que recibía constantes invitaciones a las fiestas privadas que organizaban los simpatizantes y miembros de esa organización». El único comentario de Marciano cuando los carabineros lo detuvieron fue: «No tendría esta cantidad de cámaras de televisión a mi alrededor si solo estuviera dando un concierto».

Durante buena parte de su historia, la ‘Ndrangheta ha sido una mafia extravagante y fuera de cuadro que no ha conseguido captar la atención constante del público. Algunos hechos fundamentales permiten explicar la razón de esto. Calabria es una región menor en comparación con otras: Sicilia tiene una población de 5,05 millones; Campania, 5,8 millones; mientras que el empeine y el dedo de la bota italiana solo alberga 2,2 millones. Asimismo, Calabria es marginal en términos políticos, y sus medios de prensa están fragmentados: el diario más importante de la región, la *Gazzetta del Sud*, no tiene siquiera su centro de operaciones en Calabria, sino que se publica al otro lado del estrecho de Messina, en Sicilia. Durante mucho tiempo, vista desde Turín o Trieste, la violencia cíclica entre los

clanes de la ‘Ndrangheta en Calabria se descartó con demasiada facilidad como algo atávico, incurable e irrelevante. El torrente de secuestros de los años setenta y ochenta solo creó inquietud por el crimen organizado en Calabria debido a que muchas de las víctimas eran del norte del país. Secuestros aparte, los espacios destinados a las noticias sobre las mafias en los telediarios nacionales los ocupaban los acontecimientos de Palermo o Nápoles. Entretanto, la ‘Ndrangheta cayó en el olvido.

Uno de los acontecimientos más significativos de los últimos años es que la habitual indiferencia de la nación ante la ‘Ndrangheta ha comenzado a disiparse. Las acciones de la propia organización han jugado un papel clave en esa tendencia. En octubre de 2005, el viceportavoz de la Asamblea Regional Calabresa, Francesco Fortugno, fue asesinado en Locri: el político más importante asesinado hasta ahora por las mafias en el siglo XXI.

Los sucesos de 2007 en el pueblo siderúrgico de Duisburg, en Alemania, atrajeron aún más atención. A primera hora del 15 de agosto, seis hombres de origen calabrés —el más joven de ellos de dieciséis años— fueron ejecutados cuando acababan de subir a un coche y una camioneta delante de un restaurante italiano. Sus muertes fueron el acto final de una disputa que había durado también dieciséis años entre las dos ramas de la ‘Ndrangheta, ambas con base en San Luca, en las alturas del Aspromonte. La intensidad de la disputa había traspasado las fronteras italianas para alcanzar a los satélites del clan en Alemania. En ningún otro lugar de Estados Unidos e Italia había habido antes una masacre de las mafias de esta magnitud.

Aunque suene macabro, la masacre de Duisburg ocurrió en el lugar y el momento adecuados. Con ‘*u Tratturi* Provenzano arrestado el año anterior, la Cosa Nostra ya no tenía tanta presencia en las noticias, dejando espacio para que lo llenara la historia de la ‘Ndrangheta. Para la mayoría de los italianos, la idea de que la ‘Ndrangheta se hubiera dispersado bastante más allá de las laderas boscosas del Aspromonte fue una sorpresa; oír que tenía bases de operaciones sólidas en Alemania fue un impacto.

Pronto aparecieron indicadores importantes de la recién surgida preocupación de Italia por la ‘Ndrangheta. En 2008, un político calabrés de centro-izquierda se convirtió en el autor del primer informe a gran escala

sobre la ‘Ndrangheta elaborado por una comisión investigadora del Parlamento, aproximadamente, ciento treinta años después de surgir en el seno del sistema carcelario. La visibilidad del hampa calabresa en todo el mundo también ha aumentado: en junio de ese mismo año, el presidente Bush la incluyó en la Ley de Identificación de Grupos Clave en el Narcotráfico, una especie de lista negra de los traficantes.

2010 fue un año importante tanto por los graves gestos de intimidación de la ‘Ndrangheta como por las respuestas del Estado italiano. En enero, una bomba detonó en las afueras de la Oficina de la Fiscalía en Reggio Calabria; por suerte, nadie resultó herido. Dieciocho días más tarde se encontró un automóvil lleno de armas y explosivos la mañana en que el presidente de la República hacía una visita a Reggio Calabria. Se sucedieron otros mensajes de advertencia, incluyendo una bazuca olvidada cerca de las oficinas del fiscal general. Más tarde ese mismo año, el texto de la ley Rognoni-La Torre, equivalente a la legislación RICO en Estados Unidos, al fin se modificó para incluir explícitamente a la ‘Ndrangheta.

Al fin, después de mucho tiempo, la ‘Ndrangheta es noticia. En 1979 se publicó en Italia un solo libro cuyo título incluyese la palabra «‘Ndrangheta». En 1980 no hubo ni uno solo. Entre 2010 y 2011, el total superaba los veinte títulos, lo cual resulta reconfortante. Incluso he escuchado a algunas personas quejarse de que últimamente hay demasiados libros publicados en torno al crimen organizado calabrés. Qué frágil es la memoria de algunos. Los historiadores pioneros y los valientes jueces y periodistas calabreses que se han dedicado a documentar durante décadas la irrupción de la ‘Ndrangheta, y que ahora comienzan a tener al fin el volumen de lectores que siempre han merecido, no están entre los que se quejan.

Los jueces instructores de la Dirección Antimafia del Distrito de Reggio Calabria (en otras palabras, el *pool*) han estado logrando algunos resultados para responder a la curiosidad pública recién despertada. Igual que en Sicilia, el extraordinario trabajo de vigilancia que han llevado a cabo los carabineros está al alcance de todos en YouTube. El documento audiovisual más relevante en términos históricos muestra a un grupo de individuos varones, la mayoría de mediana edad y todos vestidos como si solo

estuvieran dando un paseo para ir a jugar una partida de cartas y a tomar un vaso de vino en su *circolo* local. Se los ve detenerse ante una pequeña estatua blanca de la Virgen y el Niño enclavada sobre una columna de dos metros. Para cualquiera que haya estado en Polsi, el lugar es inconfundible: este es el santuario medieval de la Madonna de la Montaña en el Aspromonte. Según los fiscales —y hasta ahora los tribunales han avalado por completo su alegato—, lo que sucede a continuación es un momento sagrado en el ciclo vital de la ‘Ndrangheta. Cada año, a principios de septiembre, los «capos de la porra» de toda Calabria se mezclan con peregrinos en el santuario para ratificar el nombramiento de los oficiales superiores de la mafia calabresa. Un vez se han reunido todos ante la estatua de la Madonna, los varones de esa filmación granulada se despliegan lentamente en círculo y escuchan con devoción mientras los más viejos de entre ellos sacan a relucir sus credenciales:

> Lo que aquí tenemos simplemente no existiría si no fuese por mí… Fui galardonado con la *santa* cuatro años antes que nadie. Luego me dieron el *vangelo*… Hay una norma: no es posible otorgar los «oficios» cuando nos dé la gana sino dos veces al año solamente, y tenemos que hacerlo juntos. ¡Necesitamos estar juntos todos! El Gran Crimen no pertenece a nadie: ¡nos pertenece a todos!

La *santa* y el *vangelo* son las «flores» o «dones» superiores de la ‘Ndrangheta: distintivos permanentes de estatus, cada uno marcado por un ritual especial de iniciación. (La institución de la Santa, o Mamma Santissima, desencadenó la primera guerra de la ‘Ndrangheta en 1974). Estos «dones» otorgan al portador acceso a las posiciones, u «oficios», superiores en el cuerpo rector de la ‘Ndrangheta, el Gran Crimen, también conocido como el Crimen o la Provincia. El hombre al que filmaron cuando se dirigía al círculo de *‘ndranghetisti* en Polsi en septiembre de 2009 era Domenico Oppedisano, un hombre de setenta y nueve años que acababa de ser elegido *capocrimine* («jefe del crimen»), el cargo más antiguo dentro de la ‘Ndrangheta. (Oppedisano ha sido condenado y sentenciado a diez años. En este momento el caso está en proceso de apelación).

Entonces, ¿qué hace exactamente el Gran Crimen? ¿Y hasta dónde llega el poder del *capocrimine*? Según los magistrados de la fiscalía y los jueces que han dictaminado en el caso hasta ahora, las comparaciones con la

Comisión de la Cosa Nostra, y con un superjefe dictatorial como el Corto Riina, están muy lejos de tener la respuesta. Domenico Oppedisano no es el Corto. Por un lado, su nuevo cargo, como el resto de los puestos en el Gran Crimen, debía durar solo un año y no ser de por vida. Oppedisano fue elegido por ser un viejo sabio, un experto en la tradición y el procedimiento, un solucionador de disputas. Era como si combinara los poderes del presidente del Senado, el presidente del Tribunal Supremo y el rey. El Gran Crimen tiene la facultad de suspender a un «local» dentro de la organización, de reconocer a un «local» recién creado o de decidir entre dos candidatos rivales para el puesto de «capo de la porra» en el seno de un «local». Como bien lo explica un reciente arrepentido de la ‘Ndrangheta, el Gran Crimen no tiene poder para intervenir en los negocios criminales del día a día:

> Se reúnen en Calabria, pero no para decir «¿Qué vamos a hacer?» o «¿Debemos traer esa mercancía de Colombia?». Se reúnen exclusivamente para asignar los oficios… Pero no para decir qué deben hacer o a quién deben matar. Esas son decisiones que toman los pueblos y aldeas, los «locales».

La vida política interna de la ‘Ndrangheta es incluso más compleja en cuanto a procedimientos y normas que la de la Cosa Nostra. Los carabineros pudieron grabar largas y vehementes discusiones en torno a qué «locales» debían ocupar posiciones en el Gran Crimen. Sin embargo, todos los involucrados coincidían en que lo correcto y apropiado era que los cargos superiores se alternaran entre los tres distritos en que estaba dividido el territorio criminal de la provincia de Reggio Calabria: la llanura de Gioia Tauro, el litoral jónico y la ciudad de Reggio Calabria. Domenico Oppedisano fue, según se supo luego, un candidato de consenso (elegido porque tenía poco poder individual y no ofendía a nadie).

Uno de los rasgos más notables de la Operación Crimen, y el racimo de otras investigaciones centradas en la estructura, es que nos muestra cómo la ‘Ndrangheta acoge afiliados a todo lo largo y ancho de Italia. Con una o dos excepciones, cada uno de los «locales» en la Italia septentrional es el clon de un «local madre» en Calabria. Un arrepentido describió una imagen muy vívida de esta relación: «Una mujer da a luz, pero el cordón umbilical

no se corta jamás». Ese «cordón umbilical» consiste en los lazos de parentesco cercano entre miembros de los mismos clanes. Pero el nexo es también constitucional. Los «locales» de fuera de Calabria deben acudir al Gran Crimen para resolver sus querellas, tener su aprobación para la asignación de las «flores» principales por antigüedad, o lograr la autorización para crear nuevos «locales». (Los «locales» no autorizados son conocidos como «bastardos»).

Los «locales» de Lombardía, la región más poblada y económicamente dinámica de Italia, cuentan con su propia asamblea representativa, conocida como «Lombardía». En 2008, Carmelo Novella, el jefe de la Lombardía, intentó romper con el Gran Crimen, otorgando «flores» superiores sin aprobación y creando él mismo nuevos «locales». El 14 de julio de 2008, pagó el precio de su declaración unilateral de independencia cuando lo mataron a tiros en su bar preferido. El Gran Crimen estableció entonces un cuerpo transitorio, conocido como «Cámara de Control», para pilotar a Lombardía a través de la crisis. El hombre que quedó al mando de la Cámara de Control, Pino Neri, era un masón y narcotraficante convicto que había nacido en Calabria, pero había estudiado en la Universidad de Pavía, cerca de Milán, para obtener un grado en derecho. Su trabajo final trataba, entre todas las opciones posibles, sobre la ‘Ndrangheta. El 31 de octubre de 2009, en el pueblo de Paderno Dugnano, también cerca de Milán, se celebró una reunión en la que Neri planteó una solución a los temas constitucionales con Lombardía. En un centro cultural bautizado en honor de Giovanni Falcone y Paolo Borsellino, todos los cabecillas de Lombardía votaron a mano alzada para aprobar el plan. Los carabineros filmaron todo el proceso, que está ahora inevitablemente en YouTube. En el momento en que redacto estas líneas, Pino Neri ha sido condenado y sentenciado a dieciocho años por su papel protagonista en la ‘Ndrangheta de Lombardía. No está claro aún si se propone apelar a la sentencia.

Todavía hay mucho que aclarar en torno a la vida política interna de la ‘Ndrangheta. Los investigadores creen, por ejemplo, que los «locales» desplegados en todo el mundo habitualmente rinden cuentas al Gran Crimen. El ejemplo más sorprendente es también el más lejano: en Australia se dice que hay nueve «locales». Uno de ellos tiene su base en

Stirling, un pueblo de 200.000 habitantes cercano a Perth. En 2009, según las autoridades italianas, al jefe del «local» de Stirling, un promotor inmobiliario y antiguo alcalde llamado Tony Vallelonga, le pincharon una conversación cuando volvió a Calabria para consultar a un integrante del Gran Crimen. Vallelonga se ha mostrado furioso y perplejo por las acusaciones de su implicación en la organización, que se hicieron públicas en 2011. Hasta la fecha, no ha sido extraditado.

Unas investigaciones recientes no solo han dejado al descubierto algunos aspectos antes enigmáticos del sistema político interno de la organización, sino que además han revelado nuevas pruebas sobre las mujeres de la mafia calabresa. Algunas mujeres de la ‘Ndrangheta pueden ejercer una gran influencia dentro de las *‘ndrine*, que son las células de la organización. Las *‘ndrine* están basadas en las familias, racimos de varones relacionados entre sí por consanguinidad y matrimonios. Las mujeres pertenecientes a estos grupos familiares nucleares pueden, como de hecho sucede, «tomar prestado» el poder de manos de sus parientes varones. Ese poder va más allá de la tarea femenina habitual de incitar a los hombres a la venganza y criar a sus hijos en el culto a la violencia, e incluso puede comportar algo más que ocultar armas y llevar mensajes a los presos. A algunas mujeres de la ‘Ndrangheta se les ha confiado el fondo común de la banda. Hay incluso pruebas de que una o dos mujeres con un particular don empresarial se han granjeado un estatus especial en el seno de la ‘Ndrangheta, y con ello, el título de «hermana de *omertà*».

A pesar de la influencia que algunas mujeres de la ‘Ndrangheta puedan tener, estas están absolutamente ausentes de las estructuras de mando identificadas por la Operación Crimen: no hay oficiales femeninas en los «locales», y no se permite a las mujeres afiliarse haciendo uso del ritual. Dicho de otra manera, la mujer puede nacer dentro de las líneas consanguíneas de los gángsteres calabreses, o bien casarse con uno de sus miembros, pero no puede formar parte de la ‘Ndrangheta como organización.

Como las otras dos mafias, la ‘Ndrangheta entreteje de un modo especial los vínculos familiares y organizativos. La organización está tan profundamente arraigada en las familias como la Camorra; así y todo, al

igual que la Cosa Nostra, es también una hermandad bajo juramento de criminales varones, una francmasonería de la delincuencia con un alto nivel de estructuración. Esta mezcla específica de características parece que vuelve a las mujeres en torno a la ‘Ndrangheta en extremo vulnerables: parecería que son susceptibles de abusos incluso mayores que sus iguales en Campania o Sicilia. Valiéndose del testimonio de mujeres cercanas a la ‘Ndrangheta que se han confiado a la ley, los jueces de Reggio Calabria han empezado hace poco a reexaminar una veintena de investigaciones por homicidios relacionados con mujeres que se han desvanecido o cuyas muertes habían sido previamente desestimadas bien como inexplicables, bien como suicidios. Puede que esté por aflorar a la superficie una historia sumergida de asesinatos en nombre del honor dentro de la ‘Ndrangheta. Una de esas víctimas fue Maria Teresa Gallucci. En 1994, en la ciudad portuaria septentrional de Génova, un grupo de sicarios armados irrumpió en su apartamento y la mató a tiros junto a su madre y su sobrina, que en ese momento estaban con ella por casualidad. Maria Teresa era viuda de un *‘ndranghetista*. Su delito, a los ojos de la banda, fue haber ofendido la memoria de su esposo iniciando una relación con otro hombre.

Un caso igualmente perturbador es el de Domenica Legato, a la que encontraron agonizando delante del hogar familiar en 2007. La familia dijo que se había caído del balcón. Una arrepentida de la ‘Ndrangheta cree que se trató de un asesinato encubierto. Las heridas de arma blanca que encontraron en sus manos podrían sugerir que se resistió a la agresión justo antes de morir. Domenica era también una viuda de la ‘Ndrangheta que había encontrado un nuevo amor. Debe hacerse hincapié, no obstante, en que el caso fue considerado en su época como un suicidio y que no se ha ordenado ninguna investigación hasta el momento en que escribo estas líneas.

Quizá el caso más escalofriante de todos sea el de Maria Concetta Cacciola, madre de tres hijos, cuyo marido era un *‘ndranghetista* que cumplía una larga condena en prisión. En mayo de 2011, Maria Concetta acudió a los carabineros en Rosarno después de ser golpeada por su padre, quien había descubierto que había iniciado una relación platónica con otro hombre por internet. Encontraron a Maria Concetta en un terrible estado de

agonía, después de haber bebido ácido clorhídrico. Otro suicidio, dijo la familia. En la actualidad, el padre, el hermano y la madre de Concetta están siendo procesados por la agresión que acabó provocándole la muerte, pero no por su asesinato. Ha habido un aluvión de consideraciones públicas en torno a si ese cargo refleja lo que le sucedió en realidad a Concetta.

Las tragedias de este tipo plantean, inevitablemente, ciertos interrogantes históricos. ¿Cuánto hace, antes de que se despertara el interés judicial por el papel de las mujeres de la mafia en los años noventa, que estos horrores han formado parte de la vida diaria de la ‘Ndrangheta? En una fase temprana de la historia de la mafia calabresa, el proxenetismo era un negocio clave. Así, cuando la ‘Ndrangheta inició su andadura, buena parte de las mujeres más cercanas a las *cosche* eran prostitutas. Las palizas, la desfiguración del rostro y el asesinato eran las herramientas preferidas de los gángsteres calabreses para gestionar a sus trabajadoras. Entre las dos guerras mundiales, la ‘Ndrangheta llegó a la conclusión de que sus intereses se verían favorecidos a largo plazo si excluían el proxenetismo de sus prácticas y empleaban a las mujeres de un modo distinto: en particular, como peones en el tablero de los matrimonios dinásticos. Si los casos de Maria Teresa Gallucci, Domenica Legato y Maria Concetta Cacciola sirven de muestra, esta transformación a largo plazo del papel de las mujeres en la ‘Ndrangheta no las ha liberado de la amenaza de sufrir lesiones, mutilaciones o de morir asesinadas en nombre del honor masculino.

La Operación Crimen planteó los interrogantes históricos más importantes. ¿Cuánto tiempo hemos estado viviendo, los italianos y, de hecho, todo el mundo, en la ignorancia, mientras la ‘Ndrangheta existía de esta manera? Llevará años de investigación dar con una respuesta. Será preciso reexaminar toda la documentación reunida sobre la ‘Ndrangheta en los últimos ciento cuarenta años para ver si este nuevo diagrama de su estructura encaja con el pasado reciente o más lejano.

A mi modo de ver, si sirve de algo, las pruebas de la Operación Crimen son del todo convincentes. Además, estoy casi seguro de que el Gran Crimen no es una novedad, y que la ‘Ndrangheta ha sido siempre una hermandad criminal con una rica vida política interna dedicada a coordinar distintas instituciones (siempre que las circunstancias han permitido que

tales instituciones funcionasen). Desde la década de 1880, todas las células de la ‘Ndrangheta a lo largo y ancho de Calabria han tenido siempre, *grosso modo*, la misma estructura y se han valido de rituales reconocidamente similares. La explicación que, con diferencia, resulta más probable es que la ‘Ndrangheta siempre ha contado con un Gran Crimen, o algo similar. Ahora parece bastante probable que, por ejemplo, un cuerpo llamado Criminale, con responsabilidades muy similares a las del Gran Crimen, existía ya entre la Primera y Segunda Guerra Mundial. Una generación antes que eso, a principios del siglo XX, la policía creía que el padre de Giuseppe Musolino, el «rey del Aspromonte», tenía un escaño en un «consejo supremo» de la mafia calabresa.

La filmación que hicieron los carabineros del Gran Crimen en 2009 es suficiente para marcar un giro histórico. Nunca ha habido una grabación directa de la reunión anual de la ‘Ndrangheta. Durante el último siglo, e incluso antes, habían aparecido de manera recurrente pruebas fragmentarias de la cumbre en Polsi, y habían proliferado los rumores acerca de ella. En cierta ocasión, en el año 1969 en Montalto, la cumbre fue objeto de una redada y los «recolectores de setas» fueron arrestados. El testimonio más temprano que he encontrado en los archivos acerca de una reunión de los *’ndranghetisti* de toda Calabria en Polsi data de 1894. Pero, hasta la Operación Crimen, nadie había podido descifrar cuál era la función constitucional exacta de cualquiera que fuese la organización que se reunía con regularidad en las alturas del Aspromonte. Hasta hoy, no existe un precedente legal en Italia que afirme de manera inequívoca que la ‘Ndrangheta existe de verdad, como una hermandad única, una estructura única y un cuerpo coordinador único, en lugar de una multiplicidad dispersa de bandas que a veces forman alianzas temporales. El objetivo subyacente a la Operación Crimen es precisamente el de establecer ese precedente. En otras palabras, la ‘Ndrangheta aún necesita el tipo de descripción legal definitiva de su funcionamiento que Falcone y Borsellino hicieron de la Cosa Nostra. Igual que la Mafia siciliana en los ochenta, Italia ha comenzado hace poco tiempo a reconocer de manera apropiada una conspiración criminal que ha existido, casi con certeza, durante más de un siglo.

La ‘Ndrangheta es, sin la menor duda, la mafia más poderosa de la Italia contemporánea. Beneficiándose de haber sido ignorada durante años por el Estado y la opinión pública, ejerce un control implacable en su territorio de origen, una capacidad sin igual de colonizar otras regiones y países, y vastas reservas de narco-riquezas que le permiten penetrar en la economía legal y las instituciones financieras. No obstante, sigue siendo una frontera vastamente inexplorada para los investigadores. Calabria todavía debe desarrollar la rica cultura antimafia que ahora prospera en Sicilia. El número de empresarios que se han rebelado contra los sobornos por protección es reducido. En todos los sentidos, Calabria está una generación por detrás de Sicilia en lo que respecta a la lucha contra el crimen organizado.

Bienvenidos a la zona gris

Hay un miembro de la facción pro masacre de la Cosa Nostra que aún sigue en libertad, un jefe cuyo poder se remonta al surgimiento de los *corleonesi*. Su nombre es Matteo Messina Denaro. Ahora tiene cincuenta años, y ha estado prófugo durante veinte. Según el Ministerio del Interior, se lo busca por «asociación mafiosa, asesinato, masacre, destrozos, posesión de explosivos, robo y otros delitos». Messina Denaro es la aristocracia de la Mafia, el hijo de un gran jefe. Pero, en otros sentidos, es menos convencional. Tiene una novia austríaca desde hace mucho tiempo y algunas de sus conversaciones intervenidas revelan que no profesa ninguna creencia religiosa. Su base de operaciones está en Trapani, la provincia más occidental de Sicilia. Ese hecho le impide hacerse cargo de la Cosa Nostra en su capital, Palermo, pero siempre ha tenido allí una red de colaboradores, en especial en el distrito de Brancaccio. Y durante la Operación Perseo quedó claro que Messina Denaro era una influencia importante en los debates internos de la Cosa Nostra para establecer algún «tipo» de Comisión en Palermo. Es difícil saber con precisión si es el último de los viejos jefes de la Cosa Nostra o el primero de una nueva hornada.

En el curso de los últimos años, los sicilianos se han acostumbrado cada vez más a las escenas de mafiosos prófugos siendo arrestados. La policía y los carabineros protegidos con pasamontañas y chalecos antibalas golpean el aire y hacen sonar sus sirenas cuando llevan al cautivo de vuelta a su base. Las multitudes se reúnen a las afueras del cuartel policial para dar vítores y cantar «somos la Sicilia real». Entonces emerge la primera visión del propio cautivo, pestañeando impasible ante los flashes de los fotógrafos, mientras todo el mundo compara mentalmente su cara con la de su retrato

robot.

Se espera que esas escenas se repitan muy pronto para festejar la captura de Matteo Messina Denaro. Pues, cuando atrapen finalmente al jefe de Castelvetrano, esto supondrá otra nueva victoria histórica sobre un viejo mal.

Histórica pero no definitiva, por supuesto. Los sicilianos tendrán todo el derecho de alegrarse cuando al fin vean terminar la carrera de Messina Denaro. Aun así, pese a todas las buenas noticias que se han sucedido desde las tragedias de 1992, habrá pocos en la isla que tengan la ilusión de que la Mafia siciliana ha desaparecido para siempre. Y esto se da por razones que —como toda la historia del crimen organizado en Sicilia— guardan relación, en parte, con la fuerza de la Mafia siciliana y, en parte, con las debilidades de Italia.

Cada seis meses, la Dirección de Investigación Antimafia (el equivalente al FBI creado por Giovanni Falcone) emite un informe con abundancia de datos sobre el estado de la lucha contra el crimen organizado. Entre las cifras menos conspicuas pero más significativas está el número de actos de «vandalismo seguido de incendios provocados»: un indicio revelador de que los extorsionadores están en funciones, una proclama de la habilidad de la Cosa Nostra para cumplir sus amenazas sin recurrir al asesinato. En 2011 hubo 2.246 casos de vandalismo seguidos de incendios intencionados en Sicilia: la cifra más alta en cualquier región de Italia y un incremento respecto a años precedentes.

Desde luego, esta cifra está lejos de reflejar todo el alcance del régimen de protección de la Cosa Nostra. Por un lado, las operaciones de extorsión suelen quedar ocultas entre otros innumerables delitos: el robo en alguna casa, por ejemplo, es a menudo solo una invitación al propietario para que encuentre a la persona apropiada a la que pagarle. Eso sí, nos da una idea de lo difícil que es para Sicilia liberarse de las garras de la extorsión.

El movimiento antiextorsión, *Addiopizzo*, está en gran parte restringido, como muy bien saben sus coordinadores, a los barrios más acomodados de Palermo. Su impacto en los suburbios y comercios periféricos donde se originó la Mafia siciliana, y donde es aún la más fuerte, ha sido mucho más atenuado. El número de negocios que han firmado la proclama de

Addiopizzo ha aumentado de manera constante desde 2004, pero en el momento de redactar estas páginas era de 723. Todavía queda un largo camino por recorrer.

¿Por qué la actual debilidad de la Cosa Nostra no ha desencadenado una revuelta a gran escala contra la extorsión? El miedo forma parte de la explicación. Los sicilianos saben bien que cualquier fallo de concentración por parte de las autoridades permitirá que la Cosa Nostra se reagrupe, como hizo, por ejemplo, después de dos oleadas distintas de represión fascista, o de nuevo a finales de los años sesenta. Cuando uno de los últimos jefes que quedaban de la facción pro masacre, Guido Lo Forte, fue detenido en 1998, un magistrado implicado en la captura dio a conocer una nota de cautela que sigue siendo válida hasta hoy:

> La experiencia de los últimos veinte años nos ha servido para entender que nunca hay demasiado tiempo para el triunfalismo. La Cosa Nostra es una organización cuya estructura se creó para dominar un territorio con independencia de cuál sea el papel de los individuos, y tiene un poder enorme de regenerarse y transformarse.

Si capturan a un jefe mafioso, su sustituto está casi siempre listo para asumir su cargo. Si capturan a treinta jefes, como ocurrió en la Operación Perseo, emergen nuevos líderes de entre las filas inferiores. Todos los soldados de la Cosa Nostra son generales del delito, como dijo una vez Giovanni Falcone. Aun cuando una generación completa de jefes y soldados acabe pasando un tiempo entre rejas, sus hijos y sobrinos —niños criados en los valores de la violencia y el honor— están ansiosos de asumir el desafío. Y cuando los antiguos jefes salen en libertad tras cumplir sus condenas, pueden reasumir sus funciones de liderazgo. Ninguna otra organización criminal venera la experiencia más que la Cosa Nostra. Entre los hombres identificados en la Operación Perseo que debían sentarse en el «tipo» de Comisión reformada estaba el legendario Gerlando Alberti, de ochenta y un años de edad. Alberti ha sido una presencia constante en las páginas de sucesos desde la década de 1960. Fue, sin ir más lejos, el jefe que pronunció la burlona ocurrencia de: «¿La mafia? ¿Eso qué es? ¿Una marca de queso?».

Una de las fuentes invisibles de la fuerza de la Cosa Nostra es su control

sobre los delincuentes comunes. La Mafia gobierna el crimen y le fija impuestos. Los *mafiosi* viven de extorsionar a los rateros y pequeños traficantes de droga, al igual que a los comerciantes y las empresas de la construcción. El control del inframundo empieza en la prisión y después se extiende a las calles: el jefe local se lleva una tajada de todo, so pena de muerte si no son atendidas sus exigencias. Hay una convención en Sicilia de que todo aquel que roba un vehículo con mercancías debe esperar veinticuatro horas mientras los *mafiosi* inspeccionan el botín; si pertenece a una empresa con las conexiones adecuadas, entonces hay que devolverlo. La delincuencia habitual no tiene más probabilidades de morir en Sicilia que en otros lugares del mundo, y llevará un tiempo largo erradicar la autoridad de la Cosa Nostra sobre los delincuentes callejeros.

El miedo no ha sido el único recurso al que ha podido apelar la honorable sociedad de Sicilia. Y la Mafia nunca ha sido únicamente un club de degolladores. En 1876, un sociólogo pionero en su época llamó *mafiosi* a los «hampones de clase media», aludiendo con ello a gente que está en fase de movilidad ascendente, prudente en su empleo de la violencia. Estos hampones de clase media eran expertos en crear redes de corrupción que ponían sus manos en algunos de los sectores más avanzados de la economía siciliana y que eran capaces de atraer el apoyo tanto pasivo como activo de la sociedad a su alrededor. La Cosa Nostra debe, en gran parte, su habilidad para regenerarse al hecho de que entre sus integrantes y aliados se han incluido siempre hombres que se mezclan con la élite económica, profesional y política, hombres que pueden suscitar una especie de consenso por la autoridad que ejercen. La última palabra en boga en la prensa para esa clase de gente es la «zona gris»: un área de la sociedad donde la complicidad con los cabecillas es difícil de detectar y donde la colaboración entre jefes mafiosos y hombres de negocios, o entre el arma y el ordenador, no siempre está inclinada a favor de los primeros. La zona gris es a la vez invisible y omnipresente: no se la puede ver en YouTube.

Michele Aiello, un empresario de la construcción que pasó a ser el proveedor principal de instalaciones hospitalarias en Sicilia, surgió directamente de la zona gris. Actuaba de tapadera para Bernardo Provenzano, ‘*u Tratturi*. Cuando lo condenaron en 2011, su colosal fortuna

de 800 millones de euros fue confiscada. (Cuando solo había cumplido unos pocos meses de su condena de quince años, se le concedió el arresto domiciliario aduciendo que era alérgico a las judías).

Otro criminal de clase media es el amigo de Aiello, Giuseppe Guttadauro, un cirujano importante y jefe del distrito de Brancaccio de la Cosa Nostra. Hay un listado muy largo de médicos de la Mafia —individuos que no han visto incompatibilidad alguna entre el juramento hipocrático y los votos que los hombres de honor hacen al iniciarse en la Cosa Nostra—. Infiltrarse en el sistema de salud semiprivatizado de Italia ha sido una de las fuentes principales de ingresos del crimen organizado siciliano en el curso de las últimas dos décadas.

El representante más reciente de la zona gris fue desenmascarado en 2010. Cuando detuvieron a Salvatore Lo Piccolo en 2007, sus soldados eligieron a un tal Giuseppe Liga para que lo sucediera como jefe del distrito de Lorenzo de la Cosa Nostra. El apodo de Liga en los círculos mafiosos es *l'Architetto* («el arquitecto»), por la prosaica razón de que es arquitecto. Acaba de empezar a cumplir una condena de veinte años.

La política ha formado parte de la zona gris de la Mafia siciliana desde la década de 1860. Sería ingenuo suponer que la facción de Andreotti dentro del Partido Demócrata Cristiano —los «jóvenes sultanes» como Lima y Ciancimino— era la única confabulada con la Cosa Nostra. Existe la abrumadora probabilidad de que muchos de los aliados políticos de los gángsteres en los «viejos y malos tiempos» de los ochenta hayan quedado impunes. Los políticos de la Mafia han estado a su vez introduciendo a sus amistades y parásitos en la maquinaria estatal durante décadas.

En años recientes se ha procesado con éxito a algún que otro político siciliano con vínculos mafiosos. El caso más célebre es el de Salvatore Cuffaro, médico y líder del gobierno regional de Sicilia entre 2001 y 2008. Cuffaro está ahora cumpliendo una condena de siete años de cárcel por «ayuda y complicidad agravada con la Cosa Nostra», y también se enfrenta a otros cargos. Entre los delitos por los que le condenaron está el de escoger candidatos electorales con el visto bueno del cirujano y *capo* Giuseppe Guttadauro. Cuffaro también fue declarado culpable de filtrar información de investigaciones criminales en los asuntos de Guttadauro, que obtuvo de

un círculo de carabineros corruptos que trabajaban en la oficina del fiscal de Palermo. A pesar de investigaciones exitosas como esta, la complicidad con la Mafia sigue siendo un delito difícil de probar. Nadie puede saber con exactitud cuántos más Cuffaros hay en activo.

La Cosa Nostra es también difícil de destruir por su habilidad para conseguir colaboradores en la economía legal. Durante generaciones, el dinero y la influencia de la Mafia han teñido buena parte del tejido industrial de la isla y sus muchas tonalidades de gris. Nadie sabe cuántas empresas hoy en funcionamiento se crearon con dinero de la Mafia. O tienen *mafiosi* como socios secretos. O se benefician de contratos de protección y acuerdos entre mafias hechos bajo la tutela de la Cosa Nostra. O cuyos empleados deben su trabajo a la recomendación amistosa de un jefe.

Todo este impulso político y comercial otorga a los *mafiosi* un enorme poder para comprar cómplices. Merece la pena recordar las palabras que el cabecilla «devoto» Pietro Aglieri dijo al magistrado que consiguió su captura:

> Cuando vienen ustedes a nuestras escuelas a hablar de justicia y del imperio de la ley, nuestros hijos los escuchan y los siguen. Pero cuando esos mismos hijos crecen y comienzan a buscar trabajo, un hogar, una pizca de ayuda con su salud o sus finanzas, ¿a quién recurren? ¿A ustedes o a nosotros?

En sus bordes, la zona gris se va aclarando, difuminándose en los sectores de la economía, la política y la sociedad que no están directamente bajo control mafioso. Hay miles de empresas que operan en los límites de lo legal. La mano de obra recibe dinero en efectivo, los impuestos se evaden, las cuentas se falsean y las regulaciones se eluden. Recurrir a bancos del extranjero y paraísos fiscales es la rutina en ciertos sectores de la burguesía. Una proporción sustancial de la economía persistentemente indolente de Sicilia depende del sector público, donde el favoritismo, la política clientelista y la corrupción son hábitos profundamente atrincherados. A los jefes mafiosos les encanta ofrecer su propia versión de la ley a un sistema tan anquilosado e ilegal de acumulación de riquezas. La «economía fuera de la contabilidad», igual que la política de clientelismo, es inherentemente

susceptible a la influencia de la Mafia.

Aun cuando no esté en consonancia con la Cosa Nostra, gran parte de los negocios en Sicilia, como buena parte de su sistema político y su aparato estatal, experimentan una aversión estructural ante la transparencia. Cualquiera que sea su matiz de tonalidad gris, nadie quiere que la ley ande husmeando a corta distancia en lo que está haciendo. Ivan Lo Bello es el presidente en Sicilia de *Confindustria*, la organización empresarial que introdujo la política de expulsar a los miembros que pagasen sobornos por protección. Ahora vive con escolta y ha enviado a sus hijos a estudiar al extranjero. Reflexionando sobre su experiencia a finales de 2011, declaró lo siguiente:

> Me preocupa menos la reacción de las organizaciones criminales que la de los políticos. En Sicilia nos hemos encontrado con una hostilidad silenciosa. Tenemos la sensación de no ser queridos por los concejales municipales, administrativos, líderes de partidos y funcionarios públicos con un interés por mantener el *statu quo*.

Hay un amplio sector de la sociedad siciliana —desde el comerciante más modesto hasta el banquero más astuto— para el que la lucha contra el crimen organizado es, en el mejor de los casos, extremadamente inconveniente.

Como la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta tienen un largo historial que da fe de su habilidad para adaptarse a las nuevas circunstancias y recuperarse de la adversidad. Como la Cosa Nostra, pero de maneras sutilmente distintas, ellas se apoyan en tradiciones organizativas y en la experiencia de las familias para seguir adelante. De hecho, todo lo que he explicado sobre la zona gris en Sicilia también se puede aplicar a Campania y Calabria. Los residuos tóxicos y los escándalos de la basura demuestran que las malas prácticas en los negocios y la política le abren la puerta a la Camorra. La ‘Ndrangheta no sería la misma sin sus propios «hampones de clase media» y su propia zona gris. De hecho, en Calabria, donde el movimiento antiextorsión es débil, y donde algunas de las oscuras

organizaciones masónicas están bastante ramificadas, la zona gris se extiende a una porción más amplia de la sociedad que en Sicilia. Cuando *Confindustria*, la organización empresarial, empezó a aplicar medidas contra los negocios con contactos mafiosos, otras organizaciones siguieron su ejemplo. Un ejemplo fue la filial en Palermo de la ANCE, la asociación de empresas de la construcción. Cuando en junio de 2010 la filial de la misma entidad en Reggio Calabria convocó un simposio relativo al imperio de la ley, los delegados gastaron buena parte de sus energías protestando contra un amplio espectro de legislación destinada a prohibir los vínculos entre los *mafiosi* y los hombres de negocios.

En términos históricos, la ‘Ndrangheta ha sido quizá, de todas las mafias, la más indiferente a las ideologías. Siempre ha entendido que la zona gris no tiene colores políticos. Las bases que tiene la ‘Ndrangheta desde antiguo en el norte prueban, además, que la zona gris no reconoce fronteras entre las regiones. Los políticos y los empresarios corruptos hacen tratos con los *‘ndranghetisti* a todo lo largo del país.

Incluso en algunas áreas de la economía nacional que no están directamente afectadas por los tentáculos del crimen organizado, abundan las prácticas mañosas y la corrupción, y son detectadas bastante más allá de Sicilia y el sur del país. En 2011, el jefe de la fiscalía general antimafia de Italia, Pietro Grasso, hablaba de toda Italia cuando dijo lo siguiente:

> El método de la Mafia, que implica propiciar privilegios ilícitos y anular la competencia, se ha imitado en ciertas áreas de la política y la economía donde han aflorado grupos depredadores de empresarios poco escrupulosos.

El Estado italiano también está poniendo mucho de su parte para marginar a los ciudadanos que aún se las arreglan para vivir de acuerdo con las normas. El sistema de justicia penal de Italia atraviesa una situación lamentable. El promedio de duración de un juicio es de cuatro años y nueve meses. Hay numerosos ejemplos en la historia que he referido aquí de juicios relacionados con las mafias que se han ido arrastrando durante años, con veredictos revocados en cada etapa del sistema legal hasta llegar a la Corte Suprema. Estos retrasos resultan monstruosos para los acusados y conllevan un descrédito permanente de la ley. Los retrasos pueden también

resultar provechosos para los matones. Se entiende perfectamente que los ciudadanos crean que los tribunales otorgan algo muy parecido a la impunidad a cualquier criminal de guante blanco que pueda pagarse los abogados necesarios para dilatar los procedimientos, así hasta que entre en vigor el plazo de prescripción.

Las mafias se adhieren al Estado en sus vertientes más vulnerables. Las cárceles han sido siempre uno de los aspectos más caóticos del Estado italiano y, por ese motivo, han sido siempre anfiteatros que propician la actividad mafiosa. Siendo estrictos, la Camorra y la ‘Ndrangheta nacieron en las cárceles. Desde el siglo XIX, los reclusos expuestos a condiciones inseguras y de hacinamiento han recurrido a las organizaciones mafiosas en busca de protección, y los *mafiosi* han impuesto su propio dominio arbitrario y brutal sobre sus compañeros de celda. Las penitenciarías de Italia están hoy más abarrotadas que las de ningún otro país europeo aparte de Serbia. La tasa de suicidios dentro de la cárcel es cerca de veinte veces mayor que fuera de ella. Así pues, no debe sorprendernos que hoy en día, como ocurría en el siglo XIX, cumplir una primera condena sea un rito de iniciación para los aspirantes a gángsteres, y que la mayoría de las afiliaciones a la Camorra aún tengan lugar en la prisión.

Incluso puede suceder que el propio Estado empuje a ciudadanos honestos a entrar en la zona gris. Por ejemplo, su esfuerzo por imponer equidad y transparencia en la economía nacional está fracasando estrepitosamente. Un caso de vital importancia al respecto es el de los tribunales civiles, que lidian con disputas entre los ciudadanos y las empresas y están en unas condiciones aún peores que los tribunales penales. En 2011, el Banco Mundial situó a Italia en la posición 158, entre un total de 183 países, en lo relativo a la eficiencia de su sistema judicial para hacer cumplir los contratos, justo por debajo de Pakistán, Madagascar y Kosovo, y tres puestos por encima de Afganistán. A finales de junio de 2011 había un total de 5,5 millones de casos pendientes en los tribunales civiles. La duración media de un caso es de siete años y tres meses. En Alemania, cuando un proveedor lleva a juicio a un cliente por no pagar una entrega, ese cliente tiene que esperar muchísimo tiempo para conseguir el dictamen del juez: un promedio de 394 días. En Italia, la cifra es de 1.210 días. Esto

representa una eternidad cuando se trata de un negocio: una empresa puede quebrar seis veces seguidas en un período tan largo. No es de extrañar que ciertos empresarios se sientan tentados de encontrar formas menos pacíficas de recuperar el crédito. Los *mafiosi* acogen a esos empresarios con los brazos abiertos y una sonrisa de hiena.

Hay demasiadas cosas disfuncionales en Italia. El aparato estatal está atrapado en la ineptitud, el clientelismo y la corrupción. Gran parte de la economía funciona dinero en mano y es por tanto invisible ante la ley; áreas enteras de la economía visible están maniatadas por la ineficiencia y las trampas. La sociedad italiana parece un adicto sin cura posible a los mismos vicios de siempre. Y no hay demasiadas perspectivas de que los italianos elijan un gobierno honesto, con la determinación y la autoridad suficientes para implementar las reformas que su país requiere. Mientras Italia permanezca en esta situación, seguirá lejos de alcanzar una victoria duradera sobre la Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta.

La Guerra Fría proporcionó un escudo político a las mafias, que, resguardándose tras él, saquearon el país, prosperaron y llevaron a Italia al borde del abismo. Pero las mafias ya estaban allí antes de la Guerra Fría, y han sobrevivido tras su final. Puede que la violencia que acaparaba los titulares en los prolongados años ochenta haya menguado, pero el crimen organizado es aún una emergencia nacional y una vergüenza para el país.

Con todo, Italia tiene hoy más razones que nunca para ser optimista. Los magistrados y las fuerzas policiales antimafia están mal pagados, cuentan con pocos recursos y poco personal y trabajan en circunstancias muy hostiles. Los magistrados en las áreas administradas por las mafias aún tienen que circular con escolta armada permanente y llevar una vida monacal, por temor a que los fotografíen con la compañía equivocada. Aun así, gracias a la dedicación, el valor y la profesionalidad que muestran muchos de ellos, a las hermandades gangsteriles de Italia la vida les resulta hoy mucho más difícil que nunca. Se intervienen con micrófonos las reuniones de *mafiosi*. Se los persigue cuando huyen de la justicia. Incluso

en los agrestes parajes del Aspromonte, la ‘Ndrangheta ya no puede hacer todo lo que le dé la gana. A principios de los noventa se creó una unidad de montaña de los carabineros, los *cacciatori* («cazadores»), equipada con helicópteros para combatir los secuestros. Desde que la ‘Ndrangheta dejó de lado la industria del secuestro, los *cacciatori* han tenido un éxito notable al negarles a los mafiosos calabreses el pleno uso de sus tradicionales reductos en la montaña.

Aunque el sistema judicial italiano sigue siendo en extremo blando y sobreprotector con los derechos del acusado, la larga historia de la impunidad mafiosa parece haber tocado a su fin. Cuando ahora los gángsteres se enfrentan a un juicio, cabe esperar una condena justa para ellos. A pesar de la lentitud desesperante de los procedimientos del sistema judicial, los *mafiosi*, *camorristi* y *‘ndranghetisti* están cumpliendo hoy en día miles de años de cárcel. Y lo que es más importante, se han confiscado miles de millones de euros de su riqueza ilegal. Incluso se está haciendo avances en cuanto a la zona gris.

Si consideramos retrospectivamente la historia de la relación que ha tenido Italia con las mafias desde la Segunda Guerra Mundial, y de hecho desde los mismos orígenes de las mafias en el siglo XIX, el cambio más grande y positivo es que, al fin, tanto la policía como los jueces están, después de muchísimo tiempo, haciendo su trabajo.

Ahora le toca al pueblo italiano hacer el suyo.

Agradecimientos

HERMANDADES DE SANGRE

Buena parte del tiempo que invertí en la investigación y escritura de *Hermandades de sangre* me lo facilitó el consorcio Leverhulme: sin la generosa Beca de Investigación que concede esta entidad, puede que este libro no se hubiera escrito. Debo, en virtud de ello, agradecer sinceramente a todos y cada uno de los colaboradores vinculados al consorcio. Mi hogar académico, el Departamento de Italiano en la University College London (UCL), ofrece un ambiente maravilloso para la investigación y la enseñanza, por lo que a mi gratitud debo añadir a mis colegas del personal académico y administrativo que trabajan en él.

Fue un placer y un privilegio conocer a un buen número de personas que están en la primera línea de fuego a la hora de intentar entender y combatir a la ‘Ndrangheta en Reggio Calabria. Los magistrados Nicola Gratteri y Michele Prestipino me impresionaron por su valor, su energía y su rigor…, y gracias a ellos volví cargado de una documentación fascinante. Peppe Baldessarro sabe tanto de la ‘Ndrangheta como cualquier periodista y ha pagado el precio de su erudición con una amenaza de muerte.

Es raro dar con un historiador que sea tan generoso con su tiempo y sus conocimientos como Enzo Ciconte. Enzo me envió cierta documentación que me estaba costando mucho encontrar y examinó un fragmento significativo del borrador inicial, de lo que surgieron valiosas sugerencias. Debatí *in extenso* algunas de las ideas contenidas en *Hermandades de sangre* con Marcella Marmo y Gabriella Gribaudi, y el libro ha resultado, creo, mucho mejor gracias a sus consideraciones y su profunda comprensión de la Camorra. Desde mis primeros pasos en la investigación

de la ‘Ndrangheta, he hecho intercambios de un valor excepcional con Antonio Nicaso, quien también leyó, con infinita paciencia y perspicacia, una porción del manuscrito.

Mi amigo Fabio Cuzzola fue también el hombre a quien recurrir en Reggio. Su generosidad fue mucho más allá de lo meramente intelectual y se extendió a una valoración de las aportaciones de Rory Delap y las notas al pie de Ricardo Fuller. El gran Nino Sapone me aportó una ayuda inestimable de muchas y muy diversas formas. Sabe abrirse paso como pocos en el *Archivio di Stato di Reggio Calabria* y alberga unos sentimientos bien documentados hacia el Aspromonte, sus gentes y su historia; jamás olvidaré nuestras visitas a Amendolea, San Stefano, Montalto y el santuario de Polsi. Joseph Condello fue un guía extremadamente útil y cordial cuando recorrimos juntos la llanura de Gioia Tauro.

Varios investigadores intrépidos y sagaces me han ayudado a localizar los archivos y otras fuentes en las que se basa *Hermandades de sangre*; algunos de ellos incluso lo nutrieron con preciosas ideas: Nick Dines, Nicola Crinniti, Manoela Patti, Vittorio Coco, Joe Figliulo, Salvo Bottari, Azzurra Fibbia. Fabio Truzzolillo no solo siguió el rastro de un material relevante para mí, sino que contribuyó de modo concluyente al contenido del libro: espero que haya encontrado, a estas alturas, el hogar adecuado a su pasión por la investigación. Fabio Caffarena y el *tenente colonnello* Massimiliano Barlattani, del *Ufficio Storico dell’Aeronautica Militare*, me ayudaron a encontrar el expediente de guerra del jefe volador de Antonimina. En ciertos aspectos puntuales pero muy importantes de mi investigación conté con el apoyo de David Critchley, Tim Newark y Eleanor Chiari. Christian De Vito fue singularmente perspicaz en lo relativo a la historia del sistema de prisiones. Roger Parker dio con lo que Silvio Spaventa fue a ver a la ópera. Peter Y. Herchenroether me envió generosamente los resultados de su investigación sobre el tema de los primeros *mafiosi* calabreses en Estados Unidos. Alex Sansom, experto residente de UCL en el tema de la España moderna, me ayudó a encontrar materiales adicionales sobre Cervantes y la Garduña. Jonathan Dunnage fue la fuente de algunos apuntes muy provechosos respecto a la evolución

histórica de la actividad policial. Mi amigo y colega Florian Mussgnug navegó por mí en la prensa alemana haciendo gala de una gran generosidad. Varias personas en Australia me aconsejaron sobre el estudio del crimen organizado calabrés en su país. David Brown fue en extremo generoso al permitirme examinar su colección de materiales relativos al mismo tema: solo lamento no haber podido analizar esa región con detenimiento en *Hermandades de sangre*. En Sicilia, Attilio Bolzoni, Salvo Palazzolo, Dino Paternostro y Marcello Saija me ofrecieron también consejos y materiales de provecho. Pietro Comito me dio acceso a una rara copia de la autobiografía de Serafino Castagna. Pietro es uno de los muchos, sin duda demasiados, periodistas calabreses valientes y profesionales que han tenido que hacer frente a una amenaza de muerte por parte de los clanes.

Estoy particularmente en deuda con Lesley Lewis por permitirme consultar los diarios de Norman, su esposo ya fallecido: las notas que tomó mientras escribía sus observaciones profundamente compasivas, y aun así desencantadas, de *Naples ’44*.

Laura y Giulio Lepschy fueron para mí, como para muchos italianistas en el Reino Unido, una fuente inagotable de sabiduría lingüística. Maria Novella Mercuri me ayudó a descifrar algunos de los párrafos más enrevesados y agramaticales de ciertos manuscritos.

Muchísimos archiveros y bibliotecarios me han ayudado a su vez en el curso de esta labor, pero algunos de ellos fueron singularmente generosos: Maria Pia Mazzitelli y el personal del *Archivo di Stato di Reggio Calabria*; Salvatore Maffei en la maravillosa *Emeroteca Vincenzo Tucci* de Nápoles; Maresciallo Capo Salerno y el *collonnello* Giancarlo Barbonetti en *L’archivio storico dell’Arma dei Carabinieri*; y, una vez más, el personal de Humanidades 2 de la British Library.

Muchas personas leyeron el borrador de *Hermandades de sangre* en sus varias etapas, con lo que hicieron una gran contribución a la consistencia y legibilidad del estudio que valoro muy especialmente: Laura Mason, Caz Carrick, Robert Gordon, Prue James, Vittorio Mete, Federico Varese, John Foot, Nino Blando.

Tuve la suerte de contar con ni más ni menos que cuatro editores que se mostraron dispuestos a atender a mis reflexiones en torno al proyecto a

medida que se fue gestando, y aportaron incluso sus agudos comentarios sobre los borradores iniciales: Rupert Lancaster, Giuseppe Laterza y Peter Sillem. Marc Parent fue especialmente paciente e incisivo y supuso una excelente compañía cuando corríamos por la playa de St-Malo. La correctora de estilo Helen Coyle tuvo una influencia mucho mayor en la consecución de una primera copia mecanografiada de lo que implicaban sus responsabilidades oficiales. Mi alquímica agente literaria, Catherine Clarke, ha sido, como siempre, una espléndida fuente de apoyo y perspicacia.

Con todo, una vez más, mi mayor agradecimiento es para mi esposa, Sarah Penny. Siempre me impresiona su habilidad para conjugar el trabajo, la familia y mi demanda aparentemente infinita de su tiempo. Mi gratitud y mi amor son para ella, siempre. De hecho, el libro está dedicado a ella y a nuestros dos hijos, Elliot y Charlotte.

Se ha hecho todo lo posible por dejar constancia aquí de la propiedad intelectual del material protegido por derechos de autor que aparece en este libro. Cualquier error a este respecto es involuntario y será corregido en ediciones posteriores, siempre que se haga llegar al autor la notificación respectiva.

Quisiera dar las gracias en particular a las siguientes entidades:

A Aliberti Editore, por su autorización de las citas recogidas de *Ammazzare Stanca* de Antonio Zagari, Aliberti editore, 2008; a la Sociedad de Autores, como representante literaria del legado de Norman Douglas, por su autorización para las citas tomadas de *Old Calabria*, de Norman Douglas, M. Secuer, 1915; a Edizioni Reno Sandron, por la autorización para citar de *L'Italia barbara contemporanea: studi e appunti* de Alfredo Niceforo, R. Sandron, 1898.

LA MAFIA, UNA REPÚBLICA APARTE

La falta de tiempo es la razón fundamental de que nadie haya intentado nunca antes escribir una crónica del crimen organizado en Italia desde sus orígenes hasta el presente. *La mafia, una república aparte*, como

Hermandades de sangre, su antecedente, es fruto de un largo período de investigación y escritura que me hubiera sido imposible iniciar, y no digamos ya completar, sin el apoyo de dos instituciones. Mi más sincera gratitud va, pues, tanto para el Departamento de Italiano en la University College London (UCL) donde mis colegas han generado un ambiente muy estimulante y animado para la enseñanza y la investigación, como al Consorcio Leverhulme, que me otorgó una beca de investigación entre 2009 y 2011, un período crucial en el desarrollo de ambos libros.

Debo dar también las gracias a mis editores y agentes, que tuvieron la paciencia de esperarme cuando mi plazo de entrega empezó a perderse en la lejanía, y cuando el volumen único que al principio tenía en mente pasó a ser dos. Mi gran esperanza respecto a este libro es que constituya algún tipo de recompensa a la santa paciencia de Rupert Lancaster, Giuseppe Laterza, Peter Sillem, Marc Parent, Haye Koningsfeld, Catherine Clarke y George Lucas. Quisiera también dar las gracias a Kate Miles y Juliet Brightmore, de Hodder & Stoughton, por su apoyo tan entusiasta a mi trabajo.

En *La mafia, una república aparte* he intentado ir más allá de lo académico para explicar a una público tan amplio como fuera posible lo que podemos (y no podemos) saber de la historia de las mafias. De mis colegas académicos solo espero su indulgencia por haber sacrificado aquí, en atención a esta causa, muchas de las convenciones propias de un ensayo académico. Como siempre, convoqué a un grupo de amigos para que leyeran los borradores del libro con la esperanza de hacerlo más legible. Las siguientes personas merecen un especial reconocimiento por mi parte por su compromiso desinteresado con esta ardua tarea: David Brown, Stephen Cadywold, Caz Carrick, Robert Gordon, John Foot, Prue James, Doug Taylor.

El personal de múltiples bibliotecas y archivos ha sido de gran ayuda al facilitarme las fuentes que he consultado aquí. Siento el deber especial de mencionar a las siguientes personas: Salvatore Maffei de la *Emeroteca Vincenzo Tucci* de Nápoles; Maresciallo Capo Salerno y el *colonnello* Giancarlo Barbonetti de *L’archivio storico dell’Arma dei Carabinieri*; Linda Pantano del Instituto Gramsci de Palermo; y, una vez más, el personal de Humanidades 2 de la British Library. Un amplio listado de

gente me ha ayudado con consejos o localizando otras fuentes y me hubiera sentido sin duda perdido si no me hubieran ayudado Salvo Bottari, Mark Chu, Vittorio Coco, Fabio Cuzzola, Patrick McGauley, David Forgacs, Manuela Patti, Nino Sapone, Diego Scarabelli, Fabio Truzzolillo, Chris Wagstaff, Thomas Watkin y Francesco Messina. Nick Dines merece especial mención por la astuta y creativa investigación que realizó por mí.

Los consejos de Gabriella Gribaudi fueron de extrema importancia en las primeras etapas de mi investigación sobre la Camorra de posguerra; y mis discusiones con Enzo Ciconte han sido asimismo muy provechosas. Quiero manifestar también mi gratitud a Chiara Caprì, una de las fundadoras de *Addiopizzo*, y al muy inspirador Gaetano Saffioti por la paciencia de dejarse entrevistar en dos ocasiones. En varios puntos de mi trabajo, me he basado en diversos periodistas con una profunda comprensión de las mafias: Lirio Abbate, Peppe Baldessarro, Attilio Bolzoni, Salvo Palazzolo. Hubo numerosas personas que me fueron de gran ayuda durante una excursión a muchos de los lugares de Campania que menciono en este libro: Alfonso De Vito, Marcello Anselmo, Egidio Giordano y Vittorio Passeggio.

La Cosa Nostra, la Camorra y la ‘Ndrangheta muestran la peor cara de Italia. Aun así, el mayor privilegio asociado al estudio de las mafias y su historia es que permite conocer a una parte de la gente extraordinaria que se dedica a combatir a las mafias y, de esa manera, revelarnos el lado más edificante de Italia. Quiero agradecerles a todos ellos su valiosa ayuda y las aportaciones de todo tipo que han hecho a mi trabajo. El listado comienza con Nicola Gratteri de la *Direzione distrettuale antimafia* de Reggio Calabria. El *capitano* Giuseppe Lumia de los carabineros demostró poseer infinidad de recursos, y el *colonnello* Jacopo Mannucci-Benincasa, jefe de la división *Ufficio Criminalità Organizzata*, me resultó en extremo clarificador. Quiero dedicar un agradecimiento especial a Michele Prestipino de la *Direzione distrettuale antimafia* de Reggio Calabria: las conversaciones con él han sido de los momentos más fascinantes dentro de mi intento de entender y explicar la ‘Ndrangheta. En los tramos finales del libro, tuve la enorme fortuna de hablar *in extenso* con Alessandra Cerreti (*Direzione distrettuale antimafia*, Reggio Calabria), Catello Maresca

(*Direzione distrettuale antimafia*, Nápoles), el *colonnello* Claudio Petrozziello y el *capitano* Sergio Gizzi (*Guardia di Finanza*), el *vice questore* Alessandro Tocco y el *commissario* Micele Spina (*Polizia di Stato*), el *colonnello* Pasquale Angelosanto (*Carabinieri*), el *colonnello* Patrizio La Spada, el *tenente* Angelo Zizzi y los hombres del *Squadrone Cacciatori* de Vibo Valentia. Mis encuentros con servidores de la ley como los mencionados fueron a la vez muy alentadores y en extremo provechosos para confirmar o matizar lo que yo pensaba de la situación de las distintas mafias en la actualidad. Debo insistir en que ellos no son responsables de cualquier error de interpretación de sus palabras en que yo pueda haber incurrido, y que todo lo que está escrito en estas páginas refleja mis propios puntos de vista.

En última instancia, dedico mi amor y gratitud a mi esposa, Sarah Penny, y a mis hijos Elliot y Charlotte, por mantenerme sano durante esta larga travesía.

Notas sobre la bibliografía

HERMANDADES DE SANGRE

Las notas que siguen poseen una forma ligeramente distinta a lo habitual. Al prescindir de notas al pie de página, que podrían resultar enrevesadas para la mayoría de los lectores, he optado por hacer un listado de las fuentes que he utilizado e incluir algunas observaciones, muy breves y eclécticas, en algunas de ellas. Espero que estas observaciones sean de provecho para los especialistas e interesantes para los no historiadores, y que sirvan también para dejar constancia de las muchas deudas académicas que he contraído en la realización de esta obra. Si de algo he pecado, es de «inclusividad». Algunas de las fuentes referidas no se mencionan o citan de manera explícita en el texto, pero las he incluido de todas maneras, generalmente por uno de estos dos motivos: el primero, porque sugieren cuestiones que no tuve oportunidad de explorar y aclarar en el texto; el segundo, porque añaden fuerza probatoria a lo dicho. Al ser una historia comparada, *Hermandades de sangre* no puede aspirar a constituir una explicación enciclopédica de la Camorra, la Mafia siciliana y la ‘Ndrangheta. Mi planteamiento ha consistido en escoger episodios que considero ilustrativos. Si incluyo el amplio espectro de mis fuentes de archivo sobre, por ejemplo, la *picciotteria*, es porque pretendo mostrar que mi elección de episodios ilustrativos se fundamenta en la investigación de primera mano que realicé yo mismo u otras personas.

Me he valido de las siguientes abreviaturas:

ACS = Archivio Centrale dello Stato.
ASC = Archivio di Stato di Catanzaro.
ASRC = Archivio di Stato di Reggio Calabria.

ASN = Archivio di Stato di Napoli.
ASPA = Archivio di Stato di Palermo.

La siguiente enumeración de fuentes empieza con un breve párrafo que sintetiza la situación de la investigación histórica en torno a cada una de las tres principales organizaciones criminales. Los textos citados aspiran a ser una guía para futuras lecturas y un reconocimiento de los pasajes en los que me he apoyado más claramente en el trabajo de otros académicos.

Camorra

En la década de los ochenta, Marcella Marmo estuvo entre las pioneras de la nueva historiografía del crimen organizado en Italia, y ella es todavía la máxima autoridad en el tema de la Camorra desde sus orígenes hasta el juicio Cuocolo. Sus numerosos ensayos debieran ser, por tanto, los primeros en cualquier lista de obras acerca de la Camorra. Por consiguiente, me he apoyado significativamente en ellos y los he citado en los capítulos apropiados, que se enumeran más adelante. Baste por ahora con destacar tres de esos ensayos, que proporcionan un amplio estudio sobre la honorable sociedad napolitana: M. Marmo, «Tra le carceri e il mercato. Spazi e modelli storici del fenomeno camorrista», en P. Macry y P. Villani (eds.), *La Campania*, una parte de la *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi*, Turín, 1990; M. Marmo, «La Camorra dell'Ottocento: il fenomeno e i suoi confini», en A. Musi (ed.), *Dimenticare Croce? Studi e orientamenti di storia del Mezzogiorno*, Nápoles, 1991; M. Marmo, «La città camorrista e i suoi confini: dall'Unità al proceso Cuocolo», en G. Gribaudi (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009. Este tercer ensayo propone algunas observaciones relevantes al tema de las mujeres dentro de la Camorra.

El ensayo de Marmo en torno al honor es también esencial en uno de los temas claves que recorren la historia del crimen organizado: M. Marmo, «L'onore dei violenti, l'onore delle vittime, Un'estorsione camorrista del 1862 a Napoli», en G. Fiume (ed.), *Onore e storia nelle società mediterranee*, Palermo, 1989.

Francesco Barbagallo es más conocido por su obra sobre la Camorra de posguerra, pero recientemente publicó un resumen muy necesario de la historia completa del crimen organizado en Campania: F. Barbagallo, *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010. Además de este nuevo y excelente libro, he consultado otros trabajos de Barbagallo que se citan en los lugares pertinentes más adelante.

Antes de que apareciera el libro de Barbagallo, lo único que ofrecía una panorámica al respecto era la colección de ensayos de Isaiah Sales, *La camorra, le camorre*, Roma, 1988 (reeditado en una edición revisada en 1993). Aun cuando Sales haya recibido críticas (por parte de Marmo y otros autores) a raíz de haber insinuado que la Camorra era una manifestación del descontento plebeyo incapaz de encontrar otra vía de expresión, su libro sigue siendo un punto de referencia importante dentro de las obras históricas sobre la Camorra y he recurrido a él en varios pasajes de mi estudio.

Mafia

Varios autores contribuyeron a la fundación de una nueva escuela de textos históricos sobre la Mafia siciliana en la década de 1980: son los que cité en la bibliografía de mi libro *Cosa Nostra. Hermandades de sangre* intenta aplicar todo lo que aprendí de esos historiadores a los nuevos materiales disponibles y a las restantes organizaciones criminales. De manera que, aun cuando no dispongo de espacio para citarlos aquí de nuevo, mi deuda con todos ellos sigue siendo la misma. Hay un nombre en particular que destaca entre los historiadores del crimen organizado en Sicilia, hasta el punto que requiere una vez más de un reconocimiento explícito: con su *Storia della mafia* (Roma, 1993), Salvatore Lupo confirmó su preeminencia dentro del área. Un indicador manifiesto de la calidad del estudio desarrollado por Lupo es que el material descubierto recientemente —como la documentación acerca de la trayectoria de Ermanno Sangiorgi que encontré yo mismo en el Archivio Centrale dello Stato— suele ratificar las conclusiones primordiales de Lupo. Su reciente *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008* (Turín, 2008)

ha aportado un novedoso rigor analítico al estudio de la «mafia transatlántica». Su entrevista en forma de libro con Gaetano Savatteri, con el título *Potere criminale. Intervista sulla storia della mafia* (Roma-Bari, 2010) es, entre otras muchas cosas, un persuasivo argumento en torno a la importancia de estudiar a la Mafia con las herramientas del historiador.

Fue Salvatore Lupo el que desenterró el informe de 1938, elaborado por el Real Cuerpo de Inspectores General para la Seguridad Pública de Sicilia y que he citado abundantemente en estas páginas. Dos investigadores que trabajan en colaboración con Lupo, Manoela Patti y Vittorio Coco, han analizado a fondo el informe y hecho grandes avances en la comprensión de la Mafia bajo el fascismo. Una edición especial de la revista *Meridiana. Rivista di storia e scienze social*, «*Mafia e fascismo*» (63, 2008) recoge importantes ensayos de ellos dos y otros académicos. Cuando *Hermandades de sangre* apareció en su versión inglesa, el informe del Cuerpo de Inspectores estaba ya publicado: V. Coco y M. Patti, *Relazioni mafiose. La mafia ai tempi del fascismo*, Roma, 2010.

Otra publicación coincidente con esta fue el informe extraordinariamente lúcido —otro hallazgo de Lupo— del jefe de policía Ermanno Sangiorgi en torno a la Mafia a principios del siglo XX: S. Lupo, *Il tenebroso sodalizio. La mafia d'inizio novecento nel rapporto Sangiorgi*, Roma, 2010. Este libro incluyó mi breve biografía de Sangiorgi.

'Ndrangheta

La 'Ndrangheta es la menos conocida y menos estudiada de las tres principales organizaciones criminales y, aunque ha habido una oleada reciente de nuevas publicaciones relativas a la 'Ndrangheta de hoy, los estudios históricos continúan escaseando. Durante mucho tiempo, Gaetano Cingari fue el único historiador profesional que mostró algún interés en la mafia calabresa. He incluido, por ello, algunas de las valiosas páginas de su *Storia della Calabria dall'Unità a oggi* (Roma-Bari, 1983), *Reggio Calabria* (Roma-Bari, 1988) y, por supuesto, su ensayo acerca del «bandolero» Mussolino: «Tra brigantaggio e "picciotteria": Giuseppe Musolino», en G. Cingari, *Brigantaggio, proprietari e contadini nel Sud*,

Reggio Calabria, 1976. El libro pionero de Enzo Ciconte, *'Ndrangheta dall'Unità a oggi* (Roma-Bari, 1992) fue la primera visión panorámica sistemática sobre el tema. Cualquiera que desee conocer la historia del crimen organizado en Calabria deberá empezar por Ciconte. Además de delimitar las líneas principales de la historia de la 'Ndrangheta, Ciconte reunió por primera vez gran cantidad de pruebas procedentes del Archivio di Stato di Catanzaro. Mi intención ha sido volver sobre la misma documentación, pero sumándole una buena cantidad de materiales poco o nada estudiados con anterioridad, provenientes del Archivio di Stato di Reggio Calabria y la prensa, que nos posibilitan, según creo, llegar a conclusiones acerca de la 'Ndrangheta dotadas de mayor solidez y claridad que las que Ciconte o Cingari pudieron obtener.

Ciconte escribió a su vez la primera historia comparada de las tres mafias: *Storia criminale. La resistibile ascesa di mafia, 'ndrangheta e camorra dall'Ottocento ai giorni nostri*, Soveria Mannelli, 2008. Esta posee una perspectiva muy singular —más temática que cronológica—, pero me ha dado ideas muy útiles a la hora de preparar *Hermandades de sangre*.

Hay otras dos contribuciones a la historia temprana de la 'Ndrangheta que vale la pena mencionar. La primera es la del magistrado Saverio Mannino: «Criminalità nuova in una società in transformazione: il Novecento e i tempi attuali», en A. Placanica (ed.), *La Calabria moderna e contemporánea*, Roma, 1997. El ensayo de Mannino, dotado de abundante documentación, es particularmente revelador en lo referente a la época fascista. La segunda contribución, igual de bien documentada pero enfocada a la época prefascista, es la del periodista campañés Antonio Nicaso: *Alle origini della 'ndrangheta. La picciotteria*, Soveria Mannelli, 1990.

Las mujeres dentro del crimen organizado de Italia

Disponemos hoy de un corpus muy vasto de trabajos académicos acerca del papel que las mujeres y las relaciones familiares desempeñan en la vida de la Mafia, aunque todo el material se refiere al período contemporáneo. En este sentido, espero que mi estudio, sean o no válidas sus conclusiones, muestre al menos que un estudio histórico comparativo de las mujeres y la

Mafia aporta datos reveladores de lo que Alessandra Dino ha designado como la «centralidad sumergida» de las mujeres en el inframundo. Los siguientes cuatro estudios son muy recomendables como puntos de partida:

A. Dino y T. Principato, *Mafia donna. Le vestali del sacro e dell'onore*, Palermo, 1997.

A. Dino, *Mutazioni. Etnografia del mondo di Cosa Nostra*, Palermo, 2002. Notable, entre otras muchas razones, porque muestra cuánto cálculo estratégico hay en la gestión de las familias dentro de la Mafia siciliana.

O. Ingrascì, *Donne d'onore. Storie di mafia al femminile*, Milán, 2007.

R. Siebert, *Le donne. La mafia*, Milán, 1994.

LA MAFIA, UNA REPÚBLICA APARTE

En el ámbito de la sociología, se ha convertido en un lugar común tratar a las principales organizaciones criminales italianas como diferentes aspectos de un mismo conjunto de problemas. Los historiadores han tardado en ponerse al día. Todos los grandes historiadores del crimen organizado han hecho, con frecuencia, valiosas acotaciones comparativas, pero la comparación prolongada es poco frecuente. *La mafia, una república aparte*, al igual que *Hermandades de sangre*, su predecesora, pretende investigar qué resultados podemos obtener al observar las historias de las tres mafias en paralelo. Una tarea que ha supuesto múltiples desafíos, especialmente en la estructura del relato. Pero, al fin y al cabo, el objetivo es algo muy simple: hacer una crónica.

La mafia, una república aparte está pensada también para lectores de fuera de Italia, así como para los que viven entre sus fronteras, a quienes el término «mafia» les suscita visiones de Al Pacino antes que los rostros de Luciano Leggio, Raffaele Cutolo o los hermanos De Stefano. Lo que espero es disipar en parte la confusión generada por películas como *El padrino* y por la polisémica palabra «mafia». En un intento de hacer *La mafia, una república aparte* tan accesible como fuera posible, he excluido el uso de notas al pie de página o notas al final del texto. Quienes ejercemos la docencia universitaria, y tenemos por tanto la suerte de que la lectura sea nuestro sustento de vida, olvidamos con demasiada frecuencia los grandes

esfuerzos que mucha gente debe hacer para encontrar el tiempo de leer, y de leer no ficción en particular. Lo menos que podemos hacer para acercarnos a esos lectores es ofrecer un relato libre de referencias, guiños a opacos debates académicos y citas verificables de nuestros amigos y enemigos académicos.

Dicho esto, cabe señalar que las notas al pie de página pueden desempeñar varias funciones y proporcionar diversos placeres. Puede que las páginas siguientes no sean sino un pobre sucedáneo de ellas. Mi esperanza es que al menos sirvan como estímulo para posteriores lecturas, un reconocimiento a mis muchas deudas intelectuales, un indicador de las fuentes que he utilizado para formular y justificar mis argumentos, y una pista para dar con otros temas de interés que no tuve tiempo de explorar o tratar a fondo.

Debo expresar mi gratitud y admiración especial a todos aquellos que, antes que yo, han hecho alguna síntesis narrada de la historia de cada una de las organizaciones criminales de Italia, cuyos libros han sido una compañía permanente para mí mientras escribía *La mafia, una república aparte*. La *Storia della mafia* (Roma, 1993) de Salvatore Lupo es uno de los textos que cualquier interesado en el tema de las mafias ha de leer y releer muchas veces. El libro más reciente de Lupo, *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008* (Turín, 2008), ofrece una historia «transatlántica» única y muy perspicaz de la Mafia en Sicilia y Estados Unidos. En varios capítulos de este libro he intentado ceñirme a las claves que aporta Lupo sobre la relación de múltiples facetas entre las dos filiales de la Cosa Nostra, y también he sacado provecho de sus conclusiones respecto al largo diálogo de sordos entre Italia y Estados Unidos cuando se trataba de asuntos concernientes a la Mafia. El «sindicato transatlántico» es el término que yo mismo he acuñado para lo que Lupo, basado en fuentes de primera mano, denomina la «tercera mafia». Dado que en mi propio relato había ya tres mafias, pensé que era mejor escoger otro nombre para evitar confusiones.

En su rigor y claridad, la *Storia della camorra* (Roma-Bari, 2010) de Francesco Barbagallo se eleva por encima de todos los intentos previos de analizar la historia del crimen organizado en Campania a partir del siglo

XIX. Sus libros tempranos, *Napoli fine Novecento: Politici, camorristi, imprenditori* (Turín, 1997) e *Il potere della camorra (1793-1998)* (Turín, 1999), siguen siendo fundamentales para conocer el crecimiento radical de la Camorra a finales del siglo XX, y aquí me he inspirado repetidamente en ellos. Cabe hacer también mención especial de la influyente colección de ensayos históricos de Isaia Sales, *La camorra le camorre* (2.ª edición, Roma, 1993), de los cuales he aprendido muchísimo.

En parte por las razones que he esbozado en este libro, la historia de la ‘Ndrangheta sigue siendo mucho más oscura, en muchos aspectos, que la de la Mafia siciliana o la Camorra. El ensayo de Saverio Mannino, «Criminalità nuova in una società in trasformazione: il Novecento e i tempi attuali», incluido en *La Calabria moderna e contemporanea* (Roma, 1997), en A. Placanica (ed.), tiene su base en actas judiciales y continúa siendo muy esclarecedor. *‘Ndrangheta dall’Unità a oggi* (Roma, 1992), de Enzo Ciconte, fue un estudio pionero y es hasta hoy la obra clave de referencia sobre el tema. Para mayor crédito suyo, Ciconte fue también el primero que escribió un relato comparativo de las tres cofradías criminales fundamentales de Italia: *Storia criminale. La resistibile ascesa di mafia, ‘ndrangheta e camorra dall’Ottocento ai giorni nostri* (Soveria Mannelli, 2008). Sería ocioso divagar aquí en torno a las razones por las que nunca hubo, hasta Ciconte, una historia paralela de las mafias. No hace falta decir que su obra ha sido una fuente inagotable de pistas en mi investigación para escribir *La Mafia, una república aparte*, a pesar del hecho de que *Storia criminale* adopta un enfoque temático muy distinto al mío. P. Monzini, *Gruppi criminali a Napoli e a Marsiglia. La delinquenza organizzata nella storia di due città (1820-1990)* (Roma, 1999), me proporcionó un estimulante precedente en cuanto al enfoque comparativo y algunas perspicacias en distintos momentos de la historia de la Camorra.

He empleado las siguientes abreviaturas:

ACS = Archivio Centrale dello Stato.

Documentazione antimafia = Senato della Repubblica,

Documentazione allegata alla relazione conclusive della Commisione parlamentare d’inchiesta sul fenomeno della mafia in Sicilia

Istruttoria Maxi = historia de Falcone y Borsellino al preparar el caso de

la fiscalía para el maxijuicio contra la Cosa Nostra, Ordinanza-sentenza contro Abbate Giovanni + 706.

Istruttoria Stajano = parte de lo anterior fue publicado como *Mafia: l'atto d'accusa dei giudici di Palermo* (Roma, 1986), en C. Stajano (ed.).

Maxiprocesso = 40.000 páginas de otros materiales del maxijuicio pueden verse hoy en línea gracias a la Fondazione Falcone, www.fondazionefalcone.org

Processo Olimpia = Procura della Repubblica di Reggio Calabria, Direzione Distrettuale Antimafia, Procedimento penale n.46/93 r.g.n.r. D.D.A. a carico di CONDELLO PASQUALE ed altri. «Processo Olimpia» (este largo juicio es el documento fundamental para reconstruir la historia de la 'Ndrangheta desde finales de la década de 1960 en adelante).

Bibliografía

HERMANDADES DE SANGRE

Prólogo

Lupo, S., *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008*, Turín, 2008. Explica cómo fue que el nombre «Cosa Nostra» arraigó tanto entre los *mafiosi* de Sicilia como en los de Estados Unidos, tras el testimonio de Joe Valachi ante el comité McClellan, en 1963.

Malafarina, L., *Il códice della 'ndrangheta*, Reggio Calabria, 1978. No hay una versión canónica de la leyenda de los tres caballeros españoles: al parecer, nunca se ha reproducido de la misma manera en la mitología de la 'Ndrangheta. Las referencias a ella en los rituales de la organización aparecen en múltiples fuentes, incluyendo a Malafarina.

Natella, P., *La parola «mafia»*, Florencia, 2002. Sugiere la derivación de *Carcagnosso* a partir de *calcagna*.

«Books of The Times; Journey to a Strange Land That Seems Like Home», *New York Times*, 18/7/2003. Sobre el «nombre impronunciable» de la 'Ndrangheta.

Hasta donde yo sé, el nombre 'Ndrangheta o 'Ndranghita no asoma de

manera consistente en la esfera pública hasta la cobertura mediática de la así llamada «Operación Marzano» en el otoño de 1955. Se la ve aflorar, entre unas comillas vacilantes, en «Il Ministro Tambroni e il sottosegretario Capua in disaccordo nel valutare la situazione esistente nelle province calabresi», *L'Unità*, 10/9/1955; o «Latitanti che si costituiscono a altri che vengono arrestati», *Il Mattino*, 14/9/1955. El responsable que al parecer puso el nombre en amplia circulación fue Corrado Alvaro, con su artículo «La fibbia», *Corriere della Sera*, 17/9/1955.

Introducción: hermanos de sangre

Relazione annuale della Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della criminalità organizatta mafiosa o similare. 'ndrangheta. Relatore On. Francesco Forgione, 2008. Sobre la masacre de Duisburg y el alcance internacional de la 'Ndrangheta. Se puede descargar desde: <http://www.camera.it/_dati/leg15/lavori/documentiparlamentari/indiceetesti/023/005/intero.pdf>

Procura della Reppublica Presso il Tribunale di Reggio Calabria, Direzione Distrettuale Antimafia, Decreto di Fermo di indiziato di delitto — artt. 384 e segg. c.p.p. Agostino Anna Maria + 155. Me he valido de este documento, más conocido como «*Operazione Crimine*», para una comprensión actualizada de la estructura de la 'Ndrangheta basada en las investigaciones más recientes.

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010. Otra muy buena fuente respecto a la situación en la fase contemporánea.

Gribaudi, G., «Guappi, camorristi, killer. Interpretazioni letterarie, immagini sociali, e storie giudiziarie», en *Donne, uomini, famiglie*, Nápoles, 1999. Fue también la fuente para mis acotaciones sobre los *guappi* tras la derrota de la honorable sociedad napolitana.

—, «Clan camorristi a Napoli: radicamento locale e traffici internazionali», en G. Gribaudi (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009. Un breve y excelente resumen de lo que es la Camorra hoy, basado en fuentes judiciales. Debo al ensayo de Gribaudi las observaciones sobre el «dominador» de la Honda, junto a otros puntos.

Martino, P., *Per la storia della 'ndrangheta*, Roma, 1988. Sugiere la derivación más plausible del término *'ndrina*.

Paoli, L., *Fratelli di mafia. Cosa Nostra e 'ndrangheta*, Bolonia, 2000. Un estudio comparativo muy acertado de las organizaciones siciliana y calabresa.

Saviano, R., *Gomorra. Viaggio nell'imperio economico e nel sogno di dominio della camorra*, Milán, 2006. El extraordinario libro de Saviano, apasionado y enormemente exitoso, es una denuncia

impactante del poder de la Camorra hoy en día. Comparado, a pesar de todo, con los de Gribaudi y Barbagallo, plantea la desventaja de no citar sus fuentes. [Hay trad. cast. *Gomorra*, Barcelona, Debate, 2007].

Zagari, A., *Ammazzare stanca. Autobiografia di uno 'ndranghetista pentito*, Cosenza, 1992.

1. ¡VIVA LA PATRIA! LA CAMORRA, 1851-1861

ASN, Ministero della Polizia, Gabinetto, f. 1702, incart. 38. Ministero e Real segretaria di Stato della polizia generale. Affari di conferenze con S.M. il Re Nostro Padrone D.G. Informe sin fecha, pero c. 20/10/1853. Sobre los nexos entre los liberales y los *camorristi*.

ASN, Ministero della Polizia, Gabinetto, f. 1648, incart. 295. Corrispondenza tra il Prefetto di polizia Farina e il Ministro Romano. Sobre la creación de una nueva fuerza policial en el verano de 1860.

ASN, Dicastero di polizia e delle luogotenenze, f. 202, inc. 4. Carta de la Preffetura di Polizia, firmada por Filippo De Blasio y dirigida al Luogotenente del Re Luigi Carlo Farini, fechada el 22/11/1860. Sobre la «perniciosissima peste della Camorra» y la política de Romano de integrar a los *camorristi* en la policía.

ASN, Dicastero dell'Interno e Polizia della Luogotenenza, f. 202, incart. 112. Componimento dello stato dei camorristi in questa città… Trasmesso il 21/6/1861 dal questore Tajani al Dicastero di Polizia. Un listado de los *gamorristi* por cada barrio de la ciudad, realizado bajo Spaventa.

ASN, Questura di Napoli. Archivio Generale *I*a serie. Archivio dei pregiudicati. Fascicoli personali (1860-1887). B. 1581, numerazione autonoma 53. Salvatore De Crescenzo. Contiene el vasto prontuario criminal de De Crescenzo.

Fuentes de prensa extranjeras (todas del Reino Unido, salvo cuando se indica otro origen); *The Times; London Daily News; Morning Chronicle*.

Otras fuentes utilizadas en este apartado:

Machetti, G., «Cultura liberale e prassi repressiva verso la camorra a Napoli degli anni 1860-70», en M. Marmo (ed.), *Mafia e camorra: storici a confronto. Quaderni del Dipartimento di Scienze Sociali dell'Instituto Universitario Orientale*, 2, 1988.

—, «Camorra e criminalità popolare a Napoli (1860-1880)», *Società e Storia*, 51, 1991.

—, «L'impossibile ordine. Camorra e ordine pubblico a Napoli nella congiuntura unitaria», *ParoleChiave*, 7-8, 1995.

Marmo, M., y O. Casarino, «"Le invincibili loro relazioni": identificazione e controllo della Camorra napoletana nelle fonti giudiziarie di età postunitaria», *Studi Storici*, 2, 1988.

Marmo, M., «Camorra anno zero», *Contemporanea. Rivista di storia dell'800 e del'900*, 1999/3. Reproduce y comenta los dos informes sobre la Camorra reunidos bajo Spaventa y tomados del

ASN, Alta polizia, f. 202, f. lo 4, *Luogotenenza generale del Re* (Carignano), *Gabinetto del Segretario Generale di Stato* (Nigra) *a Dicastero di Polizia*, 5/4/1861.

—, «I disordini della capitale», *Bolletino del Diciannovesimo Secolo*, 6, 2000.

—, «Quale ordine pubblico? Notizie e opinioni da Napoli tra il luglio ’60 e la legge Pica», en P. Macry (ed.), *Quando crolla lo Stato. Studi sull’Italia preunitaria*, Nápoles, 2003. Entre los varios ensayos de Marmo (citados previamente), este resulta crucial por su narración de los acontecimientos de 1860-1863, relato al que aquí me he ceñido en lo sustancial.

Monnier, M., *La camorra. Notizie storiche raccolte e documentate*, Lecce, 1994 (1862). Esta edición contiene una provechosa introducción de Gabriella Gribaudi.

Scirocco, A., *Governo e paese nel Mezzogiorno nella crisi dell’unificazione (1860-61)*, Milán, 1963.

Cómo extraer oro de las pulgas

Agnello, L., «Castromediano, Sigismondo», en *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 22, Roma, 1979.

Bourget, P., *Sensations d’Italie. (Toscane - Ombrie - Grande-Grèce)*, París, 1891.

Canosa, R., e I. Colonello, *Storia del carcere in Italia dalla fine del ‘500 all’Unità*, Roma, 1984. Este notable estudio rastrea algunas de las tradiciones de extorsión carcelaria que se remontan a los inicios de la era moderna.

Castromediano, S., *Carceri e galere politiche*, 2 vols., Lecce, 1895.

Gladstone, W. E., «Primera carta al Conde de Aberdeen, sobre los procesos públicos del gobierno napolitano» (1851), en *Gleanings of Past Years, 1843-78*, vol. IV, Londres, 1879.

Martinengo Cesaresco, E., «Sigismondo Castromediano», en *Italian Characters in the Epoch of Unification*, 2.ª edición, Londres, 1901.

Montuori, F., *Lessico e camorra. Storia della parola, proposte etimologiche e termini del gerco ottocentesco*, Nápoles, 2008. Esta es la mejor fuente sobre la etimología del término «camorra» y, en términos más amplios, sobre la jerga de los bajos fondos napolitanos. Montuori arguye que camorra significó «extorsión» o «soborno por extorsión» muchas décadas antes de que siquiera oyéramos acerca de la existencia de una sociedad secreta llamada la Camorra.

Neppi Modona, G., «Carcere e società civile», en *Storia d’Italia*, vol. 5, *I documenti*, t. 2, Turín, 1973. Sigue siendo el mejor punto de partida para una historia del sistema de prisiones en Italia.

Shannon, R., *Gladstone*, vol. I, *1809-1865*, Londres, 1982.

Zazzera, S., *Procida. Storia, tradizioni e immagini*, Nápoles, 1984.

Hay multiplicidad de fuentes en torno a la Camorra de prisiones en el siglo XIX, y de la influencia persistente del crimen organizado tras los barrotes en el siglo XX:

Beltrani Scalia, M., *Sul governo e sulla riforma delle carceri in Italia*, Turín, 1867.
Gramsci, A., *Lettere dal carcere*, Turín, 1947. En especial la carta del 11/4/1927.
Invernizzi, I., *Il carcere come scuola di rivoluzione*, Turín, 1973.
Mario, J. W., «Il sistema penitenziario e il domicilio coatto in Italia», I, *Nuova Antologia*, 1/7/1896.
Settembrini, L., *Lettere dall'ergastolo*, Milán, 1962.
—, *Ricordanze della mia vita*, vol. II, Bari, 1934.
Susca, V., *Le isole Tremiti. Ricordi*, Bari, 1876.

La gestión conjunta del delito

Alessi, G., «Polizia e spirito pubblico tra il 1848 ed il 1860. Un'ipotesi di ricerca», *Bollettino del Diciannovesimo Secolo*, 6, 2000.
Dalbono, C. T., «Il camorrista e la camorra», en F. De Bourcard (ed.), *Usi e costumi di Napoli e contorni descritti e dipinti*, vol. II, Nápoles, 1858. Interesante propuesta que sugiere cómo la Camorra era ampliamente conocida antes de 1860. Culpa a los españoles del origen de la organización. El ensayo reproduce a la vez el «himno nacional» de la Camorra (véase capítulo 5).
De Blasio, A., *Nel paese della camorra. L'Imbrecciata*, Nápoles, 1973 (1901).
De Renzi, S., *Topografia e Statistica medica della città di Napoli… ossia Guida medica per la città di Napoli e pel Regno*, 4.ª edición, Nápoles, 1845.
Mayer, C. A., *Vita popolare a Napoli nell'età romantica*, Bari, 1948.
Murray, J., *Southern Italy*, Londres, 1853. Describe la via Toledo como la calle más agitada del mundo y aporta sabios consejos a los viajeros desprevenidos.
Petraccone, C., *Napoli dal Cinquecento all'Ottocento. Problemi di storia demografica e sociale*, Nápoles, 1974.
Scialoja, A., *I bilanci del Regno di Napoli e degli Stati Sardi con note e confronti*, Turín, 1857.
Spadaccini, C., *Pensieri sulla polizia detta pubblica sicurezza*, Nápoles, 1820. Un temprano análisis de los *feroci* y su papel dentro de la actividad policial de Nápoles.

La redención de la Camorra / Cosas del tío Peppe: la Camorra pasa la cuenta

Baedeker, K., *Italie. Manuel du voyageur*, III, *Italie du Sud et la Sicile*, Coblenza, 1872. Proporciona una evaluación acreditada del hotel de Marc Monnier.

Baridon, S., *Marc Monnier e l'Italia*, Turín, 1942.

Cavour, C., *La liberazione del Mezzogiorno e la formazione del Regno d'Italia, Carteggi di Camillo Cavour con Villamarina, Scialoja, Cordova, Farini, ecc*. 5 vols., Bolonia, 1949-1954. El volumen 3 contiene la carta de Scialoja a Cavour en la cual alude a los ministros que recibían a los *camorristi* en la dictadura de Garibaldi. El volumen 4 contiene mucho material sobre Spaventa. La «*Memorie di* Giuseppe Ricciardi», incluida en el volumen 5, explica el papel del hotel de Monnier para el *Comitato d'Ordine*.

«Corrispondenza di Napoli», Al Direttore della Rivista Contemporanea, *Napoli* 20/8/1860, en *Rivista Contemporanea*, septiembre de 1860. Sobre *la Sangiovannara*.

De Riccardis, P., «Una guardia nazionale inquinata: primo esame delle fonti archivistiche per Napoli e provincia, 1861-1870», en M. Marmo (ed.), *Mafia e camorra: storici a confronto. Quaderni del Dipartimento di Scienza Sociali dell'Instituto Universitario Orientale*, 2, 1988.

De Cesare, R., *La fine di un regno*, I, *Regno di Ferdinando II*, 3.ª edición, Città di Castello, 1908.

—, *La fine di un regno*, II, *Regno di Ferdinando II*, 3.ª edición, Città di Castello, 1909.

De' Sivo, G., *Storia delle Due Sicilie dal 1847 al 1861*, vol. 2, Nápoles, 1964. De Cesare y De' Sivo, dos cronistas con visiones políticas opuestas, están entre las fuentes contemporáneas más ricas sobre la caída de los borbones en Nápoles. Como es natural, tienen aproximaciones muy distintas a la figura de Liborio Romano.

Ghezzi, G., *Saggio storico sull'attività politica di Liborio Romano*, Florencia, 1936.

«I camorristi», en *Giornale Universale*, 15/9/1860.

Lazzaro, G., *Liborio Romano*, Turín, 1863.

Monnier, M., *Garibaldi. Rivoluzione delle Due Sicilie*, Nápoles, 1861.

—, *Garibaldi. Historie de la conquête des Deux Siciles*, París, 1861.

Romano, L., *Il mio rendiconto politico*, Locorotondo, 1960.

—, *Memorie politiche*, Milán, 1992.

El «españolismo»: la primera batalla contra la Camorra

Arsenal, L. y H. Sanchís Álvarez de Toledo, *Una historia de las sociedades secretas españolas*, Barcelona, 2006. Sobre el mito de la Garduña.

Barbagallo, F., *Il Mattino degli Scarfoglio*, 1892-1928, Milán, 1979. Sobre la carrera política de San Donato.

Bevilacqua, P., «La camorra e la Spagna», *Meridiana*, 9, 1992. Valioso por su escepticismo respecto al cuento del origen español de la Camorra.
Cervantes, M. de, «Rinconete y Cortadillo» (1613), en: *Novelas ejemplares*, Madrid, 2005.
Costantini, P., *Silvio Spaventa e la repressione del brigantaggio*, Pescara, 1960.
Il Carteggio Cavour-Nigra dal 1858 al 1861, vol. IV, *La liberazione del Mezzogiorno*, Bolonia, 1929.
Croce, E., *Silvio Spaventa*, Milán, 1969.
Davis, J., *Naples and Napoleon. Southern Italy and the European Revolutions (1780-1860)*, Oxford, 2006. Un buen resumen del papel que jugaron los *Carbonari* (carboneros) en la vida política de principios del siglo XIX en la Italia meridional.
De Féréal, V. (seudónimo de Madame Suberwick), *Mysteres de l'inquisition et autres sociétés secrètes d'Espagne, par V. de F., avec notes historiques et une introduction de M. de Cuendias*, París, 1845. El origen presuntamente medieval de la secta de la Garduña.
Fozzi, D., «Una "specialità italiana": le colonie coatte nel Regno d'Italia», en M. Da Passano (ed.), *Le colonie penali nell'Europa dell'Ottocento*, Roma, 2004. Buen estudio del *domicilio coatto*.
Machetti, G., «Le leggi eccezionali post-unitarie e la repressione della camorra: un problema di ordine pubblico?», en F. Barbagallo (ed.), *Camorra e criminalità organizzata in Campania*, Nápoles, 1988.
Magni, C., *Vita parlamentare del Duca di San Donato patriota e difensore di Napoli*, Padua, 1968.
Musella, L., *Individui, amici, clienti. Relazioni personali e circuiti politici in Italia meridionale tra Otto e Novecento*, Bolonia, 1994. Sobre Spaventa.
Peters, E., «The Inquisition in Literature and Art», en *idem*, *Inquisition*, Berkeley, 1989. Sobre el papel de la novela de Madame Suberwick en la polémica anticatólica.
Ricci, S., «La difesa della rivoluzione unitaria, 1860-64», en S. Ricci y C. Scarato (eds.), *Silvio Spaventa, Politico e statista dell'Italia unita nei documenti della biblioteca civica «A. Mai»*, edición especial de *Bergomum*, 2-3, 1990.
Romano, P., *Silvio Spaventa. Biografia Politica*, Bari, 1942.
Spaventa, S., *Dal 1848 al 1861. Lettere, scritti, documenti*, Nápoles, 1898.

2. CONOCER A LA MAFIA SICILIANA, 1865-1877

Fuentes citadas en este apartado:

Carbone S., y R. Grispo (eds.), *L'inchiesta sulle condizioni sociali ed economiche della Sicilia, 1875-1876*, 2 vols., Bolonia, 1968-1969. Los documentos de la encuesta hecha en Sicilia entre 1875 y 1876. Contiene el material relativo a la *cosca* de Uditore y a Antonino Giammona; el testimonio de Carlo Morena sobre la situación de la justicia en Sicilia; el testimonio de Rudinì sobre la «Mafia

benigna»; y mucha información relativa a algunos de los primeros *mafiosi* más famosos que aquí se mencionan.
Lupo, S., *Storia della mafia*, Roma, edición de 1966.

Rebeldes con pantalones de pana

Alatri, P., *Lotte politiche in Sicilia sotto il governo della Destra (1866-74)*, Turín, 1954.
Cancila, O., *Palermo*, Bari, 2000. Incluye a su vez mucha información de interés en torno a la figura de Rudinì.
Catalanotto, P., «Dal carcere della Vicaria all'Ucciardone. Una riforma europea nella Palermo borbonica», *Nuovi Quaderni del Meridione*, 79, 1982. Aquí me he referido a la cárcel de Palermo como la Ucciardone, para evitar confusión con La Vicaria de Nápoles.
Ciotti, G., *I casi di Palermo. Cenni storici sugli avvenimenti di settembre 1866*, Palermo 1866.
Pagano, G. *Sette giorni d'insurrezione a Palermo. Cause - fatti - rimedî*, Palermo, 1867.
Da Passano, M. (ed.), *I moti di Palermo del 1866. Verbali della Commissione parlamentare di inchiesta*, Roma, 1981. Incluye ambos testimonios de Rudinì y las notorias afirmaciones del jefe de policía Albanese con respecto a «lograr que la Mafia se interesara» en ayudar a mantener el orden.
Dickinson, W., «Diario della rivoluzione siciliana dalla notte del 9 al 10 gennaio 1848 sino al 2 giugno 1849», en vol. I de *Memorie dell rivoluzione siciliana dell'anno MDCCCXLVIII pubblicate nel cinquantesimo aniversario del XII gennaio di esso anno*, 2 vols., Palermo, 1898. Sobre Turi Miceli y su papel en la revolución de 1848.
Fiume, G., *Le bande armate in Sicilia (1819-1849). Violenza e organizzazione del potere*, Palermo, 1984.
Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia, 18/10/1866, «Relazione del marchese Rudinì, Sindaco di Palermo, sugli ultimi avvenimenti di quella città».
Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia, Supplemento al n.º 302, 3/11/1866, «Relazione del Sindaco di Palermo, marchese Di Rudinì, sui fatti avvenuti in quella città nel settembre scorso».
Gazzetta Ufficiale del Regno d'Italia, 20/11/1866, «Relazione al Ministro dell'Interno del questore della città e circondario di Palermo sui fatti del settembre 1886».
Giordano, N., «Turi Miceli. Il brigante-eroe monrealese nei moti del 1848, 1860 e 1866», *Il Risorgimento in Sicilia*, I, I, 1965.
Lupo, S., *Il giardino degli aranci: il mondo degli agrumi nella storia del Mezzogiorno*, Venecia, 1990. Sobre el crimen organizado y el negocio de frutos cítricos.
Maurici, A., *La genesi storica della rivolta del 1866 in Palermo*, Palermo, 1916.
Moncalvo, G., *Alessandra Di Rudinì. Dall'amore per D'Annunzio al Carmelo*, Milán, 1994.
Riall, L., *Sicily and the Unification of Italy. Liberal Policy and Local Power, 1859-1866*, Oxford, 1998. Incluye a su vez las citas relativas a los *camorristi* en el entorno de Turi Miceli.

Santino, U., *La cosa e il nome. Materiali per lo studio dei fenomeni premafiosi*. Catanzaro, 2000. Uno de los muchos textos en que se cita el informe de Trapani de 1838, acerca de las «uniones o hermandades, sectas del mismo tipo».
«The Week's Republic in Palermo, 1866», *Quarterly Review*, vol. 122, n.º 243, enero de 1867.

La Mafia «benigna» / Una secta con vida propia: los rituales de la Mafia al descubierto

ACS, Ministero dell'Interno, Direzione Generale Affari Generale e del Personale, Fascicoli del personale del Ministero, Ia e IIa Serie, B. 542. Albanese, Giuseppe. Documentación privada en torno a la oscura figura del jefe de policía Albanese que demuestra que Rudinì fue el responsable de su nombramiento.
ACS, Ministero di Grazia e Giustizia, Direzione generale degli affari penali. Miscellanea B. 44, Fase. 558, 1877 Sicilia. Associazioni di malfattori. Incluidos los archivos sobre varias asociaciones descubiertas a todo lo ancho de Sicilia, y la carta de Carlo Morena en la cual niega todo nexo entre ellas.
ACS, Ministero di Grazia e Giustizia, Ufficio superiore personale e affari generali, Ufficio secondo, Magistrati, fascicoli personali, primo versamento 1860-1905, Morena, Carlo.
ASPA, Gabinetto Prefettura serie I (1860-1905), b. 35, fasc. 10, 1876, Denuncia Galati - Malfattori all'Uditore. Il Questore Rastelli al Procuratore del Re, Palermo 29/2 (1876). El primer documento que reprodujo el rito de iniciación de la Mafia.
Crisantino, A., *Della segreta e operosa associazione. Una setta all'origine della mafia*, Palermo, 2000. Contiene mucho material de provecho sobre el nexo de la actividad policial y la Mafia en la derecha y la izquierda.
Pezzino, P., «Stato violenza società. Nascita e sviluppo del paradigma mafioso», en *idem, Una certa reciprocità di favori. Mafia e modernizzazione violenta nella Sicilia postunitaria*, Milán, 1990.
Tajani, D., *Mafia e potere. Requisitoria (1871)*, P. Pezzino (ed.), Pisa, 1993. Sobre el caso Albanese.

Vendetta *doble*

ACS, Ministero dell'Interno, Direzione Generale Affari Generale e del Personale, Fascicoli del personale del Ministero (1861-1952) IIa Serie, B. 256. Sangiorgi Ermanno, Questore. Archivo con la hoja de servicios de Sangiorgi, incluida la documentación acerca del caso «fratricida» y bastante más. La mayor parte de lo que he escrito acerca de Sangiorgi proviene de esta fuente.

ACS, Ministero di Grazia e Giustizia, Dir. Gen. Aff. Penali, Miscellanea, b. 46, fasc. 589. La correspondencia relativa a la defensa que Carlo Morena hizo de Pietro De Michele, incluyendo el testimonio de Sangiorgi contra este último.

Cutrera, A., *I ricottari. La mala vita di Palermo*, Palermo, 1979 (1896). Sobre las diferencias entre los *ricottari* y los *mafiosi*.

Davis, J. A., *Conflict and Control*, Londres, 1988. Es útil por la información que facilita sobre el contexto de la actividad policial en la Italia liberal.

Dunnage, J., *The Italian Police and the Rise of Fascism*, Londres, 1997. Contiene un breve y muy buen resumen de la historia de la policía en Italia antes del fascismo.

Fazio, I., «The family, honour and gender in Sicily: models and new research» («La familia, honor y género en Sicilia: modelos y nuevas investigaciones»), *Modern Italy*, 9 (2), 2004. Un examen excepcionalmente útil de la amplísima literatura existente en relación con la familia siciliana.

Guerreri, C., «L'azione repressiva di Giovanni Nicotera contro mafia e camorra», en A. Bagnato, G. Masi y V. Villella (eds.), *Giovanni Nicotera nella storia italiana dell'Ottocento*, Soveria Mannelli, 1999. Sirve como trasfondo a la historia de Sangiorgi-Morena-De Michele referida en estas páginas.

Pezzino, P., «"La Fratellanza" *di Favara*», en *idem, Una certa reciprocità di favori. Mafia e modernizzazione violenta nella Sicilia postunitaria*, Milán, 1990.

«Processo Amoroso e compagni», en *Giornale di Sicilia*. La serie de artículos que cubrieron los juicios comienza el 29/8/1883 y concluye el 20/10/1883. El juicio es un clásico ejemplo de cómo los perdedores dentro de la Mafia eran los únicos que se procesaban con éxito. Y es, entre otras cosas, una fuente inexplorada del papel de las mujeres dentro de la Mafia.

Vaccaro, G., *Notizie su Burgio*, Palermo, 1921. Una de las pocas fuentes publicadas de información sobre la historia de este pueblo agrícola de Sicilia. De manera sospechosa, retrata a De Michele como una víctima de la rebelión de 1848.

3. LA NUEVA NORMALIDAD CRIMINAL, 1877-1900

Delincuentes natos: la ciencia y la mafia

Alongi, G., «Polizia e criminalità in Italia», *Nuova Antologia*, I/I/1987. Resume los acuerdos policiales con el crimen organizado después de los años cruciales de 1876-1877.

—, *La Camorra. Studio di sociologia criminale*, Turín, 1890.

—, *La maffia nei suoi fatori e nelle sue manifestazioni: studio sulle classi pericolose della Sicilia*, Roma, 1886.

Cutrera, A., *La maffia e i mafiosi. Origini a manifestazioni*, Palermo, 1900. Lo mejor que hay en cuanto a obras escritas por policías en la era del positivismo.

D'Addosio, C., *Il duello dei camorristi*, Nápoles, 1893.

De Blasio, A., *Usi e costumi dei camorristi*, 2.ª edición, Nápoles, 1897.

—, *Nel paese della camorra. (I'Imbrecciata)*, Nápoles, 1901.

—, *Il tatuaggio*, Nápoles, 1905.

—, *Il tatuaggio ereditario e psichico dei camorristi napoletani*, Nápoles, 1898.

Fiore, C., «Il controllo della criminalità organizzata nello Stato liberale: strumenti legislativi e atteggiamenti della cultura giuridica», *Studi Storici*, 2, 1988.

Lombroso, C., *L'uomo delinquente in rapporto all'antropologia, alla giurisprudenza ed alle discipline carcerarie*, 4.ª edición, 2 vols., Turín, 1889.

Manduca, F., *Studdi sociologici*, Nápoles, 1888. Un texto interesante y contradictorio de un antiguo y destacado magistrado con experiencia tanto en Sicilia como en Nápoles. En el estilo positivista, atribuye a factores étnicos la existencia de la Mafia y la Camorra, pero rompe con el consenso de la época al plantear su convicción de que la Mafia, igual que la Camorra, es una organización jerarquizada.

Niceforo, A., *L'Italia barbara contemporanea*, Milán, 1898.

Un público de mafiosos

La fondazione della camorra es cubierta por *Il Mattino, Roma* y *Corriere di Napoli*, octubre-noviembre, 1899.

La fotografía de una escena de *La fondazione della camorra* puede verse en: <http://archiviteatro.napolibeniculturali.it/atn/foto/dettagli_foto?oid=127417&descrizione=stella&query_start=10>

La carta del Ispettorato Vicaria a la Questura (Cuartel de Policía) de Nápoles acerca de *La fondazione della camorra*, fechada el 4/11/1899, estaba disponible en el mismo sitio, pero al parecer se ha retirado.

Bianco, V., *La mala vita* ovvero *I camorristi nella Vicaria*, obra manuscrita conservada en la Biblioteca Lucchesi Palli, Biblioteca Nazionale, Nápoles.

—, *La mala vita o ‘E carcere ‘a Vicaria*, obra manuscrita conservada en la Biblioteca Lucchesi Palli, Biblioteca Nazionale, Nápoles.
—, *La mala vita* o *‘O zelluso d’ ‘o Mercato* (1923), obra manuscrita conservada en la Biblioteca Lucchesi Palli, Biblioteca Nazionale, Nápoles.
Castellano, G., *‘E guappe ‘a Vicaria*, obra manuscrita conservada en la Biblioteca Lucchesi Palli, Biblioteca Nazionale, Nápoles.
Castiglione, F. P., *Il segreto cinquecentesco dei Beati Paoli*, Palermo, 1999.
De Mura, E. (ed.), *Enciclopedia della canzone napoletana*, Nápoles, 1969, vol. III. Véanse las entradas relativas al San Ferdinando y a Eduardo Minichini.
Di Giacomo, S. y G. Cognetti, *Mala vita*, Nápoles, 1889. Una obra sobre la Camorra de uno de los mejores dramaturgos napolitanos de la época.
Di Giacomo, S., en (varios autores), *Napoli d’oggi*, Nápoles, 1900. Sobre la Camorra en el teatro, el San Ferdinando, Stella, etc.
—, «Il “San Ferdinando”», en *idem, Napoli. Figure e paesi*, Nápoles, 1909.
Linares, V., «I Beati Paoli», en *idem, Racconti popolari*, Palermo, 1886.
Mancini, F., «I teatri minori», en F. Mancini y S. Ragni (eds.), *Donizetti e i teatri napoletani nelll’Ottocento*, Nápoles, 1997. Sobre el San Ferdinando.
Montemagno, G., *Luigi Natoli e i Beati Paoli*, Palermo, 2002.
Renda, F. *I Beati Paoli. Storia, letteratura e legenda*, Palermo, 1988.
Tessitore, G. *Il nome e la cosa. Quando la mafia non si chiamava mafia*, Milán, 1997. Sobre los *mafiosi* modernos —individuos del calibre criminal de Totuccio Contorno, Gaetano Badalamenti, Totò Riina y Gaspare Mutolo— que creían, o decían creer, que su organización es la forma moderna de los *Beati Paoli*.
Trevisani, G. (ed.), *Teatro napoletano. Dalle origini a Edoardo Scarpetta*, 2 vols., Bolonia, 1957.
Viviani, V., *Storia del teatro napoletano*, Nápoles, 1969.

La sociedad indolente

ACS, Archivio di frances co Crispi, Crispi Roma, fasc. (79) 320, Relazioni e promemoria relativi alla organizzazione della PS e dei CC specie en Sicilia, 1888.
ACS, Archivio di frances co Crispi, Crispi Roma, fasc. (222) 321, Relazione d’inchiesta sul personale e sull’organizzazione delle guardie a caballo di Pubblica Sicurezza nelle provincie di Palermo, Trepani, Girgenti e Caltanissetta, 1887. Contiene el informe de Sangiorgi con fecha 25/10/1888. Hay también material relativo a la misión de Sangiorgi en Sicilia por esta época y dentro de su hoja de servicios (veáse previamente). Davis, *Conflict and Control*, también cubre dicha misión.
Il Mattino. Para ver la cobertura del funeral de Ciccio Cappuccio, el 7-8/12/1892, y el 9-10/12/1892 para el poema de Ferdinando Russo sobre el camorrista.

La Gazzetta Piemontese es una fuente periodística muy útil para conocer los disturbios ocurridos en agosto de 1893. El perfil de Sangiorgi al momento de ser nombrado jefe de policía de Milán está en la edición del 14/2/1889.

Bianchi, A. G. (ed.), *Il romanzo di un delinquente nato. Autobiografia di Antonino M.*, Milán, 1893.

Fortunato, G., *Corrispondenze napoletane*, Cosenza, 1990. Una reunión de escritos clásicos acerca de la «cuestión del sur», originalmente publicados entre 1878 y 1880. Véase en particular «La camorra».

Marmo, M., *Il proletariato industriale a Napoli in età liberale*, Nápoles, 1978. Sobre la huelga de cocheros apoyada por la Camorra. También Davis, *Conflict and Control*, es útil a este respecto.

Pucci, S., «Schizzo monografico della camorra carceraria», en *Allegazioni e discorsi in materia penale*, Florencia, 1881. Artículo de un magistrado envuelto en el procesamiento de la Camorra de prisiones.

Snowden, F. M., *Naples in the time of cholera, 1884-1911*, Cambridge, 1995.

Turiello, P., *Governo e governati in Italia*, P. Bevilacqua (ed.), Turín, 1980 (1882).

Villari, P., «La camorra», en *idem*, *Le lettere meridionali ed altri scritti sulla questione sociale in Italia*, Florencia, 1878.

4. Emerge la ‘Ndrangheta, 1880-1902

Sentencias judiciales sobre el surgimiento de la ‘Ndrangheta:

ASRC:

Tribunale Reggio Calabria, Sentenze, 16/7/1890, n. 301, Arnone Alessandro + 36. Con base en Reggio. Uno de varios casos en que las prostitutas testifican contra los *picciotti*.

Idem, 12/3/1896, Triveri Giacomo + 4. Un grupo juzgado por pequeños robos en Gherio. No quedó probado el elemento de asociación criminal dentro de la acusación.

Idem, 16/11/1896, n. 1028, Attinà Domenico + 18. Un grupo con base en Condofuri, Casalnuovo y Roccaforte. Un testigo responsabiliza al tendido ferroviario de la difusión de la *picciotteria*. Varios personajes notables del lugar testifican contra los *picciotti*, pese a tener, algunos de ellos, parientes dentro de la banda, cuyos integrantes tenían entre otros propósitos el «engaño a mujeres».

Idem, 7/9/1897, Arena Michele + 57. Un grupo grande con base en Reggio.

Idem, 7/10/1899, n. 22. Un caso con base en Melito, que resultó en una condena a seis meses del *picciotto* Beniamino Capri por violación y pertenencia a una asociación criminal.

ASC:

Corte di Appello delle Calabrie, Guzzi Giovanni + 2, 4/9/1877. Un caso en Nicastro que involucró a ex convictos.

Sezione accusa, Zeme Demetrio + 5, 23/10/1878. Un caso en Gallina (justo en las afueras de Reggio Calabria) donde un hombre encarcelado por asalto en 1872 fue liberado en 1876 y formó una asociación criminal. La banda, que practicaba la extorsión, fue acusada de disparar a un hombre a la cabeza por haber ofendido a la «concubina» de Zema.

Sezione accusa, Serraino Giuseppe + 7, 23/12/1879. En este caso, el cargo de «asociación criminal» quedó desechado.

Sezione accusa, Battista Antonino + 16, 17/12/1879. Un grupo de rateros, uno de los cuales tenía expediente como camorrista de prisión, pero que no constuituían una asociación criminal formal; con base en el área de Palmi.

Sezione accusa, Voce Vincenzo + 2, 30/06/1882. Una historia clásica de rivalidad entre facciones surgidas de familias acaudaladas en lugar de un episodio del crimen organizado. Acusan a tres hermanos en Bruzzano de haber contratado a un sicario para eliminar a alguien del clan adversario; uno de los hermanos era un juez.

Sezione accusa, Barbaro Felice + 6, 23/4/1883. Corrupción municipal en el Locride. Con todo, al parecer, tampoco existía el elemento de asociación criminal. Este caso y el precedente dan cuenta de la Calabria que resultaría vulnerable a la irrupción de la *picciotteria*.

Sezione accusa, Anania Giuseppe + 27, 21/4/1884. Primeros indicios de la *picciotteria* en Nicastro, remontándose a 1883. Todos los acusados eran ex convictos y tenían nexos con Ciccio Cappuccio, alias *'o Signorino* y miembro de la Camorra napolitana. El proxenetismo era su fuente primordial de ingresos.

Corte di Appello delle Calabrie, Crocè Paolo + 3, 22/3/1884. Cuatro *picciotti* de Reggio Calabria recurrieron sus condenas.

Sezione accusa, Romeo Bruno + 27, 7/12/1899. *Picciotti* de S. Cristina.

Sezione accusa, Auteri Felice + 316, 7/12/1899. La *picciotteria* con centro en Iatrinoli, Radicena y Cittanova, en la llanura de Gioia Tauro. Un amplio proceso basado en el testimonio que aportó un sicario de la banda al que sus camaradas no dejaron de proteger una vez que fue arrestado. El líder era un pastor de treinta y nueve años. Él y sus hombres robaban ganado y obligaban a los terratenientes a contratar a los *picciotti* como guardias.

Corte di Appello delle Calabrie, Auteri Felice + 229, 25/2/1901. Una etapa posterior del mismo juicio: el acta es particularmente reveladora de las actitudes de los *picciotti* ante las mujeres. Ciconte presenta este juicio como ejemplo de los matrimonios dinásticos dentro de la *picciotteria*, pero aun cuando se mencionan dos enlaces, a mí me parece que todavía estamos, claramente, en un dominio regido por los navajazos a la cara y los pequeños conflictos de «honor» relacionados con prostitutas, de un tipo conocido en el universo de la Camorra napolitana. Pese a ello, se dice que sus cabecillas «surgieron de la miseria» para terminar «acumulando una fortuna».

Fuentes consultadas en esta sección:

Cronaca di Calabria. Este semanario ofrece de manera ocasional una buena cobertura de la aparición de la *picciotteria*. Para referencias al rito de iniciación («¿Estás cómodo? ¡Muy cómodo!»), véase «La mala vita a Palmi», 30/09/1896. El testimonio de Trimboli sobre el mito de los caballeros españoles está en «La mala vita a Palmi» 11/03/97. Respecto a los *Africoti* pudientes «intrínsecamente perversos», véase la edición de 12/03/96.

Bevilacqua, P., «Uomini, terre, economie», en P. Bevilacqua y A. Placanica, *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi, La Calabria*, Turín, 1985. Otro estudio fundamental y especialmente acertado en lo referente a la vulnerabilidad del campesinado. Una vez más sería interesante confrontar esta visión del papel de la familia en la economía del campesinado con lo que ya

sabemos de la naturaleza de la *picciotteria*. Por ahora, lo más impactante es el contraste entre la familia campesina y las pandillas.

Cappelli, V., «Politica e politici», en P. Bevilacqua y A. Placanica, *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi, La Calabria*, Turín, 1985. De particular importancia para conocer los efectos de las reformas electorales de la década de 1880.

Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma-Bari, 1992. Ciconte identifica en particular pruebas de lo que, a su parecer, es una presencia de la mafia en Calabria antes de la década de 1880. Mi propia interpretación de esas pruebas es, en términos muy amplios, que representan ejemplos localizados en los que la Camorra de prisiones estableció alguna cabeza de puente transitoria, la cual habría de convertirse en una colonización a gran escala en las décadas de 1880 y 1890. La cita relativa a «los lamentos de los heridos y agonizantes» que se oían antes del ángelus está tomada de Ciconte, p. 211.

Cingari, G., *Storia della Calabria dall'Unità a oggi*, Roma-Bari, 1893.

—, *Reggio Calabria*, Roma-Bari, 1988.

—, «Tra brigantaggio e "picciotteria": Giuseppe Musolino», *en idem, Brigantaggio, proprietari e contadini nel Sud*, Reggio Calabria, 1976.

Piselli, F. y G. Arrighi, «Parentela, clientela e comunità», en P. Bevilacqua y A. Placanica, *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi. La Calabria*, Turín, 1985. Un texto relevante acerca de la sociedad y la economía en la llanura de Gioia Tauro, pero que no termina de redondear ese perfil socioeconómico con los datos disponibles sobre la naturaleza de la *picciotteria* de los inicios.

El áspero monte

Baedeker, K., *Italy, Handbook for Travellers*, tercera parte: *Southern Italy and Sicily*, Londres, 1869.

Borzomati, P., *La Calabria dal 1882 al 1892 nei rapporti dei prefetti*, Reggio Calabria, 2001. Contiene los primeros informes sobre una presencia sustancial de la mafia en Reggio.

Costanzo, L., *Storia delle ferrovie in Calabria*, Cosenza, 2005.

Franchetti, L., *Condizioni economiche ed amministrative delle province napoletane*, Florencia, 1875. De hecho, Franchetti emplea en una ocasión la palabra con «m» en la página 155: «He oído decir que no pocos terratenientes que viven en las ciudades se han visto, de hecho, desposeídos de sus haciendas por una suerte de *maffia* conformada por gente de clase media que alquila esas haciendas, pero no es un fenómeno tan generalizado como algunos parecen creer». Franchetti no brinda información suficiente para que podamos interpretar su acotación. Sabemos, por cierto, que luego escribió un famoso estudio sobre los «villanos de clase media» de Sicilia (son sus términos), lo cual nos sugiere que no tenía remilgos en denunciar a la Mafia cuando advertía su presencia. Solo nos queda, tal vez, sumar esta acotación aislada a la lista de veces que se vio parcialmente a los *mafiosi* calabreses antes de la década de 1880.

Manduca, F., *Studii sociologici*, Nápoles, 1888. Manduca, en su rol de juez, nos cuenta que, como

fiscal general (*procuratore del Re*) en Reggio Calabria, fue amigo de ciertos políticos que habían estado en prisión bajo el reinado de los borbones y alegaban que en ocasiones ponían a *mafiosi* y *camorristi* en sus celdas para provocarlos y causarles problemas; ante lo cual, debían defenderse con cuchillos. Podemos añadir esta referencia a la lista de menciones tempranas del crimen organizado en Calabria.

Verga, G., «Fantasticheria», en *idem, Vita dei campi*, Milán, 1880.

Zanotti-Bianco, U., «Tra la perduta gente — Africo», en *idem, Tra la perduta gente*, Milán, 1959.

Los siguientes mapas nos dan una idea de los progresos del trazado ferroviario en las áreas de «alta densidad mafiosa» (para emplear una expresión habitual en Italia) en Calabria:

Corpo di Stato Maggiore, *Carta delle strade ferrate del Regno d'Italia in esercizio nell'Aprile del 1869*.

Comando del Corpo di Stato Maggiore (Direzione Trasporti), *Carta delle ferrovie e delle linee di navigazione del Regno d'Italia*, Instituto Topografico Militare, enero de 1877.

Ditta Artaria, *Carta speciale delle ferrovie e della navigazione in Europa*, Milán, 1878.

Comando del Corpo di Stato Maggiore (Direzione Trasporti), *Carta delle ferrovie e delle linee di navigazione del Regno d'Italia*, Istituto Topografico Militare, enero 1883.

Carta delle ferrovie, telegrafi, tramways a vapore e corsi d'acqua navigabili del Regno, Milán, 1886.

Cesare Ramoni, *Ferrovie italiane nel 1890. Carta completa delle reti ferroviarie*, Milán, 1890.

Istituto Geografico Militare, *Carta delle ferrovie e delle linee di navigazione del Regno d'Italia*, edición de junio de 1891.

Carta della ferrovie e delle linee di navigazione del Regno d'Italia, Istituto Geografico Militare, enero de 1894.

La cifra de 1.854 personas procesadas con éxito por su pertenencia a la *picciotteria* entre 1885 y 1902 proviene de un discurso del fiscal Sansone en el juicio a Musolino, tal y como informara el *Giornale d'Italia*, 1/5/1902.

El árbol del conocimiento

Para hablar del nacimiento de la 'Ndrangheta en la llanura de Gioia Tauro y reconstruirlo cronológicamente, me he valido de los siguientes documentos:

ASC, Sezione Accusa. Corte d'appello di Catanzaro, Lisciotto Francesco + 23, v. 133, 18/1/1889.

ASC, Sezione Accusa. Corte d'appello di Catanzaro, Sciarrone Giovanbattista + 95, v. 137,

21/2/1890.
ASC, Corte d’appello delle Calabrie. Tripodi Carmine, v. 323, 27/8/1890.
ASC, Corte d’appello delle Calabrie. Calia Michelangelo + 65, v. 324, 14/10/1890.
ASC, Corte d’appello delle Calabrie. Marino Francesco + 147, v. 336, 9/9/1892. El juicio que menciona a las dos integrantes femeninas juramentadas de la *picciotteria*.
ASC, Corte d’appello delle Calabrie. Saccà Rocco + 45, v. 364, 31/5/1897. Este es el juicio basado en el testimonio de Pasquale Trimboli, que nos brinda la primera prueba del mito de los tres caballeros españoles.
La Ragione. Este periódico regional fue amenazado por los *picciotti* y cubrió detalladamente su aparición en Palmi en 1888. El medio dio cuenta además de su preocupación por el nexo apreciable entre la policía y las pandillas: «La policía no debería confiar en nadie al que deba pagarle por obtener información, puesto que esa gente pertenece con toda probabilidad a las mismas pandillas: en lugar de destapar a las camarillas criminales, esos informantes contribuyen a encubrirlas» (1/4/1888).
Zivì. Un diario radical que el 16/6/1895 se queja de las relaciones visiblemente amistosas entre la policía y los *picciotti* en Palmi.
Arcà, F., *Calabria vera. Appunti statistici ed economici sulla provincia di Reggio*, Reggio Calabria, 1907.
Carbone, G. A., «Cenni sull’agricoltura ed industrie agrarie del circondario di Palmi», *L’Agricoltura e le Industrie Agrarie*, 15/4/1893. El primero de una serie de artículos publicados hasta el 15/10/1893, esenciales para conocer el trasfondo económico del nacimiento de la *picciotteria*.
Marcone, N., *Un viaggio in Calabria. Impressioni e ricordi*, Roma, 1885.

El Africo más siniestro

Los siguientes documentos judiciales del ASRC constituyen la documentación más exhaustiva de un juicio temprano a la ‘Ndrangheta. Comprenden las voluminosas actas del juicio en sí, incluidas las declaraciones de testigos y las sentencias de los jueces en los cuatro juicios a la *picciotteria* de Africo: tres grupos de acusados procesados separadamente como parte de una misma asociación criminal y un grupo menor acusado de asesinar al principal testigo del caso, Pietro Maviglia.

ASRC, Tribunale penale di Reggio, b. 750, inv. 68, vols. 1, 2. Associazione a delinquere 1887-1894.
ASRC, Tribunale penale di Reggio, b. 154, inv. 68, fasc. 4. Assise RC. Procedimento contro Callea Domenico + 10 per l’omicidio di Maraviglia Pietro 1894.

ASRC, Tribunale penale di Reggio, b. 543, inv. 68, n.º 3069. Procedimento contro Ioffrida Domenico di Roghudi + 39 associazione a delinquere 1896.
ASRC, Tribunale Reggio Calabria, Sentenza 25/3/1896, Velonà Filippo + 29.
ASRC, Tribunale Reggio Calabria, Sentenza 27/4/1896, n.º 210, Ioffrida Domenico + 39.
ASRC, Tribunale Reggio Calabria, Sentenza 26/5/1896, n.º 444, Favasuli Bartolo + 29.
Alvaro, C., *Polsi nell'arte, nella leggenda, nella storia*, Reggio Calabria, 2005 (1912).
Chirico, G., *Una vicenda giudiziaria di associazione per delinquere di tipo mafioso nella provincia di Reggio Calabria (1890-1900)*, Tesi di Laurea, Facoltà di Scienze Politiche, Università degli Studi di Messina, 1989-90. Un precoz análisis de una parte del material precedente.
Martino, P., «Per la storia della 'ndrànghita», *Biblioteca di Ricerche Linguistiche e Filologiche*, vol. 25, n.º 1, 1988. Muy útil con respecto a la jerga de la *picciotteria* y sus derivaciones.
Postiglione, G., *Relazione statistica dei lavori compiuti nel circondario del tribunale civile e penale di Palmi nell'anno 1890*, Palmi, 1891.
Steinberg, J., *The Number. One man's search for identity in the Cape underworld and prison gangs* («El número: la búsqueda individual de identidad en los bajos fondos de Ciudad del Cabo y entre las pandillas cercelarias»), Johannesburgo, 2004.
Varese, F., *The Russian Mafia. Private Protection in a New Market Economy* («La mafia rusa: protección privada en una economía de mercado reciente»), Oxford, 2001. Un excelente estudio sobre la mafia rusa.

El rey del Aspromonte

Fuentes de archivos:

ASRC, Gabinetto di Prefettura, n.º 1089, Associazione a delinquere in S. Stefabo, b. 27, inv. 34. Informes de Mangione sobre la *picciotteria* en el pueblo natal de Musolino. Incluye un material destacable sobre las hermanas de Musolino.
ASRC, Gabinetto di Prefettura, Serie orima, affari riservati. Bandito Musolino. Una vasta colección de todos los documentos relativos al caso Musolino. Véanse por ejemplo:
Idem, b. 2, fasc. 11. Delegati di PS impegnati nella cattura di Musolino, sottofasc. Mangione. Sobre el policía que investigó a la *picciotteria* en Santo Stefano.
Idem, b. 2, fasc. 23. Stampa. Notizie sul brigante Musolino. Recortes de prensa sobre Musolino que muestran lo preocupada que estaba la autoridad ante la expansión de su fama mítica como inocente vengador de la gente.
Idem, b. 2, fasc. 13. Favoreggiatori. Una reunión de pistas falsas de toda Italia y Estados Unidos.
Prensa: Para la cobertura del juicio a Musolino he seguido las publicaciones del *Giornale d'Italia* y *Avanti!* (abril-junio, 1902).
Cingari, G., «Tra brigantaggio e "picciotteria": Giuseppe Musolino», en *idem, Brigantaggio,*

proprietari e contadini nel Sud, Reggio Calabria, 1976. Fundamental para conocer todos los aspectos del caso Musolino. La carta abierta del bandido a *La Tribuna*, con fecha 28/3/1900, se ha extraído y citado según Cingari.

Douglas, N., *Old Calabria* («La Antigua Calabria»), Londres, 1983 (1915).

Morselli, E. y S. De Sanctis, *Biografia di un bandito. Giuseppe Musolino di fronte alla psichiatria ed alla sociologia*, Milán, 1903.

Pascoli, M., *Lungo la vita di Giovanni Pascoli*, Milán, 1961.

Rossi, A., «Alla ricerca di Musolino», *L'Adriatico*, 11/2/1901. El primero de una serie brillante de veinte artículos (la mayor parte publicados con el título de «Nel regno di Musolino») difundidos hasta el 6/4/1901.

5. LOS «DONES» EN LOS MEDIOS, 1899-1915

Banqueros y «hombres de honor» / Floriópolis / Cuatro juicios y un funeral

ACS, DGPS, aa.gg.rr. Atti speciali (1898-1940), b. 1, fasc. 1, «El Informe Sangiorgi». Es digno de mencionar que había algunos nexos entre Palizzolo y los *mafiosi* detallados en el informe de Sangiorgi. El parlamentario aportó referencias a algunos hombres de honor a los que el jefe de policía había confiscado las armas. Villabate, la *cosca* preferida de Palizzolo, vendía el ganado robado a través del mismo carnicero de Palermo que hacía de anfitrión en las cumbres a que asistían Antonino Giammona y Francesco Siino, entre otros.

Hay información disponible sobre la actividad de Sangiorgi como jefe de policía de Palermo en su hoja de servicios, incluyendo el telegrama de notificación que aquí he citado.

Los mejores estudios sobre el caso Nortarbartolo están en:

Lupo, S., *Storia della mafia*, Roma, 1996. La cita de la policía que alude a Palizzolo como «el

patrono de la Mafia» está en la p. 115. Lupo describe a la vez como «milagrosa» la forma en que Ignazio Florio logró escabullirse durante el juicio.

Barone, G., «Egemonie urbane e potere locale (1882-1913)», en M. Aymard y G. Giarrizzo (eds.), *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi. La Sicilia*, Turín, 1987. La frase de Florio diciendo que la Mafia era «una invención creada para difamar a Sicilia» se cita en la p. 317. La cita sobre el miedo de los periodistas honestos está en la p. 314. La frase de Cosenza sobre «los sacerdotes de Temis» está en la p. 325.

También hay cuestiones de provecho en:

Colajanni, N., *La Sicilia dai borboni ai sabaudi (1860-1900)*, Milán, 1951.

Nortarbartolo, L., *Memorie della vita di mio padre*, Pistoia, 1949. Sobre la cercanía de *Tribuna Giudiziaria* a Cosenza, véase p. 365.

Poma, R., *Onorevole alzatevi!*, Florencia, 1976. Cita las líneas referentes a la aclamación del veredicto de Florencia como un signo de unidad nacional.

Renda, F., *Socialisti e cattolici in Sicilia (1900-1904)*, Caltanissetta, 1972.

—, *Storia della mafia*, Palermo, 1997. La cita indicando que «la alta Mafia planeó el asesinato con mucha antelación» está en la p. 147.

Sonnino, S., *Diario 1866-1912*, vol. 1, Bari, 1972. Sobre la posibilidad de que una elección temprana se debiera al primer juicio de Nortarbartolo.

Seguí la cobertura de los distintos juicios en algunos periódicos:

Avanti! Sobre la carcajada resonante de Palizzolo ante el veredicto, 1/8/1902.

Corriere della Sera. Sobre Palizzolo como un individuo «asequible a los electores», 1-2/10/1901 (citado en Lupo, *Storia della mafia*, p. 111).

Daily Express. Sobre el veredicto de Florencia, 25/7/1904.

Giornale di Sicilia. «La questione Avellone», 2-3/4/1892 (citado en O. Cancila, *Palermo*, Bari, 2000, pp. 234-235). Para la proclama que el nuevo prefecto hiciera de una campaña contra la extorsión, véase 14-15/9/1898. Sobre lo muy respetada que era la familia Giammona, 13-14/5/1901. Sobre la generosidad de los Giammona: 20-21/5/1901. Sobre la Mafia como una «hipertrofia del individualismo», 24-25/5/1901. De sumo interés resulta que la cita completa provenga, palabra por palabra, del discurso de inauguración del año judicial pronunciado por Cosenza en 1900 (véase Renda, *Socialisti e cattolici*, p. 408). Cosenza cita a la vez a Giuseppe Falcone, un abogado de Palizzollo y el responsable del intento de enlodar a Sangiorgi al final de la historia. Sobre la muerte de Sangiorgi, 4-5/11/1908.

Il Mattino. Sobre la muerte de Sangiorgi, 4-5/11/1908.

Morning Post. Sobre la hipocresía evidenciada en la manifestación a favor de Nortarbartolo, véase 22/12/1899.

L'Ora. Sobre la Mafia como una «caballería rudimentaria», 5-6/6/1901. Para conocer la carta que difamaba a Sangiorgi, 19-20/11/1903. Sobre la muerte de Sangiorgi, 4/11/1908.

Resto del Carlino. Frase de Sangiorgi afirmando que «la Mafia es poderosa», 30-31/10/1901.

The St. Louis Republic. «La recepción del rey bandolero» (anónimo), 14/1/1900. Para la escena de las recepciones que Palizzolo sostenía en su dormitorio.

The Times. Sobre la «sobriedad y consideración escrupulosa de los hechos» por parte de Leopoldo Nortarbartolo, 18/10/1901.

Tribuna Giudiziaria. Véase 29/11/1903 y el artículo «Commedia poliziesca» para conocer el

testimonio «difamatorio» de Sangiorgi.

El Atlántico delictivo

Alvaro, C., «La fibbia», *Corriere della Sera*, 17/9/1955. Para la anécdota de la «asociación» en San Luca.

Cingari, G., *Storia della Calabria dall'Unità a oggi*, Roma-Bari, 1983.

—, *Reggio Calabria*, Roma-Bari, 1988. Sobre la *picciotteria* en las secuelas del terremoto de 1908.

Critchley, D., *The Origin of Organized Crime in America, The New York City Mafia, 1891-1931* («El origen del crimen organizado en Estados Unidos: la Mafia neoyorquina, 1891-1931»), Londres, 2009. Aporta una gran cantidad de documentación excelente, pero tiene el gran defecto de desconocer los mejores estudios italianos de la Mafia, lo cual lo lleva, por ejemplo, a confiar literalmente en sicilianos como Joe Bonanno y su sentido del «honor» y otras cuestiones de esa índole. Al mismo tiempo, el libro de Critchley es importante porque es el primero que ofrece una visión de conjunto que abarca tanto a las pandillas campañesas y calabresas, como a las sicilianas. Me he apoyado en Critchley para dar cuenta del período de Erricone en Nueva York, entre otras cosas.

Herchenroether, P. Y., *Helltown. The Story of the Hillsville Black Hand* («El pueblo del infierno. La historia de la Mano Negra de Hillsville»), manuscrito inédito facilitado amablemente por el autor. Sobre las pandillas al estilo de la *picciotteria* entre los mineros de Pennsylvania.

Lupo, S., *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008*, Turín, 2008. Entre otras muchas cosas, Lupo cita la declaración de Antonio Musolino a la policía.

New York Times. «By order of the mafia» («Por orden de la Mafia»), 22/10/1888. Salvatore Lupo identifica este primer asesinato de la Mafia en Estados Unidos Walter Littlefield, «Criminal band that murdered Petrosino in police coils» («Banda criminal que asesinó a Petrosino en el ojo del huracán policial»), 11/9/1910.

El ASRC contiene algunos archivos interesantes sobre la importación de vuelta de la «Mano Negra» a Calabria y los nexos entre las pandillas calabresas y las comunidades mineras de Estados Unidos:

Tribunale penale Reggio Calabria, 1906, b. 981, fasc. 11156, Leone Antonino + 63, Associazione a delinquere mano nera.

Idem, b. 993, fasc. 11732. Ignoti: minacce.

Idem, b. 1028, fasc. 12896. Romeo Francesco e altri (11/1907).

La «alta» Camorra / La Camorra de guantes amarillos / Gennaro Abbatemaggio: «genialoide» / La extraña muerte de la honorable sociedad

Barbagallo, F., *Il Mattino degli Scarfoglio, 1982-1928*, Milán, 1979.

—, *Stato, parlamento e lote politico-sociali nel Mezzogiorno (1900-1914)*, Nápoles, 1980. Sobre Peppuccio Romano, entre otras cosas.

—, *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010.

Canosa, R., *Storia della criminalità in Italia, 1845-1945*, Turín, 1991. La petición de los carabineros de mayores recursos para pagar a los testigos se cita en la p. 291.

Ciccotti, E., *Come divenni e come cessai di essere deputato di Vicaria*, Nápoles, 1909. Sobre las elecciones y la Camorra ataviada con las escarapelas tricolores, una vez más.

De Cosa, E., *Camorra e malavita a Napoli agli inizi del Novecento*, Cerchio, 1989 (1908).

Garofalo, G., *La seconda guerra napoletana*, Nápoles, 1984.

Machetti, G., «La lobby di Piazza Municipio: gli impiegati comunali nella Napoli di fine Ottocento», *Meridiana*, 38-39, 2000.

Marmo, M., «"Processi indiziari non se ne dovrebbero mai fare". Le manipolazioni del proceso Cuocolo (1906-1930)», en M. Marmo y L. Musella (eds.), *La costruzione della verità giudiziaria*, Nápoles, 2003.

—, «Il reato associativo tra costruzione normativa e prassi giudiziaria», en G. Civile y G. Machetti (eds.), *La città e il tribunale. Diritto, pratica giudiziaria e società napoletana tra Ottocento e Novecento*, Nápoles, 2004.

—, «L'opinione pubblica nel processo penale: Giano bifronte, overo la verità giudiziaria contesa», *Meridiana*, 63, 2008.

Russo, F. y E. Serao, *La camorra. Origini, usi, costumi e riti dell' "annorata soggietà"»*, Nápoles, 1907. La fuente de la cita que alude a la absenta y a la deuda.

Salomone, R., *Il proceso Cuocolo*, Arpino, 1930. Incluye la retractación de Abbatemaggio e información sobre su vida; también el discurso de Erricone respecto al veredicto, p. 102.

Snowden, F., *The fascist revolution in Tuscany, 1919-1922* («La revolución fascista en la Toscana, 1919-1922»), Cambridge, 1989. Sobre la vida de Abbatemaggio bajo el fascismo.

—, *Naples in the time of cholera, 1884-1911* («Nápoles en los tiempos del cólera, 1884-1911»), Cambridge, 1995.

Train, A., *Courts, Criminals and the Camorra* («Tribunales, criminales y Camorra»), Londres, 1912. La cita respecto al «jardín del oso» está en la p. 184. El fragmento sobre los *camorristi* «mejor vestidos» está en la p. 211. Sobre la excitabilidad de los italianos en la p. 202.

La prensa relativa al juicio Cuocolo:

The Advertiser (Australia). Abbatemaggio mencionado como «un truhán de la peor calaña», 13/7/1912.

Bulawayo Chronicle. Para el fallo irrecusable en el juicio Cuocolo, 8/9/1912.

Il Mattino. Salvo cuando se indique lo contrario, he citado numerosas partes de la exhaustiva cobertura que *Il Mattino* dio al caso. Por ejemplo: el testimonio inicial de Abbatemaggio comienza el 25-26/3/1911; interrogatorio a Abbatemaggio acerca de sus idas al teatro, 3-4/5/1911; «aptitudes nemotécnicas e intuitivas» de Abbatemaggio, en el testimonio del prof. Polidori, 14-15/3/1911;

Erricone acerca de «el gramófono», 29-30/3/1911; Erricone acerca de los «hijos del Vesubio», 1-2/4/1911; sobre el episodio del pederasta y el escupitajo, 3-4/5/1911; el testimonio de Fabroni, con su acusación contra Abbatemaggio, comienza el 13-14/7/1911; el testimonio de Simonetti, el 9-10/6/1911; el testimonio de Catalano, el 22-23/6/1911; el testimonio de Ametta y el exabrupto de Erricone, el 23-24/6/1911; la defensa impresa del camorrista y lo relativo a la «caballería rudimentaria», el 20-21/3/1911.

New York Times. «The greatest criminal trial of the age» («El mayor juicio criminal de la época»), 11/9/1910; «Camorrist told all to win his bride» («Un camorrista lo cuenta todo para recobrar a su novia»), 6/3/1911; «the black vitals of the criminal hydra» («los oscuros órganos vitales de la hidra criminal»), 11/9/1910; «one of the most remarkable feats of detection» («una de las mayores proezas de averiguación policial»), 15/1/1912.

Otautau Standard and Wallace County Chronicle (Nueva Zelanda). Uno de los múltiples artículos en todo el mundo que recurrieron al paralelismo con Sherlock Holmes.

La Stampa. Curiosamente, Gennaro Abbatemaggio se colocó a sí mismo en los titulares de la prensa al proclamar que sabía importantes detalles internos del asesinato de Matteotti; luego aportó pruebas en el juicio. Véase «Le rivelazioni di Abbatemaggio sulla premeditazione dell'assassinio Matteotti». *La Stampa*, 7/9/1924. Después de la guerra, Abbatemaggio intentó de manera infructuosa que se hiciera una película del juicio Cuocolo y fue procesado a su vez en 1954 por sostener falsamente que poseía información crucial sobre el célebre caso del homicidio de Montesi. Véase «Gennaro Abbatemaggio arrestato per le sue false dichiarazioni», *La Stampa*, 24/8/1954.

Washington Times, 12/9/1910.

6. EL ESCALPELO DE MUSSOLINI, 1922-1943

Sicilia: la última batalla contra la Mafia / Sicilia: el pulpo resbaladizo

ASPA, Questura, Affari generali, 1935, b. 2196. Questura di Palermo. Archivio Generale b. 2196

Anno 1935. R. Ispettorato generale di PS per la Sicilia - Nucleo centrale Carabinieri reali, Processo verbale di denunzia di 175 individui responsabili di associazione per delinquere (16 luglio 1938).

Manchester Guardian. Discurso del día de la Asunción, 27/5/1927.

New York Times, 27/5/1927; «signs of increasing megalomania» («signos de megalomanía creciente»), 29/5/1927.

Allegra, M., «Come io, medico, diventai un mafioso», *Giornale di Sicilia*, 22-23/1/1962.

—, «La mafia mi ordinò di entrare in politica», *Giornale di Sicilia*, 23-24/1/1962.

—, «Tutti gli uomini della "cosca"», *Giornale di Sicilia*, 24-25/1/1962. De forma desconcertante, Allegra menciona a Ernesto Marasà, dice que tiene bastante más que decir de él y ya no vuelve sobre el tema.

Andretta, M., «I corleonesi e la storia della mafia. Successo, radicamento e continuità», *Meridiana*, 54, 2005.

Blando, A., «L'avvocato del diavolo», *Meridiana*, 63, 2008.

Calderone, A., *Gli uomini del disonore*, (ed. P. Arlacchi), Milán, 1992.

Coco, V., «Dal passato al futuro: uno sguardo dagli anni trenta», Meridiana, 63, 2008.

—, «La mafia dell'agro palermitano nei processi del periodo fascista», en G. Gribaudi (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009.

Coco, V. y M. Patti, «Appendice», *Meridiana*, 63, 2008. Un aluvión de juicios que siguieron a la Operación Mori.

Di Bartolo, F., «Imbrigliare il conflitto sociale. Mafiosi, contadini, latifondisti», *Meridiana*, 63, 2008.

Di Figlia, M., «Mafia e nuova politica fascista», *Meridiana*, 63, 2008.

Duggan, C., *Fascism and the Mafia*, New Haven, 1989. El estudio de Duggan sigue siendo importante para conocer el contexto de la Operación Mori, pero el libro es más conocido por su tesis de que la Mafia, en tanto organización, fue un invento del fascismo para justificar el control político sobre Sicilia. Una tesis que resultó controvertida en el momento de ser publicada y que hoy ha sido desvirtuada por el peso abrumador de la evidencia.

Lupo, S., *Storia della mafia*, Roma, 1996. Mori «en celo» con la nobleza, citado en p. 182.

Mori, C., *The Last Struggle with the Mafia* («La última batalla contra la Mafia»), Londres, 1933.

—, *Con la mafia ai ferri corti*, Nápoles, 1993 (1932).

Mussolini, B., «Discorso dell'Ascensione», 26/5/1927, en *idem*, *Opera Omnia*, en: E. Susmel y D. Susmel (eds.), 44 vols., Florencia, 1951-1980, vol. 22.

Patti, M., «Sotto processo. Le cosche palermitane», *Meridiana*, 63, 2008.

Scalia, V., «Identità sociali e conflitti politici nell'area dell'interno», *Meridiana*, 63, 2008.

Spanò, A., *Faccia a faccia con la mafia*, Milán, 1978. Para conocer el estilo de vida de Mori en Palermo, p. 38.

He hecho una estimación de la riqueza de Marasà recurriendo al sitio www.measuringworth.com (el índice salarial aproximado) 1938-2009.

Campania: los soldados búfalo / Campania: el fascista Vito Genovese

Comando Generalle dell'Arma dei Carabinieri. Ufficio Storico, varios informes sobre la hoja de servicio de Vincenzo Anceschi, incluido el *Bollettino Ufficiale dei Carabinieri Reali* 1919 (p. 214), 1927 (p. 109), 1929 (pp. 330, 461, 585, 871), 1930 (p. 882).

Anceschi, E., *I Carabinieri reali contro la camorra*, Roma, 2003. Incluye el artículo de *Il Mezzogiorno*, 2-3/6/1927, en el que basé mi descripción de los Mazzoni.

Avella, L., *Cronaca nolana. Dalla Monarchia alla Repubblica*, vol. 7, *1926-1943*, Nápoles, 2002. Para la cita referente al donativo de Vito Genovese.

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010. Sobre Peppuccio, pp. 86-88.

Bordiga, O., *Inchiesta parlamentare sulle condizioni dei contadini nelle provincie meridionali e nella Sicilia*, vol. IV, *Campania*, tomo I, *Relazione*, Roma 1909. Sobre las «tribus» de los Mazzoni.

Frascani, P., «Mercato e commercio a Napoli dopo l'Unità», en P. Macry y P. Villani (eds.), *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi. La Campania*, Turín, 1990.

Gribaudi, G., «Guappi, camorristi, killer. Interpretazioni letterarie, immagini sociali, e storie giudiziarie», en *Donne, uomini, famiglie*, Nápoles, 1999. Sobre el *guappo*.

Marmo, M., «Tra le carceri e il mercato. Spazi e modelli storici del fenomeno camorrista», en P. Macry y P. Villani (eds.), *La Campania*, parte de *Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi*, Turín, 1990. El mejor punto de partida para una historia de la Camorra fuera del propio Nápoles.

Monzini, P., *Gruppi criminali a Napoli e a Marsiglia. La delinquenza organizzata nella storia di due città (1820-1990)*, Roma, 1999. Sobre el oscuro destino de la Camorra después de la honorable sociedad, pp. 53 y ss.

Nelli, H. S., *The Business of Crime. Italians and Syndicate Crime in the United States*, Nueva York, 1976. Sobre Genovese y el fascismo.

Petraccone, C., *Le «due Italie». La questione meridionale tra realtà e rappresentazione*, Roma-Bari, 2005. Sobre la prohibición fascista en el *Mezzogiorno*, p. 190.

Il Mattino. Los artículos suscitados por los asesinatos de Nola aparecieron en agosto y septiembre de 1911. Véase en especial 9-10/8/1911, «Il brigantaggio nell'Agro nolano»; y respecto a la «crasa ignorancia» y «los sangrientos instintos» en los Mazzoni, «Brigantaggio nei Mazzoni di Capua», 18-19/9/1911. Para la operación de Anceschi, me apoyé en *Il Mattino* (de noviembre de 1926 a mayo de 1927).

Roma. Incluye a su vez una extensa cobertura de la operación de Anceschi (de noviembre de 1926 a junio de 1927). Respecto al funeral interrumpido por los hombres de Anceschi, véase 1/1/1927, «I maggiori maladrini avversani tratti in arresto mentre accompagnano in camposanto la salma del loro "capintesta"».

Calabria: el jefe volador de Antonimina / Calabria: lo que no me mata, me hace más fuerte /Calabria: una mujer astuta, enérgica y muy cauta / El Massaru Peppi *baila una* tarantella

Resumen de las fuentes de archivo en torno a la ‘Ndrangheta bajo el fascismo:

ASRC:

Tribunale di Reggio Calabria, Sentenze, 6/6/1923 n.º 15, Battaglia Giuseppe + 46, vol. 206.

Idem, 1/12/1924, Callea Giovanni + 8, vol. 210.

Idem, 18/2/1924, Calù Clemente + 25, vol. 208.

Idem, 23/9/1924, Palamara frances co + 6, vol. 210. Un grupo con base en Casalnuovo que resolvió castigar a cualquiera que votara por los fascistas en las elecciones locales. Fueron absueltos por falta de pruebas.

Idem, 15/4/1926, n.º 192, Minniti Antonio, vol. 215.

Idem, 2/8/1926, n.º 395, Mafrici Stefano + 13, vol. 216.

Idem, 7/5/1927, n.º 153, De Gaetano Andrea + 28, vol. 218. Tres de los acusados se hicieron fotografiar con sendas pistolas apuntando a una hoja de papel y alzando la mano como para prestar un juramento. Todos fueron absueltos.

Idem, 29/3/1927, Schimizzi Giacomo + 64, vol. 217. En Melito, el juramento de iniciación de la banda emerge del testimonio aportado por un ex integrante: «Ante nosotros hay una tumba cubierta de flores, y quien rompa el secreto recibirá cinco puñaladas en el pecho». El juez explica la razón de la frecuencia con que aflora esa evidencia desde el seno mismo de la organización: «La psicología criminal nos enseña que los miembros de las asociaciones criminales siempre se traicionan entre sí».

Idem, 13/7/1928 n.º 395, Bruzzaniti Giovanni + 51, vol. 224. Un caso en Africo, donde hubo un aumento repentino de la violencia de la *picciotteria* tras la Primera Guerra Mundial. El juez habla con vaguedad de «causas sociales» y reduce las sentencias apoyándose en el dato de que los culpables son individuos reformados.

Idem, 19/6/1928, Putortì Vittorio + 5, vol. 223.

Idem, 14/8/1930, Pasalacqua Giuseppe + 19, vol. 234. Un execrable caso de violación a una prostituta con deficiencia mental.

Idem, 26/5/1930 n.º 341, Curatola frances co, vol. 232.

Idem, 12/6/1931 n.º 524, Altomonte Carmelo + 8, vol. 238.

Idem, 16/7/1931 n.º 752, De Gaetano Domenico + 20, vol. 239. Describe una lucha territorial en San Roberto (cerca de Villa San Giovanni) entre fascistas y *picciotti*. Estos últimos tenían lazos cercanos de parentesco y conyugales entre sí.

Idem, 6 aprile 1933 n.º 174, Spanò Demetrio + 106, vol. Senza numero Anno 1933 - *dal 15 gennaio al 30 aprile*. Juicio de una red completa de grupos de la *picciotteria* en Reggio Calabria. Los líderes ejercen el proxenetismo y chantajean a los integrantes más jóvenes. De ello surge un cuadro detallado de la organización. Hay, como siempre, una *Società minore* y una *Società maggiore*, pero esta última está dividida entre la *Società in testa*, alias *Gran criminale*, agrupada en torno a los cabecillas, y la *Società indrina*, de la que hay varias en distintos barrios de la ciudad.

ASC:

Corte di Appelo di Catanzaro. Sentenze, 7/6/1922, De Paola Gregorio + 11, vol. 486.

Idem, 8/8/1923, Noto Domenico + 46, vol. 489. El jefe volador.

Idem, 14/11/1923, Alfinito Donato + 36. Vol. 489. Procesamiento de un grupo de Petronà. Dos mujeres acusadas de estar dentro de la *cosca* son absueltas por falta de pruebas. El cabecilla fue depuesto por la traición ostensible de su esposa.

Idem, 16/4/1923, Costa Salvatore + 6, vol. 488.

Idem, 19/7/1924, Bruzzi Camillo + 18, vol. 491. De Radicena y Gioia Tauro. La banda practica la iniciación obligada, lo que genera un testigo para la fiscalía.

Idem, 11/3/1925, Cotela Giuseppe + 14, vol. 492. Algunos integrantes admiten la existencia de la asociación, con base en Serrata. El reclutamiento forzado de integrantes aún se practica, al menos según algunos testigos.

Idem, 19/12/1925, Barbara Antonio + 35, vol. 494.

Idem, 26/1/1925, Panucci Gesuele + 17, vol. 492.

Idem, 22/5/1926, Fabrizio Giuseppe + 26, v. 495. Igual que muchas otras sentencias, esta muestra una organización dividida entre *picciotti* y *camorristi*. Una vez más, los testimonios proceden de los renegados del grupo.

Idem, 6/2/1926, Pandurri Pietro + 14, vol. 495.

Idem, 10/2/1926, Facchineri Giuseppe + 18, vol. 495.

Idem, 12/4/1926, Notarianni Vincenzo + 34, vol. 495. Duelos a cuchillo.

Idem, 13/2/1926, Mascaro Camillo + 3, vol. 495.

Idem, 17/3/1926, De Caro Vincenzo, vol. 495. Un grupo de la aldea de Santa Sofia d'Epiro, albanesa en su composición étnica. El grupo poseía vestuario femenino para disfrazarse.

Idem, 26/4/1926, Albanese Domenico + 26, vol. 495. La sentencia describe el caos subsecuente a la desmovilización en Rosarno.

Idem, 28/6/1926, Gullà frances co, v. 496. Gullà, originario de Celico, en la provincia de Cosenza, tiene lazos con la «Mano Negra» de Estados Unidos.

Idem, 10/10/1927, Biancamaro Arturo + 6, vol. 500.

Idem, 4/12/1928, Bumbaca Vincenzo + 45, vol. 505. Uno de los muchos procesos en que el caso de la fiscalía no se sostuvo.

Idem, 8/6/1928, De Santis Giuseppe + 21, vol. 503.

Idem, 9/7/1928, Lucà Luigi + 38, vol. 504. En Gioiosa Jonica, la *picciotteria* se denomina a sí misma la «Familia Montalbano».

Idem, 12/11/1928, Speranza Stefano + 26, vol. 505.

Idem, 17/12/1928, Cristiano Giuseppe + 13, vol. 505. Los carabineros fracasaron en su intento de generar pruebas suficientes contra este grupo de Staiti.

Idem, 18/8/1928, Saccomanno Antonio + 11, vol. 504. Los acusados recibieron la absolución porque, a criterio del juez, la fiscalía no pudo probar que esta sociedad fuera una asociación «criminal», pese a las múltiples confesiones que hubo.

Idem, 2/5/1929, Palermo Rinaldo + 48, vol. 507. Un caso de sumo interés en Gerace, en el que la *picciotteria* exigía pagos por las bodas. Dos acaudalados miembros de la organización fueron absueltos con el débil argumento de que «era poco plausible que tuvieran tratos oscuros con lo que era en esencia un montón de vagos».

Idem, 17/5/1929, Napoli Pasquale + 7, vol. 507. Un experto en hurtos sigue el regreso de un *picciotto* desde Estados Unidos.

Idem, 25/11/1929, Gareri Domenico + 13, vol. 509.

Idem, 26/9/1929, Romeo Stefano + 75, vol. 508. Un juicio importante a la *picciotteria* en San Luca. Giuseppe Delfino emplea el testimonio de un informante (más tarde asesinado) para desmantelar la operación de cuatrerismo local.

Idem, 1/4/1930, Gullace Domenico + 20, vol. 512.

Idem, 6/12/1930, Spanò Vincenzo + 33, vol 517.

Idem, 11/7/1930, Vallone Giuseppe + 6, vol. 514.

Idem, 13/6/1930, Carioti frances co, vol, 513.

Idem, 15/11/1930, Corio Santo + 144, vol. 516. Varias mujeres son parte de este clan de Palmi, Gioia Tauro y Rosarno.

Idem, 20/10/1930, Sorace Salvatore + 9, vol. 515.

Idem, 25/11/1930, Annacorato Vincenzo + 93, vol. 516. Una «familia Montalbano» en Nicotera, Polistena y Gioia Tauro. Un niño recibe la iniciación a los once años. Al juez no le sorprende que buena parte de los testimonios procedan de renegados de la *picciotteria*: «Es natural que los juicios al inframundo surjan a partir de las revelaciones de gángsteres que traicionan los secretos de la secta a la que estuvieron afiliados».

Idem, 29/11/1930, Mollica Vincenzo + 41, vol. 516.

Idem, 29/8/1931, Ponzano Gaetano + 10, vol. 521.

Idem, 1/3/1932, Lupino Giovanni + 16, vol. 525.

Idem, 25/11/1932, Argentano Menotti + 12, vol. 529.

Idem, 12/5/1933, Piccione frances co + 10, vol. 531.

Idem, 21/9/1934, Pollifrone Rocco + 22, vol. 536. La *picciotteria* del Locride vende sus animales robados al mercado de contrabando de la llanura de Gioia Tauro.

ASC:

Corte di Assise di Catanzaro, Sentenze, 2/11/1931, Pugliese frances co + 4, vol. 62.

Idem, 8/8/1923, Rossello Francesco + 2, vol. 63. Un carabinero es asesinado por intentar evitar una alianza matrimonial en los bajos fondos. Puede que se haya vuelto demasiado cercano a una de las facciones involucradas.

ASC:

Corte di Assise di Locri, Sentenze, 2/2/1933, Andrianò Vincenzo + 8, b. 1.

Idem, 19/7/1937, Commisso frances cantonio + 56, b. 3. El cabecilla determina que un individuo que anda difundiendo rumores acerca de su esposa debe morir y ordena a un muchacho de dieciséis años que realice el cometido.

Idem, 8/2/1938, Oppedisano Francesco + 5, b. 3.

Idem, 6/9/1939, Macrì Francesco + 141, b. 4. El caso que involucró a Maria Marvelli.

Idem, 9/2/1939, Canario Vincenzo + 26, b. 4.

ASC:

Corte di Assise di Palmi, Sentenze, 11/6/1937, Vicari frances co, b. 3.

Idem, 18/3/1937, Romeo Procopio + 2, b. 3. Un carnicero de una *frazione* de Oppido Mamertina resulta herido por una lluvia de perdigones en los muslos, genitales, el escroto, el pene y la mano izquierda mientras defecaba en un olivar. A ello sigue una serie de ataques que el juez atribuye a

rivalidades entre las familias.
Idem, 6/12/1938, Vinci Alfonso + 10, b. 3. Absueltos pese a la irrupción de varios ataques con navajazos a la cara en Cittanova.
Idem, 8/4/1938, Corso Rocco + 1, b. 3.
Idem, 7/3/1940, Barone Michele + 37, b. 4. La banda, liderada por Michele Barone y condenada por asfixiar a una anciana en su lecho y por haber arrojado a una prostituta de un puente, parece no haber sido parte de la *picciotteria*, pese a operar en los terrenos clásicos de la 'Ndrangheta en Polistena y Taurianova.

ASC:

Gabinetto di Prefettura, Affari gen. e disposizioni riguardanti la P. S. - b. 14. Para la *picciotteria* que «ha sido casi aplastada», véase la carta del jefe de policía al prefecto, 21/11/1931.
Gabinetto di prefettura, Ordine Pubblico - b. 609.
Ufficio Storico Stato Maggiore Aeronautica (USSMA), Fondo aviatori Grande Guerra, b. 132, fasc. 14. Noto Domenico. La hoja de servicios del jefe volador.
Comando Generale dell'Arma dei Carabinieri. Ufficio Storico, varios documentos sobre la carrera de Giuseppe Delfino, incluyendo: *Bollettino Ufficiale dei Carabinieri Reali* 1911 (p. 289), 1919 (p. 285), 1927 (p. 104); Comune di San Luca, «Deliberazione del consiglio comunale», 4/12/1915 y otro fechado el 14/7/1921; Partito Nazionale Fascista, Sezione de Platti, «Deliberazione» 20/12/1926; carta del Procuratore del Re, Gerace Marina, 3/6/1929.
Cronaca di Calabria. Contiene alguna cobertura de poca resonancia sobre la *picciotteria* en los primeros años del fascismo, 1922-1928. Para lo hecho por Giuseppe Delfino, véase «Vasta associazione a delinquere», 8/12/1927.
Gazzetta di Messina e delle Calabrie, 1924-1927. Para la obra infatigable de Giuseppe Delfino, véase «Da Plattì. Un maresciallo dei carabinieri che si fa onore», 3/4/1927.
Il Popolo di Calabria, 1927-1930. Más cobertura de bajo perfil.
Bevilacqua, P., *Le champagne del Mezziogiorno tra Fascismo e dopoguerra. Il caso della Calabria*, Turín, 1980.
Buccini, G., «I due Delfino, carabinieri, e i boss Nirta: un'epopea a Platì», *Corriere della Sera*, 16/10/1993. Tradición de la familia Delfino.
Cappelli, V., *Il fascismo in periferia. La Calabria durante il Ventennio*, Lungro di Cosenza, 1998.
Cordova, F., *Il fascismo nel Mezzogiorno: le Calabrie*, Soveria Mannelli, 2003.
Izzo, L., *Agricoltura e classi rurali in Calabria dall'Unità al Fascismo*, Ginebra, 1974.
Malafarina, L., «La leggenda di Massaro Peppe», *Gazzetta del Sud*, 9/9/1986. Una entrevista con el hijo de Delfino.
Miséfari, E., *L'avvento del fascismo in Calabria*, Cosenza, 1980. Sobre «aguda faccionitis», p. 116.
Placanica, A., *Storia della Calabria*, Roma, 1999 (1993).
Steinberg, J., «Fascism in the Italian South: the case of Calabria», en D. Forgacs (ed.), *Rethinking Italian Fascism. Capitalism, Populism and Culture*, Londres, 1986.

Liberación

ASRC, Tribunale di Locri, Sentenza 20/3/1937, Macrì Antonio + 12, vol. 286. Don ‘Ntoni tiene una de sus primeros encontronazos con la ley.

La mafia a Montalto. Sentenza 2 ottobre 1970 del Tribunale di Locri, Reggio Calabria, 1971. Incluye un detallado perfil criminal de don ‘Ntoni Macrì.

Archivo Nacional, Londres

Italia. Manual de Zona de Sicilia. Departamento de Guerra (WO) 220/277.

Italia. Manual de Zona de Calabria, n.º 3. Departamento de Guerra (WO) 220/278.

Italia. Manual de Zona de Campania, n.º 6. Departamento de Guerra (WO) 252/804.

Departamento de Guerra (WO) 204/9719, Sicilia y sur de Italia: informa de los aspectos sociales, económicos y políticos en las condiciones de vida provinciales. Octubre de 1943-enero de 1944. Incluye el informe de lord Rennell sobre Calabria.

Departamento de Guerra (WO) 204/11462, Sección de Guerra Psicológica. Informes de las actividades del PWB y la OSS. Diciembre de 1944-mayo de 1945. Incluye informes de huelgas por alimentos en las áreas tradicionales de la *picciotteria*, pero no menciona la actividad de pandillas.

Departamento de Guerra (WO) 204/12625, Italia. Situación política. Nápoles y Campania. Para las cifras de prostitución en Nápoles, véase el informe que pasa revista a la situación desde la liberación, fechado el 19/4/1945. Para el abastecimiento de alimentos provenientes de los territorios aledaños, véase el informe fechado el 2/5/1945.

Departamento de Guerra (WO) 204/12627, Italia. Situación política. Nápoles y la Campania. Para el «mundillo del crimen fantástico» en los territorios aledaños hacia el norte de la ciudad, véase el informe del 21/2/1946.

Departamento de Guerra (WO) 204/6313, Sección de Guerra Psicológica. Nápoles: informes semanales sobre las circunstancias económicas y políticas. Abril-agosto de 1944. Informe fechado el 3/5/1944 sobre la tajada que sacaba la policía de las mercancías que llegaban al puerto, y sobre los principales puntos de venta del mercado negro en la ciudad. Informe del 23/6/1944 sobre los problemas que afrontaban los que tenían un salario fijo. Informe del 30/6/1944 sobre la desaparición de las distinciones de clase.

Departamento de Guerra (WO) 204/6314, Sección de Guerra Psicológica. Nápoles: informes semanales sobre las circunstancias económicas y políticas. Agosto-octubre de 1944. Informe del 16/8/1944 sobre dos tipos de espaguetis. Informe del 28/9/1944 sobre la inactividad de la fuerza policial. Informe del 5/10/1944 sobre la inactividad de la policía militar. Informe del 5/10/1944 sobre la anciana que iba a una banqueta a la orilla del río para contar su dinero. Informe del 26/10/1944 (entrevista con una mujer) sobre el papel de los cabecillas de esquina.

Departamento de Guerra (WO) 204/6315, Sección de Guerra Psicológica. Nápoles: informes semanales sobre las circunstancias económicas y políticas. Noviembre-enero de 1944. Informe del 23/11/1944 en torno a una banda de Casoria que efectuaba robos en el tren entre Roma y Nápoles.

Departamento de Guerra (WO) 204/6277, Sección de Guerra Psicológica. Italia: informes sobre las circunstancias en las áreas liberadas. Enero-marzo de 1944. Informe del 28/3/1944 sobre la condena a siete años de los Caputo.

Alvaro, C., «Il canto di Cosima», en *idem, L’amata alla finestra*, Milán, 1994.

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010. Sobre los chicos Giuliano en Fornella, p. 103.

Ciconte, E., *‘Ndrangheta dall’Unità a oggi*, Roma-Bari, 1992. Sobre los alcaldes de la Mafia y lo poco que sabemos de este período poco estudiado de la historia de la ‘Ndrangheta, pp. 239-244.

—, *Storia criminale. La resistibile ascesa di mafia, ‘ndrangheta e camorra dall’Ottocento ai giorni nostri*, Soveria Mannelli, 2008. Sobre Delfino, pp. 283-284.

Ellwood, D., *Italy 1943-1945*, Leicester, 1985. También cita a lord Rennell en su alusión a los alcaldes procedentes de «un medio gangsteril de Norteamérica», p. 59.

Gentile, N., *Vita di capomafia*, Roma, 1993.

Gramsci, A., *Lettere dal carcere*, Turín, 1947. Para un ejemplo de las bandas carcelarias en la visión de un prisionero político bajo el fascismo. Tras ser encarcelado por Mussolini, Antonio Gramsci, miembro fundador y líder del Partido Comunista Italiano, fue testigo de un acto iniciático de la Camorra en una prisión de Nápoles. También presenció una «escuela del duelo a cuchillos» y un torneo duelístico amistoso conducido según las reglas de lo que él denominaba los «cuatro dominios del inframundo en la Italia meridional (el dominio de Sicilia, el calabrés, el de Puglia y el napolitano)». Las armas eran, en este caso, inofensivas: cucharas que se afilaban contra la pared de manera que el polvillo de cal dejara marcas en la ropa de los duelistas. Aun así, la rivalidad entre sicilianos y calabreses era tan intensa que, si la tensión del duelo iba en aumento, solían dejar de lado las cucharas. Véase en particular la carta fechada el 11/4/1927.

Huston, J., *An Open Book*, Londres, 1988 (1980).

Lewis, N., *Naples ’44*, Londres, 2002 (1978). He utilizado aquí el clásico libro de reportajes de Lewis, pero solo ocasionalmente. Tras leer las notas manuscritas en las que se basa el libro, tuve la impresión de que las referencias a la «*zona di camorra*» en *Naples ‘ 44* no eran demasiado fiables para servir como evidencia histórica y que bien podrían haber sido una especie de licencia poética basada en las últimas visitas de Lewis a Nápoles y en su propio contacto con películas como *La sfida (El desafío)*.

Malaparte, C., *La pelle*, Roma-Milán, 1950. «¡Dos dólares los niños, tres las niñas!», p. 19.

Newark, T., *The Mafia at War: Allied collusion with the mob*, Londres, 2007. Cita el informe del OSS («a su disposición para lo que pidan»), fechado el 13/8/1943, pp. 209-210. Para lo del cuarenta y cinco por ciento de provisiones militares aliadas robadas, Newark cita el informe del *Allied Civil Affairs* (Asuntos Civiles Aliados) al Gabinete de Guerra en Londres el 19/4/1944 (Archivo Nacional, MAF 83/1338), p. 217.

Paliotti, V., *Forcella. La Casbah di Napoli*, Nápoles, 2005.

Reid, E., *Mafia*, edición revisada, Nueva York, 1964. Reproduce el testimonio de Dickey, pp. 163-189.

Stajano, C., *Africo*, 1979. Para lo del baile de Delfino.

«Lord Rennell», obituario en *The Geographical Journal*, vol. 144, n.º 2 (julio de 1978).

LA MAFIA, UNA REPÚBLICA APARTE

Prólogo

Brancato, R. *Con i tuoi occhi. Storia di Graziella Campagna uccisa dalla mafia*, Palermo, 2010.

Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma, 1992. Sobre cómo empezó el uso generalizado del término 'Ndrangheta, p. 254.

Fofi, G. (ed.), *Per amore del mio popolo. Don Peppino Diana, vittima della camorra*, Nápoles, 1994. Me pareció particularmente útil el ensayo de Conchita Sannino dentro de este volumen.

Lupo, S., *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008*, Turín, 2008. Sobre cómo la Cosa Nostra adquirió su nombre, p. 178.

El hermano de Graziella Campagna es entrevistado en el episodio sobre Carlo Lucarelli dentro de la serie documental *Blu notte*, emitida por primera vez en octubre de 2001 y ahora disponible en YouTube. El asesinato, y la posterior indagación judicial, fueron cubiertos ampliamente en la prensa.

«Così hanno decapitato mio marito», *La Repubblica*, 9/5/1991.

Puede hallarse el informe de 2008 sobre Calabria del cónsul general de Estados Unidos, tal y como lo hiciera público Wikileaks, en: <http://racconta.repubblica.it/wikileaks-cablegate/dettaglio.php?id=08NAPLES96>

1. Batalla perdida

Sicilia: amenazas, terrorismo, asesinatos, incendios, secuestros y mutilaciones

Coco, V. y M. Patti, *Relazioni mafiose. La mafia ai tempi del fascismo*, Roma, 2010.

Di Matteo, S., *Anni roventi. La Sicilia dal 1943 al 1947*, Palermo, 1967.

Ellwood, D., *Italy 1943-1945*, Leicester, 1985.

Gentile, N., *Vita di capomafia*, Roma, 1993.

Guercio, F. M., *Sicily. The Garden of the Mediterranean. The Country and its People*, Londres, 1938.

Véanse pp. 64, 88 para anuncios del fin del cáncer que afecta a Sicilia.
Mangiameli, R., «La regione in guerra», en M. Aymard y G. Giarrizzo (eds.), *La Sicilia, Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi*, Turín, 1987.
Pezzino, P., *Mafia: Industria della violenza*, Florencia, 1995. El informe de octubre de 1996 sobre la «organización oculta» está dirigido por el general de carabineros Amedeo Branca al *Comando Generale dell'Arma* y se reproduce en pp. 190-191.
Santino, U., *Storia del movimiento antimafia. Dalla lotta di clase all'impegno civile*, Roma, 2009 (edición actualizada). De los hermanos Santangello y otras facetas de las atrocidades políticas de la Mafia en este período.
Spanò, A., *Faccia a faccia con la mafia*, Milán, 1978. «La Mafia nunca ha sido tan poderosa y organizada como lo es hoy», p. 130.
El informe Scotten sobre la Mafia está en el Archivo Nacional, FO 371/37327.
New York Times, «Mafia chiefs caught by Allies in Sicily» («jefes mafiosos capturados por los aliados en Sicilia»), 10/9/1943; «Mafia in Sicily» («la Mafia en Sicilia»), 11/9/1943.
Meridiana, 63, 2008. Edición monográfica en torno al tema *Mafia e fascismo*.

Sicilia: En nombre de la ley

Barrese, O., *I complici. Gli anni dell'antimafia*, Milán, 1978. La cita de Scelba está en la p. 7.
Blando, A., «L'avvocato del diavolo», *Meridiana*, 63, 2008.
Dizionario biografico dei meridionali, vol. 2, Nápoles, 1974, «Lo Schiavo Giuseppe Guido».
Forgacs, D., *Rome, Open City*, Londres, 2000. La famosa cita de André Bazin en 1946 sobre «la piel de la Historia desprendida y convertida en película» se debate en la p. 23.
Giacovelli, E., *Pietro Germi*, Roma, 1991.
Sciascia, L., «La Sicilia nel cinema», en *La corda pazza*, Turín, 1970.
Lo Schiavo, G. G., *Piccola pretura*, Roma, 1948. La cita en que se compara al jefe mafioso con Buda está en p. 114. La novela continuaría hasta formar parte de una trilogía novelística con visiones igualmente cuestionables de la Mafia. La trilogía fue publicada como tal en *Terra amara* (Roma, 1956). Los otros dos episodios que incluye son *Condotta di paese* (1952) y *Gli inesorabili* (1950). Esta última fue convertida en una película deplorable del mismo título (dir. Camillo Mastrocinque, 1950) que se proyectó en Estados Unidos como *The Fighting Men* («Los luchadores») y se puede ver en <http://archive.org/details/fighting_men>. Charles Vanel revalida su papel como jefe de la Mafia, esta vez como un desfacedor de entuertos ataviado con su propia capa: «Nosotros protegemos a toda la gente honesta».
—, «La redenzione sociale nelle opere del Regimen», *Politica Sociale*, X, agosto, 1937.
—, «Nel regno della mafia», *Processi*, 5, 1955. Incluye los sentidos recuerdos de Lo Schiavo en torno a Calogero Vizzini.
—, «La mafia della lupara e quella dei colletti Bianchi», *Nuovi Quaderni del Meridione*, 4, 1963.

—, «Il cinema alla luce del costume e della libertà», Trieste, 1963 (fragmento de *L'osservatore economico e sociale*, V, I). También incluye información biográfica.
—, *100 anni di mafia*, Roma, 1962. Contiene muchos de los escritos de Lo Schiavo, incluida su respuesta original a Puglia en 1933, «La mafia siciliana», con varias y extrañas notas al pie añadidas en las que intenta desembarazarse de sus opiniones previas.
Sesti, M. (ed.), *Signore e signori: Pietro Germi*, Siena, 2004.
Spinazzola, V., *Cinema e pubblico. Lo spettacolo filmico in Italia 1945-1965*, Roma, 1985.
In nome della legge (dir. Pietro Germi), 1949, está disponible en un DVD de Cristaldi Film y en YouTube.

Calabria: el último bandido romántico

Cingari, C., «Tra brigantaggio e "piccioteria": Giuseppe Musolino», en *Brigantaggio, proprietari e contadini nel Sud*, Reggio Calabria, 1976.
Sapone, A., *Sant'Alessio in Aspromonte. Uomini e storie dell'antico Casale di Alessi*, Reggio Calabria, 2001.
Lo Schiavo, G. G., *100 anni di mafia*, Roma, 1962. Reproduce la «Requisitoria del Sostituto Procuratore Generale del Re dr. Vittorio Barbera» (Messina, 27/2/1932) en el caso contra Anile Giuseppantonio + 89: sobre el Crimen.
Truzzolillo, F., «"Criminale" e "Gran Criminale". La struttura unitaria e verticistica della 'Ndrangheta delle origini», manuscrito inédito, 2012.
Crescenzo Guarino fue el periodista que más escribió del Musolino senil, como en el caso de los siguientes artículos: «A colloquio con Musolino», *La Stampa*, 16/1/1950; «La mania di grandeza del brigante Musolino», *Stampa Sera*, 18-19/1/1950; «Una poesia inedita di Pascoli per il brigante dell'Aspromonte», *Il Mattino*, 3/7/1955; «Arde sempre in Musolino la fiamma della vendetta», *Il Mattino*, 5/7/1955; «È morto il brigante Musolino», *La Stampa*, 24/1/1956; «L'ultimo "brigante romantico" viveva tra i fantasma del passato», *Stampa Sera*, 24/1/1956.
El material clave sobre Musolino está en el Archivio di Stato di Reggio Calabria: Gabinetto di Prefettura, n. 1089, Associazione a delinquere in S. Stefano, b. 27, inv. 34; y Gabinetto di Prefettura, Serie prima, affari riservati. Bandito Musolino.

Nápoles: marionetas y titiriteros

Allum, P. A., *Politics and Society in Post-war Naples*, Cambridge, 1973.

«Camorra», en *Enciclopedia Italiana*, VIII, BUC-CARD, Milán, 1930.

«Feroce delitto in Sezione Vicaria. Ucciso un giovane con due coltellate da un camorrista in via A. Poerio», *Il Mattino* 13/7/1952. Sobre el asesinato por *'o Grifone*. El mismo periódico sigue su historia en los días siguientes.

Figurato, M. y F. Marolda, *Storia di contrabando. Napoli 1945-1981*, Nápoles, 1981.

Gennaro Abbatemaggio fue una presencia intermitente en la prensa septentrional en la década de 1950. Véase por ejemplo: «Lauro sorpresa a Napoli a strappare manifesti», *La Stampa*, 25/5/1952, sobre Abbatemaggio al servicio de Achille Lauro; «Il piccolo e feroce uomo dai baffi Neri all'insù», *Stampa Sera*, 4/7/1952; «Gennaro Abbatemaggio fa la prima comunione», *La Stampa*, 4/7/1952; «Gennaro Abbatemaggio arrestato per le sue false dichiarazioni», *La Stampa*, 24/8/1954; «Don Gennaro Abbatemagggio derubato da un borsaiolo», *La Stampa*, 24/7/1958; «Abbatemaggio chiede di esibirsi al Musichiere», *La Stampa*, 9/1/1959; «Gennaro Abbatemaggio promete sensazionali rivelazioni sulla camorra», *La Stampa*, 22/4/1959.

Gribaudi, G., «Les rites et les langages de l'échange politique. Deux exemples napolitains», en D. Cefaï (ed.), *Cultures politiques*, París, 2001. Muy esclarecedor respecto a Navarra.

—, *Donne, uomini, famiglie. Napoli nel Novecento*, Nápoles, 1999.

«Incontro c' 'o rre», Paolo Monelli, *Nuova Stampa Sera*, 30/9/1947, uno de muchos perfiles de Navarra en la prensa; este incluye la cita sobre su nariz borbónica.

«Il Tesoro di S. Gennaro trasportato a Napoli dal "Re di Poggioreale"», *Roma d'Oggi*, 7/3/1947. «Il fortunoso viaggio del tesoro di S. Gennaro», *Roma d'Oggi*, 8/3/1947. Estos son los únicos artículos de prensa que pude hallar en torno a la historia de Navarra con San Gennaro y la fecha corresponde al momento en que se supone que ocurrieron los hechos.

«La caccia ai "correntisti". Drammatico inseguimento per i vicoli del Mercato», *Il Mattino*, 1/8/1952. Para la cita sobre la «fluidez» de la *corrente*.

Marmo, M., «"Processi indiziari non se ne dovrebbero mai fare" Le manipolazioni del processo Cuocolo (1906-1930)», en M. Marmo y L. Musella (eds.), *La costruzione della verità giudiziaria*, Nápoles, 2003. Del juicio que destruyó a la honorable sociedad de Nápoles.

Marotta, G., *San Gennaro non dice mai no*, Milán, 1948, especialmente «I "pupanti"» sobre las marionetas, y «Re Giuseppe» sobre Giuseppe Navarra.

—, «L'angelo degli autocarri», *La Stampa*, 13/10/1953, sobre los *correntisti*.

Musella, L., *Napoli dall'Unità a oggi*, Roma, 2010. Una breve historia de Nápoles muy rica en ideas sobre varios períodos, incluyendo este.

Navarra fue entrevistado el 6/3/1952 en el programa de televisión *La Settimana Incom*, y la entrevista puede verse en el sitio web que guarda los archivos del Istituto Luce: «Intervista con il Re di Poggio Reale».

Gangsterismo

Erickson, H., *Encyclopedia of Television Law Shows: factual and fictional series about judges, lawyers and the courtroom, 1948-2008*, Jefferson. N. C., 2009.

Gundle, S., «L'americanizzazione del quotidiano. Televisione e consumismo nell'Italia degli anni Cinquanta», *Quaderni Storici*, vol. XXI (1986), p. 62. ¡No he podido evitar citar el artículo más citado dentro de los estudios italianos contemporáneos!

Kefauver, E., *Crime in America*, Nueva York, 1968 (edición original de 1951). Citas tomadas de pp. 14-21. (Publicado en italiano como *Il gangsterismo in America*, Turín, 1953). [Hay trad. cast.: *El crimen en América*, Barcelona, Caralt Editores, 1960].

Moore, W. H., *The Kefauver Committee and the Politics of Crime, 1950-1952*, Columbia, 1974. La cita sobre «el gorjeo agónico de una gaviota» está en la p. 190 de una fuente periodística.

Prezzolini, G., *Tutta l'America, Florencia*, 1958, para conocer lo que Italia tomó prestado de Estados Unidos.

—, «La "mafia" nel rapporto del senator Kefauver», en *America con gli stivali*, Florencia, 1954.

—, «Una catena di delitti nei più ricchi docks del mondo», *Stampa Sera*, 11-12/2/1953.

«Sfilano gli "eroi" della democrazia americana», *L'Unità*, 7/4/1951.

2. 1955

El monstruo de Presinaci

Castagna, S., *Tu devi uccidere*, Milán, 1967 (y Vibo Valentia, 2008). Los contenidos de esta memoria fueron ampliamente divulgados por la prensa en 1955.

Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma, 1992. Sobre los «marcianos», véase p. 245.

Guarino, C., «Sulla intera Calabria l'ombra dell'Aspromonte», *Il Mattino*, 13/7/1955. Sobre el estado de la ley y el orden en Calabria.

Lanaro, S., *Storia dell'Italia repubblicana: dalla fine della guerra agli anni Novanta*, Venecia, 1992. Las estadísticas sobre la pobreza están en la p. 165.

La descripción física de Castagna es de *L'Unità*, 21/4/1955, y la existencia «problemática» de la mafia calabresa es también de *L'Unità*, 26/4/1955. El mismo diario ofrece una amplia cobertura del arrebato violento de Castagna.

La carta de Aloi está fechada el 16/4/1955 en ACS, Min. Int., Gabinetto, 1953-1956, b. 4, fasc. 1066-1. El informe del prefecto está fechado el 14/5/1955 en *ibidem*, b. 4, fasc. 1066-1.

¡Los marcianos atacan!

Las fuentes de archivo que he consultado acerca de la Operación Marzano son las siguientes:

ACS, Min. Int., Gabinetto, 1953-1956, b. 4, fasc. 1066-1.

Ibidem (de ahora en adelante «ACS Marzano»), b. 4, fasc. 1066-2.

Ibidem, b. 293, fasc. 5160-23.

Ibidem, 352, fasc. 6995-23.

Ibidem, 363, fasc. 6995-66.

Informe de Marzano al Min. Int. fechado el 6/9/1955 en ACS Marzano, b. 4, fasc. 1066-2 para lo de «literalmente en las zarpas del terror» y más detalles sobre el trabajo de Marzano.

ACS Marzano: telegrama del 3/9/1954 en b. 4, fasc. 1066-1, después de la peregrinación a Polsi el año anterior; telegrama del 2/9/1955 en b. 4, fasc. 1066-1, peregrinación sin incidentes; telegrama del 26/10/1955 b. 4, fasc. 1066-1, arresto de los chantajistas de Aloi; telegrama de 25/9/1955 en b. 4, fasc. 1066-1, falsificador de documentos de identidad; telegrama del prefecto del 19/9/1955, b. 4, fasc. 1066-2, operación de Marzano a solas; carta del 30/9/1955 de Marzano a Tambroni. B. 4, fasc. 1066-2, envío «zalamero» de Marzano.

Historia de Capua: informe del prefecto fechado el 4/1/1956 en ACS Marzano, b. 363, fasc. 6995-66.

Amistad de Capua con gángsteres: informe del prefecto del 20/9/1955 en b. 4, fasc. 1066-2.

Catalano: véase el informe del prefecto al Min. del Int. del 28/10/1955 en b. 4, fasc. 1066-2.

Sobre el registro policial de una casa y el hallazgo de un manual que contenía las reglas de la 'Ndrangheta, véase el mensaje de telégrafo fechado el 29/5/1955, ACS Marzano, b. 4, fasc. 1066-1.

De la falta de efectividad a largo plazo de la Operación Marzano, es posible obtener algunos indicios en ACS, Min. Int. Gab. 1957-1960, b. 4, fasc. 11001/66, «Relazioni prefetto Reggio Calabria 1957-60».

Bocca, G., «Delianuova Paese del West», *L'Europeo*, 11/9/1955.

Cervigni, G., «Antologia della fibbia», *Nord e Sud*, 18, 1956, cita a Tambroni en lo de «no conceder prebendas», p. 66, y la carta pastoral del arzobispo de Reggio Calabria, p. 65.

Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma, 1992, sobre la Operación Marzano, es una lectura

esencial para conocer todo el episodio. Véanse particularmente las páginas en las que se advierte del peligro, p. 251; «o votan por los democristianos o los mato», p. 273.
Radi, L. *Tambroni trent'anni dopo. Il luglio 1960 e la nascita del centrosinistra*, Bolonia, 1990.
Il Mattino ofrece una cobertura interesante de toda la Operación Marzano, como en «Nella zona dell'Aspromonte non esistono più "intoccabili"», 7/9/1955, sobre Romeo.

Fuentes en Corrado Alvaro:

Alvaro, C., «La gran cuccagna degli usurai sul cumulo di antiche miserie», *La Stampa*, 30/11/1949. Niega la existencia de la mafia calabresa.
—, «La Fibbia», *Corriere della Sera*, 17/9/1955.
—, «I briganti», *Corriere della Sera*, 18/5/1955.
—, *Ultimo Diario (1948-56)*, Bompiani, Milán, 1959, para conocer sus recuerdos de la 'Ndrangheta, incluyendo de manera desconcertante el fracaso a la hora de elegir al *capo della provincia* en 1948. El cuento (¿?) «Angelino» trata el mismo episodio, incluido en *Parole di notte*, forma parte de C. Alvaro, *Opere, Romanzi brevi e racconti, Settacinque racconti* (1955), Milán, 1994.
Balduino, A., *Corrado Alvaro*, Milán, 1965.
Carteri, G., *Corrado Alvaro e la Madona di Polsi*, Soveria Mannelli, 1995.
Cingari, G. *La «politica» di Corrado Alvaro*, Roma, 1978, especialmente S. Staiti, «Un incontro con Alvaro», que retrata a Alvaro manifestando, durante la Operación Marzano, que la mafia calabresa, a diferencia de la siciliana, era «una auténtica modalidad de caballería», p. 108.
Morace, A. M. y A. Zappia (eds.), *Corrado Alvaro*, Reggio Calabria, 2002.
Vento, L., *La personalità e l'opera di Corrado Alvaro*, Chiaravalle Centrale, 1979.
Bibliografía sobre Nicola D'Agostino, el alcalde izquierdista de Canolo asociado con el crimen organizado (el hijo de D'Agostino participó en la cumbre de Montalto y fue asesinado a tiros en 1976):
ACS, Min. Int., Direzione Generale Pubblica Sicurezza, Divisione Polizia Giudiziaria, Confino di Polizia e Confino Speciale per mafiosi (sez. II) 1945-1956, D'Agostino Nicola, b. 4.
Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma, 1992, p. 265.
D'Errico, U., *Criminalità organizzata e política in Calabria fra XIX e XX secolo*, Università degli Studi di Roma «La Sapienza», Facoltà di Lettere e Filosofia - Corso di Laurea in Lettere, Cattedra di Storia Contemporanea (tesis de grado), 2009.
Fiumanò, A. y R. Villari, «Politica e malavita ("L'operazione Marziano")», *Cronache meridionali*, II, 10, 1955.
Gratteri, N. y A. Nicaso, *Fratelli di sangue*, Milán, 2010, sobre el clan D'Agostino.
Hobsbawm, E. J., *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Londres, 1965 (edición original 1959).
Longone, R., «Il ministro Tambroni e il sottosegretario Capua in disaccordo nel valutare la situazione esistente nelle province calabresi», *L'Unità*, 10/9/1955.
Manfredi, G., «Mafia e società nella fascia ionica della provincia di Reggio Calabria: il "caso" di Nicola D'Agostino», en S. Di Bella (ed.), *Mafia e potere: società civile, organizzazione mafiosa ed esercizio dei poteri nel Mezzogiorno contemporaneo*, 3 vols., Soveria Mannelli, 1983-1984.

Sobre otro alcalde izquierdista asociado a la mafia calabresa, véase el famoso caso de Pasquale Cavallaro en Caulonia, en la siguiente bibliografía:

ACS, Min. Int., Dir. Gen. Pubblica Sicurezza, Divisione polizia giudiziaria, Confino per comuni e mafiosi, b. 47. Contiene informes fascistas sobre las actividades «subversivas» de Cavallaro que condujeron al período que cumplió de exilio interior.

Ammendiola, I. y N. Frammartino, *La repubblica rossa di Caulonia*, Reggio Calabria, 1975.

Cavallaro, A., *La rivoluzione di Caulonia*, Milán, 1987.

—, *Operazione «armi ai partigiani». I segreti del Pci e la Repubblica di Caulonia*, Soveria Mannelli, 2009.

Ciconte, E., *All'assalto delle terre del latifondo. Comunisti e movimiento contadino in Calabria (1943-1949)*, Milán, 1981.

Cinanni, P., *Lotte per la terra e comunista in Calabria (1943-1953): «Terre pubbliche» e Mezzogiorno*, Milán, 1977.

Crupi, P., *La Repubblica rossa di Caulonia. Una rivoluzione tradita?*, Reggio Calabria, 1977.

De Stefano, G., «La "repubblica di Cauloni"», *Il Ponte*, 1950.

Di Landro, O. R., *Caulonia. Dal fascismo alla repubblica*, Reggio Calabria, 1983.

Fiumanò, A. y R. Villari, «Politica e malavita ("L'operazione Marzano")», *Cronache meridionali*, II, 10, 1955.

Gambino, S., *In fitte schiere*, Chiaravalle, 1981.

Mercuri, G., *Cavallaro e la repubblica di Caulonia*, Catanzaro, 1982.

Misiani, S., *La Repubblica di Caulonia*, Soveria Mannelli, 1994.

Paparazzo, A., «Lotte contadine e comportamenti culturali delle classi subalterne. Il caso della rivolta di Caulonia» en M. Alcaro y A. Paparazzo (eds.), *Lote contadine in Calabria (1943-1950)*, Lerici, 1976.

Teti, V., «La "banda" di Cavallaro», *Quaderni del Mezzogiorno e le Isole*, noviembre, 1977.

Más documentación de la era fascista sobre Cavallaro en ACS, Min. del Int., Dir. Gen. amministrazione civile, Podestà e consulte municipali, Reggio Calabria, Caulonia, b. 241.

El presidente regulador del precio de la patata (y su viuda)

Il Mattino es la fuente contemporánea fundamental para mi descripción de la época tanto del asesinato como del juicio. Como los de Marmo, me parecieron muy perspicaces los artículos de Etta Comito. Federico Frascani escribió dos artículos que son importantes para entender el papel del presidente regulador de los precios: «Due testimoni importanti», 14/4/1959; y «Svelato it retroscena del mercato ortofrutticolo», 15/4/1959. Para el juicio en sus aspectos más generales, véanse: E. Marcucci, «Le lettere di Pupetta al fidanzato "Pascalone"», 14/4/1959, «My nice Tarzan» («Mi buen Tarzán»); «Drammatico confronto tra Pupetta el'autista "Sansone"», 10/4/1959, «You are all lying here» («Todos estáis mintiendo»); E. Comito, «Due mani nervose ed un fazzoletto», 9/4/1959; «Pascalone confidò anche allo zio i nomi dei presunti mandanti»,

22/4/1959, sobre «Yul Brynner»; para otras cifras del juicio y Gaetano Orlando, véanse varios artículos del 1/4/1959.

Complementé *Il Mattino* con artículos de otros diarios de la época, como «Pupetta Maresca piange e svela i segreti di spietate rivalità», *La Stampa*, 5/4/1959, «Maté por amor».

Gambino, S., *La mafia in Calabria*, Reggio Calabria, 1975. Sobre los mercados mayoristas en los pueblos calabreses.

Guarino, C., «Dai mafiosi ai camorristi», *Nord e Sud*, 13, 1955, ofrece cifras del comercio en frutas y verduras en todo el mercado.

Lanaro, S., *Storia dell'Italia repubblicana: dalla fine della guerra agli anni Novanta*, Venecia, 1992, sobre la recuperación económica.

Marmo, M., «La rima amore/onore di Pupetta Maresca. Una primadonna nella camorra degli anni cinquanta», *Meridiana*, 67, 2010. De lejos, la fuente más reveladora acerca de Pupetta.

Ricci, P., «La gran mamma. 150 anni di malavita napoletana», *Vie Nuove*, 1959, núms. 16-23.

Sales, I., «La sfida: il mercato ortofrutticolo», en *Le strade della violenza. Malviventi e bande di camorra a Napoli*, Nápoles, 2006.

Trionfera, R., «Sparava con due pistole per vendicare il marito», *L'Europeo*, 16/10/1955.

Tutino, G., «Camorra 1957», *Nord e Sud*, 37, 1957. Incluyendo lo relativo al mercado ganadero en Nola.

El caso Pupetta parece haber coincidido también con un mayor interés por los así llamados *magliari*: «Più di centro corone da ieri in via Baldacchini», *Il Mattino*, 21/7/1955; «Un carro a dieci cavalli pero il "magliaro" Pasquale Balsello», *Il Mattino*, 22/7/1955; «Rivalità, rancori e vendette alla base del nuovo delitto dei "magliari"», *Il Mattino*, 8/7/1955; I. Montanelli, «Le sorprendente i risorse dei famigerati "magliari"», *Corriere della Sera*, 8/10/1959.

3. EL MILAGRO ECONÓMICO DENTRO DE LA MAFIA

El rey del hormigón

Chubb, J., *Patronage, Power and Poverty in Southern Italy*, Cambridge, 1982. Sobre Nápoles y Palermo, los jóvenes sultanes y Ciccio Vassallo. «State parasitism and organized waste», citado

por Chubb, p. 32, a partir de A. Statera, «Chi semina miliardi raccoglie onorevoli», *L'Espresso*, 23/6/1974.
Coco, V. y M. Patti, *Relazioni mafiose. La mafia ai tempi del fascismo*, Roma, 2010. Sobre el padre de Salvo Lima, p. 35.
D'Antone, L., *Senza pedaggio. Storia dell'autostrada Salerno-Reggio Calabria*, Roma, 2008.
Ginsborg, P., *A History of Contemporary Italy. Society and Politics, 1943-1988*, Londres, 1990. Sobre el milagro.
Mafia e potere politico. Relazione di minoranza e proposte unitarie della commissione parlamentare d'inchiesta sulla mafia, Roma, 1976. Sobre Ciccio Vassallo, pp. 62 y ss.
Rosso, F., «Gli spietati clan di Sicilia», *La Stampa*, 14/3/1976. Sobre la vida de Vassallo y la familia Riccobono.
Santino, U. y G. La Fiura, *L'impresa mafiosa*, Milán, 1990. Sobre Ciccio Vassallo, pp. 128 y ss.
Walston, J., *The Mafia and Clientelism: Roads to Rome in post-war Calabria*, Londres/Nueva York, 1988.
Zagari, A., *Ammazzare stanca*, Roma, 2008. Sobre su padre y su cercanía a Varese.
Relazione sulle risultante acquisite nel corso dell'ispezione straordinaria svolto presso il comune di Palermo dal dottor Tommaso Bevivino», en Documentazione antimafia, vol. IV, tomo VI.
«Don Ciccio Vassallo impassibile attende "un colpo di telefono"», *Stampa Sera*, 10/6/1971 para la vista desde el monte Pellegrino.
«Cade colpito da due rivoltellate mentre torna dal brindisi di capodanno», *Stampa Sera*, 3/9/1963. Este y otros artículos, aparecidos en *La Stampa* en 1963, describen el ataque de Corino.
«Ora c'è la mafia delle autostrade», *La Stampa*, 3/3/1970. «Cuando los empresarios del norte vienen hasta Calabria».
Bardonecchia se ha convertido en una especie de clásico de la expansión mafiosa, gracias a dos excelentes documentos que me han servido de guía:
Sicarrone, R., *Mafie nuove, mafie vecchie. Radicameno ed espansione*, Roma, 1998. «Somos la raíz de todo aquí», citado en la p. 267.
Varese, F., *Mafias on the Move: How Organized Crime Conquers New Territories*, Princeton, NJ, 2011.

Gángsteres y «rubios»

Dagel Caponi, G. *Paul Bowles. Romantic Savage*, Carbondale, Ill., 1994. «Pienso que todos los que se benefician del mercado negro europeo están aquí», p. 46.
De Sica, V. *Lettere dal set*, Milán, 1987.
Diana, G. «La storia del tabacco in Italia», *Il Tabbaco*, de la edición 7(2), 1999. Cinco artículos descargables desde el sitio web del Istituto Nazionale di Economia Agraria, <http://wwwi.inea.it/ist/lista.htm>

Figurato, M. y F. Marolda, *Storia di contrabando. Napoli 1945-1981*, Nápoles, 1981.
Gershovich, M., *French Military Rule in Morocco. Colonialism and its Consequences*, Londres, 2000.
Guarino, N., «Sigarette di contrabbando: il traffico illecito di tabacchi a Napoli dal dopoguerra agli anni novanta», en G. Gribaudi (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009.
Gundle, S., *Bellissima: feminine beauty and the idea of Italy*, New Haven, Conn./Londres, 2007.
Paliotti, V., *Forcella, la kasbah di Napoli*, Nápoles, 1970.
Pennell, C. R., *Morocco since 1830. A History*, Londres, 2000.
Vaidon, L., *Tangier. A Different Way*, Metuchen, NJ, 1977.
«Graziata la donna che ogni diventava madre per evitare il carcere», *La Stampa*, 23/01/1958.

La Cosa Nostra: el fin de los intocables

Arlacchi, P., *Addio Cosa Nostra. La vita di Tommaso Buscetta*, Milán, 1994. «Dominio del discurso incompleto».
Bernstein, L., *The Greatest Menace. Organized Crime in Cold War America*, Boston, 2002. «Los matrimonios entre ellos son significativos», agente Martin Pera del Federal Bureau of Narcotics (Agencia Federal de Narcóticos), citado en la p. 138; cifras de procesamiento del crimen organizado, p. 171.
Kennedy, R. F., *The Enemy Within*, Nueva York, 1960. [Hay trad. cast.: *El enemigo en casa*, Barcelona, Plaza & Janés, 1968.]
Lupo, S., *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008*, Turín, 2008.

La diáspora mafiosa

Calderone, A., y P. Arlacchi, *Gli uomini del disonore*, Milán, 1992. «Después de 1963, la Cosa Nostra dejó de existir en el área de Palermo», p. 72.
Gay, L., «L'attegiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la

camorra», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996.
La Torre, P., *Comunisti e movimento contadino in Sicilia*, Roma, 1980.
Lodato, S.,*Venti anni di mafia*, Milán, 1999. «¿Y eso qué es? ¿Una marca de queso?», p. 48.
Lupo, S., *Storia della mafia*, Roma, 1993.
Pezzino, P., *Mafia: Industria della violenza*, Florencia, 1995.
Renda, F., *Storia della mafia*, Palermo, 1997.
Semeraro, W., «Lo scandalo di Agrigento impallidisce dinanzi ai fatti che abbiamo in archivio», *Giornalle di Sicilia*, 6/8/1966. «La Mafia de Sicilia es una condición psicológica».
Tranfaglia, N., *Mafia, política, affari*, Roma-Bari, 1992. Extractos del informe final de la Comisión Parlamentaria de Investigación, citados en la p. 55 y en las pp. 154 y ss.
«Dichiarazione del compagno La Torre», *L'Unità*, 1/7/1963. «La verdad es que no hay ningún sector de la economía…».

La Camorra se «mafializa»

Arlacchi, P., *Addio Cosa Nostra. La vita di Tommaso Buscetta*, Milán, 1994. «Ahora hemos llegado a una cifra entre los treinta y cinco mil y los cuarenta mil cartones», p. 183; «mentalidad de timadores», «movimiento sigiloso», p. 185.
Barbagallo, F., *Il potere della camorra (1973-1998)*, Turín, 1999. Sobre el volumen de negocios de Zaza, p. 7.
Calderone, A. y P. Arlacchi, *Gli uomini del disonore*, Milán, 1992.
Istruttoria Stajano.
Monzini, P., *Gruppi criminali a Napoli e a Marsiglia. La delinquenza organizzata nella storia di due città (1820-1990)*, Roma, 1999. La cita de Arlacchi, en la p. 127, aporta estadísticas sobre el volumen de negocios del contrabando de tabaco.
Sales, I., *La camorra le camorre*, Roma, 2.ª edición, 1993.
«Ritorna in prigione la contrabbandiera», *Corriere della Sera*, 28/6/1992. Sobre el arresto de Concetta Muccardo por el cargo de traficar con heroína.

Los recolectores de setas de Montalto

Arlacchi, P., *La mafia imprenditrice. Dalla Calabria al centro dell'inferno*, Milán, 2007 (edición original 1982). Sobre que el 55 por ciento del traslado de tierra y los subcontratos de transporte iban a Piromalli, p. 104.
Boemi, S., «L'atteggiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la 'Ndrangheta», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996.
Ciconte, E., *'Ndrangheta dall'Unità a oggi*, Roma, 1992.
Gambetta, D., *The Sicilian Mafia*, Londres, 1993.
Gambino, S., *La mafia in Calabria*, Reggio Calabria, 1975.
La mafia a Montalto. Sentenza 2 ottobre del Tribunale di Locri, Reggio Calabria, 1971. «¡Aquí no hay una 'Ndrangheta de Mico Tripodo!», p. 27; «superficiales» y «poco metódicas», p. 128; «una especie de vacuna reconstituyente en el organismo de estas sociedades criminales, que son hoy más vigorosas y eficaces que nunca», p. 207; «un símbolo viviente de la omnipotencia e invencibilidad del crimen organizado», p. 258; «Este argumento puede parecer un gesto de travestismo», p. 258.
Lupo, S., *Storia della mafia*, Roma, 1993. «¿Reprimir qué? ¿Una idea? ¿Una mentalidad?», p. 181.
Pierini, F., «I mafiosi si difendono sull'Aspromonte. Non abbiamo sparato», *L'Europeo*, 13/11/1969.
Processo Olimpia. «Este hombre era el jefe supremo», de «Parte IIº: Anni Settanta: Da Montalto al convegno di contrada Acqua del Gallo», p. 288, palabras del desertor de la 'Ndrangheta Giacomo Lauro.
Silvestri, F., «Dinasty della Piana», *Narcomafie*, febrero, 1999.
«Sentenza, emessa il 22 dicembre 1968 dalla Corte di Assise di Catanzaro, nei confronti di Angelo La Barbera ed altri, imputati di vari omicidi, sequestri di persone, violenza privata ed altri reati», en Documentazione antimafia, vol. 4, tomo 17.
«Ora c'è la mafia delle autostrade», *La Stampa*, 3/3/1970. «Siempre hay alguien que se rebela contra el monopolio de alguna *cosche*».

Los mafiosi *en las barricadas*

Ciconte, E., *Processo alla 'ndrangheta*, Roma-Bari, 1996.
Cuzzola, F., *Reggio 1970. Storie e memorie della rivolta*, Donzelli, Roma, 2007.
Ginsborg, P., *A History of Contemporary Italy. Society and Politics, 1943-1988*, Londres, 1990.
Processo Olimpia.

La industria del secuestro

Ballinari, L., y C. Castellacci, *Carceriere fuorilegge: la storia del sequestro di Cristina Mazzotti (Fatti e misfatti)*, Milán, 1978. «Nuestras conversaciones volvían siempre al delito del momento», p. 39.

Calderone, A., y P. Arlacchi, *Gli uomini del disonore*, Milán, 1992. «La Mafia no se dedica a la prostitución», p. 5; «la Mafia no tenía dinero», pp. 85-86; el secuestro de Corleo fue «un asunto extremadamente serio que creó una gran conmoción en la Cosa Nostra», p. 130.

Cancila, O., *Palermo*, Bari, 2000.

Deaglio, E., *Raccolto rosso: la mafia, l'Italia e poi venne giù tutto*, Milán, 1995.

Fontana, B. y P. Serarcageli, *L'Italia dei sequestri*, Roma, 1991. Sobre 650 ciudadanos secuestrados por criminales, p. 214.

Gambetta, D., *The Sicilian Mafia*, Londres, 1993. «Este tío debe morir», p. 178.

Gambino, S., *La mafia in Calabria*, Reggio Calabria, 1975.

Istruttoria Stajano.

Maquiavelo, N., *El príncipe; La mandrágora*, trad. de Helena Puigdomènech, Barcelona, Cátedra, 2012 (1989).

Moroni, G., *Cronista in Calabria. Storie di 'ndrangheta, sequestri di persona, delitti eccellenti nel racconto di un giornalista-testimone*, Cosenza, 1993. «Les pedía, les rogaba a mis carceleros que me cortaran la oreja. Estaba absolutamente destruido, había perdido toda esperanza», p. 120; entre 1969 y 1988, setenta y dos personas desaparecieron y nunca más se las volvió a ver con vida, Pier Luigi Vigna citado en p. 220.

Pearson, J., *Painfully Rich. J. Paul Getty and His Heirs*, Londres, 1995. «Tengo catorce nietos», p. 176.

Rossani, O., *L'industria dei sequestri*, Milán, 1978.

Las impresiones de Berlusconi sobre Mangano («fue una persona que se portó extremadamente bien con nosotros») fueron emitidas en el programa radiofónico *28 minuti*, *RadioDue*, 9/4/2008. Consultado en YouTube: <http://www.youtube.com/watch?hl=it&gl=IT&v=PD4ixdKJzOE>.

«Rapito il figlio di Vassallo», *L'Unità*, 9/6/1971.

Tribunale di Palermo Il Sezione Penale, Sentenza nei confronti di Dell'Utri Marcello e Cinà Gaetano, 11/12/2004. «… compleja estrategia destinada a aproximarse al empresario Berlusconi», p. 171.

La Mamma Santissima y la primera guerra de la 'Ndrangheta

Arlacchi, P., *La mafia imprenditrice. Dalla Calabria al centro dell'inferno*, Milán, 2007 (edición original 1982). «Paolo y Giorgio De Stefano fueron a la universidad unos años», citado en la p. 129; una tajada de un 3 por ciento de las ganancias derivadas de la construcción de la planta

siderúrgica en Gioia Tauro, p. 115.
Barone, L., «L'ascesa della 'ndrangheta negli ultimi due decenni», *Meridiana*, 7-8, 1989-1990.
Boemi, S., «L'atteggiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la 'ndrangheta», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996. Cita tomada de Leonardo Messina, p. 13.
Ciconte, E., *Processo alla 'ndrangheta*, Roma-Bari, 1996. Sobre 233 asesinatos en tres años, p. 108.
Gambino, S., «Calabria: i nuovi "malavitosi"», *Il Ponte*, 11-12, 1976.
Ginsborg, P., *Italy and its Discontents*, Londres, Penguin, 2001. «Todas las cabezas de los servicios secretos, 195 oficiales de los varios cuerpos armados de la República», pp. 144-145.
Processo Olimpia. «Bastardización» de las reglas de la honorable sociedad: la expresión es del desertor de la 'Ndrangheta Gaetano Costa, p. 319.
Sciarrone, R., *Mafie nuove, mafie vecchie. Radicamento ed espansione*, Roma, 1998. Para una estadística comparada de los miembros de la Cosa Nostra y la 'Ndrangheta, pp. 53-54.
Silvestri, F., «Dinasty nella Piana», *Narcomafie*, febrero, 1999. «… solo quedaron los huesos de los muslos», p. 19.
«Caccia ai due killer del night di Reggio C.», *L'Unità*, 26/11/1974. Para saber del ataque al Roof Garden.

Breve historia del «caballo»

Homero, *Odisea*. Versión en español disponible en www.librosenred.com, p. 42.
Lamour, C. y M. R. Lamberti, *The Second Opium War*, Londres, 1972. Sobre 200.000 adictos a la heroína en Estados Unidos al finalizar la Primera Guerra Mundial, p. 7. [Hay trad. cast.: *La nueva guerra del opio*, Barcelona, Barral Editores, 1973].
McCoy, A. W., *Drug Traffic. Narcotics and Organized Crime in Australia*, Sidney, 1980. En 1971, entre el 10 y el 15 por ciento del total de tropas norteamericanas estaba consumiendo heroína, p. 23.
—, *The Politics of Heroine: CIA complicity in the global drug trade*, Nueva York, 1991.
Pezzino, P., *Mafia: Industria della violenza*, Florencia, 1995. Reproduce importantes párrafos relativos a las drogas de la Commissione Parlamentare d'Inchiesta.
Sterling, C., *The Mafia*, Londres, 1990. «Estrella en alza de las drogas», citado en la p. 71.
Twitchett, D. y J. K. Fairbank (eds.), *The Cambridge History of China*, vol. 10, *Late Ch'ing, 1800-1911*, Parte I, editado por J. K. Fairbank. F. Wakeman Jr., «The creation of the treaty system». «El crimen internacional más prolongado y sistemático de los tiempos modernos», p. 213.
Willoughby, W. W., *Opium as an International Problem. The Geneva Conferences*, Baltimore, 1925. «En torno a 1924, el número de adictos a todas las drogas en Estados Unidos no era, con toda probabilidad, superior a unos ciento diez mil».

Mister Champagne: *corredor en el mercado de heroína*

Arlacchi, P., *La mafia imprenditrice. Dalla Calabria al centro dell'inferno*, Milán, 2007 (edición original, 1982). Alrededor de 1980, Italia contaba con más drogadictos per cápita que Estados Unidos, p. 187.

Barrese, O. (ed.), *Mafia, politica, pentiti: la relazione del presidente Luciano Violante e le deposizioni di Antonio Calderone, Tommaso Buscetta, Leonardo Messina, Gaspare Mutolo: atti della Commissione parlamentare d'inchiesta sulla mafia*, Soveria Mannelli, 1993. «En el tráfico de drogas, si los negocios son reducidos los puede gestionar una familia», p. 420; «¡Dios bendiga estas cárceles!», p 497.

Deaglio, E., *Raccolto rosso: la mafia, l'Italia e poi venne giù tutto*, Milán, 1995.

Galluzzo, L., F. La Licata, S. Lodato (eds.), *Rapporto sulla mafia degli anni '80*, Palermo, 1986. De la suite en el Hotel Michelangelo, de cinco estrellas, que usaba como oficina, p. 322.

Istruttoria maxiprocesso, vol. 9. Ferrari Dino y Alfa Romeo GTV 2000, p. 1.763.

Paoli, L., *Mafia Brotherhoods: organized crime, Italian Style*, Oxford, 2003.

Scafetta, V., *U Baruni di Partanna Mondello. Storia di Mutolo Gaspare mafioso, pentito*, Roma, 2003. «Nunca he tenido miedo la tarde antes de matar a alguien», p. 55; «Lo único que hay que hacer es establecer buenas relaciones con unos pocos administradores locales», p. 61; «Señores, tenemos la opción de ganar diez veces más con las drogas», p. 63; «Si hay algún pillo en esta historia, esos son los suizos», p. 62; «Gaspare, prométemelo: tan pronto como salgas, llámame», p. 65.

Stille, A., *Excellent Cadavers*, Londres, 1995. Una buena reconstrucción periodística de los dramáticos acontecimientos de Sicilia en la década de 1980, a la que me he ceñido en este capítulo y los siguientes.

El Sindicato Transatlántico

Blickman, T., «The Rothschilds of the Mafia on Aruba», *Transnational Organized Crime*, vol. 3, n.º 2, 1997.

Corte Suprema di Cassazione, Seconda parte penale, Sentenza Andreotti, 15/10/2004. «Una disponibilidad constante y muy fraternal», p. 83.

Istruttoria maxiprocesso, vol. 5, p. 847. Reproduce la conversación en la heladería de Saint-Léonard, en la Pequeña Italia de Montreal.

Jamieson, A., «Cooperation Between Organized Crime Groups Around The World», *Jahrbuch für internationale Sicherheitspolitik*, diciembre, 1999. Para las facetas transnacionales del Sindicato Transatlántico, y el matrimonio del hijo de Pasquale Cuntrera, p. 68.

Lupo, S., *Quando la mafia trovò l'America. Storia di un intreccio intercontinentale, 1888-2008*,

Turín, 2008. Para un sagaz análisis de este episodio y (lo que Lupo denomina) la «tercera mafia».
Pistone, J. D., *Donnie Brasco*, Nueva York, 1989.

El Profesor

Barbagallo, F., *Il potere della camorra (1973-1998)*, Turín, 1999. Siete mil afiliados a la NCO, p. 13.
Ciconte, E., *Processo alla 'ndrangheta*, Roma-Bari, 1996. Iniciación de Cutolo en la 'Ndrangheta, pp. 108-110.
Cutolo, R., *Poesie e pensieri*, Nápoles, 1980.
De Gregorio, S., *Camorra*, Nápoles, 1981. Cita fragmentos de los análisis psiquiátricos de Cutolo, p. 34.
Jacquemet, M., *Credibility in Court. Communicative Practices in Camorra Trials*, Cambridge, 1996. Reclusos jóvenes en Campania, p. 29; gastos de manutención de Cutolo en prisión, p. 43.
Jouakim, M., *'O Malommo*, Nápoles, 1979.
Lamberti, A., «"Imposture" letteraria e "simulacra" poetici. Il ruolo di Ferdinando Russo nella costruzione dell'immaginario di massa sulla "camorra"», en P. Bianchi y P. Sabbatino (eds.), *Le rappresentazioni della camorra*, Nápoles, 2009.
Rossi, L., *Camorra. Un mese a Ottaviano il paese in cui la vita di un uomo non vale nulla*, Milán, 1983. Incluye las terribles entrevistas con jóvenes *camorristi* que he citado aquí, y una introducción muy provechosa sobre las «versiones sureñas del Bronx» en Campania, de Pino Arlacchi.
Savio, M., y F. Venditti, *La mala vita. Lettera di un boss della camorra al figlio*, Milán, 2006. Este camorrista cercano a Cutolo es la fuente del desafío de Cutolo a *'o Malommo* y sus aptitudes como «reclutador de talentos», pp. 35-37.
La Stampa: en torno al primer asesinato de Cutolo. «Sfiora una ragggaza con l'auto, provoca un litigio e uccide il paciere», 26/2/1963 y «Ergastolo all'automobilista che uccise a rivoltellate un passante dopo un incidente», 29/12/1965; sobre Cutolo como narcotraficante, «Dirigevano dal manicomio il traffico di stupefacienti», 13/10/1974.

4. LA MATANZA

Orgía de sangre

Allum, P., y F. Allum, «The resistible rise of the New Napolitan Camorra», en S. Gundle y S. Parker (eds.), *The New Italian Republic*, Londres, 1996. Más de 900 personas murieron en las guerras de la Camorra de 1979-1983, p. 238.

Brancaccio, L., «Guerre di camorra: i clan napoletani tra faide e scissioni», en G. Gribaudi (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009. Para un análisis más profundo de las cifras.

Commissione parlamentare antimafia, Camorra e politica: relazione approvata dalla Commissione il 21 dicembre 1993, Roma, 1994. Para un cálculo de los muertos habidos entre 1981 y 1990, p. 3.

Deaglio, E., *Raccolto rosso: la mafia, l'Italia e poi venne giù tutto*, Milán, 1995. Estimación del total de muertes en las guerras mafiosas en comparación con las de Irlanda del Norte, p. 9.

Hoffmann, P., «Italy gets tough with the mafia» («Italia adopta mano dura con la Mafia»), *New York Times*, 13/11/1983. Para las opiniones de Alberto Moravia.

Messina, F., «Cosa Nostra trapanese: gli anni del dominio corleonese», capítulo de tesis doctoral inédita, 2011.

Sutton Index of Deaths. Fuente on line para calcular el número de víctimas en los acontecimientos de Irlanda del Norte: <http://cain.ulst.ac.uk/sutton/>

«Palermo capitale mondiale dell'eroina», *La Stampa*, 10/10/1981. «Orgía de sangre».

«Altro omicidio ieri a Palermo», *La Stampa*, 31/12/1982. «¡No te mueras!».

Las cifras sobre el número de muertos provienen de varias ediciones de *La Stampa*.

La Nuova Famiglia: retrato grupal

Corte di Assise di Santa Maria Capua Vetere, Sentenza contro Abbate Antonio, + 129. «Sentenza Spartacus», 15/9/2005.

De Gregorio, S., *I nemici di Cutolo*, Nápoles, 1983. «… muchos de los crímenes llevados a cabo por Umberto Ammaturo eran, en rigor, concebidos en la mente de ella», p. 38; «Si Cutolo estuviese aquí en mi lugar, no estarían haciendo tanto estruendo», p. 33.

Gay, L., «L'atteggiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la camorra», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996.

Longrigg, C., *Mafia women*, Londres, 1997. [Hay trad. cast.: *No hagas preguntas: la vida secreta de las mujeres de la mafia*, Barcelona, Ediciones B, 2005].

Maradona, D. A., *Yo soy el Diego*, Buenos Aires, Planeta, 2002. «Reconozco que era algo atrapante, ese mundo», pp. 59-60.

Marmo, M., «La rima amore/onore di Pupetta Maresca. Una primadonna nella camorra degli anni cinquanta», *Meridiana*, 67, 2010.

Sales, I., *Le strade della violenza: malviventi e bande di camorra a Napoli*, Nápoles, 2006. «Un día la gente de Campania entenderá que vale más comerse un mendrugo de pan en libertad» y «A mi modo de ver, eran solo *mafiosi* a medias», p. 154; «En Forcella no es posible vivir sin transgredir las leyes», p. 173.

«Ucciso e mutilato un uomo di Cutolo», *La Stampa*, 22/1/1982. «Fanático demente y diabético».

«Pupetta Maresca sfida il "boss" Cutolo», *La Stampa*, 14/2/1982.

«Il boss replica alla Maresca», *L'Unità*, 20/2/1982. «Quizá Pupetta dijo todo eso para llamar la atención».

«Morti ammazzati 515 e 130 desaparacidos di lupara», *Stampa Sera*, 7/1/1983. Sobre 364 sujetos asesinados; asesinato de Annamaria Esposito.

«Maradona alle nozze del boss», *L'Unità*, 14/3/1989.

«"Bambulella", il camorrista decapitato. Dopo 27 anni trovati i suoi assassini», *Corriere del Mezzogiorno*, 13/2/2009.

Economía de la catástrofe

Barbagallo, F., *Napoli fine Novecento: politici, camorristi, imprenditori*, Turín, 1997.

—, *Il potere della camorra (1973-1998)*, Turín, 1999.

Chubb, J., «Three earthquakes: political response, reconstruction and the institutions: Belice (1968), Friuli (1976), Campania (1980)», en J. Dickie, J. Foot, F. M. Snowden (eds.), *Disastro! Disasters in Italy since 1860: culture, politics, society*, Palgrave, 2002.

Commissione parlamentare antimafia, Camorra e politica: relazione approvata dalla Commissione il 21 dicembre 1993, Roma, 1994. Sobre Cirillo y el clientelismo, p. 135; «para demostrarle a Cutolo que estaba acabado», p. 165.

Sales, I., *La camorra le camorre* (2.ª edición), Roma, 1993. «No estoy diciendo que no me hubiera causado placer quitármelo de en medio», p. 80.

Saviano, R., *Gomorra: viaggio nell'impero economico en el sogno di dominio della camorra*, Milán, 2006. Sobre la duradera repercusión de *Il camorrista*, p. 275. [Hay trad. cast.: *Gomorra: viaje al imperio económico y al sueño de dominio de la camorra*, Barcelona, Debate, 2008].

Travaglio, M., «Un altro martire», blog de <www.voglioscendere.ilcannocchiale.it>, 10/8/2008. Para ver extractos de la sentencia judicial relativa a Gava.

La Storia Siamo Noi: Il caso Cirillo. Documental de televisión con múltiples entrevistas a los protagonistas en <http://www.lastoriasiamonoi.rai.it/puntate/il-caso-cirillo/798/default.aspx>. «En el número 275 de la Riviera di Chiaia, bajo un cubo de basura, encontrarán el comunicado número uno».

«Il Pci si chiede "Chi ha pagato"?», *La Stampa*, 25/7/1981. «Sin ninguna negociación ni concesión por parte de los órganos del Estado enfrentados al chantaje de una banda armada».

La Banda della Magliana y la Sacra Corona Unita

Ciconte, E., *Storia criminale. La resistibile ascesa di mafia, 'ndrangheta e camorra dall'Ottocento ai giorni nostri*, Soveria Mannelli, 2008. Para conocer interesantes apuntes sobre el incremento de los lazos entre las distintas mafias, y sobre la Mala Vita.

«Commissione parlamentare d'inchiesta sul fenomeno della mafia e sulle altre associazioni criminali similari», *Mafia, politica, pentiti: la relazione del presidente Luciano Violante e le deposizioni di Antonio Calderone, Tommaso Buscetta, Leonardo Messina, Gaspare Mutolo*, Soveria Mannelli, 1993. «En el Piamonte, los calabreses se han tomado la región», testimonio de Leonardo Messina, pp. 321-322.

Di Fiore, G., *Io, Pasquale Galasso, da studente in medicina a capocamorra*, Nápoles, 1994. «Todos corrían igual a sumarse a la Cosa Nostra», p. 141.

Ginsborg, P., *Silvio Berlusconi: television, power and patrimony*, Londres, 2005. El primero era «semilimpio», cita tomada de F. Tamburini, *Misteri d'Italia*, Milán, 1996. [Hay trad. cast.: *Silvio Berlusconi: televisión, poder y patrimonio*, Madrid, Ediciones Akal, 2006].

Massari, M., *La Sacra Corona Unita: potere e segreto*, Roma, 1998. «Nunca permitir que ninguna familia de otras regiones rija sobre nuestro territorio», p. 15; «Por esa época, los hombres de Cutolo se sentían como el mismísimo Dios todopoderoso», p. 17; «Quería que dibujara un triángulo, el signo de la Santísima Trinidad», pp. 18-19; «ocho hombres anónimos, invisibles y bien armados», p. 32.

«Rapporto del Questore di Bari al Procuratore del Re rivelante l'esistenza in Bari della Mala Vita», 22/8/1890. Reproducido en C. D'Addosio, *Il duello dei camorristi*, Nápoles, 1893, pp. 141 y ss. La Mala Vita era también ampliamente cubierta en la prensa, incluso en el Reino Unido. Su irrupción guarda muchas similitudes con la de la 'Ndrangheta en la misma época. La Mala Vita, sin embargo, no parece haber echado raíces.

Sciarrone, R., *Mafie nuove, mafie vecchie. Radicamento ed espansione*. Roma, 1998. «En 1982 participé en una reunión de todos los "locales" del Piamonte. Había allí unas setecientas personas», p. 235.

Tribunale Penale di Roma, Ufficio Istruzione, Ordinanza-Sentenza contro Abbatino Maurizio + 237 (Banda della Magliana). «Decidimos intentar llevar a cabo en Roma la misma operación que Raffaele Cutolo estaba llevando a cabo en Nápoles», p. 65.

«Così fu ucciso il duca Grazioli», *Corriere della Sera*, 5/10/1993. «Vete a casa y espera. Liberaremos a tu padre en pocas horas».

5. MÁRTIRES Y ARREPENTIDOS

Terror mafioso

Dino, A. (ed.), *Pentiti. I collaboratori di giustizia, le istituzioni, l'opinione pubblica*, Roma, 2006.

Gruppo Abele (ed.), *Dalla mafia a lo Stato. I pentiti: analisi e storie*, Turín, 2005.

Hess, H., *Mafia and Mafiosi. Origin, Power and Myth*, Londres, 1998. «Periodistas ávidos de sensacionalismo, juristas septentrionales confundidos y autores extranjeros», p. 3.

La Licata, F., *Storia di Giovanni Falcone*, Milán, 2002. Una buena biografía que he utilizado repetidamente en los siguientes capítulos. «Arruinando la economía de Palermo», p. 61; «Bueno, yo nunca… Estaba absolutamente seguro de que era tu turno», p. 54.

Lucentini, U., *Paolo Borsellino*, Cinicello Balsamo, 2003. Otra buena biografía que he utilizado de manera repetida en los siguientes capítulos. «Me había casado con un hombre labrado en la roca», p. 59.

Palazzolo, S., *I pezzi mancanti. Viaggio nei misteri della mafia*, Roma-Bari, 2010. «Las organizaciones mafiosas de Palermo se han vuelto fundamentales en el tráfico de heroína, en la oficina de transacciones hacia Estados Unidos», p. 39.

«Giornalista assassinato a Palermo», *L'Unità*, 27/1/1979.

«Noi politici siamo indifendibili», *L'Ora*, 10/3/1979. «[Una DC que] ya no viva para la construcción inmobiliaria y de la construcción inmobiliaria».

«S'intese col PCI e gli sparì l'auto», *Giornale di Sicilia*, 11/3/1979.

La combinación letal

Anremi, G., *La strategia vincente del Generale Dalla Chiesa contro le Brigate Rosse… e la mafia*, Roma, 2004.

Arlacchi, P., *et al*., *Morte di un generale. L'assassino di Carlo Alberto Dalla Chiesa, la mafia, la droga, il potere politico*, Milán, 1982.

Bascietto, G. y C. Camarca, *Pio La Torre. Una storia italiana*, Roma, 2008. «En un par de años, La Torre y yo deberíamos ser capaces de hacer las cosas más importantes», pp. 26-27.

Bocca, G., «Quell'uomo solo contro la mafia», *Repubblica*, 10/8/1982.

Burgio, G., *Pio La Torre. Palermo, la Sicilia, il PCI, la mafia*, Palermo, 2010. «Eres un chaval inteligente. Llegarás lejos», p. 47. «Es que no tragamos a este partido. Puede que allí en Rusia funcione, quizá…», p. 47.

Dalla Chiesa, C. A., *Michele Navarra e la mafia del corleonese*, edición de F. Petruzzella, Palermo, 1990.

—, *In nome del popolo italiano*, edición de N. Dalla Chiesa, Milán, 1997.

Dalla Chiesa, N., *Delitto imperfetto. Il generale, la mafia, la società italiana*, Milán, 1984. «¡Piérdete, mafioso!», p. 45; «He estado con Andreotti; y cuando le dije todo lo que sabía de su

gente en Sicilia, se puso lívido», p. 34; «Lo que temíamos ha sucedido», p. 122.
—, *Album di famiglia*, Turín, 2009.
De Simone, C., *Pio La Torre. Un comunista romantico*, Roma, 2002.
Frasca Polara, G., «Una vita contro la mafia», *L'Unità*, 1/5/1982.
La Torre, P., *Comunisti e movimento contadino in Sicilia*, Roma, 1980.
—, *Le ragioni di una vita*, Palermo, 1982.
Nese, M., y E. Serio, *Il Generale Dalla Chiesa*, Roma, 1982. Para la anécdota del regreso del padre de Dalla Chiesa a Italia, p. 9.
Palazzolo, S., *I pezzi mancanti. Viaggio nei misteri della mafia*, Roma-Bari, 2010.
Paternostro, D., *A pugni nudi: Placido Rizzotto e le lotte contadine a Corleone nel secondo dopoguerra*, Palermo, 2000.
Peci, P., *Io, l'infame*, Milán, 1983. «Su estilo era severo pero amable, autoritario pero gentil», p. 189.
Pio La Torre. 30 aprile 1982. Ricordi di una vita pubblica e privata, Palermo, 2007.
Rizzo, D., *Pio La Torre. Una vita per la politica attraverso i documenti*, Soveria Mannelli, 2003.
Repubblica, 29/3/1982. «No debería haber dificultades políticas».

Tapetes y drogas

Ascheri, G., *Tortora. Storia di un'accusa*, Milán, 1984. «Personalidad agresiva fuertemente condicionada por delirios de grandeza», p. 46; «Mi actual estatus de detenido, aún regido por los saludables principios del Honor», p. 39.
Coppola, F., «Ecco perché Tortora è innocente», *Repubblica*, 18/12/1986.
Foschini, M. V., y S. Montone, «Il proceso Tortora», en L. Violante (ed.), *Storia d'Italia. Annali 12. La criminalità*, Turín, 1997.
Galluzzo, L., F. La Licata, S. Lodano (eds.), *Rapporto sulla mafia degli anni '80*, Palermo, 1986. Para el tratamiento recibido por Buscetta en Brasil, véase la entrevista con Falcone, p. 35.
Jacquemet, M., *Credibility in Court. Communicative practices in the Camorra trials*, Cambridge, 1996.
Lumley, R., «The Tortora Case: The Scandal of the Television Presenter as Media Event», *The Italianist*, 6, 1986.
—, «The Tortora Case: Restoring the Image and Putting the System of Justice on Trial», *The Italianist*, 7, 1987.
Maxiprocesso: Tribunale Penale di Palermo, Ufficio Istruzione Processi Penali, Processo verbale di interrogatorio dell'imputato Tommaso Buscetta, 16/7/1984.
«C'era una volta Portobello», episodio de la serie de televisión *La storia siamo noi*: disponible en <http www.lastoriasiamonoi.rai.it>.
«Tra Tortora e il boss Cutolo stretta di mano all'Asinara», *Repubblica*, 3/12/1985. «No, mire: usted

es el jefe».

Cadáveres ambulantes

Dolci, D., *Banditi a Partinico*, 1955. Sobre la *cassetta*, p. 282.

Falcone, G., y M. Padovani, *Cose di Cosa Nostra*, Milán, 1991. «Fue como un profesor de idiomas que te permite ir a Turquía sin tener que comunicarte más por señas». [Hay trad. cast.: *Cosas de la Cosa Nostra*, Barcelona, Ediciones Barataria, 2006].

Forte, L., «20 anni fa», *Repubblica*, 28/7/2005. «En Palermo hay unos diez de nosotros que somos un verdadero peligro para la Mafia».

Lodato, S., *Trent'anni di mafia*, Milán, 2008. «Todo conspira para individualizar la lucha contra la Mafia», p. 120; «Tarde o temprano, todos los investigadores que se toman su trabajo en serio acaban siendo asesinados», pp. 166-167; «Mantenemos un ojo muy atento a los inquietantes sucesos que rodean tanto a la preparación del macrojuicio de Palermo como al macrojuicio contra la Camorra», pp. 166-167.

Lucentini, U., *Paolo Borsellino*, Cinisello Balsamo, 2003. «Es mejor que nos resignemos de una vez a lo que somos: cadáveres ambulantes», p. 122.

Lupo, S., «Alle origini del pentitismo», en A. Dino (ed.), *Pentiti. I collaboratori di giustizia, le istituzioni, l'opinione pubblica*, Roma, 2006.

Vasile, V., «La normalità a Palermo», *L'Unità*, 8/8/1985. «Ustedes conocían a Cassarà. Y ustedes entendían».

Entrevista de Antonino Caponnetto con Gianni Minà en 1992, disponible en varias versiones en YouTube. (Buscetta lo cambió todo «abriéndonos la puerta desde el interior»).

«Gian Giacomo Ciaccio Montalto», episodio de la serie de televisión *Blu notte*. Episodio emitido por primera vez en 2008. La calle en la que quedó desangrándose hasta morir era estrecha. Entrevista con el Procuratore della Repubblica Bernardo Petralia.

La capital de la Antimafia

Alongi, N., *Palermo. Gli anni dell'utopia*, Soveria Mannelli, 1997. «¿Por qué somos nosotros [es

decir, los comunistas] los únicos que hablamos de la Mafia?», p. 95; «El crimen callejero, operando en descubierto, está casi inextricablemente ligado a una compleja red de ocultos manipuladores», p. 16; «Durante casi una hora, el cardenal esperó en vano a que los reclusos abandonaran sus celdas», p. 29.

Catalanotto, P., «Dal carcere della Vicaria all'Ucciardone. Una riforma europea nella Palermo borbonica», *Nuovi Quaderni del Meridione*, 79, 1982.

Galluzzo, L., F. La Licata, S. Lodato (eds.), *Rapporto sulla mafia degli anni '80*, Palermo, 1986. «Han demostrado que, en la lucha contra la Mafia, las etiquetas políticas son irrelevantes», y el resto de la entrevista a Falcone, pp. 39-40.

Jamieson, A., *The Antimafia: Italy's Fight against Organized Crime*, Londres, 2000.

Lodato, S., *Trent'anni di mafia*, Milán, 2008. «Palermo ha sido siempre la capital de la Mafia. Pero quiero manifestar mi orgullo ante su capacidad de ser, hoy, también la capital de la Antimafia», p. 212; «La Iglesia está preocupada de que un juicio de esta envergadura termine atrayendo demasiada atención sobre Sicilia», p. 179; «Hoy en día la Mafia está fundamentalmente desconectada del poder», p. 182.

Maxiprocesso: Tribunale Penale di Palermo, Ufficio Istruzione Processi Penali, Processo verbale di interrogatorio dell'imputato Tommaso Buscetta, 16/7/1984 en adelante. «La presencia simultánea de tantos hombres de honor en la Ucciardone refuerza los lazos entre ellos», p. 376.

Santino, U., *Storia del movimento antimafia*, Roma, 2009, (edición actualizada).

Scheider, J. C. y P. T. Schneider, *Reversible Destiny: Mafia, Antimafia, and the Struggle for Palermo*, Berkeley, CA, 2003.

Stabile, F. M., *I consoli di Dio*, Caltanissetta, 1999.

El imperio sin ley

Barbagallo, F., *Napoli fine Novecento: politici, camorristi, imprenditori*, Turín, 1997.

—, *Il potere della camorra (1973-1998)*, Turín, 1999.

—, *Storia della camorrra*, Roma-Bari, 2010. «En los 80 nos dimos cuenta de que debíamos "industrializar las actividades mafiosas"», p. 154.

Commissione parlamentare antimafia, Camorra e politica: relazione approvata dall Commissione il 21 dicembre 1993, Roma, 1994. Estimación del número de clanes camorristas, p. 10; «Las actividades de la Camorra generan un fenómeno generalizado de "imperio sin ley"», p. 55; construcción de Pianura sin una sola licencia para construir, p. 61; «una cornubación solo comparable a algunas de las metrópolis que han crecido de manera rápida y caótica en Sudamérica o el Sudeste Asiático», p. 62; arresto de un antiguo alcalde, el jefe de una autoridad sanitaria local y tres gerentes bancarios, p. 47.

Corte di Assise di Santa Maria Capua Vetere, Sentenza contro Abbate Antonio, + 129, «Sentenza Spartacus», 15/9/2005.

De Gregorio, S., *I nemici di Cutolo*, Nápoles, 1983.
Della Porta, D., *Lo scambio occulto: casi di corruzione politica in Italia*, Bolonia, 1992.
Di Fiore, G., *Io, Pasquale Galasso, da studente in medicina a capocamorra*, Nápoles, 1994. «Cada uno seguía siendo autónomo. No éramos como la Mafia siciliana», p. 148.
Gay, L., «L'atteggiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze processuali acquisite: la camorra», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996. «Nos sentíamos como los israelíes enfrentados a los árabes», dicho por Pasquale Galasso; las empresas sicilianas de la construcción que operaban en Campania abandonaron de inmediato la región.
Processo Olimpia. «Vivía para hacer justicia porque era el emisario armado de la Madonna de Polsi», p. 517; «Grandes fluctuaciones en el poder. Matrimonios para establecer pactos. Alianzas secretas», p. 558; «los protagonistas de la guerra, que habían sido diezmados para entonces, se dedicaban a golpear a víctimas escogidas al azar», p. 653.
Sales, I., *La camorra le camorre*, Roma, 1993. Cifras de los clanes camorristas existentes, p. 7.
«Assalto alla villa del boss camorrista: tre morti e 2 feriti», *L'Unità*, 11/6/1984.

'U maxi

Ayala, G., *Chi ha paura muore ogni giorno. I miei anni con Falcone e Borsellino*, Milán, 2008.
Istruttoria Stajano. «Durante muchos años el Estado estuvo prácticamente ausente de la lucha contra la Mafia», p. 328.
La Licata, F., «La "finta giustizia" di Cosa Nostra», *La Stampa*, 4/10/1994.
Lo Forte, G., «L'attegiarsi delle associazioni mafiose sulla base delle esperienze Processuali acquisite: la mafia siciliana», *Quaderni del Consiglio Superiore della Magistratura*, 99, 1996.
Maxiprocesso: Tribunale Penale di Palermo, Ufficio Istruzione Processi Penali, processo verbale di interrogatorio dell'imputato Tommaso Buscetta, 16/7/1984 en adelante. «El papel de "los Salvo" en la Cosa Nostra es modesto. Su importancia política, en cambio, es enorme», p. 465.
Viviano, F., *Michele Greco il memoriale*, Roma, 2008.
«Anti-mafia trial to open in Sicily» («juicio antimafia comienza en Sicilia»), *New York Times*, 9/2/1986. «La fiscalía intentará probar cómo ciertos actos individuales forman parte de una vasta conspiración criminal surgida hace siglos».
«The Mafia is not dead» («la Mafia no ha muerto»), *Economist*, 15/2/1986. La Comisión como una entidad «cuasi mítica», p. 55.
«Cast assembles for Mafia show trial» («se reúne el elenco para el espectáculo del juicio a la Mafia»), *Observer*, 9/2/1986.
«Trial a challenge to might of mafia» («un juicio que desafía el poder de la Mafia»), *Guardian*, 10/2/1986. «Overtones of a Barnum and Bailey production» («Matices de una superproducción de Barnum y Bailey»).
«Anche Salvo non sa nulla», *La Stampa*, 21/6/1986. «Los Salvo pagaban a todos los partidos

políticos. Les daba dinero a todos ellos: sin excepciones»; «Parece usted aburrido».

«Sgomento a Palermo», *La Stampa*, 10/10/1986. «¡Y se hacen llamar hombres de honor!» «Nos unimos a la familia Domino en su dolor.»

«Maxiprocesso alla mafia», documental de la RAI disponible en YouTube. Incluye los «infames» deseos de paz de Michele Greco.

Un paso adelante, tres pasos atrás

Duggan, C., *Fascism and the Mafia*, New Haven, Londres, 1989.

Falcone, G. y M. Padovani, *Cose di Cosa Nostra*, Milán, 1991. «Se lo advierto, juez. Después de este interrogatorio, usted se convertirá en una celebridad», p. 44.

Galluzzo, L., F. Nicastro, V. Vasile, *Obiettivo Falcone. Magistrati e mafia nel Palazzo dei veleni*, Nápoles, 1989. «… distorsionado protagonismo» y «culto a la personalidad», p. 205; «nadie es irreemplazable… No existen los semidioses», p. 267; «¿Ha renunciado ya? Las cosas en Palermo siguen mal», p. 280.

La Licata, F., *Storia di Giovanni Falcone*, Milán, 2002. «Soy un cadáver ambulante», p. 113; «Un paso adelante, tres pasos atrás: así es como avanza la lucha contra la Mafia», p. 120.

Sciascia, L., *A futura memoria (se la memoria ha un futuro)*, Milán, 1989.

Falcone se va a Roma

Corte d'Assise di Caltanissetta, Sentenza nel procedimento penale contro Aglieri Pietro + 40 (el juicio por el asesinato de Falcone, su esposa y sus guardaespaldas). «Primero declarar la guerra al Estado, para después forjar la paz», p. 1.242; «destruir la facción política de Giulio Andreotti que lideraba [en Sicilia] Salvo Lima», p. 825.

Ginsborg, P., *Italy and its Discontents. Family, Civil Society and the State 1980-2001*, Londres, 2001.

Jamieson, A., *The Antimafia: Italy's Fight against Organized Crime*, Londres, 2000.

La Licata, F., *Storia di Giovanni Falcone*, Milán, 2002. «Sí, soy siciliano. Y para mí, la vida vale menos que este botón», p. 14; «Mi país no ha terminado de asimilar lo que acaba de suceder. Esto es algo histórico: este resultado ha hecho añicos el mito de que no es posible castigar a la Mafia»,

p. 163; «¿No lo entiende? Debe usted darse cuenta de que se ha roto un equilibrio, y que el edificio entero podría derrumbarse», p. 166.

6. La caída de la Primera República

Sacrificio

Corte d'Assise di Caltanissetta, Sentenza nel procedimento penale contro Aglieri Pietro + 40 (para detalles de la bomba de Capaci). «Giovanni, Giovanni», p. 146.

Lodato, S., *Venti anni di mafia*, Milán, 1999. «El Estado parecía un boxeador aturdido», p. 305.

Lucentini, U., *Paolo Borselino*, Cinisello Balsamo, 2003. «Cuando llevaba a cabo su trabajo, Giovanni Falcone era perfectamente consciente de que un día el poder del mal, la Mafia, lo asesinaría», pp. 260-262; «Él será primero, después me matarán a mí», p. 243.

El fin del viejo orden

Alajmo, R., *Un lenzuolo contro la mafia*, Palermo, 1993.

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010.

De Stefano, B., *I boss della camorra*, Roma, 2007.

Di Fiore, G., *Io, Pasquale Galasso, da studente in medicina a capocamorra*, Nápoles, 1994.

Gratteri, N. y A. Nicaso, *La malapianta*, Milán, 2010. Sobre la invitación de Riina a la 'Ndrangheta para que se uniera a la campaña de masacre, p. 63.

Gruppo Abele, *Dalla mafia allo Stato*, Turín, 2005. «Todo el mundo me vio, y yo inmediatamente pensé: ahora me van a arrestar», p. 461; «Hoy me siento como si fuese por entero uno de ellos, porque si uno lo piensa bien, estamos todos corriendo los mismos riesgos y luchando por la misma causa», p. 469.

Parrini, D., «Collaboratori e testimoni di giustizia. Aspetti giuridici e sociologici», en *L'altro diritto. Centro di documentazione su carcere, devianza e marginalità*, disponible en <http://www.altrodiritto.unifi.it/ricerche/law-ways/parrini/capI.htm#60>

Se pueden ver algunas de las pancartas de protesta colgadas en Palermo en el verano de 1992 en <http://www.rainews24.rai.it/it/foto-gallery.php?galleryid=165442&photoid=392267>

«La mafia dichiara guerra allo Stato. Dopo Falcone, uccisi Borsellino e cinque agenti», *La Stampa*, 20/7/1992.

Negociaciones con bombas: el nacimiento de la Segunda República

Ardita, S., *Ricatto allo Stato*, Milán, 2011. «Después de la segunda bomba, estábamos todos realmente dispuestos a que nos asesinaran», p. 7.

Colarizi, S. y M. Gervasoni, *La tela di Penelope. Storia della Seconda Repubblica*, Roma, 2012. «[no] acuerdo con el mafioso», p. 103.

Corte d'appello di Palermo, 29/6/2010. Sentenza d'appello nei confronti di Dell'Utri Marcello.

Farrell, N. y B. Johnson, «Forza Berlusconi», *The Spectator*, 6/9/2003. «Para hacer ese trabajo tienes que estar mentalmente perturbado, tienes que tener alguna perturbación psicológica», p. 16.

Ginsborg, P., *Silvio Berlusconi: television, power and patrimony*, Londres, 2005.

Procura della Repubblica presso il Tribunale di Palermo, Memoria a sostegno della richiesta di rinvio a giudizio, 5/11/2012. «El nuevo pacto de convivencia entre el Estado y la Mafia quedó finalmente sellado», p. 20.

Tranfaglia, N., *La mafia come metodo*, Milán, 2012. «Las negociaciones en curso fueron la principal razón de que se acelerara el plan para eliminar a Borsellino», p. 129.

Tribunale di Palermo. II Sezione penale presieduta da Leonardo Guarnotta. Sentenza nei confronti di Dell'Utri Marcello e Cinà Gaetano, 11/12/2004.

También he consultado la cobertura de prensa de las negociaciones entre el Estado y la Cosa Nostra; los artículos al respecto son demasiado numerosos para citarlos todos.

Fuccillo, M., «Vogliono colpirmi a tutti i costi…», *Repubblica*, 20/3/1994. «Todos votaremos por Berlusconi.»

7. La Segunda República y las mafias

La Cosa Nostra: la cabeza de la Medusa

Bellavia, E. y M. De Lucia, *Il cappio*, Milán, 2009. «Dices que tienes un contacto político de buen nivel», p. 244.

Caprì, C. y P. Maisano Grassi, *Libero. L'imprenditore che non si piegò al pizzo*, Roma, 2011. «Para los muchachos encerrados en la Ucciardone», p. 77.

Dino, A., *Gli ultimi padrini: indagine sul governo di Cosa Nostra*, Roma, 2012.

—, *La mafia devota: Chiesa, religione, Cosa Nostra*, Roma, 2008.

Direzione Investigativa Antimafia, Relazione secondo semestre 2011.

Falcone, G. y M. Padovani, *Cose di Cosa Nostra*, Milán, 1991. «Llegar a conocer a los *mafiosi* ha influido profundamente en mi forma de relacionarme con otra gente», p. 70.

Galli, A., *Cacciatori di mafiosi*, Milán, 2012. «La primera regla de un jefe es no abandonar jamás su territorio», p. 12.

Grassi, P., «La svolta: ora Confindustria può cacciare le mele marce», *Corriere del Mezzogiorno*, 29/1/2010.

Procura della Repubblica presso il Tribunale di Palermo, Direzione Distrettuale Antimafia, N. 18038/08 R. mod. 21 D.D.A. Fermo di indiziati di delitto, art. 384 segg. c.p.p. Adelfio Giovanni + 98 («Operazione Perseo»). «Si todos hacemos nuestra cosa, como hacen los napolitanos», p. 1.139; «Provenzano nunca fue investido formalmente por los demás jefes de distrito. Así que ejercía su supremacía de hecho, pero no oficialmente», p. 26; «una Comisión para lidiar con las cosas serias, con situaciones, y de esa manera todos seguiremos siendo amigos», p. 1.139.

Procura della Repubblica presso il Tribunale di Palermo, Direzione Distrettuale Antimafia, Fermo di indiziati di delitto, Casamento Filippo + 29, 2/2008 (Operazione «Old bridge»).

Sabella, A., *Cacciatore di mafiosi: le indagini, i pedinamenti, gli arresti di un magistrato in prima linea*, Milán, 2008.

Santino, U., *Storia del movimento antimafia. Dalla lotta di clase all'impegno civile*, Roma, 2009 (edición actualizada).

Tribunal de Distrito de Estados Unidos, Distrito Este de Nueva York, Acusación contra Joseph Agate y otros, 6/2/2008 (Operación «Old Bridge»).

Mis agradecimientos a Chiara Caprì por facilitarme la cita sobre el *Addiopizzo* del arrepentido de la Cosa Nostra.

La Camorra: una geografía del inframundo

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010. También se emplea este texto para los siguientes capítulos.

Cantone, R., *Solo per giustizia*, Milán, 2008.

—, *I gattopardi: uomini d'onore e colletti bianchi: la metamorfosi delle mafie nell'Italia di oggi*, Milán, 2010.

Gribaudi, G. (ed.), *Traffici criminali. Camorra, mafie e reti internazionali dell'illegalità*, Turín, 2009. Especialmente los siguientes ensayos: G. Gribaudi, «Introduzione», «*savoir-faire* criminal», p. 13; L. Brancaccio, «Guerre di camorra: i clan napoletani tra faide e scissioni» para las estadísticas sobre la tasa de asesinatos y el mercado de bienes falsificados; G. Gribaudi, «Clan camorristici a Napoli: radicamento locale e traffici internazionali»; A. M. Zaccaria, «Donne di camorra»; R. Sommella, «Le trasformazioni dello spazio napoletano: poteri illegali e territorio», el 22 por ciento en Campania en la «economía sumergida», p. 367; L. Mascellaro, «Territorialità e camorra: una proposta di lettura geografica dell'attività criminale»; L. D'Alessandro, «Città e criminalità: il comercio come chiave interpretativa», sobre los *magliari* y el comercio internacional de hoy; F. Beatrice, «La camorra imprenditrice»; A. Lamberti, «Camorra come "metodo" e "sistema"»; M. Anselmo, «L'impero del calcestruzzo in Terra di Lavoro: le trame dell'economia criminale del clan dei casalesi», cita el poema de Pasolini.

Marino, G., «L'ordine di norte arrivò dal telefonino», *Repubblica*, 29/5/2002. Menciona a las «gitanas», las «cerdas».

Marmo, M., *Il coltello e il mercato: la camorra prima e dopo l'unità d'Italia*, Nápoles, 2011.

Pasolini, P. P., *Le Ceneri di Gramsci. Poemetti*, Milán, 1957. [Hay trad. cast.: *Las cenizas de Gramsci*, Madrid, Visor Libros, 2009].

Tucci, C., «Draghi: la crisi ha reso le aziende più aggredibili dalla criminalità. Le mafie avanzano in Lombardia», *Il Sole 24 Ore*, 11/3/2011. «Las empresas ven cómo se va secando su flujo de dinero en efectivo, y sus activos caen en su valor de mercado», citado también en Barbagallo, *Storia della camorra*, p. 270.

Puede verse el vídeo del Festival de los Lirios en: <http://espresso.repubblica.it/multimedia/home/30547536>

«Ketty, una trans capeggiava gli Scissionisti», *Corriere del Mezzogiorno*, 12/2/2009.

«Festa gigli: distrutto l'Insuperabile. Ma i fans filano comunque con i loro colori», *Corriere del Mezzogiorno*, 29/9/2012. «Los mensajes que envía, el secreto escondido de esas maderas y ese cartón piedra».

La Camorra: un Chernóbil italiano

Barbagallo, F., *Storia della camorra*, Roma-Bari, 2010.

Capacchione, R., *L'oro della camorra*, Milán, 2008. Sobre la declaración de bienes en que se incluían cuarenta y cinco apartamentos y un hotel, hasta un valor total de 50 millones de euros, p. 167.

Corona, G., y D. Fortini, *Rifiuti. Una questione non risolta*, Roma, 2010.

Gribaudi, G., «Il ciclo vizioso dei rifiuti campani», *Il Mulino*, I, 2008.

Meridiana, 64, 2009, *Napoli emergenza rifiuti*. Especialmente los siguientes ensayos: G. Corona e M. Franzini, «Capire l'emergenza rifiuti a Napoli. Un'introduzione»; D. Fortini (G. Corona, ed.), «Ormai sono venti anni che il Paese è in emergenza rifiuti»; A. Di Gennaro, «Crisi dei rifiuti e governo del territorio in Campania»; M. Andretta, «Da *Campania Felix* a discarica. Le trasformazioni in Terra di Lavoro dal dopoguerra ad oggi»; D. Ceglie, «Il disastro ambientale in Campania: il ruolo delle istituzioni, gli interessi delle organizzazioni criminali, le risposte giudiziare», «efecto meteorito», p. 129; E. Giaccio, «Chiaiano 2.0», «El Estado está ausente, pero nosotros estamos aquí», p. 152.

Rabitti, P., *Eco valle*, Roma, 2008.

Testimonio del comisario regional para el asunto de la basura a la comisión parlamentaria: <http://www.camera.it/_dati/leg14/lavori/stenbic/39/2004/0727/s020.htm> «Ya sería un milagro si tan siquiera doscientas de las 2.316 personas hicieran de verdad algún trabajo».

«Camera nega arresto a Cosentino. Il deputato: 'Ringrazio parlamento, non Lega'», *Repubblica*, 1/12/2012.

Biùtiful cauntri (2007), documental. «Chernóbil italiano», dicho por magistrado Donato Ceglie.

Gomorra

Dal Lago, A., *Eroi di carta. Il caso Gomorra e altre epopee*, Roma, 2010.

Del Porto, D., «Minacce camorriste a Roberto Saviano. Finisce sotto scorta l'autore di Gomorra», *Repubblica*, 13/10/2006. «Iovine, Schiavone, Zagaria…, ¡no valéis nada!».

Dickie, J., «Gang rule», *The Guardian*, 12/1/2008. Algunas frases de este capítulo están tomadas de mi propia reseña del libro de Saviano.

Faenza, V., «Casalesi e l'affare rifiuti: "Inquinamento? Che ce ne frega, noi beviamo la minerale"», *Corriere del Mezzogiorno*, 4/2/2011.

Marmo, M., «Camorra come Gomorra. La città maledetta di Roberto Saviano», *Meridiana*, 57, 2006.

Santino, U., *Don Vito a Gomorra. Mafia e antimafia, tra papelli, pizzini e bestseller*, Roma, 2011.

Saviano, R., *Gomorra: viaggio nell'impero economico e nel sogno di dominio della camorra*, Milán, 2006.

Véase <http://www.ossigenoinformazione.it/> para tener información actualizada de las amenazas de muerte que reciben los periodistas.

La ‘Ndrangheta: tormenta de nieve

Bendinelli, T., «Cocaina, Brescia “sniffa” 625 mila euro al giorno», *Corriere della Sera*, 11/12/2012.

Bolzoni, A., «Palermo chiama Medellin», *Repubblica*, 23/2/1990. Sobre el *Big John*.

Brown, D., artículo inédito que investiga a los *mafiosi* calabreses en Queensland en la década de 1930.

Ciconte, E. y V. Macrì, *Australian ‘ndrangheta: i codici d’affiliazione e la missione di Nicola Calipari*, Soveria Mannelli, 2009.

Forgione, F., *Mafia Export. Politici, manager e spioni nella Repubblica della ‘ndrangheta*, Milán, 2012. «Hemos perdido imagen aquí… lo hemos perdido todo», p. 64.

Gratteri, N. y A. Nicaso, *Fratelli di sangue*, Milán, 2009. En torno a Joe Musolino, p. 237. [Hay trad. cast.: *Hermanos de sangre: historias de la ‘Ndrangheta, la mafia más poderosa*, Barcelona, Debate, 2009].

Nicaso, A., *‘Ndrangheta. Le radici dell’odio*, Roma, 2007.

Pignatone, G. y M. Prestipino, *Il contagio. Come la ‘ndrangheta ha infettato l’Italia*, Roma-Bari, 2012. En torno a los 2.000 kilos de cocaína confiscados en 2011, p. 91.

Processo Olimpia. Para el testimonio de Giacomo Lauro, especialmente el capítulo 7.

Sabella, A., *Cacciatore di mafiosi: le indagini, i pedinamenti, gli arresti di un magistrato in prima linea*, Milán, 2008.

Sciarrone, R., *Mafie nuove, mafie vecchie. Radicamento ed espansione*, Roma, 1998. Sobre los 5.500 kilos de cocaína con un 82 por ciento de pureza en un contenedor cerca de Turín, p. 245.

Istituto di ricerche farmacologiche «Mario Negri», Milán. Hay un informe que investiga la cocaína en el Po disponible en: <http://www.marionegri.it/mn/it/pressRoom/comStampa/archivioComunicat05/cocainaPo.xhtml>

La ‘Ndrangheta: el Gran Crimen

Abbate, L., «Calabria: la strage delle donne», *Espresso*, 24/7/2012.

Forgione, F., *‘Ndrangheta. Boss, luoghi e affari della mafia più potente al mondo. La relazione della Commissione Parlamentare Antimafia*, Milán, 2008.

Meridiana, 67, 2010, *Donne di mafia*. Serie de ensayos con la investigación más actualizada en torno al tema de las mujeres en todas las mafias. Para la ‘Ndrangheta, véase especialmente: O. Ingrasci, «Donne… ‘ndrangheta, ‘ndrine. Gli spazi femminili nelle fonti giudiziare».

Pignatone, G. y M. Prestipino, *Il contagio. Come la ‘ndrangheta ha infettato l’Italia*, Roma-Bari, 2012.

Procura della Repubblica presso il Tribunale di Reggio Calabria, Direzione Distrettuale Antimafia, Decreto di Fermo di indiziato di delitto, Agostino Anna Maria + 155 (Operazione Crimine).

Tribunale di Reggio Calabria, Sezione Gip-Gup, Sentenza resa nell'Operazione Crimine contro Agnelli Giovanni + 126, 8/3/2012. «Se reúnen en Calabria, pero no para decir "¿Qué vamos a hacer?"», p. 101; «una mujer da a luz, pero el cordón umbilical no se corta jamás», p. 101; sobre Tony Vallelonga, pp. 819-820.

«Arrestato Tony Marciano, il "re dei neomelodici" cantava per il clan», *Corriere del Mezzogiorno*, 4/7/2012.

Puede verse el vídeo de la reunión de 2009 en Polsi en: <http://www.youtube.com/watch?v=A790XiOt5WI>

Puede verse el vídeo de la reunión del 2009 en Paderno Dugnano en: <http://www.youtube.com/watch?v=aR7WQhq7TTI>

Bienvenidos a la zona gris

Bellavia, E. y M. De Lucia, *Il cappio*, Milán, 2009. Sobre robos de camiones, p. 103.

Bianconi, G., «Così si mimetizzano le mafie. Silenzi, complicità, omissioni: perché il contagio si allarga», *Corriere della Sera*, 12/11/2011. «Me preocupa menos la reacción de las organizaciones criminales que la de los políticos»; «El método de la Mafia, que implica propiciar privilegios ilícitos y anular la competencia».

Davigo, P. y L. Sisti, *Processo all'italiana*, Roma-Bari, 2012.

Delgrande, N. y M. F. Aebi, «Too much or not enough? Overcrowding in European prisons. An analysis based on SPACE statistics» («¿Demasiado o no lo suficiente? Hacinamiento en las cárceles europeas.

Un análisis basado en las estadísticas de ESPACIO»), Université de Lausanne, Institut de criminologie e de droit pénal, puede descargarse de: <http://ebookbrowse.com/overcrowding-cdap-rome-delgrande-121020-3-pdf-d432188927>.

Di Girolamo, G. *Matteo Messina Denaro. L'invisibile*, Roma, 2010.

Dino, A., *Gli ultimi padrini: indagine sul governo di Cosa Nostra*, Roma, 2012.

Franchetti, L., *Condizioni politiche e amministrative della Sicilia*, vol. I de L. Franchetti y S. Sonnino, *Inchiesta in Sicilia*, 2 vols., Florencia, 1974.

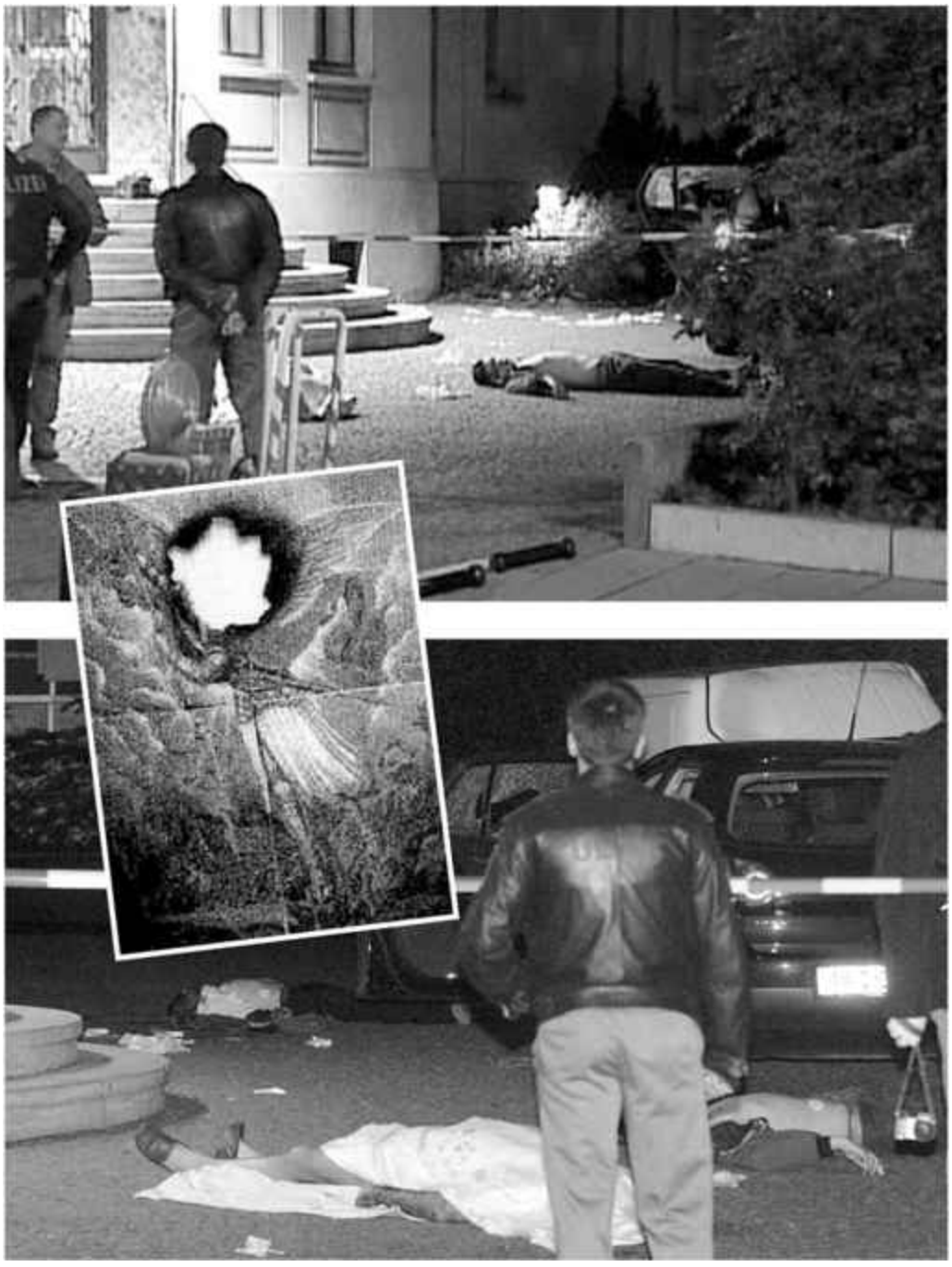
Macrì, C., «"Rapporti sospetti con le cosche". Sciolto il Comune di Reggio Calabria», *Corriere della Sera*, 9/10/2012.

Pignatone, G. y M. Prestipino, *Il contagio. Come la 'ndrangheta ha infettato l'Italia*, Roma-Bari, 2012. En torno a los delegados calabreses a la ANCE, p. 87.

Sabella, A., *Cacciatore di mafiosi: le indagini, i pedinamenti, gli arresti di un magistrato in prima línea*, Milán, 2008. «Cuando vienen ustedes a nuestras escuelas a hablar de justicia y del imperio de la ley», p. 246.

Ziniti, A., «Processo Talpe alla Dda, 7 anni a Cuffaro, riconosciuto il favoreggiamento alla mafia»,

Repubblica, 23/1/2010.
«Cosa Nostra, in manette l'erede di Riina», *Repubblica*, 14/4/1998. «La experiencia de los últimos veinte años nos ha servido para entender que nunca hay tiempo para el triunfalismo».
Ministero dell'Interno, Approfondimento. Direzione Centrale della Poliza Criminale-Programma Speciale di Ricerca-MESSINA DENARO MATTEO: <www.interno.gov.it/mininterno/export/sites/default/it/sezioni/sala_stampa/notizie/polizia/latitante matteo_messina_denaro.xhtml>. «Asociación mafiosa, asesinato, masacre, destrozos…».
Direzione Investigativa Antimafia, Relazione secondo semestre 2011. Sobre los 2.246 casos de vandalismo seguidos de incendios provocados en Sicilia, p. 24.
Banco Mundial, *Doing Business 2012*. Informe que puede descargarse desde: <http://www.doingbusiness.org/>. Para conocer las estadísticas sobre el sistema judicial italiano.
Véase <http://www.addiopizzo.org/> para saber de las suscripciones al día de hoy.



La masacre de Duisburg. El 15 de agosto de 2007, Europa toma al fin conciencia de la ‘Ndrangheta, la mafia más rica y poderosa de Italia. Una de las seis víctimas acababa de celebrar su dieciocho cumpleaños y su admisión en la honorable sociedad de Calabria. La imagen parcialmente quemada del arcángel Miguel (recuadro superior), empleada en los rituales de iniciación de la ‘Ndrangheta, fue hallada en su bolsillo.

© The British Library: (de Francesco de Bourcard, *Usi e Costumi de Napoli e contorni descritti e dipinti*, Volumen II, 1858).

Un grupo de *camorristi* soluciona sus diferencias con una partida de naipes; el juego fue una de las primeras actividades de la honorable sociedad.

© The British Library: (de Francesco de Bourcard, *Usi e Costumi de Napoli e contorni descritti e dipinti*, Volumen II, 1858).

La vestimenta ostentosa y la postura bravucona de un *guappo*, o jefe de barrio. En torno a la década de 1850, cuando se publicaron estas imágenes, la Camorra era ya una presencia muy visible en las calles de Nápoles.

Illustrated London News (1859)

El duque Sigismondo Castromediano, que analizó los métodos de la Camorra cuando estuvo en prisión, en la década de 1850. La definió como «una de las sectas más inmorales y devastadoras que la infamia humana ha podido concebir».

L'Illustration, 1860

Obrador del milagro. Liborio Romano, quien mantuvo el orden en Nápoles reclutando a la Camorra para que sustituyera a la policía después de junio de 1860.

Alfredo Comandini, *L'Italia nei centro anni del secolo XIX* (1801-1900) Volumen 3.

¿Anarquía en Nápoles? Una revuelta orquestada por la Camorra saquea las comisarías en junio de 1860.

L'Illustration, 1860

Una figura oscilante en las turbias intrigas napolitanas de 1860. A los treinta años, Marianna De Crescenzo, alias *la Sangiovannara*, adquirió fama por su carismático liderazgo de una revuelta patriótica. Siendo una próspera tabernera, también lideró las celebraciones cuando Garibaldi entró en la ciudad (abajo, con la bandera).

Illustrated London News: (1860)

A un periodista francés le pareció difícil precisar el carácter de *la Sangiovannara*: «La sonrisa ingenua de una jovencita alterna en su rostro con una risotada lobuna». Describía su taberna ornamentada con banderas patrióticas e iconos religiosos como un lugar frecuentado por matones. No podía saber que era una figura muy poderosa dentro del inframundo napolitano.

© The British Library Newspapers, Colindale: (fuente: *Il Mondo Illustrato*, 1860)

La redención de la Camorra. Los cabecillas del crimen se transforman en patriotas heroicos y se granjean halagüeños retratos en la prensa. Entre ellos está Salvatore De Crescenzo, el camorrista más célebre de esa época.

Michele il pizziere, camorrista.

Mastro Trédici, camorrista.

© The British Library Newspapers, Colindale: (fuente: *Il Mondo Illustrato*, 1860)

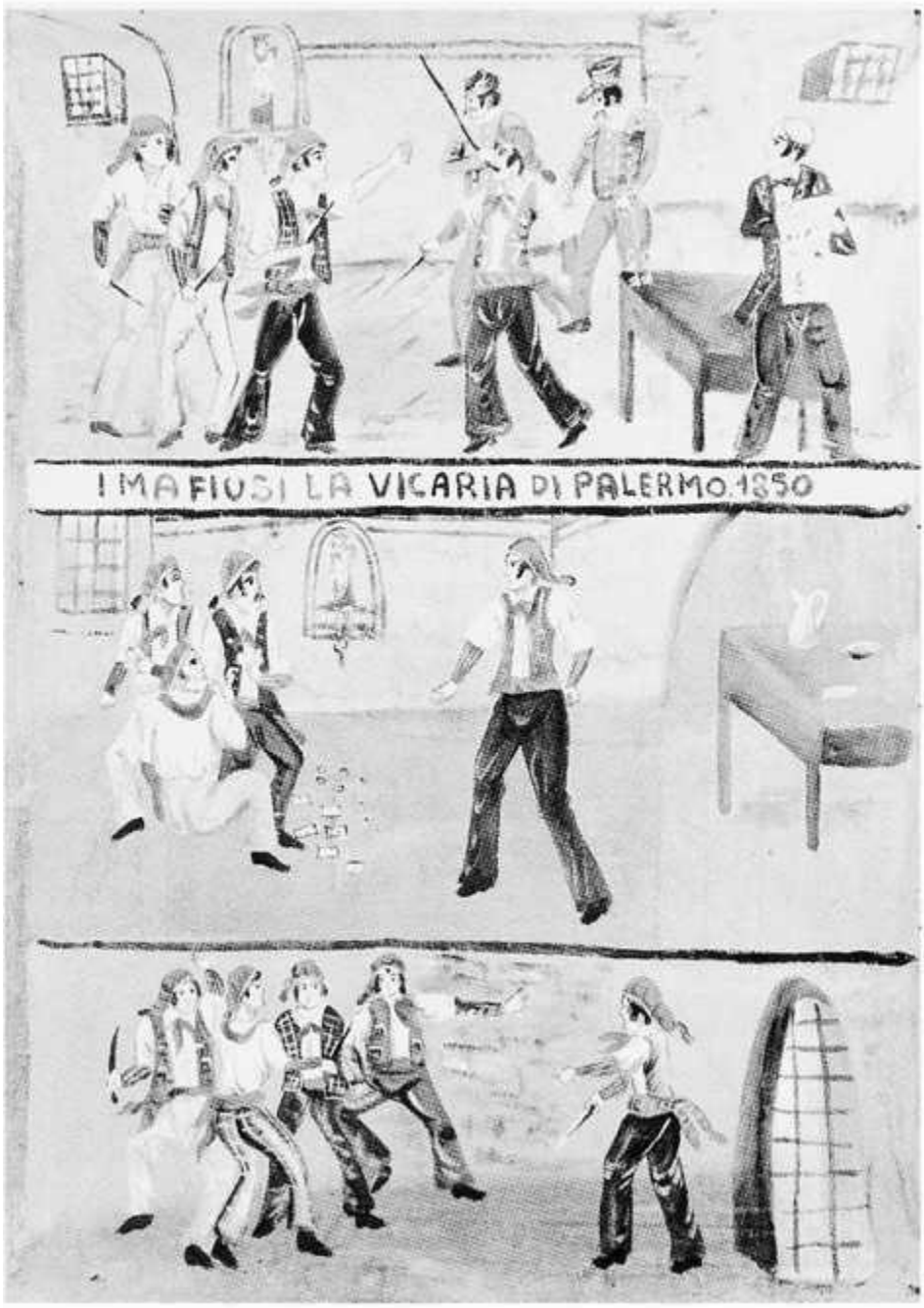
Otros dos *camorristi* redimidos: Michele el Pregonero y el Maestro Trece.

Illustrated London News: (1859)

Silvio Spaventa, que dirigió la primera campaña contra la honorable sociedad y las primeras investigaciones en torno a sus misteriosos orígenes.

Illustrated London News: (1860)

Palermo en 1860: unos prisioneros liberados desfilan con su carcelero por las calles antes de matarlo a tiros. La Mafia siciliana se incubó en la violencia política que imperó entre comienzos del 1800 y la mitad del siglo.



Museo Pitré, Palermo, reproducida con la amable autorización de la Comune di Palermo

La obra que dio a la Mafia siciliana su nombre. Un cartel anuncia Los mafiosi de la prisión de la Vicaria (1863). Ambientada en la década de 1850, refiere la historia de una secta honorable de extorsionadores en las cárceles, a los que reclutan para que contribuyan a la causa de la Italia unificada.

Día a día de los negocios criminales en Nápoles.

Carlo Del Balzo, Napoli e i napoletani, Milán, 1885

Un camorrista, vestido con sus típicos pantalones acampanados, cobra un soborno a cambio de protección a un taxista (década de 1880).

Abele de Blasio, *Usi e Costumi dei Camorristi*, 1897

Un chico consigue su primera insignia criminal, que le tatúa en Nápoles un tatuador callejero.

© The British Library Newspapers, Colindale: (fuente: *Le Monde Illustré*, 1983).

La Camorra se lanza de nuevo a las calles. Una turba se enfrenta a la policía durante la huelga de los taxistas en agosto de 1893.

Biblioteca Nazionale «Vittorio Emanuele III», Nápoles, reproducida con la amable autorización

del Ministero per i Beni e la Attività Culturali, Italia

La honorable sociedad de Nápoles realiza el primer ritual de iniciación del que hay noticias. Es una escena de la obra de Edoardo Minichini, *La fundación de la Camorra*, estrenada con un éxito rotundo en 1899.

© John Dickie

Cristo y los dos ladrones miran desde la altura el núcleo territorial de la ‘Ndrangheta. A lo lejos puede verse Palmi, uno de los centros en los que emergió la organización en la década de 1880. Más allá, y más abajo, se extiende la notable llanura de Gioia Tauro.

© John Dickie

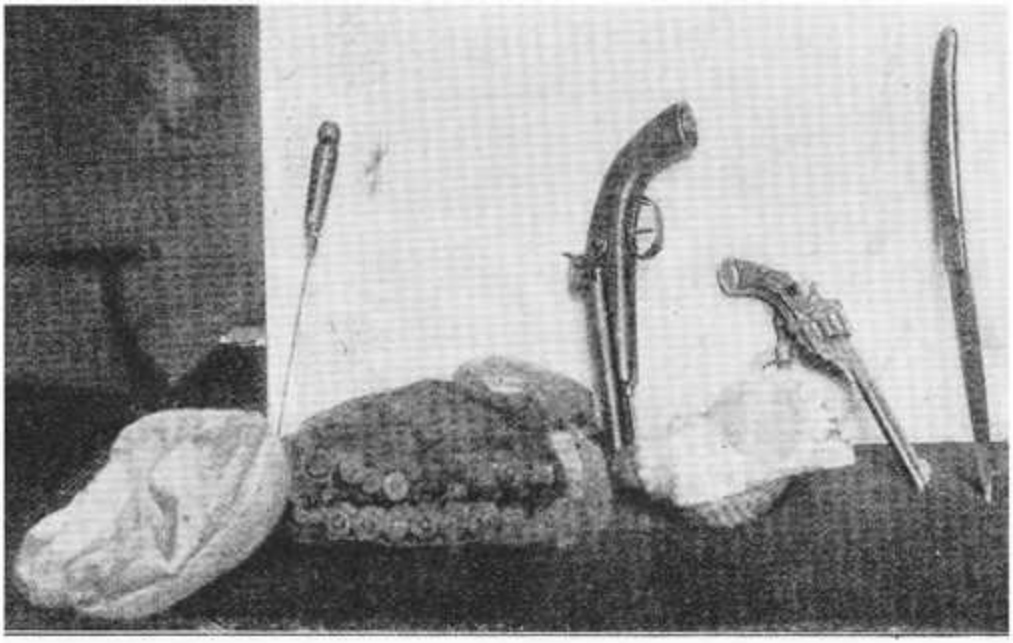
El Santuario de la Madonna de Polsi, en el Aspromonte. Cuando menos desde 1894, la cumbre anual de la ‘Ndrangheta ha coincidido con el Festival de la Madonna de la Montaña que se celebra en el lugar.

Enrico Morselli, *Biografia di un bandito*, 1903

Giuseppe Musolino, el «rey del Aspromonte».

Enrico Morselli, *Biografia di un bandito*, 1903

Ippolita, la hermana de Musolino. Según la policía, ella también había prestado juramento a la mafia calabresa.

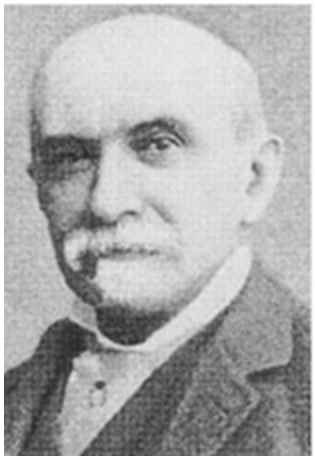


Illustrated London News: (1902)

Despliegue de las armas de Musolino para satisfacer la avidez periodística.

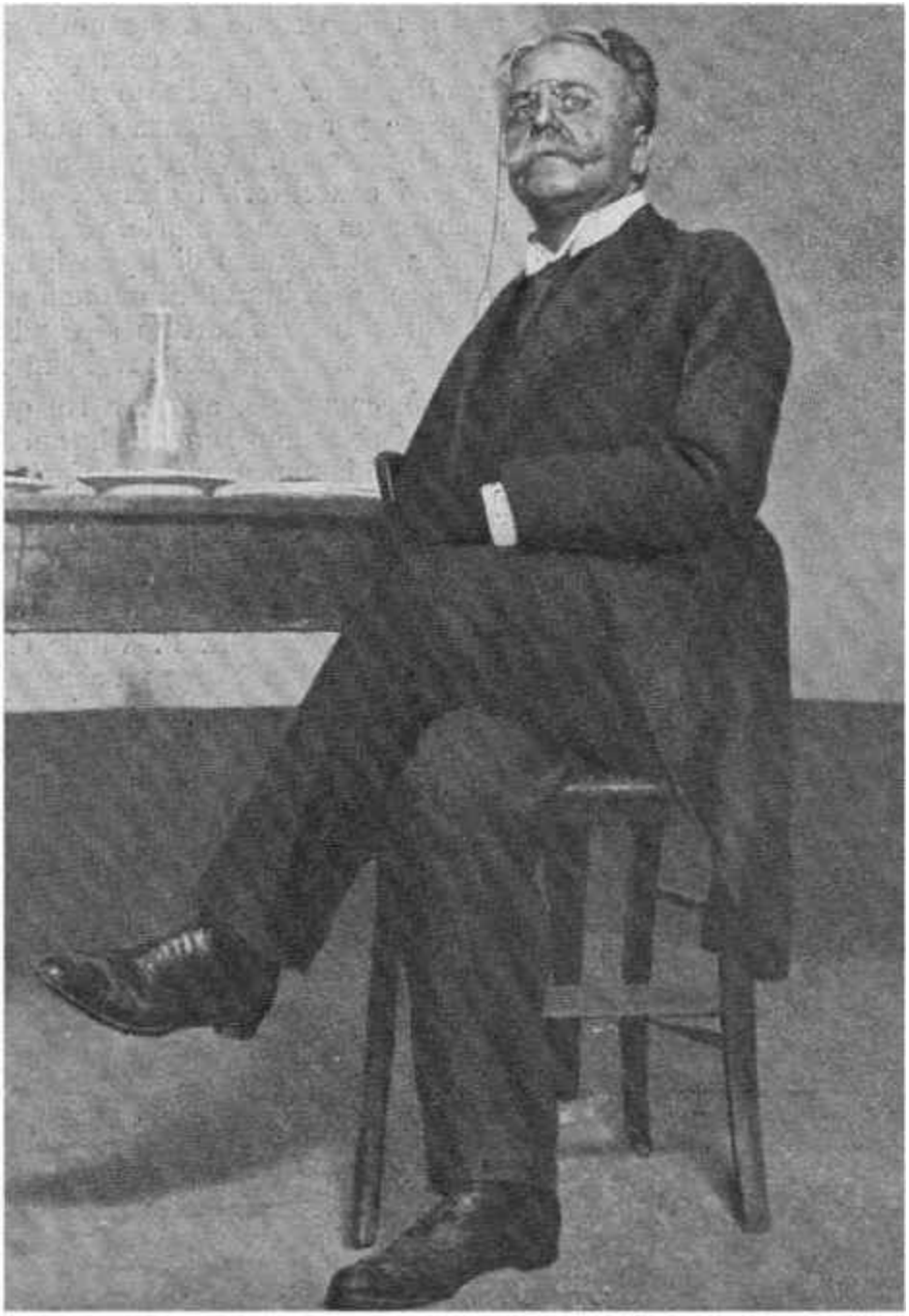
Illustrated London News: (1902)

Escena del juicio de Musolino celebrado en Lucca, en 1902. Pese a sus feroces proezas, suscitaba mucha simpatía entre el público. «¡Pobre Musolino!», escribió un importante hombre de letras. «Quisiera escribir un poema que muestre el Musolino que todos llevamos dentro».



L'Illustrazione Italiana: (1901)

Emanuele Nortarbartolo, el honesto banquero siciliano asesinado a puñaladas por la Mafia en 1893.



L'Illustrazione Italiana: (1901)

Raffaele Palizzolo, el político mafioso altamente sospechoso de haber ordenado el asesinato de Nortarbartolo. Se dejó fotografiar con reticencias, quejándose de que «nos hemos convertido en objeto de la curiosidad pública».

L'Illustrazione Italiana: (1901)

Giuseppe Fontana, empresario de cítricos, mafioso y presunto asesino de Nortarbartolo.

L'Illustrazione Italiana: (1899).

Sicilianos pobres convocados al frío Milán para dar testimonio en el primer juicio por el asesinato de Nortarbartolo. Catorce tuvieron que ser hospitalizados con bronquitis y uno incluso murió. Un diario local se compadeció de ellos y organizó una colecta.

La Scintilla, 1911

Los acusados llegan a Viterbo en 1911, para someterse al juicio más sensacional de toda la historia de la Camorra. Tras el brutal asesinato de un antiguo camorrista y su esposa, el caso Cuocolo provocó interés a nivel mundial. El hombre que lleva el bombín es Luigi Fucci, «el hombre de las gaseosas» y jefe supremo nominal de la honorable sociedad.

Biblioteca del Congreso, División de Impresos y Fotografías, Washington D.C.

El soplón que destruyó a la Camorra: un apuesto Gennaro Abbatemaggio da su testimonio desde una jaula que se instaló para protegerlo de sus antiguos camaradas (1911).

La Scintilla, 1911

El capitán Carlo Fabroni, que convirtió el caso del asesinato de Cuocolo en una embestida contra toda la honorable sociedad.

Il Mattino, 1911

Enrico Alfano, alias «Erricone». El jefe absoluto de la Camorra y principal acusado en Viterbo.

Illustrated London News: (1911).

Contraste con el decoro habitual de los juicios británicos: las turbulencias del proceso contra la Camorra. Desórdenes en el tribunal. Las caóticas escenas que se vivieron en el juicio Cuocolo asombraron y provocaron el repudio de los observadores en todo el mundo. Incluido en *The Illustrated London News*.

Las múltiples facetas del «prefecto de hierro» Cesare Mori, que fue la punta de lanza de la campaña de Mussolini contra la Mafia siciliana en la década de 1920.

Colecciones privadas

Hombre de acción y azote de la Mafia.

Colecciones privadas

Fascista modelo.

Colecciones privadas

Aspirante a famoso…

TopFoto Topham Picturepoint

… y amigo de la aristocracia siciliana.

Reproducida con la amable autorización de *Gazzetta del Sud*, 1986

El *Massaru Peppi* (sentado). Un carabinero que combatió a la mafia calabresa bajo Mussolini.

Colecciones privadas

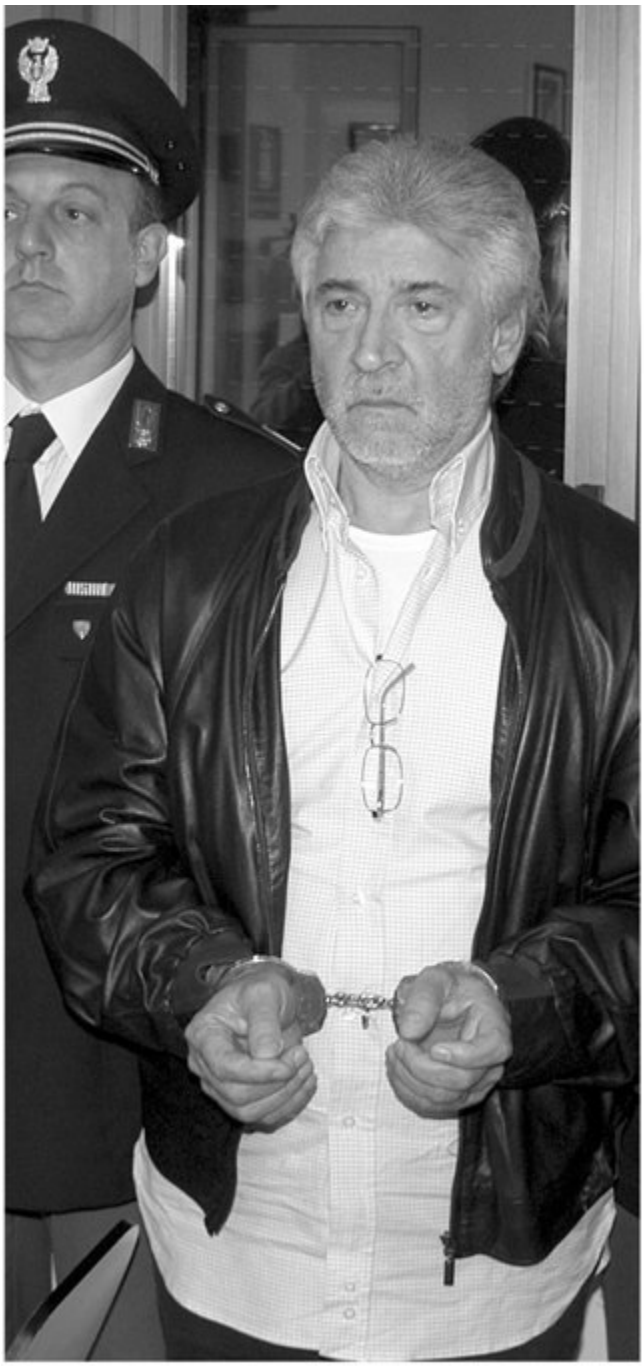
Don ‘Ntoni Macrì, el *‘ndranghetista* más poderoso de la posguerra, y compañero de baile del Massaru Peppi en Polsi.

© Getty Images

El fascista Vito Genovese, cabecilla neoyorquino que tuvo una fructífera bienvenida en Campania en los años treinta y cuarenta.

Reproducido con la amable autorización del Istituto Luce, Roma/Archivio Fotografico

Tras la derrota de la Mafia en 1937: Mussolini hace una visita triunfal a Sicilia para inaugurar un nuevo acueducto. Para entonces, las familias criminales de la isla habían vuelto a operar en plenitud bajo el liderazgo de Ernesto Marasà, alias el *generalissimo*.



© Corbis foto de InaFassbender

Salvatore Lo Piccolo (parte superior), arrestado en noviembre de 2007 en posesión de un manual con las normas de la Mafia (véase p. 129). El territorio de Lo Piccolo incluía la Piana dei Colli, donde tuvieron lugar muchos de los dramas tempranos en la historia de la Mafia siciliana.

© Getty Images: imagen superior

© Corbis: Imagen inferior/foto Armin Thiemer

Francesco Schiavone, arrestado en 1998, era el jefe del clan camorrista de los *casalesi*. Conocido como «Sandokán», por su parecido a un heroico pirata de una serie televisiva de los setenta, Schiavone modeló su villa (parte superior) inspirándose en la mansión de la escena final de *El precio del poder*. Pero en Italia el juego de ida y vuelta entre ficción y realidad no

es una novedad entre los delincuentes.

© Getty Images: Lux Films/RGA

¿Un bandido noble y trágico? Giuseppe Musolino era conocido como «el rey del Aspromonte». Su famosa historia fue protagonizada por Amedeo Nazzari, uno de los principales actores de Italia, en la película *El bandolero Musolino*, de 1950.

Colecciones privadas

Entretanto, el verdadero Musolino vivía sus últimos años en un hospital mental de Reggio Calabria.

Colecciones privadas

Puede que los visitantes italoamericanos de fortuna que venían a rendirle homenaje supieran la verdad detrás del mito: Musolino era un sicario de la ‘Ndrangheta.

© Bettmann/Corbis

Frenesí por la Mafia en los medios de prensa. El mafioso Frank Costello, nacido en Calabria, testifica en las Audiencias Kefauver, Nueva York, 1951.

© Bettmann/Corbis

Amigos en la política. El mafioso Giuseppe Genco Russo aspira a candidato de la Democracia Cristiana (a finales de los cincuenta). Los vínculos cercanos entre la DC y la Mafia siciliana impidieron que hubiese una versión italiana de las Audiencias Kefauver.

Archivio Fotografico Pietro Oliveri, Corleone

© Getty Images: Mondadori

El negocio de las frutas y las verduras. El mercado mayorista de Nápoles era una fuente principal de ingresos para la Camorra en la década de 1950.

Colecciones privadas

El «monstruo de Presinaci». Después de su arrebato homicida de 1955, Serafino Castagna informó a las autoridades sobre la sociedad honorable de Calabria.

© Bettmann/Corbis

Novia de la Camorra. Pupetta Maresca se casa con su «presidente regulador del precio de la patata», el Gran Pasquale de Nola (1954). Pronto se convertiría en viuda, y asesina.

© Getty Images: Gamma-Keystone

Sophia Loren en el papel de una vendedora de tabaco napolitana. El contrabando de tabaco, un negocio crucial para el crimen organizado, se retrata con simpatía en la película *Ayer, hoy y mañana*, de 1963.

© Enzo Brai/Pubblifoto, Palermo

Duelo silencioso. En 1963, Palermo sale a la calle en masa para acudir al funeral de cuatro carabineros, dos ingenieros militares y un policía asesinados por una bomba de la Mafia siciliana.

© Enzo Brai/Pubblifoto, Palermo

El saqueo de Palermo. Desde finales de los años cincuenta, la industria inmobiliaria llevó al crimen organizado de Sicilia y Calabria a nuevos niveles de riqueza y poder.

Cortesía del archivo de Pasquale Capellupo

Giuseppe Zappia, fotografiado después de su arresto en la cumbre celebrada por el inframundo calabrés en 1969, donde hizo su famosa súplica en pos de la unidad: «¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de Mico Tripodo! ¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de N’toni Macrì! ¡Aquí no hay una ‘Ndrangheta de Peppe Nirta! Deberíamos estar todos unidos».

© AP/Press Association Images

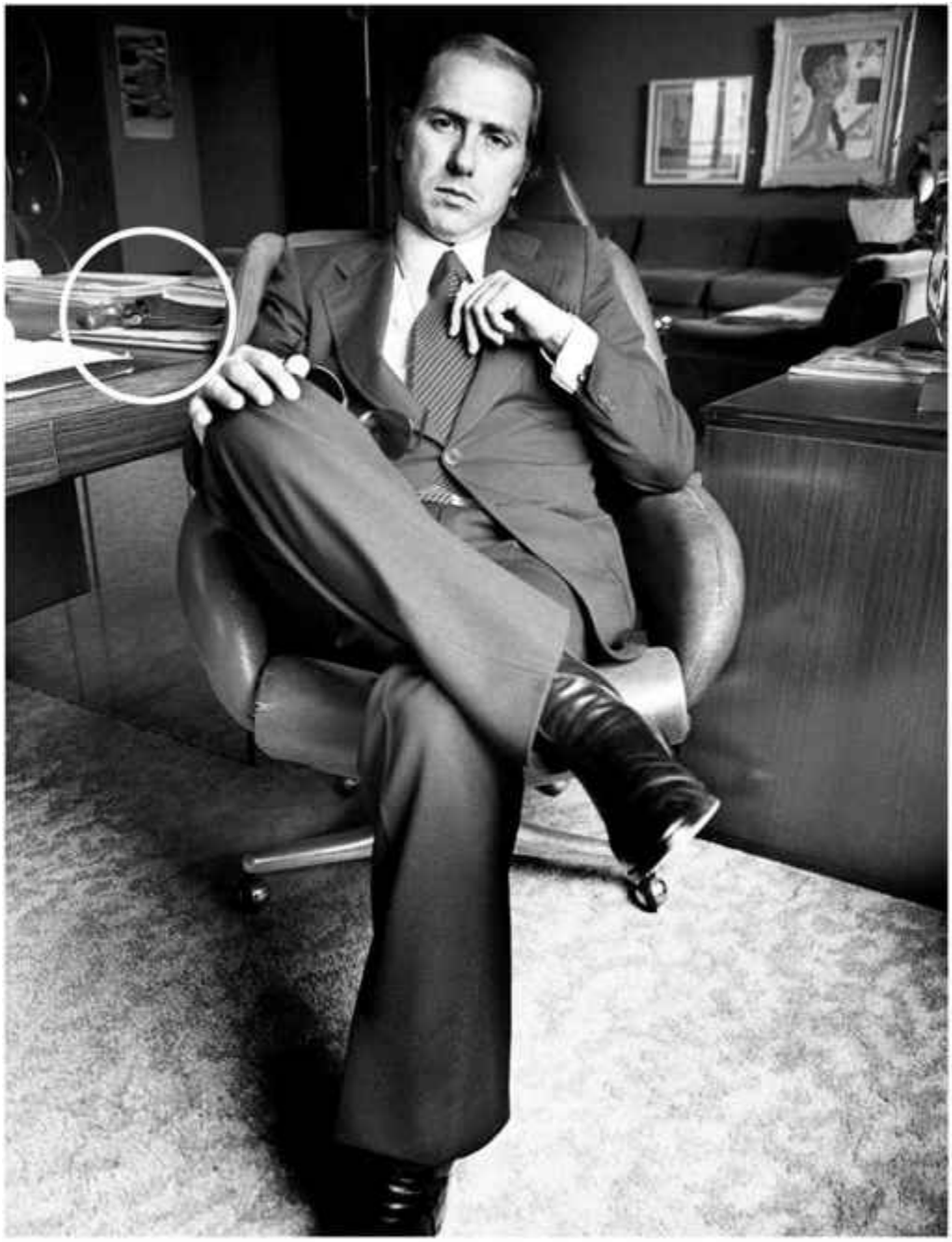
Reggio Calabria entra en erupción. En 1970, un levantamiento urbano marcó un punto de inflexión en la historia de la ‘Ndrangheta. La revuelta quedó finalmente sofocada por los tanques.

© Getty Images: Popperfoto

El rey del secuestro de Corleone. Luciano Leggio, jefe de la Mafia siciliana, administraba operaciones de secuestro en la Italia septentrional con sus amigos de la ‘Ndrangheta.

© AP/Press Association Images: Raul Fornezza

Víctima de un secuestro. John Paul Getty III fue raptado en julio de 1973. Sus secuestradores, miembros de la ‘Ndrangheta, le cercenaron la oreja antes de liberarlo.



© Alberto Roveri / Rosebud2

En los años setenta, mucha gente acaudalada se armó por su cuenta para defenderse de los secuestradores mafiosos. Aquí, un jovencísimo Berlusconi aparece retratado con un arma sobre su escritorio (en el círculo).

© ANSA

Cabeza de una dinastía criminal. Girolamo Piromalli, alias «Mommo», retratado en 1974, cuando estalló la primera guerra de la ‘Ndrangheta. Don Mommo salió de ella victorioso.

© Eric Gaillard

¿El rostro de la nueva ‘Ndrangheta? Paolo De Stefano en 1982.

Alessandro Fucarini/Agenzia Fotografica Labruzzo, Palermo

Mister Champagne. Gaspare Mutolo se convirtió en uno de los intermediarios principales de la heroína en los años ochenta. Junto a él (izquierda, con corbata a rayas) está Boris Giuliano, un policía brillante asesinado tiempo después, en 1979.

© ANSA

«Ojos de hielo», a comienzos de los ochenta. Luigi Giuliano lideraba su familia del crimen desde su base en el barrio napolitano de Forcella: el hogar histórico de la Camorra en la ciudad.

El futbolista más grande de la época, Diego Armando Maradona, posa con miembros del clan Giuliano de la Camorra, ansiosos por exhibir su gusto en los accesorios de baño (mediados de los ochenta).

Fundador de la Nuova Camorra Organizzata. Raffaele Cutolo, alias «el Profesor», fue el criminal italiano más influyente del siglo XX.

© ANSA

Sicario de prisiones. Pasquale Barra, *'o 'Nimale*, fue el principal matón dentro del sistema carcelario

© ANSA

Golpe mortal. El coche bomba que condujo a la derrota de la Nuova Camorra Organizzata. Enzo Casillo, el jefe militar del Profesor, fue asesinado en Roma en enero de 1983.

Aliados improbables y mártires antimafia: Pio La Torre, del Partido Comunista Italiano, y Carlo Alberto Dalla Chiesa, de los carabineros.

© Contrasto/eyevine Angelo Palma

La Torre pronuncia un discurso en una manifestación local de los comunistas en Palermo, 1968.

Archivio Fotografico Pietro Oliveri, Corleone

El futuro general Dalla Chiesa durante su época en Corleone, hacia 1950.

© ANSA

La Torre y su guardaespaldas fueron asesinados en abril de 1982. Su legado fue la ley que respalda la lucha antimafia hasta hoy.

© Contrasto/eyevine: Shobha.

«Aquí yace la esperanza de todos los sicilianos honestos». Dalla Chiesa, su esposa y su guardaespaldas fueron ametrallados en septiembre de 1982.

© Corbis ANSA

El chivato más importante en la historia del hampa italiana: Tommaso Buscetta, miembro de la Cosa Nostra, es traído de vuelta a Italia en 1984, tras sobrevivir a un intento de suicidio.

El peor crimen de Pippo Calo, el «tesorero de la Cosa Nostra», fue la bomba que mató a diecisiete personas en un tren que iba de Florencia a Bolonia en 1984. Su confrontación con Tomaso Buscetta fue uno de los momentos destacados en el macrojuicio de 1986

© Rex Features/Contrasto

Acusados en la jaula, atentos a los procedimientos en el macrojuicio histórico contra la Cosa

Nostra, Palermo, 1986-1987.

© Tony Gentile: cuarto pliego

Giovanni Falcone y Paolo Borsellino fotografiados en marzo de 1992, en una de las últimas ocasiones en que a los dos heroicos magistrados se los vio juntos en público. La imagen, captada por el fotógrafo Tony Gentile, es hoy un icono del movimiento antimafia.

© Getty Images: Gamma-Rapho

Masacre de Capaci, 23 de mayo de 1992. Falcone, su esposa y tres de sus guardaespaldas fueron asesinados mediante una bomba depositada bajo la autopista que conduce del aeropuerto a la ciudad de Palermo.

© Corbis Antoine Gyori/Sygma.

Masacre de la via d'Amelio, 19 de julio de 1992. Paolo Borsellino y cinco guardaespaldas de la policía volaron hechos pedazos por un coche bomba en Palermo.

DECADATTILOSCOPICA

MONOBICHIROSCOPICA

MINISTERO DELL'INTERNO - DIREZIONE GENERALE DI P. S.

DIVISIONE POLIZIA CRIMINALE

Scuola Superiore di Polizia - Servizio Centrale di segnalamento e identificazione

CONNOTATI CROMATICI

Fotografia di frontale

Impronte della mano sinistra

Pollice | Indice | Medio | Anulare | Mignolo

Archivio Carabinieri, Palermo

Salvatore Riina, alias «el Corto», en 1970. El hombre destinado a ejercer un poder dictatorial dentro de la Cosa Nostra estaría prófugo durante los siguientes veintitrés años.

Archivio Carabinieri, Palermo

Tras su captura en 1993, Riina es obligado a posar junto a la foto de una de sus víctimas más ilustres, el general Carlo Alberto Dalla Chiesa.

© AP/Press Association Images: Luca Bruno

Bernardo Provenzano, alias *'u Tratturi*. El compinche de Riina intentó reparar el daño causado a la Cosa Nostra por la guerra del Corto contra el Estado. Provenzano fue capturado en 2006, tras alcanzar una cifra récord de cuarenta y tres años prófugo.

© AP/Press Association Images: Policía italiana

La filmación de una cámara de vigilancia muestra a un sicario de la Camorra rematando con toda la calma a su víctima, Nápoles, 2009.

© John Dickie

El peor proyecto residencial de Europa. La Camorra transformó los bloques de la torre triangular de Le Vele («Las Velas») en un centro comercial de venta de drogas en la década de 2000.

© AP/Press Association Images

Usura con la basura. La tremenda mala gestión del sistema de eliminación de desechos creo oportunidades en extremo lucrativas para la Camorra, Nápoles, 2008.

© AP/Press Association Images

Contenedores de cocaína. El colosal puerto de Gioia Tauro, en Calabria, es un punto de entrada fundamental del tráfico de drogas de la ‘Ndrangheta.

Archivio Carabinieri

Renace la Comisión. Benedetto Capizzi estuvo en el centro de los esfuerzos de la Cosa Nostra por reconstruir su cuerpo rector: la Comisión Palermo. Capizzi, el aspirante a jefe de todos los jefes, fue arrestado en 2008.

© AP/Press Association Images: Salvatore Laporta

El *capo* Michele Zagaria de la Camorra fue capturado en un búnker subterráneo en su pueblo natal de Casapesenna en 2011. Su organización, los *casalesi*, se convirtió en la más poderosa en el inframundo de Campania en los años noventa.

© AP/Press Association Images: Adriana Sapone.

¿Jefe del Gran Crimen? Se dice que Domenico Oppedisano, arrestado en 2010, fue elegido para el más alto cargo dentro de la ‘Ndrangheta.

Quisiera agradecer a las siguientes personas su ayuda en la búsqueda de las

fotografías: Chiara Augliera de la Cineteca di Bologna; *maggiore* Antonio Coppola del Nucleo Investigativo de los *Carabinieri*, reparto operativo, Palermo; Fabio *Cuzzola*; Nick Dines; Cecilia Ferretti del Archivio Unità; *capitano* Giuseppe Lumia y el ROS de Gioia Tauro; Vito Lucio Lo Monaco del Centro Pio La Torre, Palermo; Gabriele Morabito; Nino Sapone; Fabio Truzzolillo.

Se han hecho todos los esfuerzos razonables para identificar a los propietarios del copyright, pero si hay cualquier error u omisión, la editorial estará encantada de incluir los créditos apropiados en las siguientes impresiones o ediciones de esta obra.

Notas

* Hay trad. cast.: *Cosa Nostra*, Barcelona, Penguin Random House, 2006. *(N. del T.)*
* Famosa calle de corta extensión en el barrio conocido como *Little Italy* en Nueva York. *(N. del T.)*
* Película clásica del género del *western* estrenada en 1993 y que refiere un tiroteo histórico entre Wyatt Earp y otros nombres célebres del Lejano Oeste. *(N. del T.)*
* En Inglaterra, el día de los Inocentes se celebra el 1 de abril. (N. del T.)
* Jurista y político conservador inglés del siglo XVII.*(N. del T.)*

This file was downloaded from Z-Library project

Your gateway to knowledge and culture. Accessible for everyone.

z-library.sk z-lib.gs z-lib.fm go-to-library.sk

Official Telegram channel

Z-Access

https://wikipedia.org/wiki/Z-Library